



VNIVERSITAT
DE VALÈNCIA

FACULTAT DE FILOLOGIA, TRADUCCIÓ I COMUNICACIÓ

DEPARTAMENT DE FILOLOGIA ESPANYOLA

BELIANÍS DE GRECIA (TERCERA Y CUARTA PARTE),

DE JERÓNIMO FERNÁNDEZ:

EDICIÓN Y ESTUDIO

TESIS DOCTORAL PRESENTADA POR:

LAURA GALLEGO GARCÍA

DIRIGIDA POR:

RAFAEL BELTRÁN LLAVADOR

D 150/01 ESTUDIOS HISPÁNICOS AVANZADOS

VALENCIA, 2013

ÍNDICE	5
PRESENTACIÓN	9
I. INTRODUCCIÓN A LA <i>TERCERA Y CUARTA PARTE</i> <i>DEL IMBENCIBLE PRÍNCIPE DON BELIANÍS DE GRECIA</i> (BURGOS, PEDRO DE SANTILLANA, 1579)	13
1. LOS LIBROS DE CABALLERÍAS CASTELLANOS: BREVE APROXIMACIÓN A UN GÉNERO LITERARIO Y EDITORIAL	15
2. EL <i>BELIANÍS DE GRECIA</i> Y EL GÉNERO CABALLERESCO DURANTE EL REINADO DE FELIPE II	20
3. BREVE SÍNTESIS ARGUMENTAL	22
4. PUBLICACIÓN Y DIFUSIÓN	24
4.1. La continuación de una novela de éxito	24
4.2. Difusión e influencia	26
4.3. <i>Don Belianís y Don Quijote</i>	32
4.4. Final abrupto y posibles continuaciones	36
4.5. Difusión manuscrita: <i>La quinta parte de don Beleanis de Grecia</i>	40
5. EL AUTOR	41
6. EDICIONES Y TRADUCCIONES	42
7. EJEMPLARES Y ESTADO	44
8. PRELIMINARES Y COLOFÓN	50
II. ANÁLISIS DE LOS PERSONAJES DEL <i>BELIANÍS DE GRECIA</i> (<i>TERCERA Y CUARTA PARTE</i>)	53
1. CABALLEROS, LOS PROTAGONISTAS DE LA AVENTURA	56
1.1. La figura del caballero	56
1.2. El héroe: don Belianís de Grecia	62
1.2.1. Nacimiento e infancia	62
1.2.2. Caballero andante	64
1.2.3. Capitán de los ejércitos	69
1.2.4. La aventura cortesana	72
1.2.5. La doble <i>queste</i> de don Belianís	75
a) <i>En busca de Florisbella</i>	75
b) <i>En busca de Belflorán</i>	80

1.3 El sucesor: Belflorán de Grecia	84
1.3.1. Nacimiento heroico	85
1.3.2. Iniciación caballerescas	87
1.3.3. Belflorán enamorado	88
a) <i>El amor como enfermedad</i>	88
b) <i>El Caballero Sin Amor</i>	89
c) <i>Compromiso y consumación del amor</i>	91
1.3.4. Superación de las hazañas paternas	93
a) <i>La lucha contra el dragón</i>	93
b) <i>El Asiento Peligroso</i>	95
1.3.5. Belflorán y el humor	96
1.4. El antagonista: Perianeo de Persia	99
1.4.1. Amor, caballería y religión	100
1.4.2. Perianeo de Persia en el Infierno	102
1.4.3. Conversión y reconciliación	103
1.5. Jóvenes caballeros en busca de su identidad	105
1.5.1. Los “deslices” de los héroes	105
1.5.2. Señales de destino heroico	108
1. 6. El caballero desleal: don Clarineo	111
1.6.1. El error de don Clarineo	112
1.6.2. Penitencia amorosa	116
1.6.3. Reconciliación y reconocimiento de los errores pasados	117
2. DAMAS Y DONCELLAS	120
2.1. La mujer en la aventura caballerescas	120
2.2. La dama perfecta: Florisbella	123
2.3. La <i>belle dame sans merci</i>: Belianisa	126
2.4. La dama sin amor	130
2.5. La <i>malmaridada</i>	134
2.6. La mujer abandonada	135
2.7. La mujer guerrera	137
2.7.1. Tipología y tradiciones	138
2.7.2. La <i>virgo bellatrix</i>: Hermiliana	139
2.7.3. La amazona: la reina Cenobia	142

2.8. La doncella andante	145
2.9. La doncella disfrazada de hombre	148
3. SABIOS Y SABIAS	151
3.1. La magia en los libros de caballerías	151
3.2. La maga madrina: la sabia Belonia	153
3.3. La maga amante: la sabia Ginebra	156
3.4. El sabio Fristón	159
3.5. El sabio Merlín	162
3.6. La sabia Medea	165
3.7. Otros sabios	168
4. OTROS PERSONAJES	170
4.1. El escudero fiel	170
4.2. El gigante	173
4.2.1. Gigantes desmesurados	174
4.2.2. Gigantes corteses	183
4. 3. Monstruos y seres fantásticos	190
CRITERIOS DE LA PRESENTE EDICIÓN	195
III. BIBLIOGRAFÍA	197
IV. EDICIÓN CRÍTICA	213
1. <i>BELIANÍS DE GRECIA, TERCERA PARTE</i>	217
2. <i>BELIANÍS DE GRECIA, CUARTA PARTE</i>	417
V. GLOSARIO	929

PRESENTACIÓN

Hace veinte años podía afirmarse que la literatura caballerescas era un terreno que apenas estaba comenzando a explorarse. Por un lado, la gran extensión de la mayoría de estos libros, su profusión de situaciones y personajes y su estilo ampuloso y, en ocasiones, recargado, dificultan su lectura. Por otro, a menudo los escasos ejemplares conservados son de difícil acceso. Algunos estudiosos del género describieron obras que en realidad no habían tenido ocasión de leer, y los que lo intentaron no tardaron en señalar que el principal problema con el que se habían encontrado era, precisamente, el del acceso a los textos. En 1995, Eisenberg lo expresaba de esta manera:

El curioso, el investigador, el lector culto o el estudioso de Cervantes que quiera conocer estos libros en la profundidad que el género merece, se enfrenta con una situación harto problemática. Leídos y releídos hasta deshacerse las páginas -existen muchos ejemplares deteriorados-, deshechos, quemados en la hoguera, mal guardados, han sobrevivido pocos ejemplares.

Señalaba también que solo existían ediciones modernas de unos pocos títulos emblemáticos.

Y añadía:

En cuanto a los demás, que incluyen obras fundamentales además de textos cuyos atractivos desconocemos, porque no se han leído desde hace casi medio milenio, hay dos alternativas, a cual más problemática: las ediciones originales y las tesis que incorporan ediciones.

Unas y otras, concluía, resultan difíciles de localizar y consultar.

Por ello, en su esfuerzo por facilitar el acercamiento a la materia, Eisenberg publicó en el año 2000, en colaboración con M^a Carmen Marín Pina, la fundamental *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*, que supuso un punto de inflexión en las investigaciones sobre el género y una excelente herramienta de trabajo para todos los estudiosos. Entonces todavía nos recordaba la importancia de editar los textos caballerescos¹. Por su parte, José Manuel Lucía seguía reconociendo en 2002 que, en materia de estudios caballerescos, “el panorama no puede ser más desolador” (2002a). La mayor parte del *corpus* seguía sin contar con una edición moderna, lo cual dificultaba sobremanera la aparición de acercamientos críticos a la materia².

¹ “El disponer de estos textos en ediciones fácilmente accesibles no dejará de tener un efecto muy positivo en los estudios de nuestro campo” (Eisenberg, 2001). Otros investigadores, como José Manuel Lucía (2002a) o Anna Bognolo, se han hecho eco también de “la urgencia máxima de sacar cuidadas ediciones para iniciar el estudio de libros poco conocidos” (Bognolo 2001: 218).

² Uno de los motivos que se han aducido para justificar esta situación ha sido el hecho de que tradicionalmente los críticos se han dejado influenciar por la opinión que manifestaba Cervantes sobre el género en el ya célebre escrutinio de la biblioteca de Alonso Quijano (Lucía y Sales, 2008: 9; Eisenberg y Marín Pina, 2000: 34). En él, el cura y el barbero solo tenían palabras elogiosas para el *Amadís de Gaula* y, en menor medida, para *Tirante el Blanco*, lo cual explicaría por qué ambas obras han recibido una mayor atención por parte de la crítica y se encuentran fácilmente accesibles en ediciones modernas. Casi todas las demás terminaron en la hoguera cervantina, a donde también las condenaron sin piedad los críticos posteriores, hasta tal punto que, según Lucía (2002b: 527), “más que las críticas de Cervantes dentro de su obra, ha sido el desprecio por los

Desde entonces, y afortunadamente, muchas cosas han cambiado, en parte gracias a Internet, que nos brinda el acceso a catálogos de bibliotecas de todo el mundo y a bases de datos que atesoran estudios críticos y tesis que se pueden consultar online, así como portales especializados, como el *Butlletí Tirant*, de la Universidad de Valencia, o bases de datos específicas tan útiles y completas como CLARISEL, de la Universidad de Zaragoza. También se han multiplicado los congresos y coloquios internacionales sobre caballerías, apoyados por dos efemérides recientes: 2005, cuarto centenario de la aparición del *Quijote*, y 2008, quinto centenario de la primera edición conservada del *Amadís* de Montalvo. Estos encuentros han favorecido el intercambio de información entre investigadores y han contribuido notablemente al desarrollo de los estudios sobre el género. Como señalan Ana Bueno y Antonio Cortijo en uno de los últimos balances elaborados sobre la situación:

Las publicaciones sobre el género caballeresco han experimentado en poco más de veinte años un extraordinario repunte gracias a congresos, exposiciones, proyectos de investigación, publicaciones periódicas, ediciones de libros, reuniones científicas parciales, tesis y otros monográficos” (Bueno y Cortijo, 2010: xxviii).

Sin embargo, probablemente el hito más importante en los estudios de la literatura caballeresca castellana haya sido la creación, por parte del Centro de Estudios Cervantinos, de dos colecciones específicas: “Los libros de Rocinante” y las “Guías de lectura caballeresca”, cuyo objetivo es acercar la literatura caballeresca no solo a los investigadores, sino también al gran público. La colección de “Los libros de Rocinante” tiene como meta editar todo el *corpus* de textos caballerescos españoles conservados; actualmente ya ha editado treinta títulos, entre los que destacan algunos como el *Primaleón* (1512), el *Palmerín de Olivia* (1511), el *Clarián de Landanís* (1518), el *Tristán de Leonís* (1501) o el *Espejo de príncipes y caballeros* (1580). Estas ediciones posibilitan la lectura de obras que de otro modo resultarían difícilmente accesibles y han recibido una muy buena acogida por parte de los estudiosos del género³.

Por su parte, las “Guías de Lectura Caballeresca” nacen como complemento a los textos, y buscan facilitar su lectura mediante resúmenes de las obras y diccionario de personajes, una herramienta muy útil a la hora de enfrentarse a obras que, en algunos casos, presentan hasta cuatrocientos caracteres diferentes. El plan editorial de las “Guías” incluye la publicación de sesenta

libros de caballerías de los primeros comentaristas del *Quijote* los que han sepultado al género caballeresco en un cementerio de lugares comunes y de cruces hermenéuticas”. Marín Pina se pronuncia en términos similares: “La crítica cervantina en torno al *Quijote*, sus comentaristas y el cervantismo en general, el desinterés y el desprecio por el género mostrado por autores como Menéndez y Pelayo, así como la inaccesibilidad de los textos, han contribuido a desvirtuar el valor de los libros de caballerías y a silenciarlos” (2008: 165). Sin embargo, en los últimos tiempos los estudiosos están comenzando a cuestionar el criterio de Cervantes o, cuanto menos, su intencionalidad a la hora de redactar este episodio que tanta influencia ha tenido en la crítica posterior (Eisenberg, 1995). En todo caso, la mayor parte de la crítica coincide hoy en día en la necesidad de estudiar el género con mayor profundidad, no solo porque estos libros son fuente directa de inspiración de la obra cumbre de Cervantes, que los conocía bien, sino, sobre todo, por el gran éxito e influencia que tuvieron en la literatura castellana a lo largo de todo el siglo XVI.

³ Véase Orduna: 1998.

y cuatro títulos, de los cuales ya han visto la luz cincuenta y siete.

Entre ellas se encuentra la *Guía de Lectura del Belianís de Grecia (III-IV)*, que formó parte de nuestro trabajo de investigación, presentado en julio de 2003, y que fue posteriormente publicada en la colección con el número cincuenta y nueve.

En “Los libros del Rocinante”, por otro lado, está prevista la publicación de la *Tercera y Cuarta Parte* de la obra que ahora nos ocupa, el *Belianís de Grecia* de Jerónimo Fernández. Se trata de una de las sagas más representativas del género; entre sus ilustres lectores cabe destacar al emperador Carlos V, que sentía predilección por ella, y el propio Cervantes, quien demuestra una atenta lectura del libro, uno de los más recreados en el *Quijote*. La influencia de esta obra en la cultura del Renacimiento y el Primer Barroco fue, pues, notable.

Actualmente contamos con una excelente edición crítica de la *Primera y Segunda Parte*, realizada por Lilia de Orduna (1997), cuya aparición fue muy bien recibida por la crítica⁴, pero carecemos aún de una edición del resto de entregas que componen el ciclo.

El presente trabajo es una continuación y ampliación del que presentamos hace diez años, y que estaba conformado por el texto de la “Guía”, que actualmente ya forma parte de la colección del CEC, y una introducción preliminar y análisis de personajes. Lo que ahora exponemos es una introducción a la *Tercera y Cuarta parte*, un análisis de sus personajes principales y, por último y como cuerpo central, la edición de la *Tercera y Cuarta Parte* que puede servir de base para la que previsiblemente se integre dentro de la colección “Los libros de Rocinante” del Centro de Estudios Cervantinos.

⁴ “And may praise go to Lilia E. F. de Orduna, whose career-long project, which began with her doctoral dissertation, of preparing a modern edition *Belianís* has finally been realized (...). But the important thing is that *Don Belianís* is once more available for Hispanists in general and *cervantistas* in particular” (Mancing, 2001: 112).

**I. INTRODUCCIÓN A LA *TERCERA Y CUARTA PARTE DEL
IMBENCIBLE PRÍNCIPE DON BELIANÍS DE GRECIA* (BURGOS,
PEDRO DE SANTILLANA, 1579)**

1. LOS LIBROS DE CABALLERÍAS CASTELLANOS: BREVE APROXIMACIÓN A UN GÉNERO LITERARIO Y EDITORIAL

Los libros de caballerías son “los que tratan de hazañas de cavalleros andantes, ficciones gustosas y artificiosas de mucho entretenimiento y poco provecho, como los libros de Amadís, de don Galaor, del Cavallero del Febo y los demás”, según la definición que consta en el *Tesoro de la lengua castellana o española*, de Sebastián de Covarrubias, publicado en 1611, cuando aún existía una afición por el género que, si bien no se veía respaldada por la publicación de nuevos textos, sí continuaba propagándose por medio reediciones de las obras de mayor éxito y, sobre todo, a través de manuscritos⁵ y de la difusión oral⁶. Desde entonces ha habido muchas otras, pero la mayoría de ellas tienen matices negativos, mediatizadas por una visión errónea de la lectura cervantina.

La literatura caballeresca fue uno de los fenómenos literarios y editoriales más importantes del siglo XVI. Desde la primera edición que conservamos del *Amadís de Gaula* de Montalvo (Zaragoza, 1508⁷) hasta la aparición del último libro de caballerías original salido de las prensas, el *Policisne de Boecia*, en 1602⁸, vieron la luz más de 80 títulos adscritos al género, de los que conocemos cerca de 243 ediciones a lo largo del XVI. No hay duda de que, a pesar de las críticas recibidas por algunos de sus contemporáneos –que los acusaron de ser inútiles, falsos, licenciosos y de escasa calidad–, los libros de caballerías gozaron de un importante éxito durante la etapa renacentista y manierista.

En la actualidad, los intentos de definición y de clasificación de los libros de caballerías se han visto desbordados por la amplitud y variedad de un género cuyos límites resultan difíciles de fijar⁹. Con unos antecedentes que tienen su origen en la “materia de Bretaña” medieval¹⁰, parece sin

⁵ “Los libros de caballerías manuscritos ponen en evidencia cómo el modelo caballeresco pervive en el gusto del público más allá de una imprenta, de una industria editorial que desde el último tercio del siglo XVI no puede asumir esos voluminosos textos en formato folio que obligan al impresor o al librero que costea la edición a una enorme inversión económica” (Lucía, 1998b: 318). Por tanto, “es a finales del siglo XVI cuando el manuscrito se convierte en un medio frecuente de difusión del género, medio que va a ir en aumento en proporción inversa a la crisis económica que sufre la imprenta hispánica a finales de la centuria” (Marín Pina, 2008: 173).

⁶ Se ha señalado a menudo que casos como el de Román Ramírez (un morisco analfabeto que recitaba de memoria algunos fragmentos de libros de caballerías), o escenas como la que describe Cervantes en la venta de Palomeque demuestran que, aunque las clases más humildes no pudieran permitirse adquirir libros de caballerías impresos, sí podían “acceder a ellos a través de la lectura oral y colectiva” (Aguilar Perdomo, 2005).

⁷ Eisenberg nos recuerda (2001) que, en realidad, es más que probable que la *princeps* del *Amadís* de Montalvo date de 1496, y pide a los especialistas: “Por favor, no escriban que *Amadís de Gaula* es de 1508 y *Las sergas de Esplandián* de 1510, y desde luego que no fueron publicados por Montalvo en dichos años”.

⁸ Tampoco hay que olvidar, sin embargo, que conservamos un ejemplar manuscrito de una *Quinta Parte del Espejo de Príncipes y Caballeros*, que no llegó a publicarse, pero que debió de escribirse con posterioridad a 1623, fecha de la reedición zaragozana de la *Tercera y Cuarta Parte* del mismo ciclo (Lucía, 1998c).

⁹ “Cada vez parece más evidente, en efecto, la dificultad de separar las líneas de las diferentes materias, como la artúrica, la carolingia, la troyana, que en las obras se mezclan y confunden, haciendo imposible trazar fronteras tajantes. El género era totalmente permeable, capaz de acoger, adaptándolas, las traducciones, o capaz

embargo que la crítica coincide en señalar como inicio del mismo la publicación de la primera edición del *Amadís de Gaula* de Montalvo que conservamos, de 1508¹¹. Dado que los libros de caballerías tuvieron gran éxito y difusión a lo largo de todo el siglo XVI y hasta bien entrado el XVII, establecer un final para el género resulta un poco más complicado. Se ha propuesto como fecha significativa 1602, por ser el año en el que se publica el último texto caballeresco original: el *Policisne de Boecia*. También se ha sugerido la reedición en 1623 de la *Tercera y Cuarta Parte del Espejo de Príncipes y Caballeros*, o, más recientemente, la fecha (desconocida, pero posterior a 1623) en que se escribió la *Quinta Parte* que continúa el ciclo y que, aunque no llegó a publicarse, es el último texto original del género que conservamos.

Igualmente complejas han resultado las cuestiones de terminología¹², clasificación y definición. Para Green (1980: 353),

los libros de caballerías son los libros de aventuras en los cuales predominan las hazañas heroicas de caballeros ejemplares y batallas prodigiosas.

Martí de Riquer (2008: 15) describe los libros de caballerías como

unas narraciones en prosa, por lo común de gran extensión, que relatan las aventuras de un hombre extraordinario, el caballero andante, quien vaga por el mundo luchando contra toda suerte de personas o monstruos, contra seres normales o mágicos, por unas tierras las más de las veces exóticas y fabulosas, o que al mundo de poderosos ejércitos y escuadras derrota y vence a innumerables fuerzas de paganos y naciones extranjeras.

de asumir, renovándolos, materiales medievales, como las leyendas artúricas y tristanianas” (Bognolo, 2001: 217).

¹⁰ Véase Alvar, 2002.

¹¹ Así parecía creerlo también Cervantes, al hacer afirmar al cura: “porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen d’este” (Quijote, I, cap. 6º). Por su parte, Lucía (1998b: 313) habla de una fecha aún más temprana: 1501, con la edición de la *princeps* del *Tristán de Leonís* en Valladolid, y Eisenberg, como ya hemos visto, se remonta a una *princeps* perdida del *Amadís* que dataría de 1496.

¹² Bognolo utiliza el término “novela de caballerías” para referirse, al parecer, a toda la literatura caballeresca en general, incluyendo la materia artúrica medieval, la narrativa caballeresca breve y los libros de caballerías castellanos del siglo XVI. Sin embargo, reconoce que “el mismo término «novela» en este caso puede ser objeto de discusión, habiendo entre los críticos quien discriminó entre «novela» y «libro» de caballerías, quien introdujo en las letras hispánicas la distinción básica de las literaturas anglosajonas entre «novela» y «romance», y quien opina que, siendo «novela» un término moderno, es mejor referirse al género con los nombres de la época, como «libro», «historia», «crónica», «historia fingida»” (Bognolo 2001: 215). Green (1977: 353), siguiendo a Durán y a Martí de Riquer, distinguía “entre el *libro de caballerías*, en el cual las aventuras entrelazadas de un héroe casi sobrehumano se sitúan en un lugar exótico en un pasado remoto, y la *novela caballeresca*, en la cual se narran sin entrelazamiento las aventuras de un héroe más humano”. El primer caso seguiría los pasos del *Amadís de Gaula* como paradigma del género, mientras que las “novelas caballerescas” tendrían como modelo al *Tirant lo Blanch*. No obstante, Lucía (2004-2005: 206) afirma que “la expresión *libros de caballerías* (que nunca *novelas de caballerías*) era la más común durante el siglo XVI para nombrar el género narrativo (y editorial) más importante de la época”. Eisenberg, por su parte, también prefiere “libros de caballerías” por encima de “libros de caballería” o “novelas de caballerías”, por ser la expresión utilizada por los autores y lectores de la época para referirse al género y porque, además, “no es tan frecuente que tengamos un término claro, preciso y autorizado por los autores mismos para designar un grupo de obras literarias” (1975).

Hay varias características comunes que podemos extraer de la mayor parte de los intentos de definición y descripción del género¹³:

1. Se trata de obras escritas con un enfoque fundamentalmente idealista en torno a la figura central de un caballero que realiza grandes hazañas, enfrentándose a enemigos humanos, monstruosos o sobrenaturales en busca de la fama y para ser merecedor del amor de su dama¹⁴.

2. Aunque hunde sus raíces en la Edad Media, el género se desarrolla sobre todo a lo largo del siglo XVI¹⁵, reelaborando temas y motivos de la materia de Bretaña e incorporando ideas y perspectivas propias del Renacimiento.

3. La mayor parte de estas novelas son de una gran extensión, y en muchos casos forman sagas que ocupan varios volúmenes.

4. Los “libros de caballerías” están escritos en prosa y fueron originariamente redactados en castellano.

Estos dos últimos puntos, no obstante, han suscitado cierto debate entre la crítica, ya que se habla de una “materia caballescica” más amplia, que incluiría no solo libros de caballerías propiamente dichos, sino también narraciones breves, textos de origen medieval y hasta romances y obras de teatro¹⁶. Dicho de otro modo, “todas las formulaciones textuales que tienen a la caballería –

¹³ Lilia de Orduna, por ejemplo, enumera las siguientes constantes: la aventura, los personajes extraordinarios, el amor, ámbitos comunes como el bosque, la huerta y la cueva, los sueños premonitorios, el don en blanco, la ceremonia de investidura, la corte de Constantinopla, la magia y determinados giros lingüísticos y expresiones características (Orduna, 2001: 540-543). Rey Hazas (1982) elevaba el número de características hasta 16: “1) Se trata de novelas de larga extensión, 2) de estructura totalmente abierta y carente de núcleo, 3) con forma de ciclos prolongados, 4) cuya acción a base son aventuras y pruebas inarticuladas, 5) en una repetición mecánica, 6) que genera cansancio en el lector 7) y hace que la acción sea externa. 8) Los enemigos son jayanes, enanos, monstruos, encantadores, etc. 9) y los propósitos son liberar damas desamparadas, castigar a los malos y constatar la lealtad al rey y a la dama. 10) Son también libros de amor, en los que domina la fidelidad entre la pareja, la honradez y pureza de sentimientos, frente a los amores adúlteros del ciclo bretón. 11) El matrimonio secreto es un motivo fundamental. 12) El marco geográfico es exótico o fantástico; 13) el temporal, muy lejano. 14) No hay preocupación alguna de realismo, ni verosimilitud en beneficio de la fantasía, magia y maravillas, 15) por tanto, no hay apenas descripciones del paisaje, ni de vestidos u objetos, pero sí de lugares y objetos fantásticos. 16) No hay evolución cronológica ni psicológica”. Por su parte, Guijarro (2007: 54) habla de diez aspectos fundamentales: a) prosa de ficción idealista, b) que abarca desde el Amadís hasta el siglo XVII, c) escrita en castellano por autores españoles, d) cuyos protagonistas son caballeros andantes que realizan acciones de armas y amorosas, f) en torno a uno se construyen varios relatos. g) Son textos extensos, h) con rasgos reiterados que provienen de la Edad Media, i) con aventuras iterativas, j) un mundo ficticio y maniqueo, k) con amplia presencia de la magia, y l) las aventuras terrenas se relacionan con principios trascendentes.

¹⁴ Este amor, aunque parte de los planteamientos desarrollados por el *fin’amors* provenzal, se desarrolla en la literatura caballescica de formas muy distintas, asimilando diversas filosofías y generando una gran variedad de comportamientos y situaciones sentimentales (véase Martín Romero, 2008).

¹⁵ Tendiendo, de esta manera, un “puente genial entre la ficción medieval (la materia de Bretaña, de origen francés) y el nacimiento de la novela moderna: *Don Quijote de la Mancha*” (Lucía y Sales, 2008: 27-28).

¹⁶ Ana Bueno y Antonio Cortijo proponen hablar de una “literatura caballescica en sentido más amplio”, es decir: “novelas de caballerías (originales y traducidas), las historias caballescicas breves, los libros de caballería a lo divino, las crónicas, el teatro, el romancero caballescico, cartas y padrones de desafío, tratados teóricos, poemas caballescicos –incluidos los poemas épicos italianos–, materiales desde los que se tienen noticias desde campos no exclusivamente literarios”. De esta manera “se busca presentar la caballería como

con sus determinados modelos ideológicos y presupuestos ficcionales– como protagonista” (Lucía y Sales, 2008: 28). Eisenberg y Marín Pina, por su parte, incluían en su *Bibliografía* solo los textos originales, en prosa y de una cierta extensión, publicados en el siglo XVI y escritos en castellano (2000: 18). Otros críticos, sin embargo, señalan que los lectores de la época no prestaban atención a la lengua original o a la nacionalidad del autor de un libro de caballerías, sino que, como se deduce de relatos como el del escrutinio de la librería de Alonso Quijano, reconocían los textos del género fundamentalmente por su formato (Lucía, 2001; Trujillo, 2011: 423-424).

Por este motivo, entre otros, el *corpus* se amplía notablemente cuando entra en juego el concepto de *género editorial*, tal y como ha señalado José Manuel Lucía en diversas ocasiones. Los lectores del siglo XVI tenían muy claro qué obras eran “libros de caballerías”, y cuáles no lo eran, porque aquellas mostraban unas características físicas determinadas, establecidas por los impresores prácticamente desde los inicios del género. Entre estas características podemos destacar la edición en folio, la gran extensión de los textos, los numerosos grabados que los adornaban y la impresión en letra gótica¹⁷. Pero este formato incluye también algunas traducciones de obras no escritas originariamente en castellano, como el *Tirant*, el *Baldo* o el *Palmerín de Olivia*, así como textos medievales “disfrazados” de libros de caballerías renacentistas (por ejemplo, el *Zifar*, reeditado en 1512 por Cromberger) y, en algunos casos, incluso crónicas y textos históricos. En todo caso, José Manuel Lucía incluye dentro del *corpus* caballeresco muchos títulos que otros autores clasifican aparte, basándose sobre todo en el hecho de que los lectores contemporáneos los leyeron como libros de caballerías. Así, su *corpus*, que en 2002 constaba de 75 títulos (Lucía, 2001: 8-9, 2002a: 15-17), se ha ampliado en la actualidad a 86, entre los que se cuentan manuscritos que nunca llegaron a publicarse, obras que no han llegado hasta nosotros e, incluso, algún texto recuperado que se creía irremediabilmente perdido¹⁸. Esto implica que la nómina de libros de caballerías es susceptible de verse ampliada, en la medida en que es posible seguir rescatando nuevos textos, o reducida, si aplicamos de forma estricta criterios como la extensión o la lengua original.

Por otro lado, también parece estar en crisis la idea tradicional de que la literatura caballeresca es estática y homogénea y se limita a repetir unos mismos patrones. Hay, en efecto, muchas diferencias entre unos textos y otros, lo cual ha permitido a los estudiosos ensayar diversas propuestas de clasificación en un intento por ordenar un *corpus* tan extenso.

Pascual de Gayangos, por ejemplo, clasificaba los libros de caballerías castellanos en tres

una forma de vida, con múltiples manifestaciones artísticas y unos comienzos históricos que se han intentado delimitar” (Bueno y Cortijo, 2010: xxix).

¹⁷ No obstante, con el tiempo estos patrones se fueron relajando, debido a un intento por parte de los editores de llegar a un público más amplio. Lucía (2000: 39-42) señala la existencia de algunas ediciones en otros formatos o por fascículos, con el fin de abaratar su coste, o la publicación en folio de algunas historias caballerescas breves como el *Oliveros de Castilla* (Sevilla, 1507); también nos recuerda que a mediados del XVI los impresores empezaron a sustituir los tipos góticos arcaizantes por otros de estilo romano (2008: 110).

¹⁸ Lucía, 2004-2005: 217.

grandes ciclos: el bretón, el carlovingio y el greco-asiático:

Los primeros son, con alguna excepción, exclusivamente franceses; el tercero fue engendrado en la Península por la brillante imaginación de nuestros escritores (1894: VI)¹⁹.

Se trata, como ha destacado Lucía (2000: 35), de una clasificación basada en el origen y en el contenido. Pero un género desarrollado a lo largo de todo un siglo necesariamente habrá experimentado algún tipo de evolución. Así, se han señalado diferencias entre los primeros textos, publicados durante el reinado de Carlos V a la sombra del *Amadís*, y los escritos en la segunda mitad de la centuria. Hablaríamos, pues, de un doble paradigma²⁰:

1. *El paradigma amadisiano*, que propone una visión idealista del mundo caballeresco, con una estructura narrativa elaborada y una finalidad didáctica y propagandística que no está reñida con el entretenimiento. En este tipo de obras, la búsqueda del héroe gira en torno a su identidad como caballero y a la conquista del amor de su dama. Al mismo tiempo, y sin desviarse de este modelo, comienzan a aparecer otros textos que buscan un mayor realismo y que otorgan al caballero una nueva función: la de defensor de la fe cristiana. Así, los libros empiezan a describir grandes batallas contra ejércitos de infieles, reflejo de lo que podríamos llamar *la caballería cruzada*²¹. Pero también podemos encontrar algunos autores, como Feliciano de Silva, que renuevan el género potenciando aspectos como el humor, las escenas amorosas o la magia y lo maravilloso, e introduciendo elementos de otros géneros de éxito en la época, como la ficción sentimental o la novela pastoril.

2. Frente a este modelo, a mediados de siglo aparece un *nuevo paradigma* que deja de lado el didactismo y que se limita a buscar el entretenimiento mediante “la hipérbole (o exageración), el erotismo y las aventuras maravillosas” (Lucía y Sales, 2008: 78). Esta nueva propuesta triunfa definitivamente con el *Espejo de príncipes y caballeros* (1555); entre los motivos que se han señalado para ello está la ampliación del público aficionado a los libros de caballerías, que ya no se restringía solamente a los nobles. Por otro lado, la crisis imperante en la segunda mitad del siglo XVI, y que afectó también al negocio editorial, obligó a los impresores a buscar una clientela cada vez más diversa. Así, los nuevos libros de caballerías ya no se plantean como modelo idealizado del mundo aristocrático, sino que buscan maravillar y entretener a todo tipo de público²². Ante esta

¹⁹ Según esta clasificación, el *Belianís* estaría incluido en este último grupo (Clase tres: ciclo greco-asiático), en la sección III: “Libros independientes de las dos series anteriores” (es decir, Amadises y Palmerines), debido a que gran parte de las aventuras del héroe se desarrollan en Asia.

²⁰ Lucía y Sales, 2008: 70-79.

²¹ “La aspiración amadisiana a la fama, tanto la que se extiende por el mundo como la que perdura en la memoria de los hombres, deja de ser el acicate principal para unos individuos que se consideran el brazo armado de Dios, que se definen como el instrumento mediante el cual se garantiza la supervivencia de la fe cristiana y que, a través de su esfuerzo, esperan como recompensa la salvación de su alma” (Sales, 2004: 34).

²² Lucía nos recuerda que el canónigo cervantino (*Quijote* I, XLVII) ya establecía esta distinción cuando hablaba de *fábulas milesias* (“cuentos disparatados, que atienden solamente a deleitar, y no a enseñar”) y *fábulas apólogas* (que “deleitan y enseñan juntamente”). Unas y otras, sin embargo, “forman parte del género caballeresco” (2002b: 538).

tendencia se alzaron voces como la de Cervantes, que

criticaba sus fundamentos éticos, estéticos y narrativos, y en la práctica creativa proponía cómo podía superarse esta misma tradición usando buena parte de sus materiales con ironía, humor y verosimilitud (Cacho Blecua, 2009-2010: 105)

De este modo, planteó con el *Quijote* una nueva propuesta que, sin renunciar al humor y al entretenimiento, pretendía recuperar el realismo del paradigma amadisiano, regresando

a los modelos narrativos de las primeras décadas del siglo XVI para escribir una obra que estuviera más cercana a la visión (renacentista) que poseía Cervantes de la ficción narrativa, en donde la estructura y la verosimilitud se convirtieran en dos de sus claves (Lucía y Sales, 2008: 83).

Los libros de caballerías, como se ve, sufrieron una serie de modificaciones que los hicieron evolucionar a lo largo de todo el siglo XVI. Tradicionalmente se ha hablado de una decadencia del género en la segunda mitad de la centuria, debido a que se publican menos textos originales. Entre las causas de esta crisis, Alvar y Lucía (2000) citan las siguientes: “plebeyización” y popularización del género, que hace que la alta nobleza ya no encuentre tan atractivos los libros de caballerías; la llegada al trono de un monarca que, a diferencia de su antecesor, no consumía literatura caballeresca²³; las nuevas medidas tomadas para controlar la imprenta, como la Pragmática de 1558; y, por último, los problemas económicos de finales de siglo.

Pero la proliferación de textos manuscritos, las reediciones de grandes éxitos y la continuidad de las críticas al género hasta bien entrado el siglo XVII parecen indicar que, muy al contrario de lo que se pensaba, la afición por los libros de caballerías se prolongó en el tiempo hasta muchas décadas después de la publicación del *Quijote*. Si bien es cierto que se producen cambios a lo largo de la centuria, estos pueden explicarse teniendo en cuenta una serie de factores que analizaremos a continuación.

2. EL *BELIANÍS DE GRECIA* Y EL GÉNERO CABALLERESCO DURANTE EL REINADO DE FELIPE II

Don Belianís de Grecia fue uno de los libros de caballerías más importantes e influyentes de la segunda mitad del siglo XVI, admirado por un buen número de aficionados al género y moderadamente apreciado por la crítica especializada desde Cervantes hasta la actualidad²⁴. Pese a ello, no se ha librado del desprecio de algunos autores como Menéndez y Pelayo, que lo consideraba

²³ Alvar y Lucía, sin embargo, consideran que este argumento es “una simplificación peligrosa (...) perfectamente controvertible”, puesto que los gustos de ambos reyes podrían reflejar los intereses de la nobleza de su tiempo, y no al revés (2000: 28).

²⁴ “*Belianís* has a greater scope of vision and a relatively more coherent action than do most Spanish romances of chivalry” (Mancing, 2001:113).

“disparatadísimo”, probablemente debido a su profusión de aventuras y episodios fantásticos²⁵.

Podríamos decir, en términos de Sylvia Roubaud, que se trata de una novela caballeresca “nueva”, es decir, del grupo de las publicadas a partir de los años 20 que, a su entender, presentan “temas y matices nuevos, al perfilarse en el género con mayor nitidez una inspiración renacentista y cortesana” (1999: 52).

Lucía y Sales, por su parte (2008: 77), señalan el *Belianís de Grecia* como antecedente del nuevo paradigma que se desarrolló a lo largo de la segunda mitad de la centuria, y que, en oposición al modelo amadisiano, priorizaba el entretenimiento por encima del realismo y el didactismo²⁶. La *Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia* se publicó por primera vez en Sevilla, en 1545²⁷, y pronto alcanzó un notable éxito, siendo reeditado en diversas ocasiones²⁸. La *Tercera y Quarta Parte*, no obstante, vio la luz treinta y cuatro años más tarde, tras la muerte de su autor. Por tanto, cabe destacar que ambas entregas fueron publicadas en dos momentos históricos muy diferentes. La primera apareció en pleno apogeo de los libros de caballerías²⁹, al calor del éxito obtenido por la saga amadisiana. La *Tercera y Quarta Parte*, sin embargo, llegó en un momento menos favorable. Aunque seguía existiendo una gran afición a los libros de caballerías, el país se encontraba sumido en una profunda crisis que afectó también a la imprenta³⁰, y durante la segunda mitad del siglo se redujo notablemente el número de ediciones de libros de caballerías. Si bien se siguen reeditando los libros de más éxito, solo aparecen siete textos nuevos en todo el

²⁵ Cacho Blecua (2007) señala que, a pesar de que Menéndez y Pelayo poseía una amplia colección de libros de caballerías (entre los que se encontraban todas las entregas de la obra de Jerónimo Fernández), no demuestra un gran entusiasmo hacia un género que no era de su agrado y cuya lectura le resultaba tediosa en la mayor parte de los casos.

²⁶ También Marín Pina (2008: 180) destaca que, junto a otros textos de la época como el *Palmerín*, el *Primaleón* o el *Platir*, el *Belianís* presenta “el texto desnudo de sentencias, de glosas moralizantes o comentarios doctrinales, y optan por el uso de comportamientos ejemplares además de explorar nuevas vías experimentales en las que triunfa ante todo el entretenimiento. Todos ellos exploran, por ejemplo, la técnica del disfraz, y en ella cifran la complejidad, el suspenso y el atractivo de sus tramas”. Por el contrario, Martín Romero (2004) señala varios pasajes de la *Primera y Segunda Parte* en los que el autor adopta un tono didáctico o moralizante; entre ellos destaca el prólogo alegórico que precede a la segunda parte. Pese a ello, predomina el entretenimiento a lo largo de toda la obra, y esos pasajes didácticos podrían explicarse “por el interés que estos autores tenían por justificar moralmente sus textos (...) en un ámbito frecuentemente criticado por los moralistas.”

²⁷ La primera edición que conservamos es la de 1547. Sin embargo, existen razones para pensar que hubo una edición anterior, de 1545 que no conservamos, y que sería la verdadera *princeps* de la obra. Así lo creen también Orduna (1989 y 1996a), Eisenberg (2001), Lucía y Sales (2008: 14).

²⁸ Tenemos noticia de cinco ediciones después de la de 1545: Burgos, Martín Muñoz, 1547; Estella, Adriano de Anvers, 1564; Burgos, Pedro de Santillana, 1579 (perdida o inexistente); Zaragoza, Domingo de Portonaris y Ursino, 1580; Burgos, Alonso y Esteban Rodríguez, 1587.

²⁹ De hecho, aquel mismo año se publicaron también el *Florando de Inglaterra*, el *Cirongilio de Tracia* de Bernardo de Vargas y el *Cristalián de España*, de Beatriz Bernal.

³⁰ “A partir de la década de los años sesenta del siglo XVI, cuando el gran imperio español ideado –y gobernado– por Felipe II empieza a hacer aguas y la economía castellana sufre las continuas bancarrotas, la industria editorial va a vivir una gran crisis de la que solo las imprentas de la Corona de Aragón parece que van a sobrevivir. Felipe II tendrá que llevarse a Flandes la impresión de los nuevos textos litúrgicos emanados del Concilio de Trento, y no hay ningún impresor español que pueda igualarse –ni de lejos– con un Plantino, el gran impresor del momento” (Lucía, 2008: 213).

reinado de Felipe II³¹, y la mayoría de ellos eran continuaciones de sagas anteriores. Así, el hecho de que la *Tercera y Cuarta parte* llegara a ser publicada a pesar de estas circunstancias adversas nos da una idea del éxito de que gozaron las aventuras de don Belianís y sus compañeros durante todo el siglo XVI. Y, aunque esta nueva entrega no llegó a reeditarse, algunos lectores estaban lo bastante interesados como para desear una continuación de su “inacabable aventura”³².

Por otro lado, si la primera entrega de la saga constituía un antecedente del nuevo paradigma, la *Tercera y Cuarta Parte* se publica en pleno apogeo del mismo, y participa de sus características más señaladas. Podemos encontrar entre sus páginas, en efecto, multitud de aventuras maravillosas, viajes a lugares lejanos, naves y transportes encantados, objetos mágicos y criaturas extraordinarias, grandes batallas y hazañas imposibles llevadas a cabo por caballeros de capacidades sobrehumanas; también hay, por supuesto, enredos amorosos, doncellas que toman las armas, vicisitudes bizantinas y episodios repletos de humor. Contra algunos de estos aspectos arremetió la incisiva pluma de Cervantes, pero no cabe duda de que, pese a todo, el autor del *Belianís de Grecia* logró crear una saga que fascinó y entretuvo a un gran número de lectores, incorporando elementos de tradiciones antiguas y también de otros géneros como la novela bizantina o la ficción sentimental, como veremos a continuación.

3. BREVE SÍNTESIS ARGUMENTAL

Don Belianís de Grecia relata la historia del hijo primogénito del emperador don Belanio de Grecia, que debe hacerse un nombre antes de considerarse digno de suceder a su padre. Sus aventuras caballerescas y sus vivencias amorosas se desarrollan tanto en Occidente como en Oriente, donde queda prendado de la princesa Florisbella de Babilonia y compite por su amor con el príncipe Periano de Persia, que se convierte en su principal enemigo y rival. Tras multitud de hazañas y aventuras, complementadas por las vividas por sus hermanos y amigos, don Belianís alcanza por fin la fama como caballero y el amor de la hermosa Florisbella. Sin embargo, antes de que la boda pueda celebrarse, un carro encantado secuestra a las protagonistas femeninas del relato, comenzando así una nueva aventura cuya resolución se anuncia para la siguiente entrega de la novela.

La *Tercera y Cuarta Parte* relata, en primer lugar, la búsqueda de las princesas desaparecidas. Todos los caballeros protagonistas parten en su rescate, en grupo o en solitario, en una *queste* a lo largo de la cual correrán diversas aventuras, participarán en los famosos torneos de Londres e incluso lucharán por la conquista de Troya. Una vez alcanzado el objetivo (el Castillo de

³¹ Alvar y Lucía, 2000: 28. Por otra parte, Marín Pina (2008: 177) señala la existencia de un período de “repunte editorial” de 1575 a 1585, en el que aparecerá la *Tercera y Cuarta parte*, posiblemente debido al “empeño del monarca en el relanzamiento de la caballería ciudadana en pro de sus intereses políticos”.

³² Es el caso, como veremos, de Pedro Guiral de Berrio, que llegó a tomar la pluma para escribir una *Quinta parte* que no llegó a imprimirse, pero que conservamos en manuscrito.

la Sabia Medea), la *queste* se transforma en una especie de juego caballeresco en el cual todos compiten entre sí para llegar en primer lugar y lograr así ser proclamados por Marte y Cupido como señores absolutos de la caballería y el amor.

Tras el rescate de las doncellas y la posterior conquista de Troya se produce el esperado matrimonio público de don Belianís y su amada Florisbella, pero sus aventuras no terminan aquí: Florisbella dio a luz al hijo de ambos durante su estancia en el castillo encantado, y el sabio Merlín se llevó al infante a lejanas tierras. En la cuarta parte, don Belianís se embarca en una nueva *queste* que lo llevará por tierras africanas hasta encontrarse por fin con su hijo Belflorán, que ya tiene edad para ser armado caballero. Este viaje está también complementado por la búsqueda de la princesa Hermiliana quien, abandonada por su caballero, toma las armas y corre diversas aventuras tratando de encontrarlo; sin olvidar tampoco las peripecias de Periano de Persia, que desciende a los mismos infiernos en busca de su sobrina Belinda.

Pero el cuerpo principal de la cuarta parte es el relato de la sangrienta guerra de Constantinopla, en la que caballeros de oriente y occidente se enfrentarán no por motivos religiosos, sino, sobre todo, por una cuestión de amor y de celos. Periano moviliza toda Persia contra Grecia, agraviado por el matrimonio de su amada Florisbella. A él se unirá el príncipe Ariobarzano de Tartaria, resentido por la conversión al cristianismo de su hermana Imperia, que casa sin su consentimiento con el príncipe de Fenicia. La tercera en discordia será una princesa cristiana: Claristea de Alemania, quien, enamorada de don Belianís y furiosa por la relación de este con Florisbella, hace creer a su padre que el héroe le dio una promesa de matrimonio que no cumplió. Estos personajes movilizarán grandes ejércitos y toda la cristiandad tendrá que unirse contra ellos.

La contienda supone la iniciación caballeresca del nuevo héroe, Belflorán, y de todos los jóvenes caballeros de su generación, hijos legítimos e ilegítimos de los protagonistas de las entregas anteriores. Tras el final de la guerra se suceden nuevas batallas, torneos y aventuras que colocarán a Belflorán en el escalafón más alto de la caballería de su tiempo, superando incluso a su padre, don Belianís, al derrotar definitivamente al dragón del templo de Amón y ocupar el asiento peligroso de la mítica Mesa Redonda, que le estaba destinado. El joven héroe obtendrá finalmente el amor de su adorada Belianisa; pero el relato de su matrimonio público estaba sin duda contenido en los legajos que el sabio Fristón, cronista de esta historia, perdió en Egipto, puesto que no se incluye en las aventuras relatadas en la cuarta parte, donde sí se narra, en cambio, el nacimiento en altamar del hijo de ambos, Fortimán de Grecia, y su posterior pérdida y rescate por parte de un corsario que se encargará de educarlo lejos de su hogar y ajeno a su verdadera identidad; de este modo, el ciclo se reinicia una vez más³³.

³³ Para un resumen detallado de la *Tercera y Cuarta Parte*, capítulo a capítulo, véase nuestra *Guía de Lectura* publicada en la colección del Centro de Estudios Cervantinos.

4. PUBLICACIÓN Y DIFUSIÓN

4. 1. La continuación de una novela de éxito

La *Tercera y cuarta parte del imbencible príncipe don Belianís de Grecia* vio la luz en Burgos, en el taller de Pedro de Santillana³⁴, en 1579, más de tres décadas después de que se publicasen la primera y segunda parte de la novela. La *Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia* (Sevilla, 1545) gozó de un notable éxito en la primera mitad del siglo XVI, contando con varias reediciones, pero seguía sin aparecer la continuación que el autor había prometido al finalizar la entrega anterior:

do cumple dar fin a esta historia, pues he sido tan prolixado que con razón della seré notado, prometiendo lo más presto que fuera possible contar las tan brauas auenturas que a estos príncipes sucedieron en la demanda de la princesa Florisbella y cómo el sabio Merlín fue desencantado, para el fin della, por el príncipe don Belianís con las crudas batallas que en el Pauoroso Castillo passaron y los sucessos de los amores de los príncipes don Clarineo y don Lucidaner y Arsileo y don Con[tu]meliano con la linda I[m]peria, con lo demás que al valeroso Perianeone auino, pidiendo perdón de los passados yerros. (*Belianís de Grecia, Libro II*, ed. Lilia de Orduna, p. 466)

La segunda parte, en efecto, finalizaba con un momento dramático importante, puesto que las principales damas y doncellas del relato habían sido secuestradas en un carro mágico, y sus caballeros se disponían a remover cielo y tierra en su busca:

...si a esta ora, por los ayres, con infernal furia no viera venir más de veynte dragones cercados de llamas de fuego, que vn carro parecían traer de la misma llama cubierto y en él venían muchas disformes figuras. La sabia Belonia, que sintió lo que era, quiso obrar de sus encantamientos, mas, ¡qué le aprouecha!, que ni en antigüedad ni en saber eran yguales. Toda la gente del campo quedó admirada; el príncipe don Belianís quiso correr para donde su señora estaua, temiéndose de lo que ser podía, mas antes llegó el diabólico carro en el qual fueron puestas las princesas Florisbella, Hermeliana, Policena, con las hermosas Sirena y Imperia e infanta Matarrosa con la Reyna Aurora, y con la presteza que fue su venida, se tornó a bolver a vista de todos los presentes, dando gritos las que eran lleuadas, llamando a los príncipes que las socorriessen. La turbación y tristeza de todos los presentes, los generales gritos que se leuaron, ¡quién bastaría a poderlos contar! (*Belianís de Grecia, Libro II*, ed. cit., pp. 463-464).

Previamente el autor nos había explicado que el mago Fristón había encontrado el castillo encantado de la sabia Medea siguiendo las indicaciones de una profecía. Después, con la intención de favorecer a su protegido, Perianeone de Persia, planeaba retener allí a Florisbella hasta que llegase la persona destinada a rescatarla.

Este final es muy similar al que cierra la *Tercera Parte del Espejo de Príncipes y Caballeros* (1587), en el que el mago Selagio decide raptar a todas las damas y conducir las hasta un lugar

³⁴ Según Lucía, se trataba de “una imprenta de segundo orden”, ya que “la de mayor envergadura, dirigida entonces por Felipe de Junta, curiosamente orilló la publicación de libros de caballerías a cambio de una intensa dedicación al género menor de las novelas caballerescas breves, verdadero filón editorial de rentabilidad todavía más segura” (2005: 272).

encantado (el Olimpo), de donde, según una profecía, podrá liberarlas aquel que llegue hasta ellas y venza a Marte en combate singular. Así,

al punto lo puso por obra, que tomando un carro de ardiente fuego se puso en sala de Constantinopla, sin que nadie se pudiese menear, con tantos relámpagos y truenos que parecía venir a la tierra el cielo. Passado aquello, faltaron las damas más bellas del mundo: eran Policena, Helena, Aurelia y Rosabela, con la linda Artimisa, y del real la hija del Sofí, la del Asirio, la del de Fenicia, Troyla y la hermana de Bembo, aunque tan niña, con la del egypciano. Toda la corte se alborotó, queriendo partir en su busca, particularmente los hijos de Rosabel y el de las Estrellas con el Gran Tártaro... (fol. 84-vº)³⁵.

También aquí el rescate de las damas se deja para una entrega posterior, que tardará años en ver la luz. En ambos casos deducimos que la búsqueda de las princesas desencadenará una *queste* en la que los caballeros tendrán que demostrar al mundo su valor en las armas y su constancia en el amor. De momento, sin embargo, don Belianís solo cuenta con la poca información que le ofrece la sabia Belonia al final de la *Segunda parte*:

–No lo sé –dixo Belonia–, que estoy tan turbada que de mí no sé punto más de quanto vuestra señora y las demás están en un fuerte encantamiento en los confines de la grande Assiria, y creo que si por vos, no por otro, no podrá ser liberada. Y no curéys de os detener, que si dentro de dos años no es libre, no lo será jamás. (*Belianís de Grecia, Libro II*, ed. cit., pp. 464-465)

Esta actitud de incertidumbre y tristeza general contrasta con las palabras tranquilizadoras del sabio Nabato en los últimos folios del *Espejo*:

el qual los asosegó diciendo que era sin fruto yr entonces en su busca, porque él hallava que no serían libres tan presto, porque una profecía lo dezía.

Después de lo cual se reanuda la fiesta en el palacio, casi como si nada hubiese sucedido, dado que la profecía asegura que las damas van a ser liberadas antes o después. En el *Belianís*, la intervención de Belonia sirve justo para lo contrario: para crear inquietud no solo en los personajes, sino también en el lector, gracias al límite temporal impuesto para finalizar la aventura (“si dentro de dos años no es libre, no lo será jamás”). Así, el deseo de leer la siguiente entrega no se fundamenta solo en la promesa de nuevas aventuras, como podría suceder en el caso del *Espejo de Príncipes y Caballeros*, sino también en un manejo de la intriga que lleva al lector a preguntarse qué va a suceder a continuación.

Con todo, y pese a las prisas de la sabia Belonia, el rapto de las princesas tuvo que aguardar treinta y cuatro años para ser resuelto. Así, en 1579, cuando por fin se publicó la *Tercera y Cuarta Parte* (que anticipaba en la portada “en que se cuenta la libertad de las princessas que de Babylonia

³⁵ Citamos por el ejemplar digitalizado en la Biblioteca Nacional (R/11342): http://bibliotecadigitalhispanica.bne.es/view/action/nmets.do?DOCCHOICE=1780309.xml&dvs=1353510103929~319&locale=es_ES&search_terms=&adjacency=&VIEWER_URL=/view/action/nmets.do?&DELIVERY_RULE_ID=4&usePid1=true&usePid2=true

fueron llevadas”, para tranquilidad de los lectores de la entrega anterior³⁶), las circunstancias ya no eran tan favorables. Su autor, Jerónimo Fernández, ya había fallecido, según nos informa en el prólogo su hermano, Andrés Fernández, que es quien costea la edición. Por otro lado, y como ya hemos apuntado, la producción de libros de caballerías desciende notablemente durante el reinado de Felipe II, con tan solo siete textos nuevos en la segunda mitad del XVI. El taller burgalés de Pedro de Santillana, de hecho, pese a que ya había publicado otros libros de caballerías con anterioridad, se había decantado por reeditar obras de probado éxito, como el *Amadís de Gaula* (1563) o los dos primeros libros del *Renaldos de Montalbán* (1564), que, además, ya habían sido reeditados en diversas ocasiones. De la misma manera, algunos críticos afirman que, al publicar la *Tercera y Cuarta Parte del Belianís de Grecia*, lanzó también una nueva edición de la *Primera y Segunda Parte*, ofreciendo así a sus lectores por primera vez la posibilidad de adquirir la obra completa³⁷.

Las razones que aduce Andrés Fernández para la publicación del libro son reveladoras:

aver agradado tanto a la magestad de Carlos Quinto, invictíssimo Emperador y señor nuestro, la *Primera y Segunda Parte*, que gustó de oýrta diversas vezes, dio causa a qu’el auctor, que fue el licenciado Fernández, mi hermano, escribiesse también *Tercera y Quarta*, y a mi ánimo y atrebimiento para la dirixir y presentar a V[uestra] Merced (*Tercera y Quarta parte...*, fol. A-2r³⁸).

Es bien conocido el gusto de Carlos V por los libros de caballerías en general y por este en particular³⁹; sin embargo, y aunque la primera entrega siguió reeditándose a lo largo del reinado de Felipe II, ocupando el tercer puesto en cuanto a número de ediciones, por detrás del *Espejo de príncipes y caballeros* y del *Renaldos de Montalbán*, e igualado con el *Amadís* y el *Lepolemo*, entre otros (Alvar y Lucía, 2000: 29-32), solo nos han llegado noticias de una posible reedición de la *Tercera y Cuarta parte*, que no conservamos⁴⁰. A pesar de ello, y como veremos a continuación, la influencia esta obra se prolongó hasta bien entrado el siglo XVII.

4.2. Difusión e influencia

¿Hasta qué punto tuvieron éxito las andanzas de don Belianís? Ya hemos hecho alusión al número de ediciones alcanzado por su primer volumen. Pese a las críticas de moralistas como Fray

³⁶ Esta especificación del contenido del libro en el título (en este caso, un avance del triunfo del héroe) es habitual en los libros impresos del XVI; se trata de una estrategia comercial con una finalidad publicitaria (Lucía, 2000: 271-272).

³⁷ No conservamos ningún ejemplar de esta edición de la *Primera y Segunda Parte*, aunque parece aceptado por parte de la crítica el hecho de que existió, y que se ha perdido (Lucía, 2002: 49; Eisenberg y Marín Pina, 2000: 264). Orduna, sin embargo, la considera una edición fantasma (1973:182 y 1997a: XVI).

³⁸ Manejamos el ejemplar conservado en la Biblioteca de la Universitat de València (sig: BH R-1/150).

³⁹ Lucía y Marín Pina (2008: 292-294) ofrecen una colección de anécdotas acerca de la afición del emperador por los libros de caballerías, y hasta nos revelan el nombre de la dama que solía leerseles en voz alta: doña María Manuel. No sería descabellado suponer que fuera ella quien le relató las primeras hazañas de don Belianís.

⁴⁰ Comentaremos la cuestión relativa a la posible edición de 1587 en el apartado I.4. EDICIONES.

Pedro de Malón⁴¹ y de autores como Mateo Alemán (en la tercera parte de su *Guzmán de Alfarache*⁴²), la obra fue ampliamente conocida tanto en España como en América (Roubaud 1999: 64). Ya hemos visto que el mismo emperador Carlos V “gustó de oír la diversas veces”, tal y como se afirma en el prólogo de la *Tercera y Cuarta Parte*⁴³. No pocos nobles compartían esta afición de su soberano, a juzgar por los inventarios de las bibliotecas que han llegado hasta nosotros, y varios de ellos poseyeron algún ejemplar de la obra⁴⁴.

Encontramos un *Belianís de Grecia* en el *Índice de los libros que ay en la librería de don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, en su casa de Valladolid* (1623). El conde de Gondomar fue un gran aficionado a los libros de caballerías, como se deduce de este inventario; entre los ejemplares de su colección se incluían los siguientes títulos (Lucía y Marín, 2008: 300):

Tercera y 4ª parte del Príncipe don Belianís de Grecia. Burgos, 1579, f.
Libro primero y 2^{do} de don Belianis de Grecia. Burgos, 1587, f.

Este manuscrito, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms 13593/4), cita los libros incluidos en la biblioteca atendiendo al orden por el que fueron colocados en las estanterías. *Don Belianís de Grecia* se encontraba situado entre el *Palmerín de Oliva* (1511) y el *Primaleón* (1512) (Lucía 2000: 101).

⁴¹ “Y, como es nuestra gastada naturaleza, que de suyo corre desapoderada al mal, tuviera necesidad de espuela y de incentivos para despertar el gusto del pecado, así la cevan con libros lacivos y profanos, a donde y en cuyas rocas se rompen los frágiles navíos de los mal avisados moços, y las buenas costumbres (si algunas aprendieron de sus maestros) padecen naufragios y van a fondo, y se pierden y malogran; porque ¿qué otra cosa son los libros de amores, y las *Dianas* y *Boscanes* y *Garcilasos*, y los monstruosos libros y silvas de fabulosos cuentos y mentiras de los *Amadis*, *Floriseles* y *don Belianís*, y una flota de semejantes portentos como ay escritos, puestos en majos de pocos años, sino cuchillo en poder del hombre furioso? (...) Otros leen aquellos prodigios y fabulosos sueños y quimeras sin pies ni cabeça de que están llenos los libros de cavallerías, que así los llaman, a los que, si la honestidad del término lo supiera, con trastocar pocas letras le llamaran mejor “de vellaquerías” que “de cavallerías”. Y, si a los que estudian y aprenden a ser christianos en estos catecismos les preguntáis que por qué los leen y cuál es el fruto que sacan de su lición, responderos han que allí aprenden osadía y valor para las armas; criança y cortesía para con las damas; fidelidad y verdad en sus tratos; y magnanimidad y nobleza de ánimo en perdonar a sus enemigos, de suerte que os persuadirán que *Don Florisel* es el *Libro de los Macabeos*, y *Don Bellanís*, los *Morales* de Sant Gregorio” (*Libro de la Conversión de la Magdalena*, 1588; citamos por la edición de 1600 que se encuentra digitalizada en la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia (BH Z-07/036)

⁴² “Otras muy curiosas, que dejándose de vestir, gastan sus dineros alquilando libros y, porque leyeron en *Don Belianís*, en *Amadís* o en *Esplandián*, si no lo sacó acaso del *Caballero del Febo*, los peligros y malandanzas en que aquellos desafortunados caballeros andaban por la infanta Magalona, que debía de ser alguna dama bien dispuesta, les parece que ya ellas tienen a la puerta el palafrén, el enano y la dueña con el señor Agrajes, que les diga el camino de aquellas espesas florestas y selvas, para que no toquen a el castillo encantado, de donde van a parar en otro, y, saliéndoles a el encuentro un león descabezado, las lleva con buen talante donde son servidas y regaladas de muchos y diversos manjares, que ya les parece que los comen y que se hallan en ello, durmiendo en aquellas camas tan regaladas y blandas con tanta quietud y regalo, sin saber quién lo trae ni de dónde les viene, porque todo es encantamento”.

⁴³ Sin embargo el emperador, al igual que su autor, ya había muerto cuando esta segunda entrega vio la luz, por lo que no llegó a leer, ni a escuchar, la continuación de las hazañas de don Belianís.

⁴⁴ Hay que tener en cuenta que, pese a ello, las cifras son reducidas o, cuanto menos, relativas; en Madrid, por ejemplo, entre 1550 y 1650, solo 71 inventarios de los 1307 conocidos contenían libros de caballerías; la mayoría pertenecieron a nobles o funcionarios (Rey Castela, 2005: 128).

Otro noble lector de libros de caballerías fue don Pedro Álvarez de Osorio, marqués de Astorga, que atesoraba en su biblioteca más de veinte títulos pertenecientes al género, entre los que se encontraba, por supuesto, *Don Belianís de Grecia* (Aguilar Perdomo, 2005: 52).

Entre estos coleccionistas destaca especialmente Agustina de la Torre, condesa de Campo de Alange, que inició la tarea de reunir una magnífica biblioteca que sus sucesores conservaron y aumentaron. Su figura es una muestra más de que los libros de caballerías también contaron con lectoras entusiastas entre el público femenino⁴⁵, pero, además, reviste una especial importancia para nuestro trabajo porque su biblioteca también incluía un ejemplar de *Don Belianís*, y en concreto uno de la *Tercera y Cuarta Parte* que conservamos todavía⁴⁶.

En efecto, según el inventario redactado en 1779, entre los títulos que atesoraba encontramos los siguientes:

Hernández (gerº.) Libro 1º y 2º del valiente e invencible Caballero D. Belianís de Grecia. Burgos, 1587.

Id. La 3ª. y 4ª. parte de D. Belianis de Grecia. Burgos, 1579.

Este ejemplar de la *Tercera y Cuarta Parte*, que aún exhibe el ex libris con el escudo de armas de la condesa, se conserva actualmente en la Biblioteca Histórica “Marqués de Valdecilla” de la Universidad Complutense. En 1891, los herederos de la condesa vendieron su colección a la Biblioteca Nacional; pero a este *Belianís* en concreto le faltan ochenta y cinco folios del principio, motivo por el cual fue descartado, y acabó finalmente en su ubicación actual (Lucía, 2005: 272).

Sin embargo, el *Belianís* no solo halló refugio en las bibliotecas de los nobles. En 1594, el autor de comedias Tomás de la Fuente poseía nada menos que 166 libros, entre los que se encontraba la *Primera y Segunda Parte de Don Belianís*⁴⁷.

De su éxito nos habla también su presencia en las librerías a lo largo de los siglos XVI y XVII. Juan Lippeo, de Sevilla, contaba en 1583 con tres ejemplares de la *Primera y Segunda Parte* entre los 854 volúmenes de su librería (Wagner, 2002: 464). Por su parte, Lucía (2000: 47) reproduce el inventario de los volúmenes con los que contaba el establecimiento de Benito Boyer, célebre librero lionés, en 1592. Entre los 525 ejemplares de libros de caballerías descubrimos que se encuentran en su biblioteca:

⁴⁵ Véase Marín Pina, 1991 y 2008.

⁴⁶ Véase Santos Aramburo, 2004 y 2008. La condesa contaba en su biblioteca con 24 libros de caballerías, “bien encuadernados y, en ocasiones, perfectamente restaurados”, una muestra más del aprecio que su dueña sentía por esta colección (2004: 6).

⁴⁷ Tomás de la Fuente fue un autor de comedias prácticamente desconocido que, sin embargo, “acumulaba en su casa cerca de ciento setenta libros útiles para su oficio, aunque no sabemos si fueron sólo para uso personal o quizá para alquilarlos a otros profesionales de las tablas” (Sanz Ayán, 2009: 408). En el inventario de su biblioteca encontramos, aparte del *Belianís*, otras catorce novelas de caballerías (*Amadís de Gaula*, *Sergas de Esplandián*, *Olivante de Laura*, *Espejo de caballerías*, *Florisel de Niquea* -Primera parte y Segunda de la Cuarta-, *Cristalián de España*, *Amadís de Grecia*, *Palmerín de Oliva*, *Caballero del Febo*, *Lisuarte de Grecia*, *Leandro el Bel*, *Lepolemo*) y un poema caballeresco (*Celidón de Iberia*). El ejemplar del *Belianís* que poseía fue tasado en 14 reales (*ibid*, 423).

un don Belianis cumplido folio duientos y treinta y ocho pliegos.
un don belianis primera y segunda parte folio y diez y nueve pliegos.

En 1596, en el inventario de Diego Ruiz de Medrano, mercader de Medina del Campo, hallamos un buen surtido de libros de caballerías, entre los que se hallan nada menos que dos juegos completos de *Don Belianís*⁴⁸.

Descubrimos además, en un testimonio aportado por Lilia de Orduna (1997: XLVIII), lo que costaba la *Tercera y cuarta parte* en 1582; en el *Archivo de Protocolos Notariales de Burgos* se incluye el siguiente documento:

-Burgos. Leg, 2693, fol. 256. J Fernandes de Salazar. 5-III-1582. Obligación de Felipe de Junta, librero, de pagar a Juan Baptista Espinosa, vecino de Burgos, 20400 mrs. por cien cuerpos de libros de D. Belianis de la 3ª y 4ª parte a 6 rs. cuerpo.

Con estos datos, Orduna deduce que Felipe de Junta calculaba cerca de un centenar de posibles compradores para la obra, tres años después de su publicación.

Marín Pina (2008: 167) refiere que todavía en 1606 podían encontrarse ejemplares del *Belianís de Grecia* en el inventario de la librería de Cristóbal López, que tasaba cada ejemplar en 408 maravedís⁴⁹.

Y no cabe duda de que se compraban o, al menos, se buscaban. Hasta nosotros ha llegado un curioso documento llamado *Catalogus librorum hispanicorum*, redactado por un estudiante alemán de viaje por nuestras tierras que, en torno a 1605, elaboró una larga lista de los títulos que le interesaba comprar (nada menos que 835), entre los cuales incluyó varios libros de caballerías y, naturalmente, el *Belianís* (Cátedra, 1999).

Por otra parte, Lilia de Orduna (1997: LV) destaca la gran difusión que tuvo la obra en América⁵⁰ y, citando a Irving Leonard, comenta el caso de un librero que “solo deseaba la primera y

⁴⁸ “Don Belianis 1º 2º 3º 4º 2º”; el mercader medinés contaba asimismo con ejemplares del *Caballero del Febo* (I-III, dos volúmenes); *Rogel de Grecia*; *Olivante de Laura*; *Amadís de Gaula*; *Florisel de Niquea*; *Sergas de Esplandián*; *Lisuarte de Grecia*; *Palmerín de Oliva*; *Pigmaleon* (sic); *Don Cristalián de España*; *Felixmarte de Hircania* y el *Espejo de Caballerías*, según el inventario transcrito por Anastasio Rojo Vega, que se halla en el Archivo Histórico Provincial de Valladolid (leg. 6949, fol. 1726) y que puede consultarse en su página web: www.anastasiorojovega.com.

⁴⁹ El inventario de la librería de Cristóbal López puede consultarse en el estudio de Dadson (1998: 467-502), donde puede leerse:

[274] Don Belianis prim[er]a y segunda parte tasado en diez rreales

[275] Dos don Velianis tercera p[ar]te tasado en diez rreales

[282] Otro don Velianis tasado en doce rreales (Dadson, 1998: 492-493)

⁵⁰ Irving Leonard ha estudiado con detalle la relación entre los libros de caballerías y la conquista de América. Parece que el éxito del género entre los conquistadores se debe, en parte, a que estos se identificaban con sus caballeros favoritos en la ficción: “la *aventura* y el *esfuerzo personal* son dos elementos que particularmente se avenían con las aspiraciones vitales de sus lectores conquistadores, pues estos, al igual que sus admirados caballeros ficcionales, también se lanzaban sobre un mundo todavía mágico y lleno de misterios” (González, 2008: 371).

segunda parte, puesto que la tercera y la cuarta pueden encontrarse en el mercado de Lima”⁵¹. Parece, por tanto, que no pocos ejemplares de *Don Belianís* fueron embarcados para América. Lucía (2008: 118) aporta el testimonio de los libros enviados para Francisco de Saavedra en 1594, entre los que se encuentran

primera y segunda parte de don Belianís
tercera y cuarta parte de don Belianís

También señala la presencia de *belianises* en los informes de inspecciones a los barcos que realizaban la travesía al Nuevo Mundo, y que detallan el contenido de las cajas de libros que viajaban a bordo (Lucía, 2008: 119).

Así, pese a la poca fortuna que tuvo la *Tercera y cuarta parte* comparada con la primera entrega, podemos afirmar que su protagonista era bien conocido entre los aficionados al género, alcanzando un gran nivel de popularidad y dejando también su huella en obras posteriores. En 1599 nos encontramos con un curioso manuscrito titulado *Flor de caballerías*⁵², que remite de nuevo al texto que nos ocupa. Parece que su autor, Francisco Barahona, era un gran lector de libros de caballerías, y con su obra quiso realizar “un homenaje a todos ellos” (Lucía, 2007: XV). En efecto, en los capítulos V y VI del manuscrito se relata cómo el héroe, Belinfor, por un lado, y la doncella guerrera Rubimante, por otro, se enfrentan a los más célebres caballeros y damas en el Castillo de Marte, en una especie de prueba que pondrá de manifiesto que ellos son el mejor caballero y la dama más hermosa y valiente de todas. Por los Arcos de Marte, Palas Atenea y Venus van desfilando un gran número de personajes escapados de otras novelas, entre los que se encuentran don Belianís⁵³, el príncipe Belflorán⁵⁴, la amazona Zenobia (“la enamorada de Belflorán”), la doncella guerrera Hermiliana⁵⁵ y las damas Belianisa y Florisbella⁵⁶. Además de diversos enfrentamientos cordiales, unos y otros intercambian comentarios corteses sobre las hazañas más conocidas de cada uno de ellos, antes de que Belinfor y Rubimante sean declarados vencedores de la prueba. Para el autor de

⁵¹ También reseñado por Lucía (2008: 118) “Documento fechado el 22 de febrero de 1583 en la Ciudad de los Reyes, y que presenta seis entradas de libros de caballerías”, entre ellas: “8 don Belianís de Grecia, primera y segunda parte no traiga tercera ni cuarta porque acá hay muchas encuadernadas en pergamino”.

⁵² Este texto no llegó a imprimirse en su momento, y solo ha llegado hasta nosotros en forma de manuscrito incompleto, conservado en Madrid: Real Biblioteca, II/3060. No obstante, en la actualidad contamos con una edición moderna realizada por José Manuel Lucía y publicada en 1997 en la colección “Los libros de Rocinante” del Centro de Estudios Cervantinos.

⁵³ “salió el valentísimo y sobre todos discreto cavallero don Belianís” (fol. 127-r^o); Belinfor confiesa ser un gran admirador de sus hazañas, por lo que no desea combatir contra él. Don Belianís accede a limitar el encuentro a una justa más o menos amistosa en la que Belinfor supera a su oponente por muy poco.

⁵⁴ “Tras él vino el príncipe Belflorán, y lo propio que a su padre le acaeció” (fol. 127-r^o).

⁵⁵ “...y así saved que soy la princesa Hermiliana de Francia, muger del valeroso príncipe don Clarineo de España, que por vuestros estremos mucho os desea servir” (fol. 131-v^o).

⁵⁶ Las damas que compiten en hermosura están dispuestas en gradas: “En la quinta estaban la infanta Lindabrides con la princesa Lucela de Egipto y en medio tenían a la hermosísima infanta Belianisa de Ingalaterra. En la sexta estaban los tres luceros en hermosura reina Oriana, princesa Floribella, infanta Olivia. En el último estava la diosa Venus con una palma...” (fol. 132-r^o).

Flor de caballerías, por tanto, los héroes de Jerónimo Fernández merecían estar en el panteón de los más célebres personajes del género, y sus hechos y hazañas debían situarse también entre las más recordadas.

Pero *Flor de caballerías* no remite a *Don Belianís* solamente en el contenido:

aparece no como un libro manuscrito habitual, sino que ha sido copiado imitando un libro impreso, tanto en la portada, donde se ha pegado el grabado (no por casualidad) que Alonso y Estevan Rodríguez utilizaron en Burgos para imprimir la primera y segunda parte del *Belianís de Grecia* (1547 y 1587), tachando el *Belianís* que aparecía e una divisa en la esquina superior izquierda y escribiendo a la derecha “BELIN | FLOR | DE | GRECIA”, como también se ha imitado un título siguiendo el modelo tipográfico habitual en los libros de caballerías impresos... (Lucía, 2007: XII).

Lilia de Orduna (2010: 135) se pregunta si estos elementos de la portada fueron realizados por el propio autor o por algún copista avisado que pretendía acentuar la similitud entre ambas obras; también examina otros pasajes de *Flor de caballerías* donde pueden rastrearse posibles influencias de la obra de Jerónimo Fernández, hablando de “ecos” o de “repercusión”, para concluir finalmente que “la aproximación entre ambas obras es simplemente genérica” (2010: 136).

Las alusiones a don Belianís no terminan aquí⁵⁷; sin embargo, lo más significativo es la elección de la obra en 1726 para la elaboración del *Diccionario de autoridades*, honor que comparte con el *Quijote* y otros dos libros de caballerías, elegidos entre los más de un centenar publicados en España en el siglo XVI: el *Amadís* y el *Florisel de Niquea* (Roubaud 1999: 64-65). Es obvio que el *Amadís* fue escogido por su condición de paradigma de un género, y parece que los numerosos episodios pastoriles del *Florisel* podrían haber contribuido a su elección por parte de los académicos (Freixas, 2003: 304); no obstante, la flagrante escasez de títulos caballerescos entre las Autoridades del diccionario hace destacar la presencia de *Don Belianís*, lo cual supone una muestra más de hasta qué punto fue valorada esta obra entre otras del mismo género.

⁵⁷ Tirso de Molina lo menciona en algunas de sus obras, casi siempre para hacer referencia a episodios aparentemente fantásticos o, cuanto menos, desconcertantes, a los que se enfrentan sus personajes. Así, en *La villana de la Sagra* (1613), el gracioso Carrasco compara los encuentros inesperados de su amo con la sorprendente abundancia de doncellas andantes en el mundo ficticio de don Belianís: “No me descontenta el gesto /, aventuras miro raras /. Ya como don Belianís / hallas en el campo damas /y aun por eso no me llamas / cuando duermo, don Luis”. En *La villana de Vallecas*, también de 1613, el gracioso Cornejo recuerda a nuestro caballero cuando se halla ante una situación inexplicable: “¿Qué encanto de Belianís / es este en que me veo?”. De nuevo son los episodios maravillosos los evocados un año más tarde en *El castigo del penséque* (1614): “Si la historia de Amadís / verdad pudiera haber sido, / si me hubiera convertido, / Chinchilla, en don Belianís, / pudiera ser que entendiera / que andando yo enamorado / llegué a un castillo encantado / mudándome una hechicera / talle y cara...”. En 1630, Polo de Medina lo mencionaba también en su romance “A la Dama Verde”, contenido en su obra *Academias del jardín*, donde dice: “ No morirás malograda/ pues en esta vida, en fin,/ te has dado más lindos verdes /que el potro de Belianís”. Por otro lado, tenemos noticia de la existencia de una comedia de Cristóbal de Monroy, de mediados del siglo XVII, titulada *Las violencias del amor y don Belflorán de Grecia* (Barreira y Leirado, 1896).

4. 3. *Don Belianís y Don Quijote*

No obstante, el más conocido de los lectores de *Don Belianís* fue Miguel de Cervantes, que leyó la obra con gran interés y atención; no solamente la menciona a menudo en el *Quijote*, sino que, además, alude específicamente a episodios pertenecientes a la nueva entrega, a su abrupto final y a la invitación a continuarla por parte del autor⁵⁸.

La opinión que le merecía esta obra aparece reflejada en el célebre episodio del escrutinio de la librería:

–No, señor compadre –replicó el barbero–; que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís*.
–Pues ése –replicó el cura– con la segunda, tercera y cuarta parte tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del Castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia o de justicia; y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa; mas no los dejéis leer a ninguno.
–Que me place –respondió el barbero (*Quijote* I, cap. 6)⁵⁹.

El episodio que tanto molesta al cura es la aparición del Castillo de la Fama, una fortaleza ambulante en la que habitan los Nueve de la Fama, los caballeros más célebres de todos los tiempos. Se trata de una aventura que se desarrolla a partir del capítulo 19 de la *Tercera Parte*, detalle que pone de manifiesto el hecho de que Cervantes no se limitó solo a los dos primeros volúmenes de *Don Belianís*. Podríamos preguntarnos si leyó estas dos primeras entregas en su juventud (recordemos que la primera edición que conservamos de la *Primera y Segunda Parte* se publicó el mismo año de su nacimiento) y posteriormente cayó en sus manos la continuación, muchos años después, al regresar a España tras su cautiverio en Argel; sin embargo, parece más probable que leyera la obra completa ya en sus años de madurez⁶⁰, tal y como insinúa el propio don Quijote, al hacer las hazañas de don Belianís casi contemporáneas a las suyas:

y casi que en nuestros días vimos y comunicamos y oímos al invencible caballero don Belianís de Grecia (*Quijote*, I, cap. XIII).

Parece, por tanto, que Cervantes leyó esta novela siendo ya un hombre maduro y experimentado, y con muchas lecturas a sus espaldas. Obviamente los episodios más fantásticos,

⁵⁸ “Cervantes knew enough of *Belianís de Grecia* to know how fiery its protagonist was, and how miraculous the cures he received” (Eisenberg, 1973: 514).

⁵⁹ Citamos por la edición de Martín de Riquer (1994).

⁶⁰ De hecho Eisenberg (2002), en su descripción de la hipotética biblioteca de Cervantes, sitúa entre sus estantes un ejemplar de la edición de 1587 de la *Primera y Segunda Parte*, posterior incluso a la publicación de la *Tercera y Cuarta*. Es posible que adquiriera la obra completa, quizá un ejemplar de la edición burgalesa perdida que, según Lucía, se hizo en 1579 de la *Primera y Segunda Parte*, o tal vez aprovechó la reedición de 1587 para adquirir también una *Tercera y Cuarta Parte*. No es descabellado imaginar que en algún momento pudiera haberse editado la obra completa, aunque por el momento parece que la edición de 1579 de la *Primera y Segunda Parte* es una edición perdida, y la de 1587 de la *Tercera y Cuarta Parte* se considera en realidad una edición fantasma.

como el del Castillo de la Fama, no se encontraban entre sus favoritos, y hasta don Quijote admite que resulta inverosímil que una sola persona hubiese acometido con éxito tantas aventuras diferentes:

No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales (*Quijote* I, cap. I).

En uno de los sonetos laudatorios que dan inicio a la obra, de hecho, el propio don Belianís ya se jactaba de su asombrosa capacidad caballeresca:

Rompí, corté, abollé, y dije y hice
más que en el orbe caballero andante
fui diestro, fui valiente, fui arrogante;
mil agravios vengué, cien mil deshice... (*Quijote* I, Preliminares)

Y más tarde, don Quijote definirá a don Belianís como el más “acuchillado y acuchillador” de los caballeros andantes (*Quijote*, II, cap. 1).

Sin embargo, y pese a sus burlas acerca de esta “inacabable aventura”, Cervantes la consideraba de mejor calidad que otros títulos adscritos al género, puesto que no la condena al fuego, a donde van a parar, por otra parte, ilustres Palmerines, Olivantes y Esplandianes. Este es un aspecto que ha llamado la atención de críticos como Lilia de Orduna, quien sugiere que, aunque el *Belianís* contiene numerosos elementos que no eran del agrado de Cervantes, este supo valorar positivamente aspectos como la construcción de los personajes, en los que pudo encontrar una profundidad poco común en otros textos similares⁶¹. En cualquier caso, su predilección por esta obra ha sido puesta de manifiesto por estudiosos actuales como Howard Mancing, quien plantea que todo cervantista debería prestar a *Don Belianís* una atención especial, casi pareja al interés que ha suscitado el *Amadís* en este sentido⁶².

En efecto, y más allá de menciones puntuales, *Don Belianís de Grecia* parece ser fuente directa de inspiración de diversos episodios del *Quijote*. Para empezar, se trata indudablemente de uno de los libros de cabecera del hidalgo manchego, su protagonista constituye para él un claro modelo de conducta y sus personajes secundarios pueblan algunos de sus delirios⁶³. En este sentido

⁶¹ Orduna (2009: 75) se refiere concretamente a Policena, Imperia de Tartaria y Contumeliano de Fenicia. Los tres pasan a ser muy secundarios en la *Tercera y Cuarta Parte*, pero esta no está desprovista de personajes interesantes como, por ejemplo, la doncella guerrera Hermiliana, la princesa Claristea o Periano de Persia, como veremos más adelante.

⁶² “I would like to propose that among Spanish romances of chivalry *Belianís de Grecia* may rank second only to *Amadís de Gaula* in interest to Cervantes scholars. *Amadís* was clearly the most original and influential romance of chivalry in Renaissance Spain, of supreme importance both for Cervantes and Don Quijote. But *Belianís* is, I suggest, a clear second for both, and therefore of particular importance for readers or Cervantes’ novel” (Mancing, 2001: 113-114).

⁶³ Avellaneda, por su parte, mantendría las referencias a la obra de Fernández: su Quijote apócrifo cita a menudo a don Belianís y a otros personajes de la saga, como Florisbella, el sabio Fristán (cuyo nombre pronuncia correctamente, a diferencia del don Quijote original) y, muy especialmente, la reina Cenobia y

destaca el endiablado sabio Fristón, quien supuestamente se lleva los libros de la biblioteca de don Quijote y a quien se le atribuyen muchas otras fechorías a lo largo de la obra⁶⁴; se trata de un personaje importante en el *Belianís de Grecia*, particularmente en la *Primera y Segunda Parte*, donde se nos presenta como amigo y ayudante de Periano de Persia, el eterno rival del héroe.

–No era diablo –replicó la sobrina–, sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien a mí y al ama que, al tiempo de partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería. Dijo también que se llamaba el sabio Muñatón.

–Frestón diría –dijo don Quijote⁶⁵.

–No sé –respondió el ama– si se llamaba Frestón o Fritón; solo sé que acabó en *tón* su nombre.

–Así es –dijo don Quijote–; que ése es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y sus letras que tengo que venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece, y le tengo de vencer, sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado (*Quijote*, I, cap. 7).

Don Quijote resume perfectamente en su intervención la relación entre don Belianís, Periano de Persia y el sabio Fristón, colocándose a sí mismo en el lugar del héroe. La desaparición de sus libros, por otro lado, podría estar relacionada con un episodio de la *Tercera y Cuarta Parte* en el que, tras una espectacular batalla, don Belianís y sus amigos derrotan a Fristón, y después,

El duque Armindos, que los ojos en Fristón tenía, le quitó un libro pequeño que trahía en las manos, de que a Belonia plugo mucho, y a Fristón pesó, como aquel que sin el libro no pensava ser libre (fol. 25-v^o).

Es habitual que un mago pierda sus poderes al verse privado de sus grimorios⁶⁶; por otro lado, el libro arrebatado a Fristón le será devuelto poco después, tras sellar la tregua con la que se inicia una nueva amistad entre el sabio y el héroe. Sin embargo, quizá a don Quijote le parece lógico que, puesto que él (en el papel de don Belianís) propició su derrota y la pérdida de su libro mágico, Fristón contraataque llevándose todos sus volúmenes caballerescos.

Periano de Persia, con quienes confunde, respectivamente, a Bárbara, la mondonguera, y a un noble con cuyo séquito se cruza en una calle madrileña.

⁶⁴ Cuesta Torre señala que “para don Quijote, su antagonista por antonomasia es el malvado encantador, que empequeñece o deforma sus hazañas y, lo que es sin duda es más grave para el caballero, que encanta a Dulcinea, la idealización amorosa de la que toma su fuerza y su capacidad de actuación” (2007a: 241). También destaca a Fristón por encima de todos los malvados hechiceros que persiguen a don Quijote, y enumera las razones por las cuales el hidalgo manchego lo escoge precisamente a él como antagonista, y que pueden explicarse no solo desde las preferencias literarias de Cervantes, sino también desde la propia psicología del personaje.

⁶⁵ Según Cuesta Torre (2007a: n21), Cervantes hace que don Quijote pronuncie mal el nombre a propósito, aunque resulte poco verosímil en un personaje tan versado en los libros de caballerías: “Cervantes hace incongruente a su personaje a cambio de un efecto cómico”.

⁶⁶ “La magia es una ciencia aprendida. Por eso, vemos a menudo que los encantadores están muchas veces rodeados de libros, convertidos en objetos difusores de la ciencia y los sortilegios” (Sales, 2004: 81).

También se han encontrado paralelismos entre algunas escenas de *Don Belianís* que parecen parodiadas en el *Quijote*. Grilli, por ejemplo (2004: 109-110), destaca que la precipitación con que se desarrolla la investidura de don Quijote es similar a la ceremonia más o menos improvisada de don Belianís, quien, al recibir la noticia de que su padre, el emperador don Belanio, se ha ausentado de la ciudad, acepta, aunque a regañadientes, ser armado por el Caballero de las Armas Azules:

–...Por lo qual os hago saber que aquel cauallero que allí veys es tal príncipe a quien en valor de su persona y reynos y señoríos ninguna ventaja haze el emperador don Belanio, por tanto para que nuestra batalla aya efecto podéys dél recibir la orden de cauallería.
–Aunque no fuesse por más de castigaros de la locura que dezís –dixo don Belianís–, tomaremos dél la orden de cavallería (*Belianís*, I, ed. cit., p. 26).

Después resultará que este caballero es en realidad su padre, y ninguno de los dos ha reconocido al otro. Don Belianís toma al emperador por un caballero cualquiera y, en un giro burlesco, don Quijote confunde al ventero con un gran señor. En cualquier caso, ambos están deseosos de ser armados caballeros para poder vengar un agravio:

Todo se lo creyó don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque, si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, excepto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría (*Quijote* I, cap. III).

Eisenberg (2002) apunta también que uno de los sobrenombres de don Belianís, “el Caballero de la Rica Figura”, podría haber inspirado la “Triste Figura” quijotesca⁶⁷. Por su parte, Gutiérrez Trápaga (2010: 47), apunta que la figura de Merlín evocada por don Quijote parece estar más inspirada en la versión que se ofrece en la *Tercera y Cuarta Parte de don Belianís* que en otras fuentes más alejadas en el tiempo, como el *Baladro del Sabio Merlín*, cuya última edición conocida es de 1535.

Por otro lado, la aventura de los mercaderes relatada en el capítulo cuarto de la primera parte podría tener relación con esta otra escena que leemos casi al final de la *Cuarta Parte de Don Belianís*, protagonizada por su hijo Belflorán:

Belflorán, que se vio en el patio del castillo, atendió por ver lo que el cavallero que le guardava hazer quisiese; el qual, creyendo que en el mundo no u viesse mejor cavallero, se vino para Belflorán, diziendo:
–Cavallero, si quieres gozar de la misericordia d’esta morada, confiessa que la hermosura de Belisenia es mayor que la de las princesas Florisbella y Belianisa; si no, conmigo eres en la batalla.
–¿Eres tú Adamantes? –dixo Belflorán.
–Sí –dixo el cavallero.
–Pues muéstrame a Belisenia –dixo Belflorán– y podrá ser que, visto el desengaño, aya poca necesidad de batalla (fol. 277).

⁶⁷ Avellaneda, por otro lado, convierte a su Quijote en el “Caballero Desamorado”, que sigue una actitud pareja a la que mostrará Belflorán entre los capítulos 34 y 39 de la Cuarta Parte, como veremos, cuando toma ese mismo sobrenombre (alternado con el de “Caballero Sin Amor”) y declara que las damas no merecen ser servidas.

Tal y como señala Cacho Blecua (2009-2010: 136-137), la lucha por defender la superioridad de la belleza de la dama es un motivo que se repite con frecuencia en los libros de caballerías, y no es extraño que don Quijote decida recrearlo a su manera⁶⁸. En el episodio cervantino, el hidalgo manchego adopta el papel de Adamantes y exige a los mercaderes que declaren que Dulcinea es la dama más hermosa. Ellos responden con prudencia, de forma similar a Belflorán:

Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís; mostrádnosla, que, si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida (*Quijote*, I, IV).

Don Quijote arremete contra ellos porque considera que su palabra debería bastar. En *Don Belianís*, por otra parte, lo que llama la atención es la actitud sensata de los personajes. Belflorán parece contradecir el código que obliga al caballero a defender la superioridad de su dama como si se tratara de un acto de fe; al contrario, admite la posibilidad de que existan otras mujeres más hermosas que ella, y pide ver a la dama en cuestión para comprobarlo. Adamantes, por su parte, no reacciona con ira, como don Quijote. Comprende que no le puede exigir a Belflorán que declare algo que desconoce, por lo que se aviene a su petición y le muestra a su dama, que estaba observándolos desde un mirador del castillo. Belflorán llega a la conclusión que no es más hermosa que su adorada Belianisa, con lo cual la batalla se desencadena igualmente. Pero es significativo que Adamantes, al contrario que don Quijote, reconozca la lógica de la objeción de Belflorán y lo invite a ver a su dama para juzgar por sí mismo. De hecho los dos acaban luchando debido a una diferencia de pareceres, y no porque Adamantes exija que “sin verla lo habéis de creer”, como pretendía el caballero manchego.

Sin embargo, y a pesar de todo esto, probablemente la relación más llamativa entre *Don Quijote* y *Don Belianís* esté relacionada con su esquivia *Quinta Parte*, como veremos a continuación.

4. 4. Final abrupto y posibles continuaciones

Los lectores de *Don Belianís* habían esperado treinta años para poder leer la continuación de las aventuras de su héroe... solo para descubrir, al llegar a la última página, que la historia volvía a quedar incompleta⁶⁹: el libro termina con los principales caballeros dirigiéndose a participar en los

⁶⁸ Lilia de Orduna, por otro lado, señala la relación de este episodio con los “pasos de armas”, en concreto con el histórico de Suero de Quiñones, y también con la Aventura de la Puente Desdichada, un episodio relatado en los capítulos 11 y 12 de la *Primera Parte de don Belianís* (1999b).

⁶⁹ Parece ser una práctica habitual de los autores de libros de caballerías el hecho de dejar sus libros “sin terminar”, con finales abruptos que remiten a futuras aventuras, aún por escribir, que refuerzan su estructura cíclica. “Los autores que se planteaban la composición de una obra literaria de este tipo tenían bien presente los imperativos e la construcción de ciclos, con independencia de que luego continuaran las aventuras en un nuevo escrito, las retomara otro autor distinto o quedaran finalmente trucas” (Guijarro Ceballos, 2007: 95).

torneos del Cayro, mientras el niño Fortimán de Grecia, nieto del protagonista, a quien todos dan por perdido en altamar, se cría lejos de su hogar y desconociendo su linaje.

El autor se disculpa por esta circunstancia y responsabiliza del final abrupto de la novela al sabio Fristón, el cronista imaginario de la historia de don Belianís⁷⁰. Parece ser que este despistado mago ha extraviado los legajos que contenían el final de la historia de don Belianís, una pérdida que nos deja sin la conclusión de al menos media docena de subtramas⁷¹:

Lo que en esta estraña aventura subcedió, con las espantosas guerras de los nubianos príncipes y libertad de la linda Belianisa, con lo que aconteció al niño Fortimán de Grecia, que en Tartaria se criava, y lo que avino a estas dissimuladas princesas Primaflor y Dolainda, con el fin de los amores de don Dolistor y Polisteo y otras grandes hazañas, quisiera contar (porque la aventura d'este torneo cada uno cumplió su promesa sin desonor de sus compañeros); mas el sabio Fristón, passando de Grecia en Nubia, juró avía perdido la hystoria, y assí la tornó a buscar. Yo le he esperado y no viene, y suplir[!]e yo con fingimientos a historia tan estimada sería agravio (*Tercera y quarta parte*, fol. 280-vº).

Interrumpir la acción en un momento culminante porque faltan hojas del manuscrito es un recurso que puede contrariar a cualquier lector, pero también arrancar no pocas risas cuando lo utiliza la genial pluma de Cervantes, que tuvo la desgracia de toparse con un manuscrito cuyo autor, como Fristón, dejaba a medias en pleno combate de su héroe contra un airado vizcaíno:

Pero está el daño en todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor de esta historia la batalla, disculpándose porque no halló más escrito de estas hazañas de don Quijote de las que halla referidas (*Quijote*, I, cap. VIII).

Por fortuna, el autor adquiere más tarde un nuevo manuscrito del cronista Cide Hamete Benengeli y puede continuar la historia⁷². La crítica suele citar *La Araucana* de Ercilla como posible fuente de este episodio, porque entre su Segunda y Tercera parte se produce una interrupción similar. Sin embargo, otros investigadores han encontrado una relación más clara y directa con algunas escenas de libros de caballerías, en las que la técnica del *entrelacement*, tan habitual en el género,

⁷⁰ En la figura del cronista Fristón confluyen varios motivos literarios que Bueno y Cortijo denominan “de la metanarración”, esto es: “un grupo de recurrencias de contenido de carácter ficticio, fabulaciones que no colisionan con el tono general de la obra, sino que refuerzan su componente ideológico y el punto de vista adoptado, contribuyendo a reflexionar sobre el arte de la escritura y el papel del autor en el proceso” (2010: xli). Entre estos motivos estarían los siguientes: “Escritura de las hazañas del héroe por un cronista”, “(Falsa) traducción de un original en lengua antigua” y “Hallazgo de un manuscrito en circunstancias extraordinarias”. Para el tópico de la falsa traducción, véase Marín Pina, 1994.

⁷¹ Las crónicas caballerescas desaparecen muy oportunamente, pero también pueden hallarse con igual conveniencia: “Nunca como antes se mostró tan favorable la fortuna con los autores de libros de caballerías. El descubrimiento de un manuscrito o el encuentro maravilloso con un mago son vías a partir de las cuales el original llega a manos de la persona más adecuada para su difusión” (Sales, 2007: 149). Cervantes se hizo eco del tópico relatando cómo había hallado por casualidad un manuscrito perdido entre los cartapacios de un muchacho que vendía papeles viejos (*Quijote* I; cap. IX).

⁷² Lilia de Orduna (2004-2005: 106) habla de la suspensión y la dilación como procedimientos narrativos clásicos de los libros de caballerías, que el propio Cervantes emplea en este episodio para generar la parodia: “Se interrumpe, es decir, se *suspende* la descripción de la lucha entre el vizcaíno y don Quijote porque ya no hay fuentes que documenten la continuación del combate, pero hay una larga *dilación* hasta el encuentro del cartapacio”.

provoca que la narración de ciertas acciones quede temporalmente pospuesta en favor del relato de las aventuras de otro personaje⁷³. María Luzdivina Cuesta (2007b) ha señalado la sobreabundancia de escenas similares en el ciclo del *Espejo de príncipes y caballeros*, lo que pudo haber motivado la parodia cervantina; sin embargo, también apunta que el recurso del “manuscrito incompleto” como excusa para dejar un acontecimiento inconcluso es común en el *Quijote* y en *Don Belianís*, por lo que considera bastante probable que esta obra sea una fuente directa del episodio cervantino, al menos en algunos aspectos:

El final de la Cuarta parte del *Belianís* proporciona el tema de la interrupción de la obra por haberse perdido el manuscrito correspondiente y la búsqueda del “manuscrito perdido” por un “segundo autor” (Cuesta Torre, 2007b: 568).

Si bien la interrupción cervantina se produce entre dos episodios del mismo relato, y no entre dos volúmenes publicados en años diferentes, como sucede en el *Belianís*, la historia de don Quijote vuelve a quedar en suspenso al final de la novela:

Pero el autor de esta historia, aunque con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellos, a lo menos por escrituras auténticas (*Quijote*, I, cap. LII).

El carácter cíclico del género favorece estos finales abiertos y la colaboración de varios autores que van ampliando las hazañas de un héroe en concreto y de sus sucesores, creándose así auténticas sagas familiares que parecen quedar siempre abiertas⁷⁴. En algunos casos, el final abrupto puede ser realmente un tópico, y el autor tiene intención de continuar la historia en algún momento o, al menos, no espera que nadie la continúe por él⁷⁵. Sin embargo, es probable que Jerónimo Fernández sí hablara en serio cuando invita amablemente al lector a continuar en su lugar una obra a la que no pudo, no supo o no quiso dar fin:

...y así lo dexaré en esta parte, dando licencia a qualquiera a cuyo poder viniere la otra parte, la ponga junto con esta, porque yo quedo con harta pena y desseo de verla.

Ya que, como él mismo confiesa en el último folio de la obra, la había terminado estando ya mayor y enfermo:

⁷³ “La *suspensión* es procedimiento característico de la literatura caballerescas, que suele estar marcado por el narrador; el corte brusco se logra con el uso de fórmulas reiteradas: «y agora los dexaremos», «torna el autor a contar lo que sucedió...» (ibid.)

⁷⁴ Esta estructura es herencia de la novela artúrica medieval: “La materia artúrica ofreció, desde su conformación en largos ciclos novelescos, la posibilidad de ampliación mediante continuaciones. La fórmula preferida es la continuación de las aventuras del padre en las del hijo” (Cuesta Torre, 1997: 64).

⁷⁵ Dado que no son extraños los casos de autores que toman la pluma para continuar una saga que ha quedado inconclusa, es algo que parece implícito en el uso del tópico del manuscrito encontrado y el final abrupto; de hecho, la idea de continuar *Don Belianís* tentó al mismo don Quijote, como veremos. Sin embargo, y pese a su empleo del tópico, parece que Cervantes no esperaba que su obra fuese continuada, como se desprende de su airada reacción al *Quijote* apócrifo de Avellaneda, y que, por lo que parece, lo llevó a “descubrir” nuevos legajos de Cide Hamete Benengeli y a escribir una segunda parte para asegurarse de que, esta vez sí, su obra quedase total y completamente finalizada.

y vuestra alteza me dé licencia, si no basta la que mi enfermedad se tenía, y me mande cosas de otra pofisión, pues para escrevir amores no me da licencia la edad, y para las armas se me á resfriado la sangre.

Este final contrasta con el de la *Primera y Segunda Parte*, que sí incluía la firme promesa de continuación por parte del autor; este justificaba la interrupción disculpándose porque “he sido tan prolixado que con razón della seré notado” (*Belianís* II, ed. cit, p. 466). Sin embargo, parece que Jerónimo Fernández acabó la *Tercera y Cuarta parte* casi de mala gana, pues no solo manifiesta que no tiene intención de seguir escribiendo sino que, además, descarga la responsabilidad sobre otro autor, ya sea real (“a qualquiera a cuyo poder viniere la otra parte”) o imaginado (“el sabio Fristón, passando de Grecia en Nubia, juró avía perdido la hystoria”).

En todo caso, su sugerencia no cayó en saco roto, ya que, probablemente, no fueron pocos los admiradores de las aventuras de don Belianís que se quedaron decepcionados ante este final. En efecto, un cuarto de siglo después de la publicación de la *Tercera y quarta parte*, don Quijote de la Mancha se planteaba la posibilidad de escribir la continuación, como nos cuenta Cervantes:

Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran (*Quijote*, I, cap. 1, pp. 100-01).

Eisenberg y Marín Pina (2000: 269) incluyen esta “posible continuación cervantina” en su *Bibliografía de libros de caballerías* (entrada número 1533), aunque afirman que la intención de Cervantes no era escribir una *Quinta parte*, sino reescribir la *Tercera y quarta parte* del libro, eliminando episodios como el del Castillo de la Fama y, probablemente, corrigiendo esa “demasiada cólera suya” de la que lo acusaba el cura Pero Pérez. Por su parte, José Manuel Lucía (2002a: 14-15) matiza que, en realidad, quien manifiesta interés en continuar la obra es don Quijote, y no su autor. Quizá don Quijote, buen conocedor de los códigos del género, era consciente de la relativa facilidad con la que los autores de los libros de caballerías cedían el testigo a otros, aunque Cervantes acaba por devolverlo al rol que, después de todo, le correspondía: el de protagonista de su propia aventura caballeresca⁷⁶.

Si bien don Quijote se limita a interpretar su propia historia, y Cervantes ya tiene bastante con continuar su obra para desacreditar a avispados imitadores, finalmente no faltó quien tomara el relevo para redactar más aventuras de don Belianís mucho después de la muerte de su autor.

⁷⁶ Stoopen (2005: 165) considera que el deseo de don Quijote de convertirse en el nuevo cronista de las aventuras belianisianas es un “paso crucial” en la evolución de su locura: “La admiración que le causa la técnica utilizada por uno de sus maestros literarios, la de dejar en suspenso la actuación del héroe al tiempo de poner fin a la escritura –lo que lo revela como un lector atento de la anécdota y los procedimientos de composición– acicatea al virtual escritor que habita en él para terminar la historia. Sin embargo, su fantasía desborda esta posibilidad, que se convierte en acción en el mundo dos párrafos adelante”.

4. 5. Difusión manuscrita: *La quinta parte de don Beleanis de Grecia*

Conservamos una quinta parte que data de 1599 y nunca llegó a publicarse (Lucía, 1996: 88; 1998a: 951; 1998b: 315). En su estudio del manuscrito, Sylvia Roubaud (1999: 84) dice que fue compuesto, según se lee en el incipit, por “un tal Pedro Guiral de Verrio”. Creemos que pudiera tratarse de Pedro Guiral de Berrio, de quien Juan Flórez de Ocariz nos cuenta lo siguiente:

...que, siendo de edad de nueve años, empezó en España a servir al Rey en los libros de la real Hazienda del reyno de Granada desde el año de 1573 hasta el de 75, que lo passó a hazer a la corte de Valladolid, en los del contador Francisco de Ribadabia, con que fue la buelta de la Coruña cercada entonces por el cossario Francisco Draque; y en el año de 1590, el conde de Valencia, Virrey de Cataluña, le entregó los papeles de la secretaría de su oficio de virrey, y después passó a Italia a servir de entretenido con 50 escudos de sueldo al mes cerca de la persona del príncipe Juan Andrea Doria, marqués de Torrilla, Conde de Loan, Comendador de Caravaca, del Consejo de Estado y Capitán General de la Mar, con quien anduvo en corso, y se halló en la presa de dos galeotas de moros, que apresaron quatro del cargo de Oracio Lercar, aviendo peleado con mucho valor en esta ocasión. Fue con título y lucimiento de Embaxador a la ciudad de Parma a dar a su duque Reynucio el pésame de la muerte de su padre y carta del Rey D. Felipe Segundo, que la avía remitido a Juan Andrea Doria, para embiarla con persona de satisfacción. El año de 1595 entró a servir en el consejo de Hazienda de entretenido, y el de 96 fue nombrado por Contador de Resultas, en cuya ocupación hizo considerables servicios en beneficio de la Real Hazienda (...). Y estando tomando quientas en la ciudad de Granada el año de 1598 se le embió Real cédula para las quientas, y cobró de la composición de tierras valdías que se le auía encargado al doctor Luis de Padilla, Oydor de allí. Y en el tiempo que usó el oficio de Contador de Resultas, se le cometieron por el Consejo de Hazienda y otros Tribunales 32. comisiones, y el año de 1605 fue proveído por Contador de Quientas para fundar, como fundó, el Tribunal de la Ciudad de Santa Fe del Nuevo Reyno de Granada, exerciéndolo hasta el año de 1624, que murió (...). Era Pedro Guiral de Berrio nacido en la villa de Uxíjar de Albacete, cabeça de las Alpujarras del Reyno de Granada, hijo del Capitán Gregorio Guiral y de D. Beatriz de Moya (...), todos christianos viejos y personas principales, con armas, heredamientos y capilla con entierro en la villa de Uxíjar. (...) Casó Pedro Guiral de Berrio con D. María de Miranda (...) tuvieron por hijos a Don Pedro Guiral, que murió temprano; a Andrea de la Concepción y María de San Pedro, monjas de la Concepción en el Convento de la Ciudad de Santa Fe de Bogotá; D. Beatriz Guiral, que murió donzella en España; fray Gregorio Guiral, Calificador del Santo Oficio de la Inquisición y Provincial reysteradamente de la religión de San Francisco, y al Maestro Fray Juan Guiral, calificador también y Provincial repetidas vezes de la Orden de S. Agustín, y a D. Mariana Guiral, y al Padre Fr. Pedro Guiral, Provincial en su Religión Agustiniiana, y al doctor Gonçalo Guiral, Comissario del Santo Oficio y Deán de la Iglesia Catedral de Popayán⁷⁷.

Conservamos dos copias de esta *Quinta Parte*. Una de ellas se halla en la Biblioteca Nacional (ms. 13138), lleva por título *La quinta parte de don Beleanis de Grecia y su hijo Velflorán. Con sus grandes echos* y parece ser que perteneció a Estébanez Calderón. La segunda se encuentra en la Biblioteca Imperial de Viena (*Istoria del invincible cavallero Don Belianis de Grecia*, Cod. 5683); escrita en letra del siglo XVII, dividida en cuatro libros, consta de 491 folios y 91 capítulos y le faltan varias hojas del final. Fue tomada por un manuscrito de la *Tercera y quarta parte*⁷⁸,

⁷⁷ *Libro Primero de las Genealogías del Nuevo Reyno de Granada* (1674), fols. 321-325. Transcribimos por el ejemplar digitalizado en http://books.google.es/books?id=K9b6vV_ry2EC&hl=es&source=gbs_navlinks_s

⁷⁸ “De esta *Tercera y quarta parte* existe copia manuscrita, también en la Oesterreichische National-Bibliothek. Cod. 5863” (Orduna 1997: XLI).

confusión provocada por el *incipit*, donde se lee: “Comiença el primer libro de la tercera parte...”. En realidad, el manuscrito relata “esencialmente la carrera del hijo de Velflorán y nieto de Belianís, el joven Fortimán, cuyo nacimiento se cuenta en las últimas páginas del Libro IV” (Roubaud 1999: 84). Contamos con una edición moderna de tres fragmentos incluidos en la *Antología de libros de caballerías castellanos* publicada por José Manuel Lucía en el Centro de Estudios Cervantinos (2002a: 94-98)⁷⁹.

5. EL AUTOR

Poco sabemos de Jerónimo Fernández, aparte de los datos incluidos en el colofón y en la portada del libro. Hijo del “virtuoso varón” Toribio Fernández (quien pagó la impresión de la *Primera y segunda parte*, y cuyo nombre aparece en los colofones de casi todas las ediciones conservadas) y vecino de Burgos, conocemos que Jerónimo Fernández ya había fallecido cuando se publicó la *Tercera y cuarta parte*, en 1579. Fue su hermano, Andrés Fernández, quien costeó la edición de la obra, y a quien se dirige la *Licencia*, que nos revela más datos acerca del autor:

por parte de vos, Andrés Fernández, vezino de la ciudad de Burgos, nos fue hecha relación diziendo que el licenciado Hernández, vuestro hermano difunto, abogado que fue en este nuestro consejo, avía compuesto la historia que dezían de don Belianís de Grecia (*Tercera y quarta parte*, fol. A1-r^o).

Parece ser, pues, que Jerónimo Fernández fue licenciado y trabajó como abogado en el Consejo Real. Lilia de Orduna no ha encontrado más datos acerca del autor en los archivos burgaleses, pero sí ha hallado referencias a su hermano, Andrés Fernández, que era notario, y trabajó de 1565 a 1592 para el Real Monasterio de las Huelgas (Orduna 1997: LI).

A pesar de que la autoría de la novela parece clara, algunos estudiosos han sufrido curiosas confusiones al respecto, atribuyéndosela a Toribio Fernández, según Palau y Dulcet, que aclara: “pero en el colofón de la 4ª parte (...) se determina bien claro ser de su hijo, el licenciado Gerónimo Fernández” (1990: 198). Con todo, la equivocación más llamativa es la de Claude de Bueil, traductor de la primera parte al francés, quien “puso equivocadamente por autor a Fristón, personaje imaginario, citado con frecuencia en los libros de caballerías”. Parece claro que Bueil tomó por cierto el tópico caballeresco de la falsa traducción, tan habitual en este tipo de obras⁸⁰.

⁷⁹ El primero, correspondiente a los folios 4v^o-7r^o, relata la llegada de caballeros y damas al lugar en el que se celebrará la justa, con una detallada descripción de armas, letras y atavíos; el segundo fragmento (folios 106v^o-108r^o) constituye un debate entre damas a favor y en contra del amor, que incluye composiciones líricas por ambos bandos. Finalmente, el último texto (folios 117v^o-119v^o) describe el comienzo de un nuevo torneo junto con la ceremonia de investidura de un caballero noble a quien llaman “el segundo Marte”.

⁸⁰ También Nicolás de Goyri, según Lilia de Orduna (1997: XIV), se tomó al pie de la letra el falso papel de traductor asumido por Jerónimo Fernández.

6. EDICIONES Y TRADUCCIONES

La edición más antigua que conservamos de la *Primera y segunda parte* es de 1547 y salió del taller burgalés de Martín Muñoz⁸¹. Sin embargo, algunos investigadores han señalado la posible existencia de una edición anterior, que habría visto la luz en Sevilla, en 1545. Pero únicamente la menciona Clemencín (1805: 8 y 67), y nadie más da noticia de ella ni se conoce ningún ejemplar conservado. Tras el estudio y cotejo de cuatro ediciones distintas, Lilia de Orduna (1989 y 1996a) comenta la posibilidad de que existiese un arquetipo en el cual se basarían las ediciones posteriores, aunque señala que no podemos afirmar que se trate de la edición perdida de 1545. Eisenberg y Marín Pina, por el contrario, citan esta hipotética edición como la *princeps* de la obra (2000: 263).

Después de la de Burgos, 1547, conocemos cuatro ediciones más:

-Estella: Adrián de Anvers, 1564.

-Burgos, 1579; no conservamos ningún ejemplar de esta edición, citada por algunos estudiosos como Pellicer y Nicolás de Goyri (Orduna 1997: XIV). Puede ser que se trate de una confusión con alguno de los ejemplares de la *Tercera y Cuarta parte*, publicada por primera y única vez en Burgos, en el taller de Pedro de Santillana, en 1579⁸². Por otro lado, Eisenberg y Marín Pina apuntan la existencia de un ejemplar de la edición de Burgos, 1587, que lleva manuscrita la fecha 1579, lo cual “puede haber inducido a los bibliógrafos más tempranos a afirmar la existencia de una edición de 1579 de las partes I y II, de la que no hay constancia evidente” (2000: 264; véase también Orduna, 1973). Pero podría ser también que Pedro de Santillana decidiese editar la primera entrega a la vez que la *Tercera y cuarta parte*, para así poder vender la obra completa, o bien atraer a compradores que no hubiesen leído la primera parte y, por tanto, no estuviesen interesados en la continuación. Lucía (2000: 600) parece inclinarse por esta posibilidad, ya que en el listado de libros y ediciones que ofrece al final de su estudio incluye una edición burgalesa de 1579, por Pedro de Santillana, si bien especifica que se trata de una edición perdida.

-Zaragoza: Domingo de Portonaris y Ursino, 1580.

⁸¹ Lilia de Orduna reproduce en su edición de la obra el contrato entre los impresores y Toribio Fernández, padre del autor, fechado el 4 de octubre de 1547, por el que se comprometen a imprimir mil ejemplares “dentro de 7 meses” (1997: XLVII).

⁸² Por esta opción se inclinan estudiosos como Palau y Dulcet (1990: 198) y Simón Díaz (1959, III, vol. 2: 473-74), quien solo menciona tres ediciones de la primera parte: Burgos, 1547; Zaragoza, 1580; y Burgos, 1587. Por otro lado, Lilia de Orduna está convencida de que no existieron ni la edición de 1579 de la *Primera y Segunda Parte* ni la de 1587 de la *Tercera y Cuarta Parte*: “Lo cierto es que hubo una confusión en la atribución de fechas y lugar que en otra oportunidad intentamos aclarar: se creyó en la existencia de dos ediciones, de la *Primera y Segunda Partes*, Burgos, 1579, y de la *Tercera y Cuarta Partes*, Burgos, 1587, que nadie declara haber visto y, a nuestro parecer, inexistentes. Entendemos que el equívoco pudo haber partido de un cruce de atribución de fechas, dado que en Burgos se editaron, ciertamente, en distintos momentos, las cuatro partes (*Primera y Segunda*, en 1587; *Tercera y Cuarta*, en 1579; fácil es comprender el error de primitivas citas bibliográficas, por mucho tiempo repetido, y que consistió en el añadido de dos ediciones que, quizá, nunca vieron la luz. Por otra parte, tal vez el año de la licencia de la *Primera y Segunda Partes* (Burgos, 1587, 4ª ed.), fechada en octubre de 1579, pudo haber contribuido al equívoco” (1997a: XIV-V)

-Burgos: Alonso y Esteban Rodríguez, 1587.

En cuanto a ediciones modernas, disponemos ahora de una edición crítica realizada por Lilia de Orduna (1997).

La *Tercera y cuarta parte*, por el contrario, no tuvo tanta difusión. Nos ha llegado a través de la edición de 1579 que Pedro de Santillana realizó en Burgos⁸³. Conservamos, como curiosidad, un documento en el Archivo de Protocolos Notariales que autoriza a Pedro de Santillana a vender su edición de *Don Belianís*:

Burgos, Leg. 3153, fol. 507. A. de Santotis. 16-VIII-1579 Poder de Juan de Sojo, vecino de Burgos, a Pero Rodrigues de Santillana, impresor de libros, vecino de Burgos, para que pueda vender todos los libros que con licencia de S.M. el imprimio a su cuenta del Libro que llaman D. Belianis de Grecia (citado por Orduna, 1997: XLVIII)

Acerca de este taller, sabemos que no era muy grande, y que estaba situado en el barrio de San Pedro de la Fuente (Orduna, 1997: XLV). Las imprentas burgalesas más importantes en aquellas fechas eran las de Juan de Junta e hijo, Martín Muñoz, y Alfonso y Esteban Rodríguez, quienes, en 1587, acometieron la reedición de la primera y segunda parte del *Belianís de Grecia* (y, según algunos, también de la *Tercera y Cuarta parte*).

La primera edición consta de 280 folios numerados e impresos a dos columnas en letra romana⁸⁴, aunque en realidad son 275 folios; debido a un error de numeración, el folio 6 aparece como 9, el 7 como 10..., error que subsistirá a lo largo de todo el libro.

Se han conservado nueve ejemplares de esta primera edición, pero no tenemos ninguno de la supuesta edición de 1587, lo cual ha hecho dudar de su existencia. Sin embargo, Gayangos lo describe con cierto detalle: "*Tercera y Cuarta partes*, etc., Burgos, Alonso y Estéban Rodríguez, 1587, fólío, á dos columnas" (1874: XXIII). Conservamos once ejemplares de la edición de 1587 de las partes I y II, mientras que la de la *Tercera y cuarta parte*, si es que existió, se ha perdido.

La buena fortuna que tuvo el *Belianís de Grecia* fuera de nuestras fronteras se redujo, por lo que parece, a las partes I y II, de las cuales tenemos constancia de diversas traducciones (Simón Díaz, 1959, tomo III, vol. 2: 198):

-*L'histoire de Don Belianis de Grèce. Tradvctión nouvelle*, par Claude de Bueil. A Paris, Chez Tovssainct dv Bray, M.DC.XXV.

-*Historia del magnanimo et invencibil Principe don Belianis, tradotta di lingua greca in castigliana, et di castigliana in italiana da Oratio Rinaldi bolognese (parte prima)*. In Ferrara per

⁸³ Según Lucía (2008: 107), a lo largo de casi un siglo en Burgos existieron siete talleres de impresión que realizaron diez ediciones de libros de caballerías, entre las que se cuentan cuatro *princeps*. Tres de esas diez ediciones (cuatro, sin incluimos la edición perdida de 1579 de la *Primera y Segunda Parte*) corresponden a algún título del ciclo de *Don Belianís*.

⁸⁴ La *Primera y Segunda parte* se había publicado en letra gótica, otra muestra más de la distancia temporal entre ambas entregas. Para cuando salió la *Tercera y Cuarta Parte*, la letra gótica había quedado desfasada; la mayor parte de las imprentas habían optado por la romana a mediados del siglo XVI (Lucía, 2008: 110)

Vittorio Baldini, 1586. *La seconda parte dell'istoria del valorosiss. prencipe don Belianis figliuolo dell'imperatore don Belanio di Grecia. Tradotta di lengua castigliana in italiana da Oratio Rinaldo bolognese*, in Verona, apresso Sebastiano dalle Donne, 1587. Se trata de una adaptación que ignoró la *Tercera y quarta parte*.

-*Don Bellianis of Greece* o *The honour of chivalrie*, by L. A. London, 1598. Volvió a ser traducida al inglés a mediados del siglo XVII, y en 1674 el traductor añadió una “Tercera parte” o continuación de su invención. A lo largo del XVIII se difundió por medio de folletines y versiones abreviadas dirigidas a un público más popular. Pese a ello, en 1780 el doctor Johnson lo cita como fuente de inspiración de Milton en un detalle del *Paraíso Perdido*; y más tarde, el *Belianís* aparecería en la novela histórica *Kenilworth* (1821) de Walter Scott como la lectura favorita de uno de los personajes (Roubaud 1999: 63).

7. EJEMPLARES Y ESTADO

De la edición burgalesa de 1579 conservamos, como apuntábamos más arriba, nueve ejemplares. Eisenberg y Marín Pina (2000: 27) citan solamente ocho, pasando por alto el de la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid que perteneció a la condesa de Campo de Alange. Hemos podido consultar, bien *in situ*, bien a través de copia, los ejemplares de Valencia, Barcelona, Londres y Madrid (biblioteca de la UCM). De los demás ofrecemos la descripción que hemos hallado en los propios catálogos digitales de las bibliotecas que los custodian.

-Valencia: Biblioteca Universitaria (sig. R-1/150). Encuadernado en piel. Sello de la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia. Falto del prólogo y del folio 83. Ejemplar que perteneció a don Giner de Perellós, marqués de Dos Aguas; lleva su firma en la portada. Errores de foliación: el más significativo es el que numera la página 6 como 9, produciéndose así un salto en la foliación que persiste a lo largo de toda la obra, de modo que se cuentan 280 folios cuando en realidad son 275. Hay otros errores menores que detallaremos más abajo⁸⁵.

-Barcelona: Biblioteca de Catalunya (sig. Bon 9-III-3) Ejemplar guillotinado. Encuadernación en piel roja. Errores en la numeración: los mismos que el ejemplar de Valencia, si bien en este caso presentan correcciones manuscritas. Cubierta: superlibris de la biblioteca Salvà. Guarda anterior: superlibris de Heredia. Este ejemplar pertenecía a la Biblioteca de Vicente Salvà, que fue parcialmente adquirida a su muerte⁸⁶.

-Londres: British Library (sig. G.10261). Falto de los folios 241 y 248. Presenta los mismos errores de foliación que el ejemplar de Valencia, salvo en el caso del folio 167 que, a diferencia de

⁸⁵ Este ejemplar fue digitalizado por la Biblioteca y puede consultarse en: <http://roderic.uv.es/handle/10550/7686>

⁸⁶ Este ejemplar fue digitalizado y puede consultarse on-line en la web de la Biblioteca de Cataluña: <http://mdc.cbuc.cat/cdm/ref/collection/lbibimps16/id/52982>

aquel, está correctamente numerado.

-Madrid: Biblioteca Histórica de la UCM (sig. BH FLL Res. 263): Falta la portada y las hojas 1-85, con lo que, en realidad, solo contiene la *Quarta Parte*. Ex-libris de la condesa de Campo de Alange. Sello de la Biblioteca Librería de Campo de Alange. Encuadernación en pergamino. Anotaciones manuscritas. Errores de foliación: los mismos que en los ejemplares ya descritos⁸⁷.

-Madrid: Real Academia Española (sig. R-105). Encuadernación en pergamino. Sello Academia Española. Falto de portada y de las primeras páginas. Error de foliación: del 5 pasa al 9.

-Alcalá de Henares: Biblioteca Complutense de la Compañía de Jesús de la Provincia de Toledo (sig. HUM/1944). Encuadernado en cartón. Sello del Colegio de Nª Sª del Recuerdo, Madrid. Falto de portada, hasta el folio 8 y a partir del folio 279.

-Santander: Biblioteca Menéndez y Pelayo (sig. 819). Sin encuadernar. Deteriorado. Faltan la portada y las dos últimas hojas.

-Santiago de Compostela: Biblioteca Universidad (sig. INC 369 3-4). Incompleto.

-Viena: Nationalbibliothek (sig. 40.R.31).

Manejamos el ejemplar de la Biblioteca Universitaria de Valencia, el cual se conserva en bastante buen estado, si bien presenta algunas manchas de humedad y le falta la hoja del prólogo, a la que accedemos a través de una copia en CD del ejemplar de la British Library, que poseemos gracias a la gentileza de Juan Manuel Cacho Blecua.

Dos tercios de la portada están ocupados por un grabado que representa a dos caballeros jinetes, uno mayor y otro más joven, vestidos a la romana, en una imagen tranquila y reposada, a pesar de que el caballo del primer jinete está en posición de corveta [FIG.1]. Este grabado es una copia mejorada de un grabado anterior, el que adornaba la edición vallisoletana del *Cristalián de España* de Beatriz Bernal (Valladolid: Juan de Villaquirán, 1545), y que presentaba un escudo de armas sobre la imagen de los dos jinetes [FIG.2]. Pedro de Santillana ya había utilizado este mismo grabado para una edición del *Amadís de Gaula* que realizó en 1563 [FIG. 3]; para la *Tercera y Cuarta parte*, sin embargo, suprimió el escudo de armas y recortó el lateral superior, probablemente para ceder espacio al largo título que había de ir al pie⁸⁸.

Este grabado, por otro lado, fue copiado por Alfonso López para una edición del *Lisuarte de Grecia* (1587), donde aparece invertido [FIG. 4]. También existe una copia mejorada del original en la edición del *Olivante de Laura* que Claudio Bornet realizó en Barcelona en 1564 [FIG. 5].

⁸⁷ Este ejemplar fue digitalizado por Google Books y puede consultarse on-line: http://books.google.es/books/about/Tercera_y_quarta_parte_del_imbencible_pr.html?id=y1avPTzYKIYC&redir_esc=y. Para una descripción pormenorizada del mismo, y también de otros libros de caballerías procedentes de la misma biblioteca, véase Santos Aramburo, 2004.

⁸⁸ El impresor utilizó nuevamente el grabado en el interior del libro, esta vez completo, para separar la *Tercera Parte* de la *Quarta*, en el folio 83-rº. Si bien falta esta hoja en el ejemplar de la Biblioteca de Valencia, se puede comprobar su presencia en el resto de ejemplares a los que hemos tenido acceso: el de la Biblioteca de Cataluña, el de la British Library y el incompleto de la Biblioteca Complutense.



Tercera y quarta parte del imbencible principe
dō Belianis de Grecia, en que se cuēta la libertad
de las princessas que de Babilonia fuero llevadas
Cō el nascimiēto y hazañas q̄l no menos vale-
rosoprincipe Belflorā de Grecia su hijo.

Impreso en Burgos por Pedro de Sātillana en este año de. 1579.
Cō licencia y Preuilegio Real.

Tassado por los señores de su real Cōsejo.

FIG. 1: *Belianís de Grecia, III y IV* (1579)

Ninguno de los dos caballeros aparece en posición de ataque o agresiva. José Manuel Lucía (2000: 190) señala la evolución del motivo del caballero jinete en los grabados desde una imagen bélica hasta otra progresivamente más renacentista y cortesana, más acorde con la época (finales del XVI) en que se publica esta obra.

Los motivos de la elección de este grabado para la *Tercera y cuarta parte* parecen ser, a nuestro entender, bastante claros. El título hace referencia a dos héroes: don Belianís y su hijo Belflorán, representados, probablemente, por el caballero maduro y el caballero joven que aparecen en la imagen:

Tercera y cuarta parte del imbencible príncipe don Belianís de Grecia, en que se cuenta la libertad de las princessas que de Babilonia fueron llevadas, Con el nascimiento y hazañas del no menos valeroso principe Belflorán de Grecia, su hijo.

También se mencionan dos protagonistas en otros dos de los libros en los que se utilizó este mismo grabado:

-Comiença la hystoria de los inuitos y magnanimos caualleros don Cristalian de España, principe de Trapisonda y del infante Luzenscanio, su hermano; hijos del famosissimo emperador Lindedel de Trapisonda.

-Libro septimo de Amadis, en el qual se tratan los grandes hechos en armas de Lisuarte de Grecia, hijo de Esplandian. Y de los grandes hechos de Perion de Gaula.

Pese a ello, se trata de un grabado más simbólico que informativo, que utiliza un motivo clásico en las portadas de los libros de caballerías, empleado sobre todo para insertar la obra dentro de un determinado género editorial.

Bajo el grabado encontramos el título, el nombre del impresor, la fecha y el lugar de impresión, así como información sobre la tasa, la licencia y el privilegio.

*Tercera y quarta parte del imbencible principe
don Belianis de Grecia, en que se cuenta la libertad
delas princessas que de Babilonia fueron llevadas,
Con el nascimiento y hazañas del no menos vale-
roso principe Belfloran de Grecia su hijo
Inpresso en Burgos por Pedro de Santillana en este año de. 1579.
Con licencia y Preuilegio Real.
Tassado por los señores de su real Consejo.*

Es aquí donde se ofrece al posible comprador más información sobre el contenido de la obra. La indicación “*Tercera y quarta parte*” busca insertar el libro dentro de una serie de aventuras protagonizadas por un mismo héroe, relacionando esta obra con otra ya publicada y de reconocido éxito, lo cual es una estrategia editorial destinada a llamar la atención del comprador desde el mismo título. Además se incluyen comentarios sobre el contenido, proyectados hacia el pasado (“las princessas que de Babilonia fueron llevadas”, en una alusión a un episodio que se planteaba en el libro anterior, y del que se ofrece la resolución) y hacia el futuro (“con el nascimiento y hazañas del

no menos valeroso príncipe Belflorán de Grecia, su hijo”, en la promesa de la continuación de la saga familiar). También los adjetivos utilizados para enaltecer al héroe y a su hijo constituyen una nueva estrategia publicitaria. Se presenta a don Belianís como “invencible”, destacando seguidamente a su hijo como “no menos valeroso”, lo cual anticipa que las hazañas del nuevo caballero serán de igual o mayor calibre que las de su progenitor.

El nombre del impresor, así como el lugar y el año de impresión, están claramente plasmados en la portada, pero no el nombre del autor, a pesar de que, a partir de la Pragmática de 1558, era obligatorio consignarlo; sin embargo, sí aparece en la licencia, como “licenciado Hernández”, hermano de Andrés Fernández; y nuevamente en el colofón, con el nombre de “licenciado Gerónimo Fernández”.

En la misma portada, en el ejemplar de la Biblioteca Universitaria de Valencia, encontramos manuscrito el nombre de uno de los poseedores del volumen: “Don Giner de Perellós”, nombre que también aparece en el *ex libris* añadido a la cara interior de la cubierta de la encuadernación: “Ex libris Academiae Valentinae legatis ab Excmo. D. Januario Perellós, Marchione de Dosaguas”⁸⁹.

Otra mano, sin embargo, parece ser la autora de la frase manuscrita, casi ininteligible, que aparece en el folio 79-rº: “Compitiendo con las selvas quando la...”. La frase no tiene nada que ver con el contenido del folio 79-rº y, por otra parte, se repite en el folio 93-rº: “Compitiendo con las selvas quando las flores...”.⁹⁰ Probablemente fueron escritos en una prueba de pluma o *probatio calamis*, dado que el trazo de la frase manuscrita del folio 93 es más grueso que el del 79. Encontramos otra anotación en el folio 165-rº: “Mas que quien o mas que que ablativo sin prepoici...”, escrito, a juzgar por la letra, por otra persona.

Llama la atención en esta edición el elevado número de erratas, excesivo para tratarse de una edición cara, en folio, dirigida a un público de un elevado nivel adquisitivo. Se trata de erratas tales como tipos volcados o cambiados por otros, palabras repetidas o errores en la foliación. Aparte del ya mencionado salto del folio 5 al 9, encontramos las siguientes erratas, que, pese a todo, no alteran el orden de los folios:

- Folio 38 numerado como 30.
- Folio 129 numerado como 136.
- Folio 130 numerado como 129.

⁸⁹ Probablemente se trate de Don Giner Rabasa de Perellós y Rocafull, primer Marqués de Dos Aguas. Tras su muerte, en 1707, se realizó un completo inventario de su monumental biblioteca de 2723 volúmenes, muchos de los cuales fueron donados años más tarde a la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia. En el inventario de 1707 podemos encontrar la siguiente entrada: “Item, dos tomos en foleo, titulats Don Belianis de Grecia, Gerónimo Fernández” (Catalá y Bohigues, 1992: 60). Muy probablemente se refiera a la *Primera y segunda parte* (un ejemplar de la edición de 1580, Zaragoza, Domingo de Portonaris y Ursino, se encuentra en la misma Biblioteca Universitaria, sig. R-1/149) y a la *Tercera y cuarta parte*, puesto que cada una de ellas constituye un solo tomo.

⁹⁰ Los versos forman parte de un romance de Antonio Hurtado de Mendoza (1586-1644): “Compitiendo con las selvas / donde las flores madrugan / los pájaros en el viento / forman abriles de plumas”.

- Folio 167 numerado como 170.
- Folio 176 numerado como 172.
- Folio 178 numerado como 180.
- Folio 222 numerado como 214.
- Folio 226 numerado como 229.

Estas erratas se repiten también en los ejemplares de la Biblioteca de Cataluña y de la British Library; pero, mientras que en el primero han sido corregidas a mano, en el segundo no hemos apreciado enmiendas de ningún tipo.

8. PRELIMINARES Y COLOFÓN

La licencia fue rubricada en Madrid, el 5 de marzo de 1578, por los licenciados Fuenmayor, Contreras y Luys Tello Maldonado; y por los doctores Aguilera, Francisco Hernández de Liébana, Francisco de Villafañe e Yñigo de Cardenaspata y el escribano Alfonso de Vallejo. En el prólogo, Andrés Fernández, hermano del autor, dedica la obra al “Illustre licenciado Fuenmayor, cavallero de la Orden de Santiago, del Consejo real y cámara de su Magestad, mi señor”; el mismo licenciado que dio el visto bueno a la licencia y el privilegio, por lo que, a pesar de tratarse de un familiar del rey y caballero de muy alto rango, sin duda, la dedicatoria fue acertada. Sin embargo, y pese a que ignoramos a quién pretendía enderezar Jerónimo Fernández su *Tercera y quarta parte*, posiblemente se trataba de un miembro de la realeza, quizá Carlos V o incluso Felipe II⁹¹, ya que en el texto se dirige a “vuestra señoría” y a “vuestra alteza” en algunas ocasiones (Roubaud, 1999: 58). A lo largo del texto, no obstante, el autor se dirige a dos interlocutores en concreto: por un lado, un varón de alto cargo que supuestamente encomendó al autor la redacción de la obra, y cuya benevolencia se pretende captar:

Con el claro sol veo ya, poderoso señor, que los ñublados del alma desaze de vuestra vista el deseado puerto para donde he caminado por este océano de hazañas. No veo lo que a los otros hystoriadores les suele aguardar al puerto de sus trabajos, porque no solamente no descubro persona que me aguarde ni quien se alegre de mi llegada, ni veo corona ni guirnalda de flores, ni aun de roble por la perseverancia en mis trabajos, pero veo la tierra seca, mal parada, con grandes aberturas a cada parte. No me espanta tanto esto, que en fin es proprio de mi co[s]lecha hallar mal pago de mis trabajos, como que más dentro en la tierra, a la parte que yo cuydava acogerme por guarida de los hambrientos murmuradores, veo gran copia de varones a mi gusto sabios, con determinación no solo de no acogerme, pero ni aún dexarne descansar por sola una hora de mis trabajos. Bien veo que no les falta razón para ello, y a la causa quise dar con esta rueda y mal compuesta obra en la cárcel del olvido, *si no mirara que*

⁹¹ Jerónimo Fernández afirma haber escrito *la Tercera y Quarta Parte* por encargo de su destinatario; dado que fue una obra muy apreciada por Carlos V, es probable que tuviera intención de dedicársela a él. Sin embargo, y puesto que Carlos V falleció en 1558, o bien Jerónimo Fernández escribió *la Tercera y quarta parte* antes de esta fecha, o bien el libro está dedicado a otra persona. Felipe II es la opción más probable; aunque no era un gran aficionado a los libros de caballerías, tal vez lo fuera en su juventud; de hecho, Beatriz Bernal le dedicó su *Cristalián de España* cuando aún era infante.

procedían mis trabajos de vuestro mandado; con lo qual, si no me haogo a tres pasos del puerto, daré salto en tierra firme, poniendo en mi memoria ser vuestro, a quien suplico por la atención acostumbrada, porque veamos lo que a Belflorán le sucedió. (fol. 229-rº) (el subrayado es nuestro)

Pudiera pedir licencia, poderoso señor, con justa causa, pues e dado cabo a las más espantosas guerras que el mundo a tenido, y quedo d'ellas tan fatigado que no sé si alguno de los que en ellas se hallaron rescibió mayor trabajo, si no me fuera a la mano el desear servir a quien sobre todo el mundo tiene esta deuda y contar grandes aventuras que [a] estos príncipes antes de bolver a sus casas sucedieron (fol. 209-vº)

Muchas vezes, señor, e estado determinado de pasar este capítulo sin screvir d'él letra, porque el sabio Fristón, a quien yo sigo, lo hizo así. Mas porque el arçobispo de Rosselis, como más aficionado a cosas semejantes, lo escri[v]ió, quiero seguirle, y también porque, estando yo sepultado, a lo menos en vuestro olvido, no viene a mala coyuntura poner el enterramiento del tártaro príncipe, cosa particular en el mundo (138-vº)

Ninguna infernal Furia sería tan cruel, magnánimo señor, con tanta razón por los mortales aborrecida, como la guerra (107-vº).

No obstante, el autor se dirige también a menudo a un interlocutor femenino, a quien suele llamar “mi señora”⁹²:

Mi señora, grandemente me he tornado a enbocar en estas cosas de que quería sacar la mano; acontecido me a como al páxaro que, tocado con la liga, querer desasirse de la una ala le acaba de aprisionar. Y veo ya que causo desgusto con mi prolixidad y a la causa, aunque algunas cosas os cuente, más será por no dexar assí la obra sin pies que por proseguirla, que sería nunca acabar, que tenía grandes cosas que dezir de los estremados príncipes don Dolistor y Polisteo (fol. 246-vº)

Al cabo yva ya de mi jornada, señora de la hermosura, si la reyna de Escocia no me detuviera con aquella gravedad suya, que le obligó a responder tan desabridamente al enternecido portugués (257rº)

Bien creo, mi señora, que ve la vuestra merced tan bien como yo cómo he tomado el esquite para dar un salto en tierra; bien sé que no tomaré el puerto que yo quisiera, mas ya tengo hecho el escudo de sufrimiento, y aquí quiero contaros lo que a la flor de la cavallería aconteció. (278-vº)

Quizá Jerónimo Fernández pensaba dedicar su obra a un matrimonio de alta alcurnia⁹³. Si bien no olvida en ningún momento a su destinataria femenina, tal vez lo haga con la esperanza de que ella interceda por él ante el “poderoso señor”, de quien espera algún tipo de favor o reconocimiento. En cualquier caso, el autor es consciente de la diversidad de su público y de que, por tanto, sus preferencias también variarán, y adecúa su obra en consecuencia:

⁹² Marín Pina (1991: 141-142) señala que los autores de libros de caballerías descubren muy pronto el potencial del público femenino, y no solo se dirigen a ellas explícitamente a lo largo de sus textos sino que, además, les dedican algunos de ellos.

⁹³ Dado que Carlos V ya era viudo cuando se publicó la primera parte de la novela, si el libro está dedicado a él, “mi señora” podría ser alguna de sus hijas, puesto que tanto doña Juana como María de Austria compartían sus aficiones caballerescas (Lucía y Marín, 2008: 295). Felipe II estuvo casado con María de Portugal hasta 1545; en 1554 casa con María I de Inglaterra, pero no nos consta que fuera lectora de libros de caballerías. Si fue Felipe quien encargó la redacción de la obra, quizá Fernández tenía pensado dedicársela a él y a alguna de sus hermanas.

Guardar me combiene en esta obra la orden del diestro tañedor, que para consonancia de la música, agora las agudas y después las graves cuerdas le combiene tocar, y las más vezes todas juntas, pues andar de (de) todo punto sola no es possible, y ansí, en lo que algo yré lexos de las agudas cuerdas del amor, prosiguiendo espantosas guerras y batallas; aunque, como bien ha sido de la yerva, donde quiera que fuere llevaré tras mí muchas de sus cosas. Por agora, valerosas damas, las que no soys a trances y hechos de guerra aficionadas, supplíco's perdonen, que tampoco lo escriviera yo si del amor estas no procedieran. (132-vº)

De la misma forma, se excusa ante los lectores varones cuando se dispone a relatar escenas amorosas:

Mas conviene tocar estas cosas, aunque tan sumariamente, porque las aventuras que a esta dama le acontecieron son estrañas, que con gran razón se quejaría de mí si las olvidasse; y assí, los lectores a quien esto diere pessadumbre, como no menos aficionados a cosas de amores, pásenlo, que poco cuesta dar buelta a tres o quatro hojas. (97-rº)

E invita a los lectores en general a seguir saltándose los capítulos que les parezcan menos interesantes.

si a alguno diere fastidio, todo lo haze passarse dos ojas adelante, prosiguiendo su ystoria, que no enbaraça nada lo que aquí se escrive. (138-vº)

En la dedicatoria, Andrés Fernández justifica su atrevimiento de dirigirse a tan encumbrado personaje recordando la afición de Carlos V al *Belianís de Grecia*, para enumerar seguidamente las virtudes de la obra, entre las que destaca por encima de todo su valor didáctico:

En esta hystoria se verán muchos avisos, traças y artificios para la guerra, admirables razones y sentencias, por donde muestra no solo a los de muy altos y claros juyzios, pero aún a los de muy vastos y groseros entendimientos la obligación que tienen los príncipes y cavalleros y todo género de personas, assí para lo que toca a su salvación como para su honor y de sus hijos y descendientes, de preciarse de servir lealmente hasta la muerte a su Rey (fol. A2- rº)

La ponderación del didactismo de la obra es un tópico caballeresco más, al igual que el de la falsa traducción o el de su valor histórico. Roubaud encuentra original, sin embargo, el hecho de que con ellos se pretenda obtener el favor del rey, “como si a la literatura caballeresca le correspondiera por derecho un lugar privilegiado a la sombra del trono” (1999: 60).

La obra finaliza con un colofón donde se especifica el autor, el impresor y el lugar y año de impresión:

Aquí se acaba la tercera y quarta parte de
don Belianís de Grecia, compuesta por el Licenciado Gerónimo Fernández,
assí mismo autor de la primera y segunda. Impressa en la muy
noble y muy más leal ciudad de Burgos, cabeça
de Castilla, cámara de su Magestad, por
Pedro de Santillana, impressor.
Año de mil y quinien
tos y setenta y
nueve.

II. ANÁLISIS DE LOS PERSONAJES DEL *BELIANÍS DE GRECIA* (TERCERA Y CUARTA PARTE)

Resulta complejo establecer una tipología de los personajes de una novela en la que hemos contabilizado hasta 392 caracteres, entre protagonistas, secundarios y circunstanciales. Algunos de ellos habían sido ya presentados en la *Primera y segunda parte*; otros muchos, por el contrario, aparecen por primera vez en la *Tercera y cuarta parte*. Casi todos pertenecen a la alta nobleza, puesto que *Don Belianís de Grecia* nos muestra un mundo de aristócratas, donde incluso los gigantes son caballeros y los antiguos dioses clásicos honran a los nobles de alto linaje. Estos personajes se relacionan, fuera de su círculo social, únicamente con seres extraordinarios: sabios y sabias, héroes de la Antigüedad y divinidades o personajes alegóricos que pueblan espacios maravillosos o simbólicos como el Infierno o el Castillo de la Sabia Medea. La presencia de eclesiásticos es mínima: aparecen simplemente para officiar alguna misa o celebrar algún matrimonio; el Arzobispo de Roselis comparte protagonismo como cronista de la historia con el sabio Fristón, un poderoso hechicero. Y brillan por su ausencia personajes adscritos a otros grupos sociales. Esta carencia no deja de resultar extraña en una obra que, si bien pertenece a un género dirigido fundamentalmente a un público noble, había alcanzado un cierto grado de popularización a lo largo del siglo XVI, llegando a una audiencia a través de medios como las historias caballerescas editadas en formato cuarto, la publicación por fascículos o la lectura oral (Lucía, 2000: 40-41), de la que nos han llegado algunos testimonios, como el del letrado Juan Arce de Otálora, recogido por Chevalier (1976: 91):

En Sevilla dicen que hay oficiales que en las fiestas y las tardes llevan un libro de ésos y le leen en las gradas.

Tampoco debemos olvidar la famosa escena de la venta de Palomeque que recoge Cervantes, en la que le ventero afirma:

...cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí, las fiestas, muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destos libros en las manos y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas (*Quijote*, I, cap. XXXII).

En el mundo caballeresco descrito por Jerónimo Fernández, sin embargo, no hay lugar para los plebeyos. Obviamente existen, puesto que los reyes, duques, condes y señores gobiernan sobre otros hombres y mujeres; pero estos no se ven reflejados en la novela. Son invisibles, hasta el punto de que don Belianís y sus compañeros pueden viajar por toda Europa, parte de África, Asia y hasta América sin prácticamente encontrarse con nadie que no sea caballero, dama o doncella.

A continuación proponemos un análisis y clasificación de los personajes principales; caballeros y damas se insertan o no en una determinada tipología que se repite, con escasas variaciones, en la mayor parte de los libros de caballerías. Prestaremos también una especial atención a aquellos personajes que consideramos presentan una mayor originalidad o desviación con respecto al modelo, extrayendo de todo ello una serie de conclusiones que nos ayudarán a tratar de poner algo de orden en esta abrumadora multitud que puebla la *Tercera y cuarta parte del Belianís de Grecia*.

1. CABALLEROS, LOS PROTAGONISTAS DE LA AVENTURA

1.1. La figura del caballero

Casi todos los personajes masculinos de la novela ejercen el oficio de la caballería. El caballero nace y se hace pues, a pesar de que en sus orígenes se trataba de una clase abierta, a la que se accedía por méritos, con el tiempo se cerró a un grupo aristocrático al que se pertenecía por herencia. Bueno y Cortijo (2010) señalan dos aspectos importantes en la evolución de la caballería medieval europea. El primero de ellos tiene que ver con las reformas de la época carolingia (generalización de la caballería de origen germano por encima de la infantería, renovación armamentística y establecimiento de vínculos de vasallaje entre los nobles y el monarca); el segundo es el desarrollo de

una ideología que humanizara la institución y le otorgara una ética en cuyo diseño intervendría la Iglesia, que paso de condenar la actividad caballeresca a legitimar las incursiones bélicas de la cruzada contra el infiel (*milites Christi*) y llamar a la *guerra santa* (Bueno y Cortijo, 2010: xxxi)

Así, más adelante Ramón Llull hablará de los caballeros como hombres escogidos entre un millar para ejercer una tarea heroica de salvaguarda de la justicia y protección de los débiles y desamparados:

Al comenzar en el mundo el menosprecio de la justicia por disminución de la caridad, convino que la justicia recobrase su honra por medio del temor; y por eso se partió todo el pueblo en grupos de mil, y de cada mil fue elegido y escogido el hombre más amable, más sabio, más leal y más fuerte, y con más noble espíritu, mayor instrucción y mejor crianza que todos los demás (*Libro de la orden de caballería*, p. 21)⁹⁴

Sin embargo, a un caballero no le basta un linaje noble. Hasta los más altos príncipes necesitan probar su valía en torneos, justas, aventuras, *questes* y aventuras diversas; se convierten entonces en *caballeros andantes*. El nacimiento de la figura del *chevalier errant* ha sido analizado por Georges Duby desde un punto de vista histórico; se trataba en su origen de hijos segundones de nobles que se dedicaban a deambular en busca de fortuna, desprovistos de un feudo que pudiesen heredar y con pocas esperanzas de lograr un matrimonio ventajoso (Duby, 1980: 132-147). Por su parte, Köhler atribuye la aparición de este modelo a causas sociológicas:

El modo de vida caballeresco y militar, en la forma específica del *chevalier errant*, desprovisto de medios, que va de torneo en torneo, de combate en combate, engloba en su expresión literaria todas sus formas de manifestación y subordina los sucesos de la vida errante a una imagen ideal del hombre que constituye el ser mismo del caballero (1990: 64).

Las andanzas de los primeros caballeros errantes literarios giraban en torno a la *aventure*

⁹⁴ Citamos por la edición y traducción de Luis Alberto de Cuenca (1986).

que, según Köhler, en los primeros *romans* era sinónimo de “suerte” o “azar”. Se produce, así, una evolución desde el concepto de gesta de la poesía épica hasta la aventura caballerescas:

De un lado en la épica, la batalla tiene una trágica seriedad. El héroe combate paladinamente en defensa de su patria, por cumplir con el deber sagrado del vasallaje hacia Dios y su rey en contra de los infieles enemigos o por defender su posesión feudal, y en el combate le va el honor y la vida. En cambio, en el aire festivo con que el caballero sale al campo desahogado “a buscar aventuras”, en contra de malvados indefinidos y de encantamientos extraños, hay una cierta alegría deportiva, como en el lucimiento del torneo ante los ojos de las damas (García Gual, 1988: 60-1)

Pero, con el tiempo, el concepto de *aventure* evolucionó hacia un tipo de peripecia más relacionada con la “fortuna” o el “destino” individual: el caballero no se encuentra con las pruebas por casualidad, sino que estas lo estaban esperando; así, una batalla, un encantamiento o un torneo está predestinado al héroe, y solo él puede acometerlo con éxito y triunfar donde todos los demás caballeros han fallado. De esta manera, “en la medida en que las aventuras ya están esperando al héroe y parecen preparadas para él, la evolución del protagonista alcanza el carácter de una determinación suprapersonal” (Köhler 1990: 64).

Sin embargo, la *aventure* no tarda en ser reemplazada, o cuanto menos enlazada con la *queste*, ejemplificada en la leyenda del Graal (Gracia, 1998b): todos los caballeros parten en busca de algún objeto o persona⁹⁵, y durante la búsqueda se enfrentan a innumerables peligros, participan en torneos y justas, y deshacen agravios y encantamientos, hasta que finalmente solo uno, aquel a quien estaba destinada la victoria, logra culminar la *queste*⁹⁶. A menudo este determinismo se ve reforzado también por profecías que parecen oscuras en el momento de ser pronunciadas, pero cuyo sentido se entenderá al resolverse la aventura satisfactoriamente.

Los motivos por los cuales un caballero se convierte en un *chevalier errant* han evolucionado desde sus orígenes hasta la literatura caballerescas del XVI. Históricamente, como ya hemos apuntado, se dio el caso de que muchos caballeros segundones tuvieron que partir en busca de fortuna; el reflejo literario de este hecho dio lugar a la figura del caballero andante por vocación, como modelo sumo de caballería: todo buen caballero debía ser un caballero andante y salir en busca de aventuras, tuertos que enderezar y agravios que deshacer⁹⁷. Esta idea estaba tan asentada y presente en la literatura caballerescas que, ya en pleno siglo XVII, el hidalgo Alonso Quijano consideraba que la mejor forma de caballería era la del caballero andante, con todo lo que ello implicaba, y en ningún momento se le pasó por la cabeza convertirse en un caballero “sedentario”.

⁹⁵ Recordemos en este caso el secuestro de Ginebra en *El caballero de la carreta* de Chrétien de Troyes, y cómo todos los caballeros se lanzan a una búsqueda cuya culminación estaba destinada a Lanzarote.

⁹⁶ La mítica búsqueda del Graal, que congrega a tantos caballeros en algo similar a una cruzada mística, estaba reservada únicamente para Galaz, el más virtuoso de todos (García Gual, 1988: 263-65; Alvar, 1991a: 179-81)

⁹⁷ “El modelo de caballero se genera, entonces, de un anhelo por desarrollar un personaje con características precisas y admirables dentro de un mundo absoluto en perfección y belleza. Lo cual solo podría lograrse mediante la abstracción e idealización que la literatura permite” (Lobato Osorio, 2008: 69).

La literatura caballeresca española del siglo XVI mantiene estos conceptos de *queste* y *aventure*, desarrollando sin embargo una nueva estructura novelesca, la llamada *estructura biográfica*, donde las hazañas de un héroe determinado adquieren mayor protagonismo, en detrimento de las aventuras de otros caballeros, perdiéndose así la importancia del *entrelacement* que había caracterizado la novelística artúrica medieval. Esta nueva estructura narrativa se basa en dos ejes: la identidad caballeresca y la búsqueda amorosa⁹⁸. Así, siguiendo el modelo del *Amadís de Gaula*, encontramos héroes cuyo nacimiento se nos presenta como mítico o, cuanto menos, excepcional, y que son alejados de su núcleo familiar nada más nacer. Por tanto, la primera tarea del héroe consistirá en encontrar sus raíces y recuperar su nombre, lo que suele coincidir, en una especie de iniciación, con la elección de la mujer que va a ser su dama durante el resto de la novela, y por la cual emprenderá nuevas aventuras con la intención de ganar su amor. La literatura artúrica apenas hacía mención de la infancia de sus protagonistas; pero Amadís y sus sucesores son héroes nuevos, y es necesario relatar su historia desde el principio (Bognolo 1997: 103-112).

La *queste* y la *aventure* tienen, por tanto, una motivación relacionada con un deseo de fama y de gloria. Incluso en el caso de los héroes que ya conocen su origen desde el principio se impone la necesidad de salir en busca de aventuras y viajar a lugares donde no se los conozca. Estos caballeros, poseedores ya de un nombre, lo mantienen en secreto y no lo desvelarán hasta ser dignos de él. Por tanto, el anonimato se convierte en algunos casos en condición necesaria para todo héroe caballeresco, a quien la fama debe sobrevenirle por sus hechos, y no por su linaje⁹⁹. En *Don Belianís de Grecia* encontramos los dos casos, e incluso un punto intermedio, como veremos más adelante, encarnados en las figuras de los tres representantes de la saga familiar: don Belianís, Belflorán y Fortimán.

Los principales deberes del buen caballero se pueden resumir en una serie de aspectos:

1. Lo que, en palabras de Cervantes, podríamos resumir como “enderezar tuertos y deshacer agravios”, es decir, mantener la justicia y la virtud y luchar contra los malvados, criminales, falsos y traidores, tal como ya lo prescribía Ramón Lull:

Por los caballeros debe ser mantenida la justicia, pues así como los jueces tienen oficio de

⁹⁸ “El sentimiento amoroso y las damas que lo ocasionan aportan las diferencias necesarias para que el héroe épico se convierta en un caballero propiamente novelesco” (Lobato Osorio, 2008: 77-78). La misma autora señala en un trabajo posterior que el inicio de esta evolución se puede encontrar ya en los *romans* de la materia antigua, “cuando al modelo de guerrero épico y vasallo se le añadieron características tales como una fisonomía hermosa, distintas motivaciones para ganar honra, actitudes refinadas en su relación con las damas y, sobre todo, la exhibición de sentimientos amorios. Todos estos flamantes rasgos son fruto del enlace entre la acción bélica y el interés amoroso” (Lobato Osorio, 2009a: 124).

⁹⁹ “En las primeras obras del género la adopción de un determinado sobrenombre obedece a una nueva etapa biográfica en la trayectoria del héroe: un suceso amoroso o personal interfiere en la progresión del individuo y determina la elección de un nuevo alias que tiene mucho que ver con los emblemas que figuran en sus armas nuevas (...). Sin embargo, conforme se suceden los textos cualquier circunstancia puntual da lugar a estos cambios en las armas y en el sobrenombre que devuelven al caballero otra vez al anonimato, hasta que vuelva a apropiarse de otra entidad caballeresca” (Sales, 2004: 31).

juzgar, así los caballeros tienen oficio de mantener la justicia (*Libro de la orden de caballería*, p. 32)¹⁰⁰.

2. Ayudar militarmente a su señor; esto supondrá, como veremos, un conflicto en uno de los episodios de la *Tercera y Cuarta parte*, cuando los caballeros alemanes se vean en el dilema de apoyar o no a su emperatriz, Claristea, en la guerra contra don Belianís, capitán de la Tabla Redonda y, por tanto, también su superior (IV, 23).
3. Ser superior al resto de los hombres no solo en pericia guerrera, sino también en virtudes, similares a las que Ramón Llull enumeraba: “justicia, sabiduría, caridad, lealtad, verdad, humildad, fortaleza, esperanza, experiencia” (*Libro de la orden de caballería*, p. 33). También Alfonso X el Sabio afirmaba en las *Siete Partidas* que los caballeros debían

aver en si quatro virtudes principales (...), cordura e fortaleza e mesura e justicia (...), porque ellos han a defender la iglesia e los reys e todos los otros, ca la cordura les fara que lo sepan fazer a su pro e sin su danno e la foraleza que esten firmes en lo que fizieren e que non sean camiadizos, e la mesura que obren de las cosas commo deuen e non passen a mas e la justicia que la fagan derechamientre¹⁰¹.

4. Defender el cristianismo frente a los infieles¹⁰²; pero pronto veremos que, en *Don Belianís*, hay destacados y reputados caballeros paganos, y su relación con los cristianos es de respeto mutuo por sus respectivas religiones. En ningún momento se trata de convertir a los paganos a la fe católica; los caballeros malvados son castigados, pero no por sus creencias, sino por sus actos. La exacerbada enemistad entre don Belianís y Periano de Persia, alabado como uno de los mejores caballeros del mundo, no nace de la diferencia de credos, sino de su rivalidad por el amor de Florisbella, que, por otro lado, es una princesa pagana. Flerisalte, el escudero de don Belianís, tampoco es cristiano, y no abrazará la fe de su señor hasta el capítulo vigésimo noveno de la tercera parte, donde, conmovido por una curación milagrosa, pide ser bautizado. Sin embargo, como Flerisalte, todos los paganos de buen corazón acaban reconociendo su error y convirtiéndose voluntariamente al cristianismo, lo cual es también condición *sine qua non* para que los matrimonios mixtos puedan realizarse. Por otro lado, también la Tabla Redonda está vedada a caballeros paganos:

¹⁰⁰ El caballero se considera, por tanto, con derecho a impartir la justicia en nombre de un rey ausente en la mayoría de las ocasiones. “El actuar *regis vice* se justifica por una sensación de caos que viene a reflexionar sobre la legitimidad del caballero en la resolución de conflictos; y, desde su lógica y moral, el caballero se considera legítimo para infringir el castigo del ofensor, aunque no haya sido el ofendido” (Bueno y Cortijo, 2010: xliiii).

¹⁰¹ Craddock, Jerry R; & Rodríguez-Velasco, Jesús. (2008). *Alfonso X, Siete Partidas 2.21 De los caballeros*. UC Berkeley: Spanish and Portuguese. Consultado a través de la copia digitalizada en <http://escholarship.org/uc/item/1cg57404>.

¹⁰² “Oficio de caballero es mantener la santa fe católica...” (*Libro de la orden de caballería*, p. 29).

por esta orden estaban todos sentados hasta el cumplimiento de todas las sillas, sin que alguno de aquellos que la ley de Christo, verdadero Dios, no conocían, pudiese ganar silla, como como eran Ario Barçano, y el rey Paremio, y otros que por bondad de armas las merecían (*Tercera y quarta parte*, fol. 49-vº).

5. Honrar y servir a damas y doncellas, según las pautas de la cortesía. Parece también preceptivo que cada caballero tenga una enamorada entre las mujeres de alta guisa:

se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma (*Quijote*, I, 1).

Más adelante, Belflorán cometerá una descortesía imperdonable ante los ojos de todas las damas en general, y de Belianisa en particular, al proclamarse “Caballero Sin Amor” y defender por armas su convicción de que estas no merecen los desvelos de sus enamorados¹⁰³. Ellas le devuelven una carta en la que le recuerdan el tópico cortés de la superioridad de la dama y le echan en cara su actitud, pues son los caballeros quienes deben esforzarse por merecer a sus señoras, y no al revés.

Y si esto te haze juzgar el no ser de tu dama favorecido, bives engañado, porque en el amor no ay dos coraçones, sino uno, y este es el de la dama querida, el qual es el gobierno de este peligroso tranze. Y si ella te quiere mal, aborrécete tú y ayuda a su propósito, y d'esta manera a la ventura alcançarás lo que desseas, y a lo menos darás contento a tu dama con cumplir su voluntad. (fol. 181-rº)

Es esto tan evidente a los ojos de las damas que achacan el “desliz” de Belflorán a su desconocimiento de los códigos cortesés, de los que acaba de ser adecuadamente informado. Por tanto,

Con los avisos de nuestra carta bien crehemos de aquí adelante serás enamorado, pues el no serlo lo causaba la falta del conocimiento.

Tras esta aventura, Belflorán volverá a mostrarse debidamente enamorado, pero le costará mucho recuperar el favor de Belianisa.

6. Otros menesteres típicamente caballerescos:

El caballero debe cabalgar, justar, correr lanzas, ir armado, tomar parte en torneos, hacer tablas redondas, esgrimir, cazar ciervos, osos, jabalíes y las demás cosas semejantes a estas que son oficio de caballero; pues por todas estas cosas se acostumbran los caballeros a los hechos de armas y a mantener la orden de caballería (*Libro de la orden de caballería*, p. 33).

¹⁰³ Lucía y Sales (2009) señalan que la figura del caballero desamorado, como la del adúltero, implican un desvío del prototipo amadisiano en el que el caballero debía ser fiel a su dama. En el primer caso se huye del amor, y en el segundo hay un exceso de relaciones amorosas. Sin embargo el gesto de Belflorán, como veremos, no es más que una pose, porque él no deja de estar enamorado en ningún momento.

Todas estas actividades contribuyen a acrecentar su fama y su nombre, y el caballero se entrega a ellas con entusiasmo. Tiene que ser, en definitiva, valiente, cortés y piadoso:

El caballero literario está diseñado tomando en cuenta estos tres lineamientos de manera más creativa: la guerra está representada mediante la aventura y el uso de las armas para cumplir sus obligaciones caballerescas, con el propósito principal de ganar fama y honra; la cortesía está encauzada hacia el amor incondicional hacia una dama y, por último, la religión se refleja desde rituales cotidianos hasta búsquedas de orden místico (Lobato Osorio, 2008: 70).

Este caballero literario se constituye a veces como modelo de conducta para el caballero histórico. Así lo plantea Jerónimo Fernández cuando aprovecha una escena en la que Belflorán se echa a dormir en el bosque, “con harto ruin adereço de cenar ni menos de dormir”, para exhortar a los caballeros de su tiempo a seguir su ejemplo:

gran exemplo para los regalos d'estos tiempos, donde si se toma el arnés para justar un día no bastan los regalos de Eleo[g]ávalo ni los remedios de Galieno para reparar el daño que se haze. No se advierten d'esto nuestros cavalleros; quiera Dios no tengamos necessidad de, sin averlo usado, salir a comer al sol y dexar de beber frío para resistir tanto tropel de enemigos como salen a impedir la monarchía (¿a qué espera nuestra España?); y, aunque no los moviesse otro exemplo que el de su rey, puesto cada día al trabaxo del sol y frío, con tantos desa[so]siegos como son notorios, avrían por bueno trocar la manera de la vida. Mirad, cavalleros, que la tela para justar en la plaça más honrra da a los cavalleros que los preciosos adereços en su casa, los quales son comparados con los dineros, y en ello los ricos mercaderes os harán ventaja. Y en lo otro está la estimación, la honrra, el ser estimado; ninguna alegría hay ygual que vencer en actos de guerra, ser estimados(s) en ella. Hazed el cuerpo al trabaxo, que no es más de como se trata, que el regalado toma mal el arnés, no le entabla la lança, aunque decienda de los godos y sea de las noblezas antiguas de nuestra España; y el que está acostumbrado a justar y a tornear y a los otros militares exercicios tiene por muy buena una tienda, por fría el agua del arroyo y por muy buen regalo la comida de munición, y aún passa sin ella sin trabaxo, como agora Belflorán. Y creedme, que los cavalleros ociosos an de gastar sus haziendas en juegos, en vanquetes y en otras cosas que pierden almas y todo, y en el exer[ci]cio militar no se gasta sino lo necessario. Porque, quando la hazienda se á de gastar en mal, no tiene rienda ni se qüenta si hará necesid[a]d adelante, y quando es para buenas obras, aunque sea para socorrer los pobres, se tiene qüenta con las necesidades proprias con las de su casa y familia. Bolved, pues, cavalleros, a vuestro a[n]tigu ser; poblad las plaças de telas, las casas de harmas, los coraçones de desseo de fama, y véase lo que solía: que, aunque demos tres bueltas a España, no hallaremos un exerci[ci]o de guerra; y tened qüenta con lo que la Fortuna le dio en las manos a este príncipe, tendido al pie d'estos mal sombríos árboles (fol. 253).

Previamente ya había deslizado otro reproche similar al principio de la *Quarta Parte*:

¡O, España! Cuando leo tus cosas y te veo, no sin lágrimas lo escribo. Sola Aragón, si no me engaño, solo un conde de Barcelona hacía vivir con cuidado al francés; tendían sus términos hasta el Ródano de Francia, y agora, con un príncipe tan poderoso, tan belicoso, tan deseoso de la inmortal fama, puestos los días y noches en el campo, no sé lo que passa, ¡o españoles! Deve ser la culpa que, habiendo crecido en rentas y dineros, con tantos mineros de oro y plata, necesitamos nuestros reyes, con pedir largas y recidos sueldos, no nos juntamos sino tarde. Y cáusalo que, con el regalo, tomamos mal las armas; con la riqueza, no ay quien trabaje en estos tiempos; no hera necessidad de tantos pífanos y atambores, cada uno sabía dónde era menester para ser allí luego con armas y cavallo. Agora no se harán con offrecer sueldos, con yr nuestro rey delante, con largas dádivas y y dones suyos, diez mil hombres en diez años. Mirad, cavalleros, que, si no bolvéys al antiguo exercicio de vuestros passados, no

conserváys sus honores, los mayorazgos, los vínculos. Para esto los hizieron los fundadores, no para regalos, banquetes ni fiestas (fol. 130-vº).

En función de todo lo anterior, la literatura caballescica divide a sus personajes masculinos en buenos y malos caballeros. Los primeros son los que cumplen con las leyes de la caballería. En palabras de Ruiz-Doménec,

el código caballescico, expresado en una larga tradición de gestos, costumbres, comportamientos, ofrece unas reglas comunes con las que afrontar el juego. Pocos las osan transgredir. Aquellos que lo hacen son reprobados como *soberviosos*, es decir, extraños a la ética particular que rige la caballería andante (1993: 116-17).

Junto al héroe, encarnación de todas las virtudes caballescicas, encontramos caballeros leales y traidores, virtuosos y malvados, cortesés y descomedidos, honrados y falsos, fieles y adúlteros, cristianos y paganos...; unos y otros cumplen o no las características y el comportamiento que se le supone al buen caballero.

Lo veremos ejemplificado a continuación al estudiar a los principales caballeros del relato.

1.2. El héroe: don Belianís de Grecia

El protagonista de la novela se presenta en principio como un caballero perfecto; sin embargo, a veces descubrimos detalles de su personalidad que empañan esta imagen aparentemente sin mácula, convirtiéndolo, al mismo tiempo, en un personaje más humano, pese a su evidente superioridad. Es así como vemos que a veces se deja llevar por la ira o por el orgullo¹⁰⁴, comete errores o utiliza argucias poco honestas para conseguir sus objetivos, aunque en estos casos se destaca su astucia como un valor positivo¹⁰⁵. A medida que vaya ganando espacio Belflorán, don Belianís parecerá un caballero más sensato y mesurado, en abierto contraste con el ardor juvenil de su hijo. No obstante, su capacidad caballescica comenzará a fallar, y las grandes aventuras ya no estarán destinadas a él, sino a la generación siguiente, encarnada en Belflorán.

1.2.1. Nacimiento e infancia

En el capítulo segundo del Libro I se nos relata el origen del protagonista de la historia:

¹⁰⁴ “En cuanto a los aspectos negativos del héroe, el narrador no rehúsa presentar sus errores, por los cuales y en ambiente de desmesura, el protagonista llega a la furia con el posterior sentimiento de culpa y el remordimiento siguiente, situaciones que a veces conllevan el deseo de venganza” (Orduna, 2009: 52).

¹⁰⁵ Como episodio emblemático tenemos el relatado en el capítulo 23 de la *Primera Parte*, donde don Belianís se disfraza de doncella para escapar de una prisión. Por el camino, don Contumeliano de Fenicia lo confunde con una mujer y le declara su amor; don Belianís se ríe para sí del ardor del joven, y no solo no lo saca de su error, sino que flirtea con él y aprovecha para pedirle que le restituya sus armas mediante un don en blanco. Los aspectos humorísticos de esta escena en concreto han sido analizados por Hernández Vargas (2006: 29 y ss.), quien concluye que la forma en que don Belianís asume el disfraz y desvela más tarde el engaño sin rubor alguno no hace otra cosa que resaltar su heroísmo, “pues no le importa usar vestidos de mujer con tal de ayudar a Persiana y al duque” (p. 37); según esto, quien quedaría en ridículo sería el atribulado Contumeliano.

Cuenta la hystoria que el emperador Belanio vuo en la emperatriz Clarinda, su muger, tres hijos, el mayor de los quales vuo nombre el príncipe don Belianís de Grecia, emperador que fue después de los días de su padre (*Belianís de Grecia*, p. 4).

Como vemos, no encontramos aquí ningún tipo de nacimiento extraordinario¹⁰⁶. En el capítulo primero se había hablado del cortejo y petición de mano –totalmente correctos y convencionales– del emperador Belanio de Grecia a la princesa Clarinda, hija del rey Toloyano de España¹⁰⁷. Don Belianís es, además, el primogénito y heredero del imperio griego¹⁰⁸, luego no tiene motivos para salir en busca de aventuras y procurarse un territorio; pero debe demostrar que su valía está a la altura de su linaje, como todo buen caballero que se precie.

Don Belianís crece en la corte real y recibe una esmerada educación, sobresaliendo en todas las disciplinas, incluido “el ejercicio de las armas”, y asombrando a todos también por su belleza y apostura¹⁰⁹, tal y como sugiere su nombre, formado por la partícula Bel- y una terminación que recuerda al nombre del más famoso caballero castellano, Amadís de Gaula¹¹⁰.

A los catorce años le sucede su primera aventura aparentemente por azar, cuando, en una cacería, y siguiendo a un oso, entra en una cueva y se enfrenta a un gigante, a quien derrota sin muchos esfuerzos¹¹¹. Además del animal-guía que dirige al héroe hasta un espacio fantástico o

¹⁰⁶ Lilia de Orduna (2001: 541) destaca que esta ausencia de antecedentes extraordinarios, junto con su nacimiento dentro de la legalidad del matrimonio, hace de Belianís una excepción en este aspecto en la literatura caballerescas.

¹⁰⁷ El rey Toloyano aparece también en la *Tercera y cuarta parte*, donde constituye el testimonio más claro del cariño que Fernández sentía hacia sus personajes, siendo incapaz de prescindir de la mayor parte de ellos; efectivamente, este rey español goza de una sorprendente longevidad, ya que muchos años después lo veremos participando activamente en la guerra de Constantinopla junto a su yerno don Belanio, su nieto don Belianís y su bisnieto Belflorán, que ya es un joven caballero de veinte años.

¹⁰⁸ Cuesta Torre apunta la posibilidad de que Fernández pretendiera hacer de su personaje un émulo de Alejandro Magno: no solo comparten su ascendencia griega, sino que también recorren los mismos espacios: Persia, Babilonia y Egipto, “en particular el templo de Amón (Alejandro se consideraba hijo de este dios)” (2010: 147, n. 22). También establece relaciones entre Alejandro Magno y la historia troyana, muy presente en la biografía de don Belianís.

¹⁰⁹ Se insiste mucho en la belleza superior del héroe, hasta el punto de que, cuando se disfraza de doncella, el caballero don Contumeliano de Fenicia lo toma por tal. Esta hermosura no se ve menoscabada con los años ni empañada por las heridas de guerra que, como ya apuntara Cervantes con ironía, ni siquiera parecen dejar cicatrices en la fina piel del héroe. Esto se explica si tenemos en cuenta que la perfección física es un reflejo de la perfección moral: “La belleza y la juventud son igualmente cualidades distintivas del caballero. En efecto, los destinados a una alta misión tenían que ser fuertes y valientes, pero también apuestos, ya que, en el universo cortés, la fealdad era sinónimo de vileza” (Lendo Fuentes, 2004: 15). Sales apunta que “según el concepto griego de la *kalokagathia*, su importancia no se reducía al mero aspecto físico del individuo, sino que planteaba una correspondencia armónica entre la apariencia externa del hombre y sus virtudes internas” (Sales, 1999: 8).

¹¹⁰ Cacho Bleuca comenta, justamente, la relación de Bel- con la hermosura de Amadís cuando este cambia su nombre por el de Beltenebros (2001: 146).

¹¹¹ Se trata de una aventura iniciatoria. No es casual que la primera hazaña del héroe tenga que ver con su paso a través de una cueva: Propp analiza el trayecto a las entrañas de la tierra como evolución del motivo del héroe tragado y eructado por un monstruo totémico, generalmente una serpiente; se trata de un rito de iniciación en el cual el neófito regresaba de su viaje simbólico por el estómago del animal –metáfora del morir-renacer– habiendo adquirido sus poderes, que le aseguraban un lugar en el mundo adulto (Propp, 1974: 329-357).

maravilloso¹¹², nos encontramos con una fuerza misteriosa que impide a Arsileo, que acompaña a don Belianís, entrar en la cueva junto a su amigo. Parece, por tanto, que la aventura estaba reservada a Belianís, pese a que él, como le advierte al gigante, no ha sido armado caballero todavía.

Después de derrotar al gigante, don Belianís obtiene una espada que ha de sacar de una roca¹¹³, conoce las primeras profecías sobre su persona y encuentra a Aurora de Antioquía, la primera doncella a quien tendrá que defender.

Así comienzan las aventuras de don Belianís de Grecia. Su nacimiento no tenía nada de extraordinario, pero a partir del episodio de la cueva comprendemos inmediatamente que se trata de un héroe elegido y predestinado, y pronto descubriremos en él a un compendio de todas las virtudes caballerescas. Sus aventuras como caballero andante lo llevarán por Grecia, Babilonia, Troya, Persia, Antioquía, Tartaria y más allá¹¹⁴. Ocultando su identidad realizará las más altas proezas caballerescas en tierra de paganos, hasta obtener el amor de la princesa Florisbella, hija del Soldán de Babilonia¹¹⁵.

1.2.2. Caballero andante

En la *Tercera y Cuarta parte* encontramos a un don Belianís que está a punto de alcanzar la cumbre de su carrera caballerisca. Tras ser reconocido como uno de los mejores caballeros del mundo y consumir su amor por Florisbella, parece que lo único que le falta para aumentar su honra es el matrimonio público y la llegada de un heredero. Sin embargo, sus aventuras continúan¹¹⁶. Una serie de circunstancias hacen que el matrimonio público se demore una y otra vez, obligando a don Belianís a seguir con su vida errante.

En la *Tercera y Cuarta parte*, don Belianís viajará por gran parte de Europa, el norte de

¹¹² Harf-Lancner señala la importancia del animal-guía en los cuentos morganianos, que relatan el viaje del héroe a otro mundo, donde mantiene una relación amorosa con un ser femenino sobrenatural. En la mayor parte de estos casos, el animal encantado es la causa por la cual el protagonista se aleja de sus compañeros durante la cacería, pero también es algo más: “l’animal est un messenger de l’autre monde, parfois même un avatar de l’être surnaturel qui veut attirer l’héros dans l’au-delà” (1984b: 206). La idea del viaje al Más Allá cobra mayor importancia en este episodio del *Belianís de Grecia* cuando, después de derrotar al gigante y de recibir como premio una espada extraordinaria, el héroe descubre en la cueva a una princesa cuidada, Aurora de Antioquía, quien dice encontrarse allí por consejo de la sabia Belonia, una poderosa hechicera, que ya había profetizado la primera hazaña del protagonista, y a quien pertenecía el oso-guía.

¹¹³ Este conocidísimo motivo folklórico es el que encontramos, también, en la leyenda del rey Arturo y la espada Excalibur. Thompson D1654.4.1.: Sword can be moved only by the right person, y también H31.1.: Recognition by unique ability to dislodge sword. Sword is stuck in a stone or tree.

¹¹⁴ Cuesta Torre (2010) analiza la oposición geográfica que se establece en la novela entre el norte y el sur, cuyo eje sería el mar Mediterráneo. Así, el norte estaría representado por la civilización cristiana y el sur simbolizaría la barbarie y el paganismo. No obstante, estos límites son permeables, y habrá ciudades y reinos paganos que se alíen con el héroe (como Babilonia) y naciones cristianas que se unan al ejército pagano (como es el caso de Alemania, representada por Claristea).

¹¹⁵ “Babilonia representa en la novela el sur amistoso. Aun conservando sus marcas de espacio ajeno, misterioso, territorio de la aventura, teóricamente enemigo por razones religiosas (en un principio Belianís y los suyos han de encubrir su identidad), en Babilonia esa oposición se halla neutralizada por la amistad del Soldán hacia el héroe, lograda al evitar este el rapto de su hija, y por el amor de Belianís y Florisbella. Esta relación, en contra de lo que pudiera esperarse, recibe la aprobación del Soldán” (Cuesta Torre, 2010: 147).

¹¹⁶ “–Esto ha de ser así –dijo don Belianís–, que cobardía sería ver el aventura y no probarla” (fol. 123-vº).

África, Asia y hasta América, en todo tipo de medios de transporte: a pie, a caballo, en barco, en carros encantados e incluso en el mágico Castillo de la Fama, que resulta muy útil a la hora de cubrir grandes distancias en un tiempo mínimo.

La mayor parte de peripecias que vive don Belianís en esta etapa errante están insertadas en una *queste* o búsqueda de la que hablaremos con detalle más adelante. Comentaremos ahora las “aventuras sueltas” que aderezan el largo viaje del héroe.

A su llegada a la corte de Alemania, don Belianís se ve desafiado por el príncipe Daristeo de Polonia que, enamorado de la princesa Claristea, se siente celoso por las atenciones que esta dedica al protagonista. Por otro lado, don Daristeo ha hecho un voto, práctica muy popular entre los caballeros andantes, y que provocaba numerosos enfrentamientos entre unos y otros:

–Bien creo –respondió–, señor cavallero, avréys oýdo cómo el príncipe don Daristeo está penado por la princesa nuestra señora y cómo, desdeñando ella su amor, le haze hazer mil desatinos, hasta tanto que agora defiende otra locura no menor que las passadas, diziendo que ningún cavallero merece como él ser de su dama faboescido; y aunque él es muy estimado, haze las cosas tan a su ventaja que le haze perder mucho de su honor, porque tiene consigo quatro hermanos bastardos que su padre huvo en una muger de linaje de jayanes, hija de aquel valiente Balurdán que en el imperio griego fue muerto, con los quales primero a de hazer batalla el cavallero que con él huviere de combatir, donde hasta agora han sido muertos y vencidos tantos que es gran pérdida (*Tercera y quarta parte*, fol. A3-vº).

Las condiciones de tan desigual pelea son injustas, pero don Belianís acepta el desafío; no lucha por Claristea, sino por defender su honor y reparar una situación abusiva¹¹⁷. La justicia está de su lado y por eso, aunque gravemente herido, logra finalmente derrotar a los cuatro gigantes y al príncipe, que reconoce su error y actuará a partir de ahora como un caballero leal, obteniendo en premio, al final de la historia, la mano de Claristea.

Más arriba, citando a Ramón Llull, habíamos señalado que “Por los caballeros debe ser mantenida la justicia”. Y es esto lo que hace don Belianís en varias ocasiones. En Inglaterra conoce a la doncella Valeriana, quien, agraviada por el duque de Calés, solicita su ayuda. Don Belianís no tendrá ocasión de enfrentarse a él hasta los torneos de Londres, donde lo derrota y lo mata¹¹⁸. En esta novela, pocos son los caballeros que mueren en justas y torneos, pero el duque de Calés debía ser uno de ellos porque ha actuado como un traidor y ha deshonorado la orden de la caballería¹¹⁹. El castigo es ejemplar, al igual que el que había recibido previamente Valianor de Escocia, que había

¹¹⁷ Don Daristeo no está actuando como un buen caballero; el mal caballero es incluso peor que un plebeyo, como señala Ramón Llull: “De donde, si el caballero no cumple con el oficio de la caballería, es contrario a su orden y a los principios arriba citados; por cuya contrariedad no es verdadero caballero, aunque sea llamado caballero; y tal caballero es más vil que el tejedor y el trompetero, que cumplen con su oficio” (*Libro de la orden de caballería*, p. 29).

¹¹⁸ A menudo, los caballeros “toman el lugar de la víctima o *persona miserabilis*, asumen por voluntad propia la venganza y administran justicia a través de su espada” (Bueno y Cortijo, 2010: xliiii).

¹¹⁹ “Traidores, ladrones, salteadores deben ser perseguidos por los caballeros; pues así como el hacha se ha hecho para destruir los árboles, así el caballero tiene su oficio para destruir a los hombres malos” (*Libro de la orden de caballería*, p. 38).

atacado a traición a don Belianís y al duque de Tebas, y que había sido condenado a arder en altamar junto con el barco que capitaneaba:

y, como el duque Armindos tuviese determinado de se bien vengar de aquellos traydores, haziéndolos a todos atar muy bien, hizo pegar fuego por muchas partes a los galeones, donde a su vista todos fueron quemados, que fue cosa assaz espantosa y de gran piedad para los que la miravan. (fol. 28-vº)

Más tarde, en la guerra de Troya, don Belianís luchará junto al Caballero Salvaje, contra don Epidauro de Ponto y el príncipe Mitrídano para liberar a su amigo don Palineo de la Ventura, que ha sido capturado. No se explica por qué los troyanos conceden a sus enemigos una oportunidad para que rescaten a un prisionero de guerra; pero es un episodio clásico en la literatura caballeresca que la vida o la libertad de un caballero o una dama dependan de un combate singular que actúa como ordalía o “juicio de Dios”. Cada una de las partes defiende la culpabilidad o la inocencia del acusado, y se considera que el ganador de la batalla ha sido favorecido por Dios porque defiende la justicia y la verdad¹²⁰. En este caso, los troyanos hacen trampa, y el mago Orístenes interviene en la lucha cuando comprueba que los suyos van perdiendo y que el príncipe Mitrídano va a ser derrotado por don Belianís. La llegada del Castillo de la Fama interrumpe súbitamente el duelo y crea una confusión que permite que Mitrídano salve la vida, por un lado, y que los griegos rescaten a don Palineo, por otro:

De otro golpe desseava don Bellianís dar fin a aquella batalla, y con esto se dava más priessa que hasta entonces, no se le escusando la muerte al troyano si el mágico Orístenes, que en el campo estava, no proveyera en ello; porque, usando de sus acostumbradas artes, el cielo se cubrió de ñublado escuro, que el campo no se dexava ver. Salieron por una abertura de la tierra tres salvages, y con ellos tres formas de las más feas que hasta entonces se vieron. Eran de la forma de grifos, los quales llegaron a travar del príncipe don Bellianís, que a esta hora fuera en no pequeño peligro, si el Famoso Castillo no viera venir, tocándose en él nos militares instrumentos en abundancia, a cuya venida las tinieblas mágicas començaron a deshazerse. El rey Astoril[do], travando de la mano a Mitrídano, sin que él fuesse parte para otra cosa, le puso dentro en la ciudad (fol. 64-rº).

Pero probablemente la acción justiciera más espectacular que lleva a cabo don Belianís es la reconquista de Babilonia. Aprovechando la ausencia del soldán, los gobernadores del territorio se han sublevado contra su señor natural y han usurpado el poder. Don Belianís acude rápidamente a recuperar el reino de su suegro junto a su hijo Belflorán, a quien corresponde por herencia. Como no podía ser de otra manera, los traidores reciben un castigo ejemplar¹²¹:

¹²⁰ Este tipo de enfrentamientos suelen ser más habituales cuando lo que está en juego es la vida de una dama que ha sido acusada de alevosa, traidora o infiel. En muchos libros de caballerías la dama busca desesperadamente a un caballero que luche por ella, y el héroe llega oportunamente para desempeñar tal papel. Esto sucederá también en el *Belianís*, como veremos, en el caso de Laura, princesa de Macedonia.

¹²¹ “De esta forma al final de la novela el norte simbólico va ampliando su territorio, a la vez que se garantiza la legitimidad del poder, que recae en los personajes que ostentan los derechos a la corona, mientras se castiga a los usurpadores, que eran también enemigos del cristianismo” (Cuesta Torre, 2010:145).

y, tomando los cuerpos de Adriano y Gilerpio, los arrastraron por los pies como traydores, quemándolos en la plaça de Babilonia (fol. 147-rº).

El azar o la predestinación llevan a don Belianís hasta Chipre, donde él y sus amigos son apresados a traición por el gigante Bradaliano. Sin embargo, en esta ocasión quienes acuden al rescate son Sabiano de Trebento, un ermitaño y un grupo de damas y doncellas. Esta aventura acontece ya cuando don Belianís está en la cumbre de su carrera y, en realidad, a estas alturas el lector sigue con más interés las andanzas de su hijo Belflorán. El hecho de que en esta ocasión no sea él el héroe de la aventura es bastante significativo. Hasta Florisbella, que es quien primero acude a rescatarlo de su prisión, se permite bromear con ello:

le dexaron por yr ha buscar a los príncipes a la parte que el hermitaño les dixera que con traición los avían metido. Y aunque no atinaron bien, llegaron a la ventana por donde el gigante avía hablado. Y no pensando que aquella fuesse, Florisbella se puso a mirar. Los príncipes c[u]ydarón que el gigante fuesse, y Periano le d[i]ze si tenía determinado de darles de comer, que no p[or]fiasse en pedir las harmas, que aquellas supiesse que no se las avían de dar.

–Si queréys comer –dixo la princesa–, dad las armas, pues no tenéys otra prenda. Si no, sabed que es escusado, que en esta tierra no fían a nadie.

Disimuló la princesa la boz, y los príncipes tenían tanto enojo que no la conocieron. Y don Belianís le responde que hazía mal; que, puesto que con trayción los huviesse prendido, hera obligado a darles de comer y no dexarlos morir de hambre; y que, si no quería aquello, que le dexassen salir a él solo y que si él muriesse ganarían más honrra y perderían el nombre de traydores.

–Muy valiente pensáys que soys –dixo Florisbella–. Pues yo quiero entrar allá sin harmas, si me aseguráis, y a la ventura haremos mejor nuestros partidos.

–Baxad en buen hora –dixo Mitrídano–, que nosotros os aseguramos.

Con esto las princesas baxaron corriendo a quien más podía hasta llegar a la puerta, la qual con las llaves de la puerta del castillo abrieron, y dieron bozes a los príncipes que saliessen fuera. Y no siendo en aquello muy perezosos salieron a lo claro, donde, viendo a las princesas, ¡quién contara su turbación! Quedaron atónitos, no sabiendo si soñavan. No se les hizo ha ellas muy de mal abraçarlos descalços y con solas las camisas muy mal tomadas; de la agua de la mar las colores tenían muy perdidas. Dexó caer don Belianís la espada y, abraçando a Florisbella, dize:

–¿Qué es esto, mi señora? De tal peligro justo era que con tales manos fuésemos libres.

Florisbella, que llorando de verle tal estava, le dize:

–Sabad, señor mío, que avemos hecho más de lo que cuydáys, que por nuestras personas avemos ganado este castillo (fol. 228).

En esta aventura, Belianís comparte prisión nada menos que con sus antiguos enemigos: Mitrídano de Troya y Periano de Persia. Los tres son ya compañeros de fatigas, están felizmente casados y no ven ya motivos para pelearse, ni por amor ni por cuestiones de territorio, ni siquiera religiosas, puesto que tanto Mitrídano como Periano se convirtieron al cristianismo tras la guerra de Constantinopla. Es un signo más de que sus tiempos han pasado; los viejos rencores no tienen ya razón de ser, las guerras antiguas han quedado ya olvidadas y los caballeros veteranos han de ser rescatados por doncellas y ermitaños. Es hora de dejar paso a una nueva generación de héroes, a sus hazañas, sus conflictos y sus amores.

A pesar de todo, don Belianís no se resigna a dar por finalizada su vida caballeresca, y no tarda en desear alejarse del lado de su esposa para vivir nuevas aventuras¹²². Ya habíamos asistido a la inquietud que lo corroía al poco tiempo de celebrarse su matrimonio público con Florisbella, y que requirió la intercesión de su padre, el emperador Belanio, para que él pudiera marcharse sin siquiera despedirse de ella¹²³:

—...y para esto y otras cosas que me han subcedido me cumple partirme en breve de Constantinopla.

—Gran plazer me haréys en ello —dixo el emperador—, y porque también de camino procuréys de saber del príncipe don Clarineo, vuestro hermano, que, según lo mucho que ha que d'él no se sabe, creo deve ser muerto o está en algún gran peligro.

—No sé cómo lo haga —dixo don Belianís—, que tengo entendido la pena que de mi ausencia a de recibir Florisbella.

—Yo os daré buen remedio —dixo el emperador—. Imbemos por vuestras armas secretamente y partíos luego sin dar parte a nadie, que después yo os escussaré con todos como a vuestra honra y descanso de la princesa combiene.

Bien conoció el príncipe don Belianís cuánta voluntad tenía el emperador de que él hiziesse aquel camino y, por no mostrarla él menor, dixo que le plazía muy bien. Y luego secretamente mandaron a Flerisalte que le traxesse sus armas, y con otro mandaron adereçar una galera, la más ligera así al remo como a la vela que en aquellas costas se hallava, en la qual se metió el príncipe y su escudero, que no quiso otra compañía. Y con la bendición del emperador, que de aquel camino no mostró algún sentimie[n]to, dieron los remos al agua, partiendo de Constantinopla.

El emperador se bolvió a la ciudad y, hallando todos los príncipes, dixo que él havía mandado partir a don Belianís a una cierta aventura, de que no havía cumplido dar parte a nadie hasta que fuesse ydo. A todos dio su partida gran sentimiento, y más a la princesa Florisbella. Y ninguno ossó dezir algo contra ella, viendo que fuera por mandado del emperador (fol. 113-vº).

El motivo “oficial” de la partida de don Belianís es la búsqueda de don Clarineo y de su hijo Belflorán, a quien nadie ha vuelto a ver desde su extraordinario nacimiento en el castillo de la sabia Medea. Pero previamente el narrador nos había desvelado que la razón oculta de la partida del héroe es la persecución de su enemigo, Periano de Persia, que había partido de Constantinopla poco antes que él.

En esta ocasión, la partida de don Belianís parece justificada; Florisbella se resigna y el emperador da su bendición. Sin embargo, la última aventura que protagoniza en esta parte de la saga no será juzgada con tanta benevolencia: el héroe abandona la corte para ir a enfrentarse al soberbio

¹²² La disyuntiva entre matrimonio y caballería ya había sido desarrollada narrativamente, y resuelto su dilema, por Chrétien de Troyes: en *Erec*, el protagonista olvida su vida caballeresca en los brazos de su bella esposa, Enide; por el contrario, en *Ivain*, el caballero abandona a su dama para vivir aventuras. En ambos casos se encuentra una solución feliz y un equilibrio entre amor y caballería. Acerca de estas dos novelas, véase el comentario de García Gual (1988: 178-86 y 195-99).

¹²³ En palabras de Eisenberg (1973: 521), “It was, in fact, customary for knights-errant to start off their adventures secretly. Generally, their families and friends were interested in seeing them remain at home, believing them, for one reason or another —often their youth— unready to practice the demanding profession of knight-errantry. Thus, the only way they could begin their adventures was secretly”. En este caso, el problema de don Belianís no es que sea aún demasiado joven, sino que empieza a ser demasiado mayor, y su nuevo estado requiere de él otro tipo de comportamiento, como veremos. Por tanto, y anticipando la oposición de su esposa, don Belianís se marcha sin avisar a nadie, como si fuera un doncel ansioso de fama y aventuras.

Adamantes, que ha declarado que su dama es más hermosa que Florisbella y Belianisa, pero este hecho no se relata directamente: sabemos de él por una conversación que sorprende Belflorán en la remota Libia:

–¿Y a esto solo salió el emperador don Belianís de Babilonia? –dixo el escudero.

–Sí –dixo el cavallero.

–Paréceme que hizo sandez –dixo el escudero–, porque a la vuestra merced, como mancebo, sea lícito entender en esso; no lo es al emperador, que valdría más entender en su estado, y otra cosa creo yo que le hizo hazer esso, que no la porfía de Adamantes ni el desseo de vencerle; porque las nuevas que llegaron de sus hijos no eran muy buenas, y la emperatriz no le quería dar licencia (fol. 273-rº).

La promesa de una nueva aventura de don Belianís ya no es tal. El relato se focaliza totalmente en Belflorán, dejándolo a él como un héroe veterano que no se resigna a perder protagonismo. Hasta un simple escudero se permite calificar su acción de “sandez”, pues a estas alturas de la historia su función es la de “monarca en la corte”: debe dedicarse a impartir justicia y a mantener un espacio que ejerza de lugar de reunión de la caballería activa, de la que él, al estar en un momento vital diferente, ya no forma –o no debería formar– parte.

Ciertamente, lo encontraremos en el castillo de Adamantes, dispuesto a vengar el agravio bajo la identidad del Caballero de las Coronas; pero será Belflorán quien finalice la tarea, una vez más, derrotando al caballero desmedido y salvando a su padre del encantamiento en el que había caído por no haber sido capaz de superar la aventura.

La última vez que vemos a don Belianís, se dirige a los torneos del Cairo, pero en esta ocasión acompaña a un grupo numeroso de caballeros, entre los que se encuentra no solo su hijo Belflorán, sino también su padre, don Belanio¹²⁴.

1.2.3. Capitán de los ejércitos

El modelo artúrico se estructuraba en base a una dicotomía entre la corte y la aventura. Sin embargo, el nuevo modelo caballeresco del siglo XVI evoluciona hacia una nueva oposición entre corte y guerra, resucitando el viejo espíritu de la cruzada¹²⁵. El concepto mismo de la guerra evoluciona; ya no es un mero asunto feudal, concerniente solo a la aristocracia y al rey (*pro domino mori*), sino que pasa a ser una cuestión de Estado (*pro patria mori*) (Bueno y Cortijo, 2010: xlv). Es

¹²⁴ Ya nos hemos referido anteriormente al hecho de que los héroes de Jerónimo Fernández muestran una obstinada resistencia a abandonar las armas, algo que llama especialmente la atención en el caso del rey Toloyano, bisabuelo de Belflorán. Veremos, además, cómo Periano de Persia manifiesta en su madurez sentirse cansado y con ganas de retirarse de la caballería activa; sin embargo, se encuentra también entre los caballeros que acuden a los torneos del Cairo. Tal vez fuera esta la última calaverada de un grupo de hombres que se niega a envejecer y a ceder el testigo a la nueva generación, o quizá Jerónimo Fernández tenía intención de seguir recurriendo a ellos, al igual que al longevo rey Toloyano, haciéndolos compartir aventuras con los hijos y los nietos de Belflorán.

¹²⁵ “Frente al viaje arbitrario, la intervención astuta y premeditada, la estrategia militar que facilita la aparición de un renombre, pero que, asimismo, abre las puertas de la salvación eterna y reafirma o expande los límites de la Cristiandad” (Lucía y Sales, 2008: 187).

por eso por lo que, a todas las tradicionales virtudes caballerescas, el héroe debe añadir la inteligencia táctica y la capacidad de capitanear un ejército (Bognolo, 1997: 123 y ss.)¹²⁶. Estas habilidades lo sitúan por encima de los demás incluso en la confusión de una batalla:

La base de la tensión dramática está en sobrepujar a un caballero sobre los de su condición, y en los combates colectivos, donde el anonimato se convierte en una prioridad, se pierde la función y las posibilidades narrativas de la guerra; de ahí la necesidad de “focalizar” el relato en los personajes principales, destacando su labor en el campo por contraste con los otros. (Bueno y Cortijo, 2010: xlv).

Sin embargo, como veremos, en realidad estas funciones están más bien encarnadas en el emperador Belanio de Grecia, el padre del héroe. El asedio a la ciudad de Troya¹²⁷ se desarrolla mientras don Belianís está inmerso en su *queste* particular, y se nos relata, siguiendo la clásica estructura del *entrelacement*, a la par que las andanzas del protagonista¹²⁸. Los ardidés necesarios para tomar Troya son ideados por don Belanio, primero, y por don Palineo de la Ventura, después, cuando el emperador parte hacia Asiria junto a su hijo¹²⁹.

Don Belianís llegará a tiempo para participar en la gran batalla final y se le otorga el mando

¹²⁶ En su estudio sobre los tratados militares del siglo XVI, Rodríguez Velasco (2008) detecta también una cierta desacreditación en la caballería de la época, que lleva a los tratadistas a preferir otro tipo de modelo, alguien como el Duque de Alba o Gonzalo Fernández de Córdoba. Así, “el caballero desaparece y, en su lugar, aparece el capitán”, que “lucha, al mismo tiempo, en los campos de batalla y en las páginas de los libros. Junto a él, un nuevo concepto del ejercicio de virtud que permite el ascenso individual e intransferible, fuera de todo discurso sobre el linaje” (686).

¹²⁷ La materia troyana está muy presente en la obra de Fernández; a la guerra entre griegos y troyanos relatada en la tercera parte debemos añadir la inclusión de héroes como Héctor, Aquiles o Troilo entre los Caballeros de la Fama o el ejército de Marte y, sobre todo, la aparición en la primera parte de la que será una de las damas más importantes del relato: la princesa Policena de Troya, hija de Príamo y causante de la muerte de Aquiles. Las historias troyanas relatan su muerte a manos de los griegos como represalia por la traición cometida contra Aquiles, pero en el *Belianís de Grecia* se nos cuenta que no murió, sino que fue encantada y rescatada siglos después por don Lucidaner de Tesalia, hermano del héroe, quien más adelante se casará con ella (sobre el personaje de Policena, véase Orduna, 1986a). Las historias troyanas se habían difundido por la Europa medieval a través de los relatos de Dares (*De excidio Troiae historia*) y Dictis (*Ephemeris belli Troani*) y de su versión romanceada, el *Roman de Troie* de Benoît de Sainte Maure (véase García Gual, 1988: 113-118, y Roubaud 2000: 61-72). Sobre las fuentes empleadas por Jerónimo Fernández, sin embargo, nada sabemos: “¿Habrá leído las traducciones castellanas del *Roman de Troie* y de la obra de Guido de Columnis? ¿Pudo conocer la *Historia Troyana*? ¿Leyó realmente las *Sumas Troyanas* de Leomarte o alguna de las muchas ediciones de la *Crónica Troyana*? Pero las respuestas serían mera conjetura, pues solo sabemos su nombre, profesión y su lugar de origen y residencia” (Orduna, 1986a: 387). En otro trabajo posterior, la propia Orduna señalaba el tema troyano como uno de los desvíos más comunes del paradigma amadisiano, que centrará la atención de autores como Beatriz Bernal o el propio Jerónimo Fernández a partir de mediados de siglo; estos autores “quisieron relevar personajes cuyas vidas reinventaron, logrando verdaderos prodigios de intertextualidad al unirlos a los acontecimientos de sus propias criaturas de ficción” (Orduna, 2001: 549). Grilli (2004: 75) citaba también el caso de *Don Belianís* como reescritura caballerescas de la materia troyana: “Lo fabuloso trasluce en la obra de Fernández al transformar paulatinamente a los personajes de la contienda de Troya en contemporáneos y aliados de Belianís”. Acerca de este tema, véase también Orduna (1986b) y Sales (2009).

¹²⁸ Para una descripción detallada del origen, tipos y fórmulas de entrelazamiento, véase Cacho Blecua (1986).

¹²⁹ Don Belanio se hace armar como un caballero troyano para que le abran las puertas de la ciudad y así, una vez dentro, dejar que entre también su ejército. Se trata de un ardid similar al que utilizaba Ulises para penetrar en Troya. Don Palineo, por su parte, “disfraza” a cuatro mil de sus caballeros con las divisas del rey de Tripol para crear confusión entre sus enemigos.

de las tropas griegas; pero incluso en este momento cumbre, él y su hermano toman por guía al “caballero” más inesperado:

–¿Queréysme seguir, mis señores? –dixo Hermiliana a los príncipes.

–Hazed a vuestra voluntad –dixeron ellos–, que nosotros tendremos cuydado de obedeceros.

Entonces la hermosa señora, hechando el escudo a las espaldas, tomó el espada en ambas manos y, dando golpes a una y a otra parte, colando por las lanças y espadas como si fueran muy delgadas cañas, rompiendo por mitad de aquellas gentes como furioso rayo entre las nieblas, llevando a su lado a los dos príncipes (...) hasta llegar al estandarte del rey de Cartago, al qual hizieron pedaços; no menos hizieron al rey de Chipre... (fol. 77-vº).

La segunda gran guerra en la que participa don Belianís es la de Constantinopla, promovida por Periano, Ariobarzano y Claristea, que, junto a sus aliados africanos, marchan contra el imperio griego¹³⁰. Nuevamente el héroe llega tarde, puesto que está en mitad de otra *queste*, que tiene por objetivo localizar a su hijo perdido, Belflorán.

En la primera batalla en la que participa, que se genera inmediatamente después de la ceremonia de investidura de Belflorán, el narrador vuelve a mostrarnos una escena coral protagonizada no por uno, sino por varios caballeros; se nos relatan las acciones de don Belianís y Belflorán, pero también de don Belanio, don Clarineo, don Lucidaner¹³¹, Hermiliana, Astrideo, Sabiano de Trebento, Palineo de la Ventura, Bradaleón, Periano, el rey de Hungría... El héroe destaca sobre los demás únicamente por el hecho de ser el primero en dar la alarma ante el ataque de los enemigos. Por otro lado, la atención del narrador empieza a desviarse claramente hacia Belflorán y hacia su mayor rival en esta etapa de la historia: Astrideo de Bohemia.

En las siguientes batallas vemos a don Belianís actuar como un capitán, organizando a los caballeros y dando órdenes a los distintos grupos, pero no se destaca excesivamente este papel dirigente, que a menudo queda en manos de otros caballeros principales como el duque de Tebas, el gran estratega de la batalla naval. Es en esta guerra de Constantinopla donde empezamos a ver el declive de don Belianís como caballero. Es el capitán del ejército de Constantinopla, pero la alta responsabilidad que conlleva este cargo parece aportar una excesiva gravedad al personaje, y el autor prefiere focalizar su atención en las luchas individuales del joven Belflorán, cuyo ardor, entusiasmo y, en muchas ocasiones, imprudencia, otorgan más intriga e interés al relato que un don Belianís ya

¹³⁰ Orduna (2001: 542-543) señala que Constantinopla es una de las constantes del paradigma amadisiano, y con el tiempo “se transforma en un referente novelesco obligado”. Lucía y Sales apuntan que este tópico “pudo tener sus orígenes en un deseo compartido en los territorios cristianos de occidente de volver a recuperar esa ciudad conquistada por los turcos en 1453” (2008: 97), si bien Montalvo, que describe el asedio de Constantinopla por parte de los paganos en las *Sergas de Esplandián*, deja entrever “un cierto afán por rivalizar con las empresas bélicas narradas en la materia troyana”. La Constantinopla representada en el *Belianís*, sin embargo, aunque “tiene un referente en el espacio geográfico terrestre, recibe un tratamiento fantástico, pues no cumple las leyes del espacio real”, pasando a formar parte de la geografía mítica de la novela (Cuesta Torre, 2010: 143). Esta guerra de Constantinopla descrita por Fernández, por otro lado, parece estar directamente inspirada en la de las *Sergas*, si bien allí lo que motiva el ataque de los paganos es la religión, mientras que el conflicto en el *Belianís* está provocado sobre todo por el amor y los celos.

¹³¹ Roubaud (1999: 53) ha detectado en el nombre de este personaje una influencia del *Clarián de Landanís* (1527), donde Lucidaner era un moro enemigo del héroe.

maduro y en la cumbre de su carrera.

Pese a ello, es el propio don Belianís quien contribuye a poner fin a la guerra, logrando llegar hasta el carro de Claristea para hablar con ella y hacerla entrar en razón.

Pasó, pues, don Belianís hasta donde estava Claristea, y de verla tan triste no pudo dexar de sentir su parte. Y como él desease en lo que él pudiesse no ser ingrato al amor d'esta princesa, que tan aficionadamente le cobrara, alçó la visera del yelmo y ante ella se hincó de rodillas diziendo:

–Esclarecida princesa, si algún enojo hasta agora de mí avéis recebido, en el qual yo no creo tener culpa, veisme aquí en vuestro poder, y con esta, mi espada, tomad la safistación; y no permitáys que tantas gentes mueran, y remédiese lo que fuere possible, que yo veo vuestro campo arder [en] bivas llamas donde el nuestro no deve parecer menor daño.

Turbose tanto Claristea quando vio a don Belianís que salió de su sentido y no le pudo responder palabra. Mas como él fue conocido, muchos llegaron sobr'él por darle la muerte que, pareciéndole a él estraño descomedimiento, tan furioso se levanta que más de veynte cavalleros puso por el suelo. Y tornando a donde Claristea estava, hallola en su acuerdo, llorando espessas lágrimas, con las quales le abraçó, diziendo:

–¡Ay, príncipe de Grecia, y cómo Dios quiere que todas las cosas se acaben por tu mano y que mi endurecido corazón sea agora tan rendido a lo que tú quisieres! Bien veo que esto me está a mí muy bien, porque tengo perdido el campo, según se cree, pues tú a tal tiempo dexas la batalla. Mas, aunque me estuviera mal, lo hiziera, que mi corazón no a deseado jamás otra cosa que contentarte (fol. 206-vº).

Con esta apaciguadora acción, significativamente, don Belianís obtiene más resultados que con toda la inteligencia táctica y pericia militar que había puesto en juego hasta el momento.

1.2.4. La aventura cortesana

La corte actuaba en la literatura artúrica como lugar de encuentro y reposo, y espacio de relaciones amorosas, en oposición al exterior, considerado como el territorio de la aventura. Es cierto que “el caballero no puede permanecer durante mucho tiempo en la corte, puesto que las principales aventuras, infracciones que reparar, suceden fuera de sus ámbitos” (Cacho Blecua, 2001: 162). Sin embargo, la literatura caballeresca irá evolucionando hasta hacer de la corte, en el siglo XVI, un espacio importante en el que el buen caballero puede igualmente probar su valía. No solo empezarán a proliferar las justas y juegos cortesos, sino que, además, también comienza a ser habitual que la aventura acuda a la corte: personajes extraños o misteriosos se presentaban ante el rey proponiendo un reto, a menudo generado mediante la magia, en el cual deben participar los caballeros o damas¹³². El premio para el ganador puede ser deshacer un encantamiento, obtener un objeto mágico o, sencillamente, la honra de ser considerado el mejor de todos.

En la novela artúrica había una sola corte que ejercía de centro de la vida caballeresca. La literatura de caballerías del XVI amplía esta perspectiva; en la mayor parte de los casos, no hay una

¹³² “Un altro tipo di avventura, pur radicandosi nel modello arturiano, è sviluppato in modo particolare nei romanzi spagnolo: la prova meravigliosa al cospetto de la corte” (Bognolo, 1997: 87). Un ejemplo de este tipo de prueba la encontramos en la Aventura de la Verde Espada y de la Guirnalda relatada en el *Amadís* (II: LVI-LVII).

única corte, sino varias, pertenecientes a reinos o imperios de distintas culturas que, sin embargo, se construyen siguiendo siempre el modelo cristiano (Bognolo, 1997: 108). En la *Tercera y cuarta parte* las cortes más importantes son las de Constantinopla, Londres y Colonia. También hacen apariciones fugaces cortes como la del Gran Sophí de Catayo, la de Bohemia o la del rey de Francia. En todas ellas sucede algún tipo de aventura que, o bien debe ser resuelta allí mismo o bien provoca la partida inmediata del héroe. No faltan, por supuesto, justas, torneos y pasos de armas.

Don Belianís se presta a estos juegos cortesanos con enérgico entusiasmo. En el mundo caballeresco descrito por Fernández cualquier ocasión es buena para celebrar una justa o un torneo. Destacan los torneos de Londres, auspiciados por el rey de Inglaterra con el objetivo de reclutar a los mejores caballeros del mundo para resucitar la antigua Tabla Redonda:

este reyno de Ynglaterra es el que antes la Gran Bretaña se solía llamar, y en él en tiempos passados hu[v]o un número de cavalleros que las aventuras seguían, los quales en ellas ganaron más honra que ningunos de otra tierra, y fue en aquella sazón el más nombrado y estimado reyno que entre christianos ni moros se hallase; el qual después, por desdichas que en est[e] reyno vinieron y por perderse aquel tan nombrado rey, se deshizo, y cada uno se bolvió a su tierra. Y siendo casados huvieron hijos y nietos, de los quales el rey que a la sazón es, assí mismo es muy perseguido e importunado que torne a juntar aquel número de cavalleros, porque d'esta manera él será más estimado(s) de todos los reyes comarcanos, y los cavalleros honrarán más altamente cavallería. Y d'esto ha sido el rey muy contento, y para ello manda hazer unos torneos, en los quales el cavallero que más se aventajare será el primero y capitán, a quien todos los otros sigan, con el qual el rey quiere casar una hermana, la más hermosa dama que en el universo por el presente se halla (fol. 23-vº).

Los caballeros más importantes del relato dejan todo lo que están haciendo (incluida la búsqueda de las ocho princesas que habían sido secuestradas tiempo atrás) para participar en tan trascendental evento. Los torneos enfrentarán durante tres días a los caballeros ingleses y a los caballeros extranjeros. Como es lógico, don Belianís participa en el bando de los caballeros extranjeros, logrando la victoria de estos. Esa misma noche el rey de Inglaterra, que desconoce su identidad, le pide que luche en su bando. En el segundo día, por tanto, el héroe pelea junto a los caballeros ingleses. Y el tercer día, tras enfrentarse a los Nueve de la Fama, es declarado capitán de la Tabla Redonda. El héroe se nos muestra aquí, pues, como el elemento desequilibrante, el hombre clave que marca la diferencia entre la victoria y la derrota.

Las justas de Constantinopla descritas en la cuarta parte tienen mucha menos importancia narrativa y simbólica en el relato. Son convocadas con motivo de un acontecimiento festivo: la boda pública de don Belianís y Florisbella. El héroe, haciendo honor a su recién adquirido *status*, actúa como juez, puesto que ahora está por encima de todos los jóvenes caballeros andantes que todavía necesitan probar su valía en torneos, justas y aventuras varias. Estas nuevas justas, en realidad, están dispuestas aquí para mayor gloria y lucimiento de Belflorán, el nuevo héroe de la novela.

En la tercera parte apenas hay aventuras cortesanas, si exceptuamos los torneos de Londres y la llegada del Castillo de la Fama, que obliga a los caballeros a luchar contra los nueve guerreros más

famosos de la historia, en un reto que logra culminar don Belianís, convirtiéndose en capitán de todos ellos. Es en la cuarta parte donde hallamos más ejemplos de este tipo de “aventura sobrenatural” que acude al encuentro de los caballeros en la misma corte.

La aventura de Legiadra¹³³, sin embargo, no estaba destinada al héroe. Legiadra, Coliseo y Tíndaro, los protagonistas de la desdichada historia que dio origen a la aventura, están encantados, y solo podrán ser liberados por

un caballero que en el valor de su persona fuese más abentajado que los dos príncipes, y en amores más penado y mal galardonado que Legiadra (fol. 109-vº)

Don Belianís ha obtenido el favor de su dama, Florisbella, y está claro que la aventura no debe acabarla él. Los elegidos son Periano de Persia (enamorado sin esperanza de Florisbella) y Claristea de Alemania (que ama a don Belianís).

La aventura del templo de Amón tampoco estaba destinada al héroe, como veremos. La primera vez que don Belianís se encuentra en el templo de Amón se le comunica que otro caballero de más valor finalizará la tarea en su lugar. Cuando, tiempo más tarde, la propia aventura acude a la corte, con la llegada a Constantinopla del dragón del templo de Amón, don Belianís, junto con otros caballeros y damas de la corte, es secuestrado por la bestia y liberado por el nuevo caballero elegido, su hijo Belflorán.

La más interesante de las aventuras cortesanas es, sin embargo, la del Caballero Sin Amor, que enfrenta a padre e hijo en un momento clave de la novela; en ella podemos detectar una cierta tensión entre el héroe maduro que se retira y el joven héroe que irrumpe con fuerza en el relato.

Belflorán, rechazado por Florisbella, adquiere por medios mágicos la apariencia del descortés Caballero Sin Amor, que sostiene que las damas no merecen ser servidas, y reta a todos los caballeros a defender lo contrario. Sin embargo, dado que no quiere enfrentarse a su padre, a sus tíos ni a sus amigos, pone como condición que no peleará contra una serie de caballeros de su elección. Don Belianís no encaja bien el hecho de verse apartado de la aventura¹³⁴ y, disfrazándose de caballero moro, solicita enfrentarse a Belflorán, desobedeciendo por tanto las reglas del juego. Padre e hijo, sin reconocerse, mantienen una feroz lucha en la cual no parece haber un claro vencedor. Este tipo de situaciones parecen ser habituales en los libros de caballerías, y se utilizan para poner de manifiesto el relevo generacional:

Los mejores caballeros verán oscurecida su fama por los éxitos de sus descendientes, hecho éste que contribuirá a la reiteración de un motivo tópico: el enfrentamiento armado entre el padre y el hijo, una prueba que plantean las generaciones precedentes en un intento por

¹³³ Fernández, significativamente, titula este capítulo “de una *extraña aventura que a la corte avino*, y quiénes fueron los que la acabaron” (*el subrayado es nuestro*).

¹³⁴ Ya hemos visto cómo, más tarde, tampoco se resignará a convertirse en un respetado caballero “sedentario” y partirá a Egipto en busca de nuevas aventuras.

revitalizar los pasados laureles. Este motivo ya aparece en la literatura caballerescas francesa, en obras como *La búsqueda del Santo Grial*, donde una simple justa entre Galaz y su padre Lanzarote pone de manifiesto la superioridad del primero (Sales, 2004: 31).

La lucha entre Lanzarote y su hijo viene justificada por el hecho de que no se han reconocido mutuamente, como sucede en el *Belianís*. Sin embargo, en este caso el autor no se arriesga a apostar por ninguno de los dos y soluciona el enfrentamiento despojando oportunamente a Belflorán de su anillo mágico, con lo que este recobra su verdadera apariencia y la batalla se detiene.

Don Belianís, por tanto, aparece integrado en la corte y participando en todos sus retos; sin embargo, a partir de la aparición en escena de Belflorán sus intervenciones serán cada vez más limitadas, hasta que las aventuras propuestas dejen de estar destinadas a él.

1.2.5. La doble *queste* de don Belianís

a) En busca de Florisbella

Al final de la Parte II, en plena celebración cortesana en Babilonia, un carro mágico raptó a las princesas protagonistas de la historia, y, por supuesto, la *Tercera* y *Quarta parte* comienza por la búsqueda, la *queste*, de las damas y doncellas secuestradas.

Don Belianís emprende el viaje lamentándose amargamente por la ausencia de su señora y seriamente preocupado por su suerte. Sin embargo, pronto lo veremos acudir alegremente a los torneos de Londres o perseguir sin tregua a Periano de Persia cuando este se cruza en su camino, posponiendo una y otra vez el rescate de su amada. Esto no se comprende si no tenemos en cuenta que, a pesar de la espectacularidad dramática del secuestro de las princesas, en realidad no es más que un juego, una prueba para lucimiento de los caballeros implicados, una competición por demostrar quién es el mejor de todos.

La *queste* lleva a don Belianís a Alemania, donde conocerá a la emperatriz Claristea, que se enamora perdidamente de él. Esta es la primera prueba que debe superar el héroe para poder reencontrarse con su amada. Claristea le ofrece su persona y su imperio; don Belianís debe demostrar aquí que sigue siendo fiel a Florisbella y que realmente merece su amor. El héroe rechaza con sutileza a Claristea, ignorando que, desde el castillo de la sabia Medea, Florisbella sigue todos sus pasos a través de un espejo encantado; por tanto, si él hubiese sido infiel, ella lo habría sabido al instante. Tras superar esta prueba, el héroe reafirma su amor por su dama.

El segundo problema que se le plantea a don Belianís es cómo declinar el ofrecimiento de Claristea sin ofenderla a ella ni a su padre, el poderoso emperador Constancio de Alemania¹³⁵. La

¹³⁵ También Amadís de Gaula se vio en un dilema semejante ante los requerimientos de Briolanja; en su caso, el problema era mayor, pues estaba obligado a acceder a sus peticiones en virtud de un *don contraignant*. Este episodio es uno de los más atractivos y ambiguos de la novela, puesto que el mismo Montalvo reconoce la existencia de tres versiones de la resolución del conflicto (Cacho Blecua 1979: 193-99). En este episodio del *Belianís* no existe esta tensión provocada por la concesión de un don; sin embargo, el protagonista se ve

princesa plantea su ofrecimiento a través de su doncella Lindorena, pero de forma tan directa que no deja lugar a dudas sobre sus intenciones:

–¿Por qué dize esso la vuestra merced? –dixo don Belianís.

–Dígoles –dixo Lindorena– porque avéys sido el cavallero de más ventura que se aya visto, que yo he entendido que la princesa, mi señora, con ninguno casaría de mejor voluntad; y aún con el emperador sería muy fácil de acabar.

–Tal ventura como essa, mi señora –dixo don Belianís–, no está guardada para cavallero de tan poco merecimiento, que sería locura pensarla.

–Dezidme vuestra voluntad –dixo Lindorena–, que no sería mucho que fuéssedes en breve emperador de Alemania.

Muy turbado fue don Belianís de la desemboltura de Lindorena, y pesole en el alma, que bien vio que no sin causa dezía semejante cosa; y con esto le dize:

–Mi señora, por agora mis heridas no dan lugar a responderos, que a tan gran cosa no es bien responder sin más acuerdo (fol. 12r^o-v^o).

Don Belianís seguirá esquivando a Claristea con evasivas y palabras corteses. Sin embargo, y a pesar de todas sus precauciones, se granjea la ira de la princesa en dos ocasiones y, si bien la primera no tiene mayores consecuencias, la segunda provocará la gran guerra relatada en la Parte IV.

Pasada la prueba de la fidelidad amorosa, don Belianís deberá enfrentarse a un reto aún mayor: persiguiendo a Periano de Persia se encuentra con el sabio Fristón, enemigo de la casa de Grecia, que trata de engañarlo bajo la apariencia de un marinero. En ese momento llega oportunamente la sabia Belonia, maga protectora de los príncipes griegos, y, metamorfoseándose en águila, se enfrenta a Fristón, que se transforma en grifo. Don Belianís es testigo de la espectacular batalla entre ambos, pero pronto debe acudir en auxilio de su amiga Belonia y derrotar él mismo al malvado mago.

El enfrentamiento del héroe contra lo sobrenatural y su victoria contra un adversario que se vale de poderes mágicos suponen un nuevo encumbramiento para él. No solo es capaz de vencer a caballeros por la fuerza de su espada, sino que además su valía es tal que no se le puede derrotar con engañosos encantamientos. El héroe está también, por tanto, por encima de lo sobrenatural, y ratifica su condición de “superhombre”¹³⁶.

La victoria en esta batalla proporciona dos beneficios a don Belianís. En primer lugar, y tras demostrar su magnanimidad de caballero perdonando a Fristón, obtiene la gratitud y la amistad de este, librándose así de un temible enemigo y ganando un aliado. En segundo lugar, este nuevo aliado le indica el lugar donde se encuentran las princesas secuestradas, otorgando así un destino a su larga

obligado, como buen caballero, a obedecer a cualquier dama de alta guisa, so pena de quedar como descortés, desmesurado y desagradecido. Por otro lado, todo buen amante cortés debe mantener en secreto sus amores, con lo que don Belianís no puede justificarse ante Claristea aduciendo la existencia de un compromiso anterior con Florisbella. En este aspecto, la conducta de don Belianís para con su dama es intachable; ni siquiera en la sentida canción amorosa que canta en Colonia, y donde revela su propio nombre, hace mención al de su amada (para desencanto de Claristea, que estaba escuchando tras la puerta).

¹³⁶ Cacho Blecua hace notar la importancia de este aspecto a propósito de la lucha de Amadís contra Arcaláus el Encantador (1979:123). En este episodio, también Amadís recibe ayuda sobrenatural, encarnada en la mujer de Arcaláus; sin embargo, deberá vencer él mismo al mago, más adelante, igual que sucede con don Belianís.

queste: “la grande Assiria”.

Tras embarcar para Asiria, el traidor capitán Valianor de Escocia trata de hacerlos prisioneros, pero don Belianís, en la refriega, cae por la borda y llega, desarmado y solo, a la costa, donde consigue nuevas armas y “un caballo de poco valor”, y adopta una nueva identidad para participar en los famosos torneos de Londres: la del Caballero del Liocornio¹³⁷. Este cambio de nombre viene reforzado por el hecho de que, como pronto descubre, sus amigos lo dan por muerto, celebran su funeral y lloran su muerte. Pese a encontrarse con ellos en Londres, a donde acuden como la compañía de los Caballeros del Luto, vestidos con armas negras, don Belianís no se da a conocer. Así, los torneos de Londres son una suerte de período de prueba autoimpuesto: no solo permanece en el anonimato y participa en los torneos con unas armas humildes que no corresponden a su estatus social y caballeresco sino que, además, se lo da por muerto, y él no hace nada para deshacer el equívoco¹³⁸.

Simbólicamente, los torneos duran tres días; la noche del segundo día, el secreto de don Belianís queda al descubierto, puesto que la inquieta Claristea lo espía por la noche y, tras verlo dormido sin el yelmo puesto, lo reconoce, para, seguidamente, robarle sin ningún escrúpulo su preciada espada y su relicario¹³⁹.

Al día siguiente, una enviada de la sabia Belonia entrega nuevas armas a don Belianís, por las cuales se lo conocerá como el Caballero de las Armas Resplandecientes. Por tanto, al tercer día don Belianís renace o “resucita” como caballero y como persona, puesto que con estas nuevas y

¹³⁷ Muchos son los sobrenombres de don Belianís a lo largo de sus aventuras en la *Tercera y cuarta parte*: Caballero del Liocornio, Caballero de los Fuegos, Caballero de las Armas Resplandecientes, Caballero de las Coronas...; cada una de estas denominaciones corresponde a una nueva aventura o etapa. En este caso, el Unicornio o Liocornio –llamado así en virtud de su cola de león, lo que le aporta un nuevo aspecto de ferocidad y nobleza– tiene unas connotaciones claras, por las cuales fue un motivo ampliamente difundido en la heráldica: “Si consideramos que la castidad era una de las principales virtudes caballerescas, no debe sorprendernos hallar al unicornio representado en muchos sellos y escudos de las armas de los caballeros. Tenía cierto aire esencialmente aristocrático. Su semejanza con el caballo, siempre asociado a los caballeros, resultaba sugerente, pero aún más importante era su devoción por las mujeres bellas. Era feroz, altivo y peligroso para sus enemigos, como un caballero, pero también era amable; tenía la dignidad de la soledad, era bello y fuerte; pero lo más importante era que actuaba como protector de otros animales contra la vileza de sus enemigos” (Shephard, 2000:82). Don Belianís acude a los torneos de Londres acompañado por una doncella agraviada –no tarda en derrotar a su agresor–, tras haber hecho voto de no permanecer más de un día junto a la misma persona. Tanto la compañía de la joven como sus deseos de justicia y soledad son aspectos que encajan a la perfección con las atribuciones del unicornio, como hemos visto.

¹³⁸ En ciertos aspectos podríamos comparar esta muerte simbólica con el retiro a la Peña Pobre de Amadís/Beltenebros y, más adelante, con la reacción de Belflorán tras el rechazo de Belianisa. Sin embargo, tanto el voto de soledad de don Belianís como su deseo de mantener en secreto que sigue con vida, no están motivados por ningún conflicto amoroso y no son explicables desde este punto de vista. Encontraremos, de hecho, más similitudes con el episodio amadisiano en el caso de don Clarineo, hermano del héroe que, como veremos, habrá de purgar sus errores amorosos viviendo “a lo salvaje” durante muchos años en una isla desierta.

¹³⁹ “La espada es sustancialmente el elemento de defensa, pero también el de la virilidad prolongada” (Cacho Blecua, 1979: 43). Claristea devolverá el relicario a su dueño al día siguiente pero, significativamente, habrá de ser Belflorán, el hijo de don Belianís, quien muchos años después recupere la espada de su padre. En este mismo momento del relato, Florisbella está ya encinta y a punto de dar a luz a Belflorán en el Castillo de la sabia Medea.

espléndidas armas se hace con la victoria en el torneo y se desvela, por fin, su identidad.

Y renace para lograr el más alto honor de la caballería, puesto que a partir de ahora don Belianís será el capitán de los nuevos caballeros de la Tabla Redonda. Sin embargo, para ganarse ese honor todavía deberá superar otra prueba: tras haber combatido y derrotado a los mejores caballeros de su tiempo, aún tendrá que demostrar su valía ante los mejores caballeros de todos los tiempos. Y así, poco antes de que acabe el torneo, se presenta en la plaza el encantado Castillo de la Fama, donde habitan los nueve Caballeros de la Fama, los que tradicionalmente fueron los mejores guerreros de la historia¹⁴⁰. Los principales caballeros del torneo afrontan el reto, pero, nuevamente, la aventura estaba predestinada solamente a don Belianís; este, que ya había derrotado anteriormente a tres de los Nueve de la Fama (Héctor, Troylo y Bandenazar), se enfrenta a los seis restantes, capitaneados por el mítico rey Artús de Bretaña.

Una vez ha obtenido la gloria máxima de la caballería, siendo proclamado como el mejor caballero de todos los tiempos, don Belianís obtiene un puesto de honor en la Tabla Redonda como capitán. Sin embargo, existe todavía una silla vacía, reservada a alguien que aventajaría al héroe en hechos y valor. De esta manera se anticipa la llegada de Belflorán, el hijo de don Belianís y Florisbella, cuyo extraordinario alumbramiento, que tendrá lugar unos capítulos más tarde, nos indica que, con toda probabilidad, será el destinado a superar los logros del padre.

Vencidas las pruebas de la lealtad amorosa, del enfrentamiento contra lo sobrenatural, de la muerte y renacimiento simbólicos, y de la más alta caballería (es el nuevo capitán de la Tabla Redonda y de los Nueve de la Fama), don Belianís se dirige por fin a Asiria, viajando en el mágico Castillo de la Fama. Por el camino reafirma su condición de caballero escogido, rescatando nada menos que al sabio Merlín, atrapado en su tumba desde tiempos remotos. Don Belianís lleva a cabo la tarea de liberarlo, asignada en principio a Tristán, que nunca acudió en ayuda del desdichado mago¹⁴¹.

Después de una breve parada en Troya, donde lucha para liberar a su amigo don Palineo de la Ventura y se reencuentra con su padre, ambos reemprenden la *queste* y no tardan en llegar al

¹⁴⁰ Los nombres de los Nueve de la Fama varían según autores, y Fernández solo cita a cuatro, pero parece estar comúnmente aceptado que el grupo se componía, desde la Edad Media, de tres héroes paganos, tres bíblicos y tres cristianos. El origen de los Nueve de la Fama está en la obra de Jacques de Longuyon, *Les Vœux du Paon* (para la herencia en castellano, véase Bautista, 2009, y Arizaleta, Beltrán y Bautista, 2011). El tema gozó de cierta popularidad en el Renacimiento: como ejemplo tenemos la *Casa de la Fama* de Chaucer o la *Chronica llamada el triunfo de los nueve mas preciados varones de la fama*, más conocida como *Los Nueve de la Fama*, de Antonio Rodríguez Portugal, que fue publicada en Valencia, en la imprenta de Juan Navarro, en 1532. En la descripción del Castillo de la Fama, Roubaud señala también la influencia de las *Doscientas del Castillo de la Fama*, de Alfonso Álvarez Guerrero (1520) y de las “tramoyas alegóricas que solían ensalzar, en la vida real, la celebración de las fiestas públicas” (1999: 80). A propósito de la obra de Álvarez Guerrero, véase el trabajo de Tubau (2012).

¹⁴¹ A partir del siglo XIII, las dos ramas de la materia de Bretaña (la leyenda artúrica y la tristaniana) se funden en una al hacer a Tristán caballero de la Mesa Redonda (Alvar, 2002: 62).

castillo de la sabia Medea, donde han de superar el reto impuesto por esta¹⁴², una especie de competición caballerescas que tiene más de deportiva que de amenazadora, en la que el mejor caballero del mundo, es decir, aquel que gane el castillo, merecerá la mano de la dama más hermosa.

Efectivamente: a pesar de que las princesas han sido tratadas a cuerpo de reinas, y de que la sabia Medea se ha presentado ante ellas como su amiga y aliada, los caballeros que acuden al castillo deben llegar hasta las “prisioneras” por la fuerza de las armas¹⁴³. El propio Marte se encarga de enviar contra ellos a sus más aventajados guerreros, entre los que se encuentran héroes míticos como Hércules, Jasón, Ájax o Eneas; grandes generales históricos, como Aníbal o Cipión; e incluso dioses, como Plutón. Los caballeros derrotados son apresados, pero los que vencen quedan como guardianes del castillo, en virtud de un extraño encantamiento. Por este motivo, cuando don Belianís y su padre, don Belanio, llegan por fin al Castillo de la sabia Medea, deben enfrentarse no solo a los grandes guerreros de Marte, sino también a sus propios amigos.

Esto, como decíamos, no parece otra cosa que un juego, una competición caballerescas que tiene sus propias reglas que ninguno osa desobedecer¹⁴⁴.

En un principio, parecía que don Belianís estaba destinado a llegar el primero al Castillo de la sabia Medea. Pronto descubrimos, con relativa sorpresa, que esto no es así; una gran multitud de caballeros ha llegado antes que él, incluido su más odiado rival: Periano de Persia. Comprendemos entonces que el objetivo no era llegar el primero, sino ganar el castillo; y así, resultaba conveniente que don Belianís llegase el último para, una vez más, triunfar donde todos los demás habían fracasado.

Una vez en las puertas del castillo, el reto se concreta: no solo debe vencer a todos los caballeros y monstruos enviados por Marte para probarlo, sino que además debe hacerlo antes que Periano de Persia, con quien ha de competir por ser el primero en llegar a las princesas, puesto que ambos acometen la prueba a la vez.

Ahora sí, el reto del castillo de la sabia Medea se ha convertido en una carrera; pero una carrera en la que solo participan los dos caballeros más destacados de la novela hasta el momento.

¹⁴² “Yo soy la sabia infanta Medea –respondió la dueña–, que, para tu descanso y el mío, esta aventura por mi saber ordené” (fol. 16-vº).

¹⁴³ Aguilar Perdomo comenta un episodio similar en el *Amadís de Grecia*, en el que la doncella Niquea debe ser rescatada del castillo mágico en el que se encuentra encerrada. “De esta manera el castillo cumple la función de ser prisión y a la vez prueba amorosa, pues Niquea únicamente podrá ser liberada por el caballero más extremado en amores” (2007:135).

¹⁴⁴ Por ejemplo, está el hecho de que se pide a los caballeros que combatan de dos en dos; es evidente que las princesas raptadas no han estado en peligro en ningún momento, y los caballeros lo saben; de lo contrario, habrían sitiado el castillo, empleando ardid como los que utilizan en guerras como la de Troya y la de Constantinopla, donde todo vale con tal de obtener la victoria. La rabia y el dolor por el rapto de las doncellas no parecen ser más que una pose, un guión aprendido: todos los caballeros están dispuestos a participar en el juego, y asumen alegremente su papel de enamorados “salvadores”, acatando las reglas de la competición sin dudarle ni un instante. Así, “el camino de obstáculos del caballero para obtener a su dama, que antaño se situaba entre la proeza y la penitencia, se convierte ahora en un juego palaciego, en ocasiones caprichoso y en otras puramente deportivo” (Trujillo, 2007: 286).

Tanto Periano como don Belianís encarnan las más altas virtudes de la caballería; don Belianís es el mejor caballero cristiano, y Periano el mejor caballero pagano y su más digno rival. En la “final” de la competición solo han quedado los dos mejores, y pronto ambos se olvidan de vencer las pruebas de Marte para concentrarse en ser más rápido que su contrario.

Tras una dura batalla, don Belianís logra vencer a Periano de Persia, quien no es solo “su más mortal enemigo”, sino su principal rival por el amor de Florisbella. Esta era la última prueba que el héroe debía superar: Marte lo presenta ante Cupido como el mejor caballero del mundo, y Cupido le entrega la mano de Florisbella como recompensa¹⁴⁵.

Desde el momento en que el juego del castillo de la sabia Medea se plantea como una competición entre hombres para obtener el favor de una dama que actúa como señuelo, se convierte en una reelaboración del juego del amor cortés¹⁴⁶. El héroe ya había logrado el amor de su dama, pero ahora debía demostrar ante los demás que merece ser su esposo. Una vez rescatada Florisbella, don Belianís se ha ganado su mano por derecho propio, y no tardará en contraer matrimonio con ella¹⁴⁷. Su larga *queste* ha finalizado.

b) *En busca de Belflorán*

Una vez celebrado el matrimonio público, Florisbella confiesa a don Belianís que, durante su estancia en el castillo de la sabia Medea, dio a luz a Belflorán, el hijo de ambos, y que el sabio Merlín se lo llevó lejos para educarlo. Pese a la amenaza de guerra que pesa sobre Constantinopla, don Belianís decide salir en su búsqueda y, de paso, tratar de encontrar también a don Clarineo, su hermano desaparecido.

Esta nueva *queste*, como si de una novela bizantina se tratara, lleva a don Belianís a las costas de África, después de que su barco haya naufragado tras una tempestad. Allí, de la cumbre de la caballería desciende al más ínfimo escalafón social, puesto que los moros lo capturan y lo venden como esclavo al alcaide Brandasides. Sin embargo, no parece importarle esta humillación; de hecho, en lugar de la cólera y el orgullo caballeresco, el héroe pone aquí en juego toda su astucia: oculta su

¹⁴⁵ Pomer y Sales (2009) comentan extensamente este episodio y destacan que la presencia de héroes y dioses mitológicos está pensada para reafirmar la superioridad del héroe, que de esta manera queda “sancionada por la autoridad de unos personajes sumamente cualificados para formular este privilegio” (p. 121).

¹⁴⁶ En sus orígenes, como argumenta Georges Duby, el amor cortés se planteó como un método de educación sexual para los jóvenes caballeros que aún no habían encontrado una esposa para formar una familia e integrarse en la sociedad y que, frustrados, se comportaban de manera agresiva con damas y doncellas. Por un lado, el juego del amor cortés enseñaba al joven a controlarse, lo “domesticaba”, y a la vez preparaba el terreno para su encuentro con la dama. Así aparecen códigos como el *De amore* de Andreas Capellanus, que venían por parte de la Iglesia en un intento de ritualizar el deseo y canalizar las insatisfacciones de esposos y solteros, ya que algunos de estos estaban a veces condenados al celibato. Por otro lado, realizaba los valores caballerescos, puesto que solo los nobles podían participar en él.

¹⁴⁷ Así, la relación entre don Belianís y Florisbella se ajusta al patrón más extendido dentro del género, que desarrolla la unión amorosa entre los protagonistas en cinco fases sucesivas: “enamoramiento, dificultades del amor (...), relación sexual en citas nocturnas (con matrimonio previo, a veces), breve referencia al embarazo y alumbramiento, y matrimonio público” (Bueno y Cortijo, 2010: l).

identidad y la de sus compañeros bajo un disfraz de marinero, advirtiéndoles que no revelen su nombre:

encomendando a todos el príncipe el secreto de quién él fuese, avisándoles que en aquello estaba ser todos libres, porque de otra suerte quedarían para siempre captivos, prometiendo de en breve liberarlos (fol. 115-rº).

Después convence al alcaide para que los compre a todos, hablándole, además, en su propia lengua. No vemos, pues, en ningún momento, una gran preocupación por parte de don Belianís, a pesar del brutal cambio de su fortuna. El héroe tiene fe en su buena estrella y parece convencido de que, si oculta su identidad y emplea su inteligencia, pronto se le presentará la oportunidad de escapar. Sin embargo, tras ser aherrojados, el narrador nos dice que

Del mal tratamiento no le pessava mucho a don Belianís; antes le plazía, porque el alcaide se fiava tan poco (fol. 115-rº).

Entran aquí en conflicto el hombre astuto y el caballero orgulloso. Por un lado, don Belianís trata de ganarse la confianza de Brandasides para poder encontrar así una oportunidad para escapar; por otro, es el mejor caballero del mundo, y le complace que su captor lo considere un hombre peligroso. De esta manera, el autor nos descubre que, bajo la actitud aparentemente servil del héroe, todavía late un corazón orgulloso.

Don Belianís y sus compañeros aceptan su nueva condición de esclavos y trabajan durante un tiempo para Brandasides. Y por fin, la ocasión se presenta: don Belianís se encuentra oportunamente cerca para salvar la vida del alcaide, atacado por un grupo de caballeros traidores. Esto desencadena una serie de acontecimientos que lo llevan a ganarse el favor de la princesa Troyana de Cartago y a defender a Brandasides y al caballero Zoroaydes de la cólera del rey cartaginés, bajo la identidad del Caballero de los Fuegos¹⁴⁸.

De esta manera se abre un nuevo ciclo de aventuras en África, donde don Belianís, con otro nombre y otra divisa, volverá a afrontar una serie de pruebas. La primera, como hemos visto, suponía verse despojado de su orgullo y su libertad, y obligado a trabajar como esclavo de un pagano. Poniendo en juego la *humilitas* que era deseable en todo buen caballero cristiano¹⁴⁹, don Belianís ha soportado este duro revés de la fortuna y ha salido triunfante. Tal vez esta lección de humildad esté preparándolo para afrontar, en un futuro cercano, el hecho de que sus hazañas se verán superadas por

¹⁴⁸ También Tirant lo Blanc naufragaba y llegaba a las costas de África, donde entraba al servicio del Caudillo de Caudillos del rey de Tremicén. Tras salvar la vida al rey y a su hija, la princesa Maragdina, Tirant se gana su gratitud y el amor de ella, le conceden la libertad y se queda para ayudar a su señor en la guerra que mantiene contra el negro Escariano. El caso de don Belianís es muy similar; si bien Troyana no llega a enamorarse de él, Fernández no ha podido resistir la tentación de introducir a otra princesa mora que suspire por el favor del héroe: se trata, como veremos más adelante, de Dolisena, hija del rey de Garamantes.

¹⁴⁹ “Si justicia y humildad fuesen contrarias, caballería, que concuerda con justicia, sería contra humildad y concordaría con orgullo. Y si caballero orgulloso mantiene el oficio de caballería, otra caballería fuera aquella que comenzó por la justicia y para mantener a los hombres humildes contra los orgullosos injustos” (*Libro de la orden de caballería*, p.42).

un caballero que resultará ser mejor que él: su hijo Belflorán.

Tras abandonar Cartago, don Belianís prosigue su viaje a través de África hacia Egipto, atravesando el desierto¹⁵⁰. En Egipto conocen a las princesas Dolisena y Meridiana, hijas del rey de Garamantes, enemigo de la casa de Grecia. Dolisena se enamora de don Belianís, y persiste en su amor incluso después de conocer su identidad y de que él le descubra que está casado con otra mujer¹⁵¹.

La aventura del templo de Amón, relatada a continuación, reproduce una situación tópica en los libros de caballerías. Es habitual que todo tipo de damas y doncellas de alta guisa se enamoren del héroe; pero este, como buen amante cortés, debe permanecer fiel a su dama. La única manera de romper su determinación es mediante la magia y el encantamiento (Whitenack, 1994). Dolisena no es una maga¹⁵², pero el templo de Amón está encantado y, cuando ella y don Belianís entran en él, este cree hallarse junto a su amada esposa, Florisbella. Durante los días que permanecen atrapados en el templo, don Belianís deja encinta a Dolisena, que no lo saca de su error. Con el nacimiento, más adelante, de los gemelos Dolistor y Polisteo, don Belianís se encontrará con dos hijos ilegítimos, algo impensable en un caballero que debe ser modelo de amante fiel. Sin embargo, esta falta no es achacable al héroe, puesto que actuó engañado y convencido de que la dama que lo acompañaba era Florisbella; con lo cual, moralmente, su fidelidad sigue siendo intachable.

Sin embargo, significativamente Cupido, que se encuentra también prisionero en el templo, le advierte que la aventura no está reservada para él. Es la primera vez –si exceptuamos el detalle del asiento prohibido de la Tabla Redonda– que una aventura no puede ser emprendida por don Belianís¹⁵³. Es una nueva alusión al futuro héroe de la novela, Belflorán de Grecia; pero puede que se trate también de un castigo de Cupido por no haber sabido distinguir a Florisbella de Dolisena. Don Belianís ya no es digno de probar los desafíos del dios del amor porque, aunque no es del todo culpable de infidelidad, tampoco es del todo inocente.

Siguen catorce años de búsqueda incansable, a lo largo de los cuales continúa preparándose

¹⁵⁰ El desierto es visto desde el Antiguo Testamento como un lugar de pruebas y de tentaciones; en la Edad Media se convirtió en el ideal de la vida eremítica, en oposición a la ciudad, espacio de pecado (Le Goff 1999: 25-30). El viaje de don Belianís por el desierto no solo supondrá un desafío a su resistencia física como caballero y una purificación de su espíritu sino que, además, le traerá una nueva tentación en la que deberá demostrar, una vez más, su fidelidad amorosa: su encuentro con Dolisena.

¹⁵¹ La situación es similar a la provocada por Claristea en Alemania, pero en este caso al héroe le resulta mucho más sencillo rechazar a la doncella, puesto que el matrimonio público ya se ha celebrado y don Belianís no tiene ya motivos para mantener en secreto el nombre de su amada.

¹⁵² Veremos más adelante, en el episodio de Perianeo y la sabia Ginebra, un ejemplo de maga que obtiene el amor de un caballero.

¹⁵³ Previamente, como ya hemos visto, don Belianís había fallado en la aventura de Legiadra, siendo vencido por su rival, Perianeo de Persia; pero en esta ocasión se trataba de probar quién superaba a todos en amor desgraciado, así que no es extraño que fuera otro quien obtuviese ese dudoso honor, puesto que el héroe estaba ya felizmente casado.

la guerra de Constantinopla¹⁵⁴, don Belianís se encuentra con la princesa Hermiliana y ambos rescatan a don Clarineo, que llevaba años cumpliendo penitencia en una isla desierta del Caribe. Una vez concluido el primer objetivo de la búsqueda, y tras un corto viaje por España y Francia, finalmente el sabio Merlín proporciona al héroe un medio para llegar hasta donde se encuentra su hijo.

Del mismo modo que en la *queste* de Florisbella, don Belianís debe penetrar en el castillo encantado donde se halla Belflorán como prueba final para lograr su objetivo. El castillo del sabio Silfeno no presenta ese ambiente festivo y deportivo del castillo de la sabia Medea. Gigantes, dragones, vestiglos y pavorosas apariciones entorpecen el camino del héroe, en un entorno mucho más oscuro y siniestro, de modo que la expedición adquiere de pronto las connotaciones de un auténtico *descensus ad inferos*:

Representáronsele ter[r]ribles y espantossas bisiones, tan feas como las infernales, unas con espadas y otras con otras armas, haziendo acometimiento de herirle, con los quales muchos golpes le hazían dar en baçío, reparándose al ayre. Hazíanle andar de una parte a otra, medio tonto. Mas, atinando a una parte por donde le parecía ver claridad, poniendo para ello todo su esfuerço, llegó allá; y, saliendo por una pequeña puerta, vio delante de sí un río grande, más turbio que el Leteo. Por encima d'él andava una mortal niebla, tan ciega y oscura que no dexaba ver veynte pasos de la temerosa corrida. Parecía que venía herbiendo, rebuelto con çeniça. Tenía otra cosa más mostroussa: que por el río parecía gran copia de temerosos dragones y otras fieras del agua, mayormente unos temerosos cocodrillos, los quales por todo él cubrían un fuego qual se mostrava en el cielo la noche del verano que, abiendo preçedido gran calor el día antes, por entre las nubes parece mostrarse la rexión del fuego (fol. 144vº).

Don Belianís no puede acometer solo la aventura, por lo que el sabio Merlín acude en su ayuda como auxiliar contra magia y encantamientos. Este punto resulta un poco contradictorio, puesto que había sido el mismo Merlín el encargado de llevarse a Belflorán al castillo del sabio Silfeno, que hasta ahora se había presentado como un entorno mucho más agradable y propicio para la educación del joven infante. Probablemente en sus inicios esta aventura estaba pensada como una prueba deportiva semejante a la que coronaba la *queste* de las doncellas raptadas, pero terminó evolucionando hacia un enfrentamiento del héroe con lo sobrenatural demoníaco y peligroso¹⁵⁵; llama la atención en este sentido la advertencia previa de Merlín, que recuerda a las prohibiciones que debe respetar el héroe que se adentra en el Más Allá como, por ejemplo, la de no probar la comida que le ofrezcan, so pena de quedar atrapado allí para siempre:

¹⁵⁴ Resulta inverosímil que una guerra tarde catorce años en iniciarse desde el momento de ser anunciada; evidentemente, Fernández necesitaba que su nuevo héroe, el infante Belflorán, creciese lo suficiente como para poder participar en ella como caballero.

¹⁵⁵ De hecho, la aventura estaba profetizada desde la Segunda Parte: “Y así fue la verdad, que en este castillo estuuo preso el príncipe Uelflorán, hijo del príncipe don Belianís y de la princesa Florisbella, hasta tanto que fue de edad de tomar armas, como en la Tercera Parte desta Hystoria se verá, que grandes trabajos causó su libertad” (*Belianís*, II, p. 436).

De una sola cosa os aviso: que a ninguno deis aquí dentro la orden de cavallería, porque quedaréis para siempre perdido. Lo demás, todo está cometido a vuestro esfuerço, que para mayores cosas que estas basta (fol 143-rº).

Naturalmente, Belflorán rogará con insistencia a su padre que lo arme caballero cuanto antes, pero don Belianís seguirá el consejo del sabio y dejará la investidura de su hijo para otra ocasión más propicia. Así, por un lado, el autor tiene la oportunidad de desarrollar una ceremonia de investidura fastuosa y solemne para el nuevo héroe, en contraste con la precipitación con la que había sido armado don Belianís en la *Primera Parte*¹⁵⁶; al mismo tiempo, además, a través de la prohibición del mago se subraya el carácter sobrenatural de la incursión en el castillo, de la que el héroe sale triunfante gracias a un ayudante mágico.

Una vez superada la prueba, padre e hijo escapan del castillo y Belflorán conoce por fin sus orígenes y su verdadera identidad. Esta *queste* ha durado más tiempo que la anterior y, sin embargo, no propone tantos desafíos al héroe; es evidente que don Belianís, que ha llegado al culmen de la caballería, no necesita probar nada más. A partir de ahora será su hijo, Belflorán, quien concentrará la atención del autor y de los lectores y oidores.

1.3. El sucesor: Belflorán de Grecia

Resulta habitual en los libros de caballerías que los héroes engendren hijos que continúen o incluso superen sus hazañas. Es lo que Green ha llamado “la sucesión potencial del héroe por medio del nacimiento de un heredero”, y que “hace posible la continuación de la historia en otro libro y explica la existencia de los llamados ciclos caballerescos” (Green, 1977: 355). Esto se refleja también en los títulos de las obras: la primera entrega del *Belianís* hace solo referencia al padre (*Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia*), mientras que la segunda incluye ya al hijo en segundo plano (*Tercera y quarta parte del imbencible príncipe don Belianís de Grecia, en que se cuenta la libertad de las princessas que de Babilonia fueron llevadas, con el nascimiento y hazañas del no menos valeroso príncipe Belflorán de Grecia, su hijo*) y la última lo presenta al mismo nivel que el padre: *Quinta parte de don Beleanis [sic] de Grecia y su hijo Velfloran, con sus grandes hechos*.

El autor presenta, por tanto, a un nuevo héroe que debe ganarse las simpatías de los lectores desde el principio, y prepara el terreno para que quede claro que el recién llegado no será un personaje más; que está destinado a realizar grandes actos que igualarán e incluso superarán a los de su padre.

¹⁵⁶ Tal vez esto responda también a la propia evolución histórica de la ceremonia, que se va cargando de simbología y complejidad a medida que se desarrolla la cultura caballeresca (Bueno y Cortijo: xxxi).

1.3.1. Nacimiento heroico

Belflorán de Grecia nace en un espacio mítico y maravilloso: el castillo de la sabia Medea. Quien asiste a su madre, Florisbella, durante el parto es nada menos que la diosa Juno¹⁵⁷:

la princesa parió un infante tan hermoso de mirar como lo es el claro y rubicundo sol puesto en las mares de España; nació en los brazos de Iunno, que alegre era de ver cosa tan bella (fol. 60-vº - 61-rº).

Además, Belflorán nace con la marca del héroe¹⁵⁸:

hera cosa assaz maravillosa de ver que en medio de los pechos tres estrellas; las dos blancas, que sobre la blancura suya se dexavan assaz mirar; la otra era bermeja, del color de un ardiente rubí. Junto a cada una d'ellas tenía una letra muy bien tallada, cuya significación Iunno dezir no les quiso, diciendo que adelante con el tiempo serían todas aquellas cosas claramente conocidas (fol. 61-rº).

La descripción de la marca de Belflorán recuerda mucho a la que presenta otro conocido héroe caballeresco en el momento de su nacimiento:

Estonces encendieron una vela y, desembolviéndolo, vieron que tenía debaxo de la teta derecha unas letras tan blancas como la nieve, y so la teta izquierda siete letras tan coloradas como brasas bivas; pero ni las unas ni las otras supieron leer, porque las blancas eran de latín muy oscuro, y las coloradas, en lenguaje griego muy cerrado (*Amadís*, II, cap. LXVI, p. 1004)¹⁵⁹.

Las letras en el pecho de Esplandián revelan su nombre y el de su amada, lo cual supone una extraordinaria predestinación que se pone de manifiesto ya desde el mismo momento del nacimiento. No llegamos a conocer el significado de las marcas de nacimiento de Belflorán, cuya explicación tal vez reservaba Fernández para la quinta parte de la obra.

Las marcas de nacimiento sirven para señalar la llegada de un ser superior y extraordinario; en este sentido, Belflorán destaca claramente sobre su padre desde la cuna, puesto que, como veíamos, el nacimiento de don Belianís era completamente anodino. Las marcas suelen cumplir también una función determinada en el relato: gracias a ellas, la madre puede reconocer a su hijo perdido tiempo atrás¹⁶⁰. En el caso de Belflorán, esto no sucede así; pero más adelante veremos reflejado este mismo aspecto en el caso de los gemelos Dolistor de Nubia y Polisteo de la Selva, los hijos perdidos de Dolisena y don Belianís.

Es la propia Juno quien escoge el nombre del infante: Belflorán de Grecia, formado a partir

¹⁵⁷ Juno, esposa de Júpiter, era también la diosa del hogar y auspiciaba los nacimientos.

¹⁵⁸ Thompson T563: "Birthmarks". Sobre las marcas de nacimiento como característica heroica véase Gracia, 1991: 137-43.

¹⁵⁹ Citamos por la edición de Cacho Blecua (1991).

¹⁶⁰ También suele ser habitual que los héroes sean abandonados o raptados nada más nacer y, por tanto, crezcan y se eduquen lejos del núcleo familiar, desconociendo su linaje. Es lo que sucede con Amadís y el mismo Esplandián.

de los nombres de sus padres (Belianís y Florisbella) y con la terminación del nombre del caballero en cuyo nacimiento parece inspirarse Fernández para describir el de su nuevo héroe: Esplandián¹⁶¹.

Después, el sabio Merlín hace acto de presencia para llevarse al infante para bautizarlo y educarlo:

por la puerta vieron entrar un hombre viejo, y al parescer de autoridad. Con él venía la sabia Medea, que lo traía por la mano. Juntos llegaron hasta la cama de la princesa, que maravillada y con (ver)vergüenza estava; y haziendo su acatamiento a Juno, Medea le dixo: –Soberana princesa; cumple, si de la vida del príncipe, vuestro hijo, gozar queréys, que le deys a este estimado sabio que conmigo viene, que le pondrá en la parte donde un tal príncipe, y que con razón será tan valeroso, deve ser criado.

–¡Ay de mí! –dixo la princesa–, mi señora, ¿y cómo queréys llevar tan cedo al infante, que aún apenas de su vista he gozado un solo punto? Mas como quiera que sea, hazed a vuestra voluntad.

Entonces se quitó un preciado relicario del cuello, que el príncipe don Belianís le diera; y, poniéndosele a él, llamando al viejo, le dixo que por cortesía le dixesse quién era, para que ella pudiesse tener quenta a quién el infante avía encomendado.

–Sabed, soberana señora –dixo el viejo– que yo soy el sabio Merlín, si mi nombre jamás avéys oído, que en lo que a vuestro servicio tocare continuamente tengo de ser el primero.

Entonces la princesa le hizo acercar a sí, y en secreto le encomendó que al infante dicesse luego el agua del bautismo, sin la qual no podía ser salvo, y que aquello llevase en principal encomienda, que con ello quedaría ella algún tanto consolada. Merlín se lo prometió. Y como la necesidad no sufría dilación, tomó luego el niño en sus brazos, y Juno le mandó, con acuerdo de la princesa, que le llamassen el infante Velflorán de Grecia. Y a la hora súbitamente desapareció con el infante, dexando a la princesa con el alegría que quedan aquellos que en sueños se les ha representado aver hallado un rico thesoro, y quando despiertan se hallan sin cosa alguna (fol. 63-vº).

La formación del infante parece motivo suficiente para su alejamiento de su madre, pero no es el único. Florisbella es todavía una mujer soltera, y ha mantenido en secreto su embarazo durante su estancia en el castillo de Medea, con la ayuda de la propia Medea y de su amiga Matarrosa. Al igual que otras damas antes que ella, como Elisena y la misma Oriana, se ve obligada a ocultar el nacimiento de su hijo y a separarse de él.

El nuevo hogar de Belflorán será el castillo del sabio Silfeno, donde, al cuidado de una duquesa que hará de ama de cría y de un santo ermitaño que se encargará de su educación¹⁶², “con compañía abundante de cavalleros y gente de servicio”, Belflorán permanecerá los siguientes veinte años.

¹⁶¹ La partícula Bel- hace referencia, como en el caso de su padre, a la belleza física del caballero. Marín Pina hace notar, además, que muchos héroes caballerescos “llevan en su nombre la raíz de la flor, imagen arquetípica del alma, de la belleza y de la fugacidad. Florisando, Floriseo, Florindo, Florambel de Lucea, Florisel de Niquea, Florando de Inglaterra, Floramante de Colonia, etc., son, en expresión típica del género, la flor de la caballería, lo más granado de la orden a la que pertenecen” (2011b: 229).

¹⁶² “Los personajes jóvenes, que están en el proceso de aprender y obtener experiencia, normalmente encuentran ayuda y consejo en un ermitaño u hombre santo. Éste es un aspecto de la educación del caballero, que incluso aparece más claramente en los libros de caballerías, en los que este personaje frecuentemente adquiere el papel de preceptor o tutor” (Campos García-Rojas, 2005: 30). En el caso de Belflorán, la presencia del hombre santo es importante, puesto que Merlín, como mago relacionado con el demonio, no puede encargarse de su formación espiritual. Veremos también que los gemelos Dolistor y Polisteo serán educados por otro ermitaño, pero en este caso no se trata de un hombre cristiano, debido a que viven en la tierra de su madre, la princesa de Garamantes. Todos estos factores determinarán su posterior adhesión a la alianza pagana y los llevarán a luchar contra las huestes de su propio padre.

1.3.2. Iniciación caballerescas

Es entonces cuando llega al castillo su padre, don Belianís, en su busca. Tras una larga *queste* que ha durado más de quince años, por fin el sabio Merlín se ha dirigido al héroe para revelar el paradero de su hijo¹⁶³. Pero, como hemos visto, una de las condiciones para rescatar a Belflorán –que, misteriosamente, está ahora atrapado en el castillo encantado–, consiste en que don Belianís no debe armarle caballero dentro del recinto del castillo.

El joven se reencuentra con su padre y le son revelados su nombre y su linaje¹⁶⁴, pero todavía no es un caballero, ni lo será tampoco durante su primera acción propiamente caballerescas, llevada a cabo junto a su progenitor: recuperar el imperio de Babilonia, usurpado por un grupo de traidores. Una vez hecho esto,

por todo el ymperio se mandaron juntar cortes, en las cuales Belflorán fue jurado por príncipe heredero de los estados (fol. 147-r^o).

Naturalmente, como hijo primogénito de Florisbella de Babilonia, Belflorán es el heredero de su imperio. Sin embargo, no deja de resultar chocante la facilidad con que se le reconocen sus méritos, al igual que el espléndido recibimiento con que es acogido en Constantinopla y las espectaculares fiestas que se celebran con motivo de su investidura, en la cual él mismo armará caballero a otros donceles. La predestinación de Belflorán es tal que se reconoce su valía sin necesidad de que tenga que demostrarla, simplemente se le juzga en virtud de su linaje.

Esto contraviene las leyes de la caballería y el mérito de la tarea del héroe¹⁶⁵. El propio Belflorán parece consciente de esta circunstancia, y hará todo lo posible por no ser reconocido en sus primeras aventuras. Se muestra muy contrariado cuando otras personas descubren su identidad¹⁶⁶, porque considera que debe ganarse la honra por sus actos, y no por su alcurnia ni a causa de la fama ya adquirida por su padre¹⁶⁷.

¹⁶³ Parece claro que tanto el autor como el mago consideraban que hasta entonces Belflorán no había estado preparado para la vida caballerescas. El único que no parecía saberlo era don Belianís; por tanto, esta segunda *queste* no es más que una excusa para correr nuevas aventuras.

¹⁶⁴ Resulta una manera un tanto extraña de recobrar la identidad perdida. La mayor parte de los héroes alejados de su familia deben primero mostrar su valía como caballeros y conocer a la mujer destinada a ellos antes de recuperar su nombre (véase Gracia, 1991: 192-95). Ha de ser don Belianís quien rescate a Belflorán y le devuelva lo perdido. Al nuevo héroe, por tanto, todo le viene dado.

¹⁶⁵ Todo lo contrario sucede, como veremos, en el caso de otros jóvenes caballeros de la generación de Belflorán, como Dolisteo, Polistor y Astrideo de Bohemia; todos ellos desconocen su identidad, que no les será revelada hasta que hayan demostrado su valor.

¹⁶⁶ “Pesole a Belflorán que le huviese conocido Hermiliana, y disimulándolo le dize: –No quisiera, mi señora, por cosa del mundo que me huvierades conoscido, que por otro estado como el de Grecia no dexaré de hazer la batalla; y, si merced me avéys de hazer, es que disimuléys el averme conocido, con juramento que os hago que, si otra cosa hazéys, yme donde nunca parezca; y esta es mi voluntad, sin otra respuesta, y sabed que tampoco me conoce este cavallero que conmigo viene” (fol. 238-r^o).

¹⁶⁷ “Esta carrera exitosa de los ascendentes se convierte en un arma de doble filo para el héroe: lo integra en el seno de un linaje extraordinario, al tiempo que la fama alcanzada por los antepasados pasa a ser un difícil reto que tendrá que ser superado. Para ser el mejor habrá que desplazar de la cima de la caballería a los adalides

Su ceremonia de la investidura reafirma esta idea. Solo por ser hijo de quien es, al doncel lo arman nada menos que cinco reyes y un emperador, y la hermosa Belianisa le ciñe la espada¹⁶⁸.

Junto con la mujer de su vida, Belflorán conocerá en ese mismo momento al que será su enemigo: Astrideo de Bohemia. A lo largo de los siguientes capítulos se nos describe la intensa rivalidad que se desarrolla entre estos dos jóvenes, que se odian sin saber que son primos hermanos y pertenecen al mismo linaje. Sin embargo, esta enemistad, aunque posee una gran carga dramática, no tiene la fuerza de la eterna rivalidad entre don Belianís y Periano de Persia quienes, además de competir por ser el mejor caballero del mundo, están divididos por la religión y por el amor de una mujer. La oposición entre Belflorán y Astrideo se resolverá en el mismo momento en que este descubra su origen, dejando al nuevo héroe sin un antagonista que pueda aportar más matices a su personalidad.

Belflorán participará en la batalla que se desarrolla inmediatamente después y será una figura clave en la guerra de Constantinopla. Es el nuevo caballero mancebo¹⁶⁹, sediento de fama y deseoso de mostrar su valía, que sustituye al héroe anterior, que ya no necesita demostrar nada; sus hechos de armas, por tanto, comienzan a despuntar ahora, al mismo tiempo que asistimos al comienzo del declive de don Belianís.

1.3.3. Belflorán enamorado

a) *El amor como enfermedad*

El nuevo héroe había quedado prendado de Belianisa, princesa de Inglaterra, en el mismo momento de su investidura, como habíamos visto. Sin embargo, la guerra de Constantinopla no permite que se desarrolle este sentimiento hasta que se declaran unas treguas. Belflorán deambula por la corte, espacio de encuentro amoroso, y empieza a mostrar los síntomas de la “enfermedad”¹⁷⁰:

no solo en las primeras oras, mas en las de la medianoche y mañana parecía encantado o echo de yerro, porque no dormía ni comía, sino muy poco; a las cosas del amor estava atento, y como hera muy moço y no procurava librarse sino encadenarse, no salía muy al revés el subcesso. Estava flaco, y aun su hermosa color muy ajena de lo que ser solía (fol. 168-vº).

más extraordinarios y cuando se tercié, como se verá en otro momento, batallar contra el propio padre y derrotarlo” (Sales, 2004: 21).

¹⁶⁸ Belflorán y Belianisa se enamoran en ese mismo instante. La relación entre la iniciación caballerescas y el primer enamoramiento está presente también en el *Amadís de Gaula*: es Oriana quien pide a Perión que arme caballero a Amadís. Aunque históricamente no era habitual que las mujeres estuviesen presentes en las investiduras, hay que tener en cuenta “la ideología cortesana en la que la caballería está indisolublemente unida al amor”. Al igual que Belflorán, “Amadís, con un rito iniciatorio, deja a un lado su mundo asexual anterior. Se convertirá en hombre cuya personalidad está marcada por el sino amoroso (...). La iniciación transforma al niño en hombre y al joven en caballero” (Cacho Blecua, 1991: 68).

¹⁶⁹ “La mancebía se presenta como una edad de lozanía, arriesgada por la soberbia con que puede comportarse el caballero, pero fundamental para acometer las pruebas de las que va a depender su identidad caballerescas” (Gómez Redondo, 2008: 299).

¹⁷⁰ Sobre el tema de la enfermedad de amor en los libros de caballerías, véase Aguilar Perdomo (2001) y Magro García (2010), que incluye entre los síntomas “palpitaciones, temblores, pérdida del habla, tartamudeo, vista nublada (...), insomnio, falta de apetito, palidez o amarillez, deseo de suicidio” (p. 1264).

Sin embargo, y pese a que los signos de su enamoramiento son todo lo canónicos que deben ser en cualquier amante cortés, sus preocupaciones no tienen nada que ver con la aceptación o el rechazo de su amada,

pareciéndole que, si él la pidiese al rey de Ingalaterra, se la daría por esposa; y por otra parte vía que, si tal hiziesse, le cumplía dexar las armas, y que le haría yr en Babilonia (*ibid.*).

De nuevo encontramos la disyuntiva entre matrimonio y caballería. Pero lo que más llama la atención en este fragmento es la total ausencia de la *humilitas* deseable en cualquier amante cortés. Él no se considera inferior a su amada, y de hecho está convencido de que obtendrá su mano con facilidad, porque la merece; pero no está dispuesto a abandonar su vida caballeresca por amor. Quizá quiera que sea su fama la que hable por él, y no desea que el padre de Belianisa se deje deslumbrar por su nombre o su linaje, vacíos todavía de hechos de armas significativos. Pero, en cualquier caso, no es habitual creer segura la mano de la dama, puesto que todo amante cortés sabe que debe esforzarse para merecer su favor y conquistarla poco a poco. Belflorán no sigue aquí las reglas de la cortesía, y tampoco lo hará más adelante, como veremos.

Tras pedir consejo sobre el particular a su escudero Balisán, que actuará de confidente e intermediario entre ambos, opta por escribir a Belianisa una larga carta llena de tópicos, pidiéndole su favor. Inmediatamente después, Belflorán debe salir de la corte para cumplir con una aventura; cuando regresa se encuentra con que la respuesta de Belianisa no es la que esperaba. En el fondo, ella también se ha enamorado de él, pero debe proteger su honestidad y por ello le escribe una carta en la que, con duras palabras, le reprocha su actitud.

b) *El Caballero Sin Amor*

Desesperado, Belflorán abandona la corte. No tarda en encontrarse con una doncella que, en virtud de un *don contraignant*¹⁷¹, le pide que lleve a cabo una curiosa aventura, cosa que hará de

¹⁷¹ “El «don contraignant» es una de las fórmulas preferidas por los autores de libros de caballerías para producir aventuras. Este motivo se cimenta en la concesión de un don por el caballero sin saber lo que tendrá que hacer para cumplirlo, lo cual implica que siempre se desarrolle en dos tiempos: el primero, que corresponde con la petición y concesión del mismo, y el segundo, que coincide con el de su realización. El planteamiento del motivo del don reúne las características principales que debe poseer cualquier caballero: su valentía y obligación de ayudar al desvalido en el momento de su aceptación, y su alto sentido del honor al cumplir la petición demandada. Al mismo tiempo, es una marca que permite identificar al héroe como un elegido entre los otros caballeros, y soslayar su predestinación a la aventura” (Haro, 1988: 184). Orduna (1997b) estudió tres episodios de la *Primera y Segunda Parte del Belianís de Grecia* en los que Fernández utiliza el motivo del *don en blanco*. El primero de ellos obliga a don Belianís a ayudar a una doncella a recuperar el reino usurpado de su padre; el segundo pone a un grupo de caballeros en la tesitura de tener que revelar su identidad en un momento en que desean permanecer en el anonimato; y, por último, el propio don Belianís, disfrazado de doncella, pedirá a don Contumeliano un don en blanco como parte del papel que representa. Orduna concluye que Jerónimo Fernández “ha usado el tópico con mesura y sin caer en la mera utilización mecánica de un lugar común más” (p. 156). En la *Tercera y Cuarta Parte* los ejemplos de *don*

buen grado. Gracias a un anillo mágico –no en vano la doncella es en realidad el sabio Fristón–, Belflorán toma la apariencia del Caballero sin Amor, “henemigo de Cupido” y desafía a todos los caballeros, cristianos y paganos, proclamando “que las damas heran yngratas y no merecían por cavalleros leales ser servidas” (fol. 178-vº). Por supuesto, esto causa un gran revuelo y mucha indignación entre los caballeros de la corte, que aceptan rápidamente el reto. También las damas reciben una carta del Caballero Sin Amor, en la que se las acusa de ser “cruels y engañosas, no merecedoras de leales amantes” (fol. 179-vº)¹⁷². Damas y doncellas, lejos de ofenderse, se toman la carta “con la mayor risa”. Está claro que el Caballero Sin Amor es un bufón, un payaso, que dice cosas absurdas e impensables en cualquier caballero de alta guisa. Esto no resulta extraño si tenemos en cuenta que otros “caballeros desamorados”, como Dinadán (*Tristán de Leonís*, 1501), Orsil el Casto (*Lisuarte de Grecia*, 1526) o Durteo el Desamorado (*Florando de Inglaterra*, 1545) protagonizan episodios cómicos y se presentan como personajes con tintes bufonescos (Lucía y Sales, 2009: 530-533)¹⁷³. En su respuesta, las princesas reprochan al Caballero Sin Amor su carta “poblada de mil desatinos, tales que requieren tu castigo”; defienden su libertad para elegir compañero (“que ninguno está obligado a ser contra sí cruel por ser con otro piadoso”)¹⁷⁴ y le

contraignant son todavía más escasos, y los más significativos tienen como destinatario a Belflorán. El más importante es, precisamente, el que genera la aventura del Caballero Sin Amor. Es curioso que en este caso, como en el del disfraz de don Belianís de la *Primera Parte*, sea una falsa doncella quien lo solicite, pues se trata en realidad del sabio Fristón. El otro episodio reseñable es el don solicitado por Belisenia casi al final del relato:

–Señor cavallero, vuestra es la gloria del vencimiento de esta morada; mas conviéneos otorgarme un don.

–Yo os le otorgo –dixo Belflorán.

–Pues avéysme otorgado –dixo Belisenia– de buscarme por todas las partes del mundo seys años, hasta que me halléys.

Entonces, con un estallido, el castillo y quanto en él avía desapareció, y Belisenia, a la vista de todos, fue llevada en un carro que muy hermosos grifos llevavan, y con la ligereza posible fue llevada a las celestiales yslas, juntamente con Margiano (fol. 278-vº)

La resolución de la aventura se deja para la siguiente entrega. Cabe destacar, sin embargo, que a estas alturas del relato el don en blanco funciona como generador de aventuras, pero solo en la medida en que los caballeros parecen dispuestos a seguir el juego. Solo así se explica que Claristea tenga que insistir para que don Belianís abandone una batalla en el capítulo 5 de la *Tercera Parte*, o que Belflorán, ante el don solicitado por la falsa doncella, acepte porque “aún os digo que me viene muy bien”.

¹⁷² Es el tópico de la *belle dame sans merci* llevado a su extremo. Los amantes cortesés se quejan de la crueldad de la dama, pero con la misma facilidad se la acusa de “aleve” si accede a los deseos del amante. Con respecto a la naturaleza engañosa de las mujeres, hay una larga tradición en la literatura misógina de la Edad Media. Véanse al respecto los trabajos de Esteva (1994), Cátedra (1986), Lacarra (1986, 1987 y 1993) y Mérida (1994a), entre otros.

¹⁷³ También hay desamorados que exhiben una cierta conducta misógina y anticortesana, una corriente que siguen autores como Páez de Ribera (*Florisando*) o Basurto (*Don Florindo*), que presenta a un héroe perfectamente cristiano que se aplica a su deber caballeresco sin dedicar su tiempo a asuntos amorosos. Marín Pina (1991:141) señala que “este cambio de actitud frente a la mujer y al amor responde en definitiva a los nuevos aires reformistas, quizá avivados por las repetidas críticas, que desean limpiar el género de deshonestidades e inmoralidades”.

¹⁷⁴ Años después, también Cervantes pondría en boca de la pastora Marcela –acusada de cruel por haber rechazado a Grisóstomo, que se ha suicidado– unas palabras semejantes: “Si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Yo no escogí la hermosura

recuerdan que, según las normas de la cortesía,

en el amor no ay dos coraçones, sino uno, y este es el de la dama querida, el qual es el gobierno de este peligroso tranze; y si ella te quiere mal, aborrécete tú, y ayuda a tu propósito, y d'esta manera a la ventura alcançarás lo que desseas, y a lo menos darás contento a tu dama con cumplir su voluntad (fol. 181-rº)¹⁷⁵.

Belflorán no había encajado bien el rechazo de su dama y, actuando como un muchacho inmaduro, consentido e irreflexivo, en lugar de esforzarse por ser digno de ella ha arremetido contra la condición femenina en general. Esta “pataleta” le costará muy cara, porque, una vez se desvela que él es el Caballero Sin Amor, pierde el favor de Belianisa, y tendrá que luchar mucho para ganarse sus simpatías.

En realidad, Belianisa está enamorada de él, como demostrará más adelante al arriesgar su propia vida para salvarlo en la huerta del dragón del templo de Amón. Pero sigue ocultando sus sentimientos a Belflorán, asegurándole que lo que vio –a ella misma ofreciéndose en sacrificio para salvarle la vida– fue fruto de un sueño.

En las justas de Constantinopla, Belflorán logra por fin que Belianisa acepte indicarle las armas que debe llevar. Tras vencer en las justas (bajo el nombre de Caballero de la Fe, lo cual indica un significativo cambio de actitud por su parte), Belflorán se despide de Belianisa; ambos acuerdan encontrarse en Inglaterra un año después.

c) *Compromiso y consumación del amor*

Tras entretenerse en múltiples aventuras, el héroe llega tarde a su cita con Belianisa, traicionando nuevamente la confianza de su amada, que cae enferma de tristeza. Para cuando Belflorán llega a Inglaterra, Belianisa ha sido secuestrada por dos malvados caballeros y su aliado, el viejo mago Baldano.

Como vemos, también Belflorán debe superar una serie de pruebas para llegar hasta su dama. Previamente había rechazado sin grandes problemas a Cenobia y Primaflor, que se habían

que tengo (...). Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo dado yo alguna a Grisóstomo ni a otro alguno, en fin, de ninguno dellos, bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad” (*Quijote*, I, XIII).

¹⁷⁵ Roubaud y Joli (1985) analizan el género epistolar en los libros de caballerías, haciendo mención a la primera entrega del *Belianís*, en la que contabilizaban trece cartas, repartidas en cinco categorías: informativas, peticionarias, de amor airado, de amor apasionado y de desafío. De entre las dieciocho cartas que se reproducen en la *Tercera y Cuarta Parte*, las más interesantes son las que cruza el Caballero sin Amor con las damas de la corte. Está claro que su demanda ha sido provocada por un desengaño amoroso, pero él dirige su reproche a todas las damas en general, y no a una sola. Es una carta de desamor, pero también de desafío. Las damas no pueden tomar en serio semejante desatino, y le responden también como colectividad. En su carta rebaten los argumentos del Caballero Sin Amor, aceptando al mismo tiempo el desafío propuesto.

enamorado de él¹⁷⁶. Ahora debe derrotar a dos de los mejores caballeros de su tiempo y enfrentarse también a lo sobrenatural, encarnado en Baldano. En esta ocasión, el héroe no cuenta con ningún ayudante mágico, pero sí con un objeto –su espada– que lo protege de encantamientos.

Una vez hecho esto, Belflorán obtiene el favor de Belianisa, su promesa de matrimonio y hasta la consumación de su amor¹⁷⁷. Si comparamos este proceso con las pruebas que tuvo que superar su padre, parece ciertamente insuficiente, sobre todo después de la lamentable metedura de pata de Belflorán en el episodio del Caballero Sin Amor. Sorprende todavía más el relato de esta consumación:

–No sé, mi señor, cómo crea vuestras palabras ser verdaderas, pues veo que en ninguna cosa os conformáys con mi voluntad. No sé qué premio pedís a quien se os dio a ssí misma por esposa. Y, pues ya lo más está tan seguro, no perdáys mi voluntad con pensar de hazerme algún agravio, y no se diga que me defendistes de lo menos para enojarme en lo que va más, porque no menos me daría la muerte por esto que si otro qualquiera me hiziese tal ofensa, y aún mejor, pues solo este remedio quedava para tanto daño.

Turbose Belflorán con estas palabras; y aquí se vey el maldito horror de los enamorados, porque ni la piedad de las palabras ni parecerle que se aventurava tanto en enojar a su dama fueron parte para estorvar que no causasen a Júpiter vergüença de averse enamorado de Híó, y a Marte de los amores de Venus, y a Paris del robo desseado de Elena, viendo tanto premio y galardón para un cavallero. Y assí Belianisa perdió el nombre de donzella, quedando con tanto enojo que no estuvo en mucho matarse o tratar a Belflorán con palabras villanas; y, bañados sus ojos con lágrimas, le dize:

–¡Agora, Belflorán, quedaréys contento con tan alto vencimiento como el de una flaca muger! (...) Yo os prometo que, aunque avéys alcançado vuestros deseos, que avéys perdido en mi voluntad más que ganastes en lo demás. (fol. 254-vº).

Asistimos al relato de una violación¹⁷⁸. Es cierto que previamente se habían prometido en matrimonio, con la doncella Lindonisa como testigo, y que, según enseñaba la iglesia, la esposa estaba obligada al *debitum* conyugal, como recuerda seguidamente el autor, para quien, a pesar del “maldito horror”, al fin y al cabo “Belflorán poseya lo que era suyo”. Sin embargo, la actitud de Belflorán va en contra de las más elementales normas de la cortesía¹⁷⁹. El joven consuela a su amada

¹⁷⁶ Nuevamente se nos muestra la superioridad absoluta de Belflorán, que no teme desairar a una dama poderosa; Claristea se sentía autorizada para declarar la guerra a don Belianís por despecho, pero ni Cenobia ni Primaflor pueden hacer otra cosa que resignarse a no ser correspondidas.

¹⁷⁷ También Amadís consumaba su amor por Oriana tras liberarla de sus secuestradores. Aunque la petición está enmascarada bajo una capa de retórica, tanto Amadís como Belflorán exigen un premio, una recompensa por su acción: “En el rescate de la princesa ha podido salvarla, y ha obtenido la recompensa correspondiente. El esquema narrativo es semejante al utilizado en numerosas ocasiones, y lo podríamos reducir a lo siguiente: el beneficiario de una ayuda premia de alguna manera a su protector” (Cacho Blecua 1979: 187). Sin embargo, todo buen amante cortés debe pasar por una serie de fases: *fenhedor*, *pregador* y *entendedor*, antes de llegar a *drutz* (amante) (Riquer 1975: 90-91), y da la sensación de que Belflorán ha pasado muy deprisa por ellas, obviando incluso la primera (*fenhedor* o “tímido”).

¹⁷⁸ “Como recurso de la acción y para escándalo de los moralistas, este amor caballeresco se consumaba antes del matrimonio, a veces en contra del deseo de las doncellas” (Bueno y Cortijo, 2010: li).

¹⁷⁹ Este episodio recuerda a los desastrosos comienzos amorosos de Perceval, a quien su madre había aconsejado cortejar a las doncellas: “De una doncella, ya es mucho obtener un beso; si ella consiente en que la beséis, el resto os lo prohíbo yo, si por mí queréis renunciar. Pero si ella tiene un anillo en el dedo o limosnera en el cinturón, y si os lo da por amor o ruegos, bien me parecerá que os llevéis el anillo (*Perceval*, p. 35;

con dulces palabras y ella parece aceptar finalmente la situación.

Tiempo después, en Inglaterra, Belflorán se plantea de nuevo el dilema entre contraer matrimonio o proseguir un tiempo más como caballero andante. Por otro lado, Belianisa está embarazada. Se opta por una solución intermedia: Belflorán pide la mano de Belianisa al rey de Inglaterra, y se anuncia públicamente el compromiso de ambos. Sin embargo, se retrasa la boda para que el joven caballero pueda emprender nuevas aventuras.

En sus nuevas correrías, Belflorán será el intermediario de los amores de Rindaro y Lisenda¹⁸⁰, y más tarde acudirá con gran entusiasmo a defender la belleza de Belianisa contra el soberbio Adamantes. Entretanto, su prometida ha dado a luz en altamar a Fortimán, el hijo de ambos, y lo ha perdido con ocasión de una tempestad.

La historia de Belflorán y Belianisa no concluye aquí, pero Jerónimo Fernández no escribió nada más al respecto.

1.3.4. Superación de las hazañas paternas

Ya hemos visto cómo el nuevo héroe, que conoce su identidad y a quien todos admiran y respetan debido a su linaje, no necesita que lo conozcan; pero debe forjarse otro tipo de identidad, la *identidad caballeresca*, que se obtiene a través de grandes hazañas y hechos de armas. Para no vivir siempre a la sombra de su afamado padre, Belflorán se ve obligado a acometer múltiples retos y aventuras, a ser posible bajo pseudónimo, de modo que sean sus hazañas, y no su nombre, las que hablen por él. Dado que su duelo directo con don Belianís fue interrumpido por una oportuna anagnórisis, el joven caballero solo podrá demostrar su superioridad llevando a cabo con éxito las tareas que su padre no llegó a concluir.

a) La lucha contra el dragón

Veíamos antes cómo, ya en la *Tercera Parte*, don Belianís empezaba a encontrarse con aventuras que no estaban destinadas a él. Adivinamos enseguida que su hijo, Belflorán, será el único capaz de llevarlas a término.

Se intuye ya en el hecho de que en la guerra de Constantinopla sea Belflorán el caballero más destacado, y no don Belianís. Pero es después de la guerra cuando la aventura que don Belianís dejó sin finalizar se presenta en la corte de forma súbita. Cupido está preso por culpa de un

citamos por la edición de Magisterio, 1979). Perceval malinterpreta las palabras de su madre y, en cuanto topa con una doncella, la besa por la fuerza y le arrebató su anillo. Esta parece ser la actitud de Belflorán: da por sentado que, puesto que ha rescatado a Belianisa, merece una recompensa, y encuentra justo tomar él mismo lo que Belianisa le niega, ignorando que una de las leyes fundamentales del amor cortés es la obediencia a la dama.

¹⁸⁰ Esta nueva aventura se desarrolla en la Isla de la Ventura, escenario de la lucha de Belflorán contra un gigante, hermano de otro, llamado Persides, que pretende hacerse con el control del lugar. Sobre la isla caballeresca como lugar maravilloso, poblada de seres extraordinarios, véase Cuesta Torre (2001a).

encantamiento, y solo los caballeros leales en el amor pueden tratar de liberarlo, enfrentándose primero a la pavorosa bestia que actúa como guardián. Don Belianís ya mató al dragón en una ocasión, pero no logró liberar a Cupido. Ahora será Belflorán quien luche contra el monstruo.

La serpiente o dragón simboliza el lado oscuro de la personalidad, la lucha del hombre contra la bestia y la imagen del caos; los relatos del duelo del héroe contra el dragón son antiquísimos y se repiten en casi todas las culturas¹⁸¹. El cristianismo dio una nueva dimensión al motivo y “los dioses y héroes matadores del dragón se convirtieron en Cristo o en una legión de santos vencedores del Mal” (Eslava Galán, 1989: 220). Así, la serpiente es una nueva representación del diablo, y el héroe reafirma su condición de paladín del bien.

Por otro lado, Vladimir Propp ha estudiado el motivo del duelo con la serpiente o dragón como aventura iniciática: el hecho de que se trate también de una ‘serpiente engullidora’ que amenaza con comerse al héroe parece hundir sus raíces en los ritos de iniciación que consistían en el paso al otro mundo a través de la boca de un ser monstruoso; el posterior eructado del iniciado confirmaba su regreso del Más Allá, la muerte ritual del niño y el nacimiento del adulto. Con frecuencia este monstruo engullidor es representado como una gigantesca serpiente (1974: 329-57). Cabe destacar aquí que una de las primeras aventuras del joven don Belianís en la Parte I consistió en matar al dragón de la selva Rifea (I, XVIII).

Sin embargo, Belflorán es ya un caballero consagrado y su enfrentamiento con el dragón dista mucho de ser una aventura iniciática. De hecho, el desafío se presenta como una típica aventura cortesana. El dragón se presenta en la corte de Constantinopla, y unas doncellas que lo acompañan explican que Cupido sigue preso y que se liberará tras la derrota de la bestia¹⁸². Los caballeros deben de considerarlo una especie de evento deportivo, puesto que deciden que probarán la aventura al día siguiente.

El dragón, sin embargo, no opina lo mismo; en un descuido secuestra a varios de los caballeros y damas más principales de la corte, entre los que se encuentra el propio don Belianís. Esto precipita las cosas, y Belflorán se lanza en su persecución. Tras una dura lucha, logra derrotar al dragón, pero él mismo queda gravemente herido. Solo el sacrificio de Belianisa, que ofrece su propia vida a cambio de la del héroe, romperá el encantamiento y liberará a Cupido.

El sentido de la aventura es claro. Don Belianís se había enfrentado al dragón acompañado de Dolisena; ella estaba enamorada de él, pero el sentimiento no era mutuo. El héroe no ha acudido al rescate de Cupido junto a su verdadera enamorada, y por este motivo el encantamiento no puede

¹⁸¹ Eslava Galán (1989: 218) señala como mito más antiguo la lucha del dios Marduk contra la serpiente Tiamat en la mitología babilónica.

¹⁸² En el *Cirongilio de Tracia* de Bernardo de Vargas (Sevilla, 1545) se planteaba una aventura similar. La doncella Palingea se presentaba en la corte y anunciaba que estaba bajo un encantamiento y que solo sería libre tras la derrota de un pavoroso dragón... que resultaba ser la propia Palingea transformada.

deshacerse¹⁸³. En cambio, Belflorán y Belianisa dan muestras de auténtico y verdadero amor; el esfuerzo de él y el sacrificio de ella terminan con el encantamiento.

Esto no le resta importancia al hecho de que, en esta ocasión, el héroe predestinado era otro. Belflorán ha triunfado donde su padre había fracasado.

b) *El Asiento Peligroso*

Tras anunciarse el compromiso de Belflorán y Belianisa, los caballeros de la Tabla Redonda se reúnen una vez más. Previamente se nos había hablado de la existencia de un asiento reservado en la mesa que ni siquiera don Belianís es digno de ocupar:

La primera de todas era del príncipe don Belianís, y al otro la[d]o la del rey de Inglaterra; entr'ellos dos avía una silla vacía con una claridad tan grande que apenas consentía ser mirada, con unas letras que dezían: «Ninguno, por atrebido que sea, tome locura de sentarse en esta silla, que continuamente será desdichado» (fol. 49).

Se trata del Asiento Peligroso de la mitología artúrica¹⁸⁴. Se le ofrece a Belflorán el lugar de su padre, pero él opta por sentarse en la silla vacía, a pesar de las advertencias de los demás caballeros. Semejante comportamiento soberbio e irreflexivo debería acarrearle terribles consecuencias, pero en su lugar

todo el palacio fue lleno de un olor extraño y excelente; por la ventana alta entró una águila con una corona en la cabeza, y poniéndola a Belflorán en las manos se desapareció (fol. 263-rº)

Las señales son claras. El rey de Inglaterra declara que la corona de la suma caballería pertenece a Belflorán, y que “donde vuestro padre era capitán seréys vos rey y señor”¹⁸⁵.

¹⁸³ Por otro lado, y como ya hemos visto, el encantamiento confunde los sentidos de don Belianís hasta el punto de no ser capaz de distinguir a Dolisena de su amada Florisbella.

¹⁸⁴ “Sitio de la Mesa Redonda reservado al Caballero Escogido (Galaz), al lado del lugar que tiene Lanzarote. Cualquier otro caballero que se atreva a ocuparlo recibirá un castigo inmediatamente, y así le ocurre a Brumante el Orgullosa que, desoyendo las advertencias de Lanzarote, y desafiando todas las prohibiciones, se sentó en el lugar prohibido y quedó reducido a cenizas ante los ojos de los demás caballeros de la Mesa Redonda” (Alvar, 1991a: 30). Se representa habitualmente como una silla envuelta en llamas, aunque el autor del *Belianís* no especifica que este sea el castigo reservado al que ose ocuparla, sino que “continuamente será desdichado”, y más tarde los caballeros ingleses “le refirieron extraños desastres que a muchos que lo provaran les avía[n] subcedido”, y “que a muchos costara la vida” (fol. 263-rº).

¹⁸⁵ En la mitología artúrica, el asiento estaba reservado al caballero más puro de todos: Galaad, destinado a encontrar el Grial. Belflorán no se nos presenta como un caballero especialmente puro o casto, y tampoco lleva a cabo ninguna *queste* de connotaciones místicas o trascendentes. Así, en la obra de Fernández, este Asiento Peligroso es en realidad un puesto de honor, idea ratificada por las palabras del rey de Inglaterra. Belflorán ocupa la silla reservada porque será “rey y señor” de los mejores caballeros del mundo; es decir, que no será el émulo de Galaad, sino del propio rey Arturo, paralelismo que se refuerza por el hecho de que, al igual que este, Belflorán también cuenta con la protección y guía del mismísimo Merlín. Pero el tema del Asiento Peligroso traspasó las fronteras de la ficción. Así, fue tomado por el rey Alfonso V de Aragón, Alfonso el Magnánimo, como una de sus tres divisas o emblemas principales (junto con las espigas de mijo y el libro abierto). Este “Siti Perillós”, según Beltrán, “se refiere claramente a la silla de la Tabla Redonda reservada a quien, puro de

Es muy alto galardón para un caballero que todavía no ha realizado ni la mitad de grandes hazañas que su padre; sin embargo, a través de unos pocos aspectos importantes (las marcas de nacimiento, la lucha contra el dragón y la prueba definitiva del Asiento Peligroso), el autor transmite al lector la certeza de que, efectivamente, Belflorán es un nuevo y rutilante héroe.

1.3.5. Belflorán y el humor

Precisamente por eso, su torpeza en asuntos amorosos resulta chocante, sobre todo si la comparamos con la intachable conducta de su padre, siempre servidor de las damas y seguidor escrupuloso del código cortés. Quizá este código empieza a parecer un poco obsoleto para los jóvenes de su generación, y así se deja entrever en algunos momentos con un toque de humor:

–Si vos me dezís quién soys –dixo Lindonisa–, ya podría ser que lo hiziese, que de otra suerte téngole miedo.

–Y[o] tengo jurado de no dezir mi nombre –dixo Belflorán.

–Por eso no quede –dixo la donzella–, que vuestro escudero me lo podrá dezir (fol. 246-vº).

No será esta la única vez que la dignidad de Belflorán se vea comprometida. Si, como señalaba Orduna (2001: 550), ya resultaba inaudito descubrir a don Belianís alentando los requiebros de don Contumeliano vestido de mujer en la *Primera y Segunda Parte*, tampoco esperamos que su hijo, culmen de la caballería, se encuentre de pronto en una situación tan poco airosa como la que sigue:

Mas algunas vezes son los hombres más graciosos de lo que ellos querrían, porque estava el prado con mucha yerva y alguna agua que de las fuentes por él corría; y al cavallo del príncipe se le van las manos por él y, sin se poder reparar, fue a dar de ojos con su señor a los pies de Furibundo (fol. 172-rº).

El humor es, sin duda, uno de los principales elementos de desvío con respecto del paradigma amadisiano (Lucía y Sales, 2008: 79), y Jerónimo Fernández lo utiliza en pequeñas dosis y momentos muy escogidos. Belflorán se presenta como un caballero destinado a superar a su padre en todos los sentidos; sin embargo, y mediante pinceladas ocasionales de fina ironía, el autor lo muestra a veces como un príncipe inmaduro y consentido y, por descontado, no tan perfecto como cabría esperar. Esto humaniza al personaje y crea un curioso contraste entre lo que percibe el lector y lo que parecen creer los personajes de la novela, incluyendo el propio Belflorán: que está destinado a ser el mejor caballero del mundo y es lógico que, tanto caballeros como doncellas (y, por supuesto, Belianisa) lo honren como a tal.

Sin embargo, la propia Belianisa descubre a veces al niño que se oculta tras el exitoso héroe. Y así, cuando ella anuncia su inminente partida a Inglaterra y Belflorán cae enfermo de melancolía,

corazón, lograra sentarse en ella –a riesgo de perder su vida, tragado por la tierra-, demostrando así estar destinado a encontrar el Santo Graal de la Última Cena” (2007: 63). Véase también Beltrán, 2011.

su dama le reprocha su actitud:

–¿Qué es eso, valeroso príncipe? Continuamente avéys de mostrar en vuestras cosas tan poco ánimo que aya yo de pagarlas. Esforçad, por Dios, que me da mucha pena vuestro mal.

Belflorán se queja porque van a separarse, pero Belianisa no le sigue el juego. Después de todo, él es un caballero andante habituado a viajar por medio mundo, de modo que le recuerda, no sin cierta ironía, que

el camino desde aquí a Ingalaterra no es tan lexos, ni vos allá tan mal querido que no podáys ser allá más fácilmente que mostráys (fol. 223-r^o).

Con todo, los lamentos de Belflorán lograrán que Belianisa le entregue un retrato suyo como prenda de su amor, deslizándose, no obstante, un último reproche al hecho de que él precise de tal objeto para recordarla, mientras que ella tiene a su amado tan presente que le basta “el vuestro más natural que yo conmigo llevo”.

Los episodios cómicos relacionados con Belflorán, sin embargo, no siempre provienen de personajes o situaciones ajenos a él. Hacia el final del libro encontramos una curiosa escena en la que él es el burlador; de la misma manera que su padre engañaba a un joven caballero haciéndose pasar por mujer, Belflorán se fingirá cobarde para ridiculizar a Salisterno (cuyo sobrenombre es, precisamente, Sin Pavor). Ambos son amigos, pese a que Salisterno es hijo de Periano de Persia, el gran rival de don Belianís; pero, en el momento del encuentro, Belflorán ha cambiado de armas, por lo que su compañero no lo reconoce. El héroe se vale de esta ventaja para crear una situación cómica que se prolongará a lo largo de varias páginas:

–Y vos, señor, ¿para dónde camináys? –dixo Belflorán–, que yo os haré compañía si vays al campo.

–En buen ora –dixo Salisterno–, mas, ¿a qué parte avéys de ayudar?

–A donde mejor me lo pagaren –dixo Belflorán–, que oy día no se hallan las armas y cavallos de balde.

Sonriose algo Salisterno, pareciéndole hombre de poca cuenta quien aquello dezía y, por echarle de sí, le dixo:

–Yo querría provar una aventura que está en este castillo, y seros á trabajosa, y aún quiçá me deterné mucho tiempo. Por esso, ved lo que os parece.

–No es mucho trabajo ver vuestras cavallerías –dixo Belflorán–, mas no tengo por buen aviso entrar assí endonadamente solo en un castillo, que podría aver dentro más cavalleros, y está el peligro en la mano.

–¿Vos no me ayudaréis –dixo Salisterno– si algo me sucede, o es menester también sueldo para ayudar el compañero?

–Sí haría –dixo Belflorán–, si yo os conociese y los cavalleros no fuessen más que nosotros.

–¿Y si fuessen más? –dixo Salisterno.

–Aora, señor cavallero –dixo Belflorán–, no queráys apretar assí los cavalleros, que basta que haré todo lo que yo pudiere por vos.

Reýanse los escuderos de Salisterno, y más Belflorán de ver cómo Salisterno le tenía por tan cobarde (fol. 273-v^o).

Más adelante se encontrarán con las doncellas Primaflor y Dolainda, que buscan a Belflorán

disfrazadas de escuderos. Ellas sí lo reconocen, pero no sacan a Salisterno de su error, sino que se suman a la burla:

–No me ayuden los dioses –dixo Salisterno– si este castillo no está bien guardado. ¿Qué os parece, señor cavallero, que hagamos?

–Lo mejor es bolvernos –dixo Belflorán–, que estas cosas son de locura. Bastavan estas guardas a defender la entrada no a un cavallero solo, mas a todo el mundo. Si tan cara á de costar la vista de Belisenia, yo la renuncio desde aquí.

Mucho se rió Salisterno de la respuesta, y aún Primaflor y Dolainda, aunque con diversos pensamientos, que ellas se reýan de lo que creya Salisterno, y él de la covardía de Belflorán (fol. 274-rº).

Confluyen así en Belflorán las figuras del caballero miedoso y el caballero bromista, motivos humorísticos habituales en los libros de caballerías¹⁸⁶. Pero no tardará en probar con hechos lo que sus palabras desmentían, alejando de sí cualquier duda sobre su valía:

Mas Belflorán estava con tanta pena que, sin aguardar otra respuesta suya, arremetió para el cavallero del castillo, de que Salisterno se rió algún tanto. Mas Primaflor, que aún en aquello no tenía assí buena paciencia, le dixo:

–¿De qué os reýs, señor cavallero? Creo que cuydáys que acabaríades vos mejor esta aventura que el Cavallero del Sol; pues no lo penséys, que no tiene el mundo otro mejor cavallero que él, y si falleciesse de esta aventura, escusado sería provarla otro ninguno.

–No sé cómo crea esso –dixo Salisterno.

–Aora lo veréys –dixo el escudero (fol. 276-rº).

Salisterno asiste maravillado a las proezas de Belflorán. Descubierta ya el engaño, comprende que se ha convertido en un burlador-burlado, lo que provoca la hilaridad de su acompañante:

y Furibundo a Salisterno dize:

–¿Qué os parece, señor, de tal extremo? Este nació para que las obras de los otros no fuesen en nada tenidas.

–Estoy corrido –dixo Salisterno–, que, fingiéndose covarde, me hizo estraña burla, que yo le tuve por tal.

Entonces contó lo que con él le aviniera, que dio mucho que reýr a Furibundo (fol. 278-rº).

No es esta la primera vez, sin embargo, que vemos a Belflorán hacer burla de un caballero. Unos capítulos atrás se había topado con Cenobia, reina de las amazonas, que expresaba sus quejas amorosas en medio del bosque. Belflorán la escucha y la reconoce, pero finge que no lo ha hecho. Los dos son ya viejos amigos; Cenobia, además, está enamorada de él sin esperanza, y Belflorán es consciente de ello. No obstante, no resiste la tentación de hacerse pasar, de nuevo, por un anónimo caballero. De este modo no solo engaña a Cenobia sino que también, de paso, se burla sutilmente de la costumbre de los enamorados de lamentarse en bosques bastante más concurridos de lo que cabría esperar:

–¿Quién es el que en tal parte con tanto descuydo se quexa?

No entendió la reyna las palabras, aunque tornó en sí a la boz; y enojándose que le huviesse

¹⁸⁶ Véase Hernández Vargas (2006: 81).

quitado de su elevación, se puso en pie diciendo:
 –¿Quién viene dando bozes como loco por tan solitarios valles?
 –Un cavallero –dixo Belflorán– que no cuydava enojar a nayde con ellas.
 –A los robles enojárades con esso –dixo la reyna–, quanto más a las gentes. Por esso, pasá vuestro camino como cuerdo, y dexad las bozes para los furiosos.
 –Yo –dixo Belflorán– no trayo otro camino sino el d’estos robles, que vengo mal parado de amores, y querriame quejar aquí, que es el mejor lugar d’estas selvas.
 –Vos devéys de ser –dixo la reyna– algún cavallero de poca cuenta, que de tal suerte venís.
 –Especial soys –dixo Belflorán– en vuestras cosas. ¿Qué cuydado tenéys vos de mí que sea yo poco o mucho, pues no os pido nada? Sentaos donde estávades o yós donde os pareciere, que esta tierra es del rey de Francia y no vuestra.
 Y, diciendo esto, arrojose entre los robles.
 –¡Por los dioses –dixo Cenobia– que no he visto cavallero tan mal mirado! Agora hos yd de ay, si no queréys no poder yros después.
 –¿Qué sabéys vos –dixo Belflorán– quién yo soy, que ansí me tratáys, no teniendo más de unas armas, como yo? ¿Tan poco os parezco que no bastaría a defenderme de vos, aunque fuéssedes [e]l príncipe nuestro, don Clarineo, o su sobrino Belflorán?
 Riose d’estas palabras de buena voluntad Cenobia, y dízele:
 –Agora os levantad, que arto mal aría yo si no viesse para lo que basta un cavallero tan valiente (fol. 237-rº).

Es llamativo que la mayor parte de episodios humorísticos que podemos leer en la *Tercera* y *Quarta Parte* tengan como protagonista a Belflorán. En algunos de ellos se detecta por parte del autor la intención de ridiculizar al héroe, aunque sea sutilmente, antecedente quizá de la parodia cervantina. En otras ocasiones, sin embargo, es el propio carácter de Belflorán el que motiva la risa. Así, el protagonista pasa a comportarse como un *caballero burlador*¹⁸⁷, compensando de este modo la gravedad que ha adquirido su padre, por un lado, y aliviando el peso de la predestinación que carga el héroe sobre sus hombros, por otro.

1.4. El antagonista: Periano de Persia¹⁸⁸

Periano, hijo del Soldán de Persia, es el caballero perfecto. “Valiente y esforçado”, cortés, generoso y justiciero, es el reflejo de don Belianís, pero también su peor enemigo. Igual que don Belianís es el héroe de los cristianos, Periano es el punto de referencia de la caballería pagana. Los dos estaban destinados a encontrarse y a competir entre ellos por ganarse el honor de ser considerado el mejor caballero del mundo.

Pero hay otro motivo por el cual ambos están enfrentados: el amor de la princesa Florisbella¹⁸⁹.

¹⁸⁷ Para más ejemplos de caballeros burladores (aquellos que “actúan con un claro propósito de causar hilaridad”), véase Herrán Alonso, 2003.

¹⁸⁸ No es casual que el principal enemigo de don Belianís provenga de Persia, nación que “obviamente representaría para los lectores contemporáneos, con bastante claridad, al imperio turco” (Cuesta Torre, 2010: 148).

¹⁸⁹ Cuesta Torre (2007a: 153) señala, con respecto a las razones de la enemistad hacia el héroe, que a menudo “el carácter de antagonista viene dado por las motivaciones propias del personaje, no por su catadura moral”.

1.4.1. Amor, caballería y religión

Periano de Persia hace su entrada en la novela en el capítulo 5 del Libro I; la princesa Aurora de Antioquía relata a don Belianís que no hace mucho

vino a la corte del soldán Marceliano un caballero cuyo nombre por muchos tiempos en la corte del soldán no pudo ser sabido, mas de que por unas ymágenes que en su escudo traía, fue llamado el Cavallero de las Tres Ymágenes. El qual se mostró tan esforçado y valeroso que no avía en la corte del soldán diez cavalleros los más esforçados que le osassen tener campo. El qual en la tierra del soldán hizo tan grandes y estraños hechos que como el dios Marte era por todos reputado. El qual era del soldán Marceliano tan querido que nunca sin él se hallava, lo qual dio causa a que, estimándose merecedor de mayor alteza, muy perdido de los amores de la linda Florisbella se mostrava (*Belianís*, I, pp. 22-23).

Este es el retrato que se nos hace de Periano de Persia, cuya verdadera identidad no descubriremos hasta más adelante. Mucho antes de que don Belianís realice sus primeras hazañas e incluso conozca en persona a Florisbella, Periano ya ha iniciado su carrera caballeresca y sus primeras tentativas de conquistar a la princesa.

Por este y otros motivos, Periano merecería estar a la altura del protagonista de la novela. Sin embargo, dejando aparte el hecho de ser pagano, el joven príncipe de Persia presenta dos graves defectos: la ira y el orgullo:

muy enojado dijo antel soldán que hazía sin razón en le mandar salir de su tierra, pero que él era tal príncipe que le mostraría cómo no se devían tratar así los cavalleros como él (*Belianís*, I, p. 23).

A lo largo de la primera y segunda parte, don Belianís y Periano se encuentran irremediabilmente en justas, guerras, torneos y aventuras varias, y siempre es el héroe cristiano quien aventaja al persa, a veces por un escaso margen. Sin embargo, Periano persiste en su intento de superar a don Belianís y obtener el amor de la hermosa Florisbella incluso cuando esta ya ha entregado su corazón a su rival.

En la *Tercera y Cuarta parte* Periano emprende también la búsqueda de las princesas raptadas. Como no podía ser de otra manera, él y don Belianís coinciden en Colonia y se enfrentan en un duelo, aunque sin conocer la identidad del otro. En plena batalla, don Belianís descubre que su contrincante es su más mortal enemigo, pero la lucha ha de interrumpirse a petición de Claristea, y Periano se marcha sin llegar a saber que ha peleado contra el príncipe griego.

Volvemos a encontrarlo, tiempo más tarde, en tierras del Gran Sophí de Catayo, donde salva a la infanta Labrinda de unos desaprensivos y, seguidamente, lucha en un duelo judicial para defender la inocencia del duque Damalquerque, acusado injustamente. Actúa, por tanto, como un perfecto caballero, deshaciendo agravios y enderezando tuertos, y obtiene la libertad de Damalquerque con la ayuda del duque Armindos de Tebas, gran amigo de don Belianís: cuando se trata de defender la justicia, el autor del *Belianís de Grecia* no diferencia entre cristianos y paganos, sino entre buenos

y malos caballeros¹⁹⁰.

Más tarde, en Asiria, Periano tiene un sueño profético¹⁹¹:

se le figuró que vía a la princesa Florisbella en un castillo y, queriéndola librar, el príncipe de Grecia se la quitava, de que con desmedida congoxa despertó (fol. 64-vº).

Efectivamente, es lo que sucederá en el Castillo de la Sabia Medea. Periano llegará antes, pero deberá esperar a don Belianís para acometer la aventura juntos. Previamente, Periano se había repuesto de sus heridas en el Castillo de la Sabia Ginebra quien, como sabremos más adelante, ha quedado embarazada y dará a luz a Salisterno Sin Pavor.

Es habitual en los libros de caballerías que el caballero mantenga una relación amorosa con una maga que se ha quedado prendada de él. Sin embargo, este tiene que ser fiel a su dama y, por tanto, la maga solo puede obtener su amor mediante encantamientos (*philocaptio*)¹⁹².

En ningún momento se nos dice que la sabia Ginebra obrase encantamientos sobre Periano; de hecho, el episodio se nos relata de forma muy somera, y hasta la llegada de Salisterno a Constantinopla, muchos años después, no sabremos qué sucedió en realidad en el castillo encantado. Sin embargo, el autor nos contará entonces que Periano engendró a Salisterno “contra su voluntad” (fol. 175-rº); la *philocaptio* está, pues, implícita en el episodio.

Periano y don Belianís llegan al Castillo de la Sabia Medea, pero Periano alcanza antes su objetivo. Sin embargo, don Belianís ha acudido a demostrar su valor a los torneos de Londres, mientras que Periano se ha perdido tan importante acontecimiento. Por otro lado, en la prueba de la fidelidad amorosa, don Belianís ha salido triunfante, pues no ha aceptado el ofrecimiento de la bella Claristea, mientras que Periano se ha entregado, lo quisiera o no, a la sabia Ginebra¹⁹³.

Ambos inician una carrera para llegar hasta Florisbella, pero es don Belianís quien vence, y esta será la peor derrota encajada por Periano de Persia. Se nos relata su caída anímica, que coincide, significativamente, con su ascenso al trono de Persia tras la muerte de su padre. Después de ser vencido en el Castillo de la Sabia Medea, Periano recibe también, impotente, la noticia del casamiento de su amada Florisbella con su más odiado enemigo, don Belianís.

¹⁹⁰ En palabras de Sales, “estos relatos vienen a decirnos que tanto los cristianos como los musulmanes o cualquier pagano son personas capaces de una conducta y unos sentimientos ejemplares, sea cual sea su raza o su credo religioso. En síntesis, una lección moral más próxima a la maurofilia de la novela morisca o a la ética humana más esencial” (2004: 103).

¹⁹¹ “Los sueños suponen una de las vías privilegiadas de representación de la órbita de lo sobrenatural en el Medioevo, aunque gozaran de un prestigio secular (...) Existe también una fecunda tradición literaria de sueños premonitorios en las letras medievales, en latín y en vulgar, que ofrece abundantes ejemplos y variantes en géneros muy diversos” (Mérida, 2001: 76-77). Acebrón (1998) nos ofrece un estudio detallado de los sueños en los libros de caballerías, donde analiza la evolución de los sueños en la literatura medieval hacia un tratamiento más laico y literario en el siglo XVI.

¹⁹² Whitenack (1994) ha estudiado la presencia del motivo en diferentes libros de caballerías. Más abajo analizaremos con más detalle la figura de la sabia Ginebra.

¹⁹³ Sin embargo, también don Belianís sucumbirá más adelante, como hemos visto, a los encantamientos obrados en el templo de Amón.

En el libro IV encontramos a Perianeó deprimido y desesperado, hasta el punto de no querer asumir sus obligaciones como nuevo soldán:

y por mucho que fue importunado no lo quiso hazer, diciendo no les estar bien jurar por señor a cavallero tan desgraciado y sujeto a tantas desventuras (fol. 84-vº).

Pero la caída de Perianeó no termina aquí. El secuestro de su sobrina Belinda lo saca de su apatía y lo hace partir en una nueva búsqueda que lo llevará al mismísimo infierno.

1.4.2. Perianeó de Persia en el Infierno

El descenso a los infiernos es un motivo clásico de la literatura de todos los tiempos, pero también supone un rito de iniciación, un morir-renacer representado por el viaje y retorno del héroe a otro mundo, el mundo de los muertos¹⁹⁴. Este rito implica, como habíamos visto antes, la muerte del niño y el nacimiento del adulto (Propp, 1979: 69-161). El descenso a los infiernos es una variante de esta muerte y resurrección ritual y, por tanto, “bajar en vida a los infiernos, enfrentarse con los monstruos y demonios infernales, es una prueba iniciática” (Eliade, 1979: 103). Perianeó de Persia ya es un caballero experimentado y se ha iniciado en el amor; sin embargo, a pesar de que este *descensus ad inferos* es sobre todo una metáfora de su hundimiento moral y anímico, también es cierto que le aportará algo y que regresará cambiado¹⁹⁵.

Se ha analizado el primer enfrentamiento de Amadís de Gaula y Arcaláus el Encantador como un descenso infernal (Cacho Blecua, 1979: 118-132), pero el relato que encontramos en la *Tercera y Cuarta parte* es mucho más explícito:

vio todo el valle elado con perpetua nieve, por la qual se hazía una calle que parecía yr baxando hasta los infiernos, y no es de maravillar, que era una de las siete puertas que llevan al reyno de la muerte (fol. 84-vº).

Perianeó llega hasta la puerta, y una anciana le informa de que se encuentra ante la Puerta de la Envidia y de que ya no puede volver atrás¹⁹⁶. En su descenso al mundo infernal, Perianeó topará con todos los elementos clásicos asociados a este espacio simbólico: olor a azufre, el barquero infernal –Carón– que hace cruzar a los muertos el río Leteo, el Cancerbero.... Allí conoce también a

¹⁹⁴ Sobre el descenso a los infiernos, véase el estudio clásico de Patch (1956); por su parte, Cacho Blecua (1995) ha analizado también la presencia del tema en los libros de caballerías.

¹⁹⁵ No todos pueden enfrentarse a un descenso a los infiernos, prueba que está solo destinada a semidioses y auténticos héroes (Alvar, 1989: 17). Tal vez por eso Perianeó, que es un excelente caballero pero ha vivido siempre a la sombra del auténtico héroe del relato, es capaz de afrontar la experiencia, pero no sale indemne de ella.

¹⁹⁶ Propp señalaba la presencia, en el cuento ruso, de una mujer vieja en la cabaña en medio del bosque a la que llegaba el héroe, y cuyo paso suponía un rito de iniciación: “La vieja maga se nos va revelando poco a poco como la guardiana de la entrada al reino lejano y, junto a eso, como un ser ligado al mundo de los animales y al mundo de los muertos” (1974: 98). Thompson, F91: Door entrance to lower world.

multitud de hombres y mujeres legendarios que fueron condenados y sufren tormento por ello¹⁹⁷.

Cuando por fin se halla ante Plutón y Proserpina, los señores del infierno, se le revela parte de su futuro en forma críptica a través del hilo de su vida que tejen las Parcas, que “tenía en los principios la mitad cubierto de sangre, mas la otra mitad más claro que la luz del medio día” (fol. 86-vº).

Los reyes del infierno le ofrecen su ayuda y la de otras criaturas infernales (las Furias, la Ira, la Discordia, etc.) para emprender una guerra contra los griegos y acabar por fin con don Belianís y su estirpe, y el príncipe persa acepta sin dudar¹⁹⁸. Cuando Periano regresa a su mundo, lo hace lleno de odio y deseos de venganza, lo cual confirma su caída moral y emocional. También don Belianís había pasado por una muerte y resurrección ritual; pero la de Periano es más evidente y, sin embargo, no la supera de la misma manera que el héroe. Mientras que don Belianís resurge de sus cenizas para proclamarse capitán de la Tabla Redonda y señor absoluto de la caballería, Periano, con el apoyo de los habitantes del infierno, promueve una guerra injusta contra el imperio griego.

Por tanto, Periano ha fracasado en la prueba. A lo largo de su viaje a través del Infierno, los seres del Otro Mundo han tratado de tentarle para que se deje llevar por su carácter iracundo y por su envidia (no en vano fue esta la puerta que atravesó para llegar al mundo infernal) y tome la decisión equivocada. Y Periano ha sucumbido. Su descenso a los infiernos tenía por objeto mostrarle las consecuencias de una conducta poco ética y la posibilidad de un futuro feliz para él, una vez pasada la “etapa sangrienta” del hilo de su vida. Pero el príncipe persa, haciendo caso omiso de todas las señales, sale de su apatía vital para volcar su odio y su rabia contra los protagonistas. La experiencia infernal ha provocado cambios en él, pero no los que se esperaban¹⁹⁹.

1.4.3. Conversión y reconciliación

A lo largo de la guerra de Constantinopla, Periano seguirá tratando de vencer a don Belianís y de conquistar a Florisbella, pese a que ella es ya una mujer casada y su hijo, Belflorán, lucha junto a los griegos contra los persas y sus aliados. Periano ya no es joven; es un caballero maduro y, sin embargo, no ha encontrado la paz ni la estabilidad amorosa. Ha pasado casi treinta años enamorado de una mujer que lo desdeña y ahora ya no parece el apuesto y valiente caballero de antaño, sino una

¹⁹⁷ Thompson, A671: Hell. Lower world of torment; E481.1: Land of the dead in lower world; E755.2: Souls in hell; F80: Journey to lower world; F81: Descent to lower world of dead; F721: Subterranean world; Q560: Punishments in hell, etc.

¹⁹⁸ Marín Pina (2010b) señala que este pasaje del *Belianís* inspiró el episodio del “infierno de Jasón” relatado en *Flor de caballerías*; no obstante, en la obra de Barahona el héroe, Belinfor, al ser cristiano, no rinde tributo a Plutón, sino que dedica sus esfuerzos a rescatar a Jasón. Fernández, como veremos, no siente la misma simpatía por el “amador de Medea”, personaje recurrente que sufre tormento en tres espacios encantados distintos: el infierno, el castillo de la sabia Medea y la aventura de la Desesperación de Amor.

¹⁹⁹ Simbólicamente, reaparece portando nuevas armas, igual que don Belianís en el tercer día de los torneos de Londres; las del príncipe griego le habían sido proporcionadas por su amiga, la sabia Belonia, mientras que las nuevas armas de Periano provienen también de un donante sobrenatural, Vulcano, con lo cual los paralelismos entre el héroe y su antagonista se acentúan todavía más.

sombra de sí mismo, anclado todavía en sus pretensiones de adolescente y sin haber sido capaz de evolucionar.

En la batalla final de la guerra de Constantinopla, Periano tropieza con la Desesperación de Amor, un castillo mágico en el que habitan Cupido y su corte, y que encierra a los amantes traidores o infieles, que obtienen así un castigo simbólico. Periano acomete la aventura y, tras derrotar a una serie de caballeros legendarios que se encuentran allí por haber sido ingratos en el amor, es conducido ante Cupido, y una serie de personajes alegóricos tratan de convencerle de que olvide su odio a los griegos y su amor por Florisbella. Periano tiene que subir hasta donde se encuentra Cupido; este trayecto ascendente contrasta con el *descensus ad inferos* que había acometido tiempo atrás, y supondrá la llegada de Periano a su escalafón más alto en la sociedad, la caballería y el amor. Gracias a Cupido, Periano se enamora de la infanta Sirena, que hacía tiempo que lo amaba en secreto. Esto provoca la liberación de todos los presos del castillo y el final de la guerra de Constantinopla.

Una vez apaciguado su amor sin esperanza por Florisbella, Periano se siente mayor y cansado²⁰⁰, y comunica a su gente su decisión de abdicar en favor de su hijo Salisterno para convertirse al cristianismo y buscar la paz que hasta ese momento no ha sabido encontrar.

yo estoy ya muy fatigado y cansado, y donde la casa de Persia tiene necesidad de rey que la gobierne y capitán que la deffienda tendría en mí un hombre inpidido que entretener y un cavallero cansado que sustentar, lo qual para vosotros y aun para mí resultaría en grave daño (fol. 210-rº)²⁰¹.

Pese a ello, los suyos no le permiten abandonar el trono y deciden unánimemente convertirse también al cristianismo. Esto allana el terreno para que Periano pueda pedir al emperador la mano de la princesa Sirena. Con su matrimonio comenzará la vida clara y resplandeciente que le habían augurado las Parcas; pero, sobre todo, empezará también una nueva etapa en la que Periano y don Belianís, que habían sido enemigos encarnizados desde su primera juventud, se convertirán en amigos, compañeros e incluso hermanos, dado que Sirena, la mujer con la que Periano contrae matrimonio, es la hermana de don Belianís.

²⁰⁰ No es esta la primera vez que Periano experimenta sentimientos parecidos. Fernández nos cuenta que, al conocer a su hijo Salisterno, “las lágrimas le vinieron a los ojos, porque él tenía poco menos de treynta y nueve años y no hera casado, y viéndole tal cavallero no tuviera a mucho dexarle su estado si otros hijos la Fortuna no le diesse” (fol. 175-rº).

²⁰¹ Esta actitud recuerda al Amadís entrado en años que presenta Feliciano de Silva en la cuarta parte del *Florisel de Niquea* (1551), donde, “aunque el héroe no puede abandonar las leyes de la caballería, sabe que ya tiene una edad más propicia para el descanso que para la vida errante. El caballero es consciente de que las aventuras caballerescas son más adecuadas para los jóvenes” (Martín Romero, 2009: 253). Este cansancio de Periano contrasta con la aparente inmortalidad de personajes como el rey Toloyano, bisabuelo de Belflorán, o con los reproches que otros personajes dirigen a don Belianís en su madurez cuando parte a correr aventuras, cosa que, como hemos visto, era calificada de “sandez”, porque el emperador “valdría más entender en su estado” que en actividades reservadas a caballeros mancebos. La melancolía que manifiesta Periano humaniza al personaje y lo hace más real y cercano que otros héroes aparentemente incombustibles como el mismo don Belianís.

Este final no deja de llamar la atención sobre un aspecto: en este relato el enemigo del héroe no ha de ser destruido, ni resulta ser una encarnación del mal; es más un rival en una contienda deportiva que un enemigo en una guerra contra el mal. Es el antagonista de don Belianís, pero también su reflejo en el espejo. Una vez solucionados los puntos de discordia (el amor y la religión)²⁰², don Belianís y Periano pueden estar en el mismo bando y luchar juntos contra la injusticia y los malos caballeros, siendo ejemplo de cortesía, valor y buena caballería²⁰³.

1.5. Jóvenes caballeros en busca de su identidad

Belflorán, como veremos, no era el único que se criaba lejos de sus progenitores. No tardamos en descubrir que no pocos caballeros de su generación han tenido también un nacimiento extraordinario o, cuanto menos, inusual. Al crecer alejados de sus padres, estos jóvenes deben partir en busca de aventuras que aumenten su fama caballeresca, lo cual compensará, en cierto modo, la carencia que supone para ellos el desconocimiento de su verdadera identidad. Esta les será revelada cuando sus actos los hagan merecedores de su nombre y su linaje.

1.5.1. Los “deslices” de los héroes

La característica común en estos jóvenes caballeros es que todos han sido engendrados fuera del matrimonio, como dictan los cánones del amor cortés; sin embargo, mientras que Belflorán es fruto del amor puro y verdadero entre don Belianís y Florisbella, los demás han nacido a causa de la traición, voluntaria o no, de un caballero a la dama a quien decía servir. El caso más evidente es el de Astrideo de Bohemia. Este doncel es hijo de don Clarineo y la bella Rosaliana y, por tanto, sobrino de don Belianís. Don Clarineo abandona la búsqueda de su amada Hermiliana, prisionera en el castillo de la sabia Medea, para iniciar una relación clandestina con Rosaliana. Cuando él regresa junto a Hermiliana, Rosaliana se ve sola y embarazada, por lo que decide enviar al infante lejos para que su honra no se vea menoscabada. Será su amiga Claristea, princesa de Alemania, quien se encargue de su educación.

Don Clarineo, como veremos con más detalle, es infiel a su dama de forma consciente y deliberada. Otros caballeros, como Periano o el mismo don Belianís, engendran descendencia

²⁰² También son estos dos aspectos los que hacen que Ariobarzano de Tartaria se una a la alianza contra los griegos. Además de estar enamorado de Florisbella, igual que don Belianís y Periano, no acepta la conversión al cristianismo que su hermana Imperia lleva a cabo para contraer matrimonio con don Contumeliano de Fenicia. Sin embargo, Ariobarzano es un personaje secundario, mucho menos interesante que Periano de Persia.

²⁰³ Cuesta Torre califica de “poco convencional” la resolución que otorga Fernández al “enfrentamiento entre el norte y el sur”, puesto que el imperio griego no se expande únicamente por la fuerza de las armas, sino que se recurre a menudo a los tratados de paz y a la política matrimonial. Esto es debido a que la causa del conflicto “ya no es únicamente la religión, sino también el amor”. Por ello, al final el autor “hace posible la amistad y la paz entre Belianís y los suyos, representantes del norte (Europa, cristianismo) y Periano de Persia, representante del sur, cuyos méritos se reconocen como semejantes y, dentro de ciertos límites, equiparables a los del héroe principal” (2010: 153-154).

ilegítima en virtud de algún extraño encantamiento²⁰⁴.

Es así en el caso los gemelos Dolistor y Polisteo, hijos de la princesa Dolisena de Garamantes. La escena comienza en el templo de Amón, con la descripción del bello jardín por el que más tarde pasearán los príncipes:

Mas así fue que aquella tarde, preguntando por la huerta para se solaçar, los llevaron a unas ventanas que sobre ella cañan; y esto fue lo que los dexó más maravillados, porque vio tanta hermosura de árboles que los dexó casi fuera de sí, los unos con flores, otros con fructa y otros tan altos que se perdían de vista, y otros menores y más pequeños. El concierto de las calles, de las yervas q[u]e en ellas había a cada costado, las riquezas de las maderas en que se apartavan no lo bastaría nadie a lo escrevir. (fol. 123-rº)

Los jardines de los libros de caballerías, como este que describe Fernández, combinan a menudo una concepción renacentista (intervención del hombre en la naturaleza para crear artificialmente un espacio apropiado para el descanso y el deleite) con la idea medieval del *hortus conclusus*, un espacio cerrado e íntimo y que invita, por tanto, al encuentro amoroso²⁰⁵. Así,

El caballero se encuentra en un recinto paradisíaco y allí, incentivado por la belleza de su entorno, cede a los requerimientos de la princesa y se enamora de ella (Aguilar Perdomo, 2010: 209).

Sin embargo, don Belianís es un caballero leal, y no bastará con un *locus amoenus* para doblegar su voluntad. Por eso, el jardín también está encantado, cosa que descubrimos cuando los sirvientes del templo advierten a sus visitantes sobre la pavorosa bestia que habita en el recinto. Naturalmente, don Belianís habrá de enfrentarse a ella; pero la prueba es sobre todo para Dolisena, que tiene que demostrar que es digna del amor del héroe. Como veremos, la princesa saltará al interior de la huerta para distraer al dragón y salvar así la vida de su amado, arriesgando la suya propia. Una vez hecho el sacrificio, el encantamiento del lugar obrará en su favor y don Belianís caerá en sus brazos, aunque sin percatarse de ello:

Mas no anduvieron mucho quando a don Belianís se le olvidaron todas las cosas del mundo. Fue fuera de su sentido; paresciole que aquella dama que con él yva hera la princesa Florisbella, su señora, que para aquel effecto aquel encantamento estava hecho; de lo qual él se mostrava muy contento, y con esta alegría le dize:

—¡O, mi señora Florisbella! ¿Cómo ha sido mi ventura tan estraña que aya gozado de veros en parte donde jamás lo pensara?

Turbose con estas palabras Dolisena; cuydó estoviesse fuera de su juyzio. Mas, como hera gentil y había oýdo dezir que el dios Cupido estoviesse allí su morada, tuvo por cierto que,

²⁰⁴ “Entre los caballeros cristianos en las relaciones breves entran en juego variantes que vienen a disculpar moralmente el adulterio: a) la coacción de la mujer, b) estar sometido el caballero por encantamiento o «yervas de bien querer» y c) ser tentado por la lujuria” (Bueno y Cortijo, 2010: li). Los casos de infidelidad masculina que encontramos en la *Tercera y cuarta parte* se deben a los dos últimos motivos. Como veremos más adelante, el autor disculpa a los caballeros que son infieles contra su voluntad debido a algún encantamiento, mientras que el hecho de ser “tentado por la lujuria”, como será el caso de don Clarineo, no le parece motivo suficiente como para justificar su comportamiento.

²⁰⁵ Véase Aguilar Perdomo, 2010.

pues de otra suerte su mal no llevaba remedio, lo avía querido hazer de aquella, y entre sí le dava las grazias. Y dissimulando con don Belianís, mostrándose ni más ni menos alegre, pareciéndole que aún de aquella suerte se podría cumplir lo que los astrólogos de su nacimiento dixeran, en dulces pláticas fue con él, gozando de la hermosura de la huerta, del agraciado parecer y olor de las lindas flores, del dulce canto de las aves que por allí andavan rebolando de rama en rama, diziéndose mil palabras amorosas, dándose otros tantos abrazos... (fol. 127-rº)

Don Belianís no es consciente de haber traicionado a su dama, porque cree estar con ella en todo momento. Más tarde, los caminos de ambos se separarán, y Dolisena descubrirá que está embarazada. Como es doncella soltera, ha de ocultar su embarazo, y tampoco puede comunicárselo a don Belianís, pues él ignora lo que ha sucedido entre ambos. Desde su punto de vista, su conducta ha sido intachable, y así habrá de verlo también Florisbella cuando, muchos años más tarde, se entere de la traición involuntaria de su esposo.

Periano, por su parte, no tiene ninguna obligación para con Florisbella, ya que ella no solo no lo ama, sino que ni siquiera tolera su presencia. No obstante, él desea serle fiel, y por ello la sabia Ginebra (“que d’él estava no poco enamorada”, fol. 69-rº) habrá de utilizar encantamientos para doblegarlo:

la hystoria qüenta que, quando Periano venció a Saviano de Trebento, herido de graves heridas fue llevado por esta sabia donde, aunque contra su voluntad, fue engendrado este Salisterno, que Sin Pavor se llamava, y al despedir a Geneva se lo dixo (fol, 175-rº).

En ambos casos, la magia ha sido más poderosa que la lealtad del caballero hacia su dama:

El amor y la magia están unidos en las mismas condiciones en las que funciona la magia en los libros de caballerías: a) Por *ingenio* objetivo, sinónimo de conocimiento libresco o nigromancia, y b) por *engaño*, por ilusión subjetiva (Bueno y Cortijo, 2010: liii).

El primer caso es claramente el que sufre Periano, mientras que el segundo es el que experimenta don Belianís en el templo de Amón²⁰⁶.

Quizá porque Periano no está obligado a rendir cuentas a ninguna dama, su hijo Salisterno recibirá una educación similar a la de Belflorán, en un castillo encantado, y será devuelto a su padre en el momento oportuno. Naturalmente, tiene que ganarse una reputación; pero, al igual que a Belflorán, se le revelan muy pronto su nombre y su ascendencia.

En cambio Astrideo, Dolistor y Polisteo, nacidos de la traición, crecerán desconociendo su linaje e incluso habrán de enfrentarse a él en el transcurso de la guerra de Constantinopla.

La búsqueda de la identidad es parte de la tarea del héroe, como apuntábamos más arriba; pero aquí solo parece reservada a los hijos ilegítimos, que deben descubrir sus raíces²⁰⁷.

²⁰⁶ “El engaño, en cambio, se basa en la manipulación de la fantasía, de la imaginación, haciendo aparecer a los ojos elementos que no existen y sensaciones que tampoco están presentes” (Bueno y Cortijo, 2010: liii).

²⁰⁷ Tradicionalmente, el héroe ha de *ganarse* la devolución de su nombre, y es lo que harán Dolistor, Polisteo y Astrideo. A Belflorán, sin embargo, se le “perdona” esta primera tarea, ya que es su propio padre quien acude en su busca para devolverle su identidad perdida.

1.5.2. Señales de destino heroico

Ya hemos descrito el extraordinario nacimiento de Belflorán. Como hermanos suyos, aunque ilegítimos, los gemelos Dolistor y Polisteo muestran también señales míticas al nacer²⁰⁸. En primer lugar, su nacimiento estaba profetizado, tal y como anticipa Dolisena:

Agora tengo por más venturosas cosas mis acontecimientos de quantas han dicho los sabios que de mi nascimiento hablaron, a los quales condenno por nescios, que, no conociendo las mayores, dixeron que havía de tener hijos, los quales mandarían gran parte del mundo (fol. 124-vº).

Estos niños destinados a gobernar el mundo son engendrados en el templo de Amón, un lugar de prodigios y maravillas. También el alumbramiento de Salisterno se presume extraordinario, ya que se produce en un castillo encantado, y él mismo es hijo de una mujer con poderes mágicos, ambas señales inequívocas de destino heroico²⁰⁹.

Dolistor y Polisteo, en cambio, nacen en medio del bosque. El autor nos cuenta que Dolisena

parió dos niños, los más hermosos que la imaginación pudiera pensar (...) el que primero nació traía una señal en cuya ymaginación debió de ser concebido, porque traía a Cupido con su arco y flechas baxo la tetilla hizquierda, tan natural que bibo parecía (...) traía el otro a la parte derecha una cruz tan blanca que no se dexava mirar (fol. 164-vº).

Las marcas son muy especiales, y anticipan el futuro de los niños²¹⁰. Sin duda, uno de ellos destacará por sus amores, mientras que el otro será un ferviente defensor del cristianismo..., aunque mucho más adelante ya que, por el momento, se criará en tierra pagana.

Pero una leona rapta a los niños y se los lleva para criarlos en lugar de sus cachorros perdidos. El ermitaño Nicanor los encontrará y, en lugar de ahuyentar a la leona, ambos cuidarán juntos de los infantes²¹¹.

Y pareciéndole que todas aquellas cosas fuesen obras maravillosas de sus dioses, él hizo allí de las ramas de los árboles una choça para sí, y a los niños bistió de algunos pellejos de animales, que él matava hartos. Y aficionándose no menos a él la leona, entr'ambos tenían cuydado d'ellos.

²⁰⁸ Roubaud apunta que las parejas de hermanos son un motivo clásico dentro de la literatura caballeresca, que, “à l’origine, les avait emprunté aux narrations arthuriennes; dans celles-ci d’ailleurs, on pouvait déjà entrevoir au moins un cas de parenté fraternelle laissant pressentir l’apparition future du motif des jumaeux: celui des frères de Gauvain, Gaheriet et Guerrehet” (2000: 162).

²⁰⁹ “La condición de sus madres, magas, confiere a su embarazo unas connotaciones misteriosas, relacionadas con lo casi sobrenatural” (Cacho Blecua, 1979: 30).

²¹⁰ Aunque esto no se ve reflejado aún en la *Tercera y cuarta parte*, probablemente estaba reservado para la siguiente entrega.

²¹¹ Nicanor es un viejo caballero que, a causa de un desengaño amoroso, abandonó las armas y se hizo ermitaño, igual que hará más tarde Sabiano de Trebento tras conocer el matrimonio de su amada Laura. Esto parece ser un comportamiento habitual en los héroes caballerescos; sin embargo, lejos de la desesperación de Amadís en la Peña Pobre o la locura de don Quijote en Sierra Morena, los ermitaños del *Belianís de Grecia* son hombres que han hallado la paz y el equilibrio emocional a través del camino de perfección y purificación que supone la vida ascética. “Tradicionalmente, la montaña ha sido relacionada, como el bosque, con la figura del ermitaño y con la idea de refugio. Es el escenario perfecto para escapar del mundo y de la vida en sociedad” (Campos García-Rojas, 2005: 29).

Cosa fue admirable la d'estos infantes que, faltándole a la leona la leche, los crió Nicanor con aquellos manjares que en tal parte podréys creer que tendría; donde, ya que fueron de cinco o seys años, su hermosura y disposición al salbaje Nicanor traía fuera de sí. Nunca él estuvo tan alegre en su vida, y en este entretenimiento que os dezimos, sin les declarar que huviesse otro mundo que aquel, los detuvo hasta que heran de edad de catorze años, que, admirado del espantoso ser y valor suyo, no sabía qué hazer d'ellos. No había león, onça ni tigre en toda la montaña que no matassen. Hiziéralos diestros de jugar armas, aunque de madera, y de tirar con arcos que él les hiziera. No tuvieran en casa de sus abuelos mejor ayo; era muy cercano pariente suyo, uno de los animosos cavalleros que conocía Áffrica; por su voluntad bien muriera él en aquella vida, mas no lo quiso hazer por los donzeles (fol. 165-rº).

Este relato es muy similar al que Montalvo nos presenta de la primera infancia de Esplandián. Después de comprobar, como hemos visto, la existencia de extraordinarias marcas de nacimiento en el pecho del niño, Oriana lo entrega a la Doncella de Dinamarca para que se lo lleve lejos. Por el camino, ella se detiene a beber. Se oye entonces el rugido de una leona, que espanta a los caballos; y, mientras corren tras ellos para recuperarlos, la leona se acerca a la fuente y se lleva al infante (*Amadís*, IV, cap. LXVI).

En este caso, la leona sí tenía cachorros; la intervención del ermitaño Nasciano es, en consecuencia, muy oportuna, dado que le arrebató el infante a la leona y lo salva de “ser vianda para sus hijos”. Sin embargo, la paciencia y santidad de este ermitaño lograrán amansar a los leones, y también Esplandián crecerá entre ellos. Encontramos aquí, por tanto, el motivo del *león reverente*, un animal habitualmente fiero que se muestra manso al reconocer las cualidades superiores de un personaje en concreto (Campos García Rojas, 2010: 272).

La leona de *Don Belianís* se presenta mansa en un principio, al menos ante Nicanor.

Mas la leona, que más humana hera hecha que Nicanor, le vino alagando, echándose por el suelo como un doméstico perro (fol. 165-rº).

En este caso, cabría preguntarse si el autor presupone santidad en un hombre pagano; tal vez la leona encuentre en él cualidades humanas extraordinarias que pueden hallarse en determinadas personas, independientemente de la religión que profesen. No obstante, parece que el animal se muestra sumiso ante Nicanor porque ve en él a un posible padre para los niños que acaba de adoptar²¹².

Por tanto, Fernández parece recrear en los hijos de don Belianís los detalles del nacimiento y

²¹² De la misma manera actuará la leona que traba amistad con don Clarineo durante su retiro “a lo salvaje” en una isla desierta, como veremos. En ese momento de su vida, el caballero está purgando su traición a Hermiliana, por lo que no se presenta como modelo de conducta. La actitud mansa de la leona se inicia cuando ve a don Clarineo jugando con sus cachorros y comprende que no es una amenaza: “Mas, en entrando, vio en ella unos doze leonzillos, pequeños como perrillos; los quales, viéndole, se vinieron a él, alagándole. Él se holgó con ellos, pareciéndole algún entretenimiento. A esta hora vino una gran leona, cuyos heran; que, viendo a don Clarineo que no hacía mal a sus hijos, se vino para él, asimismo alagándole. Y metiendo en la cueva un animal que traía muerto, le puso delante de don Clarineo, que con su espada le partió, dando d'él a los leones y a la madre, y con su espada, tomando yesca de unos robles viejos, de unas peñas sacó lumbre, en la qual puso a assar parte del que para sí guardara. Y comió con mejor gana que en la mar, y a la tarde con la leona salió de caça, con lo qual ella le tomó mucho amor” (fol. 100-vº). Don Clarineo colaborará activamente en la crianza de los cachorros, que al crecer se convertirán en sus mascotas.

crianza de Esplandián. Veámos que el motivo de las marcas en el pecho estaba presente también en Belflorán; ahora, el rapto del león y la educación por parte del ermitaño se reproduce en los gemelos Dolistor y Polisteo²¹³.

En ambos casos, la crianza de los infantes corresponde por partes iguales al ermitaño, un hombre santo, y a un animal²¹⁴, cuya leche materna transfiere al héroe algunas de sus cualidades. Esplandián será “fuerte y bravo de corazón”, características atribuidas a los leones²¹⁵. La principal diferencia entre ambos estriba en que Nicanor es pagano; por tanto, los gemelos se educarán en la fe de su madre, desconociendo la doctrina cristiana.

Años más tarde, el ermitaño decide enviar a sus ahijados a la guerra de Constantinopla, para que se hagan hombres. Allí se unirán a la alianza pagana hasta que Dolisena reconozca a uno de ellos gracias a la marca de su pecho y los gemelos recobren por fin su nombre y su identidad.

Mientras tanto, los jóvenes caballeros pelean en la guerra con la intención de ganarse una reputación entre los mejores caballeros del mundo, lo cual los llevará a enfrentarse, sin que lo sepan, a su padre, don Belianís, que lucha en el bando cristiano.

Algo similar sucederá con Astrideo de Bohemia. No hubo nada de extraordinario en el nacimiento de este joven, hijo de don Clarineo y Rosaliana. Criado por Claristea en la corte de Alemania, crece sin conocer su identidad, y más tarde sigue a su señora y protectora en su guerra contra los príncipes griegos.

Se plantea desde el principio una intensa rivalidad entre Belflorán y Astrideo, que se odian sin saber que son primos. Astrideo acude a la ceremonia de investidura de Belflorán y le pide que lo arme caballero. Sin embargo, Belflorán replica que las normas de la ceremonia lo obligan a investir solamente a príncipes ese día; dado que Astrideo desconoce su origen, Belflorán le sugiere que espere al día siguiente o bien que sea armado por otra persona. A pesar de que es el mismo emperador don Belanio quien se encarga de investir al joven, este no tolera la ofensa, y se establece así el comienzo del odio entre los dos, simbolizado por la espada que porta Astrideo; esta le fue entregada por Claristea, y es la misma que ella robó a don Belianís años atrás, durante los torneos de Londres. El objetivo de Belflorán es, por tanto, derrotar a Astrideo para recuperar la espada de su padre, algo que se convierte en una cuestión de honor²¹⁶. No tarda en llevar a cabo sus propósitos.

²¹³ Las señales extraordinarias del nacimiento de Esplandián, incluyendo el motivo del león manso, han sido estudiadas por Gracia (1991: 137-143) y Cacho Blecua (1979: 29-31 y 50-54), entre otros.

²¹⁴ El motivo del héroe criado por un animal es el B.535 de la catalogación de Thompson. El tema de los gemelos criados por un animal, en este caso una loba, está ejemplificado en la leyenda de Rómulo y Remo. También Garfín, uno de los dos “fijuelos” del Cavallero Zifar, fue raptado por una leona y criado lejos de su casa.

²¹⁵ El león, al que se atribuyen características mágicas, es un animal recurrente en la zoología del *Belianís de Grecia*; aparece como contrincante, como símbolo en profecías y como elemento heráldico, fundamentalmente (Orduna, 1999a, 105-106).

²¹⁶ “La espada pende en toda hora del costado del héroe. Este es su sitio de honor. La espada es, por así decirlo, la otra dama del caballero. El héroe nunca la abandona” (Cuenca, 1991: 22).

En este caso no eran necesarias marcas de nacimiento porque Claristea era depositaria del secreto de la identidad del joven. La anagnórisis se producirá cuando, al finalizar la guerra, Rosaliana acuda al emperador para exigir justicia:

Esclarecido príncipe, la fama de tu justicia me á compelido a venir de tan lejos a pedirte me des licencia para que por estos, mis cavalleros, sean retados don Clarineo y Hermiliana, tus hijos; porque sabrás que el uno d'ellos, con la mayor falsedad que nunca cavallero cometió, aviéndome librado de una fortaleza que a él no será olvidada, prometiéndome de sus reynos y señoríos hazerme señora, hizo conmigo la mayor crueldad que sea en memoria, por lo qual soy agora deseredada. Y Hermiliana atrevidamente de mi palacio me llevó las cosas de mí más amadas, prometiéndome bolbórmelas, lo qual nunca hizo; antes con profundo descuydo el uno y el otro están en los regocijos d'esta corte. Agora, soberano señor, dadme licencia para que por batalla se les muestre averlo ellos hecho como malos, y con esto seré yo contenta (fol. 221-rº).

La batalla no llegará a producirse, ya que don Clarineo y Hermiliana le suplican humildemente perdón, y el primero reconoce a Astrideo como hijo y lo reinserta en su linaje. Así el joven puede ocupar su lugar en la sociedad y su odio hacia los griegos ya no tiene razón de ser.

Salisterno, por su parte, será también reconocido por Perianeos cuando la sabia Ginebra lo envíe a presentarse ante él con una carta que lo acredita como digno hijo de su padre:

aunque en él tengas tanta parte como yo, por ser tu hijo, no lo hiziera si en alguna manera viera que no respondía a la real sangre de Persia; mas Salisterno Sin Pavor es tal que muy bien meresce ser por tuyo tenido (fol.175-vº).

Salisterno no tardará en avalar con hechos las palabras de su madre. Igualmente destacarán el resto de los caballeros de su generación, aunque nunca lo suficiente como para hacer sombra a Belflorán, ni siquiera en el caso de los gemelos, que son también hijos de don Belianís y, como hemos visto, han sido marcados con las señales del héroe. Quizá su condición de ilegítimos pese más que la sangre de sus padres, aunque no dudamos que el autor tenía grandes planes para ellos, y que la profecía que anunciaba que “mandarían gran parte del mundo” acabaría por cumplirse tarde o temprano.

1. 6. El caballero desleal: don Clarineo

Don Clarineo de España es uno de los hermanos de don Belianís. En la *Primera y Segunda Parte* se presenta como un caballero cortés y esforzado, que sigue los pasos de su hermano mayor. El autor dedica varios capítulos a sus aventuras, bien en solitario, bien acompañado de su otro hermano, don Lucidaner de Tesalia; en una de ellas conoce a Hermiliana, princesa de Francia, la rescata de las garras del malvado duque de Calés y se compromete con ella. Sin embargo, no tardará en toparse con una aventura que pondrá a prueba su fidelidad amorosa y que, como veremos, no será capaz de superar satisfactoriamente.

1.6.1. El error de don Clarineo

Al comienzo de la *Tercera y Cuarta Parte*, don Clarineo emprende la *queste* de las doncellas desaparecidas, entre las que se encuentra la propia Hermiliana. Lo acompaña, como en otras ocasiones, su hermano Lucidaner, que también ha perdido a su amada Policena. Poco después les sale al paso una aventura que los aguarda en un castillo encantado:

vieron número de más de veynte castillos, con tantas torres y dorados chapiteles que davan gran sabor a quien los mirava. En medio de todos en aquel llano estava assentado otro castillo, tan fuerte que con razón parecía ser inispugnable. No se vio cosa más alindada al parescer de los príncipes, los quales, muy alegres de haver aportado en tal parte, se fueron por un camino algo ussado que en el llano avía (fol. 18-vº).

El castillo es la prisión de una doncella cuitada que se muestra de esta manera ante los príncipes, ofreciéndose a sí misma como premio de la competición caballeresca:

encima de una torre que de muy fino christal parecía ser hecha, vieron una donzella tan hermosa que a los príncipes dexó maravillados de su hermosura, cuydando no haver visto otra más estremada. Estava vestida de una saya de damasco blanco toda golpeada, y por los golpes se mostrava un embés de fino oro. Tenía un tocado rebuelto a la cabeça por cima de una redecica de oro con que los cabell[o]s tenía cogidos. Parecía estar de aquella manera como persona que de sí tenía muy poco cuydado, ya qu'el descuydado disfraz causava en ella tanta hermosura que la natural en muchos quilates acrecentava. Tenía sus alindados pechos descubiertos todo lo que del cuerpo de la saya, que algún tanto era derrocada, se podía mostrar. Tenía en las manos unos delicados guantes, los quales parecía aparejar para calçar, y, aunque parecía en aquello tener todo su pensamiento, no hera así, antes tenía encubiertamente puestos los ojos en los cavalleros, paresciéndole no menos bien dispuestos que ella a ellos gentil y graciosa dama (fols. 18-vº-19-rº).

Lucidaner no se deja tentar; don Clarineo, sin embargo, sucumbe rápidamente a los encantos de la misteriosa dama.

Y, no esperando a que los príncipes le pudiesen responder, se quitó de las finiestras, con cuya ausencia quedó el príncipe don Clarineo tan embelesado que en aquel punto no se le acordava de la princesa Hermeliana, su señora; antes su apasionado corazón en bivas llamas por la donzella ya vista ardía. (...) Con la nueva llaga de amor se metió por el pequeño camino don Clarineo, llevando en su memoria representada la hermosa figura que biera; y, au[n]que la memoria de la princesa de Francia le diesse alguna pena, no hera de manera que le diesse la congoxa que solía (fol. 19-rº).

Los dos hermanos acometen la aventura, pero es don Clarineo quien la culmina con éxito, derrotando a las guardas del castillo y liberando así a la bella Rosaliana del encantamiento en que la había sumido el sabio Licanor. Más allá del ambiente maravilloso en el que se encuentra, no se nos dice en ningún momento que Rosaliana tenga poderes mágicos, por lo que podemos descartar cualquier tipo de *philocaptio*. El hecho de que don Clarineo se acuerde aún de Hermiliana y experimente cierto remordimiento parece confirmar que es perfectamente consciente de lo que está haciendo.

Superado el reto caballeresco, don Clarineo habrá de enfrentarse a la prueba de la lealtad

amorosa. Una carta de la sabia Belonia exhorta a los caballeros a partir de inmediato, pero especifica que don Clarineo, como libertador de Rosaliana, ha de acompañarla y responsabilizarse de ella. Es habitual que los caballeros escolten a las doncellas, pero en este caso la compañía supone para él una tentación difícil de resistir,

no le pesando a don Clarineo en quedar solo con Rosaliana, pasando con ella mucha dulçura de sabrosos amores, teniendo a la princesa de Francia muy olvidada, no se les acordando de partir de allí por muchos días. Al cabo de los quales, pareciéndoles que quanto más se detuviessen hera peor, acordáronse de partir para la corte del rey de Tracia, adonde les acaescieron muchas aventuras que adelante serán contadas, que esta princesa causó mucho destraymiento en don Clarineo y mucha pasión en la princesa Hermeliana, como adelante vos será contado (fol. 24-vº).

Tiempo después, todos los caballeros importantes del relato se darán cita en el castillo de la sabia Medea para rescatar a las princesas secuestradas. El único gran ausente será, precisamente, don Clarineo; Hermiliana teme que pueda hallarse en peligro, y toma las armas para ir en su busca. Tras muchas aventuras lo encuentra en Bohemia, disfrutando de la vida cortesana y de su relación clandestina con Rosaliana.

Hermiliana no se da a conocer; aún bajo su disfraz de caballero andante, se dispone a acometer la Aventura del Valle Desastrado, y don Clarineo, que la ve desde lejos, envía a su escudero para advertirle del peligro. La princesa aprovecha para echarle en cara su actitud, aludiendo al intercambio de roles que ha provocado su infidelidad:

–¿Soys vos suyo? –dixo Hermiliana.

–Sí, señor –dixo el escudero.

–Pues agora le dezid de mi parte –dixo la princesa– que me parece bien que, pues á dexado de hazer lo que como cavallero a quienes era obligado, tornándose guardador de damas, que tenga cuydado, como donzella, de avisar a los cavalleros que se guarden de las peligrosas aventuras; y que, para que vea la diferencia de lo uno a lo otro, que venga él y verá cómo los cavalleros no han olvidado lo que son [o]bligados (fol. 94-rº).

Don Clarineo, furioso, la reta a un duelo, pero Hermiliana responde:

no sé por qué queréys batalla, la qual yo haría con vos de buena voluntad, aunque no sé para qué la tengo de aver con un cavallero tan descuydado de su honra, que por estar en vicios y passatiempos ha dexado perder lo que tan ganado tenía. Porque, si esto no fuera, no dexárades de buscar a vuestras hermanas en las montañas de Syria, como hizo el emperador don Belanio y los príncipes, vuestros hermanos, hasta darles libertad; no dexárades de hallaros en la guerra troyana, donde con tanta sangre griega Policena fue restituyda en su estado; y aun lo que peor es, que assí ayáys olvidado el amor de la princesa de Francia, que, según yo la vi, ya deve de ser casada, vistos vuestros descuydos y cosas feminiles que avéis tomado (fols. 94-vº y 95-rº).

La inversión de roles no terminará aquí. Hermiliana, superada con éxito la aventura del Valle Desastrado, salvará a don Clarineo de una emboscada que le tienen sus enemigos en el jardín de

Rosaliana²¹⁷. Tras derrotar ella sola a los atacantes y llevarse a su amado, gravemente herido, a un lugar seguro, le revela su identidad²¹⁸.

En este momento, don Clarineo no solo ha perdido a Hermiliana, sino también su honor y su hombría. La doncella ha tomado las armas y ocupado su lugar como caballero, y le reprocha no solo su infidelidad, sino también su vida cómoda y regalada²¹⁹. Don Clarineo ha sido ampliamente superado por Hermiliana en fidelidad amorosa y hechos de armas, puesto que ella ha culminado con éxito una aventura que él no pudo acabar. Además le ha salvado la vida cuando se disponía a encontrarse en secreto con su amante; don Clarineo, por tanto, no puede caer más bajo a los ojos de la princesa. Es entonces cuando reconoce su error y pide perdón:

–Esclarecida princesa, mis yerros ninguna respuesta tienen, pues he sido el más desleal de quantos han sido. Suplícocos que me deys la muerte, que bien merescida la tiene quien tan mal conoscimiento de lo mucho que se os devía ha tenido, que con esto escussaréys que no me la dé yo desesperadamente para perder el alma (fol. 99-vº).

No obstante, Hermiliana considera que ya ha hecho suficiente:

Ciertamente, el desengaño que yo he visto de otro que de mi misma persona no lo creyera, y aun así estoy sospechosa que seas aquel don Clarineo que del duque de Calés me libró, porque aquel hera un príncipe, hijo y hermano de los mejores cavalleros del universo, y a ti hete hallado afeminado de los regalos de las mugeres, viol[a]ndo las casas reales de altos príncipes; y, p[u]es así es, ya quedamos iguales, que de un peligro me libristes, ya yo os lo he pagado en otro tanto. Dende oy más biviré descansada de la obligación que tenía. Y vos, cruel engañador, quedaréys con aquello que escogistes (fol. 99-vº).

Don Clarineo se muestra muy arrepentido, pero esto no bastará para recuperar a Hermiliana. La doncella ha afrontado una larga *queste* por él, solo para descubrir que no era merecedor de su amor. Por tanto, deberá purgar sus errores para demostrar que es digno de recuperarla.

Si bien es obligación de todo caballero ser leal a su dama, en la literatura caballeresca no

²¹⁷ Según Sales, “la huerta vuelve a presentarse como espacio de recreo y solaz, al tiempo que las dificultades para acceder al recinto envuelven el hipotético deseo del caballero de encontrarse con su amada de unas connotaciones simbólicas evidentes. Para gozar de la pasión fuera del matrimonio, hecho reprobable desde la ortodoxia cristiana, el amante debe salvar los impedimentos espaciales, el muro, identificados si se quiere con unas barreras de tipo moral” (Sales, 2004: 127). Velázquez Elizalde, en el análisis que realiza de la función del huerto en *Tirant lo Blanch* (2008: 177-181), lo destaca también como lugar de encuentros amorosos, si bien señala que su carácter de *locus amoenus* puede verse alterado por escenas o sucesos violentos. Este pasaje del *Belianís* reúne los dos aspectos, puesto que la batalla se produce cuando don Clarineo se disponía a reunirse en secreto con su amante.

²¹⁸ La historia de Hermiliana y don Clarineo recuerda al célebre romance de la condesita que se echaba a los caminos para buscar a su esposo perdido en la guerra. Ambos se reencuentran cuando él está a punto de casarse con otra mujer; finalmente, el conde reconoce a su esposa legítima y decide regresar junto a ella, porque “los primeros amores son tardidos de olvidar” (*Romancero*, ed. cit., p. 293).

²¹⁹ “Mientras el personaje se encuentra ocioso, no realiza ningún acto valeroso y entonces, su reputación y la de sus antepasados puede verse resentida” (Sales, 2004: 30).

faltan personajes que destacan precisamente por lo contrario²²⁰. El más célebre de todos ellos es, sin duda, Galaor, el hermano de Amadís de Gaula, conocido por sus múltiples escauceos amorosos²²¹. Sin embargo, Jerónimo Fernández no presenta a don Clarineo como un caballero libertino, puesto que su relación con Rosaliana no es breve ni ocasional. Don Clarineo, en realidad, es bígamo: se enamora de dos mujeres y alterna su relación con una y con otra, traicionando así la palabra dada a ambas.

Martín Romero señala que, entre el caballero fiel y el seductor, existe otro tipo de amante: “el caballero que siente un amor idealizado por una determinada dama, pero que falta a su primer amor cuando se enamora de otra doncella” (2010b: 168). Como ejemplo analiza el caso del protagonista de *Amadís de Grecia* (1530) que, aunque sirve lealmente a Lucela, la abandona cuando conoce a la bella Niquea. También se da un caso similar en el Caballero del Febo, que se debate entre el amor de Lindabridis y Claridiana. Ninguno de estos caballeros, sin embargo, regresará junto a su primer amor. Don Clarineo sí lo hará, y en el proceso, tratando de reparar su relación con Hermiliana, abandonará a su vez a Rosaliana.

En palabras de Bueno y Cortijo, “la infidelidad a la amada es una constante apoyada en la impunidad de la mentalidad patriarcal cristiana y en que el adulterio era un delito femenino por las implicaciones en la transmisión de la herencia o *heredad*” (2010: li). Esto último lo vemos claramente en el caso de Rosaliana que, tras ser abandonada, denunciará ante el emperador que su amante “hizo conmigo la mayor crueldad que sea en memoria, por lo qual soy agora deseredada” (fol. 221-r^o). En cambio don Clarineo solo tiene que responder ante Hermiliana, con quien existía un compromiso anterior. Sus acciones no tendrán consecuencias en sus derechos dinásticos, si bien “sí encontramos repercusiones literarias, pues los caballeros voluntariamente infieles a las damas o especialmente proclives al amor no alcanzan el estatuto heroico del protagonista, viviendo el espectador su infidelidad como una tara” (Bueno y Cortijo, 2010: li).

Por tanto, don Clarineo deberá expiar su traición mediante un retiro tanto físico como espiritual que lo redima ante Hermiliana y, sobre todo, ante los lectores.

²²⁰ Ortiz-Hernán (2009) distingue entre *caballeros seductores* y *caballeros adúlteros*; don Clarineo encajaría en esta última categoría ya que, si bien en este momento de la historia aún no está casado, la ruptura de palabra dada a Hermiliana basta para considerar su actitud como una infidelidad. Así lo entenderán la propia Hermiliana y otros personajes como el mismo don Belianís.

²²¹ “Galaor renuncia desde el principio de su carrera aventurera a mantener relaciones con una única mujer. A lo largo de su biografía son diversas las situaciones en que este caballero pasa por encima de ilusorias lealtades y no tiene reparo alguno en gozar de aquellas damas y doncellas hacia las que se siente atraído. Galaor encarna una concepción del amor más sensual y libertina, decididamente opuesta a los tópicos cortesanos” (Sales, 2004: 54). Cacho Blecua relaciona su actitud con la educación recibida, lejos de la corte y la civilización, tras ser raptado por un gigante, lo cual hará que desarrolle una “vida amorosa más instintiva” (2001: 123). Herederos de Galaor son personajes como Rogel de Grecia (*Tercera Parte del Florisel de Niquea*) o Perión (*Lisuarte de Grecia*).

1.6.2. Penitencia amorosa

Tras la partida de Hermiliana, don Clarineo no regresará con Rosaliana. Trata de salir en busca de su antiguo amor, pero una tormenta hace naufragar el barco en el que viajaba, y lo arroja a una isla desierta:

Mas, levantándose de allí, se fue por ver si en la isla había algún poblado, y subiose en una pequeña cuesta que allí había, donde vio la isla toda, pequeña, sin población ni casa ni señal de haverla havido jamás, si no fuesse de muchos animales bravos que por allí había (fol. 100-vº).

Entre esos “animales bravos” destacan una leona y sus cachorros, con quienes don Clarineo traba amistad.

Y en esta vida estuvo mucho tiempo, que los leones crecieron, y tomáronle tanto querer que le guardavan como si fueran lebreles de Yrlanda. Y él cada día en sus lágrimas y quexas, dando por aquella isla mil gritos que sus males publicavan, y viéndole los leones hazer aquello, con una desapacible música de gemidos le ayudavan.

Este episodio parece claramente inspirado en la penitencia de Amadís en la Peña Pobre:

Assí como oís fue encerrado Amadís, con nombre de Beltenebros, en aquella Peña Pobre, metida siete leguas en la mar, desamparando el mundo, la honra, aquellas armas con que en tan grande alteza puesto era, consumiendo sus días en lágrimas y en continuos dolores (*Amadís*, I, p. 711).

Amadís, privado del favor de su señora, se retira voluntariamente del mundo, actitud que será imitada por no pocos caballeros posteriores a él²²². Don Clarineo arriba a la isla por azar, y su falta es todavía más grave que la cometida por el enamorado de Oriana. Por tanto el autor le hará permanecer en su retiro durante largos años, a lo largo de los cuales nadie tendrá noticias suyas, Hermiliana seguirá ejerciendo de “caballero andante” y el hijo de Rosaliana crecerá hasta convertirse en un doncel dispuesto a tomar las armas.

Pasado este tiempo, en un encuentro fortuito con Hermiliana, don Belianís pide nuevas de don Clarineo y se entera por fin de la traición que ha cometido:

–¿Qué es esto, mi señora, que me contáys? –dixo don Belianís–, ¡que a don Clarineo por mejor empleado le tenía yo! No es possible que él aya perdido su tan buen conoscimiento.

–¡Ay, mi señor! –dixo Hermiliana, derramando lágrimas en abundancia–, ¿y cómo estáys tan engañado? Creedme, que a otro que a mí misma no diera crédito.

Entonces le contó quanto por sus ojos viera, ayudándole don Belianís con otro no menor pesar.

–D’essa suerte, mi señora –dixo el príncipe–, por demás nos cansamos en buscar a don Clarineo, que cavallero que tal yerro y contra tal princessa hizo, él mismo se havrá enterrado bivo, o se avrá puesto en parte donde hasta el último día no se sepan d’él nuevas.

–No esperéys tal arrepentimiento –dixo Hermiliana– en quien goza tales amores, que no se suffre; y de Roseliana me pesa que la dexó así perdida, y fuy yo d’ello la causa (fol. 127-vº).

²²² Véase Aguilar Perdomo, 2001.

Vemos, pues, que también el héroe del relato condena la actuación de su hermano y considera que su falta solo puede ser enmendada con un retiro radical como el que, de hecho, está sufriendo don Clarineo.

Poco después, don Belianís y Hermiliana llegan también a la isla por casualidad. El autor insiste en lo inhóspito del lugar, trasunto del alma de su único habitante:

Y llegando a lo alto con algún trabajo, vieron la ysleta en torno, cercada de agua, sin memoria de ningún edificio, y por lo más bajo vieron andar algunos animales bravos, algunos ossos y tigres, y no muy lexos d'ellos passaron dos dragones, dando espantosos silvos.

–No he visto más mala tierra que esta jamás –dixo Hermiliana–. Esta morada aun para los diablos es áspera.

Avía en ella un olor malo, que al parescer inficionava, y causávanlo unos animales terrestres llamados burcos, que su olor de muy junto atosiga como un ponçoñoso veneno (fol. 128-rº).

No tardan en encontrarse con don Clarineo; sin embargo, la vida salvaje lo ha transformado hasta tal punto que no lo reconocen:

estava tendido un grande salvaje cubierto de unas pieles de lobos marinos mal adereçadas; los cabellos de la cabeça por sobre la ropa caían hasta la cinta, cubriéndole la mayor parte del rostro; tenía una espada ceñida con una guarnición de oro, esmaltada con algunas relumbrantes piedras por ella. Al parescer dormía; alderredor d'él estavan diez o doze leones hechados, como que de le guardar tuviessen cargo (...) Y quitáronle los cabellos de sobre el rostro, que le ahogavan, mas no por esso le conocieron; estava don Clarineo tan tostado del sol que se havía buuelto de la color de un etíope o poco menos. Estava muy flaco, los ojos muy metidos; no le conocieron, ni aun era menos, según él estava dessemejado (fol. 128-rº).

Don Clarineo ha cambiado por fuera, pero también por dentro. Así, la descripción de la isla como *locus eremus* se relaciona con la devastación física que presenta el caballero, que es también un reflejo de su desolación interior²²³. De hecho, don Clarineo reconoce a sus seres queridos, pero ya no se considera digno de ellos, por lo que mantiene en secreto su verdadera identidad, haciendo, esta vez sí, lo que se espera de él: “se habrá enterrado bivo, o se avrá puesto en parte donde hasta el último día no se sepan d'él nuevas”.

La prueba de fuego de don Clarineo se produce cuando deja marchar a su hermano y a su amada sin confesarles la verdad. Llegó a la isla por azar, pero permanece en ella voluntariamente para expiar sus faltas, y esta fortaleza de carácter propiciará su redención.

1.6.3. Reconciliación y reconocimiento de los errores pasados

Dado que el personaje ha demostrado una evolución y un cambio de actitud, el autor decide darle una nueva oportunidad y, aunque don Belianís y Hermiliana parten de la isla sin haberlo

²²³ “De acuerdo con las exigencias cortesanas, el servicio amoroso obliga al caballero a obedecer a la dama. Sin embargo, la ruptura de la relación simbiótica entre amor y caballería lleva al amante a una situación muy dramática. Al perder su referente vital, el héroe se abandona. No discute la decisión de su dama y se entrega a una penitencia amorosa que supone su máxima postración” (Sales, 2004: 135).

reconocido, una tempestad los devuelve convenientemente a ella, justo en el momento en que don Clarineo expresa sus quejas en voz alta. Se produce la anagnórisis y Hermiliana, juzgando que su amado ya ha penado bastante, lo perdona y le permite regresar a su lado:

–¿Qué os parece, mi señora –dixo don Belianís– de tal lealtad? No sin causa os dezía yo que tenía a don Clarineo por perdido, que tal aventura como esta no mereze ser olvidada.
–Bien me plaze –dixo Hermiliana, sus más graciosos ojos que otros del mundo hechos fuentes de lágrimas– que, como vi el yerro, aya visto la enmienda; de que don Clarineo aya hecho tal locura me pesa, que con un suspiro de tantos como él por esta ysla ha dado le perdonara yo mi muerte y quedara más que satisfecha (fol. 129-rº).

Una vez producido el reencuentro, los dos formalizan y consuman su amor:

–Agora, mis señores –dixo el príncipe don Belianís–, pues yo también he passado parte de mi trabajo, quiero llevar parte de la merced.
Entonces, tomádoles las manos, con grande alegría y contentamiento de entr’ambos los desposó, y la hermosa francesa abraçó y besó al denegrido salvaje, no le pareciendo menos ermoso que quando del duque de Calés la librara (...) En el entretanto que la fusta se hadereçava salían a caça con los leones, donde no faltó alguna vez que, perdiéndose en ella el príncipe don Clarineo y la princessa Hermiliana, cumplieron sus desseos, con no menos alegría entr’ambos que hasta allí passaran de travajos (fol. 129-vº).

De este modo, don Clarineo regresa a la caballería andante habiendo purgado su infidelidad y obtenido por ello el amor de su dama. Símbolo de su resurgimiento son los leones que lo acompañan en su retorno a la civilización: “hizieron un artificio en que los leones fuessen, que por ninguna manera los quiso dexar don Clarineo, que con él yban tan mansos como corderos” (fol. 130-rº)²²⁴.

A partir de ahora, Hermiliana y don Clarineo serán inseparables. Resuelto el conflicto que motivó su *queste*, la doncella, sin embargo, no abandonará las armas, de modo que veremos a la pareja acudir juntos a justas, guerras y aventuras, y pelear codo con codo como dos valientes caballeros.

Lo único que falta para devolver a don Clarineo al camino de la buena caballería es solucionar el estado de Rosaliana, la princesa abandonada que, como hemos visto, ha perdido su honra y su herencia por culpa del engaño de su amante. Acudirá a pedir justicia ante el emperador; pero Hermiliana y don Clarineo, en su felicidad, no desean iniciar ningún conflicto con ella, por lo que reconocen su implicación en el asunto y piden humildemente perdón:

Mas esto ni otra cosa no pudo a los príncipes mover a la batalla; que, siendo por su demanda conocida ser la bella Rosaliana, ambos se tomaron por las manos, y con admiración del emperador y los presentes, ante ella se hincaron de rodillas, y don Clarineo le dize:

²²⁴ Estos animales, a diferencia de su madre o de la leona que criaba a los gemelos Polistor y Dolisteo, han sido domesticados porque han crecido junto a don Clarineo. También el protagonista de *Ivain*, de Chrétien de Troyes, retornaba a la corte acompañado por un fiel león después de un retiro “a lo salvaje”, motivo por el cual obtenía el sobrenombre de “El Caballero del León”. Tampoco hay que olvidar que la presencia del león simboliza “la lucha continua, la luz solar, la mañana, la dignidad real y la victoria” (Cirlot, 1997: 279).

–Soberana princesa de Boemia, no son las mercedes de vuestra parte hechas de tal calidad que se puedan poner en juyzio de batalla: mas, de que conociendo aver sido en todo culpados en lo que a vos se devía, hagáys de nosotros lo que vuestra boluntad fuere, como de aquellos que fuera de esse hierro en todo emos deseado vuestro contentamiento.
¡Quién os dirá lo que Rosaliana sintió de ver los príncipes delante de sí! Acordándosele de las cosas pasadas, no podía hablar palabra más de derramar espesas lágrimas, sin tener acuerdo para mandarlos levantar (fol. 221-vº).

Dado que don Clarineo ya está casado oficialmente con Hermiliana, Rosaliana no puede aspirar a recuperarlo. Sin embargo, sí pide a su antiguo amante que reconozca a Astrideo, su hijo, para que pueda heredar el trono de Bohemia. Así lo hace don Clarineo, de modo que el joven caballero queda ligado al linaje del imperio griego, subiendo espectacularmente en el escalafón social.

Vemos por tanto, que, aunque la figura del caballero adúltero no es inusual en los libros de caballerías, Jerónimo Fernández se posiciona decididamente en contra de la deslealtad amorosa, justificando los “deslices” de sus héroes mediante encantamiento o *philocaptio*, como ya hemos visto, o bien obligándolos a purgar su error y responsabilizarse de sus actos. Esto llama la atención porque parece contradecir la tendencia habitual del género; según Cuesta Torre, “estas novelas reflejan la diferente postura de la sociedad medieval respecto al adulterio femenino y al masculino. El primero debe ser castigado, el segundo carece de importancia” (2001b: 113).

2. DAMAS Y DONCELLAS

2.1. La mujer en la aventura caballerescas

A pesar de su escasa actividad, representa una entidad fundamental en los libros de caballerías, hasta el punto de que “es prácticamente imposible comprender la esencia del caballero sin la presencia femenina” (Haro, 1998: 181). La dama es la inspiración del caballero, y existe una relación indisoluble entre amor y caballería; la iniciación caballerescas suele darse al mismo tiempo que la iniciación amorosa, conociendo el caballero novel a su dama casi al mismo tiempo de ser investido. Por ella acometerá las más asombrosas hazañas, será su nombre el que invoque antes de la batalla y su belleza la que defienda ante todo el que ose negarla.

En palabras de Marín Pina,

la mujer no es la protagonista de estas ficciones, pero sí pieza indispensable de las mismas. La existencia del héroe, protagonista indiscutible de estos libros, pocas veces se entiende sin las mujeres; ellas justifican en principio y parcialmente su razón de ser como caballeros, porque dentro de la aceptación del código caballeresco se halla el compromiso de su defensa (1991: 136-137).

El caballero coloca a la dama, por tanto, en un pedestal, de donde se espera que ella no se mueva en tanto que su enamorado trata de llegar hasta allí:

La mujer es en tales casos su inspiradora, un ser perfecto, una obra maestra de Dios, objeto de culto y reverencia. Esta idolatría a la mujer, que también presentan por las mismas fechas la ficción sentimental o la poesía cancioneril, está en la esencia de toda la ideología del amor cortés y la hereda en arte la literatura caballerescas peninsular del *roman* artúrico, que lo había practicado notablemente en sus primeros textos, donde la mujer estaba conceptuada como un ser superior capaz de ennoblecer y dar categoría al amante (Marín Pina, 1991: 137).

Por un lado, el caballero acepta la superioridad de la dama, pero por otro se la considera un ser frágil y desvalido. Ella se limita, pasivamente, a esperar a que el caballero regrese de sus innumerables aventuras, o a “ventanear” para ser testigo de sus hazañas cortesanas. Su función consiste en reaccionar ante las maniobras –acertadas o no– del caballero, bien premiándole con un nuevo galardón que lo acerque más a su corazón y a su lecho, bien castigándolo con el azote de su indiferencia. La dama es, por tanto, juez, pero también es el premio. En muchas ocasiones esto se manifiesta de forma más clara cuando la dama es secuestrada, y el caballero debe acudir en su ayuda. No obstante,

el héroe rescata a la dama del dragón, es decir, de sí misma, de la imaginación, de la exuberancia sensual, de la imprevisibilidad devoradora, para someterla, frágil y sumisa, al matrimonio legitimador y anafrodisíaco, hecho de suspiros y de un bordar solitario en lo alto de la torre (Savater, 1982: 98-99).

Esto no implica, sin embargo, que no existan damas activas, herederas de los personajes

femeninos del *roman cortés*; magas con poderes sobrenaturales, damas y doncellas requeridoras de amores, guerreras o *andantes*, que contrastan con el papel pasivo que suele adoptar la protagonista:

Los personajes femeninos y su tratamiento en los libros de caballerías hispánicos mantienen ese haz y ese envés: la mujer activa y tentadora, que el amor cortés idealiza paulatinamente, y una postura misógina, que hace desaparecer a la mujer o la subyuga. El modelo de mujer sexualmente activa parece claramente morganiano. El propio arquetipo, la reina Morgaina, mantiene relaciones libremente con diversos caballeros y lleva una vida independiente, como corresponde a una mujer de origen feérico; pero en las traducciones su presencia quedará muy disminuida, y su influencia suprimida. En las novelas escritas en el siglo XV, especialmente las catalanas, la propensión al realismo y la sensualidad se extrema; el *Amadís*, modelo castellano por excelencia es, sin embargo, una obra casta dentro del amor cortés, en la que el amor es fiel y duradero (Trujillo, 2007: 276).

La meta de este amor es el matrimonio; una vez que la doncella, soltera y virgen, se convierte en una dueña, es decir, en una mujer casada, deja de ser un personaje importante en el relato caballeresco y se la condena al olvido. Sin embargo, para llegar hasta este punto es necesario pasar por varias etapas²²⁵. Ante todo, el caballero debe llamar la atención de su dama y lograr que se fije en él. Con esta intención acomete todo tipo de aventuras y lucha por hacerse un hueco entre los caballeros más famosos. Todo esto lo lleva a cabo sin darse a conocer; porque el caballero no solo pretende ser digno de su linaje a través de sus hechos de armas, sino, también, despertar el interés y la curiosidad de la dama por medio del misterio sobre su identidad.

En la literatura caballeresca, el enamoramiento entre el héroe y su dama suele ser recíproco y simultáneo. No obstante, ella se guardará mucho de demostrarlo, puesto que debe defender su honestidad²²⁶. Es misión del caballero ir superando poco a poco estos obstáculos, hasta que ella le entregue su corazón, primero, y le dé palabra de matrimonio después. Esto suele suceder con solamente uno o dos testigos, pero basta para que el amor entre ambos pueda consumarse. Sin embargo, dado que todavía no se ha hecho pública, la relación debe mantenerse en secreto hasta que, por fin, las circunstancias sean lo bastante favorables como para que el matrimonio pueda celebrarse²²⁷.

El amor cortés no contemplaba el matrimonio, puesto que planteaba una relación adúltera.

²²⁵ Bueno y Cortijo señalan cinco: “enamoramiento, dificultades del amor (...), relación sexual en citas nocturnas (con matrimonio previo, a veces), breve referencia al embarazo y alumbramiento, y matrimonio público” (2010: 1)

²²⁶ Esta preocupación por la honra no se contemplaba en la narrativa cortés anterior, y parece específica de los libros de caballerías hispánicos. En palabras de Bueno y Cortijo, “Desde el momento en que las damas, durante el cortejo, comienzan a preocuparse por las consecuencias para su honra –en realidad, la del *linaje* de su familia– y por la repercusión social que tendría aceptar o rechazar la unión sexual, en la línea de la ficción sentimental, se están poniendo en la picota unos problemas que tienen vigencia, por lo menos en el ámbito de la literatura, en las postrimerías del siglo XV”. Los personajes de los libros de caballerías, en especial el *Amadís*, se establecen como modelos de conducta al reproducir “el paradigma oficial de comportamiento masculino y femenino con intención normativa, y para consolidar y reforzar los modos patriarcales” (2010: xlix).

²²⁷ Sobre el tema del matrimonio secreto, es clásico el estudio de Ruiz de Conde (1948).

Normalmente el caballero se enamoraba de la esposa de su señor, en lo que Duby ha señalado como una forma más de relación de vasallaje, un juego pedagógico que va encaminado a sublimar la tendencia violenta de los jóvenes guerreros. Esto se ve reflejado en la literatura cortés a través de parejas clásicas como Lanzarote y Ginebra o Tristán e Iseo. Sin embargo, la literatura caballeresca del siglo XVI nos presenta amores que, tras largas vicisitudes, casi siempre terminan en boda. En los libros de caballerías castellanos, por norma general, se condena el adulterio, y el protagonista se enamora de una doncella de su edad. Esto se entiende si tenemos en cuenta el halo de predestinación que rodea al héroe; su relación con su dama a menudo está apoyada por profecías y señales del destino, por lo que resulta inconcebible que ella se case o “pertenezca” a otro hombre, ya que está predestinada al mejor caballero del mundo. Otro factor fundamental es el hecho de que el adulterio contradice la moral de la Iglesia, y en los libros de caballerías castellanos se termina por condenarlo y ensalzar el matrimonio estable, una solución más acorde con la doctrina religiosa oficial²²⁸. Por otro lado, tanto la dama como el caballero son dechados de virtudes; su amor mutuo también es perfecto e intachable y, por tanto, no ha de ser enturbiado por una relación con un tercero.

La protagonista femenina de los libros de caballerías suele atenerse, por lo común, a una serie de características esenciales:

1. Es la más hermosa de su tiempo y ninguna otra le hace sombra; en este sentido, la belleza de la dama es pareja al valor de su caballero: el mejor caballero del mundo tiene por enamorada a la dama más hermosa. Así, del mismo modo que el valor caballeresco se plantea como la mejor cualidad del héroe, la belleza es lo que define a su dama²²⁹.
2. Es una doncella de alta guisa, generalmente una princesa, hija de rey, emperador o soldán:

Princesa o infanta, la dama protagonista está relacionada directamente con el trono de un reino o de un imperio, puesto que el desenlace final de sus relaciones sentimentales con el héroe conducirá al matrimonio público y con suma frecuencia conllevará la herencia de una corona (Lucía y Sales, 2008: 191).

3. Es un modelo de honestidad, aunque solo hasta que conoce a su caballero. Así, estas damas enamoradas,

adornadas de toda suerte de cualidades y virtudes, amén de una extraordinaria belleza, viven recluidas en el hogar paterno. Su actitud en principio es de sumisión, sin embargo, relativa, porque, tan pronto como descubren el amor y mantienen

²²⁸ “La literatura artúrica exalta la fidelidad de los amantes, no la de los cónyuges. La novela de caballerías posterior, que recogerá muchos de sus rasgos, encontrará un camino intermedio: los caballeros serán fieles a sus esposas secretas. El matrimonio secreto permite conservar en las relaciones de los enamorados las características del amor fuera del matrimonio (necesidad de discreción, encuentros furtivos, pasión, fidelidad) a la vez que elimina el pecado” (Cuesta Torre, 2001b: 111)

²²⁹ Sales (2004: 45-46) subraya la importancia del atractivo físico en la descripción de la dama, que en algunos casos incluye también alguna pincelada erótica, y pone como ejemplo el retrato de Carmesina en el *Tirant* (1511); destaca también el hecho de que con el tiempo el retrato femenino se va volviendo más minucioso, respondiendo a un ideal de mujer que tiene su raíz en el medievo y que “años después seguirá viva en la poesía de Garcilaso o el mismo Góngora”.

relaciones secretas con sus enamorados, burlan y desafían la potestad de sus progenitores (Marín Pina, 1991: 138).

Tras una etapa de galanteos, la dama se entrega a su amado, no sin antes haberse prometido en matrimonio, y debe ocultar sus amores –y con harta frecuencia, también un embarazo– hasta que él esté preparado para casarse con ella en público.

4. El espacio de la dama es la corte²³⁰. Es el caballero quien recorre medio mundo en busca de aventuras, pero siempre volverá a la corte para reencontrarse con su amada, que lo esperará con paciencia y enfermará de dolor si él se retrasa.

En el *Belianís de Grecia* hay muchas damas y doncellas, pero hay pocas que destaquen sobre las demás. Lógicamente, los personajes femeninos más interesantes de la novela son precisamente los que se apartan del modelo, representado por Florisbella.

2.2. La dama perfecta: Florisbella

Florisbella es la hija del soldán de Babilonia y, por tanto, una princesa pagana. Ella y don Belianís no se conocen hasta el capítulo XLIII de la *Primera Parte*, con lo que su entrada en escena es bastante tardía. Sin embargo, don Belianís ya la había visto previamente: el escudo entregado por la sabia Belonia presentaba una imagen de Florisbella, aunque el héroe desconocía su identidad. Más tarde, la doncella Floriana le confirma el nombre y condición de la misteriosa desconocida y le habla de sus virtudes, que se reducen, por lo visto, a su extraordinaria belleza, constatada por un retrato²³¹:

...como fulminante rayo de los coraçones de los caualleros es tenuta su vista.
–¿Tanta es su hermosa –dixo don Belianís– que tal operación en ellos causa?
–No lo podéys creer, señor –dixo la hermosa Floriana (...)
E luego la sacó de vna ancha manga que vestida traýa Periana y descogendo la que en vn pergamino estaua, luego por el Cauallero de la Rica Figura fue conocida ser la misma qué en su escudo pintada traýa, aunque la de su escudo estaua mejor sacada, y aunque muchas vezes

²³⁰ Velázquez Elizalde (2008) señala la importancia que tuvo el remplazo del castillo por el palacio a finales de la Edad Media; mientras que el castillo era un lugar esencialmente militar y defensivo, el palacio constituye la sede del poder real y también actúa como lugar de reunión de la caballería en torno al monarca. En este espacio los caballeros interactúan entre ellos y con las damas, haciendo gala de su cortesía y sus habilidades diplomáticas. Si bien los espacios públicos de la corte facilitan los primeros galanteos entre la dama y su enamorado, es en los aposentos privados donde tienen lugar los encuentros amorosos más apasionados. La dama que se encuentra en la corte tiene, además, un *status* diferente al de las mujeres con las que el héroe se cruza a lo largo de sus aventuras. La primera es, de algún modo, la “pareja estable”, mientras que las otras son relaciones breves. En palabras de Bueno y Cortijo, “el tratamiento varía de las *aventuras de camino* a los escauceos en la corte, porque una y otra forma de amar tienen desigual trascendencia; en el primer caso es fortuita y en el segundo, si bien también ocasional, a veces trae asociada la gestación de descendencia” (2010: 1). En la *Tercera y cuarta parte* nos encontramos con que, efectivamente, la relación con una “dama del camino” recibe un tratamiento diferente, pero este no tiene que ver con la descendencia, ya que Ginebra, Dolisena y Rosaliana quedarán embarazadas, sino con el hecho de que ninguna de ellas contraerá matrimonio con su amado, mientras que las “damas de corte” (Florisbella y Belianisa) sí lo harán.

²³¹ Se reiterará la suprema hermosura de Florisbella a lo largo del relato. Durante un ágape en el castillo de la sabia Medea, las damas y doncellas son situadas en torno a la mesa en virtud de su hermosura, y Florisbella ocupa un puesto de honor. Más tarde, Cupido la declara la mujer más hermosa (III, 6).

aquella figura en su escudo viera, no preguntó jamás cómo aquella figura fuese, que no pensaba él que tan gran hermosura en el mundo se hallase y pensaba que por polidez la había allí la sabia Belonia pintado y súbitamente, sin que fuese parte para lo resistir, fue entre sí herido de tan cruel fuego de amor que todos los días de su vida le duró (*Belianís de Grecia*, I, cap. XXIII, p. 129).

Conocemos, por tanto, a Florisbella a través de la mirada de don Belianís, que se enamora de ella *de visu*, atraído por la hermosura que contempla en su retrato, puesto que Floriana no ha ensalzado otras virtudes, como podrían ser la honestidad y la discreción, que suelen ser complemento de la belleza de la dama, y por las cuales un caballero puede enamorarse también *de auditu*.

Más adelante, don Belianís llega a Babilonia a tiempo para rescatar a Florisbella de las garras del sabio Fristón, que está a punto de secuestrarla para tratar de que se case con Periano de Persia. Una vez solucionado el problema, el héroe se presenta por primera vez ante su dama, pero no le muestra su rostro ni le revela su identidad. Sin embargo, le entrega el anillo que lleva puesto.

Florisbella, como debe corresponder a una doncella prudente y recatada, duda sobre si aceptar el presente, pero su padre la anima a ello. La princesa, por otro lado, se fija en las perfectas manos de don Belianís, la única parte de su cuerpo que puede ver.

Más tarde, fantaseando sobre su identidad y su aspecto, Florisbella se da cuenta de que se ha enamorado de él; y, aunque intenta disimularlo ante su prima Matarrosa, ella lo descubre casi inmediatamente. Florisbella se nos presenta, por tanto, como una joven dulce, inocente, sumisa y obediente; su carácter dócil contrasta con el de la inquieta, alegre y vivaz Matarrosa, su mejor amiga y confidente, a través de la cual conoceremos los más recónditos sentimientos de la protagonista.

Poco a poco, la joven princesa irá descubriendo más detalles sobre el misterioso desconocido. Don Belianís se va mostrando gradualmente, en una estrategia destinada a inflamar la imaginación y los sueños de una muchacha confinada en el palacio de su padre, que prefiere entregar su corazón al héroe enigmático que viene y va, antes que a Periano de Persia, que la había cortejado de manera más continuada.

En la *Tercera y cuarta parte*, don Belianís ya ha superado todos los obstáculos para llegar hasta ella y la pareja ha consumado su amor. A pesar de ser un caballero cristiano, don Belianís es bien recibido en la corte de Babilonia y nada parece interponerse entre los dos amantes.

Sin embargo, el secuestro de las princesas y el inicio de la *queste* colocan a Florisbella en una situación de espera, una vez más. Desde el castillo de la sabia Medea, la princesa de Babilonia no puede hacer otra cosa que contemplar las hazañas de su caballero a través de un espejo encantado, resignada, de nuevo, a mirar mientras son otros –los caballeros– los que actúan.

El espejo es un atributo femenino y un símbolo de vanidad, pero también, en el caso de los espejos esféricos, se trata de la representación alquímica del universo (Malaxecheverría, 1989: 166); por eso no resulta extraño que Florisbella pueda ver con él a través de la distancia.

Pero el espejo también está relacionado con el amor²³². En este caso, se trata de una variedad elaborada de la ventana o celosía a través de la cual la dama sigue las evoluciones de su caballero. El ingenio permite a Florisbella, por tanto, seguir “ventaneando” sin estar físicamente presente²³³.

El único suceso importante que viene a turbar su espera en el castillo de la sabia Medea es el nacimiento de su hijo Belflorán. Como otras muchas damas caballerescas antes que ella, y como sucederá también con Dolisena, Florisbella se verá obligada a separarse del infante para proteger su reputación, puesto que todavía no se ha hecho público su compromiso con don Belianís. Observa por tanto, impotente, cómo el sabio Merlín se lleva lejos a su hijo, nacido con la marca heroica.

Tras el rescate y posterior boda con don Belianís, Florisbella pasa a ocupar un lugar secundario en la trama. Su esposo parte en busca de Belflorán y tarda más de quince años en regresar. Y Florisbella, nuevamente, se queda aguardándolo, tal y como se espera de ella.

El autor centra su atención en ella solamente en tres ocasiones más: nos cuenta su airada reacción al recibir una carta de Periano de Persia, respondiendo con furia a sus pretensiones y defendiendo su condición de respetable mujer casada; nos describe sus aventuras en Chipre, a donde llega tras un naufragio junto a cuatro princesas más (pero en este caso, las cinco funcionan como una colectividad y apenas se nos describen sus actos de manera individualizada)²³⁴; y, finalmente, nos reproduce sus reproches a don Belianís cuando se desvela su aventura con Dolisena en el Templo de Amón.

Sin embargo, incluso en este último caso, Florisbella acata rápidamente la voluntad de su marido y señor. Al final de la obra se sigue alabando la belleza de la princesa de Babilonia, pero ella, una vez casada, ya no tiene nada más que decir. El héroe ya ha obtenido su amor y su mano, y partirá en busca de otros horizontes. Y Florisbella quedará en el palacio esperándolo, una vez más, mientras otras damas más jóvenes empiezan a competir con ella en belleza y se convierten en las nuevas protagonistas del juego del amor.

²³² En un hábil juego de cortesía, el caballero puede confesar a la dama su amor por ella tendiéndole un espejo y diciéndole que este le mostrará a la mujer a la que él ama..., no viendo la dama otra cosa que su propio reflejo, como sucede en el *Tirant*. Hay espejos mágicos que, ciertamente, no reflejan al que los contempla, sino que le muestran una imagen de su amante, como ocurre en el *Primaleón* (1512) (Beltrán y Requena, 2002). El espejo de Juno parece ser una variante de estos, pues le muestra a Florisbella lo que está haciendo don Belianís para consolarla de su ausencia. Corresponde al motivo D1323.1.: Magic clairvoyance mirror.

²³³ Sales (1999) analiza el papel de la mirada en los libros de caballerías, y destaca el hecho de que la belleza de las damas, las grandes maravillas y, por supuesto, las hazañas caballerescas, no tienen el mismo significado si no hay nadie para admirarlas. Por ese motivo no tiene sentido que don Belianís lleve a cabo grandes proezas si su dama no puede contemplarlas. Así, “conforme avanza el género, las mismas criaturas ficticias toman conciencia del poder y las posibilidades de la mirada, y voluntariamente actúan para ser observadas” (p. 31).

²³⁴ “La mediación de la fortuna en forma de tormentas marítimas es un recurso que, en ocasiones, acerca el libro de caballerías al relato bizantino. Una pareja o un grupo de personajes que navegan en varias embarcaciones pueden separarse, de forma que se plantea un proceso posterior de búsqueda y reencuentro entre los amigos, parientes o amados” (Sales, 2004: 139).

2.3. La *belle dame sans merci*: Belianisa

Belianisa es la hija de los reyes de Inglaterra. La vemos por vez primera en la guerra de Constantinopla, rodeada de doncellas y princesas de alta guisa que, sin embargo, no le harán sombra, puesto que ella es la dama más hermosa de su generación y, por tanto, la destinada al nuevo héroe; sus amigas recibirán, en una perfecta simetría, los galanteos de los amigos del héroe.

Belflorán se enamora de ella en el mismo momento de su investidura, ya que es Belianisa quien le ciñe la espada, estableciéndose así una estrecha relación entre la vida amorosa y la vida caballeresca del héroe²³⁵. El enamoramiento *de visu* es súbito, mutuo y fulminante:

Y con esto fue por le ceñir la espada; mas, queriéndole dar armas con que se defendiesse, le dio la más espantosa herida que jamás recibió, porque, viendo tal ocasión, no la quiriendo perder, aquel destruydor de los humanos coraçones a entr'ambos asaeteó de un golpe con el qual, sin valer las armas ni el animoso de ser suyo, passó entr'ambos coraçones. ¡O, príncipes!, verdaderamente os tengo lástima, que de tan pocos años tanta crueldad se os apareja. ¡Quién contara cuál quedó Belflorán, viendo tal hermosura cuál se llegó Velianissa a darle la espada! Creo ninguno lo supiese dezir, pues ellos jamás lo entenderán. Son estos lazos del amor de tal suerte, y aprisionan con tanta dulçura que no ay herida que quiera ser libre, ni libre que no busque su perdición. Nunca este día se les olvidará, en el qual el uno y el otro quedaron del Amor tributarios. Mas, como en las damas la vergüença sea el más duro freno, tiró por la princesa, la hizo tornar en sí un poco (fol. 152).

Esa “vergüença” de la que habla el autor obligará a Belianisa a fingir indiferencia hacia Belflorán, pese a que se sabe enamorada y sufre por él²³⁶. Sin embargo, su actitud no se debe solo a la timidez o al deseo de salvaguardar su honra. Cuando Belflorán le envía una carta confesándole sus sentimientos, Belianisa, perfecta conocedora del código cortés, sabe cuál debe ser su reacción. Belflorán va demasiado deprisa, y Belianisa le devuelve una réplica airada para ponerlo en su lugar y enseñarle que en materia de amor hay que ser constante y esforzado. Pese a que también ella está enamorada, se atiene perfectamente a las reglas del juego y actúa como una perfecta *belle dame sans merci*²³⁷, ocultando sus sentimientos con más éxito del que había obtenido su futura suegra, Florisbella.

Efectivamente: Belianisa está rodeada de doncellas, pero ninguna de ellas es su confidente en asuntos amorosos, con lo cual el secreto de sus amores continúa sin ser compartido. No necesita a

²³⁵ Cacho Bleuca señala la excepcionalidad de la presencia de Oriana y otras damas en la investidura de Amadís, por ser tradicionalmente un rito vedado a las mujeres, tal y como se deduce de las fuentes históricas (1979: 78-79). La relación simbólica entre iniciación amorosa y caballeresca es tan poderosa, sin embargo, que se verá reflejada en otros libros de caballerías posteriores, convirtiéndose en un tópico del género.

²³⁶ “Muchas mujeres protagonistas responden a las primeras aproximaciones del caballero con una doble reacción. Exteriormente, manifiestan el comedimiento lógico que deben mostrar para que su honra no se vea cuestionada. Interiormente, se ven satisfechas ante la petición de aquel pretendiente que solicita ser su vasallo y quiere dedicarle un servicio amoroso” (Lucía y Sales, 2008: 193).

²³⁷ El rigor de la dama era un elemento básico del juego cortés: “En el «cortejar» o «hacer la corte» tiene la amada la última palabra, y se permite fingir desdenes y aprestar obstáculos para probar a su galán (...) La *belle dame sans merci* sabe prolongar ese juego cortesano. En el largo asedio galante se purifica y se sublima el deseo sexual” (García Gual, 1988: 76).

nadie a quien confiar sus dudas, porque no las tiene. Sabe exactamente cómo ha de comportarse²³⁸.

Belflorán se convierte en el Caballero Sin Amor y declara que las damas no merecen ser servidas, demostrando un total desconocimiento del juego cortés y avergonzando con ello a su dama, que lo trata todavía con más dureza. También se mostrará celosa al advertir las atenciones que la reina Cenobia dispensa a Belflorán. Siguiendo el modelo de Oriana, sospecha que su amado pueda serle infiel, pese a que él nunca llegará a corresponder a la amazona.

Más tarde, durante la aventura del dragón del templo de Amón, sus sentimientos salen a la luz. Belflorán queda gravemente herido, y una inscripción en un padrón advierte a Belianisa que “la vida del griego príncipe no puede ser restituída sin la muerte de quien más le quiere” (fol. 214-vº). Sin dudarle, Belianisa clava en su pecho el puñal de Belflorán:

Entonces, sin se le acordar del cielo ni de la tierra, quitó a Belflorán la daga de la cinta; que, viendo a lo que ella estava determinada, no ay con qué encarecer su pesar; viendo que no se podía revolver, determinado estava que avía de acaecer de entr'ambos lo que de los sin ventura Píramo y Tisbe junto a la fuente, que bien vía él en Belianisa el más encendido amor que él cuydara. La qual a esta ora puso la mañana de la daga sobre los pechos de Belflorán, determinada de quedar muerta entre sus braços, y con la mayor fortaleza y determinación posible dize:

–Acuérdate, señor mío, de quien dio su propia vida por la tuya, y diera mil si tuviera, y solo muere con pesar de que siendo bivo no conociste su corazón.

Entonces se arrojó sobre la daga, acabando la más estraña aventura que fuesse jamás vista (fol. 215-rº).

Su sacrificio pone fin al encantamiento y todos acaban sanos y salvos²³⁹. El gesto de Belianisa, quien decididamente toma la iniciativa para salvar la vida de su amado, ofreciendo la suya propia, aporta una mayor profundidad al personaje. Es ahora cuando descubrimos hasta dónde llega

²³⁸ Mucho más adelante, ya hacia el final de la novela, Belianisa escribe una carta a Belflorán y precisa de alguien que se la entregue. Aparece entonces la figura de la doncella Lindonisa, que se muestra conocedora de los amores de su señora, aunque nunca antes la hayamos visto confiarle sus cuitas de amor. El lector entiende que Belianisa ha revelado su secreto por necesidad, o que la propia Lindonisa ha deducido los motivos que podría tener su señora para escribir al príncipe de Grecia. También, tiempo después, la intervención de Lindonisa en la relación de los amantes seguirá manteniendo esa motivación práctica: necesitan su presencia como testigo en su boda secreta.

²³⁹ Campos García-Rojas (2003) señala que, aunque el suicidio es contrario a la doctrina cristiana, la Iglesia era más benevolente en determinados casos, y esta simpatía se refleja en los libros de caballerías, cuando el personaje que se quita la vida lo hace llevado por la *desperatio*, arrastrado a una situación de extremo sufrimiento. Este autor analiza tres motivaciones principales: “la pasión amorosa no correspondida, el rechazo a la conversión al cristianismo y la derrota deshonrosa” (409). El caso de Belianisa no se ajusta a ninguna de ellas, aunque su acción está motivada por el amor. Al dar su vida por Belflorán, Belianisa muestra sus verdaderos sentimientos, por si algún lector dudaba de ellos. Superada la ordalía amorosa (pues no se trataba de otra cosa), Belianisa vuelve a la vida, habiendo demostrado que está dispuesta a sacrificarse por el héroe, gesto que la hace digna de él. Jerónimo Fernández, al poner a su personaje en la terrible disyuntiva de elegir entre su propia vida o la de su amado, desarrolla también una escena conmovedora y de gran fuerza emocional. El suicidio aparece, por tanto, como un recurso de los libros de caballerías para generar tensión y profundizar en la psique de los personajes; sin embargo, también “debemos valorarlo como una fuente y espejo de pasiones y sentimientos humanos que dotan de una riqueza aún mayor a los libros de caballerías” (Campos García-Rojas, 2003: 410).

su amor por él²⁴⁰. Por otro lado, Belflorán es joven y atolondrado; Belianisa ha de enseñarle cómo comportarse en temas amorosos y debe estar allí para salvarle la vida. Es su enamorada, pero también su protectora y su guía en este proceso de iniciación que llevará al joven caballero a la edad adulta²⁴¹. Cuando Belflorán pregunta acerca de lo sucedido en el templo, Belianisa le asegura que todo fue un sueño y sigue tratándolo con rigor:

Cosa prolija sería contar de la suerte que por los unos y los otros fueron recibidos, y era de todos tal el contento que tuvo Belflorán lugar de dezir a su señora:

–Ya de oy más, mi señora, biviré en continua gloria, pues esta no es posible perderla a quien vos avéis puesto harto más alto que la Fortuna llegar puede.

–No os entiendo –dixo Belianisa–, que siempre me dezís cosas que estaría mejor no me las traer a la memoria; que, si alguna cosa en este encantamento á pasado, son cosas de sueño, que no se á de tomar nada d’ellas. Baste que sepáys que de veros tal qual yo os vi me pesó mucho.

Y con esto, no le quiriendo oír otra palabra, se fue con Hermiliana y Cenobia, que ya todos venían, y en el alegría de Belflorán metió un ñublado que no supo qué dezirse. Pareciole que avía soñado quanto de Belianisa viera. Y es cierto que el mal estava ya tan adelante que a lo que él mismo vía no osava dar crédito. (fol. 216-rº)

Belflorán tiene aún mucho que aprender antes de que ella le conceda su amor. Pero su esfuerzo caballeresco y las palabras de las doncellas contribuyen a ablandar un poco más el corazón de Belianisa, que concede su favor al joven príncipe durante las justas de Constantinopla. Finalmente, cuando ella y su familia regresan a Inglaterra, acuerda con Belflorán encontrarse en Londres un año más tarde.

Nuevamente, es ella quien pone plazos en el amor, tratando de enseñar a su caballero cómo debe hacerse un verdadero cortejo. Pero Belflorán se retrasa, y Belianisa sufre su ausencia, enfermándose de pena. Envía entonces una carta a su enamorado, ordenándole que acuda inmediatamente a verla y reprochándole su tardanza.

Sin embargo, Belianisa no tardará en ser secuestrada y convertirse, de nuevo, en el premio del esfuerzo caballeresco. Belflorán logra finalmente rescatarla, derrotando al mago Baldano y sus caballeros.

Belianisa se rinde entonces. Belflorán ha ocupado, por fin, el puesto que le corresponde en la relación, se ha comportado como un hombre y ha acudido rápidamente a rescatar a la doncella y a su

²⁴⁰ “El suicidio es la forma más frecuente de expresión de fidelidad. Los ejemplos son numerosos: doncellas que se clavan la espada de su amigo en el pecho cuando lo ven muerto o que se interponen entre la espada de otro caballero y el cuerpo de su amante para salvar su vida. En cuanto a la fidelidad masculina, su demostración es menos dramática: consiste en rechazar todos los ofrecimientos amorosos de otras mujeres” (Cuesta Torre, 2001b: 110). Esto se ve muy claramente en el caso de la pareja formada por Belflorán y Belianisa: ella entrega su vida por él, mientras que Belflorán rechaza a Cenobia y Primaflor sin que la idea de traicionar a su señora pase siquiera por su mente.

²⁴¹ Belianisa cumple también, por tanto, con el papel de doncella educadora, instructora y a veces donante de algunos personajes femeninos de la novela medieval, por ejemplo, Güelfa con Curial, la Belle Dame con el protagonista de *Le petit Jehan de Saintré*, de Antoine de la Salle (siglo XV), etc.

padre. Merece un premio, un galardón²⁴². Belianisa juzga que está preparado, ambos se confiesan su amor y se prometen en matrimonio²⁴³.

Pero Belflorán quiere más. Belianisa se niega a sus peticiones y pretende obligarlo a seguir esperando. Sin embargo, “la *belle dame sans merci* se ve obligada a renunciar a su papel porque el amor y el servicio cortés merecen una recompensa” (Bognolo, 1996: 71).

Por tanto, las cosas ya no son como antes. Belianisa ya no tiene poder sobre Belflorán porque le ha dado su palabra de matrimonio. Ya no es el caballero quien pertenece a la dama, sino al contrario. Belflorán ya no tiene que obedecer a Belianisa. Es ella quien, como esposa, debe plegarse a los deseos de él. Así, a pesar de la respuesta negativa de ella, Belflorán “poseyó lo que era suyo”, y Belianisa comprende que el juego para ella ha terminado y, aunque al principio le reprocha su actitud “bañados sus ojos con lágrimas”, finalmente termina perdonando la afrenta de su enamorado.

José Ramón Trujillo señala que en la literatura artúrica podemos encontrar numerosos ejemplos de violaciones, cometidas no solo por malos caballeros, sino también, a veces, por personajes masculinos que se presentan como un modelo de conducta²⁴⁴. Esta herencia se traslada a los libros de caballerías, pese a que “la violación marca la transgresión de las reglas del juego cortés y de los modelos sociales y literarios establecidos (...), porque el hombre abandona la cortesía y emplea la violencia contra la mujer indefensa, ya sea su *amica*, ya una desconocida deseable” (2007: 279). Si la doncella sobrevive, ella o algún familiar busca venganza, que se ejecuta contra el caballero transgresor, aunque a menudo el episodio se resuelve mediante el matrimonio de la joven deshonrada con su violador. En este caso, no se trata tanto de penalizar la violencia contra la mujer como de regular las relaciones fuera del matrimonio, entendiendo que el *debitum* conyugal autoriza al marido a yacer con su esposa, aunque sea sin su consentimiento. Casadas ambas partes, el agravio ya no existe. Lo que se hace, pues, es legalizar la violación. Por eso, aunque Belflorán entiende que su acción es éticamente reprochable, legalmente, puesto que ya está casado con Belianisa, tiene todo el derecho a “poseer lo que era suyo”. De todos modos, y para sellar definitivamente la unión, el héroe no tardará en pedir al rey de Inglaterra la mano de Belianisa.

El ciclo de repite. Belianisa ha quedado embarazada y, tras dar a luz al infante Fortimán, lo

²⁴² Cacho Blecua señala la estrecha relación que existe en estos casos entre hazaña caballeresca y recompensa amorosa, “por lo que el amor y las aventuras bélicas se aúnan, recreándose tres estructuras narrativas fundamentales: 1) la obtención del amor como recompensa de una actividad bélica, casi siempre relacionada con una mujer en peligro. 2) La amada como acrecentadora de los actos bélicos. 3) La suma de los dos anteriores, cuando la mujer liberada de un peligro corresponde a la amada” (2001: 124).

²⁴³ Se trata de un matrimonio secreto o *sponsalia per verba futura*; este tipo de contrato matrimonial está documentado y se ve reflejado ya en *Las Siete Partidas* (Partida IV, ley IX, título I). En él “basta el consentimiento y la voluntad de los amantes para que haya matrimonio, sin mediación de ninguna autoridad civil o religiosa” (Bueno y Cortijo, 2010: li). Fue derogado oficialmente por el Concilio de Trento en 1566.

²⁴⁴ En este sentido, es revelador el comentario acerca de un episodio de la *Demanda del Santo Grial* en el que el mismo rey Arturo fuerza a una doncellita (Trujillo, 2007: 277-279).

perderá en alta mar²⁴⁵. Deberá aguardar, por tanto, a que el niño regrese a casa transformado en un héroe, igual que habían hecho, antes que ella, damas como Elisena y Oriana en el *Amadís de Gaula*, y Florisbella o Dolisena en el mismo *Belianís*. Por lo demás, la tarea de Belianisa ha acabado.

2.4. La dama sin amor

Suele ocurrir que el héroe, dada su condición de hombre perfecto, tenga que hacer frente al hecho de que hay muchas damas y doncellas que suspiran por él. Sin embargo, una vez que ha entregado su amor a su dama ya no puede traicionarla y, con harto dolor de su corazón, se ve obligado a rechazar a las demás candidatas.

En la *Tercera y cuarta parte* encontramos varios ejemplos de mujeres que, a pesar de destacar por su gran belleza y alto nacimiento, no pueden competir con los encantos de la dama más hermosa del mundo y, por tanto, son rechazadas por el héroe. Cada una de ellas reacciona de diferente manera ante esta situación.

Claristea de Alemania es muy consciente de su valor como princesa. Es la única hija del emperador de Alemania y sobresale por su gran hermosura, de modo que cuando se declara a don Belianís, a través de su doncella, ambas están esperando una respuesta afirmativa,

dado que tenían por cierto no desdeñaría cosa que tan bien le estava, y con razón, porque allende de su hermosura ser tal como os havemos dicho, el desseo de tan grande estado bastava a mover qualquiera corazón (fol. 9-rº).

Don Belianís también lo sabe, y por eso no la rechaza directamente; no conviene ofender a tan poderosa doncella desdeñando el alto honor que le ha ofrecido.

Sin embargo, Claristea comienza a darse cuenta de que don Belianís tiene otras prioridades, como, por ejemplo, perseguir a su enemigo, Periano de Persia, en contra de los deseos de ella. Claristea reacciona como la mujer orgullosa que es y le manifiesta su disgusto en una carta en la que le ordena que no vuelva a pisar sus dominios. Pero cuando llega hasta ella la noticia de la muerte de don Belianís, la princesa alemana hace gran duelo y forma la compañía de los Caballeros del Luto para asistir a los torneos de Londres. Allí, espionando al Caballero del Liocornio, descubre que se trata de su amado y, haciendo gala de una audacia singular, se atreve a robarle su espada y su relicario mientras duerme:

Y entonces, muy passo silaneó en la tienda y, llegándose a la cabecera, lo primero que hizo fue tomarle la su rica espada, que a la cabecera tenía; y sin duda hizo otro mayor atrevimiento

²⁴⁵ Si don Belianís se había educado en el seno de la propia familia y a Belflorán se lo había llevado un amigo del héroe con buenas intenciones, Fortimán está totalmente perdido. Conservará consigo a su nodriza, pero su familia le ha perdido la pista, lo cual supondrá para el joven una futura búsqueda de su identidad perdida, que se deja para la *Quinta parte*. A pesar de la ausencia de marcas de nacimiento, el alumbramiento de Fortimán es también heroico; su viaje a la deriva sobre el barco vacío puede considerarse una variante del motivo del recién nacido entregado a las aguas (véase Gracia, 1991: 16-30).

qual nunca donzella hiziera, porque el príncipe traía a su cuello un relicario que ya muchas vezes su señora tuviera; estimávale el príncipe más que otra cosa alg[u]na que huviesse tenido. Este cortó la princesa, y aun lo mismo pudiera hazer la cabeça sin que él la sintiera, que dormía un sueño tan sossegado quanto otro jamás en su vida durmiera (fol. 43-vº).

Don Belianís la trata con cortesía y ella le devuelve su relicario, pero no la espada, esperando sin duda que ambos objetos creen un vínculo entre los dos.

Sin embargo, tiempo después Claristea recibe la noticia del matrimonio de don Belianís y Florisbella, se siente enormemente ofendida y humillada y su amor se transforma en odio. Miente entonces a su padre, diciéndole que don Belianís le había prometido matrimonio, y de esta manera consigue implicar a Alemania, una nación cristiana, en la guerra que los reyes paganos están promoviendo contra el imperio griego y sus aliados:

Y la causa hera porque, sonándose por todo el mundo universo la forma de las cosas passadas, llegando a oídos de la bella Claristea, grandes exclamaciones hizo, llegándola al punto de muerte. Tanto lo sintió que el emperador, su padre, hubo de ser d'ello sabidor, y preguntando a la princesa si en algún tiempo el príncipe don Belianís le prometiera de casar con ella, con el enojo que tenía, dixo que sí; que, sintiéndolo el emperador a par de muerte, determinando de satisfacer su injuria, escribió a todos aquellos de quien esperaba favor y, confederándose con los affricanos, grandes poderes de gentes juntava (fol. 80-vº).

No obstante, al emperador de Alemania no se lo verá en la guerra de Constantinopla. Será Claristea, convertida en una dama de hierro, fría, severa y vengativa, quien lidere a los caballeros alemanes en la contienda. Así, será una de los caudillos de la alianza pagana, junto a Periano de Persia y Ariobarzano de Tartaria.

La guerra finalizará cuando don Belianís logre hablar con ella a solas y hacerla entrar en razón.

Claristea contraerá matrimonio finalmente, pero no con el héroe, sino con don Daristeo, el soberbio y celoso caballero que desafiaba a todo aquel que se acercase a la princesa de Alemania. Obviamente, ella no está enamorada; este matrimonio impuesto es una suerte de penitencia por su comportamiento orgulloso y belicoso, impropio en una mujer.

Dolisena de Garamantes será más afortunada²⁴⁶. Se la presenta como una mujer de gran belleza, solo por debajo de Florisbella:

Dolisena no tenía igualdad en el mundo, fuera de la princesa Florisbella, la qual en la gravedad y manera del rostro dizen le excedía. Mas hera Dolisena en el rostro más amorosa, con unos ojos más rasgados que a cada parte parecían mirar, con una frescura de rostro admirable; sus mexillas parecían derramar biva sangre, tenía la boca no muy pequeña, con los labios colorados y no muy delgados, y sus dientes dos hilos de relumbrantes perlas

²⁴⁶ La leyenda del reino de Garamantes relata el encuentro de Alejandro Magno con el pueblo de los brahmanes o gimnosofistas (sabios desnudos) durante su periplo bélico hacia la India; se los denomina garamantes en el *Relox de príncipes* (I, 32) de Antonio de Guevara y en otras fuentes. La inclusión en la novela de estas dos princesas del reino de Garamantes añade un toque de exotismo al viaje africano de don Belianís, reforzado por el atuendo “a la exipciana” de Dolisena. Por otro lado, y como ya habíamos apuntado más arriba, los paralelismos con la leyenda de Alejandro no parecen ser casuales (Cuesta Torre, 2010: 147).

parescían. Hermoso talle de rostro, sus cabellos como de fino oro sobrepuesto en un hermoso tocado a la exipciana, así por ser su tierra tan junto como por ser más combeniente para el sol que a la sazón hazía. Venía bestida toda de rojo, con tantas piedras y perlas de valor por la ropa que grandemente a su hermosura adornavan, una capa a la forma que oy día acostumbran las damas en Lombardía. Cierta no huviera coraçón libre que de su hermosura no fuera prendado; mas no traía don Belianís el coraçón consigo, y a la causa, aunque el niño Cupido quisiera tirar con alguna de sus flechas, no halló dónde, de que él fue muy enojado (fol. 120-vº).

Este pormenorizado retrato comienza con la descripción de los rasgos de Dolisena y continúa detallando su lujosa vestimenta²⁴⁷. La comparación inicial de Dolisena con Florisbella justificará al final que, pese a la gran belleza de la princesa, el héroe no se quede prendado de ella.

Pero Dolisena se enamora de don Belianís, y persiste en sus sentimientos incluso después de saber que está casado, que es cristiano y nada menos que el heredero del imperio griego, contra quien su padre está preparando una guerra. De carácter más dulce y sumiso que el de la altiva Claristea, Dolisena pide licencia a don Belianís para amarlo de todas formas, aunque no sea correspondida²⁴⁸.

–Yo –dixo Dolisena– quiero quereros si[n] esperança de remedio que por tan alta virtud en los amores encumbrastes, y creo en esto a vos y a todos los del mundo hazer ventaja. Mas quiero licencia vuestra para penar por vuestros amores y llamarme vuestra hasta la muerte. (...) Creedme, soberano príncipe, que el amor de Dolisena durará en el entretanto que el alma durare en las carnes, y más si es possible. Bien sé que me ha de ser fiero y cruel; mas, donde el coraçón está tan determinado, no ay mal ni heridas que lo embaraçen (fol. 122).

Más tarde, Dolisena salta a la huerta del templo de Amón para ayudar a don Belianís en su lucha contra el dragón. Pese a su carácter apacible, demuestra mucha resolución en asuntos amorosos; no solo osa declararse a su amado, sino que está dispuesta a morir por él²⁴⁹. Su acción facilita la derrota del monstruo por parte del héroe; inmediatamente después, ambos caen bajo un encantamiento, por el cual don Belianís cree que Dolisena es su esposa, Florisbella, y la trata como a tal. Dolisena no lo contradice y acepta el amor que le ofrece el caballero, pese a saber que no es ella la verdadera destinataria.

Su relación con don Belianís no durará más allá del final del encantamiento; sin embargo, ella ha quedado embarazada y dará a luz a los dos hijos gemelos del héroe.

²⁴⁷ Lilia de Orduna (1999-2000) analiza pasajes similares en la *Primera y Segunda Parte*, y destaca los motivos por los cuales el autor incide en el ropaje, que, “al ser muy rico, enfatiza las cualidades de quien lo luce: anticipa, por sí, que sólo alguien provisto suficientemente de hermosura y dignidad podría llevarlo” (p. 110). A lo largo del texto no faltarán descripciones detalladas del atuendo de damas y caballeros, que a menudo cobran más importancia que la descripción de los rasgos físicos. Por otro lado, estas *ékphrasis* “suspenden la acción, interrumpen la narración, y quizá cada autor haya querido con ella dar verosimilitud a su obra” (113).

²⁴⁸ Correspondería al tipo que Haro denomina “DONCELLA O DUEÑA CONFORMADA EN AMORES, es decir, la que no es correspondida y lo acepta” (1998: 201).

²⁴⁹ “Las mujeres intervienen y tienen un papel importante, dejan de ser simples actantes –doncellas mensajeras, portadoras de objetos o desencadenadoras de la acción– como lo eran las imágenes femeninas en los relatos de la tradición folklórica o en los relatos épicos. Pero es en este punto, en el de la materia amorosa, en el que se revelan verdaderamente independientes de la figura del varón y de los esquemas sociales, llegando a arriesgar incluso su vida en la consecución de sus impulsos” (Trujillo, 2007: 263).

Esta es la recompensa que concede el autor a Dolisena por su abnegación y fidelidad amorosa. No será la esposa del héroe, pero por unos días su sueño se hizo realidad, y ahora ostenta el honor de ser la madre de dos de sus hijos.

Al finalizar la *Tercera y cuarta parte*, Dolisena seguía negándose a contraer matrimonio y gobernando, junto a sus hijos, el reino de Garamantes. Si encontrará o no finalmente el amor en otro caballero, es algo que el autor deja para el siguiente libro.

También Belflorán se verá requerido de amores por dos hermosas mujeres.

La primera de ellas es Cenobia, la reina de las amazonas, que se enamora de él nada más verlo. Lamentablemente, Cenobia es una mujer guerrera y se aleja demasiado del ideal de doncella que el héroe quiere para sí. Sin embargo, participan juntos en diversas aventuras, como la batalla de Nicoxian, alcanzando un grado de entendimiento y compañerismo en las armas solo superado por la pareja Clarineo-Hermiliana. Cenobia es la soberana de una nación poderosa, pero no se siente resentida ni humillada por Belflorán a causa de su rechazo. Al contrario; a pesar de haber acudido a la guerra de Constantinopla a luchar en el ejército pagano, puesto que ella y su estirpe están siempre dispuestas a ayudar a las mujeres agraviadas –en este caso, Claristea–, se une al bando de Belflorán y pelea a su lado en diversas batallas.

Cenobia no obtiene el amor de Belflorán, pero acabará prendada de su pretendiente, Armesildo de Inglaterra, tras beber en una fuente mágica²⁵⁰. Es una solución parecida a la de Claristea; pero Cenobia sale mejor parada, puesto que Claristea se casa por obligación, y la amazona logra la felicidad junto a otra persona.

La reacción de Primaflor es la más llamativa. Enamorada también de Belflorán, tras conocer su compromiso con Belianisa decide vestirse de hombre y hacerse pasar por escudero para estar junto a su amado, adoptando el pseudónimo de Florindo y auxiliándolo con sus dones encantados cuando lo necesita²⁵¹.

No sabemos cuál era el destino que Jerónimo Fernández había reservado para Primaflor, puesto que la historia termina aquí, y la *Quinta parte* fue redactada por otro autor.

Como hemos visto, las damas que sufren un amor no correspondido tienen diferentes formas de sobrellevarlo. Ninguna de ellas, curiosamente, hace uso del misterioso poder, en forma de don en

²⁵⁰ El enamoramiento de una pareja por medios mágicos es un motivo clásico que alcanzó su máxima expresión en la leyenda de Tristán e Iseo. Sin embargo, Fernández no utiliza el recurso para generar una trama de amor trágico, sino que, al contrario, le sirve para resolver conflictos amorosos. En la primera parte, la hermosa Imperia de Tartaria se enamoraba también de don Belianís sin esperanza; pero durante su estancia en el castillo de la sabia Medea, Cupido le hace el favor de herirla con sus flechas para que se enamore de su pretendiente, don Contumeliano de Fenicia, al igual que hará más tarde con la desdichada Legiadra, quien, abandonada por el traidor Coliseo, se enamora finalmente de Tíndaro.

²⁵¹ En ningún momento se nos dice que Primaflor sea una maga; sin embargo, sí tiene contactos con lo sobrenatural. Está atrapada en el mágico Castillo de la Suerte y después recurrirá a un sabio para que le proporcione un “disfraz mágico” de forma que tanto ella como su hermana Dolainda puedan recorrer los caminos sin ser reconocidas. También le entrega a Belflorán un anillo de protección contra encantamientos, aunque se trata de una joya que le había dado previamente el propio Belflorán.

blanco, que poseen las damas sobre los caballeros, y que sirvió a Briolanja para “chantajear” a Amadís tratando de obtener su amor²⁵². Sin embargo, sí encontramos el caso de una mujer, la sabia Ginebra, que se vale de encantamientos para obtener el amor de su caballero; pero este personaje entra en otra categoría, la de los magos (sabios y sabias), cuyo principal atributo no es la belleza o el valor, sino el empleo de las artes mágicas, y que estudiaremos en otro apartado.

2.5. La *malmaridada*

Incluso cuando una pareja se ha manifestado su amor, existen múltiples obstáculos que pueden entorpecerlo. Mientras el caballero lucha en innumerables batallas para sentirse digno de su dama, el padre de ella puede decidir casarla a su conveniencia y, por supuesto, ninguna doncella bien criada se atrevería a contradecir los deseos de su progenitor. Por tanto, ante esta situación, ellas tienen que poner en juego todo su ingenio para lograr casarse con el caballero elegido.

En este sentido, el matrimonio secreto es fundamental²⁵³. Mediante la promesa mutua de casamiento, con uno o dos testigos de confianza, la dama se asegura de que, al existir ya un compromiso previo con otra persona, cualquier matrimonio forzado posterior no será válido.

A menudo, sin embargo, se plantean problemas. La dama puede haber quedado embarazada, y el padre de la criatura probablemente se halle en lejanas tierras, por lo que no está en situación de responder, por tanto, de la virtud de su esposa.

Los casos que se nos plantean en la *Tercera y cuarta parte* son otros. Los que se hallan ausentes son los testigos de la boda secreta y, en consecuencia, el caballero y la dama no pueden demostrar su compromiso previo.

Laura, princesa de Macedonia, había contraído matrimonio secreto con Sabiano de Trebento. Su padre, que desconoce esta circunstancia, la casa con el príncipe Briamor de Argos. La reacción de Laura es inmediata: pide asilo en la corte de Constantinopla y se niega a ver a su prometido, que se presenta ante el emperador exigiendo ver a su mujer. La aparición de Soriano de Trebento, hijo de Sabiano y de Laura, que llega dispuesto a defender por las armas el honor de su madre, solo complica las cosas. Entretanto, Sabiano de Trebento, desesperado tras conocer el compromiso de ambos, ha abandonado las armas para hacerse ermitaño y nadie sabe dónde encontrarlo.

Sabiano de Trebento es primo de don Belianís de Grecia y un excelente caballero²⁵⁴. El

²⁵² “Los personajes femeninos son los más proclives a solicitar un «don contraignant»; se trata de las DONCELLAS O DUEÑAS PETICIONARIAS DE UN DON que, ante todo, son damas cuitadas, y el motivo por el que demandan un don funciona como excusa para generar la aventura. No obstante, se trata de una plasmación de poder, ya que en cuanto consigan la palabra del caballero lo tendrán en sus manos” (Haro, 1998: 184).

²⁵³ Pese a que había sido prohibido por el Concilio de Trento en 1566, los autores de libros de caballerías seguirán usándolo como recurso para justificar la consumación del amor de la dama y el caballero antes de su matrimonio público (véase Ruiz de Conde, 1948).

²⁵⁴ En Asiria nos enteramos, también, de que “no se halló en su tiempo otro cavallero de igual sanctidad”, lo que justifica, según el autor, su curación milagrosa tras ser gravemente herido en una batalla. Sin embargo, y a pesar de su etapa eremítica, Sabiano no muestra más signos de “santidad” a lo largo de la novela.

motivo por el cual ha esperado tantos años para hacer público su matrimonio (Soriano de Trebento, el hijo de ambos, es ya un joven caballero) es un misterio. De la misma manera, no se comprende por qué no acude a la corte a defender su relación con ella, muy sólida ya, como hemos visto.

Este extraño conflicto se resuelve gracias a la oportuna llegada de don Belianís, testigo de la boda secreta, que declara en favor de Sabiano de Trebento.

Pero las tribulaciones de Laura no acaban aquí, pues nadie es capaz de localizar a Sabiano de Trebento para comunicarle la buena nueva. Más adelante lo hallarán por casualidad en Chipre, donde continúa con su vida de ermitaño; pero regresará por fin junto a su amada Laura y su matrimonio público podrá celebrarse.

Más complejo es, sin embargo, el caso de Ysabela y don Baldín de Portugal. La relación entre ellos dos no está tan consolidada como la de Laura y Sabiano de Trebento. Todavía estaban comenzando con los galanteos cortesés cuando el padre de Ysabela decidió casarla con el rey de Escocia.

La primera reacción de esta pareja es completamente diferente a la de la anterior. Ysabela, una vez casada y resentida porque su caballero no ha acudido a impedir su matrimonio, defiende su honestidad tratando con rigor a don Baldín; este, desesperado, busca a su rival para matarlo.

Pero Ysabela no tarda en refugiarse en el Castillo de la Suerte, donde el rey de Escocia no puede encontrarla, en un comportamiento similar al de Laura.

Entre tanto, los dos contrincantes saldan sus diferencias en Egipto. Tras diversas aventuras, durante las cuales el deber cristiano obliga a don Baldín a salvar la vida del rey de Escocia, ambos se reconcilian. En este caso no es necesario un testigo de la boda secreta pues, tras confirmar su recién adquirida amistad, el rey de Escocia acepta la palabra de don Baldín y renuncia a sus pretensiones sobre Ysabela.

En estos casos es fundamental que el matrimonio impuesto no llegue a consumarse. Este es el motivo por el cual las damas implicadas se refugian en una corte o un castillo donde su nuevo marido no puede encontrarlas, en espera de que su caballero acuda a rescatarlas. La reacción de Sabiano de Trebento, es, por tanto, chocante, y contrasta con la de don Baldín. Este podría llegar a pensar que Ysabela lo había abandonado, puesto que su relación acababa de comenzar. Pero Sabiano y Laura tenían ya un hijo adolescente y aún no habían contraído matrimonio público; habría sido de esperar que Sabiano comprendiese que, a aquellas alturas, Laura no se casaba con Briamor de Argos por propia voluntad. Parece, por tanto, que el episodio está mal planteado desde el principio.

2.6. La mujer abandonada

Hay damas que tienen la mala suerte de enamorarse de caballeros infieles o poco constantes. Desde el momento en que, como ya hemos visto, no todos los caballeros son todo lo leales que debieran ser, dejan a su paso no pocos corazones rotos y esperanzas defraudadas. Muchas doncellas

solo se entregan a su amado bajo palabra de matrimonio; cuando el caballero rompe su promesa, la mujer queda en una situación muy comprometida, pues no solo ha perdido su virtud sino que, además, a menudo tiene que ocultar también un embarazo. Algunas se vuelven locas de dolor y se lamentan en la soledad de su desamparo; otras, en cambio, buscan a un caballero de bien que defienda sus intereses; las hay que acuden personalmente a las autoridades a demandar justicia y las más atrevidas se visten de hombre y se echan a los caminos para tomarse la justicia por su propia mano.

Ya hemos visto el caso de Hermiliana y don Clarineo, y cómo finalmente la doncella guerrera logra recuperar el amor de su caballero. Sin embargo, el retorno de don Clarineo junto a Hermiliana supone el abandono de Rosaliana, que nada sabía de la relación anterior de su amante, y que ha quedado embarazada. Durante una escaramuza en el jardín de Rosaliana, Hermiliana, disfrazada de caballero, se lleva a don Clarineo gravemente herido, y Rosaliana no vuelve a saber nada más de él. Muchos años más tarde encontraremos a su hijo, Astrideo, educándose en la corte de Alemania sin conocer su identidad, puesto que el amor entre Rosaliana y Clarineo era secreto y clandestino. Cuando se haga público el compromiso entre don Clarineo y la princesa de Francia, Rosaliana acudirá a la corte a presentar una demanda.

Sin embargo, el autor soluciona rápidamente el conflicto haciendo que las humildes disculpas de la pareja ablanden el corazón de Rosaliana. A cambio, su hijo Astrideo es reconocido en la corte de Constantinopla como miembro de pleno derecho de la estirpe de los príncipes de Grecia.

Más flagrante es el caso de la infortunada Legiadra, enamorada de Coliseo. Tras enterarse de que este había sido capturado por su rival, Tíndaro de Tracia, Legiadra se las arregla para rescatarlo ella misma, acompañada de su prima Sabina. Sin embargo, en el viaje de vuelta, el desagradecido Coliseo se enamora de Sabina y abandona a Legiadra en una isla desierta.

Mas el Amor, mis señores, que a Ligiadra no estava contento de dar angustias, le dio otr[a] mayor, y fue que, como en los coraçones assegurados continuamente se causa olvido, assí le subcedió a Coliseo con Legiadra; porque, paresciéndole en extremo bien la hermosura de Sabina, no yva pensando sino cómo carescería de Legiadra para poder gozar de sus amores. Y caminando con próspero viento llegaron a las islas desiertas, donde, yendo Legiadra fatigada de la mar, rogó al príncipe que aquella noche durmiese en tierra. Y él lo hizo, haziendo armar una tienda, donde hizo la mayor crueldad que jamás sea en memoria de los mortales con quien tanto le quería del más verdadero amor que se huviesse visto; porque, hablando a los marineros, que todos heran sus vassallos, haviendo Sabina quedado a dormir en el navío, dexando dormir a Legiadra se tornó a él y, haziendo alçar velas al viento, se partió de las islas; donde, pensando que había acabado su hecho, quando despertó Sabina le dixo que el ayre había rompido las amarras y los avía sacado de la playa sin que ellos lo pudiesen estorvar, donde los gritos de Sabina fueron grandes. Mas viéndose en tal parte, y aun algo consolada por el amor que le mostrava el cruel Coliseo, acordando de callar. Pues como Legiadra recordasse, viéndose sola al alva del día, levantándose, ni vio marinero ni fusta ni señal d'ello, y dando voces llamando a Coliseo se tornava loca (fol. 109).

Tras ser rescatada por Tíndaro, cae en un encantamiento del que solo podrá ser liberada por

un caballero y una dama que la superen en amor desgraciado. Por fortuna, la intervención de Cupido coloca las cosas en su sitio: Legiadra se enamora de Tíndaro, y Coliseo acaba encerrado en la prisión de la Desesperación de Amor, por ser desleal a su dama.

Como vemos, los caballeros que traicionan a sus damas sufren algún tipo de castigo o penitencia. Para Clarineo, el abandono de Hermiliana supuso una larga estancia en una isla desierta, de la que finalmente logró salir. También Coliseo será, mucho tiempo después, rescatado por Periano del castillo de la Desesperación de Amor. Es de suponer que ambos aprenderán en lo sucesivo a ser leales a las damas a las que entregaron su corazón, puesto que la dama ha de ser luz y guía del caballero, el objeto de sus desvelos y su inspiración para acometer las más asombrosas hazañas.

En lo que respecta a los personajes femeninos, las damas abandonadas del *Belianís de Grecia* hacen gala de una notable iniciativa. Rosaliana exige justicia al emperador, mientras que Legiadra había rescatado a su desagradecido amante antes de ser traicionada por él. Por su parte Hermiliana, abandonada por don Clarineo, se convierte en una auténtica *virgo bellatrix* cuya actividad no se limitará a la búsqueda de su enamorado, como veremos a continuación.

2.7. La mujer guerrera

Los libros de caballerías están poblados de mujeres que toman las armas. Son damas que “poseen una deslumbrante capacidad de iniciativa y se ocupan de ejercicios tradicionalmente definidos como privativos del caballero” (Lucía y Sales, 2008: 198). Lucía, por su parte (2004-2005: 202) señala que estas mujeres guerreras, “damas bizarras” o *virgines bellatrices*, comenzaron a proliferar en los libros de caballerías a partir del *Platir* (1533), lo cual parece indicar que el personaje de Floriana, que se viste de doncel para ir a rescatar a su amado, fue bien acogido, especialmente por el público femenino²⁵⁵. Sin embargo, tanto el modelo de la doncella guerrera como el de la amazona proceden de una tradición más antigua y adquieren características propias en los libros de caballerías, en los que se puede apreciar también una evolución desde estas primeras manifestaciones hasta las últimas “damas bizarras” del género, ya en los albores del siglo XVII.

²⁵⁵ “¿Qué tienen que hazer las armas con las doncellas?”, se preguntaba Juan Luis Vives en su *Instrucción de la mujer cristiana* (1528). Marín Pina (1991) señala que, al contrario de lo que pregonaban los moralistas, al público femenino no solo le interesaban los episodios amorosos, sino también las hazañas caballerescas, especialmente aquellas en las que los personajes femeninos del relato participaban directamente; así, el género va incorporando progresivamente cada vez más mujeres activas: “quizá una de las claves de su éxito radique en la imagen literaria que brindan de la mujer y en los temas que ella misma protagoniza, que el mundo de los sentimientos no está reñido con el de las armas” (p. 148). Para Sales, “el género caballeresco respondía a las expectativas de un amplio público femenino que se identificaba con los episodios amorosos y que, al mismo tiempo, podía identificarse con la imaginación de aquellas doncellas guerreras que eran capaces de realizar las mismas gestas que los caballeros” (2004: 72).

2.7.1. Tipología y tradiciones

Al hablar de mujeres guerreras en los libros de caballerías, Marín Pina (1989) distingue entre la doncella guerrera y la amazona. La doncella guerrera, como veremos, toma las armas en un momento determinado de su vida para resolver una cuestión accidental; en cambio, la amazona pertenece a un pueblo de mujeres guerreras y, por tanto, se ha educado desde niña en el manejo de las armas. En la literatura caballerescas encontramos múltiples ejemplos de los dos modelos. Ambos presentan características muy definidas, si bien “unas y otras pueden sentir los mismos afanes y deseos amorosos que las demás mujeres”, aunque, a diferencia de ellas, “también pueden alcanzar la fama a través de su destreza con las armas” (Lucía y Sales, 2008: 198).

El motivo de la mujer guerrera o *virgo bellatrix* se halla presente en muchos relatos folklóricos, como el conocido romance castellano de la doncella guerrera²⁵⁶; son mujeres que se visten de hombres para llevar a cabo tareas bélicas o caballerescas típicamente masculinas, que culminan con la misma eficacia que un varón. Y es que, al fin y al cabo, “la *virilidad* del héroe es esencial, aunque su sexo puede ser masculino o femenino” (Savater, 1981: 122).

Por otra parte, Marín Pina (1989) destaca los antecedentes artúricos del personaje en el *Libro de Silence*, de Heldris de Cornualles (hacia 1270), donde la protagonista debe ocultar su condición femenina y luchar como un caballero para defender su reino. Se va creando así, poco a poco, un nuevo modelo femenino, el de la mujer caballero, caracterizada por las virtudes de la *fortitudo*, la *sapientia* y la *pulchritudo*²⁵⁷.

Las doncellas guerreras ocultan su sexo bajo la armadura, pero las Amazonas no tienen por qué hacerlo. Ellas son guerreras por naturaleza, no por necesidad, y se muestran fieras y a menudo crueles con sus enemigos. Sin embargo, los autores de libros caballerescos humanizan el mito, otorgándole un tratamiento cortés y acentuando los rasgos femeninos de la amazona (Marín Pina,

²⁵⁶ Paloma Díaz-Mas recoge una versión en su edición del *Romancero* (1994); el romance relata la historia de un caballero anciano que solo tiene hijas; una de ellas se ofrece a ir en su lugar a la guerra “en hábitos de varón” y, una vez en el ejército, el príncipe se enamora de ella. Aconsejado por su madre, somete a la doncella a una serie de pruebas para comprobar si es hombre o mujer; ella las supera todas excepto la tercera, al no querer desnudarse para bañarse en el mar (pp. 359-61).

²⁵⁷ Entre las historias caballerescas breves destaca *La Poncella de Francia* (Sevilla, 1520; es probable que exista una edición anterior de 1504), inspirado en la vida de Juana de Arco; sin embargo, Lobato Osorio señala que esta Poncella no sigue el modelo de la *virgo bellatrix*, ni tampoco de la amazona caballerescas, puesto que proviene de origen humilde y, por otro lado, a pesar de que “toma las armas en respuesta a una circunstancia precisa, la invasión inglesa a su país y por piedad hacia su despojado rey, al asumir la función guerrera no oculta su sexo, ni la propia función se determina a partir de sus vestidos, ya que sus primeras acciones propiamente militares para levantar «el cerco de Orlens» las realiza aprovechando su ropa de pastora” (2009b: 58). Hermiliana, como veremos, sí se destaca como una alta princesa y viste como un caballero pero, aunque a veces se la confunda con un hombre, la mayor parte de las veces no oculta su identidad, de modo que la imagen que presenta –la de una hermosa doncella cristiana luchando como un caballero– posiblemente sí remitiera a la Poncella en el imaginario de los lectores. Por otra parte, Sánchez Valat (2012) destaca que, a diferencia de la Poncella, que defiende siempre su virginidad, la doncella guerrera del romancero termina casándose. La *virgo bellatrix* caballerescas, a pesar de su nombre, también contrae matrimonio, y a menudo –aunque no siempre– es precisamente el amor lo que la lleva a tomar las armas. Es así en el caso de Hermiliana, pese a que, como veremos, seguirá ejerciendo labores caballerescas después de haber encontrado a su amado.

1989: 84). Así, tanto la amazona como la doncella guerrera evolucionan de forma paralela, hasta el punto de que “a veces los mismos autores funden en un mismo personaje trazos de cada una de dichas modalidades” (Sales, 2004: 67).

2.7.2. La *virgo bellatrix*: Hermiliana

La princesa Hermiliana de Francia es uno de los personajes más interesantes de la novela. Desde su aparición en el Libro I hasta su conversación con Marte en el Libro III, Hermiliana no presentaba características especiales que la diferenciases de otras doncellas como Florisbella, Sirena o Policena. Sin embargo, durante la prueba del Castillo de la Sabia Medea, Hermiliana no se conforma con contemplar el esfuerzo de los caballeros, sino que tiene el coraje de presentarse ante Marte, el fiero señor de la guerra, y suplicar clemencia para su padre y para su tío, que han caído derrotados. Impresionado por su valor, Marte decide armarla caballero:

entonces prestamente, sin ver persona alguna de la suerte que aquello fuesse hecho, se halló la gentil Hermeliana desnuda de los feminiles adereços, bestida de ricas calças y jubón, y en el throno fue armada de unas ricas y resplandecientes armas blancas (...) y poniéndose de rodillas, el valeroso Marte se quitó su tan estimada y primera espada, ciñiéndosela al lado yzquierdo, le dio un golpe con ella en el hombro y la valerosa dama se la tornó a quitar, rescibiéndola de la mano de Iuno; entonces Marte la abraçó y besó en el carrillo, diziendo que tuviesse por cierto que sería tan abentajada en las armas para con los cavalleros quanto lo era con las damas en hermosura (fol. 60-r^o).

A partir de ahora, Hermiliana se comportará como un caballero más; recorrerá los caminos en busca de aventuras, participará en torneos, defenderá a los desvalidos y luchará en grandes batallas²⁵⁸.

La mujer caballero no ha recibido una formación guerrera, sino que toma las armas para solucionar alguna cuestión concreta. En el caso de Hermiliana, se trata de recuperar a su caballero, don Clarineo de España, que goza de los amores de la bella Rosaliana mientras la princesa de Francia lo espera inútilmente en el castillo de la sabia Medea²⁵⁹.

No obstante, si bien las habilidades guerreras de la amazona se justifican en base a su adiestramiento en las armas, no resulta creíble que una doncella “disfrazada” de caballero, por así

²⁵⁸ Sales (2004: 71) señala que, si bien las primeras doncellas guerreras tomaban las armas de forma puntual, a medida que el género evoluciona hacia la literatura de entretenimiento estas mujeres demuestran una afición por la vida caballeresca que va más allá de la resolución de un conflicto determinado. Esto se aprecia claramente en el caso de Hermiliana, cuyas aventuras caballerescas no se terminan tras la reconciliación con su amado.

²⁵⁹ Es habitual en la literatura del Siglo de Oro que una mujer se vista de hombre para recuperar el amor de su prometido, que la ha abandonado. Cervantes reflejó esta situación en la *Dorotea* quijotesca, pero fue la comedia del siglo XVII la que más explotó este recurso, fundamental para el desarrollo del enredo. El mismo Calderón, consciente de lo exitoso del motivo, lo introdujo en *La vida es sueño* en la figura de Rosaura, para contentar a un amplio sector del público que estaba, sin duda, acostumbrado a este tipo de lances. En la *Tercera y cuarta parte* también encontramos, además de Hermiliana, el personaje de Primaflor que, enamorada de Belflorán, que la ha rechazado, se disfraza de escudero para poder estar junto a él sin que este lo sepa. Algo parecido hace la doncella Gradafilea del *Amadís de Grecia* (1530).

decirlo, pueda emularlos en sus proezas o siquiera cargar con la pesada armadura que conlleva el oficio (Sales, 2004: 68). Es por esto por lo que, a medida que evolucione el género, los autores anticiparán las habilidades de la *virgo bellatrix* haciendo mención a una temprana inclinación por las armas en su infancia y primera juventud. Para justificar el caso de Hermiliana, Fernández recurre a la explicación maravillosa: al ser armada por el mismo Marte, se sobreentiende que recibe de él la fuerza y destreza necesarias para ejercer el oficio caballeresco²⁶⁰.

Una vez obtenidas sus armas, Hermiliana parte en una larga *queste* para encontrar a don Clarineo. Por el camino conoce al desventurado Gloridiano, un caballero de escasa valía que está a punto de perder a su amada Roselia, cortejada por el soberbio Polinéstor. Hermiliana se ofrece a acometer la batalla por él, ocultando su rostro bajo las armas de Gloridiano. La doncella vence en la batalla y el padre de Roselia hace que las dos se casen allí mismo, ignorando no solo que el caballero no es Gloridiano, sino, además, que se trata de una mujer²⁶¹. Por la noche Roselia, que sabe que su nuevo esposo no es Gloridiano, pero que desconoce todavía su condición femenina, trata de ver su rostro mientras duerme y queda admirada de su belleza:

y si fuera libre creo le diera en el corazón nuevos pensamientos; y desseando ver del todo sus lindos pechos, de los quales algún tanto tenía descubierto, levantó de sobre ellos la ropa, con lo qual fue más espantada, conociendo que doncella y no cavallero fuesse, y elebose tanto en mirarla, estando casi fuera de sentido, que sin ver lo que hazía sobre sus pechos cayó una gota de cera ardiendo, que a la princesa con un ¡ay! sobresaltado hizo recordar (fol. 89-vº).

Esta recreación del mito de Eros y Psique no tiene, sin embargo, consecuencias desastrosas para las doncellas. Al contrario; Roselia queda mucho más tranquila, sabiendo ahora que su matrimonio con Hermiliana no es válido.

En esta aventura, Hermiliana ha demostrado ser superior a dos caballeros varones: Polinéstor, a quien ha derrotado sin muchos problemas, y Gloridiano, tan cobarde que ni siquiera se atrevía a acometer la lucha; pero ahora, la princesa de Francia habrá de probar su valía ante su infiel amante.

Cuando llega a Bohemia, Hermiliana encuentra a don Clarineo viviendo su amor clandestino junto a Rosaliana y recuperándose de las heridas que recibió al tratar de superar, sin éxito, la Aventura del Valle Desastrado. Sin darse a conocer, Hermiliana, dolida, acomete la aventura y logra llevarla a cabo, venciendo donde don Clarineo había sido derrotado²⁶².

No contenta con ello, esa misma noche salva a don Clarineo de ser asesinado por un celoso

²⁶⁰ También la Poncella de Francia hace gala de “una fortaleza innata fuera de lo común, similar a la de una amazona, pero probablemente inspirada por su misión divina” (Sánchez Valat, 2012: 160).

²⁶¹ Marín Pina apunta que este motivo está presente también en la épica francesa, donde hay varios casos de doncellas guerreras obligadas a casarse con otras mujeres porque se las confunde con hombres (1989: 83).

²⁶² La aventura estaba destinada a ella: un padrón en la entrada del valle anunciaba que solo “la herida obeja buelta en cruda leona” podría superarla. Por si el lector lo dudaba todavía, con este detalle el autor coloca a Hermiliana en el panteón de héroes de la novela.

pretendiente de Rosaliana cuando trataba de entrar a hurtadillas en su habitación. La situación es realmente humillante para don Clarineo, sobre todo cuando descubre que su misterioso salvador es la mujer a la que había abandonado para iniciar su romance con Rosaliana. Hermiliana parece darse cuenta de esto también. Su búsqueda ha finalizado, pero el objeto de sus desvelos no se merecía tantas molestias. Pese a que don Clarineo le pide humildemente perdón, ella no acepta sus disculpas y lo abandona:

Pues así avino que, estando una noche Hermiliana más descuydada, le vino al pensamiento quán gran crueldad era la que consigo misma ussava en andarse así perdida tras don Clarineo, aviéndole ella hallado de la suerte que os havemos contado; y pudo con ella tanto la imaginación que, llamando a sus donzellas, mandando que disimulassen con don Clarineo, tomando sus armas y encomendando al huésped que acabasse de curar a aquel cavallero, dexándole de dineros bien proveýdo, ella se salió de aquel lugar y caminó sin parar toda la noche, locura muy ussada de enamorados coraçones, que ni saben lo que piden ni siguen lo que quieren, y huyen de lo que nunca querrían ser apartados. Y assí llegó a otra villa, donde no hizo sino comer, y metiose por las más espesas montañas de toda Alemania por no ser hallada de aquel que hallarle tantos trabajos passara y tanta sangre le havía costado, y por quien diera la propria vida por no ser nunca d'él apartad[a] (fols. 100 r^o-v^o).

La *queste* de Hermiliana ha terminado, pero no sus andanzas. Durante el periodo de penitencia de don Clarineo, que dura varios años, Hermiliana se convierte en un caballero andante que, al igual que don Belianís y sus compañeros, recorre el mundo en busca de aventuras. Ni siquiera abandona su condición caballerisca cuando, finalmente, se reencuentra y reconcilia con Clarineo y ambos contraen matrimonio. La encontramos de nuevo entre doncellas, pero siempre dispuesta a armarse al menor signo de peligro y participando junto a su esposo, en plano de igualdad, en la guerra de Constantinopla²⁶³. Si bien no oculta su condición femenina, lleva armadura por razones prácticas, con lo que en ocasiones se la confundirá con un hombre en la batalla²⁶⁴.

Hermiliana se ha ganado por derecho un puesto entre los caballeros de su tiempo. Ha demostrado su valía en conflictos bélicos, en aventuras cortesanas y sobrenaturales como la del Valle Desastrado y en batallas judiciales. Pero, ante todo, ha testimoniado su inquebrantable fidelidad amorosa, que la ha colocado por encima de su desleal compañero y la ha hecho digna de figurar entre los mejores caballeros del mundo.

²⁶³ Demuestra esta disponibilidad durante la investidura de Belflorán, a la que asiste vestida como corresponde a su condición de dama de alta guisa; sin embargo, cuando Furibundo y los suyos interrumpen la ceremonia atacando por sorpresa, “tomando su yelmo, dexando las ropas que encima traýa, quedó qual era menester” (fol. 153-r^o), tras lo cual participa activamente en la batalla.

²⁶⁴ La Poncella de Francia peleaba con sus cabellos al viento (Sánchez Valat, 2012: 159), pero Hermiliana, más práctica, se los recoge bajo el yelmo para luchar, si bien a veces se “desmelena” por accidente: “Mas Salisterno hirió a Hermiliana alto en el yelmo, prendiendo el golpe algo bajo del azerado borde. Ella se tuvo firme por no caer, y la lança no se rompió tan presto que los correones del yelmo fueron hechos pedaços, y ella quedó mostrando su divino rostro; los cabellos, mejores que los de Avsalón, le cayeron por las espaldas hasta la mitad del arnés” (fol. 219-r^o).

2.7.3. La amazona: la reina Cenobia

La amazona es una figura habitual de los libros de caballerías castellanos; se incorporó al género a partir de la materia troyana y las *Estorias* alfonsíes, construyéndose así un tipo literario que aparece por primera vez en las *Sergas de Esplandián*²⁶⁵. En este texto Calafia, reina de California y señora de las amazonas, se une con sus huestes al asedio pagano de Constantinopla. Allí pretende ganar fama y renombre, pero se enamora de Esplandián, contraviniendo por tanto la tradición amazónica del odio a los varones. Acaba casándose con el amigo del héroe y convirtiéndose al cristianismo²⁶⁶.

La Calafia de Montalvo se ajusta, sin embargo, a otros aspectos del mito: sus amazonas son una raza fiera que lucha contra los hombres en una eterna guerra de sexos; solamente se unen a ellos ocasionalmente para procrear, y después matan a todos los vástagos varones. Así, la amazona se presenta como una criatura exótica de costumbres bárbaras, si bien se le permite integrarse en el mundo civilizado a través del matrimonio y la cristianización. Sales (2008) sugiere que, si bien Montalvo pudo verse inspirado por las noticias de los viajes colombinos, la influencia más directa para el personaje de Calafia parece estar en la Pentasilea del *Roman de Troie*, difundido a través de diferentes versiones, como las *Sumas de historia troyana* de Leomarte. En esta obra, Pentasilea acudía a luchar en la guerra de Troya, aunque lo hacía porque se había enamorado de Héctor de oídas. Esta amazona, a diferencia de Calafia, se presenta como una dama cortés, hermosa y gentil; sin embargo, ambas sucumben al amor que se suponía prohibido para las de su raza, si bien Calafia disfrutará del final feliz que le fue negado a Pentasilea.

La amazona que aparece en la *Tercera y quarta parte* recoge aspectos de ambos personajes. Se trata de la reina Cenobia (“no aquella que fue vencida por el emperador Aureliano, sino otra, que aquella, aunque fue contra los romanos gran señora en Asia, no fue Reyna de amazonas, que aún a la sazón no heran salidas del monte Cáucaso en ajenas conquistas”²⁶⁷, fol. 182-vº), que, igual que Calafia, acude para luchar contra los cristianos en el asedio a Constantinopla; también se enamora de su paladín, Belflorán, pero no es correspondida. Más adelante, tras beber de una fuente encantada, acabará enamorándose de Armesildo, el mejor amigo del héroe, que llevaba tiempo prendado de ella.

²⁶⁵ Véase Benito, 2002, y Sales, 2008. Como curiosidad apuntaremos la pervivencia del personaje en una novela breve de Blasco Ibáñez titulada *La reina Calafia* (1923; para un estudio detallado de la obra, véase Sainz de la Maza, 2001, y Sales, 2007).

²⁶⁶ El héroe caballeresco jamás contraerá matrimonio con una mujer que se salga de los cánones establecidos. Su dama siempre es una princesa de alta guisa que destaca por su hermosura, su honestidad y su discreción. Amazonas, magas o gigantas que se enamoren de él verán sus aspiraciones condenadas al fracaso, obteniendo, como mucho, una relación breve y ocasional.

²⁶⁷ Esta Cenobia aparece citada en el libro de Boccaccio *De las mujeres illustres en romance* (Zaragoza, Paulo Hurus, Alemán de Constanca, 1494). Fue “reyna de los palmerinos”, y de ella “se cuentan cosas maravillosas, ca ella exercitó su niñez y mocedad como las amazonas en los duros trabajos de las selvas y de la caça. E después, casada otra vez, fizo muy áspera vida en el campo con su marido, faziendo guerra contra los romanos y contra las naciones bárbaras. Finalmente fue vencida por el emperador Aureliano y levada como vencida en el triumpho” (fol. 101-rº y ss).

Fernández aprovecha la llegada de Cenobia a Constantinopla para relatar su versión del origen de las amazonas, relacionándolas también con la guerra de Troya, aunque no de forma directa: cuenta que, al regresar los griegos a su hogar después de la guerra, se encontraron con que sus mujeres habían tenido tantos hijos ilegítimos en su ausencia que, por no iniciar una matanza, se vieron obligados a desterrarlos a todos. Estos, capitaneados por Falanto, se hicieron a la mar y llegaron hasta Tracia, donde sedujeron a un buen número de doncellas que se fugaron con ellos. Sin embargo los griegos las abandonaron en tierra, deshonradas y lejos de su hogar, y parten, “según cuentan las hystorias, a poblar a Tarento”²⁶⁸. Así,

las damas enamoradas, que tales se hallaron, poco será menester encarezer a los términos que vinieron, acordando unas de matarse y otras, otros estraños casos muy semejantes a este. Mas al fin ellas aborrescieron de tal suerte los hombres que, haziendo en aquel puerto un muelle, hedificaron allí y, procurando humana conversación en quanto hera menester para no dexar de multiplicarse, las que parían hijos los imbiavan a trocar por otra mercadería en aviendo quatro años; y las hijas, quemádoles un pecho, hazían flechar, husándolas al trabajo y exercicio de la guerra, en lo qual, ayudádoles la crueldad que con ellas se avía ussado, salieron tan diestras, y su potencia se encendió tanto que vino a ser una de las potencias, y no de las menores, de Asia. Al principio llamáronse "oréntides", mas después se han llamado "amaçonas" (fol. 182-vº).

De este modo, Fernández humaniza a las amazonas: ya no matan a sus hijos varones al nacer, sino que los envían al exilio cuando cumplen cierta edad. Por otro lado, las descendientes de aquellas mujeres engañadas tienen sobrados motivos para desconfiar de los hombres en general y de los griegos en particular. Queda claro cuando se nos cuenta que Cenobia, “como en sus hystorias leyese el daño y menosprecio de Falanto, no le pareció que sería cosa dexar de vengarse en las tierras de los griegos, que de esto le tenían poca culpa”. Así, la amazona acude en ayuda de Claristea con todas sus huestes.

Armesildo, príncipe de Inglaterra, se presenta ante ella como embajador de los cristianos, y queda impresionado por las amazonas y especialmente por su reina:

llegó Armesildo y, haziendo señal que era embaxador, fue puesto ante la reyna Zenobia, cuya estraña ermosura casi le sacó de sentido. Viendo junto d'ella otras damas en estremo bien dispuestas con ricos arneses y las espadas a los cuellos no supo qué dezirse (fol. 183-rº).

Más adelante, se describe a Cenobia de esta manera:

Y apartándose Balisán, llegó a la fuente, donde vio a la linda reyna Cenobia, sus dorados cabellos tendidos sobr'el arnés, tan hermosa que se le representó fuesse Diana, si ya no era la diosa Palas (fol. 198-vº).

²⁶⁸ Una parte de esta historia coincide con la tradición griega, según la cual Falanto y sus compañeros, los partenios, fueron hijos ilegítimos engendrados por las mujeres espartanas mientras los hombres se hallaban ausentes durante su larga guerra contra Mesenia. Tras una revuelta fallida, los partenios fueron desterrados, y Falanto, siguiendo los consejos del Oráculo de Delfos, fundó la ciudad de Tarento en la costa de Apulia.

Vemos, por tanto, que ya no se presenta a la amazona como una mujer de piel negra y aspecto semisalvaje, sino que su descripción física no se aleja mucho de la de la *virgo bellatrix*. En cuanto a su conducta, Cenobia se comporta en todo momento con total cortesía, demostrando conocer los usos y costumbres del mundo civilizado. Con todo, no permite que nadie olvide que, pese a la belleza y diplomacia de las amazonas, son un pueblo de feroces guerreras:

Sabed que yo soy la reyna Zenobia, la madre de las amazonas, de las quales viene esta flota poblada; que, aunque agora os parecen ángeles, ya vendrá tiempo que en el campo os parezcan demonios (fol. 183-rº).

Su desembarco es absolutamente espectacular, y el autor se detiene en describir con detalle las huestes amazónicas:

y saltando en los esquifos salieron en tierra, con tanta magestad de la reyna que a todos dio admiración, porque la sacaron doze elefantes, los quales tiravan un carro tan grande que dentro cabían más de mil caballeros, con siete arcos triunfales, los quales uno sobre otro hazían una manera de corona tan resplandesciente que como el sol a todas partes relumbrava. No había tal pieza en el universo para entrar en batalla. Tenía en torno de los arcos seys almenas y torres y cubos fuertes llenos de aquellas sus mugeres, que muy bien armadas con sus armas y flechas parecían un nuevo encantamiento. Cada elefante llevaba sobre sí un pequeño castillo en que llevaba otras doze mugeres, con tantos géneros de militares instrumentos quantos había en el real. No quiso la reyna salir en este carro ni otros muchos que la estaban esperando, mas tomó un alindado olicornio, en que ella acostumbrava entrar en las batallas, tan hermoso y fuerte que no había cavallo en Berbería que se le ygalase, y delante d'ella su batalla tendida, en que yvan cinquenta mil amazonas tan diestras en la guerra como los partos, de los quales ellas la manera de pelear avían aprendido (fols. 183-rº-vº).

Como Cenobia llega a Constantinopla durante las treguas, no puede unirse a la batalla inmediatamente. Sin embargo, decide probar la aventura del Caballero Sin Amor, y Belflorán la derrota sin grandes problemas. Cenobia se enamora entonces de él sin conocer su identidad. La descubrirá más adelante, pero sus sentimientos hacia él no cambiarán al saber que es cristiano; al contrario, se unirá a él en la batalla de Nicoxian fingiendo ser un caballero desconocido y luchando así contra su propia gente.

No será esta la última vez que Cenobia y Belflorán luchen juntos, codo con codo: él la elegirá más adelante como compañera de armas en un duelo judicial en defensa de don Baldín. Aunque la amazona no llega a declararle su amor directamente, ya que “la grave onestidad suya” se lo impide, el héroe sabe leer entre líneas y la trata siempre con respeto y cortesía.

Pero esto es todo lo que Cenobia obtendrá de él. Durante el transcurso de sus aventuras, sin embargo, la reina vuelve a toparse con Armesildo de Inglaterra, que sigue perdidamente enamorado de ella. Una fuente encantada se ocupará del resto:

No estava muy lexos el remedio de Armesildo; que, siendo todas estas cosas ordenadas por el sabio Merlín, aquella era una de sus encantadas fuentes, donde se cobran las amorosas

pasiones; y, como la reyna tuviese alguna sed, tomando en su yelmo del agua, bebió un golpe, que fue la vida del que sin ella bivar no podía. Quedó la reyna atónita, porque a poca pieza no se le acordó de Belflorán; diose a mirar la apostura de Armesildo, que hera uno de los gentiles cavalleros del mundo; y, sintiéndose assí trocada, no le pesó punto, que casi estava corrida de verse assí pressa de quien d'ella no se acordava, y entre sí rogava a sus dioses que en aquel pensamiento la sustentassen. Mas ellos le podían ayudar tan poco como en quitarle los nuevos pensamientos, con los quales de nuevo tornó a abraçar a Armesildo; que, no perdiendo lo que su fortuna le ofrecía tan cumplido, ya no con besar las manos se contenta, mas las primeras flores de su boca coge, con tanto contento quanto los bien heridos d'este mal pensar pueden. Tornaron mil vezes a tenerse abraçados estos dos felicísimos am[a]ntes, poniendo con su contento envidia al que los hiriera del amoroso mal, y no menos a las hermosas ninfas que aquella fuente tenían cercada, estando la reyna determinada de complazerle en todo aquello que una casta donzella sin ofender a su onor podía (fol. 243 rº-vº).

Inmediatamente después, los dos acuden a socorrer a una doncella cuitada. Tendremos más noticias de ellos: el narrador nos cuenta que han regresado al Cáucaso a defender el reino de las amazonas de una invasión, y tiempo después se unirán a la defensa de Persia, que se ha vuelto cristiana tras la conversión de Periano. Así, al final de la novela se nos dice “que avían llegado en su socorro gentes de las amazonas con la reyna Cenobia y un cavallero valentísimo que se dezía Armesildo” (fol. 280-rº). Aunque no se diga explícitamente que las amazonas se han convertido al cristianismo, Cenobia actúa como un caballero cristiano; ya no defiende únicamente los intereses de las mujeres en general y de las amazonas en particular, sino que acude con sus huestes en ayuda de quien lo necesita.

A pesar de todo, Hermiliana es indudablemente mejor caballero que Cenobia, que pierde todos sus combates incluso cuando sus contrincantes le dan ventaja. Hermiliana, sin embargo, no puede ser derrotada. Esto puede deberse a que Cenobia pertenece a un pueblo de mujeres guerreras; quizá el autor considera que una mujer, por sí misma, no puede superar a un hombre en tareas caballerescas, y menos si no tiene a Dios de su parte. En cambio, Hermiliana recibió algo más que la orden de caballería en el Castillo de la Sabia Medea: fue investida por el propio Marte, quien le otorgó habilidades guerreras especiales y la puso bajo su protección; sin olvidar el hecho de que Hermiliana, como princesa cristiana y modelo de bondad, fidelidad y rectitud, lucha siempre por la justicia y la verdad.

2.8. La doncella andante

No todas las mujeres de los libros de caballerías aguardan a sus enamorados en sus castillos, practican las artes mágicas o toman las armas. Existe también un significativo número de “doncellas andantes”:

La doncella andante es la mujer joven que anda, la que recorre los caminos en palafrén, la que goza de una capacidad de movimiento que, aunque no se le niega expresamente, está reñida con la reclusión y el encerramiento requerido y exigido a la condición femenina” (Marín Pina, 2007: 818).

Estas doncellas van de un lado para otro ejerciendo de mensajeras o recaderas, con antifaces o sin ellos, con séquito o sin él, a menudo con un propósito en concreto, pero también por simple deseo de conocer mundo (Marín Pina, 2007 y 1010).

En el *Belianís de Grecia* no son pocas las mujeres que se ajustan a este modelo. Hay doncellas recaderas, como Lindonisa, que viaja sola al encuentro de Belflorán para entregarle una carta de Belianisa, su señora; doncellas cuitadas como Lisenda, que emprende un largo trayecto para solicitar la ayuda de Belflorán en la guerra que su padre mantiene contra el gigante Persides. Princesas como Dolisena o Claristea se desplazan de un lado a otro acompañadas por su séquito; Claristea acude a los torneos de Londres y, más tarde, a la guerra de Constantinopla, mientras que Dolisena se dirige en peregrinación al templo de Amón.

No obstante, el hecho de que una mujer viaje sola, o incluso con acompañamiento, provoca no pocos conflictos²⁶⁹. Dolisena y su hermana acuden al templo de Amón escoltadas nada menos que por cuatro reyes. Por el camino se encuentran con don Belianís, que solicita el honor de acompañarlas. Para ello debe vencer a los reyes, cosa que logra sin muchas dificultades. Así, Dolisena y Meridiana prosiguen su camino acompañadas únicamente de un misterioso caballero a quien no conocen, porque sus escoltas iniciales deben abandonar su misión tras su derrota. Ellas no parecen descontentas con el cambio:

Oído havían las princesas la fama del Cavallero de los Fuegos, y por ver cosas nuevas bien holgaran de llevarle consigo, y aun de dexar a aquellos reyes, porque eran un poco más largos en el hablar de lo que les combiniera; y, como las damas sean más afficionadas a platicar amores que no guerras, yvan con ellos medio amohinadas, que les contavan cosas y hechos suyos que bastavan para el famoso Héctor (fol. 220-rº).

Afortunadamente para ellas, han ido a topar con el héroe de la historia y no con un caballero descomedido, que es lo que le sucede a la doncella Lindonisa cuando parte de Londres para entregar un mensaje. Consciente de los peligros del camino, se cita con su caballero para que la escolte en su misión. Pero los problemas llegan antes de que pueda encontrarse con él:

A esta sazón a la fuente llegó una donzella, de cuya hermosura y disposición fue el bravo moro muy agrado, la qual a la fuente venía a esperar un cavallero que le avía de hazer compañía. Esta era Lindonisa, hija del conde de Sircia, dama de la infanta Belianisa, la qual por su mandado una carta llevaba a Boemia, donde en Ingalaterra se avía dicho que avía buuelto Belflorán, puesto que ella tenía sospecha, aunque don Manuel no lo dixera, que él fuesse el que en Francia combatiera con Furibundo, y aun en esto pensavan otros muchos que de la valentía de Furibundo tenían noticia. Y el cavallero a quien ella esperaba para su viage era aquel gentil don Balinteor de Yrlanda, que d'esta dama mucho tiempo avía que era enamorado. Y aviéndole ella dicho que yva con un recado a la reyna Rosaliana a Bohemia, teniéndolo él a estraña ventura, acordaron que la acompañaría en aquella jornada. Pues Argibo, que a Lindonisa vio apear, le dize:

²⁶⁹ “Las mujeres por los caminos son todo problemas porque despiertan inevitablemente el deseo de los hombres. Aunque los caballeros al recibir la investidura juran defender a las mujeres, no todos cumplen esa promesa, ya que puede más el deseo libidinoso que el compromiso caballeresco” (Marín Pina, 2010a: 224).

–Hermosa señora, si en esta tierra se guarda la costumbre de la mía, vos soys obligada a yr conmigo.
 –Como fuere el camino –dixo Lindonisa–, mas ¿qué es la costumbre de vuestra tierra?
 –Es –dixo Argibo– que la dama que camina sola, si algún cavallero la quiere defender por un día a todos los que con él quisieren combatir, á de quedar por suya.
 –¿Essa ley –dixo Lindonisa– hizieron las donzellas o los cavalleros?
 –No lo sé esso –dixo Argibo–, mas, si vos fuéssedes servida de guardarla, hazerme ýades gran contento, que yo soy tal cavallero que no vos vendrá en desgrado.
 –¿Y si no quisiesse yo –dixo Lindonisa–, avría más que hazer en esse caso?
 –Sí –dixo Argibo–, porque, aviéndome obligado tanto vuestra hermosura, yo procuraré, pues no estoy informado del huso d’esta tierra, guardar el de la mía.
 Riose d’esso Lindonisa. Y como supiesse la valentía de[] buen Cavallero Salvage, que a esta ora se venía por el llano de un prado, le dize:
 –Pues esso á de ser así, a mí me plaze de guardar lo que vos queréys; mas sabed que soy de aquel cavallero, y no consentirá que me llevéys. Por esso no tratéys más d’ello, que los cavalleros d’esta tierra no consienten llevar assí las donzellas que aguardan (fol. 245-rº).

La pretensión de Argibo tiene antecedentes artúricos pues, aunque la “ley del camino” exigía al buen caballero que respetase a las doncellas que viajaban solas, si alguna iba acompañada, cualquier caballero que venciese a su guarda por la fuerza de las armas podría reclamar derechos sobre ella, según se desprende de la lectura de las obras de Chrétien de Troyes (Marín Pina, 2007). La reacción de Lindonisa demuestra que le parece una costumbre anacrónica, cuando no absurda, y señala con agudeza el machismo que subyace tras ella: “¿Essa ley hizieron las donzellas o los cavalleros?”²⁷⁰.

No obstante, tiene fe en las capacidades de su caballero y no se siente amenazada. Sin embargo, este cae derrotado ante Argibo, y Lindonisa huye con él y lo acompaña de vuelta a la ciudad, pues está gravemente herido. Entonces decide reemprender su camino en solitario, pero disfrazada, para que Argibo no la reconozca. Adopta de esta manera el “hábito de doncella andante”, que incluye el palafrén y el antifaz, y permite a las doncellas viajeras ser reconocidas y respetadas como tales (Marín Pina, 2007: 824).

Sin embargo, a menudo esto no es suficiente, y para poder viajar seguras, las mujeres necesitan ocultar su condición femenina. No todas toman las armas; algunas se disfrazan de muchachos o escuderos y, al hacerse pasar por varones, pierden su condición de “doncellas

²⁷⁰ No es esta la única vez que Jerónimo Fernández pone en boca de sus personajes algún razonamiento en defensa de la mujer. En esta ocasión es Lindonisa, una doncella; pero previamente el propio héroe del relato había defendido con ardor las virtudes de las damas frente a aquellos que las calumnian:

–A muy muchos –respondió don Belianís– que, si no fuera por los amores, quedaran puestos eternamente en la sepultura del olvido, porque los amores hazen a los cavalleros corteses, valerosos y esforçados y generosos en qualesquier cosas que tienen de hazer, lo qual sin ellos no serían.
 –Si esso así fuesse –dixo la donzella– no se dirían tantos males de las mugeres como vemos que a cada passo se escriven, que no veo de otra cosa los libros llenos.
 –Essa es propria culpa de los hombres –dixo el príncipe don Belianís–, que han tomado ya por cubierta de sus yerros dezir semejantes locuras de las damas; olvidando lo bueno que ay en ellas, se ponen a contar algunas flaquezas en que ellos mismos les hazen dar causa de todo, por hazerles mayor bien a ellos.
 –No sé cómo lo crea –respondió la donzella–, que bien persuadida estava en lo contrario, y quisiera que todos estuvieran en vuestra opinión (fol. 114vº).

andantes”, puesto que una de las características destacadas del tipo es que estas inquietas viajeras no ocultan en ningún momento su feminidad. Es por eso por lo que casos como los de Primaflor, Dolainda o Serinda, doncellas que fingen ser pajes o escuderos para vivir aventuras, pero no ejercen tareas caballerescas, tendrán que ser estudiados en otro apartado.

2.9. La doncella disfrazada de hombre

Si bien no faltan *virgines bellatrices* en los libros de caballerías, el hecho de disfrazarse de hombre no implica necesariamente pelear ni tomar las armas. Algunas mujeres se sienten más seguras ocultando su condición femenina, sobre todo cuando van a emprender un viaje incierto. El disfraz de varón actúa como elemento defensivo, pero también es un recurso novelesco que ofrece múltiples posibilidades narrativas y da pie a no pocos equívocos y enredos amorosos. En palabras de Trujillo,

el disfraz ofrece a las mujeres una libertad de acción de la que no disfrutaban en su vida cotidiana. Las muestras de los libros de caballerías marchan en paralelo con la presencia de mujeres disfrazadas en las comedias, un recurso que llegará a ser tópico en el Siglo de Oro y que tuvo su extensión en la realidad (2007: 292-293).

En el *Belianís de Grecia* encontramos algunos ejemplos de ello. Serinda es una típica doncella andante, pero decide vestirse de muchacho cuando su barco es atacado por unos piratas berberiscos:

Pues procurar de pelear hera cosa de sueño, de lo qual don Belianís estava con grandíssimo pesar, que en su vida tuviera la mitad, y viendo que los ados havían de hallar su camino, procuró en aquello fuesse con el menor peligro suyo que le fuesse possible; y, haziendo a la donzella vestir como un marinero o grumete, él se vistió de la misma suerte, poniendo debaxo de aquellos largos braones su espada, que era d’él tan estimada que no quería morir sin ella (fols. 114-vº y 115-rº).

Don Belianís y sus compañeros acaban trabajando como esclavos para el alcalde moro Zoroaydes, y posteriormente la doncella acompañará a don Belianís durante un largo periplo que durará nada menos que quince años. Todo este tiempo permanecerá junto a él “en ávito de escudero”, sin que se justifique la razón, pues, una vez liberados por Zoroaydes, el héroe tiene sobradas ocasiones de acompañarla a su casa o de facilitarle el regreso. Además, como veremos más adelante, Serinda es la única hija de un conde que manifiesta claramente su alegría y su alivio al recuperarla. Sobre todo teniendo en cuenta que, en principio, Serinda había partido de Francia quince años atrás para asistir “a unas fiestas que se hazían en Barcelona” (fol. 114-rº).

Las motivaciones de Primaflor para emprender un largo viaje vestida de muchacho parecen más claras. Un sabio profetizó que su belleza causaría grandes males, por lo que su padre la encerró junto con su hermana Dolainda en el mágico Castillo de la Suerte. Durante seis años debe permanecer allí sin hablar con ningún hombre, mientras su caballero defiende su belleza ante todo el que ose desafiarlo. Transcurrido este tiempo, si nadie ha conseguido derrotarlo, Primaflor se casará

con él y traerá con ello la paz y la prosperidad a su reino.

Pero pronto queda claro que Primaflor no acepta de buen grado el encierro ni el matrimonio concertado. Cuando Belflorán logra entrar en el castillo por un camino secreto, la princesa no tiene inconveniente en hablar con él, aunque le advierte del peligro que corre al penetrar en su santuario. Tras relatarle su desventura, se presta a tocar el laúd para él, ya que tiene grandes dotes para la música²⁷¹. En ningún momento parece que le preocupe el hecho de estar rompiendo su voto de silencio, o tal vez no cree en las funestas consecuencias profetizadas por los sabios²⁷². Ejercerá de sanadora cuando Belflorán vuelva a presentarse allí malherido, y también de protectora de la desventurada Ysabela, que huye de un matrimonio no deseado. Cuando el caballero del castillo sea derrotado, tanto Primaflor como Dolainda serán libres de marcharse. Sin embargo, Primaflor tampoco se conformará con esto. Ya en casa de su padre, llegan a sus oídos noticias del compromiso de Belflorán y Belianisa. Y su tristeza es tal que su hermana Dolainda le propone partir en busca de su amado:

–Mi señora –dixo Dolainda–, bien sabéys que el que no passa trabaxos no goza de la gloria de la paz; el enamorado a quien espera la Fortuna con el cumplimiento de sus desseos, ni sabe qué es querer, ni aun ser querido, pues lo uno se passa con lo otro. No ay amor donde contrarias lástimas no fatigan; y assí, si os parece, perdámonos por estos bosques; si nos hallaren, diremos que de miedo nos perdimos; y, si no, con disimulados ábitos bien podemos yr hasta la Ysla de la Ventura, donde es ydo Belflorán, y allí la Fo[r]tuna en alguna manera nos mostrará lo que más nos convenga.

Tienen los enamorados unos pensamientos tan arrebatados que no es llegado el consejo quando les parece un punto de tardança, una dilación importuna; y assí le pareció a la linda Primaflor, que, dando un suspiro, dize:

–¡Ay, hermana, y cómo avéys acertado tan alto consejo! Solo resta ponerlo por la obra, porque la dilación no destruya lo que tan bien está acordado.

Y con esto, no mirando tan crueles inconvenientes como de allí se esperavan, se metieron con sus palafrenes por lo más áspero del bosque. Y, como en los mayores desatinos se lleva la Fortuna por la frente, assí les aconteció que de ninguno fueron halladas; aunque, buelto el rey don(de) Serafín, hizo grandísimas diligencias en buscarlas, y tanto que él mismo en persona con sus armas y cavallo se partió en su seguimiento, y muchos cavalleros del reyno. Mas hallarlas (es) era imposible, porque en la primera villa que llegaron, entrando de noche en una posada, hizieron vestidos de escuderos, con los quales ,y con ponerse algunas cossas por el rostro, de nadie fueron conocidas. Y como sus joyas valían tanto, en breve hizieron dineros para su camino, y en un punto tomaron una çabra que a la Ysla de la Ventura las llevasse (fol. 267-r^o).

Pero la transformación de las dos hermanas no terminará aquí. Ya han cambiado de ropas; no tardarán en trocar también sus nombres por los de Florindo y Perseo. Y, para que el cambio de sexo sea completo, se valdrán de la magia para que nadie las reconozca:

²⁷¹ Esta afición la diferencia de otras damas del relato y aporta nuevos matices al personaje: “Conforme se van publicando nuevos textos caballerescos, la etopeya femenina se va enriqueciendo con distintos ingredientes. Vemos a las jóvenes princesas tañendo melodiosos sonos con el arpa, interpretando canciones o aficionándose a la representación de romances y églogas. Este virtuosismo musical igualmente halla acomodo en las salas palaciegas que en frescos valles donde todo ser vivo se detiene a escuchar los cantos de la protagonista. De pronto la voz se transforma en otra vía para cautivar la atención del caballero” (Sales, 2004: 47).

²⁷² La aventura del castillo de Primaflor es otro juego caballeresco. Los motivos que tiene el rey para encerrar a su hija se muestran más como una excusa para iniciar el torneo que como un peligro real.

–Y aora, por la fe que a Dios devéys, que os quitéis los antifazes, porque en la habla me parece conoceros.

No tenían las damas miedo a esto, porque estuvieran en la cueva del sabio Artabano, a donde les dieran con que, no perdiendo punto de su hermosura, no pudiessen contra su voluntad ser conocidas (fol. 274-rº).

Los dos “donceles” actuarán como auxiliares de Belflorán, y lo acompañarán en las últimas aventuras de la novela²⁷³. El autor anticipa que sus andanzas serán muchas y muy admirables, y que el travestismo de estas doncellas-escudero propiciará todavía notables confusiones:

Por Primaflor, llamándose Florindo, se ganó la gran ciudad del Cayro, siendo d’ella enamorada, pensando ser hombre, una hija del gran soldán de Egipto (fol. 279-rº).

Parece claro que Primaflor tiene una doble motivación para vestirse de hombre y partir en busca de aventuras. Naturalmente, desea estar cerca de su amado, aunque él no la corresponda y ni siquiera la reconozca; pero también quiere ver mundo. Primaflor se ha visto encerrada en un castillo durante largos años y sin poder –en teoría– hablar con miembros del sexo opuesto; la reclusión a la que tradicionalmente se ve sometida la dama se refuerza en su caso con una profecía que, de forma similar a los augurios que confinaron a Segismundo, “obliga” a su padre a mantenerla alejada del mundo. No es de extrañar que acumule una aguda curiosidad y que utilice el disfraz de hombre para lograr esa libertad de movimientos que tanto ha anhelado.

²⁷³ “De forma similar a la irrupción de las féminas en el mundo de la caballería a través de las figuras de la amazona o la doncella guerrera, también hay hermosas damiselas que pasan a desempeñar temporalmente las funciones escudileras. Son jóvenes que cabalgan en completa libertad y, tras quedar asombradas ante las aptitudes guerreras del caballero y su atractivo físico, deciden acompañarlo en una mezcla de curiosidad y atracción sentimental” (Sales, 2004: 77).

3. SABIOS Y SABIAS

3.1. La magia en los libros de caballerías

En los últimos tiempos hemos asistido a un creciente interés por el estudio de la magia, la maravilla y lo sobrenatural en la Edad Media, abordado desde diversas perspectivas²⁷⁴. Sigue siendo fundamental, no obstante, la distinción de Le Goff entre lo mágico, lo milagroso y lo maravilloso. En sus orígenes, lo mágico tenía connotaciones ambiguas para el hombre medieval, pues había una magia blanca benéfica y una magia negra que procedía del diablo. No obstante, con el tiempo pasó a relacionarse únicamente con la órbita de Satán, y todo lo *magicus* empezó a considerarse maléfico. Lo milagroso, por el contrario, tiene un fundamento divino, mientras que lo maravilloso procede de un sustrato precristiano y folklórico, y que era, sin embargo, tolerado por la Iglesia (1999: 17-25).

Lo maravilloso irrumpía con frecuencia en la literatura caballerescas medieval, en forma de encuentros con seres, objetos o acontecimientos de naturaleza superior a la normal, es decir, sobrenaturales. En el modelo artúrico estos sucesos generalmente no tenían explicación racional; los libros de caballerías del XVI, en cambio, suelen justificar su inclusión a través de la intervención de un mago o una maga (Bognolo, 1997: 155-161).

Efectivamente; si el caballero descansa junto a una fuente mágica, esta lo es porque fue encantada por un mago; si ha de superar una serie de pruebas para deshacer un encantamiento, antes o después se nos comunicará que todo ha sido obra de un mago. Son ellos los que otorgan armas mágicas, convocan criaturas extraordinarias o construyen castillos encantados²⁷⁵. Son los agentes de lo maravilloso, que antes estaba implícito en el espacio caballeresco sin necesidad de ser introducido por ningún personaje.

El modelo de los magos caballerescos castellanos tuvo su primer representante en Urganda la

²⁷⁴ En las letras francesas destacan los estudios de Le Goff (1991 y 1999), Poirion (1982), Lecouteux (1995), Harf-Lancner (1984b), Dubost (1991) y Gallais (1992); en el estudio de lo mágico y maravilloso en la literatura castellana cabe destacar, por otra parte, los trabajos de Garrosa Resina (1987) y, sobre todo, en lo referente a la literatura de caballerías, Mérida (1998 y 2001).

²⁷⁵ “De esta manera, gracias a su saber libresco, magos y encantadores se convierten en los constructores e ingenieros de estos espacios arquitectónicos que deslumbran a personajes y lectores de los libros de caballerías: palacios, castillos, torres, arquitecturas efímeras, jardines, cuevas y sepulcros de connotaciones maravillosas surgen ante la mirada asombrada de los héroes, que deben superar en ellos aventuras bélicas, mágicas y amorosas” (Aguilar Perdomo, 2007: 129). Muchos de estos castillos se relacionan con los espectaculares montajes que podían contemplarse en las fiestas nobiliarias de la época. Ya Urganda ejercía de maestra de ceremonias en la saga amadisiana en este tipo de espectáculos (véase Beltrán, 1997, y Sales, 1999a), por lo que no es de extrañar que “el mago sufra un desplazamiento que le acerca más a la figura del animador de saraos y veladas cortesanos o de recibimientos y entradas triunfales” (Río Nogueiras, 1995: 142). En este sentido hablaríamos de lo *maravilloso mecánico*: “aquellos elementos que producen el asombro y la admiración, se apartan de lo natural y están causados por los conocimientos especiales de los hombres” (Cacho Blecua, 2001: 128). Así, la maravilla sobrenatural da paso a espectaculares ingenios artificiales, de la misma manera que las personas que los construyen ya no son magos, sino sabios, en la medida en que sus capacidades dependen más de conocimientos adquiridos que de poderes extraordinarios innatos.

Desconocida, la maga amadisiana²⁷⁶. Este personaje se nos presenta como una confluencia de tres modelos medievales: Morgana, Merlín y la Dama del Lago. De Morgana hereda su carácter de *fée amante*, enamorada de un caballero y manteniéndolo a su lado mediante hechizos. De Merlín obtiene su habilidad profética. Y de la Dama del Lago sus rasgos de *fée marraine*, protectora del héroe y su estirpe y dadora de dones encantados (Mérida, 2001: 91).

Se ha señalado en diversas ocasiones la evolución de Urganda desde sus primeras apariciones hasta los últimos capítulos de la saga (Bognolo, 1997: 185; Mérida, 1994a: 275; Hönig, 2007: 295), pues, si al principio era un ser sobrenatural, descendiente de las hadas de la tradición bretona, que aparecía y desaparecía misteriosamente, y cuyos poderes eran inexplicables, poco a poco su figura se irá racionalizando y cristianizando. Sus entradas en escena serán cada vez más espectaculares, pero sus poderes se irán paulatinamente justificando como dones divinos; y en las *Sergas de Esplandián*, el hada misteriosa se ha convertido ya en consejera regia y portavoz del catolicismo.

En una época en que toda la magia era considerada diabólica, los libros de caballerías mantienen sin embargo la distinción medieval entre magia blanca y magia negra (Mérida, 1994: 627). La primera, si se pone al servicio de Dios, puede ser tolerada; la segunda es indiscutiblemente diabólica:

Magia y religión fueron dos conceptos incompatibles desde tiempos antiquísimos. Existía entre ellos un conflicto de autoridades entre las competencias humanas y divinas. Por eso, porque las habilidades de los magos frecuentemente excedían las barreras de lo permitido por el credo cristiano, la iglesia medieval estableció la oposición entre el mundo divino y el mundo diabólico. La identidad de los magos y brujas quedó ligada a la del maligno y sus cultos fueron condenados como actos idolátricos. Entre otras circunstancias, la ideología eclesial influyó en la redefinición de magos y magas, de forma que este personaje experimentó dos cambios significativos en el paso de la narrativa artúrica al libro de caballerías castellano: se hizo más humano y sus poderes se explicaron desde una perspectiva más racionalista y, a veces, se llegó a subrayar que tales conocimientos eran permitidos por la divinidad (Sales, 2004: 79).

Así, no es extraño que nos topemos en un mismo libro con magos bondadosos y cristianos que ayudan al héroe y con magos malvados que invocan a los demonios. En el *Amadís de Gaula* encontrábamos a Arcaláus el Encantador, rival de Urganda y avieso mago que se enfrentaba al héroe en más de una ocasión. El autor del *Belianís* plantea esta distinción, pero no la mantiene hasta el final de la obra, como veremos²⁷⁷. Los autores de libros de caballerías posteriores siguen el modelo

²⁷⁶ Sobre el personaje de Urganda, véase Cacho Blecua (1979), Haro Cortés (1998: 193), Beltrán (1997), Mérida (1994a, 1994b y 2001), Bognolo (1997: 183-188), Nasif (1992), entre otros.

²⁷⁷ En un principio, el sabio Fristón, que “encarna las fuerzas del mal, corresponde al antagonista Arcaláus de *Amadís de Gaula*, así como Urganda, el auxiliar mágico de la obra fundacional, tendrá su sucesora en la maga Belonia, el símbolo del bien, protectora de don Belianís y de la casa imperial” (Orduna, 2001: 54). Sin embargo, esta dicotomía se desequilibra en el capítulo 10 de la *Tercera Parte*, cuando, tras un combate mágico y gracias a la mediación de don Belianís, Fristón y la sabia Belonia se hacen amigos, y el mago pasa a ser aliado del héroe y cronista de sus hazañas.

amadisiano y, con escasas excepciones²⁷⁸, poblarán las aventuras de sus héroes de magos y magas, sabios y sabias, encantadores y adivinos²⁷⁹. A pesar de ello, autores como Nasif defienden la idea de que, aunque a primera vista pueda parecer que lo maravilloso mágico en los libros de caballerías no se aparta de unos determinados patrones, “la lectura atenta demuestra al lector una variedad insospechada”; así, “cada obra aporta elementos originales” y los episodios mágicos “tienen características que los distinguen” (2009: 276).

A lo largo de este proceso podemos apreciar también una progresiva evolución de una magia sobrenatural hacia una magia más libresca; en el *Belianís de Grecia* ya no habrá magos ni hechiceros, sino *sabios* y *sabias*; su poder proviene de los libros de magia y de largos años de estudio. No es un don innato, sino una ciencia aprendida²⁸⁰.

Por tanto, los magos ya no son seres superiores o sobrenaturales, sino que se trata de hombres y mujeres de carne y hueso que han dedicado su vida al estudio de la magia. Sus poderes, sin embargo, son muy variados: pueden predecir el futuro, invocar criaturas sobrenaturales o bestias fantásticas, controlar el clima, alterar su aspecto físico, transformar a las personas en animales, dominar la voluntad del héroe y sus amigos, o, en el caso de los más amables, generar espectáculos mágicos para disfrute de la corte. Todos estos efectos desempeñan funciones diversas en los libros de caballerías:

Lo maravilloso en los textos caballerescos cumple una función narrativa importante como a) método de conocimiento; b) prueba de fidelidad y ordalías, mecanismos para comprobar la culpabilidad; c) entretenimiento cortesano (admiración, maravilla, miedo, etc.); *deus ex machina* para la resolución de conflictos; e) método de crear y potenciar el sentimiento amoroso; f) mecanismo de castigo y tortura; y g) por antífrasis, premio por ayuda y entrega de objetos mágicos a los caballeros predestinados; h) mecanismo de pronósticos, profecías y cualquier otro método de adivinación; i) encantamiento de personas, objetos y espacios; j) sanación y protección del héroe; k) desplazamientos aéreos mágicos; l) motivos de reflexión; ll) relato *digresivo*, etc. Y su impronta se deja sentir en el diseño del *arquetipo heroico*, dentro del que funciona como *cañamazo estructural* (Bueno y Cortijo, 2010: lvi).

Así, la importancia de los magos llega a ser tal que, a medida que se desarrolla el género, su número se multiplica (Nasif, 2009: 279); solo en la *Tercera y cuarta Parte* podemos contabilizar una docena de magos, entre principales, secundarios y ocasionales.

²⁷⁸ Citaremos como ejemplo el *Florisando* de Ruy Páez de Ribera (1510), libro sexto de la saga amadisiana, cuyo ortodoxo autor hacía quemar todos los libros de Urganda y Arcaláus y criticaba duramente toda utilización de artes mágicas y encantamientos.

²⁷⁹ Duce (2008: 193) afirma que, desde sus raíces artúricas, lo maravilloso va perdiendo su sentido simbólico originario, de modo que en la literatura caballerescas castellana quedará solo como recurso para causar la admiración de los lectores. “Falto, pues, de esta especial justificación simbólica, y amplificado por el efecto de la *imitatio* de un género en expansión, el armazón mágico de los libros de caballerías se percibió en su época como imposible y desafortunado, inaceptable desde el dogma aristotélico de lo maravilloso verosímil, tan preciado en los planteamientos artísticos del Renacimiento, lo que provocó el rechazo de las caballerías por parte de numerosos autores de los Siglos de Oro”.

²⁸⁰ Se habla entonces de una *magia científica* o *natural*, frente a la magia negra que procede del diablo (Bueno y Cortijo, 2010: lv).

Desarrollaremos, pues, el tema de la magia en esta obra a través del análisis de los hechiceros –sabios y sabias– que aparecen en ella, y que son los generadores de la aventura sobrenatural.

3.2. La maga madrina: la sabia Belonia

La sabia Belonia es la mayor aliada del héroe. Aunque él no lo sabe al principio, Belonia ha apoyado siempre a la casa de Grecia y está ahora dispuesta a acoger al joven caballero bajo su manto protector. Estaba presente en la aventura iniciática del joven don Belianís, por medio de un padrón en el que había dejado escrita una de sus crípticas profecías. Más tarde, el héroe la conocerá personalmente. Se dice de ella que es “una vieja (...) de tanta edad que de cien años passava” (*Belianís de Grecia*, I, X). La ancianidad es una característica recurrente en la descripción de los magos caballerescos, porque se presupone unida a la experiencia y el conocimiento (Sales, 2004: 80).

Belonia vive en una “muy oscura cueva”, que por dentro es un deslumbrante y suntuoso palacio. A estas alturas, y teniendo en cuenta la fecha en que fue escrita la primera entrega del *Belianís*, al lector no le resultaría ya extraño que la misteriosa Belonia pueda ser encontrada con relativa facilidad: “A medida que estas obras se va alejando de su modelo, los personajes mágicos pierden paulatinamente el halo de misterio con el cual estaban rodeados, pues los caballeros andantes tienen acceso al lugar donde viven y, a través de aventuras, se obtiene información acerca de estos personajes” (Nasif, 2009: 277)²⁸¹. No obstante, a menudo los magos, si bien habitan en el mundo real, lo hacen en lugares recónditos, ya que una de las características de estos personajes es su deseo de soledad, que los lleva a apartarse del común de los mortales “para dedicarse al estudio y a perfeccionar sus conocimientos mágicos y astrológicos” (Sales, 2004: 80-81).

También tiene el poder de la transformación, y aparece a veces como joven doncella, al igual que Urganda²⁸², o incluso metamorfoseada en una enorme águila. Sus poderes curativos rivalizan con sus dones proféticos²⁸³; sus sabios consejos son siempre tenidos en cuenta. Dragones, grifos, enanos y gigantes se cuentan entre sus ayudantes encantados; una columna de fuego anuncia su llegada y la traslada, a ella y a los héroes, de un lugar a otro. Al igual que Urganda, que fue vencida por Melia, Belonia es derrotada por su rival en la magia, en este caso el sabio Fristán, que la mantiene secuestrada durante prácticamente todo el libro segundo del *Belianís de Grecia*.

²⁸¹ Pese a ello, Belonia seguirá insistiendo de palabra en su carácter esquivo: “no curéys (...) de tomar trabajo en me buscar, que todo el mundo no será parte para me hallar” (*Belianís*, Libro I, p. 46.). Algo similar afirmaba Urganda: “Si todos los del mundo me demandassen, no me hallarían si yo no quisiesse” (*Amadís*, p. 57).

²⁸² “Y él que la vio donzella de primero, que a su parecer no passava de diez y ocho años, viola tan vieja y tan lassa que se maravilló como en el palafén se podía tener” (*Amadís*, I, cap. II).

²⁸³ El don profético de Belonia procede del mito merliniano, pero también de la tradición sibilina. Las profecías caballerescas sirven, por otro lado, para crear tensión y estructurar la novela en torno a hechos futuros que son anticipados por magos y adivinos; véase al respecto González (1982).

Belonia sigue, por tanto, el modelo urgandiano. Sin embargo, no encontramos en ella las características de la *fée amante* que se han señalado en la maga amadisiana. Sí mantiene rasgos merlinianos, puesto que es una reputada profetisa, pero no se trata de una mujer enamorada. Su función es, en realidad, la de ser ayudante y donante del héroe, para quien se convierte en una especie de madrina o protectora que lo guiará en su camino hacia la fama.

En la *Tercera y cuarta parte*, no obstante, sus apariciones serán muy discretas y no gozará de tanto protagonismo como en la primera entrega, limitándose a intervenir de vez en cuando, a través de cartas y doncellas recaderas, para aconsejar a los caballeros cuando han de tomar una decisión importante, como hace cuando don Clarineo y don Lucidaner finalizan la aventura de Rosaliana. Seguirá proporcionando armas al héroe, entregándole la espada de Bandenazar y las Armas Resplandecientes con las que se presenta al tercer día de los torneos de Londres. Actúa también de madrina del joven Soriano de Trebento, presentándolo en la corte cuando este acude a defender el honor de su madre ante el príncipe de Argos.

Sin embargo, su intervención más espectacular tiene lugar en el capítulo X de la *Tercera parte*. Persiguiendo a Perianeo de Persia, don Belianís y sus compañeros están a punto de hacerse a la mar, pero un hombre impide que suban al barco; su dueño, un joven marinero, no es otro que el sabio Fristón, enemigo del héroe, transformado. El hombre que había advertido a don Belianís de la trampa resulta ser la sabia Belonia quien, una vez más, ha hecho gala de su poder camaleónico. Inmediatamente, Belonia se transforma en un águila, mientras su adversario se metamorfosea en un grifo²⁸⁴. La enemistad entre ambos sabios es constante a lo largo de toda la novela, y se manifiesta aquí en esta espectacular lucha que mantienen los dos en presencia de don Belianís.

a la hora vieron al marinero buelto en un pavoroso grifo, y el hombre que con ellos hablara en una caudal águila, entre los quales se començó una tan sangrienta batalla quanto otra jamás se huviesse visto. Ellos estavan esperando su decendida para ayudar a aquel que los hablara; lo qual no tardó mucho que no hiziessen, a causa que el grifo maltratava al águila, que como don Belianís no guardasse otra cosa, viéndolos en el suelo arremetió a ellos; lo mismo hizo el duque de Tebas. Mas delante se les pusieron dos fieros salvajes que con sendas espadas de fuego les quisieron impedir la llegada, Y cierto, si los cavalleros no fueran tales y los salvajes se lo bastaran a impedir, el grifo llevara en su poder el águila. Mas como don Belianís tuviesse tanto desseo de ver el fin de aquella aventura, no fueron parte todos sus encantamientos para le resistir que no llegasse a ellos, y con presteza increíble se abraçó con el pavoroso grifo; el qual a la ora, no le valiendo sus encantamientos, fue buelto en un hombre viejo, y todas las otras fantasmas desaparecieron. La águila pareció en su propia figura ser su tan querida la sabia Belonia (fol. 22-vº).

Don Belianís decide dejar en libertad al derrotado Fristón, pese a las protestas de sus amigos. Agradecido, el mago promete no volver a dañar a la casa de Grecia,

y con esto la sabia Bellonia le bolvió el libro, y como verdaderos amigos se abraçaron el uno con el otro, prometiéndose visitar, assí en la Selva de la Muerte como en la cueba de la sabia

²⁸⁴ Según apunta Sales, la capacidad de transformarse en animal es una de las características recurrentes de los magos caballerescos (2004: 83-85).

Bellonia.

La rivalidad entre los dos magos ha finalizado. Después partirán juntos, conversando amablemente, y quizá el lector se pregunte si su nueva amistad no derivará en algo más, como ya sucediera con Urganda y el mago Alquife²⁸⁵.

A partir de aquí, las apariciones en escena de la sabia Belonia se reducirán mucho más, y poco a poco será reemplazada como protectora del héroe por el sabio Merlín²⁸⁶.

La sabia Belonia actúa, como hemos visto, como protectora del protagonista y su estirpe, imitando el modelo de Urganda propuesto en el *Amadís*. Sin embargo, la figura del personaje femenino sobrenatural que protege al héroe se hallaba ya en la literatura medieval. Es lo que Harf-Lancner ha denominado la *fée marraine* o “hada madrina”, una protectora o segunda madre del héroe, con unos cometidos que provendrían directamente de las Parcas clásicas que tienen poder sobre el destino de los hombres y conocen, por tanto, su futuro²⁸⁷. Su figura emblemática en la literatura medieval es la Dama del Lago, que cría y protege a Lanzarote y le otorga dones encantados²⁸⁸.

3.3. La maga amante: la sabia Ginebra

Pero el hada también podía enamorarse de un mortal, y en este punto hablaríamos de *fée amante*, entrando en el complejo tema de las relaciones entre un ser humano y un ser sobrenatural, que se repite en el folklore de todo el mundo.

Harf-Lancner (1984a) distingue dos tipos de hadas amantes. La primera, el “tipo Melusina”, integrada en lo que denomina “cuento melusiniano”, abandona su mundo sobrenatural para unirse a un mortal, con una condición o tabú; este puede consistir en no verla un determinado día de la semana, no pronunciar una determinada palabra o algo similar; sistemáticamente, el héroe acaba por

²⁸⁵ En el capítulo LXXVIII del *Lisuarte de Grecia*, de Feliciano de Silva, el rey Amadís desposa a ambos hechiceros “porque me parece que son para en uno” y considera que se trata de “un casamiento muy conveniente” (ed. de Emilio Sales, pag. 181). El paralelismo con la pareja Fristón-Belonia se acentúa si recordamos las palabras de don Belianís: “mas que, perdonándole todos los enojos passados, quedéys por muy buenos amigos y os tractéys como a tales, que no ay tan dulce conversación como la de los sabios, estando conformes” (fol. 26-rº). Fristón y Belonia se hacen amigos por deseo de don Belianís, al igual que Urganda y Alquife contraían matrimonio porque el rey Amadís así lo decidía. Y es que, después de todo, “aquí no importa tanto el sentimiento entre la vieja pareja de encantadores, sino la recompensa que ambos obtienen y que les convierte al mismo tiempo en eternos aliados de la caballería” (Sales, 2002: xxvi).

²⁸⁶ Como veremos, Merlín empieza a actuar como benefactor del linaje griego porque está en deuda con don Belianís, pero en realidad ejercerá de tutor del joven Belflorán prácticamente desde su nacimiento. El nuevo héroe, que está destinado a superar a su padre en todo, merecía también tener como guía al mago más emblemático de la tradición artúrica, por lo que el papel de Belonia, en perfecto paralelismo con el traspaso de protagonismo de padre a hijo, comienza a decaer en favor del poderoso protector de Belflorán.

²⁸⁷ El origen del “hada madrina” ha sido también tratado por Harf-Lancner (1984: 13-19); Grisward (1980) apunta también la relación existente entre las diosas romanas Fortuna y Aurora, antecedentes de las hadas, y señala el carácter maternal de Aurora, llamada también “Mater Matuta”.

²⁸⁸ Véase Laurence Harf-Lancner (1984a).

violador el pacto, y el hada regresa a su mundo²⁸⁹.

Por el contrario, en los “cuentos morganianos” nos hallamos ante un héroe que traspasa él mismo la frontera del otro mundo, al que llega habitualmente tras seguir a un animal-guía, para encontrarse con la mujer sobrenatural. Tras cierto periodo de felicidad en el mundo de ella, de nuevo desoye la prohibición y acaba por ser expulsado a su mundo, perdiendo la prosperidad que el hada le había otorgado²⁹⁰.

Los libros de caballerías, herederos de la tradición medieval, recrean a menudo este modelo, que podemos encontrar ya en el *Libro del Cavallero Zifar*, encarnado en la figura de la Dama Nobleza; esta mujer vive en las Islas Dotadas y posee una sabiduría casi divina. El héroe, Roboán, se casa con ella y vive feliz hasta que, por seguir los consejos del diablo, se ve expulsado de la isla y pierde todo lo que había conseguido.

Sin embargo la ideología cristiana comienza pronto a introducirse poco a poco en la percepción del mito; sin ir más lejos, en el mismo *Zifar* se nos habla de la Dama del Lago Solfáreo, que se lleva al Cavallero Atrevido a su fabuloso palacio submarino, situado en un Más Allá donde las cosas crecen con una rapidez inusitada. También aquí el caballero rompe un pacto y es expulsado del Otro Mundo, pero en esta ocasión resulta beneficioso para él, ya que la Dama del Lago Solfáreo era una diablesa; de hecho, el hijo de ambos será llamado Alberto Diablo, en una clara alusión al tema medieval de Roberto el Diablo²⁹¹.

Al hada amante se la percibe, por tanto, como a una criatura sobrenatural y semidivina, pero también puede tratarse de un ser demoníaco. Con frecuencia será esta última visión la que cuaje en los libros de caballerías del XVI, donde, en ocasiones, la dama que se enamora del caballero y lo retiene contra su voluntad con encantamientos diversos resulta ser una bruja o una diablesa²⁹². Y aun

²⁸⁹ Según Jean d'Arras, Mélusine era un hada de gran belleza, que fue castigada a transformarse en serpiente todos los sábados; la maldición se rompería si ella obtenía el amor y la confianza de un ser mortal. Tras su matrimonio con Remondin de Lusignan, siguen varios años de prosperidad y felicidad para ambos, mientras él respeta su condición de no intentar verla los sábados. Pero los hijos de la pareja son extraños y deformes; Remondin, desconfiando de su esposa, la espía un sábado mientras se baña, y descubre que la mitad inferior de su cuerpo es una cola de serpiente. Cuando Remondin revela su secreto, Mélusine se transforma en dragón y sale volando por la ventana, abandonando a su esposo.

²⁹⁰ Un argumento semejante se encuentra en algunos *lais bretones*, como el *Guingamor*, *Lanval*, *Tyolet* o *Graelent*. En todos ellos la mujer sobrenatural es un ser benéfico; el hecho de que entregue su amor a un mortal supone para este un gran honor que demuestra, en última instancia, no merecer. Con la ruptura del pacto, el ser sobrenatural desaparece, y el héroe queda de nuevo triste y solo, habiendo aprendido una gran lección: nunca deben cuestionarse los actos de una criatura de otro mundo.

²⁹¹ Sobre estos dos episodios sobrenaturales del *Zifar* hay una extensa bibliografía, de la que destacamos, entre otros, Wagner (1903), Burke (1970), Stefano (1983), González (1984), Gracia (1992), Corfis (1999), Cuesta Torre (2001a), etc.

²⁹² La utilización de encantamientos y filtros de amor, que venía de la literatura cortés pero también de la tradición latina, se relaciona directamente con las brujas como Celestina, y las hace, por tanto, servidoras del diablo. No olvidemos que la literatura medieval, sobre todo la hagiografía, está llena de casos en los que el demonio se transforma en una bella mujer para tentar a un santo. En los primeros capítulos del *Arderique*, por ejemplo, el héroe se desvía de su camino para seguir a una hermosa doncella hasta su castillo encantado. La doncella le confiesa su amor y Arderique queda prendado de ella; se nos dice que “secretas llamas de huego

en el caso de que no haya nada demoníaco en ella, a menudo se presenta como un enemigo a quien el caballero ha de vencer.

Si Belonia asumía el papel de “hada madrina” –o, en este caso, “maga madrina”– del héroe, en la *Tercera y cuarta parte* encontramos también un ejemplo de “maga amante”. Nos hemos referido a ella con anterioridad. Se trata de la sabia Ginebra, que, siguiendo el modelo morgánico, se lleva a Periano a su castillo encantado para curarlo de sus graves heridas y, enamorada de él, tiempo después da a luz a su hijo Salisterno²⁹³.

Es un episodio aislado en el *Belianís de Grecia* y no se nos relata con detalle; además, no tiene que ver con el héroe, sino con su antagonista. No obstante, como ya hemos visto, proviene de un motivo con una larga tradición folklórica.

El narrador nos dice que Periano accedió a los deseos de Ginebra “contra su voluntad”, y no resulta difícil adivinar cómo y por qué. El amor del caballero es la recompensa que pide la maga por haberle salvado la vida, de una manera similar al galardón que exigía Belflorán de Belianisa tras rescatarla de Baldano²⁹⁴.

Tal vez Ginebra obtuvo el amor de Periano en virtud de un don en blanco; pero el castillo encantado de la maga es un espacio maravilloso en el que el lector sobreentiende que se ha llevado a cabo algún tipo de *philocaptio*²⁹⁵.

Otros autores castigan severamente a las magas amantes de sus libros de caballerías por atreverse, siendo mujeres, a dominar a un hombre²⁹⁶. No es este el caso de Fernández. La sabia

encendieron sus entrañas, de manera que todas las cosas del mundo fueron olvidadas. Y con gran deseo esperaba estar ya con ella abrazado en la cama”. Pero cuando ambos están ya acostados, una voz divina reprocha a Arderique su debilidad; este logra resistir la tentación y el castillo desaparece; el joven se queda, muy desconcertado, “solo y desnudo en medio del monte”. Esta mujer es llamada la Donzella Malvada, y no es tal donzella, sino una diablesa en figura femenina que ha tratado de perder al joven caballero (*Arderique*, pp. 92-97; citamos por la edición de Dorothy Molloy).

²⁹³ En la mitología artúrica, Ginebra, la esposa del rey Arturo y amante de Lanzarote, no posee poderes mágicos. En algunos textos, sin embargo, se habla de la Falsa Ginebra, medio hermana de la auténtica y tan parecida a ella que, envidiosa de su destino real –señalado por una pequeña marca de nacimiento en forma de corona–, hace todo lo posible por ocupar su lugar, llegando a tener al rey controlado por medio de pócimas mágicas (véase Alvar, 1991a: 193-94). Pero la Falsa Ginebra es un personaje malvado cuyo horrible final se plantea como un castigo divino, mientras que la presentación de la Ginebra del *Belianís* es mucho más positiva. En cualquier caso, esta actúa más bien como el hada Morgana de la tradición artúrica.

²⁹⁴ Este comportamiento “masculino” de la maga está implícito en su personalidad. No es una dama, es una mujer que tiene poder y lo utiliza, igual que la sabia Belonia, que peleaba ella misma contra Fristán. En contraste con la imagen de la dama pasiva, que espera, las magas tienen capacidad para actuar y participar en la aventura caballeresca al igual que sus compañeros varones.

²⁹⁵ La maga casi siempre se verá rechazada por el caballero, no solo debido a que este debe ser leal a su dama, sino, sobre todo, porque se trata de una mujer que no se ajusta al modelo de dama perfecta que el héroe desea para sí. Lo que caracteriza a las magas es que pueden valerse de hechizos y encantamientos para lograr sus propósitos, aunque lo único que obtienen del caballero es una relación breve, porque su magia no puede hechizarlo para siempre ni hacerle olvidar a su dama.

²⁹⁶ “Otras hechiceras utilizan pócimas y demás remedios para satisfacer su inclinación sexual con atractivos caballeros. Este uso y abuso de determinados medios artificiales para conquistar y aprovecharse del varón nos conduce a una caracterización más negativa del personaje, ya que, en muchas ocasiones, la seducción forzada comporta una agresión al orden social establecido” (Lucía y Sales, 2008: 206). Whitenack (1994) encuentra

Ginebra aparece como una mujer buena y en ningún momento se le reprocha que haya encantado a Periano y se haya apoderado de su voluntad. La experiencia del príncipe persa en el castillo no debió de ser, pues, tan terrible, lo cual nos devuelve al espacio del hada amante medieval, de la doncella morganiana que, más que esclavizar al héroe, le otorga el preciado don de su amor.

3.4. El sabio Fristón

De todos los personajes del *Belianís de Grecia* este es, probablemente, el más popular. Malvado y endiablado mago²⁹⁷, ayudante sobrenatural del enemigo del héroe, su más conocida villanía fue, sin embargo, haber saqueado la biblioteca de cierto hidalgo manchego, como se ha apuntado más arriba.

También habíamos visto que don Belianís y Periano, su antagonista, estaban destinados a encontrarse y a competir entre sí por la gloria de la más alta caballería y por el amor de Florisbella. El sabio Fristón es el “padrino” y benefactor de Periano de Persia, al igual que la sabia Belonia es la “madrina” del héroe. Era inevitable que ambos personajes fueran rivales, al igual que sus protegidos²⁹⁸.

Los poderes de Fristón son incluso superiores a los de Belonia:

agora sabréys que (*Periano*) tiene un sabio, el mayor amigo quél tiene, que es el que en el arte máxica en el mundo, al presente, más sabe (*Belianís de Grecia*, I, XXXVII).

El sabio Fristón también es especialista en transformaciones. Ya hemos visto su habilidad durante su duelo contra la sabia Belonia; más adelante adoptará la forma de una joven doncella para convencer a Belflorán de que lleve a cabo la aventura del Caballero Sin Amor, entregándole un anillo encantado que permite al propio caballero cambiar de apariencia y presentarse en la corte bajo el aspecto del propio Caballero Sin Amor.

Por otro lado, parece sentir especial predilección por secuestrar a los amigos del héroe, ya que trata de raptar a Florisbella en la Parte I; más tarde se lleva a la sabia Belonia a la Selva de la Muerte, el lugar donde vive, y, al final de la Parte II, logrará arrebatarse a las principales princesas del relato en un carro mágico, sin que los protagonistas masculinos, que están presentes, puedan hacer nada por evitarlo.

Sorprende, por tanto, que se nos diga desde el Prólogo de la Primera Parte que es

vestigios del motivo en el miedo que sentía don Quijote hacia la posibilidad de ser encantado. Por otra parte, algunas magas caballerescas, pese a seguir el comportamiento morganiano, recuerdan un poco a la Circe clásica, lo cual resultaba inquietante no solo para el caballero, sino también para el lector varón.

²⁹⁷ Nasif (2009: 278) comenta un episodio del capítulo 48 de la *Segunda Parte*, en el que Fristón invoca a uno de sus “familiares”, para subrayar la relación de los poderes del personaje con lo demoníaco. En la Cuarta Parte, como veremos, también el malvado Baldano invocará a un familiar para obtener información.

²⁹⁸ Cuesta Torre (2007a) señala también la tradición artúrica de dos magos rivales de sexo opuesto (Merlín-Morgana) que recoge el *Amadís* (Urganda-Arcaláus) y, posteriormente, también el *Belianís* (Belonia-Fristón).

precisamente este mago el cronista de la historia de don Belianís:

me determiné, siguiendo la memoria de estos tan insignes varones, ha restituír en nuestro español la Hystoria del valeroso príncipe don Belianís de Grecia, la qual el sabio Fristón en lengua griega dexó escrita (*Belianís de Grecia*, I, Prólogo).

Así, a lo largo de la obra, este versátil hechicero se turnará con otro historiador más respetable, un tal arzobispo de Roselis, para relatar los hechos del príncipe de Grecia²⁹⁹. De este modo Jerónimo Fernández pasa a ser un mero transcriptor de una historia que otros relataron con anterioridad³⁰⁰. Los cronistas de los libros de caballerías suelen ser personajes de gran cultura, bien religiosos (como el arzobispo de Roselis) o sabios (como Fristón)³⁰¹; a menudo son también testigos oculares, recurriendo de este modo a la técnica clásica de *adtestatio rei visae*, tan empleada en la historiografía medieval, y que dotaba a la narración de una pátina de verdad, o cuanto menos, de verosimilitud (Sales, 2004: 150-154). Si bien el arzobispo no aparece como personaje de la novela, Fristón sí está físicamente presente en algunos de sus episodios. No obstante, y dado que no acompaña a don Belianís en todas sus aventuras, el carácter mágico del sabio resulta en este caso muy útil para explicar por qué puede describir hechos y sucesos a los que en realidad no asistió³⁰².

Pero no debemos olvidar que, inicialmente, Fristón es un mago malvado, protector de Periano y enemigo de la casa de Grecia. ¿Cómo y por qué decide escribir la historia de don Belianís?

Tras su batalla con la sabia Belonia, don Belianís y sus amigos le quitan su libro de hechizos,

²⁹⁹ Ambas crónicas llegarán a diferir en algún detalle: “Escribe el Arçobispo de Roselis de este golpe aver caýdo don Baldín, mas el sabio Fristón dize que fue malherido, pero caýdo no” (fol. 166-vº). Campos García-Rojas habla en estos casos de “crónicas contrapuestas”, que “presentan dos realidades de un mismo hecho como si de un trabajo historiográfico se tratara” (2008: 122). En ocasiones Fernández se permite dudar de la veracidad de alguna de las versiones: “No vale esforçarlos Salisterno ni meterse don Dolistor y Polisteo en la priesas, que en ello no hay sino la muerte; convièneles retraerse, y aún algunos historiadores quieren dezir que vieron al esquadron bolver las espaldas, y si aquello fue verdad, serían sus acostumbrados ardides” (fol. 197-vº). En la mayoría de los casos, sin embargo (y sucede así también en el *Belianís*), los relatos de los distintos cronistas no se contradicen, sino que se complementan. Hablaríamos entonces de “crónicas complementarias”, que Campos García-Rojas define como “la existencia evidente de varias versiones, de varios puntos de vista o de varias intenciones de los cronistas”; la unión de esas versiones genera una nueva, más completa. Fernández, de hecho, también menciona un tercer cronista llamado Andiomio Alemán, cuya procedencia le da autoridad para relatar mejor que nadie las aventuras de los caballeros germanos.

³⁰⁰ El texto original, según el autor, estaba escrito “en lengua griega”. Esto se justifica en la novela debido a la procedencia del personaje principal, pero también existen otros motivos: “Las lenguas clásicas, griego y latín, son las más repetidas, en recuerdo quizás de la supremacía, autoridad y prestigio que otrora ostentaron frente «al rudo y desértico romance»” (Marín Pina, 1994: 546).

³⁰¹ Incluso se dan algunos casos de magas historiadoras, como Califa, quien escribe las aventuras de Félix Magno, o Zirfea, a quien Feliciano de Silva hace autora de la segunda parte del *Florisel de Niquea*.

³⁰² “Los magos cronistas tienen un grado de conocimiento total de la realidad. Es cierto que a veces han sido testigos de algunas aventuras, pero el testimonio de los ojos no es para ellos una fuente de información primordial. La experiencia ocular tiene sus limitaciones, de modo que los magos basan sus conocimientos en su dominio ficticio y casi omnisciente, sobre los sucesos ocurridos en el relato” (Sales, 2007: 154).

sin el cual Fristón está indefenso³⁰³. Don Belianís hace gala de su generosidad caballeresca y decide dejar libre al sabio, cosa que este agradecerá:

–¿Pues qué seguridad me queda a mí –dixo la sabia Bellonia– de que tus obras no serán conformes a las de hasta aquí?

–No puede haver mayor seguridad –dixo el sabio Fristón– que la obligación que con tan buena obra me pone este valeroso príncipe (...).

...la sabia Bellonia le contó diversos bienes de las condiciones del príncipe don Belianís. El sabio Fristón, que por muy ciertas las tenía, cobrole tan grandísimo amor que determinó de escribir su historia, porque los hechos de tan alto príncipe no quedassen en el olvido (fol. 26-r^o).

Por tanto, no es hasta bien entrada la Tercera Parte cuando el autor nos justifica la elección de este cronista. En palabras de Roubaud (2000: 223):

comment concevoir, en effet, dans un livre de chevalerie, un chroniqueur franchement hostile au héros principal, dont il a en principe pour mission de célébrer les prouesses et qui est, en règle générale, le modèle de toutes les vertus? Le “licenciado”, en présentant Fristón, tout au long des livres I et II de son roman, à la fois comme le futur biographe et comme l’ennemi de Belianís, laisse entendre qu’un tel cas de figure n’est peut-être pas à exclure et n’a rien en tout cas d’impossible en théorie: suggestion novatrice qui pourrait avoir de bien curieuses répercussions sur la narration chevaleresque traditionnelle.

La circunstancia de que Fristón pase de ser la némesis del héroe a convertirse en rendido admirador y transmisor de sus hazañas otorga mayor fuerza y objetividad a la historia de don Belianís. Sus hechos son tan admirables que hasta sus enemigos se toman la molestia de registrarlos para futuras generaciones. No obstante, tal tarea apartará a Fristón de sus quehaceres habituales, puesto que desde este momento sus intervenciones, que eran muy frecuentes en la primera entrega, se reducirán considerablemente. Habrá otros hechiceros malvados, pero ninguno llegará a ocupar su lugar como archienemigo y hostigador del héroe³⁰⁴. Como veremos más adelante, y con la excepción del mago Baldano, la mayoría actuarán de forma indirecta: sembrando el mundo de aventuras, castillos encantados y peligrosas pruebas que los caballeros deberán superar para mostrar su valía.

Convertido, pues, en cronista, Fristón relatará exhaustivamente las peripecias de don Belianís y sus amigos. Y el autor las traducirá... hasta que, tras haber perdido Fristón en Egipto los legajos de la última parte, el narrador tenga que interrumpir su relato e invitar a otro a continuar.

³⁰³ Atendiendo a la clasificación que proponía en sus *Etymologiae* san Isidoro de Sevilla (560-635), tanto Fristón como Belonia serían *encantadores*, pues “practican su destreza sirviéndose de las palabras” (Mérida, 2001: 4). También la infanta Melia, de las *Sergas de Esplandián*, carecía de poder mágico sin sus libros. Para más detalles sobre este personaje, véase Campos García Rojas (2000).

³⁰⁴ Sin embargo, y aunque Fristón ya no se enfrente directamente a don Belianís, descubrimos con estupor que el episodio del *descensus ad inferos* de Periano es un encantamiento urdido por él “para alborotarle el ánimo a la guerra” (fol. 85-r^o) contra el imperio griego. O bien Fristón mintió a Belonia sobre sus futuras intenciones para recuperar su libro de hechizos, o bien el autor, en su necesidad de justificar la descripción de un Más Allá no cristiano como obra de un encantamiento, recurrió al mago sin recordar que este, en teoría, ya le había cobrado “grandísimo amor” a don Belianís.

3.5. El sabio Merlín

Este conocido hechicero sustituirá paulatinamente a Belonia como protectora del héroe y educará a su hijo, Belflorán, desde su mismo nacimiento. Merlín es una figura fundamental de la literatura artúrica, y su leyenda perdurará durante el siglo XVI y será recordada a menudo en los libros de caballerías castellanos.

En la Tercera parte del *Belianís de Grecia*, el héroe, guiado por una voz de ultratumba, llega a un valle siniestro cuya descripción evoca un espacio infernal y terrorífico:

vio la tierra abierta por muchas partes, que no avía más de unas sendas pequeñas por donde passar. Al temor acrecentava que los robles y otros árboles que por allí se mostravan eran tan altos y cerrávanse tanto los unos con los otros que el cielo no consentían ver. Avía en aquellos ojos grandes lagos de agua tan negra que temerosa era de mirar. En ella avía algunas serpientes y otras fieras que, dando de rato en rato alguna sacudida en el agua, hazían al coraçó[n] causar nuevo apercebimiento. De creer era que, según su espantosa manera, el cielo ni alguno de sus signos en aquel temeroso lugar no hiziessen operación. De rato en rato se oya aquella medrosa voz que, con ser sola y en tal parte, mayor temor causava (fol. 53-r^o).

La voz proviene de una misteriosa sepultura; cuando don Belianís llega hasta ella para preguntar por su identidad, se establece el siguiente diálogo entre ambos:

–Sábeta, príncipe griego, que yo soy el más maldito hombre que en el mundo huvo. Yo soy hijo del diablo y en saber sobrepujé a todos los nacidos, permitiendo el alto Señor que fuesse el mayor adivinador y máxico que en el universo huvo; donde, debolviéndole en mal, bivo aquí, encerrado por una donzella de cuyos amores yo fuy preso, enseñándole quanto yo sabía, y aún más, pues me bastó a engañar. Solíanme llamar, en tiempo del rey Artús, el sabio Merlín.
–¿Qué tanto tiempo ha que estáys ay? –dixo el príncipe.
–Mucho tiempo –dixo Merlín–, sin que jamás aya llegado persona alguna, salvo Ba[u]demagus, que habló conmigo. Yo pensé ser libre por el valeroso don Tristán, mas mi ventura causó que nunca por aquí viniessse (fol. 53 v^o).

Esta es la historia que se narra también en los últimos capítulos del *Baladro del sabio Merlín* (Burgos, 1498), una obra que recogía una amplia y rica tradición medieval sobre este personaje, profeta, medio demonio, que había sido tutor de Arturo y una de las figuras más emblemáticas de su leyenda³⁰⁵. Otros autores de libros de caballerías habían evocado también la figura de Merlín en sus obras, pero, como señala Gutiérrez Trápaga (2012), solo Jerónimo Fernández da un paso más allá y lo rescata de su eterno sepulcro para darle un papel activo en la novela³⁰⁶. En efecto; don Belianís descende al interior de la tumba y, tras diversas peripecias, encuentra allí a un anciano torturado,

³⁰⁵ Este texto también aporta detalles sobre el Asiento Peligoso, que, como hemos visto, reproduce Fernández en su novela.

³⁰⁶ Ya había hecho algo similar en la Primera parte con la Policena troyana, explicando que no murió, sino que fue encantada, para sacarla convenientemente de su encierro y convertirla en un personaje más de su obra. Marín Pina se refiere específicamente a ella (y también a otros personajes como Medea, recreada por Fernández y por otros escritores, como veremos) cuando habla de “héroes mitológicos redivivos”, en un proceso que lleva a los autores de libros de caballerías de citar ejemplos clásicos o contar relatos mitológicos a representar personajes míticos en armas, arquitecturas efímeras, etc... hasta utilizarlos como personajes de sus novelas (2010b).

sentado en una silla de fuego y rodeado de fieros animales³⁰⁷:

y dio en una sala no de menos valor que quantas visto huviesse; en la qual, en una silla espantable cubierta de fuego, vio un hombre sentado, queixándose muy reziamente. Todo su cuerpo parecía arderser con las llamas que de la silla salían. Toda la sala parecía un orno muy encendido. A los pies de la silla y por toda la sala avía muchos y muy fieros animales, tan fieros que su vista a qualquiera causaran tormento (fol. 55-rº).

Don Belianís logra salvarlo (puesto que su valía como caballero es tal que supera a Tristán “en los amores y armas”) y el mago le asegura su eterna gratitud. Es difícil pasar por alto, sin embargo, su carácter demoníaco, y el mismo Merlín lo reconoce cuando se presenta como “hijo del diablo”. No obstante, su aportación a la caballería cristiana en los tiempos del rey Arturo parece fuera de toda duda, y la balanza se inclina definitivamente en favor del bien cuando el mago se compromete a servir a la casa de Grecia y don Belianís juzga que su largo encierro ha purgado sus pecados pasados:

viendo cuán mal empleado estava vuestro saber en esta temerosa sepultura y que, emendando de aquí adelante en lo que al alto Señor offendistes, os perdonará lo que hasta ahora contra él herrastes (fol. 55-vº).

Para Gutiérrez Trápaga (2012: 104), el hecho de que se olvide tan rápidamente el origen semidiabólico de Merlín resulta innovador con respecto a otros textos anteriores, e implica un mayor interés por las posibilidades narrativas del personaje que por una finalidad didáctica o moral.

Una vez liberado, Merlín lleva al príncipe a su palacio encantado, donde cura sus heridas y profetiza sus grandes hechos futuros³⁰⁸. También pone a disposición del héroe su nave encantada y su espectacular carro volador, tirado por seis dragones³⁰⁹.

Pero su principal acción en el relato consiste en llevarse consigo al infante Belflorán y asegurarse de que recibe una buena educación. Así, como hemos visto, se presenta en el castillo de la sabia Medea, y Juno convence a Florisbella de la conveniencia de entregarle al recién nacido para criarlo en un lugar seguro. Florisbella le hace prometer al mago que lo bautizará, y este, tras buscar

³⁰⁷ También la sabia Belonia se vio en un trance semejante, secuestrada por Fristón. Don Belianís la halló en la Selva de la Muerte, “en una silla de fuego sentada”, dando “pavorosas bozes”, atormentada por “infinidad de muy feos y suzios demonios” (II, 13).

³⁰⁸ La novela hace hincapié en diversas ocasiones en las capacidades proféticas de Merlín, un aspecto del personaje con una larga tradición, y que se plantea ya desde la primera conversación que el héroe mantiene con él:

–¿Cómo sabes –dixo don Belianís– que yo sea, pues tú nunca me viste?
–Más sé de tus cosas –dixo Merlín– que tú mismo (fol. 55-rº).

³⁰⁹ Los magos de los libros de caballerías recurren a menudo a transportes encantados, utilizados ya por Urganda en la saga amadisiana, pero que también tienen relación con los fastos cortesanos, para los que se construían a menudo tramoyas similares (véase Sales, 1999a, y Beltrán, 1997). No obstante, según señala Gutiérrez Trápaga (2012: 109-110), esta es la primera vez que estos elementos aparecen relacionados con la figura de Merlín, un aspecto innovador que inserta al personaje en la tradición de los magos caballerescos.

un ama de cría, localiza también un santo ermitaño que se encargará del bautismo y de la formación espiritual del infante. Debido a su carácter semidiabólico, Merlín no puede asumir estas tareas personalmente. El ermitaño,

que a la ora conoció quién era el infante y quién le traía, y bolviéndose a él, le dixo:
–Mira, Merlín, el cuydado que te cumple tener d’este príncipe, que te será pedida estrecha quenta.
Maravillado fue Merlín de lo que el hermitaño le dezía, y bien vio que aquello procedía de la superna mano, que a su siervo lo comunicava (fol. 61).

La superioridad moral del ermitaño es tal que vence a Merlín en su propio terreno, es decir, el del saber profético, ya que los dones que posee provienen de Dios, mientras que los del mago tienen un origen diabólico.

Pese a ello, queda claro en diversas ocasiones que Merlín es el más poderoso de todos los magos que pueblan la novela. Fristón, como hemos visto, es más poderoso que Belonia, y ni siquiera a él le está permitido entrar en el castillo de la sabia Medea, algo que Merlín lleva a cabo sin grandes dificultades. Por otro lado, es Merlín quien rescata a don Belianís y a Dolisena del encantamiento del templo de Amón, afirmando, además, que “os hago saber que estáys en encantado lugar y que, si no es por mí, no pudiéades ser por otro libre” (fol. 126-r^o)³¹⁰.

Pese a la buena amistad que los une a ambos, Merlín no revelará a don Belianís el paradero de su hijo hasta veinte años; una vez lo haga, el príncipe griego deberá rescatar a Belflorán del castillo, que se ha convertido en una prisión encantada:

Aquí dentro allaréys al príncipe Belflorán, vuestro hijo, que no solo en el nombre, mas en los hechos, será flor de la cepa de sus abuelos. Á de ser libre con el soberano esfuerço vuestro, que aquí será bien menester (143-v^o).

Merlín colabora activamente en el rescate de Belflorán³¹¹. Posteriormente ayudará a Belianís y a su hijo en la reconquista de Babilonia.

Merlín se convierte, por tanto, en el otro “padrino” del héroe, sustituyendo a la sabia Belonia en diversos quehaceres propios de su función de protectora de don Belianís. Si las apariciones de Belonia se van haciendo más esporádicas conforme avanza el relato, Merlín tendrá cada vez más presencia y llegará a ser el principal aliado sobrenatural del héroe en sus últimas aventuras.

³¹⁰ Según Gutiérrez Trápaga (2012: 108), “únicamente el mejor caballero podría librar a Merlín de su encierro infernal; sólo el mago más poderoso podía deshacer los hechizos del templo de Amón que aprisionaban a Belianís. Por ello, dado que ambos concluyen exitosamente su aventura correspondiente, Belianís y Merlín quedan caracterizados como el mejor caballero y encantador, respectivamente”. No obstante, las hazañas de don Belianís no tardarán en ser superadas por las de su hijo, Belflorán, mientras que ningún otro mago llegará a aventajar a Merlín en la novela.

³¹¹ Utiliza para ello una serie de hierbas y velas especiales, lo cual contrasta con la magia empleada por Fristón o por Belonia que, como hemos visto, procedía de los libros.

3.6. La sabia Medea

Tradicionalmente, Medea es “un personaje asociado a la magia y a las mujeres intensamente enamoradas” (Campos García Rojas, 2011: 117). Presenta una doble vertiente: por un lado, su amor por Jasón la lleva a colaborar en su búsqueda y ayudarlo con su magia; por otro, cuando se ve rechazada utiliza su magia para llevar a cabo terribles y crueles venganzas. En los libros de caballerías castellanos, su figura se plantea como “una Morgana para las aventuras caballerescas, la versión femenina de la figura de Merlín, pero que llega a los libros de caballerías con todo el poder y la reputación que le confiere la Antigüedad grecolatina” (p. 121).

En el *Belianís de Grecia* se menciona a Medea en la *Primera y Segunda Parte*³¹², pero es en la *Tercera y Cuarta Parte* cuando adquiere la categoría de personaje activo de la novela, cuando descubrimos que es la dueña del castillo encantado en el que se encuentran las princesas secuestradas por las artes mágicas de Fristón.

La existencia de este castillo se había anticipado ya en la entrega anterior, vinculando su origen a la trágica historia de Medea:

para lo qual auéys de saber que al tiempo que la penosa Medea estuuu aguardando penada por los amores de su desabrido cauallero Jasón, viendo su tan continua tardança y oluido, procuró de saber por sus artes la causa de su oluido, y hallando que él seguía los amores de la bella Tiandra, no muy lexos de la Baxa Armenia, enojada y llena de la cruel ponçoña de los zelos, la quiso dar muerte; mas desseando darle mayor pena que la misma muerte, por su saber, encima de la gran Suria, hizo un encantado castillo tal que la fortaleza del su Jasón no bastasse a le deshazer, el qual quiso que durasse hasta tanto que una profecía suya, que entre sus libros dexó escripta, se cumpliesse en fauor del más estremado cauallero que hasta entonces vudiesse auido, donde en continos tormentos y congoxas puso a la bella Tiandra (*Belianís*, II, p. 455).

Fristón se vale de los libros de Medea para alcanzar su magnífico castillo, que hasta entonces había permanecido oculto a la vista de los mortales³¹³. Su intención es ocultar allí a Florisbella para que don Belianís no pueda encontrarla, dando así una oportunidad a Periano de Persia de llegar al castillo antes que nadie, rescatar a la princesa y demostrar que es el único digno de obtener su amor. De paso, y como ya hemos visto, secuestra también a otras muchas damas y doncellas de alta guisa, obligando a sus caballeros a partir en su busca. De esta forma se entiende que el triunfo del vencedor será definitivo, puesto que se alzarán sobre los mejores caballeros de su tiempo.

Sin embargo, y a pesar de esta estrecha relación con Fristón, su sucesor, de quien Medea predijo que haría aparecer de nuevo su castillo encantado, se dice de ella que “fue la que más en el

³¹² Es la urdidora de algunas de las aventuras mágicas que deben superar los héroes. También fue quien guardó la espada de Bandenazar, que estaba predestinada a don Belianís. Por otro lado, Fristón posee todos sus libros.

³¹³ Montalvo nos cuenta en las *Sergas* que también Urganda poseía un libro de Medea. Leyendo un hechizo contenido en ese libro, junto con otros tres (uno de la Doncella Encantadora, otro de Melia y otro suyo), Urganda lleva a cabo el hundimiento de la Ínsola Firme. La biblioteca de Medea parece convertirse en un tópico desde entonces, pues también el mago Alquife mostrará con orgullo algunos de sus volúmenes en el *Lisuarte de Grecia* (véase Campos García Rojas, 2011: 120-130).

mundo desseó hazer prouecho a los sucessores de la casa de Grecia” (*Belianís*, I, p. 216).

En la *Tercera y Cuarta Parte*, el relato retoma a las princesas donde las dejó: a bordo del carro de Frístón, camino del castillo de la sabia Medea:

Fueron llevadas aquellas señoras e altas princesas de la manera que vos diximos en la segunda parte de la historia por el sabio Frist(i)ón en el carro que los furiosos dragones llevavan, dando tan grandes gritos que de todos eran muy bien oýdos, diziendo: “¡No, por lástimas!”, llamando los cavalleros que las socorriesse[n]. D’esta manera fueron llevadas hasta la pavorosa morada del encubierto castillo de la sabia Medea, donde con su llegada fue tan grande la furia que en él se levantó, las voces que sonaron, los aullidos que se dieron, que todas las infernales Furias parecían allí ser llegadas. Los rayos del fuego, los humorosos deslates se començaron tantos que no dexavan a las princesas oýr sus propias voces. El castillo se abrió, por medio del qual entraron los infernales dragones con la más alta presa que en el mundo fue otra, hasta llegar a las ricas salas donde la morada del castillo se mostrava apacible y deleytoso, y los dragones fueron bueltos en muy hermosas y apuestas donzellas, con muy acordadas arpas e bihuelas y todo género de música (fols. 14-vº-15-rº).

A partir de aquí, el terrorífico castillo se convierte en un suntuoso palacio. Las damas son recibidas con todos los honores e invitadas a compartir un magnífico banquete con las mujeres y diosas más conocidas de la Antigüedad, y Cupido declara que Florisbella las supera a todas en belleza. Así,

El jardín edénico del castillo está poblado de damas célebres que conviven en un mismo nivel de realidad que los personajes de la ficción caballeresca. Se trata de las mismas mujeres cuyas historias de amor figuran constantemente como ejemplos, en positivo o negativo, en episodios alegórico-maravillosos de otros relatos caballerescos: Amazonas, diosas, mujeres desairadas por sus enamorados... (Pomer y Sales, 2009: 115)

El castillo, por tanto, no se presenta como la horrible prisión que parecía en un principio, sino que su naturaleza cambia según la identidad del que lo contemple, pues para las damas es un lugar de ensueño y deleite, mientras que los caballeros lo ven como una fortaleza plagada de peligros que deben superar.

Pomer y Sales consideran que, si bien esta aventura está repleta de tópicos, sí encuentran un elemento novedoso en “la atmósfera clasicizante que se respira durante la estancia de las princesas secuestradas en el castillo de Medea, la de un interludio en el que reputadas figuras del pasado conviven en un mismo nivel de realidad que los personajes del relato caballeresco” (2009: 114). Desde ese punto de vista, Medea no solo ejerce de anfitriona, sino que también forma parte del grupo de personajes clásicos “redivivos” que van desfilando por este espacio encantado.

Tradicionalmente, Medea había sido representada como un personaje destructor, bárbaro, relacionado con Amazonas y salvajes o, en sus raíces clásicas, como un personaje de tragedia, pues su amor no correspondido por Jasón le llevó a la destrucción de su *óikos* u hogar familiar, representado por su marido, sus hijos y ella misma (Biglieri, 2001). Pero la Medea que aparece en el *Belianís* participa, nuevamente, de los rasgos del “hada madrina”, no solo porque actúa como una perfecta anfitriona para las princesas sino, sobre todo, por la forma en que acude por la noche a la cámara de

Florisbella para tranquilizarla, consolarla y distraerla del dolor de la ausencia de su amado:

A la puerta de su cámara sintió llamar la princesa, y, bolviendo a mirar qué sería, vio entrar una hermosa y apuesta señora, al parecer de mucha autoridad, la qual le dixo:

–¿Qué es esto, hermosa princesa, que con vuestros dolorosos sospiros havéys dado causa de ser por mí a tal ora visitada? No toméys congoxa, que toda esta aventura está hecha para consuelo y remedio de vuestra pena. No os fatigue tanto ausencia del príncipe, vuestro esposo, que de aquí saldréys en su compañía, y mirad que al presente estáys encinta. No deys causa de perder un hijo que no de menor esfuerzo y valeroso ánimo que su padre será dotado. Dissimulad vuestra pena, pues estáys en el mayor deleyte que se os podría buscar.

–¿Quién soys vos, mi señora –dixo Florisbella–, que a tiempo de tanta necessidad me avéys visitado?

–Yo soy la sabia infanta Medea –respondió la dueña–, que, para tu descanso y el mío, esta aventura por mi saber ordené. Dissimula lo que te he dicho, que yo daré forma cómo tu preñez por sola Matarrosa y Aurora sea sentida (fol. 16-vº).

Entendemos, pues, que Medea colabora con Fristón reteniendo a las princesas porque considera que es lo mejor para ellas, dado que serán rescatadas por un caballero que verdaderamente las merezca y que, por tanto, no las traicionará. Quizá, y en contraste con su propia y desgraciada historia, Medea quiera ofrecer a sus protegidas la garantía de un futuro feliz³¹⁴. La presencia de Cupido en el castillo, las pruebas preparadas para los caballeros y la ordalía amorosa así parecen confirmarlo.

El castillo de la sabia Medea es, por otro lado, el lugar encantado donde nace Belflorán, que está destinado a ser un gran héroe. La maga ofrece a Florisbella un refugio apartado donde dar a luz al fruto de su amor secreto con don Belianís. No obstante, de nuevo, el castillo no parece ser un lugar seguro para los varones, pues llegará Merlín para llevarse al infante... a otro espacio encantado, el castillo del sabio Silfeno, para su crianza y educación.

De nuevo se nos muestra, pues, esta doble vertiente del castillo de Medea –refugio seguro para las mujeres, espacio peligroso para los hombres–, que está en perfecta consonancia con la imagen ambivalente del personaje en los libros de caballerías:

El conocimiento que posee de la nigromancia y su aplicación van desde el más afortunado don y el más benéfico apoyo hasta el peligro más aterrador y la magia más cruel. Desde esta perspectiva, Medea fue germen de desconfianza. Su magia es claramente rechazada por el

³¹⁴ El propio Jasón, presentado como “el amador de Medea” (fol. 59-rº), hará también breves apariciones a lo largo de la novela. Lo veremos luchando en el castillo bajo las órdenes de Marte; pero también arde en el infierno visitado por Periano, donde sufre los tormentos reservados a aquellos que fueron ingratos en el amor. Por último, el propio Periano volverá a encontrárselo en el castillo de la Desesperación de Amor, donde, nuevamente, se halla entre la nómina de amantes desleales a los que debe vencer para superar la aventura. Queda claro, pues, que el autor se posiciona en favor de Medea, y que puede en él más la compasión hacia ella, como mujer abandonada, que la condena hacia los actos -mágicos o no- que realizó posteriormente, llevada por la desesperación y los celos. Marín Pina (2010b: 156) señala que Jasón también paga su infidelidad en otras obras como el *Polismán*, el *Clarisel de las Flores* o *Flor de caballerías*, cuyos autores otorgan a Medea la satisfacción de vengarse de su cruel amante. Así, “en su transmisión literaria, los personajes y los significados del mito se alteran y reinterpretan al gusto de la época, y en este caso (...), la apasionada y vengativa sabia Medea ha triunfado y ha anulado por completo al Jasón guerrero y audaz de los textos anteriores al drama de Eurípides”.

cristianismo y se consideró en franca oposición a los designios de la providencia. No obstante, también estuvo rodeada por un halo de comprensión. Se le vio como una mujer que amó, quizá demasiado, capaz de advertir a otras acerca de la inconstancia amorosa de los hombres (Campos García Rojas, 2011: 119-120)

3.7. Otros sabios

En la *Tercera y cuarta parte*, además de los magos que hemos mencionado, encontramos también otros que aparecen solo en algún episodio concreto, o bien que solamente son nombrados de forma puntual. Algunos de ellos son los urdidores de algún determinado encantamiento que tiene lugar en un espacio maravilloso³¹⁵, como el sabio Licanor, que ideó la Aventura de Legiadra:

por la sala vieron entrar un carro que quatro dragones traían, y en él sentado un viejo con un libro en la mano; el qual, tomando los tres cavalleros y donzella, sin hablar a alguno palabra, se tornó a salir. Muchos salieron tras él por ver en qué parava caso semejante, y viéronle venir a este valle por donde vos vays, en el qual los dexó, a lo que se crey muertos o encantados, con tres arcos y a la entrada un padrón de mármol con unas letras. Hanla provado muchos cavalleros, mas no le pueden dar cima. (fol. 94-vº)

O como Hartabano, creador del Castillo de la Suerte, que auguró un futuro nada halagüeño para la princesa Primaflor y dispuso una aventura para tratar de evitarlo. O Polinoto, que encantó a Legiadra y sus compañeros. O Salamaris de Palestina, creador del encantamiento del Templo de Amón. Son sabios de cuya existencia tenemos testimonio por los relatos de otros personajes o a través de las profecías e instrucciones que dejan escritas en padrones y estelas. Y no hay que olvidar tampoco al sabio Silfeno, que fue derrotado en la *Segunda Parte* y cuyo mágico castillo, deshabitado desde entonces, servirá de refugio a Belflorán durante su infancia, convirtiéndose después en espacio de pruebas sobrenaturales para don Belianís, que ha de rescatar a su hijo para devolverlo al mundo real en el que se desarrollará como caballero y como hombre adulto.

Pero junto a estos, generadores de la aventura maravillosa, encontramos también otros magos, de carne y hueso, que podríamos calificar de malvados. Es el caso de Baldano, cuyo hijo está preso por el rey de Inglaterra y, para recuperarlo, secuestra a Belianisa y al propio monarca³¹⁶. Sus poderes provienen del mismo diablo, como comprobamos cuando lo vemos invocar a un demonio familiar para hacerle una serie de consultas:

³¹⁵ “Una particularidad de las ordalías es que la mayoría de ellas se desarrollan en espacios arquitectónicos maravillosos contruidos expresamente para albergarlas por magos y encantadores que las disponen para la glorificación de los héroes y sus enamoradas” (Aguilar Perdomo, 2007: 135n). En el *Belianís* cobran especial importancia los castillos encantados, lugares que, en los libros de caballerías, funcionan al mismo tiempo como bastiones inexpugnables y como refugio de lo maravilloso y lo demoníaco, convirtiéndose así en la prueba suprema que todo héroe debe superar (véase Duce García, 2005).

³¹⁶ Sales (2004: 88-90) analiza las motivaciones pasionales de los magos caballerescos, que a menudo pasan a ser antagonistas del héroe cuando actúan arrastrados por el amor o la lujuria, un aspecto que encontramos tradicionalmente en figuras como las de Merlín o Morgana y, naturalmente, en *la fée amante* céltica. No obstante, los magos del *Belianís* no parecen estar sometidos a semejantes pulsiones, e incluso la sabia Ginebra ejerce una influencia benéfica sobre el caballero del que se ha enamorado. La mayoría actúa por amistad o lealtad hacia un determinado rey o príncipe, y en este caso Baldano se nos presenta en primer lugar como un padre que defiende los intereses de su hijo.

El maldito Baldano, saliendo sobre una garita, mudando la centinela a otra parte, mirando a Orión cercado de aquellas Pláyades y a Bohotes gobernados del Carro, llamando uno de los más acostumbrados familiares, él pregunta quién sea aquel cavallero contra quien sus encantamientos ninguna cosa aprovechan. Mas no le respondiendole ninguna cosa, y porfiando el máxico por saberlo, usando de la fuerça de sus hechizerías diabólicas, conjurando uno y otro la furia infernal parecía allí juntada. Mas no pudiendo d'ellos saber otra cosa, le di[x]eron que aquel era el más valiente cavallero que tenía el universo, y que d'ellos no podía saber más, pero que tenía un remedio: que donde el cavallero estava acabava de llegar una donzella, la qual él podía traer al castillo y saberlo d'ella, porque tampoco podrá cosa alguna contra la princesa Belianisa, a causa de una cinta que el escudero de aquel cavallero le avía dado; y que mirase bien por su castillo, que contra aquel cavallero ninguna fuerça le aprovecharía (fol. 249-vº).

También es capaz de hacer invisibles a cosas y personas, y posee un carro tirado por cuatro dragones. Finalmente, será vencido y muerto por Belflorán, en una de las pruebas más difíciles que ha de superar el héroe.

Orístenes es el mago protector del rey de Troya y, por tanto, la guerra contra los griegos lo coloca en el bando contrario a don Belianís y sus compañeros. Pero calificamos a Orístenes de “malvado” por su comportamiento traidor y desleal: durante el combate mantenido entre don Belianís y Mitrídano de Troya por la libertad de don Palineo de la Ventura, Orístenes oscurece el cielo para dar ventaja a su príncipe y, seguidamente, hace salir a tres salvajes y tres grifos de una brecha del suelo para que ataquen a don Belianís. No volvemos a saber nada más de él tras la conquista de Troya.

Como hemos visto, la *Tercera y cuarta parte* muestra una nutrida presencia de magos y magas. Sus poderes son variados, pero en general se ajustan a la tradición caballeresca y cumplen con todas las funciones que se les suponen, siendo la primera y principal servir de pretexto para la inclusión de la aventura maravillosa, en la cual el héroe probará su valía contra lo sobrenatural y el mundo de la magia.

4. OTROS PERSONAJES

4.1. El escudero fiel

Si el mago, como ayudante del héroe, le presta su apoyo mediante magníficos dones encantados y vehículos espectaculares, el escudero se ocupa de funciones más humildes y, desde luego, lo hace de forma práctica, eficiente y silenciosa, convirtiéndose en un elemento imprescindible para el caballero³¹⁷. Los magos aparecen y se esfuman con igual imprevisibilidad, pero el escudero ha de estar siempre ahí. Su presencia se presupone, hasta tal punto que a veces los autores se olvidan de mencionarla. Es así, al menos, en el caso de Flerisalte, el leal escudero de don Belianís.

Flerisalte (llamado también Florisalte en la *Primera y Segunda Parte*) es hermano de Lerinda, doncella y confidente de la princesa Imperia de Tartaria. En el capítulo 16 de la Segunda Parte se relata el primer encuentro entre don Belianís y el muchacho que será su leal escudero durante el resto de la obra:

Lerinda le demandó que allí esperasse hasta tanto que vn escudero con vn cauallo le imbiasse y boluiéndose con la princesa hasta los palacios, llamando vn hermano suyo que aquel día a la corte llegara y por nadie della hera conocido, le mandó que tomando vno de aquellos cauallos qué traxera, como aquel que muy buenos los tenía, se fuesse donde el cauallero lo esperaua y que si quisiesse se lo siruiesse de escudero, que hera muy buen cauallero; y siendo desto Florisalte, que assí el escudero se llamaua, muy contento, tomando dos cauallos, vno para sí y otro para el cauallero que le dixeran, se fue hasta el postigo donde por marauilla hombre assomaua, y hallando allí a don Belianís, muy contento de su apostura, le dixo lo que le mandaran y assimismo cómo quería ser su escudero, de lo qual él fue muy contento (*Belianís*, II, p. 122).

Desde este momento, Flerisalte acompañará y servirá a su señor con total devoción y lealtad, cumpliendo las funciones básicas de todo escudero, es decir, “transportar las armas del caballero y encargarse de todos esos asuntos prácticos de los que su señor, únicamente pendiente de cuestiones bélicas y amorosas, no se va a ocupar” (Sales, 2004: 73). Se verá bruscamente separado de don Belianís, sin embargo, cuando el traidor Valianor de Escocia lo arroje por la borda de su barco en el capítulo 11 de la Tercera Parte. Creyéndolo muerto, Flerisalte llora amargamente su muerte, y más adelante sus sentidos lamentos alertarán a la princesa Claristea de lo sucedido. De la misma forma, su alegría al descubrir que sigue vivo se destacará entre las reacciones del resto de sus amigos:

Don Belianís se tiró afuera para se desarmar, y a le ayudar llegaron más de cien cavalleros, entre los quales venían sus queridos amigos; que, como el yelmo quitasse y por ellos fuesse conocido, ¡qué plazer pudiera haver que al suyo fuesse ygalado! Todos corrían por le abraçar; las locuras que Flerisalte hazía no se pueden contar (fol. 48-vº).

³¹⁷ “Elección, caballo, armas y señorío no bastan aún al alto honor que es propio del caballero; antes conviene que se le dé escudero y palafrenero que lo sirvan y se ocupen de las bestias”, *Libro de la orden de caballería*, ed. cit., p. 28.

Su presencia, sin embargo, será discreta la mayor parte de las veces, limitándose a los típicos quehaceres del escudero. Pasará a primer plano solo en dos ocasiones más: la primera de ellas tiene lugar en las inmediaciones de la tumba del sabio Merlín. El aspecto infernal del lugar y los pavorosos gritos que se oyen llenan de temor al escudero:

Pues como el príncipe don Belianís bolviesse por hablar a Flerisalte, que ya los cavallos havía dexado, violo que el nuevo temor le tenía muy fatigado, y tal que le semejó que no sería parte para passar con él; y no quisiera, que donde quiera que ponían los pies, parecía que la tierra temblava, y la causa era que el coraçón, por se socorrer, llamando así la mayor fuerça de la sangre, causava a los otros miembros un temblor quales suelen tener aquellos que, cercados los coraçones con enojosa passión, no son parte para declarar lo que sienten (fol. 53-rº).

El terror de Flerisalte contrasta con la calma de don Belianís, y produce cierto efecto cómico, sobre todo cuando el héroe se ve obligado a llevar a su escudero en brazos como si fuese una damisela:

El príncipe, que por cosa alguna no quería perder su escudero, le tomó en los braços, que ya para passar adelante la fuerça le avía faltado; y assí fue con él una pieça hasta passar a una parte algo más llana, aunque no menos temerosa, donde le dexó. Flerisalte se sentó, que no fue parte para otra cosa, y no sin causa, que pocos suffrieran lo que la lealtad le avía hecho durar, que todo aquel valle estava poblado de infernales demonios. Muy cerca de donde la voz se dava le pareció a don Belianís que se hallava y, confortando a Flerisalte, le mandó que allí le aguardasse (fol. 53-vº).

Con todo, Flerisalte no se presenta como una figura ridícula o risible, sino que más bien inspira ternura. Su lealtad a su señor está fuera de toda duda, y también don Belianís le corresponde con un cariño similar: “Don Belianís abraçó a su escudero con mucho plazer, como aquel que en extremo le quería, que ningún cavallero se hallara que otro tal escudero tuviesse” (fol. 53-vº). No obstante, si bien muchos escuderos aspiran a subir en el escalafón social o a conseguir algún rédito por su abnegado servicio (Sales, 2004: 75-76), Flerisalte no pide ninguna recompensa, y tampoco su señor se la ofrecerá en ningún momento. Lo que obtendrá por sus años de leal asistencia será algo mucho más trascendente: la iluminación.

En efecto, el episodio más importante de los protagonizados por Flerisalte tiene que ver con una escena en la que Sabiano de Trebento, moribundo a causa de las heridas recibidas en combate, se cura milagrosamente ante sus ojos:

No pudo más hablar el esforçado cavallero, porque el desmayo le hizo trasponer, dexando más traspuesto al príncipe don Belianís. Mas aquel soberano Señor, ante quien todas las cosas son como nada, en cuyo servicio este cavallero continuamente anduviera –que, según el arçobispo de Rosis escribe, no se halló hasta aquel tiempo otro cavallero de igual sanctidad, tanto que en ella a los muy apartados monges excedía– le quiso curar con suprema mano; porque, estando las cosas en estos comedios, las celestiales finiestras fueron abiertas, y d’ellas un resplandor salió, más claro sin comparación que los muy duros rayos del meridiano sol. Y por mandado del Soberano, los ángeles bajaron hasta donde el cavallero estava, no sin

grande admiración del griego príncipe, el qual, sin poderse menear, de una parte estava como si de un roble fuese hecho. ¡O, cosa digna de mayor encarescimiento que dezirse puede, que a la hora el valiente cavallero se halló sano de sus heridas, con muy mejor disposición y esfuerço que antes tuviera! (fol. 67-rº).

A estas alturas de la historia, Flerisalte ha contemplado ya muchos prodigios y maravillas. Sin embargo, ante la curación milagrosa de Sabiano de Trebento decide convertirse al cristianismo:

Flerisalte, a quien la divina gracia no quería se perdiese, que no menos espantado que su señor estava, con gran plazer vino corriendo para su señor, supplicándole le diesse el agua del baptismo, que ya muchos días havía que la burla de su seta tenía conocida. El príncipe lo hizo, muy alegre de ello, y por mano de Sabiano de Trebento en la chrialina fuente fue baptizado, y de allí adelante doctrinado en lo que para su salvación le combenía (ibid).

En efecto: hasta este momento don Belianís, flor de los caballeros cristianos de su tiempo, había tenido por escudero a un joven pagano. Esto no es óbice para que ambos desarrollen una amistad basada en un sincero aprecio mutuo. Don Belianís no intenta convertir a Flerisalte al cristianismo en ningún momento pero, como sucede con la mayoría de los paganos virtuosos de la novela, este comprende su error de forma espontánea y decide abrazar la fe de su señor.

Pese a esta relación de respeto y confianza, don Belianís sigue en todo momento las normas de la cortesía y no confía a nadie, ni siquiera a su escudero, sus amores con Florisbella. Solo se lo comunica a Flerisalte cuando la relación ya está muy avanzada y porque no tiene alternativa:

Bien diez días estuu el esforçado príncipe de Grecia en la cama después que de sus heridas fue curado, siendo cada día visitado por los soldanes y principales caualleros de la corte y de noche, de las princesas Florisbella y Matarrosa, avnque viendo que semejante caso no se podía encubrir de su escudero, con voluntad de su señora se lo dixo, que dado que a Flerisalte le pesó en el alma sabiendo el amor que la pri[n]cesa Imperia le tenía, lo tuuo en la mayor de las mercedes que por su señor le pudieran ser hechas, que a la verdad no poco en ello ganó el príncipe porque muchas vezes con la ausencia de su señora muriera, si por los consuelos de Flerisalte no fuera (*Belianís*, II, p. 291-292).

La discreción de don Belianís le impide, como vemos, confiarse a su escudero en un principio, pese a que muchos de ellos están, por lo que parece, habituados a ejercer de confidentes de su señor. Es el caso de Balisán, el escudero de Belflorán.

El autor no llega a contarnos cómo se conocieron los dos, ni por qué Balisán llegó a ser el escudero del príncipe. La primera mención que se hace de él lo sitúa ya como confidente de las quejas amorosas de Belflorán, que no hace mucho que sufre por Belianisa. Tampoco conocemos la edad de Balisán, pero se deduciría por sus palabras que es mayor que su señor. El joven caballero no solo le pide consejo, sino que, cuando Balisán le recomienda que le envíe una carta a su amada, Belflorán le sugiere que la escriba él:

Y llamando a su escudero, Balisán, le dixo con harta turbación su mal, pidiéndole consejo de lo que haría.

–Mi señor –dixo Balisán–, esse mal es muy ordinario en los cavalleros mançebos, y no es cosa para dar tanta pena, porque d’essa suerte acabariades la vida, y con ella la gloria que de vuestros pensamientos se os recresce. Devéys de entreteneros más, que es poco esfuerço, y dirán que fuystes para menos que el príncipe don Belianís, mi señor, que siguió tales amores y tan peligrosos y en parte donde no podía descubrir quién él era.

–¡Quién será en todo de tal ventura! –dixo Belflorán–, ¿y no veys que él fue siempre querido y la Fort[u]na le offresció mil cosas en que pudiesse servir a la princesa, mi señora, y ganarle su voluntad? Lo qual no haze conmigo, que mi señora no me quiere ni yo tengo la ventura tan alta. Verdaderamente creo que, si yo no sintiesse en ella otra mudança, que me causaría la muerte. Por esso, si tú sabes algún remedio, dámele, porque tan brevemente este mal no me consuma.

–El camino ordinario –dixo Balisán–: escrívale la vuestra merced su pena y dadme la carta, que yo se la daré; y en el entretanto, en la cordura nezzessaria, dadle a entender que es causa de vuestro mal y, si pudierdes hablarla, no lo dexéys, que no ay otra cosa que assí doble los coraçones a querer como la obligación que sobre ellos se carga verse bien queridos. Y continuad el amistad del príncipe Armesildo, su hermano, porque aquella y el deudo darán más lugar a que vos la podáys hablar. Y mirad cómo os avéys en este negocio, que os será mal contado por estar mi señora, la princessa, en vuestra casa, donde tenéys más obligación de mirar por lo que le toca.

–Vien dizes –dixo Belflorán–, mas yo no tengo sentido para escrevirle; hazlo tú por mí, que diré yo mil desatinos.

Riose Balisán entre sí de lo que Belflorán dixera, y díxole:

–Escrívale la vuestra merced, que estas cosas todas están en el ayre con que salen del coraçón, y a las vezes da más sentido a una carta un desatino de un enamorado que retórica de Demóstenes.

–Si en esso está –dixo Belflorán–, dame papel y tinta, que yo escribiré desatinos hartos.

Balisán, maravillado de verle assí, le traxo recado (fols. 168-vº-169-rº).

Una vez escrita la carta, Balisán le da su visto bueno (“Antes me parece muy vien”) y se las arregla para entregársela a Belianisa sin despertar sospechas³¹⁸.

Así, frente al leal escudero que, sin embargo, guarda una respetuosa distancia con su señor, nos encontramos con un nuevo tipo de sirviente que ejerce de compañero de fatigas del caballero, estableciéndose entre ellos una cierta camaradería que roza la amistad.

4.2. El gigante

Los gigantes son figuras recurrentes en los libros de caballerías, y encontramos huellas de su presencia también en la tradición bíblica y en la mitología clásica. El gigante suele ser el enemigo por antonomasia del caballero; según Martín Romero, “en los textos caballerescos los gigantes aparecen principalmente tan sólo para ser derrotados y aniquilados por el héroe durante un sangriento combate” (2005: 1106). Es un ser de aspecto humano, pero descomunal; por otro lado, sus modales violentos y desmedidos hacen de él una amenaza para el orden establecido, y su gran

³¹⁸ “Aparte de asistir al héroe, llevándole sus armas, o de transformarse en su confidente, siendo partícipe de sus cuitas sentimentales, el escudero es el personaje más idóneo para realizar cualquier tipo de embajadas, desde aquellas en las que está en juego el futuro amoroso de su señor hasta otras misiones que obedecen a circunstancias más prácticas” (Sales, 2004: 75).

tamaño lo convierte en un rival difícil de batir, con lo que el triunfo del caballero es doblemente meritorio³¹⁹.

4.2.1. Gigantes desmesurados

Los rasgos del gigante o jayán han sido ampliamente estudiados por la crítica. Se destaca su formidable tamaño, hasta el punto de que algunos gigantes usan como monturas elefantes o bestias de similar envergadura³²⁰. Los gigantes del *Belianís*, no obstante, no presentan una corpulencia tan desproporcionada; pese a que a menudo se los compara con árboles (“tan altos como pinos”, “cada uno parecía una haya”), en realidad su tamaño no les impide ejercer la caballería o participar en justas y torneos, y, aparentemente, cabalgan como cualquier otro hombre, aunque a veces se especifica que lo hacen sobre alfanas, un tipo de montura de gran tamaño.

Otra de las características definitorias del jayán es su gran soberbia. Su enorme envergadura le otorga una gran confianza en sí mismo, que le lleva a creer que no puede ser derrotado. Así lo manifiesta a menudo, burlándose de las pretensiones del caballero que se dispone a enfrentarse a él, o mostrando extrañeza, incompreensión o ira ante el hecho de que ose siquiera plantearse³²¹. Naturalmente, el héroe logrará derrotarlo, puesto que a menudo esta soberbia, unida a su gran tamaño, constituye una desventaja en combate:

Si los gigantes poseen unas fuerzas descomunales, su exagerado peso y grandeza redundan en una menor agilidad (...). Del mismo modo que su fisonomía corporal puede convertirse en un serio defecto para el gigante, su saña desmedida suele cegarle la razón y le conduce, por tanto, a desaprovechar sus dotes militares. (...) Frente al comedimiento, la mesura y el control del protagonista, el gigante se transforma en su propio enemigo, ya que su mente no está en las mejores condiciones para regir sus movimientos corporales. No es raro entonces que los malvados jayanes terminen cayendo como grandes torres y su adversario les corte la cabeza. (Sales, 2004: 106-107).

Así, el caballero debe mostrarse ágil para evitar los portentosos golpes del gigante y tratar de conservar el escudo o, al menos, el yelmo; si el combate se alarga, el jayán se mostrará cada vez más cansado, sobre todo si está gravemente herido, con lo que sus movimientos se volverán más lentos y torpes. Pese a ello, el héroe no puede evitar encajar algún golpe de vez en cuando, que le arrebatará

³¹⁹ Bueno y Cortijo consideran al gigante un ejemplo de la *otredad* contra la que debe combatir el buen caballero: “La aspiración del héroe será domesticar este espacio adaptándolo a un código caballeresco que, en ocasiones, acaba impuesto a las leyes generales. En cierta medida el mundo de los libros de caballerías es un territorio abierto a lo segregado y marginado geográficamente o conceptualmente, pero con posibilidades de ser reconducido” (2010: lviii).

³²⁰ Según apunta Lucía (2003), los primeros libros de caballerías no se detienen demasiado en la descripción de los gigantes: “un nombre (gigante o jayán), un adjetivo (desmesurado, desaforado, descomunal) o una comparación (como una torre) son suficientes para fijar en el lector una imagen. Interesaba más concretar sus defectos, su soberbia, sus malas costumbres antes que su físico”.

³²¹ Muchos jayanes utilizan expresiones o giros similares para expresar estas muestras de soberbia; esta “habla gigantea”, que se convierte en tópico en muchos libros de caballerías, ha sido estudiada con detalle por Martín Romero (2006).

el escudo o lo dejará aturdido y en una situación muy delicada que, afortunadamente, logrará superar con éxito³²².

Así sucede también en algunos de los combates que los héroes del *Belianís de Grecia* deben mantener con los gigantes que los acometen en el transcurso de sus aventuras:

El uno de los jayanes, que más voluntad de herirlo traía, salió tras el cavallero en un poderoso cavallo con una gruessa lança en la mano; que, como el príncipe don Clarineo quisiesse rebolver sobre él, se juntaron con los cuerpos de los cavallos, escudos y yelmos tan reziamente que el gigante fue fuera de su acuerdo, y él y su cavallo vinieron al suelo. El cavallo del príncipe don Clarineo huvo entr'ambas espaldas quebradas y vino con él al suelo; mas don Clarineo, con m[u]cha presteza, saltó d'él abajo, dándole la vida su ligereza, porque con ella tuvo lugar de se apartar del encuentro que con los pechos del cavallo le quiso dar el otro gigante; mas al passar le dio tan estraño golpe que todo el quixote de la pierna huvo cortada. Y, como quisiesse rebolver y no hallasse pierna con qué se sostener, vino al suelo con gran caýda. Don Clarineo, que quiso yr sobre él, vio que el otro gigante se levantara; contra él se venía con un gran cuchillo en la mano y, dexando al otro, se vino para él, bien cubierto de su escudo; y con la fuerça que entr'ambos alcançavan se dieron tales golpes que se hizieron aynojar. Don Clarineo huvo el escudo hecho dos partes, y en un hombro una muy pequeña herida. Y si el desatiento del baliente jayán no fuera tan grande, no oviera acertado don Clarineo en esperarle. Mas él hirió al gigante encima de la cabeça tan bravamente que, aviendo cortado el grueso yelmo, le començó a correr la sangre en gran abundancia. Y con esto se rebuelven en mortal batalla, que el gigante Andronio el Fuerte, que assí se llamava, hera uno de los atentados y diestros cavalleros de su tiempo; y avía sido dichoso don Clarineo en cortar la pierna a su compañero, que de otra guisa biérase en muy notable peligro (fol. 21-rº)

Muchos jayanes participan en justas, como el gigante al que se enfrenta don Belianís en los torneos de Londres³²³:

Juntó don Belianís con el terrible gigante, que, no le estimando en cosa alguna, le atendió cubierto de una gruessa targeta de azero, que a manera de escudo traía. Mas aquella y el arnés fueron falsados y, deteniéndose en la gruessa loriga, empujó con tanta fuerça que, no se pudiendo quebrar la lança, que de grueso fresno era, como su fuerça fuesse tan sobrada, le hizo dar una caýda de espaldas tan grande que toda la plaça resonó (...) Mas don Belianís fue a esta ora en peligro de muerte, que el pavoroso jayán, cuya vista a cualquiera bastara a espantar, le alcançó con una de las pelotas de hierro tan cruel golpe sobre el yelmo que le hizo venir de manos por el suelo. La sangre le rebentó en gran cantidad por las narices y oýdos, la qual le començó a salir por bajo del yelmo. Y quísole tornar a dar otro, con el qual no fuera mucho ser fenescida la batalla; mas don Belianís, que en tanto peligro se vio, encomendándose a la Virgen sagrada que de tan gran peligro le librasse, se metió tan dentro que, como el bastón fuesse muy largo, con ninguna de las pelotas le pudo herir; mas con el bastón le alcançó un golpe en el hombro que todo el cuerpo se le figuró que le huviesse molido. Mas al entrar don Belianís le hirió en una pierna de tan cruel golpe que todo el pie por bajo de la rodilla huvo cortado; y, como el jayán hincasse la rodilla, don Belianís le alcançó a su plazer un tal golpe que tres dedos de la mano yzquierda, juntamente con la maça, vinieron al suelo. Mas el diabólico gigante le alcançó con la una mano, que para sí lo traxo muy ligeramente; mas el esforçado príncipe puso mano a la rica daga que la emperatriz de Alemania le diera, con que bien tenía en la memoria que grandes aventuras havían de ser acabadas, y con ella le dio tales tres golpes que de cada uno le passó las entrañas. Mas no lo

³²² Para un análisis más detallado de los tópicos del combate contra el gigante, véase Martín Romero, 2005.

³²³ Fernández incluso se detiene en explicar tal costumbre: “porque, puesto caso que los gigantes en Grezia no ussavan salir a justas, en estas tenían licencia todos los que quisiesen” (fols. 101vº-102rº).

comprara con menos que la vida si por el valor de sus armas no fuera, porque el gigante le avía herido assí mismo con la suya, que, no las pudiendo falsar, de cada uno hazía juntar el peto y la espalda. Y, viéndose herido de muerte, apretó consigo a don Belianís con tanta fuerça que el aliento le hazía faltar; mas él hera herido tan mortalmente que no pudo durar mucho que no viniessen al suelo muerto aquel pavoroso jayán, que con razón se puede dezir nunca tal aventura por cavallero aver sido acabada (fol. 41).

Fernández hace uso de algunos de los tópicos con respecto a los gigantes como, por ejemplo, su gran soberbia (“no le estimando en cosa alguna”), o el tipo de armas que llevan: la mayoría de ellos opta por la maza, y este en concreto “traía en su mano una cruel maça con muchas y gruessas pelotas de fierro d’ella(s) colgadas, con la qual los cavalleros y cavallos hazía pedaços” (fol. 40-vº).

Sin embargo, no todos los gigantes son iguales; si bien en la *Primera y Segunda Parte* la mayoría de ellos habitaban en castillos de bárbaras costumbres o bien formaban parte de las hordas paganas, y eran por ello sistemáticamente derrotados y muertos a manos del héroe, en la *Tercera y quarta parte* descubrimos no pocos jayanes que no se ajustan al modelo, tanto en aspecto como en actitud.

Algunos, por ejemplo, son más listos o incluso más ágiles de lo que se espera de ellos. Acostumbrado quizá a jayanes torpes, lentos o de pocas luces, don Belianís se lleva una desagradable sorpresa cuando se enfrenta a los gigantes que guardan la entrada al castillo del sabio Silfeno³²⁴:

Don Belianís quiso entrar por ellas, mas no le fue assí fáçil como cuydara, porque a la entrada vio dos terribles gigantes con sus maças de yerro en las manos; los quales, sin se mudar a ninguna parte, tenían puestos los pies en el umbral. Cuydó don Belianís de engañarlos y hizo una ligera arremetida, como que dentro se fuesse a lançar, porque los gigantes descargassen sus golpes, deteniéndose al tiempo del llegar. Mas allose burlado, porque ellos se estubieron muy quedos esperando a que entrasse. Mucho se receló don Belianís viendo el aviso de los gigantes; temor tubo que, si algún golpe a derecho le alcançasse, darían fin [a] aquella contienda (fol. 143-vº).

Tampoco son ya tan soberbios; el gigante clásico se niega a reconocer su derrota y a cambiar de costumbres (Martín Romero, 2006), por lo que el héroe tiene que matarlo, pero en el *Belianís* encontramos algunos gigantes que rectifican tras ser vencidos.

El caballero don Gradarte de Irlanda y su amigo, el gigante Galiandro el Pavoroso, tienen la mala costumbre de ir por los caminos raptando doncellas. Don Belianís vence a todos los caballeros del grupo y finalmente se enfrenta al jayán, que también cae derrotado:

Pues, como don Belianís viesse al gigante en tierra, fue sobre él y, quitándole el yelmo, le dixo:

–Muerto eres, si no otorgas de hazer aquello que por mí te fuere mandado.

³²⁴ Los gigantes no solo guardan castillos encantados, como el de Silfeno o la prisión de la bella Rosaliana, sino que, además, parecen encontrarse a menudo cerca de magos y sabios, tanto malvados como bondadosos. Belonia, por ejemplo, aparece en cierta ocasión acompañada de “dos gigantes harto bien hechos” (fol. 213-rº); lo mismo hará el endiablado Baldano la primera vez que se muestre ante Belflorán: “Y parecióronle asta diez cavalleros, y con ellos yvan dos gigantes y un hombre desarmado en un cavallo, que entendió sería el encantador, como era la verdad” (fol. 253-vº).

Él bolvió en sí y díxole:

–Cavallero, el más esforçado que yo haya visto, no cumple que yo os prometa cosa alguna; vos podéys hazer de mí aquello que fuere vuestra voluntad, que yo cumpliré a todo mi poder.

–Por agora no quiero otra cosa –dixo don Belianís– salvo que me prometas de aquí adelante de ser con todas tus fuerças en favor de dueñas y donzellas, y que ninguna te pida socorro que, aunque vayas en otra aventura, no la dexes por favorecerla.

–Yo lo prometo –respondió el gigante.

–Pues, ¿cómo es tu nombre? –dixo don Belianís.

–Galiandro el Pavoroso me suelen llamar –respondió él–. Y no sé la causa, pues al presente soy vencido de un solo cavallero.

–D’esso no te maravilles –respondió don Belianís–, que son juyzios del alto Señor, al qual todas las cosas están sugetas (fol. 32-vº).

En este caso, el gigante no solo jura cambiar de costumbres (“lo qual ellos cumplieron muy bien, que de allí adelante los Cavalleros de las Donzellas se hazían llamar”), sino que reconoce la superioridad del héroe o, más bien, su propia debilidad³²⁵.

Y es que, pese a las descripciones de sangrientas batallas y de jayanes descomunales, tampoco parecen ya tan terribles como antaño: el héroe los derrota por docenas y, a veces, de un solo golpe: “No venía él con essa furia, que al gigante Sandaro el Cruel hirió por la cintura, partiole en dos partes tan ligeramente que no cuydaron le huviesse herido. En el revolver de los braços, onze gigantes derribó a sus pies muertos” (fol. 201-vº).

Debido a la condición de superhombres de los héroes caballerescos, el autor ya no puede presentar a los gigantes de uno en uno, ni siquiera de diez en diez. Por eso recurre a lo que llama en repetidas ocasiones “la furia gigantea”: un ejército de jayanes que acude, al igual que las Amazonas o los centauros, en ayuda de las huestes paganas durante la guerra de Constantinopla.

El encargado de reclutar a los gigantes es el príncipe Ariobarzano de Tartaria:

vínose por las islas Gigantea y Sagitaria, y a red barredera ningún gigante ni sagitario dexó, de quantos pudiesen tomar armas, que no le traxesse consigo. Trahía más de treynta mil d’ellos, tan altos como pinos; bien cuydavan estos que ellos solos bastavan a hazer esta guerra (fol. 132-vº).

A lo largo de la novela se dice en varias ocasiones que estas dos islas, Gigantea y Sagitaria, de donde provienen, respectivamente, gigantes y centauros, pertenecen al imperio de los tártaros. Pese a que a veces se menciona a un “rey de la Gigantea”³²⁶, o incluso existan otros reyes gigantes³²⁷, parece claro que deben obediencia al Gran Tártaro, y de ahí que participen en la guerra de

³²⁵ “Finalmente, el gigante ha de aceptar lo evidente: ha sido vencido. El choque contra esa realidad le hace comprender de manera clara que su soberbia lo ha llevado a la derrota” (Martín Romero, 2006: 20).

³²⁶ “porque a las vezes de aquella parte llegó el temeroso rey de la Gigantea, el qual una clava de azero traía entre sus manos, de la qual colgavan cinco o seys pelotas de yerro” (fol. 135-vº).

³²⁷ Es el caso de Persides, de quien hablaremos más adelante, o de los señores de la isla de Chipre, tradicionalmente gobernada por gigantes.

Constantinopla en el bando de los paganos³²⁸.

Esta es otra de las peculiaridades del jayán caballeresco: la mayoría de ellos son paganos, lo que los convierte en antagonistas o enemigos naturales del héroe:

La idolatría será otra de las características de los gigantes a la que se prestará más importancia en su caracterización en una determinada modalidad de la literatura caballeresca. Los gigantes forman parte de las huestes paganas, así como lo veía don Quijote sobre la polvareda levantada en los caminos de La Mancha (Lucía, 2003).

La llegada de la “furia gigantea” otorga espectacularidad a la batalla y encarece la victoria del bando cristiano, pese a que no parecen soldados muy competentes:

los quales, aunque él no estimava mucho por ser gente que se ordenava mal, y no diestros, parecíale ser gente animosa y fuerte, y que valientemente resistirían el ýmpetu de los griegos (fol. 137-rº).

Sin embargo, no todos los jayanes pertenecen a esta “nación gigantea”. A lo largo de la novela encontramos algunos que habitan en castillos remotos y a menudo aislados del resto del mundo.

Tradicionalmente, los castillos gobernados por gigantes suelen ser también lo que se llama “castillos de mala costumbre”, cuyas características, en palabras de Anna Bognolo, serían las siguientes:

en un castillo se mantiene una mala costumbre, esto es, una tradición que obliga a los habitantes a una condición dolorosa; ésta se puede eliminar sólo gracias a la acción de un caballero especialmente valiente, capaz de superar pruebas de dificultad sobrehumana, casi siempre debidas a obstáculos misteriosos. Muchos han intentado la prueba perdiendo la vida o siendo apresados. Por eso, cuando se acerca al castillo, el caballero encuentra siempre a alguien que intenta convencerle de que no vaya adelante, anunciándole desgracia y muerte. Normalmente tiene que combatir para acceder a la entrada del castillo; otras veces, a pesar de ser acogido con cortesía, encuentra pruebas y adversarios dentro del castillo. Tiene que combatir contra otros caballeros, seres diabólicos o animales feroces; tiene que deshacer encantamientos y liberar prisioneros. La empresa suele concluirse positivamente entre la alegría general de los habitantes (Bognolo, 1996: 67-68).

Este motivo, que en la narrativa artúrica respondía a una realidad histórica concreta, ya en el primer libro del *Amadís* se descontextualiza y se integra en la trama de la novela, y más adelante los castillos de mala costumbre “son sustituidos por las islas de los gigantes, ámbitos de costumbres malvadas en cuanto paganas, que también tienen raíces artúricas” (Bognolo, 1996: 71-72; véase también Sainz de la Maza, 2002). Así, en los libros de caballerías posteriores, “el gigante está unido a un espacio geográfico privilegiado: la ínsula, en la que se comporta a un tiempo como señor feudal

³²⁸ Cuesta Torre (2001a: 29) señala que, en el *Belianís*, los gigantes aparecen como aliados de los musulmanes, pese a que a menudo el autor presenta a unos y a otros como politeístas, e invocan a los dioses de la antigüedad grecolatina: Júpiter, Plutón, etc.

y ajeno a las leyes de la caballería” (Lucía, 2003)³²⁹.

En la *Tercera y cuarta parte* encontramos dos ejemplos de jayanes que mantienen malas costumbres en su territorio. No obstante, estos gigantes se alejan del modelo en algunos aspectos, como veremos.

El primero de estos episodios transcurre en la isla de Chipre, a donde van a parar algunos de los protagonistas tras sufrir un naufragio. Las princesas protagonistas se encuentran solas, pero las acogen dos ermitaños; el más joven de ellos no es otro que el perdido caballero Sabiano de Trebento. El ermitaño mayor les pone en antecedentes acerca del lugar:

–Esta tierra –dixo el hermitaño– es buena, mas la gente es mala, que el señor d’este reyno no puede con ellos. Sabed, señoras, que agora estáys en el reyno de Chipre, de donde fue señor un jayán que el rey Tramolcano se dezía, que en Persia fue muerto a manos del príncipe de Grecia, por el qual á sido destruydo casi todo este linage, y en el reyno al fin á sucedido un rey que, aunque jayán, es mui al revés en condiciones de los ot[r]os, porque no es cruel y malo como ellos, y a la causa ciertos parientes del dudado Fierastón y Tramolcano se an retirado hazia estas partes, donde muy cruelmente hazen todo el daño posible, y no pasa por aquí cavallero ni donzella que sea parte para librarse d’ellos. Y mucho me pesa, que creo que seréys presas, porque cada tarde passan por aquí gentes suyos (fol. 225-rº).

La aventura se plantea, pues, como consecuencia de las acciones de don Belianís en la *Primera Parte*. Así, gracias a la intervención del héroe, los gigantes malvados han sido sustituidos por otros “mui al revés en condiciones”; de hecho, como veremos más adelante, el lector se encontrará cada vez con más gigantes que cumplen escrupulosamente las leyes de la caballería, por lo que, como en este caso, los jayanes que se mantienen fieles a la tradición van siendo progresivamente arrinconados en espacios aislados, lejos del mundo civilizado.

En este caso, por otro lado, los gigantes no solo se comportan así por costumbre sino que, además, mantienen una animadversión específica contra determinados personajes debido a hechos relatados en episodios anteriores. No solo se proclaman enemigos de don Belianís, sino también de la infanta Persiana, que se halla entre las doncellas naufragadas:

Mas no estuvieron mucho quando por el campo vieron entrar dos valientes gigantes con hasta diez cavaller[o]s en su compañía, todos armados de frescas y lucientes armas en muy hermosos cavallos, sus lanças en las manos. Y como luego descubrieron la compañía de las damas, los gigantes, mandando esperar sus cavalleros, se vinieron para ellas, que les causó tanto temor como la muerte. Pues como junto d’ellos emparexassen y uno dio una gran boz, que por todo el campo resonó, diziendo:
–¡O, Júpiter! ¡Si yo no me engaño, veo la(s) más hermosa aventura que el mundo tuvo, que esta es la falsa infanta Persiana, que agora no se librará de la muerte, pues mis tíos fueron a

³²⁹ Es habitual que los gigantes gobiernen islas. Si bien en la literatura celta las islas formaban parte de un Más Allá maravilloso, en la narrativa artúrica simbolizan un espacio mágico, pero que ya no está situado en ese Otro Mundo, y en el *Amadís* se encuentran ya en el mundo real. En libros de caballerías posteriores, sin embargo, el hecho de que estén habitadas a menudo por gigantes paganos está relacionado con la lucha que el Occidente cristiano mantenía con los musulmanes por el dominio del Mediterráneo. Tampoco hay que olvidar la influencia clásica en figuras como la del cíclope Polifemo, que habitaba también en una isla (véase Cuesta Torre, 2001b).

su ca[usa] tan falsamente muertos! (fol. 225-vº).

El gigante hace referencia al hecho de que, cuando Persiana fue forzada a casarse con el malvado Galanio de Antiochía, primo del gigante Fierastón, don Belianís los mató a ambos al acudir en su defensa.

El jayán no logrará apresar a la princesa en esta ocasión, pero uno de sus parientes se encontrará poco después con otro viejo conocido: Periano de Persia, que ha llegado allí tras naufragar el barco en el que viajaba junto con don Belianís y Mitrídano de Troya en busca de las princesas perdidas:

Muy presto conociolos a todos a la ora el gigante, que muchas vezes los viera, y como él ya supiesse que Periano era christiano y(r) aun de Persépolis le huviessen llamado para la rebelión que contra él se pensava hazer, vínole una imaginación al pensamiento: que, si él los prendía, podría ser rey de Persia, que, como en la primera parte d'esta historia vos contamos, eran estos gigantes parientes del soldán. Y, aunque él era valiente y tenía consigo hasta seys o siete cavalleros, no se atrevió a prenderlos, assí porque se temía de don Belianís, que traía espada, y sabía bien cómo d'ella se aprovechava, como porque no los quería él matar, sino prender (fol. 226-vº).

Este gigante, de nombre Bradiliano, se llevará a los príncipes a su castillo mediante argucias y engaños, y allí los mantendrá presos en espera de recibir una jugosa recompensa por su captura. Será, sin embargo, derrotado por Sabiano de Trebento, que penetrará en el castillo también gracias a un ardid: manteniendo su disfraz de ermitaño para que los gigantes, creyéndolo inofensivo, le franqueen la entrada a la fortaleza.

Vemos, pues, que a diferencia de los gigantes clásicos, Bradiliano utiliza más la astucia que la fuerza bruta, y también ha perdido buena parte de la soberbia jayanesca: ya no se cree capaz de vencer al héroe, ni siquiera contando con ventaja numérica. Esto es una señal de que la era dorada de la nación gigantea ha pasado ya y, tras tantos años de hazañas caballerescas, a los últimos gigantes solo les quedan dos opciones: o retirarse del mundo, temerosos del poder de los caballeros cristianos, o asumir el código caballeresco y volverse valientes, corteses, comedidos y justicieros.

Algunos se encuentran ya en un camino intermedio, como Goraxes, señor de un castillo donde se mantiene una mala costumbre, y protagonista del segundo de los ejemplos que mencionábamos arriba. El héroe que llega a sus tierras, situadas en el Gran Cayro, es don Baldín de Portugal. Como manda la tradición, es informado de las costumbres bárbaras del lugar por una doncella cuitada:

—¿Qué es la causa de vuestra tristeza —le preguntó don Baldín—, hermosa señora?

—Hanme prendido un hermano mío y tomádome la ropa —dixo la donzella— unos criados del gigante Goraxes, porque dizen que sin cavallero no podían passar esta puente, que es assí la costumbre.

—¿Qué es la causa de la costumbre? —dixo Baldín.

—Su mala condición —dixo la donzella—, porque tiene voluntad de hazer mal donde quiera que

se halle (fol. 260-r°).

Naturalmente, don Baldín acude al castillo de Goraxes a enderezar el entuerto.

Entonces llamó a la aldaba de la puerta, y Goraxes se paró a la ventana diciendo:

–¿Qué buscáys, cavallero, en mi casa a tal hora, que apenas es de día?

–Querría –dixo don Baldín– suppicaros tornásedes un donzel que prendistes a esta donzella, y su hazienda, porque venía en mi compañía y llegó ella delante, que me detuve yo por cierta ventura.

–Agora hos digo –respondió el gigante– que avéys madrugado poco. Mas, si por la tardança os queréys combatir conmigo, si me vencéys, daros he la ropa.

–Mucho es esso –dixo don Baldín–, que yo soy un cavallero de poco valor, y vuestro esfuerço es muy conocido. Sería desigual batalla; mas mandadme abrir, que si no nos concertáremos en el rescate, tornarme he a yr como me vine.

–Bien dizes –dixo Goraxes (fol. 260-r°).

Hasta aquí parece que se va a producir un clásico enfrentamiento entre gigante y caballero. El héroe se finge humilde, y el gigante aprueba sus reparos porque, fiel a la proverbial soberbia de su raza, entiende que sería una locura por parte del caballero osar hacerle frente. Sin embargo, cuando Goraxes y don Baldín se hallan cara a cara, descubrimos que el gigante no es exactamente como parecía:

Entonces le abrieron la puerta, y halló en el patio el gigante armado de muy ricas harmas. Su vista le dio contento, que hera muy gentil hombre cavallero, y quisiera acabar con él su negocio sin batalla. Y assí le dize:

–Mal torna, señor Goraxes, para un tal cavallero hazer fuerça a las flacas donzellas en vuestra tierra.

–No hago tal –dixo el gigante–, antes trato de reformar sus malas condiciones, que yo no les pido sino que no anden como ovejas derramadas, y que trayan consigo cavalleros que las acompañen, porque de andar solas han subccedido estraños desastres en este reyno.

–Sola esta vez, por amor mío, se sufriera quebrar la costumbre –dixo don Baldín.

–Esso es imposible –dixo el gigante– sin batalla. Por esso, no gastemos el tiempo en ruegos, y que por fuerça me han de hazer ser descomedido.

–Esso no quiero yo –dixo don Baldín (fol. 260-r°).

Parece, pues, que la causa de la costumbre no es la “mala condición” del gigante, como afirmaba la doncella, sino un exceso de celo por parte de Goraxes en sus funciones como señor del lugar³³⁰. Pero, aunque se ha excedido en sus actuaciones, parece que sus intenciones son buenas, por lo que el lector puede adivinar un buen fondo en él, algo que se confirma cuando, en mitad de la lucha, Goraxes advierte que su contrincante es cristiano. A estas alturas, y ya impresionado ante su pericia caballeresca, le pregunta con auténtico interés si no será, por casualidad, el afamado don Belianís de Grecia, pues se considera rendido admirador de sus hazañas:

Don Baldín se santiguó, viéndose de la otra parte, y conocióle Goraxes ser christiano; y

³³⁰ Esto puede estar relacionado con la cortesía mal entendida que muestran algunos gigantes: “La vanagloria gigantea lo aleja del comportamiento cortesano. Pero el jayán parece no darse cuenta y, en ocasiones, con la intención de mostrar cortesía, aparenta todo lo contrario, ya que hace propuestas inaceptables a su contrincante” (Martín Romero, 2006: 14).

díxole:

–Señor cavallero, desseo tengo toda mi vida de saber de un cavallerto christiano que es príncipe de Costantinopla y se dize don Beli[a]nís, de quien me han contado estrañezas en su valeroso esfuerço y, conforme a lo que yo he visto, no puede ser que sea otro sino vos. Y, si lo soys, no dexéys de dezírmelo, que os soy no poco aficionado.

–Yo –dixo don Baldín– no soy esse cavallero que dezís; que, si lo fuera, poco avía que detenernos en esta batalla, que te juro por el poderoso Señor en quien creo que veynte cavalleros tales como yo no le tuvieran una hora en la batalla.

–Cosa espantosa es essa que me cuentas –dixo el gigante–. Y agora, demos fin a esta porfía nuestra (fol. 260-vº).

Don Baldín empieza a sentir simpatía por este gigante, y lamenta que se dedique a cometer tropelías en nombre de unas responsabilidades mal entendidas. Cuando se lo hace notar, descubre con agrado y no poca sorpresa que Goraxes no es tan pagano como parece:

–Mejor sería dexarlo así –dixo don Baldín–, que a un cavallero como vos vale poco en hazer estas cosas, y piérdese mucho de vuestra honrra. Ya podría ser que, saliendo mal d’esta batalla, fuéssedes obligado a hazerlo contra vuestra voluntad.

–Bien veo yo –dixo Goraxes– que ningún temor de batalla os haze dezir esto y, por tanto, si me dezís quién soys, dexaré la batalla, y aun tornarme he christiano, que lo he desseado mucho tiempo ha.

–Plázeme –dixo don Baldín–, que no lo acostumbro negar a nadie. Y sabed que soy don Baldín, príncipe de Portugal, si me avéys oýdo dezir.

–Sí he –dixo Goraxes–, que sabed que soy primo del gigante Bradaleón y de Furibundo, los quales residen en Cartago, y él me contó la valentía de don Belianís, que me dizen ser particular amigo vuestro.

Entonces se abraçaron, y el gigante prometió a don Baldín de ser christiano, y a la donzella bolvió a su hermano y su hazienda, rogándole que se detuviesse allí algunos días hasta ser curado (fol. 260-vº).

En los libros de caballerías hay múltiples casos de gigantes que se convierten al cristianismo³³¹:

Varios jayanes abandonan su habitual conducta después de ser derrotados en combate armado. Entonces se les concede la oportunidad de cambiar su actitud o de convertirse al cristianismo, tal y como ocurría con el enemigo pagano. Será después de esta metamorfosis cuando diversos gigantes se conviertan en magníficos auxiliares del héroe (Sales, 2004: 107).

Así sucederá con el propio Goraxes, que más tarde partirá con sus hombres en pos del rey de Escocia, sospechando que quiere enfrentarse a su nuevo amigo, y llegará a tiempo de rescatarlos a los dos y llevarlos a su castillo para curar sus heridas³³².

No obstante, y como sucede con otros personajes paganos de la novela, el autor no los juzga

³³¹ Valenzuela (2009-2010) estudia el motivo de la conversión de los gigantes en las *Sergas de Esplandián*, que se constituye en un tópico del género a partir de este texto. El héroe lucha para “destruir vicios que son propios de los paganos, pero también propios de esa soberbia y brutalidad que caracterizan a este tipo de personajes” (p. 377); por tanto, el hecho de que el jayán cambie de costumbres tras ser vencido implica no solo una victoria física del héroe, sino también espiritual.

³³² Campos García Rojas relaciona este cambio de conducta del gigante con el tópico del león reverente, ya que en ambos casos una criatura bestial y salvaje se vuelve mansa al reconocer la superioridad del héroe al que se enfrenta (2009: 490-491).

en función de su religión, sino de sus actos; se considera que las buenas personas, sean gigantes, princesas o escuderos, terminarán por descubrir por sí mismos “el grande horror de su secta” y pedirán espontáneamente la conversión al cristianismo.

Sin embargo, y hasta que esto sucede, muchos de estos personajes paganos siguen comportándose con cortesía, justicia y valentía, ya sea en el bando del héroe o en el de sus enemigos, como ya hemos visto.

Lo mismo sucederá con los gigantes, de modo que en el *Belianís* encontraremos algunos personajes que, a pesar de pertenecer a la raza de los jayanes, se nos presentan como valerosos caballeros, con un alto sentido del honor y bien conocedores del código caballeresco y las normas de cortesía³³³.

4.2.2. Gigantes corteses

Al principio estos gigantes se presentan como excepciones a la regla; en el capítulo 3 de la *Tercera Parte*, por ejemplo, don Belianís ha de enfrentarse en duelo a cuatro hermanos gigantes. Tres de ellos son soberbios y descomedidos, pero Pandriano, el cuarto, destaca por su cortesía:

Este era el más valiente y animoso de los quatro hermanos; hera a maravilla muy mesurado, tan diferente(s) de los otros que no se pensava ser su hermano. Estava tam bien puesto a cavallo que a don Belianís dexó m[u]y agradado (fol. 6-vº).

Pandriano le advierte de que, pese a que don Belianís ya ha vencido a sus hermanos, según las normas de la contienda cualquiera de ellos puede volver a atacarlo, y el héroe aprecia y agradece el aviso. Los otros tres gigantes no tienen tantos miramientos, y dos de ellos se vuelven contra él al mismo tiempo y a traición. Una vez derrotados todos los gigantes, el héroe, indignado, se muestra dispuesto a matarlos, pero Pandriano intercede por sus hermanos:

–Cavallero, pues poner mano en quien defender no se puede antes desminuye que acresenta la gloria de vuestro vencimiento, suplícoos tengáys por bueno de otorgar la vida a estos cavalleros, que yo en su nombre os otorgo su vencimiento; el qual, si antes pidiérades, huviérades escusado este peligro, aunque ha sido para que mejor se conozca vuestro valeroso esfuerço.

–Muy contento soy –dixo don Belianís– que se offrezca algo en que complazeros, y aunque aviéndose avido conmigo tan mal no huviera de usar de piedad. Pero hazed como os paresciere, que yo no saldré d’ello (fol. 10-vº).

Estos gigantes, por lo que sabemos, son cristianos, pero aun así presentan comportamientos típicamente jayanescos, con la notable excepción de Pandriano, como hemos visto. No obstante, en la *Tercera y cuarta parte* encontraremos otros dos personajes que, si bien son paganos, y gigantes,

³³³ Esto puede deberse en parte a que, tradicionalmente, “el gigante no es ni benévolo ni malévolo, es una mera magnificación cuantitativa de lo ordinario; por eso, según los casos, hay gigantes legendarios protectores y otros peligrosos” (Cirlot, 1997: 223).

por añadidura, se describen como caballeros corteses y comedidos, y solo se diferencian de los héroes del relato en su gran tamaño³³⁴.

El primero de ellos es Bradaleón, a quien don Belianís conoce durante su periplo africano.

un gigante que Bradaleón se dezía, el qual un castillo suyo tenía allí junto. No era este como los otros de su nación; era cortés y comedido cavallero, y el más valiente y animoso que conoció la nación gigantea. Qüenta d'este el sabio Fristón, y encaresce tanto su esfuerço, que sería cosa prolixa hablarlas; no avía en el reyno veynte cavalleros que le ossaran esperar en el campo, y no sin causa, que no havía en ellos más de la muerte (fol. 116-vº).

Bradaleón, por tanto, hace honor a su raza en cuanto a fuerza y capacidad de lucha; pero “no era como los otros” en el sentido de que se comporta con una cortesía ejemplar. El autor insistirá en ello cuando el gigante acude a presentar una querrela ante el rey de Cartago:

el baliente Bradaleón entró armado con unas armas negras con sobreseñales de luto, su cabeça desarmada por ser conocido, y, como aquel que en el comedimiento no hera gigante, dixo:

–Poderoso señor, yo vengo ante ti a poner una acussación contra el estimado Çoroaydes de Mauritania. Si tú me das licencia y este negocio no está puesto en el consejo de tu justicia, pondrela para que lo cierto se determine por los de tu justicia, y lo dudoso por mi batalla (fol. 117-rº).

Las circunstancias ponen a Bradaleón y a don Belianís en bandos opuestos, puesto que este es amigo de Zoroaydes, por lo que ambos se enfrentan en una batalla judicial. Los dos quedan impresionados ante las fuerzas de su contrincante, pero finalmente don Belianís cobra ventaja. Viendo que Bradaleón está dispuesto a luchar hasta la muerte, trata de convencerlo de que abandone la batalla, pero solo la intervención del rey, que ordena el final de la misma, le permitirá hacerlo sin menoscabo de su honra:

Y como estuviessen muy juntos a las ventanas donde el rey estava, apartándose afuera le dixo:

–Bradaleón, los dioses no quieren que sea tuya la victoria d'esta ba[t]alla, y esto no porque tu esfuerço no baste para otra mayor, mas porque en ella no tienes justicia. Por esso confiessa que los cavalleros son leales, pues tú bien sabes que son tales que por ninguna manera harían trayción, que yo te alço la batalla sin vencimiento alguno de tu parte, mas de quedar por tu verdadero amigo.

–Herido estó –dixo Bradaleón–, y de malas heridas. Mas esta batalla sin faltar a mi honra no puedo dexarla. Por esso fenezcámosla, que los dioses hazen su officio en darte la victoria, pues la merescas.

El rey, que vio las palabras de los cavalleros, paresciéndole que, si la batalla passava adelante, Bradaleón sería muerto o vencido, arrojó su cetro entre ellos, diziendo:

–Afuera, cavalleros, que yo soy contento con lo hecho, y tengo a los cavalleros por leales, y a vosotros, por los mejores que yo aya visto. Y vos, Bradaleón, por amor mío que la dexéys, que vuestra honra yo la tomo sobre mí.

–A mí me plaze –dixo Bradaleón–, pues estava co[n]oscido que de otra suerte este cavallero huviera lo uno y lo otro.

–En todo queréys ser vencedor, señor Bradaleón –dixo don Belianís–. Tomad mi espada en

³³⁴ El antecedente de este modelo puede estar en el gigante Balán de las *Sergas de Esplandián*, que se presenta como un caballero valiente, honrado y pacífico (véase Sainz de la Maza, 2002: 84).

señal que es gran victoria ser vencido de tal cavallero.
Entonces se abraçaron el uno al otro, y Çoroaydes y Brandasides fueron sacados libres del campo, siendo publicados por leales (ibid.).

Bradaleón y don Belianís comparten el mismo código de la buena caballería, y eso los hermana por encima de otras diferencias como la raza, la religión o la misma demanda que motivó la batalla. Bradaleón se presenta, por tanto, como alguien a la altura del héroe, por lo que la gloria de su vencimiento es todavía mayor. Como gigante, Bradaleón es fuerte y valiente; como buen caballero, sabe luchar, es ágil, inteligente y avisado; y por último, como hombre cortés y comedido, no se dejará llevar por la soberbia ni cometerá el error de menospreciar a su adversario, comportamiento que suponía el talón de Aquiles de los clásicos jayanes. Por tanto, la evolución hacia el gigante cortés supone en este caso el desarrollo de un nuevo tipo de enemigo más rico en matices y más acorde con las capacidades de un héroe que, como hemos visto, tiene ya muy superados los enfrentamientos contra gigantes tradicionales³³⁵.

Volveremos a ver a Bradaleón en la guerra de Constantinopla, aunque aquí ejerce como eslabón para presentarnos a un nuevo personaje: Furibundo.

–Señor –dixo Bradaleón–, yo tengo un hermano que ayer armó cavallero el Gran Tártaro; si otro allásemos, de este yo estoy satisfecho, que no tiene el mundo mejor cavallero si no le pierde su argullosso coraçón. Llámase F[u]ribundo; créheme que, aunque yo me combatí con un cavallero en Cartago que creo era flor del mundo, que en particular batalla me venció, puede darle batalla. (...)

Allí fueron muy bien reçebidos, maravillados los monjes de la hermosa dispusición de Bradaleón y de su hermano, que, sin ser descompassados, heran de los más bien hechos que en la nación gigantea se allassen (es cierto que, si la buena criança se perdiera, se allara en los dos hermanos, puesto que Furibundo de la Suria hera en extremo argullosso y pensaba que en el mundo no hubiesse su ygual, y esto le hizo emprender estrañas cossas fuera de la ymaginación humana) (fol. 151-rº).

Antes de volver a enfrentarse a don Belianís, los dos hermanos gigantes se las verán con su hijo, Belflorán, que está a punto de ser armado caballero. Furibundo se presenta, pues, como un caballero que destaca por encima de su hermano, con lo que está obviamente destinado a enfrentarse a Belflorán, que ha superar todas las hazañas de su padre.

En su viaje a Constantinopla, los gigantes conocen al doncel Astrideo, y se proponen ejercer de padrinos de sus inicios caballerescos³³⁶. Durante la investidura de Belflorán, los tres se adelantarán para pedir al joven príncipe que arme a Astrideo:

³³⁵ No obstante, la caracterización del gigante cortés llegará a alcanzar niveles grotescos en algunos textos, como es el caso de *Flor de caballerías* (1599), donde la descripción de las galas de los jayanes roza lo risible, según apunta Campos García Rojas; también realizan quehaceres más típicos de doncellas que de jayanes, hasta el punto de que podríamos hablar de *gigantes afectados* (2009: 46).

³³⁶ También Galaor será guiado por un gigante para ser investido, como se relata en el capítulo 11 del *Amadís de Gaula*.

el gigante Bradaleón pasó adelante, llevando entre él y su hermano Furibundo al donzel Astrideo; y pidiendo licencia para subir, maravillados todos de su estremada dispusición, se la dieron. Bradaleón, hincando una rodilla, dixo contra Belflorán:

–Poderoso príncipe, este donzel que conmigo viene desea mucho ser armado cavallero de vuestra mano; si fuéssedes servido hazérsenos, y a gran merced fuesse agora, porque el día y príncipe tan señalado acrescentase la obligación que él tiene de ser bueno.

–Cavallero –dixo Belflorán–, a mí no toca más de acabar este auto, en el qual yo no puedo armar cavallero si no fuesse hijo de rey; y si él lo es, hazerlo he de buena voluntad, y si no, yo lo haré mañana.

–Yo no sé si es hijo de rey –dixo Bradaleón–, mas, si vos no le armáys cavallero de vuestra voluntad, no se haga; sé os dezir que él lo merece por su persona.

–Pues el emperador, mi señor, lo hará –dixo Belflorán–, y será mayor la merced para el donzel (fol. 152-vº).

Bradaleón, que ya ha demostrado en diversas ocasiones que es un cavallero prudente y comedido, acepta la propuesta de Belflorán. Sin embargo Astrideo, que no es un gigante, pero sí un joven impulsivo y orgulloso, se considerará ofendido por el héroe y le arrojará un guante nada más ser investido. Inmediatamente después se inicia una trifulca, y mientras Belflorán y Astrideo se enfrentan sin saber aún que son primos, Furibundo también se hace de notar:

Furibundo, que solo se halló en el cadahalso, como aquel que no hera otro su desseo, entre los más aventajados príncipes del mundo se rebuelbe. Las cosas que él hizo en esta jornada no buenamente serán creýdas, porque, no haziendo caso de ninguno, tomando a dos manos un alfanje, hecho una fiera, con tanta pujança los combate que, haziendo pedaços sus armas, los tray cubiertos de su sangre (fol. 153-vº).

Belflorán tendrá ocasión de enfrentarse a Furibundo cara a cara en una batalla posterior: días después, don Belianís y don Tristor divisan a los gigantes mientras descansan junto a una fuente; pero, pese a que están en el bando enemigo, el héroe los considera buenos cavalleros y no los cree capaces de actuar con alevosía:

Y por un camino muy usado que allí abía vieron venir dos gigantes tan hermosamente puestos que a don Belianís dio alegría mirarlos. Y luego conoció en las armas ser Bradaleón y su hermano, que traía Bradaleón la misma divisa que traía quando combatieron en Cartago, y Furibundo traía una luna y un cavallero que ponía un pie encima, y a don Tristor dize:

–Veys aquí los más aventajados cavalleros de nuestros henemigos, y crehedme que una batalla que ube con uno d’ellos me puso en el m[a]yor aprieto que me aya visto jamás. En el comedimiento es muy ajeno de su nación.

–Ellos parecen esforçados –dixo don Tristor–, y creedme que os vienen a buscar; por esso, subamos en nuestros cavallos.

–Poco ymporta esso –dixo don Belianís–, que no son cavalleros que nos acometerán con ventaja (fol. 171-vº).

Pero entonces llega Belflorán y, al reconocer a Furibundo, exige saldar la cuenta que ambos tienen pendiente. Ambos inician la batalla mientras don Belianís contempla la gesta de su hijo:

No fue gozo ygual del de Belflorán quando vio venir a Furibundo, que ninguna cosa deseaba más que hallarse con él en tal parte que se pudiese vengar de lo que el día que le armaron

cavallero havían hecho; y, no dando de ver en los que a la fuente estavan sentados, sacudiendo el braço con la lança metió el cavallo por el campo con la gracia que cuydaréys lo haría quien en aquello jamás halló ygual. Bien le conoció su padre, y plúgole hallarse allí a tal tiempo. Los dos hermanos, que a Belflorán vieron assí venir, no lo estimaron en nada, y estubieron quedos esperando a que llegase. Y Bradaleón le dixo:

–Cavallero, por cortesía que no nos embaracéys una batalla que traemos en voluntad de hazer con aquellos cavalleros de la fuente.

–No sé cómo avendrá d’esso –dixo Belflorán–, y paréceme que no será cordura atender por ella quien tanto desseo á tenido de toparos en tal parte.

–Pues hazedme tanto contento –dixo Bradaleón– que nos digáys quién soys, porque, si soys tal cavallero, no será mucho dexar la batalla que ýbamos a buscar.

–No se suele pedir esso entre cavalleros –dixo Belflorán–; mas, porque veáys que no nos haría poco gusto acavar esta batalla, sabed que me llaman Belflorán de Grecia, a quien vossotros tenéys mal enojado porque tan sin respecto el día que fuy armado cavallero hezistes lo que vosotros bien sabéys.

–¡O, poderosos diosses en quien creo! –dixo Furibundo–, ¿y es posible que tan gran bien en tal parte me teníades guardado? Agora os digo que toda mi vida seré alegre.

Y sin responder palabra volvió las riendas al cavallo, tomando la parte que le convenía. Otro tanto hizo Belflorán (fol 172-vº).

La batalla, sin embargo, no tiene un claro vencedor. Belflorán no logra derrotar a Furibundo, y se siente furioso y avergonzado por ello. La llegada de las huestes de Salisterno pone fin al encuentro, que ha quedado en tablas. No obstante, Belflorán vencerá al gigante días más tarde, tras una dura y sangrienta batalla, durante la aventura del Caballero Sin Amor:

Y con estas palabras, sin le pedir vencimiento, se levantó diziendo a Furibundo que se viniese con él presso. Hera el gigante noble de condición y, aunque pudiera contradézirlo, diziendo no aver sido vencido, no quiso; antes dixo que le placía (fol. 190-rº).

Nuevamente se insiste en la nobleza del gigante, equiparable a la de su hermano Bradaleón. Previamente había dado muestras de gran cortesía cuando, antes de iniciarse la batalla, Belflorán se muestra afectado por la presencia en las gradas de su amada Belianisa:

Tocáronse los clarines altos a señal que su enemigo estava en el campo, mas no los oyó hasta que llegó Furibundo, que, tirando por él, le hizo bolver en sí, con un suspiro que el alma llevaba tras sí.

–¿Qué avéys avido, señor cavallero? –dixo Furibundo–. Si no estáys en dispusición de aver batalla, quédesse, que otro día avrá lugar.

–El mal que a mí me aflige, señor Furibundo –dixo el príncipe–, no embaraça la batalla. Por esso, hágase luego, que la muerte breve harto sería mejor que la vida penosa (fol. 189-vº).

No obstante, una vez derrotado por Belflorán, Furibundo pasará a ser un cavallero más de las huestes paganas. El propio don Belianís encarecerá su esfuerzo (“y aquel último es Furibundo el Africano, a cuyas fuerças las de Hércules y Anteo no ygualaron”, fol. 186-vº), señalado también por el narrador durante la batalla de Nicoxian, en la que él y su hermano tomarán parte:

En la delantera de la cavallería, que en doze legiones venía ordenada, venían los dos príncipes Ariobarzano y Perianeo, y con Ariobarzano toda la nación gigantea y aquellos dos pilares del humano esfuerzo: Furibundo y Bradaleón, su hermano (fol. 199-rº).

Belflorán y Furibundo se enfrentarán una vez más en una batalla judicial, pero el odio que se profesaban parece haberse diluido y, una vez proclamado el final de la guerra y con la conversión de buena parte de los reyes paganos, la rivalidad acaba por convertirse en una amistad en toda regla. Cuando, en los últimos capítulos de la obra, los principales caballeros del relato se dirigen a los torneos del Cayro en un ambiente de completa camaradería, ya no nos sorprende encontrar entre ellos a los hermanos gigantes Bradaleón y Furibundo. Su condición de gigantes explica su gran tamaño y fuerzas, pero en todo lo demás son caballeros tan heroicos como cualquier otro, y sus hechos y hazañas se relatan con la misma admiración. Cabe destacar, por otro lado, que al finalizar la Cuarta Parte ninguno de los dos se había convertido al cristianismo todavía.

Con estos antecedentes, por tanto, no es de extrañar que ya existan reyes gigantes sabios, justos y corteses. Es el caso de rey Persides, aunque, cuando el autor presenta a este personaje por primera vez, el lector tenga la sensación de que se trata de otro gigante descomedido. Tenemos noticia de él a través de las palabras de Lisenda, una doncella cuitada:

Sabed, mi señor, que yo soy hija de un cavallero cuya es la Ínsula de la Ventura; y gozándose él en su señorío como persona que de ninguno se recelava, aquel tan temido Persides, cuyas nuevas por ser el más valiente jayán del universo ya avrán llegado a vuestra noticia, le embió a rogar que tuviesse por bien de me casar con un hijo suyo, a quien él dexava otras comarcanas ínsulas que tiene (fol. 265-rº).

Tras la negativa de la muchacha, Persides declara la guerra al señor de la Isla de la Ventura, y Lisenda escapa para solicitar en la corte la ayuda de algún caballero que defienda su causa. Belflorán se ofrece a acompañarla hasta la Isla de la Ventura, donde el padre de la joven se halla sitiado en su propio castillo. Por el camino conocerán a Rindaro, un apuesto y valiente caballero de quien Lisenda se enamora perdidamente, sin saber que es nada menos que el hijo del rey Persides, con quien este pretendía casarla:

Quitáronle el arnés, mirándole a todas partes; y, como las congojas durassen, gran pessar tenía, que el cavallero era muy hermoso de rostro y dava mayor pena a los que le miravan su daño, tanto que la hermosa Lisenda fue gravemente encendida de sus amores, pareciéndole, como era verdad, que ella no uviesse visto, después de Belflorán, otro más gentil cavallero. Gran exemplo para esta maldita locura de los amores, porque sabed que este cavallero era el valentíssimo Rindaro de Hibernia, hijo del gigante Persides, con quien Lisenda no se quería casar, y por quien su padre en tanto aprieto estava; que, no le aviendo ella antes visto, sin saber si le estava bien o mal el casamiento, con tantas importunaciones le aborreciera, siendo para ella y otra qualquier princesa muy conveniente casamiento (fol. 268-rº).

Vemos cómo Fernández le da la vuelta al tópico del gigante que pretende desposar a una doncella. En este caso, el hijo del gigante no es un gigante, o al menos no se lo describe como tal. Y no obra mal al pretenderla, sino que es ella quien se muestra poco razonable al rechazar la propuesta “sin saber si le estava bien o mal”.

Llegados a la isla, se ven obligados a pasar por los dominios del gigante Leonidar, hermano de Persides, que exige a todo el que pasa por allí que apoye al rey gigante en su demanda contra el padre de Lisenda. El joven Rindaro, visiblemente incómodo ante el comportamiento de su tío, poco cortés y probablemente hasta anacrónico, se siente obligado a acometer la aventura, ya que está “más rendido a los amores de Lisenda que a la amistad de sus parientes” (fol. 268-vº). Naturalmente, Rindaro vence en la batalla, y Leonidar acepta la derrota, aunque de mala gana.

Más tarde, el propio rey Persides se encontrará con los héroes, concretamente con Belflorán, que se ha quedado dormido. El rey gigante, en lugar de prender al caballero, lo observa con curiosidad, admirado de su apostura. Cuando Belflorán despierta, lo saluda con gran cortesía:

Belflorán recordó y, viendo al rey y sus cavalleros, se puso en pie; haziéndoles su acatamiento, les dize:

–Señores, el calor del día y la mala noche passada me combidaron a dormir; si mandáys alguna cosa, vedlo, porque me conviene partir de aquí.

–Vuestra gentil dispusición –dixo el rey– nos detuvo por veros y dar gracias a quien sobre todos en vos quiso mostrar la fuerça de su poder. Y, si alguna necesidad tenéys de nosotros, vedlo, que con toda voluntad será hecho.

–Yo lo tengo en la merced posible –dixo Belflorán–, y a Dios quedéys encomendados, que mi escudero me da priessa.

Entonces cavalgó en su cavallo sin poner pie en el estribo; y, poniéndose el yelmo, arrojó el escudo a las espaldas, tomó la lança en la mano con tanta gracia que al rey sacó de su acuerdo y, a toda priessa, se metió por el monte en seguimiento de Balisán.

–No me ayude Dios –dixo el rey Persides–, si tengo de dexar de ver el fin d’esta aventura, que sin duda este es el príncipe griego que dexistes, que tal ayre y meneos de cavallero a él solo es otorgado (fol. 270-vº).

Belflorán corre a rescatar a Lisenda, que ha sido capturada precisamente por una tropa de caballeros del rey Persides. El gigante, intrigado, lo sigue y observa desde lejos el vencimiento de su propia gente. No castiga por ello a Belflorán, sino que opta por interrogarlo acerca de sus motivaciones:

Persides llevaba un venablo en la mano y, aunque con él pudiera herir a Belflorán, no lo hizo, antes dexándose caer en el suelo, poniendo mano a su espada, dize:

–Cierto, cavallero, si la destrucción que en mi gente avéys hecho yo uviesse de vengar, justo fuera que os mandara matar; mas vuestro valor me obliga a husar de toda cortesía. Por esso, si la razón que avéys tenido de combatir es justa, dezídmela, porque os dexaré hir libremente, y, si no lo es, yo quiero que conmigo solo ayáys la batalla.

–¿Soys vos –dixo Belflorán– el rey Persides, o alguno de sus capitanes?

–Yo soy el rey –respondió Persides.

–Pues a tan buen cavallero como vos –dixo Belflorán–, razón sería darle la quenta que pide. Agora sabed que algunos de estos cavalleros nos tomaron sin que lo sintiésemos una donzella nuestra, y contra su voluntad la traían; y nosotros por librarla, y ellos por favorecer a sus compañeros, á sucedido lo que avéys visto. Y estoy maravillado de un tal rey como vos consentir en sus cavalleros semejantes fuerças.

–Cavalleros –dixo el rey–, si vosotros me supiéssedes dezir quiénes fueron en tomaros la donzella, yo los mandaría muy bien castigar, que ninguna cosa más me desagrada que hazer fuerças, mayormente a donzellas (fol. 271).

Una vez aclarado esto, Belflorán le exige que abandone sus pretensiones sobre Lisenda, pero el

rey insiste en que el acuerdo beneficiaría a la joven, por lo que se niega a claudicar:

y aora sepamos qué es la causa que quieres hazer casar por fuerça a Lisenda con tu hijo, y sobre ello les has tomado sus tierras.

–No pienso –dixo el rey– que en esso le hago fuerça, pues conocido está que el casamiento le viene a ella muy bien, y no tiene otra falta más de aver yo rogado con aquello que ellos me devieran rogar a mí.

–Como quiera que sea contra su voluntad –dixo Belflorán–, es fuerça, y Lisenda me á otorgado que por ella haga la batalla. Por esso, mira si queréys que sea agora o mañana, o dexarte de la empresa començada, que te sería mejor contado.

–Si no huviesse visto tu alto valor –dixo Persides–, no fuera mucho dexarme de la demanda de Lisenda, que de su porfía estoy muy enojado. Mas agora seríame contado a covardía (fol. 171-vº).

Sin embargo, la batalla no llegará a producirse, porque Rindaro intervendrá para darse a conocer, y Lisenda no se opondrá ya al casamiento.

Los hechos, por tanto, dan la razón al rey Persides. No obstante, su forma de hacer justicia, que recuerda a la del gigante Goraxes antes de su conversión, nos remite de nuevo a la soberbia de los jayanes y a sus costumbres brutales, que conservan incluso cuando sus motivaciones podrían considerarse legítimas en cierto modo. Es Rindaro, el hijo del jayán, que no es, sin embargo, gigante, quien logra su objetivo sin necesidad de utilizar la fuerza: al acudir al encuentro de Lisenda y cortejarla sin darse a conocer, obtiene primero su corazón y después su mano, triunfando allí donde su padre ha fracasado.

Vemos, por tanto, que la figura del jayán cobra en el *Belianís de Grecia* múltiples matices, más allá de la criatura descomunal, jactanciosa y sanguinaria que el tópico nos ha legado.

4. 3. Monstruos y seres fantásticos

Si bien los gigantes aún presentan una gran similitud con los seres humanos, con frecuencia los caballeros han de enfrentarse a lo sobrenatural encarnado en monstruos diabólicos, a menudo híbridos, mezcla de diferentes criaturas cuya descripción varía según la fértil imaginación de los autores. Así, “la lucha contra un animal monstruoso, mítico o extraño acaba convertida en uno de los elementos básicos en la preparación del caballero andante, en una aventura cargada de motivos folclóricos y a la vez fantástica por el carácter sobrenatural o maravilloso de los seres que intervienen” (Bueno y Cortijo, 2010: lix). En sus inicios, el monstruo representaba lo diabólico, pero con el tiempo fue perdiendo ese simbolismo para ser un mero introductor de la aventura fantástica (Sales, 2004: 122). Marín Pina, por su parte, señala la relación existente entre los monstruos caballerescos y la afición renacentista por los libros de prodigios y los *mirabilia* descritos en la literatura de viajes (1993: 27).

No obstante, la mayor parte de la crítica parece conforme en señalar al Endriago del *Amadís de Gaula* como el antecedente directo de buena parte de los monstruos que aparecen en textos

posteriores³³⁷.

El episodio del Endriago se relata en el capítulo LXXIII del *Amadís*, en el que el héroe arriba a la Ínsola del Diablo, cuyos habitantes le cuentan que el monstruo que allí habita es fruto del amor incestuoso entre dos gigantes³³⁸. Se lo describe de la siguiente manera:

Tenía el cuerpo y el rostro cubierto de pelo, y encima había conchas sobrepuestas unas sobre otras tan fuertes que ninguna arma las podía pasar, y las piernas y pies eran muy gruesos y rezios. Y encima de los ombros había alas tan grandes que fasta los pies le cubrían, y no de péndolas, mas de un cuero negro como la pez, luziente, velloso, tan fuerte que ninguna arma las podía empeçer, con las quales se cubría como lo ficiesse un hombre con un escudo. Y debaxo dellas le salían braços muy fuertes assí como de león, todos cubiertos de conchas más menudas que las del cuerpo, y las manos había de fechora de águila con cinco dedos, y las uñas tan fuertes y tan grandes que en el mundo podía ser cosa tan fuerte que entre ellas entrasse que luego no fuesse desfecha. Dientes tenía dos en cada una de las quixadas, tan fuertes y tan largos que de la boca un codo le salían, y los ojos, grandes y redondos,, muy bermejos, assí que de muy lueñe, siendo de noche, eran vistos y todas las gentes huían dél (*Amadís*, ed. cit, vol. II, p. 1132-1133).

La derrota de este monstruo por parte del héroe implica su victoria contra lo diabólico y lo ultraterreno, además de suponer una gran hazaña que lo coloca por encima de todos los caballeros de su tiempo y le abre de par en par las puertas de la corte. El monstruo híbrido, además, tiene características que lo acercan al dragón, criatura mítica presente en muchas iniciaciones heroicas, imagen del caos y del lado oscuro de la personalidad, símbolo del mal que sucumbe ante el bien y enemigo de santos guerreros como San Jorge (Eslava Galán, 1989).

No es de extrañar, pues, que en los libros de caballerías se reproduzca la lucha del héroe contra un monstruo, a menudo serpiente o dragón, y a veces también influenciado por el Endriago amadisiano.

Los caballeros de la *Tercera y cuarta parte*, además de luchar, como hemos visto, contra magos y gigantes, también se enfrentan a veces a caballeros encantados, centauros de la isla Sagitaria, bestias feroces y horriblos vestiglos. No obstante, el monstruo más temible de todos es el dragón del templo de Amón, que será derrotado solo en parte por don Belianís, y cuyo vencimiento definitivo tendrá que aguardar a la llegada del nuevo héroe, Belflorán.

Este dragón se encuentra en una huerta donde se dice que también se halla preso Cupido. Es un jardín muy agradable, pero nadie osa adentrarse en él debido a la presencia del monstruo, que tiene un aspecto aterrador:

³³⁷ Para un análisis detallado de la huella del Endriago en otros libros de caballerías, véase Martín Romero, 2010a.

³³⁸ Este punto está relacionado con la creencia de que las uniones incestuosas engendraban descendencia deforme o monstruosa, aunque existen también otros factores: “Según Ambroise Paré, el monstruo híbrido aparecía por causas humanas, divinas o diabólicas. En muchos casos nace de uniones contrarias a la naturaleza, de ahí que, por ejemplo, el Endriago amadisiano sea fruto del amor incestuoso entre gigantes (...). De uniones contrarias a la naturaleza (como del animal salvaje y una mujer) nacieron, según Plinio, razas monstruosas como los patagones, de los que nos da noticia el citado *Primaleón*. A veces, estas criaturas eran interpretadas como obra del diablo, al que se atribuía su capacidad para engendrar monstruos” (Rubio Tovar, 2006: 138).

Entonces de la ventana colgaron una capa, haziendo señas con ella como quien llama al toro en la plaça, y a la hora se oyó dentro un temeroso silvo, y tras él grande ruydo. Estuvieron muy atentos por ver qué sería, y vieron de entre los árboles salir un animal, el más espantoso que jamás los nascidos huviessen visto. Dame pavor escribir sus faciones y manera como el sabio Fristón, y de buena voluntad passaré las dos partes d'ellas. Él hera tan grande como un carro, tenía alas como dragón, grandes y muy tendidas, con las quales, aunque no bolase, era tan ligero como el viento. Tenía disforme cabeça y boca; cupiera por ella un cavallero armado. Tenía ella grandes dientes y colmillos, agudos como unas puntas de azero; en el medio de la frente un cuerno como unicornio, con el qual hazía el mayor daño; tenía los braços no muy largos, mas muy gruesos; las uñas, tajantes como navajas y poco menores cada una que una espada; los ojos espantosos, con unos sobrecejos de pelos en ellos que le hazían espantable; la cola muy larga, con la qual hiziera pedaços un árbol si le topara (fol. 123-vº).

Algunos elementos de esta descripción evocan al Endriago, si bien le falta ese elemento humano que requiere para ser considerado “híbrido” (Marín Pina, 1993: 28); pero, por si acaso el lector no ha hecho todavía la asociación, el autor se encargará de recordarle nada sutilmente la existencia del monstruo amadisiano:

De aquesta suerte acabó don Belianís el más estraño hecho que jamás fue en memoria de los mortales, sin herida ninguna. Acuérdome aver leydo en los anales griegos un cavallero en la Ínsula del Diablo haver muerto un temeroso animal llamado Endriago, de que ellos hazen mucho caso, que al respecto de este es una cosa de ayre (fol. 124-vº).

El dragón del templo de Amón no es fruto del incesto, sino que fue llevado hasta allí por la magia del sabio Salamaris. No obstante, sí se menciona un amor prohibido en la historia del mago:

que Salamaris, rey de Palestina, que gran sabidor de encantamientos hera, haviendo sido perdido de los amores de una su hermana, vino a esta casa a buscar su remedio, porque en esta huerta está el que llaman Cupido, el dios de los amores; donde, después de entrado, no solamente no quiso remediarle, pero aún no le quiso hablar. Y a causa con sus artes, enojado, traxo de partes estrañas este animal, el qual él devió de encantar, de suerte que no hiziesse más de guardar que nadie entrase en esta huerta (fol. 123-vº).

Ante los gritos de espanto de los presentes, don Belianís decide saltar a la huerta para acabar con el “diabólico animal”³³⁹. Lo consigue gracias a la intervención de Dolisena, que salta tras él para distraer al dragón, arriesgando así su propia vida por amor. No obstante, ambos caen en un encantamiento que solo terminará cuando el sabio Merlín acuda a rescatarlos.

Llegados a este punto, el lector da por sentado que el héroe ha acabado con su Endriago particular. Sin embargo, muchos años más tarde la bestia volverá a aparecer por arte de magia para probar también a Belflorán:

³³⁹ Cacho Bleuca señala que, en el episodio del Endriago, también Amadís “va en busca de la aventura, no accede a ella de modo casual. El azar ha intervenido en la tormenta cuando los ha hecho encallar en la Ínsula del Diablo, pero nuestro héroe no tenía ninguna necesidad de enfrentarse al Endriago. Se trata de una de las aventuras más fantásticas y gratuitas de todo el libro, respecto a la acción desinteresada del héroe, no por sus consecuencias” (1979: 281).

Mas vieron una estrañeza no pensada, que una pared del encantado palacio se quitó, y vieron entrar por la huerta un dragón, el más bravo que jamás se uviessen oído. Por algunos de los que en la sala estaban fue conocido ser el que don Belianís matara en el templo de Amón, y el conde de Gariano a todos dize que se asosieguen. Por la parte que el encantado palacio se abrió parecieron unas hermosas redes de plata, en las cuales se mostró Cupido preso en la misma forma que lo estava en la huerta del templo de Amón, con sus castillos y vanderas. Y todo estava al natural como aquello, ecepto qu'el disforme drag(r)ón estava a la baxada de unas escaleras que a la huerta yvan, y era tan espantoso que todas las damas, por no ver cosa tan fiera, cerrando los ojos, cada una se abraçó con el cavallero que más junto halló, de que a ellos no les pessó punto. Mas el animal paró allí, y las escaleras vieron subir quatro donzellas vestidas maravillosamente a la forma de Egipto; las quales fueron derechas para donde la princesa Florisbella estava y, hincando las rodillas, muy alto, que todos lo oyeron, dixerón: –Soberana princesa: porque vos sola soys a quien Cupido contino ha mostrado los favores de su casa, no permitiendo que jamás os aya sido echo agravio alguno, á acordado de pediros que procuréys su libertad, poniendo a ello todo lo demás de vuestro poder, porque os haze saber que él estará allí preso hasta tanto que se halle otra tan valerosa determinación como la de Dolisena, y otro tan valiente y leal cavallero como don Belianís. Y para que cada uno vea a lo que se atreve, aquí lo veréis representado (fol. 212-rº).

No parece casual que Cupido siga preso; significa que, pese a la valerosa acción de don Belianís y Dolisena y la “muerte” primera del dragón, el encantamiento no ha finalizado. Esto se debe a que don Belianís no acometió la aventura con su verdadero amor: Florisbella.

A diferencia de don Belianís, Belflorán no se enfrenta al monstruo inmediatamente. En realidad, la actividad de la corte continúa como si el dragón no se encontrase allí, porque los caballeros han decidido que lucharán contra él al día siguiente. Mientras tanto, el emperador atiende la demanda de Soriano de Trebento y se inicia un duelo judicial.

Hasta tal punto se han olvidado de este dragón, más terrible que el Endriago, que los combatientes se acercan a él sin darse cuenta; es entonces cuando el monstruo reacciona y ataca, matando a los guardias y encerrando a varios caballeros y damas en la huerta que ha aparecido allí mágicamente. Belflorán acomete entonces la aventura, a pesar de las súplicas de Belianisa; y, paralelamente a lo que ya sucediera entre don Belianís y Dolisena, la princesa le entrega su espada, que ha dejado atrás, y finalmente acude en su socorro. En este caso, su intervención será más drástica, puesto que no solamente debe arriesgar su vida para salvar a su amado, sino que las instrucciones escritas sobre un padrón le piden específicamente que se suicide por él, cosa que ella hace sin dudar:

Mas a esta hora se sonó un ruydo tan grande que todos aquellos edeficios parecieron hundirse, porque la linda Belianisa, arrojándose sobre la daga, puso fin a aquellos encantamientos, y todos se hallaron en la huerta, desapareciendo el animal y tronos del dios de amor (fol. 216-rº).

La intervención directa de la amada en ambos enfrentamientos contra el dragón del templo de Amón se entiende si volvemos al modelo: el Endriago. Como ya apuntara Cacho Blecua, Amadís y Oriana representan el amor puro y perfecto frente al incesto que engendró al monstruo. Por tal

motivo Amadís tiene siempre en mente a su amada durante la lucha, invoca su nombre y evoca su presencia hasta el punto actuar como si ella se hallase allí mismo, lo que lo obliga a “defenderla” de la criatura que los amenaza a ambos. Así, “si el amor tiene como consecuencia una mayor potenciación de determinadas cualidades, en nuestra novela confiere un mayor arrojo al enamorado para enfrentarse a cualquier peligro” (Cacho Blecua, 1979: 284). Por tanto, Amadís logra vencer al Endriago solo gracias a la “ayuda” de Oriana, y del mismo modo será derrotado el dragón del templo de Amón en dos ocasiones. A diferencia de lo que sucede en el episodio amadisiano, donde la dicotomía entre amor puro y amor incestuoso estaba equilibrada, en el *Belianís* el tema del incesto solamente se insinúa, mientras que la presencia de la amada en el combate se vuelve física y real. Con todo, y pese al sacrificio de Dolisena, el amor unilateral no basta para vencer a la bestia, y es por eso por lo que Belflorán debe acometer de nuevo la aventura que su padre no finalizó correctamente; es interesante comprobar que en ambas ocasiones la sola presencia de la dama no es suficiente para que el monstruo sea derrotado: ella tiene que intervenir de forma activa, entregar el arma al héroe o incluso salvarle la vida. De este modo, la amada deja de ser una figura pasiva evocada desde la distancia para convertirse en ayudante directa del héroe, mostrándose como un modelo de arrojo y valentía, en el caso de Dolisena, o de abnegación y sacrificio, en el caso de Belianisa.

Una vez vencido el dragón por la pareja correcta, el encantamiento finaliza y todo vuelve a su lugar: Cupido se libera de sus cadenas, Belflorán vuelve mágicamente a la vida y don Belianís descubre que, años atrás, estuvo en esa huerta con Dolisena y no con Florisbella, con lo que la princesa de Garamantes puede confesar por fin que Dolistor y Polisteo son los hijos que engendraron ambos en aquella ocasión.

La lucha contra el dragón, que tradicionalmente era un rito de iniciación heroico, se ha transformado aquí en una ordalía amorosa, en la que el caballero no solamente debe demostrar sus dotes guerreras, sino también la pureza de su amor.

CRITERIOS DE LA PRESENTE EDICIÓN

Hasta la fecha no existe ninguna edición crítica del *Belianís de Grecia, partes III y IV*, de Jerónimo Fernández, impreso en Burgos, 1579, por Pedro de Santillana. Para la presente edición hemos utilizado el ejemplar de la Biblioteca Universitaria de Valencia (sig. R-1/150), al cual le falta la hoja del prólogo y el folio 83, a los que accedemos a través de una copia digitalizada del ejemplar conservado en la British Library (sig. G.10261).

La transcripción de la obra se ha hecho en base a los criterios que siguen:

- Acentuación, puntuación y mayúsculas, según la normativa actual de la RAE.
- Desarrollo de las abreviaturas.
- La transcripción reproduce con fidelidad el vocalismo y consonantismo del texto, respetando la vacilación ortotipográfica; se corrigen los casos que parecen claramente erratas tipográficas, colocando la corrección entre corchetes y el texto original en nota a pie de página.
- Transcripción de la *s* alta como *s* normal.
- Regularización del uso de las grafías: u/v, i/j, según presenten un valor vocálico o consonántico.
- Conservamos grupos consonánticos cultos: -ct-, -ch-, -ss-...
- Separación palabras aglutinadas mediante el uso del apóstrofe.
- Unión al verbo de los pronombres clíticos que aparecen separados de él en el original.
- Unión de algunas palabras que en el original están separadas, según el uso actual, para una mayor transparencia y comprensión del texto: **aunque** por **aun que**, **demás** por **de más**, etc.
- En algunos casos, introducción, entre corchetes, de algunas grafías que faltan, para una mejor comprensión del texto. Ej: **entr'am[b]os** por **entramos**. En la mayor parte de estos casos, se indica a pie de página la palabra tal y como estaba en el original.
- Inclusión entre paréntesis de grafías sobrantes o repetidas.
- Utilización de minúscula inicial para títulos nobiliarios que en el texto aparecen en mayúscula (**rey**, **emperador**, **soldán**...). Se emplea, en cambio, mayúscula inicial en los sobrenombres de los personajes (Caballero de los Basiliscos...). Personajes como el Amor o la Fortuna aparecen con mayúscula cuando intervienen como personajes en el relato o bien cuando, al mencionárselos, se habla de ellos como seres racionales y no como abstracciones.

III. BIBLIOGRAFÍA

TEXTOS

- Antología de libros de caballerías castellanos*, coord. José Manuel Lucía Megías, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001.
- Arderique*, ed. Dorothy Molloy Carpenter, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2000, (Los Libros de Rocinante, 7).
- ARRAS, Jean d', *Melusina o la noble historia de Lusignan*, ed. Carlos Alvar, Madrid: Siruela, 1982.
- BARAHONA, Francisco, *Flor de caballerías*, ed. José Manuel Lucía Megías, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997 (Los Libros de Rocinante, 2).
- BÉROUL, *Tristán e Iseo*, ed. Roberto Ruiz Capellán, Madrid: Cátedra, 1995.
- CERVANTES, Miguel de *Don Quijote de la Mancha*, ed. Instituto Cervantes, dir. por Francisco Rico, Barcelona: Crítica, 1998, 2 vols.
- FERNÁNDEZ Jerónimo, *Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia*, ed. Lilia E. F. de Orduna, Kassel: Reichenberger, 2 vols, 1997.
- _____, *Tercera y quarta parte del imbencible príncipe don Belianís de Grecia*, Burgos, Pedro de Santillana, 1579.
- FLÓREZ DE OCARIZ, Juan, *Libro Primero de las Genealogías del Nuevo Reyno de Granada*, Madrid: José Fernández de Buendía, 1674.
- Libro del Caballero Zifar*, ed. Joaquín González Muela, Madrid: Castalia, 1982.
- LLULL, Ramón, *Libro de la orden de caballería*, trad. Luis Alberto de Cuenca, Barcelona/Madrid: Enciclopèdia Catalana/Alianza, 1986.
- MARTÍNEZ, Marcos, *Tercera parte del Espejo de Príncipes y cavalleros*, Alcalá de Henares. Juan Iñiguez de Lequerica, 1588.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garcí, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid: Cátedra, 2001, 2 vols.
- Romancero*, ed. Paloma Díaz-Mas, Barcelona: Crítica, 1991.
- SILVA, Feliciano de, *Lisuarte de Grecia (1514)*, ed. Emilio Sales Dasí, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002 (Los Libros de Rocinante, 12).
- _____, *Amadís de Grecia*, eds. Ana Carmen Bueno Serrano; Carmen Laspuertas Sarvisé, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004 (Los Libros de Rocinante, 19).
- TROYES, Chrétien de, *La historia de Perceval o el cuento del Grial*, trad. Agustín Cerezales Laforet, Madrid: Magisterio, 1979.
- _____, *El Caballero del León*, trad. Isabel de Riquer, Madrid: Alianza, 1988.
- _____, *El Caballero de la Carreta*, trad. Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual, Madrid: Alianza, 1996.
- VARGAS, Bernardo de, *Cirongilio de Tracia*, ed. Javier Roberto González, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004 (Los Libros de Rocinante, 17).

ESTUDIOS

- ACEBRÓN RUIZ, Julián (1998), «“No entendades que es sueño, mas visyón çierta”. De las visiones medievales a la revitalización de los sueños en las historias fingidas», en *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán, Valencia: Universitat, pp. 249-58.
- AGUILAR PERDOMO, M^a del Rosario (2001), «La penitencia de amor caballeresca: Lisuarte, Florambel, Felixmarte y otros enfermos de amor», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. Julián Acebrón Ruiz, Lleida: Universitat, pp. 125-50.
- _____ (2005), «La recepción de los libros de caballerías en el siglo XVI: a propósito de los lectores en el *Quijote*», *Literatura: teoría, historia y crítica*, 7, 45-68.
- _____ (2007), «La arquitectura maravillosa en los libros de caballerías españoles: a propósito de castillos, torres y jardines», *Lingüística y Literatura*, 51, 127-148.
- _____ (2010), «"Espesuras y teximientos de jazmines": Los jardines en los libros de caballerías españoles, entre lo medieval y lo renacentista», *eHumanista. Journal of Iberian Studies*, 16, 195-220.
- ALVAR, Carlos (1982), «Introducción» a *Melusina o la noble historia de Lusignan*, de Jean d'Arras, Madrid: Siruela.
- _____ (1989), «El viaje al más allá y la literatura artúrica», en *Literatura y fantasía en la Edad Media*, ed. Juan Paredes Núñez, Granada: Universidad, pp. 11-26.
- _____ (1991a), *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid: Alianza.
- _____ (1991b), «Mujeres y hadas en la literatura medieval», en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. M^a Eugenia Lacarra, Bilbao: Universidad del País Vasco, pp. 7-25.
- _____ (2002), «Raíces medievales de los libros de caballerías», *Edad de Oro*, 21, 61-84.
- ALVAR, Carlos, y José Manuel LUCÍA MEJÍAS (2000), «Los libros de caballerías en la época de Felipe II», en *Silva Studia Philologica in Honorem Isaías Lerner*, coord. Isabel Lozano-Renieblas y Juan Carlos Mercado, Madrid: Castalia, pp. 25-35.
- ARIZALETA, Amaia, Francisco BAUTISTA y Rafael BELTRÁN (2011), «L'héritage espagnol des *Vœux du Paon*», en *Les "Vœux du Paon" de Jacques de Longuyon: originalité et rayonnement*, ed. Catherine Gaullier-Bougassas, París: Klincksieck, pp. 237-252.
- BARREIRA Y LEIRADO, Cayetano (1968), *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español: desde sus orígenes hasta mediados del Siglo XVIII*, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999.
- BAUTISTA, Francisco (2009), «El motivo de los «Nueve de la Fama» en *El Victorial* y el poema de *Los Votos del Pavón*», *Atalaya. Revue d'études médiévales romanes. Hétérogénéité et transfer*, 11, 1-12.
- BELTRÁN, Rafael (1997), «Urganda, Morgana y Sibila: el espectáculo de la nave profética en la literatura de caballerías», *The Medieval Mind. Studies in Honour Alan Deyermond*, ed. Ralph Penny y Ian MacPherson. Londres: Tamesis.
- _____ (2002), «Sobre el simbolismo profético de visiones y representaciones en libros de caballerías: de *Curial e Güelfa* y *Tirant lo Blanc* a la *Crónica de Adramón*», en *Edad de Oro*, XXI, pp. 481-98.

- _____ (2007), «Invenciones poéticas en *Tirant lo Blanc* y escritura emblemática en la cerámica de Alfonso el Magnánimo», en *De la literatura caballeresca al "Quijote" (Actas del Seminario Internacional celebrado en Albarracín del 30 de junio al 2 de julio de 2005)*, coord. Juan Manuel Cacho Blecua; eds. Ana C. Bueno Serrano, Patricia Esteban Erlés, K. Xiomara Luna Mariscal, Zaragoza: Prensas Universitarias (Serie Humanidades, 61), pp. 59-93.
- _____ (2011) «*Els diàlegs matrimonials de la casa de Borgonya i els emblemes amorosos al Tirant lo Blanc*», *Tirant*, 14, pp. 72-110. [<http://parnaseo.uv.es/Tirant/Tirant14.htm>]
- BELTRÁN, Rafael, y Susana REQUENA (2002), «La declaración de amor a través del espejo: un motivo cortés en textos de caballerías», en *Libros de caballerías (de "Amadís" al "Quijote")*. *Poética, lectura, representación e identidad*, ed Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro, María Sánchez Pérez, Salamanca: Seminario-Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, pp. 13-26.
- BENITO, Ana (2002), «El viaje literario de las Amazonas: desde las *Estorias* de Alfonso X a las crónicas de América», en *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo románico*, ed. Rafael Beltrán, València, Universitat de València, pp. 239-251.
- BIGLIERI, Aníbal A. (2001), «Medea, la destructora», *Troianalexandrina*, 1, pp. 55-84.
- BOGNOLO, Anna (1996) «La desmitificación del espacio en el *Amadís de Gaula*: "los castillos de la mala costumbre"», en *Studia Aurea: Actas del III Congreso de la AISO (Toulouse, 1993)*, eds. I. Arellano; M. C. Pinillos; F. Serralta; M. Vitse, Mutilva Baja (Navarra), GRISO-LEMSO, 3, pp. 67-72.
- _____ (1997) *La finzione rinnovata: meraviglioso, corte e avventura nel romanzo cavalleresco del primo cinquecento spagnolo*, Pisa: ETS.
- _____ (2001), «Las novelas de caballerías (1995-99)», en *Actas del V Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro. Münster 1999*, ed. Christoph Strosetzki, Madrid, Iberoamericana, pp. 215-238.
- BUENO SERRANO, Ana Carmen, (2009) «Un año para el *Amadís de Gaula*: A propósito del catálogo de la Exposición *Amadís de Gaula: 1508: quinientos años de caballerías* (Madrid, Biblioteca Nacional, 2008-2009)», *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de la literatura de cavalleries*, 11, 195-220.
- BUENO SERRANO, Ana Carmen; CORTIJO OCAÑA, Antonio (2010) «El dominio del caballero: nuevas lecturas del género caballeresco áureo», *eHumanista. Journal of Iberian Studies*, 16, xxvii-xciv.
- BURKE, James (1970) «The Meaning of the "Islas Dotadas" Episode in the *Libro del Cavallero Zifar*», *Hispanic Review*, 38, pp. 56-78.
- CACHO BLECUA, Juan Manuel (1979), *Amadís: heroísmo mítico cortesano*, Zaragoza: Cupsa Editorial/Universidad de Zaragoza.
- _____ (1986), «El entrelazamiento en el *Amadís* y en las *Sergas de Esplandián*», en *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, Barcelona: Quaderns Crema, 1, pp. 235-271.
- _____ (1991), «La iniciación caballeresca en el *Amadís de Gaula*», en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. M^a Eugenia Lacarra, Bilbao: Universidad del País Vasco, pp. 59-80.
- _____ (1995), «La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites», en *Descensus ad inferos: la aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, ed. Pedro M. Piñero Ramírez, Sevilla: Universidad, pp. 99-127.

- _____ (2001), «Introducción» a *Amadís de Gaula*, Garci Rodríguez de Montalvo, Madrid, Cátedra, vol. 1, pp. 17-216.
- _____ (2002), «Los cuatro libros de *Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián*», *Edad de Oro*, 21, 85-116.
- _____ (2007), «Novelas de caballerías», en “*Orígenes de la novela*”. *Estudios*, dirs. Raquel Gutiérrez Sebastián; Borja Rodríguez Gutiérrez, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, pp. 133-223.
- _____ (2009-2010), «El mundo caballeresco en *El Quijote*», en *Destiempos.com. Caballerías (dossier)*, eds. Lillian von der Walde Moheno; Mariel Reinoso I., México, Distrito Federal, Grupo Destiempos, 23, pp. 104-148.
- CAMPOS GARCÍA ROJAS, Axayácatl (2000), «La infanta Melia: un caso de vida salvaje, intelectualidad y magia en las *Sergas de Esplandián*», *Proceedings of the Ninth Colloquium*, ed. Andrew M. Beresford y Alan Deyermond, PMHRS, Londres: Dept. of Hispanic Studies, Queen Mary and Westfield College, pp. 135-44.
- _____ (2003) «El suicidio en los libros de caballerías castellanos», en *Propuestas teórico-metodológicas para el estudio de la literatura hispánica medieval*, ed. Lillian von der Walde Moheno, México, UNAM-UAM, pp. 385-413.
- _____ (2005), «“E fueron tan bien nodridos e tan bien acostunbrados”: educación y desarrollo heroico en *El libro del cavallero Zifar*», *Anuario de Letras Modernas*, 12, 25-44.
- _____ (2008) «“Galtenor cuenta..., pero Lirgandeo dize...”: el motivo ecdótico en los libros de caballerías hispánicos», en «*Amadís de Gaula*»: quinientos años después. *Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Bleuca*, eds. José Manuel Lucía Megías; María Carmen Marín Pina; col. Ana Carmen Bueno, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, pp. 117-131.
- _____ (2009), «Hermosos y comedidos gigantes en los libros de caballerías hispánicos: *Flor de caballerías*», en *Medievalismo en Extremadura. Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas de la Edad Media*, eds. Jesús Cañas Murillo; Francisco Javier Grande Quejido; José Roso Díaz, Cáceres, Universidad de Extremadura, pp. 489-498.
- _____ (2010), «Domesticación y mascotas en los libros de caballerías hispánicos: *Palmerín de Olivia*», *eHumanista. Journal of Iberian Studies*, 16, 269-289.
- _____ (2011), «Medea en los libros de caballerías hispánicos: libros, mito y ejemplaridad», *Acta Poética*, Vol. 32, nº2, 115-143.
- CATALÁ SANZ, Jorge Antonio, y Juan José BOIGUES PALOMARES, (1992), *La Biblioteca del Primer Marqués de Dos Aguas, 1707*, Valencia: Universitat, Departamento de Historia Moderna.
- CÁTEDRA, Pedro (1986), «La mujer en el sermón medieval (a través de textos españoles)», en *La condición de la mujer en la Edad Media. Coloquio Hispano-Francés*, Madrid: Casa de Velázquez/Universidad Complutense, pp. 39-50.
- _____ (1999) «La biblioteca y los escritos deseados (España, c. 1605)». En Pedro M. Cátedra, Augustin Redondo & María Luisa López-Vidriero, dir.; Javier Guijarro Ceballos, ed., *El escrito en el Siglo de Oro. Prácticas y representaciones*, vol. V de *El Libro Antiguo Español*, Madrid-Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca-Patrimonio Nacional-Sociedad Española de Historia del Libro, págs. 43-68.
- CIRLOT, Juan Eduardo (1997), *Diccionario de símbolos*, Madrid: Siruela.
- CORFIS, Ivy A. (1999) «The fantastic in *Cavallero Zifar*», *La Corónica*, XXVI-3, pp. 67-86.
- CLEMENCÍN, Diego (1805), *Biblioteca de libros de caballería (Año 1805)*, ed. J. Givanel Mas, Barcelona: Publicaciones Cervantinas patrocinadas por Juan Sedó Perís-Mencheta.

- CUENCA, Luis Alberto de (1991), *El héroe y sus máscaras*, Madrid: Mondadori.
- CUESTA TORRE, M^a Luzdivina (1997) «Adaptación, refundición e imitación: de la materia artúrica a los libros de caballerías», *Revista de Poética Medieval*, 1, pp. 35-70.
- _____ (2001a), «Las ínsolas del Zifar y el Amadís y otras islas de hadas y gigantes», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. Julián Acebrón Ruiz, Lérida: Universitat, pp. 11-39.
- _____ (2001b) «Fidelidad e infidelidad amorosa en la materia artúrica hispánica», *Revista de Literatura Medieval*, 13, 1, 93-118.
- _____ (2007a), «Don Quijote y otros caballeros andantes perseguidos por los malos encantadores. (El mago como antagonista del héroe caballeresco)», en *De la literatura caballeresca al «Quijote»*, coord. Juan Manuel Cacho Blecua; eds. Ana Carmen Bueno Serrano; Patricia Esteban Erlés; Karla Xiomara Luna Mariscal, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, pp. 141-169.
- _____ (2007b), «De combates interrumpidos y manuscritos incompletos. En torno a *Quijote I*: 8-9 y los libros de caballerías», *Bulletin of Hispanic Studies*, 84 (2007), 553-571.
- _____ (2010), «El Norte y el Sur del Mediterráneo en el *Belianís de Grecia* de Jerónimo Fernández: tipología y semiotización del espacio», *eHumanista*, vol. 16. pp. 136-159.
- CHEVALIER, Maxime (1976), *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid: Turner.
- DADSON, TREVOR J. (1998), *Libros, lectores y lecturas*, Madrid: Arco Libros.
- DUBY, Georges (1980), *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid: Siglo XXI.
- DUCE GARCÍA, Jesús (2005) «Fantasías caballerescas: aproximación al motivo de los castillos encantados», en *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (A Coruña, 18-22 de septiembre de 2001)*, eds. Carmen Parrilla; Mercedes Pampín, A Coruña, Universidade da Coruña, Toxosoutos, 2, pp. 213-232.
- _____ (2008) «Magia y maravillas en los libros de caballerías hispánicos», en «*Amadís de Gaula*»: quinientos años después. *Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, eds. José Manuel Lucía Megías; María Carmen Marín Pina; col. Ana Carmen Bueno, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, pp. 191-200.
- EISENBERG, Daniel (1973) «*Don Quijote* and the Romances of Chivalry: The Need for a Reexamination», *Hispanic Review*, 41, 3, 511-523.
- _____ (1975), «Un barbarismo: 'Libros de caballería'», *Thesaurus*, 30, 340-341.
- _____ (1995), «El problema del acceso a los libros de caballerías», en *Insula*, 584-85, 5-7.
- _____ (2001), «Estado actual del estudio de los libros de caballerías», en *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (Lepanto, 1/8 de octubre de 2000)*, ed. Antonio Bernat Vistarini, La Palma, Universitat de les Illes Balears, pp. 531-536.
- _____ (2002) «La biblioteca de Cervantes: una reconstrucción» [Versión preliminar de 2002, disponible en <http://users.ipfw.edu/jehle/deisenbe/>]
- _____ y MARÍN PINA, M^a Carmen (2000), *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- ELIADE, Mircea (1972), *El mito del eterno retorno*, Madrid: Alianza.
- _____ (1979), *Iniciaciones místicas*, Madrid: Taurus.

- ESLAVA GALÁN, Juan (1989), «Los mitos del dragón», en *Literatura y fantasía en la Edad Media*, ed. Juan Paredes Núñez, Granada: Universidad, pp. 217-27.
- ESTEVA, M^a Dolores (1994), «La mujer: elogio y vituperio a la luz de textos medievales y renacentistas», en *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, Zaragoza: Universidad, I, pp. 155-70.
- FREIXAS ALÁS, Margarita (2003), *Las autoridades en el primer diccionario de la Real Academia Española*, tesis de doctorado dir. por José Manuel Blecua Perdices, Universitat Autònoma de Barcelona, Departament de Filologia Espanyola, 2 vols.
- GALLAIS, Pierre (1992), *La Fée à la Fontaine et à l'Arbre: un archetypé du conte merveilleux et du roman courtois*, Amsterdam: Rodopi.
- GALLEGO GARCÍA, Laura, (2002) «Algunos casos de mujeres sobrenaturales en la literatura caballeresca española», *Actas del III Encuentro Internacional de Filólogos Noveles (Valencia, 10 de abril de 2002)*, Universidad de Valencia, pp. 63-78.
- _____ (2003a), «Personajes femeninos en el *Belianís de Grecia*. Tipología y tradiciones», en *Actes del X Congrès Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Alacant, 16-20 setembre de 2003)*, eds. Rafael Alemany; Josep Lluís Martos; Josep Miquel Manzanaro, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2005, 2, pp. 753-763.
- _____ (2003b) «*Belianís de Grecia*» (III-IV) de Jerónimo Fernández (Burgos, Pedro de Santillana, 1579). *Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos. (Guía de lectura caballeresca, 59).
- _____ (2005) «Dos modelos de *virgo bellatrix* en la *Tercera y Cuarta Parte del Belianís de Grecia*: la princesa Hermiliana y la reina Cenobia», en *Líneas actuales de investigación literaria. Estudios de Literatura Hispánica*, eds. Verónica Arenas Lozano et alii, València: Universitat de València, pp. 73-80.
- GARCÍA GUAL, Carlos (1988), *Primeras novelas europeas*, Madrid: Istmo.
- GARROSA RESINA, Antonio (1981), *Magia y superstición en la literatura castellana medieval*, Valladolid: Universidad.
- GAYANGOS, Pascual de (1874), *Catálogo razonado de los libros de caballerías que hay en lengua castellana o portuguesa hasta el año 1800, con un discurso preliminar*, Madrid: Rivadeneyra.
- GIL-ALBARELLOS, Susana, «*Amadís de Gaula*» y el género caballeresco en España, Valladolid: Universidad de Valladolid.
- GÓMEZ REDONDO, Fernando (2008) «El paradigma de la mancebía en el *Amadís de Gaula*», en «*Amadís de Gaula*»: quinientos años después. *Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, eds. José Manuel Lucía Megías; María Carmen Marín Pina; col. Ana Carmen Bueno, Alcalá de Henares: C. Estudios Cervantinos, pp. 283-315.
- GONZÁLEZ, Cristina (1984), *El Cavallero Zifar y el reino lejano*, Madrid: Gredos.
- GONZÁLEZ, Eloy R. (1982), «Función de las profecías en el *Amadís de Gaula*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXI, pp. 282-91.
- GONZÁLEZ, Roberto Javier (2008), «Libros de caballerías en América», en «*Amadís de Gaula*», 1508: quinientos años de libros de caballerías, ed. José Manuel Lucía Megías, Madrid: Biblioteca Nacional de España; Sociedad Española de Conmemoraciones Culturales, pp. 369-382.
- GRACIA, Paloma (1991), *Las señales del destino heroico*, Barcelona: Montesinos.

- _____ (1992) «Varios apuntes sobre el cuento del Cavallero Atrevido. La tradición del Lago Solfáreo y una propuesta de lectura», *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica*, 15, pp. 23-44;
- _____ (1998a), *Baladro del sabio Merlín (Guía de lectura)*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- _____ (1998b), «El mito del Graal», en *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán, Valencia: Universidad, pp. 63-76.
- GREEN (JR.), James Ray (1980) «La forma de la ficción caballerescas del siglo XVI», en *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas. Toronto, 22-26 de agosto de 1977*, eds. Alan M. Gordon; Evelyn Rugg, Toronto: Department of Spanish and Portuguese; University of Toronto, pp. 353-355.
- GRILLI, Giuseppe (2004) *Literatura caballerescas y re-escrituras cervantinas*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos (Biblioteca de Estudios Cervantinos).
- GRISWARD, Joel-Henri (1980), «Les fées, l'Aurore et la Fortune (mythologie indo-europeéne et *Jeu de la Feuillée*)», en *Études de langue et littérature françaises offertes à André Lanly*, Nancy: Université, pp. 121-37.
- GUIJARRO CEBALLOS, Javier (2007), *El «Quijote» cervantino y los libros de caballerías: calas en la poética caballerescas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- GUTIÉRREZ TRÁPAGA, Daniel, (2010) «Caracterización, tradición y fuentes caballerescas del personaje de Merlín en el Quijote», *Tirant*, nº 13, pp. 39-50.
- _____ (2012), «El regreso de Merlín en el *Belianís de Grecia (III y IV)* de Jerónimo Fernández», *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de la literatura de cavalleries*, 15, pp. 99-112.
- HARF-LANCNER, Laurence (1984a), «Lancelot et la Dame du Lac», *Romania*, CV, pp. 16-33.
- _____ (1984b), *Les fées au Moyen Âge. Morgane et Mélusine. La naissance des fées*, París: Honoré Champion.
- HARO CORTÉS, Marta (1998), «La mujer en la aventura caballerescas: dueñas y doncellas en el *Amadís de Gaula*», en *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán, Valencia: Universidad, pp. 181-218.
- HERNÁNDEZ VARGAS, Jaime (2006) *Humor en la narrativa caballerescas hispánica. Acercamiento a los personajes, motivos y situaciones de la risibilidad*, tesis de licenciatura dir. por María José Rodilla, Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad de Iztapalapa, Ciencias Sociales y Humanidades, 151 págs.
- HERRÁN ALONSO, Emma (2003), «Humor y libros de caballerías o el caso de tres burladores sin piedad: El Caballero Encubierto, el Fraudador de los Ardides y el Caballero Metabólico», en *El humor en todas las épocas y culturas (CD-Rom)*, eds. J. L. Caramés Lage; C. Escobedo; D. García; Natalia Menéndez, Oviedo, Universidad de Oviedo, Servicio de Audiovisuales.
- HÖNIG, Susanna Ja Ok (2007), «Algunas notas sobre hadas, magas y sabias en las novelas de caballerías», en *De la literatura caballerescas al «Quijote»*, coord. Juan Manuel Cacho Blecua; eds. Ana Carmen Bueno Serrano; Patricia Esteban Erlés; Karla Xiomara Luna Mariscal, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 283-299.
- KÖHLER, Erich (1990), *La aventura caballerescas. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, trad. Blanca Garí, Barcelona: Sirmio.
- LACARRA, M^a Eugenia (1986), «Algunos datos para la historia de la misoginia en la Edad Media», en *Studia in honorem profesor M. de Riquer*, Barcelona: Quaderns Crema, pp. 339-62.

- _____ (1987), «La mujer en la narrativa medieval breve», en *Literatura y vida cotidiana. Actas de las cuartas jornadas de investigación interdisciplinaria*, Zaragoza: Universidad, pp. 101-108.
- _____ (1993), «Representaciones de mujeres en la literatura española de la Edad Media (escrita en castellano)», en *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, coord. Iris Zabala y Miriam Díaz-Diocaretz, Madrid: Anthropos, pp. 21-68.
- LE GOFF, Jacques (1991), *L'imaginaire médiéval*, París: Gallimard.
- _____ (1999), *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona: Altaya.
- LECOUTEUX, Claude (1978), «La structure des légendes mélusiniennes», *Anales E.S.C.*, 33, pp. 294-306.
- _____ (1995), *Au-delà du merveilleux: des croyances du Moyen Âge*, París: Université de Paris-Sorbonne.
- LENDO FUENTES, Rosalba (2004), «La imagen del caballero en la novela artúrica», *Anuario de Letras Modernas*, 12, 13-24.
- LOBATO OSORIO, Lucila, (2008), «Los tres ejes de comportamiento del caballero literario medieval: hacia un modelo genérico», *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de la literatura de cavalleries*, 11, 67-88.
- _____ (2009a), «Del caballero épico al caballero novelesco: acercamiento a la evolución del personaje», *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de la literatura de cavalleries*, 12, 109-131.
- _____ (2009b) «La *Poncella de Francia*: la doncella-caballero y su relación con Isabel I de Castilla», *Signos Literarios*, 9, pp. 55-74.
- LUCÍA MEJÍAS, José Manuel (1996), «Libros de caballerías manuscritos», *Voz y letra*, VII/2, pp. 61-126.
- _____ (1998a), «Catálogo descriptivo de los libros de caballerías hispánicos. IX. Algunas reflexiones sobre la difusión de los libros de caballerías castellanos a la luz del *Filorante*», en *Siglo de Oro. Actas del IV Congreso Internacional de AISO*, ed. M^a Cruz García de Enterría y Alicia Cordon, Madrid: Universidad de Alcalá, tomo I, pp. 949-62.
- _____ (1998b), «Libros de caballerías impresos, libros de caballerías manuscritos (observaciones sobre la recepción del género editorial caballeresco)», *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán, Valencia: Universitat de València, pp. 311-41.
- _____ (2000), *Imprenta y libros de caballerías*, Madrid, Ollero & Ramos.
- _____ (2001), «El *corpus* de los libros de caballerías castellanos: ¿una cuestión cerrada?», *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de la literatura de cavalleries*, 4, sin paginación.
- _____ (2002a), «Libros de caballerías castellanos: textos y contextos», *Edad de Oro*, XXI, pp. 9-60.
- _____ (2002b), «Los libros de caballerías a la luz de los primeros comentarios del *Quijote*: De los Ríos, Bowle, Pellicer y Clemencín», *Edad de Oro*, XXI, pp. 499-539.
- _____ (2003) «Sobre torres levantadas, palacios destruidos, ínsulas encantadas y doncellas seducidas: de los gigantes de los libros de caballerías al *Quijote*», *Artifara. Sección Monographica*, 2, sin paginación.
- _____ (2004-2005) «Libros de caballerías castellanos: un género recuperado», *Letras. Libros de caballerías. El «Quijote». Investigación y Relaciones*, 50-51, 203-234.

- _____ (2005) «Un libro de libros: la biblioteca de Alonso Quijano», en *Don Quijote en el Campus. Tesoros Complutenses*, coord. Ana Santos Aramburo, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, pp. 272-276.
- _____ (2007) «Introducción» a *Flor de caballerías*, de Francisco Barrahona; Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, IX-XL.
- _____ (2008) «Los libros de caballerías y la imprenta», en «*Amadís de Gaula*», 1508: quinientos años de libros de caballerías, ed. José Manuel Lucía Megías, Madrid: Biblioteca Nacional de España; Sociedad Española de Conmemoraciones Culturales, , pp. 95-120.
- _____ y SALES DASÍ, Emilio (2008) *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid: Ediciones del Laberinto, col. Arcadia de las Letras.
- _____ (2009), «La otra realidad social en los libros de caballerías: IV. De los “desamorados” a los adúlteros», en *Medievalismo en Extremadura. Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas de la Edad Media*, eds. Jesús Cañas Murillo; Francisco Javier Grande Quejido; José Roso Díaz, Cáceres: Universidad de Extremadura.
- _____ y M.^a Carmen MARÍN PINA (2008), «Lectores de libros de caballerías», en «*Amadís de Gaula*», 1508: quinientos años de libros de caballerías, ed. José Manuel Lucía Megías, Madrid: Biblioteca Nacional de España; Sociedad Española de Conmemoraciones Culturales, pp. 289-311.
- MAGRO GARCÍA, Elisabet (2010), «Síntomas y enfermedades descritas en algunos libros de caballerías castellanos», en *Actas del XIII congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Valladolid, 15 a 19 de septiembre de 2009). In memoriam Alan Deyermond*, eds. José Manuel Fradejas Rueda; Déborah Dietrick Smithbauer; Demetrio Martín Sanz; M.^a Jesús Díez Garretas, Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid; Universidad de Valladolid; Asociación Hispánica de Literatura Medieval, 2, pp. 1255-1271.
- MALAXECHEVERRÍA, Ignacio (1989), «Animales y espejos», en *Literatura y fantasía en la Edad Media*, ed. Juan Paredes Núñez, Granada: Universidad, pp. 141-77.
- MANCING, Howard (2001), «“Bendito sea Alá”: a new edition of *Belianís de Grecia*», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 21, 2, 111-116.
- MARÍN PINA, M.^a Carmen (1989), «Aproximación al tema de la *virgo bellatrix* en los libros de caballerías españoles», *Criticón*, 45, pp. 81-94.
- _____ (1991), «La mujer y los libros de caballerías. Notas para el estudio de la recepción del género caballeresco», *Revista de Literatura Medieval*, 3, 129-148.
- _____ (1993), «Los monstruos híbridos en los libros de caballerías españoles», en *Actas IV Congreso AHLM. Lisboa 1991*, 4, pp. 27-33.
- _____ (1994) «El tópico de la falsa traducción en los libros de caballerías españoles», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. M.^a Isabel Toro Pascua, Salamanca, Universidad, 1994, 1, pp. 541-548.
- _____ (1998), «Motivos y tópicos caballerescos», en *Don Quijote de la Mancha*, coord. Francisco Rico, Barcelona, Crítica, pp. 857-902.
- _____ (2007), «La doncella andante en los libros de caballerías españoles: antecedentes y delimitación del tipo», en *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de la Literatura Medieval (Universidad de León, 20-24 de septiembre de 2005)*, eds. Armando López Castro; Luzdivina Cuesta Torre, León: Universidad de León; Secretariado de Publicaciones, 2, pp. 817-826.

- _____ (2008) «Los libros de caballerías castellanos», en «*Amadís de Gaula*», 1508: quinientos años de libros de caballerías, ed. José Manuel Lucía Megías, Madrid: Biblioteca Nacional de España; Sociedad Española de Conmemoraciones Culturales, pp. 165-190.
- _____ (2010a), «La doncella andante en los libros de caballerías españoles: la libertad imaginada (II)», *eHumanista. Journal of Iberian Studies*, 16 (2010), 221-239.
- _____ (2010b), «La mitología en los libros de caballerías: de la cita comparativa a la aventura mítico-caballeresca», en *Il mondo cavalleresco tra immagine e testo (Trento, Castello del Buon Consiglio, 20-22 novembre 2008)*, ed. Claudia Demattè, Trento, Università degli Studi di Trento; Dipartimento di Studi Letterari, Linguistici e Filologici, pp. 135-172. (Medea, Otros personajes)
- MARTÍN ROMERO, José Julio (2004), «'Buenas dotrinas y enxemplos'. Aspectos sapienciales y didácticos en los libros de caballerías», *Memorabilia: Boletín de Literatura Sapiencial*, 8 (2004), 1-8.
- _____ (2005) «El combate contra el gigante en los textos caballerescos», en *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Alacant, 16-20 setembre de 2003)*, eds. Rafael Alemany; Josep Lluís Martos; Josep Miquel Manzanaro, Alacant: Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 3, pp. 1105-1120.
- _____ (2006), «¡O captivo caballero! Las palabras del gigante en los textos caballerescos», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 56, 1, 1-31.
- _____ (2008), «Del *fin'amors* al neoplatonismo: amor y caballería en la narrativa caballeresca hispánica», *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de la literatura de cavalleries*, 1, 119-142.
- _____ (2009), «Amadís de Gaula humanizado: vejez y melancolía en la obra de Feliciano de Silva», en *Letras. Studia hispanica medievalia VIII. Volumen I*, dir. Sofía M. Carrizo Rueda, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 59-60, pp. 251-262.
- _____ (2010a) «Sobre el endriago amadisiano y sus descendientes caballerescos», en *Actas del XIII congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Valladolid, 15 a 19 de septiembre de 2009). In memoriam Alan Deyermond*, eds. José Manuel Fradejas Rueda; Déborah Dietrick Smithbauer; Demetrio Martín Sanz; M^a Jesús Díez Garretas, Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid; Universidad de Valladolid; Asociación Hispánica de Literatura Medieval, 2, pp. 1283-1298.
- _____ (2010b), «Fidelidad sentimental y catarsis amorosa en el ciclo de *Amadís de Gaula*», *Revista de Literatura Medieval*, 22, 155-184.
- MÉRIDA, Rafael (1994a), «Elogio y vituperio de la mujer medieval: hada, hechicera y puta», en *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, Zaragoza: Universidad, pp. 269-76.
- _____ (1994b) «Urganda la Desconocida: tradición y originalidad», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Salamanca: Biblioteca Española del s. XV, pp. 623-28.
- _____ (1998), «La fantasía imposible: apuntes metodológicos para el Medioevo castellano», en *Brujas, demonios y fantasmas en la literatura fantástica hispánica*, ed. J. Pont, Lleida: Universitat, pp. 43-53.
- _____ (2001), «Fuera de la orden de natura». *Magias, milagros y maravillas en el "Amadís de Gaula"*, Kassel: Reichenberger.

- NASIF, Mónica (1992), «Aproximación al tema de la magia en varios libros de caballerías castellanos. Con referencia a posibles antecedentes literarios», en *Amadís de Gaula. Estudios sobre narrativa caballerescas del siglo XVI*, ed. Lilia de Orduna, Kassel: Reichenberger, pp. 135-88.
- _____ (2009), «Fenomenología del quehacer mágico: su evolución en la literatura caballerescas castellana», en *Letras. Studia hispanica medievalia VIII. Volumen I*, dir. Sofía M. Carrizo Rueda, Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, 59-60, pp. 275-282.
- ORDUNA, Lilia E. F. de. (1973) «*Belianís de Grecia* según los anotadores del *Quijote*», en *Anales Cervantinos*. XII. Madrid CSIC, pp. 179-186
- _____ (1986a), «La historia de Policena en el *Belianís de Grecia* y algunos textos medievales y renacentistas», *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*, 5 vols, Barcelona: Quaderns Crema, I, pp. 383-408.
- _____ (1986b), «Héroes troyanos y griegos en la *Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia* (Burgos, 1547)», *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, 18-23 de agosto 1986, Berlín*, ed. Sebastián Neumeister, 2 vols, Francfort del Meno: Vervuert, I, pp. 559-568.
- _____ (1989), «En torno a la auténtica *princeps* del *Belianís de Grecia*», *Incipit*, 9, pp. 99-102.
- _____ (1996a), «Variantes de edición y variantes de emisión y estados en impresos del siglo XVI», *Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro (AISO) (Alcalá de Henares, 22-27 de julio de 1996)*, eds. María Cruz García de Enterría y Alicia Cordón Mesa, 2 vols. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares, I, pp. 579-585.
- _____ (1996b) «El *Belianís de Grecia* frente a la tradición de los libros de caballerías castellanos», en *Caballeros, monjas y maestros en la Edad Media (Actas de las V Jornadas Medievales)*, eds. Lillian von der Walde; Concepción Company; Aurelio González, México, Universidad Nacional Autónoma de México; Colegio de México, 1996, pp. 115-121.
- _____ (1997a), «Introducción» a *Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia*, de Jerónimo Fernández, Kassel: Reichenberger, pp. XIII-LXXIV.
- _____ (1997b), «Algo más acerca del *don en blanco* en los libros de caballerías castellanos». *Anclajes. Revista del Instituto de Análisis Semiótico del Discurso*, 1.1, pp. 149-158.
- _____ (1998), «La literatura caballerescas castellana: ediciones críticas y proyectos editoriales», *Incipit*, 18 41-63.
- _____ (1999a), «Zoología real y fantástica: función narrativa en el *Belianís de Grecia*», en *Actas del VII Congrès de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Castelló de la Plana, 22-26 de setembre de 1997)*, ed. Santiago Fortuño Llorens y Tomàs Martínez Romero, Castelló de la Plana: Universitat Jaume I, vol. III, pp. 103-113.
- _____ (1999b), «Realidad histórica y ficción novelesca. En torno al *Passo honroso* de Suero de Quiñones, a la literatura caballerescas y al *Quijote* de 1605», *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche*, 2 47-65
- _____ (1999-2000), «Función de la *ékphrasis* en los relatos caballerescos», *Letras. Studia Hispanica Medievalia V* (40-41), 107-114.
- _____ (2001), «Constantes y desvíos del paradigma genérico: la literatura caballerescas castellana a mediados del siglo XVI», *Actas del V Congreso Internacional Siglo de Oro (AISO)*.

- Münster, 20-24 de julio de 1999, Ed. Christoph STROSETZKI, Frankfurt am Main-Madrid: Vervuert/Iberoamericana, pp. 540-551.
- _____ (2004-2005), «Algunos procedimientos narrativos de los libros de caballerías registrados en el *Quijote*: imitación y parodia», *Letras. Libros de caballerías. El «Quijote». Investigación y Relaciones* (50-51), 98-112.
- _____ (2005), «Las variantes en impresos castellanos de mediados del siglo XVI: el caso de *Belianís de Grecia* (1547-1587)», *Filologia dei testi a stampa (area iberica)*, 143-150.
- _____ (2009), «De *Amadís de Gaula* (1508) a *Belianís de Grecia* (1547). Jerónimo Fernández y la construcción de sus personajes, tradición y originalidad», en *Letras. Studia hispanica medievalia VIII. Volumen I*, dir. Sofía M. Carrizo Rueda, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 59-60, pp. 47-78.
- _____ (2010), «Ecos de un libro de caballerías, *Belianís de Grecia* (1547), en *Flor de caballerías* (1599)», en Devid Paolini, ed., «*De ninguna cosa es alegre posesión sin compañía*». *Estudios celestinescos y medievales en honor del profesor Joseph Thomas Snow*, Nueva York: Hispanic Seminary of Medieval Studies, vol. II, pp. 115-138.
- ORTIZ-HERNÁN PUPARELI, Elami (2009) «El motivo del caballero seductor en *Amadís de Gaula y Lisuarte de Grecia*, de Feliciano de Silva», en *Amadís y sus libros: 500 años*, eds. Aurelio González; Axayácatl Campos García-Rojas, México, D.F.: El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, pp. 181-197.
- PALAU Y DULCET, Antonio (1990), *Manual del librero hispano-americano. Inventario bibliográfico de la producción científica y literaria de España y de la América Latina desde la invención de la imprenta hasta nuestros días, con el valor comercial de todos los artículos descritos*, Madrid: Julio Ollero.
- PATCH, Howard (1956), *El otro mundo en la literatura medieval*, México: Fondo de Cultura Económica.
- POIRION, Daniel (1982), *Le merveilleux dans la littérature française du Moyen Âge*, París: Presses Universitaires de France.
- POMER MONFERRER, Lluís; Emilio SALES DASÍ (2009) «La materia clásica y el papel de Medea en las partes III-IV de *Belianís de Grecia*», en *Les literatures antiques a les literatures medievals*, eds. L. Pomer; J. Redondo; J. Sanchís; J. Teodoro, Amsterdam, Adolf M. Hakkert, pp. 111-126.
- PROPP, Vladimir (1974), *Las raíces históricas del cuento*, Madrid: Fundamentos.
- REY CASTELAO, Ofelia (2005), «Lectores y libros en tiempos del Quijote», *Pedralbes*, 25, 103-131.
- REY HAZAS, Antonio (1982), «Introducción a la novela del Siglo de Oro, I. (Formas de narrativa idealista)», *Edad de oro*, vol. 1, 1982, pags. 65-105.
- RIQUER, Martín de, ed. (1975), *Los trovadores*, Barcelona: Planeta, 3 vols.
- _____ (2008) «Pórtico. Una mirada sobre los libros de caballerías», en «*Amadís de Gaula*», 1508: *quinientos años de libros de caballerías*, ed. José Manuel Lucía Megías, Madrid, Biblioteca Nacional de España; Sociedad Española de Conmemoraciones Culturales, pp. 15-17.
- RÍO NOGUERAS, Alberto del (1995) «Sobre magia y otros espectáculos cortesanos en los libros de caballerías», en *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de*

Literatura Medieval (Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993), ed. Juan Paredes Núñez, Granada, Universidad de Granada, 4, pp. 137-149.

- RODRÍGUEZ-VELASCO, Jesús (2008), «Esfuerzo. La caballería, de estado a oficio (1524-1615)», en «*Amadís de Gaula*: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua», eds. José Manuel Lucía Megías; María Carmen Marín Pina; col. Ana Carmen Bueno, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, pp. 661-689.
- ROUBAUD, Sylvia, JOLI, Monique, (1985), «Cartas son cartas. Apuntes sobre la carta fuera del género epistolar», en *Criticón*, nº 30, pp. 103-125.
- ROUBAUD, Sylvia (1999), «Calas en la narrativa caballeresca renacentista: *Belianís de Grecia y Clarián de Landanís*», en *La invención de la novela (Seminario Hispano-Francés organizado por la Casa de Velázquez, Madrid, noviembre 1992-junio 1993)*, estudios reunidos por Jean Canavaggio, Madrid: Casa de Velázquez, pp. 49-84.
- (2000), *Le roman de chevalerie en Espagne. Entre Arthur et Don Quichotte*, París: Honoré Champion.
- RUBIO TOVAR (2006), «Monstruos y seres fantásticos en la literatura y el pensamiento medieval», *Poder y seducción de la imagen románica*, Palencia: Fundación Santa María La real. Centro de estudios del románico, 121-155.
- RUIZ DE CONDE, Justina (1948), *El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías*, Madrid: Aguilar.
- RUIZ-DOMÉNEC, José Enrique (1993), *La novela y el espíritu de la caballería*, Madrid: Mondadori.
- SÁINZ DE LA MAZA, Carlos (2001), «Blasco Ibáñez, lector de *Las sergas de Esplandián*», en *Los trigos ya van en flores. Studia in honorem M. Débax*, eds. Jean Alsina; Vincent Ozanam, Le Mirail, Université Le Mirail, pp. 433-442.
- (2002), «La Montaña Defendida o el Destino Narrativo de los ‘Castillos de la Mala Costumbre’ en las *Sergas de Esplandián*», *Revista de Literatura Medieval*, 14, 2, 81-101.
- SALES DASÍ, Emilio (1998) «California, las amazonas y la tradición troyana», *Revista de Literatura Medieval*, 10, 147-167.
- (1999a), «Algunos aspectos de lo maravilloso en la tradición del *Amadís de Gaula*: serpientes, naos y otros prodigios», en *Actes del VII Congrès de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval: (Castelló de la Plana, 22-26 de setembre de 1997)*, eds. Santiago Fortuño Llorens y Tomàs Martínez Romero, Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I, 3, pp. 345-360.
- (1999b), «“Ver” y “mirar” en los libros de caballerías», *Thesaurus [Estudios sobre narrativa caballeresca española de los siglos XVI y XVII]*, 54, 1-32.
- (2002), «Introducción» a *Lisuarte de Grecia (Libro VII de Amadís de Gaula)*, de Feliciano de Silva; Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, IX-XXXVI.
- (2004), *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- (2007) «Blasco Ibáñez, colon i aventurer», en *Dels llibres de cavalleries a Blasco Ibáñez. La literatura cavalleresca a València*, pròleg Josep Lluís Sirera, València, Institució Alfons el Magnànim - Diputació de València, (Estudis Universitaris, 106), pp. 111-155.
- SÁNCHEZ VALAT, Vanessa (2012), «El triple duelo en *La Poncella de Francia*», *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de la literatura de cavalleries*, 15, 155-170.
- SANTOS ARAMBURO, Ana (2004) «La colección de libros de caballerías de la condesa de Campo de Alange», *Pliegos de Bibliofilia*, nº 25, pp. 3-16.

- _____ (2008), «Una lectora de libros de caballerías: la condesa de Campo de Alange», en «*Amadís de Gaula*», 1508: quinientos años de libros de caballerías, ed. José Manuel Lucía Megías, Madrid: Biblioteca Nacional de España; Sociedad Española de Conmemoraciones Culturales, pp. 312-315.
- SANZ AYÁN, Carmen (2009), «La biblioteca de un autor de comedias en los albores del teatro barroco: Tomás de la Fuente», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 226, 403-418.
- SAVATER, Fernando (1981), *La tarea del héroe*, Madrid: Taurus.
- SHEPHARD, Odell (2000), *Leyendas del unicornio*, Madrid: Edimat.
- SIMÓN DÍAZ, José (1992), *Bibliografía de la literatura hispánica*, Madrid: CSIC, 13 tomos.
- STEFANO, Luciana de (1983), «Las Insolas Dotadas en el *Caballero Zifar*», *Anuario de Letras*, XXI, pp. 211-22
- STOOPEN, María (2005), «De hidalgo a caballero andante», en *Los autores, el texto, los lectores en el «Quijote»*, Coyoacán: UNAM, pp. 162-169.
- STUART, Jacobo F. J (1982) «Apéndice» a *Melusina o la noble historia de Lusignan, de Jean d'Arras*, Madrid: Siruela, pp. 238-252.
- THOMPSON, Stith (1955-1958), *Motif-index of folk literature. A Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Medieval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-books and Local Legends*, Copenhagen y Bloomington: Indiana University Press, 6 vols.
- TRUJILLO, José Ramón (2007) «Mujer y violencia en los libros de caballerías», *Edad de oro*, 26, 249-314.
- _____ (2011), «Los nietos de Arturo y los hijos de Amadís. El género editorial caballeresco en la Edad de Oro», *Edad de Oro*, 30, 415-441.
- TUBAU, Xavier (2012), «La poesía de Alfonso Álvarez Guerrero: arte mayor al servicio del Imperio», *e-Spania*, 13. [consultado el 4 de enero de 2013].
- VALENZUELA MUNGUÍA, María del Rosario (2009-2010), «Conversión y lucha contra gigantes en *Las Sergas de Esplandián*», en *Destiempos.com. Caballerías (dossier)*, eds. Lillian von der Walde Moheño; Mariel Reinoso I., México, D. F.: Grupo Destiempos, 23, pp. 369-378.
- WAGNER, C.P. (1903), «The Sources of *El cavallero Cifar*», *Revue Hispanique*, X, pp. 5-104.
- VELÁZQUEZ ELIZALDE, Alejandro, (2007) «Función y sentido de los espacios exteriores en *Tirant lo Blanch*: ciudades, posadas, iglesias y plazas», *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de la literatura de cavalleries*, 10, sin paginación.
- _____ (2008), «Función y sentido de los espacios de la corte en *Tirant lo Blanch*: aposentos privados, salas de consejo, huertos y espacios públicos del palacio», *Tirant. Butlletí informatiu i bibliogràfic de la literatura de cavalleries*, 11, 157-194.
- WAGNER, Klaus (2002) «Flamencos en el comercio del libro en España: Juan Lippeo, mercader de libros y agente de los Bellère de Amberes», *El libro antiguo español VI. De libros, librerías, imprentas, lectores*, dirigido por Pedro M. Cátedra y María Luisa López-Vidriero, edición al cuidado de Pablo Andrés Escapa. Salamanca: Universidad & SEMYR, pp. 431-498.
- WHITENACK, Judith (1994), «Don Quijote y la maga: otra mujer que no parece», *La mujer y su representación en las literaturas hispánicas: Actas de la Asociación Internacional de Hispanistas IRVINE 92*, ed. Juan Villegas, Irvine: University of California, pp. 82-90.

IV. EDICIÓN CRÍTICA



Tercera y quarta parte del imbencible principe
dō Belianis de Grecia, en que se cuēta la libertad
delas princessas que de Babilonia fuerō lleuadas
Cō el nascimiēto y hazañas d̄l no menos vale-
roso principe Belflorã de Grecia su hijo.

Impresso en Burgos por Pedro de Sātillana en este año de. 1579.

Cō licencia y Preuilegio Real.

Tassado por los señores de su real Cōsejo.

/[1-r^o]³⁴⁰/ **Tercera y quarta parte del imbecible príncipe don Belianís de Grecia, en que se cuenta la libertad de las princessas que de Babilonia fueron llevadas, con el nascimiento y hazañas del no menos valeroso príncipe Belflorán de Grecia, su hijo.**

Impresso en Burgos por Pedro de Santillana en este año de 1579.

Con licencia y Previlegio Real.

Tassado por los señores de su real Consejo.

[1-v^o]/Licencia

Don Philippe, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Secilias, de Hierusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcias, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córçega, de Murcia, de Jaén, conde [de] Flandes y de Tirol, etc. Por quanto por parte de vos, Andrés Fernández, vezino de la ciudad de Burgos, nos fue hecha relación, diciendo que el licenciado Hernández, vuestro hermano difunto, abogado que fue en esta nuestra consejo, avía compuesto la historia que dezían de don Belianís de Grecia, que hera muy útil y preciso y bien para la cavallería y cosas de guerra, y tenía avisos muy necessarios para bien haber a los que no tienen experiencia, y por nos se le avía dado licencia para imprimir la primera y segunda parte; y hera assí qu'el dicho licenciado con mucho trabajo avía acavado la tercera y quarta parte, que no hera de menos effecto que las demás, suplicándonos hos mandássemos dar licencia para poder imprimir la tercera y quarta parte y privilegio por diez mil, o como la nuestra merced fuesse; lo qual, visto por los del nuestro consejo, por quanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la pregmática por nos agora nuevamente sobre lo susodicho fecha dispone. Fue acordado que devíamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien. Por la qual damos licencia y facultad a qualquier impressor d'estos nuestros reynos para que por esta vez pueda imprimir los dichos libros tercera y quarta parte, sin que por ello cayga ni incurra en pena alguna, y mandamos que la dicha impresión se haga por los dichos libros originales, que va rubricada cada plana y firmada al fin d'ellos de Alonso de Vallejo, nuestro escrivano de cámara, y uno de los que en el nuestro consejo residen, y después de impressos no se puedan vender ni vendan sin que primero se trayan al nuestro consejo, juntamente con el original, para que se vea si la dicha impresión está conforme al original, y se tase en lo que cada volumen se ha de vender, so pena de caer y incurrir en las penas contenidas en la dicha pregmática y leyes de nuestros reynos; y no fagades ende ál, so las dichas penas y más de la nuestra merced, y de diez mil maravedís para la nuestra cámara; so la qual mandamos a qualquier escrivano vos la notefique y dé testimonio d'ello, porque nos sepamos cómo

³⁴⁰ El folio del título y el del prólogo faltan en el ejemplar de la Biblioteca de Valencia; transcribimos de la copia en CD del ejemplar de British Library.

se cumple nuestro mandado. Dada en Madrid, a cinco días del mes de março de mil y quinientos y setenta y ocho años.

El licenciado Fuenmayor. El doctor Francisco Hernández de Liébana. El doctor Francisco de Villasañe. El licenciado Contreras. El doctor don Yñigo de Cardenaspata. El doctor Aguilera. El licenciado Luys Tello Maldonado.

Yo, Alonso de Vallejo, escrivano de cámara de Su Magestad, la fize escrevir por su mandado con acuerdo de los de su consejo, etcétera.

Registrada Gorge de Olal de Vergara, chanciller. Gorge de Olal de Vergara. Secretario Vallejo.

/2-rº/

Prólogo³⁴¹

Dirigido al muy illustre señor licenciado Fuenmayor, cavallero de la Orden de Sanctiago, del Consejo Real y Cámara de Su Magestad, mi señor.

Muy Illustre Se[ñ]or³⁴²:

No podrá el sentido humano algún corto ingenio contentar sin passar por mil traveses tales que trayan a punto de perderse el principal intento y estilo d'esta historia, quanto más el de Vuestra Merced, que por espejo entre los mortales es tenido, pero aver agradado tanto a la magestad de Carlos Quinto, invictíssimo emperador y señor nuestro la *Primera y Segunda Parte*, que gustó de oýrta diversas vezes, dio causa a qu'el auctor, que fue el licenciado Fernández, mi hermano, escriviesse también *Tercera y Quarta*, y a mi ánimo y atrebimiento para la dirixir y presentar a Vuestra Merced, como a quien tan justamente pertenece por ser cavallero y letrado tan sublime en todo que obligó a la magestad del Sustentador de la Fee, monarcha universal, cuyo nombre con tanta razón por todas las naciones es temido –Don Felipe Segundo, rey de España y señor nuestro– a querer fuesse Vuestra Merced el primero en sus muy altos Consejos de Justicia, Cámara, Guerra y Hazienda. Y, pues esto está tan conocido, será por demás meter la mano en el pedir perdón de las faltas, ni en el ofrecimiento del pequeño servicio, pues yo de mi parte no tengo más que dar. Y Vuestra Merced conoscerá de la suya que propriamente no se puede dezir yerro el que se causa con voluntad de servir. En esta hystoria se verán muchos avisos, traças y artificios para la guerra, admirables razones y sentencias, por donde muestra no solo a los de muy altos y claros juyzios, pero aún a los de muy vastos y groseros entendimientos la obligación que tienen los príncipes y cavalleros

³⁴¹ La hoja del prólogo falta en el ejemplar de la Biblioteca Valenciana. La transcribimos por la copia en CD del ejemplar de la British Library.

³⁴² *Señor*.

y todo género de personas, assí para lo que toca a su salvación como para su honor y de sus hijos y descendientes, de preciarse de servir lealmente hasta la muerte a su rey; de que por nuestros peccados en las estrañas naciones, aunque vassallos de Su Magestad, al presente ay tanta falta que para sola su confusión a muchos días, si antes se me huviera dado licencia, la huviera echo imprimir, teniendo desde el principio intención para su auctoridad, valor y seguridad, de la pólbora de las cortadoras y arpadoras lenguas, ponerla como al presente la pongo, debaxo del tan seguro amparo de Vuestra Merced, cuya muy illustre persona guarde el soberano Señor con la felicidad que este menor criado de Vuestra Merced dessea.

3. TERCERA PARTE

/3-rº/ Aquí comienza la Tercera Parte del valeroso príncipe don Belianís de Grecia, en que se cuentan muchas y diversas aventuras, con la libertad de las princesas que de Babilonia fueron llevadas.

Capítulo primero: Cómo los príncipes don Belianís de Grecia y Ariobarçano de Tartaria entraron en el imperio de Alemania.

Cuenta la segunda parte d' esta historia que en seguimiento de las princesas que de Babilonia fueron llevadas se partieron muchos príncipes y cavalleros, y que los tan altos y valerosos príncipes y competidores don Belianís de Grecia y Ariobarçano de Tartaria se partieron juntos. Pues agora sabed que en sus coraçones la amistad avía echo tal mudança que desseava tanto Ariobarçano el contentamiento de don Belianís quanto antes el contrario con tantos rompimientos desseara. Metiéronse en el mar solos con sus escuderos, sin certinidad alguna de su camino, con tanto pesar por la pérdida de las princesas que ni sabían a qué parte guiaban ni, aunque lo supieran, d' ello tuvieran cuydado alguno; mayormente don Belianís, que, acordándosele en qué punto estuvo su contento, no vía cosa que doblada pena no le causasse, y aunque llevaba parte su altivo coraçón con el pensamiento de su vengança, pareciéndole que no podía su señora estar en parte tan fuerte donde él no la huviesse en su poder, y procurava dissimular su pena porque Ariobarçano no lo sintiesse, no pudo tanto que, una noche qu' el mar se mostrava sossegado, bullendo sus ondas con la templança de sus ayres, no se levantase de su lecho y, sintiendo el sosiego que la mar tenía y el poco reposo de que su alma goçava, echándose de pechos sobre el castillo de popa, olvidado de las grandes cosas que con tanta honrra acabara, con voz baxa porque de los marineros no fuesse oýdo, començó a quejarse, contando la mayor parte de sus desventuras, jurando y prometiendo de dar la muerte a Periano y al máxico Fristón, de quien estas cossas tenía entendido procedían. No pudo esto ser tan secreto que, aviéndose levantado el príncipe de los tártaros, no le oyesse, y aunque él tuviesse el coraçón tan rendido a Florisbella como esta historia á echo relación, su virtud y el amor que a don Belianís cobrara le causaron gran lástima de su pena; y, estimando más su amistad que otro qualquier interese, le dixo:

–¿Qué es esto, señor, que a tal ora hos avéys levantado a mirar esta mar, que vuestros pensamientos siempre son tan estendidos que en ellos donde quiera os pudiérades ocupar?

–Antes son tan apretados –respondió el príncipe, pesándole de aver sido oýdo– que creo, conforme a la pena que me causan, presto me consumirán la vida, y por entretenerla estava mirando estas espaciosas aguas que la vuestra merced dize.

–Agora es tiempo, valeroso príncipe –respondió Ariobarçano– de dexar esos pensamientos,

que de ninguna cosa sirven, sino de lastimaros, y procurad la libertad de la princesa; y aunque, conocido vuestro alto valor, del mío aya tan poca necesidad, yo os prometo a fee de cavallero de no dexar de passar por qualquier peligroso trançe que se offrezca, aunque sobre ello la pérdida de mis estados y aun la muerte me sobrevenga, hasta que ayáys en vuestro poder a la princesa; que, aunque ayáys visto tantos y tan grandes rompimientos como a su causa he passado, /3-vº/ no dexo de conocer que, como cosa a vos devida, es justo todos tengamos paciencia, y aún a Florisbella se le haría agravio en darle otro menor merecimiento que el vuestro.

Muy agradado quedó don Belianís de las palabras de Ariobarçano y, conociendo ser dichas con ánimo generoso, le abraça, diziendo:

–No podéys, señor, dexar de ser por vuestra persona el que es notorio soys por estado, porque el poderoso Señor, que quiso criaros para tan gran subcessión, no avía de dexar de dotaros de aquello de que para su governación teníades necesidad, por donde cuento por arto más dichosos los vasallos a quien de tal señor se les permite gozar, que a vos, que de tanto señorío fuystes abastado, para cuyo remate avéys querido conmigo ganar esta gloria, dexándome, aunque en la obligación que yo antes estava, de tal suerte que conozco no ser parte para servirlo jamás.

Y con esto, tornándose [a] abraçar de nuevo, quedó entre ellos confirmada amistad que algunos años duró. Y platicando en estas cosas y otras semejantes colaron gran parte del mar, hasta tanto que, bolviéndose el tiempo con contraria fortuna de la mar, corrieron tormenta muchos días, quando, amansándose los ayres, se hallaron al pie de una tierra al parecer f[ru]tífera³⁴³ y fresca. Y aviendo tomado puerto y haziendo sacar sus cavallos, se metieron por ella adentro, aviendo dicho a los marineros que hasta ver su mandado allí los atendiessen. Y a poco tiempo descubrieron muchos castillos, torres y chapiteles y otros hermosos edificios, tan hermosos de mirar que, ocupados en su vista, alguna alegría les causava para no sentir tanto la pena de sus coraçones.

–Hermosa tierra es esta –dixo don Belianís.

–Nunca vi otra mejor –dixo Ariobarçano–, y creedme que sin duda estamos en tierra de christianos, que los moros no son tan aplicados a estas cosas; y aun, si no me engaño, esto es tierra de Alemania, que a mí se me acuerda haver estado otra vez por aquí quando en Grecia fuy por vos librado de la muerte.

–No me pesaría a mí d’esso –dixo don Belianís–, que mucho desseo he tenido de ver esta tierra, donde me dizen ser la gente muy exercitada en la guerra; y, si el embaraço de la pena de mi coraçón no estuviera de por medio, no dexara de andar la mayor parte d’ella y de los romanos, con quien a la continua no les faltan diferencias.

–Poco es el detenimiento que en esso se puede causar –dezía Ariobarçano, quando por el camino que ellos yvan para sí vieron venir dos donzellas y quatro cavalleros, todos con sobreseñales

³⁴³ *furtifera*.

de luto. Entre sí traían unas andas cubiertas de terciopelo negro. Venían las donzellas haziendo gran duelo, como aquellas que en sus coraçones traían no pequeña lástima, y como con ellos emparexassen, Ariobarçano preguntó al uno d'ellos qué era la causa porque de aquella suerte caminavan.

–Bien creo –respondió–, señor cavallero, avréys oýdo cómo el príncipe don Daristeo está penado por la princesa, nuestra señora, y cómo, desdeñando ella su amor, le haze hazer mil desatinos, hasta tanto que agora defiende otra locura no menor que las passadas, diziendo que ningún cavallero merece como él ser de su dama faboescido; y, aunque él es muy estimado, haze las cosas tan a su ventaja que le haze perder mucho de su honor, porque tiene consigo quatro hermanos bastardos que su padre huvo en una muger de linaje de jayanes, hija de aquel valiente Balurdán que en el imperio griego fue muerto³⁴⁴, con los quales primero á de hazer batalla el cavallero que con él huviere de combatir; donde hasta agora han sido muertos y vencidos tantos que es gran pérdida, como le acaesció al príncipe de Dinamarcha, que es este que con nosotros llevamos, que, haviendo vençido a Menoriano, uno de los quatro hermanos, fue muerto de un solo golpe por el despiadado Lastorel; y creedme, señores, que es gran lástima, porque era un príncipe sin ygual, y en cuya muerte se pierde mucho.

–¿Cómo no impide esso el emperador? –dixo don Belianís.

–No es en su mano –dixo el cavallero–, porque él dio licencia a don Daristeo, no pensando que tanto mal se siguiera.

–Si queréys bolver con nosotros –dixo don Belianís– bien podréys, /4-rº/ que a la ventura llevaréys algún contento, que muchos cavalleros ay por el mundo que con razón debrían de ser más favorecidos que don Daristeo, y son tratados con no pequeño rigor.

–A la mano de Dios vays –dixo el cavallero–, que nosotros no queremos bolver, ni aún tenemos a cordura que nadie con tal ventaja quiera hazer batalla.

Y con esto passaron los unos por los otros, haviendo dicho que al emper[a]dor³⁴⁵ hallarían en Colonia, y que otro día podrían llegar a buen tiempo.

–Paréceme –dixo Ariobarçano– que ofrecido se nos ha causa por donde no saldremos tan presto de Alemania como pensábamos.

Y caminaron hasta la noche, que albergaron en casa de un f(l)orastero, y informándose que hasta Colonia habría seys millas, levantándose de mañana, caminaron para allá; y como el sol y las armas les causassen gran calor, quitándose los yelmos se metieron por un monte, siguiendo un arroyo hasta dar en su nascimiento, que una muy hermosa y clara fuente era, tan bella que a los caminantes combidava a beber; como hizo a los príncipes que, apeándose y lavándose las manos, pidieron a los

³⁴⁴ Lo mató el propio don Belianís en el capítulo 54 de la *Segunda Parte*.

³⁴⁵ *emperador*.

escuderos que allí les diessen de comer. Y h[a]viéndose³⁴⁶ refrescado como el tiempo y el lugar a ello les combidasse, recostados sobre sus manos, se pusieron a dormir par de la fuente.

Poco avía que los príncipes dormían quando a la fuente llegó la princesa Claristea sola, como aquella que, aviendo salido a caça con el emperador, su padre, se avía perdido siguiendo un venado, y venía [a] aquella fuente que muy bien sabía, pensando hallar allí algunos de sus cavalleros. Y viendo dormir a los príncipes, pensando que d'ellos fuessen, llegó muy passo por conocerlos, y fue muy maravillada viendo la hermosura de sus rostros y hestraña dispusición. Tenía Ariobarçano los cabellos quitados muy baxos, con un pequeño remolino que demostrava valeroso esfuerço, la color tan blanca como negra, las narices muy bien echas, grave en el rostro. Traía don Belianís, a la costumbre de los griegos, los cabellos muy crecidos, que parecían madexas de fino oro, echos dos partes; su rostro, que en blancura a los mármoles hazía ventaja, con el calor algo encendido; las manos, desarmadas, y tan bellas que a la princessa causaron admiración.

Muy ocupada estava en mirarlos la princessa, procurando el engañoso Amor hazérsela su tributaria, mas era su honestidad y gravedad tan sublimada que a todo el mundo estimava en poco. Solo desseava saber quién los cavalleros fuessen, quando por la parte que ella viniera assomó una leona que venía a beber en aquella fuente, corrida de los monteros, la lengua de fuera, y tan acosada que temerosa era su vista. No menos lo fue para la princessa que, con el femenil temor, dando voces a los cavalleros que la socorriessen, se abraçó con don Belianís, el qual medio despierto se quiso poner en pie. Mas la leona le tratara mal si Ariobarçano, que más en su acuerdo estava, no se abraçara con ella, tomándola tan junto que no pudo hazer otra cosa. La leona le apretó con los dientes un braço, mas hízole poco mal por estar armado, y él le dio por entre los pechos con la daga tales heridas con que la leona vino al suelo; y alegre de averla muerto con tan poco peligro, fue muy maravillado de ver a la princessa en tal parte, y bien cuydó que a don Belianís avía conoscido; el qual assí mismo estava maravillado de verla, y, paresciéndole persona a quien todo se devía, assí en los adereços de su persona, que bien conformavan con su estado, como en su hermosura, le dixo:

—Mi señora, suplico a la vuestra merced tengáys por bien de dezirnos quién soys, porque no cayamos en falta de lo mucho que parece seros devido, juntamente con la causa de vuestra venida a tal tiempo donde pudiéssedes recibir algún servicio d'esse cavallero, recibiendo nosotros muy mayor merced en ser librados por vos de la muerte que esse animal nos diera sin nos poder defender.

La princesa le respondió:

—No dexaré de /4-vº/ dezirlos, señor cavallero, lo que me preguntáys, pues la buena obra recebida a ello me tiene tan obligada. Sabed que soy la princesa Claristea, hija del emperador Constancio, que huviendo salido a caça, perdida de mis cavalleros aporté a esta fuente; y, pues también he caçado, bolvámonos a la ciudad, que no quiero más bolber al monte.

³⁴⁶ *huviéndose.*

Los príncipes se hincaron de rodillas suplicándole les diese las manos, y ella los hizo levantar; y, llamando a sus escuderos, no fueron oídos, porque los cavallos, rifando el uno con el otro de mata en mata y de una rama en otra, se apartaron tanto que no los podían tomar. Y así hubieron de aguardar gran rato hasta que los escuderos bolvieron con los cavallos, y con la princessa se metieron camino de la ciudad. Muy graciosa estava la princessa en contar de la manera que los hallara, y a don Belianís dize:

–Cierto, señor cavallero, si no fuera por vuestro compañero creo hubiera sido por demás la confianza que de vos hize. Otro día yo miraré mejor, por no ser engañada.

–Mi señora –dixo don Belianís–, fue tan grande la merced que aquel animal me hizo, con dar causa a que tan soberano favor yo recibiese, que con razón fuera tenido por desagradecido si contra él pusiera las manos, por donde la vuestra merced no me debe tanto culpar.

–Antes esso os la pone toda –dixo la princessa–, pues hérades obligado a reconocer de quién recibíades la principal merced.

–No ay en el mundo de quien la vuestra merced mejor fiarse pudiera –dixo Ariobarçano–, mas vuestra vista le causó tal turbación que me maravillo cómo á buelto en sí.

–No sé cómo crea essas cosas –dixo la princessa–, que me parece son dichas en disculpa de lo passado, por donde con razón –dixo a don Belianís–, no podríades combatir con don Daristeo.

–¿Qué aventura es essa? –dixo don Belianís.

La princessa se la contó como antes la avían oído.

–D’essa suerte –dixo don Belianís–, sea la vuestra merced servida de me dar licencia para provar mi ventura con la de don Daristeo, porque, llevando yo vuestro mandamiento, llevaré la justicia conocida de mi parte.

–No quiero yo –dixo la princessa– pagaros la buena obra recebida tan mal, que sería aventurar la vida donde no se espera fructo alguno, que a don Daristeo no le han de querer todas las damas por su cavallero, y así cada una tendrá el suyo en el grado que le pareciere.

–La licencia –dixo don Belianís– no ay por qué se me deva negar.

–Justo es que se le conceda –dixo Ariobarçano–, que a la vuestra merced no le vendrá desgusto alguno.

–Yo se la concedo –dixo la princessa–, y plega a Dios que salga con aquella victoria que él dessea.

Quando, cerca de la ciudad, toparon con algunas de las donzellas y cavalleros de la princessa, los quales dixeron qu’el emperador hera buelto a palacio, que una leona le avía herido en una pierna.

Capítulo segundo: De lo que subcedió a los príncipes don Belianís de Grecia y Ariobarçano de Tartaria en la ciudad de Colonia.

Por la ciudad de Colonia entraron aquellos príncipes acompañando a la bella Claristea, a tal ora que, siendo ausente la claridad del sol, fueron recibidos con tantas luces que no se echava menos la que en el día se les podía participar. Ario- /5-rº/ -barçano llevaba de rienda a la princesa; don Belianís venía de la otra parte, siendo mirados por muchas personas, teniendo a los cavalleros por los más dispuestos que visto huviessen, especialmente a don Belianís. Y assí llegaron hasta los reales palacios, siendo recibidos por muchos príncipes y cavalleros, cuyo comedimiento y manera de servicio a los príncipes dexó muy agradados; y, subiendo a lo alto, supieron que al emperador acabavan de curar de la herida que la leona le hiziera. La princesa se entró hasta la cama, llevando delante a los príncipes, y hallaron con él a don Daristeo.

–Bien parece, mi señor –dixo la princesa–, que no tenía vuestra alteza tales aguardadores como yo, que hos hago saber que por este esforçado cavallero –señalando a Ariobarçano– la leona que a vos hirió no me dio a mí la muerte.

Y luego contó de la manera que la librra, encaresciendo grandemente su esfuerço. El emperador se sentó sobre la cama, abraçando los cavalleros, agradesciéndoles mucho el socorro que a su hija havían hecho; y, siendo puestas las mesas, se sentaron a cenar. La princesa Claristea, acordándosele cómo con el temor que la leona le pusiera se abraçara con don Belianís, ponía algunas vezes los ojos en él, causando en don Daristeo grave pena, paresciéndole que afición que le tuviese lo causase; y, aunque vía que el príncipe muy pocas vezes por ella mirava, como cosa natural de los celos, no hera parte para le quitar su sospecha. El príncipe don Belianís, que se vio en tan dulce conversación como la de la princesa y infanta Lindorena, hija del rey de Celandá, y otras muy hermosas damas que allí estavan, y par de sí Ariobarçano, començó a pensar cómo, estando en Babilonia en semejante conversación, havía sido por aquel príncipe llegado al punto de la muerte, y quán sin punto de remedio de poder ver a su señora al presente se veía; y divertiose tanto que, olvidado de todo punto él dónde estava, puesta la mano en el plato, se quedó embelesado, y aun algunas lágrimas le vinieron a los ojos, de tal suerte que todos dieron de ver en ello. Don Daristeo, tomándolo por ocasión para atravesar con él, le dixo:

–¿Qué havéys avido, señor cavallero, que tanta flaqueza avéys mostrado? Hágoos saber qu’el mal de los amores en estas partes tienen poco remedio en llorar como donzellas, sino en tener esfuerço como cavalleros. Por tanto, mirad si yo por vos hazer algo puedo, que por lo que mi señora, la princesa, os deve, lo haré de buena voluntad.

Muy corrido se halló don Belianís en ver cómo don Daristeo le motejara de donzella, y sintiendo la sobervia con que lo dezía, estimándole en poco, le dixo:

–Si el mal que a mí me á lastimado, infante don Daristeo, vos fuérades parte para sentir, bien creo no hablárades semejantes razones, porque ni los lastimados coraçones con yerro defienden su pena, ni la obra de sus apasionados effectos se puede templar con esos esfuerços que vos dezís. Y

en lo demás de vuestro ofrecimiento, yo os lo agradezco, aunque os hago saber que es mi mal de tal calidad que muy poco remedio por vuestra parte le puede ser dado, porque aviéndose procurado por otros muchos a quien todos los buenos subcessos se devían, no hizieron en ello más que dexarme de todo punto sin esperança alguna. Y porque veáys que no con menos rigor que vos soy tratado, por me haver puesto el Amor en el más alto grado de pensamientos que él pudo, tomad este mi gaje*, que yo os prometo de provar mañana mi poca ventura con el mucho esfuerço vuestro y de vuestros hermanos.

Y, quitándose la daga de la cinta, la arrojó a sus pies. Y don Daristeo la tomó, tan ayrado q[u]e³⁴⁷ le diera con ella si el temor de enojar a la princesa no se lo impidiera; la qual, con reçelo que don Daristeo se descomidiese, les dixo /5-vº/ que por su amor no se ablasse más en ello. Lo mismo les mandó el emperador, con lo qual don Daristeo se fue luego a su posada, tan enojado que fuego echava por las narizes, jurando y prometiendo que del cavallero sería vengado. El emperador mandó quedar a los príncipes en palacio, y en el aposento que les fue dado se entraron a reposar. Lo mismo hizo la princesa en el suyo, y huviendo quedado con sola la infanta Lindorena, le dixo:

–¿Avéys visto, infanta, de qué manera y con qué ar[r]ogancia trató aquel cavallero a don Daristeo, sabiendo ser tal príncipe? Cierito os digo que desseo más que a gran cosa saber quién él y su compañero son, que tanto se precian.

–Si tanto como esso la vuestra merced lo dessea –dixo la infanta–, presto lo podremos saber, porque este aposento está echo de tal suerte que sin ser vistas los podremos ver y oír lo que dixeren, y no es menos sino que d’ello se entienda.

–No querría por todo el mundo que fuésemos sentidas –dixo la prinçesa.

–No ay que tener reçelo –dixo la infanta.

Y, trabándose por las manos, se pusieron en tal parte donde podían muy bien oírlos. Dezía Ariobarçano:

–¿Qué fue lo que sentistes, que tan trasportado hos dexó en tal parte donde por razón uviérades de dissimular qualquier pena por no caer en falta?

–No fue más en mi mano –dixo don Belianís–, porque, como viesse a la prinçesa y sus damas, se me acordó de Babilonia, quando, estando en semejante conversación, fuy por vos llegado al punto de la muerte, representándoseme al natural quán a tiempo para mí avía sido la benida del emperador, mi padre, y cómo sobre tan grandes rompimientos, que creo fueron los mayores del universo, en que la Fortuna no dexó de mostráseme favorable, al fin de todo punto quedé sin esperança de remedio; y aunque, a la verdad, la sobervia haze escurecer mucho la fama que este don Daristeo de esforçado me dizen alcança, él y sus hermanos con razón me podrían dessear la muerte, porque a mis manos murió Balurdán, su agüelo, cuyo esfuerço no les baldría poco tenerle.

³⁴⁷ qne.

–Más les baliera –dixo Ariobarçano– que no huviéades venido a estas partes, que con otro pudieran experimentar sus fuerças.

–Dexémonos d’esso –dixo don Belianís–, no sea mi señor querer hazer burla de quien no dessea más que vuestro servicio; y dame tú, Flerisarte, esse laúd, y vos otros acostar.

Y dándole, el ayre començó a tañer con tanta suabidad que en la princesa Claristea causó admiración y aún enojo, oyéndole dezir que era hijo de emperador y contar otros amores. Y no se queriendo más detener, trabando por la mano a [Lindorena]³⁴⁸, se fueron acostar, passando la mayor parte de la noche en pensar en el peligro en que otro día el príncipe a su causa se avía de ver.

Capítulo tercero: De la batalla que el príncipe don Belianís huvo con el infante don Daristeo y sus hermanos.

Benida que fue la tan deseada mañana del siguiente día, quando el lucido Febo con sus acostumbrados carros començó a dar buelta por la universal redondez para la sustentación de los mortales, el príncipe don Belianís, no se olvidando de lo que le cumplía, levantándose de su lecho, miró sus armas, porque el descuydo no perdiesse lo que su fortaleza assegurava; y, vistiéndose ricamen[t]e³⁴⁹, él y Ariobarçano salieron a la sala para, en siendo ora, visitar al emperador, aunque su herida no hera cosa que le impidiesse el levantarse; mas a esta sazón, de parte de la bella Claristea fueron llamados, que más de mañana se avía levantado por saber si a don /[[6]³⁵⁰-rº/ Belianís alguna cosa para la batalla le faltasse. Y, entrando en una quadra donde estava, la princesa muy turbada se levantó a los recibir.

–¿Qué es esto, mi señora? –dixo don Belianís–. ¿No bastan las mercedes recibidas, si no hazémosla agora tan abentajada de queremos ver antes que por el vencimiento de la batalla ayamos ganado el nombre del merecimiento?

–Como quiera que sea –dixo la princessa–, aún os tengo yo por merecedor de otras mayores, y no creo menos lo tenéys vos entendido.

Y viendo a Ario Barçano muy ocupado con las damas, muy passo le dixo:

–No ay por qué, valeroso príncipe, de mí queráys encubriros, que ya por vuestra persona y obras soys conocido. Tened por bien que el emperador lo sepa, porque no cayga en falta de lo mucho que se os deve; y sabed que tenéys por mí de hazer una cosa que creo no os causará desgusto alguno.

Pesole grandemente a don Belianís de ser conocido y, fingiendo contentamiento, le dixo:

–No sé qué ha sido la causa, soberana señora, el aver querido tomar cuydado de saber quién

³⁴⁸ *Claristea.*

³⁴⁹ *ricamenre.*

³⁵⁰ Error en la foliación: página numerada como 9. El error subsiste a lo largo de toda la obra, de manera que desde aquí los folios son numerados desde el 9, y no desde el 6, como corresponde.

soy; pero, pues ya os [es] notorio, no quiero por otro ser conocido. Y en lo demás, no ay sino mandar, que será por mí obedescido.

–Pues sabed –dixo la princesa–, que yo quiero que, después que ayáys vencido a don Daristeo y sus hermanos, guardéys la misma aventura que él, defendiendo por veynte días a todos los cavalleros que ninguno con más razón meresce ser galardonado que vos.

–Grande impedimiento y embaraço me es –dixo don Belianís–, que antes d’esse tiempo tengo dada la palabra de ser en otra parte; mas, pues no puede ser menos, estoy presto de cumplir lo que por vos me es mandado.

–Como quiera que sea –dixo la princesa–, yo quiero en esto cumpláys mi voluntad. El término es breve, y después os podréys partir donde quisiéredes.

Y a esta sazón entró la emperatriz, a la qual los príncipes pidieron las manos.

–Yo quiero, señor cavallero –dixo la emperatriz–, pues a causa de mi hija se os ha ofrecido tal batalla, proveeros de unas armas, las mejores que ayáys visto.

Y luego fueron allí traídas. Bien eran tales como la emperatriz dixera, y por ellas puestos muchos leones, hechos de muy rica pedrería. En el escudo avía cinco, y un cavallero que con una cadena los tenía atados; la horla y el brocal, de finíssimo oro. Muy agrado fue don Belianís de las armas, y más de una daga que con ellas venía, la qual la emperatriz le dixo que guardasse mucho, porque, según el sabio Alaster le dixera, que con ella avían de ser acabadas grandes aventuras, y que [a] aquellas armas le faltava la espada, la qual estava informada tenía en su poder el príncipe de Grecia. Don Belianís, aunque por fuerça, le besó las manos, diziendo:

–Soberana señora, a cavallero que tan altas mercedes se le han hecho, todas las venturas del mundo se le deven.

Y, ayudándole a armar Lindorena y Ario Barzano, y aviéndole dicho que don Daristeo estava en el campo y que el emperador quería salir a la batalla, baxó de palacio. Y en saliendo halló a los reyes de Celandia y Suebia, que le estava atendiendo con la mayor parte de los cavalleros de la corte; los quales tomaron el yelmo y la lança que Ario Barçano llevaba, teniéndolo don Belianís a estraño comedimiento, y, poniendo el cavallo a unas y a otras partes hasta llegar a los arcos del palenque, pareciéndoles estar hechos con sobervia magestad, le dio una buelta. Estavan hecho[s], en torno a la mitad de la carrera de un cavallo, cinco arcos triumphales, tan costosos que no dexavan de causar admiración. Detúvose algo don Belianís, tanto que, causando enojo a Menoriano, que el primero arco guardava, le dize:

–Vos, cavallero, olvidado devéys de venir de lo que se ha de hazer en este campo.

–No lo estoy tanto –dixo don Belianís–, que vuestra sobervia a qualquiera causara entera memoria.

Entonces le enlaçaron su yelmo y, tomando la lança, tomó la parte del cam- /6-vº/ -po que le cumplía. Otro tanto hizo Menoriano. Partieron el uno para el otro y encontráronse con tanta fuerça

que, aunque Menoriano hera valiente cavallero, vino al suelo tal como muerto, que no meneava pie ni mano. Todos cuydaron que lo fuesse, y aún don Belianís también, en quien ningún movimiento el encuentro de Menoriano causó. Y, passando adelante, vio venir al baliente Lastorel armado de unas armas negras, y en el escudo la bella Claristea, muy al natural. Este arco caía más junto a los miradores que otro alguno. Traía en sus manos una hacha de azero, y otra en el arzón de la silla; y, llegándose a don Belianís, le dixo que tomasse una de aquellas hachas, que con aquellas armas y no otras le cumplía morir o vencer.

–Plázeme –dixo don Belianís–, aunque d’estas soy poco ussado.

Y tomando la una, dexó la lança. Viniéronse el uno para el otro. Lastorel hirió a don Belianís tan bravamente sobre el yelmo que, como no le pudiesse cortar y el golpe fuesse dado con tanta furia, todos los correones fueron hechos pedaços, y la sangre le salió en abundancia por los oídos y narizes. Mas apenas hubo executado su golpe quando vino al suelo, cayéndole por la visera del yelmo tanta sangre que parecía estar degollado, porque a los braços del extremado príncipe no había esfuerço que resistir pudiesse; el qual, buelto del enojo del golpe que rescibiera como una cruel serpiente, saltó del cavallo y, como el yelmo estuviesse sin correas, saltó de la cabeça; y quitándole el suyo a Lastorel, le vio tan cubierto de sangre y tan mortal que, no haziendo quenta d’él, le dexó. Y limpiando su rostro de alguna sangre que tenía, dexando a los presentes suspensos con estraños golpes que le vían hazer, tomó su yelmo en la mano y cavalgó en el cavallo sin poner pie en el estrivo. Y, hallándose junto al [mirador] donde el emperador estava, preguntó si, conforme a los campos de Alemaña, podría adereçar aquel yelmo, pues ya el cavallero con quien la batalla començara era vencido.

–No –dixo el emperador–, aunque, si queréys, podéys tomar uno de los cavalleros vencidos, pues ellos y sus armas son a vuestra voluntad.

–Si del mío –dixo el príncipe– no me puedo ayudar, de otro alguno no lo quiero.

Todos se lo tuvieron a estraño esfuerço, aunque algunos a locura, paresciéndoles que el no conocer los cavalleros le hazía hazer tal desatino. Mucho pesó d’esto a Ario Barçano, y más a Claristea, que no lo quisiera ver en tal peligro. Don Belianís, que por otros peligros passara, se llegó al tercero arco, que Pandriano el Fuerte guardava, armado de unas armas verdes partidas con oro, muchos leones negros por el escudo, que de su padre Valurdán fueran. Este era el más valiente y animoso de los quatro hermanos; hera a maravilla muy mesurado, tan diferente(s) de los otros que no se pensava ser su hermano. Estava tam bien puesto a cavallo que a don Belianís dexó m[u]y³⁵¹ agradado; y, como con él emparejase, Pandriano le dixo:

–Esforçado cavallero, aunque, conforme al uso d’esta tierra, vos no podéys tomar más armas de las con que entrastes, gran plazer recibiría que las tomásedes, porque de otra manera vuestra

³⁵¹ *mny.*

persona, a falta de armas, recibiría peligro, estando con ellas tan seguro; porque vos hago saber q[u]e³⁵² no a falta de vuestra valerosa persona, sino por no aver sido d'ello avissado, no os avéys avido en esta batalla como teníades necessidad. Porque, no se os aviendo rendido los cavalleros con quien avéys peleado, si vos quedan, podría ser contra vos en qualquier parte d'este trance en que a ellos les estuviere mejor, y a mayor daño vuestro.

Muy agrado quedó don Belianís de la cortesía de Pandriano, y del aviso que le dava claramente conosció su esfuerço; mas, como ya él estuviesse determinado en todo lo que hazer le cumplía, le respondió:

–Estremado cavallero, mayor temor me han puesto los tan abentajados cumplimientos vuestros y soberana criança que no la pavosora muerte, aunque mis ojos la vieran repre- /10-rº/ - sentada, pues con ella se muestra el esfuerço vuestro ser más cumplido de crecidas obras que de sobradas palabras; y, pues en la batalla de la razón por vos he sido vencido, no lo quiero ser en lo demás por mi propria mano. Por tanto, si sin vuestra batalla el fin de mi demanda alcançar no se puede, cúmplase como fuere possible, con que vos certifico que la recibo sin comparación mayor de mí mismo en averla con vos.

–D'essa manera –dixo el fuerte Pandriano–, hágase como os pareciere.

Y, dándole una hermosa clava de azero que en la mano traía, él tomó otra, como aquel que era de los más diestros en ella que por todas aquellas tierras se hallava. Y, comenzando a tentarse el uno al otro por ver por la parte que más daño se podía causar, el príncipe don Belianís hirió a Pandriano de un golpe tan bravamente que el escudo le hizo pedaços, y juntándosele con los pechos las platas del arnés le hundió para dentro tanto que le hazían perder el aliento. Y no se deteniendo allí, acertando en el arçón de la silla le hizo menudas pieças, y el cavallo incó ambas manos en el suelo. Pandriano le pensó herir sobre la cabeça, con que se feneciera la batalla, mas don Belianís, que en todas armas era más diestro que no él, cruzando la clava le reparó* el golpe, y en un punto, apretando las espuelas al cavallo, cerró* con él. Echándole sus fuertes braços a cuestas le sacó de la silla, y sacando los pies de los estrivos saltó con él en el suelo, donde, aunque Pandriano con estremada fuerça se pensó escabullir, no le aprovechó punto, porque vino al suelo, perdida la mayor parte del aliento. El príncipe le quitó el yelmo, diziendo:

–Señor cavallero, aunque mi voluntad no os ha errado, suplícoos me perdonéys si algún daño os he hecho, porque os certifico que no menor voluntad os he cobrado por vuestra virtud que vos la tenéys a qualquiera de vuestros hermanos.

–Estremado cavallero –respondió Pandriano–, yo os tengo en soberana merced la que de vuestras obras y palabras recibo; y en lo demás, hazed vuestro poder contra los que quedan, porque por mi parte no os será echo estorvo alguno, pues para siempre quedo por vuestro, con la voluntad

³⁵² *que.*

que, cumpliendo a vuestro servicio, mis obras lo mostrarán. Y acabaos de desarmar, porque contra mis hermanos avéys de aver batalla sin armas ningunas más de las que por su parte os fueren dadas.

–Plázeme –dixo don Belianís.

Y con esto llegaron los reyes de Polonia y Suebia, que ya sabían las condiciones con que la batalla se avía de hazer, alegres porque el argullo de don Daristeo se yva baxando. Y ellos le desarmaron, dexándole en calças y en jubón, con sola su espada. Tan agraciada era su apostura que, aunque hasta entonces no le vieran, todos desseavan huviesse la victoria.

Passó hasta entrar en el quarto arco, el qual era todo labrado de muy rica maçonería de oro, con tantas pinturas y follages que combidava a ser mirado. Delante d'él estava, de la manera que él venía, el esforçado y valiente Silanor. En las manos traía quatro agudos puñales, que entonces de muchos que allí tenía se escogiera, y con un paje embió los dos a don Belianís. Y con la saña que tenía del vencimiento de sus hermanos, no curando de hablarle palabra alguna, movió para él con determinación de le dar la muerte, aunque la suya por el consiguiente le sobreviniesse, llevando en cada mano un puñal, trayéndolos de la misma forma don Belianís. Y, fingiendo querer entrar con él para le herir, don Belianís estuvo quedo por esperar con cordura su acometimiento, por ser, como aquella era, una de las peligrosas batallas que passarse pudiera. Mas no le acaeció como él pensava, porque Silanor, que aquello aguardava, le arrojó el puñal que en la mano derecha llevaba con tanta fuerça que si el príncipe, sintiendo el ardid, no desviara el cuerpo, le passara de un cabo a otro; mas con todo no se pudo desviar tanto que acertándole por el braço siniestro no se le pasasse todo hasta la otra parte, quedando el príncipe tan mal ferido que con el enojo, no se acordando de cosa alguna, cerró tan presto con él como los apresurados azores con la caça hazer suelen. Y, aunque Silanor le quiso /10-vº/ tornar a herir no le [a]provechó³⁵³ punto, que con el braço hechó de fuera el golpe, tomándole de muy dentro. Mas Silanor fue herido de tres mortales heridas, tales que cada una d'ellas le llegava al hueco de las entrañas, causándole mortal desmayo.

Mas cierto a esta ora fue el príncipe don Belianís en el más notable peligro que jamás se vio, porque, siendo bueltos en su acuerdo Lastorel y Menoriano, havíanse llegado por ver el suceso de la batalla de Silenor; que, como le viessen tan mal herido, poniendo mano a sus espadas, no se les acordando de lo que a buenos cavalleros eran obligados, arremetieron por le dar la muerte, con harto pesar de los que los miravan, especialmente de Claristea y Lindorena y de Ario Barçano, que, aunque hasta entonces ningún temor tuviesse de la batalla, fue fuera de sí de pesar. Mas don Belianís, que de aquella suerte les vio venir para sí, pesándole que su descuydo le huviesse puesto en aquel peligro, se encomendó de todo coraçón a Dios, y con la presteza possible se desvió d'ellos, que ciegos por le herir venían, y a Menoriano hirió por un hombro con tanta fuerça que le hizo una mala herida; y, soltando los puñales con la presteça que su ventura requería, puso mano a su espada e hirió a

³⁵³ *o*provechó.

Lastorel en la cabeça de tan cruel herida que dio con él de manos. Mas él fue herido malamente por Menoriano en una pierna, y matáranle si, saltando al trabés, no se librara de otro golpe; mas él tornó a herir a Lastorel, y dio con él en el suelo junto a su hermano; y, cuidando que conforme a las heridas que tenían no sería possible levantarse, reparó el golpe de Menoriano y entró con él a los braços, trabándole tan reziamente que no le dexava alentar. Y, alçándole del suelo en sus braços, dio con él tan gran cayóda que le estordecíó*. Pandriano, a quien tanto de la muerte de don Belianís como de sus hermanos pesara, teniendo miedo que con enojo los mataría, se le puso delante, diziendo:

–Cavallero, pues poner mano en quien defender no se puede antes desminuye que acrecienta la gloria de vuestro vencimiento, suplícoos tengáys por bueno de otorgar la vida a estos cavalleros, que yo en su nombre os otorgo su vencimiento; el qual, si antes pidiérades, huviérades escusado este peligro, aunque ha sido para que mejor se conozca vuestro valeroso esfuerço.

–Muy contento soy –dixo don Belianís– que se offrezca algo en que complazeros, y aunque aviéndose avido conmigo tan mal no huviera de usar de piedad. Pero hazed como os pareciere, que yo no saldré d’ello.

Y con esto, rindiéndole las gracias todos los presentes, tan elevados en ver las maravillas de armas que aquel cavallero hazía, que nu[n]ca³⁵⁴ de otras semejantes oyeran hablar, el emperador se bolvió a los que par d’él estaban, diziendo:

–Cierto, tales cosas como las que este cavallero ha hecho en mi presencia, si otro me las contara, yo no les pudiera dar crédito. No creo que aquel tan afamado príncipe de Grezia ni los otros sus hermanos, ni el emperador don Belanio, su padre, que agora por la flor del universo son tenidos, tales las bastaran [a] hazer. Yo querría que la batalla de don Daristeo se quedasse para mañana, porque es tarde y el cavallero está tan herido que sería gran sinrazón dexarle hazer más batalla.

Y con esto el rey de Dacia, por mandado del emperador, baxó a dezírselo; mas, quando allegó, ya estaban con don Belianís Ario Barçano y los reyes de Celandia y Suebia, ayudándole a armar de sus armas. Gran pesar tenía Ario Barçano de le ver tan herido, cuidando que se desangraría. El rey de Dacia le dixo:

–Esforçado cavallero, el emperador, mi señor, manda deziros que tengáys por bueno que la batalla del infante don Daristeo quede para mañana, y no queráys en un día mostrarnos el remate de vuestras hazañas, que lo mismo me manda dezir al infante don Daristeo.

Mucho le pesó a don Belianís de lo que el emperador le mandava, cuidando que, si lo tal hiziesse, no cumplía enteramente con su honra. Y, acordándosele de las sobradas palabras de don Dariste[o], le dixo al rey:

–Poderoso señor, conocida co- /11-rº/ -sa es que lo que el emperador, mi señor, me manda, me estaría a mí mejor que otro alguno, assí por mis heridas como por estorvarme una batalla de tan

³⁵⁴ *nuuca*.

valeroso príncipe como don Daristeo; y a esta causa y del mandado del emperador yo fuera muy contento se quedara, mas yo tengo prometido de no comer ni salir d'este campo, salvo vencido o vencedor. Por tanto a tal intercessión recibades culpa, con el emperador, en no cumplir vuestros mandamientos, que certifico que no es en mi mano hazer otra cosa.

Y con esto, tornando a dezir a don Daristeo que si le plazía fuesse su batalla en medio de la plaça, y siéndole otorgado por don Daristeo, cuydando que contra su esfuerço nadie bastava a resistirle, y menos aquel cavallero a quien él vía tan herido, y delante de su señora Claristea; la qual, bolviéndose a Lindorena, le dixo:

—¿Qué os parece de tal cavallero, que a mí turbada me tiene? Gran temor tengo d'esta postrera batalla; el coraçón me representa que tengo de recibir algún pesar. Quiérome quitar de aquí, que me muero en verle en tan extremo peligro.

—No lo hagáys, mi señora —respondió Lindorena—, que daréys que pensar alguno cosa que por todo el mundo no combiene. Tened muy buen coraçón, que ya se os participa algo de quien tan vuestro ha de ser, y veamos la respuesta que tray el rey, que podrá ser que no se haga la batalla.

Pues llegado el rey de Dacia ante el emperador, le dixo lo que don Belianís le respondiera, que por todos a estremado esfuerço fue tenido. Pues a esta hora, como los cavalleros estuviessen a punto de lo que les cumplía, hecha la señal acostumbrada enrristraron sus lanças y movieron el uno para el otro, y con la ligereça de los cavallos en un punto se ajuntaron. Don Daristeo encontró a don Belianís algo baxo, tanto que la lança topó en el arçón de la silla, que guarnecida de muy fino azero estava, y passándolo el yerro de la lança, que muy baxo yva, le hizo una herida en un muslo, de que le començó a correr mucha sangre. Don Belianís le encontró a don Daristeo por medio del escudo, el qual fue falsado* juntamente con el arnés, y en los pechos le hizo una herida. Fue encontrado con tanta fuerça que le arrancó de la silla y dio con él en el suelo gran caýda, mas al passar su cavallo encontró con el de Daristeo y cayeron entr'ambos, aunque don Belianís muy ligeramente se apeó porque no le tomasse debaxo. Mas, quando quiso yr sobre don Daristeo, no pudo, que la herida del muslo no dava a ello lugar, y huviera dado de ojos. Procurando encubrirlo por el peligro, sin que don Daristeo lo conosciesse, se entretuvo algún tanto, aguardando a ser por él acometido, que a esta sazón ya venía no poco corrido por aver sido derrivado, y con la saña que traía, no como cavallero atentado* hechó el escudo a las espaldas, poniendo ambas manos en la espada, cuydando que, pues su contrario estava sin escudo, acabaría de aquel golpe la batalla. El príncipe griego, viendo que a detenerse algún tanto corría peligro de la vida si la pierna se le refriasse, reparándose con su espada esperó el golpe, y aunque fue herido de una mala herida, afirmándose sobre el otro pie, cerró con él. Y, sin que lo pudiesse escusar, le hechó sus fuertes braços a cuestas, que, cogiéndole medio desbaratado, diera con él en el suelo si, como cavallero valeroso, soltando la espada, no pusiera sus fuerças con las de don Belianís, que eran tan aventajadas que, levantándole del suelo, dio con él una muy mala caýda. Y como su victoria consistiesse en la presteça, puso mano a su daga, teniendo firme

el brazo derecho de don Daristeo, y poniéndosela a la cabeza le amenazó de muerte si no se rindiese, desdiziéndose de lo que contra él avía dicho.

–D’esso me pesa –dixo don Daristeo–, que el rendirme, pues soy vencido, no ay para qué.

Y con esto, siendo llegados los juezes, pregunta si havía otra cosa que hazer.

–No –dixeron ellos–, y esto es bien que aya tenido tales testigos, porque pueda ser creído.

Don Belianís se incó de rodillas, dando gracias a Dios de la victoria, y, quando se quiso levantar, no pudo. Mas /11-vº/ a esta hora ya el emperador y princesa estaban en la plaça, con tal alegría de Claristea que a don Daristeo causó mayor pesar que de su vencimiento. A don Belianís llevaron a palacio, mas antes que del campo saliesse encomendó a Ario Barçano la guardia de su lugar.

Capítulo 4: De lo que Claristea hizo después que don Belianís fuera sacado del campo.

Llevaron al príncipe don Belianís a su aposento, harto sospechoso de su vida, aquellos a quien de le curar f[u]e³⁵⁵ dado cargo. La emperatriz y la princesa no se quisieron quitar de su aposento hasta que fue curado, y al despedirse, más turbada Claristea que dezirse puede, se llegó a la cama y, sin que por nadie le fuese oído, le dize:

–Mi señor, no dan lugar las heridas vuestras ni la pena que a mí me causan para declarar la gloria de vuestras hazañas ni el contentamiento que yo más que todos d’ello recibí. Vuestro buen conocimiento supplirá lo que no soy parte para deziros.

No esperó respuesta, porque se yva con la emperatriz; y don Belianís quedó solo, reposando algún tanto, que aunque muchas heridas tenía, ninguna era de peligro, dado que se le fue mucha sangre. Buelta Claristea a su aposento, no cessava de abrazar a Lindorena, diciendo:

–¿Qué os parece, prima, de tan baleroso esfuerço? Gran temor tengo que este príncipe griego me ha de causar grave daño.

–No tengáys tal pensamiento –dezía Lindorena–, que vuestro estado y hermosura a qualquier humano merescimiento biene muy sobrado.

–¡Ay de mí! –dezía Claristea–, que creo tendrá el corazón ocupado en otra parte que por razón no será menor.

Y diziendo esto bañava sus ojos en lágrimas.

–Mi señora –dixo Lindorena–, sosiég[u]esse agora vuestro pensamiento, que yo le hablaré y entenderé su voluntad, que cavallero tan estimado no tendrá falta de buen conocimiento. No juntéys agora ningún pesar con el plazer de su victoria.

–Con esso quedo yo consolada –dixo Claristea.

³⁵⁵ *sosiéguaesse.*

Assí passaron aquella noche y otras dos, embiando a saber de don Daristeo. Mas ya no le bastando el coraçón a Claristea porque Lindorena a don Belianís hablasse, a la emperatriz suplicó le fuesen a besar. Y ella mandó que fuesen ellas y le viessen de su parte, porque no se sintía bien dispuesta; que, no siendo para ella de poco contento, con todas las reynas y princesas de la corte se fue al aposento de don Belianís; al qual hallaron hablando con Pandriano, que no poco amigos de allí adelante fueron. Y, viendo a la princesa, fingió quererse levantar, mas ella le fue a la mano, diziendo:

–No queremos, señor cavallero, ser causa de vuestro daño, sino de vuestra salud.

–Yo beso vuestras manos, mi señora –dixo don Belianís–, por la merced de la visitación, en la qual está la salud tan cerca quanto tan gran bien lo requiere.

La princesa se fue a sentar con las damas a un estrado y, llamando a Pandriano, le començó a preguntar por sus hermanos, dando lugar a que Lindorena, llegándose a la cama, le preguntó qué tal se sentía de las heridas, que si quis[i]esse repartirlas algunas abría que las ayudassen a llevar.

–Yo lo creo, mi señora –dixo don Belianís–, que donde tan altas mercedes se me han hecho, essa sería tan cierta como todas mis heridas. Por agora, yo las sufriré con vuestro favor, que no son de mucho peligro.

–No son assí las que vos days –dixo Lindorena–, que alguna[s] creo causarán la muerte.

–¿Por qué dize esso la vuestra merced? –dixo don Belianís.

–Dígolo –dixo Lindorena– porque avéys sido el cavallero de más ventura que se aya visto, que yo he entendido que la princesa, mi señora, con ninguno casaría de mejor voluntad; y aún con el emperador sería muy fácil de acabar.

–Tal ventura como essa, mi señora –dixo don Belianís–, no está guardada para cavallero de tan poco merecimiento, que sería locura pensarla.

–Dezidme vuestra voluntad –dixo Lindorena–, que no sería mucho que fuéssedes en breve emperador /12-rº/ de Alemania.

Muy turbado fue don Belianís de la desemboltura de Lindorena, y pesole en el alma, que bien vio que no sin causa dezía semejante cosa; y con esto le dize:

–Mi señora, por agora mis heridas no dan lugar a responderos, que a tan gran cosa no es bien responder sin más acuerdo.

Y con esto, acordándosele de su señora, y de la suerte que fue d'ella visitado quando la princesa Imperia le curara de sus heridas³⁵⁶, que casi estaban todas de aquella suerte, ymaginando quán apartado al presente estava de su vista, le vinieron gran abundancia de lágrimas a sus ojos, y no solo ellas, mas aún el coraçón con la mucha flaqueza le desamparó; y, sobreviniendo un rezió desmayo, tan fuerte que quedó tal como si el alma de las carnes se le huviera apartado, de suerte que, quando Lindorena le quiso tornar a hablar, viéndole tal, dio una gran voz toda alterada, a la qual

³⁵⁶ Este episodio, en el que don Belianís recibe en sueños la visita de Florisbella, está relatado en el capítulo 19 de la *Segunda Parte*.

llegó con más pena Claristea y sus donzellas; las quales comenzaron a apretarle sus hermosas manos y a darle con alguna agua en el rostro, con lo qual a poca pieça tornó en sí, con unos sospiros que el alma parecía que se llevaba tras sí.

–¿Qué es esto, señor cavallero? –dixo la princesa Claristea–. Creo que nuestra visitación os ha hecho daño, según el grave accidente lo á mostrado, que me parece estuvo muy cercana vuestra muerte.

–No estuvo en más –dixo don Belianís– de querer acabar el pensamiento de hazer su oficio.

–No sabríamos –dixo la bella Claristea– quién son estos amores que tanta pena os dan, que de buena voluntad seremos todas medianeras de vuestro remedio, escrivíéndole quán merecedor soys de qualquier favor, aunque esto ya le deve de ser a ella notorio.

–Mi señora –dixo don Belianís–, es mi mal tan sin remedio que aún para publicarle no soy parte, por donde no pueden obrar en mí las medicinas.

En estas pláticas y otras estuvieron muy gran pieça aquellas señoras con el príncipe, no aviendo lugar para que Lindorena le pudiesse tornar a hablar, de lo qual a él placía mucho. Y, aunque Lindorena quisiera luego la respuesta, no se le dio mucho, pareciéndole que con quanto más acuerdo se le diesse, sería más conveniente para la princesa, porque el estado y hermosura suya en qualquiera corazón bastava hazer mudança.

Assí se despedieron, dexándole más aliviado, y al despedir Lindorena le dixo muy passo:

–Pensad, mi señor, en la respuest[a]³⁵⁷ de lo que vos tengo dicho, porque bolveré por ella más presto de lo que vos cuydáys.

Y assí se bolvieron a su aposento; donde, haviendo Lindorena contado a la princesa quanto con don Belianís passara, ella fue muy alegre, aunque con tanto cuidado de su respuesta que la tenía fuera de sí, dado que tenían por cierto no desdeñaría cosa que tam bien le estava, y con razón, porque allende de su hermosura ser tal como os havemos dicho, el desseo de tan grande estado bastava a mover qualquiera corazón.

Capítulo 5: De lo que en la guarda subcedió al príncipe don Belianís y cómo se partió d'ella en busca de un cavallero extraño.

Grandes y continuas batallas passava cada día el esforçado Ario Barçano en la ciudad de Colonia, assí con los alemanes como con otras gentes que a fama de su nombradía venían, publicándose continuamente ser uno de los más valerosos cavalleros que en aquellas partes se oviesse visto, lo qual les dava desseo de provarse con él, y a él davan a la continua quehazer. El emperador estava tan agradao de su esfuerço que no se hazía batalla que él no la saliesse a ver.

³⁵⁷ *respuesto.*

Pues assí fue que un día, que ya de quinze passavan que Ario Barçano la ventura guardava, estando ya levantado y de sus heridas muy mejor el príncipe don Belianís, siendo por la Pascua, que con sus acostumbradas flores el universo regozija, siendo venida la mayor parte del pueblo por ver las batallas que siempre se hazían, y ansí mismo la princesa Claristea e infanta Lindorena, a la sazón que el príncipe don Belianís, acom- /12-vº/ -pañado con el infante Daristeo y el esforçado Pandriano, y Lastorel y los otros sus hermanos, con los quales a intercessión de Pandriano muy crecida amistad tomara, viniendo todos en estimados cavallos y don Belianís en una pequeña acanea* con otros muchos cavalleros que los acompañavan, llegaron a la plaça quatro cavalleros armados de una devisa de armas negras y en los escudos águilas blancas. Con ellos venían ocho cavalleros que las lanças y escudos traían. Venían a maravilla muy bien puestos en las sillas, con que fueron por todos muy mirados; los quales, viniendo ya informados de la aventura, poniendo con mucha gracia y apostura piernas a los cavallos, llegaron hasta la tienda de Ario Barçano, y uno a uno tomaron todos su escudo, apartándose por la plaça, esperando a que tomasse su cavallo. Conoscieron al príncipe don Belianís, y mucho le[s] pesó de le ver muy flaco y demudado. Y, pensando si a la ventura fuesse aquel el príncipe Ario Barçano, con quien le vieron partir de Babylonia, mucho les pesó, que por cosa alguna no quisieran con él aver batalla, como aquellos que eran tenidos por sus amigos: Aligenor del Escudo Blanco, y Poligeno del Escuro Balle, y el infante Arbín del Espada, su hermano de la infanta Matarrosa, con el tan nombrado rey Paremio; los quales en la demanda que todos los otros príncipes se avían partido, y llegados al puerto donde los príncipes desembarcaron, que, siendo conocidos por los marineros le[s] avían dicho cómo don Belianís y Ario Barçano avían salido poco avía a tierra, y en el camino ansí mismo havían sabido de la aventura. Y con este pensamiento, Aliginor se llegó al príncipe Ario Barçano, que ya estava a cavallo, y en lengua persiana le dixo que, si lo tenía por bien, que ellos no querían haver con él batalla de todo riesgo, salvo justa.

–Como vos mandardes, señor cavallero –respondió Ario Barçano–, seré yo muy contento porque, demás que conforme a los carteles de mi demanda, yo no puedo haver batalla con cavallero alguno, sino de la manera que la pidiere, en quitársemela de tales cavalleros es conocida merced que se me haze.

Y diziendo esto, haviendo embiado a dezir al emperador cómo los cavalleros no querían más de justar, ellos tomaron del campo lo que les pareció, estando todos muy agradados, pareciéndoles que aquellos cavalleros devían de ser de alto hecho de armas. Y, haziendo la señal acostumbrada, arremetieron el uno para el otro, y en medio de aquel campo se encontraron de todo poder de sus fuerças, con el qual el príncipe Ario Barçano hubo perdidas ambas las estriveras, mas Aligenor vino al suelo, rompidos los arçones de la silla.

El emperador le mandó dar otro cavallo y, poniéndose en su lugar Poligeno del Escuro Balle, el príncipe Ario Barçano, que del bravo encuentro estava no poco sentido, con algún enojo, llegándose al astería* escogió una muy guessa y fuerte lança, y como acostumbrado a semejantes

trances, haziendo mirar los adereços de su cavallo, movió contra Poligeno, que para él se venía con tanto desseo de le encontrar que erró el golpe. Y Ario Barçano le encontró de suerte que, aviéndole falseado el escudo y aún el arnés, se juntaron de los cuerpos de los cavallos, de tal guisa que Ario Barçano perdió las riendas de la mano, y viniera al suelo si con valeroso ánimo no se tuviera. Y casi salió de su acuerdo, y, mirando por su contrario, vio en el suelo, de que fue tan contento que poniendo las piernas a su cavallo le hizo dar grandes saltos, de que el emperador recibía estraño contentamiento, y aun Lindorena, que ya con pasión juzgava sus cosas. ¡Quién vos diría la pena que d'esto tenía el rey Paremio y el príncipe Arbín, pesándoles ya de no aver pedido las batallas a todo trance!

Tomando el príncipe su lança, dio la vuelta con su cavallo, aviendo hecho lo mismo Ario Barçano, donde en breve se juntaron el uno contra el otro. Las lanças se hizieron pedaços, los cavallos cerraron con tanta furia que ambos escudos fueron hechos pedaços. A cada uno le pareció que con una dura peña huviesse encontrado. El príncipe Arbín de la Espada, no le valiendo nada el valeroso ánimo suyo, vino al suelo; Ario Barçano se abraçó al cuello del cavallo, e hiriéndole de las espuelas, le hizo passar adelante /13-ro/ -lante, turbado del recio encuentro que recibiera.

Y viendo que para él quería venir el postrero cavallero, partió para él, y ambos se encontraron con toda la fuerça de su poder. Perdieron los estrivos, y sin se hazer otro daño passaron el uno por el otro con gentil continente, y tomando otras hizieron lo mismo. Mas a las terceras, enojados de no se poder derribar, se encontraron con tanta fuerça que aquel tan temido rey Paremio, que por uno de los esforçados cavalleros de su tiempo era tenido, fue fuera de la silla. Ario Barçano hizo un tal revés que todos cuydaron que venía al suelo, mas túvose con mucho tiento, como aquel que la muerte antes que caer en tal parte quisiera.

Y siendo los cavalleros derribados, el ruydo de los menestres y todo género de militares instrumentos se començó a sonar, con tanto ruydo que toda la ciudad resonava, dando aquel vencimiento a los presentes estraña alegría. Mas apenas el rey Paremio había [ca]ydo³⁵⁸ quando llegaron por la plaça, por una parte, dos cavalleros armados de unas armas blancas partidas con oro en poderosos cavallos de la misma color, demostrando en sus personas el valeroso esfuerço de sus coraçones; por el otro llegaron otros quatro, los cuales venían de la devisa de los primeros, de armas negras, salvo que los escudos traían cubiertos de flores. Todos venían tam bien puestos que dieron arto que mirar a los presentes, y todos seys, por la orden que avían entrado, tocaron el escudo del príncipe Ario Barçano; que, siendo visto por el príncipe don Belianís, pareciéndole en extremo muy bien, temiéndose del peligro del príncipe Ario Barçano, diziendo al emperador que no se sentía bien dispuesto, se bolvió a palacio, donde se hizo armar de las armas que llevara en la batalla del infante don Daristeo. Y, tomando un poderoso cavallo, se salió para la plaça, causando mucho espanto en

³⁵⁸ oýdo.

aquellos que sabían él estar poco avía tan herido. La princesa Claristea le llamó, preguntándole la causa por que se quería poner en condición, no estando bien sano de sus heridas, rogándole que por su amor se desarmase, si no quería que el emperador se lo mandase.

–Señora –respondió don Belianís–, esta ventura se defiende a mi causa, y no puedo dexar de tomar las armas, aunque creo no serán necessarias. Yo quisiera cumplir vuestro mandado, mas va mi honra en esto.

Assí se llegó a ver a cavallo las justas, acompañado de don Daristeo y Pandriano; las cuales a esta ora andavan tan encendidas que gran sabor era mirarlas. De los quatro cavalleros de las armas negras, Ario Barçano derribara el uno, y poniéndose uno de sus compañeros, que era el [que] más bien a cavallo de todos parecía, llegándose a Ario Barçano, le dixo:

–Bien veo, S[eñor] cavallero, la sin razón que se os haze en offreceros nueva batalla; mas, pues vuestro coraçón a todo se estiende, suplico’s perdonéys nuestro mal comedimiento, que todo será al fin para acrecentar vuestra fama, y sea nuestra batalla con las condiciones que an sido las de los cavalleros passados.

Ario Barçano le rindió las gracias y, tomando cada uno la parte que del campo le cumplía, dieron la buelta con sus cavallos. Con tanta ligereza como si alas tuvieran, juntáronse en la valerosidad y aventajada fuerça de sus braços; los escudos y arneses fueron falsados, los hierros de las lanças tocaron en las carnes, donde fueron heridos; juntáronse los cuerpos de los cavallos, escudos y yelmos, tan bravamente que Ario Barçano vino al suelo. El cavallo del Cavallero de las Flores, que más rezios tenía los pies que la yedra en las paredes donde se arrima, con la fuerça que puso por tenerse, rebentó; donde, visto por el Cavallero de las Flores, saltó d’él con la ligereça de un abe. Vio [a] Ario Barçano, que hecho una cruel y venenosa serpiente para él venía, su espada en la mano, diziendo que, pues con la justa no era fenescida la victoria, que viniesse con él a la batalla de las espadas.

–No me plaze de lo hazer assí –dixo el Cavallero de las Flores–, que yo hize con vos la justa con essa condición. Por esso, si no ay otra cosa que hazer, vos avéys perdido, e yo quedaré en defensa de vuestra demanda lo que resta del tiempo.

Los juezes dixeron que el cavallero tenía razón, el qual con sus compañeros se passó a la tienda de Ario Barçano. Mas uno de los cava- /13-vº/ -llos de las armas blancas se puso a esta ora contra él, pesándole en tanto grado al príncipe don Belia[n]ís³⁵⁹ que fuego hechava por la visera del yelmo. Mas, pareciéndole bien el Cavallero Blanco, esperó por ver lo que en las justas le subcedía, porque a esta ora él y el Cavallero de las Flores se juntaron tan bravamente que, siendo rompidas las lanças y falsados los escudos y arneses, por poco vinieran al suelo. Otro tanto les aconteció con la segunda, de que siendo muy enojados, escogiendo las mejores lanças que se hallaron, se juntaron tan

³⁵⁹ *Beliauis.*

fuertemente que el Cavallero de las Armas Blancas fue fuera de la silla, y al caer hubo un pie sacado de su lugar. El Cavallero de las Flores hubiera hecho otro tanto si valerosamente no se abraçara a su cavallo; el qual no se pudo menear, y fuele dado otro por mandado del emperador, con el qual tornó a esperar justa.

Don Belianís se puso de la otra parte.

–Agora –dixo el emperador–, veremos las más hermosas justas que ayan sido vistas.

–Assí lo creo yo –dixo el rey de Celandia–. Mucho me pesa que el Cavallero de la Princesa – que assí por todos era llamado– está tan flaco. No querría que le subciesse algún desastre.

–No tengáys temor –dixo el emperador–, que, si yo no me engaño, no se á visto en nuestros tiempos otro cavallero su ygual.

Y cessaron sus pláticas, porque vieron venir los cavalleros uno contra el otro, con tal ayre y tal postura que a todos combidavan a ser admirados. Y como su fuerça y destreça a ninguna otra del universo reconociesse ventaja, con tanta fuerça se hirieron que ni las seguras armas bastaron a defender sus cuerpos, ni ellos lo dexaron de passar tan mal que no fuessen heridos. Y, si las lanças tan presto no se quebraran, no fuera menos sino llegarlos a la muerte. Tuviéronse firmes en las sillas, y rebolviéndose el uno contra el otro con encendida ira, pusieron mano a sus espadas, e diéronse tan crueles golpes que las cabeças metieron entre los arçones de las sillas. Alguno vio las estrellas en el suelo; y, como el uno conociesse el esfuerço del otro, fueron metidos en mucho espanto, acrecentóseles la saña. Reparose don Belianís de un golpe de su contrario, que fue tal que todo el escudo de arriba abaxo le partió; y, levantándose en los estrivos con aquella su estremada fuerça, que a tales tiempos le crecía, le hirió tan poderosamente que, cortándole el escudo y no prendiendo en el yelmo, baxó hasta el cuello del cavallo, el qual fue todo cortado, y juntamente con su señor vino al suelo. Y, como la ira en aquel tiempo le señoreasse, como una ligera ave saltó tras d'él en el suelo. Mas, como el esfuerço de su contrario de cosa alguna recibiesse temor, ya estava en pie, y como de tal suerte le viesse venir y sus golpes le huviessen puesto cuydado, saltó ligeramente al través, y al passar le hirió de una punta de espada tal que, si don Belianís con destreça no se dexara llevar, le costara la vida. Mas con todo esso hubo más de cien mallas de la loriga cortadas y fue algún tanto herido; que, acrecentándole el enojo, pensando que la herida fuesse mayor, le dio tales tres golpes que las manos y rodilla le hizo encar en el suelo. Y, no le dexando sossegar punto, se comenzó más cruel y sangrienta la batalla que en todo el día avía sido. Y ciertamente, si se llega al fin, el Cavallero de las Flores corre peligro de la vida, aunque con tanto esfuerço haze su batalla que a todos tiene maravillados. Y como el aliento con la mucha priessa les faltasse, se apartaron afuera por descansar, comenzándose a passear por no se refriar.

Maravillados tenía a los presentes tal batalla, teniéndola por la más espantosa que se oviesse visto. No hablava palabra alguna Claristea; no pudiendo sufrir de ver a don Belianís con tales heridas, estava buelta de espaldas. Ar(r)io Barçano, con los esforçados Aligenor y Poligeno y el

príncipe Arbín y el rey Paremio, que ya se le havían dado a conocer, estaban entre sí platicando quién sería aquel tan valiente Cavallero de las Flores; del qual vos digo que, como en tanto peligro se viesse y su contrario con tant(t)o ardimiento, no pudiendo pensar quién fuesse, entre sí grandes exclamaciones hazía; aunque el generoso ánimo suyo /14-rº/ siempre pensava de ser vencedor, y que el cavallero no sería tan fuerte que él no le deshiziesse con su espada. Muy al contrario d'esto lo pensavan todos los presentes, porque le veían desfallecido y correr d'él mucha sangre; y, anque don Belianís estuviesse herido, víanle con desemboltura estraña, con fuerças aventajadas. El qual, viendo que la noche venía, y que le cumplía morir o vencer, apretando la espada se vino para el Cavallero de las Flores que, no le rehusando, hizo lo mismo. Tales golpes se dieron que se hizieron el comedimiento que a sus estados devían, hincando ambas las rodillas en el suelo. Y, como juntos se hallassen, se abraçaron el uno al otro, cuydando que de aquella guisa pieça huviera que se huvieran conquistando; tan recio se apretaron que las armas se abollavan.

Don Belianís, que tanto desseo tenía de conocer a su contrario como de fenecer la batalla, le hechó las manos al tiracol* del yelmo; tiró por él tan recio que los laços fueron quebrados, y a la hora conosció ser aquel el estimado y mortal enemigo suyo, príncipe Periano de Persia, a quien la ventura, como a él, en aquellas partes hechara; de que fue tan alegre que le hizo olvidar sus heridas, creyendo que nadie sería parte para le estorvar que la muerte no le diesse. Puso mano a la daga que la emperatriz le diera, acordándosele que le avía dicho que grandes aventuras con ella se avían de acabar, teniendo por cierto que aquella fuesse una d'ellas. Con ella le quiso herir, mas Periano, que su muerte vio tan cerca, soltando los braços le assió d'ella con ambas manos; mas él fuera muerto si la noche no cerrara tan oscura que apenas se veían el uno al otro.

A cuya causa, vajándose el emperador, llevando de la mano a su hija Claristea, con infinitas antorchas encendidas, llegaron donde los cavalleros estaban; y, haziéndolos apartar, el emperador les rogó que por su amor dexassen la batalla y no quisiessen con tanta crueldad matarse, dexando el mundo huérfano de tales cavalleros. Mas como la saña y desseo que el príncipe don Belianís tenía por dar la muerte a Per[i]janeó³⁶⁰ le tubiessen tan encendido, respondió al emperador que él tenía prometido de no dexarla sin muerte o bencimiento de uno de los dos; pues aquella aventura le costava tanto de su sangre, no acordava de dexarla, porque él avía prometido de la aguardar veynte días. Otro tanto respondió Periano, no queriendo dexar la batalla, de que mucho al emperador le pessava, y sobre todos a Claristea que, mostrando mucha pena, dixo muy passo a don Belianís:

–Yo os alço, señor cavallero, la palabra, y digo que no es mi voluntad que más guardéys esta aventura. Gran sinraçón me hazéys en menospreciar mi ruego, y nunca de vos perderé esta quexa.

No pudo tanto consigo don Belianís que no mostrasse grandíssimo pessar de cumplir lo que se le mandava, y a la princessa dize:

³⁶⁰ *Perdaneo.*

–Mayor es esse agravio, señora, que no el primero. Ya no me podéys hazer tanto bien con que el pesar que tengo no me dure hasta la muerte. Acabad con el cavallero que la dexé, que yo la dexo por el presente tan contra mi voluntad que antes fuera contento de recibir la muerte a sus manos.

No curó la princesa de respondelle, que no menos qu'él enojada estava de verle tan porfiado. Y, llegándose al príncipe Periano, le dixo:

–Esforçado cavallero, rescibiré de vos muy gran servicio que dexéys esta batalla, porque al emperador, mi señor, le pesaría mucho de que la feneciéssedes. Hazedlo por mi ruego más liberalmente que vuestro contrario.

–Excelente señora –dixo Periano–, aunque yo tuviera la vida y la batalla ganada, fuera poco perderla por vuestro servicio.

–Pues veníos con el emperador –dixo la princesa–, y dexad a este cavallero en su tienda, porque tiene prometido de guardalla por veynte días.

–Determinado estoy de obedecer vuestro mandado –dixo Periano–. El cavallero se puede quedar en la tienda, pues vos soys servida; y en lo demás, dadme licencia, que tengo necesidad de me partir luego.

–No me haréys esse agravio –dixo la princesa– sin dezirnos vuestro nom- /14-vº/ -bre.

–Yo soy tan estrangero –respondió Periano– que mi nombre no será conocido en estas partes, pues no lo es mi persona.

Y con esto se despidió del emperador; y, cavalgando en su cavallo con ayuda del duque Alfirón y sus primos, que para él venían, llegose a don Belianís, diziéndole:

–Mucho me pesa, señor cavallero, de aver havido con vos batalla sobre cosa tan liviana. Gran merced recibiera [si] dixérades vuestro nombre, pues tengo entendido que de vos devo ser conocido.

–Mi nombre –dixo don Belianís–, no ay para qué dezirle. Básteos saber que otras muchas vezes me avéys visto de la manera que agora.

Y con esto, no curando de hablar a nadie, se metió dentro en la tienda, haziendo su mesura al emperador, mandando a Flerisalte que tuviese quenta por dónde yvan los cavalleros. Estava tan enojado que casi estava fuera de su sentido, llamándose desdichado y afortunado.

El emperador y princesa con todos los grandes se bolvieron a palacio. Yva la princesa tan enojada de don Belianís que, no queriendo cenar, se entró en su aposento, donde, después de haver estado pensando, y con la desesperación que tenía de ver en lo poco que su ruego don Belianís estimava, y como tantos días se havía dilatado sin querer responder a lo que Lindorena dixera, le escribió una carta. Y, mandando a un paje suyo que a la ora fuesse con ella al cavallero de la tienda, quedó con tanta saña que le hazía olvidar del amor que le tenía.

Mas, por presto que fue, no le halló en la tienda, porque, como bolviessse Flerisalte y le

dixesse el camino que Periano y sus cavalleros llevavan, haziéndose ligar las heridas, aunque no eran muchas, no bastando con él los ruegos de Ario Barçano, antes haziendo curar a don Brianel, que era el Cavallero de las Armas Blancas, que la pierna se desconcertara, y dexando encargado a [A]ligenor y Poligeno que allí con Ario Barçano y Arbín de la Espada le esperasen hasta que él bolvi[e]sse, suplicando a Ario Barçano que hasta los veynte días en la tienda estuviesse, tomando consigo al otro cavallero de las armas blancas, qu'el baleroso Armindos, duque de Thebas, era, y al rey Paremio, a mayor galope de sus cavallos que pudieron, con solo Flerisalte y dos escuderos del duque, siguieron por donde Flerisalte les mostrara; y anssí mismo un page de la princesa, pensando cedo alcançarlos.

Mas no les avino a los unos y a los otros como pensavan, do cumple dexarlos, que grandes jornadas les convienen andar en busca de las princesas que de Babylonia fueran llevadas.

Capítulo 6: De qué suerte las princesas que de Babilonia fueron llevadas quedaron en el castillo de la savia Medea.

Fueron llevadas aquellas señoras e altas princesas de la manera que vos diximos en la segunda parte de la historia por el sabio Frist(i)ón en el carro que los furiosos dragones llevavan, dando tan grandes gritos que de todos eran muy bien oýdos, diciendo: “¡No, por lástimas!” llamando los cavalleros que las socorriese[n]. D'esta manera fueron llevadas hasta la pavorosa morada del encubierto castillo de la sabia Medea, donde con su llegada fue tan grande la furia que en él se levantó, las voces que sonaron, los aullidos que se dieron, que todas las infernales Furias parecían allí ser llegadas. Los rayos del fuego, los humorosos deslates* se començaron tantos que no dexavan a las princesas oýr sus propias voces. El castillo se abrió, por medio del qual entraron los infernales dragones con la más alta presa que en el mundo fue otra, hasta llegar a las ricas salas donde la morada del castillo se mostrava apacible y deleytoso, y los dragones fueron bueltos en muy hermosas y apuestas donzellas, con muy acordadas arpas e bihuelas y todo género de /15-rº/ música.

Las princesas, hartas de llorar, se hallaron en un rico estrado. Por toda la sala vieron pintadas obras maravillosas; las ramas de los árboles de los alindados jardines que en torno de la sala estavan, pobladas de diversas frutas, entravan por las ventanas, de que ellas recibían alguna alegría. Mas estavan tan elevadas que les parecía que todo fuese sueño, aunque bien se les acordava de la manera que fueran tomadas. La linda Policena, que menos turbación avía recibido, como aquella que ya fuera ussada a semejantes trabajos, disimulando el temor les dixo:

–Mis señoras, gran pensamiento tengo que a mi causa todas avemos sido presas, porque el rey Astorildo, mi mortal enemigo, creo que me ha buscado todo este daño, porque ya sabréys los que

a mi causa le han venido³⁶¹.

–¡Ay de mí! –dixo Florisbella–, señora princesa, cuán engañada estáys, que sin duda estamos en poder del sabio Fristón; mas venga la muerte quan ravisosa quisiere, que si ya otra cosa por Dios no está hordenado, nunca por mi voluntad seré puesta en poder del príncipe de Persia, aunque en mí toda la fuerça de sus encantamentos execute.

La princesa Sirena, a quien las cosas de Periano siempre bien parecido avían, dissimulando lo que sintía, respondió a la princesa:

–Mi señora, ya pluguiesse a Dios que de aquí fuésemos libradas, que lo demás todo se podría remediar a vuestro plazer.

Y con esto tod[a]s³⁶² se tomaron por las manos y se salieron por aquellas huertas, donde, en saliendo, toparon tanto número de hermosas damas que todos los vergeles d'ellas estaban poblados, no faltando ninguna de quantas los hystoriadores han hecho minción; donde vieron a la hermosa Elena, acompañada con todas las principales troyanas, que luego vinieron a besar las manos a Policena. Tras ella venía la hermosa Tysbe, acompañada de la reyna Dido, ambas sacrificadas al fuego de sus amantes; con ellas, la hermosa Penélope y la casta Lucrecia, y no muy lejos venían quatro damas cuya hermosura a las otras excedía, la una de las quales era la hermosa Diana, y las otras Palas y la hermosa Venus, con la ar[r]ogante Junno, venían travadas de las manos. Y en otra horden venían la preciada reyna Camila con otras quatro reinas, cuyos nombres, por ebitar prolixidad, no se escriben, mas de quanto a mi parecer por sus devisas parecían a las hermosas Triana con la reyna Aureliana, princesa de las amaçonas. No muy lexos d'estas venían por su horden las hermosas Heris y Gelis, hijas del rey Atamante, con la hermosa Hero, muerta por el desastre de su amigo Leandro, y la bella Ysífile, y otras, todas tan hermosas y tan ricamente adereçadas que causavan estraña admiración a nuestras princesas. Y todas, una tras otra, llegavan a las abraçar, rescibiéndolas con estraño plazer y alegría, diziéndoles cosas con que olvidassen el pesar de verse presas.

Después de acabados sus razonamientos, las mesas fueron puestas, y la hermosa princesa Florisbella fue mandada assentar entre Palas y Junno, y junto a ellas Sirena, y todas las otras por su horden, aunque entre la princesa Policena y Hermiliana no poca diferencia hubo, porque de la una parte Benus, grande amiga de la gente troyana, quisiera que la honra de la más hermosa le fuera dada a Policena, mas Junno mandó que juntas se assentassen. Al lado derecho suyo hizo sentar a la linda princesa Imperia, y luego a la infanta Matarrosa y reyna Aurora. Después de lo qual fueron servidas, con tanto ruido de música que en los altos cielos parecían estar arrebatadas; y, aunque el pesar suyo en se ver presas era grande, aquellas cosas las tenían tan maravilladas que de cosa alguna no se les

³⁶¹ En la *Primera Parte*, Policena se negó a casarse con el hijo del rey Astorildo, por lo que este la mantuvo sujeta bajo un encantamiento hasta que llegó don Lucidaner a rescatarla.

³⁶² todos.

acordava: vían tantas damas tan hermosas assentadas a las mesas que de más de tres mil passavan, todas servidas con tanta magestad que las tenía fuera de sí. Las damas que servían, vestidas de muy ricos paños y seda; sobre las mismas mesas donde comían havia riquíssimas e inestimables fuentes de agua clara y diversos vinos, y otras aguas de diversas formas; las mesas, cubiertas de rosas y clavellinas y olorosas flores de los azares; las fuentes, por /15-vº/ tal forma hechas que no servían de más de lo que para el servicio de las damas era necessario.

Ninguna cosa desseavan que no les fuesse dada; solamente tenían perdidos de la vista a sus amantes y la livertad que para gozar d'ello era necessario. Estas cosas y otras muchas, aunque en sí eran de estraño contentamiento, eran para dar mayor pena a la princesa Florisbella, pensando en la ausencia de su querido príncipe, que más quisiera ella estar en qualquier tormento en su compañía que no en aquellos plazer en su ausencia. Y, contemplando en aquellas cosas, estava tan elevada que no sintía cosa alguna, hasta tanto que, visto por Juno, le dixo:

–Pues no queréys passar tiempo con estas señoras, tomad esse espejo y mirad la hermosura de vuestro rostro. Quiçá con ella tomaréys algún descanso.

Luego le puso un rico espejo delante, en el qual mirándose la princesa vio a su querido príncipe don Belianís, haziendo gran duelo, metido en la mar. Par d'él vio al esforçado príncipe Ario Barçano, que le hazía compañía; y, siendo tan alegre de su vista, començó del todo ocupar en ello su sentido, diziendo entre sí:

–¡Ay, mi señor! ¿Y cómo es possible que a mi causa andéys peregrinando por el mundo?

Mas la hermosa Juno la apartó de sus pensamientos, diziendo:

–Dad lugar, mi señora, a que gozemos de vuestra conversación, que harto quedará tiempo para ver en esse espejo lo que queréys.

Florisbella, pensando que las otras señoras huviessen visto lo que ella, se quitó el espejo delante, diziendo:

–Agora, soberana señora, tengo entendido que nos queréys detener aquí mucho tiempo, pues tal entretenimiento avéys dado a mi vida, aunque, en la dulce conversación presente, qualquier tiempo para le goçar es corto.

–¿No os parece assí, mi señora? –dixo Elena–. Mas, como quiera que sea, todas estamos aquí para lo que vuestro contentamiento toca.

Mas apartó sus dulces palabras, que a esta hora se començó tanto ruydo por aquellos vergeles, sonáronse tantas y tantas maneras de música, que parecía que la de todo mundo fuesse allí junta. Por aquellos campos vieron venir tantas falanxas* y ligiones de cavalleros que todo d'ellos venía cubierto. Era la cosa más hermosa de mirar que hasta entonces se viera. Las princesas fueron turbadas, mas Venus les dixo que no recibiesen temor, que allí venía su hijo Cupido, de que todas las princesas fueron alegres por ver la soberbia de su entrada. Venía acompañado de todos aquellos a quien los crueles fuegos suyos abían abrasado, conforme al tratamiento que en ellos alcançaron.

Unos venían tan tristes que no alzaban los ojos del suelo, y dende a poco(s) los vían mundanos y tomar su rostro algún color. Otros, por el contrario, de muy encendidos se bolvían de la color de la muerte. Pues como todas estas gentes delante de las princesas pasassen, hazíanles el acatamiento que les era devido. Donde, ya que muchas compañías eran passadas, vieron armar un cadahalso a manera de un trono, de altura de cinco o seys estados*. Todos los mármoles y colmas eran de fina plata; engastados por ellos con obra maravillosa, tantas y tan ricas piedras y perlas de valor que el universo no tenía tantas. Tenía quinze gradas en alto hasta la silla de Cupido, que de muy diferentes colores era.

A esta ora llegó el atrevido niño, atormentador de los coraçones, ante quien no ay coraçón de diamante que no se ablande, vestido bien conforme a sus efetos de muy diversas colores, aunque las más bandas eran de amarillo como principal señal de su devisa. Los ojos traía cubiertos con un delgado cendal* oscuro. Y, sentándose en su silla, en las gradas se sentaron aquellas damas de su compañía, digo aquellas que continuamente le siguen: en la primera, el Congoxoso Pensamiento, con un leonado tan oscuro que parecía negro; en la segunda, la Esperança, vestida de raso verde, aunque muy junto a ella estava la temerosa Sospecha, con un escudo [con] el campo azul en que traía muchos cavalleros muertos; más arriba estava el Contentamiento, con sus colores de blanco y colorado, y en su siguiamiento el Temor, con un escudo en que traía una dama en campo azul con un cavallero pensativo con /16-rº³⁶³ unas pequeñas valanças, tan livianas que donde quiera que el aire dava se bolví. Encima estava la Desesperación; en'l escudo, en campo amarillo, traía un cavallero tendido sobre unas flores, donde quiera que él tocava tan secas quanto por las otras partes de hermosa color. Hasta lo alto del trono avía alguna; en lo más alto estavan dos damas, la una con rostro muy sereno, en la mano una muy relumbrante espada con una letra que dezía: “Justicia”; mas parecía estar sujeta a otra cuyos adereços y hermosura no era en cosa su igual. A esta miravan mucho aquellas; en medio del escudo tenía unas letras grandes y bien entalladas que dezían:

No aprovechan los dolores,
amar es tiempo perdido;
que no se dan los favores
a verdaderos amores
sino a quien quiere Cupido.

Harto dessengaño era este, mas creo que en este mayor dessengaño está más recia red con que aprieta.

A las damas les fue mandado de parte de Cupido que al trono llegasen, y a Florisbella hizo

³⁶³ De nuevo un error de foliación señala este folio como 30.

subir a lo alto y sentar en una silla, mandando que con altas bozes se declarasse ser la más hermosa dama de quantas avía avido. La princesa Ymperia, que delante [de] Cupido se vio, no queriendo perder la oportunidad del tiempo, con la solenidad de sospiros y palabras que ella tenía, dezía:

–Poderoso Cupido, rey de los fuegos de amor, gran consuelo para mí ha sido verme en tu presencia, porque a lo menos tendré por cierto que mis querellas a tus oýdos son representadas, pues an sido mis angustias y trabajos más desapiadados que de quantas han sido. De mí se an cobrado tus tributos con más violencia que de los desesperados de amor; vien sabes con cuánta crueldad me as tratado, y, si de todo punto mi remedio es imposible, manda a la Desesperación me acompañe, porque con mis importunaciones no te fatigüe.

–Princesa –respondió Cupido–, yo quiero que sea así, que la Desesperación os acompañe, pues injustamente pedís remedio que no sufre en la ley de mis servidores.

Estas palabras dexaron fuera de sentido a Imperia, que, visto por las damas de su compañía, todas suplican a Cupido mire los ruegos de aquella princesa. Mas Cupido, bolviéndose a (a) Florisbella, le preguntó qué era lo que quería que se hiziesse, dándole a entender de cýyos amores Imperia estuviese apasionada³⁶⁴.

–Dalde, S[eñor], remedio conveniente –dixo Florisbella– como ninguna quede agraviada; y en lo demás, tened por bien de mandar que por aquel con cuyo saber fuymos traýdas no podamos aquí ser vistas.

–Ya está proveýdo –dixo el niño–, y en lo demás, todo se hará a vuestra voluntad.

Y, sacando de sus alas un arco, tomando una saeta con un dorado casquillo, hirió a Imperia de tal suerte que vino al suelo tal como muerta.

El cadahalso fue luego quitado y todas las cosas se desaparecieron. Imperia bolvió en sí con el mayor remedio que en los heridos de su mal alcanzarse puede, hallándose presa de los amores del príncipe don Contumeliano de Fenicia, desseándole ver quanto antes. Don Belianís no fue d'esto poco alegre, que tenía conosciado de don Contumeliano que assí mismo a ella amava en extremo. Y, siendo tarde, fueron llevadas a sus aposentos. Con Florisbella quedó Matar[r]osa, que, como se viesse apartada de aquellas señoras, a cuya causa no ossava descubrir sus bravos dolores, recostándose sobre las almoadas, començando a llorar con tan penosos sospiros que, no dexando hablar a Matarrosa, parecía que la muerte de todos lamentase, dezía:

–¡Ay, engañoso Cupido, con cuántos encantamentos tra[é]ys engañada a esta donzella! ¿Qué me aprovechan essas tus esperanças, tus alegrías y passatiempos, tus alagos y consuelos, pues destierras mi alegría, ausentas mis contentos? Tus promesas, tomadas por sus contrarios, salen verdaderas. ¡Ay, príncipe don Belianís, que no sin causa crecerá vuestra pena si vuestro mal es de la calidad del mío! Esforçad os, mi señor, que yo no siento mi mal, respecto del que vos a mi causa

³⁶⁴ Como se relató en la *Segunda Parte*, Imperia está enamorada de don Belianís, pero no es correspondida.

passáys. ¡O, cruel Frístón; o, desapiadado príncipe de Persia, que con tanta instancia ponéys vuestras fuerças contra una flaca donzella! Mas bien hazéys, que yo daría la vida por hazeros enojo.

D'esta suerte lamentava esta princesa, que no sería pe- /16-vº/ -queño exemplo para procurar huyr los lazos que este Amor, enemigo de sí mesmo, procura. Mas, ¿cómo será possible librarse los que por su voluntad se aprisionan y se meten tan de redondón debaxo del yugo, que la libertad les parece captiverio, llevados como búfanos, engañados con el caduco deleyte qu'el amor muestra a los principios, tan dulce quanto después dura y amarga, pensando cada uno que los trabajos de los otros no los ha de aver para él, siendo tan seguro lo contrario?

A la puerta de su cámara sintió llamar la princesa, y, bolviendo a mirar qué sería, vio entrar una hermosa y apuesta señora, al parecer de mucha autoridad, la qual le dixo:

—¿Qué es esto, hermosa princesa, que con vuestros dolorosos sospiros havéys dado causa de ser por mí a tal ora visitada? No toméys congoxa, que toda esta aventura está hecha para consuelo y remedio de vuestra pena. No os fatigue tanto ausencia del príncipe, vuestro esposo, que de aquí saldréys en su compañía, y mirad que al presente estáys encinta. No deys causa de perder un hijo que no de menor esfuerço y valeroso ánimo que su padre será dotado. Dissimulad vuestra pena, pues estáys en el mayor deleyte que se os podría buscar.

—¿Quién soys vos, mi señora —dixo Florisbella—, que a tiempo de tanta necessidad me avéys visitado?

—Yo soy la sabia infanta Medea —respondió la dueña—, que, para tu descanso y el mío, esta aventura por mi saber ordené. Dissimula lo que te he dicho, que yo daré forma cómo tu preñez por sola Matarrosa y Aurora sea sentida.

Y, recordando a Matarrosa, le dize:

—Pues vos, infanta, no desmayéys ni mostréys flaqueza, que vuestros amores será el primero que esta aventura provare.

Y con esto, no curando respuesta, se salió fuera, y las princesas, más consoladas, se acostaron; donde ellas y todas las demás, cada una con su compañía, nunca dexavan de tratar de aquellos que en sus coraçones tenían. Florisbella nunca apartava de sí el espejo de Juno, tenien[d]o³⁶⁵ toda la noche, a la luz que a la quadra dexava, harto que mirar en él, besándole muchas vezes, bendiziendo a quien tan rico don le diera, regalándose assí mismo mucho por su preñez, rescibiendo cada día de Benus y de todas las otras mil favores. Passava en esto su tiempo juntamente con las otras princesas, y por les dar mayor passatiempo les mudavan unas vezes unos aposentos, y otras en otros muy diversos, junto a muchos estanques que del agua que de las rosas y hazares y claveles salía estaban llenos, donde las unas se bañavan y las otras labavan sus cristalinas piernas, mostrando la belleza de que eran dotadas. Otras jugavan diversas maneras de juegos, con que passavan su tiempo,

³⁶⁵ *teniento.*

no sintiendo por esto menos la ausencia de sus señores; do cumple dexarlas por deziros lo que a aquellos príncipes subcedió, qué libertad procuravan, que a su tiempo d'ellas se hará entera relación, con el nascimiento del príncipe Velflorán.

Capítulo 7: Cómo, partido el emperador don Bellanio de Babylonia, ap[or]tó³⁶⁶ en Troya, y lo que en la entrada le avino.

Con las grandes y crueles guerras passadas alguna esperanza de concordia se avía esperado, pues continuamente son confirmadores de la paz, pues no ay victoria tan cierta ni cumplida que sin el nombre d'ella pueda tener; mas la adversa Fortuna, paresciéndole que, gozando el universo de tal tranquilidad, no serían conocidos sus efectos como era razón, llamando a sus acostumbrados compañeros, Ambición y Sobervia, juntamente con el [a]str[agador]³⁶⁷ Cupido, encendedor de los fríos y elados coraçones, rebolvió entre aquellos príncipes, señores de la mayor parte del universo, tal trama qual al fin de la segunda parte d'esta historia fue contada. Pues a tal tiempo se embarcó en sus naves y poderosa flota el em- /17-rº/ -perador don Belanio de Grecia, espejo en cuyas hazañas era justo los mortales se mirassen, donde, alçando sus hermosas vanderas sobre las altas gavias, cubriendo gran parte de aquellas mares, era cosa de mirar.

Assí fueron por algunos días con buen tiempo; mas después d'esto corrieron fortuna contraria, de tal manera que, aportando unas vezes a unas ínsulas y otras a otros cabos donde se holgavan de ver tierra, anduvieron más de quatro meses sin que jamás a su verdadero viaje pudiesen tornar; y tanto los siguió que, una mañana, la nao en que el emperador yva con otras diez, no pudiendo seguir las otras, se adelantaron con la fuerça del ayre a causa de ser más ligeras, tanto que para sí vieron venir una gruessa flota en que, a su parecer, vendrían más de trezientas fustas, tan hermosas quanto lo eran las que el emperador llevaba. Y, como a aquella ora la tormenta cesasse y viessen que la flota se venía derecha para donde ellos estavan, bien quisiera el emperador hallarse con más aparejo del que tenía de las naves y flota. Se començaron a dar grandes voces a los del emperador que se rindiessen, mas ellos, que poco pensamiento tenían d'eso, no cuidaron de amaynar, antes se adereçaron para se defender, teniendo por cierto que su socorro estava muy cerca, y que no sería mucho ganar toda aquella armada. Mas, como ya junto los unos de los otros llegassen, de las nabes del emperador fueron conocidas las agenas banderas ser de la reyna Aurora, como allí fuessen muchos que en la toma de Antiocha se avían hallado, y diziéndolo al emperador, él fue muy alegre; y las otras también avían conocido las señas e imperiales estandartes, y con mucho regozijo de una parte a otra se hizieron señales de paz. Y juntándose la nao capitana con la del emperador, preguntando quién en ella venía, e siéndoles dicho, saltaron dentro dos cavalleros; los quales,

³⁶⁶ *aportó.*

³⁶⁷ *ostregador.*

hincando las rodillas ante'l emperador, le pidieron las manos; y, no se las queriendo dar, los recibió con mucho amor, e quitándose los yelmos fueron conocidos el uno por Damartino del Valle, y el otro, el valeroso Palineo de la Ventura, conde [de] Gariano, que, aviéndolos estorvado la fortuna que habían tenido en la mar, que más de un año había que partieran de Antiocha, no pudieron jamás llegar donde desseavan. El emperador rescibió con ellos mucho contentamiento, contándoles todo lo que en Babylonia sucediera, y cómo su señora, con todas las otras princesas, por encantamento habían sido llevadas, de lo qual sintieron el pesar que como leales vassallos eran obligados.

A esta hora toda la flota del emperador, en que más de dos mil navíos venían, se juntó; e siendo avisados que las otras fuessen amigos, recibieron mucho plazer. A esta sazón el general piloto de la armada se llegó al emperador, diciendo que le hacía saber que ellos se hallavan muy cerca de la gran ciudad de Troya, en el mar Egeo; por esso, q[u]e³⁶⁸ viesse lo que le parecía que hazerse deviesse, porque, si no era haziendo muy gran trabés, les cumplía passar por delante d'ella. Mucho le plugo al emperador d'ello, y preguntó al piloto qué tan lexos d'ella se hallavan.

—Antes de quatro horas seremos en el puerto —dixo el piloto—, si a vuestra magestad le parece.

El emperador mandó luego que tocassen alarma, y que se avissasse por vando general en toda la armada que cada uno con el mejor concierto que fuesse possible procurassen tomar tierra, que el emperador quería restituyr aquel reyno a la princesa Policena, y en su nao mandó que se pasassen los príncipes don Persián e Briamor con los más principales, y el conde [de] Gariano mandó lo mismo en las suyas. Y luego, con tan gran ruydo que todo el universo parecían traer tras sí, començaron [a] acercarse a la famosa ciudad de Troya, al puerto de la qual llegaron con tanto sobresalto de los de dentro y con tanta turbación de la nueva venida que corrían hombres y mugeres por las calles, tan desatinados como si ya tomados de sus enemigos se vieran. Mas el rey Astorildo, con el valeroso príncipe Mitríd[an]o³⁶⁹, su hijo, /17-vº/ con don Playartes e[l] Tevano y don Epidauro de Ponto con la gente que de Babilonia avían traído, que nunca la despidieran, temiéndose de aquella venida del emperador, salieron a la ribera, poblados de ricas y resplandecientes armas y troyanos coraçones, pensando defender la salida. Mas, por prissa que se dieron y en más de tres mil barcas, saltaron más de quarenta mil cavalleros a tierra, los quales, con aquel animoso denuedo que siempre tuvieran, como tan acostumbrados a bravas y furiosas batallas biviesen, aviendo los más d'ellos tomado cavallos, contra sus enemigos mueben, d[o]nde³⁷⁰ junto a la marina tan cruel y sangrienta batalla se rebuelve que los arroyos que d'ella hasta la mar yvan la cubrían de sanguinolento licor. Era tan brava y espantosa, y los cavalleros troyanos lo hazían tan bien, que a sus contrarios hasta meterlos en la mar hazían retraer. Mas a esta ora el estandarte imperial fue puesto en tierra,

³⁶⁸ *que.*

³⁶⁹ *Mitridnao.*

³⁷⁰ *dende.*

siguiéndole el valeroso rey de Ungría con el príncipe de Macedonia, y los príncipes don Persián y Briamor; por la otra parte, la seña de la reyna de Antiochía, que doze leones en campo amarillo traía, y la flor de Antiochía con ella, con passados de cien mil cavalleros, los quales con tan furiosa ira y presteza se meten en la travada escaramuça, que, no les valiendo a los troyanos, muchos d'ellos quedando muertos, los hizieron retraer hasta la parte donde salieron.

Y a la ora de las naves de Antiocha se sacaron hasta dozientos carros façados, pobladas todas las ruedas de muy grandes puntas de azero, tales que a qualquier ejército pusieran temor. Eran de maravillosa grandeza, tanto que en cada uno a su plazer podían pelear veynte cavalleros. Llevávanlos grandes y hermosos dromedarios armados de muy fuertes armas; y, subiendo en ellos los que de aquello traían cargo, tal estrago hizieron en la gente de los troyanos que más de seys mil hizieron pedazos, tanto que, no lo pudiendo suffrir, bueltas las espaldas, començaron a huyr hasta tanto que fueron metidos por las puertas de Troya, aunque el valeroso esfuerço de sus capitanes bastase a los detener.

Y luego, siendo salida toda la gente, come[n]çaron³⁷¹ a fortalecer su real, poblándole de muy honda y hermosa caba*. Y como el emperador tuviesse pensamiento de aquella primera arremetida ganar la ciudad, hizo que toda la gente de golpe cargase sobre todos los que se traían. Y cierto, si la ventura les fuera un tanto favorable, según su esfuerço no fuera mucho acabarlo; porque, viendo que toda la gente debaxo del amparo de los muros de Troya se retraxera, entrándose todos por la Puerta del León, que abierto estava, a la qual por estar, como estava, metida en el risco de una peña, y los contrarios aver quitado quatro puentes que el camino para ellas se hazía, no se podía subir a cavallo. El animoso rey de Ungría con el príncipe de Macedonia se apearon, y con ellos multitud de otros muchos, dexando los cavallos por aquel campo, procurando de embestir con sus enemigos, los quales a su parecer estavan tan fuertes que con cosa alguna no podían ser vencidos. Mas Palineo de la Ventura, llegándose al emperador, le dixo:

–Soberano señor, aunque vuestra persona no es justo que por cosa terrenal se aventure, si queréys, yo os pondré dentro de aquellas puertas.

–Si esso vos hazéys –dixo el emperador–, aún podríamos oy ser señores de Troya.

–Pues seguidme –dixo el conde.

Y luego, bolviéndose donde la batalla fuera, tomando las armas de dos cavalleros troyanos, las más ricas que hallaron, y si en todo como en aquello la Fortuna les fuera dichosa, no avía mal acertado, porque las tomaron de dos capitanes m[u]y³⁷² esfuerçados. Y, como el conde [de] Gariano uviesse mirado la ciudad, tomando el rodeo por otra parte fueron hasta llegar junto donde la gran batalla a la Puerta del León se hazía, aviendo avisado a los escuderos del emperador e su gente de guarda que, viéndolos dentro de las puertas, procurassen de ser con ellos y pelear esfuerçadamente,

³⁷¹ *comeuçaron.*

³⁷² *mny.*

porque en aquello estava por entonces ser suya la ciudad o no. Y como donde vos dezimos se llegassen, el emperador hirió en sus mismos cavalleros y el conde también, de suerte que dieron con quatro o cinco atordidos en el /18-rº/ [suelo(s)]³⁷³. Los cavallero que allí estavan, teniéndolos por enemigos, especialmente don Persián y el esforçado Briamor, arremetieron contra ellos; mas el emperador, como era tan ligero, y el conde de Gariano mañoso, en un punto se lançaron entre los cavalleros troyanos, los quales salieron fuera de sus reparos en su socorro, ayudándolos con un valeroso esfuerço, no teniendo entendido el mal que les estava aparejado con aquellos cavalleros; los quales, poniendo en execución lo que antes tenían pensado, viendo [que] la mayor defensa que por entonces la Puerta del León tenía era el esforçado Mitrídano de Ponto, el emperador començó entonces a apellidar “¡Grecia! ¡Grecia!”. Con valeroso ánimo se puso entre las puertas porque cerrar no se pudiessen, y a Mitrídano hiere de un golpe al través por la vista, dado con tanta fuerça que por poco diera con él en el suelo. El conde [de] Gariano, que una hacha de armas, de que él sabía mucho, a la sazón avía tomado, con ella dio a don Epidauro tan gran golpe que la sangre le (le) hizo saltar por la visera del yelmo, y con los otros se rebuelve con tanto esfuerço que en breve dieron con más de diez en el suelo a sus pies. Temerosos eran de atender sus golpes, tanto que ya tenían la puerta desembaraçada, y los griegos cavalleros llegavan sobre ella sin que pareciesse aver resistencia que se lo contradixesse, porque el emperador tenía las puertas tan firmes que nadie era poderoso para menearlas a ninguna parte, y el conde de Gariano estava a la otra mano, algo más adentro.

Mas en este punto, de lo alto soltaron una puerta colgadiza toda de hierro, la qual estava echa para semejantes necessidades, con muy agudas y gruesas puntas por lo baxo, la qual, acertando al emperador por la decendida de un hombro en soslayo, le llevó la mitad de las armas, haziéndole en el braço una herida, aunque pequeña, y si milagrosamente el Alto Señor no lo permitiera y le fuera a tomar algo más dentro, fuera hecho pedaços. Él se tiró afuera, espantado del cruel golpe que recibiera, que jamás temor alguno como a la sazón de ser muerto tuviera. Muchos cavalleros llegaron de golpe de aquellos que de la guarda del emperador tenían cargo; que, como le viessen tan herido, sin que él fuesse parte para otra cosa le tomaron en braços, sacándole fuera de los reparos de la muralla. Y, aunque el emperador dava voces que lo soltassen, no lo quisieron hazer hasta llevarle a su tienda, que ya estava armada.

Del conde de Gariano vos digo que, como se viesse cercado dentro de aquella puerta sin pensamiento de poder ser socorrido, queriendo antes ser muerto que preso, hazía tan cruel defensa que muchos cavalleros a sus pies tenía muertos. Y, saliéndose de la bóveda, quiso con valeroso coraçón subir por una de las escaleras del muro, que no menos que la vida le valiera. Y no dexara de salir con ello si a esta ora de lo alto de la cerca no le dieran un cruel golpe sobre el yelmo con una pesada piedra, tal que dieron con él de allí abaxo. Muchos llegaron de golpe por le acabar de matar,

³⁷³ La palabra aparece en el reclamo, pero no en la página siguiente, que comienza directamente con “Los”.

mas don Epidauro y Mitridano lo estorvaron, que de otra suerte pensavan vengarse d'él con mayor menosprecio de sus enemigos, teninedo por cierto que alguno de los más principales griegos fuesse. Y haziéndole quitar el yelmo, no le conociendo, como aquellos que hasta entonces nunca le vieran, hizieron remedios con que bolvió en sí. Mandándole poner a buen recado, bolvieron sobre las guardas que por las cercas estaban, porque el combate todavía se seguía, tan bravo que era espantable cosa mirarle.

Mas, por valor y esfuerço que los griegos mostrassen, no les prestó punto para que por él ganassen sola una almena de la ciudad; antes viendo que recebían gran daño se quitaron afuera. Y de lo que avino en este cerco, juntamente con lo que del conde se hizo vos contaremos adelante, por vos contar de lo que a los dos hermanos don Clarineo de España y don Luzidaner de Thesalia avino, porque ha mucho que d'ellos no hezimos mención.

/18-vº/

Capítulo 8: De lo que a los dos esforçados príncipes don Clarineo y don Luzidaner avino partidos de Babylonia, en l'aventura de Roseliana.

Partiéronse de Babylonia los dos hermanos y esforçados príncipes don Clarineo y don Lucidaner como vos contamos, con tanto pesar de la pérdida de las princesas que grandes días les duró, que, aunque juntos caminavan, davan tanto lugar al pensamiento que no se hablaban el uno al otro palabra, antes alvergando de noche por las florestas se apartavan el uno a una parte y el otro a otra, debaxo de algunas matas, donde hazían su duelo con tanta pena que passavan no menos triste vida que los demás de quien esta hystoria ha hecho mención. Ansí anduvieron muchos días, acabando grandes y peligrosas aventuras, emendando muchos agravios, allegándose quanto más podía la buelta de la grande Asiria, metiéndose algunas vezes en alta mar, por la qual caminavan muy poco a causa que el príncipe don Luzidaner era muy amigo de caminar por tierra.

Pues d'esta suerte fueron hasta tanto que una mañana, ya que el sol salía, aviendo aportado en una pequeña fusta a una hermosa y muy deleytosa ínsula, paresciéndoles la más apazible que ellos hasta entonces huviessen visto, don Clarineo mandó que allí tomassen tierra. Y, aviéndolo hecho ansí, mandando a los marineros que allí los atendiessen, tomando sus cavallos salieron en tierra con solos dos escuderos que los llevan las lanças. Muy agradados yvan de ver la tierra, porque les parecía que artificialmente todo estuviesse puesto. Avía muchos y entretextidos jazmines y grandes mesas de alindados arrayanes, copia de altos y muy derechos zipreses y fr[o]ndosos³⁷⁴ álamos, y otros árboles de diversas maneras que hazían muy hermosas sombras. Bien pensaron que, conforme a lo que vían, no muy lexos devía de estar el poblado. D'esta guisa fueron hasta salir a un gran llano, no menos apazible que las passadas frescuras; era tan largo quanto los ojos se pudieran estender a

³⁷⁴ *frendosos.*

mirar. En torno del llano, arrimados a unas pequeñas cuestras que al fin d'él se hazían, vieron número de más de veynte castillos, con tantas torres y dorados chapiteles que davan gran sabor a quien los mirava. En medio de todos en aquel llano estava assentado otro castillo, tan fuerte que con razón parecía ser inispugnable. No se vio cosa más alindada al parescer de los príncipes, los quales, muy alegres de haver aportado en tal parte, se fueron por un camino algo ussado que en el llano avía, tomando las lanças a los escuderos, poniendo las piernas a los cavallos, haziéndoles hazer muchos contornos y corcobos tan graciosos que, como ellos fuessen de los bien puestos a cavallo que en el mundo huviessse, no menos alegría podrían dar con su vista que la que ellos recibían. Los cavallos, que muy furiosos eran, gozando assí mismo de aquellos llanos, arr(r)emetían de un cabo para otro, dándoles a ello algún lugar los duros frenos.

D'esta guisa fueron hasta llegar acerca del grande y torreado castillo; y rodeándole por ver si avía alguna parte por donde entrar, encima de una torre que de muy fino christal parecía ser hecha, vieron una donzella tan hermosa que a los príncipes dexó maravillados de su hermosura, cuydando no haver visto otra más estremada. Estava vestida de una saya de damasco blanco toda golpeada, y por los golpes se mostrava un embés de fino oro. Tenía un tocado rebuelto a la cabeça por cima de una redecica de oro con que los cabell[o]s³⁷⁵ tenía cogidos. Parecía estar de a- /19-rº/ -quella manera como persona que de sí tenía muy poco cuydado, ya qu'el descuydado disfraz causava en ella tanta hermosura que la natural en muchos quilates acrecentava. Tenía sus alindados pechos descubiertos todo lo que del cuerpo de la saya, que algún tanto era derrocada, se podía mostrar. Tenía en las manos unos delicados guantes, los quales parecía aparejar para calçar, y, aunque parecía en aquello tener todo su pensamiento, no hera ansí, antes tenía encubiertamente puestos los ojos en los cavalleros, paresciéndole no menos bien dispuestos que ella a ellos gentil y graciosa dama. Y esperando a ver (que) lo que dirían estuvo algún tanto, dando lugar a que los príncipes pudiesen gozar de su hermosura, gozando de el disfraz que en sus cosas las más hermosas damas continuamente usan; donde, paresciéndole tiempo, mostrando no los haver visto ni entendido, se quiso quitar de la ventana. Mas don Clarineo, a quien su hermosura no avía dexado tan libre como fuera menester, le dixo:

—Mi señora, supplico a vuestra grandeza seáys servida de que vuestra soberana vista no aya sido para dexarnos en las tinieblas que vuestra ausencia nos podría causar, tanto mayor quanto los claros rayos de vuestra hermosura a todos los mortales exceden, con la ventaja que en vos tan clara se parece.

La donzella, mostrando entonces haver visto los cavalleros, fingiendo no haver entendido las palabras, les dixo:

—¿Qué ha sido, cavalleros, la causa de vuestra venida por estas partes tan estrañas quanto

³⁷⁵ *cabellas.*

peligrosas para los cavalleros estrangeros, donde no os dexa de estar muy aparejada la muerte, y aun a mí, si en tal parte soy vista?

Y con esto se quiso quitar de la ventana.

–Excelente señora –dixo don Clarineo–, vuestra sobrada hermosura da testimonio del peligro ser mayor que lo que se encarece, aunque promete la muerte tan gloriosa que por esta parte todos la devíamos procurar. Por tanto, suplico’s tengáys por bien de hazernos savidores de la causa de tan grande encerramiento como aquí parece; aunque para mí no fuera malo ser mayor, pues quedara libre de tan cruel erida y tan incurable como al presente he recebido.

–Señor cavallero –respondió la graciosa dama–, mucho contentamiento rescibiera que no fuérades tan desembuelto en parte que no conocéys, y, aunque el desconocimiento os pueda librar de alguna culpa, no lo seré yo de averos dado causa a ello. Por esso, a Dios quedéys encomendados, y sabed que este castillo no tiene entrada alguna, si no es passando por todos los diez castillos que al derredor veys, donde, venciendo todas sus guardas, yo seré contenta de que tornéys a gozar de mi vista, si tan agradable es como vos dezís.

Y, no esperando a que los príncipes le pudiesen responder, se quitó de las finiestras, con cuya ausencia quedó el príncipe don Clarineo tan embelesado que en aquel punto no se le acordava de la princesa Hermeliana, su señora; antes su apasionado corazón en bivas llamas por la donzella por vista ardía; de que no poco maravillado, el príncipe don Luzidaner le dixo:

–¿Qué nueva pasión ha sido esta, mi señor, que tan de veras en vuestras entrañas está arrayga[n]do con tan súpita herida? Que apenas vuestro dolor podría ser creydo, porque las heridas tan peligrosas, o dan luego la muerte, o prometen para adelante esperanza de salud con que todos los males se consuelan.

–¡Ay de mí –dixo don Clarineo–, y cómo creo que mi muerte es llegada con la vista de esta donzella, si mis ojos no pueden tornar otra vez a gozar de su vista!

–No desmayéys por esso –dixo don Luzidaner–; procuremos de acabar el aventura que ella nos dixo, que después el tiempo nos diría lo que nos conviene hazer.

Y con esto rodearon todo el castillo; mas en todo él no hallaron puerta ninguna ni ventana por donde entrar se pudiese, salvo algunas finiestras, las quales, de muy fuertes rejas pobladas, su entrada /19-vº/ hazían impossible.

–De esta manera –dixo don Luzidaner–, en balde andaremos por aquí perdidos. Tomad vos, mi señor, el camino de aquellos cinco castillos, que yo tomaré el de los otros, y el que antes diere fin a los que le caben, sea en ayuda del que tardare.

–Como vos pareciere –dixo don Clarineo– está bien acertado.

Y con esto se abraçaron el uno al otro y, dando cada uno la lança a su escudero, movieron por dos pequeños senderos que a los castillos guiavan. Con la nueva llaga de amor se metió por el pequeño camino don Clarineo, llevando en su memoria representada la hermosa figura que biera; y,

au[n]que³⁷⁶ la memoria de la princesa de Francia le diese alguna pena, no hera de manera que le diese la congoxa que solía. Assí fue hasta tanto que llegó a una pequeña puente que encima de un arroyo de agua estava; y a la entrada vio dos mármoles blancos, y en ellas unas letras griegas muy bien talladas que ansí dezían:

“Qualquiera cavallero que la ventura de la bella infanta Roseliana³⁷⁷ provar quisiere, de aquí adelante le cumple caminar solo y sin compañía, porque, de otra manera, el sabio Licanor le avisa que su camino será en balde. Y tú, cavallero que aquesto leyes, procura que el esfuerço y valeroso ánimo tuyo no te desampare, porque te ofrece bravas y temerosas batallas donde no tendrás otro amparo salvo de tu virtuoso esfue[r]ço³⁷⁸, q[u]e³⁷⁹ mayor que en parte alguna te será menester; donde, si tu ventura lo hordenare y la bella Roseliana en tu poder fuere puesta, no pongas en olvido lo que por tantos fue procurado”.

Mucho plazer rescibió don Clarineo con estas palabras por saber el nombre de la señora que con su vista tanto le sujetara. Y tomando la lança a Belsinón, su escudero, le mandó que a la nao se bolviesse, y él lo hizo, con abundancia de lágrimas en apartarse del príncipe, su señor. El qual, aviendo passado los dos padrones, se fue derecho hazia el primer castillo, adonde, en siendo visto, de encima de los adarbes se comenzó gran ruydo de música por muchos que aquello aguardando estaban, después de lo qual con muchas voces y alaridos comiençan de llamar al cavallero a la batalla. Las puertas del castillo fueron abiertas, y la entrada pareció toda desembaraçada; lo qual, dando a don Clarineo mucho contentamiento, no viendo la hora q[u]e³⁸⁰ verse dentro, arremetió assí a cavallo como estava, hasta tanto que se halló en una pequeña plaça que en la entrada de aquella puerta se mostrava, donde vio quatro cavalleros armados de una devisa de armas pardas. Y el uno d’ellos se llegó a él, diziendo:

–¡Cavallero loco y de poco saber, cumple que, en pago de vuestro atrevimiento, vengáys conmigo preso donde están otros más esfuerçados que no vos!

–Si sin batalla por vuestras amenazas se rindieron –respondió don Clarineo–, ya podría ser otra cosa. Y, pues de la batalla no se espera más peligro que sin ella, toda vía quiero probar mi ventura.

–Pues apeaos –dixo el cavallero–, que conmigo no podéys hazer la batalla salvo a pie, que a mí no me está mandado otra cosa.

–En esso, como quisiéredes –dixo don Clarineo.

³⁷⁶ *auuque*.

³⁷⁷ Este personaje se llama al principio “Roseliana”, pero llegará un momento en que pase a ser “Rosaliana” y permanecerá así el resto de la obra. Dado que ya existía una infanta Roselia en la narración, suponemos que finalmente el autor optó por esta variante para diferenciarlas, pero mantenemos la alternancia, siguiendo el texto original.

³⁷⁸ *esfuetço*.

³⁷⁹ *qne*.

³⁸⁰ *qne*.

Y con esto se apeó de su cavallo, paresciéndole que el cavallero quería hazer lo mismo; mas apenas le vieron a pie quando él y los otros arremetieron de cavallo como estaban, y con los pechos de los cavallos le dieron tal encuentro que dieron con él de espaldas tan gran caýda que por poco lo mataran, porque uno de los cavallos lo puso la mano sobre los pechos. Y en siendo erido, en el punto fueron con él quatro peones, que él antes no viera, y los dos d'ellos se dexaron caer sobre él porque levantar no se pudiesse, y el uno d'ellos le quitó la espada de la bayna, y el otro el escudo, que en el suelo se le cayera. Los cavalleros se /20-rº/ aparearon para venir sobre él. Nunca don Clarineo se vio en tal peligro como el presente, en el qual parecía no se le escusar la muerte. Mas su tan aventajado esfuerço le valió a aquella, porque, poniendo las manos en el suelo, con tanta fuerça empujó que, a pesar de los que se lo defendían, se puso en pie; donde, travando con furia a uno de los peones de una acha, se la llevó de las manos, dando con él en el suelo, y con ella hirió a uno de los cavalleros, que sobre él ya venía, tan bravamente por cima del yelmo que junto con la cabeça fue hendido. Mas él fue acometido con denodado ánimo por los otros, que esforçados eran, y el uno d'ellos le hizo una herida en un hombro; mas como su valor el de tales tres cavalleros hiziesse poco al caso, en breve espacio les puso a todos tales que, heridos de mortales heridas, dio con ellos en el suelo. Y como la ira le señoreasse, ar[r]emetió con los peones; mas ellos, que más a la ligera estaban armados, dieron a huyr por el castillo adelante, que, siendo seguidos por don Clarineo, los vio salir por la otra parte del castillo, que derechos al segundo yvan. Y, no curando por entonces de seguirlos, se bolvió a donde la batalla fuera. Y tomando su cavallo, no curando de ver lo que dentro estava, con el desseo que de verse en el alcáçar donde estava la bella Roseliana tenía, a la ora salió del castillo, en el qual se sonaron grandes gritos y alaridos. Cuydando don Clarineo que por los cavalleros vencidos se diessen, mirando yva el camino que de aquel castillo al otro se hazía, el qual era tan fresco que en los coraçones heridos nueva mudança causava, dando alegría y contentamiento al apasionado príncipe, el qual no ossava pensa[r]³⁸¹ en la infanta Rosaliana, representándosele que en aquello a la princesa Hermeliana hazía no pequeña afrenta.

En estos pensamientos fue hasta llegar a la entrada del segundo castillo, en el qual vio unas letras que ansí dezían: “Qualquier cavallero que la entrada del Castillo de la Ventura provar quisiere, cumple que en uno d'estos padrones dexé una pieça de sus armas, qual quisiere, porque de otra manera la entrada será impossible”. Leydas las letras, don Clarineo a la hora dexó caer su lança, porque allí vio assí mismo otras muchas arrimadas. Y con esto passó una puente levadiza, y entrando por las puertas, que abiertas estaban, en unas pequeñas aldavas vio atados dos muy fieros leones, tan bravos y dessemejados quanto él otros visto huviesse. Junto a ellos estaban dos centauros armados de todas armas, con sendos venablos en las manos que cada uno tenía una braçada de grande y muy

³⁸¹ *pensaa.*

acerado yerro, que al príncipe causaron no pequeña alteración. Mas, vie[n]do³⁸² que no le cumplía hazer otra cosa, poniendo mano a su espada embraçó su escudo y, apeándose del cavallo, paresciéndole que a pie mejor que no a cavallo se defendería de los leones, aunque para los centauros el cavallo le hazía al caso, y estuvo dudando si los acometería o passaría adelante; mas, representándole que no sin causa allí estuviessen puestos, se determinó a acometer antes que la necessidad a defenderse le cumpliesse, apretando la espada en la mano. Los centauros, que entrar le vieron, se fueron para él, y el uno d'ellos hizo muestra de quererle tirar el pavoroso venablo, que dio causa a que, queriéndose reparar el príncipe con su escudo, el otro le arrojasse el que traía, que, acertándole al través del escudo, le rompió toda la delantera del arnés, juntamente con la parte del braço yzquierdo, de que luego le començó a correr mucha sangre. El venablo passó adelante, y por el suelo se hincó todo el hierro, quedando retemblando defuera el hasta. El otro le arrojó así mismo el suyo, mas don Clarineo dio un salto al través y el venablo fue casi todo en el suelo soterrado; y, con la ligereça de un ave, saltó con ellos, donde hirió al uno de tan espantable herida /20-vº/ qual nunca jamás se viera, porque, acertándole sobre un escudo que de barras de azero estava cubierto, le llevó todo hasta el otro cabo y, no se deteniendo allí la furiosa espada, el temeroso centauro fue abierto los pechos con tan penetrante herida que el corazón hubo por medio cortado, dando con él muerto en el suelo.

El otro, que tan bravo golpe vio, más espantado de lo que dezirse puede, no osando esperarle otro, se arrojó hasta llegar donde los leones estavan, los cuales prestamente soltó, cuidando, con su ayuda, dar la muerte al príncipe don Clarineo. Mas fue por su mal, porque don Clarineo, que detrás d'él venía, juntó con él, donde le hirió de una punta de espada tal que la mitad d'ella le metió por el vientre. Y, como viesse que le cumplía morir o vencer, prestamente lo hirió de otras dos, con que le hizo estender con la basca* de la muerte.

Mas los leones, que a semejantes peleas estavan industriados, viéndose sueltos, cerraron con él tan rezio que por poco le derribaron, y el uno se abraçó con él, procurando con sus cortadoras uñas hazerle pedaços. El otro le trabó por el braço del escudo, que a parte alguna no le dexava mandar; que, siendo sentido el peligro por el príncipe, puso mano a una daga, con la qual al uno d'ellos dio por entre los braços quatro o cinco heridas tales que le convino soltarle, porque las bascas de la muerte le aquexavan. El otro le avía desarmado el braço, y por poco don Clarineo le perdiera; y, como tan aquexado se viesse, le hechó entr'ambas manos al cuello, con que, haziéndole perder parte del aliento, le soltó. Mas don Clarineo, poniendo toda su fuerça, dio con el león en el suelo y, poniéndole los pies sobre el cuello, le tuvo tan firme hasta que sintió que hera muerto; de que fue muy alegre en verse librado de aquella tan peligrosa batalla, y sentose un poco por descansar; aunque, viendo lo mucho que de hazer le quedava y que su detenimiento no le podía dar provecho

³⁸² *vieudo*.

alguno más de desangrarse, se levantó y, tornando a tomar su cavallo, comenzó a yrse camino del tercero castillo.

Y mirando hazia la otra parte, donde los otros cinco castillos estaban, oyó gran ruydo de golpes de lanças y espadas y grita, como de gente que hazía batalla. Y dándole pensamiento que el príncipe, su hermano, estuviesse en algún peligro, se dio más priessa, corriendo al galope de su cavallo, hasta entrar por unos muy ricos arcos que de un espejado mármol delante de la puerta del castillo se hazían. En la sobrepuerta que a la entrada estava avía un corredor assaz galano e vistoso, encima del qual vio el príncipe don Clarineo quatro donzellas assaz hermosas e ricamente ataviadas; las quales, viéndole venir con tanta priessa, muy riendo la una d'ellas le dixo:

–¿Qué es esso, cavallero, que con tanta priessa venís? Si tenéys necessidad de nuestro socorro, dadnos por aquí las armas, que una de nosotr[a]s³⁸³ baxará a ayudaros, que para esso somos aquí venidas.

Don Clarineo se detuvo, y bien cuydó que aquellas damas, pensando que venía, viéndole, le motejarían de cobarde; y, fingiendo tener mucho más temor, les respondió:

–Hermosas señoras, si algún socorro de vuestra parte hazérseme puede, sea que me deys manera cómo yo suba arriba al castillo, porque tras mí vienen unos endiablados cavalleros que, si aquí me hallan, nadie será parte para me dar la vida.

Las donzellas se rieron de buen semblante, y la una d'ellas le dixo:

–Nosotras, señor, no tenemos manera como vos podamos subir. Mas dadnos por aquí vuestras armas, que después, poniéndoos sobre vuestro cavallo, podréys subir más fácilmente.

–Entre tanto –dixo don Clarineo– podría yo, mis señoras, correr peligro. Por esso dadme licencia, que por aquí me determino de entrar.

Con estas razones entró por la puerta del castillo; mas no fue acabado de entrar quando con él dieron dos gigantes tan disformes y bien armados que al prínci- /21-rº/ -pe no poco cuydado dieron. Mas, desseando que aquellas señoras gozassen de ver la batalla, se retiró un poco fuera de la puerta. El uno de los jayanes, que más voluntad de herirlo traía, salió tras el cavallero en un poderoso cavallo con una gruessa lança en la mano; que, como el príncipe don Clarineo quisiesse rebolver sobre él, se juntaron con los cuerpos de los cavallos, escudos y yelmos tan reziamente que el gigante fue fuera de su acuerdo, y él y su cavallo vinieron al suelo. El cavallo del príncipe don Clarineo huvó entr'ambas espaldas quebradas y vino con él al suelo; mas don Clarineo, con m[u]cha³⁸⁴ presteza, saltó d'él abajo, dándole la vida su ligereza, porque con ella tuvo lugar de se apartar del encuentro que con los pechos del cavallo le quiso dar el otro gigante; mas al passar le dio tan estraño golpe que todo el quixote* de la pierna huvó cortada. Y, como quisiesse rebolver y no hallasse pierna con qué se sostener, vino al suelo con gran caýda. Don Clarineo, que quiso yr sobre él, vio que el otro gigante

³⁸³ *nosotros.*

³⁸⁴ *mncha.*

se levantara; contra él se venía con un gran cuchillo en la mano y, dexando al otro, se vino para él, bien cubierto de su escudo; y con la fuerça que entr'ambos alcançavan se dieron tales golpes que se hizieron aynojar. Don Clarineo huvo el escudo hecho dos partes, y en un hombro una muy pequeña herida. Y si el desatiento del baliente jayán no fuera tan grande, no oviera acertado don Clarineo en esperarle. Mas él hirió al gigante encima de la cabeça tan bravamente que, aviendo cortado el grueso yelmo, le començó a correr la sangre en gran abundancia. Y con esto se rebuelven en mortal batalla, que el gigante Andronio el Fuerte, que assí se llamava, hera uno de los atentados y diestros cavalleros de su tiempo; y avía sido dichoso don Clarineo en cortar la pierna a su compañero, que de otra guisa biérase en muy notable peligro.

Las donzellas, que la batalla miravan, estaban tan contentas de su valeroso esfuerço quanto antes rieran de su cobardía; holgávanse de ver quán cubierto de sangre traía al fuerte Andronio.

–¿Qué os parece de este cavallero? –dixo la más hermosa–. Si nos huviera dado las armas, bien le supiéramos defender.

–Bien –dixo otra donzella–, que, si él a mí me las diera, de cien batallas tales bastara yo assegurarle.

Y con esto miravan su batalla. Mas el príncipe don Clarineo, a quien mucho pessava que la batalla tanto durasse, acordándosele que le quedavan por passar dos castillos y la hermosura de que esperaba gozar, començó a redoblar sus golpes con tanta fuerça que a Andronio traía muy desatinado; tanto, que ya no dava golpe que nada valiesse, y, siendo conoscido su desatiento, don Clarineo le hirió de tres golpes tan fuertes, uno tras otro, que dio con él en el suelo. Y quitándole el yelmo, pareciéndole que estava muerto, no puso en él más las manos. No menos allegado al fin estava el otro; y, tomando un cavallo y escudo de los gigantes, se quiso yr camino del otro castillo. Mas las donzellas le dixerón:

–Señor cavallero, pues al principio no quesistes conceder nuestro ruego ni darnos las armas que os pedíamos, agora que estáys sin temor alguno de vuestros enemigos, tened por bien de subir a este nuestro aposento, donde seáys curado.

–Mis señoras –respondió el príncipe–, yo recibiera soberana merced, más que otro ningún cavallero, en poder obedecer vuestro mandamiento. Mas tengo tanto que hazer que me sería mal contado si en parte alguna me detuviesse hasta aver acabado esta aventura; la qual, si con la vida escapo, yo bolveré a cumplir vuestro mandamiento.

–Sea, mi señor, como quisierdes –dixo una de las donzellas–, y a Dios vays encomendado, que nosotras atenderemos por vuestra buelta.

Y con esto, haziendo don Clarineo su mesura, passó adelante, metiéndose por la puerta del castillo hasta passar de la otra parte. Assí fue hasta llegar al otro castillo, donde a la entrada /21-vº/, que cubierta de muy hermosas sombras de unos naranjos estava, vio tendido un cavallero de muy hermosa y gentil disposición, armado de unas armas plateadas a quarteles de oro. Tenía e[l] yelmo

puesto, y a su cuello una tan rica espada quanto él otra viera, y en el escudo tenía cinco águilas blancas metidas en lo alto de unas espesas nubes que allí se mostravan. Mirando estuvo algún tanto don Clarineo la devisa, pareciéndole que otras vezes la oviesse visto, y aunque no se le acordava a quién, bien tenía memoria que hera cavallero de estima y señalado. Y, como le paresciesse que estava dormiendo, no queriendo offrecerse a más batalla de las que no pudiesse escusar, se metió por el castillo adelante. Y como llegasse a la otra parte, dentro del castillo se sonó gran ruydo de menestriales, con que el cavallero, que en sus pensamientos se traspusiera, bolvió en su acuerdo. Y como conociesse por la señal que avía cavallero con quien oviese batalla, prestamente tomó su cavallo. Y, pensando que dentro del castillo se oviesse metido, entró por él con mucha priessa. Mas no pudo ser tanta que ya don Clarineo no llegasse cerca del postrero castillo, en el qual halló cerradas las puertas; y, començando a dar grandes golpes en unas aldabas, no le respondiendole nadie, estava tan enojado que quería reventar de enojo. Mas al ruydo de los golpes la bella Roseliana se tornó a poner a la finiestra donde antes viera a los cavalleros; que, como el postrer castillo estuviesse tan cerca del primero, pudo ver cómo el príncipe don Clarineo a las puertas llamava, y mucho le plugo por ver cómo aquel cavallero en la batalla se abría, que muy agradada de su esfuerço avía quedado. Y a esta ora vio cómo el Cavallero de las Águilas llegó donde don Clarineo estava y en boz alta le dixo:

–Cavallero, aunque conforme a mi descuydo no era razón que agora se os pidiesse batalla, pero porque esta aventura no se puede acavar sin mi vencimiento, todavía cumple que se haga.

Y diziendo esto rebolvió su cavallo, tomando del campo lo que le pareció. Lo mismo hizo don Clarineo. Apretando las piernas a los cavallos, con valeroso ánimo se juntaron en medio de aquel campo, con tanta fuerça que ni las seguras armas bastaron a defender sus cuerpos, ni ellos lo dexaron de passar tan mal que no fuessen heridos de tan peligrosas heridas que d'ellas gran abundancia de sangre començó a correr, tan esp(r)essa que la princesa Roseliana cuydó que muerto se oviesse. Mas ellos estuvieron firmes en las sillas, y con furiosa ira rebuelven los balerosos cavalleros el uno sobre el otro con sus espadas en las manos, y con ellas se dieron tan crueles golpes que las cabeças se hizieron abaxar el uno al otro, quedando algún tanto heridos; que, redoblando en sus animosos coraçones doblada saña, se tornaron a juntar tan bravamente que, rompiéndose las seguras armas, el Cavallero de las Águilas hirió a don Clarineo con tanta fuerça que, hendiéndole el escudo, no se detuvo allí la temerosa espada y cortó la mitad de la cabeça del cavallo, con que luego vino al suelo con su señor. Y con ligereza increíble saltó en el suelo, pensando aprobecharse d'él antes que el cavallo dexar pudiesse. Mas no le avino como pensava, porque don Clarineo quando él llegó ya estava en pie atendiéndole; y como le viese venir y sus golpes le huviessen puesto algún cuydado, saltó ligeramente al través y de una punta de espada le hirió tan bravamente que, falsándole

el arnés, le llegó a las carnes, donde comenzó luego a c[er]rer³⁸⁵ la sangre. El Cavallero de las Águilas, que no menos fuerte y esforçado ánimo tenía, rebolvió sobre él prestamente, donde la batalla se encendió tan cruel que parecía con ella poderse poner en olvido todas las passadas. De las piezas de las armas y malla de las lorigas todo el campo estava cubierto, y andando el uno tras el otro donde quiera que los pies ponían /22-rº/ lo dexavan cubierto de sangre, que a la hermosa princesa que lo mirava causava no pequeño pesar.

Pues a esta hora, que de quatro [que] se comenzara passava, el príncipe don Clarineo, que tan menguado se vio de sus armas y aquel cavallero tan fuerte delante de sí, gran turbación le tomó, cuydando que fuesse encantado; mas, como su valeroso ánimo con cosa alguna no recibiesse pavor, le comenzó a herir como si entonces comenzara la batalla, y con la saña que le aquexava le quiso dar un golpe a dos manos sobre la cabeça. Mas hallose salteado porque, no queriéndole recibir, el valeroso Cavallero de las Águilas dio un salto al través, y don Clarineo se halló la media espada metida por el suelo. Tan presto como esto hizo le quiso dar a dos manos, pensándole partir la cabeça. No dexara de executar su golpe si don Clarineo, soltando la espada, no se tuviera afuera; mas el de las Águilas le hirió en una pierna de un revés tal que, aunque las armas no le cortó, le causó tanto dolor que apenas sobre ella se podía sostener. Don Clarineo tornó a sacar su espada y con la saña le comenzó a apretar tan bravamente que no le dava espacio para poder levantar su espada. D'esta manera lo trató gran pieza, que ya el de las Águilas andava tan turbado y molido que apenas en los pies se podía tener. Determinando de morir prestamente o dar la muerte a su contrario tomó la espada con ambas manos y fuesse para él, que de la misma suerte venía; y con la desesperación que los aquexava se dieron tan mortales golpes que don Clarineo hincó entr'ambas las rodillas en el suelo y la mano del espada, y por poco, desapoderado*, viniera al suelo. Mas el de las Águilas cayó por d'él, desacordado y hechando sangre en abundancia por la visera del yelmo. Don Clarineo fue luego sobre él y, quitándole el yelmo, pesándole de aver muerto tan buen cavallero, le limpió la sangre que sobre los ojos tenía, y a la ora le conoció ser su más querido primo, el valeroso Savia[n]o³⁸⁶ de Trebento, cuyas temidas hazañas por todo el universo heran assaz sonadas, que a ruego de una donzella aquella aventura prometiera guardar un año, subcediendo de la manera que vos avemos dicho. No ay pesar que se iguale al que de caso tan desastrado rescibió don Clarineo, que por poco del pesar se traspusiera, y tan turbado fue que no pudo hablar palabra.

Mas a [e]sta³⁸⁷ hora sintió que con gran ruydo se abrían las puertas del castillo, y por ella[s] vio salir diez cavalleros armados de unas armas leonadas; en los escudos traían figurada la devisa de Roseliana. Los quales se vinieron para él, sus lanças baxas, por le encontrar. Mas don Clarineo, antes que pudiesen llegar a él, se acogió detrás de su cavallo, que muerto estava; y como ellos viniessen

³⁸⁵ *cerrer.*

³⁸⁶ *Sabiauo.*

³⁸⁷ *osta.*

furiosos, no se pudieron detener, y los quatro, tropezando los unos con los otros, vinieron al suelo. Los otros seys, viendo assí a sus compañeros, se apearon por los ayudar, dando lugar que quatro peones pudiesen llevar al esforçado Sabiano de Trebento al castillo, donde entre todos se rebuelve una cruel y sangrienta pelea, mostrando claramente don Clarineo su aventajado esfuerço, que los cavalleros eran encantados y no podían ser vencidos de la manera que don Clarineo pensava. Mas como le traxessen tan acosado y él se viesse herir de tan mortales golpes que las carnes le cortavan, no se hallando con escudo con que ampararse pudiesse, dio a uno de los cavalleros tan fuerte golpe que le pareció que le avía desatinado y, travándole por el escudo, se lo quiso llevar de las manos; mas el cavallero, que no estava descuydando, le tuvo fuertemente, y los otros juntaron con él por se lo estorvar. Mas como don Clarineo fuesse de tan aventajadas fuerças, a su pesar se lo llevó de las manos, y el cavallero vino al suelo tan desacordado que parecía estar muerto. Muy espantado fue don Clarineo en ver que sin /22-vº/ dar herida aquel cavallero avía desfallecido. Y como, tornando con los cavalleros a la batalla, viesse que no los podía herir, entendió que la fuerça de aquellos cavalleros estava en los escudos; y, dexando caer el suyo, travó de uno de los de sus contrarios. Y, aunque él puso su esfuerço por lo resistir, se lo llevó de las manos. Lo mismo hizo a los demás, hasta quedar dos; los quales, rezelando sus fuerças, se començaron a retraer para el castillo donde salieran, y don Clarineo en su seguimiento, hasta que entraron por la puerta, donde estava tan oscuro que ni vio los cavalleros ni otra cosa. Y, atinando para entrar al patio del castillo, entró por una cueba adentro, que a su parecer yva por baxo de tierra, por la qual caminó gran pieça hasta que, haziéndose más ancha, perdió el camino, y no sabía dónde estava ni acertava a bolver por donde viniera. Assí anduvo desatinando hasta tanto que sintió pasos, que a su parescer hazia donde estava se venían, y estuvo quedo por poder reconocer lo que sería. Y en el andar parecióle que era algún cavallero que como él andava desatinado; y, alçando la voz, dixo:

–¿Quién anda por aquí a tal ora?

–¿Quién soys vos, que lo preguntáys? –respondió el que venía.

Don Clariteo le rec[o]noció³⁸⁸ en la voz, que era su hermano don Luzidaner, que no menos herido que él venía, aviendo acabado la aventura de los otros cinco castillos con no menores batallas que su hermano; y con mucho plazer le dixo:

–Mi señor, ¿cómo desconocéys a quien tanto dessea serviros?

–No se maraville la vuestra merced –reconociéndole, dixo don Luzidaner–, que vengo bravísimamente herido y tengo gran pesar, que huve esta postrera batalla con dos cavalleros que quisiera más mi muerte que la suya.

–¿Quiénes eran? –dixo don Clarineo–, que yo no vengo libre de esso.

–Heran –dixo don Luzidaner– don Castel de la Rosa y Florispiano de Suezia.

³⁸⁸ *recenoció*.

–¡Válasme Dios –dixo don Clarineo–, y qué gran desventura, que yo he avido otra batalla con mi primo Sabiano!

Y, tomándose por las manos, atinaron a otra boca de la cueba; y, no sabiendo si salían o entravan, se metieron por ella.

Capítulo 9: Del fin que hubo la aventura de la Infanta Roseliana.

No anduvieron mucho por aquella cueba quando dieron con una fuerte reja de hierro y, tentando si por alguna parte abrirse pudiese, oyeron voces dolorosa[s] de muger que se quejava y decía:

–¡Ay de ti, afortunada donzella, tristes planetas fueron las de tu nascimiento! ¡Mejor te fuera la muerte que la vida con tanto trabajo! ¡Ay, reyna de Bohemia!, que, si con mi ausencia remediavas el mal que a tu hijo fatiga, ¿por qué no me diste la muerte? ¡O, cruel cavallero! ¿Qué corazón bastava a tener en tanto encerramiento una miserable donzella? ¡O, cavallero por mí nuevamente visto! Si el soberano Señor permitiesse que diesses fin a esta aventura, ¡quánto consuelo sería para esta afligida donzella!

Tras esta voz oyeron otra que dixo:

–Callad, infanta, no deys causa con vuestras quejas que se os quiebre la palabra que el príncipe, mi señor, os tiene dada, que no es tanto vuestro merecimiento que no seáis benturosa en cumplir su ruego.

–¡Ay de mí, valeroso príncipe –dixo don Clarineo–, que aquella sin duda es la donzella que vimos! Trabad d’essas rejas, provemos a romperlas, que mal aya quien aquí las puso.

Trabaron entr’ambos de un candado y arrancáronle. Mas al ruydo que la puerta hizo al abrir llegaron dos gigantes con quatro hombres que traían luzes en las manos; traían dos tajantes cuchillos en las manos, y con ellos les quisieron herir. Amparáronse los cavalleros con los escudos, que fueron cortados, y don Clarineo herido en un braço; y enojado, pensando que le huviesse perdido, hirió al gigante en una pierna, que, cortando la mayor parte, dio /23-rº/ con él en el suelo. El jayán dio un pavoroso grito, al qual un gentil y dispuesto cavallero salió, y viendo al gigante caído y a la hermosa Roseliana, que con gran contento estava mirando, olvidado, con la fuerça del encantamento, de lo que como cavallero era obligado, dio un salto dentro en la quadra(da), diciendo:

–¡Muerta soys, desapiadada infanta, pues tan poco las lágrimas de quien tanto os quiere an aprovechado!

La princesa fuera muerta si don Clarineo no se arrojara tras él; y, no pudiendo ampararla de otra suerte, puso delante d’ella el braço, y su ventura escusó no ser cortado, que la espada corrió para baxo y llevó el braçal y, aunque libre de la herida, quedole el braço desarmado. Don Clarineo le hirió de toda su fuerça en la cabeça, que le hizo hincar ambas rodillas; assegundole otro, y el cavallero

estuvo titubeando por caer. Mas, como fuesse acostumbrado a semejantes aprietos, hirió a don Clarineo por cima de la cabeça tan furiosamente que le hizo una pequeña herida. Roseliana, de rodillas, rogava a Dios librasse a don Clarineo, que en grande aprieto estava, que su contrario hera muy valiente y él estava herido.

Don Luzidaner, que con el otro jayán en su batalla estava, aviéndole dado muy crueles heridas dio con él en tierra, y prestamente entró en la quadra; que, como el cavallero que con don Clarineo avía su batalla le viesse, pensando que le iva [a] acometer, le hirió tan bravamente que ambas rodillas le hizo encar en el suelo, pareciéndole a don Luzidaner que la vista de los ojos huviesse perdido. Mas con una terrible furia le hirió de una punta de espada tan bravamente que le hizo dar de espaldas en la pared de la quadra. Don Clarineo se le puso delante, rogándole que la batalla con aquel cavallero le dexasse fenecer. Don Luzidaner lo hizo, aunque con harto pesar.

Los cavalleros se acometieron el uno al otro, mas don Clarineo estava muy herido, cansado y falto de sus armas, y el cavallero hera tan esforçado que gran temor ponía a don Luzidaner. Mas don Clarineo, determinado de poner en un trance el successo de la batalla, reparando de un golpe se abraçó con él. El cavallero hizo lo mismo; mas andando en la medrosa lucha don Clarineo, que uno de los más diestros del mundo en aquel menester era, atravessando un pie dio con él de espaldas tan gran caýda que, teniendo de antes los laços del yelmo medio cortados, saltó de la cabeça, mostrando su hermoso rostro. Y a la hora fue por don Luzidaner, que muy junto a ellos estava, conocido ser su tan querido amigo, el príncipe don Contumeliano de Fenicia; de que siendo tan maravillado quanto buenamente dezirse puede, dio voces a don Clarineo que le dexasse. Don Clarinero lo hizo, que ansí mismo le conociera. Mas, poniéndose en pie, don Contumeliano quiso tornar a la batalla, como aquel que por saber ageno era regido. Los príncipes no le querían herir, y desviándose a un cabo y a otro, diziéndole que estuviesse quedo, que eran sus amigos, mas él los ponía en aprieto.

–Acabad de matar aquellos malos gigantes, mis señores –dixo Roseliana–, porque en el entretanto que alguno d’ellos fuere bivo no serán deshechos los encantament[o]s³⁸⁹ de este castillo, y esse cavallero, sin duda, deve estar encantado.

Pues como aquello oyessen los príncipes, ambos entraron a un tiempo con don Contumeliano y, aunque él era de esfuerço maravilloso, le pusieron en el suelo; y quedando con él don Clarinero en no pequeño aprieto, don Luzidaner tornó a salir fuera, y halló al jayán, que con su pierna cortada procurava entrar dentro en la quadra; y con la espada a dos manos le hirió sobre la cabeça, de guisa que le tendió de espaldas, y en un punto le cortó la cabeça. Mas apenas lo hubo hecho quando en el castillo se sonó tan gran ruydo que todo parecía h[u]ndirse³⁹⁰; sonáronse muy pavorosas voces y aullidos temerosos, viéronse muy horribles y espantosas figu- /23-vº/ -ras; que, siendo todo passado, ellos se hallaron en aquella sala, tan rica quanto otra ellos huviesseen visto. Don Contumeliano y don

³⁸⁹ *encantamentus.*

³⁹⁰ *hendirse.*

Clarineo en pie, apartados uno del otro; la hermosa princesa abraçada con don Clarineo, que el gran temor que recibiera la compelió a ello; las luzes, que se havían muerto, parecieron a la sazón encendidas. Don Contumeliano, que libre del encantamento estava, maravillado de lo que vía, no sabiendo qué dezir, estava como pasmado. Don Luzidaner le dixo:

–¿Qué es esto, soberano príncipe, que con tanto rigor avéys querido tractar a vuestros servidores?

Que, como don Contumeliano le conociesse, por poco el plazer sobrado no le sacó de su acuerdo, e hincándose ante él de rodillas le supplicó que las manos le dicesse y la causa de aquella ventura le contasse. Don Luzidaner hizo el mismo comedimiento, porfiando de llevar cada uno su cortesía al cabo. Mas don Clarineo, que el yelmo se desenlazara, haviendo besado las manos a Roseliana con estraño contentamiento, le hizo levantar. Y todos tres se abraçaron, aunque de los príncipes yva mucha sangre, y tenían más necesidad de ser curados y mal aparejo para ello.

Mas a esta sazón entraron por la sala sus escuderos, de que ellos fueron maravillados; y, preguntándoles la causa de su venida, ellos le[s] dixeron que una vieja de su parte los llamara y los traxera hasta allí, y los había dado aparejos con que los curassen, diciendo que los hallarían muy heridos. Y luego, a ruego de la princesa, se desarmaron, y don Clarineo se acostó en aquella quadra, en un lecho que de la princesa era, y don Luzidaner en otro más dentro que sobre unas muy hermosas huertas caía, encomendando a don Contumeliano que supiesse de ciertos cavalleros, sus compañeros, con quien havían avido batalla.

–Todos venimos juntos –dixo don Contumeliano–, y no sé de qué suerte nos apartaron, y bolvíamos en su busca.

A los príncipes curaron sus escuderos, ayudándoles a ello la bella Roseliana, que no menos las llagas de don Clarineo que si ella las tuviera le dolían; y por le dar mayor contentamiento, entre tanto que los escuderos acababan de curar a don Luzidaner, se quedó con don Clarineo, donde le causava su vista tanta alteración que juntamente con sus heridas fueron parte para le sacar de su acuerdo. Y, dando un penoso suspiro, tal que el alma parecía arrancarle, quedó desmayado sobre las almohadas. La princesa, que no menos libre que él de aquel mal estava, siendo herida con la cruel flecha de Cupido, viéndole de tal manera, le tomó la cabeça en sus braços; y, viendo que no era para sentir cosa que ella hiziesse, juntó su rostro con el suyo, vañándosele con espesas lágrimas, las quales fueron para bolver al apasionado príncipe en su acuerdo, con otro no menor descanso que el primero.

–Esforçad, mi señor –dixo la princesa–. No deys ocasión a que no podamos gozar de la libertad causada por vuestro soberano esfuerço sin otro mayor cautiberio que el passado, que vuestras heridas, aunque son muchas, no son peligrosas.

–¡Ay, mi señora! –respondió don Clarineo–, ¿y cómo la vuestra merced quiere juzgar mis mortales heridas, tan encubiertas por las que de fuera se parecen, siendo las secretas sin

comparación de muy mayor peligro?

–Ya no son secretas –dixo Roseliana–, pues vos con tanta desemboltura las publicáys; y suplicóos que en las que al presente se muestran procuréys remedio y no deys ocasión a que, por estar yo en vuestro poder, tome alguna sospecha que no p[u]jede³⁹¹ caber en tal cavallero como vos, pues podéys tener por cierto que el trabajo que avéys rescebido en mi libertad no será sin galardón.

–D’essa manera, mi señora –respondió don Clarineo–, con tal esperança bien me puedo dar a la hora por del todo sano.

Y con esto la suplicó le diesse sus hermosas manos, y ella se las dio, con tanto contentamiento del príncipe /24-rº/ quanto de pena el súbito amor le causara. Y estando en estas razones, ya que a los príncipes querían dar de cenar, entraron don Contumeliano de Finiscia y Florispiano y don Castel, con el valeroso Sabiano de Trebento porque, aunque a su parecer de los príncipes huviessen quedado tan mal heridos, con la muerte del jayán, con que todos los encantamientos fueron deshechos, quedaron sanos de sus heridas. Y todos juntos fueron a besar las manos a don Clarineo, y él los recibió con mucho amor; y los dos cenaron allí con él, y los otros con don Luzidaner, passando entre sí muchas cosas de plazer.

D’esta manera estuvieron veynte días hasta ser sanos de sus heridas. Los príncipes rogaron a Roseliana que la causa de su estada en aquel castillo contasse.

–Mis señores –respondió Roseliana–, sabed que al presente estáis en el reyno de Bohemia, al fin del (del) ducado de Carsola, en el qual al presente reyna el rey Pelidoro; el qual, siendo casado con una hija del duque de Bretaña, hubo a mí por su legítima heredera de su reyno. Y siendo muerta mi madre se casó con una hija del duque de Carsola, que antes con el rey de Dinamarca fuera casada, que así mismo tenía un hijo, que el príncipe Lindoriano se llama. El qual, siendo preso de mis amores, mi padre a importunación de la reyna fue contento de me casar con él, si yo quería. Mas como yo le aborreciesse por le tener por un hombre muy cruel, no quise. Y el rey, mi padre, secretamente aprobó mi propósito. Mas como la reyna viesse que en manera alguna no aprovechava para atraerme a que yo con Lindoriano casasse, muy enojada habló con un sabio, pidiéndole para ello remedio, y él le prometió de dar forma como yo lo tuviesse por bien. Y assí, dende a pocos días, saliéndome a solazar con pocos cavalleros, fuy pressa por estos gigantes y trayda a estos castillos, que de Lindoriano se llaman, y me pusieron de la suerte que avéys visto. Y sabiendo los cavalleros que en mi libertad havían de entender, unas donzellas que atrás, en uno d’essos castillos, quedan, truxeron con engaño a estos cavalleros, donde entrando en este cercado quedaron encantados. Esta es, señores, mi ventura; suplicóos deys forma cómo yo quede segura en casa del rey, mi padre, porque yo temo de ser otra vez puesta en prisión.

–Señora –respondió don Contumeliano–, de vuestro enojo a estos cavalleros pesa, como es

³⁹¹ *pnede*.

razón; mas el negocio está en tales manos que no ay necessidad de nueva encomienda.

Y con esto se determinaron de yr con ella hasta la poner a su voluntad. Mas ellos, que en este acuerdo estaban, uno de los escuderos les dio una carta, diziendo que una donzella a la puer[ta] del castillo se la diera. Don Contumeliano la tomó y, leyéndola alto, vio que así dezía:

Carta.

“La sabia Belonia, señora de las máximas artes, a los esclarecidos y vencedores cavalleros que en el Castillo de la Vengança de Lindoriano estáys, salud. Rebolviendo continuamente aquello que los soberanos para vuestro servicio me quisieron participar, supe la ventura de la princesa Roseliana; y porque, si al presente todos en su compañía fuédeses, sería gran falta para otras partes donde de vuestra presencia ay no pequeña nescessidad, quise embiaros esa carta, avisándoos que la princesa Rosaliana cumple que por solo el príncipe don [C]larineo³⁹² sea acompañada hasta donde la ventura los guiare; y los demás, juntos como estáys, sin que os detengáis punto, tomadas vuestras armas os meted en la nabe que venistes, no sea qu’el engendrador de los más fuertes leones con vuestra tardança se le cause algún peligro. Los dioses sean en vuestra guarda”.

Leýda que fue la carta por los cavalleros, mandaron llamar la don- /24-vº/ -zella, mas no le hallaron allí. Y como a lo que la sabia Belonia les mandava no havía alguno que osasse contradizeir, a la ora se armaron de sus armas y, despidiéndose de Roseliana y don Clarineo con muchas lágrimas, se metieron en la mar, no le pesando a don Clarineo en quedar solo con Rosaliana, passando con ella mucha dulçura de sabrosos amores, teniendo a la princesa de Francia muy olvidada, no se les acordando de partir de allí por muchos días. Al cabo de los quales, paresciéndoles que quanto más se detuviessen hera peor, acordáronse de partir para la corte del rey de Tracia, adonde les acaescieron muchas aventuras que adelante serán contadas, que esta princesa causó mucho destraymiento en don Clarineo y mucha pasión en la princesa Hermeliana, como adelante vos será contado.

Capítulo 10: De la carta que don Belianís rescibió de la bella Claristea partido de Colonia, con lo demás que le avino yendo en busca del príncipe Periano.

Benidas eran las tinieblas de la noche, y las nocturnas dehesas se regozijavan con la ausencia del flamígero Apolo. Las brutas animalias començavan a gozar de alguna tranquilidad, a los más racionales negada –pues es justo que en ningún tiempo nadie goze del descanso en este miserable mundo prohibido como en venta puesta en el camino de la eternal morada, en la qual no puede haver descanso sin çoçobra, ni plazer sin angustia, ni finalmente cosa desseada que no sea mayor pérdida–,

³⁹² *Alarineo.*

quando el príncipe don Belianís de Grecia con el duque Armi[n]dos y el rey Paremio salió de Colonia en busca del príncipe de Persia. Y como fuesse muy herido, dolíanle las llagas con el sereno de la noche, y con pensar que presto le alcanzaría no hacía sino caminar. El duque de Tebas le dixo que le parecía que yvan errados.

–¿De qué manera? –dixo don Belianís.

–Porque nos apartamos –dixo el duque– de Colonia, y aquellos cavalleros, como el principal va tan herido, no se abrán ossado desviar mucho. Busquemos donde reposemos esta noche, que yo quedaré atalayando de manera que no le perdamos.

–Bien dezís –dixo don Belianís–, mas yo no sé esta tierra, y ya podríamos perdernos.

–Perded cuydado –dixo el duque–, que no se hallaría agora quien mejor que yo supiesse estas tierras, que con el ejército del emperador, mi señor, he hecho yo guerra más ha de ocho años a estos alemanes. Aquí cerca está una fortaleza, que podría ser que nuestros enemigos se huviesen cerrado en ella.

Con esto se dieron priessa, y llegaron a la fortaleza a tiempo que vieron entrar quatro o cinco cavalleros; y teniendo por cierto fuessen los que buscavan, al galope de sus cavallos llegaron hasta la puente lebadiza, que a esta ora fue alçada. El duque dio voces diziendo que esperassen, que eran cavalleros del emperador que querían entrar dentro por aquella noche.

–Cerca está Colon[i]a –dixeron del castillo–; allá podéys yr, que la fortaleza no se abrirá más.

Y, aunque tornaron a llamar, no les quisieron responder, de que fueron assaz enojados.

–Acojámonos –dixo el duque– debaxo de estos árboles, que a la mañana ellos saldrán.

Y ellos lo hizieron así. El rey Paremio y el duque eran muy regozijados, y començaron a platicar muchas cosas de amores, cenando de lo que sus escuderos les trahían, y apretando las heridas a don Belianís que, aunque pequeñas, eran penosas. A esta ora llegó el escudero que Claristea embiava, que derecho venía [a] aquel castillo, y conoscien- /25-rº/ -(cien)do a don Belianís con la claridad de la luna, se apeó del cavallo; y sin le hazer acatamiento, como le fue mandado, le dio la carta, diziendo que esperaba respuesta, si dársela quisiesse. Don Belianís la tomó y, quitando una funda con que la vayna de su espada trahía cubierta, de las piedras d’ella salió tanta claridad que no se hechó menos la luz del día; y leyéndola, vio que dezía assí:

Carta

“La agraviada Claristea, princesa de Alemaña, al cruel y descomedido príncipe de Grecia, salud. No he podido creer que tan gran hierro, juntamente con tan crescido descomedimiento, príncipe de Grecia, cupiesse en ti contra una donzella como yo; porque, o tú no eres el que publican, o yo no soy la princesa de Alemaña, a quien tanto devieras estimar. Y assí hete querido escrevir, no

porque gozes de favor alguno de mi carta, mas porque tengas ent[endi]do³⁹³ que conozco que no le mereces. Bien veo que el yerro estuvo en mí, mas fue con sobra de amor que te tenía, y con parescerme que aventuravas tan poco en dexar una batalla por mi ruego. Mas yo llevo el pago de mi locura en aver querido a quien siempre fue tan enemigo del imperio de Alemaña. Y, pues en todo te sigues por tu parescer, tente por avisado de salir del imperio, porque con coraçón de cavallero buscaré el fin de mi desseo y de tu vida”.

Mil vezes se santiguó don Belianís de ver los desatinos de la carta, y bien vio que alguna razón tenía Claristea en agraviarse de no aver hecho su ruego liberalmente. Y escribiendo la respuesta de la carta la dio al page, mandándole que le besase las manos por él a la princesa. El page cenó con los escuderos y se partió luego.

De esta manera estuvieron atalayando gran pieça el duque Armindos y el rey Paremio, hasta tanto que con el cansancio se durmieron, encomentando la centinela a Fl[e]risalte³⁹⁴; el qual dende a poca pieça se llegó a don Belianís y, despertándole, le dixo:

–Señor, del castillo han salido quatro o cinco cavalleros. Por esso tomad este cavallo antes que se nos vayan.

Don Belianís, que ninguna cosa más desseava, cavalgó ligeramente y, llegando a despertar a sus compañeros, el duque Armindos, que el espada del emperador Bandenazar trahía³⁹⁵, que don Belianís a guardar se la diera, recordó a la ora y tomó su cavallo. Mas el rey Paremio ni ningún escudero no pudieron despertar, y no sin causa, que todo era ordenado por el sabio Fristón, y lo mismo fuera de Flerisalte, si la estraña cinta que el sabio Silfeno le avía dado no truxera consigo. D’esta manera fueron hasta que ya el alba se quería mostrar. Se hallar[on]³⁹⁶ a la orilla de la mar, donde les pareció que en una fusta los avían visto embarcar, paresciéndole por las devisas de sus armas ser los mismos que ellos buscavan. Y començándolos a dar bozes, no curando de meterse en alta mar, de que el príncipe don Belianís estava tan sañudo y corajoso que no le osavan hablar palabra. Mas ellos, que d’esta manera estaban, hazia donde ellos estaban vieron venir una fusta tan hermosa quanto otra jamás huviessen visto, bien poblada de gente, de la qual salió un marinero diziendo que, si querían caminar a alguna parte, que ellos los llevarían, pagándoles su flete.

–Sí queremos –dixo don Belianís–, y de nosotros seréys bien pagados. Por esso dadnos lugar a que entremos.

Los marineros, que bien proveydos venían de lo que avían menester, echaron de la fusta a lo seco una puente de madera, por la qual, aviéndose apeado los cavalleros, quisieron entrar; mas a la sazón vino un tan rezio torvellino de ayre que la puente fue hecha pedaços y los cavalleros fueron apartados de la ribera gran pieça. Y, tras esto, la escuridad /25-vº/ fue muy grande, y a ellos se llegó

³⁹³ *entiendo.*

³⁹⁴ *Florisalte.*

³⁹⁵ Espada mágica que don Belianís ganó en la *Primera parte* (cap. 40 y 41) y que es un potente anti-hechizos.

³⁹⁶ *hallaren.*

un hombre que les dixo:

–No entréys, esforçados cavalleros, en la fusta, que no menos que la vida ponéys en aventura. Y, si vuestros coraçones son como solían, ayudadme contra este diabólico encantador que tantos desassossiegos os causa.

Y como esto oviesse dicho, a la hora vieron al marinero buelto en un pavoroso grifo, y el hombre que con ellos hablara en una caudal águila, entre los quales se començó una tan sangrienta batalla quanto otra jamás se huviesse visto. Ellos estaban esperando su decendida para ayudar a aquel que los hablara; lo qual no tardó mucho que no hiziessen, a causa que el grifo maltratava al águila; que, como don Belianís no guardasse otra cosa, viéndolos en el suelo arremetió a ellos; lo mismo hizo el duque de Tebas. Mas delante se les pusieron dos fieros salvajes que, con sendas espadas de fuego, les quisieron impedir la llegada. Y cierto, si los cavalleros no fueran tales y los salvajes se lo bastaran a impedir, el grifo llevara en su poder el águila. Mas, como don Belianís tuviesse tanto desseo de ver el fin de aquella aventura, no fueron parte todos sus encantamentos para le resistir que no llegasse a ellos, y con presteza increíble se abraçó con el pavoroso grifo; el qual, a la ora, no le valiendo sus encantamientos, fue buelto en un hombre viejo, y todas las otras fantasmas desaparecieron. La águila pareció en su propria figura ser su tan querida la sabia Belonia; de q[u]e³⁹⁷, siendo asaz alegre, el príncipe don Belianís le dixo:

–¿Qué es esto, mi querida amiga? Dezidme la causa de vuestra venida, que no debe ella ser sin causa.

–No, por cierto –dixo Belonia–, que mi venida ha sido para libraros de la muerte y darla a este encantador, que es vuestro mortal enemigo, el sabio Fristón, que en las hondas de la mar quería anegaros.

El duque Armindos, que los ojos en Fristón tenía, le quitó un libro pequeño que trahía en las manos, de que a Belonia plugo mucho, y a Fristón pesó, como aquel que sin el libro no pensava ser libre. Y habiendo hecho esto le soltaron, sentándose a la ribera del mar.

–Mucho me plaze –dixo don Belianís al sabio– en averos conocido, porque era una de las cosas que yo más desseava: vuestra vista.

–Yo lo creo –dixo Fristón–, y no tengas a poco acaescimiento haverme prendido de tal manera, porque sin dubda todo el saber del mundo ni valeroso esfuerço no bastava a ello sin essas dos espadas, que mal aya quien las labró, que tanto mal a mí me han causado.

–Pues agora –dixo don Belianís– no sabríamos la causa porque tan enteramente exercitas las fuerças de tu saber contra mí.

–No ay otra causa –dixo Fristón–, mas de querer hazer lo que cumple a mis amigos, como tú harías por los que en esta manera te tocassen.

³⁹⁷ *qne.*

–No es buena disculpa –dixo don Belianís– hazer obras malas por causa de los amigos, porque de tal manera está uno obligado a hazer lo que a su amigo le cumple que no sea contra sí mismo haziendo cosas feas, quanto más que no menos amigo podrías tener en mí para tus cosas que en el príncipe Periano.

–Bien lo sé –dixo Fristón–, mas por cosa en el mundo no lo dexaré de hazer, por la obligación que a la casa de Persia tengo. Yo he estorvado esta batalla del príncipe persio; mas ten por cierto que, aunque esta batalla con él por el presente se estorve, que antes de mucho tiempo estaréys en parte donde no sea todo el mundo bastante a impedir que no se fenezca. Y tente por avisado que no por menos valeroso cavallero es tenido Periano que tú por esforçado.

–Ya estuviésemos en esso –dixo don Belianís–, y en lo demás bien se te acuerda con cuánto engaño me heziste prender a esta sabia que presente está, y cuán cruelmente fue de ti tratada³⁹⁸.

–Bien tengo memoria –dixo el sabio–, y aún de una cruel herida que tú me diste en la plaça de Babylonia sin aver /26-rº/ yo jamás sido contra ti.

–¿Para qué nos detenemos? –dixo el duque Armindos de Thebas–. Tened, mi señor, por muy cierto que hordinariamente en las cosas que siempre van por rigor no se debe de usar misericordia, principalmente con quien nos ha hecho tan grandíssimo daño. Dad horden como al menos siempre le tengáys preso, porque de esta manera es caescer de enemigos.

–Como quiera que sea –dixo Belonia–, mi señor, si a vos os parece, dexádmele llevar en mi poder, que yo vos prometo que no recibáys d'él tan presto ningún daño.

–Muy bien me parece –dixo el príncipe don Belianís– todo lo que dezís, si yo en estos casos me huviesse de regir por rigor. Mas yo tengo propuesto de no le hazer ningún daño ni agrabio, porque, si él quisiesse, a ninguno podía él tener con más razón por más verdadero amigo que a mí.

Y con esto le abraçó, diziéndole que dende allí adelante le tuviesse por muy verdadero amigo, y que en todas las cosas que le cumpliessen lo experimentasse. Y juntamente con esto le rogó muy ahincadamente que la parte donde Florisbella fuera llevada le declarasse, juntamente con quién fuera el que la llevara.

–No lo negaré –dixo el sabio Fristón–, porque desseo grandemente que vuestra voluntad se cumpliesse. Por tanto, sabed que por mi saber fue llevada en los últimos fines de la grande Asiria, donde está tan servida y regalada como si en su libre poder estuviesse. Y suplicote mandes que me sea buelto esse libro que la sabia Bellonia tiene en su poder, porque es cosa que a mí combiene muy mucho, y no será para enojarte.

–Pues ¿qué seguridad me queda a mí –dixo la sabia Bellonia– de que tus obras no serán conformes a las de hasta aquí?

–No puede haver mayor seguridad –dixo el sabio Fristón– que la obligación que con tan

³⁹⁸ Belonia permaneció secuestrada por Fristón en la Selva de la Muerte durante casi toda la *Segunda Parte*.

buena obra me pone este valeroso príncipe.

–Como quiera que sea –dixo el príncipe don Belianís–, no quiero que se diga por mí haver sido en quitarle cosa alguna. Por tanto, mi señora, si mis ruegos valen cosa alguna con vos, no solo quiero que le bolváys el libro que en vuestro poder tenéys, mas que, perdonándole todos los enojos passados, quedéys por muy buenos amigos y os tractéys como a tales, que no ay tan dulce conversación como la de los sabios, estando conformes.

Y con esto la sabia Bellonia le bolvió el libro, y como verdaderos amigos se abraçaron el uno con el otro, prometiendo de se visitar, assí en la Selva de la Muerte como en la cueba de la sabia Bellonia. Y con esto reposaron allí algún rato, y comieron harto mejor que si estuvieran en Colonia.

–¿Qué manera tendremos –dixo el duque Armindos de Thebas–, pues tenemos tan buena compañía, para poder librar a las princesas?

–No lo sé –dixo el sabio Fristón–, porque, aunque pude ponellas en el castillo, tan prohibida es para mí la entrada como para qualquier otro cavallero.

–Agora bien –dixo don Belianís–, que no puede ser tan secreto negocio que al fin no se acabe.

Y habiendo comido, el sabio Fristón y la sabia Bellonia se partieron juntos, donde trataron diversas cosas, y la sabia Bellonia le contó diversos bienes de las condiciones del príncipe don Belianís. El sabio Fristón, que por muy ciertas las tenía, cobrole tan grandíssimo amor que determinó de escribir su historia, porque los hechos de tan alto príncipe no quedassen en olvido.

/26-vº/

Capítulo 11: De lo que a don Belianís y al duque Armindos avino con unas galeras del rey de Escocia.

Partidos el valeroso príncipe de Grecia y el duque Armindos de Tebas de aquellos sabios, determinando de se partir el más derecho camino que a los fines de Asia los llevasse, no hallándose con el aparejo necessario, al príncipe dava mucha pena. El duque Armindos le dezía que no tuviesse pena alguna, que el fin de sus trabajos estava en el llegar adonde el encantamiento de la princesa estava; que, libre de aquel, todas las cosas se harían conformes a su voluntad, y que le plazía mucho de se hallar aquella sazón en su compañía, porque aviendo de necesidad de passar la mar, como más industriado en ella, no dexaría de causarles más brevedad y sossiego.

–Mucho me consuelo d’esso –dixo el príncipe–, que ya otra vez me fatigó tanto la mar la buelta de Tartaria que muy de mala voluntad passaría por ella.

Y assí le contó al estrecho que llegara de ser anegado.

–Mi señor –dixo el duque–, las cosas de la mar son en sí tan penosas y inciertas que con gran razón quaquier devría huyr d’ellas, porque unas vezes con un pequeño barco se consiente passar por el más peligroso golfo, y otras no ay sobre las aguas cosa que la resista. Unos navegan por ella

muchos años sin correr tormenta y otros al primer viaje se anega[n]. La gran bonança es para cruda tormenta, y la tempestad sin medida es mensajera de las enojosas calmas. Finalmente el mayor sossiego d'ella es penoso, pues entre la muerte y la vida no ay más de una delgada tabla, sin que baste a más el esforçado coraçón que el covarde.

–Bien está todo esso –dixo don Belianís–, si en la tierra no viéssemos cada o(t)ra otros desastres semejantes; y agora, aunque nos viéssemos en qualquiera peligro, bien me plazería de hallar en qué nos pudiéssemos embarcar, que cada día se me haze un año.

–No faltará –dixo el duque– si atendemos algún día, porque en esta tierra yo sé que ay muchos cossarios, los cuales nos passarán a Inglaterra, porque de ay se toma el derecho camino para donde nos cumple yr.

–¿Sabríades vos guiar para ella? –dixo don Belianís.

–Muy bien –respondió el duque–, que no ay costa en esta mar que yo no aya caminado.

Mas ellos, que se querían partir para un puerto que allí estava, vieron venir dos galeones con las armas del rey de Escocia, derechos a tomar agua a una muy buena fuente que allí estava. Y haviendo hechados los esquilfes*, don Belianís embió a dezir al capitán que, si era contento, que ellos entrarían dentro y le servirían con sus armas hasta llegar a la Gran Bretaña, donde a la sazón tenían necessidad de llegar. Y siéndoles dada licencia entraron dentro, rescibiendo el capitán mucho plazer de los ver tan bien adereçados, como aquel que, teniendo continua guerra con franceses, tenía necessidad de cavalleros que semejante parecer tuviessen. Mas, quando vio la (la) estremada hermosura del príncipe don Belianís, imaginó en su pensamiento una trayción, pensando que, conforme a las nuevas que ellos tenían del cavallero que al rey de Francia contra el rey de Inglaterra ayudara, donde ellos fueran desbaratados, que fuesse aquel³⁹⁹. Y, cuydando tener la más alta presa que en su vida tuviera, dissimuló con ellos, mostrando gran alegría y contentamiento, preguntándoles de qué tierra fuessen. Mas ellos le respondieron que eran unos cavalleros de ventura, que por entonces no le pluguiesse saber más d'ellos, que ya vendría tiempo que le dirían todo lo que más d'ellos saber quisiesse.

Estas palabras añadieron doblada sospecha en el coraçón del capitán, que Valianor de Escocia se llamava; mas, como él conociesse el valeroso esfuerço de aquel cavallero, no tuvo atrevimiento de los /27-rº/ acometer por entonces, esperando de lo poder mejor hazer como la noche viniessse. Y, comunicándolo con algunos, se apercibieron bien treynta cavalleros; que, como la ora señalada fuesse venida y los cavalleros estuviessen dormiendo sin armas, con solas sus espadas y lorigas, aviéndose quitado los arneses, los cavalleros llegaron, y seys d'ellos se abraçaron con cada uno, diziéndoles que fuessen pressos, y los demás les pusieron las espadas en los rostros,

³⁹⁹ Referencia a un episodio narrado en los capítulos XXII y XXIII de la *Segunda Parte*; el capitán se equivoca de persona, puesto que fue don Clarineo de España, y no don Belianís, quien ayudó a los franceses contra el rey de Inglaterra.

amenazándoles de muerte. Y con esto al duque Armindos hecharon una gruesa cadena, ligándole assí mismo las manos; que, como otro tanto al príncipe don Belianís hazer quisiessen, pesándole de verse preso por tan ruyn gente que de qualquiera honesta muerte, poniendo todo el poder de sus fuerças se quiso sacudir d'ellos. Los cavalleros, como fuessen muchos y le tuviessen asido por tantas partes, procuraron de le tener fuertemente; que, como con la fuerça que todos pusieron fuessen dando bueltas, estando muy junto a la escala de la galera, sin que los unos ni los otros se pudiesen tener dieron consigo dentro en la mar, donde cada uno por valerse le combino soltar al príncipe. Mas ellos hizieron muy ruyn ganancia, porque, como estuviessen muy armados, todos fueron ahogados.

El príncipe don Belianís, que en tal estrecho se vio, conociendo que a la galera no era possible tornar, viendo la tierra muy cerca, atreviéndose en sus fuerças començó con grandíssimo ímpetu a nadar para allá, como aquel que ansí en aquello como en todas las otras cosas tenía muy especial gracia, y llegando a ella con tanta presteza que no parecía sino un dalfín, aunque tan cansado que a gran pena ya se podía menear. Y, viéndose en tierra firme, dio muchas gracias a Dios y, sacudiéndose del agua, que mucho mal le havía hecho, se començó a yr por la orilla, a la luz del farol que la galera capitana llevaba, pensando que por allí cerca se pararían a alguna cosa que necessaria les fuesse, teniendo pensamiento de libertar al duque Armindos de la prisión en que quedara. Mas, como él no pudiesse andar con tanta brevedad como los navíos, en breve tiempo los perdió de vista; de que sintiendo tanto pesar quanto jamás de cosa alguna rescibiera, se metió entre unas arboledas, maldiziendo su desastrada ventura, que tan contraria le hera. Y, aunque él fuesse cavallero muy suffrido, a aquella sazón del enojo que tomó parecía estar fuera de su seso, diziendo:

–¡Ay de ti, cavallero sin ventura, que todos los del mundo han de participar de tus desgracias por solo venir en tu compañía! Más te valiera no ser nascido en este mundo; y, pues ansí ha de ser, yo prometo a fee de cavallero de en todo un año no me acompañar con cavallero alguno más de por espacio de un día natural, ni reposar en algún poblado, que ya será posible hallar más gracia con los brutos animales en el campo que con los hombres en los poblados.

Y, acordándose de su querida señora y del poco remedio que para avella tenía, començó a entristecérsele el coraçón, tanto que todo el mundo parecía que le faltasse, diziendo palabras de tanta lástima que a las piedras movía a compassión de su duelo.

Mas a esta hora, sintiendo passos por entre los árboles, se levantó prestamente. Hazia la parte donde él estava vio venir una donzella en un palafrén, ricamente adereçada, y con ella yvan seys escuderos a cavallo y otros a pie, de que no le pesando punto se llegó a ellos. Y, saludándolos en lengua alemana, les preguntó que para dónde su camino se endereçava.

–Para un puerto –respondió la donzella– que seys millas de aquí está, donde nos queremos embarcar para passar en Inglaterra a ver unas grandes fiestas que en Londres se hazen, para las quales de todo el mundo van gentes.

–¿Qué es la causa d'ellas, mi señora? /27-vº/ –dixo el príncipe.

–Es la causa –dixo la donzella– que, como ya, señor, sabréys, este reyno de Ynglaterra es el que antes la Gran Bretaña se solía llamar, y en él, en tiempos passados, hu[v]o un número de cavalleros que las aventuras seguían, los quales en ellas ganaron más honra que ningunos de otra tierra, y fue en aquella sazón el más nombrado y estimado reyno que entre christianos ni moros se hallase; el qual después, por desdichas que en est[e]⁴⁰⁰ reyno vinieron y por perderse aquel tan nombrado rey, se deshizo, y cada uno se bolvió a su tierra. Y siendo casados huvieron hijos y nietos, de los quales el rey que a la sazón es, assí mismo es muy perseguido e importunado que torne a juntar aquel número de cavalleros, porque d’esta manera él será más estimado(s) de todos los reyes comarcanos, y los cavalleros obrarán más altamente cavallería. Y d’esto ha sido el rey muy contento, y para ello manda hazer unos torneos, en los quales el cavallero que más se aventajare será el primero y capitán, a q[u]ien⁴⁰¹ todos los otros sigan, con el qual el rey quiere casar una hermana, la más hermosa dama que en el universo por el presente se halla, y aún le dexará el reyno después de sus días, porque el rey, con el pesar que de la muerte que a su hermano vino por no poder casar con la princesa Hermeliana, hija del rey de Francia⁴⁰², tiene jurado de jamás casarse.

–Y los demás cavalleros que han de entrar en esse quiento –dixo don Belianís–, ¿cómo se han de escoger?

–Todos los demás –respondió la donzella– han de ser del linage de los que antes lo eran, porque assí lo tiene el rey determinado. Y si vos, cavallero, queréys venir para Londres, aunque no sea más de por ver las ca[v]allerías⁴⁰³ que allí se harán, yo rescibiría muy gran plazer. Y, si alguna cosa os falleciesse, la cumpliría yo de muy alegre voluntad, que, conforme a vuestro parescer, de más que esto soys merecedor.

–Mi señora –dixo el príncipe–, yo tenía muy gran desseo de passar a essas partes; mas la For(i)tuna, que siempre me es esquivia, me ha tratado de tal manera que me ha dexado de la suerte que veys, que por gran ventura soy escapado de la mar. Pues de vuestra parte se ofrece tal aparejo, juntamente con la merced que yo recibiré con vuestra compañía, no la quiero dexar de aceptar, que, plaziendo al alto Señor, aunque yo soy muy poca parte para ello, ya lo podría servir algún tiempo. Mas ha de ser a tal condición que, entretanto que de mi compañía fuéredes servida, no t[i]ene de yr en vuestra compañía otro alguno que cavallero sea, ni me avéys de mandar estar de noche en algún poblado, porque tengo prometido de no reposar en él más de un día, ni me acompañar más de otro tanto con cavallero estraño.

–Estrañas condiciones son essas –dixo la donzella–. Mas como quiera que a vos pluguiere

⁴⁰⁰ esto.

⁴⁰¹ quien.

⁴⁰² El anterior rey de Inglaterra provocó una guerra con el rey de Francia al secuestrar a su hija Hermiliana con la intención de casarse con ella. Don Clarineo ayudó a los franceses en la guerra y terminó matando al rey de Inglaterra, tal y como se relata en la *Segunda Parte* de la historia.

⁴⁰³ canallerías.

seré yo contenta.

Y luego le mandó dar un cavallo. Caminaron con tan buena prissa que al alva fueron en el puerto, donde una hermosa galeota estava atendiendo a la donzella, con la qual se embarcaron con buen viento. Do cumple dexarlos por vos dezir lo que al duque de Tebas abino.

Capítulo 12: De cómo el duque Armindos de Tebas fue librado y la muerte de don Belianís publicada, y lo que sobre ello hizo la princesa Claristea.

Por buena diligencia que de las galeras se puso no pudieron dar forma cómo alguno de los cavalleros que en la mar cayeran se salvase, porque el peso de las armas los detuvo de tal g[u]isa⁴⁰⁴ que no pudieron tornar arriba, ni menos vieron de la suerte que el príncipe de Grezia se salvara, porque la noche les impidió la vista. Pues como Balianor de /28-rº/ Escocia viesse quán mala ganancia avía hecho fue d'ello demasidamente triste, como aquel que no avía cosa alguna que no diera por le llevar preso al rey de Yngalaterra, del qual esperaba grandes mercedes. El qual tenía tan gran pesar, cuydando que don Belianís en la mar fuesse ahogado, que no sabía de sí parte. La misma pena fatigava al duque Armindos de Tebas, que deseava la muerte en tanto grado que, si tubiera con qué, él se matara, y si no estuviera tan aprisionado se hechara dentro en la mar. Dezía tantas lástimas que a los presentes movía a gran compassión y, aunque Balianor le amenaçó de muerte que le dixese quién era, no se lo quiso dezir; mas de quanto le dixo:

–Sábeta, traydor, que por lo que as hecho serás perpetuamente destruydo, juntamente con el rey a quien sirves y todos los demás que favorecerle quisieren. Y, para que sepas de quién cumple guardarte, sábeta que has sido causador de la muerte al más valeroso cavallero que en el mundo aya avido, y más gran señor.

Balianor, que mucho desseava saber quién fuesse, hizo apartar los escuderos cada uno por su parte; mas de Flerisalte, que la muerte desseava, nunca pudo saber cosa. Y, visto esto por Balianor, fingió hechar al otro escudero en la mar; y él, con el miedo de la muerte, le confessó quién el duque fuesse, y que el cavallero que en la mar cayera hera el príncipe don Belianís de Grecia. Muy grande pabor rescivió Valianor de lo que el escudero dixera; y, si no lo obiera oýdo más d'él, hechara al duque y a sus escuderos en la mar por encubrir lo pasado. Mas, viendo que por muchos avía sido oýdo, no quiso añadir un mal sobre otro.

Mandó caminar con más priessa la buelta de Ingalaterra, descubriendo una nave, la qual con muy grande calma estava. Y, cuydando tom[a]rla⁴⁰⁵, movieron para ella, rodeándola de una parte a otra para que se rindiesse. Y, no viendo que se pusiesse en defensa, le hecharon arpeos para subir a

⁴⁰⁴ gnisa.

⁴⁰⁵ tomorla.

lo alto; y, teniéndola por suya, entraron dentro m[u]chos⁴⁰⁶. Mas a esta hora de la cubierta salieron cinco cavalleros de una devisa de armas bermejas, los quales se metieron entre ellos, y de dos golpes no hubo ay tal que no diesse con dos de ellos en el suelo. Y, como su intención fuesse de ganar las galeras, en un punto se descolgaron por las escalas, saltando en cada uno de los navíos dos cavalleros. La batalla se renobó tan cruel y áspera quanto otra nunca jamás fuera vista. Balianor de Escocia, que por solos dos cavalleros que en su navío saltaran se vio tan mal tratar, se vino para ellos muy sañudo, comenzando la batalla con el más bien dispuesto de los dos. Mas, aunque él hera muy buen cavallero y le ayudavan otros cinco, poco le aprovechava, que otro tal cavallero como aquel difficultosamente se hallara(n) en el mundo; el qual, viendo que Balianor con tanto ánimo se defendía, le hirió de tales golpes que, fuera del todo su acuerdo, dio con él en el suelo. Y conociendo a esta hora al estimado duque de Tebas metido en recias prisiones, su daño fue desigual, tanto que, redoblando sus golpes, con ayuda del otro cavallero que, no menos animoso que él, esforçadamente peleava, la galera fue desembaraçada, siendo los más cavalleros muertos y los otros rendidos. Y, con gran plazer de aver allí ar[r]ibado a tan buen tiempo, se quitaron los yelmos, abraçando al duque Armindos, que luego por él fueron los cavalleros conocidos ser el uno el príncipe don Luzidaner y el otro don Castel de la Rosa; de que él fue algún tanto alegre, mas no de manera que el gran pesar que en su corazón tenía arraygado se le quitasse; antes a la ora, con la visita de aquellos príncipes, las lágrimas le vinieron a los ojos. Y, aunque las prisiones le fueron quitadas, tan cerrado tenía el corazón con la grande tristeza que no fue parte para les hablar palabra, de que ellos fueron /28-vº/ no poco maravillados, mayormente que a la ora vieron al bueno y leal escudero Flerisalte, el qual estava así mismo haziendo muy gran duelo con los escuderos del duque de Tebas.

–¡Válasme el poderoso Señor! –dixo don Luzidaner–, ¿y qué llanto es este que este cavallero haze? Cierta, algún gran pesar se me apareja, que del suyo a mí no me puede redundar menos. Dezime por Dios, duque, la causa de vuestro pesar, no me tengáys así suspenso, que peor es aquesto de sufrir que la muerte.

A esta sazón ya eran llegados los otros tres cavalleros, los quales eran el príncipe don Contumeliano y Florispiano, su primo, con el esforçado Sabiano de Trebento; los quales, maravillados de ver de tal suerte al duque, no hazían sino mirarle, ca no le podían hablar palabra, tanto eran maravillados.

–¡Ay de mí, soberano príncipe! –dixo el duque Armindos–. ¡Cómo me devríades dar la muerte antes que saber de mí las más tristes y desventuradas nuevas que nunca cavallero dixo! Sin duda, pues yo no soy muerto, soy el más captivo hombre que nunca nació.

Entonces se quiso hechar dentro en la mar; mas don Luzidaner le tuvo, diciendo:

–Cierta, duque, yo no sé cuál sea la desdicha que os aya hecho perder vuestro buen seso, de

⁴⁰⁶ *mnchos.*

que tan estimado soys de los que os conocen.

–¡Ay de mí –dixo el duque–, que no es mucho que yo sea sepultado adonde lo está la flor de los cavalleros del mundo!

–Declaradme esso –dixo don Luzidaner, muy turbado.

–Sabed –dixo el duque–, que mi señor, el príncipe don Belianís, es anegado en esta espantosa mar.

Y como esto dixo, no pudiendo aún formar las últimas palabras, quedó fuera de todo su sentido. No menos lo fue don Luzidaner y los otros cavalleros, que tanto fue su pesar que, no pudiendo hablar palabra, començaron el más sentible* llanto del mundo; mas ver las cosas que a esta ora hazía el príncipe don Contumeliano no ay quien pueda ser bastante a recontarlas: ciertamente en el pesar a todos hazía ventaja, que nunca cavallero tanto amara quanto don Contumeliano al príncipe don Belianís. Mas, ya que por gran pieça huvieron hecho su duelo, don Luzidaner dixo:

–Señor, pues que nuestra desventura, que es la mayor de quantas en el mundo aya avido, ha querido que todo el esfuerço y valor del príncipe, mi hermano, parasse en tan desastrado fin, de que perpetuamente quedará memoria, no sé qué remedio nos tomemos, que yo jamás de mi voluntad pareceré en Grecia.

–No sé quién será aquel –dixo don Contumeliano– que nuevas de tanto pesar osse llevar. Ciertamente, yo soy buelto a la primera y solitaria vida.

–¿Quién ha de querer bivar –dixo Sabiano de Trebento– faltando aquel sin quien nosotros con tan gran vergüença ante las gentes parezcamos?

D'esta manera estuvieron allí aquellos cavalleros seys días que la calma duró; que, saliendo Florispiano de Suecia, compró para todos una devisa de armas negras con las sobreseñales de luto, y en los escudos pintada la mar con un cavallero en ella, del qual la Muerte tirava, llevándole a lo hondo. Todo estava pintado tan triste que sola su vista a qualquiera que lo mirara causava no pequeño pesar. Ferisalte no quiso yr con los príncipes; antes se quedó en tierra con las armas y cavallo de su señor, con determinación de se yr derecho a la corte del emperador de Alemaña para hazer saber aquellas tristes nuevas al príncipe Ario Barçano de Tartaria.

Los cavalleros, con el pesar que dezir se os puede, se bolvieron a su nave; y, como el duque Arminos tuviesse determinado de se bien vengar de aquellos traydores, haziéndolos a todos atar muy bien, hizo pegar fuego por muchas partes a los galeones, donde a su vista todos fueron quemados, que fue cosa assaz espantosa y de gran piedad para los que la miravan. Y, como el viento començase a refrescar, partieron de allí, mas cierto no les avino muy bien, porque se /29-rº/ les levantó gran tormenta, que les hizo dar gran trabés de donde ellos cuydavan.

Tanto anduvo Flerisalte por sus jornadas que una noche, ya que el sol alumbrava la otra media parte de su jornada, llegó a una floresta que quanto dos leguas de Colonia estava. Y, reconociendo ser aquella donde a su señor, el príncipe don Belianís, la ventura de la bella Claristea

sucediera, se fue hasta la fuente donde ya otra vez estuviera. Y, apeándose cerca d'ella, poniendo las armas par de sí, se sentó en aquel verde campo, donde la memoria de lo passado y del desastrado fin de su señor le causó tanto dolor que, derramando lágrimas en grande abundancia, sus ojos tornados de la forma de la fuente donde estava, començó a dezir:

–¡O, fortunados y crueles miserias, que con tantas mudanças las vidas de los mortales de la suerte que os parece tratáys! ¿Quién jamás pensara que, teniendo encumbrado sobre todos los cavalleros del mundo a un tan alto príncipe, le causárades tan desatinado fin? ¡O, crueles dioses, y cómo tengo pensamiento que, por no dexar gozar al mundo tan gran bien, quitastes la vida a tan estimado cavallero! ¡Ay de mí, y si la muerte me viniera quando, con tanto contentamiento, otra vez en la frescura d'esta fuente me halle, y quán descansado fuera mi coraçón! ¡O, cruel Claristea, que a tu causa la muerte a la luz de los mortales ha venido! ¡Ay, que si aquella tan sangrienta batalla del príncipe de Persia fenecer le dexaras, cómo se remediarian tantos daños! ¡O, mi señora y esclarecida princesa Imperia, cuánto bien los dioses os hizieron en no consentir que la muerte d'este príncipe viéssedes, pues más que la vuestra propia de cierto la sintiérades! ¡O, princesa Florisbella, cómo quedas con razón biuda de quien te merezca por aver sido querida de un tal cavallero! ¡O, dueñas y donzellas, cómo havéys perdido vuestro amparo! ¿Quién será, de oy más, aquel que por vosotras bolverá? ¡Ay de ti, Flerisalte, cuánto más te valiera que nunca de Tartaria fueras salido para ser testigo de tan universal pesar!

D'esta suerte hazía su duelo el buen escudero Flerisalte, cuydando que por ninguno fuesse oýdo. Mas, como os avemos dicho, la bella Claristea tenía tal costumbre que todo lo más del tiempo se estava en aquella floresta. Y, como a la sazón el enojo que con don Belianís tomara se le huviesse passado, sentía en el alma su ausencia. Y, teniendo allí cerca sus tiendas por tomar algún alivio con la soledad, con sola Lindorena se viniera hazia la fuente, donde vio llegar a Flerisalte e oyó las lástimas que dixera. Y, como el coraçón temeroso siempre piensa en lo que le causa el temor, a la ora conoció el escudero ser Flerisalte, y que la muerte de su señor llorasse. Y como la assombrada leona que halla menos sus hijos, corrió para la fuente dando gritos, a los quales se levantó Flerisalte; mas ella le tomó por las manos, haziéndole tornar a s(s)entar, bañado el rostro de espessas lágrimas, diziendo, con tanta amargura que las palabras en la boca formar no podía:

–¡Ay, Flerisalte! ¿Qué es esto de que te queexas? ¡Dímelo, por Dios, y hagamos todos con la muerte compañía a aquel para quien solo era la vida! ¿Quién fue tan cruel que a tu señor mató y a mí dexó la vida? ¡Ay, sin ventura princesa, desdichado fue el día de tu nascimiento!

Y diziendo esto, viendo que Flerisalte estava tan ocupado en llorar que cosa alguna no le respondió, una riquíssima red de oro que sobre los cabellos traía començó a tirar por ellos, derramándolos en gran cantidad. Tan grande era el pesar que tenía que, si Lindorena con ella no se hallara, no fuera menos sino que en la fuente se dexara ahogar. Mas todo no fue parte para que, cerrándose el coraçón, no se traspusiesse de un tan fuerte desmayo que Lindorena y Flerisalte la

tuvieron por muerta, porque remedios algunos no eran bastantes para que en sí tornasse.

Mas a esta sazón llegó por allí el príncipe Ario Barçano, que /29-vº/ una congoxa no le dexara dormir; que, como assí viesse a la princessa, fue no poco maravillado, mayormente viendo a Flerisalte, que pensó que allí su señor estuviesse. Tanto fue turbado que no podía hablar palabra; y, poniendo a la princessa sobre sus rodillas, preguntó a Flerisalte la causa de su estada allí, y dónde el príncipe, su señor, estuviesse.

–¡Ay, mi señor! –dixo Flerisalte–. ¡Y cómo havéys perdido a vuestro tan querido amigo, que vos hago saber que ya está en compañía de los dioses!

Estas últimas palabras tornó a oír la princessa, que ya en su acuerdo bolviera, causándole doblado desmayo. Mas Ario Barzano quedó tan fuera de sí que no fue parte para quejarse, salvo que sin pestañear ni dezir palabra quedó tan elevado que, no sabiendo de sí parte, fue buelto a la forma de aquellos a quien la súbita perlesía* suele quitar la habla, que, aunque en el pecho forman los concetos, la lengua no es parte para esprimirlos; o como aquellos que, adormidos, con la pesadilla, con el gran dolor y agonía, aunque sienten lo que en su juyzio les puede alcançar, no pueden despertar por más que lo procuran.

Así estava el tártaro príncipe, que, aunque más quería declarar el dolor que su coraçón sentía, no era parte para ello, que el repentino pesar diera causa que el coraçón, por socorrer a todos los miembros que juntamente desmayaron, no podía darle la virtud necessaria para hablar.

Mas, ya que una pieça así hubo estado, comenzó a hazer no menor duelo que Claristea antes hiziera; y, si una cosa a la memoria no le sobreviniera, sin duda fuera uno de los que más la muerte de don Belia[n]ís⁴⁰⁷ sintiera; pero, ocurriéndole a la memoria la princessa Florisbella, le vino un nuevo consuelo al coraçón, paresciéndole que, muerto don Belianís, ningún contrario le quedava para que él no casasse con ella. Y esta le hizo olvidar algo el pesar, tanto que, haziendo traer agua de la fuente, se esforçó a consolar a la princesa, hechándosela por el rostro y apretándole las manos hasta que la hizo bolver en sí. Y lo mejor que pudo la consoló, diciendo que no mostrasse tanto sentimiento, que Dios permitía aquello por mostrar sus más encubiertos secretos. Mas cosa que dixesse no prestava nada.

Y tanto fue el pesar que, teniendo por cierto que su muerte era muy cerca, lo mejor [que] pudo se bolvió con Lindorena a las tiendas. Y desde allí se hizo llevar a Colonia, a la qual llegó tan mala que no pensavan que no viviría un solo día.

Pues del príncipe don Brianel, que en la corte estava con los cavalleros Aligenor y Poligeno y el infante Arbín de la Espada, cosa sería prolixa dezir el dolor que sintieron. Y, haziendo tomar las armas de don Belianís, le mandaron hazer un monumento, el más rico y sobervio que hasta aquellos tiempos fuera visto, encima del qual fueron puestas letras que demostravan cuyos fueron.

⁴⁰⁷ *Beliauis.*

Pues como la emperatriz viesse el repentino mal de su hija, siendo triste quanto jamás lo fuera, la entró a visitar, importunándola que la causa de su mal le dixesse, y aunq[u]e⁴⁰⁸ ella lo encubrió algunos días. Pero al fin, viendo tan cercana su muerte, y pareciéndole que no era justo la causa d'ella fuesse encubierta, un día que mucho sobre ello la emperatriz le aquexó, ella le descu(u)brió la causa, diciendo que aquel cavallero tan encubierto era el príncipe de Grecia, y que ella avía sido causadora de su muerte, porque del enojo de le aver quitado aquella batalla se saliera de la corte; y que le suplicava que, después de ella muerta, la hiziesse la sepultura dentro en la mar, porque con esto yría ella muy descansada.

–Hija –respondió la emperatriz–, yo vos hago saber que vays muy herrada en assí os dexar yr engañadamente a la muerte, porque, aunque aquel cavallero de qualquiera cosa hera merecedor, mas agora no tenéys certenidad de su muerte, que este escudero no puede saber si él escapó o no, que bien pudo ser /30-rº/ que escapasse, pues él yva más suelto para ello que ninguno de los otros y estaban tan cerca de tierra. Y no creáy's que el alto Señor le diesse tan buena ventura en los principios para darle tan desastrada fin. Esforçadvos y no desmayéys, siquiera porque podáy's saber la certinidad d'ello, y ved vos qué queréys que yo haga, que qualquiera cosa que cumpla a vuestro descanso será echa muy prestamente. Y si queréys, sin que el emperador, vuestro padre, lo sepa, a la ora yrán cavalleros que busquen todas aquellas partes donde él pudo escapar, que no es possible que d'él no aya nuevas.

Muy consolada fue la princessa con estas palabras de la emperatriz, mas no tanto que la gran congoxa suya se pudiesse mitigar; y aviendo en sí pensado una cosa, dixo a la emperatriz que, si ella fuese servida, que hablasse al emperador de su parte, suplicándole tuviesse por bien que ella con veynte cavalleros, quales al emperador paresciessen, fuessen hasta la ciudad de Londres, donde avía de ser juntada la cavallería del mundo, y que yrían desconocidos, y sus cavalleros se provarían en las aventuras de la Gran Bretaña; que aquello, si se alcançase, sería para ella muy gran descanso. La emperatriz la prometió de lo procurar quanto a ella fuesse possible.

Y ansí lo hizo, y súpolo tan bien negociar con el emperador que le dio licencia para ello. Y aparejada la partida, imbió con ella al infante don Daristeo y sus hermanos, y fue assí mismo un hijo del duque de Jassa, que el príncipe Leandro se llamava, de los más valerosos cavalleros de todo el imperio; y el príncipe de Dinamarca, y el rey de Dacia, y dos hijos del rey de Boecia. Fueron assí mismo en su compañía el baleroso Ario Barçano y don Brianel, y Aligenor del Escudo Blanco, y el infante Poligeno del Escuro Balle. No se vio jamás de veynte cavalleros otra más luzida compañía, porque no havía alguno que no fuesse hijo o nieto de rey. Y llevaba ansí mismo veynte donzellas, todas hijas de muy altos príncipes, no se le olvidando a Lindorena, con quien la princesa comunicava sus passiones. De la gente llevaba assaz acompañamiento, a todos los quales yva mandado que, so

⁴⁰⁸ *aunque.*

pena de la vida, no descubriessen a ninguno de los que allí yvan.

Y despedidos del emperador y de la emperatriz, haziéndoles la princesa que, sin que el emperador lo supiese, todos fuesen armados de armas negras con las cubiertas de luto, se partieron por su camino derechos a la ciudad de Londres, donde la princesa tenía pensamiento que el príncipe don Belianís acudiría si en la mar no fuesse anegado.

Do los dexaremos por contar lo que más al propósito de nuestra historia toca.

Capítulo 13: De lo que a don Belianís avino llegado en Ynglaterra y la batalla que uvo, en presencia de Claristea, con don Gradarte y sus compañeros, llamándose el Cavallero del Liocorno.

No eran aún acabados los trabajos y mortales angustias del príncipe don Belianís, porque la Fortuna, paresciéndole que este cavallero pretendía triunfar d'ella, buscava todas las formas y maneras posibles para hazerlo dexar sus yntentos, lo qual era con él ymposible, que ya tenía determinado de sufrir quanto sucederle pudiesen antes que dexar en un solo punto sus propósitos. Quando, después de aver corrido dos meses tormenta, dio con él y con la donzella, su compañera, en la Gran Bretaña, donde todos salieron en tierra. Mucho le pesava a don Belianís de se ver menguado de armas y de cavallo /30-vº/ qual para su necessidad hera menester, mas la donzella le dixo que no le pesasse punto, que ella le proveería de unas tales como [no] las huviessse en todo el reyno de Londres, las quales eran de un cavallero que con gran trayción el duque de Calés hiziera matar por le tomar dos castillos que en su tierra tenía; mas que le cumplía hazerle vengado.

–Eso haré yo de muy buena voluntad –dixo el príncipe.

Entonces la donzella las hizo sacar. Ellas eran todas pardas, sin otra pintura alguna, salvo que el escudo tenía en campo blanco pintado un liocornio, por el qual después muchas vezes en las partes que no fue conocido era llamado el Cavallero del Liocornio. Las armas le vinieron muy bien.

Y, metiéndose al derecho camino de la ciudad de Londres continuamente encontravan mucha gente, porque el término se allegava, que hasta el día de Pentecostés no faltavan ocho días, y entonces avía de ser toda la gente junta. Pues, yendo de aquella guisa, vieron venir por el mismo camino mucha gente; y, bolviendo a mirar por ver quién sería, vieron venir un carro, en el qual ivan hasta seys donzellas; tirábanlo doze cavallos blancos, y en su guarda venían ocho cavalleros ricamente armados, cavalleros en poderosos cavallos. Venían tan bien adereçados que gran sabor dava a mirarlos. Los quales prestamente enparejaron con ellos; que, como viessen al príncipe don Belianís en un cavallo de poco valor, riénd(i)ose d'él, el uno d'ellos dixo:

–Cavallero, ¿vays a la ventura a Londres?

–Sí voy, señor –respondió el príncipe–, mas ¿por qué lo pregunta la vuestra merced?

–Dígolo –dixo el cavallero–, porque, según traéys el cavallo cansado, devéys de venir de

lexos tierras por ser capitán de los cavalleros que el rey quiere ordenar.

–No sé lo que avendrá –dixo don Belianís–, aunque os certifico, señor cavallero, que me parece que deve de ser un officio de tanta pesadumbre que no me pesaría mucho por no le ganar.

–Esso sería –dixo el cavallero– para los d'esta tierra, que no son ussados al trabajo y entienden poco de las armas, que para los cavalleros romanos no ay otra recreación que hallarse en semejantes trances.

–Yo lo creo así –dixo don Belianís–, mas siempre he oýdo loar los cavalleros d'esta tierra por esforçados.

–Esso será con otros como ellos –dixo el cavallero–, y bien sé yo que, si consciessen a los cavalleros que aquí vienen, que sin contienda de batalla se les daría el premio.

Mucho se reýa don Belianís de las sobervias de los romanos, como aquel que ya otras vezes avía visto [a do los]⁴⁰⁹ esfuerços de [a]quellas gentes llegavan; y, arrimándose más a los carros, las damas le parecieron hermosas, y una d'ellas le llamó, diziendo:

–Señor cavallero, ¿por qué no havéys duelo de vuestro cavallo, que con razón se podrá quejar de vos?

–Señora –dixo don Belianís–, quando de mi cavallo la vuestra merced muestra dolerse, con razón devría mostrar más pena por su dueño, que ya no es parte para tenerse en la silla después que vuestra hermosura vio.

–¿Cómo es esso? –dixo la donzella–. ¿Y tan presto os avéys vencido de mi hermosura? Agora os digo que en mi vida os podré olvidar, porque un cavallero tan cuerdo como vos gran cosa deve de ser la que tan presto le ha vencido. Y agora, me hazed un servicio, por mi amor.

–Pedid, mi señora, lo que quisierdes –dixo don Belianís, muy agradao de su desemboltura.

–Que no curéys –dixo la donzella– de poneros en mucho aprieto por ser el principal de la tabla de los cavalleros andantes, porque no querría veros en mucho peligro, según mi coraçón va vencido de vuestras gracias; y dad al diablo, señor, los peligros, que no se gana d'ellos más de molerse los hombres el cuerpo.

–D'essa suerte, señora –dixo don Belianís–, conformes estamos, que a mí nunca me parecieron bien estas aventuras, que no se gana más de ser tenido el hombre en poco.

–Maravíllome de vos –dixo una de las otras damas a la donzella–, que /31-rº/ con el príncipe dávades tal consejo a esse cavallero, viendo que por no tener ocasión de justar viene en un tal cavallo; más querría por mi servicio verle correr una lança que gran cosa.

–No puedo yo servir a tantas –dixo don Belianís–, mayormente encomendándome cosas de essa calidad.

Todas estaban riendo de ver su covardía, y no avía ay tal cavallero ni donzella que no

⁴⁰⁹ *los a do esfuerços.*

travessasse palabras, motejándole de covarde. Y aún algunas veces eran tales los motes que se lo dezían tan claro que la donzella que consigo le traía avía vergüença de ver su sufrimiento, tanto que no pudo estar sin que le dixesse:

–Por Dios vos juro, señor cavallero, que si tal guardador pensara que trahía, que nunca con él entrara en Bretaña.

–Yo no puedo ser mejor de lo que hasta aquí –dixo don Belianís–. Ya podrá ser que, si me viéssedes en batalla con algún cavallero, tuviéssedes más razón de reýros de mí.

–Yo lo creo –dixo la donzella–, y aún a esta causa no queréys vos andar en compañía de ningún cavallero. No querría que encontrásemos con el príncipe don Gradarte de Irlanda, que no dexa donzella a vida que no prende.

–Seguras vamos al presente –dixeron las que en el carro yvan.

No huvieron caminado quanto dos millas, quando para sí vieron venir quatro cavalleros armados de unas armas verdes partidas con oro. Todos avían en los escudos leones blancos, y el uno trahía unas letras que dezían: «Don Gradarte de Irlanda». Con ellos venía un gigante, de los más bien hechos que don Belianís viera, porque, aunque era más alto un pie que ninguno de los otros, era tan bien proporcionado que dava alegría su vista. Venía en un hermoso cavallo blanco, tan fu[r]ioso que le hazía sobremanera venir muy agraciado. Pues como la donzella que con don Belianís venía a don Gradarte vio, dio una gran boz diziendo:

–¡Ay, cuytada de mí, que perdidas somos! ¡Mal aya quantos cavalleros andantes ay en la Gran Bretaña, que no han sido para hechar del mundo un cavallero de tan mal talante como este que aquí viene!

–No temáys –dixeron los cavalleros romanos–, que vos le quitaremos de estorvo.

Mas a esta sazón don Gradarte estava junto a ellos, y en boz alta les dix[o]⁴¹⁰:

–¡Cavalleros, aparejad os a defender las donzellas o a entregármelas, porque tengo necessidad de dessembaraçar esta tierra de semejante simiente!

–Cavallero –respondió aquel que con don Belianís primero hablava–, vos hazéys tuerto en nos querer quitar nuestras donzellas, las quales os defenderemos en tanto que pudiéremos combatir. Por eso, soys conmigo a la batalla.

–No soy venido por otro –dixo don Gradarte.

Entonces se apartaron cada uno a su parte.

–Agora veréys hermosos encuentros –dixo la donzella del carro–, que nuestro cavallero derribará al otro.

–Ya lo querría ver –dixo don Belianís; mas no tenía él tal pensamiento, que a su parecer era don Gradarte uno de los cavalleros bien puestos que en su vida viera.

⁴¹⁰ *dixe.*

Mirando por los cavalleros, vio cómo el romano, él y su cavallo, dieron tal caída en el suelo que no se pudo levantar, y don Gradarte pasó por él sin hazer revés en la silla; y, quedándole la lança sana, revolviendo sobre otro, tanto le sucedió bien que de ocho encuentros todos ocho cavalleros romanos puso en el suelo, tan atormentados que no estava ninguno d'ellos para poder pelear, de que al príncipe don Belianís no pesó punto; y bolvióse a la donzella que le motejara, diziendo:

–Mi señora, ¿daysme licencia para que prueve mi ventura con estos cavalleros? Que, con el favor de vuestra hermosura, no sería mucho dar una buena caída al primero encuentro.

–Yo estoy tan cierta d'esso –dixo la donzella– como de que no seréys para aventuraros a provar una lança con uno de aquellos cavalleros.

–Todavía –dixo don Belianís–, os quiero dar qué reyr con mi caída.

Entonces mandó a un hombre que le diesse un cavallo de /31-vº/ los cavalleros heridos. Él se lo dio, el mejor que allí avía. Entonces se desafiaron y dieron buelta con sus cavallos, tomando la parte que les cumplía. Mas, antes que tuviessen el lugar de justar, al passo donde ellos estavan llegó una compañía de cavalleros y donzellas, la(s) más hermosa(s) que hasta entonces fuera vista⁴¹¹. Todos venían cubiertos de luto; los cavalleros eran veynte, y otras tantas damas. Y assí ellos como ellas, e infinita gente de servicio que con ellos venía, traían las devisas tan tristes que causavan admiración. Como supiessen la causa por que los cavalleros se querían combatir, se pararon por los mirar; mas la donzella del carro, que a don Belianís tenía por tan covarde quanto a otro que jamás uviesse visto, les dixo:

–Agora veréis, señores, cómo el Cavallero del Liocornio, del temor de la lança de su contrario, se dexará caer antes que le encuentre.

No les pareció a los cavalleros que ello sería assí, conforme al parecer del cavallo. Y a esta ora les vieron juntar de tan fuertes encuentros que las lanças fueron hechas menudas pieças, y ellos se juntaron de los cuerpos de los cavallos, escudos y yelmos tan bravamente que don Gradarte vino al suelo, tan desacordado que no sabía de sí parte. El yelmo huvo partido por la vista en dos partes; todos pensaron que le huviesse muerto, mas el príncipe no hizo mudança en la silla más que si fuera una peña.

–¡O poderoso Dios –dixo el príncipe Leandro–, y qué valeroso encuentro!

Pues, como don Belianís quedasse sin lança, se aguisó para atender a los otros sin ella; mas el príncipe Ario Barçano se llegó a él y, en lengua persiana, le dixo:

–Tomad, señor cavallero, esta lança, que a quien tam bien lo haze con las armas y personas le serviremos todos.

Don Belianís le conosció luego en la voz, y mucho fue turbado de le ver con tan tristes

⁴¹¹ Puede referirse a la compañía o a las donzellas, pero en ambos casos parece haber un claro error de concordancia.

señales, y no pudo pensar la causa. Y en la misma lengua le rindió las gracias, diciendo que en todo tiempo sería suyo por aquella merced que le hazía.

Y como viesse que otro de los cavalleros le estava atendiendo, prestamente mobió para él, y en medio de aquel campo se encontraron, tan bravamente que don Belianís huvo el escudo y arnés falsado, y si la loriga no fuera tan buena no escapara de ser muy herido. Tan bueno fue el encuentro que le hizo perder un estrivo; mas don Belianís encontró al cavallero por el escudo, que, siendo falsado, la lança pareció una braça de la otra parte por entre el braço y el arnés, sin que el cavallero fuesse herido; mas tan fuerte fue el golpe que le llevó de la silla, y en el campo dio una muy mala caýda. Don Belianís sacó su lança, pesándole grandemente de le aver muerto al cavallero, que assí todos cuydavan; mas dende a poco tiempo le vieron levantar atordido.

Don Belianís estava muy maravillado de ver los rezios encuentros que aquellos cavalleros le davan, y entre sí dezía que con razón heran los cavalleros aventureros de aquella tierra estimados. Mas, desseando saber la causa del luto de sus tan grandes amigos, por abreviar la batalla encontró al tercero, que para él se venía, haziéndole provar la dura cama que sus compañeros tenían. Lo mismo hizo al quarto, en el qual quebró su lança; mas, aunque él derribó los cavalleros de tan fuertes encuentros, no dexó de recibirlos, los mayores que le parecía en toda su vida haver recibido.

De los Cavalleros del Luto vos digo que estava muy espantados de ver el esfuerço y gran fortaleza de aquel estremado cavallero quanto antes lo fueran de cosa alguna; y el uno d'ellos dixo a la donzella del carro:

–Señora, mucho os engañastes en el conoscimiento de aquel cavallero, si ya no fue por nos hazer parecer mayores sus hazañas. No me parece que q[u]iere⁴¹² dexar la silla tan fácilmente como vos cuydávades, y no me ayude Dios si creo que ay aquí alguno por quien él la dexe.

Y como a esta ora don Belianís adonde ellos /32-rº/ estava llegasse, y conociesse a todos sus amigos, a causa que por el gran calor los yelmos trahían quitados, y los viesse de tan triste forma, fue en extremo muy turbad[o]⁴¹³, no sabiendo qué decirse, principalmente que a él se llegó su escudero Flerisalte, el qual le dio una lança toda negra; al cabo tenía una pequeña vanderá, y en ella la devisa que aquellos cavalleros trahían.

–No me ayude Dios –dixo don Belianís– si estos no cuydan que yo soy muerto. Pero antes morirán otros muchos, plaziendo al alto Señor, cuyas muertes harán más daño.

Mucho le plugo de ver a Flerisalte libre, y cuydó que también allí vendría el duque Armindos. Mas a esta sazón el gigante le dio bozes que se guardasse, que con él era en la batalla. Don Belianís bolvió su cavallo para él, y en medio de aquel campo se encontraron tan poderosamente que las lanças fueron hechas pedaços, y ellos se juntaron tan bravamente que cada uno se le antojó que con una torre huviesse topado. Don Belianís perdió los estribos, mas el gigante

⁴¹² *qnire.*

⁴¹³ *turbada.*

hizo términos para caer, que la cabeça puso sobre las ancas del cavallo. Y, siendo más corridos de no se aver derribado, con una furiosa saña pusieron mano a sus espadas y, reboviendo el uno sobre el otro, era hermosa cosa de mirar, que aduro* en el mundo más diestro ni valiente cavallero que el gigante, que Galiandro se llamava, se hallaría. El qual hirió al príncipe de un tan estraño golpe que, acertándole sobre el escudo, se le hizo juntar con la cabeça con tanta fuerça que la sangre le hizo saltar por los oýdos y narizes; y, no se deteniendo allí, corrió la temerosa espada hasta baxo, llevándole la mitad de la cabeça del cavallo. Con tanta fuerça fue dado este golpe que los braços del gigante llevó tras sí, haziéndole colgar sobre el arçón delantero.

Don Belianís, maravillado del tal golpe, le quiso dar por medio del cuerpo, cuydándole partir por medio, viéndole tan desbaratado; mas el cavallo –que pocos hallarían tales– sacó a su señor de aquella affrenta. Don Belianís saltó en el suelo de pies muy ligeramente, mas el cavallo del gigante, que acostumbrava tropellar todos los que veía que a pie estaban, revolvió sobre él tan presto que don Belianís no tuvo lugar de desviarse, y fue encontrado de los pechos del cavallo, de guisa que le hizo dar quatro o cinco passos para tras, y poco faltó que no dicesse con él de espaldas. No se vio animal en una batalla semejante que este, el qual no tenía cuydado del freno, salvo dexarle hazer su contento, que él libraría a su señor de qualquier peligro. En la ligereza parecía que fuesse alguno de los que los carros del dios Apolo continuamente llevan, tan corajoso y encendido se bolvía.

A esta ho[ra] don Belianís, que de puro enojado parecía que la vista de los ojos huviesse perdido, y como sobre sí le viesse rebover, no se vio caudal águila más veloz en su presa; porque, dando un salto al través, tan presto fue con el gigante que la ligereza del cavallo no le pudo valer que don Belianís no le alcançasse un tal golpe, con tanta furia y saña dado, que le hizo dexar la compañía de su cavallo, viniendo al suelo; y, si de su ligereza no se ayudara, fuera muerto sin poderse vale[r]⁴¹⁴. Mas, aunque él se levantó con la presteza possible, don Belianís le hirió sobre la cabeça, que el yelmo y la cofia huvo cortado, y la sangre le començó a correr en abundancia. El jayán quiso cerrar a braços con él, mas don Belianís le dio de los ombros tan bravamente que le hizo yr más de seys passos atrás, tan turbado que todos pensaron que cayera.

Y con esto se tornaron a juntar, más bravos que nunca, donde se viera una hermosa batalla. Ya cada uno d'ellos estava por dos o tres partes herido; mas dígovos que aquel pavoroso Galiandro /32-vº/, que nunca hallara su par, a esta hora fue metido en pavor de muerte, porque nunca viera sus fuerças en tan poco estimadas por cavallero como al presente. Y con esto hazía su batalla con más tiento y cordura que sobervia, rebatiendo y hurtando los golpes que podía; lo que era menester, porque don Belianís andava tan corajoso y enojado que no curava por ál que por dar fin a la batalla, y con esto trahía a Galiandro muy herido.

Mas, como la batalla huviesse entre ellos durado más de tres horas, el gigante se tiró afuera

⁴¹⁴ vales.

por descansar, diciendo:

–Cavallero, asaz ay de día para dar fin a nuestra batalla; por esso, si vos soys contento, gran plazer recibiría que folgássemos un poco.

–Vosotros –respondió don Belianís– hazéys tuerto en nos querer quitar nuestras donzellas; que, si vos os dexáys de ello y me prometéys de nunca ser contra dueña ni donzella, quito soys de la batalla. De otra suerte, no penséys que se ha de dexar hasta que el uno de nosotros quede en este campo, que vergüença es que una batalla entre dos cavalleros dure tanto.

Muy enojado fue Galiandro de las palabras del príncipe, pareciéndole que lo estimava en poco; y, determinando de dar presto fin a la batalla, dexó caer lo que del escudo le quedara, tomando la espada con ambas manos. Don Belianís hizo lo mismo, y sin ningún pavor se juntaron el uno con el otro, y a un tiempo se hirieron con tanta furia que el jayán Galiandro hubo todo el yelmo cortado juntamente con el almófar*, y en la cabeça una mala herida; tan cargado fue que vino al suelo, perdida toda su fuerça. Don Belianís hincó entr’ambas rodillas y la mano del espada; en el hombro hubo una herida, aunque no grande. Tan cargado se sintió del gran golpe que pensó que por medio del cuerpo fuesse partido; no se pudo levantar tan ligeramente como quisiera.

Grande espanto recibieron los presentes de ver tan crueles golpes, teniendo al cavallero por más aventajado que visto huviessen. Todos dezían tanto de su esfuerço que a la causa cada uno le pluguiera de se provar con él. Sin dubda, si no le tuviera[n]⁴¹⁵ por muerto, cuydaran que fuesse el príncipe don Belianís; mas su muerte tenían por tan cierta que les quitava de semejantes pensamientos, salvo a Claristea, que, como el corazón le dava pensamiento que no fuesse muerto, tenía alguna alteración de cuydar que él fuesse, aunque tenía por cierto que, a ser él, no se encubriría a tan grandes amigos como él allí tenía, y esto le dava alguna alegría.

Pues, como don Belianís viesse al gigante en tierra, fue sobre él y, quitándole el yelmo, le dixo:

–Muerto eres, si no otorgas de hazer aquello que por mí te fuere mandado.

Él bolvió en sí y díxole:

–Cavallero, el más esforçado que yo haya visto, no cumple que yo os prometa cosa alguna; vos podéys hazer de mí aquello que fuere vuestra voluntad, que yo cumpliré a todo mi poder.

–Por agora no quiero otra cosa –dixo don Belianís– salvo que me prometas de aquí adelante de ser con todas tus fuerças en favor de dueñas y donzellas, y que ninguna te pida socorro que, aunque vayas en otra aventura, no la dexes por favorecerla.

–Yo lo prometo –respondió el gigante.

–Pues, ¿cómo es tu nombre? –dixo don Belianís.

–Galiandro el Pavoroso me suelen llamar –respondió él–. Y no sé la causa, pues al presente

⁴¹⁵ *tuvierau.*

soy vencido de un solo cavallero.

–D’esso no te maravilles –respondió don Belianís–, que son juyzios del alto Señor, al qual todas las cosas están sugetas.

Entonces, dexando a Galiandro, se fue para don Gradarte, el qual no estava para pelear a causa de la herida: tenía el braço derecho sacado de su lugar. Y, haziéndoles prometer a todos lo que a Galiandro –lo qual ellos cumplieron muy bien, que de allí adelante los Cavalleros de las Donzellas se hazían llamar–, don Belianís, tomando el hermoso cavallo del gigante por el suyo que le matara, se bolvió para /33-rº/ su donzella donde la avía dexado, que no fue poco, según la vergüença tenía haverle ossado atender allí, y con muy buen semblante le dixo:

–Mi señora, caminemos, si a la vuestra merçed paresce, porque voy muy mal herido, y tendré necessidad de ser curado.

–Sea, mi señor, como mandardes –respondió la donzella–, aunque donzella tan desmessurada como yo no devría llevar tan buena compañía.

–Dexadvos de esso –dixo el príncipe don Belianís–, que, si lo que yo os soy en obligación huviesse de pagar, no se podría hazer tan presto.

Entonces se llegó para la donzella que d’él se riera, y con una dissimulación le dixo:

–Mi señora, muy bien se ha parecido el favor de vuestra hermosura, pues sin él muy claro está que no hubiera sido parte para defenderos.

La donzella estava muy corrida, tanto que muchas vezes se quisiera haver ydo, si sus compañeras no la detuvieran; mas, con la mejor dissimulación que pudo, le dixo:

–Agora veréys, estremado cavallero, cómo vos he pagado el grande amor que me teníades, porque a ninguno de esos otros cavalleros, aunque en mi compañía venían, quise dar el favor que a vos os di, por solo conoscer el grande amor que me teníades. Y esta victoria muy bien hazéys en atribuyr la a mi hermosura, porque de otra manera me dexárades muy enojada.

Mucho se rió el príncipe don Belianís de lo que la donzella dezía, que en todo hera muy graciosa. Mas a esta sazón, de parte de la bella Claristea llegó a él una donzella que le dixo:

–Señor cavallero, una donzella que de lexos tierras⁴¹⁶ viene en aquel carro os suplica muy encarescidamente que tengáys por bien de la ver, porque d’ello rescibirá mucho contentamiento, si de ello no rescebís desplacer.

–A la mano de Dios –dixo don Belianís.

Entonces se fue con ella hasta llegar a unas andas en que la donzella venía muy cubierta de luto. Los cavalleros que las lle[va]van estavan así mesmo cubiertos de negro. La donzella fue luego por él conocida ser la bella Claristea, de que él fue muy maravillado, más que antes; y, mostrando no conoscerla, en lengua inglesa, por más dissimular la voz, la dixo:

⁴¹⁶ Parece errata por “lexas tierras”; sin embargo, Orduna (1997a: LXXIV-LXXVI) defiende la construcción “lexos tierras”, que es habitual no solo en el *Belianís*, sino también en otros textos de la época.

–Señora, de vuestra parte he sido llamado por una donzella; por tanto, ved si de mí os cumple algún servicio, que lo haré de tan buena voluntad como qualquiera de los cavalleros que en vuestra compañía vienen.

–Señor cavallero –respondió la princesa Claristea–, no menor offrescimiento que esse esperava de un tal cavallero como vos. Yo os lo tengo en la merced que una donzella como yo, puesta en tanta tristeza, pueda. Mas lo que yo querría supplicaros es que nos dixéssedes vuestro nombre, porque estos cavalleros y yo ansí mismo rescibiríamos muy grande alegría.

–Señora –dixo el príncipe don Belianís–, en mucho más d'esto desseo yo hazer a vuestra persona, y a estos cavalleros, servicio. Mi nombre es el Cavallero del Liocornio, y mucho querría saber qué aventura es esta, y la causa por que con muestras de tanta tristeza camináys; que, si es alguna cosa que por mí pueda ser remediada, no dexaré de aventurar mi persona en vuestro servicio, aunque donde ay tales cavalleros creo que avrá d'ella poca necesidad.

–Gran merced, señor cavallero –respondió la princessa Claristea–, es la de vuestras palabras. Y agora, sepamos si entendéys de hallaros en las fiestas de la ciudad de Londres, porque, yéndonos juntos, os podremos contar por estenso la causa de nuestra tristeza, que es por la pérdida del mejor cavallero del mundo.

Entonces no fue parte para detener las lágrimas, que en grandíssima abundancia por sus mexillas començaron a correr, sobreviniéndole un tal desmayo que quedó tal como muerta. Entonces todas las damas se apearon, /33-vº/ y así mismo los cavalleros; y, sacándola de las andas, la pusieron sobre unas almoadas, don Belianís tomándole la cabeça sobre sus rodillas. Y tantos remedios la hizieron que bolvió en sí, con un tan penoso suspiro que el alma de las carnes le arrancava, diziendo:

–¡Ay de ti, princesa sin vent[u]ra⁴¹⁷, cómo morirás la más raviosa muerte que nunca nadie murió! ¡O, furiosas congoxas, acabad ya de consumir esta triste vida! Mas, ¡ay de mí!, que aún más merezco penar, pues la muerte venir no quiere.

Mucho le pesó a don Belianís de ver tan lastimada a aquella princesa. Muchas vezes estuvo por se descubrir; mas, viendo el gran estorvo que de allí le vendría para sus negocios, acordó de se encubrir por entonces, y assí lo hizo; que, viendo a aquella princesa buelta en su acuerdo, la consoló lo mejor que pudo, diziéndole que no rescibiese tanta pena, que plazería al alto Señor de le embiar consuelo. Y con esto se partió de su compañía, dexándoles qué contar de lo que de su esfuerço avían visto. Y, al despedir, dixo a los cavalleros romanos:

–Señores, pído's por merced que, si os faltare algún cavallo hasta la ciudad, que no me fatiguéis el mío, no tenga más razón de quejarse que hasta aquí.

Los cavalleros estaban affrentados de lo que les sucediera. No le respondieron palabra; antes juntos con la princesa de Alemania se partieron para Londres dos días antes de las fiestas, donde eran

⁴¹⁷ *ventnra*.

llegados cavalleros de todas las partes del mundo por las ver, y otros por provar sus personas en ellas. Sin duda eran allí juntados la flor de los cavalleros del mundo, que gran tiempo passó que no se vieron otras tales fiestas, fasta el tiempo que el príncipe Belflorán vino a aquella corte, como en la quarta parte d'esta historia vos será contado⁴¹⁸.

Y en aquel tiempo, todos los príncipes que con la bella Claristea venían començaron a aderezarse para entrar en los torneos, y assí lo hazían todos los cavalleros de la corte, donde havia por la ciudad el mayor ruydo que jamás se viera, porque en toda ella no se entendía más de en adereçar atabíos y sobreseñales y ricas armas para aquel día, que el más señalado del mundo se esperaba. El rey de Inglaterra estava el más contento hombre del mundo, bendiziendo a quien tal consejo le diera, ca por ello se pensava ser el más estimado rey del mundo.

Capítulo 14: Cómo el príncipe don Belianís, proveído de nuevas armas, entró en Londres.

Metiose con su donzella, Valeriana, por el camino adelante el príncipe don Belianís, hasta tanto que encontraron con un espeso bosque, do le combino apearse por ser curado. Y a la sombra de un gran roble armaron una tienda y un lecho, en el qual el príncipe fue echado y curado de sus heridas. Y, mandando a un escudero que fuesse a la ciudad, que bien acerca estava, y traxesse nuevas de cuándo el torneo se començaría, y de las otras cosas que en la ciudad passavan, él se quedó allí, como aquel que ya los poblados se havían hecho enemigos de su condición, esperando cuándo el escudero bolviesse. El qual, aviéndose largamente informado de lo que en la corte passava, se bolvió una noche antes de Pentecostés, diziendo al príncipe don Belianís que cierto otro día se havían de començar los torneos, y que havían de durar tres días, y que havia muchedumbre de príncipes y cavalleros quanto jamás en corte de ningún rey ni gran señor se havían visto. Y assí era la verdad como el escudero lo dezía, que, si no fuera en Babylonia, muchos tiempos havia que no se juntaron tantos y tan grandes señores, no viniendo, como en Babylonia, con sus poderes, sal- /34-rº/ -vo con cada diez o veynte cavalleros, porque cada uno quería mostrar más el valor de su persona que no el esfuerço de sus cavalleros, ni aun (que) la sober[v]ia⁴¹⁹ de sus poderosos exércitos; y todos los demás d'ellos venían tan encubiertos que por ninguno heran conocidos.

Pues como la resplandesciente luz de la clara mañana vino, el valeroso príncipe don Belianís se levantó y, haziéndose armar de todas sus ricas armas, cavalgó en aquel poderoso cavallo que a Galiandro el Pavoroso tomara, que le estimara en más que cosa alguna; se fue allegando a la ciudad de Londres, que le parecía una de las más hermosas ciudades que jamás él viera. Mas, antes que del bosque acabasse de salir, llegaron a él dos hermosas donzellas, que en un cavallo traían delante de sí

⁴¹⁸ Capítulo 69 de la *Cuarta Parte*, en el que se organizan fiestas y justas para celebrar el compromiso de Belflorán y Belianisa.

⁴¹⁹ *sobernia*.

un lío; y, llegándose a él, le dixeron:

–Señor cavallero, por la devisa de vuestro escudo conoscemos que soys vos a quien somos embiadas. Por tanto, sabed que una dueña que vuestro servicio dessea os ruega que por su amor llevéys estas armas que aquí traemos en los torneos de la ciudad de Londres, y que hagáys de manera que no perdáys el nombre que tenéys, porque es cosa que a vuestro descanso cumple.

–¿Quién es vuestra señora –dixo el príncipe don Belianís–, que por sus palabras muestra conoscerme, y tan buena obra me hace sin yo se lo haver merecido?

–Señor –dixeron las donzellas–, a nosotras no nos es mandado dezir otra cosa y, aunque nosotras quisiésemos dezirla, no sabríamos. Por tanto, nos dad licencia, que en todo caso nos cumple partir luego, y tened gran memoria de lo que vos encargamos.

Entonces, dexándole allí las armas, se bolvió a la tienda, y allí se hizo desarmar; y, sacando las armas, las halló ser las más ricas que en toda su vida vistiera. Heran todas blancas, y por ellas, pintadas de oro y azul, el castillo donde la princesa Florisbella estava, tan al natural quanto la segunda parte de esta hystoria más largamente lo contó⁴²⁰. Estavan puestas por ellas tantas perlas y piedras de inestimable valor que nunca ningún rey ni gran señor en armas tantas vistiera. El cerco del escudo hera todo hecho de muy ardientes rubís, tales que semejavan que ardiendo estuviessen; la horla y la embraçadura heran de finíssimo oro; en lo alto del escudo tenía tres piedras riquísimas, tales que jamás se vieran sus semejantes, que en una hermosa sala no havía necesidad de otra claridad. En medio del escudo havía pintado el Liocornio, como en las otras armas le traía, salvo que hera de bulto, y hecho de un hermoso jacinto, tan bello de mirar que a qualquiera que lo mirava le ocupara la vista. Trahía ansí mismo un muy riquísimo guarnimiento de la misma forma para el cavallo, con unas plumas de muy diversas perlas pobladas por la testera.

De estas armas de muy diversas perlas fue armado el valeroso príncipe don Belianís, con las quales parecía tam bien que a la donzella y a los escuderos tenía muy maravillados. Y haziendo poner aquel rico guarnimiento a su cavallo, cavalgó en él, y dándose alguna priessa llegó al campo adonde los torneos havían de ser, a tal hora que ya se querían començar; el qual rescibió muy grande plazer y contentamiento de ver la riqueza y estraña labor de los edificios que en torno del campo estavan hechos, y no sin causa, que heran de los más aventajados que él huviesse visto jamás, principalmente los ricos palacios que el rey allí mandara hazer, los quales eran de esta forma: heran labrados de quatro partes, en cada una de las quales havía muy riquísimas salas, puestas por ellas todas las aventuras /34-vº/ que en otros tiempos passados acaescieran en la Gran Bretaña, tan naturalmente que parecían estar bivas. Al un costado de la casa tenía una muy riquísima huerta, con tantas diversidades de árboles quantos en el mundo havía, cuyos ramos y suavísimos holoeres entravan por diversas ventanas de ellas, que parecían ser bastantes para poder sustentar sin otra cosa

⁴²⁰ Se refiere al Castillo de Alta Suria, descrito con detalle en el capítulo 57 de la *Segunda Parte*.

alguna toda la vida humana, donde se vieran tantas abes y tan estrañas quantas por mucho tiempo se pudieran hallar, haviéndolas el Rey con gran desseo mandado buscar. Las quales hazían tan linda armonía que no había necesidad alguna de menestres, porque todas las paredes que caían a las partes de fuera heran de un delicadísimo vidrio, que como por un trasparente christal se podía muy bien veer todo lo que por de dentro de ella estava. En la sala principal estava puesta la Tabla Redonda, donde los cavalleros escogidos se havían de assentar. No se vio cosa ygual en riqueza, que cierto su tan grande valor no llevaba con cosa humana comparación ninguna. Tan grande era que aquel tan famosísimo rey hebreo, con su tan grande y aventajado saber, en lo terrenal no se hallara cosa semejante. Ella hera en torno de quinientos pies, toda de muy finísima plata; tenía así mismo ciento y cinquenta fuentes de la mesma plata, todas con muy riquísimos caños de oro; unos salían por las bocas de pequeños leones, y otros por las de otros animales de muy diversas maneras, y otros por los cuellos y picos de muchas diferentes aves. Estaban puestas por tan buena orden que ninguna de ellas dava más agua de aquella que cada uno quería para su menester, sirviendo cada fuente para la silla de un cavallero, de manera que, bolviendo ciertas clavixas, davan toda el agua necessaria; y, al tiempo que salía, hazía un sonido tan suave que causava grandísima recreación. Estavan por tal horden puestas que no solo impedían el servicio de la mesa, pero ni aún que los cavalleros no se viessen unos a otros muy claramente. Los caños de el agua para el servicio d'esta fuente venían por debaxo de la mesma mesa, sirviéndose todos de un principal caño que por un rico mármol de cristal venía, tan sobervio quanto los demás. De tal suerte estava todo puesto que ninguna persona, por mucho que lo mirara, no le siendo enseñado pudiera entender que por allí viniessen agua.

Tenía en torno ciento y cinquenta sillas. Estas heran lo más rico de todo ello, porque todas heran de marfil tan perfecto quanto otro jamás se viera. Por ellas, de fino oro y perlas, estavan hechos muchos follages de la labor romana, tan costosos que en su valor sobrepujava a lo material. Las espaldas a que se arrima[v]an⁴²¹ heran de finísimo oro de martillo, pendientes de ellas muchas perlas de inestimable valor. Cada una de ellas tenía un escrito en que declarava quién fuera el cavallero que la possejera.

Hera la sala muy alta, con muy ricas columnas de mármoles tan blancos que al sol privavan de su blancura, labrados por todas partes de muy rica labor. La cubierta de la sala hera del mesmo marfil, y de noche y de día, sin poner en ella luz, estava tan clara quanto la pudiera alumbrar el claro sol, porque en las quatro esquinas estavan puestos quatro muy gruesos carbuncos que la tenían continuamente en aquella claridad. Havía en la salida quatro aparadores de tanta riqueza que, como cosa que el juyzio alcanzar no pueda, es bien dexarlo.

Mirando estuvo esto el príncipe, mas ninguna cosa le hizo tan maravillado quanto lo fue dan-

⁴²¹ *arrimanan.*

mil passavan, con tanta abundancia de ricos atavíos quanto de hermosura; y viniéndole a la memoria las justas de Babylonia, que tanto contentamiento le dieron, no pudo tener que gruesas lágrimas de sus ojos no derramasse, diziendo entre sí:

—¡Ay de ti, príncipe desgraciado, y cuántas cosas para tu pesar te muestra la Fortuna!

A esta hora vio venir al rey de Inglaterra. En su compañía venían los más altos príncipes del universo —bien se pudo llamar rey venturoso, pues que tanto fue su merecimiento que, sin dubda, lo passado en tiempo del rey Artús en comparación de aquello fue cosa de sueño—, que vos digo que había assaz entre ellos que con sus acompañamientos de sus vassallos podían llevar otros reyes de tanta estima quanto lo era el rey de Inglaterra; el qual venía armado de unas ricas armas cárdenas, por ellas muchos leones amarillos, tan agraciados para mirar quanto otros que allí huviesse. Venía sin yelmo, con una corona de inestimable valor en su cabeça. En la mano trahía un cetro real, y sobre las armas una jornea* colorada por muchas partes.

Junto con él venía la infanta Armelina, su hermana, tan hermosa que a don Belianís se le figuró que a su señora viesse. Venía tan ricamente vestida como aquella que esperaba ser casada con el mejor cavallero del mundo. Mucho le plugo a don Belianís de la ver tan hermosa.

Mas siendo todos subidos a los miradores, estando las hazes* hordenándose para romper a una finiestra, vio a la bella Claristea con Lindorena y con las otras damas, cuya hermosura admirava por la ver con grande tristeza, ca muchos cavalleros la estaban mirando. Lo mismo hacía ella a el príncipe, juntamente con otros muchos cavalleros, muy maravillados de ver su tan rica postura y lindeza de armas. Él puso las piernas a su furioso cavallo, que, como fuesse el mejor que en grande parte del mundo se podría hallar, comenzó a hazer tantas y tan buenas bueltas por aquel campo que a todos los que lo miravan dava estraño contentamiento; y mucho mayor a la princesa Claristea, porque, corriendo con toda la furia possible una carrera para donde la princessa Claristea estava, llegando a su finiestra, le hizo meter entr'ambas las rodillas en el suelo; y él abaxó así mesmo la cabeça, haziéndole una grande cortesía. La princesa Claristea se levantó algún tanto, haziéndole muy buen comedimiento; y, viendo la seña de su escudo, luego a la hora conosció ser aquel el que en el camino delante de ella había hecho las batallas.

Muy maravillado estava el rey de ver tan buena gracia en un cavallero; y, bolviéndose a su hermana, la infanta, y a los altos hombres que con él estaban, les dixo:

—Cierto, por el parescer bien meresse este cavallero ser el caudillo del universo.

La linda infanta Armelina no respondió palabra ninguna, como aquella que su corazón tenía muy ocupado, juntamente con todo el entendimiento, en mirar al cavallero; al qual a esta sazón se llegó un escudero, el qual traía una lança, tan rica quanto otra en toda la plaça huviesse, con un pendón de un muy delgado cendal* blanco en él, de maravillosa forma bordada en él la famosa batalla que huviera con el pavoroso Galiandro y don Gradarte de Irlanda; y, con muy grande acatamiento, le dixo:

–Esforçado cavallero, aquella donzella que en el camino vos hablara en compañía de los cavalleros romanos se recomienda en vuestra buena gracia, y dice que, pues por su servicio havéys de entrar en este torneo, vos plega de llevar esta lança; y, porque tengáys entendido que no está olvidada de vuestros amores, ella por su mesma mano ha bordado este tan rico pendón después que de vos se partió /35-vº/; y que tengáys buena confiança, que a cavallero que tan altos amores como los suyos ossa emprender, todas las aventuras se le deven.

–Dezidle, gentil escudero, a mi señora –respondió el príncipe– que, con tan gran favor, acabar todas las cosas será poco, y que el mayor descontento que tenía era pensar que estava ausente de su memoria.

Pues como el escudero se quisiese bolver para su señoría, fue llamado de parte del rey, el qual le preguntó quién el cavallero fuesse.

–No lo sé, señor –dixo el escudero–, más de quanto en este camino le encontramos.

Y luego le contó quanto en su compañía les aviniera, y cómo havia vencido al temido Galiandro y Gradarte; de lo qual ansí el rey como como todos los que lo oyeron fueron assaz maravillados, no creyendo que Galiandro por un solo cavallero fuesse vencido. El escudero se bolvió a su señoría, dándole la respuesta del cavallero, de que mucho rieron.

Pues a esta sazón, como todos estuviessen en la hordenança necessaria, el rey, mandando pregonar las condiciones de los torneos de Inglaterra, las quales ya todos ellos sabían, mandó tocar todos los instrumentos y trompetas a señal de arremeter.

Capítulo 15: De lo que en el primer torneo subcedió, y cómo el príncipe don Belianís quedó por vencedor.

Pues como la señal se hizo, viérades la más bella y admirable cavallería que jamás se viera tenderse por aquel campo, calando las lanças, con tantas banderas tan hermosas y relumbrantes que al sol bastaran a privar de su gentileça. ¡Quién fuera de tan claro y esperto juyzio, de tan delgado entendimiento, que pudiera dar a entender de la suerte que este torneo passó! Porque este primero día los torneos se hazían a manera de muy reglada batalla: eran los ingleses contra los estrangeros, llevando en la delantera aquella tan hermosa cavallería que de la Tabla Redonda en méritos suyos y de sus passados se pensava ver, donde estavan cinqüenta cavalleros del linaje del rey. Yvan con otros muchos grandes linajes, cuyos valerosos esfuerços por los principales del universo heran tenidos. De la otra parte estavan los veynte cavalleros que a la princesa Claristea acompañavan, todos con sobrevistas de luto, ca por plazer que huviessen jamás pensavan quitarlas. Todos los estrangeros tomaran por caudillo un cavallero español, a quien todos grandemente de cavallería oyeran loar; y este era el valiente príncipe don Serafín de España, que ansí mismo a aquella demanda viniera. Y con él estava, desconocido, el príncipe Arfilo de Ungría. Entr’ambos estavan en la delantera.

Don Belianís se passó para ellos, de que los Cavalleros del Luto fueron muy alegres, que lo tenían por uno de los valientes cavalleros que visto huv[ie]ssen⁴²².

Pues a esta hora se movieron los unos para los otros, donde en aquel campo se juntaron con tanto estruendo que, aunque ellos no fuesen número de veynte mil, parecía que los exércitos de Babylonia allí fuessen ayuntados. De los primeros encuentros hubo más de dos mil por el suelo. La grita y el polvo, y el reteñir de las armas, los troços de las lanças que se quebravan, heran en tanta cantidad que no solo al claro día bolvían escuro, mas aún a los presentes privavan de los más principales sentidos.

El príncipe don Belianís se encontró con el infante Claudín, que, aunque él era valiente cavallero, aquella hora no le prestó que no viniese del cavallo abaxo. Sus compañeros se encontraron con otros tantos, /36-rº/ mas d'ellos cayeron seys, y de los otros, nueve. Y con esto se mezclan los unos entre los otros, que, siendo sossegado el polvo, las valerosas hazañas de cada uno se començaron a mostrar. Donde el príncipe don Belianís, soltando la rienda a su cavallo, començó a andar entre los unos y los otros, derribando a una parte y a otra cavallos y cavalleros en tanta abundancia que muy larga carrera se hazía hazer. Con él venían teniendo el príncipe Ario Barçano, don Brianel y don Seraphín, y Arfileo con don Daristeo y sus hermanos, el príncipe Leandro con los otros veynte cavalleros.

No menos avía por la otra parte valientes cavalleros; antes había d'ellos en tanta abundancia que no consentían perder un passo de la plaça. Antes se juntaron hasta treyna d'ellos, los más principales, y junto a los reales palacios se vinieron a juntar con ellos, do se viera la más hermosa batalla que jamás fuera vista. Con don Belianís se juntó el rey Ban, a quien todos traían por caudillo; y, con alguna saña que trahía, oyendo dezir que aquel era el mejor cavallero del campo, se dieron tales golpes que las cabeças se hizieron baxar hasta los arçones. Mas a don Belianís le dio el infante Bretel de Inglaterra, yendo en seguimiento de otro cavallero, un tal golpe a dos manos que por poco diera con él del cavallo abaxo; de que él fue tan ayrado que, hechando el escudo a las espaldas, tomando la espada a dos manos, con ella dio un tal golpe al rey Ban que, fuera de su acuerdo, cayó sobre el arçón delantero. La espada perdió de la mano, y con furia caliginosa bolvió sobre el infante Bretel; el qual, no rehusando punto su batalla, se vino para él, y de una punta de espada le hirió con tanta fuerça que, con la que don Belianís trahía, no pudiendo falsar el arnés, la espada le hizo pedaços hasta la empuñadura. Don Belianís, que sin espada le vio, no le quiso herir; mas tanto le había hecho de enojo que le hechó los braços a cuestras por le sacar de la silla. Bretel hizo lo mismo a don Belianís; mas aprovechó poco, que no eran iguales en fortaleza. Don Belianís le llevó de la silla, dando con él gran caýda en el suelo.

Mas él fue acometido del Cavallero Salvage, que uno de los valientes de Inglaterra era; el

⁴²² *huveissen*.

qual, con un pesado martillo, le dio sobre un hombro tal golpe que no le podía alçar. Mas don Belianís le dio de su espada tal golpe que dio con él en el suelo, y estava tan enojado del golpe que recibiera que, saltando de su cavallo, fue sobr'él por le ferir. Mas el rey Ban, que en su acuerdo tornara, juntamente con el infante Bretel vinieron sobre él; y dígovos que tanto era el enojo que d'él tenían que les hizo hazer una cosa desaguisada, y que el rey y todos los cavalleros se la tuvieron a mal: que entr'ambos, juntamente con el Cavallero Salvaje, le acometieron en toda la fuerça de su poder. Tan balientes cavalleros heran que sin duda con su batalla a Marte huvieran puesto temor. Entre ellos se començó una batalla, la más dura y cruel que nunca en aquellas partes se viera. Algunos cavalleros se apearon por le ayudar, entre los quales hera el príncipe Ario Barçano y Arfileo, mas él les dio voces que prosiguiesen la batalla y le dexassen, que él daría fin a aquella. Y, viendo que aquella era su voluntad, los dexaron en su començada lid, que hera una de las bravas que jamás se viera, ca muchos dexavan de pelear por mirarlos.

La batalla se hazía donde el rey y todos los grandes los podían muy bien ver, que espantados de tal bondad de cavallero estavam.

El Cavallero Salvaje, a quien más de aquello pesaba, que vio quán malamente eran tratados, apretando la espada en la mano, cubriéndose bien de su escudo, entró con el príncipe, que, haziendo ya finta de le dar un golpe sobre la cabeça, le dio por baxo tal herida que, si las armas no fueran tales, le huviera muy maltratado. Y, pensando que le huviesse herido a su contento, se quiso salir afuera, mas don Belianís le dio a dos manos un tal golpe que el escu- /36-vº/ -do fue hecho dos partes, juntamente con el yelmo, y malamente herido en la cabeça dio con él a sus pies. Y de un revés alcançó al infante Bretel en el lado del yelmo, que, atordido, le hizo yr tras su compañero. Y como se viesse herir valerosamente por el rey Ban, se juntó con él a braços, donde, aunque la fuerça del rey hera grande, no le prestó cosa, que le combino venir al suelo, desfallecido de su fuerça.

Y dexándolos de aquella guisa, y a los cavalleros presentes tan admirados que pensavan que en sueños aquellas cosas se les representasse[n], hallando su estremado cavallo par de sí, que de ninguno se consintiera tomar, como si fuera un ave, sin poner pie en el estrivo saltó en él, como si en todo el día no huviera peleado; donde, viendo a sus cavalleros en cruel batalla con los demás, començando a rebolver su gente, cargaron en ellos tan de buelta que, mal de su grado, les hizieron perder gran pieça del campo, no les bastando valerosidad ni esfuerço que en ellos huviesse, que ya no havía tan baliente cavallero que al príncipe don Belianís osasse atender dos golpes que no le hiziesse gustar el duro suelo.

Mas a esta hora se halló con el duque de Calés y, conosciéndole por le haver oýdo nombrar a uno de sus cavalleros, desseosso de hazer la vengança que a su donzella prometiera, fue sobre él. El duque, que valiente cavallero era, se guisó de hazer lo mesmo; y apretando las espadas, se dieron con ella tales golpes que don Belianís fue herido de una punta en la juntura del guardabraço, tal que mucho estorvo le hazía. Mas el duque hubo menos el braço del espada cortado junto a los pechos tal

que, paresciéndosele las entrañas, vino muerto al suelo.

El infante Lisconís, que cerca se halló, hirió a don Belianís con una lança, de suerte que le hizo una herida en una coyuntura, tal que se sintió d'ella muy malo. Y, como ya estuviese tan encendido que temerosos eran de atender sus golpes, hirió a Lisconís por cima del escudo de un tal golpe que todo se lo llevó de arriba abajo. La espada descendió al arçón delantero y cortolo por medio, juntamente con el cavallo, de suerte que Lisconís se halló de pies en el suelo, cortado el cavallo en dos partes.

–¡Sancto Dios! –dixo el rey de Inglaterra–, sin duda que tales fuerças de hombre destruyón son de los cavalleros.

El infante Lisconís quedó tan espantado, viéndose libre de aquel golpe, que no tuvo poder para alçar la mano del espada. Mirávasse, cuydando que lo mismo huviesse hecho d'él que del cavallo.

No hubo ay tal que, viendo tal golpe, se ossasse cercar a él, antes le hazían la carrera muy ancha. Pues la valerosidad que a esta ora los cavalleros de su parte mostravan era cosa de no creer. Entre ellos avía dos infantes, hijos del rey de Portugal, que don Baldín y don Manuel se dezían, los quales señalavan tam bien que todos avían gran plazer de mirarlos. Estos, junto a los miradores de la princesa Claristea, se hallaron con Orián y Ebrón el Valiente, hijos del rey de la Pequeña Bre[t]aña⁴²³, con los quales huvieron una reñida y porfiosa batalla, tal que los infantes de Bretaña fueron derribados. D'esta manera yvan faltando muchos cavalleros de los cortesanos, y los estrangeros apretaron tanto que les hizieron yr retrayendo hasta el otro cabo del palenque. Entonces [e]⁴²⁴ rey, a quien de aquello mucho pesava, baxó del cadahalso y, tomando su cavallo, se metió en el trabado torneo. Con él yvan muchos buenos y esforçados cavalleros; y la ventura, que lo quiso, con el primero que encontró fue con el príncipe Ario Barçano; mas, aunque el rey era valiente y esforçado, poco le prestó, que Ario Barçano le puso en el suelo, donde a él le combino venir, ansí mismo, por la fuerça de sus cavalleros. Tras el rey se dexaron caer muchos cavalleros, y em pos de Ario Barçano el príncipe de Sajonia con los hijos del rey de Lycania y los valientes Aligenor y Poligeno con el tan valeroso don Serafín de España, y más de otros dos mil cavalleros estrangeros. Porque, viendo a don Se-/37-rº/-rafín a pie, ninguno quedava a caballo. La priessa se rebolvió aquí muy grande, tal que muchos cavalleros caían de una parte y otra. Mas los cortesanos no podían sufrir la furia de sus contrarios, que, como conociessen la victoria de su parte, los hazía[n] retraer, sin que su esfuerço fuesse bastante para hazer otra cosa.

El rey de Inglaterra y Ario Barçano andavan en una brava batalla. Mas a esta hora don Belianís acudió a aquella parte; que, siendo visto por los cavalleros, no menos que si fuera temeroso rayo le hizieron lugar, hasta llegar donde el rey estava; y algunos, que impedirle quisieron, los puso

⁴²³ *Breraña.*

⁴²⁴ *al.*

por el suelo. Y, llegando al rey, se apeó muy ligeramente de su cavallo; mas el rey, [al] apearse, le dio un golpe en el quixote de la pierna, que no se sintió bien d'él. Mas don Belianís husó entonces con él de una gran cortesía, que se abrazó con él y lo puso encima de aquel tan estimado cavallo, diziéndole:

–Defendeos, señor, en esse cavallo. ¡Qué sinrazón han tenido los vuestros, que un tan honrado rey como vos no le avían de consentir arriscar su persona en batalla!

Y, tomando así mismo a Ario Barçano, le puso en otro, diziéndole:

–Soberano príncipe, dad lugar a los otros que puedan tornear, que vuestro valor ya está conocido.

El rey, y aún el príncipe, le quisieron dar las gracias; mas no hubo lugar, porque los de la corte yvan muy de vencida; de lo qual, no le plaziendo punto a don Belianís, llegándose al infante don Serafín, le dixo:

–Esforçado cavallero, no deys causa que las cosas de plazer se buelvan al revés; y, si pretendéys en esta corte rescebir honra, no lo comencéys con su contrario, que no es esta batalla campal para llegarla tan al fin.

–Gran merced, señor cavallero –dixo el infante–, por el buen consejo.

Entonces començaron a detenerlos. Y, para poderlo mejor hazer, don Belianís se passó delante de todos. Hizo detener el estandarte general; bien conoció el rey que esta honra le viniera de parte del Cavallero del Liocorno. Así mandó tocar las trompetas, de una parte y de otra cessó el torneo, y don Belianís en un hermoso cavallo vayo començó con otros a correr la plaça, de que a todos venía estraño contentamiento. Entonces el rey se llega para él, diziendo:

–Señor cavallero, al soberano Señor plega de darme lugar que os pueda galardonar la buena obra que me havéys hecho. Cierta, quien tal cavallero como vos por señor tiene, se puede llamar bienaventurado. El cavallo que me distes quiero yo guardar, porque pueda dezir que tengo joya del mejor cavallero que aya visto; y tomaréys vos otro mío que, aunque no sea tal como el vuestro, por el mejor d'esta tierra es tenido.

Entonces le dieron un cavallo tordillo; bien era tal como el rey le havía dicho. El príncipe don Belianís le dixo:

–Soberano señor, ninguno podría hazer, a tan gran señor y valeroso cavallero como vos, servicio que pagasse la deuda que se os deve; y más yo, a quien podéys mandar como a uno de vuestros cavalleros.

Entonces le rogó el rey que se fuesse con él a posar a su palacio; mas él se escusó lo mejor que supo, diziendo que no le podía hazer. La infanta Armelina le rogó que hiziesse lo que el rey, su señor, le suplicava, pues era cosa en que él no perdería nada.

–Mi señora –dixo el príncipe–, si agora al rey, mi señor, y a vos fiziesse este servicio, quebrantaría mi palabra, por que os supplico no me lo mandéys.

–Pues quitadvos el yelmo –dixo Armelina–, que con esso seré contenta.

–Yo os juro, por la horden de cavallería que rescebí –dixo el príncipe–, que ninguna de las cosas que me mandáys puedo cumplir. A la vuestra sobrada discreción suplico sea en remediar esta mi falta.

Mucho le pesó a la infanta de ver que el cavallero no quería hazer cosa ninguna de las que ella le pedía, que no huviera cosa alguna que a la sazón no la diera por ver su rostro, para ver si en todo Dios le hiziera acabado. Y con esto el príncipe, haziendo su acatamiento, se despidió del rey y de la infanta; y, queriendo dar la buelta para su alvergue, halló que los Cavalleros del Luto le estaban atendien- /37-vº/ -do, juntamente con la bella Claristea y sus damas. La princesa le dixo:

–Quiero ver, señor cavallero, si para con vos bastará más el ruego de damas que la fuerça de los cavalleros.

–No ay quien pueda resistir –respondió el príncipe– a mandamiento de quien, haziendo lo contrario, no se puede sustentar la vida. Por esso la vuestra merced me mande, que qualquiera servicio que yo pueda haré muy enteramente; solo que dezir mi nombre ni fincar aquí esta noche me sea mandado, que ninguna d'estas dos cosas soy parte para cumplir, aunque quiera; si no, caygo en la mayor falta que nunca cayó cavallero.

Esto dezía con una voz tan dissimulada que, por más que la princesa en ello miró, no le pudo conocer.

–Agora, señor cavallero –dixo la princesa–, no vos quiero rogar cosa alguna, pues havéys puesto condiciones a mi demanda que no se suffrían a un tal cavallero como vos. Mas otro día yo sé que haréys mi ruego, si no os queréys ver en el mayor peligro que os nunca vistes.

–Lo que de vuestra parte me fuere mandado –dixo don Belianís–, mi señora, no podré dexar de obedecerlo.

Y con esto, despidiéndose de todos aquellos cavalleros, viendo que la noche venía muy cerrada, se metió con su donzella y escudero por el bosque adelante con mucha prissa, que vio venir a don Serafín y a los otros cavalleros estrangeros por le hablar. Y, dándose prissa, llegó a las tiendas una hora de la noche, donde tenían bien adereçado de cenar.

Fenescido que fue el torneo de aquel día, ¡quién vos diría los loores que todos universalmente al Cavallero del Liocornio davan, aventajándole tanto sobre todos los cavalleros del mundo quanto al sol sobre las estrellas! Y haziendo enterrar algunos muertos, principalmente al duque de Calés, el rey se recogió a sus palacios, donde a su mesa cenaron los principales cavalleros de la corte, entre los quales trataron del valeroso Cavallero del Liocornio.

–Cierto –dixo el Cavallero Salvaje–, no creo que se hallara en el mundo su par.

–Esso podéys dezir con verdad –dixo el rey Ban–, que yo nunca vi cavallero que tan poco caso hiziesse de ser acometido de nadie; no se le da más por muchos que por uno. Mucho me pesa que me hizo hazer bil[l]anía, mas aquesta le emendaré yo a poder que pueda.

–No sé qué me diga –dixo Lisconís–, que sin duda rescebí de su mano un tal golpe que, sin quedar herido, de espanto no pude hazer más batalla.

–Gran temor tuve que os avía muerto –dixo el rey–, según fue el golpe desastrado. No ay cosa que yo no diesse porque aquel cavallero fuesse mañana en nuestro favor, que venceríamos a nuestros contrarios.

D'estas y otras cosas estuvieron hablando hasta que fue tiempo de reposar; que, siendo la más gente recogida, el rey llamó dos cavalleros, a quien diera cargo de saber dónde el cavallero alvergava; los quales le dixerón que el cavallero possava en el Bosque de la Cierva. El rey se hizo luego armar de sus armas; mas ya que se quería partir, la infanta Armelina, su hermana, sobrevino; que, preguntándole la causa de aquella partida, el rey le respondió que yva por ver al Cavallero del Liocornio, que en el Bosque de la Cerba estava.

–Pues otorgadme un don –dixo la infanta– antes que vos vays.

–Plázeme –respondió él–, que ya está conosciado que yo no desseo otra cosa salvo serviros.

–Que me llevéys con vos –dixo la infanta–, que a la ventura el cavallero hará más por el ruego de las damas que por otro alguno.

–Plázeme –dixo el rey– de muy buena voluntad.

Entonces, lo más secreto que pudieron, tomando el rey un cavallo y un palafrén para la infanta, con algunos cavalleros que los guiavan, fueron hasta tanto que llegaron donde don Belianís estava; que, aviéndose detenido por un león que un escudero le hiriera junto a las tiendas, a la sazón se sentava a cenar. El rey se apeó y, tomando a su hermana por la mano, entraron en la tienda, diziendo:

–¿A la ventura pensáys, señor cavallero, de cenar sin nosotros? Mas, pues vos nos hezistes tanto agravio en no ace- /38-rº/ -ptar nuestro ruego, fuerça será nos tengáys por combidados.

Como el príncipe oyese las palabras y conosció a los príncipes, maravillado de tan crecido favor, se levantó y quiso hincar las rodillas ante'l rey, diziendo:

–No sin causa, esclarecido señor, soys tenido por el más noble príncipe del mundo, pues tan gran merced havéys hecho a un cavallero andante y de tan poca nombradía como yo soy; y esta será contada por una de vuestras grandes virtudes.

–Dexémonos d'esso –dixo el rey–, que no puede aver cumplimiento en ningún príncipe que de mayor no seáys merecedor, que ya no creo me vendrá día de mayor plazer que este, por me hallar en vuestra compañía.

D'esta misma suerte fue recebido por la infanta, que le dixo:

–Bien havéys gozado, señor, del privilegio que por ser tan estimado se os deve, pues el rey, mi señor, y yo hemos tenido tanto desseo de vuestra vista.

Don Belianís le rindió las gracias, pidiéndole sus manos. La infanta le abraçó e hizo tornar a sentar a la mesa, donde ella començó a cortar la cena, con tanta gracia que a don Belianís y a su

donzella dexó maravillados; y no sin causa, que no se hallara de presente otra más hermosa dama fuera del castillo encubierto.

Acabó de cenar el príncipe, habiendo dado nuevos pensamientos a Armelina, y el rey le sacó fuera de la tienda. Passeándose por entre unos árboles, le dixo:

–Excelente cavallero, hasta agora siempre tuve pensamiento que en mi corte se (ha)hallaran, tantos por tantos, los más aventajados cavalleros del universo; mas, en pago de mi locura, me ha mostrado el alto Señor a la clara lo contrario, porque entre los cavalleros estrangeros anda una banda de cavalleros, sin los otros principales con sobreseñales de luto, los quales, siendo ayudados por vos, serían bastantes a destruyr mi corte; y aquella honra que hasta agora yo he gozado sería abajada, y lo que yo por honra de los cavalleros andantes he ordenado se me bolvería en deshonra. Confiado en vuestra mesura, he querido venir a suplicaros que en los torneos de mañana, que han de ser a la forma d’este passado, os queráys hallar en nuestro favor, porque, libres del encogimiento que vuestro valor les causa, puedan mostrar la virtud de sus coraçones, que no menor que la de sus contrarios vos parecerá, y sobre todos pretendéys tener, como es razón, el primero grado; justo es que ansí a los unos como a los otros sea manifiesto, mostrándoles que sola vuestra persona es la que puede dar la victoria.

–Soberano príncipe –respondió don Belianís–, lo que de vuestra parte al presente me es mandado tenía yo en voluntad de hazer, porque, sabiendo las grandes virtudes vuestras, no fuera justo que mi espada se ocupara en haceros ningún deservicio, aunque vos certifico que de la parte contraria tengo los mayores amigos que tengo en este mundo, y muchos en deudo muy cercanos, con los quales en manera alguna querría haver batalla. Mas por servicio de un tan honrado príncipe, más que esto se deve aventurar.

Con gran plazer y contentamiento abraçó el rey a don Belianís, diciendo:

–Agora me puedo tener por el más venturoso príncipe de quantos en mi tiempo han sido, pues tal cavallero como vos ha de ser de mi parte.

–Bien hezistes, señor cavallero –dixo la princesa–, en hazer lo que el Rey, mi señor, os ha rogado, que de otra guisa conmigo érades en la batalla, donde no’s valiera vuestro esfuerço.

–Mi señora –dixo el príncipe–, no ay necessidad de desafío para quien tiene ante vuestro soberano acatamiento rendidas las armas de su libertad.

–Si así fuera –dixo la princesa–, no creo que os viniérades, como vos venistes, sin hazer mi ruego.

Estas y otras razones pasaron ante estos príncipes, hasta tanto que, pareciéndoles ora, se partieron, no consintiendo que el príncipe los acompañase, porque pudiesse tomar algún reposo para el trabajo del día siguiente, yendo los más contentos de los nacidos por aver negociado tam bien.

Capítulo 16: De lo que en el segundo torneo subcedió, siendo el príncipe don Belianís de la parte del rey de Inglaterra.

A mostrarse comenzó la clara mañana del día siguiente, saliendo los carros de Apolo con su rubicunda y risueña cara, bañados en el mar de España, quando con gran sobresalto el successo de aquel torneo por todos se esperaba, con tanto temor como si cruel batalla de ser huviera, que en aquel grado se estima; que, tocándose por la ciudad de Londres tan gran ruydo de trompetas y atabales y otros militares instrumentos, que toda se hazía temblar, al qual los cavalleros se llegavan en sus señas, en la horden que por sus capitanes les fuera mandado, saliendo todas las damas a sus miradores, desseossas cada una de la victoria para aquellos que más amavan, que ciertamente sus desseos difficultosamente se podían concertar.

Comenzándose a sacar las señas y estandartes, tan ricos quanto otros jamás visto se oviessen, cosa era difficultosa de creer, que sin alguna duda avía entre los cavalleros estrangeros veynte reyes coronados, sin tantos príncipes y grandes señores que no avía tanto número por todo el universo. La honra de aquel día era desseada, que no avía tan gran rey ni príncipe que no trocara su estado por ser el cavallero que avía de ser escogido. Con esto cada uno se esforçava, pensando de hazer en sí tales cosas que para siempre d'ellas quedasse memoria, quando, a la sazón que las batallas se querían romper, llegaron a la plaça dos cavalleros, cada uno por su parte. El uno fue a la hora conocido ser el valiente Cavallero del Liocornio, el qual no venía armado de las armas que el día de antes, porque por la misma donzella le havían sido traídas otras. Ellas eran todas verdes, con tantas y tan ricas piedras y perlas de gran valor quales nunca hasta entonces fueran vistas, con las orlas y guarnimiento del cavallo de lo mismo. En ellas venían pintados muchos coraçones, cercados de muy espessas y ardientes llamas, cada uno atravessado con tres saetas. En el escudo trahía pintado el Liocornio en la manera que antes; no se vio más gentil cavallero armado.

Otro venía armado de unas armas celestes pobladas de veros* rojos. En el escudo, que tan rico era que dava a todos assaz que mirar, havia pintadas dos hermosas damas; la una parescía tirar por un cavallero que ante la otra estava de rodillas, el qual parescía llevar para sí. El cavallero venía tam bien puesto que todos hecharon de ver en él. En su compañía traía una donzella tan hermosa que todos dezían que, si el cavallero fuesse tan valiente como la dama de gentil hermosura, con razón devría de ser estimado. El qual, poniendo las piernas a un hermoso cavallo que trahía, le hizo hazer mil gentilezas por el campo. La donzella, a ruegos de la hermosa Claristea, se subió a los miradores donde ella estava.

El cavallero se passó a la parte de los estrangeros, de que ellos recibieron mucho plazer. Y estaban esperando al Cavallero del Liocornio, pensando que lo mismo hiziera; mas a esta hora le vieron passar a la parte de los cortesanos, de lo qual a ninguno de los principales cavalleros pesó

punto, como aquellos que, por lo que todos d'él havían visto, cada uno desseava provarse con él. La hermosa Armelina se hizo tan loçana en ver el cavallero que mucho acrescentó en su hermosura.

Pues como a este punto las hazes* estuviesen hordenadas, los instrumentos se tocaron, los cavalleros baxaron sus lanças y movieron los unos para los otros a todo correr de sus cavallos, donde se vio el más hermoso encuentro que jamás se viera, /39-rº/ porque con el príncipe don Belianís venían veynte y quatro cavalleros tan esforçados que a ninguno del mundo negaran batalla, y de la otra parte venían el Cavallero de los Beros, que aquel tan estimado don Clarineo era, que consigo a la bella Roseliana traía, y con él venían los veynte Cavalleros del Luto, con los esforçados don Serafín y Arfileo, y el rey Paremio, que aquella noche llegara y, sabiendo la muerte de don Belianís, de la misma devisa se vistiera.

Estos dos a un costado de la batalla se juntaron, con tanta fuerça que don Clarineo y don Belianís entr'ambos quedaron heridos, mas tuviéronse valerosamente. De los otros fue cosa maravillosa, que no uvo cavallero que quedasse en la silla, sacados tres; el uno fue el esforçado cavallero Ario Barçano, y el otro don Brianel, y el otro el infante don Claudís; que, como todos se viessen tan a la pareja, desseando cada uno fenescer su batalla con el que le derribara, se juntaron los unos con los otros, con tanto vigor y fortaleza que el fuego que de sus yelmos y armas sacavan era tanto que todos d'él fueron cubiertos. Cosa era maravillosa de mirar, y aún vos digo que a duro en el mundo se hallara más igual batalla. Muchos se pararon de sus batallas por los mirar, especialmente los valientes Arfileo y don Serafín, que con el rey Ban y rey Néstar se juntaron, que los más valerosos del reyno de Londres eran, salvo el Cavallero Salvage, que con aquel tan estimado rey Paremio se juntó. El infante don Claudís, que a cavallo quedara, se juntó con el príncipe don Brianel, donde los dos se dieron tales golpes que cada uno quedó con una herida. Mas presto les combino dexar la compañía de los cavallos, porque don Claudí[s]⁴²⁵, que junto a don Brianel se halló, le hechó sus braços tan fuertemente que lo arrancó de la silla. Don Brianel hizo a él otro tanto, y avínoles bien, que cayeron de pies, de guisa que no se hizieron ningún mal.

D'esta manera se juntó toda la caballería, los unos con los otros, donde se començó la bozería y grita de los heridos y alaridos de los vencedores, que al cielo llegavan. Muchas antiguas enemistades se vengaron aquel día, y aún otras se recrescieron de nuevo.

Mas a este punto los esforçados príncipe Ario Barçano y don Clarineo, cada uno desseando haver la batalla con el Cavallero del Liocornio, ambos juntaron a un tiempo y, sin que se pudiesen tener, cada uno pensando que era solo, le dieron tales dos golpes que el príncipe don Clarineo, alcançándole sobre el escudo, le hizo juntar con la cabeça tan bravamente que resonó como si en una campana diera; con tanta fuerça fue dado que la cabeça le hizo vajar hasta los pechos. Arioba[r]çano le alcançó sobre un hombro y, si las seguras armas no le defendieran, malamente le huviera herido.

⁴²⁵ *Claudio.*

El golpe fue tan cruel que todos los huesos le atormentó, que apenas el escudo podía tener en el braço. El príncipe don Bel(l)ianís, que de tal suerte se sintió tratar, no conociendo al Cavallero de los Beros, le hirió de una punta de espada tal que el escudo le pasó de claro; lo mismo hizo el arnés. Fue dado con tanta fuerça que a él y a su caballo hizo yr çinco o seys pasos par'atrás. Y de un rebés alcanzó al príncipe Ario Barçano, tal que el escudo fue cortado al trabés y, alcançándole con la punta, le abrió gran parte del arnés. Tan cruel fue el golpe que, a alcançarle con más espada, Ario Barçano corría peligro de muerte; de lo qual a don Belianís pesara, porque más por desviarle de sí que por herirle hiziera aquel golpe. Ario Barzano se quitó afuera, viendo que el Cavallero de los Beros llegara a ferir a don Bel(l)ianís, como aquel que por ninguna cosa hiziera villanía contra nadie, mayormente en tal parte, donde por tantos hombres buenos le podía ser dado tuerto; y fuese hazia sus tiendas por vestir otro arnés, que aquel no estava para poder pelear.

Don Belianís y el príncipe don [Cl]arineo⁴²⁶ se tornaron a juntar; entre /39-vº/ ellos se començó la más áspera y cruel batalla que jamás en el reyno de Londres fuera vista. Don Belianís, que sabía lo mucho que tenía de hazer viendo aquel bravo cavallero ante sí, paresciéndole que jamás con otro de tanto valor huviesse combatido, cuydando que a la ventura fuesse el príncipe Periano, hechó el escudo a las espaldas y, tomando la espada con ambas manos, le hirió tan bravamente sobre el escudo que, abriéndose por medio, la espada llegó al yelmo; y, no le pudiendo cortar, con su fineza don Clarineo fue atordido, que de todo punto perdió el sentido. La espada se le cayó de la mano y estuvo él por caer del cavallo; que, como le quisiesse tornar a herir, el cavallo pasó adelante, librando a su señor de aquella priessa; y, quando don Belianís quiso bolver sobre él, no pudo, que un tropel de cavalleros se lo estorvó, entre los quales se lançó como un hambriento león entre el manso ganado.

Y al encuentro le vinieron los dos hermanos, hijos del rey de Portugal; mas él hirió al infante don Manuel de un tal golpe que el escudo le cortó todo al través, y por poco no le cortara el braço a bueltas. Mas el infante, que uno de los ardidés mancebos de su tiempo era, le hirió sobre el yelmo tan malamente que los dientes contra su voluntad le hizo apretar unos con otros, y con juveni[I] furor le bolvió a redoblar otro de trabés que la lumbre de los ojos le hizo perder. D'esta suerte le començó a golpear el ardid mancebo, estándolos mirando el infante don Baldín, su hermano. Mas fueron los golpes por su daño; porque, ayrándose con ellos el príncipe griego, hecho una venenosa serpiente, le començó a golpear tan menudo que le hazía desatinar; y, viéndole andar muy perdido, le dio de los pechos del cavallo tal encuentro que con el suyo le hizo venir al suelo.

Mas el infante don Baldín, que a su hermano vio de aquella suerte, como un fiero león se començó a encontrar con don Belianís, hiriéndole de muy grandes y fuertes golpes. Trahía el ardid mancebo un alindado cavallo, el mejor que hasta entonces ninguno cavalgara; hera tan ligero que por

⁴²⁶ *Darineo.*

los filos de una espada pudiera hazer su corrida. Esto le valía mucho, que el príncipe no le podía acertar golpe a derecho, de que estava assaz enojado. Mas, ussando de un ardid, fingió tirarle un gran golpe. El príncipe passó su cavallo adelante y, como rebolviesse pensando que huviesse executado su golpe, don Belianís le hirió de una tan espantosa herida que jamás se viera, porque todo el arnés por la delantera del pecho huvo cortado, y fue herido de una assaz peligrosa herida, tal que ningún otro cavallero de menor esfuerço la pudiera sufrir. Mas con todo esso el furioso Baldín no quiso dexar su batalla, ante a dos manos tornó a herir a don Belianís de un golpe, el más bravo que en todo el día rescibiera; de que don Belianís fue assaz enojado, y deteniendo su espada por no le herir, le dixo:

–Señor cavallero, no seáys tan enemigo de vos mismo; no queráys comigo fenescer esta batalla, que soys malferido, y hazedvos curar, que sin dubda soys uno de los cavalleros cuya batalla menos querría por vuestra bondad.

El príncipe don Baldín quisiera proseguir su batalla, mas viose tan malherido que cuydó ser muerto; y, rindiendo a don Belianís las gracias, que como un med[r]oso⁴²⁷ tigre se metió por el torneo, él y el infante don Manuel se salieron a las tiendas por ser curados. Y fue gran daño para los estrangeros no poder estos cavalleros hazer más batalla, que sin dubda heran tan esfuerçados que gran ayuda era para su parte.

Del valeroso don Clarineo vos digo que, como en sí bolviesse y no viesse al Cavallero del Liocornio, tan corajoso que las lágrimas embueltas en sangre por los ojos hazía saltar, se mete por el torneo, donde ¡desdichado aquel que sus golpes alcançavan!, que a esta hora era ardiente en /40-rº/ toda saña. Bien se pareció, porque, topando con el valiente Orián, de un solo golpe le hizo perder la silla; lo mismo hizo del temido Ebrón, porque le alcançó tal golpe que el escudo le hizo dos partes, juntamente con el yelmo; y, detuviéndose en la cofia*, fuera de su acuerdo dio con él del cavallo abajo.

Espantado fue el rey de ver dos tales golpes, que la batalla de los veynte a veynte había estado mirando; la qual a esta hora se avía partido por un gran tropel de cavalleros, que no hizo daño a los cortesanos, porque ya d'ellos cayeran quatro, que era el uno el rey Néstor, [que] derribara Arfileo, y el otro don Brianel, y los otros dos cavalleros alemanes. Y, si la batalla al cabo llegara, gran daño fuera para ellos, que sin dubda fueran vencidos, que los Cavalleros del Luto a esta hora sobre todos se aventajavan. Y tomando todos sus cavallos, que sus escuderos les dieron, se metieron cada uno en ayuda de los suyos. El torneo andava tan bravo y herido que jamás otro igual se viera, sin victoria de ninguna de las partes, o con general muerte de todos se esperaba el subcesso.

A esta hora llegó al torneo el esfuerçado don Gradarte, y con él venía el pavoroso Galiandro con sus tres primos. A duro se hallaran mejores cinco cavalleros en el torneo; los quales, preguntando por el Cavallero del Liocornio, siéndoles dicho que en favor del rey de Inglaterra era, se

⁴²⁷ *medioso.*

metieron en su ayuda en la travada escaramuça. A esta sazón fueron pavorosos de atender sus golpes, porque de cada uno ponían un cavallero por tierra. Todos fueron espantados de ver el valor de los que sobrevinieran, tanto que muchos se desviaran por no esperar sus golpes. Mas a este punto con el Cavallero de los Beros se juntaron don Serafín de España y el esforçado Arfileo, y Ario Barçano y el rey Paremio; y todos juntos fueron por impedir el daño que aquellos cavalleros contra los suyos hazían. Don Clarinero se juntó con Galiandro, y Arfileo con don Gradarte, y los otros cada uno con el suyo. Don Clarineo, q[u]e⁴²⁸ delante de todos yva, hirió a Galiandro sobre el yelmo, que una mano metió por él; al tirar no pudo llevar tan presto la espada, y combino soltarla, porque, de otra guisa, no fuera mucho perder el braço de un terrible golpe que Galiandro le tiró a él. Y, viéndose sin espada, no pudiendo hazer otra cosa, juntó con el giga[n]te, el qual hizo lo mismo, dexando colgar su espada. Cierto, si Galiandro se hallara en su buen cavallo, que don Belianís le quitara, no hubiera ganado nada don Clarineo, porque hechándose los braços fuertemente se sacaron de las sillas, y en el campo dieron tales caídas que se hizieron estordecen del golpe. La espada del gigante se le perdió de la cadena, cobrándola el príncipe don Clarineo; mas Galiandro le quitó aquella que por el yelmo tenía fincada, y con ellas comiençan una batalla tan reñida que su yqual no se hazía en el campo. Dávanse tales heridas que de su sangre andavan cubiertos. Valeroso cavallero hera Galiandro, mas su bondad no se iguala a la del cavalleros que delante tiene, que de muy pocos rescibía yqual, y sólo uno le hazía ventaja, por lo qual andava peor ferido, y aún tenía otro daño: que no era bien sano de las heridas que don Belianís le diera.

D'esta suerte andavan los otros cavalleros con sus contrarios; mas dígovos que, aunque con tanta porfía y valeroso esfuerço estos ca[v]alleros⁴²⁹ hazían sus batallas, no eran parte para que los cortesanos, animados con ver delante de sí al Cavallero del Liocornio, no començassen a ganar algún tanto en la plaça. Por lo qual la grito se levantó muy alta, diziendo:

–¡Vencidos son los cavalleros estrangeros por el Cavallero del Liocornio!

Estos clamores llegaron a las orejas del príncipe don Clarineo que, encendiéndose en toda ira y saña, a Galiandro hirió de tal golpe que, no le valiendo su grande esfuerço, le hizo dar passos par'atrás, desacordado. La espada perdió de la mano; don Clarineo la tomó y, /40-vº/ estimando a Galiandro por su esfuerço, le bolvió la suya, diziendo:

–Tomad, valeroso cavallero, vuestra espada, y dad horden en ser curado, que gran sinrazón havéys tenido en entrar tan herido en batalla.

Esto dixo don Clarineo porque, de la caída, le viera rebentar la sangre por entre las juntas de las armas; y, no atendiendo por respuesta del gigante, saltó ligeramente en su cavallo, derribando muchos cavalleros a una y otra parte.

–¡Válasme el alto Señor! –dixo el rey de Inglaterra–, sin dubda es valeroso el esfuerço de

⁴²⁸ *qne.*

⁴²⁹ *canalleros.*

este cavallero. Mucho le querría ver fenecer la batalla con el del Liocornio, que creo que sería valeroso de mirar.

Y con la entrada de don Clarineo y de los cavalleros de la triste devisa, la furia de los cortesanos se començó a detener. Mas a esta sazón, a la batalla sobrevino la más espantosa aventura que gran tiempo havía que viniera al reyno de Londres, que de parte de los estrangeros entró un pavoroso jayán, tan grande que de la cintura arriba todos los cavalleros sobraba. En su compañía trahía dos centauros armados de resplandecientes hojas de azero, tan gruesas que muy pocas armas bastaran a los poder herir. El gigante traía en su mano una cruel maça con muchas y gruesas pelotas de fierro d'ella(s) colgadas, con la qual los cavalleros y cavallos hazía pedaços. Los centauros traía cada uno dos espadas, de que eran tan diestros que sus aventajadas fuerças hazían todas las armas pedaços. Era tan espantosa la aventura quanto otra jamás se viera, porque ninguno podía llegar al gigante que por los centauros no fuese muerto, y el llegar a ellos era imposible, porque la maça cruel del gigante defendía entr'ambos lados. Vez le venía al jayán derribar de un golpe quatro o cinco cavalleros, que a ninguno podía llegar con las pelotas que muerto o mal herido no le hiziessen venir al suelo; y fue gran daño porque, como los cavalleros de la Gran Bretaña fuessen tales, el valeroso esfuerço suyo a ninguna cosa dexava de acometer.

El rey Ban, con don Claudís y el Cavallero Salvage, tomando sus lanças fueron contra ellos; mas las lanças fueron hechas pedaços, y el jayán alcançó al rey Ban de tal golpe, que, hechando sangre por los oýdos y narizes, le hizo venir al suelo. Los suyos le sacaron del campo con gran pesar. Los centauros hirieron a don Claudís de quatro heridas, de que vino al suelo tal como muerto. El Cavallero Salvage, que a sus compañeros vio tratar de aquella suerte, cerró con el gigante, y a dos manos le dio una herida tal que la espada no pudo sacar del yelmo y, como passó furioso, el gigante no le pudo herir. Mas uno de los centauros le alcançó un tal golpe en las ancas del cavallo que con su señor le hizo venir al suelo. A esta sazón no hubo cavallero tan ardid en la plaça que los golpes del gigante osasse atender. Començáronse todos a retraer.

Don Belianís estava hablando con la donzella romana, que le preguntava qué havía hecho de su lança.

–No he hallado dónde la emplear –dixo don Belianís– conforme a vuestro merescimiento, y por esso la quiero guardar entera.

–No me dexéys –dixo la donzella– la lança virgen, que no es dama para guardar. Agora la tomad, que quiero ver lo que con ella haréys por mi servicio.

Don Belianís la tomó, diziendo:

–Atended, mi señora, que os juro a fe de cavallero que la tengo de emplear en la más alta aventura que ay en el torneo.

Esto dixo él pensando de se hallar con el Cavallero de los Beros Rojos; mas, bolviendo la cabeça, vio grandes remolinos de gente que a un cabo y a otro se hazían, y muchos cavalleros que,

dexando de combatir, yvan a una parte y a otra como desatinados; y, conociendo en las bandas blancas ser de los suyos, se metió con gran ira por la batalla, dándoles bozes que esperassen. Mas luego vio la furia endiablada del gigante y centauros que los seguían; y con aquel corazón que siempre en sus cosas tuvo, se encomendó al /41-rº/ poderoso Señor que le guardasse, y junto a los miradores partió para ellos. El rey de Inglaterra le dio voces que no lo hiziesse; lo mismo hizieron las hermosas Armelina y Claristea y Roseliana, y muchas otras damas. Mas él, que de ninguna cosa mortal recibía temor, apretó bien la lança en la mano y corrió para ellos.

Todos tres se detuvieron por le esperar, que conocieron ser aquel el Cavallero del Liocornio. No hubo cavallero, de más de tres mil que cerca estaban, que no dexase(n) de pelear por ver en qué parava el esfuerço de aquel cavallero, aunque no avía tal que no se lo tuviesse a locura.

Juntó don Belianís con el terrible gigante, que, no le estimando en cosa alguna, le atendió cubierto de una gruesa targeta de azero, que a manera de escudo traía. Mas aquella y el arnés fueron falsados y, deteniéndose en la gruesa loriga, empujó con tanta fuerça que, no se pudiendo quebrar la lança, que de grueso fresno era, como su fuerça fuesse tan sobrada, le hizo dar una caída de espaldas tan grande que toda la plaça resonó. La maça se cayó de las manos; su cavallo, por fuerte que era, no pudo passar adelante tan presto que los centauros con él no fuesen. El uno d'ellos le hirió con la una espada sobre el yelmo, que la sangre le hizo saltar dentro en la visera, y con la otra le quiso herir en el braço; mas, no llegando tan alto, le llevó parte de la cabeça del caballo. El otro le dio otras dos heridas; de la una le rompió todo el guardabraço de la mano yzquierda, de suerte que le quedó desarmado, y de la otra le acertó al trabés del yelmo, que no supo si era de día o de noche. Y con presteza singular le quisieron asegundar otros; mas don Belianís, que la lança le quedara sana, viendo que su esfuerço era para entonces más necessario que para todas las otras partes del mundo donde se uviesse hallado, que nunca se viera en tan gran peligro, hirió con ella al uno d'ellos de tal golpe que, aunque las armas eran aventajadas, no le pudieron defender que el fierro no pareciesse de la otra parte, donde la quebró, dando con la endiablada bestia muerta en tierra. Y, temiéndose que su cavallo lo tomasse debaxo, saltó en el suelo muy ligeramente; y aprovechole su ligereza, porque a la hora el otro centauro descargó sobre él; mas, no le hallando sobre la silla, el cavallo fue partido por medio, de que todos fueron maravillados. Mas, como a la destreza de su contrario no pudiesse él resistir, aprovechole su valor menos de lo que él pensava, porque, antes que para se desviar fuesse parte, don Belianís le hirió de una punta por la loriga, que la media espada le lançó dentro en el cuerpo. El centauro le dio un golpe que entr'ambas rodillas le hizo hincar en el suelo, y con furia no creyda le quiso atropellar. Mas don Belianís tenía tanta y más fuerça que no él y, como juntasse con él los pechos que de cavallo tenía, don Belianís le arrimó el hombro derecho, con tanta fuerça que le hizo bolver par'atrás bien tres pasos; y, desviándose del temeroso gigante, que, aviéndose levantado con assaz pesadumbre, sobre él venía, dexando caer el escudo, con la espada a dos manos tornó a

ju[n]tar⁴³⁰ con el centauro, y de un rebés le alcançó por la cintura, que fue partido por medio hasta las entrañas; donde, dando un doloroso grito, echando tan grandes espadañadas* de sangre que un arroyo parecía, vino al suelo.

Mas don Belianís fue a esta ora en peligro de muerte, que el pavoroso jayán, cuya vista a cualquiera bastara a espantar, le alcançó con una de las pelotas de hierro tan cruel golpe sobre el yelmo que le hizo venir de manos por el suelo. La sangre le rebentó en gran cantidad por las narices y oýdos, la qual le començó a salir por bajo del yelmo. Y quísole tornar a dar otro, con el qual no fuera mucho ser fenescida la batalla; mas don Belianís, que en tanto peligro se vio, encomendándose a la Virgen sagrada que de tan gran peligro le librasse, se metió tan dentro que, como el bastón fuesse muy largo, con ninguna de las pelotas le pudo herir; mas con el bastón le alcançó un golpe en el hombro que todo el cuerpo se le figuró que le huviesse molido. Mas al entrar don Belianís le /41- vº/ hirió en una pierna de tan cruel golpe que todo el pie por bajo de la rodilla huvo cortado; y, como el jayán hincasse la rodilla, don Belianís le alcançó a su plazer un tal golpe que tres dedos de la mano yzquierda, juntamente con la maça, vinieron al suelo. Mas el diabólico gigante le alcançó con la una mano, que para sí lo traxo muy ligeramente; mas el esforçado príncipe puso mano a la rica daga que la emperatriz de Alemania le diera, con que bien tenía en la memoria que grandes aventuras havían de ser acabadas, y con ella le dio tales tres golpes que de cada uno le passó las entrañas. Mas no lo comprara con menos que la vida si por el valor de sus armas no fuera, porque el gigante le avía herido assí mismo con la suya, que, no las pudiendo falsar, de cada uno hazía juntar el peto y la espalda. Y, viéndose herido de muerte, apretó consigo a don Belianís con tanta fuerça que el aliento le hazía faltar; mas él hera herido tan mortalmente que no pudo durar mucho que no viniesse al suelo muerto aquel pavoroso jayán, que con razón se puede dezir nunca tal aventura por cavallero aver sido acabada.

De los cavalleros vos digo que en socorro del gigante venían muchos, y otros en favor del príncipe; el qual se levantó a esta hora, dando gracias al soberano Señor, que de tal peligro le librara, y aguisosse de defender de los cavalleros que sobre él venían, ansí de pie como estava. La admiración de los presentes de tal batalla era tan grande que no sabían qué se dezir, mas de mirarse unos a otros. La donzella romana mandó a su escudero que los troços de la la[n]ça⁴³¹ le traxesse, y el rey de Inglaterra, espantado de lo que viera, no le pudo sufrir el coraçón que tomando un cavallo no bajasse a la plaça. Con él entraron todos los cavalleros de su guarda.

El torneo se redobló con doblada furia que antes; mas ¿qué resistencia fuera bastante con el coraçón que de tal vencimiento tomaron?, que cierto fue tan grande que assí se lançavan por las agudas lanças y espadas de sus contrarios como si muy delgadas cañas fueran. No tenían temor de ser heridos; tanto se metían en sus contrarios que muchas vezes estavan tan juntos que con los puños

⁴³⁰ *juutar.*

⁴³¹ *lauça.*

se herían, y otros se arrancaban de las sillas. Los cavalleros Galiandro el Fuerte y el del Salvaje se dexaron caer de sus cavallos, de la parte d[onde] el príncipe don Belianís estava, diziendo:

–Esforçado cavallero, acogeos a un cavallo d'estos nuestros, y aún, si os sentís ferido, salíos de la batalla para que seáys curado, que d'esta hazaña para siempre quedará perpetua memoria.

El príncipe les rindió las gracias y, por más que se lo rogaron, no quiso cavalgar, antes ansí de pie esperó hasta que le fue traído un hermoso cavallo.

A esta hora llegó el rey y toda su cavallería. Él se apeó prestamente; aunque don Belianís se lo quisiera estorvar, no hubo lugar, porque muchos cavalleros estavan sobre él, donde el Cavallero Salvaje hazía maravillas. El rey, tomando el cavallo por las riendas, lo dio a don Belianís, diziendo:

–Acogeos a este cavallo, si no queréys que de vos perpetuamente quede quexoso.

–Dios me guarde de tal cosa –dixo don Belianís– que yo tomasse cavallo de tan honrado rey; por esso, torne vuestra Alteza a cavalgar, que semejante descomedimiento me sería muy mal contado.

–Como quiera que sea –dixo el Rey–, avéys de hazer mi ruego, que de otra guisa jamás cavalgaría en cavallo, y cierto el cavallo gana mucho en passar de mi poder al vuestro, porque soys el mejor cavallero del mundo. Agora cavalgad, que no os podéys escusar de hazer lo que vos ruego.

–Soberano señor –dixo don Belianís–, pues vos me lo mandáys, yo lo haré, que no quiero rehusar vuestro mandamiento.

Y con esto subió en el cavallo. Mas el rey hussó con él otra mayor cortesía, qual nunca con cavallero ninguno se huviera ussado: que, al subir, le tuvo el estrivo, de que a don Belianís pesó mucho, diziendo:

–Excelente príncipe, yo desseo continuamente serviros; no sé qué es la causa que en tan gran descortesía me hazéys caer.

El /42-rº/ rey no le respondió cosa alguna; antes, cavalgando en otro cavallo, juntos se metieron por el torneo, que a esta sazón era pavorosa cosa de mirar, porque don Clarineo con los cavalleros de la devisa lo hacían tan bien que temerosos eran de atender sus golpes. Tan furiosos andavan que se metieron tanto en los cortesanos que se huvieran de perder, porque los estrangeros fueron llevados gran pieça del campo, y ellos quedaron entre sus enemigos.

Mas el rey, que en la misma moneda quiso pagar a sus contrarios, hizo tocar las trompetas, al son de las quales todos se retiraron, y los del luto se fueron entre los suyos con gran plazer de unos y de otros. Don Belianís y el rey de Inglaterra, que juntos estavan, corrieron con gran plazer la plaça. Lo mismo hizieron muchos cavalleros de la otra banda. Luego, los muertos fueron sacados del campo.

Don Belianís supplicó al rey le diesse licencia, que se quería yr a su alvergue. Él se la dio, que bien vio que otra cosa no le aprovechava. Y con esto el príncipe se encubrió entre los cavalleros y, escondidamente, salió de la plaça; mas no tanto que algunos que en ello miravan no echassen de

ver a la parte que yva. Llegado que fue a sus tiendas, se acostó, que en su vida ygal trabajo passara, donde por su donzella fue curado.

Capítulo [17]⁴³²: De lo que aquella noche avino a las princessas Roseliana y Claristea con el príncipe don Belianís.

Muy cerca venía la noche, acrecentadora de las passiones enemigas del género humano, encubridora de las obras contrarias, desseada por aquellos que con la presencia del claro sol sus coraçones descubrir no ossan, quando el torneo fue acabado y, con tan gran ruydo de menestres quanto a la entrada traxeran, los cavalleros de una parte y de otra salieron del campo, acompañando todas las banderas en la hordenança que entraron.

Al jayán y centauros les fue a un lado del campo hecha una assaz sobervia sepultura. Él era un gran señor que continuamente tenía guerras con los reyes de Bretaña. Dezíase Brandiano el Grande. No había en el reyno de Londres cien cavalleros que le ossaran tener campo. Este, como supiesse de los torneos de Londres, venía con los centauros por hazer passar al rey gran vergüença; mas avínole de la forma que vos avemos dicho, quedando él y ellos muertos. El rey se subió a sus palacios, donde, haziendo curar los heridos, con el mayor contentamiento que jamás tuviera se sentó a cenar, y cierto la cena se pasó en loores del Cavallero del Liocornio.

–Cierta –dezía el del Salvaje–, yo tengo assaz que agradecer a nuestro Señor averme dexado ver por mis ojos tal cosa como esta, que a quantos cavalleros ay en el mundo que me lo dixeran yo no lo creyera. Yo me vi en peligro de muerte, mas por él fuy enteramente vengado.

–Yo sé, sin dubda –dixo Lionel–, que, si no fuera por él, no dexáramos oy, y aún ayer, de passar gran vergüença, que valientes cavalleros son estos nuestros contrarios.

–Ciertamente –dixo el rey–, los Cavalleros del Luto son estremados en bondad de armas, y otros muchos de nuestros contrarios; mas el Cavallero de los Beros Rojos yo le tengo por el más aventajado que ay en el mundo, fuera del Cavallero del Liocornio. Dígovos que el ferir de la espada y en el estremado ayre suyo, que me semeja que sea el estimado Cavallero del Dragón, por cuyo esfuerço tornamos a perder la batalla que en Francia teníamos ganada⁴³³.

Muchos uvo que dixeran lo que el rey avía dicho, y había causas para creerlo, que en muchas partes fue conocido don Clarineo en el ayre del cavalgar, que era el cavallero que más gracioso cavalgava /42-vº/ [a]⁴³⁴ cavallo. Mucho loavan su esfuerço, y dezían que otro día se vería(n) más enteramente, pues cada uno avía de tornear por sí.

⁴³² Error de numeración de los capítulos. En el texto, “capítulo 16”.

⁴³³ El “Cavallero del Dragón” es don Clarineo, que, tal y como se cuenta en la *Segunda Parte*, luchó contra los ingleses en favor del rey de Francia y de su hija, la princesa Hermiliana.

⁴³⁴ En el reclamo aparece este “a” que luego no se refleja en el texto.

De la bella Claristea os digo que, como el torneo fuese acabado, con la princesa Roseliana se bajaron de los cadahalsos para se yr a sus tiendas, acompañadas de doze cavalleros de los suyos, que los otros estaban feridos y se fueran a curar a las tiendas, que muchas a la entrada del Bosque de la Cierva tenían armadas. Pues, como a las tiendas llegassen y don Clarineo se quitasse el yelmo, luego por aquellos príncipes fue conocido, de que rescibieron estraño contentamiento. Todos fueron corriendo por le besar las manos. Él abraçó al príncipe Ario Barçano, haziendo con él el mismo comedimiento, y a los otros ansí mismo; que, como todos los alemanes le viessen, repentinamente cuydaron que el príncipe don Belianís fuese, como aquellos que se parecían el uno al otro. La hermosa Claristea, tan turbada que no sabía de sí parte, fue corriendo a abraçarle, olvidado del alto estado suyo, diziendo:

–¡Ay, soberano cavallero, y cuántas lágrimas ha costado a todos el falso pensamiento de vuestra muerte! Grandes gracias doy al al poderoso Señor, que no permitió que yo desastradamente muriese antes que de vuestra vista gozasse. Agora, venga la muerte quando quisiere, que ya no podré yr d'este mundo descontenta.

No menos turbados fueron d'estas palabras que, como ella viesse las caricias que aquella dama a su cavallero hazía, fue fuera de su acuerdo, diziendo entre sí:

–¡Ay de mí, cuán engañado mi coraçón ha sido con este cavallero! ¡Quién jamás tal engaño recibió!

Don Clarineo, que a la princesa no conocía, viendo su engaño entendió que por el príncipe, su hermano, dezía; y, como oyesse que era muerto, no supo qué responder, no ossando preguntar la significación de aquellas palabras, y con esto se detuvo algo sin responder.

–¿Qué es esto, mi señor? –dixo la princesa–. ¿Por qué no habláys a estos príncipes, que tan penados por vuestra ausencia han estado?

Todas estas palabras dezía la princesa, olvidada de aquella carta que desde Colonia le escriviera, como sea cosa propia de los amores que con desabridos enojos se acrescentan.

–No soy yo, mi señora –dixo el príncipe–, aquel que la vuestra merced cuyda; que no le hizo a él de tan poco valor el soberano Señor que yo ni otro alguno de mi calidad mereciesse ser su igual. Mas ruégoos que me declaréys esso de su muerte.

A estas palabras la princesa bolvió en sí, reconociendo no ser aquel el cavallero que ella pensava; y ansí mismo Roseliana cobró su perdida alegría, causada de los enojosos celos. Los cavalleros començaron a entristecerse, especialmente don Brianel y Aligenor y Poligeno y rey Paremio, con el príncipe Ario Barçano, y luego la causa de su muerte le contaron, sobreviniendo a la sazón don Serafín y Arfileo. ¡Quién vos diría el pesar que todos rescibieron! Los llantos se començaron por las tiendas como si entonces primeramente supieran las nuevas. Toda aquella noche se les pasó en amargura, que por evitar prolixidad no se escribe.

Claristea se retrajo a su aposento y llevó consigo a Roseliana, a quien començó a contar los

valores y esfuerzo de don Belianís, y cómo fuera el caballero del mundo que más altamente mostrava caballería, y que, si no fuera muerto, pensara que fuese el Cavallero del Liocornio. Y como entr'ambas eran muy niñas y no tuviessen gana de dormir, se salieron por una puerta que en la tienda junto a su lecho tenían. Ellas yvan medio desnudas, que la princessa Claristea no llevaba otra cosa más que una saya debajo de raso negro, y encima una ropa de lo mismo, aferradas en los cueros de las salamandrias. La princesa Roseliana llevaba otra saya de raso carmesí, toda con trenças de fino oro, con gruesas piedras orientales por ellas, y encima una muy delgada ropa de un riquísimo tornasol*, de muchas piedras de grande valor poblada. En la cabeça llevaba una red de plata, cada ñudo tomado con un grueso rubí, d'ellos blancos y d'ellos colorados, tan finos quanto otros se hallaran; final- /43-1º/ -mente aquel desapercebimiento le causava tanta hermosura que con ninguna cosa accidental más acrecentarse pudiera. Sola una diferencia entre ellas avía, que la bella Roseliana a la sazón estava preñada, y tenía algunos nuevos accidentes que a su rubicunda figura algunos lustres causavan, aunque a la sazón ella misma no lo sabía. La princesa Claristea era donzella, y la tristeza le hazía perder mucho de su hermosura, aunque con todo se mostrava tanto que por una de las más hermosas era juzgada.

D'esta manera se fueron gran pieça platicando del príncipe don Belianís, hasta tanto que se hallaron muy emboscadas en los árboles, donde, quando quisieron dar la buelta, no supieron, y entrábanse más en el bosque.

—¿Qué será —dixo Roseliana— si nos emos de perder por esta montaña, donde bestias fieras nos hagan pedaços?

—Yo no llevo temor —respondió Claristea—, que bien tengo entendido que, viéndoos a vos, de mí no ternán cuydado, que siempre se yrán a la mejor ropa; quanto más que para mí gran ventura sería que animales bravos me quitassen la vida pues, viviendo, tantas muertes padezco.

Mas no eran bien acabadas estas razones quando se hallaron junto a dos tiendas que bajo del nascimiento de una fresca fuente estavan. Dentro vieron luzes, mas no sintieron ruido alguno, que toda la gente durmía, salvo un hombre que la guarda hazía, el qual de la otra par[t]e⁴³⁵ estava, assaz descuydado.

—Bolvámonos —dixo Roseliana—, no seamos sentidas, que venimos erradas.

—Escuchemos primero —dixo Claristea— qué será lo que está dentro d'estas tiendas, que muy a nuestro salvo lo podemos hazer.

—Sea como quisiéredes —respondió Roseliana—, que parecemos cavalleros andantes que andamos a buscar aventuras.

Y con esto se juntaron muy passo a la una tienda; y, como hiziesse calor y por ella viniessen algún fresco, tenía abiertas las ventanas de aquella parte. Roseliana llegó primero, y dentro en la

⁴³⁵ *parre.*

tienda vio un cavallero acostado en un rico lecho, el más hermoso que jamás se viera, y en una mesa delante d'él, en dos candeleros de plata ardiendo dos velas de cera. Junto a él, en un estrado, estaban sus ricas armas, assí las que el día primero como el segundo llevara, y aún las pardas que allí traxera. Mas la gran claridad que defuera se parecía no era de las belas, porque aquella no se echava de ver, mas hera de las ricas piedras de las armas, junto con las del guarnimiento de la espada, que era tanta que parecía que los rayos y corona del poderoso Febo allí estuviessen cerrados. Maravillada fue Roseliana de lo que vía, teniéndolo a muy estraña maravilla; y prestamente, bolviéndose a Claristea, le dixo:

–Veys aquí la más estraña aventura que nunca vistes; yo no sé quién ha puesto d'esta guisa al príncipe don Clarineo.

Claristea llegó, algo alterada de estas palabras; mas apenas los rayos de la hermosura de don Belianís a sus ojos llegaron quando le conoció, y fue tan súbita su turbación que no pudo hablar palabra. Como espantada, tomó a Roseliana por las manos y, haziéndola algo desviar de la tienda, se sentó con ella en el suelo.

–¿Qué avéys avido? –dixo Roseliana–. ¿Visteys alguna visión, que tal espanto os ha causado?

Mas la princesa, a quien la repentina alegría todos los miembros había ocupado, no acertava a dezir palabra, antes estaban tan hincados los ojos en la tienda como aquella que aún avía temor de a la sazón perderla de vista. Mas, ya que su alteración fue algo mitigada, apretando las manos a Roseliana, le dixo:

–¡Ay, mi señora, que dentro de aquella tienda está...!

Aquí se paró sin poder passar adelante.

–¿Qué es lo que está? –dixo Roseliana–, que yo no he visto causa para haver temor.

–Está –dixo Claristea– mi señor, el príncipe de Grecia, flor de los cavalleros del mundo, que es el que del Liocornio se hazía llamar.

–¡Sancto Dios! –dixo Roseliana–, si esso es assí, nunca tal aventura acaesció a donzellas.

–Eslo, sin duda –respondió la princesa–, que no es este el engaño pasado. Agora, mi señora, con vuestra sobrada discreción me dad consejo, que yo no sé qué haga en este trance tan duro en que estoy.

–¿Qué avéys de hazer –dixo Roseliana–, sino que entremos y le hablemos?

–Esso no puede ser –dixo Claristea–, que temo que en ello le haríamos pesar.

–Dadme a en- /43-vº/ -tender esso –dixo Roseliana–, que parece locura.

–¡Ay de mí –dixo Claristea–, que, si este cavallero del mal que me fatiga estuviera llagado, no me consintiera aver padecido con tanto dolor, que assaz ha tenido lugar para me hablar, si huviera querido! Mas agora podéys ver con cuánto descuydo está dormiendo, sabiendo mi tan continua pasión.

–Ya podría ser –dixo Roseliana– averlo dexado por la mucha compañía que con vos viene. No le dexéys de ver, que os pesará después de averlo hecho.

–Como quiera que sea –dixo Claristea–, yo estoy determinada de no le hazer este pesar, que no podría dexar de ser muy grande, pues él se quiere encubrir, que por agora harto me basta el desengaño de su muerte. Mas dexadme hazer, que yo le tomaré alguna cosa que él eche de menos, que no nos havemos de yr sin cosa suya.

–¡Ay, que despertará –dixo Roseliana– y seremos descubiertas!

–Perded cuydado –dixo la princesa–, que él está tan fatigado del trabajo d’estos días que duerme muy profundamente.

Y entonces, muy passo silaneó⁴³⁶ en la tienda y, llegándose a la cabecera, lo primero que hizo fue tomarle la su rica espada, que a la cabecera tenía; y sin duda hizo otro mayor atrevimiento qual nunca donzella hiziera, porque el príncipe traía a su cuello un relicario que ya muchas vezes su señora tuviera; estimávale el príncipe más que otra cosa alg[u]na⁴³⁷ que huviesse tenido. Este cortó la princesa, y aun lo mismo pudiera hazer la cabeça sin que él la sintiera, que dormía un sueño tan sossegado quanto otro jamás en su vida durmiera. Haviendo contemplado entr’ambas en su vista, de que Roseliana fuera la más maravillada que hasta enconces, que no creyera que hombre mortal más hermoso que el príncipe don Clarineo ser pudiesse, juzgando la princesa tener más razón que todas las nascidas de estar penada, se tornaron a salir de la tienda, dando buelta por ver si a las suyas atinarían, a las cuales llegaron muy presto sin que fuessen echadas de menos. Donde, siendo llegadas, se acostaron por descansar.

–¡Ay –dixo Roseliana–, señora mía, y qué corazón tan grande ha sido el vuestro, cómo os podistes suffrir sin hablar a aquel que en hermosura y bondad es espejo de los nascidos! Yo vos digo que, aunque suffriera la muerte, no dexara de lo hazer. No sé qué ha sido la causa.

–¡Dios me libre –dixo Claristea– que yo tal pesar le huviesse echo! No lo hiziera por todo el contentamiento que en el mundo me pudiera suceder, que yo sé que rescibiera él grande enojo con mi vista, que le hize un pesar que le ha llegado a la muerte, y sobre todo le escreví una carta tan enojosa quanto a la sazón era grande mi locura. Yo me doy por satisfecha con lo passado.

–¿Qué pesar le podíades aver echo? –dixo Roseliana–, que no quedava más que satisfecho con vuestra hermosa vista, y más sabiendo que avéys padescido tanta pena. Agora vos ruego, por la fe que a Dios devéys, me digáys quién soys, para que yo pueda ver si es alguna desconformidad de estado la que esto causa, que estoy en esto la más necia muger del mundo.

–Sabed, mi señora –dixo la hermosa Claristea–, que yo soy hija del emperador de Alemaña, princesa y heredera después de sus días. Pero ¿qué estado queréys que aya igual que el de aquel

⁴³⁶ Sic.

⁴³⁷ *algna*.

cavallero, si no se toma en qü[e]nta⁴³⁸ mi tan sobrada pasión?

Entonces fue muy más turbada Roseliana de ver el desdeño con que aquella tan alta princesa avía sido tratada y maravillada del tan cruel y penoso amor que la fatigava, no pudiendo estar que las lágrimas a los ojos no le viniessen, diciendo:

–Cierto, soberana princesa, con gran razón puede vuestra soberana persona estar quexosa de averos dado el alto Señor tanta abundancia de grande señorío y aventajada hermosura, aviendo de ser agora por el cruel Amor tan maltratada. Hasta agora, no sabiendo la grandeza vuestra, en alguna manera tenía pensamiento que no en el cavallero huviesse toda la culpa, porque a las vezes con sobrado amor se piden cosas desaguisadas; mas agora no se diga sino que esta será la más alta hazaña que jamás en memoria delos mortales aya sido. Dígovos que estoy tan fuera de mí que no sé lo que me diga, y suplícoos me perdonéys si hasta agora /44-rº/ con más libertad he hablado, que el no conoscer me ha dado a ello causa.

–Mi señora –respondió Claristea–, al alto Señor doy las gracias, que permitieron mis hados en tal desventura de tan estremada conversación yo gozasse como la vuestra; y, en lo que toca al cavallero, sabed sin duda que otros son los amores que le causan pena, que aún en esto fue toda mi desdicha aventajada sobre quantas ayan sido. Mas, con todo esto, estoy tan alegre de ver el desengaño d’esta noche que ninguna cosa ay que de presente me baste a dar pena. Agora, tené aviso que lo que nos ha acaescido no sea jamás descubierto, principalmente a estos cavalleros, que no sé de la suerte que lo sintieran, que ha sido demasiada (de) desemboltura la nuestra para tan altas donzellas.

–Todo será assí –dixo Roseliana– como la vuestra merced dize, que por mí se guardará secreto, si por vos no me es mandado otra cosa.

Y con esto se adormieron.

Capítulo 18: Cómo se comenzó el postrero torneo, y las grandes cavallerías que en él se hizieron.

Most[r]ar quería la clara mañana su rubicunda y alegre faz, aumentadora de las nocturnas dehesas; por cima de las hazes de la tierra y el cielo nuevos lustres, con unos pequeños aunque espessos ar[r]leboles tomavan. Las yervas y plantas con gran alegría la esperavan para su mayor conservación; las regozijadas aves con pequeños buelos y sonorosos cantos la adorna[v]an⁴³⁹, y la ciudad de Londres con gran ruydo de menestres resonava; con los altos y delgados clarines despertava a algunos si el pesado sueño tenían ocupado, quando el valeroso príncipe de Grecia, con gran ligereza, aunque en algunas partes herido y en otras la carne muy magullada, saltó de la cama.

⁴³⁸ *quanta.*

⁴³⁹ *adornanan.*

Mas apenas uvo puesto los pies en el suelo quando halló menos sus preciadas reliquias y, buscándolas por la cama, no las halló. Mas con todo esso se vistió, y los escuderos le armaron; que, como quisiese ceñir su espada y la hallasse menos, dio una grande voz, diziendo:

–¡Ay de mí, y cuánta pérdida por mi mal recaudo he fecho!

Entonces la mandó buscar; mas ni lo uno ni lo otro era possible parecer, de que fue tan enojado que estuvo por no yr al torneo. Todos estavan muy turbados de aquel acaescimiento. La doncella, con grande enojo, mandava ahorcar aquel que por guarda quedara, diziendo que por su causa tan mal recado avía sido fecho; mas el príncipe no lo consintió, diziendo:

–Cierto, quien mi espada y rica joya me quitó no me devía de querer mal, y sin duda fue en su mano cortarme la cabeça. Agora vos digo que no pienso de perderla.

Y con esto mostró otro(r) mejor continente* y, tomando otra, la primera que le dieron, se la ciñó y, cavalgando en su cavallo, se començó a yr la buelta de Londres. Mas cierto él llevaba gran pesar, y no sin causa, que nunca cavallero mejor espada perdiera. Mas él, que con este pesar yva, encontró con la donzella que los días antes las armas le avía traído, la qual a la sazón le traía otras más ricas que ningunas d'ellas; eran tan relumbrantes que apenas consentían ser miradas. Estas le duraron gran tiempo, por las quales algunas vezes era llamado el Cavallero de las Armas Resplandecientes. La color havia roja, y tan biva que parecían arder, de riqueza in[e]stimable adornadas. Con ellas le traía una hermosa espada, que por él fue luego conocida como aquella que él assaz de vezes la ciñera. Y, dándole una carta, con gran plazer del príncipe en mirar la espada, que era la que él del buen emperador Bandenaçar ganara, ella se tornó a bolver. Y don Belianís se hizo armar de aquellas armas tan hermosas y, ciñéndose la su buena espada, que él con tanto trabajo ganara dos vezes, como la primera y segunda parte d'esta historia vos ha contado, abrió la carta y vio que así dezía: /44-vº/

Carta

“A ti, el soberano príncipe y honra de los cavalleros del siglo presente, Vellonia, en las mágicas artes sabidora, salud:

Después que de la compañía de aquel estimado sabio Fristón se me permitió goçar, g[ra]ndes⁴⁴⁰ an sido, soberano señor, los secretos que así en la máxica como en la arte natural me an sido mostrados, de lo qual en tanto me dan contentamiento quanto para tu descanso sería nescesario porque, demás de lo que yo por ti soy obligada, él mismo para ello no pierde cuydadosa diligencia. Bien sé la pena que tendrás por la pérdida de tu espada, mas te digo que no hera tuya por más tiempo, que te hago saber que no será poseída por otro cavallero hasta tanto que, salido el temeroso tigre de las cuebas maternas, guiado por la flor de la ciencia nuestra, assí de pasados como de

⁴⁴⁰ *garndes.*

presentes la posea, haziendo con ella el más alto principio que jamás cavallero hizo. Aunque te aseguro que quien tu espada tomó, no por otra cosa de su posesión te pribó que por desear más tu contentamiento que el suyo propio, aunque no abrá por el presente más remedio que aquel que es ver sus carnes por ti continuamente despedaçadas con la crueldad posible. Y en lo demás te aviso que, hasta tanto que por ti como el más leal de los enamorados serán abiertos los antiguos y medrosos sepulcros y los muertos por vivos poseýdos, no cobrarás aquello que tu corazón dessea.

No sé más que te escribir que no te cause pena. Los diosses sean en tu guardia”.

Como el príncipe huviese leýdo la carta, no entendió d’ella cosa alguna, y con alegría grande dixo:

–Sin dubda, yo no puedo pensar quién sea aquel que tanto me quiera y con tan ruin obra como pribarme de lo que yo más quería me lo muestre.

Y con esto se dio priesa por llegar; mas, por mucha que se diese, quando él llegó ya hera començado, tan brabo y furioso que, aunque muchos caballeros huviese en la cama feridos, los que en la plaça estavan se mostravan tan pujantes que temerosos rayos parecían. Cosa era maravillosa de mirar, y este fue uno de los aventajados torneos que hasta entonces huviera; porque entonces, como cada uno batallase por sí, no tubiendo de guardar orden ni vadera, mostrávanse más las cavallerías de los buenos, que vos digo que el Cavallero de los Beros Rojos andava tan esforçado y valeroso que no avía en el campo su ygual: derriba[v]a⁴⁴¹ caballos y cavalleros a una y a otra parte, no avía ninguno que con él se encontrase que no le hiziese probar el duro suelo. Todos tenían en él los ojos; aunque, todas las vezes que podían, las dos princesas, Armelina de Inglaterra y la bella Claristea, miravan por ver si al Cavallero del Liocornio viesan asomar. No parecía cavallero que no pensasen ser él; mas presto fueron quitadas d’este sobresalto, que le vieron llegar al torneo con las armas que os avemos devisado*. Todos pusieron en él sus ojos, y por todo el campo se levantó una gran boz, diziendo:

–¡Ya viene la flor de los cavalleros!

El rey de Ynglaterra se holgó mucho con su vista, que sin dubda le tomara grande amor, más que ninguno de quantos allí huviese. Al príncipe le pesó mucho de aver tardado tanto; mas, presuponiendo de dar d’ello entera satisfación, tomó una gruesa lança con un hierro de diamante, con la qual se metió ante los miradores donde la hermosa Roseliana y Claristea estavan, que arrimados al gran palacio heran, que por aquella parte quería mostrar aquel día su esfuerço.

Y el primero que al encuentro le vino fue el esforçado don Daristeo, y movió para él como un furioso torbellino, encontrándose tan brabamente que don Belianís quedó firme en la silla y don Daristeo vino al suelo de gran caída; lo mismo fue de sus hermanos.

⁴⁴¹ *derribara.*

Tan grande hera su valeroso esfuerço que en espacio de dos oras, sin perder encuentro, más de dozientos cavalleros puso por el suelo, d'ellos tan maltratados que les combino salir /45-rº/ del torneo.

Mas a este punto llegaron quatro cavalleros, el uno de los quales era el Caballero de los Beros. Los otros tres eran don Serafín y Ario Barçano y el rey Paremio; donde Serafín, bolviéndose a los otros, les dixo:

–Cierto, mis señores, pareçe gran vergüença que un cavallero así mantenga justa a todos los del torneo. Bueno sería que le quitásemos de allí.

–No me parescería a mí mal –respondió don Clarineo–, mas no sé si lo podremos hazer.

–Agora lo provemos –dixo don Serafín–, que no ha de ser de tan duro diamante que a nuestras lanças no haga algún mudamiento.

Entonces se dexó yr para él. Don Belianís le conoció, que traía en el escudo una cruz colorada con quatro ángeles, que esta devisa no dexó él jamás, y mobió otrosí para él. Y juntáronse tan bravamente que don Serafín hizo su lança menudas pieças, las rajás* bolaron tan altas que al cielo llegavan. Don Belianís no le quiso encontrar, fingiendo aver herrado el encuentro; mas juntáronse de los cuerpos de los cavallos y escudos y yelmos tan brabamente que don Serafín se halló en el suelo de una muy gran caída. Don Belianís bolvió atrás con su cavallo bien quatro pasos, hasta tanto que le comvino, viéndole andar estropeçando, saltar de pies en tierra. Mas apenas lo hubo hecho quando fueron con él muchos cavalleros de los que avían caído, que otra cosa no esperavan; los quales le firieron con toda su fuerça de grandes y fuertes golpes, que esto hera una cosa asaz cruel, que hera permitido muchos cavalleros herir uno sin que contra las leyes del torneo fuese, que por el valor de los cavalleros fuera acordado que en este torneo se hiziese así. Mas el príncipe, que por tantos cavalleros se vio acometer, como una serpiente fue buelto a esta ora; y, no haziendo caso ninguno d'ellos, hechó su rico escudo a las espaldas y, tomando la espada con ambas manos, començó a rebolver entre ellos; que fue gran mal porque, como los muchos golpes la saña le ençendiese, sus golpes heran mortales, que en breve más de veynte d'ellos puso por el suelo. Mas dígovos que su esfuerço le hazía menester, que él hera acometido por tantos, y d'ellos tan esforçados, que le hazían desatinar; y muchas vezes se querían abraçar con él, mas escarmentávalos de tal forma que con bravos dolores les hazía tirar afuera. Quien a esta ora viera al príncipe don Belianís, le semejava ver una hermosa montería donde un fiero animal por muchos sabuesos estubiese cercado, que cada uno, quando más seguro llega por le dar un golpe, más él yere y despedaçá muchos d'ellos.

Del príncipe don Clarineo y los otros vos digo que, como aquel cavallero viesan en tanto aprieto, teniéndole por el más aventajado de todos los nascidos, saltaron ligeramente de los cavallos y con don Serafín, que ya se lebantava, se metieron en su ayuda, dando tan brabos y espesos golpes que muchos cavalleros a una y a otra parte derribavan; mas tantos heran que para todos avía asaz batalla.

Mas a esta ora en su socorro llegaron los cavalleros de la devisa, y con ellos el esforçado don Gradarte y el gigante Galiandro; el qual, como al del Liocornio viese, pas[ó]⁴⁴² por todos hasta llegar a él, supplicándole se acogiese a su cavallo, que con aquello sería aquella priesa delibrada. Don Belianís no lo quiso hazer; antes rindiéndole las gracias, así de pie como todos estaban, con tanta furia apretaron a sus contrarios que hasta las barras dieron con ellos; donde algunos uvo que tan temerosos estaban de sus duros golpes que saltaron del otro cabo del palenque y, tomando todos cavallos, començaron a dar bueltas por el torneo, que hera una cosa a maravilla de ver, porque hazían tantas cavallerías que nunca mejores se vieron.

A esta sazón don Belianís se halló con el Cavallero Salbage y con el infante de Gaula, a los quales fue por acometer. Mas el Cavallero Salvaje, que a don Belianís gran amor tomara, se desvió de los golpes, diziendo:

–Cierto, señor cavallero, no es muy buena batalla donde no ha de aver conocidos amigos.

Entonces se juntaron todos /45-vº/ tres. Don Belianís dexava muchas vezes de pelear por ver al del Salvaje, porque tanto hera su ardimiento que no le quedava cavallero en la silla. Tenía una ventaja sobre lo más del torneo, que hera de tan crescidas fuerças que mandava las armas de doblado peso que otro alguno. Y a esta causa hera muy pocas vezes herido, a lo menos de herida que le impidiesse hazer batalla. Mas el infante de Gaula era muy (muy) valeroso, que no sabía don Belianís a cuál d’ellos diesse la ventaja. Holgávase mucho de yr entre tales cavalleros, y ellos, viéndose a su lado, redoblavan su fuerça con estraño ardimiento. Por donde quiera que yvan se echavan de ver, aunque por la otra parte venían otros con devisas de luto que a ninguno conoscían ventaja. Estos heran el esforçado Ario Barçano y Arfileo; en medio traían al príncipe don Clarineo, que tales cosas venía haziendo que por muchos era desseado verlo en batalla con el del Liocornio. Junto a estos venían siete cavalleros, todos de una devisa, todos tan valerosos que no dexa[v]an⁴⁴³ cavallero que no derrocassen, aunque muchos d’ellos eran malheridos de los torneos passados. Heran entre ellos los valientes don Baldín y don Manuel de Portugal, su hermano, con don Claudes y el rey Néstor, y dos hijos del rey de la Breña, y el infante Serolís, que por donde passavan assí eran temidos como los amedrentadores rayos, cuyo sonido de la misma forma a los apartados que a los mismos heridos espanta.

Esta fue una hermosa cosa de mirar, porque don Belianís y sus compañeros se juntaron con don Dartisteo y los suyos, y los seys contra los siete dieron buelta; los quales no les rehussaron punto, y entre ellos se enciende una cruda batalla: don Belianís se juntó con el infante Serolís, y don Daristeo con don Claude[s], el Cavallero Salvaje con don Baldín, y el infante de Gaula con don Manuel, y don Arfileo con el rey Néstor. Y d’esta forma se comiençan las batallas, tan reñidas que a todos los presentes ponían admiración. A los cortesanos sobraba un cavallero, el qual era el príncipe

⁴⁴² *pasar.*

⁴⁴³ *dexanan.*

de la Breña, que mirando estava si en alguna parte sería necesario su socorro. Los golpes que se davan heran tan fuertes que las llamas que d'ellos salían eran en tanta abundancia que muchas vezes se hazían perder de su vista; mas no heran yguales en valor ni esfuerço, porque tales cavalleros havia de la parte del Cavallero del Liocornio que a duro en el mundo de hallarían otros seys que con ellos pudiesen aver igual batalla, porque el estimado Cavallero Salvaje hirió a don Manuel de un tan furioso golpe que, sacándole de su acuerdo, por poco diera con él del cavallo abajo. Mas el ardid mancebo, que tan mal se vio tratar, hirió al del Salvaje por cima del escudo de tal golpe que fue echo dos partes y el yelmo hubo abollado en la cabeça; con tanta fuerça fue dado que la cabeça le hizo meter en las servizes del cavallo, y redobló otro tal que del todo le sacó de su acuerdo. Mas don Manuel, que antes de entonces estava herido, vino al suelo; y no fue poco vencer el del Salvaje tal batalla, que sin duda, si él no estuviera malamente herido, caramente lo comprara, que pocos de más ardimiento que él se hallaran en el campo.

Don Belianís, que con Serolís avía su batalla, muy en[o]jado⁴⁴⁴ fue de ver que tanto le durasse, que ya le diera muy grandes golpes sin que el infante d'ello hiziesse caso; y, dexando la espada de la cadena, le echó los braços a cuestras con tanta fuerça que, aunque defenderse quiso, no le aprovechó punto, que le sacó de la silla, dando con él en el suelo muy gran caída. Otro tanto les avino a los otros, porque Arfileo, de tres golpes que dio al rey Néstor, le derrivó del cavallo abaxo.

D'esta suerte los seys quedaron vencedores, aunque heridos. Mas, como desseassen que la victoria en uno solo quedasse, fenescida la batalla con los siete cavalleros –los quales no pelearon por aquel día más, aunque no se dexaron sacar de la plaça, por ver a quién el premio era dado–, don Belianís y el Cavallero Salvaje con el infante /46-rº/ se juntaron con don Clarineo y sus compañeros; donde furia estremada, valerosidad no creyda, esfuerço incomparable se hallara, porque aquellos dos tan valerosos hermanos se juntaron el uno contra el otro, y tales golpes se dieron que en ellos el uno la valentía del otro conoscen. Rebuélvense otros que a las duras yunques huvieran defecho; tales fueron que muchas heridas les rebentaron, y por entre las armas se començaron a mostrar. Y, como no pensassen de aquesta manera poderse vencer, los escudos hechan a las espaldas y, las espadas a dos manos, vienen el uno sobre el otro; mas el de los Veros, que algún tanto se receló, viendo venir el medroso golpe, batió las espuelas al cavallo, lançándose debaxo de sus braços. La espada llevaba de tal forma, con la qual le hirió de una punta tan brava que, aunque el arnés no falsó, hizo yr a don Belianís bien tres passos atrás, con tanto dolor de los pechos como si de un cabo a otro le huviera passado; y el golpe que él executó fue de poca calidad, que a ssí mismo hizo más daño, porque las manoplas hubo hechas pedaços. Don Clarineo, que tan buen successo vio, pensando que con el desbarato del cavallo ganara algo, tornó a juntar con él. Don Belianís hirió de las espuelas al suyo y encontráronse uno con otro con la mayor fuerça que pudieron. Tal fue el encuentro que los cavallos

⁴⁴⁴ enajado.

con sus señores vinieron al suelo. Don Belianís saltó ligeramente del suyo; mas don Clarineo se vio en peligro de muerte, que no p[u]do⁴⁴⁵ salir tan presto como quisiera. Don Belianís se detuvo de le herir hasta que le vio guisado de se defender. Todos se lo tuvieron a estraño esfuerço y cortesía; y tórna[n]sse a juntar en brava y temerosa batalla. Tales golpes se davan que todo el campo hazían resonar. Mas a esta sazón, deseosso de mostrar don Belianís toda la fuerça de su poder, hecho un crudo basilisco se muestra contra aquel que tanto amava, de tanto poder que no parecía aver avido aquellos días batalla alguna. En el príncipe don Clarineo hallava áspera y cruda defensa, mas tanta no podía ser que a esta hora por todos no le fuesse concedida al del Liocornio la ventaja.

¡Quién vos podría contar la cruda y más que sangrienta batalla que entre los otros quatro Cavalleros andava! No otro sino aquel que de la super[n]a^{446*} mano para esto especialmente fuera ayudado, porque no se esperava que sin muerte de todos la victoria se alcançasse. El del Salbaje combatía con Arfileo. Esta era una assaz cómoda batalla, porque Arfileo, como al principio de esta hystoria se vos contó, algunas vezes por sobrenombre “el de la Gran Fuerça” era llamado. Y con esto e[n]tr’ambos⁴⁴⁷ andavan muy heridos, aunqu’el desseo de vencerse el sentimiento de las llagas les quitava. No menos era entre el temido Ario Barçano con el singular Cavallero de Gaula, que esta hera una de las más señaladas que se viera.

Todos los presentes estaban como atónitos, mirando; más de las dos partes de los cavalleros no torneava ninguno por ver aquella cruda batalla. El rey de Inglaterra quería tanto al Cavallero del Liocornio que no le pessava de la batalla, que bien vía que al fin sería vencedor, ganando la gloria sobre todos los cavalleros presentes; aunque Armelina bien quisiera que la batalla se partiera, que las cosas muy amadas siempre son con grandes sobresaltos rezeladas. Mas de otra parte hera este dolor más agudo, porque la bella Roseliana, bolviéndose a la princessa, le dixo:

–Mi señora, ¿cómo será así que esta batalla ha de llegar al cabo? ¿No veys el peligro que se espera y el pesar que qualquiera recibirá de llegarla a la fin?

–Mi señora –dixo Claristea–, a mí pesa tanto que me saca de juyzio; mas temo de dar tanto pesar a don Belianís que se partirá sin hablarnos. Y, pues así es, espera, que yo la quitaré a todo mi poder.

Entonces mandó a la hermosa Lindorena lo que avía de hazer. Ella abaxó del mirador, tomando un muy alindado palafren, tan blanco como los claros armiños. Muchos cavalleros dexaron el torneo por yrla acompañar, que /46-vº/ en extremo hera muy hermosa donzella. Pues ya que a los cavalleros fue llegada, a tal tiempo que sus batallas hazían tan crueles como vos avemos dicho, a alta voz le[s] dixo:

–¡Cavalleros, oýdme un poco, por cortesía!

⁴⁴⁵ pndo.

⁴⁴⁶ superua.

⁴⁴⁷ eutrambos.

Ellos lo hizieron ansí, que no pudiera aver yra ni saña que el conocimiento de la cortesía que eran obligados les quitasse. Entonces dixo contra el príncipe don Belianís:

–Esforçado príncipe: mi señora, que es aquella donzella que creo que vos devéys de conoscer, que está en aquellas finiestras, vos suplica tengáys por bien de dexar esta batalla, que os haze saber que nunca entre este estremado cavallero y vos hubo causa para averla; y que, si se os haze penoso de dexarla, que en pago del descomedimiento rescibáys esta joya, que os haze saber que fue ganada por la mayor ventura que nunca donzella como ella hubo.

Entonces le dio el relicario que aquella noche le havía tomado. No fue de cosa jamás don Belianís tan maravillado como lo fue de aquella; porque bien conoció que la bella Claristea fuera la que tal aventura acometiera, y mucho le pesó que su desconoscimiento para con ella y aquellos cavalleros avía de ser manifiesto; y, con esta turbación, dixo a la donzella, que por él era bien conocida:

–Señora donzella, son tan grandes las mercedes que yo recibo en quitarme d'esta batalla que no sé con qué a la señora que os embía lo pueda servir. Y de mi parte la dezid que bien parece que esta joya se ganó con gran ventura, pues estuvo guardada para tan gran subcesso como es quitarme de tan mortal batalla; y que, en lo demás, nuevo conocimiento será menester para servir tan grandes mercedes, que no dexaré de la besar las manos antes que me parta.

La donzella se le humilló mucho, y otro tanto rogó a don Clarineo de parte de la bella Roseliana, lo qual hizo de muy alegre voluntad. Y con esto el uno al otro se abraçaron; otro tanto hizieron los otros cavalleros. Lindorena se bolvió para su señora, contándole la respuesta del cavallero; que, quando le dixo qué nuevo conocimiento era menester, no pudo estar que no dixesse:

–¡Ay de mí, que bien creo yo que esse nunca vendrá!

Y con esto, alegres de aver quitado semejante batalla, tornaron a mirar por el torneo, que no menos ferido que antes andava. Y muchos cavalleros, que con los seys desseavan batalla, se vinieron para ellos, donde se tornó a renovar, derramándose de una parte y de otra abundancia de sangre, de cuyos esfuerços todos los presentes tenían embidia. Y llevávanlos al cabo, porque de los Cavalleros del Luto no quería con ellos batalla, a causa del príncipe don Clarineo y de los otros que de su parte allí estaban.

Capítulo 19: De lo que en el torneo subcedió, sobreviniendo el Castillo de la Fama.

Andavan las cosas en estos comedios* y el torneo tan ferido como vos havemos dicho, quando a la plaça llegó una aventura tan hermosa de mirar como otra hasta aquellos tiempos fuera visto. Venía un tan hermoso castillo, al parecer, tan rico quanto otro jamás fuera visto. Hera tan grande que parecían poder venir dentro dos mil cavalleros. Hera traydo por quarenta elefantes de grandeza no creýda. Los guarnimientos que trahían eran de muy fino oro; venía sobre un

grandíssimo número de ruedas, todas las quales se mostravan ser de una muy fina plata. Por todo el castillo, en lo que defuera se podía mostrar, estavan muchas aventuras tam bien puestas como si fueran vivas; en ellas avía letras que declaravan aver sido acabadas por los más nobles cavalleros que en el universo avía havido. En cada elefante venía un artificio de madera y un hombre que lo guiava. Bien se parecía ser encantado, porque, llegando a la plaça, /47-rº/ por todos los estados començó a disparar tanto número de artillería que por gran pieça no se pudieron oír, después de lo qual el castillo quedó cercado de una ardiente llama. De la mitad arriba parecía que el cielo quisiese abrasar, según sus llamas en alto se estendían. Sonose tanto número de menestres de diversas maneras que no havía la mitad en todo el campo, después de lo qual con gran ruydo se tocó a señal de batalla.

Del castillo salieron número de nueve cavalleros, tan luzidos y costosos que alegría era mirarlos. Venían todos de una devisa de armas indias*, y en los escudos cada uno d'ellos trahía pintada la Fama, con una letra que dezía «Fama». Por todos fueron assaz mirados; luego por aquella devisa entendieron que aquellos fuessen los Cavalleros de la Fama. Entre todos ellos venía uno cuyo nombre fue más mirado, que los otros solamente se conoscían ser Cavalleros de la Fama; mas este trahía su nombre con sangrientas letras que dezían: «Artús, Rey de Bretaña, entre los reyes más nombrado». Del castillo salió un padrón de maravillosa plata, el qual, sin ver quién lo trahía, se fue hasta el medio de la plaça. En él estaban escriptas unas letras que así dezían:

«El maravilloso Castillo de la Fama por nadie podrá ser visto, con lo más secreto de sus moradas, sino por aquel que con más razón por el más aventajado del universo será contado; donde, si su esfuerzo fuere tal que a los nueve Famosos Cavalleros baste vencer, será por capitán suyo escogido, con la mayor honra que jamás cavallero ganó».

Los más leyeron las letras y, viendo lo que por ellas al vencedor se prometía, las batallas contra el famoso castillo se començaron, con el mayor hervor que jamás se viera, teniendo a todos los presentes maravillados de tal ventura. Mas hazía muy ruyn ganancia, porque en menos de una ora más de quinientos cavalleros fueron vencidos, los quales quedavan malheridos, sin se poder menear a parte alguna.

Pues como las batallas anduviessen d'esta manera, el príncipe don Belianís, por mandado de la princesa Claristea, subió a los miradores, donde por ella y Roseliana fue con gran alegría recebido. Y, haziéndole sentar, Claristea le dixo:

—¿Qué es esto, mi señor, que con tanto desdeño os andáys encubriendo de quien sólo por vuestro contentamiento mil vezes suffrirá la muerte? ¿Qué es la causa que el nombre de vuestra desastrada muerte tanto se debulgue? ¿No veys que es grandíssima crueldad, que con esto solo a vuestros parientes y amigos llegáys a la muerte? Ya no me pesa de cosa alguna, sino que por demás será querer encubrir la falta en que a la causa para con estos príncipes avéys caído; en lo demás, por todo el tiempo que os quisiéredes encubrir, por nosotras, que fuymos las sabidoras d'esta aventura,

os será guardado el secreto que vos veréys.

Esto dezía bañando su rostro de algunas gruesas lágrimas que el corazón a los ojos embiava.

–Mi señora –respondió el príncipe–, si las cosas se tomassen como ellas parecen, no carecería yo de la mayor culpa que nunca cavallero tuvo. Mas de tal suerte han sucedido que yo fuera tenido por desleal si otra cosa huviera hecho. ¿Quién pensara, mi señora, que, aviéndome escripto una carta tal que oy el miedo de vuestra saña no es pasado de mi memoria, tan ligeramente le huviéssedes perdonado, y que con mi vista no recibíerades pena? No soy tan desconocido que no sienta lo mucho que os devo, y de tal deuda que, aunque yo quiera, no soy parte para pagarla más de con sola la voluntad, que está tan entera para vuestro servicio como vos podríades conocer en qualquier cosa que por vuestra parte me fuesse mandado.

Muy alegr[e]⁴⁴⁸ fue la bella Claristea de aquella respuesta, y Roseliana le dixo:

–Agora, señora, contra razón juzgo que tiene la vuestra merced enojo d’este cavallero, pues con su desculpa tan claro parece.

Don Belianís la rindió las gracias, diziendo:

–Con tan buena juez, señora mía, claramente ossaré pedir justicia.

Roseliana, que le quería respon- /47-vº/ -der, oyeron un gran alarido que se sonó por la plaça y, mirando por ver qué cosa sería, vieron que los Famosos Cavalleros avían derribado los veinte cavalleros de la devisa, y que don Clarineo y el Cavallero Salvaje y el infante de Gaula, y Ario Barçano, y Arfileo, y don Serafín, y don Brianel con don Gradarte y Galiandro andavan en batalla, y que, aviendo todos caído de los cavallos, andavan todos tan encendidos que en la saña leones parecían. Don Belianís se quiso abajar, y Claristea le dixo:

–Mirad, señor, por el Cavallero de los Beros, que os hago saber qu’es el príncipe don Clarineo, vuestro hermano.

–¡Sancto Dios! –dixo don Belianís–, ¿y cómo antes de nuestra batalla no nos avisastes? Cierito por desconociencia no fuera mucho averle hecho algún mal recado.

Y con esto se abajó para yrse a la buelta del castillo; mas el rey le mandó llamar, que así a cavallo llegasse donde él estava. Don Belianís lo hizo. El rey le preguntó si tenía voluntad de provar la aventura del castillo.

–Señor, sí –dixo don Belianís–, si los cavalleros que andan en la batalla no le dan fin.

–Bueno sería –dixo el rey– que se quedasse para mañana, que ya sería possible que el trabajo que oy havéys pasado os impidiesse la victoria.

–Todavía –dixo don Belianís– entiendo provar mi ventura, que aún resta parte del día en que se puede hazer batalla; y, si no, assaz ay lumbre en el castillo para ella.

–Bien podéys yr –dixo el rey–, que sin dubda alguna no será por aquellos cavalleros la

⁴⁴⁸Tipo volcado.

ventura acabada.

Entonces miró don Belianís y vio que d'ellos solos dos havían quedado; el uno era Arfileo y el otro don Clarineo y, quando él llegó, ya Arfileo se quitara fuera, tan herido que lo querían sacar del campo. Don Belianís se llegó a don Clarineo, que en una muy encendida batalla estava, y en lengua griega le dixo:

–Excelente príncipe, de presente estáys muy herido y las batallas son muchas. Por esso, si os paresce, quédese la experiencia de vuestra tan alta bondad para otro día.

Don Clarineo, que en la voz le quiso conocer, dexando la batalla se bolvió para él, diciendo:

–¿Quién soys vos, cavallero, que tal consejo me days sin yo pedírosle?

–Soy uno de vuestros servidores –dixo don Belianís.

Entonces alçó la visera del yelmo. Don Clarineo le conosció, y no fue poco no ensandecer* del gran plazer que recibió. Y, quitándose afuera, le abraçó, pregu[n]tando⁴⁴⁹ si quería provar la ventura del castillo.

–Sí –dixo don Belianís–, con vuestra licencia. Por esso, después nos veremos más largamente.

Él se quitó afuera, y el príncipe don Belianís passó adelante. Mas a esta sazón en el castillo se sonaron unas acordadas trompas, al son de las quales los cavalleros se tornaron adentro, quedando uno solo fuera; el qual se vino para don Belianís, diciendo:

–Cavallero, de oy más yo no puedo hazer batalla con vos, salvo de las lanças; por esso cumple que dexéys la espada, que no avéys de combatir con más armas que yo traygo.

–Sea como quisierdes –dixo el príncipe–, aunque no suele ussarse entre cavalleros andantes.

Entonces se descibió su rica espada y dándola al príncipe, su hermano, con una gruessa lança movió para el cavallero, que para él se venía, y diéronse tales golpes de las lanças que, haziéndolas rajas, como el delicado viento passaron el uno por el otro sin se menear de las sillas. De esta manera les acaesció de otros, de que todos estuvieron maravillados, y los cavalleros corridos de no se poder derribar. Mas, tomando otras, tan enojados que infernales Furias parecían, se tornaron a encontrar. El Famoso Cavallero vino al suelo de gran caýda. Don Belianís perdió los estrivos, y convínole abraçar al cuello del cavallo. En el castillo se sonó gran ruydo, y el cavallero, muy desacordado, fue metido dentro.

Em pos d'este cavallero vino otro, y en su mano traýa quatro espadas. Venía armado de solo peto y braçales y, llegándose a don Belianís, le dixo:

–Cavallero, tomad dos espadas, quales d'estas más os agradaren, que con ellas y no con otras os combiene (combiene) combatir conmigo.

–A la mano de /48-rº/ Dios –respondió el príncipe–. Sea con las armas que más os agradaren.

⁴⁴⁹ *pregutando*.

Entonces se hizo desarmar las grebas* y brahones* y, quedando con las armas que el otro cavallero, se acometieron con cada dos espadas, de las quales el cavallero del castillo era tan industriado que no con pequeño peligro el príncipe don Belianís hazía su batalla; porque el cavallero con la una le hirió en una pierna, aunque poco, y con la otra le dio sobr'el yelmo un golpe, el mayor que en todo el día recibiera. Mas don Belianís le dio sobre el braço derecho un golpe tan cruel que el cavallero parecía que el braço mandar no pudiesse, y tornándole a segundar otro, cerró tan presto con él, que el cavallero no se pudo valer que no le hechasse sus duros braços, aunque le arrancó de la silla y ambos vinieron al suelo. Mas la ventura del príncipe fue grande, que tomó al cavallero debajo y túvole tan rezió que no se pudo menear. Entonces le desenlazó el yelmo, y viole que al parecer era mancebo y muy hermoso. Y quitándose afuera, el cavallero fue llevado al castillo de la manera que fue llevado el otro.

Y ante el príncipe pareció un cavallero que en su mano traía una muy hermosa y relumbrante clava de azero; delante el arçón traía otra. Venía tam bien puesto en el cavallo que gran plazer dava mirarlo. Estava armado de todas armas, las quales ya el príncipe havía tomado, y llegándose a él, le dixo:

–Esforçado cavallero, si lo tenéys por bien, dexad la empresa començada, pues en ella avéys ganado más honra que nunca cavallero ganó; si no, conmigo soys en batalla, donde no se os escusa la muerte.

–En valde –dixo don Belianís– sería aquí venido si por los temores que vos me podéys poner la huviesse de dexar. Agora me decid quién soys, porque sepa con quién tengo de combatir.

–Quien yo sea –dixo el cavallero– te haze poco al caso saberlo, que antes desmayo que otra cosa te causara, porque ya por mi persona tengo vencidos y m[u]ertas⁴⁵⁰ tantas personas en número como tú as visto en ejército. Por esso te aconsejo lo que te cumple, que sepas que soy aquel mancebo asirio que tantas vezes abrás oýdo nombrar.

–Assaz de vezes he oýdo tu nombre –dixo don Belianís–, mas dígotte que me plaze de hallarme en batalla con tan valiente varón.

–Agora te guarda de mí –dixo él.

Entonces le dio una clava, qual él quiso, dexándose venir el uno para el otro, más ayrado que suele estar el león quando por la ligera onça es perseguido, o de la suerte que los indomados toros el uno contra el otro sus fuerças suelen mostrar. No se le pudiera dar al príncipe griego arma alguna de que más diestro fuera que d'esta, que desde su niñez le fuera afficionado. Esta era la más temerosa batalla que jamás en el reyno de Londres fuera vista, porque los cavalleros son estremados y las armas tan crueles que no se espera que golpe a derecho el uno al otro se alcancen sin que la muerte venga tras él. Mas ellos son tan diestros que el uno al otro se repararan con tal arte, dando saltos a

⁴⁵⁰ *mnertas.*

una y a otra parte, tal que las espantosas armas resonaban, hiriendo el duro suelo tanto que grandes herrerías parecían. La ligereza fue la que a este punto les valió, porque los cavalleros heran tan buenos que a sus señores de las mayores prisas libravan, dexando a los presentes maravillados de tal batalla. Mas tanto guardarse fue imposible, que el Cavallero de la Fama le alcançó al príncipe un tan cruel golpe por cima de un hombro que todas las armas le hundió para dentro, e si enteramente le alcançara, toda aquella parte le hiziera pedaços. La cruel arma passó adelante, y toda la cabeça del cavallo le hizo pedaços. Don Belianís le hirió sobre un costado tan bravamente que, no siendo parte para otra cosa, vino del cavallo abajo gran caída. Don Belianís saltó tras él, más ligero que un ave, mas halló al aventajado mancebo a pie, y como la grande saña les aquexasse a entr'ambos, tan crueles y desatinados golpes se dieron que todos cuydaron que muerto se uviessen. Entr'ambos vinieron a un tiempo al suelo fuera de su sentido. A don Belianís le /48-vº/ començó de salir un arroyo de sangre por el yelmo.

En el castillo se començó a sonar tanto ruydo de menestriales quanto en el campo de grandes clamores, pensando que el cavallero fuesse muerto. El rey de Inglaterra bajó del cadahalso por le yr a ver. Muchos cavalleros venían corriendo por le quitar el yelmo; viéronle levantar todo estordido, aunque vos digo que durante la batalla ninguno fuera parte para le dar ayuda alguna. Él se alçó la visera por se limpiar la sangre, que d'ella todo el rostro tenía cubierto.

Mas a esta sazón ya estava con él un muy dispuesto cavallero, en calças y jubón, tan bien puesto quanto el otro en su vida mirara, y le dixo:

—¡Quitaos essas armas, cavallero, que ver quiero si d'essas os viene el favor!

Don Belianís se tiró afuera para se desarmar, y a le ayudar llegaron más de cien cavalleros, entre los quales venían sus queridos amigos; que, como el yelmo quitasse y por ellos fuesse conocido, ¡qué plazer pudiera haver que al suyo fuesse ygalado! Todos corrían por le abraçar; las locuras que Flerisalte hazía no se pueden contar. No se vio jamás tanto regozijo; la fama corrió por toda la plaça que el cavallero que el del Liocornio se dezía era el tan nombrado príncipe griego. Los recibimientos fueran más largos si la batalla tan cercana no lo estorvara. El rey de Inglaterra estava maravillado de lo que vía, aunque alegre en extremo de ver en su corte un tal cavallero.

El qual, siendo desarmado, se dexó venir para el dispuesto mancebo, el qual estava vestido de unas ricas calças y jubón. Todo era rojo, tan luzido quanto se pudiera mirar. Don Belianís venía de blanco; no se pensaron jamás ver más gentiles cavalleros. Los quales, haziendo el devido comedimiento que el uno al otro le parecía deverse, al son de las trompas que en el castillo sonaron, movieron el uno para el otro con las mejores espadas que a la sazón avía, donde cada uno començó a mostrar lo que de aquel arte aprendiera, con tanta gracia que a todos dava contentamiento. Mas cargando prestamente el uno sobre el otro, don Belianís hirió al famoso cavallero en una rodilla de un tal golpe que la mitad hubo cortada; y, reparándose con su espada, se retiró afuera sin que el cavallero para le herir fuesse parte, el qual luego hincó la pierna en el suelo. Mas como el golpe

fuesse muy arriba, tanpoco hera parte para se tener sobre la rodilla. Don Belianís se quisiera desviar, porque el cavallero era tan malherido que no se podía detener mucho, mas no quiso mostrar que algún pavor lo causasse, y a esta causa se vino para él. El cavallero se aparejó de defender, aunque era mucho, según la herida tenía en mala parte. Don Belianís fingió quererle tirar un golpe a la cabeça; mas el cavallero, desviándose algún tanto, como se viesse mortalmente herido, le quiso herir de un revés por las piernas. Don Belianís, que sobre el aviso yva, le rebatió el golpe; y tan presto fue con él que el cavallero no pudo meter la espada, y encontrole de los pechos tan rezió que dio con él de espaldas. El cavallero estava tan malherido que no fue parte para levantarse, y d'esta manera fue llevado al castillo con el ruydo acostumbrado.

Mas a este punto salieron otros tres cavalleros. Venían armados de todas armas salvo los yelmos, y por el príncipe fueron conocidos, y el uno d'ellos era el famoso Héctor con el aventajado Troylo; el otro era el emperador Bandenazar. Los quales, sin hazer muestra de batalla, se vinieron para él, y en voz alta le dixeron:

–¿Conocéysnos, valeroso príncipe?

–Sí –dixo don Belianís.

–Pues sábeta –respondieron ellos– que somos venidos a tu mandar, pues antes de agora somos tus vencidos⁴⁵¹. Por esso, vey en lo que te podemos aprovechar, que de nuestra batalla eres tú solo de los del universo reservado por tu esfuerço.

–No ay otra cosa de presente que yo más dessee –dixo don Belianís– que dar fin a las aventuras d'este castillo. Por esso, si aquí no ay otra cosa, bolveos e imbiadme a los que más faltan para que esta batalla sea acabada.

Entonces /49-rº/ ellos le hizieron una muy gran messura, y juntos como vinieran dieran la buelta hasta meterse dentro del castillo, saliendo a la ora otro con quatro puñales, sin otras armas algunas. Y, dando los dos al príncipe, le desafió para la batalla. Don Belianís los tomó, y dígovos que aquella receló mucho, y sin dubda hera para temer, que las armas eran peligrosas, y aún en las que menos la valentía y el esfuerço de un cavallero mostrarse puede. Mas dexose venir para el cavallero, y él hizo lo mismo. Juntáronse el uno con el otro sin pavor alguno. Don Belianís cruzó el braço derecho, pensando poder con él reparar los golpes de su contrario, y con la yzquierda mano le dio por medio de los pechos, que el agudo puñal metió hasta los cabos. El cavallero, que de aquel menester hera assaz diestro, con el braço yzquierdo hechó fuera el suyo a don Belianís, y con el derecho le dio una mala herida. Mas don Belianís ladeó el cuerpo de tal forma que el golpe fue al soslayo sin que a lo hueco de los pechos entrasse. Como se hallassen juntos y el temor de la muerte fuesse grande, asiéronse a los braços, apretándose el uno al otro tan bravamente que se hazían desfallecer. Mas la herida del cavallero era tan mortal que desfalleció entre los braços del príncipe

⁴⁵¹ Don Belianís había matado a Bandenazar en combate en el capítulo 41 de la *Primera Parte*. También había derrotado a Héctor y Troylo en el capítulo 52 de la *Segunda Parte*.

griego; el qual lo dexó caer en aquel suelo, y fue muy turbado, biendo correr de sí mucha sangre, cuydando que fuesse herido de muerte.

El ruydo que a esta ora en el castillo se sonó fue tan grande que todo el mundo parecía hundirse. El príncipe don Belianís se armó de sus armas y, llegándose al castillo, quiso entrar por la puente adentro; mas en aquella halló un cavallero que le dixo en alta voz, que por todo el campo fue oýdo:

–Cavallero, yo no puedo aver batalla con ningún cavallero, salvo con aquel que por más aventajado de los de la Tabla Redonda fuere juzgado; y hasta en tanto, yo te esperaré en la puerta d’este castillo, cuya entrada hasta entonces no te será permitida. Don Belianís hizo poco caso de sus palabras; antes quiso entrar dentro, mas el castillo fue cerrado y el fuego començó a encenderse con tanta cantidad que le combino apartarse afuera. A la sazón por todo el campo se començó a sonar gran ruydo de sonorosos y suabes menestriales en grande abundancia.

Los torneos fueron acabados. Todos los cavalleros fueron juntos para ver el juyzio que entre ellos sería dado.

Capítulo 20: Cómo los Cavalleros de la Tabla Redonda fueron escogidos y la orden que entre ellos huvo, y como el príncipe don Belianís se partió.

De la manera que os dezimos huvieron fin aquellos tan sobervios torneos, y a tal hora que ya las tinieblas de la noche heran venidas, el rey y todos los cavalleros se entraron en la sala donde la Tabla Redonda estava. Y, como oyessen dezir que el Cavallero del Liocornio fuesse don Belianís, todos llegaron a le pedir las manos. El contentamiento del rey de Inglaterra era muy grande. D’esta manera fueron juntos todos aquellos cavalleros, ynumerables gentes que de fuera miravan lo que se hazía, quando por el palacio y campo se sonó muy gran ruydo; el qual passado, todo fue tan claro como si el sol otra vez tornara a’lumbrar. Todos los cavalleros se hallaron fuera del palacio, ecepto aquellos que fueron escogidos, los quales se hallaron sentados en aquellas ricas sillas, con el nombre de cada uno escript[o]⁴⁵² en cada una. La primera de todas era del príncipe don Belianís, y al otro la[d]o⁴⁵³ la del rey de Inglaterra; entr’ellos dos avía una silla vacía con una claridad tan grande que apenas consentía ser mirada, /49-vº/ con unas letras que dezían: «Ninguno, por atrebido que sea, tome locura de sentarse en esta silla, que continuamente será desdichado». Al lado derecho del rey de Inglaterra estava don Clarineo, y al lado de don Belianís, Arfileo y don Brianel. Estavan entre ellos otros dos cavalleros, tan valerosos que no sin causa merecían tan altos asientos: eran los dos esforçados hermanos don Baldín y don Manuel de Portugal. Por su orden yvan el rey Néstor, el rey Ban, el rey de Irlanda, el infante Serolís, Aligenor y Poligeno, el valeroso Galiandro, Pronóster y

⁴⁵² *escripta.*

⁴⁵³ *lapo*

otros muchos cavalleros. Por la otra parte, el primer cavallero era el del Salvaje con el infante de Gaula, quinze cavalleros de los del Luto, don Claudís y don Gradarte de Yrlanda.

Por esta orden estaban todos sentados hasta el cumplimiento de todas las sillas, sin que alguno de aquellos que la ley de Christo, verdadero Dios, no conocían pudiesse ganar silla, como eran Ario Barçano y el rey Paremio y otros que por bondad de armas las merecían.

Todos aquellos cavalleros se hallaron sanos de sus heridas y fueron servidos en la mesa. Con el mayor triumpho del universo binieron a recibir a su valeroso capitán, teniéndose todos por contentos. El rey de Inglaterra abraçó a don Belianís y a don Clarineo, diziendo:

–Sin dubda, príncipes soberanos, en vuestro merecimiento me ha sido concedida tan alta merced por el soberano Señor. Este día será por mí y por mis subcessores con aquella fiesta solemnizado(s) que nuestros estados alcançaren.

A esta hora del castillo se sonaron grandes bozes, diziendo:

–¡Venga el capitán de la Tabla Redonda, que aún le combiene passar mayores peligros!

Don Belianís se quisiera luego despedir, mas el rey le apartó a una parte y le dixo:

–Ya sabéys, mi señor, que yo tenía determinado de dar mi hermana por muger al mejor cavallero que en estas fiestas se hallasse. Y si vos, mi señor, no estáys determinado aceptar este partido, casalda de vuestra mano, que yo no saldré de vuestro mandado.

Don Belianís le respondió:

–Soberano señor, con el casamiento de vuestra hermana no ay príncipe en el mundo que no se tuviesse por contento; pero yo os certifico que para mí es imposible, porque estoy de otro ñudo enlazado, y esto vos digo como a tan buen rey: los cavalleros todos son tales que a ninguno querría dexar agraviado, y si el rey de Yrlanda no fuera despossado, con él, por ser natural, os estava mejor que con otro ninguno; y después de este, si la princessa fuera mi hernana, yo la cassara con don Seraphín de España, cuyo valor y esfuerço por todos es muy conocido.

Bien le plugo al rey del casamiento, y hizo venir allí a su hermana, contándole lo que don Belianís dixera, de que a ella vino tanto pesar quanto hera la alegría que antes tenía; y, bolviéndose [a] don Belianís, le dixo si él hera contento de semejante crueldad.

–Yo os juro, mi señora, por la fee que a Dios devo –dixo el príncipe– que en ninguna manera es possible otra cosa.

Y con esto, despidiéndose d’ella la abraçó, dándole un muy riquíssimo anillo que su hermana, la princessa Sirena, le diera. Y abraçándola de buen amor, a causa que las voces del castillo crescían, don Belianís se salió a la lumbré de ynumerables hachas que allí estavan. Mas primeramente habló con la bella Claristea, que mil abraços le dio, como si entonces nuevamente visto le huviera; y, tomando una muy gruessa lança, vio a las doncellas romanas, que para él se venían, suplicándole les diesse las manos, y él las abraçó.

–¿Qué queréys que se haga de presente –dixo la donzella por cuyos amores don Belianís tan

grandes hazañas acabara—, si soys contento de me bolver acompañar a Roma?

—Por agora no —dixo don Belianís, que ya vendrá tiempo que hazerlo pueda.

Entonces movió contra el castillo, con gran temor de la donzella que allí lo traxera, que pensamiento tenía de no lo ver tan cedo, y para él salió aquel cavallero que antes lo hablara. Don Belianís se apeó, /50-rº/ dexando la lança puso mano a su espada, y acométense en la fuerça de sus golpes, tan grandes que todo el campo resonavan. La batalla era la más cruel que en todo el día se viera. El cavallero del castillo traía una espada, la mejor que hasta entonces cavallero avía ceñido, y su esfuerço hera valeroso; y con esto era más cruel, que así cortava las armas como si de cuero fueran. Todos los que podían se llegavan por los ver; que, como con las espadas no se pudiesen vencer, soltándolas, se assían a braços, donde venían al suelo. Mas no porque ninguno d'ellos pudiesse cobrar al otro debajo, antes se tenían tan apretados que ninguno dava lugar al otro para que de las dagas se pudiesen aprovechar; donde, soltándose, tornavan a tomar sus espadas, y con ellas se hazían crueles heridas. Mas tanto el cavallero del castillo durar no pudo que el príncipe don Belianís no le cobrasse ventaja tan conocida que todos pensavan que sería vencido. El cavallero del castillo se metió para dentro, metiéndose por la puente del castillo. Tras él fue don Belianís, hasta tanto que fueron dentro del patio, donde el cavallero hizo rostro*. Mas apenas fue dentro quando el ruydo que el artillería començó a hazer fue tan grande que a ninguno dexava oír, el humo tan espeso que a todos privó de la vista. Donde, passados los gruesos deslates* del artillería, la música se començó con aquella magestad que hasta entonces, donde, passado el humo, con la velocidad que las ligeras saetas son llevadas con la puja de las ballestas, o con aquella que el ayre levanta el terrest[r]e torbellino, fue llevado aquel castillo, y dentro el valeroso príncipe de Grecia con todos aquellos cavalleros, con gran alarido y voces de regozijo, que al despedir se sonaron en tanta abundancia que más de tres mil cavalleros parecía que fuessen dentro; donde a su tiempo vos diremos lo que avino, por vos dezir lo que después de su partida hizo el valeroso rey de Inglaterra.

Con gran pesar quedaron todos los que en la ciudad de Londres se hallaron por la súpita partida del príncipe griego. Mas sobre todos la sintió la princesa Claristea, que llorando lágrimas en tanta abundancia no llevaba su pena ningún consuelo, aunque la princesa Roseliana mucho la conortava junto con la bella Lindorena, que a su causa no murió de pesar. Por otra parte, don Clarineo no menos pena dava su ausencia, aunque tuviera temor que, si allí quedara, fueran descubiertos los amores que él con Roseliana tenía. Del príncipe Ario Barçano no ay qué dezir, que en extremo quedava muy corrido en ver que no avía podido ser uno de los cavalleros de la Tabla. No menos lo estava el rey Paremio; mas luego les fue dicha la causa, que los dexó algo consolados. Y esto, junto con ver las alegrías que en Londres continuamente se hazían, los entretenía algún tanto.

El rey Saliano de Inglaterra procuró de saber quién fuesse aquella señora a quien todos aquellos cavalleros tan famosos acompañavan, los cuales las tristes señales avían dexado; y, como no se le pudiesse encubrir, sabiendo ser tan alta princesa la subió a visitar, y d'ella se quexó mucho

por avérsele encubierto tanto. Ella se disculpó lo mejor que supo, y luego a su ruego se fue a posar a los reales palacios con la princesa Armelina que, aunque estava muy triste por ver quán burlada de su pensamiento avía quedado, le hizo buen recibimiento en todo, siendo tratada como hija de uno de los más poderosos príncipes christianos. Y entre ellas grandes cosas platicaron con todas las otras princesas, que todas muy niñas y hermosas eran. Y muchos de aquellos cavalleros quedaron presos de sus amores, los quales después en Alemania grandes cosas por sus amores hizieron en armas, l[a]s⁴⁵⁴ quales en los historiales del gran Andiomio Alemán están escriptas.

Pues como el rey Saliano tuviesse determinado de casar a su hermana con el príncipe don Serafín de España, habló primero a ella para ver si sería contenta. Ella le dixo que hiziese a su voluntad, que aquella era la suya. El rey uvo mucho plazer, /50-vº/ que en extremo la quería mucho, y hera tan alegre del bien que nuestro Señor le diera que estava determinado de guardar continencia; y ansí lo hizo, que toda su vida la guardó. Junto a las carnes vestía silicio y comía muy poco; todas las noches estava en oración gran pieça, y ansí después de sus días fue tenido por sancto. En su vida fue uno de los más nobles reyes que la christiandad poseyó, y así nuestro Señor le hizo tantos bienes quantos él no supiera pedir, que en su tiempo fuera renobada aquella tan antigua compañía de cavalleros en muy mayor grado que jamás lo fuera.

Pues, tornando al propósito, el rey lo habló a don Serafín, diciendo cómo el príncipe don Belianís se lo dexava encomendado. Don Serafín le quiso besar las manos. Y luego, con acuerdo de los altos hombres del reyno, que todos estavan presentes, fue acordado que los despossorios se hiziesen luego, y de ay a ocho días los casamientos. Y así aquella noche fueron desposados aquel tan gentil cavallero y hermosa dama, con tanto regozijo que la ausencia de don Belianís se puso en olvido por los más, salvo por aquellos que, aunque quisieran, el olvido no podía haver en ellos lugar. Aquellos ocho días goçaron de la fruta de despossados, con la qual Armelina se olvidava de don Belianís, y al octavo fueron casados; donde todos aquellos cavalleros tornaron a hazer nuevo regozijo, grandes justas y apazibles torneos, en las quales se sacaron grandes y sotiles imbenciones por aquellos cavalleros a quien el amor con sus frechas començava a lastimar. Y los nuevos casados, en todo nuevos, gozaron de la sabrosa fruta en tales actos permitida, donde, aunque bozales*, fueron tan diestros que Armelina fue preñada, y a su tiempo parió un hijo y una hija de un vientre; los quales, assí él en armas, como ella en hermosura a todas las nascidas hizo ventaja, espantaron al mundo.

Después de aver estado allí aquellos cavalleros más de un mes, la princesa Claristea acordó de partirse, saviendo la pena que el emperador tendría de su ausencia, y a don Clarineo rogó que la bella Roseliana se fuesse con ella, descubriéndole Roseliana que estava preñada. Él holgó d'ello, que no era razón que de aquella suerte a casa de su padre fuera llevada. Assí se partió Claristea con todas

⁴⁵⁴ los.

sus damas, acompañada de los cavalleros que con ella vinieran y otros muchos que quisieron yrta a servir en aquel camino. Todos los quales, ansí los unos como los otros, dexavan jurado de ser siempre, siendo llamados, con sus armas en favor assí del rey de Inglaterra como del príncipe griego. Con semejante acompañamiento llegó Claristea a Alemania, donde los más de los cavalleros se partieron en su demanda, quedando solo el príncipe don Clarineo, a ruegos del emperador, y la bella Roseliana; donde los dexaremos, que a su tiempo de todos se hará larga relación, por vos contar otras cosas que al propósito d'esta historia haze mucho al caso.

Capítulo 20: De lo que avino a don Luzidaner y a sus compañeros con el príncipe Periano de Persia.

En la nao, como vos contamos, caminaron aquellos dos tan valerosos príncipes don Luzidaner y Sabiano de Trebento, don Contumeliano y Florispiano de Suezia, don Castel de la Rosa, habiendo puesto en libertad al tan estimado duque de Thebas, con la tristeza y pesar que hera justo tuviessen, pensando aver perdido el más valeroso príncipe y cavallero, y de ellos más querido y amado, que en todo el universo huviesse avido, no faltando a la contina entre ellos dolorosos llantos, principalmente el duque de Tebas y don Contumeliano, que en esto /51-rº/ se mostrava tanto la tristeza y pesar que no podía en ellos entrar alivio alguno. Se dexaran morir si el valeroso príncipe de Tesalia no los consolara, disimulando su tristeza, que mayor que la de otro alguno era, porque aquellos cavalleros tomassen algún alivio. Assí se fueron por algunos días hasta tanto que una mañana, al tiempo que el sol començava a mostrarse por encima de las hazes de la tierra, se hallaron en un puerto assaz ussado. No muy lexos d'él vieron una villa muy buena. A don Luzidaner le semejó que otras vezes huviesse visto aquella tierra, mas no era así, que más apartado d'ella de lo que él pensara se hallava. Y preguntando a los marineros qué tierra fuesse, ninguno se lo supo dezir, salvo el buen duque Armindos, como aquel que así en aquello como en otras muchas cosas tenía especial gracia; el qual les dixo:

—Mis señores, gran trabés es el que avemos dado, que sabed que nos hallamos en el gran Catayo, y esta villa se dize Libarena, donde el Gran Sophí haze continuamente su avitación; y avemos sido assaz venturosos, porque tenemos muy buen camino para las montañas de la Asiria, donde la princesa, mi señora, con las princesas están encantadas, que no diez jornadas de aquí ellas se ponen.

Gran plazer recibieron todos aquellos cavalleros con semejantes nuevas, principalmente don Luzidaner, que tan fatigado los amores de Policena como las tristezas presentes le traían; que, como tan cerca donde su coraçón tenía se hallasse, no dexó de mostrar grande alegría. Y a su ruego todos desembarcaron, poniendo las sobreseñales a la ussança morisca, metiéndose derechos la buelta de Libarena, que no tres millas del puerto estava, para la qual vieron caminar muchos cavalleros armados de ricas armas.

–Atendedme un poco –dixo el duque Armindos–, que quiero saber la causa por que estos cavalleros van d’esta g[u]isa⁴⁵⁵, porque no vamos a la ciudad sin tomar lengua* de lo que nos cumple hazer, que a la ventura no nos estará bien entrar dentro.

Con esto se fue a la parte que vio venir quatro cavalleros armados de una devisa de armas blancas con bandas azules por ellas; y, saludándolos en su lengua, les preguntó por nuevas de la corte del Sophí.

–No sabemos otras –dixeron ellos– más que quanto nos han dicho, que están de partida para el gran Catayo, porque el gran rey de Armenia en compañía de otros muchos le haze guerra. Y le ha venido una desgracia, la mayor que de presente venirle podía, que a todos ha dexado tan alborotados que no se hablará de otra cosa por grandes tiempos: que dentro en el palacio entraron quatro cavalleros, los quales en presencia de todas las guardas mataron al príncipe de Siria, su hermano, y a pesar de todos salieron d’él y se libraron, y por gran ventura no mataron también a él, por se aver encerrado en una quadra. Y hasta agora no se ha podido saber quiénes eran, más de que se tiene por cierto que por mandado del rey de Armenia se ha procurado.

–Maravillas me avéys contado –dixo el duque–, y estoy maravillado de no se haver podido saber en cosa que tanto va, que tales cavalleros como esos donde quiera serán conocidos.

–Sospecha se tiene –dixo el uno d’ellos– que estos cavalleros sean persianos, porque el rey de Armenia es muy grande amigo del soldán de Persia, y en esta tierra no se ha visto hasta agora tales quatro cavalleros, que sin dubda las valentías que se quientan estos aver hecho no se cree que las hizieron mayores el Cavallero de los Basiliscos ni otros hermanos suyos, que tan nombrados son por el mundo. Y no sería mucho que fuessen ellos mismos, sino que avemos sabido muy cierto que el emperador de Grezia tiene puesto cerco sobre la ciudad de Troya, donde ellos de necesidad avían de estar, que el rey de Troya ha imbiado a pedir socorro al Sophí, nuestro señor, que sin dubda deve de estar muy apretado.

Muy maravillado fue el duque Armindos de lo que los cavalleros le contaron y, rindiéndole[s] las gracias, dio la buelta para do estaban sus compañeros, a los quales dixo lo que a los cava- /51-vº/ -llos oyera. Y no dexó de aver entre ellos muchos paresceres sobre si bolverían la buelta de la gran ciudad de Troya o proseguirían su començado camino. Mas como el amor es sobre todas las razones, todavía se determinaron de llegar hasta donde sus señor[a]s⁴⁵⁶ sabían estar, pensando que en breve aquella aventura sería acabada y tendrían lugar de bolver a dar ayuda al emperador si menester la huviesse.

A esta ora de la villa vieron venir número de más de veynte cavalleros, todos muy bien adereçados y en muy buenos cavallos, y de la misma forma muchas compañías d’ellos, que serían por todos más de quinientos, los quales tiravan derecho para un castillo que de la ciudad quanto una

⁴⁵⁵ *gnisa.*

⁴⁵⁶ *señores.*

milla estava. Por la otra parte a ellos se llegó un cavallero bien dispuesto, armado de unas armas xaldas* con muchas flores blancas por ellas. En el escudo había un águila con un corazón entre las uñas, que parecía hazerle pedaços. Él mismo se traía la lança, sin escudero alguno que le acompañasse. Venía tan bien adereçado que gran contentamiento les dio verle, y en lengua persiana les preguntó si eran de aquella tierra. Los más de los cavalleros en la habla conocieron al de las Flores, aunque disimularon, sabiendo la enemistad que le tenían don Luzidaner y Sabiano de Trebento. Lo mismo hizieron ellos, cuydando cada uno desapartarse de sus compañeros para aver con él batalla, la qual el cavallero con ninguno d'ellos rehussara, como aquel que el valiente príncipe Perianeó era. Sabiano de Trebento le respondió que heran estrangeros y que, si alguna cosa le cumplía, aventurarían sus personas por lo que le tocasse.

–Muchas mercedes –dixo el cavallero, que tal respuesta como esta de tales cavalleros se esperava–. Agora sabed que entre estos cavalleros llevan presos tres cavalleros de mi compañía que por trayción prendieron en un castillo, porque dizen que fueron en la muerte del príncipe de Siria. Yo tengo determinado de morir o libertarlos. Por esso, si la bondad y virtud que de tales cavalleros no debe ser agena a ell[o]⁴⁵⁷ os mueve, tened por bien de me ayudar, que en semejantes cosas se muestran los balores de los buenos cavalleros.

–¡Cómo, señor cavallero! –dixo Sabiano de Trebento–, ¿y contra tantos cavalleros queréys aventurar vuestra persona? No me parece cordura, que no se puede ganar más de perder las vidas. Yo por mí lo digo, que si fuera contra otros tantos de buen grado fuéramos en vuestra ayuda; mas donde no se aventura más que la muerte, escusado es pensar en ello. Por esso acordad otro consejo, que de mi parecer vays muy engañado.

–Vuestro parescer –dixo Perianeó– a quien quiera bastara a engañar, pues ya yo he visto cavallero que no le fuera tenido a mucho salir con ello siendo solo.

–Esso, parescer vos ha a vos –dixo Sabiano– o a otros cavalleros de tan poco acuerdo. Agora començad la batalla, que veremos s[i]⁴⁵⁸ tenéys las manos y consejo todos de una manera.

Muy enojado fue Perianeó de las palabras del cavallero, que a su parescer cobardía solo hazía hablar, y quisiera estar en tiempo de podérsele mostrar; mas, viendo el peligro en que sus primos yvan, no se osó detener, antes sin les bolver respuesta al mayor galope de su cavallo se fue hasta llegar a la esquadra donde los cavalleros yvan presos. Y como fuesse determinado en lo que hazer le cumplía, como un bravo león se metió entre ellos, donde con la lança a sobre mano de quatro encuentros quatro cavalleros puso en tierra. Y, poniendo mano a su espada, no se vio jamás un cavallero tan furioso, que antes que los cavalleros fuessen parte para se lo defender, llegó donde sus primos Crisiliano y Girismalte y Coroliano y Veraldo estaban; y, cortándoles las ligaduras con que las manos trahían atadas, ellos saltaron en el suelo, donde con la ayuda suya se proveyeron de

⁴⁵⁷ *ella.*

⁴⁵⁸ *sr.*

algunas armas, con las cuales se metieron en su ayuda. Mas qué les aprovecha, que, como el ruydo fuesse sentido, sobr'ellos dan la buelta todos los cavalleros, /52-rº/ deseosos de les dar la muerte, que en las cosas que [a] aquel cavallero vieran hazer conocieron ser el que al príncipe de Siria matara.

Mas los esforçados compañeros, que vieron en tal peligro a Periano, sin esperar el uno al otro movieron a todo correr de sus cavallos en su ayuda; mas, por presto que llegaron, ya le mataran el cavallo, y por poco le huvieran a él malamente atropellado, y con su llegada muchos pusieron por el suelo. Don Castel de la Rosa y don Contumeliano, que de los delanteros venían, llegaron los primeros a donde el príncipe persiano estaba, que por le dar la muerte más de quarenta cavalleros se havían apeado; y derrocándose de los cavallos, cada uno le ofreció el suyo. El príncipe fue muy alegre con el no pensado socorro y, rindiéndoles gracias de la buena obra, en un punto saltó en otro cavallo. Lo mismo hizieron los otros cavalleros, y todos se juntaron; mas, como la batalla durase mucho y los cavalleros a más andar perdiessen el campo, la nueva se dio en la villa, con la qual comenzó a salir tanta gente que todos aquellos campos se cubrían, que dentro en horas más de treynta mil cavalleros avía en el campo.

El duque Armindos, que tanta cavallería vio salir, se llegó a don Luzidaner, que él y el príncipe Periano tan metidos en la batalla andavan que de ninguna otra cosa tenían acuerdo, diziéndole:

–Cumple, señor, que si no queréys que todos seamos perdidos, nos retiremos a alguna parte, que tanta gente carga sobre nos que en breve seríamos muertos o presos.

Y con esto, llamando al príncipe Periano, todos juntos comenzaron a subir por una pequeña sierra que junto a la villa se hazía. Mas todo esto no les valiera cosa alguna si la noche no les socorriera, que fue parte para con la escuridad poderse salvar, aunque cada uno por su parte.

Donde, con la escuridad de la noche, el príncipe Periano atrabessó la mayor parte de la sierra hasta se meter por un fuerte y hermoso valle; el qual con el sossiego de la noche y algún templado ayre que hazía, meneándose las hojas de los árboles, juntamente con las corrientes de un pequeño río que por él corría, hazían un gracioso y deleytoso ruydo; que, como el cavallo del príncipe fuesse muy cansado, gozándose de verse en tal parte, se apeó d'él por le dexar descansar, tornándosele a recrecer nuevo cuydado en los pensamientos de aquella que tan fuera de sí le traía, dándole tanta pasión en verse ausente d'ella quanto consuelo en ver que se llegava el tiempo en que pensava probar la aventura, por se hallar tan cerca donde el encantamento estava. Mas como el amor de este cavallero fuesse tan grande que ninguna cosa hera bastante a darle consuelo que verdadero fuesse, y como tan acostumbrado officio suyo fuesse llorar muy amargamente, comenzó a dezir:

–¡Ay, espantosos y terribles montes, que tan continuos para ser testigos de mis angustias os halláys! ¿Por qué no days forma de carecer de quien tan continuamente os atormenta? ¿Por qué ya no os mueve compassión, siquiera del mal que vosotros a su causa passáys? Abrid vuestras tan

interiores entrañas y acoged dentro a este desventurado cavallero, no neguéys el remedio que al fin me havéys de conceder. ¡Ay de ti, príncipe de Grecia! Donde jamás se pensaron tan fuertes casos, ¡o, poderoso Dios!, pues de tanta misericordia con los mortales ussas, ¿por qué no das lugar a que el alma desampare este captivo cuerpo, tan atormentado por el desasossegado Cupido? ¡Ay de mí, que no es possible que el mal que tan arraygado dentro de mi alma está pueda dexar de passar con ella misma, aunque del cuerpo sea apartada! ¡Ay de mí! ¿Quién será aquel que en los venideros tiempos pueda creer un solo cavallero aver podido sufrir tantas desventuras sin le tener por hombre a quien el juyzio de la razón faltasse para las conocer? ¡Ay, príncipe de Grecia, con razón tus cosas por todos son tan estimadas, pues la Fortuna en el mayor grado de sus venturosos trances te quiso poner! ¡Ay de mí, que bastara serme tan cruel sin querer mostrar en mí el remate de /52-vº/ tus desgracias, y a mi contrario y tan cruel enemigo, la alta cumbre de tus victorias!

Con estas y otras semejantes palabras se quexava aquel sarrazino príncipe, mostrando con gran razón las desdichas suyas, quando hazia la otra parte oyó dar muy dolorosas voces, como de persona que con necesidad y angustia se quexava; las quales dieron causa que, dexándose de sus angustias y querellas, tan dignas de dolorosa compassión y llenas de angustiosos sospiros, se levantasse; y, paresciéndole que cerca de donde él estava se diessen, no curó de tomar cavallo, antes muy passo se fue por entre las matas, atinando a la parte donde le parecían darse. Mas antes que la causa d'ellas, que no menor que de la de sus males y míos eran, yo os quente, combiene dezir lo que al príncipe don Belianís avino, metido en el Castillo de la Fama, donde le dexamos.

Capítulo 21: Cómo el príncipe don Belianís llegó a la sepultura del sabio Merlín y le libró del encantamento en que estava.

En aquel tan sobervio y soberano Castillo de la Fama se halló aquel tan estimado y valeroso príncipe griego, habiendo acabado la más alta hazaña que jamás cavallero acabó, donde por aquellos cavalleros con quien huviera la batalla y otros muchos fue recebido con gran triumpho y alegría, sonándose tanta bariedad de instrumentos que al príncipe dexaron maravillado. Donde, como la noche fu[e]sse⁴⁵⁹ ya tan entrada y el trabajo que el príncipe avía passado tan grande, fue llevado al más rico aposento que en el mundo fuera del castillo huviesse, donde en un rico lecho fue acostado, siendo a le servir otros muchos cavalleros que él antes no havia visto, tan dispuestos y bien adereçados que gran contentamiento le davan, aunque todas aquellas cosas con la memoria de la ausencia de la princesa Florisbella ningún consuelo darle podían que con mil rebeses y çoçobras no viniesse rebuelto. Y d'esta forma, siendo por todos dexado solo, estuvo la mayor parte de la noche dando bueltas en su lecho, acordándosele que, habiendo tanto tiempo que en su busca partiera, no

⁴⁵⁹ Tipo volcado.

había hecho más de andarse bagando por el mundo. Y, aunque él vía que la grande honra que el alto Señor le permitiera ganar no era razón estimarla en poco, más se tenía por el más captivo cavallero que huviesse avido, y entre sí, haciendo grandes exclamaciones, dezía:

–¡Ay de mí, cavallero sin ventura! ¿Qué será si mis desdichas an permitido que mi señora aya sido libre por otro? ¡Nunca cavallero más desdichado abrá sido visto! Ya no me cumple traer armas, pues para lo que tanto me cumple tan poco me aprovechan. ¡Ay de mí, señora mía, que bien tengo conocido que no soy por vuestra parte puesto en tanto olvido como el que yo tengo!

Otras muchas vezes, cansándose de llorar, dormía; donde entre sueños se le representavan mil imaginations, que siendo passadas le causavan no menos pena que la que antes tenía. D'esta manera fue algunos días, gozando los mayores passatiempos que nunca otro cavallero passó, con aquellos cavalleros, que ansí en amores como en armas eran assaz industriados, hasta tanto que una mañana, ya que el sol quería salir, vio la puerta del castillo abierta, y a ella un hermoso cavallo que su escudero Flerisalte traía por la rienda; y por aquellos cavalleros le fue dicho que le cumplía salir en tierra, que ellos serían con él al tiempo que d'ellos tuviesse necesidad. Don Belianís, abraçándolos a todos, salió del castillo, donde en su salida se tocaron los instrumentos en la forma que antes lo solían hazer. Y, cavalgando en su cavallo, el /53-rº/ Famoso Castillo desapareció con gran ruydo.

Don Belianís abraçó a su escudero con mucho plazer, como aquel que en extremo le quería, que ningún cavallero se hallara que otro tal escudero tuviesse. Flerisalte le besó las manos y parecía que de plazer se huviese tornado loco. Don Belianís le preguntó de la manera que allí avía venido. Flerisalte le dixo que crehía que la sabia Belonia hera, que consigo lo traxera quando del castillo de Inglaterra había partido.

Muy fresca le pareció al príncipe don Belianís aquella tierra, y gran contentamiento llevaba en su coraçón, pensando de no se ocupar en otra cosa hasta tanto que a la grande Asiria llegasse donde la princesa, su señora. Hablando yva con Flerisalte en muchas cosas, y las más eran de la bella Claristea, porque Flerisalte le contara del gran pesar que con las nuevas de su muerte había recibid, y cómo llegara al punto de la muerte, y de la suerte que de Alemania avían venido por saber nuevas d'él. Ansí mismo le contó cómo el príncipe, su hermano, y sus amigos avían librado al duque Armindos, y de la vengança que de los ingleses tomaron, y cómo se partieran tan tristes que pensavan que sería causa para darles la muerte.

–No querría –dixo don Belianís– que semejantes nuevas se diessen al emperador, mi señor, por cosa del mundo.

–Esso creo yo que será escusado –dixo Flerisalte–, porque la nueva se ha dibulgado tanto que al fin del mundo creo yo que se sabe.

En estas cosas y otras fueron hablando, y aquel día comieron en casa de un forastero que muy bien los recibió, de donde partieron algo tarde, tanto que, a la hora que quería anochecer, se hallaron en una hermosa y bella pradería, cercada en torno de muchas y frondosas arboledas. A la

otra parte se mostrava un valle tan espesso y cerrado que al príncipe dio gran desseo de verle, y metiéndose por él adelante a pequeña pieça no pudo caminar a cavallo; y apeándose, lo dio a su escudero, que lo mismo havia echo. Y dende a poco rato oyó una temerosa voz, no qual pudiesse entender lo que dezía más de quanto semejó que de las entrañas de la tierra salía. Y, atinando a la parte que la oyera, vio la tierra abierta por muchas partes, que no avía más de unas sendas pequeñas por donde passar. Al temor acrecentava que los robles y otros árboles que por allí se mostravan eran tan altos y cerrávanse tanto los unos con los otros que el cielo no consentían ver. Avía en aquellos oyos grandes lagos de agua tan negra que temerosa era de mirar. En ella avía algunas serpientes y otras fieras que, dando de rato en rato alguna sacudida en el agua, hazían al coraçó[n]⁴⁶⁰ causar nuevo apercebimiento. De creer era que, según su espantosa manera, el cielo ni alguno de sus signos en aquel temeroso lugar no hiziessen operación. De rato en rato se oyá aquella medrosa voz que, con ser sola y en tal parte, mayor temor causava.

Pues como el príncipe don Belianís bolviessse por hablar a Flerisalte, que ya los cavallos havia dexado, violo que el nuevo temor le tenía muy fatigado, y tal que le semejó que no sería parte para passar con él; y no quisiera, que donde quiera que ponían los pies, parecía que la tierra temblava, y la causa era que el coraçón, por se socorrer, llamando así la mayor fuerça de la sangre, causava a los otros miembros un temblor quales suelen tener aquellos que, cercados los coraçones con enojosa pasión, no son parte para declarar lo que sienten. El príncipe, que por cosa alguna no quería perder su escudero, le tomó en los braços, que ya para passar adelante la fuerça le avía faltado; y assí fue con él una pieça hasta passar a una parte algo más llana, aunque no menos temerosa, donde le dexó. Flerisalte se sentó, que no fue parte para otra cosa, y no sin causa, que pocos suffrieran lo que la lealtad le avía hecho durar, que todo aquel valle estava poblado de infernales demonios. Muy cerca de donde la voz se dava le pareció a don Belianís que se hallava y, confortando a Flerisalte, le mandó que allí le aguardasse. Y él passó adelante, poniendo mano a su rica espada, abraçando su escudo, oyendo más /53-vº/ continuamente la voz, cada vez más temerosa, tanto que pensava que algún demonio fuesse. D'esta forma anduvo tanto que topó con un sepulchro de una piedra tajada, donde oyó salir la tan medrosa voz; y escuchando por lo que dezía, dende a pieça oyó otra que dixo:

—¡Ay, sin ventura de mí, maldito sea el día en que yo nascí, pues con tanto saber como tuve he sido el más desventurado del mundo!

Don Belianís, llegándose bien a la sepultura, le dixo:

—¿Quién eres tú, que con tanta angustia te queexas, y me parece que debes de estar cerrado entre los demonios?

A esta voz le pareció al príncipe que dentro se huviesse sonado espantoso ruydo con gran número de cadenas, y dende a poco le respondieron:

⁴⁶⁰ coraçou.

–Sábetete, príncipe griego, que yo soy el más maldito hombre que en el mundo hubo. Yo soy hijo del diablo y en saber sobrepujé a todos los nacidos, permitiendo el alto Señor que fuese el mayor adivinador y máxico que en el universo hubo; donde, debolviéndole en mal, bivo aquí, encerrado por una donzella de cuyos amores yo fuy preso, enseñándole quanto yo sabía, y aún más, pues me bastó a engañar. Solíanme llamar, en tiempo del rey Artús, el sabio Merlín.

–¿Qué tanto tiempo ha que estás ay? –dixo el príncipe.

–Mucho tiempo –dixo Merlín–, sin que jamás aya llegado persona alguna, salvo Ba[u]demagus⁴⁶¹, que habló conmigo. Yo pensé ser libre por el valeroso don Tristán, mas mi ventura causó que nunca por aquí viniese.

–¿Cómo sabes –dixo don Belianís– que yo sea, pues tú nunca me viste?

–Más sé de tus cosas –dixo Merlín– que tú mismo.

–Agora te ruego –dixo el príncipe– me digas en qué parte se hallara el príncipe de Persia, que tengo tanto desseo de hallarle que nunca pienso verme con él; y, si soy parte para sacarte de ay, a qualquier peligro me pondré por librarte.

–No ay otro en el mundo –dixo Merlín– que lo pueda hazer sino tú, porque en los amores y armas has sobrepujado al que de aquí me havía de sacar. Mas sábetete que lo que él con poco trabajo pudiera hazer, as tú de acabar con mucho.

–No tengas cuydado d’esso –dixo don Belianís–, que hussado soy a passar hartos trabajos.

Entonces hechó mano por la tumba por la alçar. Mas apenas hubo llegado la mano quando todo el cuerpo le començó a temblar tan fuertemente que no pudo hazer lo que quiso, y de la otra parte vio una figura, la más temerosa que visto huviesse. Era tan grande que don Belianís a la cinta no le llegava. Parecía que toda fuese de fuego, todo el cuerpo tenía cubierto de unas agudas navajas que, como la brasa, muy encendida en su color parecía. En la mano tenía un hacha, con la qual, antes que el príncipe se pudiesse desviar, le dio sobre la cabeça un golpe que le hizo dar de manos en el suelo; donde, queriéndose levantar, con él se abraçaron dos leones, que, no le dexando hazer de sí lo que quería, se vio en gran peligro, porque el fiero vestiglo bolvió sobr’él por le dar otro golpe. Mas, poniendo toda su fuerça, sacando un braço puso mano a una daga que la emperatriz de Alemania le diera, con la qual hirió a uno d’ellos de tales dos golpes que muerto le hizo venir de la otra parte. Mas no pudo hazerlo tan ligeramente que la diabólica fiera no le huviesse dado otros dos golpes tales que cada uno d’ellos le semejava que le hiziesse pedaços. Entonces el príncipe se puso en pie, dexando al otro león así mesmo mal herido, y con el espantoso bestiglo fue tan presto que se abraçaron el uno con el otro. A don Belianís le semejava que todas las carnes se le quemassen, mas lo que a él le dava doblada pena hera que, aunque con la daga le dava muchos golpes, de ninguno le hazía mal, antes a él mismo le dava dolor en la mano.

⁴⁶¹ *Bandemagus*.

Tanto forcearon el uno con el otro que vinieron a caer sobre la mesma sepultura. Entonces don Belianís le quiso herir, mas el golpe fue en vazío, y él se halló el puñal metido por la piedra junto a la juntura d'ella, de tal suerte que hizo una avertura por donde el príncipe metió la mano, y tiró tan rezio que la avertura traxo /54-rº/ para sí; de donde a la ora salió tanto ruydo de espantosas voces y temerosos aullidos que todo el valle hizieron tremer. No se oyó ni vio jamás cosa tan temerosa. El príncipe fue turbado, que casi le sacaron de su acuerdo; mas, pensando que el fin de aquella aventura solamente estoviesse en que dentro en la sepultura pudiesen entrar, en un punto se metió dentro, donde halló una pequeña escalera por donde bajar. Y, bajando por ella, se halló en una rica quadra, tan hermosa que plazer dava mirarla. En ella vio esculpidas muchas y muy ricas figuras; todas tenían lumbres en las manos, con que aquel palacio se mostrava tan claro como la mitad del día.

Que, como el príncipe en aquella contemplación algún tanto se detoviesse, vio salir de una quadra un gentil y bien dispuesto cavallero vestido de colorado. En medio de la sala se puso una mesa con un[as] armas, y sin hablar palabra algu[n]a⁴⁶² al príncipe, muchos cavalleros salieron de la misma forma que al primero començaron a armar de aquellas armas; y en el entretanto, de la o[t]ra⁴⁶³ parte salió una hermosa donzella vestida de una rica saya de carmesí, cortada sobre tela de plata, y con ella otras muchas, y en un estrado que para ella se puso se sentó, y a sus pies todas las otras damas.

A todo esto el príncipe estava quedo, esperando ver el fin de aquella aventura; que, como el cavallero fuesse armado, todas aquellas figuras començaron a hazer un dulce son, aunque mezclado con sobresalto, porque por él llamavan al cavallero a la batalla; el qual se vino para el príncipe, diziendo:

–Cavallero, más atrevido que quantos ayan sido, ¿quién puso en tu corazón semejante loc[u]ra⁴⁶⁴ como entrar en parte donde ningún cavallero hasta agora llegó?

–Si alguno lo avía de començar –dixo don Belianís–, no me parece que fue grande sinrazón ser yo el primero. Por esso, si alguna pena mereció, aquí estoy para, con ella o sin ella, procurar de dar fin a mi començado propósito. Mucho querría saber quién eres, por saber qué es la causa que un cavallero tal como tú parece[s] esté en tal parte encerrado.

–Sabe –dixo el cavallero– que yo soy el que más lealmente serví a Cupido que quantos servidores hasta agora él aya tenido debaxo de su bandera, y por ellos sufrí la muerte, para gozar siempre la vida en este sepulcro.

–¿Cómo sabes tú –dixo el príncipe– que otros en esso no te ayan hecho ventaja? ¿As tú, por ventura, sentido el dolor que a todos aflige para por él poder juzgar lo que dizes?

⁴⁶² *algna.*

⁴⁶³ *orra.*

⁴⁶⁴ *locnra.*

–Esto no tiene dubda alguna –respondió el cavallero–, y si tú lo quieres contradézir, conmigo heres en la batalla; y aún te hago saber que no pienses que lo has de aver con el príncipe de Persia, porque su esfuerço en ninguna cosa al mío se iguala.

–De todo te estimas tanto –dixo don Belianís– que creo que las obras no serán nada.

Entonces, poniendo mano a las espa(l)das, se dexa venir el uno para el otro, con tan soberanos coraçones qu'el aventajado valor suyo más que el de otros muchos se mostrara.

Dígovos que con este cavallero se vio el príncipe en no pequeño peligro, porque, desseando brevemente acabar la batalla, a un tiempo se dieron tales golpes que las cabeças hasta los pechos se hizieron abajar, y redoblándose otros, don Belianís puso el escudo delante; mas fue hecho dos pedaços y él mal herido en el braço, que a las fuerças del cavallero ninguna cosa parava y, como industriado a semejantes peligros, apenas hubo hecho este golpe quando le dio otro al través de la vista, que la lumbré de los ojos le hizo perder. El príncipe don Belianís, que tal esfuerço sintió en el cavallero, qual él hasta entonces (él) nunca huviera visto, bien cuydó que le cumplía poner todo su esfuerço; porque, dexando caer lo que del escudo le quedara, con tanta saña qual jamás en batalla tuviera, tomando la espada a dos manos le quiso dar con ella sobre el yelmo; que, como la saña la fuerça le huviesse doblado, grave peligro corría el cavallero si la gran destreza suya no le ayudara; porque, haziendo semblante de esperarle, viendo venir la espada dio un salto al trabés con que le hizo /54-vº/ perder el golpe, y la espada fue metida por el suelo más de un tercio. Y con gran ligereza cargó sobre él, que, como estuviesse abajado, de una punta le hirió malamente a un costado.

A esta ora en la sala y por todas aquellas concabidades se sonó gran ruydo de voces que dezía:

–¡Vencido eres, príncipe griego, aunque cuydavas que a tu esfuerço ninguno podía ygualar!

–Todo será como el alto Señor quisiere –respondió don Belianís–, mas yo no pienso que los diablos que en esta morada estáys seréys bastantes para ello, que el soberano Señor será en mi ayuda.

Entonces esperó al cavallero, espantado de su ligereza, que semejante a la de una muy ligera ave hera; y como viesse que a derecho no le podía alcançar, hizo semblante de le querer dar un golpe sobre la cabeça. El cavallero se desvió a una parte, pensando tornar sobre él, como antes hiziera; mas don Belianís, que el golpe no avía executado esperando aquel ardid, le dio tal golpe al trabés de el yelmo que toda la gran pieça hubo cortada, y si las armas no fueran tales, no fuera mucho llevarle la mitad de la cabeça. Mas fue dado con tanta fuerça que le hizo yr tres o quatro passos par'atrás, tropeçando por caer; y, acudiendo con él, le tornó a herir de una punta, tan bravamente que, passándole el guardabraço, le hizo una mala herida en él, tal que apenas el escudo podía tener. El cavallero, que tan malamente se sintió tratar, cosa que él jamás pensara, no curó de se más aprovechar de su ligereza, antes haziendo de sí un duro yunque, esperando los golpes de su contrario, le començó a herir con tanta braveça que por más de seys lugares le hizo saltar la sangre. Andavan tan heridos el uno y el otro que donde quiera que los pies ponían estava cubierto de su sangre.

Tanto duró la batalla que, viendo que no se podían vencer, se apartaron el uno del otro por descansar, passeándose por aquella sala. Don Belianís andava mirando la hermosura de aquellas damas, que lo eran tanto que a él davan gran contentamiento, y mucho le penava de ver que aquella batalla tanto durasse. Tenía al cavallero por encantado, que de otra manera no cuydava que tanto le huviesse durado. Por la otra parte, el cavallero no estava tan sin cuydado que no pensasse de ser sobrado en aquella batalla, y mucho le pesava de que fuesse delante de aquella donzella a quien tanto amara. Y como la yra en el corazón de entr'ambos estuviesse tan enseñoreada, ambos a un tiempo tornaron a cometer el uno para el otro, y tales golpes se dieron que las manos de las espadas incaron en el suelo, quedando ambos heridos. Mas, como tan encarnizados estuviessen por darse el uno al otro la muerte, se juntaron a los braços, procurando cada uno derrocar al otro, y al entrar el cavallero quitó la daga de la cinta al príncipe don Belianís, y con ella le dio dos golpes tales que cada uno le hizo una muy peligrosa herida. Y prosiguiera adelante si don Belianís no le hechara ambas manos al brazo de la daga, haziéndosela perder; que, como tan herido se viesse, apretó al cavallero tan rezio que las armas le metió por las carnes: y como tan sabio en la lucha fuesse, atrabessándole un pie le hizo venir al suelo, donde cargó sobre él. Y aunque el cavallero, viéndose en tanto peligro, ayudándose de todas sus fuerças y mucho por se levantar procurasse, no le aprovechara cosa alguna para librarse de la muerte si la hermosa donzella del estrado no se levantara; y llegándose donde el príncipe estava, le dixo:

–Soberano cavallero, por ver si el amor tuvo en vos tanto poder como desseó el dios Marte de hazeros el más aventajado en las armas, tened por bien de me hazer merced que no acabéys la batalla con este cavallero; antes la dexad en el estado en que está.

Antes que el príncipe palabra alguna responder pudiesse, la medrosa voz de Merlín por él fue oýda, que le dixo:

–¡Guarte, príncipe de Grezia, no hagas lo que por la donzella te es rogado, que malamente lo comprarás!

–Como quiera que sea –dixo don Belianís–, no dexaré de hazer mientras pudiere lo que por donzella me /55-rº/ fuere mandado.

Entonces dexó libre al cavallero, diziendo:

–Si vos, estremado cavallero, soys contento, yo tengo por bien, a ruego d'esta hermosa dama, que la batalla se quedasse en el estado en que está.

El cavallero no le respondió palabra alguna. Mas a esta ora salió otro cavallero, el qual con la misma solemnidad del primero fue armado; y juntándose con el primero, siendo buelta la hermosa donzella a su estrado, entr'ambos se vinieron para él, de que a él no le plugo punto, y bien vio que avía hecho mal en no obedescer lo que le fuera dicho. ¡O, quién viera la más hermosa batalla y más cruel y áspera que hasta aquellos tiempos se havía visto! Porque en los cavalleros, según eran esforçados, havía muy poca diferencia, y entr'ambos a un tiempo le herían de tan crueles y

desapiadados golpes que la sangre por muchas partes le hazían saltar, no lo andando ellos menos, porque el príncipe, que muy sañudo andava, los hería con tanta fuerça que donde quiera que el golpe les alcançava, las armas y las carnes les cortava, no les valiendo punto ser encantadas; porque, como el príncipe traxesse tal espada, ningún encantamento le parava. Mas cierto todo su valor y esfuerço le hazía menester, porque andava muy herido, y los cavalleros eran valientes y procuravan de se abraçar con él, porque de aquella guisa cedo pensavan conquistarle. D'esta manera anduvieron gran rato en la batalla, hasta tanto que, viendo el príncipe don Belianís la mucha sangre que d'él corría, temiendo de desangrarse, hirió a aquel con quien primero començara la batalla de un tal golpe por bajo de la rodilla que todo la huvo cortada, dando con él en el suelo. Mas estuvo en términos de perder la vida, porque al caer el cavallero le alcançó a dos manos un tal golpe en un hombro que una grave y peligrosa herida le hizo, la mayor que en su vida recibiera; y el otro le acertó sobre la cabeça, que la sangre por los ojos y oýdos le hizo saltar en gran abundancia, sacándole casi de su acuerdo.

Mas, viniendo su compañero al suelo muerto, a él no quedava muy segura la vida, que el esfuerço del príncipe griego de ninguno llevaba comparación y, con la saña tan desygal que tenía, sus golpes eran mortales; tanto que el cavallero de la sepultura, teniendo por cierta su muerte, desseando que otro tanto precio por su contrario fuesse comprado, tomando la espada con ambas manos para él se dexa venir. Mas al príncipe, paresciéndole locura esperar semejantes golpes, y más con la desesperación que consigo traía, se cubrió muy bien de su escudo, fingiendo esperarle y, al descargar, se metió tanto de los braços del cavallero que no solo fue parte para executar su golpe, mas don Belianís le dio de los pechos con tanta fuerça que le hizo yr dando traspiés por caer; donde fue con él prestamente y en una pierna le hirió tan cruelmente que, cortándole la mayor parte d'ella, vino al suelo. Y no se deteniendo punto, porque con el ruego de la donzella no le acaeciesse otro tanto, le metió la espada por la vista, con que dio fin a su batalla.

Y bolviendo a mirar por las damas, no vio ninguna d'ellas. Los cavalleros desaparecieron delante, y él se metió por una puerta que la Rica Quadra tenía por nombre, y dio en una sala no de menos valor que quantas visto huviesse; en la qual, en una silla espantable cubierta de fuego, vio un hombre sentado, quexándose muy reziamente. Todo su cuerpo parecía arderse con las llamas que de la silla salían. Toda la sala parecía un orno muy encendido. A los pies de la silla y por toda la sala avía muchos y muy fieros animales, tan fieros que su vista a qualquiera causaran tormento.

Don Belianís, por lo que vía, le pareció que aquel fuesse el sabio Merlín, y con presteza singular se metió dentro en la sala. Y sobre él cargaron todas aquellas fieras. Mas el príncipe, que su intento solo era libertar el sabio, no se detuvo en herir alguna d'ellas, antes llegando al fuego espantoso trabó de la silla, dando con ella y con el que con ella estava en el suelo; con lo qual sonaron tan temerosas voces y aullidos que al príncipe sacavan de su acuerdo. Donde, ya passadas, el príncipe se halló en aquellas tan ricas moradas, las más sobervias que visto huviesse, y par d'él el sabio Merlín, que a la hora le vino a abraçar, diciendo:

–Valeroso príncipe, vuestras obras son continuamente tales que con ellas alcançáys tan glorioso renombre, que no ay que daros gracias por ellas, pues a vos mismo a hazerlas estáys obligado; y lo que por mí havéys hecho yo sé que por mí vos será continuamente, en lo que yo alcançare, servido en cosas que no serán pequeño contentamiento para vos y para aquella que vos más que a vos queréys.

Muy gran contentamiento tomava el príncipe de oír hablar a Merlín, y abraçándole con mucho amor le dixo:

–Ciertamente, yo he recebido mayor alegría con vuestra libertad que hasta agora he avido con aventura que me aya sucedido, viendo quán mal empleado estava vuestro saber en esta temerosa sepultura y que, emendando de aquí adelante en lo que al alto Señor offendistes, os perdonará lo que hasta ahora contra él herrastes.

–Assí lo espero yo, mi señor –dixo Merlín–. Y, porque es tarde y vos estáys herido, acostaos, que yo curaré de vuestras heridas.

–Mi escudero –dixo don Belianís– quisiera ver primero, que lo dexé en mucho aprieto del temor de las bestias fieras que en este valle avía.

–Perded temor –dixo el sabio–, que todo se proveerá.

Entonces vieron entrar por la puerta de la sala a Flerisalte. Don Belianís fue con él muy alegre, y el escudero le besó las manos, que gran temor avía tenido de perder a su señor. Y con esto el príncipe se acostó en un rico lecho, y Merlín le miró las heridas; y, sin que el príncipe viesse a quién, mandó que le traxessen unas yervas de la India mayor, las quales luego le vieron poner en las manos, tan frescas como aquellas que a la sazón se acabaran de coger, con las cuales curó al príncipe sus heridas. Y luego le vino gran sueño. Merlín y Flerisalte se fueron a cenar, y después se acostaron en otro lecho, que de todo eran ta[n] bien servidos como si dentro de la corte del emperador estuvieran.

Estuvo allí don Belianís ocho días, hasta tanto que fue guarido de sus llagas, en los quales Merlín le contó grandes cosas que por él avían de passar, ansí en los amores de la princesa como en grandes guerras y rebueltas que en sus señoríos se esperavan, que unas cosas plazer y otras pena davan al venturoso príncipe. Y, paresciéndole a que sus heridas no le darían pena, le dixo que le cumplía partirse de allí, y que supiesse que el emperador, su padre, tenía cruel guerra con los troyanos por restituyr su reyno a la infanta Policena. Y con esto el príncipe se levantó y armó de sus ricas y resplandecientes armas. Y, tomando dos cavallos que el sabio Merlín hizo aparejar, se partió d'él, aviéndole encargado que se fuesse derecho a la mar, donde hallaría una barca que le llevaría derecho donde era menester. Y diose tan buena prissa que otro día llegó a la mar, donde halló un bergantín bien adereçado de todo lo necessario, en el qual él y su escudero se metieron; donde los dexaremos por dezir lo que subcedió al príncipe Periano, que a los gritos que oyera se levantara.

Capítulo 22: De lo que subcedió al príncipe Periano partiendo de la [corte del] Gran Sophí.

Da causa la gran justicia con que al presente somos gobernados a que el exercicio militar de los cavalleros andantes no sea necessario; mas no dexa de ser muy loada aquella antigua edad en la qual los grandes reynos y crescidos estados se dexavan por sola la virtud que enmendar los agravios se adquería.

Este valor traía, huyendo del descanso, aquel sin temor príncipe de Persia, el qual a los /56- rº/ grandes gritos que oya se metió por aquella escura selba. No se dava voz que él no la sintiese en el alma; pensava que avía de ser tal su desdicha que en su presencia acaesciese alguna desgracia. Salió a una parte algo más abierta de las matas, donde vio a la luz de la luna una donzella atada a un árbol y dos cavalleros que hazían un hoyo para la enterrar. La donzella dava gritos llamando a quien la socorriesse. El príncipe dio voces a los cavalleros, diciendo:

–¡Desleales cavalleros! ¿Qué es la causa que a esta donzella tratáys de tal suerte?

De ninguna alegría lleva comparación la que rescibió la donzella, diciendo:

–¡Ay, mi señor, libradme d'estos traydores que con la mayor sinrazón del mundo me quieren matar!

Los cavalleros, que a tal hora se vieron sobresaltados, mucho se alborotaron. Mas, reconociendo ser un cavallero solo, le dixeron que se bolviesse si no quería quedar con ella.

–No soy venido a esso –dixo Periano.

Entonces puso mano a su espada, y los cavalleros a las suyas; mas hizieron mala ganancia, que de dos golpes fueron muertos. Periano desató a la donzella, preguntándole la causa que a tal estado la truxera.

–Señor –dixo la donzella–, vos sabréys la mayor maldad que jamás se oyó: porque siendo yo y otra donzella, mi hermana, hijas del rey de Alberia, en servicio de la princesa Alinda, hija del Gran Sophí, dos cavalleros, cuya valerosa fortaleza es por grandes partes nombrada, hijos del rey de Cassaria, començaron a seguir nuestros amores, siendo yo pagada del mayor d'ellos con otro tal amor como yo conocía que me tenía. Mas mi hermana, que en otro cavallero tenía puesto[s] sus amores, no se curava de las quejas de Doslyndo, ni aun le mostrava punto de su amor, de lo qual él andava tan penado que desseava la muerte. Muchas cosas estrañas hizo por su servicio, mas el que es aborrescido todas sus cosas dan fastidio. Ansí acaesció al triste cavallero, que viéndose de tal suerte, acordó lo que agora oyréys: que, cerrándose una noche en una huerta de palacio, esperando quién sería el que en sus amores le hazía tanto daño. Pues assí fue que el duque Damaler, que el querido de mi hermana era, desseando poder ver a su señora, entró dentro en la huerta; y, haziendo la señal acostumbrada para que su esposa le saliesse a hablar, ella no pudo, y imbiome a mí para que en el entretanto le hiziesse aguardar. Los dos hermanos, que le vieron hablar conmigo, paresciéndoles que

de qualquiera suerte que fuesse les hazía agravio, arremetieron con él y, aunque se defendió, le dieron crueles heridas. Y allí se le dexaron, donde otro día fue hallado herido, no con poco espanto de la corte, que diversamente este hecho juzgara, que siendo el duque tan valeroso grandes diligencias hazían por saber la verdad. Pues como yo viesse lo que passava, y que apenas se podría encubrir el hecho, fingiendo ciertos mensajeros de parte de mi padre, en que al rey supplicava por mi partida, yo salí de la corte con muchos cavalleros del Sophí, de los quales esta mañana me despedí, diziendo que me combenía caminar aprissa. Y con estos que matastes me puse en camino, a donde d'estos cavalleros supe cómo Do[sl]yndo⁴⁶⁵ havía de acussar al duque de traydor por haver sido hallado en la huerta de palacio. Y estos cab[a]llos⁴⁶⁶ me querían matar, teniendo entendido su señor que contra él yo huviesse cometido alguna trayción. Esta es, señor, mi desdichada suerte, y pésame que el duque sin culpa podría padescer muerte.

–No tengáys temor –dixo Perianeó–, que, pues los dioses an puesto remedio a vuestro daño, no faltará para el duque.

Y con esto estuvieron hablando diversas cosas hasta la mañana, que, tomando el príncipe armas y cavallo de uno de los cavalleros muertos, dexando las suyas allí escondidas, a la mayor priessa que pudieron anduvieron tanto que llegaron a la ciudad a la hora de tercia. La donzella no quiso parescer con el príncipe, antes se fue en casa de un cavallero principal que hera su pariente, adonde fueron informados que el duque avia sido /56-vº/ retado de traydor, y que el Sophí le avía mandado para aquel día dar cavalleros para que le defendiessen contra los dos príncipes Do[sl]yndo y Lotario, que de traydores le acussavan. Y el negocio passara más adelante, porque el Sophí estava tan enojado que no se tenía por segura la vida del duque, diziendo que conforme a sus leyes el duque avía cometido trayción.

El príncipe llegó a palacio, donde halló toda la corte del Sophí esperando. Conforme a la antigua costumbre, si el duque diesse cavalleros que le defendiessen, aunque se tenía entendido que no los hallaría, por ser los dos hermanos los más valientes cavalleros del imperio. Estava el duque, aunque herido, preso en poder de la guarda. Passó adelante Perianeó hasta donde el Sophí estava, y haziendo su acatamiento, en voz alta, que todos lo oyeron, dixo:

–Soberano príncipe, la fama de tu justicia a las vezes da ocasión de pedir algunas cosas que, aunque al parescer son buenas, tienen grandes encubiertas. Digo esto porque el duque es acussado de traydor por aver sido hallado en la huerta de tu palacio, sin que contra él se halle aver hecho delito alguno, lo qual es tan riguroso que con razón no se deviera mandar que diesse cavalleros que le defendiessen. Y si el duque me otorga su derecho, yo mostraré en el campo ser él libre, porque la ley del soberano Cupido como absoluto señor a ningunas otras está subjeta, con que me prometas que, si los cavalleros fueren vencidos, el duque será libre.

⁴⁶⁵ *Dolsyndo.*

⁴⁶⁶ *cabelleros.*

Maravillados dexó a todos las palabras de Perianeó, y miravan su persona, que mostrava ser de gran valor. Era, armado, uno de los cavalleros que mejor parecían en el mundo, y esto le hizo en muchas partes ser conocido. No se hallaran muchos cavalleros más altos que él; las espaldas tenía muy anchas, veníanle pocos arneses que para él no fueran entallados. Vestíasse debaxo un lorigón que Bulcano fabricara, y una gruesa plasta de malla sobre los pechos. Tenía en dos cosas extremo sobre otros: que nunca començó batalla que no cuydasse vencerla, ni jamás entró en ella sin pensar que tenía justicia. En su tierra florescia a la sazón la justicia con tanta equidad guardada como si lumbre del verdadero conoscimiento tuviera. No era buen moro, que cuydava vivir herrado como lo estava en su ley, y a esta causa blasphemava muchas vezes de los que en su tierra adoravan por dioses. Hera el señor más querido de vassallos que se huviessen visto en Persia. No se vio que trabajos le cansassen ni que rebés de fortuna le bolviessen el corazón. Era gran enemigo de los griegos, y en berse con ellos en batalla le doblava el ánimo. Si los crueles martyrios de Cupido no le maltrataran, fuera un príncipe sin ygual, sacados sus tan crueles enemigos.

Fue maravillado el Sophí, y parecióle que devía de ser cavallero de estima; y mandándole sentar, le dixo:

–Bien parece, esforçado cavallero, que la virtud de vuestro ánimo debe de ser conforme al parecer, y por vuestra causa me pluguiera que estas cosas pudieran llevar otro medio sin batalla, la qual vos podréys hazer. Mas la antigüedad de mis leyes, tan justas que dan muerte al que en mi palacio fuere hallado, no puede dexar de executarse, aunque vos vençáys la batalla.

–D’essa suerte –dixo Perianeó–, la batalla es por demás; pero el duque no merece pena de muerte, pues no fue hallado en palacio, sino en la huerta.

–Esso importa poco –dixo el Sophí–, que la huerta por mi palacio se manda.

–La ley rigurosa –dixo Perianeó– aun en esse caso que declara es mucho guardarla, quanto más en el otro; y juntamente con esta batalla, yo defenderé por armas que el rigor de vuestra ley no se deve executar en el duque.

Enojose el Sophí en ver que aquel cavallero le yva tan a la mano, y dixo:

–Pues vos soys contento, yo quiero que, por lo que toca a mi derecho, defiendan esta batalla los dos infantes Ristoro y Roladiano, los quales serán en el campo quando acabáredes de vencer por la parte del duque.

Entonces los mandó llamar, y al duque preguntó si quería otorgar su derecho [a] aquel cavalle- /57-rº/ -ro.

–Yo –dixo el duque– más quiérole ayudar en esta batalla, pues ella ha de ser dos a dos.

–Vos no podéys –dixo el Sofí– entrar en la batalla. Por esso dad otro cavallero que sea con él, que de otra suerte otorgársela a él toda.

–Agravio me hazéys, señor –dixo el duque–; que, si yo no tengo cavallero, no me dexáys defender mi justicia.

–Otorgádmela –dixo Perianeó–, y no dubdéys que, si yo soy vencido solo, también lo seré con compañero. Y, pues yo pongo mi vida y honra en peligro a vuestra causa, no seáys de menos coraçón que vuestra justicia quiere.

Ya el affligido duque quería otorgar la batalla quando entró por la sala un cavallero armado de unas armas rosadas con siete estrellas en campo azul, y por la orla del escudo dragones blancos. Bien conosció la devisa Perianeó, que ya aquella le avía costado harto de su sangre, que era la del valeroso duque Armindos de Thebas, y en el ayre de su persona bien conosció ser él. Y holgose, que bien sabía que el duque le era buen amigo.

El duque se vino derecho para donde el Sophí estava, preguntando si el duque de Malea tenía cavalleros que por él hiziessen la batalla; si no, que él la hazía por lo que tocava a su justicia.

–A tiempo benís –dixo el Sophí–, que tendréys buen compañero para ello. Vos, duque, ved si se la otorgáys.

–De voluntad –respondió el duque.

Entonces Perianeó preguntó a los cavalleros si se afirmavan en la acusación que contra el duque avían puesto. Doslindo dixo que sí, porque ellos fueron traydores, y como tales han de ser castigados. Los que defendían le respondieron que mentían. Y como todo lo necesario estuviesse a punto, el Sophí mandó que los metiessen en el campo, y él y las damas y princesas se pusieron a las finiestras. En la plaça havia tanta gente que estava tan cerrada que a ninguno dexavan entrar. Llegaron los dos hermanos primero, por ser demandadores. Heran valientes cavalleros y con gran razón dubdados* por aquellos que los conoscián. Venían armados de armas negras; en el escudo traían por armas sie[t]e⁴⁶⁷ leones, y por la orla una cadena que con siete ramales parecía traerlos atados. Hasta allí no entraran en campo que no les fuesse desseada la victoria, mas en este era al contrario, que siempre los acussadores aun de los que más los quieren son aborrescidos.

Mirávanlos quán bien parecían armados, quando a esta sazón llegaron el príncipe valeroso con el no menos temido duque de Thebas. La mayor parte de la corte venía con ellos, que el duque de Malea de todos era querido. Pues llegando al campo, que con una ancha caba estava cercado, deteniéndose algo con el tropel de los cavallos, el sarrazino sin temor puso piernas al suyo, haziéndole saltar dentro. En el campo no parecía sino al baleroso Marte, que del cielo a hazer aquella batalla decendiesse. Dexando a todos maravillados arremetió por aquel campo, haziendo temblar los cercanos edificios; y, juntándose con el duque Armindos, le dixo:

–Mi señor, con vuestro buen esfuerço me atrebo a hazer estas locuras.

Bien lo conosció el duque en la voz, y con mucho placer de aver llegado a parte que algún servicio le hiziesse, dice:

–Mi señor, no pensé que jamás mi ventura me hiziera merecedor de poderos hazer algún

⁴⁶⁷ siere.

servicio, porque con ser en esta batalla por vuestra parte antes será quitaros la fama que con tan cierta victoria por vos solo se esperaba. Mas si a vos, mi señor, parece, reservando vuestra valerosa persona d'esta batalla para las que se siguen, dexad hazer a vuestro servidor, que plaziendo a Dios le daré fin, donde no quedará vuestra persona para el remate de las victorias como siempre.

–Valeroso príncipe –dixo Perianeó–, vuestro valor para ser conocido tiene pequeña necesidad de nuevas experiencias, y la batalla que havemos de hazer es por otros, que a la ventura no se tendrán por bien satisfechos. Por esso, hagamos juntos lo más que pudiéremos, que nuestra amistad ni con esto se ha de asentar ni desminuyr.

Diziendo esto, aviéndoles los fieles partido el sol, los unos para los otros se /57-vº/ vienen, con tanta furia y presteza, sacando tanto fuego los cavallos con los pies que parecían los abrasados cohetes echados por las cuerdas en los acostumbrados regozijos; donde se encontraron con no menor estruendo que en la gigantesa batalla traían los rayos de Júpiter.

Perianeó encontró a Lotario algo baxo; y bien fue venturoso el querido mancebo, porque, tomándole del lado, passándole el arzón delantero de la silla, la lança passó todo el cavallo, hasta tanto que el hierro pareció, en el suelo hincada; y encontrándose de los pechos de los cavallos, escudos e yelmos, dio con entr'ambos una gran caída en el suelo, y más ligero que una onça saltó del suyo. Mas hallolo ya en pie, que el temor de la muerte acrescentara su ligereza, tan espantado del encuentro que rescibiera como si ya se viera en lo último, su espada y escudo en la mano. Mas otros eran los golpes del príncipe de los que antes pensara, porque, haziendo acometimiento para abaxo, le tiró un rebés bolado por lo alto. Mas el mancebo, que maestro era de esgrima, alçando el pie derecho tuvo firme el escudo en lo alto, el qual como si fuera de madera fue todo cortado, tomándole por un canto. Y no paró allí la furiosa espada; llevó todo el cornel⁴⁶⁸ del yelmo, dexando al príncipe Lotario sin yelmo y sin escudo; y, reparándose de un golpe que le tiró, que una mano metió por el escudo, le echó sus braços a cuestras y apretole con tanta fuerça que casi le sacó de su acuerdo. Poniéndole las rodillas en los pechos le tendió en el suelo, diziendo:

–Muerto eres, Lotario, si no confiessas no ser verdad lo que contra el duque dixiste.

–Esso no es necesario –dixo el valiente mancebo–, pues con mi vencimiento está todo acabado.

–Pues otorga de hazer lo que yo te mandare –dixo Perianeó–, si no quieres que dexé de usar de la clemencia que a tal cavallero se deve.

–¿Qué es lo que quieres que haga? –dixo Lotario.

–Quiero –dixo Perianeó– que te cases con la infanta Labrinda, hija del rey de Alberia –que ansí la donzella que Perianeó librara se llamava.

–Plázeme –dixo Lotario–, que en esso no pierdo yo cosa ninguna; mas ella es yda en casa del

⁴⁶⁸ ¿“collar”?

rey, su padre.

–Yo la traygo conmigo –respondió Perianeó.

Entonces le ayudó a levantar. Mirando por el duque Armindos, que en gran batalla con su contrario andava, trayéndolo cubierto de sangre, le dixo en lengua griega que no alargasse tanto la batalla. Quedando al duq[u]e⁴⁶⁹ alguna vergüença, reparándose de un golpe que le tiró entró con él y, poniendo mano a una daga por baxo de la falda de la loriga, le hirió con ella de dos golpes tales que hasta las entrañas le penetraron; con que, dando un doloroso gemido, el alma y los amores y la vida perdió a un punto, con gran pesar de su hermano; aunque si bien supiera su maldad no se le diera tanto, porque él mandara matar a Labrinda sin que él lo supiesse, que él bien cuydara que en casa de su padre la llevavan.

Fue sacado el infante del campo, avisando secretamente Perianeó dónde su dama quedava, y él, como leal cavallero, cumplió lo que Perianeó le mandava, haziéndola primero llevar secretamente a casa de su padre.

Por lo que tocava al Sofí, no se hizieron en el campo las alegrías acostumbradas, porque veían que al cavallero todavía le restava otra más cruel batalla con los estremados Risistoro y Roladiano, que a esta hora entraron en el campo, armados de armas coloradas y en los escudos pintada la Justicia, en la mano derecha una muy relumbrante espada y en la otra el ramo de la paz. Toda la gente del Sofí los acompañava, y el postrero venía el mesmo Sofí, vestido de un arnés sin braçales y en la mano un estoque desnudo. Sobre las armas traía una ropa leonada, toda cortada, y tomados los golpes con muy ricas piedras; en un cavallo blanco, tan hermoso quanto su auctoridad lo requería. Y aunque maravillado de los golpes que a Perianeó viera hazer, bien cuydava que sus cavalleros /58-rº/ avrían la victoria.

Los quales ya estavan de la otra parte del campo, esperando la señal. Y apartándose el duque Armindos a un cabo, pues no había de combatir, los clarines se tocaron, los cavalleros bajaron sus lanças y partieron contra Perianeó. Hiziéronlas pedaços en su escudo, juntáronse de los cuerpos de los cavallos tan bravamente que Ristoro, desacordado, fue fuera de la silla, tal que todos cuydaron que fuesse muerto. Roladiano, a quien el príncipe encontró, passó adelante. Dio de las espuelas el príncipe a su cavallo, que, topando con el de Ristoro, vino a dar de ojos en el suelo con su señor. Perianeó saltó en el suelo, poniendo mano a su espada, y queriendo bolver sobre sus contrarios fue acometido por Roladiano, que sobre él rebolvió a cavallo. Y no se pudo guardar tan bien que no le encontrasse con los pechos; hízole dar cinco o seys passos par'atrás. Y maravillándose de no le aver derrocado, tornó a apretar las espuelas a un hermoso y bien arrendado cavallo que traía. Y no hera mala su destreza si lo huviera con otro cavallero; porque Perianeó le tiró un rebés y por los pechos partió el cavallo casi en dos partes, y dio con su amo para atras en el suelo, con tanta admiración de

⁴⁶⁹ *duqne*.

los presentes que, no bastando la seguridad de los pregones, la grita se comenzó muy alta. Pesávale al Sophí del aprieto de sus cavalleros, porque a esta sazón, aviéndose levantado Restoro, entretuvo a Periano hasta tanto que su hermano se levantó, y entr'ambos con él se rebuelven (con él) en gran batalla. Mas, ¿qué les aprovechó?, que Periano estava hecho un furioso dragón y, hechando el escudo a las espaldas, tomando el espada a dos manos, los traía cubiertos de su sangre. Ristoro, que a ssí y a su hermano vio tan mal parados, esperó un golpe a Periano, pensando entrar con él y, con ayuda de su hermano, fenecer la batalla. Mas hizo mala ganancia, que vino al suelo fuera de su sentido, mal herido en la cabeça. Roladiano, que a Ristoro vio en tierra, la sangre se le heló en el cuerpo; diera quanto tenía por hallarse fuera del campo y, viéndole venir para sí con la espada alta, teniendo a desesperación aguardarle, se desvió tras una col[u]ma de mármol que en la plaza estava. El príncipe Periano, que pensó herirle, alcanzó en el pilar un golpe tal que, cortándole la mitad d'él, dexó a Roladiano en descubierto y, saltando por encima de lo que quedó, le hirió de toda su fuerça, dando con él de espaldas, fuera de su acuerdo.

Y viendo vencidos los cavalleros, humillándose ante el Sophí le preguntó si restava de hazer otra cosa para la livertad del duque.

–No –dixo el Sophí–, que havéys hecho tanto que para siempre seréys nombrado.

Entonces se apeó y, haziéndole subir en su mismo cavallo, él cavalgó en otro. Y con grande alegría fue sacado del campo. Y el duque de Amalea, que parecía sandio de plazer, le pidió las manos. Mas él no se las quiso dar, y abraçole. Y con esto fue llevado a los reales palacios y acostado en un rico lecho.

Aquella tarde se partió de el duque Armindos, que haziéndole saber quiénes eran sus compañeros, Periano lo tuvo por bien, y él se quedó en la corte del Sophí, donde le heran hechas grandes fiestas; donde los dexaremos hasta que la hystoria torne a hablar d'él.

Capítulo 23: De lo que en el castillo de Medea subcedió por la livertad de las princesas.

Ya era llegado el tiempo de que todos los sabios tanto hablan, en que aquella lumbrera de la caballería el soberano Señor era servido que nasciesse, para que por su mano fuessen acabadas las grandes aventuras de que el universo estava poblado. Quando, estando todas aquellas altas señoras y hermosas princesas en aquel sobervio y triumphante castillo, la más hermosa morada de los terrenales, passando tiempo en aquellas cosas que más plazer darles podían, siéndoles procurado por aquellas /58-vº/ en cuya compañía estavam; aunque el mayor passatiempo que la hermosa Florisbella tenía era, hallándose sola, mirar el rico espejo que Juno le diera, con el qual gran parte de su pena passava. Muchas vezes por Cupido eran visitadas en la forma que primero lo fueran, que como todas tan lastimadas de aquel amoroso fuego fuessen, cada día quisieran aquella visitación. Aunque la princesa Florisbella, como su preñez tanto la agravasse, pensando que por todas sería conocida,

pocas vezes se levantava de la cama, ya que ella sola se passeava por los jardines que en su aposento caían, hablando con Matarrosa en la tardança de su querido esposo, al qual en el espejo muchas vezes en crueles batallas vía. Y entonces en la mar por él se mostrava caminar, y lo que más passión le dava era no saber dónde lo que pariesse sería llevado, que la sabia Medea le avía dicho que fuera del castillo avía de ser criado. Y juntándose todas estas cosas en un tan tierno corazón como el suyo, muchas lágrimas derramava, llorando muy amargamente, principalmente quando solamente se hallava, que, hablando con el príncipe don Belianís como si presente lo tuviera, dezía:

–¡Ay, crueles y espantosas mares, desapiadados vientos! ¿Por qué alguna vez no bolvéys vuestra tan ignominiosa porfía para que esse descuydado cavallero, aunque contra su voluntad, venga donde tanto es desseado? ¡Ay, prolixos días, (para) que para mí soys mayores que el que con sobra de fee alcançó el venturoso Macabeo! ¡Ay, congojosas noches!, ¿por qué cada una es mayor que la que huvo el baleroso Hércules en su nascimiento? ¡Ay, oras!, ¿por qué cada una es más penosa que las que passó Faetón en su carro? ¿Por qué padezco más graves tormentos que Penélope y me fatigo más que la congojosa Ariadne, y passo más crudo esperar que la desventurad[a]⁴⁷⁰ Tisbe, pues tan presto del su verdadero amante fue seguida? ¡Ay, cavalleros de Apolo! ¿Por qué, una vez que esta triste infanta tuvo necesidad de vuestra corrida, os havéys cansado? ¡Ay de mí, que sin dubda el celestial Polo deve estar rompido, o los sus celestiales signos puestos en confusión! ¡O, cruel Febo! ¿Por qué tú, más que los otros, contra mí te muestras cruel? ¡O, Medea! ¿Por qué me señalaste tiempo en que de la vida del príncipe, mi señor, gozara, que ya con solo saberlo passara mi mal con algo más de alibio?

Otras vezes hablava con sus padres y parientes, quexándose de su ausencia, y cómo por el mundo no le buscavan. Mas assí fue que un día, que más ocupada en sus lamentaciones estava, por el castillo se sonó nuevo ruydo de armas, con tanto estruendo de militares instrumentos que todo el castillo se quería hundir. La princesa fue maravillada y, no sabiendo lo que se hazer, Juno entró donde ella estava, llevando de la mano a Tysbe y a Elena, diciendo:

–Mi señora, ¿queréys ver nuevo passatiempo para vuestra pena? Andad acá con nosotras, que han llegado cavalleros que quieren sacaros d’este lugar.

–Vamos –dixo la princesa–, que desseo ver alguna cosa, aunque no querría perder por todo el mundo tal compañía.

Todas quatro se tomaron por las manos y salieron hasta unos más ricos corredores que hasta entonces vieran, donde hallaron a las infantas Sirena e Imperia, Matarrosa, Policena y Aurora, con las otras princesas que en aquel castillo les tenían compañía. En lo bajo vieron, en un riquísimo arco triumphal, a Marte, armado de unas preciosas armas blancas con algunas pequeñas labores por ellas de pardo y verde con muchas de sus victorias. En el escudo tenía el campo pardo, y en él pintada la

⁴⁷⁰ *desventurade.*

Constancia; debaxo de sus pies traía la Muerte. Alderredor del escudo traía por orla la Fama, tendidas las alas por el mundo, que más bajo se mostrava. Tenía en su compañía la Paz, que para su seguridad a él parecía averse acogido; aunque al otro lado, vestida de azul y negro, venía la Discordia, hablando a ratos a muchos cavalleros que en compañía de Marte venían. No venía esta sin acompañami[en]to⁴⁷¹ suyo, porque traía tras sí, con rica ropa de oro, a la Sobervia y a la Ambición, tan flaca que para mostrar sus extremos parecían averse juntado. Debaxo del rico arco estaban, en sillas de /59-rº/ gran valor, muchos cavalleros armados de diversas armas, por orden conforme al grado que en la cavallería cada uno llegara; que, siéndoles por Juno dicho los nombres de algunos, vieron muchos de aquellos griegos y troyanos, todos los más asirios y persianos, los antiguos tebanos, con Anfión y Anfiteo, su hermano. Estaban más altos que estos aquellos antiguos romanos y valerosos cartagineses; mas de los romanos estaban doze más delanteros, con ricas coronas de oro en las cabeças. Más adelante de todos se mostrava un cavallero armado de unas armas verdes partidas con oro y una rica corona en la cabeça. En el escudo tenía un águila con dos cabeças y en medio una rica corona. Eran las perlas y piedras que en ella avía tan ricas que a todos los cavalleros presentes davan tanta claridad qual en la noche el claro sol dar suele a las estrellas. Estava assentado al lado de Marte, entre él y la Paz; mas, o lo causava el gran resplandor de sus armas, [o por] otra más secreta causa su rostro no podía por nadie ser mirado.

Por aquellos llanos se mostravan innumerables gentes cubiertos de las imperiales águilas con diversos adereços. Por la otra parte parecían otros muchos reys; mas sobre todos se vían dos con más ricas armas y adreços, acompañados de diversas naciones de gentes. El uno tenía armas pardas; en el escudo tenía tres flores de lirio en campo azul, traía por orla la Fama. Y el otro tenía armas verdes con una águila en campo de plata. Tenía tres coronas en tierra a la forma del resplandeciente Cavallero de las Águilas. Estaban estos mirando al (al) resplandeciente cavallero, con el qual, y con otro que a esta hora llegó, armado de las mismas armas, estava Marte hablando. Tenía este cavallero en el escudo un león con dos castillos y un mundo partido por medio, y en la mitad d'él puestas sus armas, como que suyo fuesse. No se vio en todo el campo otro tal cavallero; tenía en la mano una espada desnuda.

Muy contenta estava Florisbella mirando estas cosas, y bolviéndose a Juno le preguntó quiénes aquellos cavalleros fuessen.

—Aquellos dos cavalleros que allí veys —dixo Juno—, cuyo valor en tal cumbre los tiene puestos, son de la valerosa sangre española juntada con la de Austria. No son aún nascidos, que, quando lo sean, sus cosas espantarán los coraçones de los mortales. No les bastando la parte que agora del mundo es descubierta, poseerán nuevos imperios, tales que toda la otra parte del mundo no sea su ygal. Domarán la sobervia (a) Alemania y furiosa Italia con todos sus reynos comarcanos.

⁴⁷¹ *acompañaminto.*

No tendrán igual en sus tiempos. Tendrán en otros por grandes contrarios aquellos dos príncipes que los miran, que dará causa a que sus cosas sean más entendidas por el mundo; porque aquel de las tres coronas, con el temor de su persona, huirá con los mayores exércitos que traxo Xerges, quebrando tras sí las puentes de los caudalosos ríos. Y aun el otro, por la fuerça de sus capitanes, será puesto en el su reyno de España. El uno será christiano y el otro de la seta de Mahoma.

Con estos príncipes andava siempre hablando la Discordia. Florisbella dixo a Juno:

–Bien podrían atajar tan crueles guerras si esta Discordia, cruel verdugo de los Estados, fuesse entre ellos quitada.

–No la querrán ellos quitar –dixo Juno–, que no faltarán artos que d’ellos los avisen.

En estas cosas se ocupavan las hermosas señoras quando, a las puertas de la temerosa morada, vieron llegar dos cavalleros, cada uno por su puerta. El uno venía armado de armas negras con rosas blancas, y el otro las traía azules y por ellas madroños de oro; contra los cuales del throno de Marte fueron embiados dos cavalleros, tan valientes como todos los que en su tiempo fueron. El uno d’ellos hera el amador de Medea, armado de armas verdes, y en el escudo el su dorado bellocín. Este se vino derecho a la puerta del fuego. El otro era el valiente Theseo. En el escudo traía aquella entrada que en los ca[b]jernos⁴⁷² infernales hiziera por sacar la hermosa Proserpina. Este se vino para el Cavallero de las Rosas. En su mano llevaba la hermosa claba de azero que ya tanta honra en las partes que se avía hallado le diera. Y, sin le hablar palabra, le quiso dar a dos manos /59-vº/ con ella sobre el yelmo. Mas el valiente Cavallero de las Rosas se metió al golpe, de suerte que no le alcanzó sino con los armados braços, que le quedaron tan atormentados que cuydó avérsele partido por medio. Con todo esso, el Cavallero de las Rosas aynojó por caer. Mas, como fuesse de estremado esfuerço, al entrar hirió a Theseo de tan cruel golpe que, acertándole por medio de los pechos, cortó el arnés y le hizo una herida, aunque no penetrante, asaz peligrosa. Y dando un salto al trabés, desviándose de otro golpe que el tebano darle quería, hirió en una pierna de un golpe que le hera no pequeño embaraço. Mas Teseo, enojado de sí mismo de que tanto la batalla de un cavallero le durasse, le hirió de un golpe encima del escudo, que tomándole para dentro le pareció que el corazón le huviesse hecho pedaços. Entre ellos se rebolvió una trabada y reñida batalla, qual entre Jassón y el Cavallero de los Madroños passava, que no menos cubiertos de sangre que ellos andavan, dexando a las princesas maravilladas de tal batalla.

–¿Qué os parece de tal valor de cavalleros? –dixo Juno a Florisbella–, que de los del castillo no ay que deziros que son de los nombrados que el mundo en su tiempo tubo.

–Deseo saber quiénes sean –dixo la princesa–, que a la ventura son algunos de los que yo conozco.

–Assí es la verdad –dixo Juno–, y aun de los más servidores que avéys tenido.

⁴⁷² *capernos*.

Y a Matarrosa preguntó si los conocía.

–No –dixo ella–, aunque de presente no desseo cosa más.

–Pues sabed –dixo ella– que el Cavallero de las Rosas es vuestro querido amigo el príncipe Arsileo, y el otro, don Contumeliano de Finicia.

–Agora os digo –dixo Matarrosa– que tengo más que agradecer a estos príncipes, pues fueron los primeros que de buscar a la princesa tuvieron cargo.

Llamaron a Imperia y a las otras princesas, diziéndoles quién los cavalleros eran. Con mayor voluntad se pararon a mirar por la batalla, que andava tan reñida como al principio, porque el Cavallero de las Rosas, viéndose tan herido y con tal contrario delante, hazía su batalla con cordura. Y desseando llegar con él a braços, metió la espada de una punta, de suerte que, cargándola a su contrario, uvo lugar de entrar con él, y abraçole tan rezio que le sacava de sentido. El cavallero hizo lo mismo. Heran iguales en fuerças, y tuviéronse firmes por no se dexar aprovechar de las dagas; donde, atrabessando el uno al otro el pie, ambos vinieron al suelo, donde, porfiando cada uno, tanta sangre les salió que quedaron desmayados. No menos avino al Cavallero de los Madroños con el del bellocino de oro, que tan crueles eridas se dieron que cada uno cayó a su parte.

Y luego todos quatro parecieron ser puestos a las dos puertas, sentados cada dos d’ellos a cada una, con harto pesar de las princesas; quando a esta sazón llegaron otros dos cavalleros ar[m]ados⁴⁷³ de armas negras, sin señal alguna. Mas aquellos dos esforçados don Contumeliano y Arfileo, que ya de la guardia del castillo tenían cargo, se les pusieron delante, diziendo:

–¡Cavalleros, ni a vuestro merescimiento se permite ver lo que deseáis, ni a nosotros consentirlo!

Y como esto dixessen, se dexaron venir los unos a los otros, dándose tales golpes que bien conocieron los unos el valor de los otros. Don Contumeliano hirió al que con él combatía en una pierna y, aunque no cortó las armas, el golpe fue tal que el cavallero pensó averla perdido. Mas no se fue libre, que el cavallero le alcançó un tal golpe en la cabeça que, aviéndole cortado el yelmo, la sangre començó a salir en abundancia. Dírale otro si no se desviara, hussando de su ligereza.

Caía esta puerta donde don Contumeliano estava más cerca del mirador de las princesas, y a esta causa su batalla hera mejor vista, mayormente por la estremada y graciosa Imperia, que jamás d’él los ojos quitava, llevada por fuerça, como lo es el frío hierro por las piedras ymanes. No era menester quién les ayudasse a encarescer su gran valor, que todos d’él estavan muy apasionados; aunque no se les olvidava el príncipe de Hungría, pues no era possible consentirlo sus obras ni la presencia de Matarrosa. El qual andava tan herido /60-rº/ que, derramando abundancia de sangre, parecía no quedarle con que en la batalla durar pudiesse. Hera su contrario aquel baliente Beraldo, primo de Periano, que, aunque hera valeroso en porfiadas batallas, a esta hora andava

⁴⁷³ Tipo volcado.

desguarnecido de sus armas, y conocíase la ventaja que Arfileo le tenía. Tomó la espada a dos manos, pensando de aquel golpe fenecer la batalla, mas levantó mucho los brazos, y Arfileo se metió con él. Dióle de las manos tan fuertemente que dio con él d'espaldas. Arrodilló sobre él, y túvole con tanta fuerza que no le dexó levantar. Mas como esto bastase para ser vencido, a él y al valiente Coroliano, que ya en la otra puerta fuera vencido, los sentaron en los arcos del trono, presos. Tenían alderredor del cuerpo gruesas cadenas con que estaban atados, dando mucha pena a las princesas su prisión.

Don Contumeliano y Arfileo, sanos de sus heridas, se tornaron a sentar en sus lugares, como aquellos que de otra cosa no tenían cuidado. Donde en pocos días vencieron muchos cavalleros, entre los quales fueron Florispiano de Suecia y Girismalte y Chrisaliano, y otros de los valerosos cavalleros que este quíento ha hecho relación, entre los quales fueron vencidos el estremado rey Astrideo de Francia y el duque de Viena, su hermano, los quales fueron puestos en prisión de la suerte que los otros.

Mas siendo conocidos por Hermiliana, viendo de aquella suerte a su padre y tío, se levantó como una leona, queriendo yr para el guerrero trono; mas detúvola Juno, diziéndola que a nadie hera permitido semejante atrevimiento.

–Como quiera que sea –dixo Hermiliana– no dexaré de lo hazer.

–Sea como quisierdes –dixo Juno–, que yo os acompañaré.

Entonces movieron para el trono, dexando allí las otras princesas. Mas en su partida se tocaron muy acordados menestres; oyéronse tantas y tan acordadas voces que todos aquellos cavalleros presentes no se acordavan de otra cosa. Delante d'ellas partieron todas las hermosas damas que en el mundo fueran vistas. Todas se levantaron a ellas, hincando las rodillas en el suelo. Mas como llegaron a las gradas, el ruydo fue más sobrado; detúvose Febo en la tercera parte de su corrida, apretando las riendas a sus furiosos cavallos. Levantose Marte de su silla, y con él todos aquellos príncipes. Bajó hasta el pie de las gradas, donde por Juno y Hermiliana fue recebido. Ellas le tomaron en medio y començaron a subir a lo alto del arco. Mas la linda Hermiliana, subiendo por las belicosas gradas, causadoras del humano esfuerço, yva sintiendo en sí nuevas mudanças y accidentes, porque no uvo subido tres d'ellas quando se sintió sacudida del feminil temor que antes tenía. Cobró aventajadas fuerças; todas las cosas se le olvidaron excepto los amores de don Clarineo, que en estos ningún poder las armas tenían. Holgávase de ver aquellos cavalleros y armas. Mas, quando ya fue en lo más alto del trono, verdaderamente pareció que en el mundo avría tan valiente cavallero a quien ella no sobrepujase. Deseava verse en alguna batalla; diferenciava por sus presencias el valor de los cavalleros, como si continuamente en el confflito de las armas fuera criada. Y no sin causa a la valerosa dama le venían estos pensamientos, que, consintiéndola Marte llegar hasta aquel postrer término, no era poderoso para le dar más esfuerço; antes hermana suya en las armas de allí adelante podía con justo título ser llamada. Pues, como en la cumbre del trono fueron

llegadas, y la causa de su venida por el valeroso señor les fuese preguntada, Hermiliana, hincando las rodillas en el suelo, a tales palabras hizo comienzo:

–Poderoso príncipe y abentajado remate de la cavallería, absoluto señor a quien todos los mortales obedescen, pues sin ti jamás las cosas en continua contienda criadas podrían gozar de la paz y quietud desseada; ten por bien que estos cavalleros, que al presente por la fuerça de tus guardas parescen vencidos, no sean puestos en el tormento y olvido que a los otros les es dado. Pues solamente su intención fue no de hazer cosa alguna contra tu voluntad, mas de poner en libertad a /60-vº/ esta sierva y bassalla de tu servicio, juntamente con estas tan altas princesas que en esta morada tienes. Y esto te ruego alcance en méritos d'esta tan alta reyna que a tu lado tienes.

–No se puede hazer lo que pedís, hermosa princesa –respondió Marte, mandándola levantar–, que sería passar las leyes d'esta morada. Mas por vuestro ruego serán puestos entre estos príncipes que aquí veys.

Entonces fueron sentados en dos ricas sillas, entre aquellos príncipes que más junto al throno estaban, donde quedaron sin tener acuerdo ni memoria alguna de cosa que viessen.

–Otra cosa allende d'esto es lo que yo quiero –dixo Juno–, y es que yo sé que esta dama contra razón por Venus y Cupido ha de ser fatigada, queriendo mostrar contra ella las fuerças de su poder. Y para esto será bien que, pues la fuerça y el esfuerço no le fallesce, le sea por vuestra mano dada la orden de cavallería.

–Plázeme, mi señora –dixo Marte.

Entonces prestamente, sin ver persona alguna de la suerte que aquello fuese hecho, se halló la gentil Hermeliana desnuda de los feminiles adereços, bestida de ricas calças y jubón, y en el throno fue armada de unas ricas y resplandecientes armas blancas; en el escudo avía tres campos, el uno blanco como las armas, y el otro pardo, y en él puestas tres efes; el otro era colorado, y en él la Victoria, con una letra que por entonces por ninguno pudo ser leída. Y poniéndose de rodillas, el valeroso Marte se quitó su tan estimada y primera espada, ciñiéndosela al lado yzquierdo, le dio un golpe con ella en el hombro y la valerosa dama se la tornó a quitar, rescibiéndola de la mano de Juno. Entonces Marte la abraçó y besó en el carrillo, diziendo que tuviesse por cierto que sería tan abentajada en las armas para con los cavalleros quanto lo era con las damas en hermosura.

Que como esto fuese hecho, el ruydo y sonoro estruendo fue tan grande que todo el mundo parecía quererse undir. Por el campo se començó a tocar a son de batalla, y la balerosa dama bajó del cadahalso, donde prestamente le fue dado un cavallo. Y acompañada de infinitos cavalleros y hermosas damas, entró en una palizada que allí estava hecha, no con poca admiración de las princesas, que mirando estavan aquellas cosas que como en sueños se les parecía representar. Donde la estimada francesa hizo tales muestras de su bondad quales por no ser prolixo no quiero contar, y de allí fue llevada al aposento con las princesas, que con ella mucho rieron, diziéndole cada una que fuese su cavallero, y offresciendo ella de serlo de todas.

Capítulo 24: Cómo nació el príncipe Velflorán en el castillo de Medea y fue llevado por el sabio Merlín.

Retráxose a su aposento la princesa Florisbella con la grave pasión de las cosas aquel día passadas. Mas apenas fue dentro quando le vinieron dolores tan recios que, como no huviessen passados otros semejantes, bien cuydó que la muerte le fuesse muy cercana. Matarrosa, que bien sintió lo que pudiera ser, aunque turbada del nuevo accidente, y mayor en no saber qué remedio darse pudiesse, fingiendo alguna alegría la començó a consolar, diciendo que cedo sería alegre con el nascimiento de aquel tan estimado príncipe de quien tantas cosas se esperavan. Mas como el dolor creciesse y la princesa estuviessen muy fatigada, por la puerta de la quadra entró a esta sazón la su querida Junno, que a ellas dio alegría, a causa que ninguna cosa para con ella tenían encubierto de muchos días antes. Pues como ella entrasse, y a la ora fuesse venida, la princesa parió un infante tan hermoso de mirar como lo es el /61-rº/ claro y rubicundo sol puesto en las mares de España. Nació en los braços de Junno, que, alegre de ver cosa tan bella, aviendo acostado a la princesa en su cama, se lo mostró; y pareciéndole que era cosa cumplidera para adelante, llamaron a la reyna Aurora, que en ver la maravillosa hermosura suya quedó tan espantada que apenas sabía qué dezirse, mas de ocupar el entendimiento en su vista. Hera cosa assaz maravillosa de ver, que en medio de los pechos tenía tres estrellas, las dos blancas, que sobre la blancura suya se dexavan assaz mirar; la otra era bermeja, del color de un ardiente rubí. Junto a cada una d'ellas tenía una letra muy bien tallada, cuya significación Junno dezir no les quiso, diciendo que adelante con el tiempo serían todas aquellas cosas claramente conocidas.

Y con esto embolvieron el niño en ricos adereços, quales en tal parte y para tal príncipe se puede pensar estarían aparejados. Mas ellas, que pensando estavan en el cuydado de quien por entonces al infante proveyesse de lo necessario, por la puerta vieron entrar un hombre viejo, y al parescer de autoridad. Con él venía la sabia Medea, que lo traía por la mano. Juntos llegaron hasta la cama de la princesa, que maravillada y con (ver)vergüença estava; y haciendo su acatamiento a Junno, Medea le dixo:

–Soberana princesa; cumple, si de la vida del príncipe, vuestro hijo, gozar queréys, que le deys a este estimado sabio que conmigo viene, que le pondrá en la parte donde un tal príncipe, y que con razón será tan valeroso, deve ser criado.

–¡Ay de mí! –dixo la princesa–, mi señora, ¿y cómo queréys llevar tan cedo al infante, que aún apenas de su vista he gozado un solo punto? Mas como quiera que sea, hazed a vuestra voluntad.

Entonces se quitó un preciado relicario del cuello, que el príncipe don Belianís le diera; y, poniéndole a él, llamando al viejo, le dixo que por cortesía le dixesse quién era, para que ella pudiesse tener quienta a quién el infante avía encomendado.

–Sabed, soberana señora –dixo el viejo– que yo soy el sabio Merlín, si mi nombre jamás avéys oýdo, que en lo que a vuestro servicio tocare continuamente tengo de ser el primero.

Entonces la princesa le hizo acercar a sí, y en secreto le encomendó que al infante diesse luego el agua del bautismo, sin la qual no podía ser salvo, y que aquello llevase en principal encomienda, que con ello quedaría ella algún tanto consolada. Merlín se lo prometió. Y como la necesidad no sufría dilación, tomó luego el niño en sus braços, y Juno le mandó, con acuerdo de la princesa, que le llamasen el infante Velflorán de Grecia. Y a la hora súbitamente desapareció con el infante, dexando a la princesa con el alegría que quedan aquellos que en sueños se les ha representado aver hallado un rico thesoro, y quando despiertan se hallan sin cosa alguna. Quedó hablando con aquellas señoras, que en los días que en la cama estuvo la visitaron con otras muchas, sin que la causa de su mal por alguna fuesse sabido.

El sabio Merlín, con la ligereza acostumbrada en sus negocios, fue prestamente en Babylonia, en las montañas de Fyneo, donde pocos días antes estava parida la muger del duque Darasola, que una de las más avisadas mugeres que se supiesse era, y algo junta en deudo a la casa imperial. Y a la vista de muchas gentes que aquella noche en su palacio estavan, la llevó, y sobre ella hizo los encantamentos necesarios para que no tuviesse pena alguna. Y, haziéndole dar leche al infante, con la misma belocidad que vinieron los puso al pie de una hermita, en la qual, aunque tierra estraña de la verdadera ley de Christo, había un hermitaño, hombre de buena vida, al qual el sabio hizo que bautizasse al infante y le pusiesse por nombre Velflorán. El hermitaño lo hizo; mas, aunque Merlín supiesse mucho, al saber que por el alto Señor hera al su deboto comunicado no ygalava, que a la ora conoció quién era el infante y quién le traía, y bolviéndose a él, le dixo:

–Mira, Merlín, el cuydado que te cumple tener d'este príncipe, que te será pedida estrecha quienta.

Maravillado fue Merlín de lo que el hermitaño le dezía, y bien vio que /61-vº/ aquello procedía de la superna* mano, que a su siervo lo comunicava. Entonces le quisiesse dexar aquella hermita y venirse con él para tener cuydado de la doctrina de aquel príncipe, que aquel servicio sería a Dios tan acepto como otras disciplinas que pudiesse hazer. El hermitaño fue d'ello contento, que le pareció que en ninguna cosa podría mejor ocupar su tiempo, y luego se hallaron junto al hermoso castillo que al fin de la segunda parte d'esta hystoria vos diximos, bien cerca de Babylonia, donde el sabio Silfeno quiso dar muerte a Periano⁴⁷⁴. Y haziendo Merlín lo que para el negocio cumplía, todos quatro fueron dentro; donde la duquesa, en compañía del viejo hermitaño, que pocos para cien años le faltavan, tenían cuydado del príncipe Velflorán, con compañía abundante de cavalleros y gente de servicio.

Do cumple dexarlos, y al sabio Merlín, que en cosas d'esta calidad entendía, teniendo tan

⁴⁷⁴ Episodio que se relata en el capítulo 54 de la *Segunda Parte*.

cerrados los entendimientos de Sylfeno y Fristón y Belonia que ninguna cosa de lo que passava sabían, por bolver a don Belianís, que ha pieça que d'él no se hizo mención.

Capítulo 25: Cómo el príncipe don Belianís llegó a Troya, y las batallas que hubo con los troyanos.

En alta mar, como vos dezimos, se metió el príncipe griego por llegar en los fines de la grande Asiria para ver si sería tan afortunado que a su señora pudiesse poner en libertad. La çabra* en que yva, más ligera que los servidores de Eolo, o tanto como lo es el humano pensamiento, colava por la mar tan presto que una mañana, quando el sol su rostro a los mortales mostrar quería, se halló dentro en Asia, en el puerto de la combatida Troya, donde vio el príncipe ynumerales naos y galeras pobladas de sus armas, y otras de la reyna de Antiochía. Y como por él no fuesse la tierra conocida, acordósele de lo que Merlín le dixera. Preguntó a uno de los que en la çabra venían si era aquel el puerto de Troya, y siéndole dicho que sí, rescibió gran contentamiento, assí por ayudar al emperador, su padre, como por sacarle de la sospecha que de su muerte tenía.

Tomando sus cavallos, él y Flerisalte començaron a caminar la buelta de las tiendas, muy alegre, mirando la hermosa ciudad, acordándosele quánta sangre de sus passados allí havía sido derramada y de presente de sus naturales se esperaba. Y, aunque la enemistad le quitava parte del alegría de ver tal ciudad, no podía el príncipe dexar de agradarle. Tenía un llano grande y espacioso delante de sí, a la parte donde don Belianís venía, del qual tenía la ciudad una hermosa vista, con muestra de tantas y tan ricas torres y dorados chapiteles que con el sol apenas se dexavan ver. Causávanle más hermosura los reales poderosos que contra ella estaban.

Entró el príncipe por las tiendas, calada la visera por no ser conocido, y Flerisalte reboçado; encontrando con un furriel del campo le preguntaron por la tienda del emperador, y siéndole mostrada, se apeó, y bien vio que las nuevas de su muerte heran tenidas por ciertas: estava la tienda imperial por de dentro cubierta de luto, todos los cavalleros y damas vestidos de lo mismo. Y, como dixesse a un portero que tenía necesidad de hablar con el emperador, fuele dicho que se detuviesse un poco, que estava embaraçado con ciertos embaxadores del rey de Troya que a la sazón acabavan de entrar.

—A esso vengo yo —dixo el príncipe—; por esso, dexadme entrar, que al emperador cumple.

Assí el portero lo hizo, y havía dentro tantos cavalleros que no se hecharon de ver en él, porque los embaxadores davan su recado. Escuchó por ver lo que dezían, y entendió que pedían sobre la libertad /62-rº/ del conde de Gariano batalla de dos por dos, y para la qual dezían que saldrían al campo su valeroso príncipe Mitrídano con su primo don Epidauro de Ponte; y que, si la batalla no se hazía, luego ellos darían la muerte al conde Palineo. El emperador les respondió que se saliessen fuera, que sobre aquello quería aver su acuerdo. Los embaxadores lo hizieron assí, y el

emperador y altos hombres no les parecía poner al conde en aquella aventura, que los dos troyanos heran valentísimos cavalleros, y de los griegos pocos había entonces a quien se les encomendasse la batalla, y al emperador no se la habían de dexar hazer.

Mas a esta confusión llegó ante él don Belianís; hincando las rodillas, le dize:

–Soberano señor, aunque para la batalla presente yo no sea tal qual la razón lo demanda, mas por la voluntad que tengo a Palineo de la Ventura, os suplico tengáys por bien de aceptar la batalla, y a mí por uno de los cavalleros que han de entrar en ella.

Hablava el príncipe en leng[ua]⁴⁷⁵ alemana, de que sabía que el emperador era plático, y por ninguno fue conocido. Mucho plazer rescibió el emperador en ver su hermosa disposición y ricas armas de que estava armado, y por todos fue con atención mirado; y, haziéndole levantar, le dixo:

–Cavallero, yo no sé quién soys, aunque vuestra persona muestra que no de menor valor en las obras que las palabras seáys. Mas lo que me pedís es cosa de tal calidad, y la batalla con tales cavalleros y en las armas tan aventajados, que con todos los del universo la pueda aver; y a Palineo estimo yo tanto, y no menos a vos por vuestra buena voluntad, que no querría por todo mi estado que en esto oviesse algún trabés, que jamás sería alegre, aunque sin esto no pienso serlo.

A estas últimas palabras no pudo tanto sufrir el emperador que, acordándose de don Belianís, los ojos no se le hinchiesen de lágrimas. Lo mismo aconteció a quantos allí estavan, principalmente a su tío, el rey de Ungría, que en esto sobre los otros se mostrava el sentimiento.

–Poderoso señor –dixo don Belianís–, lo que en la batalla ha de subceder es en las manos de Dios, sin el qual ninguna cosa puede aver efecto que bueno sea. De lo demás yo pienso que, pues como malos con rescate no quieren restituyr un cavallero preso de buena guerra, su sinrazón los trayrá vencidos a nuestras manos; y no dubdéys de otorgarme la batalla, que con ayuda de vuestra justicia bien pienso de hazeros alegre, que ya en otras parte[s] donde soy menos conocido se me han otorgado otras semejantes.

–Tam bien me parece vuestro esfuerço –dixo el emperador–, que me determino de hazer lo que no tenía pensado.

Entonces mandó llamar los mensajeros y aceptó la batalla, que para ella daría dos cavalleros tales que por derecho con los príncipes pudiessen combatir. Pidió que sacassen al campo a Palineo, que él mandaría sacar los otros para que con los vencedores los llevassen. D’esta respuesta fueron los troyanos alegres, como aquellos que, no estando presentes don Belianís ni sus hermanos, tenían por cierto que tales cavalleros como ellos dos no quedassen en el mundo. Y aceptando la batalla quedó el ri[e]sgo d’ella para el tercero día, en que la fiesta de Sanctiago por los christianos se celebra; y con la respuesta bolvieron a los que los embiaron, que no menos alegres fueron.

Pues como fuessen despedidos los mensajeros, por los quales el príncipe don Belianís no

⁴⁷⁵ *lengna*.

quisiera ser conocido hasta que la batalla fuese aceptada, el emperador le preguntó:

–Esforçado cavallero, pues ya lo que ha sido vuestra voluntad avéys alcançado, razón sería que sepamos quién soys, para que del todo no estemos en confusión.

–Soy contento –dixo el príncipe–, que sinrazón sería hazer otra cosa quien tanto os deve.

Entonces se quitó el yelmo, descubriendo su hermoso rostro, hincando las rodillas ante la emperatriz, que allí se allegara; que con su vista ella y el emperador fueron tan turbados que, cerrándoles la repentina alegría los vitales espíritus, no se vieron en pequeño peligro de muerte. La alegría de todos /62-vº/ los que en la tienda estaban fue de tal suerte que, pareciendo averse tornado sandios, corrían a porfía por besar las manos al príncipe. Pues como la emperatriz en sí tornasse y ante sí viesse lo que ella jamás pensara, hechándole los braços a cuestras, juntó su rostro con el suyo, no se hartando de llorar con el gran plazer que su corazón sentia.

–¡Ay, príncipe –decía–, y cuánto mal tenía ordenado el traydor que tales nuevas levantó, cómo con la nueva de vuestra desastrada muerte quería arebatar nuestras ánimas con tan gran pena! ¡Ay de mí, hijo mío, que a la ventura devo estar soñando, que tan gran bien nunca yo lo merecí al alto Señor!

Con estas palabras tenía la emperatriz consigo apretado al querido príncipe, que ya, aunque el emperador y reyes le rogavan que se le dexassen hablar, no los entendía más que si fuera de su sentido estuviera; y no sin causa, que no ay alegría que con aquella pueda llevar comparación, mayormente quien pensava aver perdido un tal hijo y por espejo de los mortales hera tenido. Mas ya que una pieça hubo descansado su corazón, dio lugar a que el príncipe pudiesse besar las manos al emperador, que, dissimulando la alegría con no menos esfuerzo que antes hiziera el pesar, le dixo:

–¿Qué ha sido, príncipe, la causa de vuestra ausencia? Aunque no la dev[e]⁴⁷⁶ tener por larga quien no esperaba de veros hasta que el alma de las carnes fuese apartada. Agora nos contad lo que por vos ha passado, que bien pienso que la nueva de vuestra muerte no deve aver sido sin causa.

–Demás espacio la quiero contar –dixo don Belianís–, que no es razón de detenerme al presente en cosa que pueda estorvar el alegría que con vuestra vista y de la emperatriz, mi señora, he recibido.

Entonces uno a uno abrazó a todos los príncipes y altos hombres que en la imperial tienda estaban, cuya alegría, por no ser pesado, no quiero contar, remitiéndome a la buena consideración que de semejante cosa el discreto lector tener puede. Donde, acabados todos los recibimientos, y aviendo Flerisalte al emperador y emperatriz besado las manos, siendo rescebido d'ellos con muchos favores y hechas por el real grandes alegrías, desechando todos la tristeza, se sentaron a comer con mayor plazer del emperador y todos los presentes que jamás tener esperavan; donde, siendo levantados, el príncipe, por dar alegría a todo el campo, juntamente con el emperador y emperatriz,

⁴⁷⁶ *devo*.

que d'él apartar no se quería, salieron cavalgando, dando buelta por todas aquellas compañías, los cuales con su vista no solo alegría y contentamiento mostravan, y a la ciudad y a sus enemigos tenían por puestos en sus manos.

D'esta suerte, acompañados de muchos cavalleros, tirando algo baxo por la orilla del mar, vieron venir tres cavalleros armados de una devisa de armas verdes con flores de plata por ellas. El uno d'ellos traía en el escudo un salvage, y el otro, que no menos dispuesto que él parecía, traía un centauro con dos leones por la tra[v]a⁴⁷⁷* en campo blanco. El otro no traía señal alguna, más de que el escudo traía el campo de oro. Venían tan bien adereçados y bien puestos a caballo que a todos dieron gran alegría mirarles. Los cuales, viendo la caballería que allí venía, se pusieron con sus lanças en las manos, como que demandassen justa.

–¿Qué os parece d'estos cavalleros? –dixo el emperador al príncipe don Belianís–, que me semeja que no he visto días ha cavalleros que mejor parezcan armados.

–Con razón es esso así –respondió don Belianís–, que su valor no rescibe estimación. Estos cavalleros conozco yo bien; uno se dize el Cavallero Salvage, es hermano del rey de Irlanda. No ay en las partes de poniente mejor cavallero. Los otros son hermanos; el uno se llama don Baldín, y el otro don Manuel, hijos del rey de Portugal. Todos son cavalleros de grande estima. Agora embiadles algunos cavalleros con quien justen; veréys hermosas justas.

–Sea como os pareciere –dixo el emperador.

Entonces mandó a los cavalleros de su guarda que les desembaraçasen el passo. Y con esto salieron tres valien- /63-rº/ -tes cavalleros, arremetiendo con los estraños. Mas con ellos había poca ganancia, que de seys carreras diez y ocho cavalleros derribaron, de que todos estavan maravillados. El emperador bien quisiera romper con ellos una lança si el príncipe se lo consintiera; mas él passó adelante sin tomar yelmo ni lança. Los cavalleros le atendieron y, quando fue junto y por ellos fue conocido, con sobrada alegría se apearon. El príncipe hizo lo mismo, rescibiéndose con aquel plazer que pensar se puede; y como los tres cavalleros supiesen que el emperador allí estuviesse, preguntaron al príncipe si venía allí con ellos. Él les dixo que sí, juntamente con la emperatriz. Entonces, assí de pie como estavan, fueron por le besar las [m]anos⁴⁷⁸. El emperador, que ya sabía la honrra que aquellos tan altos cavalleros merecían, se apeó para los recibir, y ellos le quisieron besar las manos; mas, no se las queriendo dar, los abraçó, estimándolos en mucho, assí por ser quienes eran como por el valeroso esfuerço suyo, que hera el que el emperador más estimava. Los cavalleros le pidieron perdón, diciendo que no le conoscer les había hecho caer en descomedimiento. De la misma manera fueron rescebidos por la emperatriz, y muy alegres con tales cavalleros se bolvieron a las tiendas; y junto a la tienda del emperador apossentaron los tres cavalleros con don Belianís, que d'ellos apartar no se quiso.

⁴⁷⁷ *traya*.

⁴⁷⁸ Tipo volcado.

La mayor parte de la noche se les passó contando lo que les havía acontecido después que él se partiera de Inglaterra, y cómo el rey havía desposado su hermana con don Serafín de España, de que él rescibió mucha alegría. Don Belianís acordó de llevar consigo a la batalla al Cavallero Salvaje, porque él se lo importunó mucho.

Capítulo 26: De lo que en la batalla subcedió, y cómo don Belianís y el emperador se partieron de Troya.

Bino el día aplazado con la brevedad acostumbrada para la batalla por parte de los príncipes troyanos, que pensando debaxo de los arneses de sus contrarios no hallar cavalleros que con ellos pudiessen averiguar batalla, salieron al campo, que delante los muros de Troya se adereçara; las armas verdes, en los escudos dos águilas blancas, conocidas armas de los troyanos; los yelmos trahían enlazados y las lanças en las manos, como aquellos que sin muchas cerimonias tenían por cierto serían vencedores.

A esta hora sacaron al campo al venturoso Palíneo, cuyo valor con razón por todos hera estimado, siendo tal que aquel solo hazía a aquellos príncipes aventurar por él sus personas, aviendo sido un cavallero tan pobre quanto esta hystoria os ha contado. Venía muy bien adereçado, y con muestras de más alegría que el peligro presente parecía darle lugar, vestido de damasco carmesí con muchas trenças de oro todo recamado. En los pechos trahía doze puntas de diamantes, que de botones le servían; ençima una cuera* blanca, por los lados d'ella dados quatro golpes, tomados con muchas perlas y piedras de valo[r]. Trahía una ropa corta de damasco morado, las mangas estrechas y abiertas por muchas partes, tomados los golpes con mucha chapería de oro y perlas, y una gorra con ricos adereços de terciopelo morado con un riquíssimo carbunclo, del qual salía una pluma colorada y blanca, poblada de los pequeños diamantes. Venía en un pequeño quartago* blanco.

No se tardó don Belianís con el Ca[v]allero⁴⁷⁹ Salvaje, que a esta ora llegaron a la palizada. Al Cavallero Salvaje le traía la lança el emperador don Bellanio, y el escudo el rey [m]acedónico⁴⁸⁰; el yelmo él se le traía puesto. Don Belianís no quiso consentir que sus armas le llevase alguno; antes el escudo embraçado y la lança en la ma- /63-vº/ -no entró en el campo. Los padrinos dixeron a los troyanos que escogiessen juezes. Ellos les embiaron la respuesta: que por su parte nombravan a Palíneo de la Ventura, porque tuviessen entendido que tanta confiança tenían de aquel cavallero los enemigos como los amigos; mas no hera assí, que la sobervia les hazía hazer aquello. Bien lo entendió don Belianís, y embioles a dezir que él de su parte nombrava al rey Astorildo de Troya. No fue tenido a poco esfuerço el nombramiento de los juezes, que, siendo por ellos aceptado, cada uno fue a ver las armas que los cavalleros trahían y a les tomar juramento necessario.

⁴⁷⁹ *Canallero*.

⁴⁸⁰ Tipo volcado.

Pues como los cavalleros estuviessen apercebidos, haziéndose la señal movieron los unos para los otros en la fuerça de sus cavallos, estando los presentes sin pestañear ni hablar palabra, enclavados los ojos en los cavalleros, pensando que en aquel pequeño momento sin que ellos lo viessen se havían de juntar. Donde, siendo por ellos passada la carrera, con la ligereça que los delicados ayres por los profundos mares de España llevar suelen, o como los carros de Apolo llevados por sus feroces cavallos, puestos en el fin de su jornada, se encontraron en medio de aquel campo con tanta furia que ninguno d'ellos hubo que no fuesse herido, aunqu'el que más lo fuera era el Cavallero Salvaje, que una peligrosa herida hubo en el lado siniestro. Los dos troyanos vinieron al suelo sin que su esfuerço para otra cosa les prestasse. El Cavallero Salvaje hizo un gran rebés en la silla, començándole a salir gran abundancia de sangre; no le causó desmayo, antes nuevo coraçón por se vengar del cruel pagano que tal le havía parado.

Apeáronse él y don Belianís de sus cavallos, juntamente con sus contrarios. El esforçado Epidauro hirió al del Salvaje de un tan rezio golpe en la cabeça que se la hizo bajar hasta los pechos, dexándole tan atronado que el conde Palineo, que más atentamente la batalla mirava, quedó cubierto de un sudor frío, sintiendo en el alma el golpe que el cavallero en el yelmo avía rescebido. Y queriéndole redoblar otro, el Salvaje, cubriéndose de su escudo, se metió debaxo de sus braços, que dio causa a que el golpe fuesse pequeño, y al entrar le hirió de una punta, que, haziéndole dar dos o tres passos para atrás, tuvo lugar de afirmarse; y con su tan aventajada fuerça le dio sobre el yelmo a bueltas del escudo tal golpe que le sacó de su acuerdo, haziéndole dar tres o quatro traspiés como desatinado. Todos cuydaron que al suelo viniera; assí lo pensó el Cavallero de Irlanda y, no se descuydando, le quiso dar de los pechos por derribarle, mas don Epidauro se ladeó a una parte y su desatino, o la destreza de su contrario, dio causa a que desbaratasse, de tal forma que, tropeçando un pie con otro, dio en el suelo una mala caída en gran peligro de su vida; porque don Epidauro, dexando caer el escudo, a dos manos le dio un golpe sobre la cabeça que, cortándole gran parte del yelmo, una mala herida le hizo.

Bien vio esto el príncipe griego, que en gran batalla con el troyano estava, y con ligereza suya movió por le socorrer; mas no lo pudo hazer como él pensava, porque Mitrídano se abraçó con él, teniéndole valerosamente. Don Epidauro tornó a herir al del Salvaje, que pocos más diestros cavalleros avía en el mundo; y, viendo venir el temeroso golpe, que para se levantar no le dava lugar, sentándose en el suelo se reparó; que, como viniessse con tanta fuerça, fue herido en un hombro. Mas es sin igual la furiosa ira que a esta hora entró en el Cavallero del Salvaje, que con la ligera velocidad de qualque* águila, o otra más suelta ave, se puso en pie. Y, desviándose del golpe, le dio una tan espantosa herida al trabés del yelmo que, cortándole todas las armas, entre el hombro derecho y la cabeça hubo una espantosa herida, de que grandes espadañadas de sangre començaron a salir. Y con esto la batalla se rebuelve entre ellos tan áspera qual otra fuera vista. Y fuera más estimada que otras muchas, si la batalla del príncipe grie- /64-r/ -go y del troyano no le impidiera, porque era tal que,

como Mitrídano tuviese las mejores armas que en el mundo huviese avido, como aquellas que con tanto estudio fabricara Bulcano, y él fuesse tan valeroso en esfuerço, defendíase del príncipe griego, que a esta hora parecía una ponçoñosa serpiente. El fuego que de las armas salía era tanto que parecían de pedernal. Valeroso cavallero hera el troyano, mas estava metido en mortal espanto, que las carnes por muchas partes tenía magulladas.

Apartáronse el uno del otro por mirar la batalla que entre don Epidauro y el infante Belinfor del Salvaje passava; el qual, viéndose tan herido, hasta darle fin no la quería dexar, aunque del trabajo estava muy ahogado. Entraron a los braços, procurando cada uno derribar al otro. El esforçado Salvaje dio con don Epidauro en tierra, cargando sobre él por le dar la muerte. Sus compañeros estava cerca para socorrer a semejante peligro. Mitrídano quiso herir al del Salvaje, mas don Belianís le dio tan reciamente de los braços que, desviándose gran pieça, dio lugar a que don Epidauro fuesse tan mal herido que no tuvo poder para responder palabra alguna al vencimiento que Belinfor le pedía. El príncipe don Belianís, con el plazer de tan buen successo, a Mitrídano dize:

–¡Muerto eres, príncipe de Troya, que ante ti tienes al más mortal enemigo tuyo!

–Quienquiera que tú seas –dixo el troyano– tengo poco temor a tus obras, quanto más a tus palabras, y solo me pesa que la muerte de mi primo no será tan bien vengada como es razón, porque con la muerte de vosotros dos no se satisfaze en manera alguna al valor suyo.

–Mira si me conoces –respondió don Belianís–, que yo sé que, si me vences, te tendrás por satisfecho de qualquier daño que te aya venido.

Entonces alçó la visera del yelmo. No rescibió herida de tanto desmayo Mitrídano como fue la vista de don Bellianís, que, siendo por él conocido, el corazón le comenzó a temblar. Representósele la muerte; no quesiera aver venido a aquella batalla, toda la sangre no bastava a confortarle el corazón. Mas, sacando fuerças donde la flaqueza tenía más lugar, le dixo:

–Mucho me plaze, príncipe griego, de me hallar contigo en parte donde ninguno pueda estorvar nuestra batalla; y, si la muerte viniere, no me pesará, pues pienso llevarte conmigo, que no más apartada de ti está.

Entonces se dexaron venir el uno para el otro; mas era desyqual batalla, que don Bellianís le dio de toda su fuerça sobre el yelmo, que ambas rodillas y la mano del espada le convino hincar en el suelo; y cayera, si con valiente ánimo no se desviara. De otro golpe desseava don Bellianís dar fin a aquella batalla, y con esto se dava más priessa que hasta entonces, no se le escusando la muerte al troyano si el mágico Orístenes, que en el campo estava, no proveyera en ello; porque, usando de sus acostumbradas artes, el cielo se cubrió de ñublado oscuro, que el campo no se dexava ver. Salieron por una abertura de la tierra tres salvages, y con ellos tres formas de las más feas que hasta entonces se vieron. Eran de la forma de grifos, los quales llegaron a travar del príncipe don Bellianís, que a esta hora fuera en no pequeño peligro, si el Famoso Castillo no viera venir, tocándose en él los militares instrumentos en abundancia, a cuya venida las tinieblas mágicas comenzaron a deshazerse.

El rey Astoril[do], travando de la mano a Mitrídano, sin que él fuese parte para otra cosa, le puso dentro en la ciudad.

Pues como con la venida del castillo todos los encantamientos cessassen, saliendo por una puerta tres cavallero[s]⁴⁸¹, al príncipe dixeron que le cumplía a la hora partir con ellos, que avía mucha necesidad de su socorro en otras partes. Y, aunque don Bellianís se quisiera detener por hablar al emperador y emperatriz, no le dieron lugar, antes uno d'ellos le tomó en los braços hasta le poner dentro en el castillo. El qual con el ruydo que llegara se tornó a partir, con tanta turbación de los presentes que palabra alguna /64-vº/ no podían hablar; especialmente el emperador, que, no sabiendo él qué aventura fuese el Famoso Castillo, tomando un escudo y yelmo, con otros cavalleros se metió en su seguimiento. El emperador corrió tanto que sus cavalleros le perdieron de vista. Llegó a la parte donde don Belianís se desembarcara y vio que del castillo saliera un cavallero, que en un navío que al puerto estava se quería embarcar, y con el desseo grande del emperador dio voces que le esperassen. La çabra estuvo queda, y los que en ella ivan le acogieron dentro; donde vio al príncipe don Belianís, que era el que del castillo saliera y, con el más entrañable amor que figurarse puede, le abraçó, diziendo:

–¿Qué ha sido esto, príncipe, que sin dubda pensé averos perdido? Nunca puedo gozar un punto de vuestra vista sin semejantes sobresaltos.

–Mi señor –dixo el príncipe, besándole las manos–, no avía causa alguna de temor porque vuestra Alteza tomasse semejante desassossiego, que todo esto ha sido hecho por me librar de los encantamentos del rey Astorildo. No quisiera que dexáredes el real tan solo sin vergüença, y aunque donde quedan los cavalleros del Salvaje con los dos hermanos, qualquiera falta se puede supplir.

D'esta manera se metieron en alta mar.

Pues como el príncipe fuese partido con el emperador de los griegos, como vencedores del campo sacaron al buen Cavallero del Salvaje con el venturoso Palineo, pregonando la victoria; por su parte entregaron el cuerpo de don Epidauro, que fue harto llorado por los troyanos. Los griegos esperaron sin hacer otra cosa algunos días al emperador y, viendo que no venía, tomaron por general al rey de Ungría, y començaron a dar combates a la ciudad aportillando sus cercos, poniéndola en tanto aprieto quales hasta aquellos tiempos nunca se viera. Entreteníanse los troyanos con buenas esperanças de socorro, que no les tardó mucho.

Capítulo 27: De la cruel batalla que el príncipe Periano de Persia hubo con un cavallero.

Al baleroso persiano traía la cruel congoxa que a los apassionados de Amor consume por todas las partes donde se hallava; porque, partido de la corte del Sophí, con el qual quedava muy

⁴⁸¹ *cavalleroe.*

grande amigo, unas vezes por mar y otras por tierra atrabesó toda Asia hasta la otra parte del río Ganges, casi a las últimas Indias de Asia. Pues assí le avino que, entrándose por un monte, por el qual diez o doze días caminara, y yendo muy triste, acordó de reposar al pie de unos altos robledales, junto a los quales salía una fuente en la qual Periano se lavó las manos y rostro. La cena tenía mal aparejada, si de las yervas del campo no, de lo qual tenía poco cuidado. Adurmiose una pieza, en la qual se le figuró que vía a la princesa Florisbella en un castillo, y, queriéndola librar, el príncipe de Grecia se la quitava, de que con desmedida congoxa despertó. Y tornando a pensar en lo que viera, teniendo por señal de lo que subcederle avía, comenzó a dezir:

–¡Ay, dioses infernales! ¿Por qué no tenéys por bien de rescebir en vuestra morada al que tan enemigos los celestiales se muestran? ¡Rescebid, pues, en vuestra compañía al más desventurado príncipe de los desdichados, ussado a bruta y salvage vida, compañero de las bestias fieras, a quien dan descanso las montañas!

Otras vezes dezía:

–¡Ay, cruel señora, descanso en quien se suffren estos tormentos! ¿Es possible que las cosas celestiales den más tormentos que las Furias, que para esso fueron criad[a]s?⁴⁸² Rinde, rinde, señora, tu áspero corazón, que si fuera de diamante ya con mis lágrimas uviera hecho señal. Mira que me muero por quien no me quiere y busco a quien de mí huye; no muestres /65-rº/ tu poder contra los flacos y rendidos. ¿Qué me aprovecha, aunque yo te libre del encantamento, si ha de ser para nueva pena mía?

Estas palabras dezía el doliente sarracino; y, como se viesse tan penado, levantose de donde estava, comenzándose a passear por aquel campo; y agradándole la frescura, se metió por él adentro, hasta otra fuente no menos apazible que la que él dexara. Junto a ella vio un cavallero bien dispuesto, durmiendo muy sossegadamente. El yelmo tenía quitado y puesto por cabeça, y como la luna hiziesse claro, conoscióle, que era el valeroso guerrero Sabiano de Trebento, que de sus compañeros en aquellas montañas se perdiera. Y no le pesó punto, como aquel que todas las cosas del príncipe griego tenía por enemigas, principalmente este cavallero, a quien él por uno de los principales tenía, y con quien muchas vezes desseara fenescer batalla. Y, no sabiendo qué ocasión tomar para que [a] ella viniessen, le dio voces, diziendo:

–¡Despertad, cavallero de mal miramiento, que a tiempo somos, que vengaré los daños y injurias que por vos me han sido hechas!

Sabiano de Trebento despertó a las voces, despavorido, diziendo:

–¿Quién soys, cavallero, que con tanta lealtad me havéys recordado donde, sin que por nadie os fuera retado, pudiéades a vuestra voluntad ser satisfecho si de mí teníades enojo?

–No te cumple saber más –dixo Periano–, que combiene mostrar tu esfuerço, que tienes

⁴⁸² *criados*.

delante al que, antes que la mañana venga, piensa cortar tu cabeça por vengança de muchas malas obras que de tu parte me han sido hechas.

–Como quiera que sea –dixo Sabiano– yo no abré con vos batalla si no me dezís quién soys, pues no sería razón hazer otra cosa.

–Haréysme hazer villanía –dixo Perianeó–, que vos heriré de la suerte que estáys.

Entonces fingió querer poner mano a su espada, y Sabiano de Trebento se puso en pie. Y, enlazando su yelmo, enojado de que aquel cavallero tanto porfiase de haver con él batalla, metió mano a su espada, dexándose venir el uno para el otro con mucha más furia que suelen los indomados toros que sobre los celos continuamente guerrear. En el primer acometimiento cada uno causa assaz pavor al otro, porque Perianeó hirió a Sabiano tan brabamente que el un tercio del escudo le llevó, y descendiendo al yelmo pasó al soslayo, llevando la parte del azerado cerco; y, no se deteniendo allí la temerosa espada, le llevó una pieça de las coraças, más de cien mallas de la loriga. Fue dado con tanta fuerça que hazia tras le hizo dar más de seys passos por caer. Sabiano de Trebento hirió a Perianeó en descubierto del escudo de un rebés por medio de los pechos, con tanta fuerça que si el persiano, conforme a su costumbre, no traxera el peto doblado, no menos que la vida le uviera costado. Mas la furiosa espada, usada a no dar golpe en vano, contra la qual no vale arnés ni loriga, cortó ambos petos y la fuerte cota de debaxo, y a la larga le hizo una herida no penetrante, porque, no cortando más de quanto bastó a sacar sangre, parecía del un lado al otro averle rasgado todos los pechos. Dióle otro tal que casi le sacó de su acuerdo. Turbado fue el valeroso pagano de aquel golpe, pensando que hasta las entrañas le huviesse penetrado el peligroso golpe, y hecho un león herido buelve sobre su contrario, que no menos corajoso que él estava. Rebuélvese entre ellos una batalla tan cruel y encendida que, cortando los arneses y lorigas, todos aquellos campos hazían retiñir la soledad del lugar; el pensar cada uno que, si allí muriesse, su muerte jamás sería vengada, ni aún sabida, les hazía doblar el esfuerço, y cada hora era la batalla más cruel, y en cada más de diez lugares estavan heridos, dondequiera que ponían los pies dexavan cubierto de su sangre. Pocas batallas se vieran tan crueles ni con tan ardiente cólera; cada uno procurasse por llegar a su contrario a la muerte, la qual cada uno pensava dar /65-vº/ al otro aunque de fino diamante fuesse forjado. Y no sin causa, que ninguno hasta entonces hallara más rezió enemigo si no fuesse el griego príncipe, que ya al esforçado Perianeó dos vezes a la muerte llegara. Los golpes que se davan eran con tanta fuerça, redoblándolos tan espessos, que cubriéndose muchas vezes de fuego parecía que el monte Edna allí ressonasse, con aquel ruydo que la muchedumbre de oficiales en las sordas herrerías traerlo suelen; lo qual, junto con la noche y algún ayre destemplado que se levantara menudo con ligereza, las ojas de los árboles y de unos espessos cañaverales que junto estavan, hazían la batalla más medrosa, tanto que aquello solo en cavalleros que de tan excelente ánimo no fueran dotados bastara a los poner temor. Y tanto en la peligrosa batalla porfiaron que les combino quitarse afuera por descansar, passeándose por aquel prado, que el fresco ayre de la cercana alva les hazía mucho

mal falto; y aún muy desguarnecido vio su arnés Periano, y gran pena sintía viéndose traído a tal estado por un solo cavallero. Y aquella ora, vencido de la furiosa saña, cont[ra]⁴⁸³ sus falsos dioses blasphemava, y con ira terrible dezía:

—¡O falsos Apolino y Trebigante! ¡O Mahoma, engañador loco sin sesso! Quien en vosotros confiança tiene, con justa razón padecerá crueles tormentos. ¡O Júpiter! ¿Por qué contra mí no te armas, que ya no resta otra cosa, pues tanto a estos, mis mortales enemigos, favoresce[s]?

Muy ageno d'esto estava el coraçón del gentil Sabiano de Trebento. Rogava a Dios no consintiesse que él muriesse en tal parte; aunque, si aquello era su voluntad, le suplicava de su ánima tuviesse misericordia.

Y viendo que el detenimiento les causava daño, ambos juntamente tornaron el uno para el otro; mas, como viniessen furiosos, cerraron tan presto el uno con el otro que, no se pudiendo herir, se trabaron a los braços, donde mucha sangre perdieron. No se pudiendo derribar, se soltaron, cobrando cada uno su espada. Sabiano hirió a Periano de un golpe al través del yelmo tal que, haziéndole perder la mayor parte de la vista, le hizo poner las manos en el suelo, donde prestamente le hirió de una punta tal que, aviéndole passado las armas, le hizo una herida bajo del hombro yzquierdo, de que el pagano se sintió mal y, desviándose a una parte, se libró otro golpe que el valeroso griego darle quisiera. Y, soltando lo que del escudo le quedara, tomó la espada a dos manos, y con ella tan crudamente le hiere que, acertándole en la cabeça y dexándole en ella herido, la espada descendió al hombro, con aquella furia que suele caer la plomada maça levantada con la industriosa rueda para hincar los botos maderos. No le valieron poco las oraciones al buen cavallero, que de otra suerte, según el sabio Fristón afirma, fuera partido por medio con gran daño del señorío de Trebento en perder tal príncipe; el qual hubo una espantosa herida en el hombro que, no pudiendo alçar la mano del espada, la quiso passar a la mano yzquierda. Mas valiole poco, porque el príncipe, conociendo el buen successo que le viniera, entró presto con él, y de una punta le hirió tal que el brazo yzquierdo le passó de una parte a otra, ajuntándose el uno con el otro. Sabiano, a tal hora que la clara mañana mostrava su luz, quiso, aunque flacamente, poner mano a su daga; mas ya era tan desangrado que desfalleció en los crueles braços del hambriento sarracino, desseosso de se vañar en la imperial sangre de Grezia; el qual, con su saña cruel, le dexó caer de un gran golpe en el suelo.

Quitándole el yelmo por ver si era muerto, le vio la cara bañada en sangre y muchas y muy espantosas heridas por todo el cuerpo, y tanto no pudo el mortal odio y enemistad que le tenía que alguna compassión no tomasse de le ver muerto. Y mirando si acaso abría alguna manera para enterrarle, no la hallando, por no se desangrar acordose de partirse de allí por buscar do fuese curado; que a la verdad, aunque gozoso de la victoria, no sintió tanto /66-rº/ sus heridas. No dexava de estar tan mal llagado que tenía necessidad de no pequeño remedio. Mas anduvo gran pieça sin poder hallar

⁴⁸³ *contra*.

alvergue alguno, y dolíanle las llagas reziamente. Y, sintiendo poco alivio para caminar, pensó de apearse por ligar sus heridas y reposar algún tanto; y hízolo así.

Bien tenía necesidad de ayudarse de su esfuerço, porque estava con más peligro que hasta entonces se viera, quando por la floresta adelante vio venir tres donzellas que en su compañía trahían un cavallero armado de unas armas negras con bandas amarillas, y con alguna compañía de escuderos; que, llegando donde el príncipe Periano estava, le saludaron, y doliéndose d'él por le ver tan herido y a punto de muerte, le suplicaron que con ellos fuesse a un castillo que cerca de allí tenían; que, siéndoles rendidas las gracias por aquel valeroso cavallero, se partió con ellos.

Do cumple dexarlos por vos dezir de los valerosos príncipes que de Troya salieron.

Capítulo 28: Cómo el emperador y el príncipe don Bellianís, llegados en la grande Asiria, se apartaron por una ventura.

¡O, con cuánta razón la miseria humana se lastima y se querella! Porque, al tiempo que con grandes esperanças en lo más alto de su rueda a todos pone, solo lo haze para mostrar con la caýda lo poco que con sobra de razón con ella tenerse puede. Si ya no los pone en la cumbre aquel soberano que a ella continuamente manda, que de otra suerte ha de bolver los pies donde se vee con la cabeça, pues en los tiempos passados vemos tales exemplos de resplandecientes varones que, dando leys al universo, en un día del todo derribad[o]s se vieron, como lo fueron [el] illustre señor Serviomaris Venticio y sus secaces, y aun en nuestros tiempos tantos poderes por el del valeroso César, nuestro conquistador. ¡Quién pensara jamás una tan repentina destruyción como la del valeroso rey, nuestro comarcano! ¡Quién pensara que tantos poderes en tantas y tan diversas partes juntados no pudieran contra él ganar algún escalón d'esta Fortuna! ¿Qué diremos de aquel temor que todos los mortales le tienen, sino que el soberano Señor en este príncipe valeroso quiso que la variable rueda hiziesse parada tal que d'ella nunca se mudasse? Y más teniendo por servidor a vuestra señoría, de quien, por temor de ofender con mi tan corto ingenio su gran merescimi[en]to, no me atreberé a hablar tan sola una palabra, pues no se puede con ella satisfazer al pensamiento que de vos tan dignamente todos tienen.

Y con este favor de Fortuna caminavan en alta mar los dos príncipes sin pavor, cuidando que ningún rebés en el mundo uviessse a que ellos no pudiessen dar buen fin, hablando en diversas cosas que les davan contentamiento, quando, después de aver passado gran parte de la mar, una mañana, al tiempo que la tierra su más antigua color perdía, con gran ruydo de diversas cantilenas que las regozijadas aves trahían rebolando de una parte a otra, al pie de una montaña se hallaron que al parecer se mostrava viciosa, a lo menos fresca, con muchas arboledas que, causando grandes y entretexidas sombras, davan desseo de ser miradas. Y como ellos no tuviessen pequeño desseo de salir en tierra, tomaron sus armas y cavallos, y con dos escuderos salieron en tierra. Y metidos por

una senda mal trillada que allí hallaron, anduvieron una pieza quando para sí sintieron venir un ruydo por entre las espesas matas. Y, mirando por ver qué sería, vieron un cavallo muy bien adereçado con ricas guarniciones, tales como para un cavallero de mucho valor pertenescían; el qual, saltando de una parte -/66-vº/- a otra, andava paciendo, el freno colgado del arçón. Los príncipes mandaron a sus escuderos que le tomassen, mas el cavallo se les fue por aquellas matas. Cuydando que su dueño estuviesse muy lejos, començaron a caminar. Mas no anduvieron mucho quando la senda se partió en dos; y, como les huviessse tomado desseo de saber quién sería el cavallero dueño del hermoso cavallo que vieran, cada uno se metió por su camino, con acuerdo que allí se tornassen a juntar, hallado que huviessen lo que desseavan. Mas el emperador se emboscó tanto por la montaña que más de quinze días anduvo perdido, sin que pudiesse bolver a la parte que quisiera.

El príncipe don Belianís, a poco trecho que anduvo, oyó una lastimosa voz, tan lastimada que las carnes le hizo la piedad con gran dessoosiego temer, pareciendo que le causava tanto dolor como si él mesmo el aprieto que aquel padescía se hallasse. Y atinando dónde la oyera, no muy apartado de una muy fresca fuente, vio un cavallero tendido, sus armas cortadas por muchas partes; alderredor d'él, un gran lago de sangre. El cavallo que antes viera estaba a par d'él, como que le guardasse. Y, apeándose de su cavallo, se le paró a mirar cómo estava herido de las más espantosas heridas que jamás viera. No oyera dezir más estraños golpes, que havia el arnés cortado por muchos lugares, y el escudo, que grueso y de fuerte azero era, de un solo golpe cortado por medio. La cara tenía llena de sangre y, llamando a Flerisalte, le mandó que se apeasse y pusiesse aquel cavallero sobre su cavallo para le dar sepultura. Flerisalte lo hizo; y llegando a él, el cavallero, que aún no era muerto, se estremeció todo, y dando una pequeña y lastimada voz, tal que el alma tras sí llevaba, dixo:

—¡Ay, mi señor y querido príncipe don Belianís! ¡Cómo muere este, más vuestro que todos los del mundo, sin que en esta última partida pueda gozar de vuestro consuelo! ¡Ay, esforçado cavallero, yo te perdono mi muerte, pues me la diste como bueno, aunque no sé la causa que para ello tenías!

Y diziendo esto, se estiró todo, como que el alma se le arrancasse; que, causando la turbación que sentirse puede en el príncipe, tal que casi le sacó de sentido, le començó a limpiar el rostro de la sangre por conoscerle. Y pareciéndole ser el que era, no le reconociendo bien por tener el rostro hinchado, que avía pieza que estava herido, no hazía sino mirarle, dando buelta de un lado al otro, qual suele hazer la obeja a quien el sagaz pastor con el pellejo del hijo muerto le quiere hazer criar el ageno. Mas, quando últimamente conoció a su más querido primo Sabiano, ¡quién sería aquel que bastase a sentir lo que sintió!, que atrabessándole el coraçón las crueles flechas del pesar, arrojándose sobre el cuerpo mortal, sus ojos en lágrimas deshaze. No ay consuelo que baste ni coraçón que no quebrante.

—¡O, miserable y desdichado cavallero! —dezia—. ¡O, Fortuna variable, o cruda guerra, o

insaciable, o perversa, que no fueras para mí tan misericordiosa que con mi muerte la d'este cavallero se escusara! ¡O, valeroso cavallero, quién se hallara presente quando tan gran mal os vino, siquiera para que mi muerte fuera causa de vuestra vida! ¡Ay de mí, que en todas mis tribulaciones nunca vos dexastes de ser el primero! ¿Cómo, en esta vuestra, me hallasse yo tan lejos? ¡O, vientos crueles! ¡O, mar atormentadora del género humano! ¿Por qué me detuvistes tanto, si al tiempo para ver tan cruel espectáculo me avíays de traer? ¡Ay de mí, que creo que de algún cruel hado me viene en mis socorros ser siempre desgraciado!

Parávasse otras vezes, cessando d'esto a mirarle, clavando en él los ojos, como acaecer suele a aquellos que, aviéndoles causado alguna cosa espanto, aunque quieren de allí llevar los ojos, no son parte para hazerlo. Tal estava aquel que nada teme, tan rendido como si a ssí mismo se viera en aquel estado. Otras vezes, rebolviéndole de un cabo a otro, llamándole por su nombre, dezía:

–¡Ay, señor mío, y tan crudo seréys para conmigo, que no me diréys quién es aquel que os mató!

Estava Flerisalte viendo tal a su señor, quitando las /67-rº/ armas, que con las carnes y sangre estavam tan assidas como lo suelen estar las medicinales ventosas por evitar el baquo* con el fuego llevadas. Y aún no estava menos el mortal cavallero que ya estuvo el rey Alexandro quando los casquillos de las emponçoñadas saetas le fueron sacadas; el qual, con aquel su tan valeroso ánimo, que ninguna cosa mortal temía, conociendo aun en aquel último passo a su querido señor, con una voz flaca, abriendo los ojos le dixo:

–¡O, mi señor, y cómo mi alma va descansada en morir en vuestras manos! Yo no sé quién me hirió, que aún por saberlo desseo passar de esta vida a la otra. Encomiándoos, mi señor, al duque, mi padre, que sentirá más mi muerte de lo que es razón, y al emperador; mi señor, responded por mí en una batalla ante el rey de Francia que a pocos días acepté con el duque de Viana. Acordaos de mi esposa, Laura, y rogad al soberano Señor perdone mi ánima, que va en la juvenil edad.

No pudo más hablar el esforçado cavallero, porque el desmayo le hizo trasponer, dexando más traspuesto al príncipe don Belianís. Mas aquel soberano Señor, ante quien todas las cosas son como nada, en cuyo servicio este cavallero continuamente anduviera –que, según el arçobispo de Rosis escribe, no se halló hasta aquel tiempo otro cavallero de igual sanctidad, tanto que en ella a los muy apartados monges excedía– le quiso curar con suprema mano; porque, estando las cosas en estos comedios, las celestiales finiestras fueron abiertas, y d'ellas un resplandor salió, más claro sin comparación que los muy duros rayos del meridiano sol. Y por mandado del Soberano, los ángeles bajaron hasta donde el cavallero estava, no sin grande admiración del griego príncipe, el qual, sin poderse menear, de una parte estava como si de un roble fuese hecho. ¡O, cosa digna de mayor encarescimiento que dezirse puede, que a la hora el valiente cavallero se halló sano de sus heridas, con muy mejor disposición y esfuerço que antes tuviera! Y, queriendo dar las gracias a quien tan buena obra le avía echo, todo lo que antes el príncipe viera desapareció; y Flerisalte, a quien la divina

gracia no quería se perdiere, que no menos espantado que su señor estava, con gran plazer vino corriendo para su señor, supplicándole le dicesse el agua del baptismo, que ya muchos días havia que la burla de su seta tenía conocida. El príncipe lo hizo, muy alegre de ello, y por mano de Sabiano de Trebento en la christalina fuente fue baptizado, y de allí adelante doctrinado en lo que para su salvación le combenía.

Contar el alegría de los dos primos no sería pequeña prolixidad, que como si largos tiempos no se uvieran visto se abraçaron, no les pareciendo sino que entr'ambos a la sazón nueva vida cobrassen. Y no se curando de detener, paresciéndoles que el cavallero que tal le avía parado no estuviesse muy lexos, cavalgando en sus cavallos se metieron por el rastro, que muy bien señalado hallaron, assí de los pies del cavallo como de abundancia de sangre que el sarracino príncipe derramara. Y a esta causa no encontraron con el emperador, que el camino llevaba desviado del que ellos tomaran, aunque, si la voluntad de Sabiano se tomara, antes en busca del emperador que no en la del cavallero fueran; mas ni lo uno ni lo otro les subcedió como desseavan, porque el que al príncipe Periano llevaba bien sabía que ellos le havían de buscar, y ansí lo hizo dar gran trabés, emboscados por aquellas montañas.

Capítulo 29: De lo que en el encantado castillo avino al emperador y príncipe don Luzidaner y (y) otros cavalleros.

Los trabajos de aquellos cavalleros se querían fenescer y acabar con la libertad de las princesas, quando mostrándose la clara mañana con luzientes /67-vº/ rayos de Apolo, junto al castillo de la Sabia Medea se hallaron aquellos tan valerosos príncipes don Luzidaner de Tesalia y don Brianel de Macedonia con el duque Armindos de Thebas. Los quales, muy maravillados de obra tan sobervia y de ver la cosa más espantosa que jamás oyeron dezir, leyendo las letras de los padrones, viendo que uno a uno no podían ni les hera permitida la entrada, quisieron hechar suertes para ver cuál de ellos sería el que de fuera esperasse. Mas vieron para sí venir dos cavalleros muy bien adereçados, especialmente el uno, cuya gracia y apostura les pareció en extremo ser muy buena. En el escudo trahía tres coronas muy ricas y un águila de dos cabeças; en la devisa por ellos fue conocido ser el emperador don Bell[ani]o⁴⁸⁴. El otro no le conocieron, aunque venía muy ricamente adereçado, que hera un cavallero que al emperador venía a mostrar el castillo. El alegría que rescibieron los cavalleros en ver al emperador fue tan grande que no curaron de esperarle, antes arremetieron los cavallos para donde él venía. El emperador, cuydando que acometerle quisiessen, se aguisó de los atender; mas ellos se quitaron los yelmos y el primero que llegó fue don Luzidaner que, apeándose, al emperador pidió las manos. El emperador se las dio, diziendo:

⁴⁸⁴ *Belliano.*

–¿Qué venida es esta, valeroso príncipe, por tierras tan estrañas?

–Mi señor –dixo el príncipe–, yo creo y tengo por cierto que en este castillo está la princesa, mi hermana, y tengo pensamiento que la libertaremos, aunque agora con vuestra buena venida por cosa cierta se deve tener.

–Quiera Dios que assí sea –dixo el emperador.

Entonces dio la mano al duque de Thebas y a don Brianel, rescibiendo con ellos mucha alegría, contándoles cómo avía en la montaña perdido a don Belianís. Acordaron que el duque y don Brianel provassen primero la aventura, y ansí lo hizieron; que, tomando cada uno d’ellos por la parte que le cupo, se metieron el uno por las oscuras nieblas, y el otro por el temeroso fuego, por el qual no anduvieron mucho quando se sonó un ruydo tan grande que todas aquellas montañas parecía[n] venirse abajo. Sonáronse grandísimas voces, diziendo:

–¡Vengan a la batalla estos arrogantes cavalleros, que con tan poco temor ossan desassossegar nuestra quietud!

Y a la ora los que fuera quedaran vieron todos los que en aquella demanda avían sido vencidos, metidos en gruesas cadenas; parecían que estavan colgados, que no pequeño dolor les dio.

Llegaron, pues, a las entradas de la sobervia morada el Tebano duque y el príncipe de Macedonia; mas hallaron delante el duque Armindos al valiente Theseo, y don Brianel al amador de Medea, con los cuales una cruel y temerosa batalla començaron. Mas esperan tales cavalleros que [n]o⁴⁸⁵ es cosa justa detenernos en otras batallas. Finalmente, aunque pelearon como tales cavalleros, mucho más esfuerço qu’el suyo hera menester para poder llegar al fin desseado, porque ellos fueron vencidos, no quedando menos sus contrarios, y llevados ante el poderoso Marte, el qual les mandó poner como a los otros, que a la hora por el emperador y príncipe fueron vistos. Y despidiéndose del cavallero que le acompañara, mandó a don Luzidaner que por la puerta del fuego fuesse; él se metió con un ánimo más que de cavallero por las nieblas, con tanto coraje y encendido enojo de lo que viera que de ninguna cosa mortal tenía temor.

Aquí se començó nueva señal, nunca hasta entonces vista, que con grande alboroto por todo el castillo se començó a tocar arma. Sonáronse todo género [de] militares (de) instrumentos; todos los cavalleros del trono de Marte estavan armados de nuevas y resplandecientes armas.

Pues como aquellas princesas sintiessen el nuevo ruydo, salieron a los corredores donde solían mirar. Mas a esta ora nuevas cosas se muestran, porque por aquel hermoso campo començaron a entrar muchas y muy sobervias vanderas, /68-rº/ acompañadas de tantos esquadrones de cavallería que todo aquel campo cubrían. Venían los primeros bestidos de leonado, tan oscuro que parecía negro; estos traían una bandera, en medio d’ella pintado un cavallero pensativo que, recodado sobre

⁴⁸⁵ uo.

su mano, parecía muerto. Tras estos venían otros de verde, con un cavallero en la bandera hablando con una dama. A estos seguían otros vestidos de azul; trahían en su estandarte una dama hablando con dos cavalleros. Estos venían juntos con otros que sus devisas trahían teñidas de sangre. Tras estos venían algunos de carmesí tan encendido que no se dexava mirar; estos, que eran pocos, traían por armas muchas damas y cavalleros [que] en diversos passatiempos de sus amores gozavan. A estos seguía una compañía más poblada de gente que todas las otras juntas, vestidos de amarillo, por armas un campo blanco con muchas flores tan secas que eran bueltas de la color de su vestido. Mas junto al real estandarte venían otros vestidos de terciopelo pardo, aforrados de amarillo, con la Constancia muy natural pintada en sus escudos, aunque más verdaderamente dentro de sus coraçones. A estos seguían otros muchos con diversos adereços conforme a sus intenciones.

Después de todos venía un carro, el qual guiavan treynta unicornios, y en cada uno una hermosa dama. Por él venían pintados en triumpho aquellos a quien el Amor bastó conquistar, no faltando alguno de los gentílicos dioses. Cosa era digna de otro mayor ingenio contar la entrada tan sobervia del indomado niño subgetador de los más rebueltos, deseosso de contradiciones, ante el qual no duro arnés de Milán ni otra arma alguna vale, pues la resistencia, quanto mayor, tanto es para ser más rendida ante quien la muerte es el menor de sus males. Venía vestido de dos colores de amarillo y açul, que a los presentes lastimava, viéndole con tan estraña devisa. Trahía los ojos descubiertos, en el semblante venía algo enojado. Su real throno fue armado con siete arcos triumphales; en cada uno d'ellos se mostravan aquellos de quien Cupido triumphava. Hermosa cosa hera de mirar, porque trahía en el primero los mortales y humanos coraçones, a quien seguía la Razón pressa, su contrario; luego, la Justicia, la Paz con sus ramos secos en la mano; las Sciencias, por quien las cosas por más que humanas son estimadas, sus pensamientos bueltos en mil desasossiegos, sus plumas hechas de caña, los tinteros vazíos sin que material alguno para escribir se mostrasse. Llevava con triumpho hasta el mismo Júpiter, como aquel a quien muchas vezes lastimara. Triumphava de todos los sentidos; por las del maravilloso edificio se pusieron todos sus efectos, no bestidos de las colores porque suelen ser conocidos, mas de las crueles señales que el pavoroso Cupido venía. El día, que muy claro y sereno se mostrava, se turbó, y Phebo, en la tercera parte de su corrida, perdió su color.

El throno donde estava Marte sentado se deshizo, y él, tomando de la mano a los encubiertos príncipes, con ellos se vino hasta el triumphal cadahalso donde Cupido estava; y pidiendo licencia, inclinando el amoroso señor su imperial cetro, subió por las gradas arriba. Mas no hizo más mudança Cupido que si otros de los presentes fueran: haziéndolos assentar a un lado de su imperial throno, mandó llamar a la causadora de semejantes alteraciones, hermosa princesa Florisbella, la qual vino acompañada de otras cinquenta y seys damas, que, llegadas al rico triumpho, les fueron dadas las manos por aquellos que en las gradas estavan. Y en ellas se assentaron, excepto tres princesas, las quales heran Hermeliana y Policena, junto con la hermosa Helena, que estas se sentaron a los pies de

Cupido. El qual, tomando por la mano a Florisbella, la hizo sentar entre sí y Marte, sin que le aprovechasse podello contraddezir.

Al tiempo que semejantes cosas en el castillo passavan, /68-vº/ llegaron a las primeras puertas el valeroso emperador griego con su hijo don Luzidaner. Los primeros con que encontraron fueron Arfileo y don Contumeliano. Espantosa y terrible batalla se començó entre ellos, porque desseando cada uno acabar su empressa, aunque algunos contrarios de sus mismos desseos, hecharon los escudos a las espaldas, tomando las espadas a dos manos. Tales golpes se dieron que los que de fuera venían les combino hincar las rodillas en tierra. Mas Arfileo y don Contumeliano hizieron términos para caer tan fuera de sí que la lumbre de los ojos les pareció aver perdido; y, como la yra se fuesse ya encendiendo en los coraçones de los valientes cavalleros, se tornan a segundar otros, de tal suerte que don Contumeliano, que con el emperador avía la batalla, huvo todo el escudo partido por medio, y en la cabeça una mala herida. El emperador huvo otra, aunque pequeña, en un braço. Arfileo, malamente herido en un hombro, soltó el escudo, que ya no hera parte para le tener, y a don Luzidaner dio tal golpe que, con una tempestad no pensada, el escudo huvo hecho pedaços en el braço, y descendiendo la espada al muslo le desarmó la mayor parte d'él. Y con esto la batalla se rebolvió cruda y cruel; más de dos horas duró sin que los cavalleros del castillo mostrassen alguna flaqueza. Mas qué les vale, que los príncipes griegos los martillavan con tanto hervor y corage que ya los duros yunques huvieran deshecho. Y como viessen que la batalla durava tanto, a sus contrarios hieren de tal guisa que, haziéndolos desviar a un cabo y a otro, con el desatino de los crueles golpes dieron lugar a que los príncipes, no haziendo caso d'ellos, saltassen de la otra parte, lançándose de todo punto dentro de las puertas de la guerrera y belicosa morada. Y no les valió poco, porque descuydaron muchos cavalleros que solamente de guardar la entrada tenían cargo, los quales, como de otra cosa no les fuesse dado cuydado, no se mudaron de donde estaban.

Mas por esso no les faltó con quién mostrar su valeroso esfuerço, porque a la hora del soberano trono fueron por mandado de Cupido imbiados quatro cavalleros, tan valientes como enamorados. Los dos primeros eran el bentajoso Hércules, con el valeroso Ájas Talamón, y los otros dos, los esforçados Thedeo y Amphión, los quales para ellos se vinieron. La batalla se rebuelve más dura y áspera que la primera; mas al valeroso esfuerço de los príncipes griegos el de pocos cavalleros yguala, porque encendidos en ardiente y furiosa saña, el príncipe don Luzidaner a Theseo de tales golpes le hirió que, haziéndole dos espantosas heridas, entr'ambas rodillas y la mano del espada le combino hincar en el suelo. Y como una emponçoñada vívora se dexó caer sobre él por fenescer la batalla, que huviera sido causa de su muerte; porque, sobreviniendo el valeroso Thelamón, le hirió a dos manos de un desastrado golpe que, abriéndole el yelmo, le hizo una mala herida en la cabeça. La batalla se encendió más ardiente y cruel que nunca fuera, aunque tan descomunal que quatro tan abentajados cavalleros avían batalla con los dos. Hércules sus fuerças contra el emperador mostrava, con ira tan caliginosa que espesso fuego por la visera del yelmo lançava. Espantados estaban los

presentes del ardimiento de los estraños cavalleros, y gran pensamiento las hermosas señoras tenían de ser aquella vez por sus manos libres, quando por el castillo muy mayor y espantoso ruydo se sintió, y la causa del qual en el siguiente capítulo será mostrado.

Capítulo 30: Cómo los príncipes don Belianís y Perianeó provaron el aventura de el encantado castillo, y cómo fue acabada y las princesas libres. /69-rº/

Metiéronse los valerosos y esforçados príncipes por medio de aquellas montañas, con el desseo que pensarse puede de hallar al furioso persiano, cuydando que cedo le hallarían. Mas no les subcedió como pensavan, que él se detuvo algunos días curando en un castillo en poder de la sabia Ginebra, que d'él estava no poco enamorada, hasta tanto que, siendo guarido de sus llagas, ella, sabiendo su desseo, le puso junto al encantamento de la sabia Medea. Pues assí vino que, aviendo muchos días que andavan perdidos por aquellos montuosos* valles, una mañana, ya que el sol començava a dar algún calor para que las sordas çigarras a su officio bolviessen, viendo de lexos el humo que el pavoroso castillo de sí hechava, para sí vieron venir un cavallero armado de unas armas blancas con tres leones negros por devisa. Él venía tan bien puesto a cavallo, como aquel qu'el dubdado príncipe Perianeó era, que, emparejando con los que tanto hallarle desseavan, sin que los unos ni los otros se conosciessen, saludándolos, les dixo:

–Señores cavalleros, si acaso venís a provar el aventura del encantado castillo, resciba yo de vos esta gracia: que, pues solo a ninguno la entrada es permitida, me llevéys en vuestra compañía, que no he hallado cavallero que provarla quiera.

Grande fue el plazer que aquellos cavalleros rescibieron en hallarse tan cerca del castillo como ellos desseavan, donde sus coraçones tenían, aunque a Sabiano sola la obligación de leal le hazía vivir en este cuydado por el que el emperador y el príncipe, su señor, tenían. Mas viendo la demanda del cavallero, Sabiano de Trebento se sonrió algún tanto alto.

–¿De qué os reýs, señor cavallero? –dixo Perianeó.

–De vuestra demanda –respondió Sabiano–, que preguntáys si vamos a provar el aventura, y diziendo que no lo puede provar uno solo. No siendo nosotros más de dos, ¿queréys que se quede el uno porque entréys vos?

–No me parecéys muy cuerdo –dixo Perianeó–, que si no huviérades de hazer por mí nada, poco tenía que rogaros. Y, si soys tan valiente como desdeñador, ya podría ser que acabássedes vos más presto la aventura que otro alguno. Mas de tanto os hago saber que ninguno contra mi voluntad provará el aventura si primero no se mostrare tan esforçado que baste a derribarme del cavallo.

Muy enojado fue el príncipe⁴⁸⁶ don Belianís de la arrogante respuesta del cavallero y,

⁴⁸⁶ *priucipe*.

apartándose d'él sin le responder palabra, quiso mover contra él. Mas Sabiano le supplicó que a él dexasse aquella justa, pues aquel cavallero con él y no con otro lo quería haver. Entonces, bajando la lança, se dexó venir contra Periano, que otro tanto hiziera, y en medio de un llano que allí se hazía se dieron tales encuentros que las lanças se rompieron en muy menudas pieças. Y juntaron de los cuerpos de los cavallos y escudos y yelmos tan reziamente que el esforçado Sabiano vino al suelo, llevando la silla entre las piernas. Periano perdió los estribos, mas túvose con valeroso ánimo, dexando al príncipe maravillado de tan estraño encuentro, y no estimó en poco no perder la silla. Y con más enojo que antes tuviera quiso mover para el príncipe persiano; mas Periano le dio voces que no lo hiziesse, diciendo:

–Señor cavallero, yo con vos no quiero batalla alguna, que bien podéys, por lo que a mí toca, provar el aventura, que yo os doy licencia.

–Como quiera que sea –dixo don Belianís– conmigo os combiene romper una lança, que no me sería bien contado si la cayda de mi compañero no procurasse de vengar.

Nunca jamás el sarracino príncipe negó batalla a quien se la pidiesse sino esta, que tanto era el desseo de provar el aventura que con otra mayor causa la negara, y tanto, que don Belianís no fue parte para hazerle mover a que con él justasse; antes le dixo:

–Entrad, señor cavallero, por essa puerta, si os paresce, que yo voy a entrar por esta otra parte.

Entonces se metió por el /69-vº/ pavoroso fuego adelante. Como don Belianís huviesse hecho cavalgar a Sabiano, rogándole que tuviesse por bien de le esperar, a ellos llegó un cavallero, el mesmo que con el emperador viniera, que les dixo que no curassen perderse en aquella diabólica morada, contándoles [de] muchos que ya en ella se havían perdido. Especialmente les dio las señas del emperador, su padre, con que a la hora, no curando de se detener solo un punto, se lançó por las oscuras nieblas.

¡O, quién viera a esta hora el gran ruydo que por todo el castillo se levantó, el sonar de los menestres y ynstrumentos de guerra, tan grande que parecía todo el universo quererse hundir! Donde, siendo algún tanto el sonoro ruydo passado, ante los esforçados príncipes parecieron innumerables, feos y disformes figuras, desapiadados y crueles vestiglos, tantos y tan feos que el infierno no tenía más; los quales unas vezes con sus espantosas vistas los cuydavan atemorizar, otras con espadas, maças, diversidad de armas los herían, que a ellos llevaban no poco enojados. Con semejantes rebueltas llegó el griego sin temor ante la puerta de la espantosa niebla, donde, metiendo los pies, no fue acometido como los otros cavalleros ser solían, que nuevo mandado de Marte tenían acordado; antes de tropel vinieron sobre él los esforçados don Brianel de Macedonia y don Contumeliano, con el estimado Jassón, los q[u]ales⁴⁸⁷ a un tiempo tan desmedidos golpes le dieron

⁴⁸⁷ *qnales*.

que le hizieron entrar con el comedimiento que era obligado, haziéndole hincar ambas rodillas en el suelo. ¡O, cruel día para aquellos que del castillo tenían cargo!, en el qual tan grande yra entró en el espantoso príncipe de Grecia que, dexando el escudo a las espaldas, buelto de la color de más verdadero fuego, con el espada a dos manos yere al príncipe de Colcos, tan sin piedad que, cortando la mayor parte del yelmo junto con el almófar*, hechando grandes espadañadas de sangre dio con él de manos por tierra, y rebolviendo otro de trabés a don Contumeliano yere en la vista. Tan desmedido fue el golpe que, perdiendo la vista de los ojos, dio con él arrimado a un canto de la muralla; y, como a don Brianel par de sí hallasse, que con furiosa ira le golpeava, no le pudiendo alcanzar con la espada, de los hombros le empujó tan bravamente que, dando con él contra una esquina de la puerta, el braço derecho huvo partido por medio, de suerte que fue tan tollido que no fue parte para poner mano a la espada.

Y como el imbencible príncipe quisiesse entrar dentro, con más saña y ira que suelen tener los quartanarios leones que sus fuerças ven combatidas, hallando ante sí el domador de las infernales Furias, no haziendo caso de los golpes que ya al baleroso Plutón hizieran temblar, le dio a dos manos tan desatinado golpe que, no le valiendo las adadas* armas que la bella Proserpina darle hiziera, el escudo fue echo dos pedaços. Cortole una pierna por cima de la rodilla y, metiéndose dentro por llegar a ver el fin por él tanto desseado, fue acometido por los valerosos espejos de sus tiempos, el affricano Aníbal con el temido Cipión, que armados de unas armas rosadas con coronas blancas venían, trayendo por retaguarda a los valerosos Diómedes y el querido Eneas.

Con tanto estruendo resuenan a esta parte las armas que, teniendo de todo punto en la guarda de esta puerta el valeroso Marte ocupados los principales cavalleros, como aquel que por el valeroso griego con tanta y tan furiosa tempestad se veía combatido, teniendo temor de ser sobrepujado, que le causó nuevo descuydo en la parte qu'el príncipe Periano venía, en la qual no quedaron los cavalleros de tanta estima como solían; y a esta causa, subcediéndole las cosas más conformes a sus desseos, más presto la entrada del castillo ganara. Y dentro andava en crueles y ardientes batallas, en las quales apenas se hechava de ver con las que a este punto entre el temido Aníbal y valiente Cipión con don Belianís passavan, el entrar y el salir, y el re- /70-rº/ -parar y el acometer, y el hurtar el cuerpo, y hussar los otros acometimientos de guerra que entre ellos passavan. ¡Quién será aquel que especialmente para ello de la superna mano ayudado no fuesse que bastasse a poder contar la menor parte! Ayudávanse también aquellos que las antiguas hystorias por tan mortales enemigos contaron, que con esta batalla todas las que ya por ellos passaron se ponían en olvido; porque, queriendo herir el príncipe griego al romano Cipión, Aníbal se metió delante, y reparando el golpe le hiere con tanta fuerça que, haziéndole hincar ambas rodillas en el suelo, dio lugar a que el conquistador de Cartago le diesse por cima de un hombro tal golpe que, falsándole las armas, le hizo una herida, la mayor que en todo aquel día rescibiera. ¡Quién viera a esta hora al ardiente y furibundo príncipe, más benenoso que las crudas áspides! ¡O, cruel y haziago espetáculo! Que, no se curando de más aprovechar del

escudo, hechándole a las espaldas, tomando la espada con ambas manos, las carnes de los potentes cavalleros a una parte y a otra rebuelve, trayéndolos cubiertos de su sangre, no siendo ellos parte para poderse valer; porque el ardimiento de su contrario no se resistía con semejantes fuerças que las suyas. Andavan tan desatentados que ya no davan golpe que nada valiesse, y tanto no pueden resistir que a la hora no fueran vencidos, si los valerosos Eneas y Diómedes en su socorro no allegaran; aunque su venida no fue para ellos tan sabrosa como cuydaron, porque, hallando al esforçado príncipe tan enojado, del primer golpe que a Diómedes dio, en un braçal con parte del braço yzquierdo le hizo menos, no llevando Eneas más sabroso recibimiento, que haziéndole una herida en una pierna con que no se pudo menear como él quisera, los llevó retrayendo por el campo adelante; donde, alçando los ojos, vio cómo el emperador, su padre, era llevado en braços de muchos cavalleros, y el yelmo quitado tal como muerto; que, doblándole la saña y ira, viendo al emperador junto al príncipe, su hermano, entre aquellos que por relumbrantes espejos de los mortales fueron traídos, se rebuelve como suele hazer el toro corrido en las plaças al qual los perros fatigan, que aunque en él grandes presas hazen, no son bastantes para que, los unos heridos y los otros colgados d'él, él no passe adelante prosiguiendo su intención, hiriendo a los unos y derribando a los otros. Tal hera el príncipe griego entre aquellos cavalleros, que aunque todos contra él fuessen, y él derribando a unos y hiriendo a otros pasasse adelante, ellos, no le cobrando temor, algunos por no estar acostumbrados a tenerle, quanto más los hiere, tanto con mayor ira y furiosa saña le acometen.

Pues de las princesas que en el soberano trono de Cupido estaban no ay qué dezir, porque, viendo al estremado cavallero con tanta valerosidad hazer sus batallas, y más junto a los arcos triumphales al príncipe Periano de Persia, teniendo por cierto que el fin de la aventura se allegava, estaban con más alegría en los coraçones que de fuera mostrar ossavan, rogando a Dios les diesse victoria porque ellas saliessen de aquel encerramiento y pudiessen gozar de la vista de aquellos que tanto sus coraçones amavan. Y entre sí las princesas Policena y Hermeliana, que juntas estaban, lo platicavan, creciendo continuamente los gritos y bozes en gran cantidad, estando todos tan a punto para quando les fuesse mandado acometer qual suelen estar los lebreles de Irlanda, que, siéndoles mostrada la caça por los monteros, con los collares son detenidos; tales estaban estos cavalleros, con temor de caer en la ira del soberano Cupido, a quien entonces las armas estaban rendidas. Y no les era poco necessario, porque a la sazón, siendo el príncipe Periano acometido por el ventajoso Hércules, que ya llegando a los cadahalsos de las heridas que el emperador le hiziera era libre, en cruel batalla el uno contra el otro andavan tan encendidos que se hazían tanto daño que de sangre andavan cubiertos. No /70-vº/ menos le subcedía a don Belianís, que más bravamente y con más descomunales batallas era acometido, y aunque en muchas partes estava herido, no haziendo d'ello caso alguno, la batalla cada hora se enciende más cruel, tanto que, como su propósito fuesse de llegar al soberano teatro, ya muy cerca d'él estava.

Entonces el poderoso señor, con una palabra medrosa, mandó que los Nueve Capitanes de la

Fama a aquel cavallero ante él truxessen presso; mas, hincando las rodillas ante él, le dixeron:

–Soberano señor, a quien con más justo título las honras de la gloriosa Fama se deven: ya nosotros, todos juntos, tenemos nuevo capitán, por quien todos hemos sido vencidos, al qual sobre todos nosotros te ha plazido aventajar. Por esso te hazemos saber que no yremos contra él, porque por los cavalleros presentes con justa razón seríamos tenidos por traydores.

Bien sabía el potente Marte la respuesta que aquellos cavalleros le davan ser verdadera; mas, enojándose bravamente de que no se hiziesen todas las cosas a su voluntad, a gran priessa demandó sus armas. ¡O, quién viera a esta ora el ruydo que por todo el campo se sonó al tocar de las trompetas, atavales, clarines, sacabuches*, dulçainas, cornetas y otros géneros de millitares ynstrumentos! ¡La priessa que todos los servidores del poderoso Marte se davan! Unos le bestían la loriga, otros le bestían el arnés, otros los braçales, otros los brahones, otros sobresalientes, mirando que alguna pieça no faltasse que al cavallero hiziesse impedimento, otros miravan la cofia* de armar y el almete*, la celada, la vista, la gran pieça, las otras armas con que avía de combatir, no las vistiendo el sobervio señor por necesidad que d'ellas tuviesse, como aquel que de tal suerte fuera dotado que empecerle armas algunas no era possible, mas solamente por el ornato de la cavallería. El aparejo de tantas esquadras que le esperavan para hazerle la salva y resecebimiento, que siendo armado, el blandear de las lanças, el verduguear de los claros yerros, las bislumbres que a los ojos trahían, causavan en los coraçones de los presentes nuevo temor; aunque no en el del príncipe don Belianís, que, tornando a mirar el teatro, en lo más alto d'él vio a su querida señora, luz y espejo y hermosura de las passadas y presentes, que, dándole el esfuerço que suele dar al perdido marinero la venida del alva serena con viento próspero, sacándole el plazer de todo su acuerdo, con la súbita alegría no fuera mucho dexarse dar la muerte por morir en tanta bienaventurança como en la presencia de aquel descanso de su coraçón, si no le sobreviniera el pensamiento que, muriendo él allí, su señora quedava a la ventura, sin remedio de otro que de allí la librasse. Y en este nuevo pensamiento, tornando en sí, a los cavalleros yere tan mortalmente que, haziéndolos desviar a una y a otra parte, saltó dentro del cercado donde el teatro estava, al qual ninguno de los cavalleros era permitido llegar a combatir.

Mas aquí se vio en el mayor peligro que jamás se viera, porque todo el compás del cercado començó a temblar tan fuertemente que el príncipe don Belianís, no pudiéndose tener sobre los pies, le combino sentarse en el suelo, donde para sí vio venir un temeroso dragón, el más grande y esquivo que jamás las occidentales Indias procrearon. Hera tan sin compás que por la boca quatro cavalleros juntos le cupieran. No se vio ni se oyó cosa más temerosa: los braços suyos eran más gruesos que un hombre por la cintura, con las uñas tan largas que media bara tenían, tan tajantes que ningún hierro acerado bastara a se le defender que entre ellas no lo hiziesse pedaços. Este estava llegado a los cadahalsos para guarda d'ellos, sin que de allí se pudiesse quitar el valor del príncipe griego; valeroso era, y no halló jamás ygual. Mas a este punto bien se tuvo por muerto, porque el temblor de

la tierra era tal que (aunque) en ninguna forma, aunque lo provó, se pudo levantar, y causole en el corazón alguna desconfianza de poder salir lo comenzado. Mas alçando los ojos a quien verdaderamente tenía su /71-rº/ corazón, suplicándole por parte d'él para poderse defender contra el cruel vestiglo, tan esforçado se sintió y en tan crescida alegría entró su corazón, que le pessava porque todas las infernales Furias contra él no se venían. Y poniendo la espada contra los pechos, la punta contra el diabólico animal, lo esperó con más que humano corazón, que para él con furia endiablada se venía por le tomar entre los braços. Don Belianís, que tan junto le vio, le quiso herir en uno d'ellos poniéndose en pie, cessando algún tanto el temblor que la tierra tenía. Mas el fiero dragón, que ninguna arma tenía, le alcanço con sus tajantes uñas un golpe que, llevándole el azerado escudo, la mayor parte de sus armas huvo abiertas, y él fue malherido. Y del todo le cogiera entre ellos si su ligereza no le ayudara, que, desviándose a una parte, al pavoroso dragón yere de tan cruel herida que, no le defendiendo las duras conchas ni huessos suyos huvo una espantable herida, la mayor que el príncipe diera, que fue bastante a que, con el desatiento, el pavoroso animal no lo cogiesse. Bien parecía que obravan aquí los favores de la vista de su señora, porque, no temiendo cosa alguna, se tornó a juntar con él, assegundándole otro que el un brazo contra los pechos huvo cortado.

A la sazón que la pavorosa batalla el príncipe con el dragón passava, el valeroso persiano saltó dentro el cercado, y como no hallasse quien se lo defendiesse, quiso subir por la escalera, con el más espantoso ruydo que hasta entonces se sonara; al qual don Belianís alço la cabeça, y como viesse que el cavallero a los cadahalsos subir quería, y a su señora encima d'ellos, más encendido y corajoso de lo que antes fuera, dexando la batalla del dragón, que luego con ravia de la muerte se tendió, fue para los cadalsos, de los quales Periano ya dos gradas subiera, viniéndole al encuentro el soberano Marte. Mas hazíale ventaja el persiano, porque a la hora que los pies en la escalera puso se halló de todo punto sano de sus heridas. Pues como don Belianís llegasse, del príncipe Periano tiró tan rezio que dio del cadahalso abaxo, tropeçando por caer, diziendo en voz alta:

–¡Tente afuera, cavallero de poco merescimiento, que a ninguno es dado subir a tan alto lugar!

Bien avía visto Periano a la princesa Florisbella, que a la hora en la voz conoció a su querido señor, de que fue tan alegre que, no lo pudiendo desimular, al poderoso Cupido se bolvió diziendo:

–Soberano señor de los humanos, ya veys la lealtad con que por este tan estremado cavallero has sido servido y yo buscada. Ten por bien que no sea con más rigurosas batallas perseguido. Manda al soberano Marte que la batalla dexa, pues por todos está tan conocido que, si [a] alguno la libertad d'estas princesas se deve, con justo título este cavallero la meresce.

Ninguna cosa fuera por la princesa pedid[a]⁴⁸⁸ a Cupido que se le negara, mayormente esta, que a la ora, bolviéndose al belicoso Marte, le mandó que no curasse de provar las fuerças de aquel cavallero, que se dava por satisfecho de la esperiencia de su bondad; mas fuesse juez entre él y el cavallero que combatirse quería, juntamente con el cavallero imperial; que, siendo por ellos obedescido su mandamiento, bajaron hasta la plaça con sus reyes acostumbrados. ¡O, quién viera el ruydo que a la bajada d'estos señores se hizo, el revolver de vanderas, menear de lanças, arremeter de furiosos cavallos! Infinitos príncipes, emperadores, reyes y señores de gran estado se llegaron hasta la parte que les hera permitido, quantos el mundo ya tuviera cerrándole en torno, para ver en qué pararía la batalla de tales cavalleros y que tales juezes tenía; los quales a esta sazón se vienen el uno para el otro, reconociéndose con mesurados passos, mirando cada uno por qué parte sería bastante a poder hazer al otro más daño, dónde más a ssí mismo combenía aguardarse; donde, viendo cada uno su tiempo, se junta con el otro, maravillándose con graves y cr[u]eles⁴⁸⁹ golpes. No se vio tan cruel batalla, que aquellos que flor del universo heran tenían suspendidos. Tembla- /71-vº/ -va el coraçón a la hermosa Florisbella más que las ojas combatidas con los tempestuosos ayres del otoño, no porque ella no tuviesse por cierto que al valor del príncipe, su esposo, el de Periano –que ya ella conocía, aviéndoselo dicho Cupido– y gualarse pudiesse, mas el amor la hazía temer[1]o. ¡O, cuántas vezes ella tomara la muerte si de aquella batalla pensara librarle! Mas combiene que lo sufra, y con los ojos vea su muerte o vida.

Andavan a este punto los cavalleros tan encendidos y corajosos que ni las graves heridas ni el cansancio de todo el día y noche, que allí jamás parecía, heran bastantes a les dar alguna pesadumbre, mas quanto más la batalla dura, tanto más las fuerças se les doblan. Parecían al valeroso Anteo, que quanto más perseguía la batalla tocando a la tierra, tanto con mayores fuerças peleara. Pues como el pagano se viesse las armas cortadas por muchas partes, y que de algunas le començava a salir sangre, movido de mayor ravia y temeroso furor que suele en medio el invierno el tempestuoso mar, dexando caer lo qu'el escudo tenía, que hera bien poco, la espada toma a dos manos y le alcança sobre el yelmo un golpe con mayor fuerça que suele dar la pelota llevada con espantosa colebrina contra las defendedoras murallas. Valiole al príncipe el buen yelmo suyo, que no fuera mucho el cruel golpe de otra suerte partirle por medio, que ya otras muchas vezes el cruel pagano lo había hecho quando la batalla durava mucho. Mas con todo esso lo atronó tanto que, sacándole de su sentido, le hizo hincar en el suelo ambas rodillas y la mano del espada redobló el golpe. El serrazino, viendo tan buena coyuntura, al príncipe en un hombro haze una herida, y cuydando que tuviesse la mayor parte echa, se quiso abraçar con él por le derribar en el suelo. Mas subcediole de la suerte que al descuydado luchador que, viendo a su enemigo bajo, carga sobre él sin guardar horden, pensando tenerlo rendido; porque el príncipe, que no perdía el sobrado ánimo suyo,

⁴⁸⁸ *pedido.*

⁴⁸⁹ *crneles.*

viéndole cargar tan de golpe, lo esperó; y al llegar, desviándose a un lado, atravesó un pie, que dio causa que el serracino fue a dar de ojos en el suelo una gran caída. Mas tan presto como cayó fue en pie, que vía su muerte muy cercana y a su señora delante, ante quien recibirla hera poco si honra no se aventurasse; mas fue herido de dos puntas, una tras otra, que para la batalla le causaron grande embaraço, porque la una la tenía en el muslo derecho, junto al juego de la pierna, y la otra en el pecho, junto al lado yzquierdo; porque, como el príncipe don Belianís viesse tiempo, se juntó con él tanto que, assiéndole por el braço derecho, le pudo herir de aquellas dos heridas. Y no fuera mucho darle la muerte si el pagano no tira por sí tan recio que le combino soltarle, bolviendo a la batalla como de principio; en la qual anduvieron gran pieça, hiriéndose de grandes heridas. Aunque, como el príncipe don Belianís viesse que a su contrario le yva tanta sangre de aquellas dos partes, y aunque algunas vezes no assentava el pie tan firme que no le hiziesse doblegar, dilatava un tanto la batalla, como aquel que pensava por cierto que aquellas dos heridas le darían vencido en las manos. Mas procurava lo contrario el persiano, porque no menos conoscimiento de ello tenía que su contrario, pensando abraçarse con él. Y tanto lo procuró que, haziendo infinta de quererle herir de un golpe a dos manos, y reparándose don Belianís con un pedaço del escudo que le quedara al dar del golpe, soltó la espada, y con tanta ligereza cerró con él como el falcón con la encumbrada garça, a quien á cobrado ayre en la subida; y fue su entrada tan venturosa que, tomando el príncipe desbaratado, haziéndole yr par'atrás, tropeçando en un pedaço del escudo que Periano dexara, el pie le llevó para adelante, haziéndole dar una caída de espaldas, sucediéndole de la suerte que al que, deslizándose por los lisos hielos, en aquella parte que quiere hazer fuerça con los pies le com- /72-rº/ -biene venir al suelo. No era nada descuydado en las ocasiones de ventura el serracino, antes hera uno de los que en el universo d'ellas más se aprovecharon, y como viesse la tan grande que le sobreviniera, más presto fue sobre él que el can con la pressa que vey a punto de ser ganada. Y poniendo mano a su daga bien pensó fenescer su batalla con la muerte de su enemigo, mas don Belianís se abraçó con él más rezió que la yedra con las piedras que es arrimada, y túvole tan fuerte que no le dexó hazer de sí cosa alguna. Y valerosamente a su pesar se puso en pie, procurando él por le tomar debaxo, aunque a Periano la herida de la pierna y del pecho de la fuerça le quitavan gran parte, junto con el valor y destreça de su contrario, que toda su fuerça cargava sobre aquella parte que le vía herido. Y como a esta hora fue más encendido, tanto anduvo tentando de una a otra parte que pudo meter la mano derecha por bajo de la pierna del pagano, y con la otra por el braço yzquierdo. Y como en fuerças le sobrepujasse, levantole del suelo alto, y dio con él una mala caída de cabeça y hombro, tal que de las heridas como de una fuente començó a correr un arroyo de sangre tiñendo toda la tierra que par d'él estava. Pues como don Belianís tuviesse toda la fortuna, por la frente con la una mano le pone el puñal a los ojos y con la otra le tiene por la gola, y las rodillas sobre los pechos, de tal manera que no le dexava apenas salir los vitales espíritus de la suerte que suele acaecer a algunos que en hondas minas buscando codiciosos thesoros, cayendo sobre ellos la tierra, que ya no tenía en qué se sostener,

los abraçan de tal suerte que, no les dexando resollar, dan a la vida el último espacio. Tal acaesció al valeroso príncipe persiano, que de su contrario fue tan furiosamente abraçado que, pidiéndole se rindiese, desfalleció de suerte que, pareciendo que era muerto, se levantó de sobre él. Mas tan liviana no hubo la victoria, que se halló con tan espantosas y crueles heridas que apenas sobre los pies tenerse pudo.

Y a esta sazón el poderoso Marte, con el imperial y desconocido cavallero, se llegaron a él diziendo:

–Ven con nosotros, esforçado cavallero, y presentarte hemos por vencedor ante aquel de quien todos somos vencidos.

Y con esto le tomaron por la mano y, quitándole el yelmo para que por todas aquellas damas fuesse conocido, le subieron por las gradas, donde a las primeras fue libre de sus heridas. Y así llegaron con él ante Cupido, y hincando los hinojos en tierra, Marte le dixo:

–Soberano señor de las cosas criadas, principalmente de aquellas que por razón son gobernadas: yo te presento el cavallero presente por el más aventajado de aquellos que hasta oy la naturaleza humana ha producido, y como tal le puedes dar esta corona de guerrero.

Entonces le dio la que en la cabeça traía.

–Pues yo, como señor de los mortales –dixo Cupido–, le pongo en la possession de lo por vuestra parte dicho, y como al que más lealmente me ha servido le quiero dar la joya que al más leal cavallero del mundo se deve.

Y con esto le dio por la mano a la princesa Florisbella; que, como el príncipe la tomasse, el ruydo se levantó tan grande que a todos sacó de sentido, y el príncipe y aquellos cavalleros se hallaron en un verde y florido campo cubierto de innumerables rosas y flores. Por la mano tenía a su señora Florisbella; solos faltaron cinco cavalleros que el sabio Fristón se llevó, que hera el valeroso Periano y sus cuatro primos, Chrisalino y Boraldo y Coroliano y Gerismalte. El plazer que todos recibieron os será mostrado si ya no toman con mis prolixidades dessabrimiento, porque del príncipe Periano con las largas passiones tuyas no haremos tan presto mención, que fueron tan grandes y desapiadados sus tormentos quales nunca cavallero passó, mayormente con la memoria de haver sido sobrado delante de la princesa, su señora, por(que) el tan estimado príncipe y cruel enemigo, que esto continuamente le dava la muerte.

Como vos dezíamos, se hallaron /72-vº/ aquellos príncipes, acabada la aventura, en aquel verde y florido campo con tan sobrada alegría que el plazer parecía averlos tornado sandios, y tanto la honestidad de la princesa Florisbella no bastó que, bañando los ojos en lágrimas, a don Belianís no abraçasse diziendo:

–¡Ay, mi querido señor, y cómo ha sido posible que tanto la vida en vuestra ausencia se aya podido sustentar! ¡O, mi señor, que contemplando en los trabajos que a mi causa avéys passado apenas soy parte para gozar del alegría presente! Hablad a estas señoras, que su presencia es la que

me ha dado la vida.

Don Belianís le besava las manos muchas vezes; y, dexándola hablando con los otros príncipes, abrazó a su hermana y a la linda Policena y Hermiliana, espantado de le ver la rica espada que a su cuello traía, diciendo:

–Mi señora, no con poca razón la vuestra merced se provey de armas, pues las nuestras tan poca parte han sido para hazer algo en vuestro servicio.

–Si todas fuessen como las vuestras, mi señor –respondió la infanta–, contra razón por mi parte serían tomadas. Mas no puede ser así, no serán estas menos en vuestro servicio que las de los otros príncipes que aquí están.

El plazer de la infanta Policena con el príncipe don Luzidaner, y Aurora con don Brianel, y las demás con los cavalleros de su servicio sería cosa prolixa quererlo contar, mayormente el de la estremada princesa Imperia. Viendo enfrente a los dos soberanos príncipes don Contumeliano y don Belianís, las cosas que hazía parecían que de su sentido la huviessen sacado. Sola una cosa restava para ser todos alegres: que estuviera allí el príncipe don Clarineo, porque su ausencia a la linda Hermiliana tenía con tanta pena que, aunque el rey de Francia y duque de Viena la hablaban, apenas sentía dónde estava. Antes entre sí imaginava lo que en la verdad passava, diciendo:

–¡Ay de ti, princesa sin ventura, que tan poco fuese tu valor que tus amores fuessen los más olvidados! ¡O, príncipe desconocido, que tú solo fuesses el que no viniesses en busca de la que más que a ssí misma te amava!

Mas como su corazón estuviesse mudado de lo que ante[s] ser solía, a sí misma se consolava prosuponiendo de partirse lo más presto que pudiesse en su busca, y no descansar hasta que el verdadero desengaño supiesse.

Pues estando en semejante recebimientos, y el emperador y el príncipe tan alegres, estando todos a pie, no supiendo dónde se proveer de remedio para llegar a algún poblado, para sí vieron venir el sobervio Castillo de la Fama con sus acostumbradas señales; que, poniendo a todos nuevo alboroto, el emperador y príncipe don Belianís, que el castillo conocieron, siendo d'ello muy alegres, diziéndol[o]⁴⁹⁰ a todos los príncipes y princesas, y con el mayor regozijo y plazer de los que en este mundo alcançarse pueden, saliendo los Cavalleros de la Fama, con ellos se metieron dentro en el castillo, el qual movió con la velocidad acostumbrada.

Capítulo 31: De la aventura que en Troya subcedió al Cavallero Salvaje y al Rey de Ungría y otros cavalleros con el príncipe Mitrídano.

Grandes y porfiadas heran las batallas que en Troya passavan, con la mayor destrucción que

⁴⁹⁰ *diziéndola.*

aquella famosa ciudad jamás tuviera; porque, siendo por los de dentro sabida la ausencia del emperador y príncipe don Belianís, no estimando a sus contrarios en cosa alguna, como aquellos que se tenían por los mejores cavalleros del universo, cada día salían a les dar batalla. Mas no les subcediendo la fortuna conforme a sus desseos, el valeroso Cavallero Salvaje con los infante[s]⁴⁹¹ don Baldí[n]⁴⁹² y don Manuel los tenían tan apretados que, /73-rº/ haviéndoles muerto beynte de los más principales de sus cavalleros, ya no ossavan salir de dentro de las de sus muros, antes dándoles cada día combates, su más continuo officio hera hazer exsequias por los que tan a la continua morían, y estaban ya tan hussados al pesar y tan obstinados en sufrir que el hermano no hazía quienta de la muerte de su hermano, ni el padre hazía quienta de su hijo, ni finalmente lo hazían de sus proprias personas.

Mas a esta sazón la mudable Fortuna, que jamás está en un ser, les mostró el favor que ellos más desseavan para acabarse de menoscabar y de todo punto perder. Porque, procurando el rey Astorildo con grandíssima diligencia todos los favores que se podían pensar, una mañana, ya que el soberano Phebo se avía bañado en las mares de España, en el puerto del Thenedo parecieron innumerables naos y galeras, tantas y tan diversas quanto lo heran las de sus contrarios enemigos, y los que en ell[a]s⁴⁹³ venían començaron con muy grandísimos alborotos, tocando muchos instrumentos de diversas maneras, alçando muy muchas banderas en alto, y a mostrar el socorro para los cercados tan desseado quanto lo es para aquel que, en la larga prisión, al tiempo que de todo punto piensa perderse y se halla libre con no pensado remedio; que, siendo por ellos rescebido en la misma forma, la poderosa ciudad parecía hundirse. Salían por toda ella chicos y grandes, haziendo grandísimas alegrías; no havía memoria de ninguna muerte que pena les diesse, pensando vengarse de sus mortales enemigos. Parecía que a las lanças se les huviessen puesto nuevos hierros y las espadas cobraran nuevos y azerados filos. No ay tan flaco coraçón en Troya que no piense de un golpe cortar el mejor arnés de sus contrarios; pessávales mucho, pensando que se les havían de retirar a sus naves.

Muy al rebés d'esto lo piensan sus contrarios, porque el rey de Hungría, de quien las cosas de la guerra principalmente colgavan, llamando a la tienda de la emperatriz, los principales cavalleros de la hueste remitiéndose todos al parecer del esforçado Palineo de la Ventura, habló en esta guisa:

–Conoscida cosa es, soberanos señores y esforçados príncipes, que si el emperador, mi señor, estuviera presente, nosotros cumplíamos con solo morir, poniendo nuestras personas en aquello que por su parte nos fuera mandado. Mas en su ausencia no solo no cumplíamos con esto, pero aun haziendo mucho más. Si la Fortuna no nos fuesse contraria, siempre quedarían nuestras honrras y

⁴⁹¹ *infanter.*

⁴⁹² *Baldiu.*

⁴⁹³ *ellos.*

famas al tablero del miserable bulgo, para que d'ellas hiziessen lo que fuesse su voluntad. Por lo qual havemos también de aconsejarnos contra ella como contra nuestros enemigos, porque yo veo el socorro que a nuestros enemigos les ha venido ser muy grande, y mayor quanto, sin acabar la empresa comenzada, no somos parte para dexar de morir en estos campos donde ya nuestros passados tan crecidas victorias ganaron. Por tanto, mi parecer es que, dexándolos desembarcar, les demos la batalla; en lo qual, según lo que yo tengo pensado, no será mucho que a bueltas les ganásemos la ciudad, porque entre otras gentes que en este socorro vienen son las gentes del rey de Trípol, de los cuales yo tengo entera noticia y experiencia, y conozco muy bien sus señas y banderas y la manera de pelear y la orden con que a la batalla vienen. Yo quiero hazer armar quatro mil cavalleros con las mismas devisas y estandartes suyos, los cuales a manera de corredores saldrán, al tiempo que la batalla se quiera dar, del bosque de Diana con alguna pressa de ganado y tirando derechos para la ciudad, y sobre quitársela será el principio de la batalla; y darse ha lugar a que ellos puedan entrarse dentro /73-vº/ con la presa, donde, si la ventura no nos es esquivia, no será mucho que ganemos la ciudad, porque de otra suerte, con el socorro que ha venido, no será possible ganarla en largos años.

Muy bien les pareció a todos el consejo del buen Palineo, y a la verdad era de cavallero industriado en la guerra. Y paresciéndoles que devía de hazer así, no curaron de les impedir el puerto. Mas el esforçado don Persián y don Briamor de Argos se metieron en las naves, para que con desapercibimiento no rescibiessen ningún daño; y Palineo mandó con grandíssima priessa adereçar la horden que los cavalleros de la celada havían de llevar. Y fueron escogidos quatro mil en todo el real, esquadra por esquadra, tales como para el caso heran necesarios, sabiendo cómo sus enemigos no tenían menos determinación de les dar la batalla, porque el estimado príncipe Mitridano, acompañado de los más principales cavalleros de la ciudad, salió a rescebir a aquellos príncipes, dándoles las gracias de tan grande socorro como le hazían.

Y en aquel día y noche armaron sus tiendas y pusieron sus reales a la otra parte de la ciudad, tan concertados como lo estavan los de los griegos, en los cuales entendía el príncipe de Troya, como aquel que ya en ello se huviera visto muchas vezes; donde, haviendo andado una pieça, tomando consigo dos cavalleros salió del real por una parte bien escondida, como aquel que ya mejor que otro ninguno sabía la tierra. Mas no anduvo mucho que, como la noche hiziesse muy obscura, no viendo persona alguna, sintió passos; y por saber qué cosa fuesse se tendieron en el suelo, donde vieron un cavallero que al mismo officio que ellos venía, cavallero en un hermoso cavallo, todo armado salvo la visera, que en lugar de yelmo trahía una celada, y el yelmo trahía en el arçón para, si huviesse necessidad, aprovecharse d'él. Pues como junto a ellos pasasse, Mitridano le cortó las piernas al cavallo, y todos tres muy prestamente se abraçaron con él y le quitaron la espada y otras armas. Y aunque el cavallero le quisiera engañar, hablando en estraña lengua, no le aprovechó punto, que le pusieron los puñales a los pechos, amenazándole de muerte si la verdad no dezía, con que a la hora le

hizieron confessar que hera espía y que venía a reconocer el estado de la ciudad y del real. Y, tuviendo temor que le matassen, les dixo quién hera, de que los cavalleros fueron muy alegres, ca hera el conde Triburtino, hermano del yndustrioso Palineo de la Ventura. Y quitándole las armas le embiaron a la ciudad presso. Y a la hora, pensando el príncipe Mitrídano un muy buen ardid, se armó de las armas del cavallero preso y, cavalgando en el cavallo que él viniera, al infante Seriano, su primo, mandó que, sin dar parte a nadie, hiziesse armar cien cavalleros, y que con ellos le esperasse en aquella parte muy encubierto, y que le atendiessen hasta que él bolviesse, que sería bien presto, y que a una señal que les dio acom[et]iessen a aquellos que con él viniessen, procurando con muy grandíssima diligencia darles la muerte.

Y con esto passó adelante hasta entrar por el real de los griegos. Como aquel que ya en él otras muy muchas vezes huviera estado, se fue hasta la imperial tienda, y a la puerta de ella encontró con los esforçados cavalleros don Baldín y don Manuel, con el Cavallero Salvaje y con el rey de Hungría, que a la luz de las muchas lumbres los conosció, y ellos cuydaron que fuesse aquel el conde, a quien ellos gran pieça havía embiaran. Y juntándose con ellos le preguntaron si havía alguna novedad entre sus enemigos o en qué disposición estaban.

–Señores –respondió el príncipe Mitrídano–, hágohos saber que la mudable Fortuna nos ha ofrecido el mejor /74-rº/ tiempo del mundo, porque yendo yo por un valle que no muy lexos de aquí está, estando metido en una quebrada de una peña por no ser visto, vi venir dos esforçados cavalleros. Y según lo que entre sí ellos han hablado, el uno es el príncipe Mitrídano y el otro don Seriano, infante de Ponto, su primo; y, si nos damos priessa, bien solos y descuydados los podremos tomar. Yo lo haré si me days quatro cavalleros que vayan conmigo.

Muy bien pareció a todos lo que el que ellos pensavan ser el conde dezía, y como las cosas repentinas no llevan acuerdo, no hubo otro más de dezir que los guiasse donde dezía, teniendo por muy cierto que prenderían a aquellos dos cavalleros que la principal fuerça de sus contrarios heran. Y, dándose muy gran priessa, a aquella parte donde Mitrídano su gente mandara esperar, los cuales todos heran ya venidos, muy bien armados, en disposición de haver qualquier batalla. Y si los príncipes vinieran tan bien avissados como codiciosos de hazer la pressa, a la ventura vieran el engaño, del qual no se guardavan. Hasta que, estando en medio la celada, que metida entre unos riscos estava, Mitrídano puso de presto mano a la espada, y con ella al cavallo del Cavallero Salvaje hiere de una punta por la hijada, tal que dio con él muerto en tierra, y lo mismo al de don Baldín. Y dando una muy grandíssima voz, el infante Seriano y sus cavalleros llegaron prestamente. Muy maravillados fueron los cavalleros de lo que vieran, y luego se temieron de alguna trayción, y el rey de Hungría y don Manuel se apearon. Juntándose con sus compañeros se pusieron tras los cavall(er)os muertos. Mas como Mitrídano los viesse a pie, a sus cavalleros mandó hazer lo mismo, con temor grande que tenía que la escuridad de la noche les hiziesse algún daño, y a los cavalleros acomete con toda la fuerça de su poder. Mas ellos heran tales, y tan acostumbrados a aver batalla de

día y de noche que, aunque el lugar hera muy espantoso para los que con trayción se viessen sobresaltados, no les vino pavor alguno; antes pensando que su muerte sería tan bien vengada que a los enemigos les quedasse la victoria tan sangrienta que no se alabassen d'ella en parte ninguna. Y hechos crueles dragones ponen mano a sus espadas, y la batalla se rebuelve tan encendida y tan cruel como si con otros tantos cavalleros la huvieran havido. Muy valientes cavalleros heran los troyanos, mas si Mitrídano y el infante Seriano no se hallaran presentes, no estimaran en mucho la batalla los esforçados portugueses con el Infante Salvage, porque aún no solamente rescebían el daño que sus personas les hazían, pero aún sus cavalleros, viéndolos delante de sí, peleavan con muy doblado ánimo. El desmallar de las lorigas y el cortar de los escudos y el falsear de los arneses hera tanto y tan espesso que a los troyanos metían en grandíssimo temor de no salir con la empresa comenzada. Mas a esta hora ya de los dardanos heran caýdos más de treynta heridos de mortales heridas, y Mitrídano hazía su batalla con el Cavallero Salvaje, y hera tan espantosa que muchas vezes el uno al otro se hazían hincar las rodillas y las manos en el suelo, y con el grandíssimo fuego que de sus fuertes armas salían se perdían el uno al otro de vista. ¡O, cruel y espantosa batalla la en que estos valerosos cavalleros están! Porque, viendo los troyanos la dura defensa que se hazían, quatro d'ellos se abraçaron con don Baldín sin que su esfuerço ni el de sus compañeros bastassen a le valer, y uno de ellos le dio con una daga dos heridas muy espantosas, conque el buen príncipe perdió grande parte de su fuerça. Y aunque él, poniendo mano a la suya y soltando la espada, con dos d'ellos dio muertos en el suelo, cayó con los /74-vº/ otros dos en tierra, donde, con aquel coraxoso esfuerço suyo, los apretó, que todos tres quedaron abraçados y tendidos en el suelo de manera que quedaron fuera de todo su acuerdo. Aunque los troyanos, en braços del baleroso portugués, dieron el alma a quien su pérfida secta y más las obras me[re]scían, no fueron ninguna parte sus compañeros para librar a don Baldín, porque cada uno d'ellos estava en tan grande peligro que no pensava escapar con la vida. Mas el príncipe, su hermano, a quien más que a ningún o[t]ro⁴⁹⁴ le dolía la muerte de su caro hermano, a don Seriano hiere de un tan gran golpe que, sacándole de todo su acuerdo, dio con él de manos por el suelo. ¡O, furia no creýda que en el singular ánimo del valiente guerrero a esta hora entró! Que, dexando caer en el suelo el escudo, no haziendo más quienta de la temerosa muerte que de la vida, toma la espada a dos manos y entre aquellos cavalleros se mete, tan encendido y coraxoso que de seys golpes con seys cavalleros dio en tierra. Muy mortales heran de atender a esta sazón los golpes, porque, passando adelante, llevando retirados a quantos delante le venían, a Mitrídano hiere al trabés del yelmo de un tan grandíssimo golpe que la sangre en gran abundancia por los ojos y oýdos y narizes le hizo saltar, tan cruel que el pérfido mahomético no supo si hera de día ni de noche; y, redoblándole otro, dio con él de manos por tierra. Y guardándose de los otros cavalleros, que con él se querían abraçar, se juntó con el Cavallero del Salvaje, que del rey de Hungría ya

⁴⁹⁴ orro.

pensavan que havía dado el alma a su Criador, que gran pieça ha[v]ía⁴⁹⁵ le vieran caher en tierra de muy mortales heridas, y así mismo comiençan a hazer grandíssimo estrago en sus enemigos. Mas aprovecholes muy poco su dura defensa, aunque por estos no fueran ellos muertos, ni aun tampoco pressos, porque a la sazón llegaron más de otros dozientos cavalleros que, como viniessen de refresco, a los cavalleros hieren de tantos y tan espessos golpes que muy a la continua les hazían poner las manos y rodillas en el suelo. Y no se pudieron tanto defender que, una hora antes que la clara mañana viniessen, ellos no fuessen heridos de las crueles heridas que en cavalleros nunca se vieran, con las quales, faltando la sangre con que se defender, vinieron al suelo aquellos tan estimados cavalleros. Y, aunque sus contrarios huvieron tan sangrienta la victoria que noventa y cinco cavalleros fueron muertos, mucho plazer rescibieron de avellos vencido, si así se puede dezir aquellos que, mostrando en todo el valeroso esfuerço suyo, hazen todo lo que son obligados. Y, tomándolos a todos quatro, se quisieron yr con ellos para la ciudad.

Mas la fortuna de los príncipes les fue más favorable, porque con la tardança de aquellos cavalleros, temiendo el conde Gariano a la ventura no fuessen perdidos, con muchas gentes por muchas partes los andavan buscando, y a aquella sazón llegó al espantoso balle. Y como él se huviesse acercado más a la ciudad, venía por la parte misma que los cavalleros troyanos havían venido, con una compañía de treynta cavalleros bien adereçados, y él venía delante de todos. Mitrídano, que hera el primero de los suyos, como viniessen muy herido no reconoció si fuessen de sus gentes o no, y en alta voz les dixo:

–Vosotros, que venís descansados, tomad estos cavalleros y, vivos o muertos, llevadlos a la ciudad, y poned en ellos buen recado, que es la mejor presa que en esta guerra se ha hecho.

–Así lo creo yo –dixo el valiente Palineo de la Ventura–, mas no será ello como vos cuydáys.

Entonces tomaron los quatro príncipes, con el pesar que se puede pensar de verlos tales, y a gran priessa fingieron dar buelta /75-rº/ con ellos para la ciudad. Mas como la clara mañana se quisiesse mostrar, y a la sazón huviesse más escuridad que en toda la noche, adelantándose ellos algún tanto, sus contrarios no los vieron, y ellos dieron la buelta para el real, con tantas lágrimas y sollozos del buen Palineo que el rostro del rey de Hungría, que llevaba, tenía bañado de espessa y dolorosa agua. No menos lo hazían los otros ca[v]alleros⁴⁹⁶; mas, siéndoles por Palineo mandado que el secreto de aquello so pena de las vidas guardassen, porque la gente con falta de tales capitanes no mostrassen algún desmayo, los cavalleros fueron llevados a la tienda del Rey de Hungría, donde, dando d'ello parte a la emperatriz, supplicándole mostrasse consuelo por lo que tanto les tocava, fueron curados de sus heridas, que heran tantas y tan crueles que a los cirujanos pusieron temor de sus vidas. Y en todo el día siguiente no bolvieron en sí, y a los del real fue dicho que una mala disposición de haver atalayado toda la noche le[s] avía venido.

⁴⁹⁵ *hania.*

⁴⁹⁶ *canalleros.*

Del príncipe Mitrídano vos digo que tardó un tanto en llegar a la ciudad, quedando por reconocer si habían sido sentidos; mas no se detuvo tanto que, quando Palineo con mucha de su gente bolvió en su busca, le hallasse; y entrando en la ciudad, ante que sus heridas curasse, preg[u]ntó⁴⁹⁷ dónde avían puesto los griegos. Mas ninguno le supo dar razón d'ellos, de que, siendo muy enojado, mandó que de la Puerta del León supiesen quiénes heran hasta treynta cavalleros que poco antes entraran en la ciudad. Mas, hallando poco recado en lo uno como en lo otro, a su padre, el rey Astorildo, que por lo ver hera venido, le ruega, si era possible saberse quién aquellos cavalleros heran, se lo dixesse. El rey lo hizo; y sabiendo por sus artes, lo que quería le dixo a Mitrídano, que, renegando de sus dioses, hecho una ponçoñosa bívora, se hizo curar de sus heridas. Parecía una Furia infernal el perverso moro con su enojo, que hera tal que a la sazón no conocía ningún sancto en el cielo que peor no fuesse que los más atormentados en el avismo infernal. Y otro día, no se levantando de la cama aunque pudiera, según la buena cura que en él hizo el rey Astorildo, su padre, que en ninguna otra cosa se entendía. Mas la noche siguiente, visitando los reyes de Áffrica que en su favor vinieran, entre los quales heran el rey de Libia y el rey de Getulia, el de Mauritina, el de Cartago, el de [N]u[m]idia⁴⁹⁸, el de Sármeta y Tripol, y el rey de Chipre con otros muchos y valerosos príncipes, tanto que la mayor parte de Áffrica en su socorro se moviera, para otro día se concertó que la batalla campal a sus enemigos se diesse. Y haziéndolo pregonar, en la tienda del poderoso rey Bariato de Cartago se puso una bandera toda negra, en señal de que todo punto hera cerrada la puerta a la clemencia contra sus enemigos. De allí adelante, el que tomava a ninguno a prisión tenía pena de muerte, la qual contra él era executada con todo rigor.

Pues como en el real de los griegos fuesse sabida la determinación de sus contrarios, aunque los quatro príncipes estavan tales que ninguna cosa con ellos se platicava, el valeroso príncipe de Macedonia con Palineo de la Ventura, de quien estas cosas a la sazón principalmente colgavan, acordaron que la batalla se diesse, y para ello aquel día y noche entendieron en repartir y hordenar sus hazes, que tenían por valerosa gente a los affricanos, las quales repartieron en quatro batallas. La primera lleva el príncipe Briamor, y en su compañía don Persián, con muchos cavalleros de su linaje; la segunda llevaba el príncipe de Macedonia, y la tercera el príncipe Folispinel de Sicilia, un valeroso príncipe que poco antes al real llegara; el último quiso ser Palineo con la gente de Antiocha.

/75-vº/

Capítulo 32: Cómo la ciudad de Troya fue ganada con la venida de los príncipes griegos, y Policena restituyda y casada con el príncipe don Luzidaner.

El soberano Hazedor ya quería que la desheredada princesa Policena bolviesse en su real

⁴⁹⁷ *pregnnto.*

⁴⁹⁸ *Munidia.*

estado, que tan sin razón le estava tiranizado, mostrando para ello sus acostumbradas maravillas, no queriendo consentir más que semejante fuerza pasasse como la presente; pues, aunque muchas vezes graves y inormes peccados dissimula, esperando que los que en ellos están se combiertan y vivan, al fin, no lo queriendo hazer, es para su mayor condenación, como al presente se mostró en estos sobervios troyanos, que permitiendo subirlos a más estado con tantos y tan valerosos socorros de gente, quiso castigar con su divinal mano a los unos y a los otros porque quedasse más enteramente memoria, y todos más sobre el aviso de emprender cosas justas y razonables.

Pues comenzando a mostrarse el claro día rutilante y sin ñublado alguno, porque mejor la batalla pareciesse, guardando todas las cosas con atención para que aquella sola se viesse, los troyanos y affricanos en gentil hordenança sacaron sus gentes al campo, tan luzidos quanto ya lo fueran las compañías de(e)l estimado Aníbal, su predecessor. Los griegos hizieron lo mismo, no con menor gracia y desembuelta apostura que ya el rey Agamenón con los otros, sus valedores, en aquel campo muchas vezes hiziera. Y siendo todos juntos, el valeroso Felixpinel, por mandado del general, les dixo las siguientes palabras, guardando todos la atención que en tal caso se requiere:

–Bien sé, soberanos príncipes y valerosos cavalleros, que ni mis palabras han de ser parte para acrescentaros el esfuerço, pues no lleva argumento, ni enseñaros de la suerte que en la batalla os havéys de aver, pues de cada uno tantos exércitos como los presentes podrían ser regidos, y debaxo de quien tan gran encomienda el emperador, mi señor, dexó hecha. Mas solo quiero hablar por traheros a la memoria, valerosos guerreros, que esta batalla no es semejante a ninguna de las que en el mundo ayan sido, porque en aquellas qualquiera de las partes que sea vencida no queda en memoria por sobrepujado, mas de aquel solo a quien el cargo y governación pertenescía, o aquel de cuyo interesse en ella principalmente se tratava, muy al rebés de la presente, en la qual para morir, como soys obligados, cada uno es capitán general, y de cada uno el negocio principalmente cuelga, porque la ausencia del emperador, mi señor, a cada uno dexó esta carga. Pues es notorio y cosa muy conocida que nosotros solos seremos de aquellos de quien nuestros enemigos triunfarán, pues es muy cierto que, jamás siendo vencido el emperador, si al presente nosotros no fuésemos vencedores, a nuestra cobardía solamente sería imputado. Mirad pues, valerosos príncipes, quán lexos estamos de nuestras tierras y quán cercados de enemigos, y que solas nuestras armas y coraçones son los valuartes, los fosos y cercas de que nos hemos de aprovechar, y lo que de vencer a ser vencidos se atrabiesa. Poned vuestras honras delante y, no dando lugar a que la yra subjete a la razón, llevando aquella por delantera, el soberano Señor nos dará aquella victoria que nuestra justa empresa demanda.

Y como esto oviese dicho, dando fin a sus palabras, conociendo todos quánta razón tuviera, se apearon para romper contra sus enemigos, a los quales el príncipe Mitridano habló en esta guisa:

–Estando contino, poderosos y altos príncipes, reyes y señores, nuestros enemigos tan sobervios y orgullosos con las prosperidades que cada día les suceden, que no solo no se contentan

con poseer sus tierras con grandes acrecen -/76-rº/- tamientos y libertades de las que sus passados posseyeron, pero aún con tiranía y sobervia quieren ocupar las estrañas, porque aviendo passado en Babylonia por sola su locura, y mostrando en ella grandes poderes, paresciéndoles haver hecho poco, han querido tomar al rey, mi señor, lo que con tan justos títulos tantos tiempos ha le pertenece. Por lo qual por los soberanos dioses, militares guerreros, avéys sido embiados, para que, mostrándoles su gran locura y castigándoles d'ella, la fama de vuestro poder y valeroso esfuerço por toda la tierra se publique, para lo qual no ay que traeros a la memoria, pues vuestros progenitores con tantas y tan crescidas victorias sus nombres por toda la tierra publicaron. Solamente quiero dezir que, aunque por vuestros esfuerços la victoria no esté prometida, lo principal d'él consiste en la horden y obediencia de los capitanes, porque solo en la guerra y militares exercicios se suffre los mayores en estado y linaje obedescer a los menores a quien los cargos están encomendados. N'os ciegue el tener en poco a vuestros contrarios el sentido de la razón, pues que el mayor vencimiento es vencerse hombre a sí mismo.

Pues como estas y otras cosas huviesse dicho, encaresciendo con soberanas palabras el grande esfuerço de(e)l troyano príncipe, la primera haz, que el rey de Cartago llevaba, comenzó a mover, y ansí mismo el valeroso don Persiano y Briamor, habiendo avisado a los del Bosque de Diana lo que les cumplía hazer; los quales, como ya vieron que las batallas se querían mover las unas contra las otras, salieron del bosque con sus estandartes y banderas, y de las devisas que del rey de Tripol trahían, que un lobo amarillo en campo negro era. Delante de sí llevaban más de tres mil bacas, y del otro ganado cosa ynnumerable, con más de dos mil camellos, y muchos hombres tras sí en son de captivos, y llevaban la pressa muy de arrancada, como que fuessen por (a) acogerse con ella a la ciudad.

Los troyanos y affricanos, que lo vieron, con grande alegría los salieron a recibir, y ellos, como vencedores, comenzaron a hazer grandes señales de alegría, tocando trompetas y atabales y otros diversos instrumentos. Pues por mandado del esforçado Palineo, de su haz salieron contra ellos diez mil cavalleros a la ligera, los quales, llevando mando que sin se rebolver con ellos no curasen de más de apretarlos hasta cerrarlos dentro las puertas de Troya, se dexaron correr por aquel campo sin que del affricano exército saliesse contra ellos persona alguna por no se desbaratar, como aquellos que les parecía que, antes que los griegos llegassen, los otros serían encerrados en Troya con la presa. Mas imbiaron a mandar a toda furia con un cavallero que, siendo necessario, de Troya saliessen en su socorro. Mas los cavalleros que en seguimiento de los otros yvan llegaron a escaramuçar con ellos, fingiendo quererles quitar la presa, y con esto del real salían cada vez más gente. Los troyanos, como les fue mandado, salieron en socorro de los que traían la presa, y dando con ella dentro en la ciudad los metieron consigo, y a las puertas comenzaron a hazer rostro, estando ya todos ellos dentro, sin que los troyanos tuviessen conoscimiento del engaño que les hazían, tan cruel, para su destruyción.

Pues como Palíneo huviesse visto su ardid tan bien executado y tanta gente de los suyos dentro en Troya, aviéndose él acercado a la ciudad como que reconocía por la parte que le convenía romper, dando una vuelta en caracol se juntó más a la ciudad. Entonces, con gran presteza, mandó a una parte de los suyos, que de más de veynte mil passavan, que arremetiesen a la ciudad, avisándolos de lo que antes no sabían: que los cavalleros de la presa eran de los suyos. Entonces con singular presteza arremetieron para la ciudad, las puertas de la qual hallaron abiertas, sin que los troyanos huviesseen sentido el engaño. Entonces con gran grita, nombrando a la infanta Policena, se dexaron /76-vº/ correr por aquellas calles, hiriendo y matando en los troyanos. ¡O, miseria humana, la qual a la sazón passa porque, no baliendo a la cruel furia de los vencedores fuerças ni ardimiento, las calles yvan corriendo sangre! El fuego se comenzó en gran abundancia; estaban los miserables troyanos no sabiendo qué se hazer, tan turbados que aún para tomar las armas no tenían sentido. Los gritos de los heridos, los clamores de los niños, las lástimas, angustias y querellas de las mugeres heran tantas y tales que los cielos con ellas rompían. Salían las miserables huyendo del espantoso fuego y metíanse por las agudas lanças y espadas de sus enemigos. ¡O, confusión terrible! Porque, no hallando otro remedio a sus males, abrieron todas las puertas, y por ellas como mejor podían huián la buelta del real, en el qual a esta hora no menos aprieto avía, porque, siendo por ellos conocida la mala burla de sus contrarios, con furia no creyda en buena ordenança movieron para les dar socorro. Mas hallan delante a sus contrarios que, por mandado de sus capitanes, porque la ciudad socorrida no fuesse, estaban todas las hazes en un cuerpo, todas sus hileras muy derechas en punta para que sin su perdimiento ella no pudiesse ser defendida. Bajan las lanças los unos y los otros, y con su juntar hazen reteñir los cercanos montes y balles, oyéndose el ruydo veynte millas dentro en la mar; del gran temblor no solo rescibieron pavor los comarcanos, pero, desamparando su corrida, las ligeras aves vinieron al suelo. Ya las animalias brutas y salvajes, dexando sus cabernas, salieron a los llanos. Más de quarenta mil vinieron al suelo, de los quales muy pocos se levantaron, siendo unos muertos de los encuentros y los más atropellados de los pies de los cavallos. ¡Quién fuera de tan alto ingenio que bastara a escrevir la crueldad con que estos hambrientos enemigos de sí mismos se trataban, la muchedumbre de espadas que a un tiempo se sacaron, relumbrando sus templados azeros, de tal suerte como en el tiempo del berano, en la oscura noche, passado el día caluroso, suelen parecer los rayos de la quarta esfera! Comiença a poblarse el campo de cuerpos muertos y a teñirse sus hiervas de roja sangre, a hazerse nuevos arroyos d'ella que en la mar causavan nueva turbación, qual suele el turbio Ródano con su entrada mostrar. ¡O, cuántos botos, sacrificios, promesas, romerías, ayunos y otras sanctidades se prometían por aquellos que en el duro conflicto se hallavan, si la victoria de su parte se siguiesse! Tantas heran y tales que bien creo a los vencedores, después del vencimiento, no se les acordaron las medias, y aun los más, aunque se les acordaron, no las cumplieron, poniéndoles más achaques que a los humanos contractos buscarse le suelen por los porfiados litigantes, por no pagar aquello que son deudores. La batalla andava muy en peso, que de todas partes avían tantos y

tales cavalleros que muy bien la parte que ocuparan del campo defendían. No se halló aquel día griego alguno herido por las espaldas, porque ellos ivan en tal concierto que nunca sus enemigos se las vieron.

A esta sazón la batalla se enciende más cruel y furiosa que de antes, porque del affricano ejército salieron quatro mil carros falcados, poblados de infinitas armas de diversas formas. Llevavan en cada rueda seys espadas largas tajantes, contra las quales ninguna humana arma bastara a defenderse. Cada carro hera llevado por dos crueles toros que para esto de sus tierras binieran apercebidos; encima d'ellos no venía alguna persona que los guiasse, porque, haviéndolos puesto de cara de sus enemigos, encima de cada carro se encendió un gran fuego, que a los indomados toros algún tanto tocava, y a una señal que se hizo todos se encendieron juntos. Las trabadas esquadras se retiraron, metiéndose detrás d'ellos. ¡O, quién pudiera mostrar de la suerte que el no acostumbrado ingenio se dexó correr entre aquella griega gente! No teniendo lanças ni espadas ni otras armas, no ay fortaleza que se le resista ni co- /77-rº/ -raçón humano que se defienda, ni libre del temor. Compassión me toma de ver cómo aquellas esquadras se rompieron, no quedando un cavallero con otro. Innumerables d'ellos fueron muertos; por donde quiera que passavan dexavan los hombres cortados por medio, hecha crueldad no pensada; los que quedavan eran puestos por el filo de las espadas de los sarracinos y affricanos. No se vio temor ygual a esse, porque parescía que el fuego y armas se huviessen juntado contra ellos. No estuvo en mucho de ser del todo perdidos; mas no le cegando el súpito temor los coraçones tan bentajosos, como cada uno d'ellos fuesse capitán de sí mismo, el ejército se partió en dos partes, recobrando las laderas de dos quèstas, que donde la batalla se hazía assaz provechos[a] para ellos, porque las bestias, furiosas con el fuego que las calentava, no pararon hasta se lançar en la mar, a la salida de la qual proveyó el buen Palineo con dos mil cavalleros; que començando a mirar a sus gentes, que muy perdidos y heridos y destroçados estavan, quería tornar a la batalla, [q]ue⁴⁹⁹ a la sazón era assaz desyqual.

Mas en estos comedios el soberano Castillo de la Fama pareció por medio de aquellos llanos, con tanta belocidad qual suele traer la caudal águila tras las fugitivas aves en quien dessea hazer su presa. Al un ejército y al otro puso temor, aunque a los griegos les pareció ser aquel el castillo en que su príncipe fuera llevado; del qual a la ora salieron la flor de los cavalleros, armados de ricas y resplandecientes armas, todas de una devisa: heran indias, y por ellas muchas flores blancas. Sola la estimada Hermiliana, que aquella batalla salir quiso, venía armada de armas pardas, y en el escudo traía por armas el Olvido, como cosa que a la sazón más la lastimava. El castillo desapareció, y el emperador y príncipes se vinieron para sus cavalleros. ¡O, quién bastasse a contar el plazer y alegría que en los coraçones de los presentes entró! Cosa sería fuera del propósito que se pretende.

Començaron a tocar todos sus instrumentos; los gritos y alaridos de pequeños y mayores

⁴⁹⁹ pue.

llegaban al cielo. A la emperatriz fueron corriendo a decirle que el emperador y príncipes heran venidos con todas las damas y princesas que de Babylonia fueran llevadas; que, no pudiendo creer nuevas de tanta alegría, salió acompañada de sus guardas por los recibir. Mas junto a la tienda encontró con aquellas seys princesas, que para ella se venían, y con ellas el valeroso Duque de Thebas, que hincándose de rodillas le dixo:

–Sereníssima princessa, rescebí este servicio en pago de algunos de sus contrarios, que por mí contra lo que era obligado se causaron.

–Duque –respondió la emperatriz–, con este servicio presente, qualquiera del mundo queda bien soldado. Levantaos, que vos principalmente seréys el que no perderá nada en ello.

Entonces abraçó a aquellas princesas, que ante ella de rodillas estaban hincadas, con tantas lágrimas de plazer quantas ya del pesar derramara. Ellas le besaron las manos; el alegría fue tan grande que por gran pieça palabra alguna se hablaron hasta entrar dentro en la tienda, donde de nuevo se tornaron a recibir. Mucho contentamiento mostrava la emperatriz con la linda Sirena, su hija, mas el amor que tenía a la estimada Florisbella era tan grande que de los braços no la podía dexar.

–¡Ay de mí, queridas señoras –dezia la emperatriz–, y cuán cruel fue aquel traydor que ansí me dexó, sola, privada de vuestra tan sabrosa combersación, que ya si a mí también me llevara quedara contenta!

–Mi señora –respondió Imperia–, si esso fuera, no desseáramos salir tan presto, que ha sido la principal causa de nuestra libertad, con la priessa que avemos dado a los que nos guardavan.

Estas y otras cosas passavan entre aquellas soberanas princesas a la sazón que el príncipe don Belianís, haviendo tornado a repartir sus deshordenadas esquadras, encomendando la retaguardia al emperador, su padre, y al rey de Francia, él y el buen Sabiano de Trebento, con el esforçado don Luzidaner, su hermano, y don Castel de la Rosa, /77-vº/ con el duque Armindos de Thebas, Arsileo y don Brianel, don Serafín de España, el buen don Contumeliano de Fenicia y su primo Florispiano con los demás principales cavalleros se passaron a la delantera, dexando al buen Palineo con el emperador platicando diversas cosas, dándole quenta del ardid con que aquella mañana la ciudad se avía ganado. La balerosa Hermiliana, princesa de Francia, yva ent[r]e los dos hermanos. Su valerosa postura no menos hera de mirar que la d’ellos.

A esta sazón las batallas tornavan a romper las unas con las otras. Los affricanos, con esperança muy cierta de la victoria por el estrago que ya en sus enemigos havían hecho; los griegos, sin temor alguno por la venida de tan gran socorro con que todos al universo no estimavan en nada, tornan a poblar los campos con ynfinidad de cuerpos muertos. Ver el valor de los príncipes don Belianís y don Luzidaner con la estimada princesa sería cosa de admiración, porque entre ellos no parava cavallero alguno que no sea con espantosas heridas muerto.

–¿Queréysme seguir, mis señores? –dixo Hermiliana a los príncipes.

–Hazed a vuestra voluntad –dixeron ellos–, que nosotros tendremos cuydado de obedeceros.

Entonces la hermosa señora, hechando el escudo a las espaldas, tomó el espada en ambas manos y, dando golpes a una y a otra parte, colando por las lanças y espadas como si fueran muy delgadas cañas, rompiendo por la mitad de aquellas gentes como furioso rayo entre las nieblas, llevando a su lado a los dos príncipes, que como crueles dragones con su fiera y desapiadada fortaleza la llevan, sin que las más vezes hallassen en quién executar sus golpes, pues las tres colunas de la cavallería, de tal suerte hasta llegar al estandarte del rey de Cartago, al qual hizieron pedaços. No menos hizieron del rey de Chipre; en toda aquella haz no quedó estandarte ni vanderá que no fuesse hecha pedaços y muertos los que lo trahían. Los affricanos andavan tan turbados que, no viendo a qué parte acudir, andavan como las ovejas sin pastor, haziendo remolinos sin saber a qué parte le[s] cumplía valerse; que, temiéndose su destruyción, por sus amigos todas sus hazes, tendiendo sus lanças, desplegando sus señas, tocando sus militares instrumentos, todos juntos entran en la batalla, con que los dos príncipes y princesa Armeliana fueron puestos en peligro de muerte, porque, rompiendo con ellos innumerables gentes, hallándolos en la delantera muy apartados de los suyos, los pusieron en el suelo. Los cavallos fueron muertos, y aun ellos poco menos que fueron atropellados de los pies de los cavallos; y como ellos cayessen y la gente viniesse muy de arrancada, en el lugar que ellos cayeron más de cinquenta, tropeçando los unos con los otros; que, causándoles el peligro antes esfuerço que desmayo, se levantan, y todos tres juntos hazían tales cosas que serían dignas de no ser creýdas. Mas hera tanta la gente que por les dar la muerte llegava, que d’ellos y de los cuerpos muertos les tenían delante hecho un cercado. Mas el entrarles hera impossible, porque ya los tenían tan escarmentados que no ossavan sino de lejos arrojarles lanças y azagayas y otras armas arrojadizas, principalmente flechas, que d’ellas estavan tan poblados que parecían herizos.

Mas como las batallas de los griegos se huviessen juntado, andando muy crueles y espantosas, el emperador, hecho una emponçoñada bívora, no viendo a sus hijos, con toda la gente de sus aguardadores se mete por medio de aquellas hazes, que, llegando a se lo contradize el rey Astorildo con el príncipe Mitrídano y pieça de buenos cavalleros, fue por mayor daño suyo, porque, no le valiendo sus máxicas artes, el emperador hiere al rey Astorildo de tan cruel golpe que la cabeça le hizo bajar hasta las cervices del cavallo. El baleroso duque de Tebas, que a la batalla viniera, le assegundó otra tal que la cabeça hubo hecha dos partes. No le pudo valer el troyano hijo suyo, porque don Contumeliano, que mayor enemiga que ninguno le te[n]ía⁵⁰⁰, se ju[n]tó⁵⁰¹ /78-rº/ con él y de crueles golpes le martilla.

Con estos embaraços y muerte del rey troyano y pérdida de sus principales capitanes, los affricanos se comiençan a retraer a sus reales. Mas sus enemigos van tan en buelta con ellos que no les dan lugar a ello, que del todo les cumple bolver las espaldas. Lo mismo hizieron los troyanos,

⁵⁰⁰ *teuia.*

⁵⁰¹ *juunto.*

viendo su ciudad perdida; y aún el príncipe Mitrídano, como aquel que jamás perdió el corazón, pensando todavía de remediarse, se fue con ellos a la mayor priesa que fue possible, y se metieron en sus naves, a la entrada de las quales se perdieron la mayor parte d'ellos. Y los que quedaron se hizieron a la b[e]lla⁵⁰², metiéndose en alta mar; donde, bueltos en África con tan gran pérdida y mayor pensamiento de vengarse, los dexaremos con el príncipe Mitrídano, que a la isla de Ponto se recogieron, por dar fin al propósito comenzado.

Capítulo 33: De lo que se hizo en Troya fenescida la batalla, y cómo los príncipes llegaron a Constantinopla y fueron casados la princesa Florisbella con el príncipe don Belianís, y Imperia con don Contumeliano.

Grandes gritos y alaridos se levantan por todo el real, tocando los militares instrumentos, arrastrando las contrarias banderas, trayéndolas so los pies de los cavalleros, que no avía cosa de tanto dolor para los vencidos. Mandó abrir todas las puertas de Troya y, armando un hermoso castillo con quatro arcos triumphales que la gente de Antiocha traxera, en él suben a la princesa Policena y, con acompañamiento de la mayor y mejor gente de los reales, entró en la soberana ciudad, y con el emperador y príncipes fueron a posar a los reales palacios, donde hallaron muchas damas assaz llorosas, que por Policena fueron consoladas, prometiéndoles largas mercedes. Aquí de nuevo se tornaron a recibir; el alegría de todos hera tal que no cabían en sí de plazer, y luego, aviendo hecho passar a los reales palacios al rey de Hungría y a los príncipes don Baldín y don Manuel con el Cavallero Salvaje, porque el emperador y príncipe don Belianís no se querían apartar d'ellos, aviéndoles dicho que sus heridas no heran de peligro, se comiençan nuevas alegrías y plazer.

Y aviéndose informado dónde su primo de Palineo de la Ventura estava preso, fueles dicho cómo, al tiempo que en la ciudad se entrara y los cavalleros d'ella se havían salido, le llevaran consigo. Y ansí era la verdad, que Mitrídano le hiziera llevar a la ciudad de Cartago preso por se satisfazer en algo de su pérdida, y a su tiempo os diremos lo que en su libertad se hizo. Mucho le pesó a Palineo, pensando averle perdido, mas don Belianís le consoló diziendo y prometiéndole de le buscar en todas las partes que fuesse possible. Y de allí adelante fue estimado Palineo por uno de los principales cavalleros, y de quien en cosas de afrenta más caso se hazía. Policena le hazía más honra que a otro alguno.

Pues a la hora se dio mandado por todo el reyno y las tierras comarcanas a él sujetas, haziéndoles saber cómo su verdadera señora era viva y desencantada, que antes por los que de Babylonia vinieran avía(n) sido assaz publicado. Y todos siendo d'ello(s) muy alegres, aunque no faltó quien lo contradixese, vinieron a Troya, a donde Policena fue alçada por reyna y con las

⁵⁰² *blla.*

solemnidades acostumbradas jurada, y por todos aquellos cavalleros obedescida.

Y luego, como aquella que desseava en todo contentar a su amante, estando el emperador y todos los príncipes juntos hablando en su partida, ella entró con los principales del reyno, y hincándose de rodillas ante el /78-vº/ emperador, no bastando su cortesía a hazerla levantar, dando causa a que el emperador hiziesse otro tanto, ella dixo alto:

–Poderoso señor, conocido tengo que en el universo hasta agora no aya avido quien con más justo título y causa deva ser sierva vuestra que yo, a quien, demás de haver hecho señaladas mercedes restituyéndome en este reyno, que contra mí estava tiranizado, poniendo en ello las vidas y estados vuestros y d'estos tan altos príncipes, me avéys hecho venir en conocimiento del hierro de nuestra perfidia seta⁵⁰³, tan agena del verdadero conocimiento de vuestra ley; por lo qual, allende de las demás, resta hazerme dos mercedes: la una, que deys horden como yo sea christiana y estos cavalleros, que en ninguna cosa creo son agenos de mi voluntad, y que vuestra ley se predique en estos vuestros reynos, porque yo creo que todos serán en un consentimiento. Y la otra que, pues el tiempo es assaz conveniente, me caséys de vuestra mano con un cavallero tal qual es razón se dé a quien ha de quedar en parte que tanto os á costado.

Y con esto dio fin a sus palabras, tan alegres para los presentes. El emperador, con mayor contentamiento que jamás tuviera, la abrazó, diziendo:

–Mi señora, bien se parece vuestro sobrado conocimiento ser mayor que de ninguno hasta agora se aya dicho, pues tan ventajoso remate le quesistes dar. Y hágase luego lo del alma, que después se hará todo lo demás.

Y no se det[e]niendo⁵⁰⁴ punto, ella fue bautizada con todos aquellos cavalleros. Mas, por mayor honra de la reyna, se bautizó la hermosa Florisbella y reyna Aurora con todas sus donzellas, y el buen Palineo de la Ventura con todos los principales cavalleros de Antiocha, con que se hizieron las mayores fiestas que hasta entonces en Troya fuessen hechas. Y acudiendo la mayor parte del reyno a ellas, con buena diligencia de los predicadores todo el reyno se combertió, porque hasta entonces nunca olvidaran la gentilidad.

Pues como el emperador viesse el buen subcesso que las cosas llevavan, siendo hecho aquello sin lo qual no se alcança la eterna gloria, tomando por la mano al príncipe don L[u]zidaner⁵⁰⁵ se llegó adonde la hermosa Policena con las otras damas estaban, diziendo:

–Agora, mi señora, me quiero quitar de deuda para con vos. Yo os doy este cavallero para que en mi nombre, pues ya soy viejo, sirva a la crecida obligación en que yo quedo.

Entonces el arçobispo de Constantinopla les tomó las manos y, llegándose a la rey[n]a Aurora, llamando a don Brianel, le dixo:

⁵⁰³ Probablemente: “del yerro de nuestra pérfida secta”.

⁵⁰⁴ *detnniando*.

⁵⁰⁵ *Lnzidaner*.

–Señora, determinado tengo, por los enojos que este cavallero me ha hecho, de desterrarle de Grecia⁵⁰⁶; por esso, ved si le queréys coger en vuestro reyno.

–La merced, mi señor, es tal –respondió la reyna–, que solo el obedescer tiene por respuesta.

Entonces fueron ansí mismo despossados, con el alegría que pensarse puede; los de Antiocha le vinieron a besar las manos. Entonces se començaron a tocar los instrumentos en el palacio, y hazerse grandes fiestas, justas y torneos, y otras mil imbenciones, en las cuales se detuvieron muchos días, goçando el príncipe don Luzidaner de su señora con mucho contentamiento, y assí mismo don Brianel. Y detuviérase mucho más si el desseo que don Belianís tenía de verse en Constantinopla por celebrar sus bodas no fuera tan grande que dio causa a abreviar su partida. Y assí mandaron al piloto general que la adereçasse, no con poco sentimiento de la hermosa Policena y de todo el reyno troyano, que grande amor y voluntad les cobraran. El príncipe don Luzidaner supplicó al emperador le dexasse yr a acompañar a la emperatriz, mas el emperador bien conosció que aquel era cumplimiento que al príncipe estava bien hazerle y que no hera justo aceptarse. Y no le consintiendo yr, diziéndole que hera justo que se quedasse, que aún el reyno no quedava bien seguro, salen todos de la ciudad, aviendo hecho recoger toda la gente a las naves. Donde a la ribera, despidiéndose de la reyna Policena /79-rº/ con tantas lágrimas d’ella y de las hermosas Florisbella y Hermeliana que parecían no recibir consuelo, se embarcaron.

Donde, alçando las velas con próspero tiempo, la reyna Aurora y don Brianel la buelta de Antiochía y el emperador para Grecia caminaron por muchos días la alta mar sin contraste alguno, hasta tanto que una tarde, ya que el sol se quería poner, la flota toda junta se halló en el puerto de Constantinopla; donde, çabordando* las naos para tomar puerto, de las armadas galeras se comiença a sonar tanto número de instrumentos que la ciudad querían hundir con el gran sonido que por ella retumbava. No estaban los de la ciudad descuydados, porque, esperando cada día al emperador, tenían un no menos honoroso que bien aparejado resecebimiento como para los que venían pertenescía. A la marina tenían hechas dos puentes, tan ricas y bien trazadas como si en tierra firme fueran fechas. Cada una tenía un gran tiro de arco de largo; en el medio d’ellas avía dos arcos de altura inestimable, con grandes y soberbias tallas y molduras en el uno. Al medio estaban puestas dos figuras al natural que parecían bivas, cubiertas de oro y perlería. En la una dezía “Florisbella, princesa de Constantinopla”, y en la otra “Don Belianís, príncipe de Babylonia”. No se vio cosa más bella de mirar; la puente estava toda cubierta de brocado, y los andenes eran de muy fina plata. Al cabo de la puente estaban veynte príncipes con las armas imperiales, y cada uno de ellos venía acompañado con quinientos gentiles hombres. Todos estos venían de tres devisas: los unos venían bestidos de raso carmesí, y los otros de terciopelo morado, los otros venían de brocado verde. Todos estaban a pie, sin que en toda la ribera oviesse ningún cavallo, excepto aquellos que para los

⁵⁰⁶ Quizá se refiera al hecho de que, en la *Primera Parte*, don Brianel propició una revolución en la ciudad de Antiocha para devolverle a Aurora sus tierras, que le habían sido arrebatadas por el rey Galanio.

príncipes y princesas estaban aderezados. Más bien apartados de la orilla, en dos bandas que en unas cuestras que a los lados de la ciudad se hazían, parecían veynte mil cavalleros armados, excepto de yelmos, a la ligera con lanças en las manos; sobre las armas ricos adreços de oro y seda, los cavallos encubertados y los más de brocado carmesí, conforme a como antes fuera hordenado. Cosa era digna de mirar la otra puente, que de la forma d'esta hera. En el arco triumphal d'ella dezía, en una sola figura que en ella se mostrava: "Hermiliana, princesa de Francia". Ante ella se mostravan muchos cavalleros en forma de rendidos, que las espadas le davan por las empuñaduras.

Por estas puentes salieron todos los príncipes. El primero, el emperador, y con él, el rey de Francia y el de Hungría. Después salió la princesa Florisbella, llevándola por la mano el estimado príncipe don Contumeliano de Finicia, y tras ella la linda y soberana princesa Imperia de Tartaria, llevándola por la mano el valeroso príncipe don Belianís, que, aunque sus amores tan de veras en el príncipe don Contumeliano tuviese puestos, no dexava de estar la más contenta del mundo cuando al príncipe de Grecia vía ante sus ojos. Tras ellos yva la linda y belicosa Hermiliana, y con ella, trabadas las manos, la hermosa infanta Sirena y Matarrosa, y después todas las otras damas y príncipes y cavalleros.

Pues como a la playa llegaron, allí hera más hermosa cosa de mirar, porque estava el camino hecho para entrar por la ciudad por una buelta de unas hermosas huertas, que a la manera de una calle yvan entretexidas todas las calles de innumerables arboledas y arrayanes y otra diversidad de flores y frescuras. Y si el día algo más les durara no se oviera visto cosa ygal, aunque las luzes artificiales heran tantas que nueva claridad a la tierra causavan, no menos resplandeciente que la del claro y luzido Phebo. En una parte, junto a la ciudad, havía un pequeño monte, en el qual se havía puesto innumerable leña y madera, muchos y muy hermosos pinos entretexidos de diverso betún con que, en pegándole fuego, començó a arder tan recio que las llamas llegavan al cielo. No se vio /79- vº/ cosa más espantosa: parecía que el universo se quemase. Si lo viera el cruel Nero, viera el cruel fuego que tanto desseava quando a su propia tierra con espantosas llamas hizo encender. La grita y el alboroto, el estruendo que los cavalleros hazían, arremetiendo sus cavallos a una y otra parte, cosa espantosa hera de oír. No sabían si en el cielo o en la tierra estuviessen, porque, haziendo temblar la tierra comarcana con la muchedumbre del fuego, parecía que estuviessen en la quarta esfera. Delante de las princesas yvan todos los príncipes y cavalleros que de la ciudad salieran a pie. Ellas ivan debaxo de un palio, como oy día se acostumbra, de un riquíssimo brocado, con tantas perlas y piedras de gran valor quantas en otro jamás fueron vistas. Avía una cosa assaz maravillosa, que de trecho a trecho se mostravan al natural todas las aventuras que a sus príncipes en Babylonia acaescieron, donde, en un hermoso arco triumphal, estava aquel peligro de que la princesa Imperia a

don Belianís librara, tan al natural como ello passó y la segunda parte d'esta hystoria hizo relación⁵⁰⁷, todo de bulto hecho por forma maravillosa, con las figuras tan tristes quanto ellas en aquel punto lo estuvieron. Tenía Imperia un rétulo en la mano que dezía: “En honra y loor de la soberana princesa de Tartaria, a quien el principal triumpho se deve, por la más alta hazaña que jamás sea vista”. Pues como debaxo de aquel arco llegassen, yendo muy alegres de su hermosa vista, el arco se comenzó a mover con todas las princesas, con unas muy subtiles y fuertes ruedas sobre que estava armado, y siendo aquellas figuras quitadas delante por tornos, con que ellas se bolvían, parecieron otras, y por horden la mayor parte de lo que hasta entonces havía subcedido; por cima de las entretextidas arboledas se mostrava un cielo, por el qual, haziendo muchas aberturas, de rato en rato cahían grandes relámpagos con muchas luzes que por cima se mostravan. Corrían diversas cometas artificiales por unas delgadas cuerdas de alambre, de que una parte a otra tomaban. A los lados estavan puestas mesas, que de un cabo a otro tomavan, puestas con infinitos refrescos para los que de la mar salían fatigados, no faltando por muchos que fuessen los mantenimientos excessivos en grandíssima abundancia, como aquellos que de muchos días antes estavan apercebidos.

D'esta suerte, viendo a cada passo cosas estrañas, llegaron hasta la ciudad. Mas no estavan las entradas por la parte que solían, porque hazia la Puerta del León estava derrocado un paño de antiguo y fuerte muro con muchas piedras por ahí caydas, por señal de lo que entonces se hiziera. En él estava todo el Senado con los gobernadores de la imperial ciudad. No tenían llaves ningunas para dar, como se suele acostumar, en señal de mayor subjeción, denotando que para su voluntad no avía puertas ni llaves que resistiessen allí.

Para el triumphal carro, hechando de sí al parar tanto fuego que a todos los cercanos puso temor de ser abrasados. Entonces se suena mayor estruendo de acordada música; de la Jerarchía parecía fuessen embiados algunos de los que hazían, que, según hera tal, por cosa imposible tenía ser otra cosa. Y alçando los ojos por encima de unos altos edificios y arcos que allí se mostravan, vieron bajar unas nuves donde la música sonava. D'ellas mostrava salir mucho fuego, dándose algunos truenos y relámpagos que, llegando a herir en la misma fación d'ellas con el fuego y humo, antes verdaderas que artificiales parecían. En ellas venían quatro cavalleros de los principales del imperio, rodeados de la acordada música. Las nuves vinieron derechas para donde la princesa Florisbella venía, y llegando junto a ella las nu[b]les se abrieron por medio, y a la princesa le fue puesta una corona tan rica quanto otra jamás fuera vista, sonando los menestres y acordada música.

Muy alegres fueron todos los príncipes del sobervio recebimiento que se les hazía, siendo la princesa Florisbella la más contenta y alegre que nunca fue -/80-rº/-ra, pareciéndole que todo el señorío que antes huviesse visto, a respecto de aquel hera como nada. Holgávasse en la memoria de los passados trabajos con el premio que entonces le parecía haver alcançado. Representávasele que

⁵⁰⁷ En el capítulo 37 de la *Segunda Parte* se relata cómo, estando don Belianís gravemente herido, la princesa Imperia se las arregla para llegar hasta él y darle a beber un brebaje mágico que le salva la vida.

no en la tierra, mas en el soberano throno fuesse arrebatada; muy al revés de lo que la balerosa Hermeliana sentía, que todo para ella (ella) era a par de muerte; aunque, dissimulando su pena, a la princessa dize:

–Mi señora, gran razón la vuestra merced tendrá de estar tan alegre, pues ha plazido al alto Señor guiar sus cosas hasta el fin desseado.

–Mi señora –respondió Florisbella–, justo es que a quien de tal compañía como la vuestra se le ha permitido gozar, todas las otras venturas como deuda conocida se le devan.

Con estas y otras semejantes palabras yvan goçando de las maravillosas inbenciones y fiestas no oýdas que los griegos hazían. Mas a esta sazón, llegando a un hermoso triumpho en que la aventura del Castillo de la Fama se mostrava muy al natural, haviendo de necessidad de passar por debaxo de unos arcos, a ellos salieron tres cavalleros armados de una devisa de armas verdes, en los escudos las imperiales, que, atr[a]bessando⁵⁰⁸ en medio d’ellos, en alta voz dixeron:

–Ningún cavallero se le permite passar por los Arcos de la Fama si primero no se provare con los cavalleros de su guarda.

Mas apenas lo acabaron de dezir quando, de los siete cavalleros que a la princessa la corona dieran, los tres se hizieron delante, y entre ellos se rebuelve un bien herido torneo; que, durando una pieça, los cavalleros del castillo se començaron a retirar, abriéndoles una puerta para que dentro del castillo se acogiesen. Y los siete cavalleros entraron tras ellos por el castillo, dando apellido de la princessa Florisbella, poniéndose a la hora por todo el castillo las banderas de Babylonia.

Con estos y otros semejantes rescibimientos llegaron a los imperiales palacios, donde los esperava gran cavallería, con un bien agraciado y apazible torneo. Mas, ya que entrados a la principal sala fueron, por mano del patriarcha de Constantinopla el príncipe don Belianís y la princessa Florisbella fueron desposados, y Arfileo con la infanta Matarrosa. Y a tal hora que la mañana era ya entrada, siendo hechas las cerimonias acostumbradas fueron velados y acostados en ricos lechos. Y a ruego del príncipe don Contumeliano, otro día siguiente fue desposado con la princessa Imperia, con lo qual las fiestas fueron muy mayores, que duraron por más de tres meses, que cada día hubo nuevas fiestas, en el qual tiempo la princessa Florisbella contó al príncipe cómo le fuera llevado el infante Belflorán. A don Belianís le tomó gran desseo de yrle a buscar, aunque gozar de tan no pensado descanso le entretenía, junto con dar orden cómo el Gran Tártaro fuesse sabidor del desposorio de su hija, de que él pensava no sería contento por averse tornado christiana; como era la verdad, que no menor pena d’ello recibió que si muerta ante sus ojos se la traxeran. Y gran pasión le quedó con el emperador, paresciéndole que él no le había dexado de hazer grande agravio, conforme a la amistad que entre ellos se havían prometido. Mas de esto estaban muy olvidados los griegos príncipes, que no entendían más de en fiestas y passatiempos, con el mayor descanso que nunca

⁵⁰⁸ *atrebessando*.

Grecia tuvo.

Capítulo 34: Cómo la princesa Hermiliana se partió de Constantinopla por mandado del sabio Merlín.

En el mayor descanso y alegría los adversos subcessos siempre muestran sus contrariedades, al menos para que ninguno con descanso /80-vº/ goze bien alguno. Porque, al tiempo que passavan en Constantinopla estas cosas, de todas las partes comarcanas a Persia vinieron recaudos al emperador, haziéndole saber que toda Persia contra él se levantava, juntamente con toda Áffrica, y aun gran parte de Europa. Y la causa hera porque, sonándose por todo el mundo universo la forma de las cosas passadas, llegando a oýdos de la bella Claristea, grandes exclamaciones hizo, llegándola al punto de muerte. Tanto lo sintió que el emperador, su padre, huvo de ser d'ello sabidor, y preguntando a la princesa si en algún tiempo el príncipe don Belianís le prometiera de casar con ella, con el enojo que tenía, dixo que sí; que, sintiéndolo el emperador a par de muerte, determinando de satisfacer su injuria, escribió a todos aquellos de quien esperaba favor y, confederándose con los affricanos, grandes poderes de gentes juntava. Pues el príncipe Ario Barçano, a quien la nueva de ser su hermana christiana tomó en la corte de Alemaña, sintiéndolo a par de muerte, a la bella Claristea dize que le promete de ser en su ayuda porque semejante offensa a tan grandes príncipes hecha no quedasse sin castigo. Del príncipe Periano de Persia no ay qué dezir; que, siendo por el sabio Fristón llevado a Persépolis, curándolo de sus heridas, llegando muchas vezes a punto de muerte del gran sentimiento que tenía de ser vencido, y más quando supo de los casamientos, no era otro su propósito más de pensar de qué suerte se podría vengar, porque su valeroso corazón bien pensava de se satisfacer de qualquier injuria que del griego príncipe resebido oviesse.

Estas nuevas dieron en la corte del emperador don Bel[ani]o⁵⁰⁹ gran sobresalto. Pues assí fue que, estando el emperador y príncipes hablando en las nuevas que cada día les venían, por la sala entró una donzella que, preguntando por la princesa de Francia y siéndole mostrada, se llegó a ella; hincando las rodillas, le dio una carta, y otra al rey de Francia; que, siendo por ellos leydas, la de la princesa Hermiliana dezía ansí:

Carta

“A la preciada y estimada princesa Hermiliana, princesa de Francia, Merlín, en las máxicas artes sabidor, salud.

Sabrás que el furioso compañero del indomado león, pervirtiendo la horden de aquellos de

⁵⁰⁹ *Beliano.*

quien dizen, demudando los propósitos de su primera corrida, poniéndolos en la parte donde la razón le deviera contradecir, en tierras estrañas anda, no solo en ageno servicio pero en gran peligro de vida, del qual no será librado hasta tanto que por la piadosa obeja, combertida en vengativa leona, sea socorrido. Porque cumple, soberana princesa, que dexadas todas las cosas presentes, a la ora sin más te detener partas con essa donzella. El soberano Señor sea en tu guarda”.

Mucho plazzer recibió Hermiliana en ver que se le offrescía camino para se yr de la corte, lo qual ella mucho havía desseado. Y mirando por ver lo que la carta del rey, su padre, dezía, dándole la suya para que la leyesse, començó a leerla, que anssi dezía:

Carta

“Al soberano príncipe de Francia, el sabio Merlín, salud; para que con ella, permitiéndolo el alto Señor, dexadas las presentes fiestas y passatiempos, que en crueles y espantosas muertes serán tornadas, hasta tanto que el encerrado basilisco, saliendo del encerramiento que tiene por la mano del león, coronado en los unos y los otros, muestre la fuerça de su poder, tornes en el tu reyno de Francia; y a la princesa, tu hija, darás licencia para que con essa mi donzella se venga. El alto Señor te conserve y guarde como tu nascimiento demuestra.”

Muy confuso dexó al rey de /81-rº/ Francia y a la princesa la segunda carta, y bien quisieran que el emperador no las viera, por no le dar sobresalto. Mas no pudieron hazer otra cosa más de dárselas en la mano; que, aviéndolas leydo, no rescibió pena alguna, que pensamiento tenía que bastava a guerrear contra el universo. Y riendo, dixo a la princesa:

–Mi señora, vuestra partida me parece haze al caso para cumplir con lo que este sabio pretende.

La donzella mensajera dixo que le combenía partirse a la ora; que, no aviendo lugar para otra cosa, la princesa hizo traer sus armas y, entrándose en su aposento, se armó de todas ellas.

Entretanto la princesa Florisbella, a quien más de su partida pessava, preguntó a la donzella quién la embiava. Ella dixo que el sabio Merlín. La princesa se estremeció toda, perdiendo la color, acordándose que aquel era el que a Velflorán llevara; y, diziéndoselo a don Belianís, él le dixo que perdiessse cuydado, que en buena guarda estava. La princesa rogó a la donzella que aparte a Merlín le encomendasse.

–Plázeme, mi señora –dixo la donzella–, que por esta priessa no os escribió, aunque me dixo que de su parte os dixesse que todas las cosas presentes, y aun otras muchas, heran menester hazerse para que el valor del encubierto se mostrasse.

Pues a esta sazón salió la princesa armada de ricas y resplandecientes armas que Marte le diera. La devisa del escudo traía mudada, porque en él venía pintado el Engaño muy al natural. Y a la sala vinieron más de cincuenta cavalleros de los principales, cada uno de los cuales la quisiera acompañar en aquel camino; mas, no lo consintiendo ella a nadie, besando las manos al rey, su padre, y abraçando al emperador y a la emperatriz con las hermosas Florisbella y Sirena, con abundancia de lágrimas se salió con el príncipe don Belianís, que hasta la mar acompañarla quisiera, y yva dando no menores sospiros que quando fue presa por el duque de Calés⁵¹⁰, acordándosele que no con menor passatiempo fuera justo que ella se viera en Constantinopla que el que aquellos príncipes tenían.

Pues como a la mar llegassen, una barca hallaron bien adereçada, en la qual la princesa se entró, abraçando a don Belianís, a quien ella, después de don Clarineo, más en el mundo quería. Y entrándose en alta mar, él se bolvió a la ciudad, dando orden como se partiesse el rey de Francia y en adereçar guardas por todo el Imperio. Aunque la venida de los paganos grandes tiempos passaron primero que se pusiesse por obra, porque en estos comedios se murió el soldán de Persia, y Perianeos tuvo harto que hazer en pacificar su imperio, mayormente que nunca se levanta de la cama ni podría dexar de llegar a la muerte quando se le cordava que su señora estava en poder ageno, y a su tiempo os diremos lo que hizo.

Capítulo final: De lo que avino a la princesa Hermiliana partida de Constantinopla.

¿Qué no puede hazer este traydor y cruel Amor de un corazón que tenga sujeto? ¿Qué lástimas podrían contar aquellos que d'él han sido eridos? ¿Quién basta a traspasar las leys humanas, mi señora, sino los que d'este mal han sido eridos? ¡O, Furia cruel! ¡O, mal sin medicina!, pues assí basta contra toda razón divina y humana a llevar esta estimada princesa por tierras estrañas, sola, sin compañía alguna, sin temor de cosa que avenirle pueda. Y no sin causa, que respeto del mal que padece ninguno tiene nombre sino de bien. Pues de la forma que os dezimos se metió la princesa belicosa en la mar; donde, hallándose sola, echada sobre una cama, llorando de sus ojos con crecidos sospiros que avrían en los oscuros reynos movido a piedad a las Furias con sus [ser]pentinos⁵¹¹ cabellos, haziendo ultraje a sus divinos ojos, rompiendo sus pechos y dorados cabellos, decía:

—¿Que será verdad que me convenga buscar al que de mí huye y se esconde? ¿Que tengo de rogar al que me desdeña, llamar al que más no me responde? ¿Sufiré que me aborrezca y me tenga el corazón? ¡Quién de tanta virtud se estima que necessario será que del cielo dezienda quien el /81- vº/ [cora]ción le encienda! ¡O cruel, que sabiendo que yo le amo y que ni me quiere por amante ni por

⁵¹⁰ En los últimos capítulos de la *Primera Parte* se relata cómo Hermiliana fue raptada por el duque de Calés para ser entregada al rey de Inglaterra, y cómo fue finalmente liberada por don Clarineo.

⁵¹¹ *repentinos*.

sierva! ¡Ay de mí, pues sabiendo que yo por él me pierdo y muero, para darme doblada pena, de la muerte me reserva escondiendo sus oídos porque yo no le quite mis lástimas, bastantes a sujetar qualquiera indomado corazón buelto de la condición de la culebra, que, metiendo sus orejas en la tierra, no oye las palabras del encantador! ¡Ay, Amor, detén a este que tan a rienda suelta huye de quien por le alcanzar tanto se atormenta, o tórname en el estado que me quitaste, quando ni a ti ni a otro hera subjeta! Mas, ¡ay de mí!, que pido socorro donde no lo ay, y me lastimo con quien de mis lástimas y pasiones rescibe gloria. ¡Ay, que de mí sola lamentarme debo, que aviendo subido al cielo con alas de cera de necesidad, deshaciéndose con el calor, me han de dexar caher! Y aún bien sería si con esto mi mal se acabasse. Mas ¡ay!, que continuamente encendiéndoseme doblada pena, donde, estando subjeta la razón del desseo, pienso guiar con freno al que nunca fue domado. ¡Ay!, ¿por qué quiero más de mí dolerme? ¿Qué error, sino en amarte, he cometido? ¿Qué maravilla si un sentido frágil y delicado de una donzella se aya movido de quererte engañar, no solo de tu hermosura y valor, pero aún de tus palabras, que no a mí sola, mas a todo el mundo a conquistar eran bastantes? ¡Buelve, buelve sobre ti, señor mío, que es gran falta en un tal príncipe la lealtad!

Con estas y otras semejantes angustias y querellas caminó la apasionada señora muchos días, atrabessando el Mediterráneo hasta llegar al estrecho de Gibraltar; el qual passado, metiendo en el Occéano las hinchadas velas, tomando la derrota la buelta de Inglaterra, porque por allí la princesa cuydava haver nuevas de don Clarineo conforme a lo que antes oyera, mas dando un poco de buelta se halló dentro en Escocia; que, sintiéndose del trabajo de la mar algo fatigada, acordó salir en tierra con sus armas y dos donzellas que a la continua para su servicio traía. Y, mandando a los marineros que la aguardassen, tomó el camino la buelta de la ciudad de Ariasola, donde el rey a la sazón estava, que no veinte millas del puerto era.

Mas dende a poco de que la mar salió la tomó la noche muy cerrada en el campo, y no tomando d'ello pena alguna, como aquella que los poblados le davan pena, se apeó entre unas espesas arboledas que allí estaban, bien apropiadas para el mal que a la princesa lastimava, porque con el suavíssimo olor que davan, una alegría penosa, como aquellos que, teniendo el corazón lleno de ñublados y pesares, con la contemplación de la acordada música acaescer suele, estaban entretegidas de tantos naranjos y otros árboles olorosos como aquel lugar donde nuestros primeros padres fueron hechados. Si no me engaño, aun los corazones elados con la senectud en tal parte cobrarán nuevo vigor. Bien quisiera la princesa hallarse en algún descanso para poder gozar de semejante passatiempo como allí había, y sentándose entre lo más fresco, quitándose el yelmo, aviendo cuydado un rato, se durmió hasta tanto que la mayor parte de la noche fue passada, que un ruydo que oyó la recordó. Y escuchando por ver qué sería, sintió que era un cavallero, que por passar la noche allí se avía apeado; que, viniendo no menos herido del mal que a la princesa lastimava, llorando decía:

—¡Ay de ti, cavallero sin ventura, que será verdad que por falta de esfuerço pierdas tus tan

queridos amores, que el atormentarte ni afligirte no te balga! ¡O, pasiones crueles!, ¿por qué no days la muerte a quien tanto aborresce la vida?

Y, diziendo esto, sacó la espada de la bayna; que, temiendo la princesa que con la desesperación se daría la muerte, se levantó rescia, diziendo:

–¿Qué hazes, desventurado cavallero? ¡No pierdas el ánima si aborresces el cuerpo! Ten esperança que con la vida toda se cobre lo que alguna razón de cobrarse tiene.

A las voces se detuvo el cavallero, que si la princesa más tardara, dado se huviera la muerte, diziendo:

–¿Quién soys vos, cavallero, que me avéys quitado de acabar tantos tormendos como con la /82-rº/ vida se me causan?

–Antes vos he librado de los eternos –dixo la princesa–, donde perpetuamente ývades condenado. ¿Cómo tan poco coraçón es el vuestro, que os haze desesperar?

–¡Ay de mí! –dixo el cavallero–, que, pues yo tomava la muerte por remedio, ¿qué tal pensáys deve ser el daño?

–Plazer me haréys en contármelo –dixo Hermiliana–, que, si en algo yo puedo ayudaros, hazerlo he liberalmente.

–Muchas mercedes de vuestra buena voluntad –dixo el cavallero–, mas mi mal apenas lleva remedio. Por esso, dexadme morir, que esto es lo mejor.

–Si la muerte –dixo Hermiliana– fuesse el fin de los males, el mayor de todos será quitaros de vuestro propósito. Mas como sea principio de los eternos, creedme que no ay locura igual que la desesperación, quanto más que, si la muerte se pudiesse passar de espacio, no ay tan desesperado que, començándole a gustar, no se dexasse de su propósito, que os certifico que nunca alma dexó con voluntad de su dueño la compañía del cuerpo, porque el que se hecha la sogá al cuello quería, quando se vee morir, si pudiesse, tornarse del camino.

–No sé cómo crea esso –dixo el cavallero–, pues avemos visto tantos voluntariamente offrecerse a la muerte.

–Dexemos –dixo Hermiliana– los que el desseo de la vida perdurable traxo al martyrio, porque esos gozan el mayor renombre de toda esperança, en los quales el ánima, viéndose colocar para donde fue criada, sale con grandíssimo regozijo para el cielo, y con certidumbre de tornarse a juntar con el cuerpo para que ambos en compañía, como passaron el trabajo, gozen del galardón. Mas en los que la desesperación los traýa a la muerte no ay ygual pena para el alma, pues se vey llevar bisiblemente al infierno, donde jamás salir será posible, sino ser a la continua atormentada. Y agora dexemos esto aparte, pues la locura está tan conocida, y dezidme la causa de vuestra pena.

–Bien me plaze –dixo el cavallero–, pues, sin saber la causa, mal se podría remediar. Agora sabed, señor cavallero, que a mí dizen Gloridiano, y soy hijo del duque Belisto, que uno de los grandes señores d'este reyno de Escozia es, y desde mi niñez me crié en casa del rey; el qual tiene

una sola hija, que Roselia se dize, heredera de sus reynos, tan dotada de gracias y hermosura que a todas las damas de la corte d'este reyno haze notoria ventaja, y en gran parte del mundo no se hallaría su yqual. Pues como yo continuasse tanto la corte del rey y de cada día viesse a Roselia, el cruel Amor, que a nadie perdona y a los flacos ánimos da fuerças y atrevimiento, me hizo poner los ojos en ella, de tal suerte que, sin lo poder resistir, quedé preso de su amor. Y nunca mis obras ni pensamientos fueron sino en la servir, trayendo siempre la corte regozijada en justas y torneos por su servicio; y en guerras y otras cosas que al rey se han ofrecido siempre procuré de le seguir por le ganar la voluntad, la qual él mostró siempre tenerme, haziéndome tantos favores y mercedes como si su propio hijo fuera. Con lo qual, haziéndome la Fortuna el mayor favor que a ninguno de los mortales, se dio ocasión a que la infanta Roselia con igual amor me pagasse mis servicios, con tanta gloria mía que de secretos favores fuy d'ella favorecido.

»Pues, estando yo en esta cumbre, la imbidiosa Fortuna, dando la buelta a su rueda como lo tiene de costumbre, traxo a la corte a un cavallero que Polinéstor se dize, hijo del rey de Dinamarc[a], el qual ha fecho tantas cosas en armas después que a estas tierras vino que en ojos de todos por uno de los cavalleros del mundo es tenido, y (los) [to]dos [los] cavalleros d'este reyno no le ossarían tener campo. Este se mostró tan servidor de la infanta Roselia que claramente se conoció su desiño en la corte, y pasó tan adelante su atrevimiento que, un día que se le ofreció poderla hablar, le descubrió su voluntad. Y la infanta se lo estrañó y mostró mucho enojo por ello, porque, demás del amor que entre nosotros avía, era tenido por sobervio y de malas maneras. Pues como la infanta me diesse parte de lo que /82-vº/ con Polinéstor avía passado, yo me turbé en gran manera pensando perderla y con muchas lágrimas le supliqué diesse horden como yo quedasse de todo punto seguro, porque tenía temor que, si Polinéstor la pedía por muger al rey, se la daría.

» –Si d'esso tenéys rezelo –dixo la infanta– menester es adelantar el remedio, porque, aunque vos no estuviérades de por medio, antes me diera la muerte que casar con hombre tan sobervio. Y mi parecer es que para de aquí a tres días se celebra la fiesta de Sanct Dionís que, como sabéys, por aver el rey aquel día nascido suele hazer a todos sus cavalleros merced, y comen con él. Parésceme que al fin de la comida en presencia de todos le pidáys un don y, siendo por él otorgado, me pidáys por muger, que yo conozco del rey que os quiere tanto que no os lo negará.

» Yo besé las manos a Roselia(na) por la merced que me hazía. Y benido el día en que el rey había mandado llamar sus cavalleros para regozijar su fiesta, en presencia de los señores y grandes de su reyno le pedí un don, y siéndome por él alegremente otorgado, con las mejores palabras que supe se lo manifesté. El rey, que de mí estava muy pagado, no solamente me lo otorgó, mas en presencia de todos dixo que él tenía a su hija por bien empleada en mí, que de más era merecedor, por lo qual le besé la mano. Pues estando todos muy contentos de mi buen subcesso, Polinéstor, que presente estava, se levantó en pie y dixo en voz alta, que todos lo oyeron:

» –Rey de Escozia, maravillado estoy de ti, siendo un rey tan excelente y de tan gran señorío

dotado, dar tan endonadamente una sola hija que tienes, de tantas virtudes dotada, por muger a Gloridiano, que no solo no la meresce, mas aún es desleal en la pedir. Y yo le haré conoscer en el campo que es verdad lo que digo, y, si no lo ossare aceptar, no merece estar en compañía de buenos.

» Y diziendo esto arrojó un guante a los pies del rey, diziendo que le dava en señal de gaje si Gloridiano se atrevía a le tomar. Pues yo, viendo lo que Polinéstor avía dicho, sin atender a mis pocas fuerças respeto de las suyas, llevado de la honra y cólera me abajé con mucha presteza por el guante, diziendo:

» –Yo le tomo, Polinéstor, para te hazer conoscer mañana en él tu sobervia y falsedad y mentira que has dicho. Y ruego al rey, mi señor, lo tenga por bien, porque, si no tomasse vengança de ti, no sería justo tomarme por hijo.

» El rey, que vio que Polinéstor yva a responder, atajó su plática, diziendo que ninguno hablase más en aquel caso, y que él señalava el campo para otro día. Y viendo lo que Polinéstor havia hecho, me apartó, diziendo que mirasse lo que en la batalla me iva, que si yo no venzía a Polinéstor, que cumpliendo con su honra él no podía casar comigo a la infanta. Y yo le esforcé lo más que pude, aunque bien tengo por cierto que, si en la batalla contra Polinéstor entrasse, no se me escussaría la muerte, que es uno de los dudados* cavalleros que ay en el mundo. Y con este pesar me salí anoche por aquí, donde, acordándoseme del mal que se me esperaba, por poco me diera la muerte.

–Yo os daré un buen remedio –dixo Hermiliana–: dadme vuestras armas y yo haré por vos esta batalla, y tened confiança, que antes de la noche os haré alegre.

–No querría meteros en esse peligro –dixo el cavallero–, según Polinéstor es bravo.

–No tengáys d’esso pena alguna –dixo Hermiliana–. Y agora vamos, porque antes que amanezca seamos en la ciudad, que en el camino hordenaremos de la suerte que á de ser.

Y con esto cavalgaron en sus cavallos, do los dexaremos por dar fin a esta parte, suplicando a vuestra merced me perdone.

Fin de la Tercera parte.



/84-rº/

Comienza la quarta parte de la hystoria de don Belianís de Grecia, en la qual se quientan sus hazañas y hechos, y del príncipe Velflorán, su hijo, y las crueles y espantosas guerras que huvo contra el Imperio de Grecia causadas por el príncipe Periano y Ario Barçano, príncipe de la Tartaria, y el emperador de Alemaña, y los otros reyes y príncipes moros que se movieron a venir sobre él, procurando la vengança de sus injurias en razón de los casamientos del príncipe don Belianís con la princesa Florisbella, y de las estrañas aventuras que a los unos y a los otros subcedieron.

Capítulo 1. De lo que al príncipe Periano de Persia subcedió estando en su ciudad de Persépolis, dentro de los palacios reales, con quatro cavalleros que de los braços le llevaron a la infanta Velinda, su sobrina, y cómo salió en su seguimiento, y lo que en el camino le avino.

En la tercera parte d'esta historia ya vos havemos contado cómo, acabada la batalla entre el príncipe Periano y don Belianís de Grecia en la aventura encantada del Castillo de Medea, con lo qual se dio fin a todo ello y las princesas y los demás fueron libres, quedando el príncipe Periano tal que por muerto, fue contado y desecho el encantamento, entre los otros que en él estavan que no parecieron fue el uno el príncipe Periano; el qual quedó tan desacordado que de sí no supo cosa hasta que, hallándose sano de sus heridas, se vio en los palacios reales de Persépolis. No poco maravillado d'ello, y con grandíssima desesperación y descontento de pensar el subcesso de la aventura y victoria que en ella avía ganado aquel su tan cruel enemigo, que por tal lo tenía, que esto y pensar que tan a su voluntad devía de gozar de la vista de aquella que él tanto amava le traía tan descontento y penado que no había cosa que gusto le diesse, mayormente considerando ser todo lo hecho en offensa suya, por se la haver prometido el soldán de Babylonia, su padre, en casamiento, lo qual era llegarle al punto de la muerte. El califa, su padre, que tanto había le estava esperando, que desseando descansarle había renunciado sus estados, viéndole tal, con aquel amor de verdadero padre le consolava lo mejor que podía, trayéndole grandes exemplos. Pero todo esto no aprovechava, que el príncipe, aunque forçava su voluntad, sintiéndolo en lo interior como el que tan atormentado estava, por más que encubría su pena por no darla a su padre lo mostrava en lo exterior, de manera que a todos parecía yrsele acabando la vida. Sintiendo tanto esto, su padre, que con despecho de considerarlo y el poco remedio que tenía, cayó malo y murió en pocos días.

Los vassallos quisieron luego coronar a Periano, teniendo alguna esperança de que, metido en el gobierno de sus estados, se le olvidarían aquellas cosas y cobraría la salud y contento que tan perdido tenía. Pero el príncipe /84-vº/ estava muy apartado d'esto, y por mucho que fue importunado

no lo quiso hazer, diziendo no les estar bien jurar por señor a cavallero tan desgraciado y subyeto a tantas desventuras, que bastava aquello para no sucederles bien sus cosas. Y lo más que se pudo acabar con él fue nombrarle(s) gobernador; y era todo de manera que un punto no parecía perder su descontento, sin poderle quitar d'él cosa que subcediese ni oyese, ni los consejos que le dava y cosas que le contava Crisaliano, que un cavallero de mucho valor era, que por alborotarle el ánimo se salió con él un día, trayéndole a la memoria los hazañosos hechos de sus passados y de la suerte que avían ganado y defendido sus tierras, tan en daño de los que se lo procuraron impedir, y que era lastimosa cosa que no se podía dezir sin pesar que Vizancio, o Constantinopla, que antes tuvieran por una escala desechada, agora fuesse cabeça del imperio. Acordávale que sus progenitores y los valerosos romanos siempre havían tenido el imperio de Asia partido, y aún los partos la mayor y mejor parte.

Buenos consejos heran estos; mas Perianeó hazía d'ellos muy poco caso, como aquel que ni señor era, ni perder sus pensamientos procurava.

Pues estando en esta manera que vos dezimos, teniendo después de comer a Belinda, su sobrina, en los braços, gozando de mirarla por la memoria de su señora, quatro cavalleros entraron en la sala, los quales con gran denuedo pusieron para él mano a las espadas; lo qual visto por Perianeó, poniendo la niña en el suelo, saltó a donde tenía sus armas. Los cavalleros, que no a matarle, sino a curarle, venían, no fueron para él; antes tomaron la niña, y a Perianeó dieron voces, diziendo:

—¡Sábetete, príncipe de Persia, que jamás serás sano del mal que te aflige, hasta tanto que tornes a cobrar esta princesa! Porque en aquel día serás restituído de lo que tan perdido tienes.

Y diziendo esto, con ligereza no creyda salieron de la sala, metiéndose por las montañas adentro.

Quedó Perianero fuera de sí del estraño caso, y dando grandes bozes por sus armas fue prestamente d'ellas adereçado; heran negras, y en el escudo su acostumbrada devisa. Y informándose por dónde los cavalleros fueran, dio de las espuelas al cavallo, cuydando alcançarlos. Y no le salió muy al revés, porque, encumbrando la altura de una cuesta, violos yr por un balle que del Encantado Fauno se llamava, donde dezían, si los hystoriadores antiguos tenían algún crédito, que se hallava una de las entradas del infierno. Él se dio priessa por alcançarlos; mas no hera possible, porque a esta hora se venía la noche muy cerrada y su cavallo, que gran pieça avía corrido, no caminava como él quisiera, antes tropeçando algunas vezes en las rayzes de los árboles le hazía dar de ojos, de que él yva assaz enojado; y tanto que, apeándose y quitando el freno al cavallo porque descansasse algún tanto, colgando el freno del arçón y dexando su escudo y tomando en las manos las armaduras de las piernas, se dio a correr el valle abajo más ligero que los vientos coros^{*} en el mar Medit[errán]eo⁵¹².

No va más ligera en la clara noche la cometa encendida en la media región; y d'esta manera

⁵¹² *Meditárreo.*

fue grandes dos horas, fasta que de muy cansado le convino arrimarse a un árbol; donde, mirando a la parte que baxara, con la claridad de la luna vio la altura de los montes, que sobre sus espaldas parecían tener los altos cielos. Miró más abajo y vio todo el valle elado con perpetua nieve, por la qual se hazía una calle que parecía yr baxando hasta los infiernos. Y no es de maravillar, que era una de las siete puertas que llevan al reyno de la Muerte. Y estando assaz maravillado vio una figura como de muger, tan seca y malparada que le pareció se sustentasse del arena, la qual le dixo:

–¿Qué miras, Perianeó? Sábetete que esta es una de las siete entradas principales de las infernales moradas. Digo de las principales, porque otras ay, mas no son así derechas, como es la de Ténnaro y Aberno; y esta, por donde tú as azertado, es la de la Imbidi[a], aunque, si buelves algo más la mano, hallarás la de la Discordia; mira por cuál quie- /85-rº/ -res yr.

–Yo –dixo Perianeó– de mala gana iré a tal parte; quiérome bolver.

–Ya eso es impossible –dixo la máxica–, que en veynte años no podrás subir lo que as bajado, que, según los bravos despeñaderos por donde as venido, la divina mano te á defendido de la muerte. Mas una cosa podrás hazer: que, ayudándote de tu esfuerço, procures ver a Proserpina, que, pues eres de su linaje, no será perdido todo el trabajo.

Y con esto desapareció. Turbado quedó Perianeó y, como quiera que fuesse, no acordó de entrar en tal parte, que solo en pensarlo le causava desmayo; y quisiérase bolver, mas vio tan grandes alturas que no creya que él por allí uviesse bajado. Y acordándosele en todos estos trabajos de Florisbella, començó a dar tristes sospiros, apiadando a los infernales moradores que ya por aquellas partes avitavan.

–¡Ay de ti, casa real de Persia! –dezía el doliente sarrazino–. ¡Con cuánta razón as hechado de ti tan mal cavallero, pues no solo para ayudarte no era parte, pero aún en librarte d’él as gozado de alta ventura! ¡O, príncipe griego, que no es tanto de estimar la gloria de tus passados, agora deciencias de los antiguos tebanos! ¡O, famosos lacedemonios! ¡O, athenienses! ¡O de aquel domador del Asia, rey Alexandro de Macedonia! ¡O del enemigo de los dardanos, cuánto la tuya, pues la ventura te está siempre esperando con el cumplimiento de tus desseos, y aún creo se tiene por afrentada la Fortuna si para alguna cosa tuya esperase a ser rogada! ¡O, dioses! ¿Quién bastase a considerar en cuál havéys puesto más cuydado, en dar a mi enemigo prósperos subcessos, o a mí desventurados infortunios? Ahora, pues que si en mis subcessos está determinado que tengo siempre de verte por las espaldas, yo te prometo que no con mi cayda sola se qüenten mis daños, que yo pondré el mundo de tal manera que no aya monarchía que no se buelva; y tú, griego, triunpharás de todos, o todos veremos si será posible ganar algún escalón d’esta tu tan encumbrada memoria.

Y con esto en crueles congoxas se deshazía. Mas no estuvo d’esta suerte mucho quando oyó dar unos temerosos gritos, que todos aquellos valles començaron a temblar. No hera tan esforçado Perianeó que no se alborotasse terriblemente; los alaridos crescían cada ora, y Perianeó vio junto de sí una entrada de una cueva por donde aquellas voces salían, juntamente con algún humo. Y

paresciéndole que sería gran cobardía si él dexasse de ver cosa que tan a los ojos le venía, se puso en pie, y sacando su espada dixo:

—¡O, Dios, si ya tienes determinado de dexarme en estas infernales moradas, yo me contento, con tal que mi muerte nunca sea sabida!

Y con esto entró por la cueva, que le parecía que baxava por unas gradas no muy estrechas. Y así anduvo grande pieza, que a su parecer fueron más de quatro horas; y descansando, se tornó a assentar sin ver luz alguna, teniendo por cierta su perdición. Y a esta hora de nuevo tornó a oír grandes voces y clamores de gentes que se quexavan. Todo este encantamento hera por su amigo Fristón hecho para alborotarle el ánimo a la guerra. Pues como Periano tuviesse ya determinado de saber qué hera lo que dentro de aquellas infernales moradas había, olvidado del trabajo, se levantó y comenzó a proseguir su camino. Mas un olor de [a]çufre se lo quitava, hasta tanto que llegó a un espacio ancho, donde aquel olor malo, siendo derramado a muchas partes, no fatigava tanto. Penosa cosa era mirarlo, y aun escribirlo no es menos: todo el suelo estava negro, de la color de la tinta; mostravan algunas puntillas de la yerva que la maldita tierra parecía haver producido, abraçadas y negras. Por donde quiera que Periano ponía los pies, apretando la tierra, hazía salir la sangre no menos que suele hazer el villano por el prado que acaba de regar. Havía dentro una manera de claridad como de una mortal sombra a maravilla, como suele mostrar el sol con la pena de dexar a España en los ñublados días, y oýanse m[u]y⁵¹³ grandes gritos y gemidos muy dolorosos.

Muy espantado quedó el soldán; bien cuydó que dentro las infernales moradas se hallase. El coraçón /85-vº/ le dava tan grandes bueltas que parecía quererle desamparar. Y, con todo este temor, fue hasta un río caudal; mas la corriente del agua yva contra natural curso, porque de la parte más baxa corría hazia la más alta. Era más espantoso de mirar que todo lo demás; él era más negro que la pez, el agua tan espesa como el barniz; por ella se mostravan feýsimos y inormes figuras de dragones y serpientes y todo género de ponçoñ[os]as animalias, que, sacando sus cabeças fuera de la infernal Estigia, grandes espadañas de fuego por cima d'él ar[r]ojavan. Llegose más Periano por ver el pavoroso río Letheo, y de la otra parte una gran barca o galera vio, más espantosa que apenas consentía ser mirada, con más de cien barcos por vanda. Tenía a la proa un dragón que, con alas de fuego, por los costados toda la barca tomava; de la crujía salía tanto fuego que todo el río encendía. Muchos remadores tenía en cada banco, aherrojados con gruesas cadenas, metidos la mitad en el agua del pavoroso Letheo, a los quales crueles demonios por cómitres* afligían. Los remos con que bogavan eran crueles serpientes, las antenas y las velas negras, con las jarcias llenas de aquellos servidores de Plutón. Las devisas que traía eran el Olvido; venía por maestro la Avaricia, tan seca que no se dexava conocer si venía viva, en pie con una figura suya en que se mirava. En una silla vieja, casi hecha pedaços, venía el aniguo capitán y conocido barquero Charón, cuya hechura

⁵¹³ *mny.*

también tenía qué mirar. Hera pequeño, y aun algo corcobado, las piernas torcidas; era tuerto, venía tan mal adereçado que bien mostrava ser aquel espantoso lugar. En la mano traía un ñudoso bastón con que amenaçava los sirvientes de la galera, con lo qual para arriba corría más ligera que el pensamiento.

Maravillado y aun assaz espantado tenían a Perianeó aquellas cosas, y quisiérase bolver, si al viejo Charón no oyera que le dava voces. Y esperó a la galera, temblándole todo el cuerpo como açogado*; solo el corazón estava firme, y quando más cerca llegó, espantávase de la diablura que allí vio.

—¿Qué ventura fue la tuya —dixo el maldito barquero—, que as tenido atrevimiento de entrar en esta morada con la compañía del cuerpo? ¿No sabes que estás en las moradas de Plutón, donde sin mi barca passar no puedes?

—Ya lo sé —dixo Perianeó—, mas de mi cuerpo no hagas caso, pues no tiene alma; ni del alma, pues siempre acompaña a otro cuerpo. Y agora me dy si me quieres passar este río, que desseo ver a Plutón y a Proserpina, que soy uno de los descendientes de su linaje.

—Si traes lo que se me deve de mi passaje —dixo Carón—, hazerlo he, que te hago saber que es buelto el mundo tan abariento que de mi pequeña barca me han echo hazer esta galera y començado otras dos, que con estas sus mandas de testamentos no se acuerdan de traer nada consigo. Mas yo los trataré de suerte que no les basten las aguas d'este descuydado río.

—Razón tienes —dixo Perianeó—, y acógeme allá, que en el precio no nos desconcertaremos.

—Ya te conozco —dixo Carón—, que aun a tu causa he yo passado infinitos por este río, y aún no estoy despedido de passar más, porque, según me dixo la Discordia, ella bolví a buscarte, y no sé cómo no te ha hallado.

Entonces dio el maldito una gran risa, que a Perianeó hizo mirar alderredor; y vio par de sí la Discordia, que le dixo:

—¿Qué te paresce, Perianeó, cuál te hazen andar estos malditos griegos, enemigos de tu lineage?

—Mal —dixo Perianeó—, mas ¿qué quieres que haga quien se halla desamparado?

—No digas tal cosa —dixo la Discordia—, que, si tú d'él no fueres vengado, no merescerías reynar sobre tantos buenos cavalleros. Y porque veas que te soy buen amigo, yo te daré dos compañeros tales que, con ellos, seguramente osses començar y aun fenescer la guerra.

—Si tú esso hazes —dixo Perianeó— por mí, ya sabes si tengo desseo de proseguirla.

—Bien lo sé —dixo la Discordia—, que aún por vengarte de la burla que agora de ti hazen lo devieras hazer, que bien se han visto otras vezes los cavalleros ser vencidos, mas no por esso escar-/86-rº/ -nescidos de sus enemigos. Mas yo me offrezco de bolver de tu parte a la princesa de Alemania y al príncipe Ario Barçano con todas las regiones desde el mar Adlante hasta el río Nilo.

—Con menos que esos haré yo la guerra —dixo Perianeó.

–Pues esto tenlo por cierto –dixo la Discordia–, y porque veas [que] lo haré, yo me voy en Alemania, donde te esperaré.

Y con esto, llevando consigo el Engaño, dio la buelta, dexando a Periano fuera de sí. Y viendo la barca junto a tierra, aunque se le hazía temeroso, se metió dentro; y Carón le rescibió más alegremente que él pensara, mostrándole las infernales penas que allí había para aquellos tristes abarientos, diziéndole que más adentro avía otros en mayor pena a quien la Avaricia más había señoreado. Y passándole a la tierra de la otra parte, salió con él, donde le mostró al mezqu[i]no Tántalo, a quien las aguas, queriendo beber, le huían; delante, en otro tal trabajo con la hermosa fruta, alló al rei Midas, alló a los miserables Tito y Penteo con otros sin número.

–¿No tienen remedio estos desbenturados? –preguntó el soldán.

–No –dixo Carón–, que perpetuamente padecerán.

Assí passaron otros géneros de tormentos hasta llegar a una puerta en la qual a la entrada mostrava aver alguna claridad, y más adentro se mostrava una escuridad terrible, con un humo tan espeso que todo lo cerrava. Dentro oyó el príncipe voces como de muger, y una que dezía:

–Sempiterno humo, ¿por qué no fue permitido que me consumieras con tales tormentos?

–¿Quién eres –dixo Periano–, y qué tormento es este que tanto os afflige?

–Aquí –dixo la voz– estamos las ingratas del amor.

–No pensé –dixo Periano– que tal tormento estava guardado a la ingratitud. Agora seré yo satisfecho, pues, según esto, la ingrata señora mía aquí tiene su pena. Mas tú, ¿quién eres?, que, según la pena, no debes de ser poco culpada.

–Verdad dizes –dixo la voz–, que sábeta que soy la triste Anaxares, que dexé ahorcar al que moría por mi contento; y assí, mi cuerpo quedó hecho mármol, y yo en esta pena. Aquí están Libia y Orontea, y Dap[n]es⁵¹⁴ y Alcisa, y otras de vuestra parte atormentados, que no sé cómo te lo diga. Por aquí están Jassón y Teseo; Hércules, el turbador del reyno, Latinofalanto y otros muchos.

–¿Quieres que haga algo por ti? –dixo Periano.

–No –dixo la voz.

Y con esto passó con Carón adelante hasta los aposentos de Plutón, que de una oscura niebla parecían. Delante estava el Cancervero, que los dexó passar; y en entrando vio la Ira, toda bañada en sangre, que para él se vino, los braços abiertos, dándole muy regozijados abraços, preguntándole cómo no se vengava de sus enemigos, y que cómo hera imposible que, antes que el enemigo gozase de tal victoria, no le huviesse quitado la vida; que se esforçasse, que no sería su enemigo tan fuerte que no viesse alguna vez a la Fortuna contraria. Esto encendía cruelmente el coraçón del serracino; y, passando adelante, grande fue la disformidad de cosas que allí vio, que le causaron más temor que lo passado. Estava el infernal Plutón vestido de una ropa qual se puede

⁵¹⁴ *Dapues.*

imaginar la avría tornado el continuo humo. No estaba alegre: sus ojos bajos, cubiertos con un sobrecejo medroso, sentado en una manera de asiento alto que, hasta donde él estaba, tenía siete gradas principales. En la primera, que era de la Ira, sentada en su lugar la Vengança y sus sequazes, que eran la Trayción y otros muchos bien conocidos. Luego estaba la Sobervia, con un libro en la una mano y en la otra una espada tinta en sangre, que a nadie quería mirar. Tras estos seguían los otros abominables peccados que a las siete infernales puertas tenían cargo. Ninguna d'estas cosas le espantó tanto como ver a la una parte un hermoso campo, el qual no parecía con aquellos infernales tener compañía, en el qual vio tres mugeres. La una hilava unos copos tan hermosos al parecer quanto otros negros y feos; la otra cogía aquello que la primera hilava en unos ricos carros de oro y marfil, y la tercera corta- /86-vº/ - va lo que las otras adereçavan, donde se vía una assaz maravillosa cosa: que, cada vez que cortava, salía del hilado un gran golpe de sangre.

–¿Quiénes son estas –respondió Perianeó– que en tal officio se ocupan?

–Estas son las que texen la vida humana –dixo Carón–, y, según cortan, son largas o breves las vidas.

–De essa manera –dixo Perianeó– bien podríamos aquí cortar la vida de aquel enemigo mío.

–Lleguémonos a ellas –dixo Carón–, que Plutón está ocupado con otras cosas.

Y con esto se allegaron a donde ellas estaban, que por su venida no dexaron de hazer su officio; antes sin les hablar estaban entre las manos con dos copos tan hermosos que grande contentamiento al príncipe dava mirarlos. Relumbravan tanto como si el claro sol en ellos estuviera cerrado.

–¿Cúya es esta obra, graciosas ninfas –preguntó Perianeó–, que grande es el alegría que con su vista se recibe?

–Es –dixo la cortadora de la vida humana– la de tu tan querido príncipe griego y de la hermosa Florisbella. Por esso, mira si quieres que hagamos alguna cosa para lo que a ti cumple.

–Que me muestres lo que para mi subcesso está determinado –dixo Perianeó–, que después seré a tiempo de pedirlos merced.

–A ninguno es esso permitido –respondió la Parca–, mas ser tú tan querido en esta morada hará passar la horden.

Entonces le mostró su vida, en la horden que otras muchas; tenía en los principios la mitad cubierto de sangre, mas la otra mitad más claro que la luz del mediodía.

–Esto que está aquí –dixo Perianeó–, ¿es posible mudarse?

–No –respondieron las Parcas–, que esto todo procede de la mano del soberano Señor.

–De essa manera –respondió Perianeó–, passar quiero mi ventura como los demás.

Y no se deteniendo, por no ser tenido por mal mirado, fue derecho para donde Plutón, que, alçando los ojos, conociendo a Perianeó, dize a Proserpina:

–Este cavallero a vos deve buscar.

–No, sino a vos, señor –dixo Proserpina–, que le podréys dar remedio a lo que busca.

–Yo lo querría –dixo Plutón.

Entonces le hizo señas que subiese. Aquellas abominaciones se apartaron y ellos se levantaron para le recibir. Abraçándole, entr’ambos le hizieron sentar, preguntándole qué fuesse la causa de su venida.

–Son mis mortales trabajos de tal calidad y mi pena tan sin medida –dixo Periano– que, no pudiendo ya la tierra sufrir un hombre tan desgraciado, me mostró la entrada d’estas moradas para que, viviendo en ellas, ella quedasse libre de mis desdichas, o a lo menos, si saliere, con vuestro favor se emiende algo de lo passado.

–Vuestras cosas –respondió Plutón– han sido de tal suerte que no havemos sido parte para daros el remedio desseado, porque aquel enemigo vuestro grandes defensas contra estas moradas tiene. Mas espera, veréys lo que por vos se puede hazer.

Entonces, llamando la Sedición y Alboroto, les mandó que a la hora se partiessen para Babylonia, y aquella tierra, que contra aquel príncipe tan enemiga se havía mostrado, contra su señor la alborotassen. Y como la Discordia en el infierno no se hallasse, en su lugar mandó yr para su compañía la Trayción y el Olvido. El qual, con su[s] blancos cabellos, dexando el río Letheo vino con sus ramos mojados en él, tan descuydado al parecer quanto en él ser de mayor effecto que ninguno de los otros, que, partidos en su viaje, no mal le cumplieron, como adelante veréys; y llamando a la Sospecha, gran compañera de Cupido, le mandó que fuesse en busca de Hermiliana y le hiziesse saber de la suerte que por don Clar[in]eo⁵¹⁵ era tratada para que, con tal enojo, olvidada la casa de Grecia, con Periano se juntasse. Y a la Sobervia manda yr por toda África en compañía de la Fama, para que, publicando el valor griego, les metiesse en el corazón yr contra él. Y no paró en esto, que ante sí hizo parecer el infernal moustro que otra vez al mundo saliera. ¡Bien ay d’él entre los mortales buena memoria!, digo aquella bestia infernal que la división de las cosas traxo al mundo, apartándolas de la /87-rº/ comunidad en que antes estavan. Cosa de mirar, y aun si a mis palabras alguna atención conforme a la passada le diesse sin causar fastidio, ¡bien diría la belleza suya!

Tenía los ojos relumbrantes, bien como dos hachas encendidas, hechos a la forma de los espejos de Alinde, que, mirándose en ellos, qualquiera cosa, aunque pequeña, les parece sin comparación grande, como lo haze a aquellos a quien lleva el desseo de las cosas ajenas. Traía entre las cejas, bien al natural, la Avarizia, como aquella que en el passado viaje le fuera la principal compañía. No tenía sobrecejas, ni párpalos en los ojos, y assí el cerrarlos era impossible. La cabeça tenía de osso, y por cubierta la Sobervia; la boca tenía de león, mas los dientes de cera, como aquella que, por mucho que tomasse, no le parecía poder tener nada; el cuello de dragón y los braços de

⁵¹⁵ *Clarneo.*

grifo, y en ellos la Temeridad y Osadía; en los pechos traía la Ambición. De medio adelante hera su color como dorada; más de medio atrás venía corriendo sangre. Encima del brazo parecía traer una lanzada que d'él la hacía dobligar.

Maravillado estoy de mí, que me basta el corazón sin llorar lágrimas de sangre a contar cuáles eran las faciones de esta perseguidora, caudillo y destruyzión del humanal linaje, fabricada de todas las Furias infernales. ¡Quién contasse sin perder el sentido cuántos por esta diabólica figura se han muerto! ¡O, Júpiter, que esta contra tu padre con banderas enastadas te hizo levantar! ¡O, Rómulo, que esta es la perseguidora que te hizo dar muerte con fin[g]ida⁵¹⁶ ley a tu hermano! ¡O, Actaxerxes, que esta es la que a cinquenta hijos tuyos hizo conjurar contra ti, consintiendo todos en tu muerte! ¡O, Julio César, esta es aquella que entre ti y Pompeyo causó las guerras civiles! ¡O, rey de Túnez, esta en nuestros tiempos te hizo matar veynte hermanos! ¿Qué digo, en qué me alargó, de qué están las hystorias llenas? ¿En qué gastaron su tiempo los escriptores tan famosos, sino en contar parricidios y muertes de los mayores amigos, causados por esta plaga del linaje humano? ¡O, ydolo cruel!, que ya que las otras naciones te adorassen y te quisiessen no me maravillo; mas nosotros, que tan soberana doctrina de menosprecio d'estas munda[n]as⁵¹⁷ cosas tenemos, que no conozcamos padres, hermanos ni amigos donde este infernal interesse mete la mano, cosa digna de grave espanto.

Maravillado dexó al sarracino el aspecto cruel del moustro infernal, y si ossara, bien contradixera su salida.

–Quiero que vayas al mundo otra vez –dixo Plutón–, y que pongas las cosas de tal suerte que no dexes lanza hiniesta. Solo en Persia no toques, que ansí haze menester.

–No me lo mandes –dixo la Furia infernal–, que la vez passada me maltrataron mal dos mancebos, que nunca soy sana de las heridas; que quando yo en lo mejor de los negocios estava, Alexandre se lo tomó todo, y después aquel Augusto romano me dio esta lanzada tan cruel que me llegó a la muerte; y, si allá me detuviese mucho, yo veo el poniente de tal suerte que me sería peor que lo passado.

–Agora sea lo que fuere –dixo Plutón–, que ansí se ha de hazer, y yo doy licencia a todos los infernales moradores para que te acompañen.

Y con esto y con espantosa furia se partió para dar la más cruel guerra que se aya visto. Y, llamando a los infernales herreros, unas armas les mandó hazer para Periano, mejores que las que hizieran para el griego Archiles, y que, acabadas, Bulcano se las llevasse donde él estoviesse.

Con estas fue Periano alegre, y Proserpina para entonces le mandó la clava, aunque Teseo en aquellas moradas entrara. Y Periano, que no desseava mucho detenerse, con el cruel temor de quedarse allí perpetuamente, pidió licencia para partirse; y, por Plutón dada, se partió en compañía de Carón, que le tornó a passar el Letheo y le sacó por otra parte muy diferente de la qu' él entrara,

⁵¹⁶ *finvida.*

⁵¹⁷ *mundauas.*

la qual, en saliendo, no vio más. Y hallándose tan cansado que sobre los pies no podía tenerse, y lavándose en una fuente /87-vº/ -te, se hechó a dormir, tan espantado de las cosas que viera que a sus ojos no osava dar crédito. Y tornó luego a sus acostumbradas passiones, que allí le dexaron detener poco, y a pie se metió en busca de algún poblado. Aquel día comió con unos pastores, y otro llegó a la mar, donde, con la desesperación que llevaba, desatando un barco de la ribera se metió dentro, dexando a la mar que d'él hiziesse lo que quisiesse. Tal yva su buen juyzio, y él se anegara si su buen amigo, el sabio Fristón, no le guiara.

Y por agora doy fin a este capítulo, que el papel y la pluma están cansados.

Capítulo 2: De lo que acaesció a la princesa Hermiliana y de la batalla que a causa de Gloridiano hizo.

Metiose Hermiliana con el tan apassionado hijo del duque Beliseo, como al fin de la otra parte vos contamos, por el camino de la ciudad de Contuma, desseando no solo librar a aquel que por falta de fuerças cuydava verse perdido, pero aun castigar a quien su locura le huviesse ensalçado tanto que por fuerça quisiesse haver lo que de otra suerte no podía, y a Gloridiano dize:

–Buen señor, combiene tomar buena horden para que no nos perdamos y sea sin sospecha el subcesso del negocio; por esso, dezidme si tenéys vuestra posada dentro del palacio.

–Señor, sí –dixo Gloridiano–, que aun hasta esso he sido desgraciado.

–No es desgracia –dixo Hermiliana–, pero havemos menester alguna persona de quien nos podamos fiar.

–De la infanta sola –dixo Gloridiano–, que ay muy buena dispusición, porque de mi aposento al suyo se puede muy bien passar sin ser vistos.

–Pues combiene –dixo Hermiliana– que busquéys dos arneses, quales a vos mejor parescieren, que sean ambos de una suerte y tales que no hagan diferencia alguna, y lo mismo escudos y yelmos, con los quales nos armaremos vos y yo a un tiempo. Quando os oviéredes de presentar delante del rey a defender vuestro derecho, yo me quedaré en vuestro aposento y vos retaréys a Polinéstor; y, tomando alguna ocasión para bolver a él, os quedaréys, y yo yré a dar la batalla.

Muy bien le pareció a Gloridiano esta manera de ardid que Hermiliana acordó para poner en efecto su desseo, y en mucho tenía lo que por él se ofrescía. Y ansí venida la noche, que para su propósito se mostró muy escura, ambos entraron en la ciudad y se fueron sin ser sentidos al aposento de Gloridiano; y, quedándose en él Hermiliana, Gloridiano procuró verse con la infanta Roselia, su señora, por donde otras muchas vezes lo solía hazer, a la qual dio quenta de lo que passava, diziéndole del valor del cavallero y de las estrañas cosas que le viera hazer y la voluntad con que se ofrecía a tomar por él la batalla, de que no fue poco alegre la infanta. Y luego se dio orden en

apercebir todo lo necessario para este hecho, encomendándolo todo Gloridiano a Dios, que muy buen cavallero y christianíssimo hera; y, buelto a su aposento, durmió lo poco de la noche, no con poco sobresalto, esperando ver venido el día para ver el subcesso de todo, que no tardó mucho en llegar. Y así Gloridiano se levantó y se armó de las armas que estava acordado, las quales él huvo fácilmente, y otras tales para Hermilian[a]⁵¹⁸, que hizo lo mismo, queriendo más estar apercebida con tiempo que no faltar un punto a lo que estava concertado. Pues Gloridiano, despidiéndose d'ella, se fue así, armado como estava, a la sala del rey, donde halló muchos cavalleros que le aguardavan para salir a missa; y aviéndola todos oído y puesto las mesas más temprano que otras vezes /88-rº/ porque el día diesse lugar a que antes sobrasse que faltasse tiempo para la batalla, comieron; y, alçadas las tablas, estando juntos todos sus grandes y la reyna y infanta Roselia y sus damas, entró Polinéstor en la sala, armado de sus fuertes armas, porque el rey, visto que allí no se había hallado, le mandó llamar. Y, haziendo su acatamiento, dixo en alta voz que él venía a sustentar lo que avía dicho: que Gloridiano hera desleal cavallero en aver osado pedir por muger a la infanta Roselia y que en ello avía cometido trayción, y que esto se lo defendería a él o a quien por él quisiesse tomar la demanda. Gloridiano se levantó entonces y dixo contra Polinéstor:

–Si a vuestras soberviosas palabras oviera de mirar y no tener respecto al rey, mi señor, que está presente, no fuera menester esperar más tiempo para la batalla, en la qual espero en Dios de mostraros lo contrario, y que no como bueno, sino como mal cavallero, habláys, dando testimonio d'ello vuestro descomedimiento, que no cabe en ningún bueno. Y en lo que dezís que soy desleal, mentís, dexando lo demás para quando estemos en el campo.

Polinéstor, que d'esto fue muy alterado, respondió:

–No sé yo, Gloridiano, dónde aprendistes tener atrevimiento contra mí a dezir essas sandias razones; y, si delante del rey no estuviérades, yo os diera el castigo tal como merece un cavallero tan bajo y de tan poco merescimiento como vos.

Muy grande fue la alteración que d'estas palabras rescibió Gloridiano, y sin más hablar, aviéndole crecido la cólera, caló la visera, diciendo:

–Yo juro por el soberano Señor de no alçar esta visera hasta que haga desdezir a Polinéstor de las malas palabras que dixo.

Todos callaron, que no cuydavan que él avría de aquel negozio próspero subcesso. Entonces pidió a su escudero una espada con que él de ordinario solía salir al campo y, no la hallando en la quadra, él dixo que en su recámara estaría. Y con esto se entró en la recámara, sin dexar entrar a nadie, y hallando a un punto a Hermiliana, le enlazó el yelmo, avisándole de las palabras que dixera. Y con esto Hermiliana cerró tras sí y salió sin tardar un punto. Llevava la espada en la mano, y el duque Beliseo se la tomó, diciendo:

⁵¹⁸ *Hermiliano.*

–Dad acá, hijo mío, que, pues a mí me va más en esta batalla, yo soy el que os la quiero ceñir de mi mano.

Hízolo así y, abraçándole, le hechó su bendición, diziéndole:

–Acordaos, Gloridiano, de la sangre que venís, y tened memoria que de ninguna parte van los cavalleros con tanta honra a la sepultura como desde el campo. No tengáys por perdido al cavallero que muere poniendo el coraçón por escudo de la honra, que ante es ganar el morir en tal parte. Y, si vuestro enemigo os sobrare en lo que naturaleza le pudo dar de fortaleza, no os vença en el ser de vuestro ánimo, que no os lo puede quitar.

A Hermiliana se le enternesció el coraçón con las palabras del duque Beliseo, y besole la mano, conociendo ser el padre de Gloridiano. Y con esto salió, y con él todos aquellos cavalleros con grandes acompañamientos, aunque tristes, como aquellos que tenían por cierto que aquella sería la postrer jornada, que al valor del cavallero alemán pocos se yqualavan.

Y con gran ruydo de menestriales llegaron al campo, donde los juezes mandaron a Hermiliana quitar el yelmo. Mas Hermiliana dixo qu'él havia jurado de no alçar la visera hasta ser vengado de Polinéstor. Entonces doze cavalleros principales de los que con él venían juraron que aquel era Gloridiano, porque ellos le havían armado. Y visto hazer el juramento, en lo qual, aunque inconsultamente*, bien tenían ellos por cierto juravan toda verdad, con esto los juezes le dexaron entrar en el estacado*. El rey se paró a las finiestras, y con él la sospechosa Roselia; que, vistos por Hermiliana, puso las piernas al cavallo, reboviéndole con tal gracia que a todos dio estraño contento. Y como era francesa y argullosa, en voz alta dixo:

–¡Mucho se tarda Polinéstor! Creo deve estar arrepentido de la locura que dixo.

No se halló muy lexos un /88-vº/ cavallero, que en ojos de todos no por menos valeroso que Polinéstor hera tenido, Menadoro llamado, el qual hera su primo; y riéndose bien alto, dixo:

–Bien haze en aventajarse Gloridiano antes que mi primo entre en el campo, que después poco término le queda para ello.

–Muchas locuras os dexáys dezir todos vosotros –dixo Hermiliana–; no sé qué avéys visto para ser tan sobervios, Ýos a armar y ayudalde, que bien sé que no ossará venir solo al campo.

–Esso querrías tú –dixo Menadoro– por morir con alguna honra, más que por pensamiento que tengas de vencer.

–Agora lo verás –dixo Hermiliana–, y vete a armar, que yo te desaffo a la batalla, acabada la de Polinéstor, y aún te doy licencia para que le ayudes en qualquier tranze que le hallares.

Y dándole una manopla por gaje, Menadoro se la tomó, y con harta cólera se fue a tomar sus armas.

A esta hora se començó gran ruydo de menestriales. Venía el valiente Polynéstor, acompañado de muchos cavalleros, en un cavallo negro de armas plateadas, la cimera del yelmo y testera del cavallo con muchas plumas de diferentes colores. Venía tan bien puesto en la silla que a

Hermiliana dio contento. Y, siendo metido en el campo con la solemnidad y juramento acostumbrado, les partieron el sol*, poniendo a cada uno a su parte, donde ¡quién cuydara que Polinéstor podría ser sobrado! Sin duda cuydavan que su contrario en el campo no le podría durar media ora. Y estando tan atentos como aquellos que, començándose a leer su sentencia, esperan por ella ser absueltos o condemnados, tocando los subidos clarines, parte el uno para el otro y en medio del campo se enqüentran con tanta fuerça que la fuerça de las armas no fue bastante para que no fuesen falsadas y entr'ambos heridos, aunque Hermiliana lo fue tan poco que no se dio de ver en ello, y perdió el un estribo, de que rescibió no pequeño pesar. Mas Polinéstor debaxo de la testilla uvo una herida no menos peligrosa que de embaraço, porque la mayor parte del aliento le yva quitando, y hallose fuera de la silla con grandes espadañadas de sangre que de la herida salían. La princesa passó adelante y, rebolviendo su cavallo, vio a Polinéstor en pie, que, con su espada en la mano, para ella movía. No le quiso la flor de las passadas acomete[r] a cavallo; antes más ligera que el sacre* tras la abatida garça, poniendo la mano en el arçón saltó en tierra y, poniendo el escudo delante, en que tomó el golpe de Polinéstor, que la mayor parte d'él cortó, le hirió de un revés tal que le atrabessó el escudo juntamente con el azerado arnés y, baxo de la herida de la lança, le hizo otra que verla causara espanto. Y, teniéndose afuera, dixo:

—¿Qué te parece, Polinéstor, cómo tu locura te ha traýdo a tal estado? ¿Do está Menadoro, que en esta batalla te avía de ayudar?

No había acabado de dezir estas palabras quando Menadoro estava en el campo con licencia de los juezes y, viendo a su primo tan mal herido, bajó la lança y hincó las espuelas a un furioso cavallo que traýa. Bien le vio venir la princesa Hermiliana y fingió esperarle, y al l[le]gar, dando un salto al trabés, le dexó passar tan rezio que hasta la otra parte del campo apenas pudo tener el cavallo. Y rebolviendo contra Polinéstor, que contra ella con su espada a dos manos venía, no fue parte para desviarse, y él le alcançó un golpe sobre el yelmo tan furioso que la sangre por los oýdos y narizes le hizo saltar en abundancia, haziéndole hincar una rodilla y ambas manos en el suelo. Tan cargado fue el golpe que todos pensaron que a tierra venía. ¡Qué ira fue igual a la que a esta hora tomó la valerosa dama! No pienso que con la muerte de aquellos cavalleros se tuviesse por satisfecha. No recibe menos temor el que está junto a algunos edificios, viéndolos venir abajo sin poderse desviar, que el que rescibió a esta hora Polinéstor viendo venir contra sí al que cuydava ser Gloridiano, arrepintiéndose de haver tomado aquella bata- /89-rº/ -lla. Mas ya era tarde, porque Hermiliana, dexando caer lo que del escudo quedara, a dos manos manos le hiere sobre el yelmo. No fue menester otro, que la cabeça fue echa dos partes, dando con su muerte no pequeña alegría a la infanta Roselia y temeroso Gloridiano; aunque muy presto se les trocó el alegría, porque, enojándose la princessa de Polinéstor, descuydándose de la rebuelta de Menadoro, dio causa a qu'él la hiriese en un lado, y si su tan estimada loriga, que Marte le diera, debaxo del arnés de Gloridiano no traxera vestida, se hallara en mayor peligro, aunque el que passó no fue pequeño, que con los pechos del

cavallo fue herida de tal manera que en tierra dio una muy mala caída. No fue todo esto mejor para Menadoro porque, cobrando con el pesar de la caída nuevas fuerzas, esperó su nueva rebuelta y, aunque venía más ligero que una saeta, se desvió, y por dar a él, pasando tan rezio dio al cavallo un tal golpe junto a los arzones postreros que, partido por medio, su señor se halló en el suelo sin tener necesidad de apearse. Y como la turbación algún tanto le entretuviese, la princesa cerró con él, y entre sus brazos tan rezio que le hizo desfallecer; y, dando con él en el suelo, le pidió que se rindiese. Menadoro, que en tal peligro se vio, otorgó quanto la princesa le pidió, con no poca turbación de los presentes, que jamás creyeran que no solo en Gloridiano, pero en ningún cavallero del mundo uviesse tan gran valor.

El rey, que tal victoria vio alcanzar a Gloridiano, más alegre que si de otro mayor reyno que el suyo le hizieran señor, tomando a su hija por la mano bajó al campo; y, abrazando a Hermiliana, encareciendo con copia de palabras su vencimiento, le dixo que donde tan gran victoria se avía alcanzado era justo desposar su hija, y llamando un obispo les hizo tomar las manos.

–Quédese, mi señor, para en palacio –dixo Hermiliana.

–No será sino aquí –dixo el rey–, si no me queréys dar enojo.

La princesa Roselia reusava, fingiendo alguna vergüenza, hasta tanto que Hermiliana le dixo:

–Hazedlo, soberana infanta, que yo vos prometo que por esto [n]o⁵¹⁹ os vendrá pesar.

Entonces el obispo los desposó y, pidiendo a Hermiliana que se quitasse el yelmo, ella dixo que no avía necesidad, que tenía la cara sangrienta y sería cosa fea, y alçando ya quanto la visera mostró mucha sangre, que se le cubría d'ella el rostro.

Y con el mayor contento de todos en general que dezirse puede fueron desposados, y Roselia al rey, su padre, suplicó que le dé a Gloridiano, que ella con sus donzellas quería tener cargo de le curar; y siéndole concedido, con mayor alegría que vinieron tornaron a dar la buelta a los palacios, donde en el aposento de las damas fue metida Hermiliana, y la princesa en su misma recámara, en parte bien secreta, quedando sola su camarera. La hizo acostar en parte donde a ninguna de sus damas era permitido entrar, y a Gloridiano hizo acostar en la quadra de su misma cama de Roselia, porque, si el rey le viniesse a visitar, o el duque Beliseo, le hallassen allí luego. Y con esto la camarera curó a Hermiliana, aunque no tenía herida porque huviesse de estar en la cama; y, maravillada de su hermosura, sacando las armas excepto la loriga, las puso delante de la cama de Gloridiano, y a Roselia dize que aquel cavallero no hera menos hermoso que un ángel. Ros[e]lia⁵²⁰, con una alegría estraña, salió a la sala por hablar los cavalleros que con su esposo vinieran, y con el duque Beliseo y el su padre y otros cavalleros de gran cuenta tornó a visitar a Gloridiano, que sin golpe de lança ni espada llevaba la más crescida victoria que jamás cuydara. Su padre lo abrazó con las lágrimas que al tiempo que salía a la batalla tanto encubriera; y, pasando con él diversos

⁵¹⁹ *uo.*

⁵²⁰ *Rosalía.*

razonamientos, se volvieron por la ciudad, y con su vencimiento se hizieron diversas alegrías.

/89-vº/

Capítulo 3: De lo que acaesció a la princesa Hermiliana partida de Gloridiano y Roselia, y de cómo halló al príncipe Periano de Persia(no).

Siempre el vencer es loada cosa, ahora se vença por arte o por ingenio; verdad es que la diferencia es tan grande que la una sueño, y la otra al vencedor haze glorioso; pero con la passada no menos alegres estaban Gloridiano y Roselia que si del mundo los hizieran señores. Y siendo venida por la noche Roselia, dexando a su esposo con muchos cavalleros, se entró en la recámara donde Hermiliana estava, y cerrando tras sí la puerta, llevando una bela en su mano se llegó a la cama muy passo, paresciéndole que el cavallero dormía. No fue tan maravillado el que, haviendo estado siempre en obscuras tinieblas, súbitamente vey los espléndidos rayos del sol con su hermosura como lo fue Roselia con la de Hermiliana, paresciéndole que siendo tal, y lo que ella le viera hazer, deviera ser algún ángel que para su remedio a sus ruegos el soberano Señor uviesse embiado. No era sin causa, que tenía la valerosa señora cogidos sus cabellos a la redonda de la cabeça, más relumbrantes que la corona de Febo, tomados con unas trenzas de oro, y sobre ellos una redezilla de muy relumbrantes perlas que siempre ella traía debajo. Tenía su rostro, más hermoso que el causador de las discordias griegas y troyanas, con algunas colores qu'el trabajo de la batalla le [d]jera⁵²¹; donde quiera qu'él estuviera no hera necessaria luz, que, como las piedras orientales, sin nuevas influencias dava una claridad templada y hermosa que, consintiendo ser mirada, en el corazón de quien la biera causava estremada alegría. Si verdad es lo que Frístón escribe, ya de los amores d'esta señora murieron muchos sin ossar dezir la causa de su pena; huía muchas vezes de ser vista, viendo que para los mortales hera como la del basilisco; causavan la mayor parte sus ojos, los cuales heran tan alegres en mirar que a qualquiera hazían pensar que le mirava con affición. Tenía el brazo derecho fuera de la ropa, que, aviéndole tomado poco avía una congoja, la havia desalentado algo, teniendo la manga de la camisa llevada para arriba. No se vio cosa más acabada para mirar; quedó Roselia tan turbada como si con Apolo junto al quarto cielo se viera, y, si fuera libre, creo le diera en el corazón nuevos pensamientos. Y desseando ver del todo sus lindos pechos, de los cuales algún tanto tenía descubierto, levantó de sobre ellos la ropa, con lo qual fue más espantada, conociendo que donzella y no cavallero fuese; y elebose tanto en mirarla, estando casi fuera de sentido, que, sin ver lo que hazía, sobre sus pechos cayó una gota de cera ardiendo, que a la princesa con un «¡ay!» sobresaltado hizo recordar; que, como a la princesa conociesse, le dize:

⁵²¹ qiera.

–Mi señora, ¿qué es la causa que la vuestra merced viene a acometer a los cavalleros que sobre seguro duermen sin armas?

–Antes tenéys vos de vuestra parte tales armas que os hazen dormir descuydado del mucho que vuestra hermosura puede dar a todo el mundo; trocado me havéys el pensamiento que podía tener con haver cobrado tal esposo. Si el desengaño no viera presente, no sé si me hubiera dispuesto en muy mayor peligro del que me librásteis.

–Mi señora –dixo Hermiliana–, vuestra tan estremada hermosura assegura a qualquier peligro, pues delante de ella aun el nombre gozarse no puede.

–Estoy fuera de mí –dixo Roselia–, viendo que una tan delicada dama alcance el extremo de fortaleza que yo oy he visto.

–Esso, mi señora –dixo Hermiliana–, hase de atribuyr al extremo de vuestra hermosura, que basta a dar grande esfuerço.

–Pues que yo os tengo en esta prisión –dixo Roselia–, determinado tengo de no soltaros hasta que me digáys /90-rº/ quién soys.

–Esso haré yo de buena voluntad –dixo la princesa–, que sabed que soy Hermiliana, princessa de Francia, vuestra prima, que no soy poco alegre de ver la lealtad vuestra y de vuestro esposo, harto contrario de otras muchas que yo e visto.

–¡Ay, mi señora –dixo Roselia(na)–, dadme vuestras victoriosas manos para pagar la deuda que se os deve!

Entonces se las besó, sin que Hermiliana se lo pudiesse contradizeir, bañádoselas en lágrimas. Y abriendo la puerta y viendo que todos los cavalleros eran ydos, llamó a su esposo, y contándole la aventura, más maravillado que jamás fuera, ante la princesa se incó de rodillas, y ella, por contentarle, le dio sus hermosas manos.

Y en esta horden de alegría estuvo allí ocho días, después de los quales con no menos lágrimas de los dos amantes que lloraron las hermanas de Faetón, dexando en estima del más valiente cavallero que se huiesse visto, y [Hermiliana]⁵²² se partió d'ellos una mañana antes que amaneciesse, y bolviendo al puerto se embarcó, no haziendo otro camino mas de aquel que Fortuna y vientos querían, pues no pensava más en una parte que en otra hallar remedio.

Assí anduvo hasta tanto que, una noche que muy escura hazía, llorando en sus penosos trabajos, puesta en la popa contemplando en la tranquilidad del tiempo y movimientos de su coraçón, yendo tan quebrantada que no sabía de sí parte, en una barca sintió venirse quexando un cavallero con muy altos y penosos sospiros, tales y tan congojados que por oýrlos y gozar de semejantes quexas los profundos mares mostravan el mayor y más sossegado tiempo que se viera, con un pequeño y templado viento en popa. El dios Neptuno con todas las ninphas marinas venían al

⁵²² *Glordiano*.

derredor del barco, ayudando a la pena del cavallero. Eolo había dexado toda su compañía, excepto la de un templado viento setemptrional, por poder oír cómo aquel cavallero se lastimava, que tendido en la barca venía medio bivo, diziendo:

—¡Ay, Amor, con solo el nombre para mí te contentaste! ¡O, cruel! ¿Y es posible que en todo tu trono para mí faltasse remedio? Y si esto hera assí, ¿para qué me heriste? Cata que herir y no sanar más es officio de berdugos que de quien tú te prescias. ¡O, loco desatinado de mí, sin sesso, que baste mi dessatinado coraçón a que no me dé la muerte! O, señora, ¿y es possible que sabe este triste cavallero que otro goza de vuestros amores, que a otro queréys, olvidada de quien tanto os quiso y por vos continuamente muere, y que no se dé la muerte? ¡Ay, griego príncipe, cómo en ti y en mí podía todo el universo tomar exemplo, pues en ti jamás hallarán cabo tus venturas, ni en mí principio ni fin tendrán mis males! ¡Ay de mí, que ni aun solo un día pude gozar de bien querido! ¡O, cruel!, ¿dexarasme siquiera gozar de algún favor, si del todo querías darme mayor pena? Ya de solo esto me pesa, que quisiera ser el que por todos tus crueles trances pasara. ¿Quién será aquel que podrá creer que por ti yo aya derramado tanta sangre mía y de mis baledores? ¡Tantos príncipes y señores a mi causa muertos, tantas mugeres sin maridos, tantos hijos sin sus padres, y al cabo yo triste sin mis desseos! Y aun lo que para más pena mía escogiste, que vea esta dama cruel en ageno poder, tan trasportada, sin que se aparte para contradezirlo. ¡Buelve, buelve, cruel y desapiadado! Y, si tienes a esse cavallero por tan valeroso, dale a sentir algo de lo que yo padezco y verás hasta dónde sus fuerças se estienden. ¿Cómo no quieres que, siendo querido, la fuerça y el esfuerço se le doble, y falte a quien de contino se vey fatigado? ¡O, aguas, pues a vosotras me he acogido, ya que en la tierra hallar remedio era impossible, ussad conmigo de más piedad, guarecedme dentro en vuestras entrañas! ¡Ay de mí, que esto sería morir sin ver lo que tanto desseo, pues al fin no es possible que la muerte no venga o no halle otro escalón de fortuna que suba otro camino por donde guýe otra esperança que me consuele! ¡O, traydor soldán de Babylonia, que con tanta deslealtad negaste lo que /90-vº/ me tenías prometido, pues sobre ti bolverá Dios justo castigo! ¡O, príncipes de Tizia y Trapisonda, que tan grandes injurias en dissimulación passáys sin procurar la vengança de quien escribe en el arena vuestras injurias!

Estas y otras semejantes lástimas venía diziendo la flor de quantos los partos ni assirios conocieron, con tales gritos que gran parte de la mar oírse pudieran. Bien le conoció la princesa de Francia, que sus quexas descubrían ser aquel valeroso soldán de Persia. Bien vía la gran razón con que se lamentava; no le dexa de causar tanta pena como si uno de sus más queridos príncipes fuera, que a este cavallero estimaba en igual grado con todos los del mundo, y tanto no le bastó el coraçón que le dexasse de hazer compañía, llorando muy agramente, contemplando de la suerte que todo el mundo andava perdido por semejantes causas; que, aviendo ella visto los amores de Roselia y Olympia, y agora viendo la pena d'este cavallero y la que ella passava, parecíale que todo el mundo devía estar de aquella suerte. Y, desseando darle algún consuelo, hizo en su nao encender el farol,

para que a la luz la barca allí atinase; y dándole voces para que [a] aquella parte se llegase, llamándole por su nombre, de que, siendo el príncipe muy maravillado, a la luz que en el navío se encendiera, con dos remos que en el barco venían llegó a aquella parte; hasta tanto que, juntando con él, fue rescebido por los de dentro y por la princesa Hermiliana, con grande amor abraçado, diciendo:

–¿Qué es esto, soberano príncipe, que con tanto dolor y angustia os vays quejando? Bien es que, pues ya a todo el mundo avéys tenido por testigos de vuestra tan rabiosa pena, hagáys de presente otro tanto a estos marinos peces, que aún sería posible que, según por el amor los mortales son tractados, hallássedes en ellos más piedad.

No fue menos maravillado Periano, conociendo a Hermiliana, de verla armada que antes fuera de oírse nombrar; mucho le pesó de que huviesse oído sus quejas, paresciéndole que a flaqueza de ánimo le sería contado. No uviera corazón tan libre en quien la hermosura de Hermiliana no hiziera mudança, como aquella que de pocas en el mundo rescibía comparación, y más viéndola armada de aquellas ricas y resplandecientes armas que de mano del dios Marte recibiera. Mas el dolor que Periano traía, pues no le consintía ver tan gran yerro como en el que andava, no era justo le dexasse ver otra cosa que fuesse menos, y aunque él por una de las más hermosas damas que uviesse visto la estimase, no por esso su corazón se inclinó a quererla, ni aun se atreviera, según la gravedad y onestidad de Hermiliana, ninguno de los mortales. Y con esto Periano le dize:

–No sin causa, sobera[na] infanta, los dioses permitieron que mis agravios por entero manifestasse, sino para que, siendo por vos, oídos hu[v]iesse⁵²³ alguno a quien moviesse compasión ver las tan graves angustias mías, que a todas las de los mortales sobrepujan. Y pues, mi señora, á sido tan alta mi ventura, tened por bien de me contar la de aquel que con tanto agravio goza los derechos a mí devidos, y de aquel cruel caso y destrucción de la casa de Persia y tan querida señora mía.

–No ay qué contar, mi señor –dixo la princesa–, que ellos son ya cassados, y tan contentos quanto vos mostráys por el contrario, no sin rezelo de que havéys de procurar la satisfacción que vos seros devida; aunque en esto harto mejor será dexarla, pues demás que el querer a quien no os quiere es yerro muy conocido, ya vos no tomaríades amores por otro con tanta voluntad de ambos gozados.

–¡Ay de mí! –dixo el apasionado Periano–, ¿y cómo vuestra merced, mi señora, dize semejantes palabras? ¿Y cómo es possible que el que ha sido offendido dexé por todas las vías del mundo de buscar su satisfacción?

–¿Qué enmienda puede llevar esse agravio? –dixo Hermiliana–. Porque, presupuesto que vos pudiéssedes tornar a vuestro poder a vuestra querida Florisbella, qualquier enojo que le hiziéssedes sería para vos peor que la muerte. /91-rº/

–No figuremos esso –dixo Periano–, que pensarlo da la mayor pena possible, que solo no le

⁵²³ *huniessa*.

dar enojo es lo que entretiene mi passada en Grezia, pues ningún estado podían venir las cosas que yo por su servicio no las dexasse a la ora que me fuesse mandado.

–Bien dezís –dixo Hermiliana–, y d’essa suerte acordados estamos.

–No ay que dudar –dixo el príncipe–, mas yo desseo tanto ver a Florisbella que por esto liberalmente me offrecería a la muerte.

–Esso, el tiempo y la amistad de los príncipes griegos lo podría hazer todo –dixo Hermiliana–, y yo en lo que pudiere no dexaré de serviros.

En esto y otras cosas fueron platicando algunos días, hasta tanto que una mañana reconocieron la tierra del Imperio, de que Periano fue alegre y Hermiliana no menos, teniendo pensamiento que allí hallaría a su querido príncipe don Clarineo, y por ver la hermosura de la princesa Claristea, de que muy estimada era en las partes que Hermiliana avía andado. Y, mandando sacar los cavallos, en tierra salieron, con dos escuderos para el soldán Periano y dos donzellas para la princesa de Francia; y, dexando mandado a los de la nao que allí los atiendiesen, se metieron la buelta de la gran ciudad de Colonia.

Capítulo 4. De lo que a los dos príncipes Periano y Hermiliana subcedió en Alemania.

Aunque el tiempo ni los nuevos acontecimientos no del todo cur(r)en los afligidos coraçones, siempre causan entretenimientos para aflojar en algo las angustias que los aflixen, las quales, si continuamente en un ser prosiguiesen, no ay dudar que con brevedad consumiría la vida; y así, el que su remedio tiene lexos gran bien es ayudarse del tiempo, que no será pequeño remedio de sus males, como era al presente en Periano; el qual, si las medicinas de su buen amigo Fristón no le socorrieran, con estos y otros tales remedios es cierto se tornara loco. Y assí, al tiempo que el sol passava la tercera parte de su corrida, se hallaron a la ribera de un hermoso río, en la qual vieron armadas quatro tiendas. Todas tenían las cubiertas tristes de un terciopelo negro; dentro se vían algunas donzellas con las mismas señales, y defuera muchos cavalleros armados, y otros sin armas que por allí andavan a caça. Pues como junto a ellas llegassen, tomándoles desseo de saber quién estava dentro, se llegaron a cavallo bien juntos a ellas, y dentro la más principal vieron dos donzellas bestidas de negro. Su hermosura les dio mucho contento, tanto que los detuvo algo más qu’el buen comedimiento merecía sin hablar palabra. En el estrado donde ellas estavan vieron un cavallero que por ell[o]s⁵²⁴ fuera conocido ser el príncipe Ario Barçano, que a esta hora, enojado de su descomedimiento, les dixo:

–Cavalleros, no usséys de tal descortesía de estar a cavallo en tal parte, que daréys ocasión a no ser tratados como vuestras personas merecen.

⁵²⁴ *ellas.*

–Señor cavallero –respondió Perianeó–, la hermosura de essas señoras es la que tiene la culpa en nuestro yerro, si alguno ha avido, y emendarlo ýamos en lo que de su parte nos fuesse mandado.

Mas a la sazón que estas palabras passavan llegaron algunos cavalleros que, como menos sufridos, les dixeron que se fuessen luego de allí, y que no hera aquel lugar para estar tales cavalleros como ellos. Y uno, que más nescio que los otros hera, quiso trabar por las riendas a Hermiliana; mas ella, que de su sobervia fue no poco enojada, le dio una puntapié con tan grandíssima fuerça que, tomándolo contra las tiendas, dio con él hechando muy mucha sangre por la boca a los pies de las hermosas damas, que la hermosa Claristea, princesa de Alemania, y Lindorena eran; de que /91-vº/ siendo grandemente enojadas, dieron voces a sus cavalleros que los matassen. Mas no les subcedió como ellos pensavan, porque los dos príncipes, rebolviéndose entre ellos, en poco espacio derribaron más de diez cavalleros, dando voces Ariobarçano que le diessen sus armas. A esta hora llegaron dos cavalleros armados con armas negras y bandas amarillas y, enojados de ver lo que contra los cavalleros se havía hecho, dieron voces que se quitassen afuera, y llegándose a los príncipes, les dixeron:

–Cavalleros de poco miramiento, bien parecéys locos, pues en tal parte havéys ossado a hazer semejante atrevimiento.

–Si alguna demasía avemos echo –dixo Hermiliana–, la causa á sido la desmesura d’estos cavalleros. Y, si nos days licencia, nosotros seguiremos nuestro camino, que de lo passado nos pesa tanto como a vosotros.

Mas los cavalleros, que no venían d’esse propósito, sin les responder palabra tomaron del campo lo que vieron que les cumplía. Otro tanto hizieron Perianeó y Hermeliana; y, en medio el campo que delante de la ribera se hazía, se dieron tales enqüentros que los príncipes fueron algún tanto heridos, aunque sus contrarios lo fueron doblado, y todos quatro vinieron al suelo; que, encendiendo en ellos doblada saña, con ira terrible se levantan, poniendo mano a las espadas. A los celestiales moradores con su vista davan contentamiento, porque, conociendo los unos la fuerça y ardimiento de los otros, el acometer, el rebatir las fuerças y ligereza suya hera cosa de admiración. Mas la valerosa donzella, que en sus cosas más apressuradamente se (se) havía, con pesar de que en tal parte un solo cavallero tanto le durasse, dexando caer el escudo en el suelo, tomando la espada a dos manos le quiso herir sobre la cabeça. El cavallero hizo muestra de esperarle, que le costara no menos que la vida, y, viendo caer sobre sí la temerosa espada, dio un salto al trabés haziéndole dar en bacío. La espada fue metida los dos tercios por el suelo y, no la pudiendo sacar como quisiera, el cavallero le hirió de una punta con tanta fuerça que, aunque las encantadas armas la libraron de la muerte, le combino desbiarse a la otra parte, soltando la espada. El cavallero, que no perdía punto de lo que hera menester, quiso tornarla a herir, que le puso en doblado peligro, porque fue más presto con él que el açor con la fugitiva perdiz; y, sin que la pudiesse herir, hechándole aquellos braços a

cuestas, que a tener el conocimiento fuera no pequeño favor, le apretó tan rescio que por poco diera con él en tierra, haziéndole salir abundancia de sangre de algunas heridas que tenía. Al cavallero le combino soltar la espada y escudo por se tener a la furia de [la] bellicosa dama, que no menos le tenía apretado que la yedra a las paredes donde está arrimada. Y, començándose a rebolver el uno al otro, el cavallero hazía mala ganancia, que en ninguna cosa hera ygual; que, sacudiéndole de sí, travó de la espada que colgada traía de la cadena y, haziéndola pedaços, se la llevó, y con ella le hirió en la cabeça de una mala herida. Y diérale la muerte si la ventura del cavallero no fuera que, hallándose cerca de la espada que Hermiliana dexara, la tomó, y con ella se començó a defender harto flacamente.

No passava menos entre el príncipe Periano y su contrario, porque puesto que él fuesse uno de los más valientes cavalleros alemanes, el persiano le traía tan desatinado que no sabía de sí parte. Unas vezes ponía las manos y otras las rodillas en el suelo. Si la batalla passa algún tanto adelante, mal será para los cavalleros alemanes; mas a esta hora ya Ario Barçano estava armado y, agradándole estrañamente los cavalleros, grandemente le pessava de ver a la bella Claristea tan estrañamente enojada contra ellos. Y con muy denodado ánimo /92-rº/ se metió entre ellos, diciendo:

–¡Teneos afuera, cavalleros, que no estáys en parte donde se pueda hazer semejante desbarío, que sabed que está allí la princesa de Alemania, a quien grandemente tenéys enojada!

Todos se tuvieron afuera, y Hermiliana a Ariobarçano dize:

–Excellent príncipe, han subcedido las cosas de tal suerte que sin voluntad nuestra avemos enojado a quien dessearíamos por todo extremo servir en algo; y aunque sin darnos a conocer estávamos determinados de partirnos, no lo haremos, que mucho más se deve a vuestro merescimiento y al de la princesa.

Entonces se quitó el yelmo, y riendo de muy buen talante fue a abraçar a Ario Barçano. Otro tanto hizo Periano; que, conociéndolos, ¡quién contaría su turbación!, y a altas voces dize:

–Salid, mi señora Claristea, y beréys en vuestra tierra la más alta ventura que dessearse podría, que aquí están la valerosa princesa de Francia y el excellent príncipe de Persia.

Salió a estas bozes Claristea, tan alegre como antes enojada, y ella y Hermiliana, que algo eran parientas, se abraçaron. Otro tanto hizo a Periano, de quien ella fue agradada, no le queriendo dar las manos, aunque él se las pedía. Los cavalleros con quien combatían se quitaron los yelmos y a Hermiliana piden las manos; y, aunque no los conocieron, eran cavalleros muy preciados, que no a poco devía ser tenido lo que con ellos huvieron, que el que combatió con Hermi[li]ana era aquel valiente y comedido Pandriano, y el otro el príncipe don Daristeo. Y sabiendo quiénes eran, los abraçaron, no quedando entre ellos punto de ninguna enemistad.

Y con esto todos se recogieron a las tiendas, donde les quitaron las armas excepto los arneses, porque estos el príncipe Periano y la princesa Hermiliana no ussavan ni tenían jamás de costumbre dexar si no fuesse para dormir. Y, en el entretanto que adereçavan la cena, en ricas sillas

se sentaron todos cinco, alçando las alas de la tienda por gozar de los combates que el fresco ayre por el río traía.

–¿Qué ventura ha sido esta, señores míos –dixo Claristea–, juntarse tales príncipes para que yo rescibiesse tan sublimada merced de su vista, para mí como el extremo del mundo desseado?

–Son tantos y tales mis crueles desassossiegos –dixo Perianeos– que no solamente no me dexan tener quenta con mis acontecimientos, pero aun de mí mesmo no podré dar ninguna quenta.

–No passa menos por acá –dixo Claristea–, que este maldito enemigo vuestro no solamente no se contentó con procurar grandes engaños a los cavalleros como vos, pero aún hasta las flacas donzellas ha estendido sus continuas asechanças; y, si yo d'él no fuesse vengada, en balde el soberano Señor me havría hecho señora de tantos y tan altos príncipes y cavalleros.

–Si vos esso, mi señora, tenéys en voluntad, aquí estoy yo, que de muy buena voluntad os serbiré hasta la muerte, tomando por principal empresa vuestra vengança.

–Muy gran merced será essa para mí –dixo Claristea.

–Pues a mí, ¿dónde me dexáys –dixo Ario Barçano–, siendo el más agraviado de todos, viendo con cuánta sin razón hizo dexar a mi her[mana] la crehencia de mis dioses, casándola sin mi prompta voluntad ni del Grande Tártaro, mi padre, con don Contumeliano de Fenicia?

–Si vos, mi señor, queréys –dixo Perianeos–, con tal favor pequeña será la gloria que de su destruyción nos pueda quedar.

Entonces todos tres se dieron las manos, prometiéndosse yrían juntos con todos sus estados para destruyr la Grezia. Fue esto hecho tan presto que Hermiliana no tuvo tiempo para con palabras meterse en medio, y fue tan enojada de haver passado tan mortal concierto delante de ella que, no siendo parte otra cosa ninguna, con la voz alterada les dixo:

–Cierto, soberanos cavalleros, si como tan fácilmente os avéys concertado en /92-vº/ la más espantosa guerra que avrá sido entre los mortales, considerárades los daños d'ella, no creo que assí os uviérades determinado; porque, aunque estimáys en poco la guerra, ya vendrá tiempo que os parecerá otra cosa, que no está tan desapercibido el imperio griego ni tiene tan pequeños valedores que no podríades arrepentiros de la guerra; que ya sabéys que es señor de todos los reynos de Grezia y de gran parte de Asia, y que es suya España, y del reyno de Francia puede hazer su voluntad con Inglaterra, Escoçia, Hungría y todos los más reynos de christianos; pues, quando se comiençan a ensangrentar las aguas del mar y la tierra a correr arroyos de sangre, veréys cuánto mejor fuera aver dissimulado algunas cosas que ver tan grandes daños como se aparejan.

–Señora –dixo Claristea–, la vuestra merced como libre juzga las cosas muy al revés de los que en el coraçón tienen los daños recibidos.

–Ahora bien –dixo Hermiliana–, que ya podría ser que algún día uviessse sido bueno mi consejo.

Entonces, por no le dar pena, se dexaron de hablar en aquello y cenaron. Donde, alçadas las

tablas, Periano y Ario Barçano se salieron platicando fuera de las tiendas, y Hermiliana se quedó con Claristea y Lindorena; donde a poca pieça llegó una donzella, al parescer estraña, la qual, hincando las rodillas, dio a Claristea una carta. Y haviéndola leýdo, le preguntó qué tal quedava la infanta Roseliana.

–Buena, mi señora –dixo la donzella–, aunque muy penada, porque, saliendo el príncipe don Clarineo los otros días a un torneo, fue malherido por una desgracia en un braço; y mándanos besar las manos y saber qué tal está aquella prenda.

–Bueno está –dixo Claristea–, y después, si quisiéredes yr a Bornes, le podréys ver.

–No traygo tanta licencia –dixo la donzella.

Entonces Claristea le mandó dar recado.

¡Quién diría lo que de aquellas palabras sintió Hermiliana, conociendo que don Clarineo tenía hijo en Roseliana! Es cierto que la muerte no da yqual dolor, cuya esperiencia mejor es dexarla a otro que sentirla. Y, fingiendo mala disposición, se entró dentro en la tienda, donde comenzó a llorar amargamente. Y, como no pudiesse declarar sus queexas, hera doblado el sentimiento; y, no bastando a entretener la cruel frenesía suya, pidió su yelmo y las demás armas.

–¿Qué es esto, mi señora? –dixo Claristea–. ¿Cómo os queréys partir a tal hora de nosotros?

Y, llegando Periano y Ario Barçano, le suplican que sola aquella noche allí quedasse o los dexasse yr con ella. Mas tenía Hermiliana tanta rabia que el corazón se le encendía, acordándose de la maldad de don Clarineo, tan contra razón cometida. Y sin que ruegos algunos bastassen a la detener, ni querer por manera alguna que la acompañassen, se partió de las tiendas, dexándolos maravillados y aun en alguna manera corridos de ver quán cortamente Hermiliana se había avido con ellos. Pero, viéndose libres de su embaraço, como la Ira y Sobervia anduviessen entre ellos tan enseñoreadas, tornaron a platicar en su negocio, y luego hordenaron un cartel de desafío, del qual a su tiempo haremos mención. Y con él, dentro de cinco o seys días se partió la hermosa Lindorena, acompañándola el príncipe de Sajonia y un hermano suyo, y la princesa Claristea se tornó a la corte, donde el emperador no entendía en más de en festejar los dos príncipes. Y luego, como aquel que no menos que su hija desseava la vengança con la mala relación que ella le había hecho, hizo luego pregonar la guerra a fuego y a sangre, mandando que qualquier griego que en Alemania y tierras del Imperio fuesse hallado muriesse por ello, sin que ninguno se tomasse a prisión. Y con esto se hizieron algunas crueldades, especialmente con los húngaros y albaneses, que, juntándose, corrieron muy gran parte de la Toringia.

Donde cumple dexarlos por proseguir el propósito comenzado de /93-rº/ la vella princesa Hermiliana, aunque de lástima suya quisiera dilatarlo.

Capítulo 5: De lo que más subcedió a Hermiliana en busca de don Clarineo de España en el Balle Desastrado.

Metiose la princesa de Francia por un monte que junto a las tiendas estava, con tanto dolor que sin agravio suyo podemos dezir que yva fuera de su acuerdo; porque, mandando a sus donzellas que le tuviessen quēnta quando d'ellas saliesse aquella donzella estraña y la avisassen, se emboscó en una parte, la más cerrada que ella pudo hallar. Donde, dando consigo del cavallo abajo, sin quitarle el freno ni tener quēnta consigo siquiera para quitarse el yelmo, se tendió en el suelo y, no temiendo ser por nadie oýda, començó a dar gritos tan altos que por gran parte se pudieran oýr. Y bañándose en espesas lágrimas su hermoso rostro, con tantos sospiros que en ellos parecía ahogarse, sin haver quién le respondiesse, puesto que por las concabidades sus voces di[s]currían, donde, ya que algún tanto sus sospiros a ello dieron lugar, començó a dezir:

–¡Ay de ti, donzella sin ventura, y cómo para el mayor extremo de quantos han sido ha permitido tu desdicha semejantes acaescimientos! ¡Quién nunca vio ni aun una baja donzella andar por los caminos, por los montes y valles llorando su pena, deshaziéndose en bivas lágrimas! ¡O, príncipes y cavalleros de la real casa de Francia!, ¿por qué no days la muerte a la que a vuestra honra y suya tan cruel la quiere dar? ¡O, rey Astrideo, que, ya que el Soberano no te diesse hijos que heredassen tu casa, a lo menos dio[t]e⁵²⁵ una hija tal que, no curando de su honra ni de lo que a ti se deve, anda por estos caminos, hecha pregonera de las mayores locuras que jamás se oyeron! ¡O, don Clarineo, y si me dieras la muerte, y en cuánta obligación te fuera yo y todo mi estado! Mas bien fue que no me la diesses; quiçá con la vida traeré algún servicio que a ti sea contento. ¡O, Rosaliana, cuánto de ti me duelo, que no ay por qué estés confiada de estos crueles y sobervios cavalleros, los más desleales de quantos han sido, que sin dubda por esto se vey que no sin causa Claristea de don Belianís se lastima y querella! ¡O, quién tuviera su coraçón para ayudarle en esta guerra!

Y tras estas palabras dezía veynte desvaríos, tales que no parecían unos a otros. Y estuvo d'esta manera hasta bien entrado el día, que sus donzellas le vinieron a dezir que la donzella hera salida de las tiendas y se venía la buelta de donde ellos estavan. Con lo qual se levantó, tan loca y atronada que no sabía de sí parte, y, tomando su cavallo, se hizo más al monte por un camino que allí se hazía, que parecía el más usado, al qual encaminava la donzella; y a sus donzellas dize que no se descubran quién es, antes digan que es un cavallero aventurero. Y con esto, deteniendo las riendas, llegó la donzella, que a mayor passo caminava por alcançarlos, que ya pieça había que los descubriera; que, como con ellos emparejasse, conociendo que era el cavallero que con Lindorena había visto hablar al tiempo que dio la carta a Claristea, que assí lo pensava ella por le haver visto en tal parte armado le dixo:

–¿Cómo á la vuestra merced caminado tan poco desde ayer que partistes de la princesa Claristea?

⁵²⁵ *dióle.*

–Avemos andado perdidos toda esta noche –dixo Ermiliana–, porque como estraños avemos errado el camino, y avémonos hallado tan junto a las tiendas que me parece que no avemos caminado passo. Y heme olgado mucho con vuestra venida, porque nos podáys poner en algún camino por donde salgamos d'estos bosques.

–¿Para dónde camina la vuestra merced? –dixo la donzella.

–Yo –dixo Ermiliana– querría yr la /93-vº/ buelta de Bohemia.

–Más me plaze d'esso –dixo la donzella–, porque voy esse mesmo camino. Y acompañaré os, si vos fuéredes servido.

–A la mano de Dios –dixo Ermiliana–, que para mí es la mayor merced del mundo acompañar dama tan hermosa y avisada. Y agora, caminemos, porque oy hiziésemos jornada.

–¿Todos los cavalleros tenéys essas entradas? –dixo la donzella–. Aunque yo también me huelgo en oýros, no me podréys engañar, que ya esta mañana me he mirado en un espejo que me dio para mi señora la princesa Claristea, por donde he visto el desengaño para no poner los cavalleros en trabajo de dezirme semejantes lisonjas. Aunque hablando con vos, la verdad, bien quisiera ser tan hermosa como la princesa Claristea, o como mi señora Rosaliana, para dar pena a los cavalleros con mi vista.

–No es la hermosura –dixo Ermiliana– la que asegura a las damas para con los cavalleros, ni la que las hazer ser queridas; que, si yo lo fuesse, no avría dama más hermosa que por solo serlo no se tuviesse por dichosa para tener obligación sobre los cavalleros.

–Pues ¿qué es lo que lo causa, señor –dixo la donzella–, que agora me quiero más que de antes?

–Eso es cosa prolixa para contar agora –dixo Ermiliana–, pero sabed que, entre otras cosas, en esto se requiere especial ventura, porque sin ella, ni ay hermosura ni estado que del amor pueda asegurar.

–De essa manera –dixo la donzella–, para passar esos torcederos, mejor sería olvidar del todo los cavalleros y encerrarnos todas en los monasterios.

–No tanto como esso –dixo Ermiliana–, pero, a lo menos, querer con cordura y a cavalleros que no sean tan moços que por razón la edad los lleve a querer en muchas partes sin tener gobierno para considerar lo mucho que al valor y honra de sus señoras se deve.

–La vuestra merced dize gran verdad –respondió la donzella–, porque os certifico que le acaesce a punto esso a mi señora Rosaliana con un cavallero, su servidor, que con hazerle los favores posibles cada día está con el sobresalto en la mano de que se quiere yr.

–Ya yo sé quién es esse cavallero –dixo Ermiliana–, que en Inglaterra los vi juntos, y no creo yo que él sea de tal mal conoscimiento como esso.

Y como la princesa huviesse llegado al punto que desseava, porque el yelmo le embaraçava algún tanto al oýr, se le hizo desenlazar, dándole a su donzella Briseda. La donzella fue maravillada

de su hermosura, que no mirara antes tanto en ella; y poniéndose un chapeo*, prosiguiendo su camino, le dixo:

–¿Soys vos, señor, a la ventura amigo de aquel cavallero que dezís?

–Sí soy, y mucho –dixo Hermiliana–; y, si no me hubiera detenido por ciertas aventuras, yo hiziera con ellos el camino desde Inglaterra hasta Bohemia, aunque después acá por cierto negocio tengo también necesidad de que no me conozca don Clarineo hasta acabar cierta aventura.

Y con esto, y con ser la donzella no muy discreta, a lo menos en el negocio de su señora, supo d'ella quanto entre don Clarineo y Roseliana passava, y aún algo más, porque el [que] descubre secreto ageno si no pone algo de su casa, con lo qual a Hermiliana se le acrecienta el dolor, tanto que cada día yva perdiendo su hermosa color; y así fue muy fatigada hasta entrar en el reyno de Bohemia, donde tuvieron nueva cierta que don Clarineo y Rosaliana estavan en la ciudad de Praga, que la principal del reyno era, que no estava de allí más de diez leguas. Y encomendando a Albia, que assí se dezía la donzella, que ninguna cosa a don Clarineo dixesse, se dieron prissa por alcançar otro día a entrar en la ciudad a buena hora. Y así lo hizieron, que bíspera de aquel día en qual todas las naciones hazían fiestas, bien quatro horas antes que anocheciesse, llegaron a vista de la ciudad. Y, caminando por la ribera de un río, vieron por ella adelante venir mucha cavallería y damas, como que se anduviessen solaçando por allí.

–¿Qué gente será esta? –dixo Hermilia- /94-rº/ -na a la donzella que con el[la] venía.

–Sin falta –dixo la donzella– deve ser la princesa Roseliana, y deve de venir con ella don Clarineo, porque muchas vezes suelen por aquí salirse a bolar*, que a esta ribera acuden muchas aves. Por tanto, si no queréys ser conocido, desviaos por este otro camino, que yo me voy para ella, que sin falta son ella y don Clarineo estos que bienen delante.

Hermiliana, que por ninguna manera quería ser conocida, tomó el camino por donde la donzella le dezía, dándole grandes combates el corazón viéndose tan cerca de su querido don Clarineo. Y entre sí yva diciendo:

–¡O, Rosaliana, con cuánto descuydo del mucho que yo tengo sales a caça! ¡O, don Clarineo, que si cevas losalcones en las aves como heziste en mi pobre corazón, no se abrá visto caça semejante!

La donzella se fue para su señora y don Clarineo, que los mismos que ella dezía eran, los quales con ella se holgaron mucho, preguntándole por Claristea y por el donzel Astrideo.

–Todos quedan buenos –dixo la donzella.

Entonces le contó quanto le aviniera.

–¿Quién es aquel cavallero que venía con vos? –dixo don Clarineo.

–Un cavallero aventurero es –dixo la donzella– que viene conmigo desde Colonia.

–¿Pues por qué no le avisastes –dixo el príncipe– que no entrasse por el Valle Desastrado, no le acaezca alguna desgracia con los encantados cavalleros?

–No se me acordó –dixo la donzella–. Y pésame, que es un muy buen cavallero.

–Agora ve corriendo –dixo don Clarineo a un escudero suyo que Liberiano se dezía, harto conocido de Hermiliana– y alcança a aquel cavallero, y dile que buelva la rienda a entrar por otro camino en la ciudad y no vaya por aquel valle, que le podrá subceder algún peligro de m[u]erte⁵²⁶ o prisión.

El escudero, al más correr de su cavallo, se fue tras Hermiliana, que, no desseando perder de vista aquella parte donde yva don Clarineo, no se avía alexado mucho. Y quando conoció a Liberiano holgose mucho, que aquel escudero avía sido d’ella muy favorito* y le quería mucho, aunque a la sazón no tanto, que los tenía a todos por desleales. El escudero le dio el recado de parte del príncipe don Clarineo, su señor.

–¿Soys vos suyo? –dixo Hermiliana.

–Sí, señor –dixo el escudero.

–Pues agora le dezid de mi parte –dixo la princesa– que me parece bien que, pues á dexado de hazer lo que como cavallero a quienes era obligado, tornándose guardador de damas, que tenga cuidado, como donzella, de avisar a los cavalleros que se guarden de las peligrosas aventuras; y que, para que vea la diferencia de lo uno a lo otro, que venga él y verá cómo los cavalleros no han olvidado lo que son [o]bligados.

El escudero, muy corrido, bolvió la respuesta a su señor, que, como se viesse affrentar de tales palabras, muy aprissa pidió sus armas, y al escudero manda que buelva al cavallero y le diga que atienda un poco, que será a la hora con él. El escudero lo hizo así, y don Clarineo se quedó armando, con harta pena de Rosaliana, no porque verle en batalla le dicesse pena, sino aun porque no estava bien sano del braço, y en el entretanto el escudero dio la respuesta a Hermiliana. Y ella esperó, y al escudero ruega que, en el entretanto, le quiente qué aventura era aquella.

–Plázeme de grado –dixo Liberiano–. Agora sabréys que en la corte del rey de Bohemia avía una donzella que Felisena se dezía, la hermosura de la qual de ninguna en el reyno llevaba comparación. A esta servían tres hermanos; el uno se dezía, que hera el mayor, Toriano, y el segundo, Felineo, y el menor, Sylvano de la Selva. Todos tres seguían los amores con tanta pena y corage los unos de los otros que, a no ser hermanos, muchas vezes se dieran la muerte. Mas la bella Felisena estava herida del amor de Sylvano tan cruelmente que de ninguno de los otros hazía caso, faboresciendo en todo lo que a ella era possible a Sylvano pública y secretamente, de lo qual los hermanos estavan harto sentidos. Pues assí fue que en un día, estan- /94-vº/ -do todos tres en el palacio real y Sylvano muy junto con Felisena, hablando con ella en lo que más le agradava, los dos hermanos Toriano y Fyleneo llegaron a palabras que, puestas en mayor rigor, hecharon mano a las espadas con tanto enojo el uno del otro que el rey ni quantos presentes se hallaron no fueren parte

⁵²⁶ *mnerte.*

para (a) apartarlos, antes se dieron algunas heridas. El de la Selva, que tal vio entre sus hermanos, se levantó para ponellos en paz, lo qual no consintió Felisena, temerosa de su amante. Antes, teniendo entendido que ninguna cosa como su presencia amansaría su enojo, dándoles voces que por su amor lo dexassen, se metió entre ellos, dando lugar al más espantoso caso que se aya jamás oýdo: porque Toriano, no la viendo, por dar a Fileneo hirió a Felisena de una herida tal en la cabeça que, partiendo la mayor parte, dio con ella en el suelo tal como muerta; que, como lo viese Sylvano de la Selva, echo una ponçoñosa serpiente arremetió con Toriano, que, espantado del estraño caso que le acaesciera, no sabía de sí parte, y con una daga cerró con él tan presto que, no se pudiendo desviar, le dio tres heridas mortales, con las quales cayó de la otra parte tal como estaba Felisena. Pues Filineo, que vio la crueldad de Silvano en aver muerto assí a su hermano mayor, desseando vengar el estraño caso, arremetió con su hermano; mas él, que estaba furioso, reparando en el manto un golpe suyo, entró con él y le paró tal como a Toriano. Y, no queriendo que d'él fuese menos que d'ellos, con la extrema desesperación se abrazó con su señora, metiéndose la daga por los pechos. Fue hecho esto tan presto que ninguno de quantos avía en la sala fueron parte para remediarlo; y quiriendo algunos que en ella havía, con la lástima de tal caso, porque los tres cavalleros heran los más valientes en armas que en el mundo aya avido, yr a levantarlos, por la sala vieron entrar un carro que quatro dragones traýan, y en él sentado un viejo con un libro en la mano; el qual, tomando los tres cavalleros y donzella, sin hablar a alguno palabra, se tornó a salir. Muchos salieron tras él por ver en qué parava caso semejante, y viéronle venir a este valle por donde vos vays, en el qual los dexó, a lo que se crey muertos o encantados, con tres arcos y a la entrada un padrón de mármol con unas letras. Hanla provado muchos cavalleros, mas no le pueden dar cima. Provola también don Clarineo, mas salió d'ella muy herido sin poderla acavar. Esta es, señor cavallero, la aventura, que, aunque es recia, mayor es aver enojado a don Clarineo. Según él viene enojado, no escusaréys batalla.

–De don Clarineo –dixo Hermiliana– no se espera bien ninguno. Batalla con él no ay por qué averla; mas, si él la quiere, yo no la puedo negar a él ni a nadie que conmigo la quiera.

Y dexose de hablar con el escudero, que vio venir a don Clarineo muy cerca, con lo qual ella estava tan alborotada que no sabía de sí parte. Mil vezes se determinaba en aver con él batalla y otras tantas se arrepentía, no pudiendo acabar de determinarse en hazer mal alguno; y, aunque d'él estava tan enojad[a]⁵²⁷, olgávase de verle venir tan gentil hombre a cavallo, enun alindado cavallo obero*, unas armas pardas con unos castillos y leones por ellas, en el escudo tres lirios de oro, que las armas de Hermiliana eran. Traýa una lança con un agudo yerro, y en este semblante se llegó hasta Hermiliana, diziendo:

–Cavallero, muy acostumbrado devéys estar a dezir demasías, pues por imbiaros a avisar respondéys semejantes palabras. Y, porque veáys que a los cavalleros no es razón de tratarlos de essa

⁵²⁷ enojado.

manera, apercebíos, que conmigo soys en batalla.

–Por un consejo –dixo Hermiliana– que vos me imbiastes os embié yo otro tal que, si le tomáys, no hallaréys mal d’él. Por eso no sé por qué queréys batalla, la qual yo haría con vos de buena voluntad, aunque no sé para qué la tengo de aver con un cavallero tan descuydado de su honra, que por estar en vicios y passatiempos ha dexado perder lo que tan ganado tenía. Porque, si esto no fuera, no dexárades de buscar a vuestras hermanas en las montañas de Syria, como hizo el emperador don Belanio y los prínci- /95-rº/ -pes, vuestros hermanos, hasta darles libertad; no dexárades de hallaros en la guerra troyana, donde con tanta sangre griega Policena fue restituyda en su estado; y aun lo que peor es, que assí ayáys olvidado el amor de la princesa de Francia, que, según yo la vi, ya deve de ser casada, vistos vuestros descuydos y cosas feminiles que avéis tomado.

–¡Sancto Dios! –dixo don Clarineo–. ¿Y vos quién soys, señor cavallero, que assí me conocéys y tenéys tan entendido mi coraçón? ¿Y es verdad que mi señora me tiene assí olvidado? Agora os suplico me cortéys la cabeça y se la llevéys en pago del descuydo que dezís aver tenido de su servicio. Yo no os dexaré partir de mí si no me dezís vuestro nombre.

–Atendedme una pieça en tanto que pruevo esta aventura –dixo Hermiliana–, que a la ora soy con vos.

Y, sin le dezir más palabra, se metió por el encantado valle, por el qual no la pudo seguir don Clarineo, aunque lo provó. Y acordó, llegando Roseliana, esperar allí por ver lo que sucedía en aquella aventura, tan trascordado* que no sabía de sí parte, no pudiendo imaginar quién fuesse aquel cavallero que de tal manera le avía tratado. Unas vezes pensava que fuesse su hermano don Belianís, otras que fuesse el emperador don Belanio, porque no sentía quién en el mundo, fuera d’estos, tan libremente le dixesse su parescer. Y en fin, todos pensara que eran sino Hermiliana, de quien no lo creyera aunque la viera.

La qual, con algún contento que de las últimas palabras de don Clarineo recibiera, se metió por el valle, donde a poca pieça un gran padrón de mármol topó, con unas letras que dezían: “Ningún cavallero, por esforçado que sea, no se atreva a provar esta aventura, que le yrá mal d’ello, hasta tanto que la herida obeja, buelta en cruda leona, con la fuerça y valor de su baleroso braço, partida en busca de su matador para su remedio, vença los tres cavalleros de estas guardas”. No entendió muy bien las letras Hermiliana, aunque le pareció que por ella dezían; y, no se curando d’ellas ni del que las pusiera, pasó por el má[r]mol⁵²⁸ adelante. Mas no hubo dado diez passos quando sintió temblar fuertemente la tierra, y por la parte que ella yva se abrió gran pieça, sumiéndose por ella Hermiliana y su cavallo con harto espanto suyo, teniéndose por muerta. Mas, passando aquello, se halló en un fresco prado cubierto de muy hermosas arboledas, tan olorosas que parecía un paraíso terrenal. Por él corrían dos ríos muy hermosos, cada uno por su parte, con un agua más clara que el christal. Por el

⁵²⁸ málmol.

campo vio muchas aves de todos géneros andar tan li[b]remente⁵²⁹ como si persona jamás por allí anduviesse; porque, aunque ella pasó por junto de algunas, no bolavan ni se movían a ninguna parte. Al medio vio una hermosa casa con quatro torres tan bellas que alegría dava mirarlas; y, teniendo entendido que allí estava Felisena, partió para la casa.

Mas, antes que llegasse, debaxo de unos abellanos vio un cavallero tendido, recodado sobre su escudo. Llorava amargamente; que, como Hermiliana le viese tan ocupado en aquello, se apeó, llegando a escucharle por lo más cubierto de los avellanos, como aquella que no menos lágrimas derramava que él mismo; que, con una elevación que le tenía fuera de su acuerdo, [dezía]:

–¡Ay de ti, sin ventura Toriano, matador de tu propia vida! ¡Con cuánta razón se ha permitido que no muriesses, para que con la vida sientas la más áspera muerte que jamás a nadie se aya dado! ¡O, cruel hermano, y cómo me fuyste en todo cruel, pues no acabaste de matarme, siquiera para perder el sentimiento que de tan estraño caso me pudo quedar!

Tras estas palabras dezía otras muchas dinas de grandíssima compasión; mas Hermiliana, que deseava más darle libertad que oír sus queexas, le meneó por un brazo, diciendo:

–¿Qué avéys avido, señor cavallero, qu’el dolor de vuestra pena me á traydo por procuraros algún contento, si yo dárosle puedo?

A estas palabras se puso en pie Toriano, y con alguna saña le dixo:

–Si vos, cavallero, desseárades mi contento, no me quitárades de llorar mi mal, pues ya no puedo tener otro descanso; y, pues sin mi licencia avéys entra- /95-vº/ -do aquí, combiene me deys las armas, y bays presso a aquella torre que en aquella casa se haze.

–Antes es menester que salgáys vos de aquí conmigo –dixo Hermiliana.

Entonces Toriano embraçó su escudo y puso mano a su espada; y, como aquel que pocos tales cavalleros havia en el reyno, como cavallero del valor y bien atentado partió para Hermiliana, que para él se venía; y, metiéndose hazia el lado yzquierdo por librarse de un golpe, a la princesa hirió sobre el yelmo con tanta fuerça que los dientes le hizo juntar unos con otros. La rodilla yzquierda puso en el suelo; no paró en esso el furioso mancebo, que, redoblando los golpes, de una punta le hirió por los pechos, que poco faltó que la valerosa dama no perdiesse los alientos; la qual a esta ora fue en toda su saña, y a Toriano de un golpe yere por encima de el escudo; que, llevando d’él un tercio con gran parte del cerco del yelmo, la espada corrió adelante, llevando tras sí quanto topó. Y fue venturoso Toriano, que, si la princesa metiera algo más la mano, fuera muerto o mal herido. Con todo esso del muslo le començó a correr sangre en abundancia. No tuvo a cordura Toriano esperar semejantes golpes, y a la causa començó más avisadamente a hazer su batalla, aprovechándose de su ligereza, que hera grande, y dando y rescibiendo golpes estraños, con los quales a Hermiliana traía muy acossada. Y hera la batalla entre ellos dura y áspera, tanto que sin se

⁵²⁹ *lihremente*.

conocer ventaja anduvieron gran rato, cortando Hermiliana las armas del buen Toriano por muchas partes; y es cierto que, si las suyas no fueran encantadas, mucho de su sangre le costara esta aventura. Mas no hacía Toriano más caso de ser herido, ni por esso parecía en él más señal de desmayo que si no hiziera aquella batalla, de que Hermiliana estava fuera de su acuerdo, y bien cuidó que los encantamentos obraran aquello, porque ella veía en un cavallero malherido más esfuerço que jamás pensara, y aun del que primero huviera. Mas, desseando acabar la batalla, acordándosele que don Clarineo quedava en el valle, por tomarle a ver le comenzó a golpear de nuevo, con tanto esfuerço que, haziéndole sentir los filos de su espada, sus carnes lo passavan tiñendo las verdes yervas con su sangre.

Mas el cavallero se había tan animosamente que a Hermiliana causava grande coraje, ca a esta hora se juntó con Toriano, pensando alcançarle un golpe sobre la cabeça a dos manos. Mas él se metió tanto dentro, que no le alcanzó salvo con el postrer terzio, y del golpe se dexó llevar hasta hincar ambas rodillas en tierra; con que, tornando en sus enteras fuerças, hechando los braços a la valerosa dama la quiso llevar tras sí; y no fuera mucho hazerlo, según a esta hora sus fuerças heran valerosas, si la hermosa donzella, poniendo mano a la daga, no le hiriera con ella de dos heridas, no menos peligrosas que las que de su hermano rescibiera, de las cuales bien pensó haverlo muerto, dando con él en tierra.

Mas a esta sazón en el hermoso campo con un grande ruydo se puso un hermoso cadahalso, que ya por Hermiliana otras vezes fuera visto, y en él se sentó el indomado Cupido, una rica corona en la cabeça, hecha tres partes a manera de tiara: la una verde, demostrando la hermosa esperança de los amadores; la otra hera de duro roble, por los grandes trabajos que en seguirse se hallan; la más alta, demostrando lo que nunca cumple, que es el alegría y contento, hera colorada. Él venía de blanco, un tocado en la cabeça poblado de ricas esmeraldas y diamantes. Consigo traía la Justicia y Sinrazón, de la manera que en la primera parte vos contamos. Todos los otros, sus sequazes, al cavallero muerto tomaron; y ante Cupido le presentan, y con grande clamores el yerro de aquel cavallero pedían vengança, pues contra las leyes suyas, ansí en locamente haver descubierto sus amores como en haber herido a Felisena, muy graves penas merecía.

—Dexadlo —dixo el sobervio flechero— y ponedlo /96-rº/ en la Desesperación de Amor, juntamente con los otros condenados y Fyleno, su hermano, donde esté hasta que aquella ventura sea acabada.

Y con esto el cadahalso desapareció de su vista, y Hermiliana pasó adelante, la buelta de la hermosa casa; donde, ya que junto llegava, un cavallero vio armado, puesto sobre un hermoso cavallo negro, hechado sobre el arçón delantero. Las lágrimas que de sus ojos derrama hilo a hilo por debaxo de el yelmo caían; de rato en rato dava unos suspiros tan dolorosos que lástima hera oírlos, y mayor la tuvo de este Hermiliana, que con no quejarse le parecía sentir doblada pena. Y bien escusar[a] batalla con cavalleros tan lastimados; mas, viendo que de necessidad había de ser ansí, se

llegó a Filineo diciendo:

–Gentil cavallero, si por bien tuviéssedes, dexando estas encantadas moradas, veniros conmigo, seros ya obligado en todo tiempo.

El cavallero, alçando la cabeça como si de sueño recordara, viendo tan gentil cavallero ante sí, le dize:

–Señor cavallero, aunque yo quiera no soy parte para cumplir vuestro mandado, que estoy aquí para dar la muerte a quantos cavalleros por aquí passar quisieren. Y agora, tomad un cavallo y un hacha de aquellas que allí están arrimadas, que con ellas os cumple hazer la batalla.

Bolvió la princesa los ojos por ver a qué parte estava el cavallo que el cavallero dezía; mas él, que otra cosa no aguardava, viéndola descuydada, le dio con los pechos del cavallo con tal fuerça que dio con él de espaldas, y por cima le pasó el cavallo, que, poniéndose las manos en los pechos, la dexó muy atormentada. Mas con furiosa ira, biéndole tornar a rebolver sobre ella, se levanta; mas no se pudo tan presto amparar qu'el cavallero no le diesse un golpe a dos manos con tanta furia que ambas las rodillas le hizo hincar en el suelo. Mas, como la hacha no prendiesse, decendiendo al suelo se soterró en un terzio, que fue la mayor ventura que Hermiliana tuvo en aquella batalla, porque Filineo tenía la hacha con una cadena assida del braço y, como el cavallo passasse con furia y él no la pudiese arrancar ni soltarla, llevolo tras sí y, haziéndole dexar la compañía de su cavallo, dio una mala caída en el suelo. Y Hermiliana, que no perdía semejante ocasión, cargó sobre el cavallero, y él la abraçó fuertemente, procurando defenderse. Hermiliana hizo otro tanto por rindirle, poniendo cada uno lo más de su valor.

Mas la lucha era descomunal, que aquellos cavalleros no podían ser vencidos de la suerte que Hermiliana pensava, que combenía ser heridos de la suerte que por Sylvano antes lo fuera[n]. Mas a esta sazón Fylineo puso mano a una daga, soltando el un braço, y con ella, pensando acabar su hecho, quiso herir a Hermiliana; la qual, soltando ambos braços d'él, trabó del suyo y dándole liger[a]mente⁵³⁰ una buelta se la llevó de la mano, con la qual prestamente le hirió de dos heridas; con las cuales quedó qual Toriano, y así fue llevado a la Desesperación con él.

Y la valerosa señora passó adelante con soberano esfuerço, aunque muy quebrantada, que grave daño del atropellar del cavallo rescibiera; donde, llegando a los hermosos palacios, mucho se holgó en ver tan maravillosos edificios; y, si ella no huviera visto los de las montañas de Atria, cuydara no haver otros tales en el mundo. Así fue hasta entrar en una sala maravillosa; toda ella parecía ser hecha de ardientes rubís, que davan tanto resplandor que no consentían ser mirados. La cobertura, que sobre diez pilares de christal estava, era al parecer de una esmeralda; el suelo, blanco, tanto que su blancura no dexava conoscer de qué fuesse, aunque por muchas partes abundancia de sangre le tenía teñido. En ella vio en un estrado al gentil Silvano, abraçado con la hermosa Felisena,

⁵³⁰ *ligeramente.*

corriendo por entr'ambos la sangre en abundancia. Davan de rato en rato los suspiros tan penados que los más helados coraçones movieran a piedad. Así fue el de Hermiliana, que, llegándose a ellos, les comenzó a ayudar a su lástima, con no /96-vº/ menos lágrimas que si por ella semejante mal passara, diciendo:

–¡Ay, cruel Amor, sin piedad ni verdad alguna, destruydor de los leales coraçones! ¿Quién vio tal locura, que seas enemigo de los que te sirven y destruyas a aquellos de quien te llamas señor, y con estos más a la continua tu reyno se acrecienta y tus vassallos se doblen? ¿Qué te hizieron, engañoso, estos príncipes? ¿Qué agravio pudo ser tan excesivo, que con tan estraños tormentos son afligidos? ¡Ay, que al fin el quejar no aprovecha, pues de grado o por fuerça hemos de ser tus prisioneros y rendidos!

Y diciendo esto, con algún tipo de enojo, que de los desatinos que a cada parte topava le rescresció, se llegó a Sylvano diciendo:

–¿Qué es esto, cavallero, que con tanta amargura os lamentáys de aquello que ya no lleva remedio alguno? Esforçaos para salir de aquí conmigo, no sea que en esta desesperación os tome el último fin y perdáys el alma juntamente con el cuerpo.

Hera Sylvano un gentil y agraciado cavallero, si Hermiliana le havía visto, tan hermoso de rostro como valiente de su persona, y en lo uno y en lo otro estremado; y pússosse en pie, diciendo:

–No sé qué desventura vuestra, cavallero, os ha traýdo a tal lugar, donde la mayor fortuna vuestra será quedaros a hazerme compañía en el llanto del más triste caso que jamás aya sido visto.

–Esto hiziera yo de muy buena voluntad –dixo Hermiliana–, si fuera tan provechoso para vos y Felisena; mas, porque ninguna cosa lo será tanto como salir d'este lugar, os suplico que os vengáys conmigo.

–Esso no lo puedo hazer –dixo Sylvano– en el entretanto que la vida durare.

Entonces hizo acometimiento con una clava de azero de herir a la princesa por sobre el yelmo; mas ella se desvió, y Sylvano metió otro pie y hiriola por medio del arnés, con tanta fuerça que le combino yr dando traspiés hasta en medio de la sala, donde puso mano a su espada. Mas ya estava con ella Sylvano, que con el corte de la clava le dio encima un hombro. Las encantadas armas defendieron de ser cortadas, mas Hermiliana no sentía el braço, y combínole dexar caer el escudo en el suelo. A este punto se viera una hermosa batalla, porque la francesa señora estava con una cólera tan encendida que, no temiendo cosa alguna, con el cavallero se junta, el cual atrabessó la acha por llevar con ella el golpe. Mas qué le vale, que fue cortada por medio, y el azerado arnés con ella, llegando los filos hasta hazerse sentir en las carnes, y antes que se pudiesse desviar, le dio otro en un hombro, que le causó una peligrosa herida. Mas a esta ora fue Hermiliana en peligro de muerte, que Sylvano, que vio perdida su acha, cerró con ella tan presto que, no le valiendo su ligereza para desviarse, le hechó por la cinta sus furiosos braços Hermiliana, que se quiso refirmar sobre los pies porque con el acometimiento no la derribasse. Deslizáronsele por la sala y dio una cayda de espaldas

tan rezia que cuydó averse muerto. Sylvano, que vio la fortuna por la frente, quiso arrodillar por matarla. Mas Hermiliana lo abraçó tan rezio que, no le dexando rebolver a una parte ni a otra, fueron dando bueltas hasta llegar al estrado donde Felisena estava; la qual, viendo a Sylvano en tal peligro, cuydando que Hermiliana fuesse Toriano, se levantó por ayudarle; y dexando el feminil temor, tomando la parte del acha que se quebrara, quiso con ella dar a Hermiliana, que a esta hora avía cobrado a Sylvano y tenía la una rodilla sobre sus pechos, pidiéndole que otorgasse de salirse con ella; que, como viesse lo que Felisena hazer quería, no por temor del golpe, sino por lo que a su hermosura se devía, soltando a Sylvano saltó a una parte, dando causa a que Felisena hiziesse lo mismo que Toriano hiziera, porque hirió a su querido Sylvano con la hacha encima de la cabeça de tal golpe que pareció havérsela partido.

Con lo qual el encantamento fue acabado, y con un ruydo que parecía que el universo se hundiesse, no solo Hermiliana y Felisena y Sylvano /97-rº/ cayeron en el suelo, mas Rosaliana y don Clarineo y todos los que a la entrada del valle se hallaron, con tanto temor que pensaron ser perdidos. Mas, tornando en sí, todos vieron venir a Hermiliana y Felisena, y con ella a Silvano, porque, como el ruydo pasasse, todos tres se hallaron en aquel valle sin erida alguna; donde, acordándoseles a Silvano y Felisena de lo que por ellos passara, hera tan grande su alegría que, abraçándose el uno con el otro, hera otro nuevo encantamento que no se podía hablar palabra. Mas, ya que apartados, ante Hermiliana se hincan de rodillas, pidiéndole las manos por tan alta merced como d'ellas rescibieran. Hermiliana los abraçó y hizo levantar, diziéndoles que al soberano Señor diessen las gracias de haverse querido acordar de ellos en tal tiempo. Felisena le rogó que se quitasse el yelmo, mas Hermiliana se escusó de lo hazer todo lo mejor que pudo de ello, y ansí mismo de dezirles quién fuesse. Y en esto, trabándose de las manos, salieron de aquel encantado valle, llevando Hermiliana de diestro su cavallo, que allí halló, que no quiso subir en él.

Capítulo 6: De lo que avino a Hermilia[na] con el príncipe don Clarineo y con la princesa Rosaliana, con la muerte del príncipe Lindoriano.

Estraños acontecimientos subceden a la balerosa princesa Hermiliana que la traen fuera de sí. Yo me detengo mucho en contar sus cosas, señora de tanto valor, según el processo que me espera. Mas conviene tocar estas cosas, aunque tan sumariamente, porque las aventuras que a esta dama le acontecieron son estrañas, que con gran razón se quejaría de mí si las olvidasse; y assí, los lectores a quien esto diere pessadumbre, como no menos aficionados a cosas de amores, pásenlo, que poco cuesta dar buelta a tres o quatro hojas.

Salieron, pues, aquellos tres amadores donde el quarto, que por razón deviera ser tan leal, los esperaba fuera del valle, y viendo que ya Rosaliana y don Clarineo para ellos se venían, haviéndoles dicho Hermiliana quiénes fuessen, se detuvieron, porque Felisena se cansava mucho de andar a pie;

donde, ya que fueron llegados, apeándose Roseliana, corriendo fue a abrazar a su prima Felisena, maravillada del extraño caso, y con ella y Silvano pasaron grandes rescibimientos con todos los cavalleros que allí venían, y aun con el rey de Bohemia, que a la nueva de lo que passava había venido de la ciudad. Y dieron los cavallos, bolviéndose para la ciudad, no se hartando todos de abrazar a Hermiliana, preguntándole qué se hiziera de Toriano y Filineo; y ella les dixo cómo los avían llevado a otra aventura que se dezía la Desesperación de Amor, no queriendo a ruegos de Rosaliana ni del rey, su padre, quitar el yelmo, jurando que lo avía assí prometido. Pues como con la venida del rey don Clarineo tuviesse más lugar de apartarse de Rosaliana, llegándose a Hermiliana, apartándola de los otros cavalleros, le dixo:

–Supplícoos, señor cavallero, que no me tengáys tan suspenso en dezirme vuestro nombre, que verdaderamente estoy fuera de mi acuerdo después que me dixistes aquellas palabras, que no siento cavallero en el mundo que me las dixera fuera del emperador, mi padre, y mi hermano don Belianís.

–Esso tienen –dixo Hermiliana– los que hazen malas y desmessuradas obras, que tienen entendido que no ha de haver quien se atreva a dezírselas. Mi nombre tengo prometido de no dezirle por estos veynte días, los quales passados, si mucho desseáys saberle, me hallaréys en la puente del Danubio, en Hungría.

Y no queriendo hablar más con él por no se enojar, se /97-vº/ despidió del rey y de la princesa y de todos, diziendo que le combenía aquella noche, que ya hera muy cerrada, yr a cierta parte; y abraçando a Felisena y Sylvano, que con muchas lágrimas se despidieron d’ella, dexando a don Clarineo sin saber de sí parte, se metió por otro camino. Y el rey se fue a palacio, contando todos maravillas del esfuerço de Hermiliana; la qual a poca pieça tornando a tomar su camino se entró por otra parte en la ciudad, donde, preguntando por una hostería y siéndole mostrada, se apeó allí, dexando a las donzellas su cavallo para que le diessen recado, aunque con ser hermosas y bien proveýdas de dinero nunca les cabían aquellos trabajos, y ella se entró en un aposento donde, conforme a su costumbre, sin se dexar ver por nadie cenó algún tanto. Y aviéndose desarmado y cerrado tras sí la puerta para acostarse, parescirole que oya ruydo como de cavalleros que se armavan, y medio recelosa tomó su espada y quiso abrir la puerta. Mas como huviesse muerto la luz, vio por un resquieço, o agujero de la pared, candela; y paresciéndole que en aquella vezina cámara fuesse, se paró a mirar qué sería. Y vio tres cavalleros que se acabavan de armar. Todos parecían cavalleros de esfuerço, mas el uno parecía medio gigante, con muy hermoso talle y postura, puesto que de rostro era negro y feo, con unos oyos por la cara que mucho le afeavan. Este dixo a los otros:

–Daos priessa; si no, si os tardáys, daréys causa a que no hagamos nada, porque don Clarineo se cerrará por la huerta en el aposento de Rosaliana, donde no será possible librarnos si allí le matássemos.

–¿Vos creéys –dixo el otro– que tan estrecha amistad como essa ay entre los dos?

–No ay que hablar en esso –dixo el tercero cavallero–, que yo le he visto entrar a dormir con ella mil vezes yendo a ver a mi esposa. Y démonos priessa, que él viene siempre desarmado y será poco darle la muerte; y será bueno darla también a Roseliana, pues en el palacio del rey haze tal trayción y assí negó de casarse con vos.

Y con esto los vio salir luego. No ay sobresalto, aunque sea de la muerte, que assí turbasse a nadie como esta aventura turbó a Hermiliana; que, llamando a sus donzellas, con grandíssima priessa a escuras se començó a bestir, y dándole luz en un ayre se armó de sola la loriga; y, mandando a sus donzellas que en el mismo valle donde acabara la aventura la esperassen con las armas y el cavallo, ella se puso la celada de infante y, cubierta un manto cubierto de perlería, que de cavallero no traía otro, salió a la calle donde, preguntando, llegó a palacio. Mas hera tan tarde que, estando todo cerrado y no ossando llamar, no sabía qué recado se diesse. Y con esto rodeava los pet[ri]les⁵³¹* de la huerta por ver si hallava por dónde entrar; mas heran muy altos y hera impossible, con que estava con un pesar, el más estraño que dezirse puede; y acrescentósele, porque a esta hora oyó una voz que dixo:

–¡Muera el mal cavallero!

Y, tras esto, grandíssimo ruydo de armas. Mas esta hora le sobrevino un remedio no pensado, que al derredor de la huerta había ya quantos fresnos grandes. Hermiliana puso mano a su espada y del primer golpe llevó a uno, y arimándole a la pared subió por él, más ligera que el pensamiento. Y, saltando del muro, abajó, aunque en las matas y rosales cayó dos vezes, y muy presto llegó adonde el ruydo passava. Y vio a la entrada de un postigo a su querido señor a la luz de una bela, que en él estava herido de algunas heridas, porque tenía una en la cabeça, de que por el rostro y pechos corría mucha sangre. Junto d'él estava Rosaliana, que, aunque la vela se le cayera de la mano, desseando que antes que a don Clarineo le diessen la muerte, no se había querido quitar de allí; y cierto entr'ambos murieran si la princesa a aquella hora no llegara, que, viendo assí a don Clarineo, no es de maravilliar de las cosas que hizo, sino de cómo, con el gran pesar, tuvo alivios para poderle ayudar. Llegó tan rezia que su /98-rº/ desatino la huviera de perder, y al un cavallero hirió de una punta por las espaldas, que la media espada pareció a los pechos, dando con él muerto a los pies de don Clarineo, que a esta hora con el desmayo de las peligrosas heridas cayó también a la otra parte sobre los braços de Rosaliana, que nunca otra vez en ellos le tuvo. Esto acrescentó, si assí dezirse puede, a Hermiliana la furiosa yra que tenía, y al segundo cavallero por cima del escudo yere de tal suerte que, partiéndosele por medio, fue tras él la cabeça hasta los ojos, dando con él qual su compañero. Y saltando al trabés por tomar la puerta donde cayera don Clarineo, se reparó de un golpe que el tercero cavallero le tiró con la espada y el manto; y no fuera mucho con este verse en estraño peligro, que era uno de los animosos que ella huviesse visto y quería entretenerse en la

⁵³¹ *petules*.

batalla. Mas Hermiliana, que vía que el ser sentido don Clarineo hera lo mismo que la muerte, aventurándolo todo, rescibiendo un golpe con que fue herida un poco, entró con él y, levantándole sobre sus ojos, dio con él sobre las verdes yervas de la huerta, donde con la daga le dio dos heridas por el corazón, dexándole qual sus compañeros. Y, como la leona que ha perdido sus hijos, no se detuvo allí punto porque, llegando a Rosaliana, le dixo:

–¿Qué caso es este tan estraño, señora princesa, que así os han querido con tanta trayción matar? Agora me dezid por dónde podré salir para llevar a curar este cavallero, no muera así, si algún remedio su vida tiene; que, en poniéndole en alguna parte secreta, yo seré aquí para llevar esos cavalleros porque no sean aquí hallados muertos.

–¡Ay de mí, señor cavallero –dixo Rosaliana–, y no me hagáys tanto mal de llevar a don Clarineo sin llevarme a mí también!

–Gran crueldad sería para vuestra honra –dixo Hermiliana– llevaros así. Don Clarineo es tal que, si escapa, no tardará en bolverse a vuestro servicio.

Y con esto, aviendo con las tocas de Rosaliana apretándole las heridas, mayormente la de la cabeça, lo mejor que pudo, le tomó en sus braços. Y Rosaliana, con tantas lágrimas que vivas fuentes parecían, le abrió un postigo por donde don Clarineo avía entrado; y, diziéndole por donde avía de salir la buelta del encantado valle, ella se tornó; donde no con ánimo de muger, sino de cavallero, fue a ver los cavalleros muertos, por ver si conocería alguno. Y el primero con quien topó fue con el gran cavallero que junto al postigo de palacio quedara muerto; y conocióle, con tanta alegría suya de verle muerto que, si don Clarineo no fuera así herido, ninguna cosa de tanta alegría le pudiera suceder, porque hera el príncipe Lindoriano, hijo de su madrastra, la reyna, por quien ella en el Castillo de la Vengança donde la sacó don Clarineo avía estado presa, como en la otra parte vos contamos⁵³². Y metiéndose dentro del postigo se escondió, hartándose de dar gracias a quien lo matara, que ella desseava saber quién fuesse.

Hermiliana, que de la vida de don Clarineo yva recelosa, corrió con él una pieça; y, como mal usada al trabajo, cansosse, y combínole assentarse junto a unas huertas, donde, tomando su cabeça sobre su regaço, començó a lastimarse, derramando tantas lágrimas que todo d’ellas le bañava, juntando la boca con la suya tan desblanquinada* dezía:

–¡Ay de ti, princessa sin ventura, maldito fue aquel día que yo fuy por este cavallero libre, de donde tantos daños me han resultado! ¡Don Clarineo, señor mío, que yo uviessse de venir a ver vuestra muerte, que yo uviessse de ser la que soleniçase vuestras osequias! ¡Casa real de España, que tal cavallero pierdes, nunca tal pérdida cobrarás!

Tras esto se dolía de verse sin alivios, sin fuerças, sin médicos que le curassen. Mas a esta hora vio venir a sus donzellas, las quales con la grandíssima escuridad de la noche no havían

⁵³² En el capitulo 9 de la *Tercera Parte*.

acertado el camino del valle y venían medio desesperadas, renegando de su señora, que de tal suerte le[s] hacía andar. En la habla las conoció Hermiliana /98-vº/ y, llamándolas, les dixo:

–¿Veys aquí a don Clarineo, que está a punto de muerte? Combiene le curéys luego y, poniéndole en un palafrén, le llevad al más cercano lugar; y, si bolviere en sí, no le digáys que soys mías ni me conocéys, y sea al lugar donde partimos oy a mediodía.

Las donzellas cuydaron que su señora, con el enojo que d'él tenía, le huiesse parado tal; y luego, como aquellas que de todo traían buen recado, le curaron. Y Hermiliana se bolvió a palacio, y las donzellas caminaron con don Clarineo, que ya yva casi en su acuerdo, y, llegando a la villa que ella dixera, le acostaron en una cama, hiziéndole los beneficios posibles. La princesa, con la priessa posible, tornó a la huerta, donde halló a la infanta Rosaliana de la suerte que vos dezimos; que, viéndola venir, no con menos lágrimas que dezirse puede, le preguntó qué tal quedava su tan querido señor.

–Mejor queda –dixo Hermiliana–. Agora, si la vuestra merced sabe de sus armas, me la[s] mande dar, y en el entretanto me deid dónde hecharé estos cavalleros muertos que no sean vistos con las armas que tienen.

Dixo Roseli[a]na⁵³³:

–Nunca parescerán hechándolos en este hondo río hondo que por delante de la ciudad passa. Allí me parece que los hechéys, y no en otra parte ninguna, porque este cavallero es hijo de la reyna, y estos otros deven de ser sus cavalleros conocidos, el qual por cassar conmigo ha parado en esto que veys. Y en el entretanto yo vos daré las armas del príncipe don Clarineo, y deidme lo que diga a sus escuderos para que le hallen.

–Deidles –dixo Hermiliana– que digan que su señor se armó de sus armas por alguna aventura, que él los tornará a buscar; y que quiso yr solo, y a solo su escudero mandó que se salga de la ciudad, porque digan que fue con él.

Y con esto se hechó a cuestras los dos cavalleros y, como no huiesse sino una calle hasta llegar a la puente, presto llegó allá. Y dándole[s] por sepultura el hondo río, tornó por hazer otro tanto a Lindoriano. Mas, llevándole ya no muy lexos de la puente, su ventura le offresció que la guarda de la ciudad, que un cavallero muy principal hera, el qual llegó con hasta treyna o quarenta hombres, encontraron con ellos los delanteros, y con la grande escuridad no vieron lo que traía. Y trabaron d'ella, diziéndole:

–¿Quién soys, que a tal hora andáys por tal parte?

Entonces se tuvo la princesa Hermiliana, y con la súbita alteración que de allí [se]⁵³⁴ tomara (no) no supo qué hazerse, mas de poner mano a su espada, con la qual de dos solos golpes con dos d'ellos dio en tierra; y tomándola allí, hizo escudo del muerto Lindoriano, al qual dieron muy presto

⁵³³ *Roseliena.*

⁵³⁴ *de.*

aquellos dissimulados ladrones quatro o cinco heridas. Y viendo Hermiliana que la gente hera mucha y que llevar el muerto sería cosa impossible, dexándole acavar de caer, ella misma le dio otra herida, diziendo:

–¡Ay, traydores, y cómo havéys muerto al príncipe Lindoriano!

Grandemente se turbaron las guardas de esta voz, y deteniéndose atrás, pidiendo luzes, dieron lugar a que Hermiliana se escapasse, tornándose a la huerta, donde pensava estar más segura. Y halló a Roseliana, que con las armas de don Clarineo la esperava, de las quales muy prestamente se armó, contando a Rosaliana lo que con Lindoriano le havía subcedido. Y como tenía por cierto se pensaría que las guardas le huviessen muerto, y dando entre ellas dos horden como la sangre se encubriese, rogando Roseliana a Hermiliana le dixesse su nombre y muy maravillada de su hermosura, y diziéndole que supiesse que hera el cavallero que provara la aventura del Valle Desastrado y que no podía dezir su nombre, mas que presto se le haría saber. Y quiso despedirse d'ella; mas a esta [99-rº] hora las voces que por palacio y por todas aquellas partes se dieron, diziendo que a Lindoriano havían muerto las guardas, fueron grandes, y Rosaliana cerró el postigo de la huerta y aun del palacio, y tomando de la mano a Hermiliana por una puerta falsa la metió en otro cuarto, diziendo:

–Señor, toda la gente de palacio y aun de la ciudad está levantada. Vos, con estas armas, seréys tenido por don Clarineo. Aguardad al rey que salga, y hiros eys con él, que de otra suerte nuestro hecho será descubierto.

Y con esto prestamente ella se cerró en su cámara, donde sus donzellas estaban, con todo el sossiego que podréys pensar. No subcedió mal lo que Rosaliana dixo, porque todas las guardas de palacio corrían de una parte a otra con luzes encendidas, que con tal nueva el rey se avía levantado y la reyna con él, con harto mayor pesar que dezirse puede, y venían por aquella parte. El rey, que vio a Hermiliana, cuydando ser don Clarineo le dixo:

–¡O, esforçado príncipe, y cómo me place averos hallado armado! Bamos presto, que tan gran mal mucho tiempo ha que no se hizo.

Hermiliana lo hizo así, y un escudero de don Clarineo le traxo pre(e)sto un cavallo. Y salieron a la calle, donde hallaron que traían a Lindoriano con muy crueles heridas muerto, y así le metieron en palacio. La reyna, su madre, se hechó sobre él haziendo gran duelo, diziendo:

–¡Ay, hijo mío, cómo vuestros amores os han causado la muerte, que querer vos venir encubierto a la causa ha hecho todo este daño!

Algunas guardas fueron presos, los quales dixeron que con Lindoriano venía otro cavallero que avía salido corriendo por la Puente del Tigre; y, oyendo esto, Hermiliana dixo que quería yr en su seguimiento por saber cómo aquello havía sido, y que luego bolvería. La reyna se lo agradeció mucho, y ella se partió para no bolver tan presto, no queriendo llevar escudero alguno. Otro día la reyna, con el pesar de la muerte de su hijo, hizo ahorcar todos los que de las guardas se pudieron

haver, que, aunque por aquel delicto no lo (lo) merecían, habían hecho otros muchos conformes al officio que traían, cuyo castigo les vino por la culpa agena. Y con esto, esperando a don Clarineo, el hecho estuvo encubierto, y Hermiliana a su tiempo hizo abisar a Rosaliana de la salud de don Clarineo sin dezirle dónde estaban, con lo qual ella estuvo más alegre, sin quererse casar a ruegos del rey ni del reyno.

Capítulo 7: De lo que hizo Hermiliana para dexar a don Clarineo, con lo demás de la perdición del príncipe.

No biva descuydado quien haze mal, que la soberana mano, quando con el arrepentimiento no queremos labar las culpas, por la manera que a Él le parece castiga asperísimamente, como havemos visto en el capítulo passado, que por el hecho de Hermiliana murieron aquellos que en él no heran culpados, y ella salió d'él libre, que teniendo de los muertos por dar remedio, al vivo poco cuydó. Bien a tres horas del día llegó al lugar donde sus donzellas la estaban aguardando, a donde, dexando las armas, preguntando por el cavallero herido, le fue dicho de su mejoría, de que ella no holgó poco. Y entrándole a ver, de suerte que él no pudiesse ver a ella, hartándose cada día de llorar el haverle topado tan ageno de su servicio, estuvo quatro o cinco días; hasta tanto que, no llevándole el corazón dexar de hablarle, un día, acabándole de curar, siendo ydas a comer las donzellas, temblando más que las ojas del otoño, su color perdida, casi cosida la lengua con /99-vº/ los dientes, no sabiendo qué dezir ni qué responder, haviendo provado quatro o cinco vezes a entrar y tornándose otras tantas con más miedo de aquella vista que la de la muerte, al fin entró; y, bien como turbada, la primera palabra que le dixo fue:

—¿Qué haze el cavallero de la infanta Rosaliana? Quien de tal dama es querido no sé por qué siente tanto tan pocas heridas en su servicio.

Alçó don Clarineo la cabeça por ver quién tales palabras le dixesse; y, puesto que su señora traía el arnés bestido como lo hizo siempre en paz y en guerra, viendo su hermoso rostro, luego la conoció, y aun en la habla, que aquel hera el cavallero que la ventura del valle acabara. Turbósele el sentido, y no fuera mucho morir del sobresalto si las heridas fueran algo más peligrosas, y como los condenados por crueles delictos que veen las sentencias, justificados no responden palabra; y, aunque se le enclavaron los ojos en Hermiliana, las lágrimas que a ellos vinieron se la hizieron perder de vista. Y assí estuvo una gran pieça que no pudo hablar, aunque quiso.

—¡O, cruel bestiglo de buenos! —dixo Hermiliana—, ¿y es possible que aun la habla niegues a quien Dios quitó los feminiles temores y dio esfuerço para poder hazer de lo que ninguno era merecedor, vista tu crueldad? ¿Es possible que tan grandíssima trayción se encerrasse en un cavallero de tanto valor? Ciertamente, el desengaño que yo he visto de otro que de mi misma persona no lo creyera, y aun ansí estoy sospechosa que seas aquel don Clarineo que del duque de Calés me

libró, porque aquel hera un príncipe, hijo y hermano de los mejores cavalleros del universo, y a ti hete hallado afeminado de los regalos de las mugeres, viol[a]ndo⁵³⁵* las casas reales de altos príncipes; y, p[u]es⁵³⁶ assí es, ya quedamos iguales, que de un peligro me librástes, ya yo os lo he pagado en otro tanto. Dende oy más biviré descansada de la obligación que tenía. Y vos, cruel engañador, quedaréys con aquello que escogistes.

Estas y otras palabras dezía Hermiliana, que, aunque heran con enojo, yvan rebueltas en tantas lágrimas que al príncipe don Clarineo eran más duras que las heridas que havía recebido. Y con harto más esfuerço que nunca mostró en solo poder hablar, le dixo:

–Esclarecida princesa, mis yerros ninguna respuesta tienen, pues he sido el más desleal de quantos han sido. Suplícóos que me deys la muerte, que bien merescida la tiene quien tan mal conocimiento de lo mucho que se os devía ha tenido, que con esto escussaréys que no me la dé yo desesperadamente para perder el alma.

–Essas palabras guardad, con las demás, para con vuestra Rosaliana –dixo la princesa–, y agora procurad vuestra salud, que en ello me haréys contenta; y yrnos hemos a Grezia, donde, según yo he visto las cosas, será menester vuestra persona.

Estas palabras dixo Hermiliana, pesándole de las primeras, con miedo que las heridas no le hiziesen algún daño, y entretúvole con otras semejantes, con que don Clarineo no sabía si estava al bado o a la puente*. Y, no hablando más en aquellas cosas, le contó quanto por ella havía passado después que de Babylonia fuera llevada. Y así estuvieron allí veynte y cinco días, en los quales ya don Clarineo se levantava algunos ratos, y avissaron a Roseliana de su salud. Don Clarineo estava muy contento con saber la muerte de Lindoriano, y aun que con la princessa, dissimulando, no le mostrava mal rostro, antes le dezía buenas palabras.

Pues así avino que, estando una noche Hermiliana más descuydada, le vino al pensamiento quán gran crueldad era la que consigo misma ussava en andarse así perdida tras don Clarineo, aviéndole ella hallado de la suerte que os havemos contado; y pudo con ella tanto la imaginación que, llamando a sus donzellas, mandando que disimulassen con don Clarineo, tomando sus armas y encomendando al huésped que acabasse de curar a /100-rº/ aquel cavallero, dexándole de dineros bien proveído, ella se salió de aquel lugar y caminó sin parar toda la noche, locura muy ussada de enamorados coraçones, que ni saben lo que piden ni siguen lo que quieren, y huyen de lo que nunca querrían ser apartados. Y assí llegó a otra villa, donde no hizo sino comer, y metiose por las más espesas montañas de toda Alemania por no ser hallada de aquel que hallarle tantos trabajos passara y tanta sangre le havía costado, y por quien diera la propria vida por no ser nunca d'él apartad[a]⁵³⁷.

Mas dexémosla, que su locura tendrá su pago, y digamos de aquel que, si tal

⁵³⁵ *violendo.*

⁵³⁶ *pnes.*

⁵³⁷ *apartado.*

ar[r]epentimiento tuviera de sus peccados, fuera sancto; el qual, como a la mañana no viesse entrar a las donzellas ni a nadie, estuvo maravillado. Mas, viendo al huésped, le llamó, diziéndole que le llamase una donzella de aquellas que de curarle tenían cargo.

–Ya son ydas todas de anoche acá –dixo el huésped–. Mas vos, señor, holgaos, que aquel cavallero que va con ellas dexó aquí todo recado para vuestro contento.

¡Qual madre ha perdido su querido hijo, que con priesa amorosa buelve a buscarle, ni qual obeja por el cordero assí deshaze en validos, como aquí lo hizo don Clarineo! O, cielos, ¿cómo no retumbáys con las apressuradas quejas que aquí oystes? O, ríos, ¿cómo hasta agora no se muestran en vuestras corrientes las tan piadosas lágrimas que aquí se derramaron? No como cavallero abisado como él lo hera, sino como loco furioso saltó de la cama. Creo que, si el día claro y el huésped no le detuvieran, que así en camisa se fuera tras ella; mas bistiose y armore, bien o mal, y dándole su cavallo, saltó en él sin poner pie en el estrivo; y sale de la posada dando sospiros, unos tras otros, que a él ahogavan y a Hermiliana en el camino detenían. Y assí, sin comer, anduvo todo el día, guiando siempre hazia la mar, donde tenía por averiguado yva a embarcarse Hermiliana para Francia.

Assí fue algunos días hasta llegar a la ribera de la mar de Escozia, en una playa que del Centro se dize, adonde su cavallo [s]e⁵³⁸ desmayó. Y él se apeó sin se curar d'él, hechándose en aquel sable*, donde se estuviera hasta dexarse morir, si a poca pieça no viera llegar borlobenteando* una nao que había corrido un poco de tormenta. Él les dio voces, diziendo que le acogiesen; los de la nao, viendo que hera cavallero, hecharon el batel y tomáronle dentro. Y habiendo estado con ellos una pieça, se metió en lo bajo de cubierta, como que la mar le hiziesse mal. Y los marineros tendieron sus vellas, que les combenía(n) yr la buelta de Normandía, y anduvieron algunos días muy buen viaje.

Mas levantóseles una tormenta, la más brava que los marineros huviessen visto; y, temerosos del triste subcesso, se dexaron correr con el trinquete* a la parte que los vientos querían, yendo don Clarineo tan desfallecido de lo poco que comía que se dexara morir si no fuera desesperación, porque desde Bohemia hasta donde se embarcó en más de un mes él ni su cavallo no comieron sino yervas del campo, y en la nao de algún mal vizcocho.

Pues de esta manera la llevó el viento por partes que ni [en] el cielo ni en cosa alguna conocían los pilotos a qué parte estuviessen, hasta que una mañana vieron una ínsula. Y dando gritos, llamando a sanct Helmo, con el plazer les vino el último pesar, porque la nao, que venía brumada, se abrió por tres o quatro partes, y el agua entró tan rezia que, sin se poder valer, fue a fondo. Y a la grita que se anegavan, don Clarineo subió sobre cubierta y, como mejor marinero, echando dentro en la mar una caxa que halló cerca, se hechó tras ella. Y como él hera de valiente ánimo y fuerças, cobrando la caxa, ayudándole un poco del ayre de la mar, huyó a la ínsula, que no

⁵³⁸ *le.*

estaba muy lexos, a la qual llegó harto cansado. Y dende ella vio a sus ojos, sin escaparse ninguno, ahogarse quantos en ella venían, de que le tomó grande pesar. Y, quitándose los paños para /100-vº/ secarlos, se quedó sentado sobre una piedra con sola la camisa y su espada; y, trasportado en los pensamientos de su señora Hermiliana, aviéndose refriado un poco, se quiso tornar a bestir. Mas vio una cosa que le hizo más enojo, que vio muchos animales que, los unos las calças y los otros lo demás, le havían llevado sus vestidos, y con ellos se yvan tan ligeros por la isla que don Clarineo perdió el cuydado de alcançarlos.

Mas, levantándose de allí, se fue por ver si en la isla havia algún poblado, y subiosse en una pequeña cuesta que allí havia, donde vio la isla toda, pequeña, sin población ni casa ni señal de haverla havido jamás, si no fuesse de muchos animales bravos que por allí havia. Y bajándose a lo llano, vio cueba, la qual le pareció sería combeniente para dormir y acogerse cuando lloviesse. Mas, en entrando, vio en ella unos doze leonzillos, pequeños como perrillos; los quales, viéndole, se vinieron a él, alagándole. Él se holgó con ellos, paresciéndole algún entretenimiento. A esta hora vino una gran leona, cuyos heran; que, viendo a don Clarineo que no hazía mal a sus hijos, se vino para él, asimismo alagándole. Y metiendo en la cueva un animal que traía muerto, le puso delante de don Clarineo, que con su espada le partió, dando d'él a los leones y a la madre, y con su espada, tomando yesca de unos robles viejos, de unas peñas sacó lumbre, en la qual puso a assar parte del que para sí guardara. Y comió con mejor gana que en la mar, y a la tarde con la leona salió de caça, con lo qual ella le tomó mucho amor.

Y en esta vida estuvo mucho tiempo, que los leones crecieron, y tomaronle tanto querer que le guardavan como si fueran lebreles de Yrlanda. Y él cada día en sus lágrimas y queexas, dando por aquella isla mil gritos que sus males publicavan, y viéndole los leones hazer aquello, con una desapacible música de gemidos le ayudavan.

Donde es bien que se quede, y no por poco tiempo, quien por su culpa perdió toda su felicidad, acompañado de una leona, quien no lo quiso ser de tan valerosa dama, por tornar a la corte del emperador don Belanio, que ha grande tiempo que de ella no hablamos.

Capítulo 8: De las fiestas que se hizieron en Constantinopla, con lo que en ellas subcedió.

Alguna soledad causó en la corte del emperador don Beliano la ausencia de Hermiliana y de los otros reyes y señores que se partieron a sus tierras; mas, como estava tan poblada de príncipes de valor, acordaron, para se[ñ]al⁵³⁹ de la grande alegría que los subcessos passados havían dado a la casa de Grezia y por los casamientos de su príncipe, hazer unas señaladas justas, y creo bien fueron

⁵³⁹ *senal.*

las más señaladas en cavalleros y acontecimientos estraños que tuvo el mundo por largos tiempos, según estos capítulos darán d'ello alguna quenta. Y para ello nombraron los griegos por mantenedores tres cavalleros, que por haver estado hasta entonces en la guerra que el emperador tenía con los partos no havemos hecho d'ellos en esta historia mención, y havíanla concluydo muy a sabor del imperio. Eran de los más esforçados que fuera de sus príncipes se sabían, de la noble y antigua generación romana de los Cipiones y Pompeos; decíanse los dos que eran hermanos el uno Marseno Cipión y el otro Oratio, y el [t]ercero⁵⁴⁰ Argentino Pompeo; los quales, como desseosos de ganar honrra, poniendo a las justas largos plazos, las publicaron por la mayor parte de las tierras comarcanas. Y para venir a ellas se apercebió tanta gente, unos por se hallar en ellas y otros por vellas, que no cabían en la ciudad de Constantinopla, y a la causa por los campos se armaron tantas /101-vº/ tiendas que parecía de grandes exércitos estar cercada.

Mucho contento rescebía don Belianís de ver tanta cavallería y tan principal, porque, como todos venían a fiestas de tales príncipes, venían con sobervios gastos y adereços. Por Constantinopla no se viera otra cosa que adereçar armas y lanças y todas maneras de adereço de cavallos, con lo qual amanesció el día por todos tan esperado del patrón de las Españas, en el qual se havían de ver maravillosas cosas. No había combeniente en el universo para tales fiestas como era la de Constantinopla, que toda estava en torno cerrada de gruesos mármoles y cadenas de fina plata con maravillosas historias, a la forma de la que don Belianís viera en Tartaria⁵⁴¹. Hera tal que en ella cabía innumerable gente para mirar por las ventanas y cadahalsos, y en la plaça toda la cavallería que hera necessaria, y en ella pareció armada la tienda de los mantenedores. No hera menos de mirar que las otras cosas: hera toda de una seda de la India, labrada con oro y plata al natural la guerra de los partos, con tantas perlas y piedras de valor que por todos era mirada.

Todo esto hera nada en comparación de lo más natural, que a esta hora salió del palacio el emperador y la emperatriz con las princesas y reynas. Q[u]ien⁵⁴² a esta hora viera su pujança no cuydara quedar en el mundo que mirar la multitud de los carros de los cavallos que los llevavan; yvan en uno tres damas que a Apolo hizieron detener en su corrida por mirarlas. Y no fuera mucho, si tan diestro en llevar su carro no fuera, acontecerle lo que al desdichado de Faetón, su hijo, porque no solamente su vista las riendas de la mano, mas el sentido le hizo perder. Heran aquella estrella relumbrante Florisbella, princesa de Grezia y Babylonia, y Matarrosa, princesa de Hungría, y Sirena, hermana del príncipe don Belianís. Venían todas tres de una devisa, vestidas de encarnado y blanco, echas por los vestidos unas rosas abiertas por tres partes, y en cada una d'ellas tres diamantes, y por lo blanco otros tantos rubís. Benía Florisbella, conforme a su uso, con un tocado a la forma de

⁵⁴⁰ *tercero*.

⁵⁴¹ “Era de grandeza de tiro de arco, en quadra alderedor estava cercado de muy gruesos mármoles de fina plata, esmaltados por ellos muchos y estraños acaescimientos que en aquel campo avían subcedido” (*Segunda Parte*, capítulo 17, folio 138-rº).

⁵⁴² *Qnien*.

Egipto, con las bueltas y delantera llenas de tantas perlas que la corona de Febo parecían ricos collares y cintas.

En su acompañamiento traían tres mil cavalleros, todos con su devisa. Nunca la torre de Nembrot se vio tan alta, porque a aquella ora más de mil caballeros de quenta la llebaban por armas; traýala también el baleroso don Belianís, que juez de las justas hera. Venía en un cavallo español, todo blanco, y las guarniciones encarnadas, y él a la forma de España vestido como la princesa. Todos los príncipes de la corte servían aquel día por sus personas sus officios, y en esta horden llegaron a los miradores; donde apenas fueron subidos quando por la otra parte de la plaça començaron a entrar los mantenedores, con tanta furia de militares instrumentos que la tierra parecía hundirse. Quiso la imperial ciudad en aquel día mostrar su pujança; traían sus tres cavalleros tan rica y costosamente que no ay emperador que más pudiera hazer. Ellos venían de las colores de las tres princesas; traía cada uno d'ellos treynta pajes a cavallo, todos con ricas lanças doradas en las manos, cien cavalleros principales por padrinos. Cada uno traía en una banda atrabesadas las armas de su estandarte, el qual a esta hora entró en el campo, con tanta furia de la repentina pólvora que la vista del cielo quitaron por gran rato, respondiendole por todas las torres de la ciudad y naos de la marina de rato en rato con sus salvas acostumbradas. Venían en su acompañamiento doze mil cavalleros, los quales entraron por la una puerta del campo y salieron por la otra, cercandole la parte de la ciudad porque no huviesse algún desconcierto. Traía el estandarte el buen duque Nestoriano, el qual traía tres campos: en el uno, la torre de Nembrot con sus alturas, y en lo alto d'ella una dama con una r[u]eda⁵⁴³ de la /101-vº/ Fortuna en la mano dando bueltas; estas heran las armas de Florisbella. En el segundo traía una serena* con tan hermoso rostro que combidava a ser mirada; en torno d'ella muchos cavalleros esperando que, con una cadena que en las manos tenía, prisionasse alguno, con una letra que dezía: “Es tan alto tu valor que no alcança cavallero a solo ser prisionero”. En el tercero traían los rosales de la vella Matarrosa, con un cavallero entre ellos muy recodado y una letra que dezía: “No ay descanso que se ygualle al que tiene la memoria causado de tan gran gloria”. La letra de Florisbella venía tendida por toda la orla del estandarte y, demostrando la gloria de sus buenos subcessos, dezía: “En la mano la Fortuna tiene para mayor gloria quien d'ella alcançó victoria”. Con este estandarte se vino el duque hasta donde la emperatriz con la flor de la hermosura estava y, saltando del cavallo, ante las princesas hincó las rodillas, diziendo:

–Soberanas señoras: cavalleros que con todo el universo han de tener contienda, menester han de ayudarse de favor más que humano. Por esso, si les days licencia, en estas justas entienden defender que a la hermosura y valor de aquellas damas, cuyas son las armas de esta devisa, ninguna de las damas passadas ni presentes pudieron ygualar; donde no, que se bolverán por donde vinieron o mudarán la intención que sin vuestra licencia traían.

⁵⁴³ *meda.*

Mucho se holgaron todos los príncipes de ver la hermosa demanda de los mantenedores, mayormente Arfileo y don Belianís, que la mayor parte de la gloria les tocava; y paresciéndoles que las princesas se detenían en dársela, temiendo que a la ventu[ra] se la negassen, don Belianís les dixo:

–Dadles, mis señoras, la licencia, que yo soy fiador que los cavalleros son tales que no perderán punto de vuestra justicia.

–D’esso bien seguras estamos –dixo Matarrosa riendo–, porque la hermosura de estas princesas no ay caso por donde pueda rescebir detrimento, como cosa reservada en dar su ygual al soberano Señor que las hizo; mas parecíanos cosa extraordinaria que, no aventurando estos cavalleros a ganar cosa alguna, aventuren a perder por sí solos lo que por otra parte está tan seguro.

–Como quiera que sea –dixo Florisbella–, con tan buena fiança y con el valor de tales cavalleros, para más que esto les daríamos la licencia; por esso, desde agora se la damos, y querríamos darles todo el favor possible, para que por falta d’él no perdiessen lo que su valor tanto assegura.

Que como la princesa dixesse estas palabras, dando señal con la mano al duque, todos los militares instrumentos se tocaron con tanta furia como si una campal batalla se huviera de dar, y los mantenedores pusieron sus cavallos por la plaça, con tan hermoso ayre y apostura que a todos dieron de sí estraño contentamiento, y el estandarte fue puesto en la entrada de la tela, con unas letras que declaravan la causa de la justa. Y metiéndose los dos en la tienda, quedó solo fuera Argentino. Bien era baleroso cavallero, qual se requería para tal parte, que, según escriven los griegos, fue a su causa aquel ymperio estendido por grandes partes que no lo hera. Antes estaban tantos cavalleros esperando las justas que le combino hazer las manos al trabajo, porque el primero que en ellas se halló fue Siladiano, un cavallero de maravilloso valor, el qual bien cuydó ganar la tela a Argentino, que para él partió. Mas vivía engañado, que, puesto caso que con la furia de sus braços a Argentino hizo perder un estrivo y le llevó del cavallo, dando en el suelo una mala caída con harto espanto de los que a Siladiano conocieron, no para en esto el furioso Pompeyo Argentino que, como los cavalleros que hallava delante no fuessen de mucha quenta, hizo en ellos cruel estrago, que puso más de ciento por tierra, con grande admiración de los presentes.

Poniéndose en la tela aquel bravo Amirandano, el gigante, porque, puesto caso que los gigantes en Grezia no ussavan salir a justas, en /102-rº/ estas tenían licencia todos los que quisiessen; el qual, como mal diestro en la tela, imbió a dezir a Argentino que si le plazía correr con él una lança fuera de la tela, porque aquella no impidiesse lo que de otra suerte en los cavalleros llevaba seguro. No le respondió cosa Argentino, mas, dexando la tela, se salió a la plaça. Con harto contento de los miradores parten el uno para el otro; con la voluntad que llevaban no perdieron el tino. Si las lanças no fueran de roquetes*, que así lo mandó don Belianís, ambos corrían peligro de las vidas; mas aquellas fueron hechas rajas hasta las nuves, y ellos se juntaron con los cuerpos de los cavallos,

escudos y yelmos con tanta fuerça qu'el cavallo del gigante cayó muerto con su señor, que fuera de su acuerdo yva. Argentino fue a dar con su cavallo más de seys passos atrás; mas hera animoso y, a[u]nque⁵⁴⁴ todos los huessos llevaba molidos, antes que cayesse saltó d'él abajo, con tanto regozijo de sus guardadores y ruydo de los menestriales que no se dexavan oír los loores que de Argentino se davan, el qual a esta hora dava priessa por otro cavallo.

Mas en el entretanto el valiente Narsenio se metió en la tela, haziendo no menores maravillas que Argentino.

–Bien se parece vuestros favores, mis señoras –dixo don Belianís a las princesas–, que lo que estos cavalleros hazen a ninguna otra cosa puede ser atribuído.

–Assí me parece a mí –dixo la vella Laura, hermana del príncipe don Brianel–, aunque me parece qu'es temprano para los cavalleros que han de venir, donde será menester se aperciban d'él.

Esto dezía Laura porque sabía que Sabiano de Trebento, que de sus amores estava muy perdido, havía de salir a aquellas justas con otros muy preciados cavalleros.

–Para todo basta nuestro favor –dixo Florisbella–, y más dado de tan buena voluntad.

Y embaraçó sus pláticas, porque a esta hora vieron entrar por la plaça gran furia de cavalleros, todos bestidos de amarillo bordados de negro. Heran más de tres mil, todos sin armas, cada uno una lança en la mano con un claro yerro. Acompañavan a tres cavalleros que de las mismas colores venían armados. Los paramentos de los cavallos heran de brocado, dados muchos golpes, tomados con muchas laçadas negras, las borlas pobladas de mucha perlería, con ricas testeras con muchas y muy ricas plumas. Traían cien carros, cada uno con quatro cavallos, todos poblados de hermosas damas, que acompañavan otro carro, delante del qual venían los tres cavalleros, en el qual venía hecho un hermoso arco triumphal, debaxo del qual venían sentadas tres damas vestidas de sus colores. Traían antifaces por los rostros por no ser conocidas; mas lo que de su disposición, juntamente con sus adereços, se mostrava hera tal que a todos dava qué mirar. En la mitad del arco venía puesto un escudo con los mesmos tres campos de los mantenedores; mas en lo alto de la torre de Nembrot venía un cielo del qual se mostravan caer muchos rayos que la traían rompida por muchas partes. La serena del segundo campo traía la misma cadena hechada a su cuello, en señal de obediencia a tres damas que allí venían pintadas. El tercero campo traía los mismos rosales, mas venían abrasados con los rayos que de los hermosos rostros parecían salir.

Este escudo tomó un rey de armas y, no cuydando nadie lo que quisiesse hazer, se fue con él a la tela; y, quitando el de los mantenedores, puso aquel. Dando grandes voces Narsenio que no lo hiziesse, y queriendo arremeter para estorvarlo, uno de los tres cavalleros se metió en la tela. Y partiendo el uno contra el otro, con las lanças de diamantes passaron los escudos y arneses y fueron heridos algùn tanto. Narsenio perdió ambos los estrivos, y túvose valerosamente, abraçado al cuello

⁵⁴⁴ *annque.*

del cavallo; mas el cavallero aventurero fue fuera de la silla. El cavallo de Narsenio no se pudo rodear* más, que hubo ambas espaldas quebradas, y combínole apearse, con harto /102-vº/ pesar de los aventureros; de los cuales se puso otro contra Oratio, con tanto enojo de entr'ambos que gran pesar de que la tela estuviese en medio tenían. Los cavallos heran corredores; la fuerça d'ellos, mucha, y fueron los encuentros tales que cada uno hizo términos para caer. Mas tubiéronse bien, que cada uno quisiera antes la muerte que vergüença en tal parte. Y tomaron otras, aconteciéndoles otro tanto, de que ellos tenían gran pesar. Mas a la postrera, con desigual saña, escogiendo cada uno la más gruessa lança que halló, se dexan venir. Con tal fuerça se encontraron que pareció que alguna pieça de artillería se disparasse. Valiente cavallero era Oratio, mas aconteciole lo que no cuydara: que fue fuera de la silla, y su contrario hizo tal rebés que al fin, no se pudiendo tener, le combino saltar en tierra.

Grandes voces se dieron a esta hora por el campo, y el tercero cavallero de los aventureros se puso en la tela, y para él se dexó venir Argentino. Mas no era de los cavalleros que a Argentino combenía: su fuerça de pocas del mundo llevaba ygal. Argentino dio con la cabeça en las ancas del cavallo y quedó tan atordido que por poco cayera, y su contrario perdió el un estrivo, de que se mostró muy descontento.

–¡Sancto Dios –dixo la valerosa Imperia–, y qué valiente cavallero! No me creáys si no tiene de derribar los mantenedores.

–No lo dubde la vuestra merced –dixo don Contumeliano–, que aquel cavallero en el rebolverse en la silla es el más diestro que yo havía visto.

Assí lo dezía el emperador, que muy junto a Imperia estava; y paresciéndole que sería aquello gran vergüença, mirando par de sí vio quatro cavalleros de cuyo valor él estava muy assegurado: heran los príncipes de Portugal, don Baldín y don Manuel, y el valiente Tristor de Gaula y el Cavallero Salvaje, y muy passo les mandó que prestamente se armassen y, si los mantenedores fuessen derribados, procurassen tornar el escudo de las princesas a la parte donde antes estava. Ellos lo hizieron luego como el emperador se lo mandó. Lo mismo hizo el valeroso príncipe don Contumeliano por mandado de la princesa Imperia, a quien mucho pessava que las damas no saliessen con su intención, aunque le plazía por no ser ella en ellas.

Mas en el entretanto Argentino, corrido de lo que le subcediera, tomó otra lança, la más gruessa que halló, y tornó a correr con su contrario. Mas fue por su daño, que fue fuera de la silla, y el aventurero por poco hiziera otro tanto. Grande espanto fue para los que a Argentino conocían, que no cuydaran que aquello le pudiera acontecer en la plaça. Y Narsenio, que vio sus cavalleros derribados, fue tan furioso que a esta hora temerosa cosa fuera su vista; y tomando una lança con claro y agudo yerro, se vino para su contrario. Las lanças se rompieron en tan[tas] partes que d'ellas no pareció memoria. El aventurero fue encontrado con tanta fuerça que perdió ambos estrivos y aun las riendas de la mano, mas Narsenio vino al suelo sin sentido, y ansí fue sacado del campo.

Los militares guerreros que los acompañaban dieron a esta ora grande alarido, y su música se tocó. El escudo de los mantenedores fue puesto en el carro donde el otro venía.

Antes había entrado a esta ora una compañía de hasta treynta cavalleros y diez donzellas, al parecer estrangeros. Todos traían por armas unos leones con unas cruces coloradas por ellos; de los quales algunos tomaron la mano para justar, y el valeroso abenturero puso en poco espacio más de diez d'ellos en el suelo, y con esto la rebuelta hera tan grande por llegar cada uno a justar.

A esta sazón llegaron a la plaça don Baldín y don Manuel y el Cavallero Salvaje y don Tristor, los quales, por cumplir con lo que el emperador les mandara, quisieran apartar los cavalleros por meterse en la tela para justar. Mas como esto no se hiziesse sin algún desabrimiento de los que allí estavan, aquel estimado rey Ban, que uno de los de las cruces hera, /103-rº/ les dixo:

–Esperad, cavalleros, no deys tanta priessa, que aún ay otros muchos que les combiene justar primero.

–Por no ver caer tantos de vosotros lo avíamos –dixo don Baldín–, que parece cosa de vergüença.

–¿Y soys vos el que havéys de emendar esos agravios? –dixo el rey Ban.

–Haré en ello todo mi poder –dixo don Baldín.

–No será mucho esso –dixo el rey Ban–, mas, si no estuviesse este negocio en más de lo que vos valéys, no sería mucho hazeros dar una buena caýda.

–Desmessurado soys –dixo don Baldín–, y cáusalo estar en tal parte donde no se puede tomar satisfacción de tan locas palabras.

–Bien os queréys adelantar en todo –dixo el rey–; mas, si vosotros soys tales como os estimáys, bolved las riendas y salgamos de la ciudad.

–Plázeme –dixo don Baldín, no viendo la ora de ser con él a las manos.

Y con esto, tomando sus tres compañeros, se salió de la plaça, y en su seguimiento el rey Ban, con otros tres no menos valerosos: hera aquel estimado don Gradarte de Irlanda, y don Brian[el] y Rosanel, príncipe de Boezia, que mejores cavalleros que ellos apenas se hallarían en gran parte. Y assí salieron de la ciudad, guiando don Baldín entre unas huertas secretas, lugar conveniente para la batalla, donde les subcedió lo que adelante vos diremos, por contar lo que a esta hora en la plaça avino. Porque, viendo el emperador que don Baldín y don Manuel se tardavan, fingiendo cierta indisposición se quitó de la ventana y se hizo armar de sus frescas y relumbrantes armas, poniendo sobre ellas una jornea leonada. Salió solo a la plaça, mandando a sus pajes callassen y dixessen que luego venía. Y vio cómo, haviéndose enojado uno de los cavalleros de las cruces, que el más principal parecía, passó adelante, mandando a los otros que no justassen. Y como bien acertado cavallero para su contrario se vino. Mas a cada uno le aconteció lo que no cuydara: el cavallero estrangero hirió al otro, passole el escudo y el arnés y la lança prendió en las carnes, de donde,

haviéndose hecho pedaços, començaron a correr arroyos de sangre. Cuydando cada uno q[u]e⁵⁴⁵ le huviess[e]⁵⁴⁶ muerto, con grandes clamores de los presentes, el de la cruz roja fue herido, mas muy poco, porque sus armas le bastaron a defender la vida. Quería tornar el herido cavallero a tomar otra lança, mas a esta ora don Belianís estava ya en la tela, diziendo:

–Cavallero, aquellos que d’este negocio tienen cuydado mandan que no justéys.

–Mas hasta agora yo no he caído –dixo el cavallero– ni he sido vencido. Por esso, si la vuestra merced manda darme licencia, acabaré esta que está començada.

–No combiene hazerse assí –dixo don Belianís–, que vos estáys mal herido.

–Yo os he visto –dixo el cavallero– con otras mayores heridas entrar en otra más peligrosa batalla. Por esso, no consintáys que mi honra se pierda asta que no se pueda más hazer.

–Ahora venid conmigo –dixo don Belianís–, que no ha de ser otra cosa.

Y assí él y sus compañeros llegaron hasta los cadahalsos, donde, tomando don Belianís una de tres coronas, que el precio de las justas hera, se la dio, diziendo:

–Tomad, soberano cavallero, en señal que tal cavallero como vos no solo no ha sido vencido, pero meresse ser de todo el mundo vencedor.

Entonces se hizo gran ruydo por la plaça, y los tres cavalleros se quitaron los yelmos, siendo conocidos los dos primeros ser don Castel de la Rosa y Florispiano de Suezia; y el último hera aquel tan agraciado y valeroso Sabiano de Trebento, con cuya vista la hermosa Laura tornó de la color del rubý. Todos los príncipes y princesas le abraçaron, que en extremo de todos era querido. Y mandando que las tres donzellas del carro les fuessen traýdas, y las hizieron subir donde ellas estaban; quitando los antifazes, mostraron sus rostros más claros que el de Apolo. Eran hijas de un cavallero de Constatinopla que, aunque pobre, era de los más principales. Maravilláronse las princesas de tal hermosura, y la estremada /103-vº/ Imperia las abraçó, diziendo:

–Con razón, mis señoras, os cumple tener paciencia, pues tal hermosura consigo se traýa la victoria.

Las donzellas hincaron las rodillas. Florisbella las hizo sentar, y no las consintieron yr, mas quedáronse con ellas hablando, con la ygualdad que si fueran hijas de grandes príncipes. Y no les valió poco la jornada de aquel día, que Florisbella las casó con cavalleros muy principales, con que su honra fue muy adelantada.

A esta hora el cavallero de la cruz roja anduvo muy bravo en las justas, como aquel que era uno de los diestros en aquello de quantos había en el mundo, y no pensava él por ninguno perder la tela. El emperador quiso a esta hora yrse hazia la tela, mas vio par de sí dos cavalleros y dos donzellas vestidos todos de luto, y ellos caladas las viseras y ellas con antifazes, de que se hizo maravillado, viendo que en tiempo de tanta alegría traýan tales muestras. Davan, de rato en rato, los

⁵⁴⁵ *que.*

⁵⁴⁶ *huviesso.*

unos y los otros unos suspiros tan entrañables como si el corazón se lo partiesse, y entretúvose un poco por ver en qué parava tal aventura; y oyó que uno d'ellos dezía al otro:

–¿Havéys visto estos desleales cavalleros, con cuánto contento gozan de sus victorias? Esperaos un poco, que yo quiero yr por hazerles pesar y derribar todos quantos están en la tela.

–No lo hagáys vos, mi señor –dixo el otro–, que esso más combiene para mí, que tengo mayor causa.

–Hazed como os pareciere –dixo el otro– y no os detengáys un punto.

Y con esto el Cavallero del Luto se fue hazia la tela, mirando el emperador por ver lo que haría, teniéndole por algún cavallero de baja suerte, según las palabras que había dicho; aunque no hera así, que el grande enojo que tenía se las hiziera dezir, que antes por muy comedido cavallero era tenido. El qual, llegándose más junto, acabando el Cavallero de la Cruz Roja de derribar un cavallero, partió para él; que, viéndole venir con tal divisa, entre sí se sonreía. Mas no le subcedió todo conforme, porque, puesto caso que le hirió por medio del escudo, la lança no prendió en él, antes resbaló sin hazer golpe de ver. El Cavallero del Luto, que mejores fuerças alcançava, le passó el escudo y el arnés, y la lança pujó con tanta fuerça que todos los arçones de la silla fueron echos pedaços, y el valiente cavallero llevado d'ella hasta las ancas del cavallo; donde, queriéndose tener, el cavallo se enarm[on]a* y combínole saltar de pies.

D'este encuentro se turbó todo el campo, y muchos cavalleros acudieron al caydo. Y, quitándole el yelmo sin que él pudiesse defenderse, fue conocido ser aquel valeroso rey de Inglaterra, don Serafín de España; que, siéndole dicho a don Belianís, bajó presto al campo con los cavalleros que con él se hallaron. Cosa prolixa sería de contar lo que en este recebimiento passó; mas don Belianís preguntó a don Serafín quiénes fuessen aquellas donzellas.

–Mi señora, la reyna Armeliana, y su hija Belianisa –dixo el rey.

–¡Sancto Dios! –dixo don Belianís–. Nuevas de tanto plazer, con pequeño pesar querría me las pagasse la Fortuna.

Y avisando d'ello a las princesas, él se fue para ellas; que, viéndole venir, descubrieron sus hermosos rostros. Hera la linda Belianisa muy niña, que aún no tenía más de cinco años, y de su hermoso rostro fue don Belianís maravillado; y abraçando a la reyna, le dize:

–No sé, mi señora, cuándo la Fortuna será contenta de darme lugar de serviros tanto bien, que esta merced no puede llevar recompensa.

–Según soys vos, mi señor, yngrato –respondió la reyna–, nunca creo tendréys quenta con nada d'esso. Y esta venida no la agradezcáys, porque no vengo sino a ver a la princesa Florisbella, por ver juntos los extremos que dizen tiene el mundo; y llevadme a ella, que se me haze tarde.

Mas no fue menester, que, sabiendo quién hera, ya las princesas venían; con las quales passó grandes cosas, yéndose todas a los miradores, donde ver las cosas que todas hazían con la linda Belianisa sería cosa prolixa. Teníala Florisbella /104-rº/ en sus braços, encaresciendo con estraños

loores su hermosura, quales fueran necesarios para encarecer a esta hora las maravillosas cosas del Cavallero del Luto; el qual, más bravo que los encarniçados leones, desamparando la tela se salió al medio de la plaça. No quiso tomar la lança de roquete, antes, hecho una fiera, de las más gruesas de la hastería se hazía servir, con limpios y agudos yerros. No heran sus encuentros para regozijadas fiestas, sino para crueles y encendidas batallas. No hería cavallero que del primer encuentro no le derribasse muerto o malherido.

A esta sazón entró en la plaça el agraciado don Contumeliano de Finicia, su fénix con sus llamas encendidas por armas. Bien fue por todos conocido; traýale la lança el valiente don Persián; su acompañamiento, aunque no devisado*, era de mirar. Traýa consigo la mayor parte de la corte y cavalleros estrangeros. No le pesó punto al Cavallero del Luto, conociéndole, pensando darle la muerte; y, llegándose a la hastería, él mismo por su mano escogió una fuerte lança. Don Contumeliano, que le havía visto matar un cavallero, hijo del duque de Rostoc, con gran pesar partió para él con la lança de sus armas. Los ençuentros fueron tales que las lanças, hechas rajadas, se perdieron de vista. Encontráronse de los cuerpos de los cavallos, escudos y yelmos con tanta fuerça qu'el cavallo del Cavallero del Luto, que quiero que sepáys hera el príncipe Periano, hubo ambas espaldas quebradas, y vino con fuerça a dar par'atrás en el suelo con él. Mas como en aquello no tenía par, puso la una mano en el arçón delantero y saltó ligeramente a un lado y el cavallo vino muerto al suelo. Don Contumeliano hubo el yelmo partido por medio y por poco huviera perdido la vida; y, fuera de su sentido, él y su cavallo vinieron al suelo con gran alarido de toda la plaça. La princesa Imperia, que tal cosa vio, por don Contumeliano se levantó como una loca por yrle a ver. Mas detuviéronla aquellas señoras con que don Contumeliano a esta hora tornó en su acuerdo, y le subieron donde ellas estavan, que no quiso salirse de la plaça, aunque dezía en su vida haver recebido tan gran golpe, y estava medio desatinado. Toda la plaça estavan como fuera de sí, y el Cavallero del Luto esperava cavallo para fenecer las justas. Mas presto fueron con él veynte pajes del príncipe don Belianís, cada uno con su cavallo; los quales, como si conocieran quién él era, saltaron de su d'ellos, diciendo que el príncipe, su señor, los imbiava para que se sirviesse d'ellos. Plúgole del comedimiento al Cavallero del Luto, y tomando uno negro que le pareció mejor, saltó en él sin poner pie en el estrivo. Y viendo que el día se passava, sus encuentros eran mortales; los cavalleros que no pensaran justar, todos heran ydos a armarse.

Mas llegó a la plaça a esta sazón una hermosa compañía de cavalleros y donzellas, que serían hasta ciento; traýan en la delantera quatro jayanes, tan altos y bien hechos que alegría hera mirarlos. Los quales, por mandado del que más principal parecía, se fueron a justar, y los demás se fueron a los miradores. Y el cavallero y una dama al parescer anciana subieron por las escaleras; donde, siendo llegados ante la princesa, el cavallero le dixo:

–Soberana señora, esta dueña y yo avemos venido largas jornadas por gozar de vuestra vista. Por esso suplícoos que a ella me guardéys aquí, en el entretanto que yo voy a la plaça a mostrar lo

que su hermosura puede en mi corazón.

Paresciole en la habla a Florisbella quién el cavallero fuesse, y más recia que una saeta se levantó para él, hechándole los braços al cuello, con tantas lágrimas que todo su rostro bañavan d'ellas.

–¡Ay, mi señor! –dixo la hermosa princesa–, ¿y cómo es possible que os ayáys determinado a passar tanto trabajo? ¿Es por ventura la que con vos viene mi señora, la emperatriz?

Y con esto se quitó el yelmo, con tanta admiración de los presentes que los sacó de su acuerdo. La emperatriz se descubrió su rostro, mo- /104-vº/ -strando entr'ambos ser el soldán de Babylonia y su muger, a quien Florisbella fue a besar las manos. Lo mismo hizo don Belianís, y Matarrosa y Florisbella, y ellos preguntaron por el emperador. Y, siéndoles dicho que luego venía, començaron a recibir a aquellos príncipes; en lo qual se detuvieran mucho si un estraño caso no lo estorvara, porque el gigante Astrión fue herido por el Cavallero del Luto con tanta fuerça que la mitad de la lança le passó a las espaldas; y tras él fue herido malamente otro hermano suyo, con tanto pesar de don Belianís que en bivo fuego se abrasava. No lo tenía menos el buen emperador don Belanio, que a esta hora, apartándose del otro Cavallero del Luto y donzellas, a quien él no pudo conocer por manera alguna, encomendándose al Criador de todas las cosas, suplicándole no permitiesse que en sus días fuesse por un cavallero su corte assí affrontada, tomando su lança a un paje se metió delante de todos; aunque para ello no hera menester mucho, según todos estavan atemorizados. Y, mirando al soldán de Babylonia y tantos reyes y príncipes que allí estavan, cresciole el esfuerço por mostrar que de todo fuesse merecedor. No le estimó el furioso Cavallero del Luto (que, si no me engaño, sus cosas deven mostrar ser aquel sin pavor Periano, soldán de Persia, que él y Ario Barçano y Claristea eran, que por el saber de Sylfeno fueron allí traýdos porque viessen aquellas fiestas, y en su lugar tres de sus familiares quedaran) tanto como deviera; antes pensando sería como los otros, partió para él. Estuvo atento todo el campo a ver los mortales enqüentros, que fueron tales que las lanças subieron en troços que llegaron a la quarta esphera; y los arneses eran quales combenía para semejantes trances y, aunque no fueron falsados, parescioles que los huessos se les huviessen hecho pedaços. Perdió el buen emperador los estrivos y Periano las riendas, y passaron el uno por el otro tan recios que no paresció haverse encontrado. A este encuentro pusieron los ojos en el cavallero todo el campo, estimándole en más. A Periano le paresció que los huessos huviesses hecho pedaços, y con doblada yra y saña tomó otra lança. Lo mismo hizo el emperador, encomendándose de todo corazón a quien sin él no ay bondad ni esfuerço que baste. ¡O, quién viera estos encuentros, que al fiero Marte pusieran temor! Parten el uno para el otro, y en medio de la plaça juntaron las lanças; heran firmes las fuerças, las que os havemos contado. Cada uno pensara partir una dura peña; mas fueron rompidas como las primeras, y juntáronse de los cuerpos de los cavallos, escudos y yelmos con tanta pujança que el emperador don Belanio uviera venido al suelo, perdidos estrivos y riendas, si no se abraçara al cuello del cavallo, y bajo de la tetilla yzquierda huvo

una pequeña herida, de la qual comenzó a salir mucha sangre. Periano no fue herido, por ser sus armas encantadas, mas hubo menos la silla del cavallo, porque fue encontrado en el yelmo con tanta fuerza que perdió la mayor parte del sentido; y, aunque se quiso tener al arçón delantero de la silla, no supo lo que se hazía y combínole venir al suelo. Mas, como fuesse tan esforçado, cayó de pies con las riendas en la mano. Y queriendo tornar a cabalgar, enarmonósele* el cavallo, y no pudo.

Con esto se comenzaron a dar grandes gritos por la plaça, tocándose todos los militares instrumentos. El emperador mandó que el escudo de los mantenedores fuesse tornado a su lugar, lo qual fue luego hecho, y, no queriendo más justar, se desenlaçó el yelmo, que temor tuvo de estar malherido; que, quando fue por todos conocido, ¡quién diría la alegría de los griegos! Todos los príncipes bajaron corriendo a la plaça, y don Belianís, que fue el primero, se fue para el Cavallero del Luto, que se quería partir, y con aquella alegría suya le dize:

–No nos /105-rº/ haréys, señor cavallero, tanto agravio de partiros así tan presto, sin darnos a conoscer tan alta bondad como la vuestra, que de otra suerte la merced hasta aquí echa se nos bolvería en dobladas quejas.

–Si en mí hubiera alguna bondad –dixo el cavallero–, a tiempo he sido de mostrarla. Mas bien se ha visto quán flaco y cobarde á sido quien no fue para defender unas justas.

–No es menester tratar de esso, señor cavallero –dixo el príncipe–; y, porque veáys en lo que vuestra bondad en esta corte se estima, tomad uno de los precios de las justas, que a tal cavallero justamente es devido, y por honra vuestra se dará otra yguual al emperador, mi señor, aunque todos heran vuestros.

Entonces le dio una rica corona y otra al emperador, su padre. Todo el campo tuvieron que don Belianís juzgara muy bien, y con grande solemnidad fueron entr’ambos por el campo publicados por vencedores de las justas. Y dando Periano a don Belianís las gracias, con tanto pesar de Claristea que el alma se le arrancava en apartarse de don Belianís, se despidieron, y al bosque de la yerva se salieron, adonde tenían sus tiendas, porque Periano descansasse y fuesse curado del dolor que tenía de los enqüentros.

Y con esto el emperador fue nuevamente rescebido de todos, y más del soldán de Babylonia y de su muger. Mas a esta hora, que ya anochescía, un paje de don Baldín llegó delante del emperador a muy grandísimas voces, diciendo que dexava a su señor y su hermano y a don Tristor y al Cavallero Salvaje en una mortal batalla entre las huertas con otros quatro cavalleros, y que a la hora creyá serían todos muertos. Con tal [n]ueva⁵⁴⁷ se alborotaron todos, y haziendo desarmar al emperador y don Belianís y Arfileo, y don Castel y Aligenor, y el infante Arbín y y don Briamor y don Lucendos de la Roca con los otros demás cavalleros, con las armas que más presto hallaron, salieron corriendo a la luz de muchas hachas*, guiándolos el escudero; y bien fue menester, según en

⁵⁴⁷ uueva.

el siguiente capítulo vos será mostrado.

Capítulo noveno: De la muy cruel y encendida batalla que entre don Baldín y sus compañeros passó con el rey Ban y los suyos.

A las vezes son los coraçones humanos tan argullosos que, aunque de su natural sean corteses y comedidos, se les levantan entre las manos a cada cabo ocasiones que, si les dexassen a ellos mismos refriar un poco el calor que su cólera les enciende, no las tendría, antes ellos mismos se tendrían por c[u]lpados⁵⁴⁸, como acaesció al furioso don Baldín, que de entre las manos le salió una batalla con tales cavalleros que antes de la noche le pesara de haverla comenzado. Los quales, guardando el mismo don Baldín, que mejor la tierra sabía, salieron de Constantinopla a la encubierto de unas huertas, cuydando que no huviera más que hazer de, a los primeros enqüentros, dar con ellos en el suelo y bolverse. Otro tanto pensavan sus contrarios, mayormente aquel estimado rey Ban, que en todas las partes donde él hera conoscido bien cuydaran que él solo bastara a dar cobro en aquella batalla. Escrívense de este rey muchas y muy maravillosas cosas. No havia ningún gigante, por valiente que fuesse, que con sus fuerças igualasse. No hera él por esto solo estimado, salvo porque, demás de su gran estado, como aquel que era señor de las ínsul[a]⁵⁴⁹ Altanas /105-vº/ y de gran parte de la Asia, hera tan afable y comedido que no se ley d'él haver dicho a nadie jamás billanía. Pues, como allí llegassen, no curaron de tornarse a hablar más palabra de, poniéndose los quatro a una parte y los otros quatro a la otra, partieron los unos para los otros con aquella cólera que en ellos venía encendida. Don Baldín se encontró con el rey Ban; las lanças se hizieron menudas pieças, llegaronse a juntar de los cuerpos de los cavallos y escudos; uviera sido la muerte para el rey Ban. Traía don Baldín el mejor cavallo que a la sazón se hallara en el universo; deziase *Bolador*, con el qual dio con el rey y con el suyo una mala caýda. Don Gradarte y don Manuel entr'ambos quedaron a cavallo; don Brianel y Rosanel y el Cavallero Salvaje y don Tustor, todos vinieron al suelo, heridos de pequeñas eridas. Maravilláronse los unos y los otros de tal acaecimiento, mas levantáronse ligeramente. Poniendo mano a las espadas, rebuelven los unos sobre los otros. A esta ora dio la buelta con su cavallo don Baldín, que no viendo de sus contrarios otro que don Gradarte a cavallo, rebolvió sobre él, no tan atentadamente como conviniera; porque, no haziendo golpe de provecho a causa de hurtarle su contrario el cuerpo, fue al passar herido de una punta encima del escarcelón*, de que le començó a salir alguna sangre. Llegó a la caça también su hermano, y a don Gradarte hirió a dos manos sobre el escudo. Llevole d'él un tercio y, bajando al yelmo, cortó parte del cerco. Hiriole a él don Gradarte al través del yelmo, que la vista de los ojos le hizo perder. Mas corría peligro de la vida, que don Baldín era otra vez con él, si, levantándose el rey Ban, no fuera en su socorro; y vino

⁵⁴⁸ *cnlpados*.

⁵⁴⁹ *ínsulus*.

tan presto y tomó a don Baldín tan fuera de poderse remediar que, tirando por él con sus abentajadas fuerças, le hizo desamparar la silla del cavallo; y, con el temor que al apearse no le sucediese alguna desgracia, se arrojó a la otra mano del cavallo, como aquel que pocos más diestros tenía Constantinopla. Mas el rey Ban todavía le tornó a herir de otra punta, que venturosamente no le mató, y como en sus fuerças estuviese tan confiado, fue más ligero con él que la imaginación; y por tenerle, que no se le desviase, metió delante la mano izquierda, trabándole por la correa del espada. Con la daga le dio una erida por los pechos que le pasó el arnés y casi le hubiera muerto; y, queriéndole dar otra, don Baldín no tuvo otro remedio sino poner su mano derecha muy rezio sobre la izquierda, con que el rey le tenía trabado; y, passando el pie derecho con fuerça, metiendo todo el lado, no pudiendo quitar la mano, el rey la uvo quebrada por la muñeca, con lo qual le convino soltarle. Y cada uno d'ellos se acogió a su espada, y con ellas tornaron a su batalla; que cayéndoles muy junto a la que don Gradarte y don Manuel hazían a cavallo, cada uno mirava por su amigo para socorrerle si fuesse necessario. Y aunque en la suya tenían hartos que hazer, maravillábanse de la crueldad de la otra. Y aunque don Manuel alguna ventaja a don Gradarte tuviese, o la sinrazón suya o el hecho de las armas, que es esta su más propia condición, no dexavan que aquí se pareciesse; antes don Gradarte le avía herido de una o dos heridas en el brazo que en alguna manera le causavan embaraço. Bien lo vio esto don Baldín, como aquel que conocía a su hermano por un atentado cavallero, y víale hazer esta batalla algo dessasossegado. Y, con el pesar que d'esto le recresció, tomó la espada a dos manos y al rey Ban hirió tan fuertemente sobr'el encantado yelmo que le hizo ainojar en el suelo. Y viéndole así turbado, hallando no muy lexos a don Gradarte, en dos saltos fue con él. Quísole dexaretar* el cavallo, mas viole venir don Gradarte y, rebolviendo sobre él, hincó fuertemente las espuelas al cavallo. Dióle con los pechos tan rescio que dio con él de espaldas. Mas, al entrar don Baldín, le havia cortado entr'ambos brazos, y el caballo y don Gradarte ambos fueron a dar sobre don Baldín, que no fue caído quando estava en pie por guardarse del rey Ban, que ya con él juntava. El qual le hiriera si don Manuel no se me- /106-rº/ -tiera, muy arrimado con su hermano, con la fuerça de su cavallo, con el qual hizo del rey Ban lo que don Gradarte de don Baldín; y pareciéndole que socorrería mal assí de cavallo, saltó a pie, y juntándose con el rey, su hermano se juntó con don Gradarte.

Mas otras batallas muchas se podrían dexar por ver aquellos tan estimados con Tustor de Gaula y el Cavallero Salvaje, que, juntándose con don Brian y Rosanel, sus armas hazen pedaços, poblando el campo de mallas de las lorigas, regándole con mucha de su sangre. Balentísimo cavallero hera el Salvaje, y si al príncipe don Belianís no le cegava la grande amistad, hera, a su dicho, el mejor cavallero de los estraños que él conocía. Mas tenía par de sí aquel valeroso Rosanel, que la quinta silla de la Tabla Redonda a la mano derecha tenía, el qual no cuydava que el Salvaje ni otro alguno le hiziesse ventaja. Y como cada uno d'ellos estuviese de sí tan confiado, apretándose las espadas en las manos heríanse con toda crueldad. El Salvaje, que maestro era de guerra, no

aguardava tiempo sino de ser con su enemigo a los brazos, lo qual, si él dixera, huviera aceptado su contrario, que no desseava otra cosa. Y assí, hallando cada uno oportunidad, cruzaron las espadas por la parte alta, metiéndose entr'ambos a la presa. Mas, como el acertar a poner las manos en su contrario esté también cometido a la voluntad de Dios, el Salvaje metió la mano del espada mal, porque su contrario la cogió debajo del brazo, y Rosanel la metió mejor, porque la llevó más baja entre las piernas del Salvaje, y tiró para arriba por él con tanta fuerza que le hizo perder tierra. Y diera con él de cabeza en el suelo si no llegara con la mano yzquierda a tenerse, con el qual se tuvo tan rezio al hombro de su enemigo que entr'ambos vinieron al suelo, tan rezio que, como suele acontecer que, quando la caída es recia, ella misma da fuerza al que cay debajo para cobrar a su contrario; así le aconteció al Salvaje, que no uvo dado en el suelo quando, con la misma fuerza, cobró a su enemigo debajo, y aun casi cobrara también la muerte, porque don Tustor, que viera que le llevaba cobrado su contrario, por herir a Rosanel hirió a su amigo de una mala herida con que le llevó gran parte del espaldar, haziéndole una brava herida. Y don Brianel de Boezia, que se detuvo más y le conoció mejor, le dio otra que le cortó gran parte del yelmo. Mas, como don Tustor reconociesse a su amigo, porque don Brianel no le estorvase de alcanzar su vitoria cerró con él, hechándole sus fuertes brazos.

A esta peligrosa lucha, y a la que entre el Salvaje y Rosanel passava, que firmes se tenían el uno al otro, no se osando soltar con el miedo de la muerte, llegaron más cerca los valientes portugueses con sus contrarios; que, temiéndose todos quatro que, abraçados con sus enemigos, desastradamente sus amigos o enemigos no los matassen, se soltaron los unos a los otros, tornando a su batalla tan cruel que de su sangre doquiera que pissavan teñían el suelo. Era triste espetáculo de mirar ver cómo hazían pedaços los escudos, desmallavan las lorigas y cortavan sus carnes. D'esto era libre el rey Ban por sus encantadas armas, aunque no era de los mejor librados, porque tenía la mano izquierda quebrada por la muñeca, con que la traía colgando, y por la juntura del guardabrazo erido de una punta que le causava gran dolor. Hazía su batalla con el valiente don Manuel, que redoblándose cada ora los golpes, no se esperaba d'ellos sino la muerte. Y con este pensamiento que cada uno tenía hazía su batalla con más crueldad; que, como viessen venir la noche, por no se herir los unos por los otros se arrimaron todos quatro hombro con hombro, y sus contrarios hizieron lo mismo; y como erreros, a quien no toca otra destreza que erir con los martillos, se apressuran a dos manos los golpes los unos a los otros, y acaecía que dos o tres erían a uno, y don Tustor de Gaula, que muy enojado de don Brian estava, se cebó tanto por entrar tras él que, passando más dentro de sus enemigos, cuydando desbaratarlos, aviéndole dado una herida en la cabeza, él fue erido por Rosanel /106-vº/ de una cruel herida en una pierna; y acodiciose tanto por dársela que tampoco pudo meterse entre sus amigos y él mismo. Don Tustor abraçó con él y diole dos puñaladas con la daga. Rosanel le hechó assí mismo los brazos, y de esta suerte vinieron al suelo tales como muertos los dos más animosos cavalleros que en las tierras donde ellos heran señores se sabían, con lo qual, ¡quién

bastaría a contar la furiosa yra que en los que quedavan entró!, mayormente en don Baldín, pareciéndole ser él la causa de todo aquello. El qual, ya no como cavallero acertado sino como furioso, tomó la espada a dos manos, hiriendo a una parte y a otra a sus enemigos. Cierta quien a esta hora le viera tuviera por cierto que él solo bastara a rematar aquella batalla; temiéronse sus contrarios algún tanto d'ello, y queriendo dar lugar a la furia portuguesa se retraxeron algún tanto, yendo cada vez más afirmados, con lo qual a la ventura fuera algún peligro al ardid mancebo, si a esta hora no vieran venir tantas luzes de la ciudad corriendo que les dio a conoscer lo que era. Y desseando, vivos o muertos, no ser hallados con pérdida, parece que de un acuerdo se tornaron a juntar.

No supo el sabio Fristón escrevir de qué manera a lo último se huvieron estos cavalleros, a causa que sus escuderos, con la noche, no lo vieron; mas quando llegaron las hachas con los príncipes griegos hallaron al rey Ban sentado en el suelo, que se havia sacado un pie de su lugar; a don Manuel con cinco heridas peligrosas, la una rodilla en tierra, tal que ni él ni el rey Ban hizieran poca guerra. A don Baldín hallaron que estava sobre don Gradarte, la daga en la mano, y su contrario hechados a ella ambos braços. Don Tustor y Rosanel entr'ambos caídos, y el Cavallero Salvaje y don Brian con muy bravas heridas que andavan tras hazer lo mismo. ¡Quién os diría el pesar de don Belianís biendo tal cosa por sus amigos! Llegaron él y el rey don Serafín los primeros, dando voces:

–¡Afuera, cavalleros, que entre tales amigos no es justo fenescer tal batalla!

No se quitó ninguno de donde la voz le tomó, y aun no se quitaran jamás si algo se tardaran. Don Belianís se apeó y, abraçando a los unos y a los otros, dando a conoscer a cada uno quiénes fuesen sus contrarios, no curando de les preguntar la causa de la batalla por no darles pesar, los tomaron en braços a los que de otra suerte no podían, y a los demás como mejor pudieron. Haviendo tornado en sí don Tustor y Rosanel, los llevaron a la ciudad, donde los curaron con toda la diligencia que se puede pensar, con grandísimo espanto de la mortal batalla que entre ellos avía passado, que por grandes días su memoria quedó en Constantinopla, y estuvieron algunos días con peligro; mas en fin sanaron todos, de que en la corte resultó grandísimo contento. Y assí estava el emperador don Belanio el más alegre que jamás estuviera, biendo su casa tan enoblescida, que casi toda la Europa con parte de Asia residía en ella.

Mas no duró mucho, según que en el siguiente capítulo vos será mostrado.

Capítulo X: De cómo vino a la corte Leandro de Saxonia y su hermano con la hermosa Lindorena a desafiar a don Belianís de parte de Claristea y Ario Barçano y Periano de Persia.

De Constantinopla salieron los cavalleros y donzella del Luto, dejando en ella para largos tiempos que contar de su esfuerço. Yva Periano estrañamente enojado, pareciéndole que los dioses se tomavan con él*, no le dexando salir con cosa que quisiese. El sabio Silfeno les hizo entrar en una tienda donde /107-rº/ él por su saber tenía hecho tales encantamentos que por nadie

podían ser vistos, y no se pudieron tan ayna partir de allí por algunas heridas que Periano tenía. Algunas vezes Ario Barçano, con disimuladas armas, yva a Constantinopla de noche, y algunas vezes se entrava en palacio, y a la rebuelta de muchos cavalleros vía a las princesas. Mas quando sus ojos alcançavan a ver a Florisbella, no pudiendo su generoso coraçón ni valeroso esfuerço resistir a tan mortal angustia, los bytales espíritus le desamparavan, llorando como una cuytada donzella; y acrescentávale más la pena ver junto a ella al príncipe don Belianís, contemplando quán alto premio de sus trabajos gozava. Contemplávale de nuevo cómo hera un cavallero tan bien hecho, su rostro sin fealdad alguna, más blanco que los armiños, las mexillas y labios colorados; y, conociendo dónde su esfuerço llegava, parecíale que todo el mundo hera obligado a tener paciencia.

Mas una noche que más en estos pensamientos estava ocupado, viendo a la princesa Imperia, su hermana, y junto a ella al príncipe de Finicia, don Contumeliano, estando tan enojado del contentamiento que mostravan que en saña se deshazía, por la puerta de la sala entró una donzella, y con ella dos cavalleros bien dispuestos. Venían armados de unas armas negras, y ella y ellos traían las sobreseñales de luto. Hera la donzella tan hermosa que, fuera las princesas, a todas sobrepujaba, y sus tristes señales la hazían aún más hermosa. Por algunos de aquellos cavalleros fue conocida ser Lindorena del Valle.

El emperador tuvo por cierto que aquellos fuessen los cavalleros que justaran; mas, aunque no hera assí, heran dos cavalleros de valor, hijos del gran duque de Sajonia, que Leandro y Aristano se dezían, bien conocidos de los cavalleros de la Tabla Redonda y de alto fecho de armas. Pues como todos entrassen, la donzella, sin se humillar a persona alguna, dixo:

–¿Quál es aquí el príncipe de Constantinopla, que con razón en tal compañía se puede desconocer?

Don Belianís se levantó en pie, diciendo:

–¿Qué es lo que de mí os cumple, hermosa señora?, que yo soy esse por quien preguntáys y, aunque vos sin causa me desconocéys, no tengo yo olvidadas las mercedes de vuestra parte rescebidas para las servir en lo que me fuere mandado.

–En lo que a mí toca –dixo la donzella–, yo beso vuestras valerosas manos; y en lo demás, ved esta letra que ante tales príncipes me mandaron os diesse.

El príncipe la tomó y, dándola al duque Armindos, (y) la leyó alto, que por todos fue oýda. Y dezía assí:

Desafío

La engañada princesa de Alemania, universal señora de la nación germánica, el príncipe Ario Barçano de Tartaria y el soldán Periano de Persia, califa de Siconia, sus valedores, por la injuria a ti por ellos hecha, así hurtando los derechos devidos al uno como viniendo contra la amistad del otro,

teniéndole a su hermana para con persuasiones hazerle dexar la crehencia de sus progenitores, a ti, el príncipe de Constantinopla, salud con acrecentamiento de la vida, para que te quede tiempo de ver de sus injurias tan altos príncipes satisfechos, de las quales, pues son tus engaños tan notorios, no será menester hazerte más larga quënta, pues tú sabes quån contra lo que eras obligado dexaste lo que al casamiento prometido eras obligado, y quån deslealmente, rompiendo aquella amistad prometida, as echo dexar a sus dioses a la infanta Imperia. Por lo qual a ti, el más desleal de los cavalleros, con toda la fuerça de mi poder te desafío, con protestación de lo más breve que sea possible cubrir las mares y campos de tu ciudad, de suerte que baste a rescebir la vengança desseada. Y por no hussar de tu gran deslealtad, te abiso, para que con tus apercebimientos mi vengança sea mayor. No más; /107-vº/ el soberano Señor sea en tu guarda hasta tanto que la vengança desseada pueda haver lugar.

Leýdo el desafío, muchos tuvieron por cierto que aquellas serían las más espantosas guerras que visto se huviessen, y todos pusieron los ojos en el príncipe don Belianís por ver lo que diría; que, pidiendo licencia al emperador, su padre, y al soldán de Babylonia, d'esta manera le dio respuesta, sin que el enojo que a aquella sazón en su coraçón tenía cegasse su gentil y bien cortado* razonar, pesándole sobre todo oýrse llamar desleal:

–Hermodosa señora; porque para esos príncipes mi respuesta será por escripto, conforme a como ellos lo imbían, agora solamente digo que, si esos cavalleros fueron en escribir este dessafío, lo hizieron como muy desleales y de poco conoscimiento, porque en retraerme de desleal han mentido como malos cavalleros, porque yo no hize cosa que como cavallero no fuesse a ella obligado. Y si ellos estiman tanto sus personas, muy mejor parescería este desafío de sus personas a la mía; y, si conmigo no quisieran haver batalla, yo les diera otros cavalleros con quien la hizieran, porque si el soldán, mi señor, alguna palabra dio al soldán de Persia, aquella no fue con voluntad de mi señora Florisbella, ni aun ella lo consintió; y si la princesa Imperia, conociendo el grande horror de su secta, quiere ser christiana, es libiana causa para tanto alboroto; y en lo que toca a la lealtad de mi señora, la princesa Claristea, bien está conocido que yo nunca desseé sino servirla, y en semejante caso nunca por su parte me fue hablada palabra, y sus enojos particulares no se havían de pagar por quien tan poca culpa les tiene. Esto digo, hermosa señora, para que donde ay tanta discreción es muy bien le deys este abiso: que por agora yo acepto su desafío, y aunque ellos, con la soberbia de sus poderes, tienen en muy poco lo que comiençan, que ya será posible que, si ellos no me buscaren como dizen, los busque yo dentro en sus tierras.

Y con esto, paresciéndole que el enojo le havía hecho alargarse algo, mandó aposentar a Lindorena, la qual llevó consigo Florisbella, y a los cavalleros el rey de Hungría. Y don Belianís, dissimulando su enojo, se bolvió a hablar con el emperador, su padre, y con el soldán de Babylonia en otras nuevas de harto pesar que entonces les acabavan de traer: que sabed que Babylonia hera alçada con todo el imperio contra el soldán, su señor, teniendo entendido que se havía ydo a tornar

christiano con la princesa, su hija, y havían alçado por soldán al duque de Gilea, que por governador havia quedado, el qual como tyrano procurava assegurar, dando muestras de quererse passar en Grezia con el soldán Periano, de lo qual tenían grandíssimo pesar; y don Belianís tratava de passar allá por, también de camino, procurar de buscar al sabio Merlín, que del príncipe Belflorán, su hijo, le dixesse; porque, no sabiendo d'él y viendo que no havia más hijos, tenía grande pesar que assí estoviesse tanto tiempo olvidado.

El valeroso Ario Barçano, que vio quán libremente don Belianís havia aceptado su desafío y en quán poco mostrava tenerle, ¡no ay quien os quente quánta yra rescibió!, y no estuvo en mucho de desafiarle a particular batalla. Mas parecióle locura, porque conocía de don Belianís ser uno de los más aventajados cavalleros que el mundo huviesse tenido. Y con esto se bolvió a Periano y Claristea y, contándoles lo que passava, dieron priessa a Sylfeno para que se partiessen; mas él les dixo que esperassen aquel día y verían la más hermosa aventura de quantas huviesse oído dezir. Y ellos lo hizieron ansí, subcediendo lo que en el siguiente capítulo os será mostrado.

/108-rº/

Capítulo onzeno: De una estraña aventura que a la corte vino, y quiénes fueron los que la acabaron.

Estando el día siguiente todos aquellos príncipes muy alegres, excepto los que las nuevas de Babylonia sabían, que heran tan malas que no les dexavan gozar del contento que hera razón tuviessen los que sus cosas veían en tan alto grado puestas, y no es menos cierto que, si el soldán huviera sido tan avisado de por entonces no hazer mudança, en poco estimara don Belianís las amenazas de Periano ni consortes, que bien pensara a todos ellos darles guerra dentro de su tierra; pues assí fue que, estando todos en la real sala, platicando en diversas cosas conforme a lo que más sus coraçones les aplicavan, hablando unos diversos casos que en armas les havían acontecido y otros de amores, mostrándose todos muy perdidos y penados, aunque los más de todos ellos muy poco de lo que por la boca declaravan sentían en el coraçón, como más comúnmente acontecer suele, vieron entrar una aventura en la qual todos pusieron los ojos. Venían hasta diez cavalleros de mediana edad, y con ellos una donzella más hermosa que fea, bestida de diferentes traxes. Trahían cogida una tienda ciertos escuderos que con ellos venían, la qual dexaron en la sala y, sin que ninguno llegasse a ella, viéronla armar. Hera tan rica que no havían visto su yqual, con muy ricas cuerdas de oro y plata, y por ella tantas piedras y perlas de valor que a todos davan qué mirar. En el medio d'ella pareció un riquíssimo throno de seys gradas, y en lo alto sentada una donzella cuya hermosura a todos puso grande espanto, porque, aunque las piedras que ella por el bestido tenía diessen de sí mucha claridad, lo natural de su hermosura llevaba los ojos tras sí. A la entrada de la

tienda estaban dos cavalleros armados, tan agraciados en su manera que dava estremada alegría verlos, y al un lado de la tienda un padrón con una espada metida en él hasta la empuñadura, colgada de la correa y bayna, lo mejor que se huviesse visto qual parecía ser la guarnición.

Todos estuvieron quedos, esperando lo que la donzella diría; la qual, llegándose ante el emperador, pidiéndole las manos; mas él, no se las queriendo dar, le preguntó qué causa era la de aquella aventura.

–Sabrás, poderoso señor –dixo la donzella–, que en el reyno de Dalmacia uvo un rey que, dotado de todas buenas maneras que le pertenecían, el qual solamente tuvo un hijo, el qual, según se mostrava, hera estrañamente perdido de los amores de aquella donzella, que Legiadra se dezía, hija del duque de Sirandia, vassallo suyo, siendo d’ella así mismo en extremo grado querido; mas, o porque su padre a la ventura no lo tendría por bien, o porque la Fortuna para mayores trabajos los guardava, dilatándose sus amores se enlaçavan en ellos cada día. Mas de este reyno al de Tracia ay gran contratación*, y las gentes del uno passan al otro diversas vezes.

»Pues así fue que unos mercaderes fueron por las cosas de su contratación a Tracia, y el príncipe Tíndaro, que d’ella era señor, platicando con ellos, como mancebo, lo que más encarecidamente les preguntó fue si en su tierra uviesse damas hermosas. “Señor”, dixeron ellos, “y aun tenemos por averiguado que en el mundo no aya sus yguales”. Riose Tíndaro y, llamando a un paje, le mandó traer de su cámara un retrato de una dama harto hermosa, preguntándoles si ellos huviessen visto otra cosa semejante. “Aquí traemos nosotros”, dixo el uno d’ellos, “otro retrato de una dama, hija del duque de Estrandia, de quien el príncipe Coliseo, nuestro señor, es muy enamorado, que en todo excede a esse; y aun si en la figura pudiera perfectamente mostrarse lo que en ella ay, fuera otra cosa de lo que parece”. Y con esto le die- /108-vº/ -ron el retrato de Legiadra. Y ciertamente no fue retracto, sino una lançada que le metieron por medio de los pechos, tal que, como cosa de que él no estava avisado, sin lo poder remediar fue entregado en la cárzel del cruel Amor. Y, quedándose con el retrato, despidió a los mercaderes, y apretole tanto este cruel mal que le llegó al punto de la muerte.

»Y es cierto que aquella le viniera muy en breve si el sabio Polynoto, sabida d’él la causa de su mal, no le prometiera que daría horden cómo él huviesse en su poder lo que tanto desseava, que con esto él se alivió. Y hera estimado en tanto el máxico Polynoto que sola su palabra dio salud a Tínd[a]ro⁵⁵⁰, que, siendo levantado, al sabio por su remedio importuna. “Yo he sabido por mis artes, mi señor”, dixo Polynoto, “que, si yo traxesse a vuestro poder al príncipe Coliseo, que en muy breve tendréys en vuestra tierra a Legiadra; por esso, dexadme el cuydado, que la primera vez que él que entre en la mar, será a tercero día en vuestro puerto”. Y no subcedió menos de lo que él dixo, de que Tínd[a]ro estuvo algo consolado.

⁵⁵⁰ *Tíndoro.*

»Y a Coliseo le aconteció que, siendo él ydo al puerto de Serenia por se solaçar, se metió en una galera, como aquel que en la mar hallava más descanso para el cruel amor que le fatigava por la bella Legiadra. Mas no uvo apartándose de tierra una milla quando, sin le poder socorrer la fuerça de los remos ni la priessa que los cómitres le dieron a la husma* le pudieron valer para que, arrebatándole una grupada* y otra de agua con un fresco viento de tierra, no diessen con la galera en alta mar, donde corrieron tan rezios que en nueve días los puso en el reyno de Tracia; donde, como el príncipe Tíndaro no esperasse otra cosa, fue Coliseo presso y puesto a recado en una torre de su palacio. Y, dando libertad a los demás para que tornassen con la nueva, ellos lo hizieron, que fue tan mala que, siendo sentida por todos en el grado que hera razón, grandes aparejos para la libertad de sus príncipes se comiençan a hazer, aunque no se pensava fuessen para ello parte, según el gran poder del rey de Tracia y balentía de Tíndaro. Con lo qual fue tan grande el pesar de Legiadra que no estuvo en mucho haver dado Polynoto con el remedio en el lodo, porque llegó al punto de la muerte, diziendo y haziendo tantas cosas que al mejor librar se cuydó quedaría loca.

»Tenía Legiadra una prima tan hermosa como ella, que Sabina se dezía, la qual, sabiendo su mal, la vino a consolar, po[n]iéndole⁵⁵¹ delante veynte cosas que a ella le davan doblada desesperación, que así es costumbre de los enamorados, que, como los que los consuelan tengan libertad, antes les dan más pena que alibiarlos de la que padecen. Mas, como viesse que su mal cada día empeorava y que a passos contados se venía la muerte en su busca, acordó un remedio estraño, y fue que, apartando a su prima, le dixo: “Hermana mía, yo veo quán entre los ojos traygo la muerte, la qual si viniera en el tiempo que yo goçava de ver a Coliseo, mi señor, venturosa fuera para mí; mas agora en tal trance no yría con ningún descanso, y tengo determinado de procurar sustentar la vida en lo que a mí fuere possible. Y esto ningún remedio tiene sino que vos y yo nos dissimulemos lo mejor que pudiéremos y, pues sabemos muy bien la lengua de Tracia, nos vayamos allá, pues aún no está publicada la guerra, y si a la ventura podríamos hazer mejor jornada”. Sabina, que otra cosa sino su contento no desseava, dixo que le plazía. Y con esto se adereçaron al usso de Tracia lo mejor que ellas supieron, y ansí un día se salieron de casa del duque, su padre, donde se metieron luego en unos bosques hasta que d’ellas se perdió la nueva; y haziendo adereçar un bergantín, haziéndose en los rostros unas manchas con yervas para no ser conocidas, hizieron dar los remos al agua con toda furia, porque, pagando el flete según que los marineros quisieron, ellos procuravan en todo agradarlas.

»Y d’esta suerte llegaron en Tracia, a la parte donde Tíndaro esta- /109-rº/ -va, sin que d’ellas él ni Polinoto pudiessen tener aviso, porque Polinoto, figurando los puntos para saber en qué parte de Dalmacia la bella Legiadra se hallasse, no le salía cosa alguna, y con esto estava el necio astrólogo muy confuso, que lo que el saber natural requiere no lo da el arte máxica. Donde, llegadas,

⁵⁵¹ *pouiendole.*

tuvieron tal aviso que supieron dónde Coliseo estaba y, procurando amistad con Tíndaro, le esperaron en un monte donde él yva a caça, hasta tanto que le encontraron; donde, mostrándose muy llorosas y tristes, se hecharon a sus pies, pidiéndole las remediase. Tíndaro, que muy comedido hera, se apeó; haziéndolas levantar, les pregunta la causa de su tan triste dolor, de que a él pessava tanto como a ellas mismas y más, ofreciendo que qualquiera cosa que d'él quisiessen estava presto de la cumplir. Y ellas, fingiendo que un cavallero les havia hecho una fuerça, le hizieron andar todo aquel día perdido. Mas, no le hallando, el príncipe desseava saber mucho quién hera el cavallero, preguntándolo con mucha importunación a las donzellas. Y ellas le dixerón que no le habían conocido, y dándole ciertas señas del cavallero. Y con esto, habiendo andado con el príncipe aquel día y otro, como aquellas que no querían sino con él tomar conocimiento, se bolvieron a la ciudad. Y con este conocimiento algunas vezes yvan a la torre donde el príncipe posava, que en ella misma Coliseo estava preso, y su conversación y dulce plática tenía al príncipe tan agrado, porque todo lo que le hablaban era en amores, de los cuales Legiadra tratava delgadamente, que no se hallava sin ellas, y hízoles dar aposento dentro en palacio. Y ellas, ensuciando cada día más sus rostros, no hera vista su hermosura, que con unas yervas que ellas tenían se habían hecho ciertas manchas en la cara que las hazía parecer feas; pues, no se olvidando de su propósito, sabiendo a la parte que Coliseo estava preso, en breve, contrahaziendo las cerraduras en cera, hizieron hazer otras llaves semejantes a las de la prisión.

»Y una noche que en palacio avía gran regozijo, con el carcelero se quedó Sabina hablando, y Legiadra fue a la prisión; y abriéndola, porque el plazer no turbasse el sentido a su querido amigo, sin se le dar a conocer le dixo que, doliéndose d'él, le avía querido remediar con sacarle de la prission. Y dióle unas limas con que brevemente desherrarse pudiera. Mas a esta sazón llegó el carcelero, que, no aviendo bastado las palabras de Sabina a le detener, con el temor que tenía que el cavallero no se le fuesse, venía a visitar la prisión; y en su seguimiento venía Sabina sin que lo sintiesse, sospechando lo que podría ser. Pues, como llegasse a la prisión y viesse la puerta abierta, sintiendo hablar dentro, se quiso bolver; mas Sabina le dio de manos para dentro y, como la cárcel tenía dos o tres gradas a la entrada, hízose las saltar contra su voluntad; y abraçándose con él entr'ambas, Legiadra le quitó una daga que traía en la cinta, con la qual lo mataron a la vista de Coliseo que, sin poderse mudar, como embelesado lo estava mirando, pareciéndole la cosa más estraña que visto se huviesse. Y, no habiendo necesidad de más herramientas, le tomaron las llaves, y con ellas abrieron todas las prisiones. Y tornando a cerrar las puertas, se salieron, bestido Coliseo de los paños del carcelero. Y como en el palacio huviesse fiesta, no hecharon de ver* en ellos, ni lo hecharan aunque fueran muchos más.

»Y así fueron hasta el puerto, adonde su vergantín continuamente las aguardava; y, metiéndose todos en altamar, con el mayor plazer que pensarse puede, las damas labaron sus rostros y a Coliseo se dieron a conocer. Donde, quando él las vio, el gozo que sintiera de verse libre con tan

estraño hecho y amor de Ligiadra qualquiera que sepa d'este mal lo conocerá. Abraçaba a Ligiadra mil vezes, y otras tantas a Sabina.

»Mas el Amor, mis señores, que a Ligiadra no estava contento de dar angustias, le dio otr[a]⁵⁵² mayor, y fue que, como en los coraçones assegurados continua- /109-vº/ -mente se causa olvido, assí le subcedió a Coliseo con Legiadra; porque, paresciéndole en extremo bien la hermosura de Sabina, no yva pensando sino cómo carecería de Legiadra para poder gozar de sus amores. Y caminando con próspero viento llegaron a las islas desiertas, donde, yendo Legiadra fatigada de la mar, rogó al príncipe que aquella noche durmiese en tierra. Y él lo hizo, haziendo armar una tienda, donde hizo la mayor crueldad que jamás sea en memoria de los mortales con quien tanto le quería del más verdadero amor que se huviesse visto; porque, hablando a los marineros, que todos heran sus vassallos, habiendo Sabina quedado a dormir en el navío, dexando dormir a Legiadra se tornó a él y, haziendo alçar velas al viento, se partió de las islas; donde, pensando que había acabado su hecho, quando despertó Sabina le dixo que el ayre había rompido las amarras y los avía sacado de la playa sin que ellos lo pudiesen estorvar, donde los gritos de Sabina fueron grandes. Mas viéndose en tal parte, y aun algo consolada por el amor que le mostrava el cruel Coliseo, acordando de callar.

»Pues como Legiadra recordasse, viéndose sola al alva del día, levantándose, ni vio marinero ni fusta ni señal d'ello, y dando voces llamando a Coliseo se tornava loca. Mas su llorar hera por demás, y fue remediada con lo que ella no pensava: que, como en Creta fuesse el carcelero hallado muerto, no sospechando que las donzellas lo oviessen hecho, el príncipe Tíndaro imbió a llamar a Polinoto; el qual, haziendo sus encantamentos, a Tíndaro contó quanto passava, diziéndole quiénes las donzellas heran, que a él sacavan de sentido. Y luego él y Polynoto con estos dos viejos cavalleros y conmigo se embarcaron en unas fustas; donde, llegando a las islas desiertas, sabiendo el sabio que ninguna cosa sería parte para que Legiadra no muriesse de pesar, hizo con su saber dar la buelta a las islas desiertas al navío en que el cruel Coliseo se alexava. Y, en llegando, hizo por su saber un encantamento, en el qual dentro de aquella tienda quedaron los dos príncipes como agora están. A Sabina no la vimos, aunque bien creemos que está dentro en la tienda, y el sabio nos dixo que no seríamos libres del encantamento hasta tanto que hallássemos un cavallero que en el valor de su persona fuesse más abentajado que el de los dos príncipes, y en los amores más penado y mal galardonado que Legiadra; el qual, venciéndolos, daría lugar para que las damas pudiesen probar el aventura, y que la más hermosa y leal que Legiadra llevaría la corona que tenía en la mano, y la más penada la que tenía en la cabeça. Y, acabada el aventura sería[n] Legiadra y Tíndaro libres del encantamento con los demás. Con esta aventura ha mucho tiempo que andamos todas las cortes de los príncipes y señores del mundo sin que jamás ayamos hallado quien el aventura pueda provar, porque para ella se requiere sacar aquella espada del padrón, sin la qual el aventura no puede tener

⁵⁵² otro.

fin. Dicho vos he, soberano señor, la causa de mi aventura; agora vos ved si tenéys por bien que vuestros cavalleros la prueven y, si no, bolverme he por donde he venido, que ya no espero que tendrá fin.

Muy atento estuvo el emperador y aquellos príncipes oyendo la aventura de la donzella, y muchos huvo que quisieran que Coliseo no estuviera encantado por darle el pago de su ingratitud, y muchas damas avía allí que lo mandaran a sus cavalleros; y luego todos los enamorados, mayormente aquellos que les parecía de sus señoras no ser favorecidos conforme a sus penas, se fueron a armar. Y luego vinieron a la sala los esforçados don Castel de la Rosa, que los amores de una su prima, hija del rey de Hungría, traían muy penado, y no a él solo, mas a otros seys príncipes [que] en competencia servían a esta dama, sin que ella a ninguno diesse favor; vino el valeroso Sabiano de Trebento, a quien los amores de una hermana de don Brianel, /110-rº/ hija del rey de Macedonia, entonces començavan a lastimar, que la bella Laura se dezía. Vinieron más de otros treynta, mas ninguno d'ellos pudieron provar el aventura, que a la donzella dava no poca pena; hasta que don Castel passó adelante y, poniendo la mano en la rica espada, sacándola muy ligeramente se dexó venir para los cavalleros, y entre ellos una hermosa y reñida batalla se comiença. Mas cierto, si todo le ayudara a don Castel como su esfuerço no fuera mucho acabar el aventura, porque a los cavalleros traía muy acoissados; mas ellos hizieron manera de quitarse de la puerta y don Castel se quiso arrojar dentro, y los cavalleros se abraçaron con él, dando una gran caýda. La espada le saltó de la mano y él quedó fuera de todo su acuerdo tendido en la sala, de que siendo muy enojado el duque Armindos de Thebas, viendo que la espada se havía tornado a poner en el padrón, fue por la sacar. Mas fue por demás, que le pareció que uviesse tirado de una peña, y con dolor del braço se quitó afuera.

–Parésceme, señor cavallero –dixo la donzella–, que el amor que avéys tenido a vuestra señora á sido bien pagado, pues ella ha passado más penas a vuestra causa que vos a la suya.

Todos sabían que la donzella dezía verdad, que a causa del duque Armindos grandes trabajos passara la duquesa de Frisel⁵⁵³.

Y luego llegó don Persián y Briamor con el infante de Gaula; mas acaescioles lo mismo.

–Bendita sea tal tierra –dixo la donzella–; agora digo que Legiadra no tendrá razón de estar quexosa por haver querido más que su cavallero, pues tales muestras puede ver.

Llegó a la hora tras estos don Baldín, y cierto sus amores heran no menos penados que bien queridos. Hera perdido de los amores de una gentil dama española, hermana del príncipe don Serafín; bien pensava él que su ygal de hermosura no la huviesse en el mundo y, dando un suspiro que el alma arrancaba, dixo:

⁵⁵³ Tal y como se relata en la *Segunda Parte*, el duque Armindos fue en su momento acusado de traición por apropiarse de unas tierras pertenecientes al imperio de Grecia. Como consecuencia, su esposa, la duquesa de Frisel, fue despojada de su patrimonio por parte del emperador Belanio. Perianeo de Persia defendió en la corte la causa de la duquesa.

–¡Ay de mí, mi señora, y si yo viesse la dichosa prueba d'estos cavalleros! Mas no me dio a mí tanto valor la Fortuna.

Entonces trabó de la rica espada, y con algún detenimiento la sacó, no limpia ni clara como los otros cavalleros, mas teñida en sangre.

–¡Ay de mí –dixo don Baldín–, mi señora, que en vuestra crueldad razón era se mostrasse nuevo effecto más que en las otras!

Entonces quiso, no teniendo en nada los cavalleros, entrar dentro en la tienda; mas fue por daño suyo, que los cavalleros lo dexaron entrar, y a un tiempo, dexando caer las espadas, con las dagas en las manos entraron con él, y fue herido de quatro espantosas heridas. Era el ardid* mancebo muy libre de temor, y a los cavalleros començó a herir y apretar tan rezió entre sus braços que las armas les metía en las carnes. Y, como la espada le embaraçasse, dexola caer, pensando derribar los cavalleros; mas fue causa de su vencimiento, que la espada se bolvió al padrón, y don Baldín, fuera de su acuerdo, fue hechado fuera de la tienda.

En su seguimiento llegó el rey Ban y el Rey Negro, el rey Paremio, Alixenor, Poligeno, el infante Arbín..., mas ninguno pudo sacar el espada del padrón. No le acaesció menos al príncipe Arfileo y, muy riendo, la princesa Matarrosa le dixo:

–Si yo viesse, mi señor, otra tal prueba, aún quedaríamos yguales; mas entretanto, bien os daréys por vencido.

–Mi señora –dixo Arfileo–, mi coraçón es tan claro que no puede dexar de mostrar lo que en él ay, y, biendo yo que rescibíades contentamiento, no quise sacar la espada.

–No lo puedo creer, señor primo –dixo Florisbella–, según pusistes en ellos vuestras fuerças, que cuydé que la tienda y todo queríades traer con vos; y bien creo que le acaecerá lo mismo al príncipe, mi señor.

–Pues yo, mi señora –dixo don Belianís–, no dexaré de hazer la prueba, aunque ninguna cosa que me subceda será contrario de lo que yo pienso.

–Mas antes quiero yo que lo prueve don Contumeliano –dixo Imperia–; quiçá quitará a todos de trabajo, según la mala voluntad /110-vº/ que yo le tengo.

A esta sazón anocheçía, y vieron entrar por la sala los dos Cavalleros y la Donzella del Luto qu'el precio de las justas ganara[n]. La donzella traía puesta en la cabeça la corona que el cavallero los días antes ganara; y, siendo todos muy alegres con su venida, paresciéndoles que qualquiera comedimiento que se les hiziesse heran d'él merescedores, todos los cavalleros mancebos se levantaron a ellos; que, haziendo una pequeña medida al soldán y al emperador, los cavalleros se assentaron, Ario Barçano entre el rey de Hungría y el rey de Macedonia, Periano entre don Belianís y Arsileo. Y, si su generoso coraçón no fuera tan libre de hazer lo que no devía, él diera la muerte al príncipe, que con la ayuda de Ario Barçano cuydara salir con ello.

A esta sazón don Belianís se levantó para se yr a armar, y Periano quedó junto a Florisbella,

que con la hermosa Claristea, que entre ella y la princesa de Inglaterra estava sentada platicando, estava rogándole que rescibiessen tan gran merced que descubriese su rostro para que dexasse gozar de su hermosura; y, viendo que no quería aceptar su ruego, al príncipe Periano dize:

–Esforçado cavallero, pues vuestro ruego antes que el mío creo será rescebido por esta señora, supplícoos tengáys por bien de le rogar que consienta ver el extremo de su hermosura, pues sus hermosos ojos dan la muestra que tanto quiere encobrir.

Tan turbado estava Periano oyendo a la princesa que, teniendo los dientes apretados, los labios temblavan, la lengua no podía formar las palabras, las piernas se le hazían pedaços y su esfuerço no bastó a que la princesa no conociesse su turbación; la qual passada, le dixo:

–Son mis ruegos de tan poca calidad, soberana señora, y vuestro desconoscimiento tan grande que, tomando la parte de lo que en esto por vuestra parte sobra, me atrebería a pedir la merced, aunque en mi vida cosa por donzella me fue otorgada.

Maravillada dexó a la princesa el atrevido responder del cavallero, y no lo conoció, que no hera berisímil que a tal tiempo él allí viniesse; y algo enojada, le dixo:

–Si mi desconoscimiento es conforme al atrevimiento de que avéys usado, no será mucho lo que dezís; y, si mi ruego no basta para alcançar d’esta dama lo que le suplico, ya por el vuestro no lo quiero.

–En tan gran desamor como el vuestro –dixo Periano– se ha de acabar esta aventura, y quiero ver si en lo uno como en lo otro bivo engañado.

Y con esto se levantó para yr hazia la tienda, con tan gran pesar en su corazón que el alma se le hazía pedaços. Junto a Florisbella estava la linda Sirena, que, teniendo en su corazón más impressas las verdaderas voces de Periano, a la hora lo conoció, y muy passo dixo a Florisbella:

–Agora os digo que la aventura es acabada, que este cavallero que de aquí va es Periano.

–¡Sancto Dios! –dixo Florisbella–, ¿y cómo lo sabéys vos?

–Selo –dixo Sirena– por lo que os ha dicho, y porque le he conocido en la habla; y tened por tan cierto que es él que no recibe dubda alguna.

–Pues hazedme a mí tanto bien, mi señora –dixo Florisbella– que el príncipe, mi señor, no lo sepa, que será causa que, partiéndose en su seguimiento, se siga algún desconcierto.

–Si de la vuestra merced no lo sabe –dixo Sirena–, por mí bien segura podéys estar, que jamás lo diré a persona alguna.

Y assí era la verdad, que Sirena tenía tanto amor a Periano, sin que jamás a nadie d’ello huviese dado parte, que por el daño que a él se le podía seguir no lo dixera aunque rescibiera la muerte, y ya le pesava de haverlo dicho a Florisbella.

Mas a esta ora bolvieron a mirar la tienda y vieron cómo el esforçado cavallero Sabiano de Trebento andava en gran batalla con los cavalleros d’ella, y todos tres parecían andar muy acosados. Mas a esta sazón Sabiano, que muy enojado estava que los cavalleros tanto le durassen, cerró con el

que más pena le dava, sacándolo de la tienda en sus brazos contra su voluntad; mas el otro, viendo buen tiempo, le hechó la una ma- /111-rº/ -no sobre el brazo de la espada, y con la otra le dio una buelta tan ligeramente que se la llevó de las manos, con que quedó fuera de su acuerdo, con mucho pesar de los cavalleros cortesanos, que tuvieran por cierto que Sabiano la acabara.

En su seguimiento llegaron otros muchos príncipes, mas ninguno d'ellos pudo menear el espada. El príncipe don Contumeliano y don Belianís, que ya vinieron con el Cavallero del Luto, quedavan solos por provarla; y, rogándose los unos a los otros, don Contumeliano llegó el primero y, travando de la empuñadura, la sacó ligeramente, hasta tanto que quedó en el padrón quanto un tercio; y porfiando por acabarla de sacar, por poco el brazo se quebrara.

–No es para quien al tercio postrero es favorecido esta aventura –dixo la donzella–; por esso dexadla, mi señor, que no devéys aver avido mal galardón de vuestras penas.

Don Contumeliano se quitó afuera con dolor del brazo.

–Parésceme –dixo Imperia– que, queriendo hazer mayor vuestra pena que mi merescimiento, os oviera de costar caro. No curéys de más, que, por lo que yo he visto de la aventura, pocos han sacado d'ella más verdadera esperiencia.

Pues a esta sazón passavan palabras de comedimiento entre don Belianís y el príncipe Periano, rogándose sobre cuál provaría primero; mas el del luto le dixo:

–Valeroso príncipe, tened por cierto que, como he sido el remate de los más penados, tengo de ser el postrero de los que esta aventura provaran, que bien sé que no ha de durar más de quanto yo la prueve.

–Pues assí es –dixo don Belianís–, yo quiero complaceros en lo que mandáredes.

Entonces llegó por travar de la rica espada. Mas dentro de la tienda se oyó un gran ruydo de música, tal que en su vida le pareció haver oído otro semejante. Los dos cavalleros que dentro en la tienda estavan se hincaron de rodillas, y la hermosa Ligiadra se levantó de donde estava y, llegando al padrón, sacó la espada, diziendo:

–Soberano príncipe, vuestros dolores conosciado está aver sido los mayores del universo, y assí ha sido vuestro galardón sin igual; y, aunque todas las aventuras del universo os sean devidas, tened por bien de no provar esta, que ni yo tornaré la espada al padrón ni estos cavalleros harán con vos batalla.

Bien oyan todos quantos en la sala havia las palabras que la hermosa donzella dezía al príncipe, y él estava muy ocupado mirando su hermosura, que no havia visto a su parecer otra igual, excepto su señora y la linda Belianisa, hija del príncipe don Serafín, que entonces era tan niña que aquella en común opinión hera tenida por la más bella criatura de que jamás oviesse oído dezir. Y no quiso contradizir en cosa alguna a Ligiadra, temiendo no le subciesse algún rebés, que él por cosa del mundo no quisiera.

–Agora os digo –dixo la donzella– que, si vuestra señora no os uviera hecho tantas mercedes,

mi aventura hera acabada.

Don Belianís se quitó afuera, dando lugar para que Perianeó llegasse; el qual lo hizo y, al tiempo que travó la espada, vio a Florisbella tan enojada que su rostro tenía hecho una brasa.

–¡O, dioses! –dixo Perianeó–, ¿cómo es possible que a tan desdichado guardáys la vida?

Y con enojo de sí mesmo trabó de la espada, sacándola tan ligeramente como si en cosa alguna asida estuviera; y, al sacar la espada, dio de sí tan gran resplandor que la lumbre de las hachas que en la sala estaban no se echó de ver en cosa alguna más que si los claros rayos de Apolo por ella entraran.

–¡O, válame Dios –dixo el emperador–, y qué lealtad de cavallero y desagradecida dama! Agora os digo que tales extremos jamás serán vistos.

Perianeó, que vio en su mano la rica espada, se dexó yr para los cavalleros de la tienda, que con las suyas aguardándolo estaban, y entre ellos una assaz bien reñida batalla se comienza. Heran los dos príncipes en armas valerosos, y en su tiempo bien cuydara cada uno d'ellos dar batalla al bantajoso Hércules, y ayudávanse muy bien. Mas /111-vº/ qué aprovecha, que tienen delante aquel príncipe sin temor, que los yere de tan espantables heridas que las armas y las carnes les corta, trayéndolos muy cubiertos de su sangre. Y viendo que la batalla le durava mucho, lo que del escudo le había quedado soltó, y la espada tomó con ambas manos; y al uno d'ellos yere con tanta fuerça que, reparándose el otro con su escudo, fue todo cortado yelmo y cofia, y mal herido en la cabeça dio con él en el suelo. Y entró con el otro, que furiosamente lo golpea, y entre sus braços le apretó tan reziamente que le desfalleció entre ellos; que, sintiéndolo el príncipe, le dexó caer en el suelo, fuera de su sentido. Y como si cosa alguna por él no passara, saliéndose de la tienda, tomó una funda no menos rica que la espada que en padrón halló; y, poniéndola en ella, se vino para donde su compañía estava.

Mas la donzella de la tienda y los cavalleros se le hincaron de rodillas pidiéndole las manos. La donze[lla] le dixo:

–Cierto, valeroso cavallero, vuestra lealtad es tan grande como el desagradecimiento de quien contra razón tanto os haze penar, y creedme que no permitiré Dios que semejante ingratitud quede sin castigo quando menos pensamiento d'ello tuviéredes.

Perianeó la levantó y al emperador hizo su messura, bolviéndose a sentar. Tan turbada estava Florisbella que no sabía de sí, y tan enojada de los atrevimientos de Perianeó que mil vezes estuvo por dezir al príncipe quién era, para que de sus locuras quedasse pagado; y bolviéndose a hablar con Sirena, jamás a la parte que él estava quiso bolver los ojos, no le queriendo aun en solo aquello dar algún contentamiento.

El príncipe don Belianís y los demás, que, en saliendo él de la tienda, en su acuerdo bolvieron, le vinieron abraçar, offreciéndole para en todos tiempos su amistad, la qual él por entonces no quería ni desseava.

La donzella dixo que ya era tiempo que la aventura de las donzellas provasse; y así, de dos en dos, todas se levantavan, llevándolas aquellos cavalleros por las manos; donde muchas, que por más hermosas de lo que era razón se tenían, conocieron que con gran parte a la de Ligiadra no llegavan, y estas heran con gran ímpitu sacadas de la tienda, tan recias que por gran pieça con el temor tenían perdidas sus colores.

Mas a esta sazón llegaron las hermosas princesas de Hungría y Macedonia; llevávanlas de las manos don Castel de la Rosa y Sabiano de Trebento.

–Sin razón sería –dixo la bella Laura– que, no habiendo estos cavalleros acabado la parte que a ellos tocava de la vitoria, fuésemos nosotras las más hermosas.

–Tanto que menos les tendremos que agradecer –dixo la princesa Felysena–; por esso, no dexemos de provar lo que nos subcederá.

Entonces llegaron a la tienda. Sus cavalleros las dexaron de las manos, y ellas entraron dentro y llegaron a las gradas, donde ninguna de las otras habían llegado. Mas entonces alçaron los ojos para mirar a Ligiadra; y, viendo que su hermosura con la d'ellas no ygalava, se quisieron bolver; y valiéales más, porque, queriendo subir donde ella estava, fueron hechadas fuera de la tienda, con mayor pesar de sus cavalleros de lo que de fuera mostravan; los quales las tomaron de los braços para las llevar al estrado.

–Parésceme –dixo Felisena– que, si poco hizieron en la aventura estos cavalleros, todos quedamos iguales.

–En nuestra desdicha está todo esso –dixo don Castel–, mi señora, que lo demás de vuestra hermosura no ay tan ciego que no conozca ser sin igual.

Entonces se assentaron, y llegaron las tres damas que con los cavalleros de lo amarillo en el torneo entraran; de la mano llevavan una hija del conde de Yberia. Llevavan consigo al duque Armindos de Tebas y al duque de Lancestre y muchos principales cavalleros. Ellas entraron de dos en dos, mas en la aventura les subcedió como a Laura y Felisena, excepto a las dos que no llegaron tan arriba.

–Pues que ansí van los negocios –dixo Matarrosa–, yo quiero provar el aventura, que quiçá ha- /112-rº/ -ré en ella menos que el príncipe Arfileo.

–No sea el mal de la espada de Babylonia, señora prima –dixo Florisbella–, que soys desdichada en esto de provar aventuras.

–Como quiera que succeda –dixo Matarrosa– lo tengo de hazer.

Entonces, tomando por la mano a la reyna de Inglaterra, fueron para la tienda, y en ella entraron con tanta liberalidad y desemboltura como si ya la tuvieran por acabada; y todos lo cuydaron, porque de tres gradas que había subieron las dos muy ligeramente y, porfiando a subirlas todas, fueron con mayor fuerça que ningunas de las otras hechadas fuera de la tienda, tanto que los cavalleros que con ellas venían no heran parte para las detener, según cobrarán el pavor.

–Peor aventura es de acabar esta que la primera –dixo la estremada princesa Imperia.

Entonces ella y la preciada princesa Sirena se tomaron de las manos. Los dos emperadores, don Belanio y el soldán de Babylonia, se levantaron de sus sillas para las acompañar, porque, levantándose el emperador por acompañar a la princesa Imperia, el soldán no quiso quedarse; antes trabando de la mano a Sirena, por más que porfió fue con ella hasta la tienda, diciendo:

–Si por nuestros botos, hermosas señoras, el premio se huviesse de dar, no curaríamos de buscar otra hermosura en el mundo, pues cierto igual de la vuestra no se hallaría.

–Quiera Dios, mi señor –dixo Sirena–, que no salgamos tan burladas de la tienda como de vuestras palabras se colige; mas, con toda nuestra porfía, no querríamos ser desengañadas porque, teniéndonos por más hermosas que las otras, nos quedássemos a medio tiempo.

Entonces, haziéndoles sus acatamientos, la una a la otra se travaron de las manos y, con más gracia que trae el sol en su primera jornada dexando las mares de España, fueron por la tienda adelante hasta llegar a las gradas, las cuales subieron sin algu[n]a⁵⁵⁴ dificultad hasta se poner en lo alto d'ellas. La donzella se levantó en pie, haziéndoles una messura, y ellas a ella. Legiagra muy passo, que solas ellas lo oyeron, les dixo que se bajassen, que sin dubda no hera a ellas otorgada aquella aventura, aunque en hermosura fuessen sus iguales.

Y con esto las princesas se tornaron a bajar y, saliendo de la tienda, Legiadra se tornó a sentar; y ellas dixeron:

–No me parece, mis señoras, que la donzella tiene para nosotras las coronas. Creo que ni los amores ni la hermosura nos quieren ayudar.

Y bolviéndose al estrado, la Donzella del Luto a la princesa Florisbella dize:

–Mi señora, si la hermosura y la lealtad han de ser parte para acabar esta aventura junto con la ravisosa pena que mis entrañas abraza, ¿a quién mejor que a vos la una, y a mí la otra pertenesce? Por esso, si la vuestra merced es servida que yo en vuestra compañía la prueve, recibiré merced señalada.

–Yo soy la que gano en esso, mi señora –dixo Florisbella–; por esso, hágasse vuestra voluntad.

Y con esto del estrado se levanta, y al príncipe Ario Barçano, que más cerca de sí halló, dio la mano, y la bella Claristea a don Belianís, con que yva la más penada de las nascidas, por yr entre aquellos que todo su descanso le tenían robado. La princesa Sirena quedó junto al príncipe Periano, y con la voz baja le dixo:

–No sé, valeroso príncipe, qué esfuerço es el vuestro de veniros assí endonadamente entre aquellos que tanto desseáys la muerte, donde vuestra vida está en no menor peligro. No lo hagáys, que, aunque a todos desseáys la muerte, algunos ay que no os lo tienen merecido.

⁵⁵⁴ *alguua*.

Maravillose el esforçado Perianeó, viéndose conosció y oyendo tales palabras de tan alta princesa; y tanto era su valor que no quiso encubrirse, diziendo:

–Soberana señora, bien sé que mi atrevimiento es grande en querer ver esta corte en tal tiempo; mas quien contino dessea la muerte para remedio de sus males, ¿qué peligro puede temer? ¿Y a quién le podrá venir la muerte, guardándole la vida tan grandes males como continuamente vey por sus ojos?

Los quales hasta agora començaron a derramar lágrimas, no /112-vº/ pudiendo apenas formar las últimas palabras.

–No toméys vos, valeroso príncipe –dixo Sirena– tanta congoja por las cosas que en ellas mismas se vey ser impossibles, que esto más es temeridad y locura que buen esfuerço, y creedme que ni ya los amores de Florisbella son para vos, ni jamás lo fueron; y, pues de vuestra obstinada porfía avéys llevado tal pago, ¿por qué queréys estar en ella tan continamente tan mal tratado?

–¡Ay, soberana señora! –dixo Perianeó–, ¿y cómo vuestra merced, como libre, da consejo al que en sí mesmo no tiene señorío alguno mas de para dexarse llevar de su voluntad donde por fuerça le han de llevar arrastrando? Bien tengo por cierto que esta ravisosa basca, tan sin esperança de remedio, durará en mis entrañas perpetuamente, porque la muerte bien sé que no será parte para quitarla.

–Procurad vos el remedio –dixo la princesa– como procuráys el daño, y veréys que al fin saldréys con vuestro propósito, que todos los males del mundo se curan con su contrario, sino este de la frenesía de amor, que se ha de quitar con otro amor. Por esso procurad de doblar vuestro coraçón, que no todas las cosas se olvidan de una vez, que estos amores muy despacio han entrado en vuestro coraçón y assí han de tornar a salir con otros.

–¡Ay, mi señora –dixo Perianeó–, que no está mi coraçón conmigo para poderle aplicar essa medicina!

En tanto que estas cosas y otras muchas entre aquellos príncipes passavan, las dos estimadas princesas Florisbella y Claristea llegaron a la tienda, y los príncipes las dexaron entrar. Mas apenas pusieron los pies en ella quando se sonó tanto ruydo de trompetas y atabales, cheremías y dulçaynas y todo género de música militar como si los reales del soldán de Babylonia allí estuvieran presentes; lo qual passado, toda la tienda pareció llena de flores de suavíssimo olor. Por la parte que yva Florisbella todas las flores heran blancas y coloradas, mas por la parte que yva Claristea heran amarillas. Todo esto estava de la color de su coraçón.

Los cavalleros que la tienda guardaran, que hasta entonces estuvieran fuera de su acuerdo, bolvieron en sí, y la donzella Legiadra se levantó de su silla, y junto a ella vieron a otra de no menor hermosura, que a todos paresció devía de ser la vella Sabina. Al otro lado de Legiadra estava un hombre viejo con un libro en la mano, y fue conosció por las señas de la donzella ser Polinoto; y ansí hera la verdad, mas era su figura, que después que él hiziera aquel encantamento para remedio

de Tíndaro y Ligiadra hera muerto, y su figura quedara allí para memoria de aquel hecho. Las dos princessas passaron toda la tienda sin temor ninguno hasta llegar a las gradas, las cuales subieron muy ligeramente; y la bella Ligiadra contra la princesa Florisbella dize:

–Aunque mi hermosura y lealtad fue mayor que la que mi donzella ha contado, no por esso, soberana señora, se dexa de conocer la ventaja.

Entonces le puso la corona que en la mano tenía y, quitándose la de la cabeça, la puso a Claristea, diziendo:

–Tomad, hermosa princesa, que vuestro dolor más sin esperanza de remedio es que no el mío.

Y diziendo esto el ruydo que se sonó fue muy grande, y los cavalleros y donzellas fueron desencantados. Mas por la sala vieron entrar otra aventura no menor para los que ya no la vieran: los tronos del dios del dios de amor con todos sus valerores fueron armados, y en ellos se mostró el sobervio Cupido vestido de leonado y amarillo, y ante él fueron traídos los cavalleros de la tienda. Y con voz alta fue declarado Beliseo haver venido contra las leyes del soberano throno y mandado que fuesse llevado al aventura [de] desesperados de amor, lo qual fue hecho luego con grandes clamores del desventurado y desleal cavallero, y la bella Legiadra herida de nuevo amor con las saetas acostumbradas. A la hora desapareció todo, quedando allí todos los demás, excepto Tíndaro, con tanto plazer y regozijo quanto jamás fuera visto. Los quales ante aquellos /113-rº/ que de su libertad fueron causa hincaron las rodillas, y por mandado de el emperador y con voluntad de Legiadra, ella y Tíndaro fueron despossados, con lo que las fiestas se acrescentaron. Y, siendo las dos partes de la noche passadas, aquellos príncipes con los nuevos despossados se assentaron a cenar, y la Donzella y los Cavalleros del Luto se fueron, con tanta honrra de leales en la desesperación como los otros de dichosos con la buena fortuna, aunque al despedir todos los cavalleros y damas los acompañaron hasta la puerta de el palacio; y el príncipe Perianeos besó las manos a la infanta Sirena sin que ella bastasse a lo contradizeir, aunque d'ello quedó alegre. Y con soberanos loores de todos salieron de Constantinopla, y aquella mesma noche fueron en Alemaña, en la ciudad de Colonia. Despidiendo los familiares, que en sus lugares quedaran, començaron a dar orden en proseguir la guerra, como aquellos que sabían que sus desafíos eran aceptados.

Capítulo 12: De los apercibimientos que el emperador hizo, y cómo se partió don Belianís.

Entre el alegría y contentamiento de aquellos príncipes con la libertad de Tíndaro y Legiadra con la bella Sabina, que más desseo tenía de bolver en Creta que de estar en Constantinopla, no pudo olvidar el príncipe don Belianís el desseo que tenía de saber quiénes eran los Cavalleros del Luto, y dávale mucha pena no los aver conocido. Y solo el pensamiento que su señora con su ausencia rescibiera alguna pena le detenía para que no se partiesse, junto con la demanda del príncipe

Velflorán, que esta le tenía muy congojado, viendo que tanto tiempo después de su señora ser libre no se hacía preñada ni el sabio Merlín venía a la corte para saber d'él nuevas donde lo uviesse llevado. Cuydava que a la ventura debía ser muerto, y que por esto Merlín no venía a la corte, de lo qual en extremo grado le pesava; y, viendo que su señora de su partida rescibiera pesar, le entretenía. Y, aunque la peligrosa guerra mucho le amenaçava, bien vía que no heran parte sus contrarios para venir tan presto sobre él, como aquel que los tenía conocidos por cavalleros cuerdos, y que tenían entendido que contra él no aceleramientos, sino poder sobrado hera necessario.

Y no se engañó mucho, que largos tiempos antes que viniessen passaron, que fueron más de quinze años, en los quales tornó el mundo a dar otra buelta, porque, quando más acordados estavan, a los unos y a los otros subcedían cosas que todos los consejos y apercebimientos desbaratavan. Y para muy mejor los detener había embiado cinquenta mil hombres en Antiochía para que diessen guerra al soldán de Persia, no consintiéndole la necesidad hazer nueva armada, y a don Luzidaner había mandado que con los mayores exércitos destruyesse todos los comarcanos, porque aquellos con pedir socorro entretuviessen los demás. Por otra parte había proveído dozientas galeras muy bien armadas que corriessen todo el Levante para que sus enemigos no se pudiesen juntar; por la parte de Francia se habían ajuntado españoles y franceses, destruyendo las faldas de el reyno de Alemania. El rey de Ingalaterra con grandíssima armada corría el occéano. Estavan todas las tierras de christianos tan a pie que al menor rebato heran todos juntos, y ya quisieran ellos que aquella vida nunca cessara, porque con ella hazían grandes ganancias de los moros. Estava Áffrica que no sabía a qué parte se revolver, viendo como veía toda la Europa puesta en armas; /113-vº/ no hazían más que estar continuamente aparejados para la guerra, que beyán la furiosa España puesta en armas y cuydavan que cada día passarían sobre ellos.

Pues con estos pensamientos y con el cuydado que estar Babylonia rebelada le podía dar, un día él y el emperador, su padre, se salieron paseando fuera de Constantinopla; y entre otras cosas, el emperador le dixo:

–¿No pudistes conocer quién hera el Cavallero del Luto, que tanta honra aquí ganó?

–Estoy tan penado d'esso –dixo don Belianís– que no sé lo que me diga. Cierto, su valeroso esfuerço era de los más aventajados que yo he visto, y en el ayre de su persona grandemente parecía al príncipe de Persia.

–Pues tened por cierto –dixo el emperador– que no hera otro sino él.

Entonces le contó las palabras que le oyera quando entró en las justas.

–¡Bálame Dios! –dixo don Belianís–, ¿y es possible que Periano aya tenido tal atrevimiento? No me crea vuestra alteza si el otro que con él venía no era Ario Barçano, y la dama Claristea, su hija del emperador de Alemania, y esto es lo que más confusso me tiene. Gran deseo tengo de saberlo, y para esto y otras cosas que me han subcedido me cumple partirme en breve de Constantinopla.

–Gran plazer me haréys en ello –dixo el emperador–, y porque también de camino procuréys de saber del príncipe don Clarineo, vuestro hermano, que, según lo mucho que ha que d'él no se sabe, creo deve ser muerto o está en algún gran peligro.

–No sé cómo lo haga –dixo don Belianís–, que tengo entendido la pena que de mi ausencia á de recibir Florisbella.

–Yo os daré buen remedio –dixo el emperador–: Imbemos por vuestras armas secretamente y partíos luego sin dar parte a nadie, que después yo os escussaré con todos como a vuestra honra y descanso de la princesa combiene.

Bien conoció el príncipe don Belianís cuánta voluntad tenía el emperador de que él hiziesse aquel camino y, por no mostrarla él menor, dixo que le plazía muy bien. Y luego secretamente mandaron a Flerisalte que le traxesse sus armas, y con otro mandaron adereçar una galera, la más ligera ansí al remo como a la vela que en aquellas costas se hallava, en la qual se metió el príncipe y su escudero, que no quiso otra compañía. Y con la bendición del emperador, que de aquel camino no mostró algún sentimie[n]to, dieron los remos al agua, partiendo de Constantinopla.

El emperador se bolvió a la ciudad y, hallando todos los príncipes, dixo que él havia mandado partir a don Belianís a una cierta aventura, de que no havia cumplido dar parte a nadie hasta que fuesse ydo. A todos dio su partida gran sentimiento, y más a la princesa Florisbella. Y ninguno ossó dezir algo contra ella, viendo que fuera por mandado del emperador. Y todos quantos cavalleros mancebos allí se hallaron se partieron en su seguimiento, unos por mar y otros por tierra, y la corte quedó sola de la sabrosa conversación que solía haver en palacio. El emperador, porque no se hechasse de ver, con todas las damas se fueron al Bosque de las Aventuras, donde más a la continua hazían su abitación, y junto a una puente que allí estava juntavan cada día los cortesanos con los que de fuera a la corte venían, corrían montería y hazían otras maneras de regozijos y passatiempos. El emperador nunca se apartava de Florisbella, que la vía con grandíssimo pesar de la partida del príncipe don Belianís, y mostrárale mayor si no fuera por no enojarle. Y el rey de Inglaterra y los demás príncipes dende a poco se bolvieron a sus tierras, aunque a ruego de Florisbella la reyna dexó allí a la linda Belianisa, su hija, que con otras tres niñas se criasse, no menos hermosas que quantas tenía el mundo. La una hera hija de la princesa Imperia, que la vella Anaxares se dezía, y la otra hera hija de la linda Policena, y llamávasse Celia; y la otra de Matarrosa, que se llamava Alcisa, cu- /114- rº/ -ya hermosura no pocos trabajos costó al mundo. Y ansí, aunque la sabrosa combersación de los cavalleros paresciesse que hazía alguna falta, no la hazía la de las damas, que todas estaban juntas. Donde los dexaremos, mi señora, por proseguir este camino con el príncipe griego.

Capítulo 13: De lo que a don Belianís abino en busca de su hermano y de cómo fue pressó en Argel.

A la mar se hizo don Belianís, con alguna pena de su partida por no se aver despedido de su señora, y no fue poco acabarlo consigo, que si la virtud de la paterna obediencia no llevara, ninguna cosa huviera en el mundo que con él semejante cosa acabar pudiera.

Los marineros le preguntaron a qué parte quería hazer su camino.

–La buelta de España –dixo don Belianís–, por agora, aunque después nos cumple hazer más larga jornada.

–A la mano de Dios –dixeron ellos.

Y, tendiendo la vela, con viento fresco de popa passaron a Galýpoly y se metieron en breves días en el mar de Italia. Quisiera salir en ella don Belianís por ver las maravillosas cosas que d’ella le contavan, porque a la sazón estava debajo de la mano y gobierno de los Sumos Pontífices, a quien d’ella su predecesor Constantino hiziera donación, aunque después, quedándose el uno y el otro sin ella, se á repartido en diversos estados, según que claramente lo vemos, puesto que los más y mejores estén debaxo de nuestra España, compradas con harta sangre de los valerosos subcessores suyos y más trabajos del cathólico rey don Fernando y del invictíssimo Carlos Quinto. Mas, no pudiendo detenerse por hazerles el tiempo tan próspero, passaron por las riberas de Nápoles, llegando casi al puerto por descubrir su hermoso parescer, y d’esta manera fueron por la costa hasta Civita Vieja y todas las partes de romanos hasta el Puerto de Hércules y Pomblino, con lo que más por allí seneses y florentines poseyan, hasta la hermosa ciudad de Pisa. Y d’esta suerte hizieron su derrota* hasta Génoba, mirando su graciosa ribera con tanta población de hermosas casas y torres; y, no se deteniendo allí, en breve llegaron a la fortificada Niza. Caminaron hasta Marsella.

Ya que se querían engolfar para passar el golfo que comúnmente de Narbona suelen llamar, una çabra vieron venir con hasta veynte remos que, aleando fuertemente sobre el agua, parecía querer hazer su mesma jornada. Mandó el príncipe baxar la bela mayor y, con el tanquete solo, mandó fuessen esperando a la çabra; lo qual se hizo, y así en breve término llegó donde ellos yvan, aunque algo recelosos, porque no conocían en la manera de la galera si fuessen christianos, aunque confiávanse en la fragata ser ligera. Mas siendo conocido en alguna manera su temor, sobre el castillo se puso una vanderá con una cruz amarilla y blanca, que assí los griegos la traían; y con esto, siendo assegurados, llegaron a borde, llamando los de la galera. Y en la fragata vieron una donzella hermosa y bien adereçada. Don Belianís le preguntó para dónde hazía camino, mas la donzella en francés respondió que no le entendía. El príncipe en su misma lengua se lo tornó a preguntar, y ella le dixo que yva a España, a unas fiestas que se hazían en Barcelona.

–Yo hago esse mismo camino –respondió don Belianís–. Por esso, si soys contenta, este navío es mejor, y podéys os passar a él.

La donzella fue d’ello muy contenta y, llegando la fragata, a una de las escalas fue resecebida por don Belianís muy amorosamente. Y ella se /114-vº/ alegró grandíssimamente de verle tan gentil y hermoso cavallero. Y començaron a platicar en muchas y diversas cosas, por quanto la donzella

hera muy avisada. Y, mandando a los que estavan en la fragata que se bolviessen a Marsella, de lo que a ellos no les pesó punto, porque los que pueden poco, en semejantes tiempos de guerra no van más seguros de los amigos que de los enemigos.

–¿De dónde soys, cavallero? –preguntó la donzella a don Belianís–. Porque muy estraña me pareció la lengua en que me hablastes.

–Soy de Grezia –respondió el príncipe don Belianís.

–Agora os estimo en mucho más –respondió la donzella–, porque en Francia queremos mucho los cavalleros de essa tierra, que un cavallero que se llamava el del Dragón en tiempos passados bandeó* muy bien al rey Astrideo en una batalla a tiempo de perder con el rey de Inglaterra⁵⁵⁵. Y yo le vi, y hera muy dispuesto cavallero, a tanto que, si los ojos no me engañan, tengo por muy averiguado que devéys de ser vos.

–Yo lo quisiera ser –respondió don Belianís–, por la parte que su bondad me pudiera caber, a[u]nque⁵⁵⁶ ha sido tan desgraciado en amores que creo le trahen por el mundo perdido, si no es muerto, que deve ser lo más cierto perdido.

–Dezid, señor cavallero –dixo la donzella–, y esse mal, ¿a quién dexó ganado después que en él se apossentó?

–A muy muchos –respondió don Belianís– que, si no fuera por los amores, quedaran puestos eternamente en la sepultura del olvido, porque los amores hazen a los cavalleros corteses, valerosos y esforçados y generosos en qualesquier cosas que tienen de hazer, lo qual sin ellos no serían.

–Si esso así fuesse –dixo la donzella– no se dirían tantos males de las mugeres como vehemos que a cada passo se escriben, que no veo de otra cosa los libros llenos.

–Essa es propria culpa de los hombres –dixo el príncipe don Belianís–, que han tomado ya por cubierta de sus yerros dezir semejantes locuras de las damas; olvidando lo bueno que ay en ellas, se ponen a contar algunas flaquezas en que ellos mismos les hazen dar causa de todo, por hazerles mayor bien a ellos.

–No sé cómo lo crea –respondió la donzella–, que bien persuadida estava en lo contrario, y quisiera que todos estuvieran en vuestra opinión. Aunque nuestra princessa muy fácilmente lo creyera, porque creo ha muchos años que anda fuera de Francia, perdida en esta locura. Y es grande mal, que le han hecho, olvidados los feminiles temores, tomar las armas; y quéntanse d’ella tantas y tan maravillosas cosas, a tanto que no se halla cavallero ninguno que a su esfuerço llegue, según nos quéntan se ha visto en diversos trances de armas.

–Yo lo sé muy bien –dixo don Belianís–, y siendo esso así, no havrá perdido mucho por los amores.

⁵⁵⁵ Alusión al episodio de la *Segunda parte* (Libro II, caps. XX-XXI) en que don Clarineo auxilia al rey de Francia en su lucha contra el rey de Inglaterra.

⁵⁵⁶ *annque*.

En estas y otras cosas yvan platicando, descubriendo a más andar las tierras de España, con las encumbradas montañas de Girona, quando se levantó un poniente fresco, tan cogido y rezio, ayudado de un viento de tierra, que, aunque los marineros amaynaron con la brevedad possible y a la fuerça de los remos se quisieron llegar a tierra, no fueron parte para ello. Antes se les levantó una cruel tormenta, con la qual anduvieron algunos días, alargándose lo más que les fue possible. Mas aprovecholes muy poco, porque, aunque les valió para escaparse de la tormenta, dieron con otro peligro poco menor; porque, descubriéndose un poco el día, se hallaron metidos en la arcillosa playa de Argel, de la qual vieron a esta hora salir tras ellos veynte galeras, de las quales ellos tuvieran muy poco temor si el viento les hiziera tal que pudieran salir fuera; mas hera tan rezio y tan contrario que, si lo procuraran, dieran trabés*. Pues procurar de pelear hera cosa de sueño, de lo qual don Belianís estava con grandíssimo pesar, que en su vida tuviera la mitad, y viendo que los ados /115-rº/ habían de hallar su camino, procuró en aquello fuesse con el menor peligro suyo que le fuesse possible; y, haziendo a la donzella vestir como un marinero o grumete, él se vistió de la misma suerte, poniendo debaxo de aquellos largos braones* su espada, que era d'él tan estimada que no quería morir sin ella.

Y con esto aguardaron las galeras, que gran priessa les davan que amaynasen el trinquete, con el qual a la bolina * cuydaro[n]⁵⁵⁷ remediarse. Ellos lo hizieron, y aún les dieron priessa por el socorro, porque habían llegado tan adelante que habían dado dos golpes en el suelo, y habían miedo que la galera se abriese. Y con esto todos fueron presos, encomendando a todos el príncipe el secreto de quién él fuesse, avisándoles que en aquello estava ser todos libres, porque de otra suerte quedarían para siempre captivos, prometiendo de en br[e]ve⁵⁵⁸ libertarlos.

Todos los moros holgaron mucho con la galera, y más viendo que hera de griegos, con quien ellos estavan tan mal, como vos avemos contado, y maravilláronse de no hallar en tal pieça cavallero ninguno. Mas los marineros dixeron que habían traýdo a Córzega unos cavalleros y que, bolviéndose, les había subcedido aquella tormenta. Ellos lo creyeron, y con esto, dexando en la galera buena guarda, sacaron a bender algunos captivos a tierra, entre los quales fueron don Belianís y Flerisalte y la donzella. Don Belianís le dixo en su lengua que comprasse también a aquellos, sus compañeros, que le servirían muy bien. El alcayde agradó de todos y, paresciéndole muy bien, los compró, y les dio por ellos dozientas doblas, que ellos estimaron en mucho. El alcayde los hizo poner en hierr(r)os y los llevó a su castillo, donde les encargó ciertos cavallos. Del mal tratamiento no le pessava mucho a don Belianís; antes le plazía, porque el alcayde se fiava tan poco. Y entre él y Flerisalte relevavan de aquellos trabajos a la donzella, que no estava poco consolada en verse en compañía de tal cavallero. El qual, por darle más consuelo, quién él hera le dize, porque con más paciencia llevasse su fortuna. Y ella lo hizo así, estimando en muy menos qualquier trabajo que en tal compañía se pasasse.

⁵⁵⁷ *cuydarou.*

⁵⁵⁸ Tipo volcado.

Pues así fue que al castillo se vino un día a tomar passatiempo la bella Troyana, hija del rey de Cartago; y andando con otras donzellas suyas, holgándose a la frescura de una fuente que dentro en la huerta estava, el alcayde se llegó por besarle las manos. Y la infanta le mandó sentar, y él començó a platicar en diversas cosas, las quales estavan mirando dos cavalleros que al alcayde querían mal. Y biendo que sus donzellas se havían metido por entre los árboles, llamando otro pariente suyo, ymaginaron la mayor trayción que se aya oýdo, y el uno dixo:

–Lleguemos rezios, dando voces “¡Que muera el traydor”, y matémosle, y digamos que quería forçar a la infanta.

Que como todos fuessen traydores, no mirando otros inconvenientes, presto fueron determinados. Mas no dieron de ver en don Belianís, que en harto mal hávito estava no m[u]y⁵⁵⁹ lexos de ellos; el qual, aunque no entendió bien lo que dezía, todavía entendió que querían matar a alguno, y muy presto tomó su espada, que continuamente entre los pesebres tenía escondido, y por presto que llegó, ya los cavalleros yvan sobre el alcayde dando voces, diciendo:

–¡Muera el traydor que tal alevosía comete contra su proprio rey y señor!

No pudiera el alcayde por ninguna manera dexar de ser muerto si a esta hora no llegara don Belianís; el qual, dándoles muchas voces que no le matassen, llegó tan rezió que, con el desatiento, fue herido un poco en una pierna. Mas tomándolos delante fue por su mal hurdida aquella trayción, porque al uno d’ellos le hirió por encima de la cabeça, que, partida hasta los ojos, dio con él muerto en el suelo, y al otro /115-vº/ de una estocada pasó todos los pechos. Bien quisiera tomar al otro vivo porque la trayción se descubriera; mas él, por escaparse, saltó dentro en un estanque de agua que en la huerta havía, en el qual sin le poder remediar fue ahogado.

¡Quién os diría el espanto de la princesa y del alcayde viendo cosa semejante! Y entr’ambos cuydaron que a ella también huviessen querido matar los cavalleros, y abraçaron a don Belianís, preguntándole cómo se hallara tan cerca y quién le diera armas. Antes que él les pudiesse responder palabra, muchos cavalleros llegaron, parientes de los muertos y de otros; los quales, no sabiendo la causa porque assí los huviessen muerto, biendo aquel esclavo con la espada llena de sangre, pusieron mano para él. La princesa les dio voces que no le hiziessen mal y el alcayde se puso a su lado; mas ellos, no curando de lo uno ni de lo otro, cargaron sobre él de golpe. Mas como viniessen desarmados y don Belianís de semejante gente no se empachasse mucho, en poco espacio más de diez d’ellos puso a sus pies, y encarnizose tanto que, metiéndose entre la guarda que el rey havía traýdo consigo le apretaron malamente y fue preso, y con él el alcayde. La bella Troyana bien los mandara soltar, si a esta hora al gran alboroto no bajara el rey, que, muy enojado de semejante insulto en su castillo, haviéndole informado que más de veynte cavalleros havían sido muertos, espantándose que aquel esclavo solo aquello uviesse hecho, sin querer oýr palabra alguna mandó que

⁵⁵⁹ *mny.*

d'él se hiziesse justicia.

Y con esto las guardas le pusieron en una torre del castillo, hasta otro día que el rey le mandasse justiciar. Y el rey se salió del castillo, bolviéndose a la ciudad de Cartago, donde, con el enojo que llevaba, no quiso oír palabra a ninguno, y muy menos a su hija, que por don Belianís quisiera hablar.

El qual fue puesto en la torre, donde, en entrando, vio preso un cavallero que por él fue a la hora conocido ser el conde de Gariano, su primo del industrioso Palineo de la Ventura, el qual, puesto que uno de los más avisados cavalleros de su tiempo fuesse, que como havéys leydo había sido presso en Troya quando el emperador don Belanio estava sobre ella, y era tenido en mucha guarda; a aquella sazón no fue tan cuerdo como deviera porque, llevado del súbito sobresalto, dio una gran voz, diciendo:

–¡Soberano Señor!, ¿y qué es esto que veo? ¡O, Fortuna! ¿Qué caso puede ser tan estraño que vea yo assí preso el mejor de los cavalleros?

Y diciendo esto, ant'el príncipe se hincó de rodillas; el qual, con no poco pesar de ver la simpleza del conde, dissimuló conoscerle, diciendo:

–Cierto, cavallero, yo no sé quién vos seáys, que de tal suerte tratáys a quien nunca os ha visto.

El conde tornó en sí con aquellas palabras, diciendo:

–Sin dubda pensé que hérades un cavallero que conmigo estava en Troya quando fuy presso, y en ello no perdiérades mucho, que sabed que hera hijo del rey de Portugal, cavallero de no poca estima.

–Yo lo quisiera –dixo don Belianís.

Y con esto las guardas se salieron, todavía con pensamiento que el conde al cavallero había conocido; y con esto a la princesa se fueron, que los imbiara a llamar; la qual les dixo que dónde dexavan al cavallero preso (esto dezía por el alcayde). Ellos dixerón en la parte que le dexavan.

–Y al esclavo –dixo la princesa–, ¿dexáyslo con él?

–No, señora –dixerón ellos–, sino en la torre, donde está presso aquel cavallero que traxeron de Troya, y aún tenemos por cierto que deve ser algún cavallero muy principal.

Entonces le contaron lo que les había subcedido quando le llevaran, lo qual la princessa fue muy alborotada, y quedó rebolviendo entre sí mil pensamientos.

/116-rº/

Capítulo 14: De cómo fue libre el príncipe don Belianís y la batalla que hizo por Çoroaydes y el alcayde.

De esta variable rueda de Fortuna, tan enemiga de sí misma, ¿qué diremos, señora mía?, que aun lo que ella misma con sus manos negocia y procura, por no dexar cosa en un ser, lo rebuelve y maraña, de tal suerte que se tenga por mejor nunca subir escalón suyo que esperar nuevo pesar con la caída que vemos da cada día a los que más en ella prosperados se veen. No se ha contentado con poner al valeroso príncipe griego captivo, curando los cavallos de un alcaide, mas agora lo tiene en tales términos que se espera su muerte, haziéndose d'ella tan poco caso como si él fuera el hombre que menos valiera en el mundo. La qual, por no perder su costumbre, hordenó lo que ahora oyréis.

La hermosa Troyana, que grande pesar tenía de ver el poco caso que su padre hazía de sus ruegos, ni aun de querer oír la causa que para lo que avía hecho había havido, en la mayor parte de la noche pudo dormir sueño, y tan grandemente le aquejó la congoja que, levantándose de su lecho lo más secretamente que pudo, con un donzel suyo mandó llamar al príncipe de Mauritania, que en la corte de su padre residía, que Zoroaydes se dezía, el qual hera grandemente perdido en sus amores y uno de los cavalleros que en ella se sabía. Al qual, siendo venido, le dio parte de su pena, diziendo que si aquel captivo rescebía algún daño, que ella moriría de pesar; y que, si le librava, que ninguna cosa habría que él le mandasse que ella no hiziesse. Muy alegre fue Zoroaydes de lo que la princessa le mandava y, offresciéndole más de lo que pensava poder acabar, se despidió de ella, que por obligarlo más le abraçó muy de corazón. Hera Zoroaydes de corazón valiente, de ingenio muy agudo, y estuvo pensando grandísimo rato qué manera podría tener para aquello que tanto le yva. Mas ninguna hallava que tanto como nada le valiesse, y a lo último, llamando a un paje pariente suyo que en la mesa y cámara del rey servía, le dixo lo que combenía hiziesse; y, dándole un anillo que él tenía, tal como el que el rey usava para sus recados de importancia, y mandándole que en acabando de hazer aquel lo se fue[sse] luego derecho para su tierra de Çoroaydes, porque así combenía hazerse, él se bolvió a su posada, llevando consigo muchos cavalleros y gente principal y de valor, con los quales estava platicando a la hora que el paje llegó. El qual, delante de todos, dixo a Çoroaydes que el rey, su señor, mandava que, tomando aquel anillo, fuesse luego a la hora al castillo y hiziesse soltar aquel captivo y le embiasse de suerte que no pudiesen saber d'él los parientes de los muertos, y que no se detuviesse, porque cumplía se hiziesse luego.

Çoroaydes lo hizo así y, llegando al castillo, aunque no llevara tales señas, ninguna cosa huviera que él pidiera que a la hora no se le diera. Y sacándole luego, con harto pesar del conde, no sabiendo para qué lo llevaban, lo entregaron a Çoroaydes; el qual le dixo, apartándole de todos, todo el secreto del negocio, encomendándole se ausentasse lo más breve que ser pudiesse, que él le daría todo lo que menester le fuesse. Y don Belianís le dixo que él no estava en tiempo de más de recibir merced, que si algún día de su persona y vida tuviesse necesidad, él se bolvería para que dispusiesse d'ella como de cosa suya; mas que le rogava le diesse otros dos compañeros que con él fueran pressos. Çoroaydes /116-vº/ los hizo llamar allí luego y, llevándolos todos a su posada, les dio dineros, los que ellos quisieron, y cavallos para que mejor se librasen.

–Señor –dixo don Belianís–, si a mí me havéys de hazer merced, mandadme dar unas armas que no ayan sido vistas por nadie; y, pues no es possible darne la espada que me fue tomada, procurad de recobrarla para vos, y dadme otra; y no se os olvide de haver aquella, que a la ventura no tiene el mundo otra tal.

Çoroaydes lo hizo assí como él lo pidió, dándole unas muy buenas armas y un espada suya que no estimava él en poco. Que como le viesse armado, paresciéndole que en su vida tan gentil cavallero visto uviesse, lo abraçó diziendo:

–¡Por el alto Júpiter, cavallero, que, si los ojos no me engañan, yo tengo por muy entendido que soys no menos valeroso en el linaje que en la dispusición de vuestra persona! Mucho me plaze de haverme empleado en lo que os combiene, aunque sé que d’ello no puede dexar de resultarme daño.

–Si de esso os teméys –dixo don Belianís–, veníos conmigo, que yo os offrezco que nunca os arrepintáys de lo que havéys echo.

–Yo lo hiziera –dixo Çoroaydes– si el cruel Amor para ello me diera libertad.

Y con esto, viendo lo que combenía que aquel negocio fuesse presto, él los acompañó hasta salir de la ciudad; y, poniéndolos en el camino de Marruecos, para donde don Belianís quería yr, él se bolvió a su posada, dando primeramente quenta a la infanta de lo que había hecho, de lo qual ella quedó alegre, aunque turbada, no sabiendo qué fin tendrían aquellas cosas; aunque, como quiera que subcediessen, olgava mucho de la libertad del captivo.

El qual no se alexó mucho de la ciudad, antes no anduvo quanto una milla que, dando la buelta a la otra parte de la ciudad, se apossentó en una posada, teniendo por cierto que, assí por no le conoscer como por estar tan mudado, nadie los conoscería, adonde estuvo esperando lo que subcediera del caso.

Pues assí fue que otro día los parientes de los muertos tornaron a pedir la execución de su justicia, que, siendo mandada hazer, quando fueron al castillo hallaron lo que había sido hecho, con lo qual se bolvieron al rey, diziendo que, pues que su alteza lo mandava soltar, a ellos combendría tener paciencia. No ay cólera que a la que el rey a esta hora tomó se pueda igualar; y, preguntando quién aquello huviesse hec[h]o⁵⁶⁰, y siéndole dicho que Çoroaydes, luego vio que aquello huviesse salido de su hija. Y diole peor pensamiento de lo que antes tenía, y mandándole llamar ante sí, le dixo:

–Çoroaydes, ¿qué causa ha avido que un cavallero como vos aya hecho semejante falsedad contra mí? Pues creedme que, para que sea exemplo para adelante, que vuestra cabeça quedará en lugar de la de aquel que hezistes soltar.

–Yo, señor –dixo Çoroaydes–, nunca hize cosa que no deviesse, y no ay cavallero en el

⁵⁶⁰ *hecho*.

mundo que semejante cosa me dixera que yo no lo combatiera lo contrario, que si yo lo hiziesse haría lo que no fuesse obligado. Yo le hize soltar, pero fue por mandado de vuestra alteza.

Entonces mostró muchos de los cavalleros que estuvieron presentes quando el paje le fuera con el recado.

–Ya entiendo yo –dixo el rey– essas maneras de negocios.

Y mandando traer el paje, y no pareciendo, Çoroaydes fue preso. Mas como fuesse un cavallero tan emparentado y gran señor, no se atrevió el rey assí buenamente a hazer justicia d'él; antes secretamente imbió por un gigante que Bradaleón se dezía, el qual un castillo suyo tenía allí junto. No era este como los otros de su nación; era cortés y comedido cavallero, y el más valiente y animoso que conoció la nación gigantea. Qüenta d'este el sabio Fristón, y encaresce tanto su esfuerço, que sería cosa prolixa hablarlas; no avía en el reyno veynte cavalleros que le ossaran esperar en el campo, y no sin causa, que no havía en ellos más de la muerte.

Pues siendo venido, el rey le dixo secretamente lo que devía hazer, y siendo por /117-rº/ él aceptado, otro día estando en el palacio todos los grandes, el baliente Bradaleón entró armado con unas armas negras con sobreseñales de luto, su cabeça desarmada por ser conocido, y, como aquel que en el comedimiento no hera gigante, dixo:

–Poderoso señor, yo vengo ante ti a poner una acussación contra el estimado Çoroaydes de Mauritania. Si tú me das licencia y este negocio no está puesto en el consejo de tu justicia, pondrela para que lo cierto se determine por los de tu justicia, y lo dudoso por mi batalla.

–Hazed –dixo el rey– lo que vos quisierdes, que aquí no ay por qué se dexede resebir lo que un tal cavallero como vos pedir quisiere.

–Pues con tal licencia –dixo Bradaleón– yo digo que, Çoroaydes en haver suelto al captivo y el alcayde en la muerte de mis primos, todos dos cometieron alebosía y trayción, y yo lo combatiré a qualesquier dos cavalleros que ellos de su parte dieren. Por esso mándelos vuestra alteza llamar, y pareciendo assí como parecerá por mi batalla, no es justo se dexede executar en ellos la pena que su alevosía y trayción meresce.

Muchos uvo allí que, viendo el desafío de Bradaleón, tuvieron por cierto que aquellos cavalleros serían muertos si el negocio venía a juycio de batalla, que bien sabían que no se hallarían no solo dos cavalleros que con él combatiessen, pero ni aún veynte. Y con esto algunos dixeron que no hera justo que tal desafío se recibiesse, que aquello se podía muy bien sentenciar sin batalla, que conocidamente yvan muertos los que en ella entrassen. Mas el rey se mostró tan enojado que en fin se rescibió lo que quería, y fue mandado llamar Çoroaydes y el alcayde; y, puestos delante el rey, fueles dicho lo que Bradaleón pedía; por tanto, que diessen cavalleros que por ellos respondiessen dentro de otro día, donde, que no dándolos o siendo vencidos, los davan por traydores y declaravan haver cometido el delicto de que heran acussados.

–La batalla –dixo Çoroaydes– es muy descomunal, y no se suele mandar a los cavalleros

entrar en lid aplaçada con gigantes. Mas no puede ser menos: yo la acepto, y digo que en dezir Bradaleón que yo aya cometido alebosía miente como malo y desleal cavallero. Y, pues yo no tengo cavallero que por mi derecho combata, yo lo puedo defender por mi persona.

–En esso no cumple hablar –dixo el rey–, que vosotros, siendo acussados, no podéys combatir, que esta ley es guardada en toda nuestra nación. Por esso, dad cavalleros que os defiendan; si no, yo declaro q[u]e⁵⁶¹ Bradaleón pide verdad, y vosotros havéys cometido alebe.

–Vos lo hazéys como rey –dixo el alcayde–, mas ello no es justicia; y, pues ay aquí tantos cavalleros que lo entienden, no se devría determinar un caso como este sin su consejo.

–Callad vos –dixo el rey–, que este negocio está bien acordado y combiéneos passar por ello.

En estas contiendas estavan quando por la sala entró el esforçado príncipe griego armado de unas armas cárdenas a quarteles doradas; en el escudo havía unos fuegos solamente. El qual fue conocido por solo Çoroaydes, que las armas le diera. Venía ya avisado de lo que passava por un hijo de su huésped que él contino tenía en el palacio para que supiesse lo que passava de aquellos negocios; y, como aquel que no menos sabía lo que havía de hazer que quantos havía en el mundo, llegó hasta los pies del rey, suplicándole le diesse las manos; y, no se las dando, dixo:

–Soberano señor, yo soy vassallo del príncipe Çoroaydes, que está presente, y también soy obligado al alcayde de Cartago por las buenas obras de su parte recibidas. Y porque agora no ay otra cosa en qué mostrarlo, pueda sino en esta batalla que Bradaleón les pide. Si ellos son contentos, yo la acepto en su nombre, y digo que qualquiera cavallero que dixere ellos haver hecho trayción miente, y se lo combatiré luego, antes que me quite estas armas.

Pusieron todos con estas palabras en él los ojos, mirando su estre- /117-vº/ -mada disposición, y de verle tan bien hecho y animoso grande alegría rescibieron los que a Çoroaydes querían bien, no porque esperança de buen subcesso de su batalla les viniessen, que aquello antes a locura que a esfuerço le sería tenido. Solo Çoroaydes, en viéndole, rescibió una estraña alegría, y abraçándole le dixo, mostrando conocerle:

–Querido primo, en tiempo de más alegría quisiera yo veros; mas, pues no pudo ser otra cosa, soy contento con lo que los dioses quieren. Yo os otorgo mi derecho, que ya sabéys vos si soy cavallero que haría trayción contra nadie.

–De esso estoy yo bien seguro –dixo don Belianís–, que tal cavallero como vos no haría cosa que no deviesse, mayormente en tal caso como este, en lo que toca a vuestro rey. Agora sabed del alcayde de si me otorga que haga por él esta batalla.

–Sí hará –dixo Çoroaydes–, qu’el aventura del uno passará por el otro.

El alcayde dixo que le plazía, y con esto don Belianís se llegó a Bradaleón, diziendo que él aceptava la batalla para defender el derecho de aquellos cavalleros.

⁵⁶¹ qne.

–Señor cavallero –dixo Bradaleón–, de valeroso esfuerço vuestro bien está entendido que mayor hecho que este basta. Mas con todo esto quiero abisaros que será en vuestra mano tomar cavallero que os ayude en esta batalla, si vos quisiéredes.

–Yo lo tengo entendido assí –dixo don Belianís–; más plazerá a Mars que para una batalla baste un cavallero como yo; y, si no bastare, con la justicia, que de mi parte tengo, se assegura lo demás.

–Sea como os pareciere –dixo Bradaleón–, que la batalla de un cavallero como vos justo es temerla mucho, quanto más siendo ayudado de otro; y, pues queréys, sea luego con licencia del rey.

Y entonces fueron sacados al campo, que delante los palacios del rey hera. El príncipe Çoroaydes y el alcayde Brandasides, que assí se llamava, metidos entre la guarda real, y nombrando el rey los juezes que le pareció ser combenientes para tal jornada, fue metido en el campo el valiente Bradaleón, que, como requeridor, havia de ser el primero. A don Belianís fueron acompañando gran parte de los cavalleros cortesanos, a uno de los quales él vio su espada ceñida, y como aquel que en gran trance la desseava mucho, estava movido por pedírsela. Mas no ossó, con el miedo de no ser conocido, mas preguntó cómo se llamava al que más cerca d'él yva, por hazérsela pedir en acabando aquella batalla.

Con esto se llegó al campo, que cercado de muy hermosas columnas estava, en el qual con las cerimonias acostumbadas fue metido; adonde, por mandado de Çoroaydes, le fue dado un cavallo, el mejor que don Belianís huviesse visto, más ligero que el cierço, de que a don Belianís no plugo poco. Y, como aquel que assí en aquello como en lo demás tenía particular gracia, le puso por el campo, haziendo en el ayre mil rajas una gruessa lança que llevaba en la mano. Fuele dada luego otra, y los juezes, maravillados de ver su esfuerço, lo pusieron a una parte. Y luego fue requerido Bradaleón que bolviesse los cavalleros en su honra, pues él sabía quán buenos y leales heran; donde no, que supiesse que le combenía combatir con aquel cavallero. Aquí le creció a Bradaleón la cólera; tornose de la color de un ardiente rubí y hízole dezir una villanía que él no solía, diziendo:

–¡Ya pluguiera a Júpiter que este cavallero fuera uno de nuestros dioses, porque se viera a quién mi fortaleza estava yigualada! Agora os salid fuera, que más se ha de tardar en vuestras cerimonias que en nuestra batalla.

Los juezes lo hizieron assí, y pavor les tomó de verle tan enojado. Y mandando tocar las trompetas, los cavalleros partieron el uno para el otro. No vio jamás don Belianís ante sí mejor cavallero, y aun, si la historia no nos engaña, el animoso ser suyo ninguna bentaja le hazía el persiano príncipe, y él la hazía a todos en sus abentajadas fuerças y ligereza. Apretaron bien las lanças en las manos; no perdió ninguno su encuentro, fueron hechas mil rajas ha- /118-rº/ -sta lo que en ellas llevavan, de las quales ninguna tornó al campo. Juntáronse de los cuerpos de los cavallos, escudos y yelmos. A cada uno se le figuró aver encontrado una dura peña. A don Belianís se le figuró del terrible enqüentro haverse hecho los huessos pedaços; la sangre le rebentó dentro del

yelmo por los oídos, quedó tan atorado que no sabía si hera de día, perdió la rienda y estrivos, finalmente no supo si se tenía a la silla ni si no. A Bradaleón le aconteció peor, porque la lança pasó el escudo y arnés y le hizo una peligrosa herida. Fue encontrado con tanta pujança que fue fuera de la silla, y en el campo dio una caída tal que cuydaron havers[e]⁵⁶² echo pedaços, donde quedó fuera de su acuerdo. Tornó don Belianís en su sentido primero y, como viesse a Bradaleón, que se rebolvía para levantarse, quiso yr sobre él de pie. Cuydando que no huviesse perdido los estrivos, cargó sobre el pie yzquierdo para apearse; y huviérale dado la muerte porque, no hallando sobre qué arrimar, dio a la otra parte una caída, y por tenerse fue dando traspiés hasta donde estava Bradaleón, que a este punto todo estordecido * se levantava; y como de tal suerte viesse venir a su enemigo, puso mano a una hermosa damasquina que ceñida traía. Hiriole con ella al través del escudo; llevole la mitad d'él y parte del cerco del yelmo. Fue benturoso, que, si él no estuviera assí desalentado, no dexara de correr peligro. Quísole assegundar otro, mas no le halló, porque don Belianís, que sabía quán temerosos eran golpes de gigantes, dio un salto adelante para poner mano, que se puso más de veynte pies de la otra parte, y, sacando su espada, no tardó en ser con Bradaleón. Y no rehussando el uno al otro, se juntan con todas sus fuerças, cortando sus armas por muchos lugares, corriendo d'ellos alguna sangre, aunque de Bradaleón no era ansí en poca cantidad, que tenía una grande herida en los pechos, mas no dando de ver en ello, su batalla es espantosa. En la qual duraron por espacio de más tres horas, que en ellos no se conocía punto de mejoría, y de un acuerdo se apartaron por alentarse. Maravillados cada uno del maravilloso esfuerço del otro, se començaron a passear por no refriarse.

¡Quién os diría la admiración de los presentes viendo tales cavalleros! No lo podían creer, aunque por sus ojos lo vían, que un cavallero pusiesse en tal estrecho a Bradaleón. Si d'esto al rey pesava no es de preguntar, mas no le plazía menos a la bella Troyana en ver escapado a Çoroaydes, que por su causa en tal peligro estava.

Bradaleón, que se vio tan herido y maltratado por un solo cavallero, no sabía qué dezir. Entre sí bramava como un león, mas don Belianís estava hecho una serpiente contra sí mismo, diziendo: “No sé, cavallero griego, de qué te precias tanto, pues un solo pagano te tiene en tal estrecho. Agora avían de estar aquí aquellos que contra razón suelen encarecer tus cosas”. Y con esta saña se viene para su enemigo, diziendo:

—¡Mal paresce, cavallero, que una batalla particular dure tanto! Démosle fin, que se nos passa el día.

De este acometimiento quedó más maravillado Bradaleón, que para él se venía. Los golpes que se dieron fueron tales que las rodillas hincaron en el suelo. Hera más diestro el príncipe griego, y medio de rodillas metió un pie y alcançó a su enemigo una punta baxo de la ingre derecha, passó el

⁵⁶² *haversa*.

escarzelón* y metiolo un tercio de espada por el muslo, la qual sacó colando sangre. Pensó Bradaleón que le huviesse muerto, y cerró con él a los braços tan presto que don Belianís no pudo meter la espada en medio. Mas, como aquel que no pensava haver en el mundo quien en fuerças le sobrasse, no le dudando punto, antes soltando la espada procuró en la lucha aprovecharse d'él, metiendo al braço derecho por baxo del yzquierdo de su enemigo. El qual, cuydando con aquel braço tenerle firme, puso mano a su daga. Matárale con ella sin don Belianís no le hechara la mano yz- /118-vº/ -quierda a la muñeca, con la qual a vista de todo el campo se la tuvo tan firme como si con una gruesa maroma se la uvieran atado; y, sacudiendo su braço derecho, puso mano a la suya. Bradaleón quiso hacer otro tanto, mas hiriole con ella en la mano, y viendo quán mal de allí de podía aprovechar, cada uno desbió de sí al otro, tornando a tomar sus espadas. Mas a esta ora Bradaleón comenzó a enflaquezer, y fue su flaqueza más súbita que lo fuera de otro cavallero, porque, como hera pesado y tenía en la pierna y en los pechos dos heridas, causávanle desmayo y no dava golpe que nada valiesse. Sintióselo bien don Belianís y, si él viera manera como llegar al fin desseado, que hera librar a sus amigos, sin su vencimiento, holgara d'ello. Mas él tenía entendido que Bradaleón hera tal cavallero que no se rindiera, y con esto no le quería herir como pudiera, paresciéndole(s) que las heridas que tenía bastarían para hazerle desmayar en breve. Y como estuviessen muy juntos a las ventanas donde el rey estava, apartándose afuera le dixo:

–Bradaleón, los dioses no quieren que sea tuya la victoria d'esta ba[t]alla⁵⁶³, y esto no porque tu esfuerço no baste para otra mayor, mas porque en ella no tienes justicia. Por esso confiessa que los cavalleros son leales, pues tú bien sabes que son tales que por ninguna manera harían trayción, que yo te alço la batalla sin vencimiento alguno de tu parte, mas de quedar por tu verdadero amigo.

–Herido estó –dixo Bradaleón–, y de malas heridas. Mas esta batalla sin faltar a mi honra no puedo dexarla. Por esso fenezcámosla, que los dioses hazen su officio en darte la victoria, pues la merescas.

El rey, que vio las palabras de los cavalleros, paresciéndole que, si la batalla passava adelante, Bradaleón sería muerto o vencido, arrojó su cetro entre ellos, diziendo:

–Afuera, cavalleros, que yo soy contento con lo hecho, y tengo a los cavalleros por leales, y a vosotros, por los mejores que yo aya visto. Y vos, Bradaleón, por amor mío que la dexéys, que vuestra honra yo la tomo sobre mí.

–A mí me plaze –dixo Bradaleón–, pues estava co[n]oscido⁵⁶⁴ que de otra suerte este cavallero huviera lo uno y lo otro.

–En todo queréys ser vencedor, señor Bradaleón –dixo don Belianís–. Tomad mi espada en señal que es gran victoria ser vencido de tal cavallero.

Entonces se abraçaron el uno al otro, y Çoroaydes y Brandasides fueron sacados libres del

⁵⁶³ *baralla.*

⁵⁶⁴ *couoscido.*

campo, siendo publicados por leales, y fueron a besar las manos al rey, que, aunque en lo público les rescibió muy bien, no les tenía buena voluntad. Y assí a Brandasides no le bolvió la tenencia, diziendo que él le daría otra cosa mejor, porque aquella en recompensa de los muertos la diera a un hermano de uno d'ellos. Mucho pesó de esto a Brandasides, y más que el rey la oviesse dado a sus enemigos, que a duro el rey tenía otra mejor cosa que proveer en su reyno. Mas combínole callar, y fuesse a possar con Çoroaydes.

El príncipe don Belianís, que la batalla vio fenescida, y que no avía otra cosa para qué det[e]nerse⁵⁶⁵, se despidió del rey, no queriendo, por mucho que se lo importunó, quedar aquella noche en Cartago, biendo que anohecía y que a Bradaleón le llevaran a curar. Siendo venidos al campo Flerisalte y la donzella, que por ser tan tarde se atrevieron, él tomó su cavallo y, abraçando a Çoroaydes y a Brandasides, se despidió d'ellos, aunque en secreto les prometió que aquella noche los bolvería a ver. Y con la mayor priessa que pudo salió de Cartago, donde por largos tiempos quedó la memoria de aquella batalla, y llegando a una pequeña aldea se hizo atar las heridas. Y mandando que allí le esperassen, él dio la buelta para Cartago, y fuesse derecho a apear a casa de Çoroaydes, que él mismo, no se fiando de otro, lo esperava a la puerta; que viéndole venir es sin falta que no estimó en tanto el vencimiento de la batalla. Abraçole con tanto regozijo que don Belianís no sabía qué dezirse; y, haziendo dar recado a su cavallo, le llevó a su aposento, donde solo Bran- /119-rº/ -dasides y ciertos particulares amigos suyos estavan. Levantose Brandasides a él, que aún no sabía quién fuesse, supplicándole le diesse las manos.

–Vos me las avéys de dar a mí –dixo don Belianís–, que yo soy vuestro esclavo.

Entonces se hizo quitar el yelmo; que, quando por Brandasides fue conocido, no ay cosa a que su espanto se ygual. No supo qué dezir más de abraçarle, diziendo:

–¡O, Fortuna cruel, cómo me eres siempre enemiga, pues consentiste que tuviesse en mi poder tal cavallero y tan mal tratado! Agora digo que, aunque no hubiera perdido mi castillo, fuera para siempre triste. ¡O, mi señor, qué poco fiastes de mí, que si supiera ser vos cavallero, pusiera la vida por vos! Agora os juro, por aquel dios en quien creéys, que me digáys quién soys, que de cavalleros que de vos la vida y honra han recebido bien os podréys fiar, aunque fuéssedes el príncipe de Grezia.

–Yo soy esse que vos dezís –le dixo muy passo al oýdo don Belianís–, y tenedme secreto, que solo Çoroaydes quiero que lo sepa.

–Yo lo haré assí –dixo Brandasides.

Y turbosse tanto de oýr dezir quién hera que casi no supo dar de sí quienta.

Y con esto don Belianís fue acostado en un rico lecho y curado por un escudero de Çoroaydes, al qual dixo cómo se llamava el que tenía la espada. Zoroaydes se la imb[i]ó a pedir, y el

⁵⁶⁵ *detanerse*.

cavallero se la imbió. Çoroaydes la miró antes que a don Belianís la diesse. Parecióle la mejor que él huviesse visto jamás. Alderredor del pomo tenía unas letras en arávigo que dezían: “Don Belianís de Grezia”. Maravillose d’ello estrañamente el pagano; llamando a Brandasides le preguntó quién le había dicho el cavallero que era.

–Combiene –dixo Brandasides– el secreto, que a solo vos me mandó lo dixesse. Sabed que este es la flor de los cavalleros del mundo, aquel tan afamado prínci[p]e⁵⁶⁶ griego.

–Plázeme –dixo Çoroaydes– que assí se aya confiado de nosotros, aunque sabed que ya no se podía encubrir.

Entonces le mostró las letras del espada, la qual le llevó Çoroaydes; y dándosela, le supplicó le diesse las manos, que él en todo tiempo le sería como uno de sus vassallos.

–Yo lo soy vuestro –dixo don Belianís–, pero sabed que aún me falta otra prenda, sin la qual no me podría partir de esta tierra, y es el cavallero que en el castillo está preso que se traxo de Troya.

–A mí me han quitado la tenecia –dixo el alcayde–, y en ello no podré más de avissaros por la parte que puede ser libre. Y para que no se pueda ymaginar cosa contra mí, de mañana se va el rey a caça: yo me partiré con él.

Entonces le dio una llave, diziéndole por la parte que le combenía yr. Don Belianís, que el castillo sabía bien, la tomó, y estuvo con ellos aquel día y otro qu’el rey no se fue. Y al despedir le prometió Brandasides que le yría a ver a Constantinopla. Y assí se quedó con Çoroaydes otros ocho días, en los quales fue a besar las manos a la bella Troyana por la merced que en su libertad le había hecho. Y la noche antes que se partiesse, él y Çoroaydes sacaron de la prisión al conde Gariano sin golpe de lança ni de espada, dexándolo todo cerrado como antes estava. Y luego con otras armas noveles se salieron de Cartago, alexándose tan buen trecho que perdieron el miedo de ser hallados, llevando de camino a Flerisalte y Serinda, que también en ábito de escudero andava, y por partes secretas caminaron algunos días. El presso fue hechado menos luego otro día, y se hizieron grandíssimas diligencias en buscarle. Y las nuevas se imbiaron al rey, que se enojó tanto que luego le quitó el alcaydía y le desterró de su corte, tornándola al buen alcayde Bran[da]sides.

Donde los dexaremos, que grandes jornadas nos quedan de andar con el príncipe griego.

/119-vº/

Capítulo 15: De lo que a don Belianís avino con Dolisena y Meridiana, hija de el rey de Garamantes.

Don Belianís y los que con él yvan, con estar también en la lengua aráviga, aunque toda la

⁵⁶⁶ *príncipe.*

mayor parte de la morisma* atrabessaron, en ninguna parte fueron conocidos ser christianos; y con esto, después que de los reynos cartagineses salieron, muy a su plazer caminavan. Quería don Belianís andar toda la Áffrica por ver qué maneras y estilos de vivir tenían, de lo qual él era muy desseosso de saber. De esta manera anduvieron, subcediéndoles bravas y peligrosas aventuras, hasta llegar a Egipto, passando a las paludes* del río Nilo, donde no fueron por parte que no viessen las gentes alborotadas y puestas en armas. Todos dezían que hera para passar sobre Grezia en ayuda de la princesa de Alemania; no le hazía al príncipe tanto espanto la gente quanto haverse concordado tan diversas gentes en un solo parecer de yr contra quien ningún mal les avía echo.

Pues assí fue que, yendo una mañana él y el conde platicando en diversas cosas que les havían subcedido, contando la balentía y criança del tan estimado Bradaleón, a las riberas del Nilo, no muy lexos de la parte donde él haze su entrada en Asia, para sí vio venir una hermosa compañía de cavalleros y donzellas y gente de su acompañamiento, que serían por todos hasta ciento, aunque cavalleros que truxessen armas no havía más de quatro, los quales venían maravillosamente adereçados, todos de una devisa de armas rosadas y por ellas unos leones blancos. En los escudos traía cada uno sus armas de que más se estimava. Parecían en su ayre y postura cavalleros de valor. Passaron por ellos su camino largo, casi sin dar de ver ni aun en mirarlos. Traía don Belianís muchos días havía unas armas cárdenas, y en el escudo los fuegos que traxera en Cartago en la batalla de Bradaleón, la qual él siempre estimó por una de las particulares cosas que él huviesse acabado, y por aquellas tierras la fama del Cavallero de los Fuegos hera muy estimada, tanto que no se hablava de otra cosa. Tomole desseo a don Belianís de saber qué gente era aquella, porque le pareció que yvan unas dos damas no poco hermosas, y a un paje que detrás venía lo preguntó.

–Señor –respondió el escudero–, aquí ban dos hijas del rey de Garamantes, emperador de Áffrica, las más hermosas damas que en el mundo se saben, principalmente la mayor d’ellas, que Dolisena se llama. Va en romería al templo de Amón porque lo prometió su padre en días passados, estando en guerra sobre Troya. Ban con ellas quatro reyes que la fama de valientes sobre todos los nascidos tienen.

–¿Ellos halláronse también en la guerra de Troya? –dixo don Belianís–, ¿o por qué también en esta romería ban?

–Por acompañar estas princesas –dixo el escudero–, que no por haverse hallado en la guerra, que, si ellos allí se hallaran, no subcedieran las cosas así prósperas a los griegos, que qualquiera d’estos reyes pueden dar batalla a sus príncipes, y aún digo que tienen prometidas a estas damas las cabeças del emperador de Grezia y de sus tres hijos, que son los que agora más fama después d’ellos tienen en esta guerra, que ago[ra] quieren yr sobre Grezia.

Saliéronle a don Belianís colores al rostro de oír semejantes palabras y, dexando passar el escudero, al conde dize:

–¿Qué os parece de estos enemigos de la fe? Dígoos que no he recebido mayor pesar mucho

tiempo ha.

–Si ellos no tuviessen essa locura –dixo el conde–, no saldrían así endonadamente de sus tierras para tomar sepultura en las vuestras.

–No me vala Dios –dixo don Belianís– si d’estos no me vengasse, si quiero más be- /120-rº/ -stir arnés.

Entonces llamó a Serinda, que siempre truxo en ávito de escudero, y, mandándole lo que havía de hazer, ellos se fueron passo a passo siguiéndolos. Serinda alcanzó a las damas, que con los quatro cavalleros yvan platicando, y muy desembuertamente les dixo:

–Señoras: mi señor, el Cavallero de los Fuegos, que allí viene, dize que ha sabido cómo vais en romería al templo de Amón y, si le days licencia, tiene determinado acompañaros en esta jornada, si d’ello no recebís pesadumbre. Y que, pues yendo debaxo de su amparo yréys seguras, que mandéys a estos cavalleros y a las demás gentes que desde aquí se buelvan.

Oýdo havían las princesas la fama del Cavallero de los Fuegos, y por ver cosas nuevas bien holgaran de llevarle consigo, y aun de dexar a aquellos reyes, porque eran un poco más largos en el hablar de lo que les combiniera; y, como las damas sean más afficionadas a platicar amores que no guerras, yvan con ellos medio amohinadas, que les contavan cosas y hechos suyos que bastavan para el famoso Héctor. Mas, por no caer en descomedimiento, de ellos mismos remitieron la respuesta; [e]⁵⁶⁷ rey Arianto, que el principal de ellos hera, le dixo:

–Dezid, escudero, al Cavallero de los Fuegos que estas señoras por agora no acuerdan de mudar aguardadores; mas que, si él es tan valiente que bastara a derribar los cavalleros que van en su compañía, le dan licencia para que las acompañe en esta jornada.

–De esso será mi señor más contento –dixo Serinda–. Agora os poned a punto, que no tardaré en venir más de quanto llevo este recado.

Y con esto bolvió para don Belianís, que de la respuesta fue muy alegre; y, tomando su lança, calando la visera, por un camino ussado que allí havía, no mal aparejado para semejante negocio se vino su passo ante passo, poniendo el cavallo a una parte y a otra, hincando las espuelas y apretando las piernas y riendas para avibarle. Mas no tardó mucho, que, aviéndose detenido toda la compañía por ver las justas, tomando los dos lados del camino, para él se vino uno de los contrarios, más sobervio que valiente, con una hermosa lança con su bandera en la mano. Partieron el uno para el otro; con la ligereza de sus cavallos, en breve se juntaron. Terrible encuentro rescibió don Belianís; semejósele que las ternillas* le huviesse hecho pedaços. Mas su contrario de cabeça dio en el suelo una mala cayóda; torciósele el pescueço, y aún dudaron que lo huviesse muerto, de lo qual pesando mucho en extremo al rey Arianto, se dexó venir para don Belianís. Fue este más desdichado, que, cogiéndole el príncipe griego a derecho, el un terzio de la lança assomó de la otra parte colando

⁵⁶⁷ *al.*

sangre; dio con él muerto en el suelo. Fue don Belianís algo herido bajo de la tetilla yzquierda; el golpe no fue peligroso, mas fue rezio, que le hizo perder ambos estrivos. Aquí perdió don Belianís su lança y, tomando la del conde, se vino para el rey, que para él se venía. Fue malamente don Belianís encontrado, mas ¿qué aprovechó?, que su contrario fue fuera de la silla, rompiendo don Belianís su lança en menudas pieças. Y, no teniendo otra lança, guisosse de esperar el postrero, que para él se venía. El qual, como al partir no se uviesse advertido de que su contrario no traía lança, quando emparejó con él dexó caer la suya, y del arçón descolgó una clava de azero con tres pelotas de hierro tan gruesas que por maravilla dieran golpe que no fuera mortal.

Era este rey animoso, y en el valor de su persona grandemente excedía a sus compañeros. Bien cuydó él acabar lo que ellos había[n] faltado y, juntándose con don Belianís, le hirió sobre el escudo, donde alcanço una de las pelotas, y otra sobre el hombro. No hera golpe de flaco cavallero; fue el escudo hecho pedaços, y el braço tan atormentado que cuydó haverle perdido. La gran pieça donde dio la otra pelota fue h[e]cha⁵⁶⁸ pedaços, y los huessos tan fatigados que del dolor en muchas batallas se sintió don Belianís, cuya yra a /120-vº/ esta hora fue tan encendida que, pareciéndole que más en su lança que en la valentía de su contrario aquello fuesse, le hirió de un rebés por medio los pechos, que con doblado peto traía guardados. Cortó el uno y el otro, y si este rey, sintiendo el furioso calar de la espada, no se dexara llevar, fuera cortado por medio. Uvo con todo esso una herida a la larga en los pechos que, aunque no fue penetrante, cortó hasta los huessos, de la qual començó a salir mucha sangre; y, como estuviesse temeroso de la endiablada furia del bastón, juntó tan recio con él que, hechando sus fuertes braços, lo arrancó de la silla, saltando él también en tierra con él. Le tuvo firmemente; el rey se quiso aprovechar de su daga, mas tenía el príncipe tan recio como suele hazer el diestro lebrél al mastín de cuyo cuello está asido y, levantándole del suelo, dio con él una mala caýda; y, poniéndole la espada a la vista, le pidió se rindiesse.

–No es esta batalla de vencimiento –dixo el rey–, que, pues vos havéys podido más que nosotros, no resta otra cosa sino que, si quisierdes, acompañéys las damas, que nosotros nos quedaremos. Y cierto ellas ganan mucho en dexarnos y llevar consigo tal cavallero.

–Yo os beso las manos –dixo don Belianís, ayudándole a levantar–. Las damas no dexaré de acompañarlas, si ellas son servidas, pues por esto ha sido nuestra batalla.

Entonces tomaron sus cavallos, y don Belianís fue hasta donde Dolisena y Meridiana estaban, de cuya hermosura fue grandíssimamente maravillado; y no sin causa, que a lo menos Dolisena no tenía igualdad en el mundo, fuera de la princesa Florisbella, la qual en la gravedad y manera del rostro dizen le excedía. Mas hera Dolisena en el rostro más amorosa, con unos ojos más rasgados que a cada parte parecían mirar, con una frescura de rostro admirable; sus mexillas parecían derramar biva sangre, tenía la boca no muy pequeña, con los labios colorados y no muy

⁵⁶⁸ *hacha*.

delgados, y sus dientes dos hilos de relumbrantes perlas parecían. Hermoso talle de rostro, sus cabellos como de fino oro sobrepuesto en un hermoso tocado a la exipciiana, así por ser su tierra tan junto como por ser más combeniente para el sol que a la sazón hazía. Venía bestida toda de rojo, con tantas piedras y perlas de valor por la ropa que grandemente a su hermosura adornavan, una capa a la forma que oy día acostumbran las damas en Lombardía. Cierta no huviera coraçón libre que de su hermosura no fuera prendado; mas no traía don Belianís el coraçón consigo, y a la causa, aunque el niño Cupido quisiera tirar con alguna de sus flechas, no halló dónde, de que él fue muy enojado.

Meridiana venía vestida de blanco, que, aunque lo hera mucho, lo natural de su rostro en estremo le sobrepujava. Ante estas damas llegó don Belianís y, haziéndoles su acatamiento, les dixo:

–Hermosas señoras, si el atrevimiento de que yo he usado en querer rescibir tan alta merced no se templasse con que todas las leyes se suffren passar por rescebir la gloria de vuestra vista, desde agora me tendría por condenado para la pena que darne quisierdes. Pero, pues los dioses han sido servidos que yo llegasse a ver lo que a ellos solos estava reservado, suplícoos tengáys por bien, pues ya la voluntad de vuestros aguardadores tengo alcançada, no se me niegue la de vuestra parte, pues que, sin ella, ni yo podría quererlo, ni lo alcançado serviría de cosa alguna.

–Señor cavallero –dixo Dolisena–, las donzellas que salen de sus tierras offrecidas van a semejantes peligros, aunque este no lo ha sido, sino merced, para nosotras; por tanto, nosotras os damos la licencia que pedís, y dexadnos despedir de estos cavalleros por el cumplimiento a que somos obligadas, que a la hora somos para lo que nos mandardes.

Entonces, fingiendo alguna tristeza, la qual ellas no tenían, antes plazer, se llegaron a los tres reyes, cuyos coraçones, biéndose apartar de lo que ellos tanto querían, bien se puede imaginar quáles quedarían; mas qué digo /121-rº/ yo, que los coraçones no sabían de ellos, que los havían dado a Dolisena y ella no los quiso, antes dexándolos en el eterno holbido los dexó detrás algún espino o mata, donde menos los hallassen para sanar ni a ella diessen cuidado alguno, que así lo haze este cruel Amor con los q[u]e⁵⁶⁹ él quiere maltratar. Fueron, con todo esto, con su vista muy alegres. Dolisena les dixo que los dioses sabían el pesar que ellas tenían, no tanto por el contrario subcesso como por se ver apartar de quien ellas tanto querían. Mas que, pues otra cosa no hera possible, por cumplir sus palabras de ellos hirían con aquel cavallero hasta el templo de Amón; que les rogavan que, tomando consigo el cuerpo del rey Arianto, se bolviessen y los esperassen en casa de su padre, que ellas abreviarían su jornada lo más presto que les fuesse posible. Los reyes les dieron su respuesta, agradeciéndoles el trabajo que por cumplir sus palabras tomavan, suplicándoles quanto a la brevedad del camino lo hiziessen así, pues vían que en aquello estava su vida o muerte.

Y con esto se despidieron d'ellos, que la buelta del reyno de Garamantes se bolvieron, dexando a Dolisena y Meridiana solas con dos donzellas que de las servir tuviessen cuidado.

⁵⁶⁹ *que.*

Dolisena, viéndose sola con su hermana, se bolvieron a don Belianís, diziéndole:

–Ya creo, señor cavallero, devéys de estar arrepentido del cuydado que avéys tomado en nuestro acompañamiento, y más que os havemos querido cargar de todos nuestros cuydados, porque solas nos queremos yr con vos.

Parescían que adivinaban en lo que don Belianís estava, que ciertamente le pesava de cargo que sobre sí havia puesto, que no para acompañar damas sino para buscar a su hijo y hermano saliera de Constantinopla. Mas, dissimulándolo, les dize:

–¿Quién será, mis señoras, el que, haviendo alcançado tanto bien, esté libre a lo menos del temor que de perderlo se le puede recrescer, mayormente este, que para mí es tan grande que me parece que en sueños lo poseo?

–Los bienes –dixo Dolisena– para gozarlos no tienen necesidad de esas çoçobras, que con essas más de males tendrían nombre. Y, si esto os parece bien, no lo perdáys vos por vuestra parte, que por la nuestra nosotras os defenderemos en la possessión de la merced hecha. Y porque veáys que queremos caminar a vuestra guisa, dad acá esse escudo y esse yelmo, y llevarémosle yo y mi hermana.

Don Belianís, por les complazer y por descansar algún tanto del trabajo de la batalla, dio el escudo a Meridiana; y, dessenslaçando el yelmo para darlo a Dolysena, al tiempo que ella le yva a tomar rescibió la más cruel herida que nunca se diera, no ansí burlando, que murió con ella, creciendo cada día más; en viendo su acabado rostro, perdió la vista de los ojos. A quien le huviere acaescido en un día añublado estar mirando al sol, que va no del todo cubierto, y embelessado en ello, quitándose repentinamente la niebla queda sin la vista de los ojos con la excelente claridad de el sol, berá lo que aquí le aconteció a Dolysena; aunque fue muy más recio el mal, que, passando los rayos de la hermosura a lo ynterior de su coraçón, quedaron allí tan naturales que, no se pudiendo perder punto, quanto más de sí los quisiera apartar hera para quedar más pressa, como la cierva herida del bedegambre*, que piensa, llevando la saeta hincada y la yerva colando entre su sangre, escapar co[n]⁵⁷⁰ hechar a huyr, lo cual es causa de su más pronta muerte. ¡O, Dolysena!, verdaderamente te tengo grandíssima lástima.

¡O, maldito Amor, furia cruel de los mortales, que has querido lastimar una de las más preciadas infantas del mundo en parte donde nunca espere remedio, pues no es posible le tenga donde no bastó el crecido valor de la estimada Imperia!⁵⁷¹ No sé qué me di- /121-vº/ -[ga si]⁵⁷² del todo fuera salido de ser tu tributario; dixera de ti mil males, destruydor de la florida edad, en la qual, haviendo de ser los hombres valerosos, constantes y determinados para lo que más les combiene, los tornas afeminados, hechos lebre[le]s carleando* tras el apetito de su caça, olvidados de sí mismos y

⁵⁷⁰ cou.

⁵⁷¹ En la *Primera y Segunda Parte* se describe cómo la princesa Imperia se enamoró perdidamente de don Belianís, pero no fue correspondida.

⁵⁷² Aparece en el reclamo, pero no en el folio siguiente.

de sus propias cosas, siguiendo las voluntades y apetitos ajenos en cosas que a ellos mismos toman vergüenza de averlas hecho.

Quedó la sin ventura Dolisena fuera de su acuerdo; no sintió si tomava el yelmo, cayósele de la mano y no tuvo lengua para tornarle a pedir, ni aun ojos para mirarle. Enclavolos en la parte de donde venía el daño, como el espantado que, aunque bey de dónde le procedió el daño, no puede desclavarlos de la parte do los puso. Dio un grandísimo suspiro, tal que, aunque le detuvo la mayor parte entre sus pechos, con el apretamiento fue de más dolor para los que lo oyeron. Travola don Belianís por las manos, que maestro era de aquel mal y no dudó que su hermosura le huviesse echo daño, como aquel que a la causa muchas vezes no se osovava quitar el yelmo donde huviesse damas que su hermosura antes no huviesseen visto (pone en este punto Fristán la figura y disposición del príncipe griego, que, según lo que él escribe, Narciso y Absalón heran feos), diciendo:

–¿Qué havéys havido, mi señora, que así tan repentinamente ha llevado vuestras colores?

–No lo sé –dixo Dolisena–, sino que he visto la más hermosa muerte que jamás vio ninguno.

Y con esto le vinieron algunas lágrimas a los ojos y colores más vivas al rostro, mirando a don Belianís con una gracia que al que la hirió tomó grandísima embidia. No ay lealtad de cavallero que aquí aya llegado, pues no se vio jamás tal experiencia en nadie, que tal hermosura no la había visto Apolo. Mucho le pesó a don Belianís, conociendo por sus muestras y palabras más claro de dónde procedía su mal; mas, dissimulando el entenderlo, le respondió:

–No ayáys miedo, mi señora, a cosa ninguna, que quien trae el poder de matar sin razón tendría en recelarse de la muerte.

Llegó a esto Meridiana, y muy riendo en sabrosa combersación fueron por su camino, que más de dos meses les duró, con el mayor plazer de Dolisena que yo sabré escribir, passando muy hermosos trances y aventuras. En todo este tiempo con muestras y palabras procurava Dolisena declarar lo que don Belianís bien se sabía, y esto le dava a ella muy mayor pena que todo lo demás, pareciendo que, según aquel cavallero se mostrava libre, no sintía el mal que ella padecía, y que le habían hecho sus dioses el mayor mal de los posibles, que hera haver ella de andar requiriendo de amores, haviendo desdeñado quantos había en el mundo y siendo tan alta donzella. Y algunas vezes con estos pensamientos huía la combersación particular suya, apartando lo más que podía los ojos de mirarle, a lo menos aficionadamente; mas, tornando sobre sí, todas aquellas cosas heran la verdadera leña de su fuego, que el amor haze allí más impresión a donde alla mayor resistencia; y assí tanto no se pudo sufrir que, una noche que [a] riberas de un río se les antojó dormir, dexando en pláticas al conde y Flerisalte y Serinda con su hermana Meridiana, no diesse la mano a don Belianís para passear por la orilla, por la qual fueron una pieza hasta tanto que, llegando a un fresco y hermoso álamo, que de su nacimiento en tres se repartía todos iguales, Dolisena dixo:

–Sentémonos aquí un poco junto a estos, que el amor y compañía ha causado en ellos tanta ygualdad.

–Plázeme, mi señora –dixo don Belianís–, que aún el amor no me ha dexado a mí tan libre que desde muy niño no aya holgado con los que de esse mal han sido maltratados.

–¿Y havéys sido muy fatigado d’esse mal? –dixo Dolisena.

–Helo sido tanto –dixo don Belianís– que /122-rº/ creo los altos dioses me criaron para exemplo de los penados.

–De essa manera no devía teneros mucha voluntad –dixo Dolisena– quien así os consentía padescer.

–No lo pensava yo así –dixo don Belianís–, antes por el contrario creo le causava yo otra tanta pena.

–No sé cómo entendéys esso –dixo Dolisena–, que los coraçones sin el querer son conformes, antes creo causaran alegría, que no dolor, el uno al otro. Y assí, pues ay havéys padescido tanta pena, devríadeslo dexar para rescebir gloria, que en otra parte no os faltaría.

–Si pensasse –dixo don Belianís– de vivir una sola hora sin este tormento, yo mismo me quitaría la vida, que para solo passarla en esto la quiero; aunque no sería necessario quitármela yo, porque esta passión está tan hecha una cosa con mi alma que con faltar la una faltaría la otra.

–De essa suerte –dixo Dolisena–, si vuestra señora se casasse, donde con razón faltarían los remedios, ¿no procuraríades por otro camino vuestro descansano?

–No –dixo don Belianís–, ni sería possible, como no lo es que nadie quiera ser matador de sí mismo, porque esse descanso sería para mí la más cruel muerte que dárseme podría.

–Mucho me plaze –dixo Dolisena– de platicar estas cosas con vos, que verdaderamente parecéys maestro d’ell[a]s⁵⁷³. Más quisiera ser la dama por quien esso passárades que señora del universo, para ver si conformavan vuestras obras con estas palabras, que estas lealtades de amor siempre oy dezir que son blasón de los cavalleros en los cuales se hallan muchas vezes al contrario.

–Todo es possible, mi señora –dixo don Belianís–, y en esos tales faltara el conoscimiento de lo que son obligados a la fee que a sus damas prometieron.

Viniéronle a esta hora a Dolisena las lágrimas a los ojos en tanta abundancia que como una fuente començaron a correr de sus hermosos ojos; y, con tantos sospiros y solloços que la mitad de las palabras entre ellos se ahogavan, dixo:

–¡Ay de ti, sin ventura Dolisena, que no bastó que el cruel Amor te hiriese, sino que fuese de una herida tan cruel que no bastasse para ella remedio! ¡O, Cavallero de los Fuegos, en fuerte punto os vio la sin ventura princesa de Garamantes! No curéys ya de dissimular más conmigo ni hechéys mis dolores desviados por otra parte. Venida soy a tiempo que no a mí sola, mas a todas las donzellas del universo, hago particular agravio, requèstando con tanta desemboltura a un cavallero de quien con gran miramiento havía de ser tratada. ¡O, cavallero sin piedad!, ¿por qué avéys sido conmigo tan

⁵⁷³ dellos.

cruel que me ayas hecho sacrificar primero mi onestidad, que una sola palabra de contento de vuestra boca oyesse? ¿Para qué me lastimastes contando vuestros vencimientos d' este mal, para rendirme a descubrir lo que con tanta razón deviera antes sufrir la muerte? Sea, en fin, lo que fuere, que justo pago es el mío, pues con tanta facilidad me entregué en vuestro querer, tan obligado a otra parte. Mas sola una cosa me avéys de otorgar, que ni es lástima de mi pena ni cosa que después de concedida os dé descontento.

–Mi señora –dixo don Belianís–, los dioses son testigos quánto de vuestro mal me pesa; el qual, si con la vida remediarse pudiesse, poco sería darla por lo que de mi parte se os deve, y en ello no tengo más culpa de aver sido en todas mis cosas el más desgraciado cavallero del mundo. En lo demás, ved lo que queréys de mí, que yo lo cumpliré enteramente.

–Yo –dixo Dolisena– quiero quereros si[n] esperança de remedio que por tan alta virtud en los amores encumbrastes, y creo en esto a vos y a todos los del mundo hazer ventaja. Mas quiero licencia vuestra para penar por vuestros amores y llamarme vuestra hasta la muerte. Por esso havéysmela de dar.

–Yo, mi señora –dixo don Belianís–, soy poca parte para esso, porque sabed que en mí no tengo nada; todo estoy agenado en estraño poder, y más en cosas que consisten en la voluntad. Por tanto, hasta pedir la licencia a mi señora podré dar a esso mala respuesta; o si no, pídasela vuestra merced a mi señora, pues a ella, que es adonde yo estoy, toca dar /122-vº/ semejante licencia, y no a mí.

–Plázeme –dixo Dolisena–; y, pues las cosas van por términos tan trocados, dezidme quién es vuestra señora, para que yo misma vaya a pedir la licencia o imbíe quien se la pida de mi parte, que entendido está que no ha de negar aquello que, después de concedido, tan poco daño le haze.

–La vuestra merced –dixo don Belianís– aprieta mucho a quien ninguna parte es para serviros en esto, y pluguiera a nuestros dioses que en mi mano fuera cumplir lo que me mandáys, que ninguna cosa fuera por mí tan presto obedescida.

–Vos havéys de cumplir conmigo vuestra palabra –dixo Dolisena–, que de otra suerte quedaréys por desleal.

En gran aprieto se vio don Belianís, y entre sí maldezía la ora que por allí aportara; y como él por ninguna cosa le diera prenda de sí por donde ella tuviesse entendido que holgaría de ser de aquella suerte querido, determinose de cumplir con ella diziendo lo que más le demandava, aunque en ello aventurasse la vida, porque tuvo entendido que, sabiendo ella quién él hera, perdería aquella frenesía que le avía tomado. Y assí le dixo:

–Hermosa princesa, bien sé que, quando vos sepáys quién yo soy, perderéys el enojo que contra mí tenéys por ver quán imposibilitado estoy para poder serviros. Porque sabed que a quien se tiene de pedir licencia es a la princesa Florisbella, hija del soldán de Babylonia, mi esposa.

–¡O, poderosos dioses! –dixo Dolisena–. ¡Vos, mi señor, soys el príncipe griego, contra

quien no falta sino llamarlos a ellos! Agora quedo la más contenta muger de las nascidas; agora, mi señor, con vuestra licencia y sin ella, quiero ser vuestra hasta la muerte, pues ninguna gloria yugal concedérseme pudo. Creedme, soberano príncipe, que el amor de Dolisena durará en el entretanto que el alma durare en las carnes, y más si es possible. Bien sé que me ha de ser fiero y cruel; mas, donde el corazón está tan determinado, no ay mal ni heridas que lo embaraçen.

Y con esto, aunque llorosa, mostró algún contento, preguntando a don Belianís si combenía su nombre ser encubierto. Él le dixo que sí, y con esto en diversas cosas començaron a platicar, las quales embaraçó Meridiana, que en su busca venía con Serinda.

–¿Qué es esto, Cavallero de los Fuegos –dixo Meridiana–, que tanto secreto habláys con mi señora Dolysena? Si son amores, es tiempo perdido, que esse hereje de Amor nunca haze sino burlar de los d’este mal lastimados, mayormente de los que sirven donde buenamente no esperan remedio.

–Callad, hermana –dixo Dolisena–, que he topado un cavallero que me ha hecho entender que no son amores aquellos donde se espera algún premio.

–En otra escuela que la vuestra lo havrá él aprendido –dixo Meridiana–, que vos, mi señora, siempre lo condennastes por locura.

–De aquí adelante veréys larga emienda de esos yerros –dixo Dolisena–: quiero ser muy enamorada.

–Ya querría ver algo –dixo Meridiana.

Y con esto, passando otras muchas razones, estuvieron hasta la mañana, que les combino partirse. Y anduvieron otros seys días hasta llegar al templo de Amón, en los quales algo más contenta yva Dolisena, no para olvidar los amores, que esto ya no era possible según estava mal herida, mas con el entretenimiento que suele dar la vista de la cosa querida, que no es el menor en los enamorados coraçones.

Capítulo 16: De lo que a don Belianís avino en el templo de Amón con Dolisena hasta bolverla en casa de su padre.

¡Quántas perdidas como Dolisena tiene este miserable mundo, señora de la hermosura, las quales son del todo perdidas, porque los cavalleros desleales, sin un punto de amor, por gozar un breve contento son los que procuran y acaban de rrematar su ho- /123-rº/ -nor! Grandíssimo abisso es menester, hermosas damas, para uyr este maldito mal que, como en más tiernos y leales coraçones, haze en vosotras más crudo daño. Bien solía yo saber alguno, mas el Amor me ha cerrado la boca. Ya podrá ser que, si me veo con alguna libertad, en otro capítulo adelante lo diga. Si don Belianís no fuera tan leal a Florisbella, tan generoso en su corazón para no engañar a nadie, poco le costava servir a Dolisena, pues ninguna cosa le hera más fácil. Lo qual, a vezes hablando consigo mismas y otras con Cupido y Benus, que en su burlada ley por dioses del amor tenían, pasava su camino. Bien

sentía Meridiana el mal de su hermana, y bien quisiera ella que con el Cavallero de los Fuegos cassara, aunque pensava ser un pobre cavallero. Maravillábase de serle tan libre, que ninguna cosa dava de ver; mas dende a poco salió d'este cuydado, que en secreto Dolisena le dixo quién hera, con lo qual ella fue más alegre.

En esta forma, y pasando tiempo con el conde, que el más gracioso cavallero hera del mundo, llegaron a donde las damas su camino hazían. Maravilláronse todos de ver la grandeza y hermosura de los edeficios, que los mejores de quantos havía en el mundo heran, que aun por solo verlos se sufría haver passado el trabajo del camino. Las torres y chapiteles, corredores cubiertos de oro y plata que por los palacios havía era cosa de admiración. Relumbravan tanto que no consentían ser mirados. Todas las colunas y mármoles heran de mármol y alabastro tan blanco que a la nieve hazían ventaja.

Entraron los príncipes por ver la capilla donde el desdichado mancebo estava enterrado y vieron una cosa harto de mirar: los edeficios d'ella heran los más altos que hubiessen visto y, aunque no era más de una nabe, estava toda armada sobre pilares, por los quales yvan, así en ellos como en los arcos y cubiertas de las vidrieras, labradas tantas figuras, tantos espejos y medallas de jaspes de todas suertes que grande alegría hera mirarlos; las guarniciones de las orlas y salvajes con tanto oro que parecía que d'ello fuesse toda la capilla, la qual más de dozientos passos tenía en largo, cubierto el suelo de fina plata, de la qual los candeleros y lámparas que havía hera cosa innumerable, con tantos de aquellos servidores que parecía que siempre la casa real allí estuviesse.

Holgáronse mucho d'ello, aunque don Belianís se burlava de ver con el acatamiento que allí todos servían; y llegándose a uno de aquellos, que le pareció el principal, le rogó le mostrasse aquella casa, que a verla aquellas damas de levas tierras venían. Él lo hizo, tomando consigo, por les hazer honrra, otros muchos de aquellos sus compañeros. Los llevaron por los palacios, mostrándoles tanta lidez de fuentes, de jardines y aposentos, que a don Belianís le semejó que no sería possible poderse hazer otro tal ni que le pareciesse con las rentas de su imperio; y en una sala, la más rica, les dieron de comer, y ricos aposentos para dormir, por si algunos días allí quisiessen quedar, de lo qual, y ansí mismo de sus cumplimientos, quedaron los príncipes muy contentos.

Mas ansí fue que aquella tarde, preguntando por la huerta para se solaçar, los llevaron a unas ventanas que sobre ella cahían; y esto fue lo que los dexó más maravillados, porque vio tanta hermosura de árboles que los dexó casi fuera de sí, los unos con flores, otros con fructa y otros tan altos que se perdían de vista, y otros menores y más pequeños. El concierto de las calles, de las yervas q[u]e⁵⁷⁴ en ellas havía a cada costado, las riquezas de las maderas en que se apartavan no lo bastaría nadie a lo escrevir.

–Baxemos abaxo –dixo el príncipe don Belianís–, que tal cosa como esta no creo la veremos

⁵⁷⁴ *que.*

en ninguna otra parte del mundo.

–Sea, mi señor –dixo Meridiana.

–Eso no es posible –dixeron los del templo.

–¿Qué es la causa? –dixo don Belianís.

–Agora lo veréys –dixeron ellos.

Entonces de la /123-vº/ ventana colgaron una capa, haciendo señas con ella como quien llama al toro en la plaça, y a la hora se oyó dentro un temeroso silvo, y tras él grande ruydo. Estuvieron muy atentos por ver qué sería, y vieron de entre los árboles salir un animal, el más espantoso que jamás los nascidos huviessen visto. Dame pavor escribir sus faciones y manera como el sabio Fristón, y de buena voluntad passaré las dos partes d’ellas. Él hera tan grande como un carro, tenía alas como dragón, grandes y muy tendidas, con las cuales, aunque no bolase, era tan ligero como el viento. Tenía disforme cabeça y boca; cupiera por ella un cavallero armado. Tenía ella grandes dientes y colmillos, agudos como unas puntas de azero; en el medio de la frente un cuerno como unicornio, con el qual hazía el mayor daño; tenía los braços no muy largos, mas muy gruesos; las uñas, tajantes como navajas y poco menores cada una que una espada; los ojos espantosos, con unos sobrecejos de pelos en ellos que le hazían espantable; la cola muy larga, con la qual hiziera pedaços un árbol si le topara. Salió tan ligero, pensando que le querían dar de comer, que, viendo la capa, dio un grandíssimo salto, tal que todas las damas pensaron que ya las tenía cogidas y, tapándose los ojos, dieron terribles gritos. Mas don Belianís las asseguró del miedo que tenían, diziéndoles que allí bien seguras estaban, que el animal no alcanzaría.

–¿Cómo se crió aquí este animal? –dixo don Belianís–. ¿Y cómo no tala y destruye estos árboles y quanto ay en ella?

–No sabemos d’ello más –dixeron ellos– de quanto en un libro que tenemos está escripto: que Salamaris, rey de Palestina, que gran sabidor de encantamentos hera, haviendo sido perdido de los amores de una su hermana, vino a esta casa a buscar su remedio, porque en esta huerta está el que llaman Cupido, el dios de los amores; donde, después de entrado, no solamente no quiso remediarle, pero aún no le quiso hablar. Y a causa con sus artes, enojado, traxo de partes estrañas este animal, el qual él devió de encantar, de suerte que no hiziesse más de guardar que nadie entrasse en esta huerta. Y le damos cada día de comer, y abajo, en una puerta que aquí junto estava, dexó abisado que nadie entrasse dentro ni se abriessse la puerta, que seríamos todos hechos pedaços. Y assí no ay memoria de haverse abierto jamás. Algunos cavalleros con escaleras han querido bajar, mas han sido comidos por este diabólico animal, que ninguna cosa se le escapa.

–Rezias cosas me contáys –dixo don Belianís–. Yo estoy determinado de provar mi ventura como essos cavalleros que dezís que han sido muertos. Ya podrá ser que os libre yo de este trabajo.

–No os passe tal locura por el pensamiento –dixeron ellos–, que es desesperación, y los cavalleros cuerdos y bien acertados no han de seguir lo que los locos hazen, aunque aquello huviessse

tenido próspero subceso, quanto más en tan endiablado caso.

–Esto ha de ser assí –dixo don Belianís–, que cobardía sería ver el aventura y no provarla, estando tan junto d'ella.

–No haréys tal cosa, mi señor –dixo Dolisena–, que, primero que passéys otro peligro, combiene nos bolváys en casa de mi padre, como lo prometistes.

–Yo no haré otra cosa –dixo don Belianís– si la muerte tuviesse cierta, quanto más que no ay mucho peligro, hasta matar aquella bestia.

Entonces pidió una escala para bajar y, viendo que no se la querían dar, quiso saltar por la ventana dentro en la huerta. Aquí dieron grandísimos gritos Dolisena y Meridiana con Serinda y F[ler]isalte; abraçose el conde con el príncipe don Belianís, mas qué aprovechava, que hera ya su húltima desesperación, de la qual no saliera por la vida.

–¡Ay –dezía Dolisena–, ados crueles! ¿Por qué consentís tan terrible daño para todos los mortales con la muerte de tan valeroso cavallero? ¡Ay, templo de Amón, que muy mayor memoria quedará d'este hecho que del /124-rº/ primero, pues el uno del otro no llevan comparación!

Flerisalte, que ningún peligro en que a su señor huviesse visto le hiziera temer, a esta hora con sus espesas lágrimas le importuna que, por lo que a su padre y esposa deve, no tome la muerte tan endonada. Mas aprovechó poco, porque a esta hora a don Belianís le dieron una cuerda, y él, abraçando a Dolisena, le dio su preciada espada, supplicándole no llorasse, antes le ayudasse con su presencia, y que, siendo él abajo, se la diesse por no bajar tan embaraçado. Estava Dolisena tal que no le pudo responder palabra, y don Belianís, con más ánimo que tuvo Cebola en el fuego del sacrificio, trabó de la cuerda por bajar a dar en la parte que estavan unas mesas de jazmín.

Mas avínole todo muy al revés de lo que cuydara, porque el pavoroso animal, que ambriento estava, esperando lo que para comer le solían dar, viendo aquel bulto, cuydando que fuesse aquello, sobre los braços dio un salto en buelo por cogerle. Mas don Belianís, que le vio venir, como aquel que no traía en otra cosa los ojos, poniendo el un pie en la pared se arrojó con toda su fuerça por encima d'él hasta dar sobre los jazmines. El animal, como hizo su golpe en bazío, no pudo rebolver tan ligero como solía. Dolisena, dando voces, arrojó a don Belianís la espada, mas él no pudo bolver tan presto a tomarla, porque los pies se le rebolvieran entre las baras de los jazmines, lo qual dio causa a la mayor hazaña que se ley jamás haver acontecido, junto con la mayor prueba de verdadero amor; porque, como la valerosa Dolisena vio que, si el animal llegava, don Belianís sería sin poder defender muerto, y dando grandísimas voces porque a ellas bolviesse el animal, se arrojó de la ventana abaxo, porque el animal, con comer a ella, se detuviesse en llegar al príncipe. No le salió muy al contrario su pensamiento, porque el medroso animal, que oyó las voces, tornó a ellas; y, como viesse la donzella caýda, con gran ligereza fue sobre ella. Mas, como suele hazer el arrendado cavallo, a quien el dolor de las espuelas haze apressurar su corrida, no se poder tener quando quiere, assí hizo aquel bestiglo, que la mucha ligereza suya hizo que no la pudiesse coger entre sus uñas.

Agora, ¡quién sería el que bastasse a dezir lo que sintió don Belianís! No fue en su vida tan turbado de cosa; aunque se viera hazer pedaços entre los braços del animal, no sintiera la mitad. Y assí, más como loco que como atentado cavallero, viendo bolver el animal, cerró con él. Suelen algunas vezes en la plaça algunos, por socorrer a sus amigos, llegar con tanta furia que les haze poner poner sus fuerças con las del bravo toro, y d'este desatino salen algunos buenos acaescimientos, como fue este: que el bravo animal, tropezando en don Belianís, llevando los ojos en la donzella, fue gran pieça sobre él a dar de ojos. No avía Dolisena perdido el amor del príncipe con el miedo de la bestia, porque, travando de la espada, que junto de sí halló, se metió (entre) entr'ambos porque don Belianís tomase la espada para defenderse y el dragón se detuviesse en ella. Mas don Belianís ligeramente tomó la espada y con el otro braço a Dolisena y, como quien tirara una piedra, la arrojó de allí más de veynte passos entre las ramas de los jazmines. Donde, así del desaliento porque tuviera tragada la muerte como por no se poder desembaraçar, no pudo rodearse para salir tan presto; y como aquel que no le cegava el miedo del animal se aguisó de esperarle, que sobre él bolví, y dando un salto a la una parte le hurtó el cuerpo, y al passar hizo un venturoso golpe. Hirióle sobre un braço contra los pechos, de los quales cortó grandíssima parte, saliendo grandes espadañadas de sangre, y quíssosse desviar de el todo. Mas no pudo, porque el espantable animal le dio con la cola, aunque poco, y dio con él rodando por el suelo, y antes que se pudiesse valer fue sobre él.

Aquí se bolvió el griego príncipe en gran aprieto. Incó la una rodilla /124-vº/ en el suelo, y encomendándose al soberano Criador le esperó, en la una mano su espada y en la otra una daga, de la qual se pensó aprovechar. Mas el diabólico animal benía desatinado con la rezia herida y abrió la boca por tomarlo entre sus dientes; mas don Belianís metió el braço yzquierdo en su boca, llevando la daga firme en el puño, la punta buelta para arriba. El dragón apretó rezio, y como la daga hera aguda y grande, y la fuerça con que apretó fue mucha, entró la daga hasta los sesos; y con todo esso tuvo el braço firme y hízole presa con las uñas sobre los hombros. Mas poco daño le podía hazer, que no tenía fuerça en los braços, y don Belianís por la herida metió la espada hasta el corazón. Y viendo que se venía muerta, soltó la espada y la daga, y tiró rezio por su braço. Saliéndose fuera lo más presto que pudo, halló junto a sí a Dolisena, que sin él no quería la vida.

De aquesta suerte acabó don Belianís el más estraño hecho que jamás fue en memoria de los mortales, sin herida ninguna. Acuérdome aver leýdo en los anales griegos un cavallero en la Ínsula del Diablo haver muerto un temeroso animal llamado Endriago, de que ellos hazen mucho caso, que al respecto de este es una cosa de ayre.

Los del templo y los que con don Belianís venían, que tan grande hecho vieron acabado, dieron grandes gritos de plazer, preguntándole si estava herido o si se havía hecho Dolisena algún mal. Él les respondió que ambos estavan buenos. Todos quisieran bajar por las ventanas, mas vieron una cosa que los dexó fuera de sí: todas las ventanas cerradas con rezias rejias de fina plata. Y baxando a las puertas, tampoco las pudieron abrir.

Y d'esta suerte anduvieron seys días, hasta tanto que vieron entrar por encima de la huerta un carro que seys dragones traían, y en él un hombre viejo, que a altas voces al entrar les dixo que no tuviessen pena, que luego saldría el Cavallero de los Fuegos, y la causa de todo esto fue lo que agora oyréys.

Como don Belianís se apartó del furioso animal, abraçó a Dolisena, diciendo:

–Mi señora, quisiera que todos los griegos y romanos presentes y passados estuvieran aquí, para que pudieran ver todas sus glorias y hazañosos hechos en un solo punto puestas por el suelo con la tan memorable que agora por vos ha sido alcançada. ¡Dichosa jornada, que tan alto remate la esperava, y dichoso cavallero, que pudo merescer a su causa tan balerosa cosa haver alcançado!

–No digáys essas cosas, mi señor –dixo Dolisena–, que lo que yo he hecho ningún otro prescio tiene más de haver seydo a vuestra cau[sa]. Vuestra victoria huvieran de ver essos que dezís para que perdieran el desseo de verse jamás otro su igual. Agora tengo por más venturosas cosas mis acontecimientos de quantas han dicho los sabios que de mi nascimiento hablaron, a los quales condenno por nescios, que, no conociendo las mayores, dixeron que havía de tener hijos, los quales mandarían gran parte del mundo.

–Apartémonos, mi señora –dixo don Belianís– de este animal, que son emponçoñados y podríanos hazer mortal daño su vista.

Y con esto, por ver la huerta en el entretanto que su hermana y el conde bajavan, se metieron por una hermosa calle, de la qual se parecía gran parte. Mas no anduvieron mucho quando a don Belianís se le olvidaron todas las cosas del mundo. Fue fuera de su sentido; parecióle que aquella dama que con él yva hera la princesa Florisbella, su señora, que para aquel effecto aquel encantamento estava hecho; de lo qual él se mostrava muy contento, y con esta alegría le dize:

–¡O, mi señora Florisbella! ¡Cómo ha sido mi ventura tan estraña que aya gozado de veros en parte donde jamás lo pensara?

Turbose con estas palabras Dolisena; cuydó estoviesse fuera de su juyzio. Mas, como hera gentil y havía oýdo dezir que el dios Cupido estoviesse allí su morada, tuvo por cierto que, pues de otra suerte su mal no llevaba remedio, lo avía querido hazer de aquella, y entre sí le dava las grazias. Y dissimulando con don Belianís, mostrándose ni más ni menos alegre, paresciéndole que aún de aquella suerte se podría cumplir lo que los astrólogos de su nascimiento dixeran, en dulces pláticas fue con él, gozando de la hermosura de la huerta, del agraciado parecer y olor de las lindas flores, del dulce canto de las aves que por allí andavan rebolando de rama en rama, diziéndose mil palabras amorosas, dándose otros tantos abraços, hasta tanto que llegaron a una hermosa red* de plata. Hera tan grande como un palacio; tenía siete arcos triumphales alderredor, en los quales se mostravan diversas cosas. En el medio havía un throno alto con nueve gradas, en el qual vieron sentado al dios Cupido. Parecía estar preso, con una cadena que alderredor de toda la cerca de la red yva. Tenía el arco y flechas quebrado y puesto a sus pies, muy triste el más hermoso rostro de los nascidos,

recordado sobre la mano yzquierda. Estava bestido de leonado; no tenía los ojos cubiertos, como le figuran, sino muy bajos, como que a cosa alguna mirar no quisiese.

Llegáronse alderredor de la red por ver qué hera lo que en aquellos arcos estava, y vieron en el primero muchos cavalleros y damas vestidos de leonado muy pensativos, y encima d'ellos con una bandera la Imaginación. Por entrada de la casa de Cupido, en el segundo, yva triumphando la Esperança, pues no ay amores, por difficultosos que sean, que no la traygan consigo. En el tercero arco o puerta yva el Desseo, dando la mano a todos los que atrás quedavan, y a este seguía la Congoxa, que del alargarse la Esperança suele seguir al Desseo, y en el quinto yva la Sospecha muy natural, con muchos que a su causa de los endiablados celos fueron muertos. En el sexto yva la Fortuna, con su rueda dando bueltas en torno con los unos y los otros. En el séptimo estava la Desesperación por remate de los amores.

–Gentil cosa es esta –dixo don Belianís– para los que, haviendo passado por los trabajos de el amor, hallan tal paradero. De esta manera e[n]gañados⁵⁷⁵ biven quantos le siguen, pues en esta cárzel con todos estos trabajos no se halla un solo punto de descanso.

–No te quejarás tú de esso, don Belianís –dixo Cupido, levantando su hermoso rostro–, pues a tu causa se han passado todas las leyes que hasta agora con los otros se han guardado.

–Esso no sé si fue por tu voluntad –dixo don Belianís– hazerme alguna merced, pues tanto de matar a todos te precias. Mas, comoquiera que sea, te agradezco qualquiera que por tu mano me uviesse venido, y si eres contento, pondré mi persona a qualquier peligro por librarte de ay.

–Esso no podrás tú hazer, por más valiente que seas –dixo Cupido–, que está guardado para otro, tan buen cavallero como tú, y a la ventura mejor; y sería trabajar en balde, que sabe que Salamaris, mi mortal enemigo, ayudado de todos aquellos que de mí tenían alguna quexa, me puso aquí preso grande tiempo ha, y tengo de ser libre por un hijo tuyo.

–¿Cómo es esso posible? –dixo don Belianís–, que yo te vi libre, con sobervia magestad, en las montañas de Asiria, quando mi señora Florisbella, que está presente, y las damas de su compañía fueron libres, donde en la magestad de tus tronos muy contrario de ser preso te mostravas.

–Engañado estás –dixo Cupido–, que no hera yo esse que piensas, que amor no le ay en el mundo muchos tiempos ha, después que yo estoy preso; y el que tú viste era un hermano mío bastardo que se llama Affición, muy querido de mi madre Venus, la qual junta con él destruyen el mundo. Él es un poco loco, y assí no dudbo le hallássedes en essa magestad. Y aunque agora fuesse libre, no me conocería nadie, según estos tienen el mundo perdido, que ya no ay amor, sino vana afición que de la hermosura y gentileza y otros vanos intereses nasce, lo qual quitado de medio, cessa. Lo qual no es en mí, que los heridos de mi mano ningún género de libertad tienen. /125-vº/ Tú, que abrás andado gran parte, abrás visto lo que te digo.

⁵⁷⁵ eugañados.

Temblando estava Dolisena en ver lo que entre don Belianís y Cupido passavan, si a la ventura descubriría quién ella era. Mas como aquellas fueran locuras y banidades, muy lexos estava d'esso; antes le dixo:

–¿Qué te parece, Florisbella, de estas cosas? Turbado estará tu corazón; mas asegúrate, que tiempo bendrá que será alegre, aunque no conforme a como tan alta princesa merecía.

–Mira –dixo don Belianís– si queréys que haga pedaços esta cárzel tuya; bolveré por mi espada, que a la entrada d'esta huerta dexé.

–Yo holgara d'esso –dixo el demonio, que era el que allí estava–, mas por agora no es posible.

Y con esto se despidieron d'él, haziéndole Dolisena tanto acatamiento que don Belianís fue muy enojado, y no pudo estar que no le dixesse:

–¿Qué hazéys, mi señora? ¿Vos no veys que todas estas cosas son unas vanidades? Este es algún demonio que está aquí para engañar las gentes. Con esto entretiene el diablo la gentilidad.

No le respondió palabra Dolisena; mas de, dándole la mano, se fueron por los espacios de aquella huerta, procurando bolver a los palacios donde salieran. Mas hera escusado, que estaban en el laverinto encantado, y cada vez se encerravan. Y ansí fueron hasta tanto que se hallaron a la puerta de una cueba que por la tierra adentro les parecía entrar. Oyeron de dentro hablar personas y vieron luz, que anohecía. Pesole a don Belianís de estar sin armas, aunque con todo esso dixo a Dolisena que entrassen dentro. Dolisena dixo que hiziesse a su guisa, que ella seguiría. Y con esto entraron, donde por unas muy hermosas damas que allí estaban fueron recibidos, diziendo:

–¡Bien venga el príncipe griego con la hermosa princesa de Babylonia, que tanto tiempo ha que por nosotros han sido esperados!

Entonces les dieron ricos mantos que se cubriessen, y a don Belianís quitaron las armas y bestidos, que le la sangre del animal traía teñidos, dándole una ropa con unos estraños aforros de salamandrias. Pusiéronles las mesas, donde con la abundancia que en Constantinopla les dieron de cenar, y después, con acordada música de bihueles, los entretuvieron hasta que fue hora de acostar; que, metiéndolos en una rica cámara, la mejor que ellos vieron, dexádoles una antorcha encendida, cerraron la puerta tras sí.

Estava Dolisena por una parte alegre en ver que se cumpliría lo que ella tanto desseava, aunque demasiado triste por la otra, viendo que aquello no hera su honestidad, y en ageno nombre; mas, pareciendo que todas aquellas cosas las querían sus dios[e]⁵⁷⁶, dexó la tristeza, pareciéndole que, tras aquel, vendría otro tiempo, y con esto se desnudó sus ropas. Y metiéndose dentro en la cama, donde no siento quién no holgara del engaño del príncipe de Grecia, con el qual estuvo toda aquella noche con Dolisena, y otros cinco días, acogiéndose a comer y cenar a aquellos aposentos.

⁵⁷⁶ *diosos.*

Todo el día estaban con Cupido hablando en muy diversas cosas; tenía ya Dolisena perdido el temor de ser conocida del príncipe don Belianís, y no hera mucho, que quedava preñada de dos cavalleros tales que en sus tiempos espantaron el universo.

No quisiera ella salir jamás de aquella cárcel; mas, una tarde que más descuydados estaban, vieron venir el carro con los dragones que vos diximos. Turbose don Belianís; tuvo temor de algún estraño suceso, mas el viejo se fue derecho a la cárcel de amor y en los siete arcos puso siete velas encendidad alderredor de la red. Hizo ciertos carate[re]s y figuras, con los quales toda aquella cárcel començó muy bravamente a arder, y a temblar la huerta tan rezio que don Belianís y Dolisena se huvieron de assentar en el suelo. Diéronse terribles voces y baladros muy temerosos, lo qual duró muy poco espacio, más de quanto las candelas se apagaron; lo qual passado, don Belianís se halló libre y en todo su acuerdo junto al dragón que /126-rº/ matara. No se le acordó de cosa que por él huviesse passado, mas de que le parecía aver soñado que había visto allí a Florisbella. Como se vio sin sus armas, receló que se le huviesse hecho algún engaño; y sacolas d'él, maravillado de ver tan diabólica bestia.

A esto el viejo del carro, que a la hora por don Belianís fue conocido ser el sabio Merlín, corrió rezio por le abraçar, diciendo:

–¡En tales tiempos, querido amigo, se veen los que quieren bien!

–Si yo supiera que tenía tan cerca tal remedio, no hubiera recelado tanto esta aventura.

–Para tal esfuerço como el vuestro –dixo Merlín–, pocos recelos ay en el mundo, aunque os hago saber que estáys en encantado lugar y que, si no es por mí, no pudiérades ser por otro libre. Yo vengo por acompañaros, que sin mí haríades largas jornadas y sin provecho.

Y bolviéndose a Dolisena, le dixo:

–Balerosa princesa, la hazaña que por vos ha sido acabada quedará para siempre en la memoria de los mortales, y por ella, si el príncipe, mi señor, no fuera casado, justamente merescíades fuesse vuestro. Mas tened paciencia con lo alcançado, que será para vos no pequeña alegría.

Dolisena le abraçó, dándole muy muchas gracias de lo que dezía, aunque entre sí de la libertad de don Belianís no le plazía punto ni le diera por ella ningunas albricias. A esto ya las puertas de la huerta se havían abierto, y por ellas entravan Meridiana y el conde, y Flerisalte y Serinda, con otras muchas gentes. Meridiana, corriendo, abraçó a don Belianís diciendo:

–¡Ay, mi señor, y cómo me havéys costado más lágrimas que nunca costó cavallero! Que de mi hermana, con la imbidia de su gloria, no tenía tanta pena.

–Mi señora –dixo don Belianís–, la pena vuestra y de mi señora Dolisena hera de temer en este caso, que lo demás, de suyo estava, que con el favor de los ángeles con otro mayor demonio pudiera combatir.

Entonces ella, llorando, abraçó a Dolisena, diciendo:

–Con vos, mi señora, de aquí adelante me quiero andar a las aventuras, que tal esfuerço no se

hallará en otra parte.

–Del vuestro procede todo, señora hermana –dixo Dolisena–, y así lo más de esta aventura se ha de atribuyr a vos.

Entonces rescibieron a todos como si mil tiempos uvieran passado sin verse, preguntándoles qué havía sido de ellos aquellos días. Don Belianís no cuydava que huviesse estado una hora y, como oyó aquello, tuvo por cierto que fuera engañado; y dissimulando, dixo que anduviera por aquella huerta, de cuyos laborintios, si el sabio Merlín no los sacara, nunca atinaran a salir.

Y con estas pláticas y otras de los servidores del templo se subieron a comer, y Merlín hizo tales encantamientos sobre la bestia que quedasse assí, sin corromperse, porque a la ver viniessen muchas gentes, como se hizo de allí adelante. Y habiendo estado allí algunos días, el sabio dixo que combenía partirse, y que en su carro los quería llevar a todos, que le sería enojoso el camino de otra suerte. Y despidiéndose de los del templo, dándoles ricos dones, se entraron en el carro, en el qual podían, aunque fueran cien cavalleros con todo el recado para sus cavallos. Y caminando por tierra, por espacio, batiendo los dragones sus alas los levantaron por el ayre, y en menos de un día los pusieron junto a la ciudad de Nicosia, donde el rey, su padre, estava; y en un monte abajó el carro, y allí tomaron sus cavallos y palafrenes. Y Merlín dixo a don Belianís que allí lo esperaba otro día, que por la vida no dexasse de venir. Y así fueron hasta la ciudad, embiando una de las donzellas de Dolisena a hazer saber su venida, con lo qual fue el rey muy alegre, porque dos días antes llegaran los reyes y él huviera mucho pesar de que así dexaran yr a sus hijas. Salió toda la corte a rescebirlos, y el mismo rey, por hazer cortesía al Cavallero de los Fuegos, salió a la puerta de su palacio; donde, por llegar presto donde me aguardan, no quiento con la magestad que fue tratado aquel día y otro hasta que se partió, con el pesar y do- /126-vº/ -lor que podréys imaginar de quien tanto le quería, y no esperando verle jamás.

Con todo esso le ocupó tanto la vergüença que nunca cosa de lo que entre ellos avía passado le dixo; y, por passar mejor su pena, de ay a poco se fue a un monte donde havía una hermosa casa de plazer. Y vínole bien, que se sintió preñada y, descubriéndose a Meridiana, su hermana la consoló, diziendo que le plazía mucho que de tal cavallero le quedasse generación, pues ella no determinava casarse.

Ansí passavan su vida, con algún entretenimiento. A su tiempo os contaré lo que más les avino, que grandes cosas passaron por esta princessa. Por agora la pluma y la mano ban lexos de hablar de ellas.

Capítulo 17: De lo que a don Belianís aconteció con la princessa Hermiliana en busca de don Clarineo.

El príncipe don Belianís salió de la ciudad de Nicocia, y Flerisalte y Serinda, que

maravillada estava de ver la libertad que don Belianís avía tenido en las cosas de Dolisena; y tanto no lo pudo sufrir que no le dixesse:

–Cierto, soberano príncipe, vos devéys de tener el corazón de piedra, pues con tanta libertad, sin mostrar un punto de amor, havéys tratado a la princessa de Garamantes, que tan libremente por vos ofreció la vida en parte donde no pensava con ella ganar otra cosa más de entretener la vuestra algún pequeño espacio, o que, con perder ella la suya, la escapase vos.

–No vays muy engañada –dixo don Belianís–, aunque sabed que la piedra de que es mi corazón es de diamante, que es imposible que resciba otra figura más de la que primero allí se imprimió. Y en lo demás, ¿qué peor pago le pudiera yo dar que mostrar quererla, pues yo no hera mío y todo havía de resultar en su daño?

–Essas son cosas –dixo Serinda– que los enamorados corazones dan poco de ver en ellas, mayormente que, habiendo entregado la libertad en ageno poder, todo lo demás es poco al respecto de esto.

–Esso es muy bien –dixo don Belianís–, y es la propria locura de los enamorados corazones, que echan la soga tras el cántaro*. Mas los que alguna libertad tienen están obligados a mirar por los inconvenientes de quien los quisiere que por los suyos propios, y assí hize yo, que, pues el ser de Dolisena hera a mí imposible, no le havía de hazer más daño del que no se pudiesse excusar por tomarle ella con sus manos.

–Mucha philosophía es essa para mí –dixo Serinda–, y aún de Dolisena os digo que, aunque su honestidad excede a quantas yo aya visto, holgara que supiérades menos y le dixérades más amores, que las palabras a las vezes son las heridas de los enamorados corazones tanto como las obras.

En estas y otras cosas fueron platicando hasta llegar donde el sabio Merlín los esperaba, y metiéndose en sus carros hizo con ellos largas jornadas, hasta tanto que una mañana se hallaron a la orilla del mar, donde el carro paró, y en una barca se metieron. Y el sabio Merlín le dixo que perdiesse cuydado de su gobierno, que ella llevaba marineros y todo recado de bastimentos; y assí hera la verdad, que no la viera don Belianís otra tal en su vida ni con tantas y tan buenas jarcias y recado, y más el saber del máxico que la llevaba.

En esta barca cuenta el arçobispo de Roselis que anduvo don Belianís de unas partes a otras la mayor parte del mundo. Pasó todo el mar Índico, el Caspio, el Pérsico por las partes que tocan en Asia hasta la buelta del Tanais, quando con el Nilo se mete en la mar. Entró por las más tierras del Asia, passó por media Armenia, Comagena, Vegetta, Capadocia, Liconia, Fu- /127-rº/ -gia, Lidia, dio la buelta al sino* Pérsico, entró por los partos y assirios, en todo lo qual no dexó aventura que no provasse ni temidos gigantes que no buscasse, teniendo entendido que en alguna parte de aquellas estaría don Clarineo preso. No quiso entrar por tierras de Babylonia, con pesar de verlas rebeladas, aunque entró por la angosta Arabia y Cilicia, y todas partes hasta la Europa, en lo qual no ansí de

priessa anduvo, mas gastó de catorze o quinze años, que nunca Serinda ni el conde ni Flerisalte le dexaron; y, si alguno estava enfermo, él le dexava y tornava a tiempo por él. Mas no solo no le halló, mas ni aun rastro d'él ni señas ningunas; y, teniéndole por muerto, determinó tornarse en Grezia.

Mas hizo rodeos terribles; entró en el mar Egeo, pensó correr por él hasta donde le hera necessario; mas combínole passar al Mediterráneo, por el qual, sin que él ni los marineros lo quisiessen, se vieron hazer derrota la buelta de poniente. Los marineros lo quisieran impedir, mas don Belianís les dixo que lo dexassen, que su ventura no sabía dónde le havía de hallar. El navío corrió viento fresco bien tres meses y, quando menos cuydaron, se vieron passar por el estrecho de Gibraltar, vieron las colunas de Hércules y dieron consigo dentro del mar Atlénico, estendiendo por el profundo y ancho Occéano, de que no le plazía punto a don Belianís, viendo que todas las gentes a toda furia yvan la buelta de Constantinopla, la qual se sonava ya estar cercada.

Con esta pesadumbre yva quando para sí vio venir una hermosa çabra con hasta treynta remos, que de la buelta de Flandes parecía venir, según traía la derrota tomada de la parte del norte, en la qual, llegando más cerca, vieron venir un apuesto cavallero armado de unas armas celestes, y en el escudo una águila imperial con dos cabeças. De aquel cavallero en las partes que anduviera havia oýdo dezir don Belianís maravillosas cosas, y desseava conoscerle. Y deziase el Cavallero de las Águilas. El qual, como con el navío emparejasse, preguntó si venían de España.

–Por aý cerca passamos –dixo don Belianís.

–¿Sabréysme dezir –dixo el de las Águilas– si el rey Toloyano es partido para Grezia con su gente?

A todo esto no cessava el navío de andar a vela tendida, y al Cavallero de las Águilas importávale saber las nuevas, y a la causa havia buuelto la proa y seguíalo al remo. Y, paresciéndole que usavan descomedimiento, a don Belianís dize:

–Cierto, cavallero, vos tenéys mejor parecer que cortesía, pues no sería mucho parar un poco para responder a lo que os preguntan.

–D'essa suerte –dixo don Belianís–, larga jornada tendríamos. Daos priessa, que mañana seréys en España y sabréys lo que quisierdes.

–Si me atendiéssedes un poco –dixo el de las Águilas– no tendría a mucho que, aunque contra voluntad, me diéssedes qüenta de lo que os pregunto.

A esta hora el navío estuvo quedo, tan firme como si diera en tierra, y el Cavallero de las Águilas llegó al borde; y como aquel que ni por dos cavalleros, ni aun por diez que allí estuvieran no dexara de saltar dentro, quiso hazerlo ansí. Mas halló delante a don Belianís, el qual, tomándole alguna saña de ver su arrogancia, le hirió sobre el escudo que encima de la cabeça traía puesto, con tanta fuerça que, haziéndole juntar sobre el yelmo, que por la priessa no traía bien enlaçado, el escudo fue hecho pedaços y el yelmo saltó de la cabeça. Mas el Cavallero de las Águilas, al entrar, le hirió a él sobre un muslo, que don Belianís cuydó que se le huviesse cortado. Quisieron revolver el

uno sobre el otro; mas el venturoso golpe despartió* su batalla, porque, en dándole por encima de los hombros, vio cubrirse de hilos de oro, con un resplandor de su rostro que como los rayos del sol dieron en sus ojos de don Belianís. El qual, conociendo ser la real princesa de Francia, cuidando haverle hecho algún mal se retruxo atrás. Hermiliana entró tras él por le herir, mas don Belianís arrojó la espada y escudo en el suelo, diciendo: /127-vº/

–¡No más, mi señora, que a cavallero que tanto tiempo ha que es vuestro rendido, no ay para qué pongáys en él las manos!

Detúvose con esto Hermiliana; don Belianís se quitó el yelmo. Es cierto que al descubrir, Hermiliana cuidó que fuesse don Clarineo, y casi la sacó de su sentido. Mas reconociendo luego al que hera, dexando la espada le fue a abraçar, diciendo:

–¡Ay, soberano príncipe, y cómo no es possible que vuestro corazón descanse un poco fuera de las armas! Dexad algo para los demás, pues vuestras cosas ya son tan conocidas que no ay necesidad de nuevas hazañas. Descansando en Constantinopla havíades, mi señor, agora de estar, y no peregrinando por agenas tierras y naciones.

–Las nuevas causas, mi señora, hazen a los cavalleros olvidar todos los regalos; y assí, mi señora, por gozar a cada passo de las nuevas de vuestras soberanas hazañas y también por buscar al príncipe don Clarineo, mi hermano, que ha mucho tiempo que d'él no se sabe, he dexado a Constantinopla, donde os certifico que he andado toda la Assia y África en su busca sin hallar nuevas d'él; y venía determinado de andar toda la Europa en su busca, porque el emperador, mi señor, es grandíssima la pena que de su ausencia tiene.

–Vos, mi señor, andaréys por demás la Europa –dixo Hermiliana–. Yo la he andado en busca de esse cavallero por amor de la princesa Rosaliana, de cuyos amores él hera muy perdido, sin que tampoco d'él aya hallado memoria.

Entonces se sentaron hazia el castillo de popa, mandando a los que con Hermiliana venían se fuessen. Ellos lo hizieron, dexando un cofre suyo y una donzella de Hermiliana, que otra se muriera en Alemania.

–¿Qué es esto, mi señora, que me contáys? –dixo don Belianís–, ¡que a don Clarineo por mejor empleado le tenía yo! No es possible que él aya perdido su tan buen conocimiento.

–¡Ay, mi señor! –dixo Hermiliana, derramando lágrimas en abundancia–, ¿y cómo estáys tan engañado? Creedme, que a otro que a mí misma no diera crédito.

Entonces le contó quanto por sus ojos viera, ayudándole don Belianís con otro no menor pesar.

–D'essa suerte, mi señora –dixo el príncipe–, por demás nos cansamos en buscar a don Clarineo, que cavallero que tal yerro y contra tal princessa hizo, él mismo se havrá enterrado bivo, o se avrá puesto en parte donde hasta el último día no se sepan d'él nuevas.

–No esperéys tal arrepentimiento –dixo Hermiliana– en quien goza tales amores, que no se

suffre; y de Roseliana me pesa que la dexó así perdida, y fuy yo d'ello la causa.

Passaron sobre esto estos príncipes diversas cosas, consolando don Belianís a Hermiliana, cuyo pesar era tan grande que casi la traía muerta.

Y d'esta manera, sin saber los marineros a qué parte caminavan, se metieron por las anchuras del océano. Reconoscieron la Gran Canaria y, viéndose passar de allí, quisieron amaynar, diciendo que yvan perdidos, mas don Belianís les mandó que lo dexassen. Y fueron de esta suerte otros veynte y tres días, hasta tanto que una mañana, ya que se querían bolver, y aun con temor, porque el navío por algunas partes hazía agua, vieron tierra, que a los sabios marineros dexó fuera de su sentido, como aquellos que se vían del otro cabo de la Tórrida Çona; y más fuera de sí que se puede escribir, llegaron a tomar tierra diestramente, llevando la sonda en la mano, porque acaso con algún banco no se perdiessen.

Y assí se pusieron al pie de la isla, que montañosa parescía, por algunas entradas o cabaernas que la mar parescía en ella haver hecho. A los príncipes les tomó desseo de salir solos por ver aquella tierra y, paresciéndoles que la fragura* no les consintiría yr a cavallo, mandando al conde y a los demás que se quedassen en la fusta, salieron a pie armados de sus armas. Los yelmos llevavan puestos, alçadas las visseras, hasta ver si la tierra hera segura, y por la parte que salieron hallaron unos arenales tan malos que, por no andar por ellos, se quisieran /128-rº/ bolver. Mas, viendo no muy lexos una cuesta alta, acordaron subir a ella, paresciéndoles que de allí se descubriría la tierra y verí[a]n si acaso había algún poblado. Y llegando a lo alto con algún trabajo, vieron la ysleta en torno, cercada de agua, sin memoria de ningún edificio, y por lo más bajo vieron andar algunos animales bravos, algunos ossos y tigres, y no muy lexos d'ellos passaron dos dragones, dando espantosos silvos.

—No he visto más mala tierra que esta jamás —dixo Hermiliana—. Esta morada aun para los diablos es áspera.

Avía en ella un olor malo, que al parecer inficionava, y causávanlo unos animales terrestres llamados burcos, que su olor de muy junto atosiga como un ponçoñoso veneno. De allí se bolvieran, salvo que, bolviendo la cabeça, Hermiliana vio una cruz echa de dos maderos medianamente labrados. Y allegándose por verla, vieron pisadas de hombre señaladas, que parescía que poco avía que allí estuviera, y causávalo que había llovido el día antes y estaban señalados los pies en el arena. Tomoles a los príncipes desseo de saber quién hera el que en tierra tan perbersa hazía morada, y començaron a andar por el llano de la isla, hasta tanto que llegaron a la entrada de una cueba assaz ancha, donde vieron la más hermosa abentura que jamás vieran: estava tendido un grande salvaje cubierto de unas pieles de lobos marinos mal adereçadas; los cabellos de la cabeça por sobre la ropa caían hasta la cinta, cubriéndole la mayor parte del rostro; tenía una espada ceñida con una guarnición de oro, esmaltada con algunas relumbrantes piedras por ella. Al parecer dormía; alderredor d'él estavan diez o doze leones hechados, como que de le guardar tuviessen cargo.

Llegaron los príncipes por detrás de la cueba por poder mejor mirar al salvaje tan estraño sin recelo de los leones, el qual vieron a esta hora se rebolvía, dando espessos sospiros y gemidos. Los leones, que le oyeron quejar, començaron a ayudarle con una desapacible música, dando sus gemidos. El salvaje dio a esta ora una voz, diciendo:

–¡Ay de ti, sin ventura cavallero, y cómo morirás con la mayor razón que nunca murió otro alguno!

Y diciendo esto se levantó, y con él todos los leones; los quales, viendo aquellos cavalleros, quisieron arremeter para ellos. Mas el savage los llamó y, como aquel que quería huír la humana conversación, se quiso yr por otra parte, que estava determinado de morir en aquella bruta y salvaje vida: tanto puede la obstinación, mi señora, quando en alguno se enseñorea. Mas los príncipes lo llamaron, y él bolvió.

–¿Qué tierra es esta, tan brava? –dixo don Belianís–. ¿Y qué es la causa que un cavallero de vuestra dispusición quiere vivir en ella?

–No sé lo uno ni lo otro –dixo el salvaje–, mas de que mi ventura quiere que aquí muera.

Entonces se sentaron sobre unos cantos, y los príncipes, que ahogados del calor estavan, se quitaron los yelmos. ¿Qué cuydaréys que sinti[e]ra el salvaje, apassionado y valeroso príncipe de España, don Clarineo, quando ante sí vio las dos personas que en el mundo más quería? No alegría, por cierto, por pensar salir de aquel trabajo, sino un descanso que resciben los coraçones en la vista de las cosas desseadas. No fue tan bastante su coraçón que no desmayasse de un desmayo tan profundo que cuydaron fuesse muerto. Hermiliana le tomó la cabeça entre sus rodillas y don Belianís le apretó las manos, con gran pena de verle tal. Y quitáronle los cabellos de sobre el rostro, que le ahogavan, mas no por esso le conocieron; estava don Clarineo tan tostado del sol que se había buelto de la color de un etíope o poco menos. Estava muy flaco, los ojos muy metidos; no le conocieron, ni aun era menos, según él estava dessemejado*. Quitáronle un cuello de camisa que con algunos pedaços d'ella tenía puesto, tomado con unos doze diamantes ricos.

–Por maravilla este cavallero –dixo Hermiliana– alguna desesperación lo traxo aquí. No devía él ser poco estimado, según las /128-vº/ muestras aquí vemos. Tal satisfacción como esta bien meresce qualquiera perdón de la culpa, aunque sea más grave.

Y con esto no cessava de mirar si era possible conocerle, mas hera escusado. Quando el salvaje bolvió en sí, dixo, con un entrañable sospiro:

–¡O, muerte! ¿Por qué huyes de quien tanto te busca? ¡O, soberano Señor! ¿Por qué das la vida tan larga a quien tan bien le estaría la muerte breve?

–No toméys, señor, tanta pena –dixo Hermiliana–, y veníos con nosotros fuera de esta salvaje morada, que mucho alibia la pasión la conversación de gentes.

–Ya para mí tengo la morada que me basta –dixo el apassionado mancebo–, y, por no dar con mi vista pena a las gentes, es bien la passe con los animales que veys, que doliéndose de mi mal

me hazen compañía.

–Estos solamente os darán dolor –dixo Hermiliana–; mas las gentes, con su discreción, procuraros han alivio.

–Esso no quiero yo –dixo el salvaje–, y, si queréys estar aquí alguna pieça, no me habléys en dexar esta morada, que me causa la muerte en solo pensar que, pudiendo passar la vida tan descansadamente, estoy en esta pena por la mayor maldad que nunca cavallero cometió, en la qual entiendo de morir.

No quiso Hermiliana, viendo la determinación del cavallero salvaje, hablarle más en ello; antes, habiendo estado con él una pieça, preguntándole por el camino para la mar, él se fue con ellos a mostrarles; y, llegando donde su fusta estava, ellos se entraron en ella. Y el cavallero salvaje se echó en el arena, dando grandes y penosos suspiros. Sus leones se le hecharon a los pies; y la fusta partió del puerto, con la mayor muestra de fortaleza o obstinación, mi señora, del príncipe don Clarineo, si otro nombre mejor que “el que una vez herró” no meresce, que jamás fue oýda. ¡Quién pensara que este príncipe, con tan gran crueldad contra sí mismo, se dexasse morir en tan espantoso lugar, sin que jamás piense que se han de saber nuevas de su muerte hasta el día general en que todas las cosas serán manifestadas!

Mas dexémosle, que me da pena ver con la que él queda, y demos priessa a bolver la fusta, que con tanta belocidad se aleja de tierra, porque anduvieron bien diez días sin saber a dónde caminavan; hasta que, por mandado del soberano Señor, a quien todas las cosas como por él criadas obedescen, no queriendo que un tal cavallero muriesse en aquella fría y obstinada porfía suya, la mar se embravesció con una tormenta no vista, tan repentina que, tomando a los marineros de sobresalto, en un tirón les arrebató el árbol con la bela, que yvan a viento fresco en popa, y de una tabla del costado al caer abrió un pedaço, que les combino socorrer por no yr a fondo. En quatro días, teniéndose por muertos, cami[n]aron⁵⁷⁷ lo que antes con fresco ayre y saber de Merlín avían andado en diez, y una tarde, ya que anohecía, dio con ellos en lugar donde partieran. Y, reconociéndole, los marineros lo dixeron a los príncipes, y ellos les mandaron tomar puerto; los quales, como sabios costeano a un cabo y a otro por no acabar de romper la fusta, llegando recios, o por algunos bancos que allí la mar hazía, tomaron puerto.

Y ellos salieron en tierra por ver al cavallero salvaje y porque con la madera de la isla reparassen la fusta y la despalmassen*, como aquella que sabían que les quedavan gran mar que correr. Y habiendo tomado el tino para la cueba del cavallero, la fragura de la tierra y la noche los desatinó, y sentáronse junto a unos dos robles cerrados; y porque los animales no los comiessen si acaso les sobreviniesse sueño, se subieron sobre ellos. Y dende a una pieça oyeron un ruydo y vieron cómo el savaje cavallero llegava con sus leones a un llano que casi arrimado a los robles estava.

⁵⁷⁷ *camiuaron.*

Trayán un animal muerto; parescioles en la manera que devía ser algún lobo o osso. Y, en llegando, puso mano a su espada y, haziéndolo pedaços, lo dio a los leones; y él tomó para sí de una pierna y, como aquel que muchas vezes lo hiziera, no curó de más adherentes* que, trayendo fuego de la cueba, que / [129]-r^o/⁵⁷⁸ no devía ser muy leños, hizo lumbre y en las brasas le puso a assar o a calentar, porque su hambre lo requería. Y habiendo comido d'ella lo que le pareció, se echó a los pies de los robles, donde no estuvo mucho quando, con espessas lágrimas y suspiros, comenzó ha inchir aquellos valles y, como aquel que sus quejas por solo el Criador pensava ser oídas, encendiendo el ayre con solloços, que la meytad entender no dexavan, comenzó a dezir:

–¡Ay, príncipe sin ventura! ¡Ay, cavallero sin abrigo! ¿Quién te hizo guardador de bravos animales? ¿Quién te hizo leonero por fuerça de estos en quien tan poca seguridad tienes? ¿Quién abaxó tu alto estado a tan miserable vida? ¡O, afortunado, y cómo te combiene morir en esta bruta y salvaje vida sin que jamás la causa de tu muerte se sepa! Mas, ¡ay de mí!, ¿de qué me lastimo y me querello? ¿Quién jamás tal yerro cometió como yo, para quien este es pequeño tormento? ¡O, infanta Rosaliana, y cuánta sangre me costó tu vista, y agora me costará la vida! ¡O, mi señora Hermiliana, quién vastara ha mostraros la hemienda del yerro cometido, como bastó a mostraros la mayor deslealtad quantas jamás fueron oídas! Mas, ¡ay de mí!, que no soy yo don Clarineo, pues vos no me conocistes, ni aquel que por justa razón me deviera conocer. ¡O, soberano Señor, quién pudiera enbiar en su muerte el corazón a quien la mejor parte d'él tiene en vida!

No oyan estas palabras los príncipes con poca alegría, aunque [la] lástima de ver con cuánta razón el amanzillado* cavallero se quejava les hazía derramar abundancia de lágrimas; y, por no ser sentidos, no se hablaban el uno al otro palabra, por ver en qué pararía el remate de sus quejas, las quales por toda aquella noche no cessaron, hasta tanto que, quando a los carros de Apolo los uñían* los sus hermosos cavallos, se levantó, metiéndose por la ysla adentro.

–¿Qué os parece, mi señora –dixo don Belianís– de tal lealtad? No sin causa os dezía yo que tenía a don Clarineo por perdido, que tal aventura como esta no mereze ser olvidada.

–Bien me plaze –dixo Hermiliana, sus más graciosos ojos que otros del mundo hechos fuentes de lágrimas– que, como vi el yerro, aya visto la enmienda; de que don Clarineo aya hecho tal locura me pesa, que con un suspiro de tantos como él por esta ysla ha dado le perdonara yo mi muerte y quedara más que satisfecha.

–Aora, mi señora –dixo don Belianís–, yo quiero entender en estos negocios como de aquí adelante no subcedan estos desconciertos.

–Hazed de mí lo que quisierdes –dixo Hermiliana–, aunque la satisfacción es muy poca para lo que don Clarineo meresce.

–Yo beso vuestras manos por tan alta merced –dixo don Belianís–, la qual yo acepto por el

⁵⁷⁸ Folio erróneamente numerado como 136.

cavallero que, a mi ver, mejor lo meresce de quantos en el mundo ha avido.

Y con esto se baxaron de los robles. Para buscarle se subieron a lo más alto; viéronle venir por un valle, en el qual le vieron començar con un dragón una temerosa batalla, en la qual se vía tan diestramente y los príncipes se olgavan tanto d'ella como de todas quantas huviessen visto. Pesándoles de que un tal cavallero huviesse estado tanto tiempo sepultado en tal parte y haziéndoles tarde el hablarle, se fueron donde él estava; que, como los viesse venir, echó los leones al dragón, que en breve le hizieron pedaços, se vino para ellos, que de su ábito y manera assí los tenía espantados, y con alguna fingida alegría les dize:

–¿Qué ventura es, señores, la que hos á tornado a este puerto tan desconoscido para los navegantes como peligroso para los que en él entran?

–Deseo de ber un cavallero tal como vos –dixo don Belianís–, que os hago saber que en ninguna manera os tenemos de dexar en esta tierra.

–Sí haréys –dixo don Clarineo–, que yo estoy bien contento con morir en tal parte.

–No lo es aquella por quien vos tomáys tal vida –dixo don Belianís–; por esso, con licencia de quien tenéys presente y perdón de vuestro tan conoscido yerro, bien podéys veniros con nosotros.

No pudo más con su corazón detenerse la hermosa Hermiliana, que biva sangre en lugar de lágrimas a sus ojos embiava, y con aquel amor tan entrañable que le tenía le fue abraçar, diciendo:

–¡Ay, mi señor don Clarineo, dad el castigo, si otro mayor que veros tal merece, a quien tanto mal hos ha causado! ¡O, mi señor, qué gran esperiencia havéys mostrado del amor que a quien tanto hos quiere debíades!

Diziendo esto tenía a él en sus braços, tan apretado que no le dava lugar para besarle las manos; antes, teniendo su rostro junto con el suyo, derraman el uno y el otro, de ylo en ylo, las lágrimas tantas y tales que a don Belianís forçavan a hazer otro tanto.

–¡Ay, mi señora! –dixo don Clarinero–, ¿y es posible que avéys perdonado tan grave offensa como la que yo contra vos cometí? ¿Es verdad que en tal parte os veo, deviendo huýr de tan mal cavallero como yo?

–No habléys en cosas passadas –dixo Hermiliana–, que, si bien lo miráys, yo soy la que tengo de demandar el perdón. ¿Qué crueldad fue la vuestra, que no quesistes daros a conoscer a los que en vuestra busca han andado tantas tierras con tanta pena de vuestra ausencia?

–Agora, mis señores –dixo el príncipe don Belianís–, pues yo también he passado parte de mi trabajo, quiero llevar parte de la merced.

Entonces, tomándoles las manos, con grande alegría y contentamiento de entr'ambos los desposó, y la hermosa francesa abraçó y besó al denegrado salvaje, no le pareciendo menos ermoso que quando del duque de Calés la librra. Y, con la mayor alegría y contentamiento que se ley aver avido entre dos amantes, con las armas que tan alta victoria el príncipe don Clarineo ganara, dieron

la buelta para la fusta, llevándose los dos príncipes don Clarineo y Hermiliana de las manos, contando las aventuras que por ellos avían passado; donde, llegando, apenas el rostro salvaje por el conde fue visto quando al príncipe conoció, y con una grande voz le fue a abraçar, diziendo:

–¡Ay, soberano señor! ¿Y cómo es possible, que veo la más estraña aventura que jamás vio cavallero?

Y, hincando las rodillas en el suelo, le besó las manos. Don Clarineo le hizo levantar, diziendo:

–¡Con tales descubridores, no hera possible con otro mayor disfraz poderse nadie encubrir!

Maravillada estava Serinda, viendo las cerimonias que con aquel cavallero se hazían, y a la donzella de Hermiliana pregunta quién aquel cavallero fuesse.

–Según lo que veo –dixo la donzella–, este es don Clarineo de España, por quien tanto tiempo ha que mi señora y el príncipe don Belianís andan perdidos.

–Pues de esse mal –dixo Serinda– mi parte me ha cavido a mí.

Entonces fue a hincar las rodillas ante Hermiliana, que, viendo aquel paje hazer tal novedad, le levanta, preguntándole qué quiere.

–¡Ay, mi señora! –dixo Serinda–, saved qu’el alegría de haverse acavado tan bien vuestra jornada y la del príncipe don Belianís no me consiente encubrirme más, que, aunque con mis trabajos no me conocéys, ya muchos días fueron que nos criamos juntas. Yo soy vuestra prima, Serinda, hija del duque [de] Normandía.

Entonces le contó cuántos años avía que en disfrazado hávito acompañava a don Belianís. Abraçola Hermiliana con grandíssima alegría, que a ninguna donzella quisso jamás tanto como a esta, y [a] don Belianís se le quexó de no haverle dicho antes quién fuesse.

Y, passando con esto y otras cossas plazer, estuvieron allí unos días. En el entretanto que la fusta se hadereçava salían a caça con los leones, donde no faltó alguna vez que, perdiéndose en ella el príncipe don Clarineo y la princessa Hermiliana, cumplieron sus desseos, con no menos alegría / [130]-r^o/⁵⁷⁹ entr’ambos que hasta allí passaran de trabajos; y en los más altos plátanos o fresnos que por allí topavan con semejante alegría escribían de la suerte que allí se hallaran los dos queridos amantes, por cuyos rétulos, quando estas partes por los españoles f[u]eron⁵⁸⁰ descubiertas, se llamaron las Islas de los Dos Amantes, no muy lexos de la Florida.

Capítulo 18: De la jornada que don Belianís y los demás hizieron desde las yslas hasta Francia.

Quando los mortales coraçones están en la mayor angustia y trabajo, entonces con más

⁵⁷⁹ Folio numerado erróneamente como “129”.

⁵⁸⁰ *fneron*.

efficacia han de inestir en rogar al soberano Señor por s[u]⁵⁸¹ remedio, a quien no cuesta más de remediar las grandes que las pequeñas necesidades, haziéndolo todas las vezes que con la humildad necesaria se le pide. Y aunque algunas vezes nos parezca dilatarlo, es para mayor bien nuestro, assí porque, paresciéndonos que con difficul[t]ad⁵⁸² se nos concede, nos apartemos de offenderle, como porque con el pedir lo merezcamos. Memoria quedará para siempre d'este hecho de don Clarineo, a quien el soberano Señor quiso tanto que, después de averle guardado mucho tiempo, le concedió lo que tanto deseava; con cuya alegría, ya que los marineros repararon la fusta (y en ella hizieron un artificio en que los leones fuessen, que por ninguna manera los quiso dexar don Clarineo, que con él yban tan mansos como corderos), se metieron a la mar, desplegando las velas a los ligeros vientos, corriendo aquel espacioso océano con tanta ligereça que en treynta días en el antiguo puerto de Sancta María se hallaron. Y, como aquellos a quien la mar traýa enojados, se desembarcaron por ver al rey Toloyano, su agüelo.

Cosa espantosa hera de ver aquella compañía, cercados de doze leones tan domésticos como perros de caça; y, no haziendo largas ni aun derechas jornadas, con el desseo de ver la tierra vieron la populosa Sebilla y noble Granada y cavallerosa Córdoba, con todas sus ciudades comarcanas, y passando las sierras negras, entrando las riberas de la tendida Guadiana, mucho se holgavan en ver la hermosura de la tierra, con tanta frescura de campos y arboledas. Gozávase mucho Hermiliana en ver aquellas tierras, de que esperaba sus hijos serían señores. Venían ya por las veredas de Placiencia, mirando tantas frescuras y fructas, hasta entrar en los reynos de León, a la parte donde agora son los Generales Estudios españoles, y de allí passaron los llanos de las villas ricas hasta llegar a la antigua ciudad, cabeça de los castellanos reynos, madre de los reyes, cobradora de sus reynos, de cuyo balor, aunque no se contase, mi señora, más del que de vuestra valerosa persona se le participa, no bastaría mi torpe estilo, en el qual basta lo que hasta agora he perdido sin meterme más adelante; donde vieron que toda la cavallería se havía juntado para passar en Grecia y avían de yr a embarcar a la playa de Barcelona para se juntar en Marsella con el rey Astrideo de Francia, que también en persona quería passar en Grecia. Gran contento les tomó de ver tan hermosa cavallería, con tantas y tan ricas vanderas y estandartes. No vieron ellos jamás tan bien adereçada cavallería como allí estava, tan bien guarneçidos de armas y cavallos. No sé, mi señora, si nuestra floxedad o descuydo lo ha causado lo ha causado o ser más ricos y poderosos que nuestros passados, que, aunque agora nos juntássemos todos, no se haría un ejército assí adereçado como este. Passavan de sessenta mil hombres de cavallo los que en él yvan, que aun agora de infantería se hallarían /130-vº/ apenas, todos costosos y adereçados.

¡O, España! Cuando leo tus cosas y te veo, no sin lágrimas lo escribo. Sola Aragón, si no me engaño, solo un conde de Barcelona hazía vivir con cuydado al francés; tendían sus términos hasta el

⁵⁸¹ *sn.*

⁵⁸² *difficulrad.*

Ródano de Francia, y agora, con un príncipe tan poderoso, tan belicoso, tan deseoso de la inmortal fama, puestos los días y noches en el campo, no sé lo que passa, ¡o españoles! Deve ser la culpa que, habiendo crecido en rentas y dineros, con tantos mineros de oro y plata, necesitamos nuestros reyes, con pedir largas y recidos sueldos, no nos juntamos sino tarde. Y cáusalo que, con el regalo, tomamos mal las armas; con la riqueza, no ay quien trabaje en estos tiempos; no hera necessidad de tantos pífanos y atambores, cada uno sabía dónde era menester para ser allí luego con armas y cavallo. Agora no se harán con offrecer sueldos, con yr nuestro rey delante, con largas dádivas y y dones suyos, diez mil hombres en diez años. Mirad, cavalleros, que, si no bolvéys al antiguo exercicio de vuestros passados, no conserváys sus honores, los mayorazgos, los vínculos. Para esto los hizieron los fundadores, no para regalos, banquetes ni fiestas. Quando el cathólico y poderoso rey don Fernando ganó a Granada, hechó de Navarra a los franceses; y, quando el affricano Cipión derribó a Cartago, cada uno d'ellos pensó haver hecho la mayor jornada, el mayor bien de su república; y tornose al revés porque, Cartago destruyóda, sentose Roma con los vicios a la mesa; y, quitada Granada, bien veys quál quedó la cavaller[í]a de España. No quiero tomar más licencia, que basta lo que el tiempo nos muestra.

Yva por general capitán un cavallero que unas bandas atravessadas con unas cadenas en la una parte, y en la otra, unos castillos y leones, llevaba por armas, las quales yvan junto al estandarte real, al pie del qual yva una bandera con una cabeça real, y al derredor, como por orla, siete castillos, conocidas armas burgalesas. Llamó don Belianís un cavallero de los que por allí derramados andavan, al qual preguntó cúyas fuessen aquellas armas y band[e]ras⁵⁸³; y él se lo yva contando todo particularmente, encaresciéndole grandemente el valor de algunos particulares cavalleros, de que don Clarineo rescebía estraño contentamiento.

–¿Havría –dixo don Belianís– entre esos cavall[er]os quien quisiesse romper una lança con uno de nosotros?

–No ay quien no lo haga allí –dixo el cavallero–, y si vos, señor, queréys, yo lo yré a dezir al capitán general, que d'esto rescibe él mucho solaz.

–Agora se lo dezid, por amor de mí –dixo don Belianís.

El cavallero se fue para el capitán, y con la desemboltura suya, que no hera pequeña, le dixo:

–Excellent señor, allí van unos cavalleros tan acompañados de estraños animales como de excelente dispusición; mándante por mí dezir, porque son de estrañas [t]ierras⁵⁸⁴, para contar en ellas el valor de los cavalleros españoles, les imbés alguno con quien corran las lanças que traen.

–Dezidles –dixo el capitán– que se adereçen, que luego son con ellos.

El cavallero bolvió con la respuesta, y luego vieron mucha cavallería tenderse en puntas a la una parte y a la otra, y de entre ellos salieron quatro cavalleros bien adereçados, los tres de unas

⁵⁸³ *bandsras*.

⁵⁸⁴ *rierras*.

armas cárdenas; en el escudo avían por armas un león al pie de una torre, con siete estrellas en la horla, y el otro de armas asmaravillas⁵⁸⁵, y en el escudo una sola águila. El qual, adelantándose de todos, se dexó venir para don Belianís, que esperándolo estava. Los cavalleros heran animosos, los cavallos corredores y las lanças gruesas, de lindo fresno. En la fuerça suya se enqüentran tan bravamente que el cavallo de don Belianís se hizo atrás bien tres passos y, aunque él se tubo valerosamente, no por esso dexó de hazer rebés en la silla. El cavallero español cayó del cavallo, y aun algo he- /131-vº/ -rido debaxo del braço; y tornándose a su puesto corrió para el segundo, que para él se venía. No fue encontrado con (me)menor fuerça de el segun[d]o que lo fuera de el primero, que el encuentro fue tal que todas las ternillas le dolían. Perdió el un estrivo, mas el cavallero los perdió entr'ambos y en el suelo dio una muy mala caída de cabeça, tan peligrosa que sus compañeros cuydaron le huviesse muerto, Otro tanto avino a los otros dos, de que siendo enojado el capitán, manda a otros quatro cavalleros salir a las justas; que, como el príncipe don Belianís los viesse, a la princesa dize:

–Estos cavalleros, mi señora, cuydan que havemos de justar con todos ellos.

–Vámonos –dixo la pri[n]cessa Hermiliana–, y dexémoslos, pues no se comiden*.

Entonces se encerraron entre sus leones y dieron la buelta su camino adelante. A los cavalleros les pesó por no vengar a sus compañeros; mas, como no hera seguro acometerlos entre semejantes bestias, los dexaron hir, contando a aquel cavallero por muy valiente.

De aquesta suerte caminaron aquellos príncipes hasta entrar en el reyno de Nabarra, passando el famoso Hebro, dándose grande priessa por llegar a Caragoça de Aragón, adonde dezían estar el rey Toloyano, no con propósito de hablarle por no detenerse. Y ansí passaron por ella y toda Aragón con la parte de Cataluña hasta llegar en Barcelona, donde passaron algunos días, esperando que las atrevidas galeras catalanas havían de passar en Constantinopla. Mas como aquello se detuviesse, y también su fusta, que allí mandaron venir, acordaron llegarse hasta Abiñón, donde tenían nuevas que el rey Astrideo estava; y, passando los Perineos, un día que a la cumbre d'ellos llegavan, el mismo carro de Merlín vieron venir, que, siendo por todos conocido, aunque Hermiliana cuydava que en el que fuera llevada al encantamiento de Medea fuesse, huvieron mucho plazer. Los furiosos grifos pararon en la cumbre de la montaña, y el sabio Merlín se vino para los príncipes. Y, con grande alegría, don Belianís lo abraça, y a Hermiliana dize:

–Mi señora, con grande razón estáys alegre por aver hallado a este príncipe, pues en su tiempo tendrá en paz los dos reynos, que antes jamás la conocieron; aunque, quando vi la dureza s[u]ya⁵⁸⁶, bien quisiera dexarle allí algún tiempo. Mas el soberano Señor lo dispuso de otra manera; con razón es de vos querido, que nunca cavallero hizo yerro que tan bien le pagasse.

–Lo que a mí toca –dixo don Clarineo–, yo quedo en obligación de agradecerlo, y lo que a

⁵⁸⁵ ¿Será “a(s)mar(av)illas”?

⁵⁸⁶ *snyá*.

mi señora, ello se tray consigo el galardón.

–Vos, mi señor, dezís verdad –dixo Merlín–, y porque de aquí a Abiñón vuestro detenimiento podría causar algún peligro, meteos en este carro, que seréys allá más breve, porque sabed que el duque de Normandía, padre de esta hermosa dama, y el príncipe Sabiano de Trebento, tienen para mañana de combatir en campo aplazado, de lo qual a alguno d’ellos le podría subceder la muerte.

–Gran temor tengo de esso –dixo Hermiliana–, que, aunque mi tío sea uno de los buenos cavalleros de Francia, Sabiano de Trebento tiene pocos yguales.

–Démonos priesa –dixo don Belianís–, que esta es quística muy vieja entre estos cavalleros y, pues no han podido concertarlos el emperador, mi señor, y el rey Astrideo, que lo tenían en las manos, el rompimiento de uno d’ellos será hasta la muerte. Sabed que, si Sabiano no estuviera para esta jornada, tocaba a mí esta batalla.

Entonces les contó de la suerte que en Siria le hallara herido y cómo él se lo encomendara. Y con esto se metieron en el carro, donde hallaron maravillosas aventuras, pintadas tan al natural como si fueran bivas: allí estava la manera cómo don Clarineo fuera allado.

Y otro día allegaron en Abiñón, yendo por el saber /131-vº/ de Merlín el carro imbisible; y, como aquellos que sabían bien la tierra, tomaron sus cavallos, encomendando Merlín a don Belianís se bol[v]iesse⁵⁸⁷ luego, que combenía.

Assí fueron hasta los reales palacios, donde era el aplaçado campo. Vieron en torno d’él, por seguro del campo, puestos más de seys mil cavalleros. La batalla se havía començado. Los príncipes entraron por la guardia, los quales, paresciéndoles cavalleros de valor, cuydando que querían mirar, los dexaron entrar. Mas bieron al buen duque de Normandía herido de dos heridas y, aunque animosamente se combatía, buscara su muerte: porque aunque él, con sobervia francesa, no quisiera concertarse con el de Trebento, no heran nada yguales en las armas. Que, como Hermiliana lo viesse, y con ella los príncipes y Serinda, se metieron por el campo; el qual, viendo assí locamente entrar a aquellos cavalleros y donzella, todo se alborotó, dando voces se detuviessen. Mas ellos no curaron de esso, porque, llevando desenlaçados los yelmos, los quitaron de las cabeças, dándoles voces que no passasse la batalla más adelante, si no les querían dar enojo. Turbose tanto Sabiano de Trebento quando vio a don Clarineo que la espada se le cayó de la mano, no pudiendo dar más golpe. De alegría ocupó sus miembros tanto que assí temblaba como si le huviera dado perlesía*. Otro tanto acaesció al duque; conociendo a su princesa y a su hija, hincose delante d’ella de rodillas, pidiéndole las manos. Mas ella le levantó, diziendo:

–¿Qué es esto, mi señor, que el tiempo que los cavalleros han de dar consejo toman batallas? Agora de descansar, y no de pelear, hera tiempo. No es menester aquí otra cosa sino que vos y

⁵⁸⁷ *bolniese*.

Sabiano de Trebento seáys buenos amigos, que ay está su príncipe, que se lo mandará.

–Mi señora –dixo el príncipe–, en todo he seydo yo el culpado, mas no lo seré en dexar de obedeceros, que en esso yo gano, como quien tenía a punto de perder la batalla.

No fue menester mucho con estos cavalleros, que a la hora fueron buenos amigos, abraçando Hermiliana y don Clarineo y el conde Gariano a Sabiano de Trebento, y el duque a su querida hija Serinda, que no tenía otra. Por el campo se dieron muy grandes voces que la princesa Hermiliana y los príncipes griegos heran aquellos, con grandes alaridos de toda la gente común. El rey Astrideo y la reyna baxaron a la plaça, mas encontráronlos, que ya benían todos. No ay alegría que a esta allegue; abraçaron los reyes a su hija con tantas lágrimas como antes derramaran por su ausencia.

–¡Ay, mi hija –dezía la reyna–, y qué coraçón tan cruel ha sido el vuestro, que en tantos años no ayáys visto, ni aun siquiera héchonos saber si hérades biva ni muerta!

–No ha sido otra cosa en mi mano –dixo Hermiliana–, que Serinda y yo havemos estado en un encantamento, donde nos libró vuestro Cavallero del Dragón, que aquí viene.

–¡Sancto Dios! –dixo la reyna–, agora os perdono todo el enojo que de vos tenía, pues havéys traýdo este cavallero donde le pudiesse ver.

Entonces abraçó a don Clarineo, diziendo:

–Mi señor, la otra vez, qua[n]do yo os vi, no teníades tan mala color, aunque entonces y agora soy muy buestra enamorada.

El rey y don Belianís se abraçaron, pidiéndose el uno al otro las manos. Y por no me detener, todos fueron muy bien rescebidos, con la mayor muestra de alegría que jamás lo fueron otros, y llevando a curar al duque, ellos fueron apossentados en los reales palacios, donde estuvieron todo aquel día y otro. Mas viendo don Belianís que le combenía partir, por consejo de Hermiliana y don Clarineo tomó al rey aparte; con aquella su grazia, que a qualquiera combidaría a hazerle plazer, le supplicó tuviesse por bien de dar a la princessa Hermiliana por muger a su hermano, al príncipe don Clarineo, pues /132-rº/ de la bondad de la persona ya él estava asegurado, y en lo demás, después de los días del rey Toloyano había de ser heredero de España, porque en aquello a él y al emperador, su padre, haría merced, y los tendría siempre de su mano para qualquiera cosa que le cumpliesse. El rey Astrideo, que otra cosa no desseava, le dio las gracias y lo aceptó por su parte, diziendo que luego lo hablaría a su hija y a la reyna. Y así lo hizo, que, no se les haziendo muy de mal, aquella tarde fueron desposados.

Y otro día don Belianís se partió, encomendádoles su partida en breve, diziendo que él sería más presto que otro en Constantinopla, como quien mejor aparejo para caminar llevaba. Y así se fue con Merlín, sin llevar a nadie consigo, y de ay a veynte días llegó nueva que el rey Toloyano venía por mar. Y con esto el rey se recogió a Marsella y se hizo a la mar, con toda la gente de Inglaterra y Escocia, la buelta de Grezia.

Capítulo 19: Cómo los paganos llegaron sobre la ciudad de Constantinopla.

Guardar me combiene en esta obra la orden del diestro tañedor, que para consonancia de la música, agora las agudas y después las graves cuerdas le combiene tocar, y las más vezes todas juntas, pues andar de (de) todo punto sola no es possible, y así, en lo que algo yré lexos de las agudas cuerdas del amor, prosiguiendo espantosas guerras y batallas, aunque, como bien ha sido de la yerva, donde quiera que fuere llevaré tras mí muchas de sus cosas. Por agora, valerosas damas, las que no soys a trances y hechos de guerra aficionadas, supplíco's perdonen, que tampoco lo escribiera yo si del amor estas no procedieran.

Estava el emperador don Belanio con diversas nuevas de unas y otras partes, por las quales él sabía que ya el armada de África y Alemania habían passado el estrecho la buelta de los partos, donde se habían de juntar con los tártaros, persianos y trapisondes, con los rebelados babyllónicos, con tan sobervias y pujantes armadas quales nunca fueron oídas; y, como aquel que por cosa del mundo no se quisiera ver cercado, dava gran priessa con diversos correos a unas y otras partes para juntar sus gentes. Y de sus valedores tenía en Constantinopla lo mejor de las naciones griegas: estava toda Tesalia, Macedonia, Magencia, Licaonia, Mesenia, Achaya, Hungría del Peloponesso, con tantas gentes que de trezientas mil passavan. Hera el emperador tan animoso que, si no tuviera par de sí a Florisbella, él passara en su busca. Mas víala cada día con la ausencia de don Belianís tan triste que no ossava apartarse d'ella una hora, porque, si lo hazía, quando bolvíala hallava tal que renegava de sí mismo, paresciéndole que no había en todos sus enemigos para el otro contrario y igual que Florisbella; la qual, aunque con su discreción procurava encubrirla, no le era possible, que el mal del corazón difficultosamente se encubre adonde está. Parescíale que, si la muerte le viniese, le sería grandíssimo descanso. Y en esta imaginación estava muchos días, hasta tanto que soñó que veía venir a su querido señor, y que consigo traía a Belflorán, su hijo. Y paresciéndole que devía de ser verdad, perdió la imaginación, desseando vivir por verlo. Alegrose algo más, y comenzó a darse al monte, dando lugar al emperador que entendiese en las cosas de la guerra, de que a él le plugo mucho, que tenía d'ello necesidad, porque ya las nuevas heran ciertas de la cercana llegada /132-vº/ de sus enemigos.

Y assí era verdad, que se habían juntado en un puerto de los partos que confina con Persia, y allí habían ordenado todas sus cosas según que mejor les había parecido. Vino tanta gente que a Periano le pesó, paresciéndole que no podría entre ellos haver el concierto desseado. Mas engañávasse, que como esta guerra de largos tiempos fuesse aparejada, no [t]rahían⁵⁸⁸ assí la gente como quiera, sino la flor de todas sus tierras. Venía Periano, como cavallero bien acertado, con ciento y cinquenta mil cavalleros, de sus tierras los más d'ellos; como los partos y medos, trahían

⁵⁸⁸ rrahían.

arcos, con los quales, antes de tomar las lanças, hazían grandíssimo daño. Trahía toda la caballería rica de sus tierras, que, como aquel que esperaba que la guerra duraría largos años, más quería traer gente que a la necesidad con haciendas y personas le pudiesen socorrer que no necesitarle con pedir el sueldo, que continuamente es lo que impide grandes y generosas empresas. Traía dozientas galeras cumplidas, de treynta bancos por banda, algunas mayores, con quatro remos al banco, y otras menores, y con ellas ochocientas naos sin otros innumerables adereços y recados para passar los cavallos.

Venían el potente Ario Barçano, con tres⁵⁸⁹ tanta gente; vínose por las islas Gigantea y Sagitaria, y a red barredera ningún gigante ni sagitario dexó, de quantos pudiesen tomar armas, que no le traxesse consigo. Trahía más de treynta mil d'ellos, tan altos como pinos; bien cuydavan estos que ellos solos bastavan a hazer esta guerra.

No quiso quedarse el Gran Tártaro, su padre, como aquel que desseava más sepultura en Grezia, por no apartarse de su hijo, que no vida descansada en su tierra. Trahía unas balchas grandes para los cavallos, hechas de tal forma que cada una llevaba treziendos cavallos más o menos, con que, conforme al grandor d'ellas, que era hermosa cosa de mirar, porque traía más de dos mil d'ellas, con tantas carroças y naos de a[r]mada que parescen cosa de imaginación.

Vino la cruel Claristea con toda la gente y cavallería alemana, a cuya hermosa cavallería ninguna de sus contrarios, digo de sus valedores, y gualava, y aún no fuera mucho, ni de los unos ni de los otros. Traía hasta ochenta mil de cavallo, y ciento cinquenta mil infantes; la armada de mar, como de gente más diestra, muy mejor, porque la cavallería alemana a su costa la hiziera, como cosa en que particularmente querían mostrarse.

¡Quién diría de la suerte q[u]e⁵⁹⁰ venían apercebidos los babilónicos y trapisondes, con cuántas naos y galeras! Y, viendo que los affricanos algún tanto se detenían, començaron a navegar con passados de siete mil navíos, entre naos y galeras, yéndolos esperando.

De todo esto estava ya avisado el emperador por el valiente duque Armindos de Tebas, el qual con trezientas galeras cada vez llegava asta sus puertos, que, como no pudiesse ser acometido sino por gran parte del armada, hazíalo muy a su salvo. Y, no se desviando mucho de Constantinopla, cada día esperaba su llegada con los mejores apercibimientos que nunca sus passados tuvieran; que una mañana, ya que el sol sus hermosas hazes comenzava a tender por la tierra, restituyendo la color que a las cosas las noturnas dehezas quitaran, regozijándose todas las cosas con la tranq[u]ilidad⁵⁹¹ que se mostrava, de la atalaya se descubrieron tres o quatro armadas que parecían venir en conserva*, con tanta muchedumbre de hermosos estandartes, que por las gatas y gabias venían puestos, y las velas desplegadas a bendaval fresco, que unas grandes ciudades

⁵⁸⁹ Aquí parece que falta algo; quizá hayan saltado una línea.

⁵⁹⁰ *qne.*

⁵⁹¹ *tranquilidad.*

parecían; que, teniéndola por armada contraria, por toda Constantinopla se comenzó a sonar tanto ruydo de armas que no se oían unos a otros. Los imperiales clarines se tocaron con la canpama de Santa Sophina, a cuya señal no quedó en la ciudad cavallero más de los que para la guarda estaban señalados. Todos salieron a las riberas, y allí aquel valeroso príncipe Arsileo se Hungría repartió [t]oda⁵⁹² la gente en tres batallas, las quales mandó /133-rº/ que, tendiendo sus yleras lo más largo que les fuesse possible, estando los unos en socorro de los otros, no quitassen los pies de la arena porque si, con estar con ellos en tierra firme y sus enemigos en el agua les ganavan el puerto, no se podría tener para adelante esperança de buen subcesso. Y con esto esperaron por ver lo que subcedía.

Estavan con el emperador muchos cavalleros de quien él hazía mucha qüenta; estavan los valientes Narsenio, Oratio, Argentino, que las justas de Constantinopla defendiera. Estavan aquellos dos animosos don Baldín y don Manuel de Portugal, que en el grado que a sus hijos los quería, haviendo muy poco que de buscar a don Belianís bolvieran; don Castel de la Rosa y Briamor de Argos, con toda la cavallería griega. Mas en verse sin sus tres hijos, sin Sabiano de Trebento, sin el Cavallero Salvaje y otros de la tabla inglesa, sentíalo en el alma.

Mas a esta hora llegó al puerto el valentíssimo duque de Tebas con sus galeras, el qual, saltando en un esquife, al emperador dize:

–Soberano señor, meteos en aquellos galeones, que para esta batalla son más rezios, y reforcemos con gente principal estas galeras, mas que sabed que se nos acerca la más memorable batalla que jamás fue en la memoria de los mortales. Mandad poner en oración a los que no son para hallarse en ella, que el Criador de todos mirará por su pueblo. Sabed que estas armadas que aquí vienen todos son de nuestro socorro; aquí en la delantera vienen la flor de España y Francia, y los que los siguen son ingleses y i[t]alianos⁵⁹³ con la gente de Escocia. Los que aquel [c]ostado⁵⁹⁴ van borlabenteando, metiéndose a la bolina*, son el rey don Luzidaner de Troya, mi señor, y el rey de Antiocha, don Brianel. Vienen con ellos todos los reyes, sus vassallos, con tan poderosas armadas que a quien no huviesse visto lo que yo, dificultoso se le haría creer que otra cosa semejante se aya visto. Mas sabed que antes de dos oras serán con nosotros nuestros enemigos, con la mayor pujança que lleva el entendimiento, porque a la passada de Galýpoli se les han juntado los affricanos. Mas combiene que, porque conozcan que en la mar, donde ellos tanto se estiman, los tenemos en poco, que aquí a la salida d’este braço de San Jorge les representemos por estos espacios la batalla, donde, si la Fortuna no nos es más contraria que hasta aquí, ya podría ser que no pisassen las yervas de Grezia.

Abraçole el emperador al buen duque de Tebas con entrañable amor, como aquel que no cuydava que señor tuviesse tal vassallo; y assí hera la verdad, que, si él no tuviera un cierto brío en

⁵⁹² *roda.*

⁵⁹³ *iralianos.*

⁵⁹⁴ *eostado.*

sí, con el qual pensava ser ygual a quantos príncipes tuviesse el mundo, fuera el mejor vassallo d'él. Mas esto muchas vezes le hizo passar del pie a la mano* grandes saltos; y, confiado en lo que dezía, le respondió:

–Hordenad, duque, a vuestra guisa, que todos somos soldados vuestros.

El duque le besó las manos; y, teniendo adereçados doze galeones algo bajos de borde, para que, abriendo por el un costado, a la necessidad se ayudassen de los remos, en ellos se metió la principal cavallería de los griegos. Y, repartiendo por sus galeras otros quinze mil cavalleros, los que a él mejor parecieron de los macedónicos, a quien él era más afficionado, salieron del puerto, dando grandes clamores por toda la ciudad. Tomaron la buelta de los españoles, que a la hora conocieron en la altura de sus gabias y castillos y leones que en el estandarte traían, aunque no los conocían bien, que vían junto con los leones los lirios de oro franceses, y cuydavan que por comedimiento se traxessen. Mas, como de la flota se conociesse a la hora ser salido del puerto el imperial estandarte, todas abajaron; y no paró en esto solo el comedimiento, porque, viniendo para aquello apercebidos, todas pusieron las griegas banderas, no quedando ni aun señal de agenas armas en toda la armada. El galeón imperial passó por todos, saludando a unos y a otros, al remo, hasta llegar a la ga- /133-vº/ - lera en [que] aquel tan valeroso rey de España venía y, conociéndola, se hizo passar a ella. Y acertolo bien, porque venían juntos todos los príncipes, porque, aviendo visto venir a sus enemigos, se avían juntado a consejo de lo que hazer les combenía. Y viendo al emperador, todos se fueron a las escalas a esperarle, y él subió con solos quatro cavalleros: don Baldín y don Manuel, y Arfileo y el duque Armindos. Conosciendo por la gravedad y manera al rey Toloyano, fue a hincar las rodillas; mas abraçolo el rey, no se lo consintiendo, diziendo con el esfuerço suyo:

–Bien es, querido hijo, que quien hasta agora moço y con paz no me ha querido bisitar, venga yo a verle, viejo y con guerra. Mas, pues ello combiene más assí a vuestra honra, cúmplasse con ella, que esso es lo que yo más quiero.

–Mi señor –dixo el emperador–, el haver sido yo tan moço como vuestra alteza dize me quita la culpa de no aver cumplido con lo que yo tanto devía, porque me ha faltado el sesso para ello, que de otra suerte claro está que no huviera dexado de hazer lo que todo el mundo á echo.

–Ahora bien –dixo el rey–, que bien podré dezir que quedo en deuda a vuestros enemigos, pues a su causa gozo de vuestra vista. Hablad a estos reyes, quien tanto trabajo por veros han tomado.

Fue el emperador por abraçar al rey Astrideo de Francia, mas halló en medio dos cavalleros que, incando ante él las rodillas, le pidieron las manos. El emperador no se las quiso dar, no los conociendo, que tenía priessa por rescebir a todos aquellos príncipes; mas el rey Astrideo le dixo:

–Dádselas, mi señor, que cavalleros son que lo merecen.

Entonces se quitaron los yelmos, con cuya vista dio el emperador una gran voz. No fue tan alegre ni turbado más havía de diez años, conociendo a don Clarineo y Hermiliana; que, como a don

Clarineo tanto tiempo había tuviese por muerto, fue tanta su alteración que, sacándole de su acuerdo, quedó entre los brazos de entr'ambos, los cuales le(s) besaron las manos. Mas tornando en sí, viendo lo que Hermiliana hiziera, le dixo:

–Estremada princesa, no sé cuándo os hize yo tanto agravio que mereciesse haverme hecho caer en semejante descomedimiento. Dadme, mi señora, vuestras manos, las cuales es más justo besen todos los cavalleros del mundo, pues son tan hazañosas que dan fin a lo que ellos no ossan emprender.

–No ay descomedimiento ninguno, mi señor –dixo el rey Astrideo–, que no es menos vuestra hija que el príncipe don Clarineo, que sabed que el príncipe don Belianís, mi señor, lo hordenó ansí.

Esta fue otra nue[v]a⁵⁹⁵ alegría para el emperador, y abraçó y besó en el rostro a su hija, diziendo:

–Mi querida hija, si en vuestro servicio á sido, agora tengo por poco el tiempo que don Clarineo se ha ocupado.

Passaran más adelante estas razones si no llegaran otros, qu'el emperador no los quería menos. Heran la hermosa Policena y don Lucidaner [de] Thesalia, a los cuales dio mil abraços. Otro tanto hizo al rey de Inglaterra, don Serafín, y a don Brianel y a la Reyna Aurora, los cuales traían consigo los soldados viejos que el emperador, para entretener la guerra, imbiara en Antiochía.

–No es tiempo, mis señores –dixo el duque Armindos– de passar el tiempo en estas cosas, que nuestros enemigos son a las manos. Pássesse vuestra magestad a su galeón, y d'estos príncipes, los que q[u]isieren⁵⁹⁶, que tenemos la jorna[da] en las manos.

Entonces el emperador se bolvió a su galeón, y con él sus dos hijos y la princessa Hermiliana. Y el acertado duque hordenó la naval batalla en esta forma: que, haziendo encadenar hasta cien galeras y barcas fuertes, les mandó poner a la boca del puerto, hazia la parte que llaman Sanct Jorge, dándoles horden que, si por sus enemigos se viessen embistir dando a la banda, no dexassen cosa en qué topar, salvo en las cadenas, porque, haziendo de allí represa, sus contrarios pueda él ay[u]darse⁵⁹⁷ de la batalla, la qual detrás d'ellos estava ordenada para que, si viessen que había deshorden, soltando las cadenas de las galeras los de- /134-rº/ -xassen passar para llegar con sus enemigos a las manos. Y en dos puntas ordenó seyscientas galeras, los cuales, tomando los dos costados de la batalla, passassen ha(n)zia la punta de la playa, para que con toda aquella chusma de baxeles tampoco pudiessen hechar gente en tierra, dándoles mandado que, si tanta deshorden viessen en sus enemigos, procurassen poner de aquella vez a la Fortuna y manos el húltimo suceso de aquellas cosas. Y él fue sobresaliente con hasta cinquenta galeras, las más ligeras, encomendando grandíssimo cuydado a los de los vergantines y fragatas y barcas tuviessen cuydado de socorrer a

⁵⁹⁵ *buena.*

⁵⁹⁶ *quisieren.*

⁵⁹⁷ *ayndarse.*

qualquier galera que viessen perderse.

Y con esso esperaron sus enemigos, que no tardaron una hora en ser con ellos, con tantas belas que la mar por más de tres leguas traían cubierta; que, como descubriessen a los griegos con tan poderosa flota, algún tanto los recelaron. Y juntándose a consejo los generales, que eran el rey de Garamantes, padre de Dolisena, y Periano, con los príncipes de la armada, en una carraca* en que Claristea venía con Ario Barçano, grandes diferencias uvo sobre si la batalla de la mar cessaría o no. El rey de Argel y Zarça heran de parescer que por entonces no se diesse, diziendo que el viento hera de poniente y hera en trabesía, la mar no andava muy llana; sus enemigos, como quien tenía la tierra de su mano, tenían grandísimos socorros, mayormente de bateles de fuego(s) arrojadizo refinado, y lo que ellos traían venía tomado de la mar, la gente fatigada de la larga navegación, el cordelaje y aparejos medio gastado; que, de su parescer, derrotasen más baxo a una playa que él sabía, diez leguas de allí, donde sin riesgo podían tomar tierra, y que la batalla de la mar, si ellos tuviessen tierra, por suya sería en su mano darla quando quisiessen con su ventaja.

Consejos eran de cavallero sabio; mas vino tras él la mano a un loco, no porque el juyzio le faltasse, sino loco de los daños por los griegos recibidos. Hera aquel príncipe Mitridano de Troya, particular enemigo de don Contumeliano, el qual dio su parecer, de todo punto contrario, que no vía la ora de ser con sus enemigos a las manos, que esso tienen los consejos de los muchos y apasionados, diziendo que sería gran cobardía la primera batalla que sus enemigos les representavan dexársela de dar. A esto se atuvo el príncipe persiano y los demás, como aquellos que, haviendo por tierra tantas vezes provado su ventura con ellos, querían ver si por mar les sería Fortuna tan enemiga. Y con esto en la carraca por estandarte se puso una bandera colorada, acostumbrada señal de los asirios quando querían dar sus batallas, y todas las galeras se empavessaron*, y a las gatas y gabias suben los gabieros. Todo se puso en horden para dar la mortal batalla, la qual ordenó el rey Aurismonte en esta manera: hizo tres partes de toda la flota, y temiéndose que si desalentadamente quisiesse tomar puerto con las naos y otras pieças de alto borde que, según eran muchas, podrían romper las unas a las otras, porque la furia del viento fresco las metería ligeras, y metió delante todas las de remo. Mandó que, ayudando las velas mayores a la chusma, tirasen tras sí las naos a jorro*, porque servían de dos cosas: la una, que de las gavias y castillos de las naos, como más altos, podrían pelear sin embaraço aunque las galeras fuessen adelante; la otra, que aunque alguna galera se rompiesse o quemase, sería así más fácilmente socorrida. Mandó particularmente que en el matar del fuego o rotura por la vida ningún cavallero ni hombre que tomasse armas entendiesse, salvo los marineros, para lo qual él proveyó de algunos estrahordinarios, más de los que havia, y a este hizo cuerpo de batalla; a los quales mandó que, agora se abrasassen o hiziessen pedaços, si entre las dos puntas del armada de los enemigos se hallassen, no curassen sino derramar por toda ella grandes granadas de alquitrán y artificiales botafuegos. A los fle- /134-vº/ -cheros se proveyó de fuego gr[egu]lisco* con que tirassen, y esto hera lo más dañoso para los christianos. Y en esta horden

mandó que las dos partes acometiessen las dos puntas largas que Sabiano de Trebento juntamente con el duque Armindos governava, cada qual la suya. Y con esto se vinieron ajuntando para sus contrarios, que con arto desseo los atendían.

Capítulo veynte: De la espantosíssima batalla que en la mar passaron entre las dos armadas.

A esta sazón los christianos estaban rogando a los celestiales moradores que, como medianeros ante el Criador de todas las cosas, le suplicassen que no en aquello fuessen castigados los delictos de sus siervos; y no dubdando de alcançarlo, pues tan justa causa avía para pedirlo, los elementos, y sus gobernadores como segundas causas, a esta sazón hazían de su parte lo possible, porque la mar se hizo bella. Salieron encima sus faunos y ninfas, acompañando a Neptuno; el ayre se refrescó gentil y bien a propósito; dio Eolo la mano a Neptuno, que con su tridente saliera a mirar aquella batalla y, como quien desseava en algo gratificar a los que en tal parte muriessen, a los marinos peçes mandaron que no les comiessen los cuerpos, antes ricas sepulturas les adereçassen. Solían estos dos ser contrarios en la gobernación, mas agora no ay cuydado sino darles más bonança, viento en popa. Con lo qual, ¡o, Apolo, quién te remitiera el escribir con la furiosa tempestad que estos enemigos de nuestra fee mobieron al baxar y subir y boltar de tanta cantidad de belas, al tirar de tantas cuerdas, a la grita de tantos carnizeros cómitres, a los avissos de los patrones y pylotos, que parecía que ya del todo el mundo se deshiziesse! Ref[r]lescóseles el viento tan próspero y tan a propósito que, teniendo ya su hecho por del todo acabado, se metieron por la media luna de sus enemigos, tan pujantes que la tierra, quanto más los navíos contrarios, cuydaran abrir por medio.

Grandemente le pesó al buen duque Armindos de Thebas de verse así acometido con tan gran pujança; temor tuvo de algún desbarate de la furiosa acometida. Metiéronse tan derechos que por poco no tuvieran los encadenados galeones lugar de desviarse para dexar las cadenas tirantes, mas como mejor pudieron tiraron los unos por los otros, no quedando veynte en el espacio por donde ellos hivan. Los quales, vyéndolos desviar, tuvieron por cierto que la batalla que detrás venía hazía lo mismo y, doblando las velas, cargaron con más ligereza por meterse en el puerto. Mas, como los delan- /135-rº/ -teros topassen con las cadenas y unas rompiessen las proas y otras abriessen por bajo las quillas, los que en su seguimiento venían encontraron con sus mismas galeras, y unas con otras hizieron tan mala entrada que no fuera mucho si el aviso del rey Aurismonte no les valiera, que fuera su general perdición; que, si todas binieran a vela tendida, tengo por cierto que todas se rompieran.

Pues como los christianos viessen que su negocio se avía hecho bien, tornando a tirar por las cadenas se tornaron a juntar. Estos traían la mayor parte del f[u]jgo⁵⁹⁸ y, como bolviessen presto y hallassen sus enemigos medio desbaratados, derramaron sobre ellos tanto fuego como si lluvia del

⁵⁹⁸ *fuego*.

cielo fuera.

No balen aquí los apercebimientos del rey de Argel, ni aun el ánimo de los asirios y persianos, ni las fuerças de los tártaros gigantes, porque, soltando las cadenas, passó todo el cuerpo de batalla, con tanta furia que no solo las naos y galeras contrarias, mas aun las aguas de la mar abraça. Afierran* los unos con los otros por acabar de rematarse; los flecheros tiran a los de las gabias y castillos, y ellos hazen mortal destruyción. Tal vez venía que, no se pudiendo de los gabieros amparar, cortavan los árboles y antenas, dan[do] con todo en la mar. ¡O, quién viera tan aziago día! Todos puestos en los dos extremos del fuego y del agua, que no heran tanto de temer las otras armas. Unos, por balerse del fuego, saltan en la mar, donde queriendo, con la rabia de la muerte, acojerse a otras naos, tal vez les acontecía hechar la mano al borde, que aquella se quedava arriba y el cuerpo tornava a la salobre agua, de la qual bevían contra su voluntad; otros, por valerse de las enemigas armas, por el mismo fuego se metían, adonde no tenían muy saludable socorro. Los gritos de los heridos, las voces de los bivos, el animar de los capitanes, el tanto tocar de clarines, ¿qué cuydáy parecería? Hera cosa temerosa, aunque animosa para aquellos que sus enemigos llevan de vencida, ver la furia de los bergantines, fragatas, barcos, çabras, otros de bajo borde, ayudando a morir a sus enemigos y socorriendo a sus amigos. Hera cosa particular de ver; no cayó hombre en la mar que o no le hundiessen o socorriessen. Este hera gran bien para los christianos, porque, aunque los enemigos havían hechado al agua su bajelería, no eran tales quales combenía. Heran tales los bateles de las naos que los más no estaban esquivados* ni como convenían.

Todo esto es de poner en olvido con ver por las otras dos partes, donde no pudo haver este remedio, cómo se juntan los unos con los otros; endereçan las capitanas la una para la otra, procurando aferrar. Venían en la una todos los príncipes de aquella guerra; hera en aquel galeón, donde venía la princesa Claristea, el mejor de quantos tenía la mar; venían en él el soldán Periano, el Gran Tártaro, y en su compañía onze príncipes alemanes, todos cavalleros de la Tabla Redonda, tales que no tenía Alemania otros mejores, particularmente aquellos animosos Leandro, príncipe de Sajonia, con el infante don Daristeo y Pandriano y sus hermanos. No heran, pues, estos los que hazían la guerra. Traía veynte gigantes no menores que pinos, doze sagitarios con fuertes arcos belicosísimos.

Con este galeón procuran juntarse con el que traía aquel valeroso emperador de Grecia, no menos adereçado: traía consigo sus tres hijos don Clarineo y Hermiliana y don Luzidaner, los infantes portuguesses, treynta cavalleros de su cámara, los dos gigantes Arganio y Tindro, señores de las torres de Carnania. Y, como no lo deseassen menos que ellos, se juntan a borde; y aun antes que los arpeos* se pudiessen hechar, o por la negligencia o por miedo de los que los traían, o por no poder más, se juntan unos con otros.

Reñida y aun igual batalla hera aquella, queriendo los unos y los otros saltar con sus contrarios. ¡O, Periano, quién te viera en batalla para ti no acostumbrada! Puesto un /135-vº/ pie en

el borde, el espada a los manos, hazía su batalla con el emperador; mas llegó de través el animoso don Baldín, hirió con una partesana al persiano, que, no le valiendo su esfuerço, dio con él, dando traspies, hasta el árbol del galeón y, no se deteniendo punto, saltó dentro. Dando voces (“¡España”!) terció la partesana para se valer de la cavallería, que sobre él venía. Yva tras él el emperador por le ayudar; mas huviera sido su propria muerte, porque a las vezes de aquella parte llegó el temeroso rey de la Gigantea, el qual una clava de azero traía entre sus manos, de la qual colgavan cinco o seys pelotas de yerro. Tiró este maldito un golpe al emperador que, no se pudiendo valer, le acertó con una pelota en la cabeça, y hechando sangre por las narizes y oídos dio con él de espaldas a la mitad del galeón.

Todos cuydaron le huviesse muerto, con el pesar que dezirse os podría. El que más cerca se halló fue el valiente don Clarineo que, loco con la furiosa saña, viendo que con la fuerça del golpe el un galeón se apartava del otro, como si tuviera alas se arrojó, alcançando bien dentro del de sus contrarios. Es cierto que, si la mano del Señor no le llevara, aquello fuera imposible, que saltó más de diez passos que se havían apartado. Fue tanta la fuerça que casi fue a dar de ojos a la cruzía; donde, maravillados, todos cargaron sobre él. Hallose don Baldín muy junto, que fue algún socorro, porque no le hiriessen sin levantarse. Mas él, que los ojos traía en el gigante que a su padre hiriera, no hirió a otro antes que a él; porque, hallándole junto, a dos manos le dio un revés por la cintura, que poco menos de un gigante hizo dos; cortándole las entrañas, dio con él muerto a la otra parte, con tanta turbación de los presentes que casi les quitó los alivios para pelear.

Paresciole a Perianeio que aquel fuesse don Belianís y, pensando que escaparle de allí no sería possible, blandiendo la espada se vino para él, diciendo:

–¡A tiempo estás, príncipe griego, q[u]e⁵⁹⁹ con tu cabeça serán pagados tantos daños!

No le creya don Clarineo de aquel consejo, antes juntándose con don Baldín se rebuelve entre aquella fuerça de alemanes. Mas ellos corrían peligro, porque del galeón ni de otros muchos que a la caça llegaron hera imposible aferrar, aunque Hermiliana dava grandes voces para ello, con lo qual a gran priessa pedían los vergantines y galeras para lo entrar con los remos o procurar subir con las escalas. Mas no tardó mucho que se vieron en otro mayor peligro, porque, acobdiciados los bu[ç]os⁶⁰⁰, de que el duque Armindos venía siempre bien apercebido, por fundir aquel galeón más de treynta de ellos se metieron debaxo y taladraron la quilla, con tanta presteza y por tantas partes que el agua entró tan furiosa que, sin poderse remediar, no solamente dexaron la batalla, mas dando priessa por los roqueros, vergantines y bateles cada uno procura ponerse en salvo. Mas aprovechó poco, que, no pudiendo llegar nadie, a vista de toda [l]a armada se fue a fondo la hermosa pieça que tenía la mar con los príncipes d’ella. Los unos y los otros, porque las puentes y otras vivas, trastornándose el galeón, no los tomassen debaxo, saltaron a la mar, procurando entretener algún tanto la vida. El

⁵⁹⁹ *qne.*

⁶⁰⁰ *bucos.*

galeón se sumió.

¡O, quién viera la priessa, el redoblar de los bateles, el hechar de las tablas a la mar, para que con ellas se entretuviessen! Avía el serracino Periano quitándose el yelmo y la mayor parte de las armas, y tomó entre sus brazos a la princesa Claristea, pensándola salvar. ¡O, Hermiliana, quién diría cuál quedaste! Viendo a su querido señor en tal trance, no fue yqual el hallarle con Rosaliana. Y, como los heridos del amor para todas sus cosas tienen alas, así las mostró la francesca señora que, aunque las olas andavan altas allegó, a pesar de Neptuno, a su esposo, que ya desfallecía con el peso de las armas. Trabole por un brazo y dio con él dentro del batel; y, quitándole el yelmo, le abrazó diciendo:

–¡Ay, mi señor, y en qué peligro nos havéys puesto con vuestros esfuerços!

No le respon- /136-rº/ -dió el príncipe de España, que no estava para ello.

Mas, ¿qué diremos, mi señora, del príncipe de Persia y Claristea? Estoy por no contar su libertad, por no agraviar en ella al duque de Tebas, que le soy muy aficionado; el qual, con su hijo don Syrendos de Frisel, viendo que la capitana se yva a fondo y que de la suya se davan voces que había allí cavalleros suyos, saltó en una fragata, tal como era menester, con treynta y quatro remos, y don Serindos en otra. No fue con ellos otro cavallero ninguno, que para aquello no eran menester, y al primero que topó fue a Periano de Persia junto con la bella Claristea; y, conociéndolos, no fue gozo yqual al suyo. Leal cavallero era el duque, y a lo que hizo diole causa el generoso corazón suyo; porque, acordándose de lo que Periano por él hiziera⁶⁰¹, tomándolo en brazos a él y a Claristea los metió en el batel, y en lengua asiria, por no ser entendido, le dixo:

–Soberano príncipe, puesto que yo estoy agora en términos de ganar la mayor honra possible con vuestra prisión y la de esta princessa, pero, acordándoseme de la merced que le hezistes a mi esposa, la duquessa de Frisel, yo quiero poner a vos y a esta princesa en libertad; por esso, tenedme secreto, y beréys lo que hago.

Entonces, viendo pasar algunas carabelas con las armas de Persia, les dio voces que tomassen aquellos pressos, si no, que los hecharía a fondo, no haziendo mención de conocerlos. Y, como quien diera dos esclavos de poco valor, llegando las fustas se los dio, en que ninguno, con la priessa del socorro, lo echó de ver, socorriendo al valiente don Baldín, que una tabla había tomado con que se entretuviera sin ahogarse.

D’esta suerte socorrieron otros cavalleros, a todos los príncipes y damas, que ninguno se ahogó; solo fue desgraciado el estimado Ario Barçano, porque a sus ojos vio ahogar el Gran Tártaro, su padre, sin que jamás saliesse arriba para poder ser socorrido, y fue la causa de su desastre que, al caer, un terrible gigante se abrazó con él, cuidando ponerse en salvo, y con su peso entr’ambos fueron hasta poner los pies en el arena; donde, con otra horden de sepulcro que él cuidara, fue

⁶⁰¹ En la *Segunda Parte*, Periano intercede a favor del duque de Tebas ante el emperador de Grecia.

enterrado el que, según sus historias, la mayor parte de su hazienda gastara en hazer una sepultura que a todos los edificios del mundo sobraba.

¡O, cruel espectáculo! ¡O, aziago día este, con tantas muertes y ruydos! El encadenar y desaferrar que passava, el encender y matar fuego, el romper de tantas máchinas fuertes, el arrojarse los hombres medio quemados de las naos, ¿quién lo escribiría? Affierran los más unos con otros; buélvense a su galeón Hermiliana y don Clarineo, hallan al emperador mejorado de su golpe; affierran con otro, en que el emperador de Trapisonda con el de Babylonia venía; mas fueles necessario dexarlo por dar socorro al estremado Sabiano de Trebento, el qual, con su hermano don Castel de la Rosa, con el temido Pinadoro se havían juntado con una galera en que venía el rey de Cartago; y, estando en cruda batalla, había socorrido el valiente Bradaleón, el qual hiriera a don Castel de dos heridas y con Sabiano andava en una cruel y encendida batalla, y estava muy a punto de perderse, porque los partos avían caído en mayor número a su parte, y heran tantas las saetas que tiraban y el fuego que a cada cabo se encendía que los hombres y tablas quemava. Con la llegada del emperador y el duque Armindos y don Sirendo, que a buen tiempo llegaron, librose Sabiano de la priessa. Mas Bradaleón estava tan furioso en verse herido en algunas partes que bramava como toro.

Día era este más que aziago y mortal para la morisma si el viento no se bolviera, con una tramontana tan fuerte y cogida que, como la armada griega estuviesse en un arco y la contraria por muchas partes ardiendo en bivas llamas metida dentro, y con las dos puntas en cruda batalla, hízola hazer toda un hilo. No valió dar buelta a las belas ni dar con la fuerça posible a la banda, ni aun amaynarlas, antes /136-vº/ el quererlo resistir les huviera hecho dar trabés. No esta este biento tan malo para los que venían, antes conociendo su ventura yvan en quatro hileras, pensando entrar en el puerto. Mas no les fue possible, porque aquel estava con dozientas galeras bien cerrado, y buelven el costado, paresciéndoles que no hera tiempo de más batalla, queriendo baxar a tomar puerto en la playa que Aurismonte les dixera. Mas no les vino muy bien, porque a la fuerça de los remos el duque de Thebas les ganó el ayre, metiéndose más en alta mar y, desplegando las velas con todo el furor que dezirse puede, se metió por entre ellos, con bien trezientas galeras, y apretó tan rezio, derramando espantosos rayos de fuego, que a su pesar hizo partir la flota, dando con ella bien baxo de aquella playa donde ellos querían venir a desembarcar, en la qu'él se encerró con las dos partes de su armada.

Vino la noche muy cerrada a buen tiempo para la morisma, y a la causa cessó la batalla naval, y los moros fueron a tomar puerto en Vista Bella, diez leguas de Constantinopla; buena parte para ellos, aunque muy desesperados de ver quán poderosamente les havían defendido el puerto, con tanto estrago y pérdida de sus gentes y naos. Y aquella noche y el siguiente día entr'ambas armadas no entendieron en otra cosa más de en poner la gente en tierra; y el soldán Periano, alegre de verse en ella, como aquel que no hera menos asperto* en todos los nascidos, con ochenta mil cavalleros, sin detenerse cosa alguna fue por assegurar los passos hasta Constantinopla. Y, dexando en ellos

combiniente recaudo, se bolvió al real; y no fue mal aviso, que el emperador no tardó dos horas en llegar para el mismo effecto, mas fuele escusado.

Capítulo 21: Del renqüentro que entre Periano y sus gentes hubo con Sabiano de Trebento antes que assentassen el real.

Muy alegres y contentos, como lo suelen ser los vencedores, quedaron los christianos con la más sobervia victoria que en mar a nadie se uviessen concedido, y con ruydo de los menestres altos y baxos y estruendo de los atambores y atabales, con grandes gritos de la gente menuda, a la lumbre de más de cien navíos que ardiendo estaban, con más de otros quinientos que de sus enemigos habían ganado. Dexando anegados en la espantosa mar más de cien mil d'ellos, començaron a tomar puerto los que a los generales pareció ser necessarios para la hordenança y cobro del real, porque hasta la mañana no hera bien que todos tomassen puerto, pues no tenían adereço ni concierto para estar en tierra; donde, ya que venida, se hordenaron los reales en esta manera: dentro en la ciudad se apossentó la mayor parte, y los que no c[u]pieron⁶⁰² hizieron su real a la Puerta del León. A la marina, la buelta del monte de Sirena, hizieron un fuerte, no menos hermoso que de provecho, para toda la gente christiana, con una caba de más de cinquenta passos de ancho. No se vio cosa más hermosa; ceñía el real por las dos partes, y la otra ceñía bien con el muro.

Aviendo dado la horden que para esto combenía, los príncipes se entran en la ciudad, que ya aquellas señoras con una alegría increíble los aguardavan. Sola Florisbella era la penada, sabiendo que su querido señor allí no venía, aunque entretenía su pena con las nuevas que traían, de que había tan poco tiempo que d'ellos /137-rº/ se partiera.

Están las cossas de esta otra parte, my señora, tan llenas de luto que no sé cómo quiente estos dos extremos sin que me pierda. Quiero dexar a los contentos, pues nunca estoy debaxo de tal bandera, con remitir a vuestra tan alta discreción. ¡Qué alegría sentirían aquellas señoras! ¡Cuán de lágrimas alegres cubrirían sus rostros! ¡Qué rescebimientos pasarían entre ellos! Y boyme con estos a quienes la Fortuna hizo buscar tanto luto, porque, como tomassen tierra y el Gran Tártaro fuese muerto, ¡o, soberanos cielos, cómo hasta agora no retumbáys con los tantos gritos, llantos y gemidos que allí se dieron! Ynchen los ayres de “ays” dolorosos; no dudo, si sus lágrimas fueran recogidas, en la mar causaran algún alboroto. ¡O, príncipe Ariobarzano, que a ti solo he lástima, que perdiste un padre que tanto te quiso, que en su vejez, por no se apartar de ti, le heziste venir a tomar la muerte tan lexxas tierras! Quisiera, por tu descanso, que te hubiera sido algún dessabrido, por no ver con cuántas angustias se querella.

–¡Ay, soberanos diosses –dezia el sar[r]açino–, y con cuántas maneras queréys mostrar

⁶⁰² *cnpieron.*

vuestro poder, pues agora con tanto rompimiento os abéys avido con el mayor de los príncipes, dándole la muerte en tan espantoso lugar! ¡O, príncipe desgraciado!, el fin de tus benturas abía de ser la muerte de tu padre. ¡O, Imperia!, ¿cómo no lloras tus males y estás tan descansada entre tus henemigos?, pues nunca princessa tal pérdida hizo.

Muy adelante prosiguiera sus querellas si el soldán Perianeó y la bella Claristea no llegaran, que abían dado cargo de caminar toda la gente a los reyes de África, siendo capitán general, junto con Perianeó, el rey de Garamantes, padre de Dolisena, que consigo, como beréys, entr'ambas hijas traía, por ser uno de los valerosos príncipes del mundo. Al príncipe Ariobarzano consuela diziéndole cuán mal parecía a tal tiempo hazer semejantes extremos, que a poquedad de ánimo le serían contados; que mirase que, aunque hubiesse hecho tan gran pérdida, muy mayor lo sería la de la honrra que tenía presente, y no diesse arto qué hazer en consolarse donde de su valor tenían tanta nezesidad. Con estas cosas dexó el llanto el tártaro príncipe, mostrándose más consolado, y metiosse en orden para caminar la buelta de Constantinopla.

Mas el soldán Perianeó, que tenía vien conocido el valor de los griegos, se passó a la banguardia, como aquel que, teniendo entendido que no así paçíficamente le dexarían assentar su real, y a la causa quería, si batalla no le escussase, fuese con él la primera. Lleba consigo quinze mill de cavallo, todos persianos, y hasta tres mill partos flecheros; dos mill gigantes, los quales, aunque él no estimava mucho por ser gente que se ordenava mal, y no diestros, parecíale ser gente animosa y fuerte, y que valientemente resistirían el ýmpetu de los griegos. Estava maravillado, no saviendo dónde huviesse parecido don Belianís, que tanto tiempo havía se tenía por perdido, que él pensava que don Clarineo fuesse. Él yva hablando con dos caballeros que él pensava fuessen la flor de su campo; heran el comedido Pandriano y aquel estremado Bradaleón de Cartago.

Assí fueron hasta llegar no una legua del real de los griegos, donde abían por fuerça de pasar por la angostura de un balle arto fresco; por los lados tenía unas quèstas como tajadas de peña, tan altas y derechas que la cumbre no se dexaba ver. No le pareció buen passo aquel a Perianeó y, recelá[n]dose d'él, no consintió que toda la gente entrase; antes mandó a treinta mil asirios guardassen aquella entrada, no les aconteciesse el desastre de los romanos a las Orcas Ca[u]dinas⁶⁰³, y él se torna a la delantera.

No se engañó nada en esto el furioso persiano, que Sabiano de Trebento, a quien todos los christianos hizieron capitán general, pareciéndole que allí abría dispussición para destruir a sus enemigos, havía ordenado dos esquadrones de cien mil hombres, los quales metió en la cubierta de las dos cuestas en otros balles que allí se hazían, mandándoles que con ynfinidad de gastadores*, siendo todos sus henemigos entrados, rompiesen la entrada con grande y fuerte caba, la qual

⁶⁰³ Tipo volcado. Según relata Tito Livio, en el 321 a.C. las legiones romanas sufrieron una ignominiosa derrota al caer en una emboscada que les habían preparado los samnitas en el estrecho desfiladero conocido como las Horcas Caudinas, sitiado cerca de la antigua ciudad de Caudio.

fortaleziessen de manera que fuesse inexpu- /137-vº/ -nable para no tornar a salir; y, dexando en ella combiniente recado, se repartiessen por las alturas para que ninguno pudiesse salir, y él los esperaba a la salida del valle para, teniendo abiso, hazer otro tanto a esta otra parte. Mas, siendo abisado que los contrarios dexaban de todo buen recado, hízose algo más afuera, a la salida del valle, por hazer una escaramuça tanto vistossa como de provecho. Tenía consigo diez mil cavalleros, todos franceses y españoles, hermosa gente de cavallo, y para socorro un esquadron de albanesses, gente conoçida de la tierra. Estavan con él don Baldín de Portugal y el Cavallero Salbaje y don Tustor de Gaula, los animossos don Serafín de España y don Gradarte de Yrlanda, que, como biesen la cavallería que por cor[r]edores venían delante, dando de las espuelas a los cavallos se metieron por estorbarles la salida.

Hermossas cosas passaron en esta guerra, y una fue de las celebradas en el mundo; mas la jornada de este día pónenla todos en las nubes, porque el valeroso persiano, bolviéndose a su gente, alçando la bisera del yelmo, les dize:

–Valerosos cavalleros, ya veis cómo la jornada de este día es el último ser de esta guerra, en el qual si, después de havernos nuestros henemigos defendido el puerto, nos defienden también el assentar nuestros reales, no ay más de, recoxiendo de nuestras haciendas lo que nos quedare como caballeros de poco ánimo, dexando nuestras honrras a nuestros enemigos, bolvernos huyendo a nuestras tierras, en las quales estaremos menos seguros que aquí. Esta tierra, cavalleros, no nos mudará el ayre; no ay otro gobernalle sino el de nuestros coraçones, con el qual, si valientemente peharemos, haremos lo que a nosotros y a nuestras honrras devemos, y si no, quedaremos para siempre amenguados.

Y diziendo esto, a la forma de los medos abraçó a los dos que más cerca de sí halló, jurando que moriría por cada uno como por aquellos. Y mandando desplegar su estandarte, el qual llebava, por el ymperio de Alemania, una águila con dos cabeças, y dentro del escudo cinco limas de plata en campo de oro, que eran las armas de Persia, caló la bisera y en medio de aquellos dos cavalleros y llebando en la delantera mil gigantes, habiendo hecho de su cavallería dos esquadrones, mobió para sus henemigos, que para él se venían, no con menor voluntad de morir o mostrar quán mal aconsejados havían seydo en passar en Grecia. Y en la salida de aquel valle con tanto rruydo y estruendo se juntan que los valles pareció venir abaxo, y que las peñas les caían encima de esta arremetida. Más de quatro mill cavalleros quedaron a pie, y más de los christianos, porque al entrar les dieron los partos una banda de saetas tal que muchos cavallos les mataron y muchos cavalleros hirieron.

Juntáronse el ynfante don Baldín y Periano de Persia el uno con el otro, y Sabiano de Trebento con Bradaleón, y otros gigantes con don Serafín y sus guardadores. Don Baldín hirió a Periano venturosamente, porque, llebando una larga lança de lindo fresno mayor que la que Periano traía, hízole perder los estribos, y él no pudo hazer golpe que nada valiesse. Juntáronse de

los cuerpos de los cavallos y ambos binieron al suelo, aunque don Baldín tubo más tiempo de apearsse por traer mejor cavallo, lo que no tubo Periano, porque el cavallo le tomó la una pierna debaxo. Conocido hera Periano por los más de los griegos que allí benían, y por le matar o prender cinco cavalleros saltaron de los caballos. Heran don Tustor de Gaula, don Castel de la Rosa, don Sirendos de Frisel, don Manuel de Portugal [y] un cavallero español que Tirendos de Córdoba se llamava. Mas, antes que sobre él llegassen, el valiente Bradaleón, que con Sabiano de Trevento se juntara haviendo del enqüentro quedado entr'ambos a cavallo, biendo la desgracia de Periano, revol- /138-rº/ -bió su cavallo entre los furiosos mancebos. No era cavallero Bradaleón de los que ellos cuidaron, porque, aunque el cavallo le mataron, él atropelló a don Castel con los pechos, y a don Tustor de un golpe, echando sangre por los oídos ,le hizo hir a dar de espaldas diez passos de sí; y con los tres se rebuelve en una encendida batalla, dando lugar a que Periano saliese del cavallo, que, biéndose libre, no ay encarnizado tigre que assí a esta ora se mostró furioso. Alló más junto de sí a Tirendos; hirióle a dos manos tan cruelmente que, malherido, le convino salir de la escaramuça. ¡O, quién biera a él y a Bradaleón cobrando cavallos, hir colando sangre hasta los braços entre la furia francesa!, que, no los recelando nadie, a cada passo se juntan con ellos, hiriéndolos de terribles golpes, unos con los martillos, otros con espadas.

Balió a esta furia la gente de Borgoña, los quales hazían maravillas, porque, calando las lanças, se meten entre aquella furia gigantea. Venían en unas alfanas* corredoras mayores que cavallos; sus fuerças y armas eran iguales; mas érales todo menester, y si Periano y Bradaleón no se hallaran con ellos, no ganaran mucho en la jornada, mas estos eran su escudo y amparo. Redoblose a esta sazón la escaramuça, porque las otras esquadras se metieron en la batalla,y capeletes y albaneses hizieron lo mismo. Y como la gente fuesse escogida, retrageron a Periano bien tres tiros de arco dentro en el valle; mas, cobrando de esto furiosa saña, se tornan a meter por sus enemigos, los quales, cansados de pelear, tardándose gente de su real, fueron tornados a retraer.

¡O, Sabiano, quién biera a esta ora su furiosa saña! Un león encarnizado entre el ganado parecía. Llegaron él y don Baldín sobre Periano, y Bradaleón partiose al entrar, porque don Baldín llegó tan recio sobre el gigante que, no se pudiendo herir, se echaron los braços el uno al otro. Mas no eran iguales en fuerças, que Bradaleón le arrancó de la silla, mas don Baldín con la daga le dio dos heridas; una fue de poco effecto, mas la otra le ubiera muerto, que le dio por una escotadura, que al soslayo metió por entre las carnes la mitad de la daga. Soltóle Bradaleón y, como era diestro, no le ubo dexado quando revolvió sobre el cavallero por atropellarle; mas don Baldín se desvió a un lado por dejarretarle el cavallo. Mas no lo pudo hazer, porque el gigante le hirió al través del yelmo, entre el escudo y la gran pieça, tan fuertemente que, con una pequeña erida en el ombro, dio con él a la una parte y por poco le derribara. Era alentadíssimo el portugués y, como Bradaleón pasó recio y no se pudo vengar, viendo que Periano hiriera a Sabiano de Trevento en la cabeça, desjarretóle el cavallo y, en cayendo, abraçó con él, pensando matarle. Mas no pudo, porque quando Bradaleón perdiera de

la mano la daga, y no teniendo con qué le herir, metió la mano a la cinta del persiano; mas no era él así descuydado, que ya la sacara y con ella le yba a herir [s]y el valiente salvaje no se lo estorbara; el qual, metiendo por detrás la mano sin que él se pudiese valer, dándole una buelta le dexó sin ella.

Aquí cargó gran parte de la gente; mas qué aprovecha, que, como ya avían salido a lo llano, a esta ora por un costado salieron mil elefantes con castillos en ellos, y más de tres mil carros falcados*, todos ellos llenos de flecheros, los quales tanta llubia arrojan de saetas que parecían un tempestuoso graniço. Assoman tanta multitud de cavalleros que no dejan ver la tierra, y conviene a los griegos retraerse.

A esta sazón llegaron los dos príncipes don Lucidaner y don Clarineo con toda la cavallería troyana y italiana, los quales se querían con denuedo meter en la batalla. A riesgo estaban de perderse los griegos, si el estimado conde Palineo de la Ventura, que de sargento general servía, no pasara con la cavallería griega, mandando a toda la infantería española que, con los dardanos hechos cuerpos de batalla, resistiessen la entrada de los elefantes; y para esto les proveyó de largas picas, mandando a los flecheros que tirassen con fuego, de que /138-vº/ los elefantes son medrosísimos; y entrando en hileras concertadas por el costado reforzó el esquadron, diciendo a Sabiano de Trebento:

–Excelente señor, el día se va acabando, y es cierto que a la cayda nos dará el sol en los ojos y será causa de perdernos todos sin remedio, porque esta batalla se havía de tomar muy dentro en los valles, assí por valernos del sol como porque nuestros henemigos no se pudieran estender tanto; combiene que lo mejor que pudiéremos nos retiremos.

–Hazed como quesiéredes –dixo Sabiano–, que yo os ayudaré, aunque estoy mal erido.

–Sálgase vuestra excelencia de la batalla –dixo Pal[in]eo⁶⁰⁴–, que a esto yo daré orden.

Entonzes tocaron los clarines altos a señal de recojer, y metidos delante los griegos por saver mejor la tierra el abisado conde, no dexando entrar a don Clarineo ni a don Lucidaner en la batalla, hizo d’ellos rostro para que los enemigos no passasen con pujança; y tomando el un lado de las cuestras, en dos puntas peleando, se retiró hasta ponerse ygual con ellos. Y aziendo a los esquadrones de la ynfantería hazer otro tanto, se rehizo el cuerpo de la batalla con toda la caballería, como si de mucho tiempo estuviera concertado; y como aquel que en aquello no tenía ygual, hizo representación de campal batalla en la parte que a ellos combenía assentar su real. Y porque con algún caso descuydado no llegasen a la Puerta del Sol, por el un costado de las batallas salieron vien mil carros falcados, altos, con fuertes ruedas y castillos, los quales traían todos sus flecheros con algunos cavalleros principales. Traían muy buenos caballos, con los quales traían tanta pujança y magestad como si otra ciudad fuera. Los quales, aunque no rompieron, hizieronse fuertes con un esquadron de cavallería que con ellos venía al costado, que la gente y elefantes cargavan, representando estraño acometimiento; y, porque los elefantes se desordenassen, arrojaron una

⁶⁰⁴ *Palmeo.*

abenida de flechas, todas con fuego, las quales, si de más junto los tomaran, no dexaran de hazer mucho effeto.

Abriose la Puerta del León y no quedó en la ciudad sino la gente de guardia, como aquellos que antes que sus enemigos assentasen real querían ver para qué serían. Vien entendió estos ardidés el rey de Garamantes; [a] Ariobarzano dize:

–Estos, señor, más nos quieren espantar que dar la batalla porque no nos mejoremos en real, y es cierto que, si huviera día, nunca mejor le alláramos para nosotros; mas es ya la noche, no savemos la tierra y podríamos perder; y, si aquí no assentásemos real, estaríamos mui mal para tener rebato cada ora de estas cuestas.

–Yo –dixo Ariobarzano– sería de parecer que, con la pujança posible, nos hagamos algo más delante porque, si nos señoreamos del un lado de estas cuestas, encima podremos tener mejor recado que ellos, y guardar este valle nos será de mucho provecho por los bastimentos, que de la mar nos han de venir lexos.

–Hágase assí –dixo Periano.

Entonzes se levantó el estandarte colorado a señal de campal batalla y, haziendo acometimiento que los carros y elefantes rompiessen por una parte y por otra la caballería, bolvieron el costado de la batalla y rompió toda junta a la parte que los falcados carros de los griegos estavan; los quales, no teniendo orden del capitán para romper, esperaron en cuerpo de batalla a sus henemigos, que, como los viessen tan juntos, no los temiendo más que si no fueran gentes, con una señal que tenían en la delantera de los carros se encendió grande fuego artificial arrojadizo, con lo qual se metieron por la parte que los elefantes contrarios venían, arrojándoles granadas de alquitrán con grandes botafuegos y bonbas, de que ellos eran arto diestros. Los elefantes, que par de sí vieron el fuego, bolvieron los rostros y, como los flecheros los hiriesen con algunas saetas, dieron tantos saltos que, derribando algunos castillos, en confussion se pusieron todos de perderse. Los de los carros, que oían tocar en el estandarte a priessa a recojer, no se mezclaron, antes passaron toda la banda de la caballería a la larga, llebando de cogida a los que delante se les quisieron poner, asta passar a donde su jente estaba.

Y con esto, no siendo parte para otra cosa, los paganos tom[a]ron⁶⁰⁵ /139-rº/ aquella parte, donde, estando todos en batalla, los gastadores començaron a hazer el asiento del real, en el qual entendía aquel baliente Boraldo y su hermano Coroliano. Assí estubieron los unos y los otros hasta que se vino la noche, que ninguno d’ellos acordó de dar batalla, rezellosos de la noche, en la qual ellos acabaron de dar traça a su real y enterraron sus muertos. Pusiéronse en buena parte, assí para el combate como para estar fortificados para lo que les combiniessé; hiziéronse tres quarteles: en el uno estavan los babilónicos y trapissondos, y en el otro los tártaros y affricanos (este era el mayor), y en

⁶⁰⁵ *tomoron.*

el otro los persianos y partos y alemanes, que era la jente más diestra y de quien más caudal* se hazía y hizo continuamente en esta guerra. El quartel del Tártaro estava todo cubierto de luto; pússose su campo a la manera que él lo solía tener puesto en Tartaria, que el mismo que don Belianís viera era(n).

Los christianos se entraron en la ciudad y en el real, poniendo su guardia y centinela en la forma que tenían acostumbrada; donde el conde Palineo, por hazer servicio a la estimada Imperia, le ymbió dos reyes tártaros que aquel día se prendieran, para que hiziesse d'ellos a ssu guisa; los quales, como ante ella llegasen sin yelmos, viéndolos cubiertos de luto, toda espantada, antes que otra cosa les ablase les pregunta por qué causa traían (a) aquel luto.

–¡Ay, soberana princesa! –dixeron ellos–, ¿y es posible que la muerte de vuestro padre no á llegado a vuestra noticia, pues en los cielos por tal señor se abrá hech[o]⁶⁰⁶ sentimiento? Sabed que murió antes de ayer en la batalla de la mar, donde quedó sin memoria de saberse de su cuerpo ahogado en ella.

–¡Ay, sin ventura muger que tal oye! –dixo Imperia.

Entonzes rompió sus tocados, tirando por sus cavellos, mejores que los de Absalón; dio gritos como loca y, viendo que la emperatriz y Florisbella la querían consolar, levantose ravisosa como una fiera, cer[r]ándose en su aposento, donde estuvo muchos días, que por ninguno se dexava ver. A todos pessó de su pesar, y luego de los ymperiales palacios se quitaron todas las cosas ricas que en ellos havía; cubriéronlos todos de luto, todas dexaron las galas y pusiéronse tristes adereços por artos más días de los que ellos cuydaron. Porque la guer[r]a, mi señora, siempre es d'esta condición, que las damas de luto y los cavalleros de armas y eridas nunca están faltos; los quales se començaron [a] adereçar para dar batalla los unos a los otros.

Por agora basta lo dicho en este capítulo, que me parece que lleva el sueño su parte.

Capítulo 22. Cómo fueron hechos los enterramientos del Tártaro con la forma que se tuvo para allarle.

Muchas vezes, señor, e estado determinado de pasar este capítulo sin screvir d'él letra, porque el sabio Fristón, a quien yo sigo, lo hizo así. Mas porque el arçobispo de Rosselis, como más aficionado a cosas semejantes, lo escri[v]ió⁶⁰⁷, quiero seguirle, y también porque, estando yo sepultado, a lo menos en vuestro olvido, no viene a mala coyuntura poner el enterramiento del tártaro príncipe, cosa particular en el mundo; si a alguno diere fastidio, todo lo haze passarse dos ojas adelante, prosiguiendo su ystoria, que no enbaraça nada lo que aquí se escribe.

Estava el príncipe Ariobarçano con tanto pesar de la muerte de su padre que no se lee haver

⁶⁰⁶ *heche.*

⁶⁰⁷ *escrinió.*

sido jamás por ningún hijo sentido en este grado. No se quiso por entonces coronar; tenía mayor pena por no allar su cuerpo para enterrarle donde él había mandado que de otra cosa nynguna; y, paresciéndole que no sería posible dexarle de hallar, ymbió a los gryegos a pedir treguas por treinta días para dar en tanto orden de buscarle. Y siéndole concedidas por quinze, y no más, no ay diligencia possible que él no hiziesse para ello. Corriéronse más de treynta leguas por la mar y por las orillas por ver si hazia alguna parte le hubiesse hechado; mas no le hallando, paresciéndole que aquellas armas /139-vº/ le tendrían firme en el arena, hizo una imbención para buscarle. Hiziéronse muchas, como campanas de hierro y otros metales, muchas cajas de vidrio. En estos artificios entravan hombres, sentados en un madero que dentro llevavan atravesado, y metiéndolos desde las naos derechos, no pudiendo el agua entrar, dentro traíanlos muy a su plazer de una parte a otra, buscando el cuerpo del Tártaro, sacando otros muchos por sacar el suyo.

De esta manera anduvieron hasta tanto que un cavallero suyo le halló, metido en una arca de piedra. Abraçose con él por sacarle, dando señal arriba con la cuerda para que tirassen más; puesto caso que con todas sus fuerças él lo procurasse y de arriba tirassen con las poleas, no le pudo sacar, aunque le ciñó con una cuerda al cuerpo que tirassen, y con esto él se dexó subir. Y diziendo cómo hallara el cuerpo y dándoles la cuerda de la qual quedava atado, muchos no se lo creyeron, y a la causa se dexaron meter muchos, hasta tanto que estuvieron certificados ser él; que, siéndole dicho a Ariobarzano, gran pesar le tomó de tal acontecimiento, paresciéndole que no devía ser aquello sin alguna particular voluntad de sus falsos dioses.

Mas, no perdiendo por esso la voluntad ni aun el ánimo que tenía de sacarle, imaginó de dexar en seco aquella parte donde el Gran Tártaro estava. Y hízolo d'esta manera: que, tomando el alto del agua con las hondas y hallando que serían treynta y tres braços, poco más, hizo hazer unas quatro tablas de hierro de la mesma altura, las quales, siendo la una sobre la otra, tomavan por el quadro otras setenta braças y, no puestas, hazían por los quatro lados una arca tan cerrada como si fueran todas una. El antiguo Coloso de Rodas, entre cuyas piernas con verdad se refiere passar las altas naos con sus árboles y gabias, no era de esta yqual; cosa era que no parecía averla podido llevar la ymaginación. Y cargando estas tablas sobre barcas, juntándolas y fortificándolas porque no se rompiessen, dieron cabos a toda la armada de christianos, que sobre amarras estava; y, poniendo diversos rodetes de hierro con diversas maromas y tornos, la botaron a la mar, ayudando a ello toda la gente, que de valientes fuerças se estiman; donde, llegados a la parte que convenía y teniendo firmes las tablas para que cayessen derechas, dieron barreno a las barcas*, aunque aquello no hizo tanto al caso como el presto fuego con que las abrasaron. Y, cayendo derechas, el cuerpo del Gran Tártaro quedó metido dentro de aquella grande arca de hierro sin que pudiesse por parte alguna entrar más agua de la que por el presente tenía. Y, viendo quán bien se hiziera, dieron forma de baciarla, para lo qual se hizieron grandísimos aparejos de bombas, que de seys mil passavan, y otros artificios, tantos y tales que se cree convernía para dar fin en negocio de tan poca calidad y tan

desseado por un príncipe, en los quales no ay essa medida por la mayor parte más de que se cumpla lo que ellos quieren.

Hizieron de lo alto de las naos un artificio. Era una gran tabla de plomo llena de muchos aguxeros, la qual, llevada con terrible fuerça sobre el agua, al golpe que dava por evitar el bareno hazíala saltar arriba, fuera de las tablas. D'esta suerte dieron tal maña que sacaron toda el agua, y el cuerpo, cuya alma estava en el infierno, fue dexado en seco, donde otra vez se procuró sacarlo, y para el mismo effecto Ariobarzano se meter dentro; mas, no siendo possible, acordó que su sepulcro se le hiziesse allí, alderredor de la arca de hierro. Por la parte de dentro se hizo una muralla de muy hermosa cantería, tan fuerte quanto para aquello era necessaria, la qual salida a lo alto, de arriba se levantó otras setenta braças toda en arcos, que eran treynta y seys sin el principal. De cada arco con hermosas columnas, con muchas y muy diversas labores, salía una torre abierta por medio que, partida en siete o ocho ochabos, hazían una manera de una piña abierta, a cuya forma era todo /140- rº/ lo demás, y en cada una d'estas estava una arca de plata fina para enterramiento, que tal era la costumbre de los reyes tártaros, que, quando su emperador hazía para sí sepultura, la hazía para todos los reyes, sus vassallos. Del medio d'esta obra salía un chapitel o aguja arto más alta, relumbrante como una estrella, todo por de dentro hueco, de suerte que, puestos arriba con un plomo, dieran derecho donde el Gran Tártaro estava. Hazíase al un costado una capilla o mezclita, a su modo tan sobervia y costosa como lo demás.

Y siendo dado a esto orden, en lo qual muchos días se tardaron, unas vezes entreteniendo la guerra con algunas escaramuças y otras prolongando las treguas, amaneció el día funeral para las obsequias del Tártaro determinado, para lo qual todos los moros y aun christianos se aparejaron, los unos para reyr y los otros por cumplir con lo que [a] Ariobarçano se devía, cuyo valor a todos tenía obligados. Y desde la mezclita a la tierra sobre balchas y barcas grandes hizieron una puente assaz ancha, cerrada con sus andenes a todas partes. Cosa fue triste de mirar aquel día en todos los reales; no pareció hombre que no tubiesse vestido negro, porque el que no le tenía mandosse por bando general que no saliesse aquel día de las tiendas.

Salió Ariobarçano cubierto de xerga*, arrastrando grandes faldas por el suelo, la cabeça cubierta, que d'ella ni del rostro ninguna cosa se vía, en medio de los dos príncipes, el rey de Garamantes y emperador de Trapisonda, delante los quales yban el soldán de Persia y el traydor de Babilonia que con ella se alçara, del qual no yva Periano nada agradado. En esta forma yvan todos quantos reyes, príncipes y señores y cavalleros de quenta avía en los reales, cuyo número fue tal que por cosa de locura lo dexo. Detrás de todo llevaban el escudo y armas y sello del Tártaro; llevábanlo los reyes vasallos suyos, a quien aquel oficio tocava, y luego todos los demás cavalleros, con un tùmulo en que yva una figura suya al natural; donde, ya que a la mitad del camino llegavan, se detuvieron, porque de la ciudad vieron salir toda la cavallería, principales vestidos de luto, porque como la reyna Imperia determinó de yr a ver los enterramientos de su padre, todos salieron con ella.

Yva el emperador don Belanio, el rey de España, el de Francia, el de Yngalater[ra], el de Troya, el de Ungría, el de Maçedonia, el de Anctiochía; con ellos, todos los príncipes y duques y condes. Yvan por todos asta quatro mill cavalleros con lobs* de luto más galán que triste.

Dende a pieça salieron también las damas; esta parecía compañía de ángeles, aunque disfrazados con los ábitos tristes. Yvan también las donzellas como las casadas, porque la bella Anaxares quería también yr a ver la sepultura de su agüelo. Cosa hermosa era de ver a Florisbella, a Policena, a Ermiliana, a Imperia, a Matarrossa, a Sirena, a la reyna de Yngalater[r]a, [a] Aurora, reyna de Antiocha... Mas yvan tres, y aun quatro donzellas entre otras muchas, cuya vista quitara la del sol. Eran aquellas resplandecientes Celia, Alcisa y Anaxares, que entre sí llevan a la ydea de la hermosura: Belianisa, cuya hermosura no umana parecía, con una falda grande que dos donzellas le llevaban, una hija del duque de Calés y otra del duque de Guián. A su acompañamiento yvan más de quinientas damas, cuyos nombres, porque todos los saven tan bien como yo, no ay para qué screvirlos.

Esperó Ariobarzano al emperador y a la bella Claristea; y Dolisena y Meridiana, Lindorena, y las demás damas de los reales, a Imperia y Florisbella. Donde, llegados los unos y los otros, se hizieron los comedimientos que se devían. Los que a Ariobarçano llevaban se quitaron, y en medio le tomaron el emperador don Belanio y el rey Toloyano de España, y assí los unos a los otros. A Imperia tomaron consigo Dolisena y Meridiana, de cuya estraña ermosura todos se espantaron; que, como las cosas más nuevas den a la entrada más contentamiento, todas las que venían cuidaron que el mundo no tuviesse ygal de Dolisena.

Diéronse las manos las unas a las otras para entrar. El emperador don Belanio a Ariobarçano dize:

–Excelente príncipe, de la muerte del Gran Tár- /140-vº/ -taro(n), vuestro padre, a todos nos ha cabido la parte que por tal príncipe hera razón se tuviesse, y quanto la pérdida es mayor tanto el saberla llevar con cordura es de más alta virtud; y assí lo devéys hazer, que si en su lugar del rey, mi señor, o de mí alguna cosa fuere menester, no menos lo tenéys en vuestra mano que lo teníades en la suya quando hera vivo.

–Yo beso vuestras manos, mi señor –dixo Ariobarçano–, por la merced. La muerte del Gran Tártaro, mi señor, como cosa tal no puede dexar de lastimarme mortalmente; mas, pues vos lo mandáys, abreme de consolar, pues vuestras palabras son para mí el mayor consuelo de todos. Si algo huviere menester, entendido está que tengo siempre de ayudarme de lo más.

Y con esto se entraron en la capilla a los asientos que para ellos estaban guardados. Lo mismo hizieron todas las damas; y, como la ventura en tales tranzes a los que más descuydados vienen por darle más cuydado favorece, dio orden que Florisvella y Sirena se huvieron de sentar muy junto a la parte que Perianeó estava, con arto alboroto suyo.

A esta ora se començaron sus diabólicos sacrificios. En la mezclita se encendieron

ynumerables hachas; delante del que ellos llaman Antro ardían cien lámparas de oro fino con riquísimo bálsamo, de cuyo olor todo estava lleno. Estavan delante de donde se sacrificavan veinte y quatro gradas, y por ellas en horden todos los que sirbían lo que se sacrificava, cuyos nombres no sé yo, ni la ystoria los pone más de los dos más altos, que los unos se llamavan almuédanos* y el superior, que estava a donde no llegava nadie, se dezía a[I]quibla*. Entre todos tenían unos braseros con un carbón dorado que, dándolos a aquel aquibla, él hechava con ellos los coraçones de los animales, que se sirvían con tantos recados y aparadores de oro y plata que nunca semejante cosa se viera, porque para esto no solo de sus vaxillas el Tártaro se sirviera, mas aun de todas las del real.

Estava en lo alto pintado un cielo, y a aquella parte yba el humo, en donde en lo primero tenían a Plutón por dios del ynfierno y los otros sus dioses. Y començose un ruydo en el sacrificio, que yo quiero dexar, porque estoy henojado del poco caso que se haze de otro mayor que a esta sazón en la capilla pasava, y era del coraçón del soldán Periano; el qual, viéndose par de Florisbella, estuvo movido por ablarla; mas cerráronse los sentidos, perdió la luz de los ojos y, por no sospirar, apretó los dientes muy rezió los unos con los otros; y trocando su color por la de la muerte, quedó de la misma figura que si fuera del todo de esta vida presente pasado. Estávale mirando Sirena, que hera otro nuevo desconcierto. ¡O, Amor, quién concertara estos tres coraçones! Florisbella tiene el alma con don Belianís, la memoria, la razón, el sentido, todo en su busca; Sirena se pierde por Periano y él no tiene vida por Florisbella. ¡Quién tuviera la mano en este desconcierto por ver cuál andava más desatinado, cuál reloj tenía los puntos más breves, cuál golpeava con más fuerça a su dueño! Quiero dar la ventaja a Periano por desfavorecido, que, quien en esto se goça, ¿qué se crey hiziera si su dama le quisiera algo?

Pues como Sirena le viese assí desmayado, sintiéndolo en el alma, doliéndose más de su pena que de la suya, a Florisbella dize:

–Más havéys hecho vos, mi señora, en un credo con sola vuest[r]a vista que todos los reales de mi padre.

–¿Cómo es esso, mi señora? –dixo Florisbella.

–Agora lo veréys –dixo Sirena.

Entonces le mostró a Periano qual estava. No ay coraçón humano que d'él no se moviera a pi[e]dad⁶⁰⁸ si no fuera tan cruel bestiglo. Respondió una estrañeza tal que para siempre quedará memoria: porque, bolviendo el rostro, con una furia enojosa le dize:

–Dexadle, mi señora, que todos esos males de Periano son fingidos; y pluguiera a Dios que fueran verdaderos, porque le quitaran la vida.

Turbose Sirena de tal respuesta y, como tenía el coraçón donde Periano el mal, sintíalo /141-rº/ como él; y, dando de mano a dos donzellas que le tuviessen y apretassen las manos, le

⁶⁰⁸ *piudad.*

responde:

–Hablad, señora mía, con alguna mansedumbre de este príncipe, que nunca os pidió remedio de su pena sino sentimiento d'ella, y no digáys palabras para ser exemplo de crueldad. ¿Más muerto le queríades de lo que está? ¿Vos no veis que no sería esse pequeño consuelo suyo?

–Dexemos agora esso –dixo Florisbella–, que es cierto que passaría una muerte breve porque él passase una penosa; y mirad dos damas que no quitan de nosotras los ojos, que cierto la una, si no es Belianisa, no creo que tenga el mundo ygual. –Esto dezía por Dolisena.

Sintió estas palabras Sirena más que las primeras, porque, puesto casso que al onor de don Belianýs estava aquello tan adelante, sin su perjuizio quisiera ella que con una buena palabra le apartara de aquella locura que tan perdido le traía, que ella conocía que con Perianeó pudiera más una palabra buena que quantas armas avía en Grecia; y, enojada de Florisbella, no le respondió palabra, antes hechó el manto sobre los ojos por encubrir las lágrimas que le vinieron.

A esta sazón los sacrificios se acababan, y al ruydo Perianeó tornó en sí; y como viesse aquellas donzellas que le tenían las manos, que heran la linda Laura y Bresinda, les hizo su acatamiento, diciendo:

–Mis señoras, con raçón á havido en vos piadad, pues la crueldad se ençerró toda en una parte.

–Si así es –dixo Laura–, huydla, porque en tan mala parte muy mal se espera remedio.

–Assí lo aría yo, si pudiesse –dixo Perianeó–; mas no es tan en mi mano como yo quería.

–No ay cosa sin trabajo –dixeron ellas–. Disponeos a ello, que ya podríades salir con lo que quisiédes.

–Yo lo haré así por vuestro mandado –dixo Perianeó.

Y con esto, haziendo a todas su mesura, se salió con los príncipes, que ya se yvan. Florisbella hizo lo mismo, haziendo levantar a Dolisena por llebarla hablando consigo, y assí le dize:

–Hermosa señora, bien dizen que no ay tan grande mal que d'él no redunde particular bien a algunos, y assí me á acontecido a mí en esta guer[r]a que, aunque los daños tan grandes me ayan subcedido, con ver agora vuestra tan estraña hermosura me á echo tanto bien que los trabajos perdieron de todo punto su nombre.

–Esclarecida princesa –respondió Dolysena–, si por el vien de la hermosura lo dezís, poco ay que alavar las estrellas, donde está el verdadero sol de vuestro rostro, pues en lo demás, siendo vos el verdadero dechado de las damas, la merced será general para todos, no pudiendo vos resecevir más de lo que con vos os traýades. Esta merçed, aunque la henemistad de los padres la enbaraçe(n), no dexaré de resecevir la otras vezes, con vuestra licencia.

No hubo lugar de responder, porque se atrabessaron Hermiliana y la linda Belyanisa, las quales a Perianeó yban ablado. Dezíale Hermiliana:

–¿Qué os pareze, soberano príncipe, cómo es venido al mundo nuevo sol de la hermosura de

esta dama, con la qual a todas combiene tener paciencia? Dexad, señor, los amores viejos, que con buenas medicinas todos los males sanan.

Espantose Periano de tal veldad; no fuera mucho si la medecina allara donde ponerse que curara la llağa vieja; y con este sobresalto, le dize:

–Mi señora, tal hermosura como esta vos la devéys aver traído del cielo, y como cosa tal antes avibaría los dolores que afloxar la pena a quien en ella está muerto, y por esta parte no tengo por sano vuestro consejo.

–Señor –dixo Belianisa–, no quisiera que del primer acometimiento me desdeñárades tan libremente; mas, pues que me convino ser vuestra antes que rogada, mandadme, que ya podrá ser que por ningún cavallero de estos reales se haga tanto como por vuestro serviçio, que tengo mucha lástima de vuestra pena.

–Mi señora –dixo Periano–, no sé cómo agradeceros tanto bien, sino en rogar a nuestros dioses que, si los amores no se escusan, os hagan en ellos tan dichosa como a mí desgraciado; que si assí es, tendréys los más altos dos extremos que en ellos se pueden dar, que desde esta, vuestra ver- /141-vº/ -dad, fuy yo siempre desdichado.

Con esto passaron adelante, que aunque estas cosas bien se veían todas a la forma que yban, no dexaba(a)n de dar grandes aldavadas en el coraçón de Periano, que aunque las medicinas no sanen de todo punto la herida, corrijen accidentes y estorban mayor daño.

Pues salidos ya todos en tierra, los griegos querían acompañar [a] Ariobarçano hasta su real, mas él no lo consintió. Y despidiéndose todos, los unos y los otros, tomando don Lucidaner de la rienda a Imperia y don Clarineo a Sirena, su hermana, se bolvieron a la ciudad, maravilladas de ver que Claristea, cubierta la cabeça con luto, a ninguno havía querido hablar; y ella lo hiziera ha saviendas, por no perder parte de la pena y congoxa que tenía. Y aquella noche fenescieron las treguas, que no duravan más.

Capítulo 23: Cómo don Baldín y otros diez cavalleros embiaron a desafiar a Leandro de Saxonia y a otros cavalleros alemanes.

Grandes abissos toman los cavalleros en el exercicio de la guerra; si tomassen mi consejo los nobles, nunca d'ella saldrían, porque, demás de los altos premios que de sus reyes continuamente resciben y la inmortal fama que en ella se gana, aprenden a ser verdaderos hombres; porque, comunicándose con gentes estrañas, aprenden muchas cosas que, combiniendo a sus estados y honrras, en otra parte es impossible aprenderlas, mayormente lo que toca a los cargos y descargos de sus honrras y lo que les conviene hazer en el servicio de sus reys y señores para no poder ser retados ni pedidos, como les aconteció a ciertos cavalleros de quien este capítulo haze minción, que, por falta de poca diligencia, se vieron en término de perder las vidas y aun las honras.

Bien os acordaréis en la otra parte de esta historia cómo en Ynglaterra se tornó a restaurar la antigua y muy noble compañía de la Tabla Redonda, a donde, siendo el príncipe don Belianís nombrado por capitán, le juraron todos fidelidad de en todos sus negocios y empresas, como es costumbre de semejantes cavalleros. Pues como subcediessen las guerras tan crueles entre don Belianís y Claristea, emperatriz de Alemania, los cavalleros alemanes no curaron de más de acompañarla con sus gentes y poderes, como heran obligados, entre los quales venían onze cavalleros principales y hombres de mucha cuenta. Eran Leandro, príncipe de Saxonia, y dos hermanos suyos, don Daristeo y Pandriano, Lastorel y Silanor, sus hermanos, el duque de Lorena, el príncipe de Brandalia, dos hijos del rey de Suecia, cuyos nombres atrás dexamos, y los veréis más largo adelante. De esta venida de estos alemanes pocos dieron de ver si hazían bien o no, porque, viniendo a propia cosa suya y de su emperador, no havía qué pensar. Solo a don Valdín de Portugal, cavallero assaz arguloso, le pareció que estos en venir contra don Belianís hazían trayción; y, no curando consultarlo con nadie, se fue a Sabiano de Trebento, capitán general, al qual pidió licencia para hazer un desafío particular; y siéndole dada, llamando a don Manuel, su hermano, escribieron un desafío, y llamando a un cavallero suyo, que don Galerán de Terranova se llamava, se le dieron, mandándole que le diese a aquellos cavalleros en presencia de los capitanes generales y atendiese la respuesta, si dársela quisiesse[n].

Tomó don Galerán el cartel y fuesse derecho la buelta del real de Claristea, donde sabía que tenía de hallar todos los príncipes; y, llegando a las guardas, pidió licencia para entrar y, siéndole dada, entró en la tienda de Claristea. Él era un arto gentil y bien razonado cavallero; venía muy bien adereçado de cos[e]lete y bra- /142-rº/ -çales, todos los remates labrados de perlería muy rica, una gorra en la cabeça con unas plumas blancas, como lo hera el vestido sobre el que venía armado, sin armas offensivas algunas. Verdad es que en el cabo o remate de una açagaya* que en la mano traía venía un pequeño yerro del remate, del qual caían unos fluecos de seda blanca con una vanderica pequeña con las armas del real, que hera una cruz blanca con ocho coronas a los pies, y más baxo unos escudicos pequeños, que los que más pláticos en las cosas portuguesas heran llamavan quinas*. A todos pareció muy bien, y él fue muy agrado de la hermosa dispusición que allí havía, assí de hermosas damas como de cavalleros, y sabiendo que la empresa principal tocava a Claristea, ante ella fue a hincar la rodilla, diziendo:

–Excelente princesa, el comedimiento que, por venir yo de la parte que vengo, no es razón que se haga a nadie, es devido a vuestra soberana persona, porque siendo dama, y de tanta estima, antes en esto se puede por corto perder que daros más de lo que a vuestro alto valor se deve. Los príncipes don Baldín y don Manuel, puesto caso que son vuestros y como a tales los podéis mandar, pero porque se vea cierto yerro que unos cavalleros vuestros han hecho, embían aquí un desafío; por esso, si me days licencia para ello, darele, y si no, bolverme he.

Pues como todos los reyes y cavalleros entendieron de la parte que el embaxador venía, se

levantaron en pie, rescibiéndole con el comedimiento acostumbrado.

–Gentil cavallero –dixo Claristea–, lo que de mí avéys dicho os agradezco, porque, puesto caso que en mí no se halle el valor que dezís, vasta el que en dezirlo cavallero tan bien acertado se rescive. En lo demás de la guerra, estos príncipes, señores míos –dixo por Periano y Ariobarçano, que allí estavan–, tienen el cuydado como cosa suya; por esta vez y las demás, se á de negociar con ellos.

–Con tales cavalleros –dixo don Galerán–, bien perdido estará el cuydado.

Entonces se llegó a Periano, pidiéndole la licencia; que, siéndole concedida, por los cavalleros de su desafío pregunta. Y siéndole dicho que allí estavan, a don Daristeo se llegó y, dándole el cartel, él le dio a un rey de armas, el qual le leyó alto, que todos le oyeron, y dezía assí:

Dessafío

Don Baldín de Portugal, señor de las occidentales regiones y sus indias asta el mar Bermejo i sino Pérsico, con las partes y ínsulas del mar Océano, a vos, don Daristeo, infante de Polonia, y Pandriano, y Lorastel, y Silanor, vuestros hermanos; Leandro, duque de Saxonia, don Brianer y Rosanel, príncipes de Suecia; don Menoro, duque de Lorena; Felindo, duque de Lotingia; Constancio, príncipe de Dinamarca, y Laberindo de la Encantada Torre, su hermano, salud.

No sin gran causa, príncipes de Alemania, os escribo esta carta, pues con vuestras cossas, viniendo contra lo que soys obligados, havéys dado causa para ello. Quando me paro a pensar quién soys por sangre, qué valor es el vuestro por personas, ninguna paciencia me queda de aver sido en esta jornada tan descuydados de vuestras honrras; porque, olvidados del juramento que en la Tabla Redonda hezistes al príncipe don Belianís, nuestro capitán, y al rey de Inglaterra, estando entr'ambos en esta guerra con sus gentes, avéys venido contra ellos con vuestros poderes y personas, en lo qual, pues como desleales cavalleros lo havéys hecho, de esta batalla más de vosotros mismo[s] que de mí podréys tener la quexa; para lo qual desde agora hos desafío, para que, en defensa de vuestras honrras, aquel día que el patrón de España fue llevado a los cielos hos hallareys en el campo contra mí y otros diez cavalleros, vuestros yguales en linaje; donde, si fuéredes vençedores, restauraréys lo que de vuestras honrras tenéys tan perdido; y si no, /142-vº/ declararse ha con nuestra sangre lo que a todos es tan claro de aver vosotros cometido alevosía. No más; el soberano Señor sea en vuestra guarda y os dé conoscimiento del yerro cometido.

Mucho pesar rescibieron los cavalleros alemanes en ver el atrevimiento que don Baldín tuviera para llamarlos traydores, porque ellos no cuydavan haver hecho cosa por donde pudiesen ser desafiados; y muy cortésmente, como aquellos que en cosa tan ardua no querían, aun en las palabras, obligarse a más de lo que eran obligados, al gentil Galerán dizen que, en el entretanto que ellos

toman su acuerdo, él se puede volver al príncipe de Portugal y decirle que ellos desde ahora aceptan el desafío, y que en el término que son obligados le embiarán su respuesta. Y don Galerán se fue con esto, acompañándole hasta fuera del real muchos cavalleros.

Los príncipes alemanes, estando todos los principales del real juntos, trataron su negocio, para ver si les parecía que tenían obligación a hazer batalla, pues ellos, viniendo a su propio negocio y de su señor natural, no estaban obligados a lo accidental del juramento. Y, remitiéndose en esto al parecer de Esforciano de la Brid, duque de Milán, de quien, por ser cavallero viejo y muy abisado en los hechos de la guerra, mucho caso se hazía, él les dixo:

–Valerosos príncipes, si este negocio fuera puesto en la tela de juyzio, muchas causas de escusa halláramos para vuestra defensa. Mas como va, no ay que tratar d’ellas, porque está el negocio muy adelante, que abiéndo’s retado de traydores, tenéys obligación de de[sm]entirlos⁶⁰⁹ y volver por vuestras onrras en caso donde ambas partes podrían bien justificar su causa, mayormente que ya tenéis aceptada la batalla de una cosa sola. Os aseguro que no abéys cometido traición en lo que hasta agora abéys hecho; por eso, en la respuesta que ymbiáredes, siempre justificad vuestra causa remitiéndoos a que, pues el capitán a quien jurastes no está aquí para determinarlo por justicia, quedando siempre lo principal de vuestras honras seguro, aceptáis su batalla para castigar el atrevimiento que en desafío tuvieron.

Bien pareció a todos el consejo del buen duque de Milán, y conforme a él se ordenó la respuesta. Y, por dar la autoridad posible a los príncipes alemanes, onze reyes fueron con ella, con la más estraña magestad que fue jamás vista; que, siendo en Constantinopla savida su venida, los salieron a recevir todos los príncipes y cavalleros mancebos, de cuya vista los reyes fueron muy agradados. Y llegados a la ymperial sala, preguntando por el príncipe don Baldín, le dieron la respuesta, diciendo que la mandase leer y les diese su respuesta. Don Baldín la dio a don Galerán de Terranova y, leyéndola en alto, vieron que decía así:

Respuesta del desafío

Leandro, duque de Saxonia, por mí y por los demás príncipes desafiados, a ti, don Baldín, príncipe de Lusitania, salud.

Quando conocimos el mensajero tuyo y de tu parte ser ymbiado, no lo que en la carta leímos, sino palabras de amigos, quales a nosotros se devían, pensamos allar, pues era justo se esperassen de tal cavallero como te precias a tales cavalleros tan antiguos en tu amistad, y es cierto que, aunque la leýmos, no buenamente podimos creher que a tal cavallero tan presto se le huviessen cortado el sentido de la razón para escrevir semejantes desatinos. Si, como fuiste príncipe arguloso y

⁶⁰⁹ *demsentirlos.*

cavallero atrevido, fueras con la raçon aconsejado y de tus amigos advertido, no dudo que fueras en el screvir más atentado; no sé cómo entre a responder a tu carta que no te ofenda ni sé cómo te persuadiesse que de tal locura te dexases. Sé cierto que de tu daño me pessa, mas la obligación de la onrra como cosa natural lleva a todo, y assí, no usando de más rodeos, /143-rº/ devieras conocer que esta obligación natural con que al emperador de Alemania somos obligados estava fuera del juramento hecho al prínc[i]pe⁶¹⁰ griego y rey de la Gran Bretaña, la qual nosotros no podimos quitar aunque quisiéramos sin venir en caso de menos valer; lo qual, si don Belianýs estuviera pressente, tenemos entendido lo declarara assí. Y, remitiéndonos siempre a su parecer para guarda de nuestras onrras, dezimos que qualquiera cavallero que dixere nosotros ser traydores miente como malo, lo qual, aunque tan defendido, defenderemos en el campo que señalardes con armas de cavalleros, las quales llebaremos para todos el día de la batalla; el qual, y el seguro y el campo, nos embiad. No más; el soberano Señor sea en vuestra guarda y defienda la justicia de la parte que la tiene.

Leída que fue la respuesta, no rescibió d'ella don Baldín alteración, como aquel que esperaba otra peor. El emperador mandó sentar los reyes, con los quales platicó algunas cossas tocantes a la guerra, preguntándoles por Periano y Ariobarzano y otros caballeros principales, en el entretanto que don Baldín ordenó la respuesta, la qual fue muy brebe, confirmando el dessafío y señalando el día que habían dicho de señor Sanctiago, y el campo a la Puerta del León, porque las damas de Constantinopla pudiessen gozar d'ella. Y nombraron por juezes de su parte al soldán Periano y a la bella Claristea; que, siendo tenido por mucho comedimiento nombrar a sus henemigos, los reyes, con el poder que traían, nombraron a la princessa Hermiliana y al rey Toloyano de España. Y así quedó concertada la más sangrienta batalla que entre tan pocos cavalleros tubo en esta guerra.

El príncipe don Baldín, siendo despedidos los reys, acompañándolos todos los príncipes asta su real, donde dieron su respuesta, se fue a su possada, donde fueron con él todos los caballeros mançebos, suplicá[n]dole⁶¹¹ cada uno le metiese en aquella batalla. Mas él, que no quería meter en ella nynguno de los griegos, se despidió lo mejor que supo y escoxió los cavalleros siguientes: él y su hermano, don Manuel, y don Galerán de Terranova; el valiente Cavallero Salbaje, don Tustor de Gaula, don Gradarte de Yrlanda, Florispiano de Sueçia, el rey Ban, el rey Néstor, don Brianjes de Armenia y Sorolís de Bretaña; los quales todos muy alegremente aceptaron la batalla.

Bien pudiera don Baldín escojer otr[o]s⁶¹² caballeros con los quales, al parecer de todos, estuviera su hecho más saneado; mas no quiso, porque, si los tomara de los griegos, no se cumpliera tan bien lo que él deseava, que era mostrar el valor de los caballeros estranjeros. Y es cierto que él escoxió muy bien y a contento de sus amigos, y assí quedaron adereçados para el día de la batalla y

⁶¹⁰ *príncipe.*

⁶¹¹ *suplicándole.*

⁶¹² *otras.*

exercitándose en todas armas, como aquellos que no savían las que sus henemigos escojerían.

El emperador, que a don Baldín en el grado que a sus hijos quería, le mandó llamar a su cámara, donde le dixo cuánto le pesava que assí endonadamente se hubiesse querido meter en aquella batalla donde con ganarse poco se abenturava tanto, y que mirase que los cavalleros alemanes eran muy diestros en las armas, y que escojerían tales armas de que se pudiesen aprovechar. Preguntole qué maestros tenía y, abiéndoselo dicho, los hizo venir allí, y cada día en su presençia le hazía desembolver en todas las armas y él mismo le dava particulares abissos, con los quales fue don Baldín tan diestro como animoso.

Do cumple dexarlos, con otros muchos tranzes que en estos medios subcedieron, por bolver al príncipe don Belianís, que, ocupados con estas cossas, á mucho que d'él no hablamos.

/143-rº/

Capítulo 24: De lo que a don Belianís avino sobre la libertad del príncipe Belflorán en el castillo de Silfeno.

Estoy, Señor, tan cansado de caminar, que no sé si lo dexé, pues veo que quanto más pienso aver andado, me hallo más cerca de donde partí. Digo esto porque, aviendo caminado casi las tres partes del universal orbe, agora me conviene bolver en Babilonia y, teniendo mis dolores olvidados, se renueban las heridas con las quales caminaba el príncipe griego en los carros de Merlín, partido del reyno de Francia con grandísimo deseo de bolver en Costantinopla, aunque no pudo ser tan presto, porque Merlín andubo gran parte de la tierra en busca de ciertas yervas que para la libertad de Belflorán eran necessarias, por no traer consigo a Hermiliana, que para aquello fuera menester. Donde, ya que de todo fue apercevido, una mañana se hallaron junto a la ciudad de Babilonia, a la parte del castillo del sabio Silfeno, donde se criava el príncipe Belflorán. Bien reconoció don Belianís el castillo como aquel que en él abía estado en tanto peligro por librar al príncipe de Persia⁶¹³, y a Merlín dize:

—¿Es aquí nuestra venida? Que, según de caminar estoy fatigado, días ha que holgara de ser llegado.

—Mi señor —dixo Merlín—, aquí es el paradero de vuestro trabajo, que, según el premio que ganaréis, antes por descanso lo avéis de tener. Aquí dentro allaréys al príncipe Belflorán, vuestro hijo, que no solo en el nombre, mas en los hechos, será flor de la cepa de sus abuelos. Á de ser libre con el soberano esfuerço vuestro, que aquí será bien menester. De una sola cosa os aviso: que a ninguno deis aquí dentro la orden de cavallería, porque quedaréis para siempre perdido. Lo demás,

⁶¹³ Esta aventura se relata en el capítulo 54 de la *Segunda Parte*. En el trascurso de la misma una profecía ya anticipaba que el castillo se reservaría como prisión para el descendiente de don Belianís, es decir, Belflorán.

todo está cometido a vuestro esfuerço, que para mayores cosas que estas basta.

Entonzes se despidió don Belianís de Merlín, y su paso a paso llegó a la puerta del castillo, la qual halló cerrada; y, tomando una boçina, la tocó con toda su fuerça, haziéndola resonar por todos aquellos valles que cercanos al castillo estavan. Mas no la ubo tocado quando las puertas se abrieron con un ruydo espantoso.

Don Belianís quiso entrar por ellas, mas no le fue assí fáçil como cuydara, porque a la entrada vio dos terribles gigantes con sus maças de yerro en las manos; los quales, sin se mudar a ninguna parte, tenían puestos los pies en el umbral. Cuydó don Belianís de engañarlos y hizo una ligera arremetida, como que dentro se fuesse a lançar, porque los gigantes descargassen sus golpes, deteniéndose al tiempo del llegar. Mas allose burlado, porque ellos se estubieron muy quedos esperando a que entrasse. Mucho se receló don Belianís viendo el aviso de los gigantes; temor tubo que, si algún golpe a derecho le alcançasse, darían fin [a] aquella contienda. Mas como el entrarle era forçoso, cubriose con su escudo y, aderesçando de se reparar del uno con él, arremetió con el otro, metiendo el pie derecho dentro de la puerta. Los gigantes descargaron a un tiempo sobre él, mas don Belianís se aprovechó de su ligereza y, con el que más cerca halló, se metió tanto que no le pudo herir sino con los braços; que, siendo el golpe de poco daño, al gigante le quedaron tan atormentados los braços que cuidó havérsele quebrado. No paró en esto el daño, porque su compañero, que furioso por herir a don Belianís benía, por herir al uno dio a entr'ambos. Fue tan cruel el golpe que la cabeça de su compañero atormentó qual estavan los braços, y a don Belianís hizo hincar entr'ambas rodillas en el suelo sin que, con el desatiento, él pudiese hazer golpe que nada valiesse. Bio el griego el peligro, porque el herido gigante se quiso abraçar con él; mas, dando un salto, se /144-rº/ metió dentro del castillo, dexando a sus enemigos a la parte de fuera, que para él fue de gran ventura, porque era el lugar más estrecho y no tenía necesidad de acometer.

Mas estava tan enojado del golpe que rescibiera que, aprovechándose de la comodidad del lugar menos de lo que él pudiera, bolvió sobre sus enemigos, que con no menos voluntad le buscaban, y, reparando con los dulzes filos de su espada, cortó la maça por la mitad d'ella al uno y, desviándose del otro, por baxo de una rodilla le hirió con tanta fuerça que, cortando las armas con la mitad de la pierna, dio con él de ojos en el suelo. Y, por apartar al otro d'él, fingió quererse entrar por el castillo adelante; el gigante se estuvo quedo, y don Belianís, para entrar en el patio, abrió el çerojo de una puerta, todo a effeto de desbiar aquellos el uno del otro; mas, en abriéndola, quiso tornar a cerrar con toda su fuerça, porque vio la más diabólica vestia que oyera dezir. En la cruel fación d'ella semejava a la que en el templo de Amón matara; mas, puesto caso que arrimó los hombros, balióle poco, porque el vestiglo dio tal ençuentro que, dando con él muy lejos de la puerta, salió fuera con la feroçidad que la ymaginación lleva.

Vien creo que, aunque sus arreos del príncipe era allarse en peligrosos tranzes y abenturas, a esta sazón no quisiera allarse en esta, porque tenía contra sí un gigante y aun dos, y una bestia como

un demonio. Ella era del tamaño de un toro, aunque algo más gruesa; sus pies y manos como de león, con unas tajantes uñas; tenía en la frente un cuerno como olicornio, tan fuerte como un azero, con el qual hazía el mayor daño; los ojos relumbrantes como unas encendidas brasas. Hera pintada como un tigre, mas tenía el cuero más recio que el arnés de don Belianís, contra el qual se dexó venir desalentadamente. El uno de los gigantes vino con ella, mas no pudo entrar assí a la pareja, porque el lugar hera algo estrecho y la bestia más lixera que no él; la qual, queriéndose don Belianís reparar con el escudo, le encontró tan recio que, como él pusiese toda su fuerça por no caer y afirmarse recio los pies para herirla, después el escudo fue passado con el cuerno, juntamente con el arnés, y don Belianís herido algún poco en los pechos, y aún, si no se dexara llevar un poco, a la ventura corriera mortal peligro. No hubo hecho la ar[r]emetida quando alçó las manos por cojerle entre las uñas; don Belianís la yrió en la una, que toda cortada vino al suelo; y, ladeándose a una parte por no venir a sus brazos, no quiriendo soltar el escudo, fue el cuerno de la vestia partido por medio, con lo qual ella dio tan espantossos valadros que el castillo hizo estremezer.

Llegó en esto el gigante por herirle; mas don Belianís se adelantó, hiriéndole por cima del yelmo de una herida tal que, sacándole de su acuerdo, las rodillas le hizo poner en el suelo; y matárale si el reçelo de la vestia no se lo ympidiera, de la qual él se temía mucho, aunque ella estava para hazer poco daño, aunque, ayudada de las diabólicas furias que la acompañaban, todavía tornaba sobre el príncipe; el qual, teniéndole poco miedo, poniéndole el escudo delante, viéndola venir en dos pies, de una punta por entre los pechos la yere, que con la fuerça suya y de la vestia la espada entró hasta la cruz; y él quedó abraçado con ella, que le fuera peligrosso si la herida no fuera tan mortal, con la qual luego murió. Y biendo que el gigante le golpeaba y que el otro, su pierna arrastrando, venía sobre él, como una fiera se rebuelbe entre ellos y, aunque con algunas heridas, alcanzó la victoria.

Y, tan cansado que no se podía tener en los pies, se sentó a la entrada del patio, mirando aquellas tres bestias que allí muertas estaban. Mas paresziéndole que no para olgar fu[e]sse allí venido, se leuantó, entrando por donde la vestia saliera.

Mas a esta ora el día se turbó; todo aquello se tornó tan oscuro como en una bóveda çerrada. No bio en qué parte estava, mas de oír unas espantossas voces /144-vº/ que dezían:

–¡Muerto heres, cavallero de Florisbella, sin que tu esfuerço te valga!

Representáronsele ter[r]ribles y espantossas bisiones, tan feas como las infernales, unas con espadas y otras con otras armas, haziendo acometimiento de herirle, con los quales muchos golpes le hazían dar en baçío, reparándose al ayre. Hazíanle andar de una parte a otra, medio tonto. Mas, atinando a una parte por donde le parecía ver claridad, poniendo para ello todo su esfuerço, llegó allá; y, saliendo por una pequeña puerta, vio delante de sí un río grande, más turbio que el Leteo. Por encima d'él andava una mortal niebla, tan ciega y oscura que no dexaba ver veynte pasos de la temerosa corrida. Parecía que venía herbiendo, rebuelto con çeniça. Tenía otra cosa más

mostruossa: que por el río parecía gran copia de temerossos dragones y otras fieras del agua, mayormente unos temerossos cocodrillos, los quales por todo él cubrían un fuego qual se mostrava en el cielo la noche del verano que, abiendo preçedido gran calor el día antes, por entre las nubes parece mostrarse la rexión del fuego.

Fuele tan henojoso esto a don Belianís que determinó tornarse antes aquel ynfierno donde saliera. Mas alló la puerta cerrada, y el agua començó a crecer tan recio que él huvo temor de ahogarse, y prestamente, aunque ya el agua hasta la rodilla, se acavó de quitar las armas y bestidos, quedando con solo la camisa y espada, que por ninguna cosa la dexara. El agua creció tanto que tubo necessidad de valerse de los braços y, tomando la espada en la boca, paresciéndole que hazia aquella parte tenía mal remedio, se metió por el río, cuidando pasar a la otra parte. Mas aquí fueron sus verdaderos trabajos, porque aquellas bestias, procurándole ahogar, le davan ter[r]ribles golpes. Mas él, que en aquello tenía particular gracia, nadando como un dalfín, aunque muy cansado, se puso a la orilla, y de la otra parte; donde vio una muy hermosa casa con muy ricos hedeficios, con tantas torres y doradas alturas que davan estraño contento; de la qual vio salir dos cavalleros a pie, armados de unas armas azules con flores de oro por ellas.

No vio don Belianís cavalleros que mejor le pareciessen mucho tiempo avía. Estúbolos mirando, que benían con más desemboltura que si vinieran desarmados, porque, llegando entr'ambos a passar una hermosa cava que la cassa ceñía, de anchura de más de veynte pies, no cabiendo entr'ambos por un madero que para la pasar abía, el uno se metió por él adelante y el otro de un salto se puso a la otra parte, sin mostrar desdén en su persona, de lo qual don Belianís se olgó mucho. Los cavalleros, parejando con él, le dixeron:

–¿Qué ventura, señor cavallero, os ha traído a parte y lugar tan estraño?

–Mis ados –dixo don Belianís–, que son tales que continuamente me traen por partes y lugares donde los otros huyen.

–Pues cumple –dixeron los cavalleros– que, si de aquí queréis salir, nos arméis cavallero un donzel que aquí traemos, que, según su persona y linaje, bien es d'ello merecedor.

–Esso –dixo don Belianís– á de ser por mi voluntad o sin ella.

–Como a vos os pareciere –dixeron ellos.

A esto llegó el donzel, acompañado de algunos escuderos. Nunca don Belianís le viera, mas a la ora en el ayre le conoció ser el príncipe Velflorán, porque en el rostro parecía tanto a su señora Florisbella que le pareció que ante sí la viesse. Él sería de hedad de veynte años, tan dispuesto que alegría dava su hermosa dispusición; era más alto de cuerpo que su padre; sus faciones os contaremos adelante. El qual, en llegando a don Belianís, dize:

–Señor cavallero, complid lo que esos cavalleros os ruegan, pues en azerme a mí esta merced no perderéis vos nada.

–Hermosso donzel –dixo don Belianís–, yo sé bien que gano mucho en cumplir vuestro

ruego; mas yo estoy desnudo y mal parado del agua de aquel mal río. También parecería que me mandásedes dar un bestido vuestro, que después seré a tiempo de responder a vu[e]stro man- /145- rº/ dado y a la demanda de estos, vuestros cavalleros.

Belflorán se lo mandó traer luego, y en el entretanto don Belianís le preguntó quién hera y por qué causa quería que él lo armase cavallero.

–Yo no sé quién soy –dixo Belflorán–, aunque algunos de mi compañía quieren dezir que soy hijo del príncipe de Grecia, lo qual antes pena que alegría me da, por verme privado de mi libertad sin poder salir d’este maldito lugar.

Antes que don Belianís le respondiesse le traxeron el vestido, y él se le puso, que muy rico hera, todo blanco con muchos recamos de oro y encarnado, con algunas piedras y perlas de valor; y, aunque algo estrecho, vínole bien, y tomara de tan buena voluntad un arnés si se le dieran. Y pidiole, mas Belflorán le dixo que no le avía. A los cavalleros les pareció se detenía mucho, y dixéronle que viesse en lo que se determinava en el armar cavallero aquel donzel.

–En esso –dixo don Belianís– yo estoy determinado, y de muy buena voluntad, de armarle cavallero en saliendo d’este castillo, porque aquí no ay adereço de armas y cavallo y lo que más conviene para tal aucto.

–Aquí cumple –dixeron los cavalleros– lo agáys, y no en otra parte.

–Esso –dixo don Belianís– parece contra mi voluntad, y de essa suerte ni le armaré agora cavallero ni después.

Los cavalleros, viendo su determinación, pusieron mano a sus espadas embraçando los escudos. Teniendo por cierto le darían la muerte, se vinieron para él, que, viéndose acometido de tal suerte, puso mano a su espada, tendiéndose a la larga como diestro en tal menester, mas los cavalleros juntaron con él. El uno le hirió sobre el reparo de un revés, y el otro cerró con él; mas no hizo golpe de ber, porque don Belianís, hurtando el cuerpo al un lado, de una punta le hirió sobre el arnés. La media espada entró entre las entrañas, dando con él de la otra parte; donde no fue caído quando, con la doblada fuerça de antes, se tornó a levantar contra don Belianís, que con su compañero a la batalla tornara. Espantose don Belianís de tal acaescimiento, y entreteniéndose en la virtud de su ligereza comenzó con ellos dos la batalla, que heran tales cavalleros que cada uno d’ellos a Hércules diera batalla; en la qual anduvieron una pieça, no tan libre don Belianís que algunos piques no tubiesse, de los quales le corría sangre.

Aquí vírades la más hermosa cosa que visto se ubiesse: Belflorán estava maravillado, pareciéndole tan bien el cavallero que lástima tenía de no le ver armado, que con aquello tenía por cierto no fuera vencido. Mas a esta ora el coraje y furia del griego sin temor no podría buenamente escrebirse, porque, determinándose a la muerte, aguardó a entr’ambos y, passando el cuerpo sobre el que a la mano derecha venía, le hirió sobre la cabeça con tanta fuerça que se la partió hasta los ojos, dando con él muerto en el suelo. Mas esto era de poco hefecto, porque a la ora le bio levantar sano de

la herida, como al primero. Aquí se le trocaron a don Belianís las colores; temió del successo de la batalla, no tubo en su vida yguual pensamiento de ser sobrado. Mas encendíole su animoso coraçón ver par de sí a Belflorán y tener entendido que, si de aquella vez no se librasse, quedarían entr'ambos. Y como bio al cavallero que se levantaba, no se vio açor ni sacre* que con esta belocidad haze su pressa. Pareció a los temerossos grifos quando en las montañas de Fineo arrebatan los ganados. Reparose del otro, que no temía de morir, y entró con él; y, aprovechándose del es- /145-vº/ -tremo de sus fuerças, se levantó del suelo y corrió con él al río, que no muy lexos estaba. Y a la parte que les pareció más ondo, entrando con él cinco o seys passos, le arrojó y, temiendo que tornaría a salir, quiso arremeter otra vez con él al agua. Mas el otro cavallero los avía alcançado y, si él osara entrar en el agua, a la ventura fuera peligro de la vida para don Belianís. Mas aquella agua para ellos hera mortal, y atendió a la orilla a don Belianís; el qual, viendo que el encantando cavallero no salía a lo alto, túbolo por muerto y, tomando un escudo que al caer en el río dexara, tornó a la ribera. Y saliendo por otra parte de la que su enemigo lo esperaba, el uno para el otro se vienén. No ay entr'ellos otra cosa que la muerte, porque el cavallero, viéndose solo, no dexava a don Belianís llegar a braços, y con esto la batalla hera encendida. Determinose una vez don Belianís de a su riesgo abraçarse con el cavallero, mas él, que no tenía par en ligereça, saltó a la una parte, hiríole de una punta por el un lado. Fue la espada al soslayo, cortando la carne, y hízole una herida más temerosa que de peligro, de la qual començó a correr la sangre en abundancia. Mas con todo esso él se halló entre los fuertes braços de don Belianís y, soltando la espada, cada uno puso lo último de sus fuerças. Hera la batalla muy junto al río, y don Belianís procurava por echarle dentro, mas el cavallero ponía unas vezes una rodilla y otras otra en el suelo, con lo qual las fuerças y ánimo se le doblaban, y a do[n]⁶¹⁴ Belianís en grande aprieto ponía; que, como fuesse tan abisado, acordándose de lo que de Hércules leyera, levantole del suelo, metiendo la mano por entre las piernas, aunque con el mayor trabajo que en su vida pasara. Fue cosa maravillosa que, en no tocando con los pies a la tierra, perdió la fuerça. Parecióle a don Belianís que un niño tubiesse en los braços y, llegándose al río, le sepultó donde al otro.

Donde, acavada esta batalla, más desalentado que en su vida estuviera, se fue su paso para donde Belflorán estaba, que, admirado de tal esfuerço, para él se venía; abraçándole, le dize:

–¿Qué os parece, gentil donzel, quán caro me qüesta vuestro ruego y el de aquellos cavalleros?

–No sé a quál saldrá más barato –dixo Belflorán–, pues, costándoles a ellos las vidas, vos havéys acavado la mayor azaña que se aya oýdo. Y agora, pues no ay a quien vuestra voluntad contradiga, sed servido de armarme cavallero, pues será para vuestro servicio.

–Por agora no cumple assí –dixo don Belianís–; procuremos de salir de aquí, que después yo

⁶¹⁴ dou.

haré quanto mandáredes.

–Yo no sé por dónde –dixo Belflorán–, porque este río es imposible pasarse, según es diabólico.

Mas a esta ora por el río vieron venir unos temerosos dragones hechando grandes resoplidos de fuego. Conosciolos don Belianís, que heran los del sabio Merlín, y plúgole d'ello. Mas a esta ora más de cien cavalleros salieron de la casa, los quales, dando de ojos en él, apechugando los cavallos con don Belianís, travaron de Belflorán, metiéndole dentro de la casa.

Quiso correr tras ellos don Belianís; mas oyose dar voces por Merlín que lo atendiese, y él lo hizo assí.

–Soberano príncipe –dixo el sabio–, lo que a vos toca ya lo avéys hecho tan aventajadamente quanto es possible; por esso, dexadme a mí, que también me toca a mí parte de esta aventura.

–Sea como vos mandáredes –dixo don Belianís–, que en esto y en otra cosa no entiendo de salir de vuestro parescer.

Entonces él se desbió a una parte, y Merlín encendió ciertas belas, quemó ciertas yervas, haziendo sus diabólicos cercos. Tembló todo aquel sitio; mostráronse muchas feas figuras, y dende a poco aquel río se mostró ser el patio del castillo, y don Belianís se halló sentado junto a una escalera. Y abraçando /146-rº/ a Merlín, ambos fueron en busca de Belflorán, que por las escaleras baxava. De la mano traía un hermitaño tan viejo que casi en los pies no se podía tener. Tras él venían algunos ombres suyos. Conoció el ermitaño a don Belianís, y a Belflorán dize:

–Veys aquí, hijo mío, a vu[e]stro padre, que es el el mejor cavallero del mundo, y a quien Dios tiene muy de su mano.

No esperó más Belflorán a estas palabras, que corriendo llegó a don Belianís y, hincando ant'él las rodillas, le besó las manos, veniéndole las lágrimas a los ojos. Don Belianís hizo otro tanto, con el alegría que pensarse puede de hallar un hijo tal, mayormente que él no tenía otro. Y haziéndole levantar, abraçó al viejo ermitaño; y, preguntándole por la duquesa que le criara, que ya Merlín se lo dixera, la llamaron, y el emperador le ofreció largas mercedes. Y así rescibió a todos, que ninguno en la criança de Belflorán perdió nada.

Y (y) en aquel castillo estuvo don Belianís ocho días, en los quales adolesció* el ermitaño, y el soberano Señor le llevó a los cielos. De su muerte pesó a los príncipes mucho, que le quería Belflorán en estremo. Y acordaron partir de allí otro día, porque don Belianís dixo que en ninguna manera hiría sin entrar en Babilonia y ver al traydor que con ella se alçara.

–Él no está ay –dixo Merlín–, sino dos hijos suyos, y la entrada es peligrosa.

–Como quiera que sea –dixo don Belianís–, no hiré sin berlos, que mal contado me sería si, estando tan cerca, dexase de ver aquello a que sería razón venir de muy lexos.

–Sea como os pareciere –dixo Merlín.

Y así adereçaron su camino para otro día, con solos sus cavallos y armas y dos escuderos.

Capítulo 25. De lo que don Belianís y Belflorán hicieron en Babilonia y guerra de los partos.

Del encantado castillo de Silfeno salieron los dos valerosos griegos armados de muy relumbrantes armas. En su compañía llevaban a Merlín, que, aunque parecía hir también armado, no llevaba otro ávito que el que solía. Y aunque salieron muy junto a la noche, dexando los demás con la duquessa en guarda del castillo, muy temprano llegaron a Babilonia, a ora que las puertas de la ciudad no eran cerradas. Don Belianís, que el camino sabía, se fue derecho hasta los ymperiales palacios, donde, dexando en guarda de los cavallos y pajes al sabio Merlín, se apareo[n]⁶¹⁵ y, como la costumbre de Babilonia supiessen, a los de la guarda dizen que a los príncipes Gilerpio y Adriano de Gilea digan que están allí dos cavalleros que bienen de Persia por hablarlos. Y siendo mandados entrar, Belflorán a su padre dize:

–Mi señor, descuidadamente lo avemos hecho porque, si alguna quíestión con estos cavalleros o[s] sobreviene, fuera bien haverme armado cavallero.

–Estos que aquí veys –dixo don Belianís– todos son traydores. Este imperio es vuestro, que os le tienen tiraniçado. Vos soys cavallero de todas partes; para defenderos, no es menester ser cavallero armado. Yo os doy licencia para que hagáys vuestro poder; y quedaos vos a la puerta d’esta sala y no consintáys entrar dentro a nadie, que de los demás yo daré recado si fuere necessario. Y mirad siempre por desbiaros de la puerta, porque pueda yo socorremos si fuere necessario.

Y como no ubiese mucho lugar a palabras, en lengua assiria le dixo:

–Quedaos aquí, cavallero, entre tanto que yo doy este recado a los príncipes.

Belflorán lo hizo así, metido en la puerta como alcançase a ver lo que pasava. Don Belianís fue por la sala adelante, en la qual vio bien dozientos cavalleros con sus partesanas en las manos. Cenavan Gilerpio y Adriano solos, y en torno /146-vº/ d’ellos otros muchos cavalleros armados, como aquellos que, siendo traydores, siempre estaban recelosos de aquello que no les estava muy lexos. Llegó don Belianís hasta la mesa y no pudo acavar con su tan altivo coraçón de hazerles nengún acatamiento. Y en voz alta, que por toda la sala pudo ser oýda, les dixo:

–Mal seáys allados, traydores, que con tanto descuydo estáys a la mesa de vuestros señores.

Alçó con esto la visera para ser conocido; mas no fue menester, que en la voz le conocieron. La mayor parte d’ellos, mayormente Gilerpio, quisieron sin responderle saltar de la mesa; mas hera llegado el divino castigo que tales traydores merecían: sus cabeças quedaron en pago de la trayçión de sus padres. Aquí arremete con él toda la guarda de los traydores, aquí se dan terribles voces. Fue tan de sobresalto el negocio que Belflorán tuvo temor de no poder amparar la puerta; saltó fuera y, con las aventajadas fuerças suyas, lo cerró hechándole un cerrojo que por de fuera tenía.

⁶¹⁵ *apearou.*

¡O, don Belianís, quién biera a esta ora tu ambrienta saña! Determinado estava a morir por verse vengado de quien tan gran trayción avía hecho. No arremete así el toro con los peones, no el león con el ganado, como él hizo con aquella gente, entre los quales avía muchos de afrenta. Heríanle de grandes puntas con las alavardas, de crueles golpes con las hachas, mas él hazía en ellos cruel estrago; a una parte y a otra caían muchos muertos. Y tomando una hacha de aquellas, redobláseles a los babilónicos el daño; los quales, por se valer d'él, se comen[ç]aron⁶¹⁶ a retraer, quedando a cada passo muchos muertos y malheridos. Cuidaron salirse por la puerta mas, hallándola cerrada, viendo que solos s[u]s⁶¹⁷ braços los avían de salvar, rebuelven sobre el griego príncipe. Los golpes que le dan, a un ayunque huvieran desecho; todo para mayor daño suyo porque, encendiendo la temerosa saña suya, no avía en ellos ál* que la espantosa muerte. ¡Quántos se metieron por unas y otras partes por se valer d'él, teniendo qualquiera apretura por ancho aposento!

Mas estas cosas, aunque maravillosas de poner, son en olvido con ver al príncipe Belflorán, el qual, puesto ante la puerta, era como el terrero* donde los ballesteros suelen tirar sus empressas. Enclavan en él muchas lanças y dardos y otras arrojadiças armas, y como los cavalleros fuessen tantos, juntaban con él, donde sus golpes no llebaba la ymaginación. Tantos muertos y heridos tiene delante sí que hazen otro nuevo reparo* para que a las puertas no lleguen.

A este punto llegaron tres jayanes, hermanos de aquel que don Belianís, por librar a Florisbella, en la huerta matara, que, muy favoritos d'ellos, con los traydores bibían; y, biendo tal estrago de cavalleros, no supieron qué dezirse. Todos tres a la pareja arremeten con él; esperolos el novel infante, con menos miedo que cuydaron, y cerrose entre ellos, de suerte que el primer acometimiento le hizo poco daño. Hirió al uno por la cintura tan furiosamente que, casi cortado por medio, dio con él muerto en el suelo. De los golpes de los otros hincó ambas las rodillas en el suelo; hizieronle ver reluzientes estrellas, mas levantose ligeramente y al uno d'ellos, que sobre él yba, hirió por baxo de una punta, que se la passó hasta las platas de la otra parte. Fue él herido en tres o quatro lugares, mas, tomando una alavarda de aquellas, al tercero gigante hirió sobre la cave[ç]a⁶¹⁸, hízole hincar ambas rodillas en el suelo y, con la pujante fuerça suya, le asegundó otro que, partida hasta los ojos, dio con él qual sus compañeros.

De esto fueron todos tan turbados que los que quedaron arremetieron, huyendo por las escaleras abaxo, teniéndose por dichoso el que más ligero huía. Belflorán no curó de seguirlos, porque a hesta ora oyó grandes golpes por de dentro en la puerta, como que la quisiessen hazer pedaços; y, temiendo que a la ventura su padre estuviesse en algún peligro, la /147-rº/ abrió. Y, no biendo el uno ni el otro otra cosa más q[u]e⁶¹⁹ los muertos, hallándose solos, cada uno quedó fuera de sí de ver lo que el otro avía hecho. Abraçó don Belianís a Belflorán con doblado amor, diçiendo:

⁶¹⁶ comencaron.

⁶¹⁷ sns.

⁶¹⁸ caveca.

⁶¹⁹ qne.

–Quisiera, hijo mío, que estuviera aquí el griego agüelo vuestro, para que viera qué successor dexa de su soberana fama. Dezidme si estáys herido, que, según lo avéys pasado con estos traydores, no será mucho.

–No estoy herido –dixo Belflorán–, mi señor, sino del espanto de ber vuestras cosas, que a mí mismo me hazen dudar, después de vistas, si passo por ellas o si sueño.

–Dexaos de esso –dixo don Belianís–, que, si adelante proseguís como començastes, más tendremos que ver en lo que de vos nos contarán que en lo que vos dezís. Vamos abaxo, que grande es el alboroto que a la puerta del palacio oyo; no sé cómo no entran todos a vengar estos traydores, y no me creáys si nuestro amigo Merlín no nos favorece. –Y así era la verdad, que por su saver puesto que a todos la salida les era libre, pero entrar dentro no podía ninguno–. Mas vamos a las ventanas, que, según los amigos que en esta ciudad yo tengo, no [s]erá mucho hallar quien nos favorezca.

Entonces don Belianís desenlazó el yelmo y, llevándole en la mano, se paró a una ventana que a la plaça salía, donde estaban juntos más de beynte mil omb[r]es, así de las guardas de guerra como del pueblo, armados de diversas armas, dando voces pusiessen fuego a los palacios; que, como el príncipe allí llegase, en alta voz les dixo:

–¿Qué es esto, cavalleros? ¿Será posible que por unos falsos traydores neguéys la lealtad que por vosotros fue siempre tan guardada? ¿No veys la diferencia que ay de ser gobernados por tan altos príncipes o por unos vasallos suyos, de los quales aun de serviros tomaríades vergüença? Veis aquí a vuestro natural príncipe, que es tal cavallero que, quando no fuera vuestro heredero legítimo, no hera mucho darle el señorío de Babilonia.

Entonçes hizo quitar a Belflorán el yelmo; que, descubriendo su tan hermoso rostro, tubieron por cierto fuese su señora, la princesa Florisbella; y como ninguna cosa aya que así mueva los umanos corazones con la lealtad, mayormente ayudada de la vista de aquel a q[u]ien⁶²⁰ se debe, tal vergüença a los babilónicos les cayó que unos a otros no osavan mirarse, y juntamente todos dieron grandes voces:

–¡Vivan nuest[r]os señores naturales, y mueran los que con tal trayción contra su ymperio se han revelado!

Y a la ora arremetieron todos a los que conoscían ser de la parcialidad de los traydores por les dar la muerte; y antes de una ora no quedara ombre d’ellos vivo si don Belianís no remediara; que, baxando él y Belflorán a la plaça, mandando cessar la crueldad que se començara, asosegaron la gente del pueblo, que heran los que más yndignados se mostravan. Y tomando la cavallería que les pareció, aseguraron los lugares fuertes de la çudad, poniendo en ellos el recaudo que les pareció más necessario. Y con esto se volvieron a palacio, con tanta alegría de las gentes que parecían locos de plazer; y, tomando los cuerpos de Adriano y Gilerpio, los arrastraron por los pies como traydores,

⁶²⁰ *qnien.*

quemándolos en la plaça de Babilonia.

Don Belianís rogó a Merlín, que hera a quien las gracias d'este negocio le devían, se quedasse por governador en la gran Babilonia; y, no lo acavando con él, por todo el ymperio se mandaron juntar cortes, en las quales Belflorán fue jurado por príncipe heredero de los estados. Y ymbiando por el duque de Carsola, haziéndole saver cómo s[u]⁶²¹ muger criara a Belflorán, y traýda ella del castillo de Silfeno, con voluntad de todos los grandes le dexaron por governador, que, aunque él se quisiera escusar, no le aprovechó cosa alguna. Y mandando juntar sus gentes, al /147-vº/ duque dexaron mandado que con la mayor furia y crueldad que le fuesse possible entrase por la Persia y quemase y pasase a cuchillo quanto se le defendiesse. Y ellos mismos, por dexar los negocios en mejores términos, salieron con el ejército, talando y dest[r]uyendo toda la Persia; que, como estubiessen sin caudillo, casi ninguna cosa se le paraba. No estava muy lexos la total destruycción suya si la mayor fuerça de la gente no se fortalecieran en la hermosa ciudad de Tubante, a la qual dieron los príncipes algunos combates; y, si el temor de algún peligroso caso de Grecia no lo estorvara, ellos pusieran por tierra hasta Persépolis.

Fue esta una de las hermosas guerras que en el mundo uvo, y en que los dos griegos más se señalaron, porque, en ocho meses que duró, pusieron por tierra sesenta fuerças principales y dieron quatro batallas campales, en las quales destruyeron lo mejor de la tierra. Algunos quieren dezir haverse don Belianís ydo sin acabar esta guerra a ruegos de la linda Persiana; sea lo que fuere, que por su culpa dexó de ser señor absoluto de Persia. Y, como los babilónicos le viesen tan determiado en yrse, le rogaron les dexase con ellos a su príncipe Belflorán, porque con él se acabaría la guerra muy a su plazer. Mas no lo pudiendo acavar con él, fortificando lo que avían ganado, entretubieron la guerra hasta que la de Costantinopla se acabó, con tanto vigor que jamás se les olvidó; porque, puesto caso que cada día abisasen a Pe[r]jiano⁶²² de sus daños, él estava tan determinado en morir sobre Constantinopla o bengarse que de ninguna cosa hizo caso.

El príncipe don Belianís y Belflorán se partieron por sus jornadas la buelta de Grecia, mas no trabajaron mucho en el camino, porque fueron llevados en el su Castillo de la Fama; do los dexaremos, que no llegarán a mal tiempo, según ay la necesidad de su llegada, por tornar a proseguir en las griegas batallas que, como tales, no es razón se pongan en olvido, mayormente el particular desafío que atrás dexamos comenzado.

Capítulo 26. De la sangrienta batalla que passó entre don Baldín y sus amigos con Leandro y los suyos.

El día del apóstol Santiago era llegado, patrón de las Españas, señalado y aplaçado día para

⁶²¹ *sn.*

⁶²² *Peaianeo.*

el más hermoso campo que en aquellas guerras se esperaba, quando, delante de la puerta de San Miguel, se puso el más hermoso cercado de un campo que visto se viesse, el qual el príncipe don Belianís tenía hecho para semejantes batallas, cuya riqueza hera tal que la mayor parte de ambos campos llegó por mirarle; y dentro parecieron seys tiendas, tan estrañas y ricas que no tenía el universo otras más soberbias. Las dos eran de brocado blanco, con tantos remates y cavos de oro y plata y perlas que la India ni Eritea no tenía tantas ni tales. Las otras quatro eran del mismo brocado, mas era encarnado, bordadas de blanco; todas las cuerdas eran de oro y seda, estacas y garrotes y argollas y mástiles de fina plata. Hera hermosa cosa de mirarle; todas tenían las ventanas abiertas a todas partes para que se viese la riqueza de los adereços que dentro havia.

En ellas se parecieron los onze cavalleros de parte de los griegos, que, aunque ninguno d'ellos fuese griego ni su vasallo, por tales en esta batalla serán contados. Estaban ricamente adereçados, sin ningún género de armas, en la tienda principal, que era de don Baldín, como aquellos que no sabían las armas que sus enemigos querían escoger, todos vestidos de blanco, que, aunque en los mancebos como ellos fuese agraciado ábito, no lo es para pelear en estacado, donde la vista /148- rº/ de la sangre naturalmente en los heridos causa desmayo y en los contrarios, esfuerço. Por todo el campo y torres de la ciudad, como llegó el día, se sonaron gran número de menestres y otros instrumentos militares a señal de batalla. No salieron los cavalleros demandados muy de mañana de sus tiendas, assí por se confesar como por dexar sus negocios como convenía a tales príncipes en tan riguroso trance. Y assí, a dos oras del día, en el campo entró el duque de Milán, acompañado de muy buena cavallería; el qual, preguntando por el príncipe don Baldín, siéndole mostrado, le dixo, sin se apear:

–Cavallero, ¿soys vos el que tenéys desafiados los valientes y leales príncipes de Alemania?

–Yo soy –dixo don Baldín– el que tengo desafiados unos cavalleros alemanes, porque han cometido alebe contra su juramento viniendo a esta guerra.

–Pues sabed –dixo el duque de Milán– que cometéys trayción en ser contra los que en la Tabla Redonda recibistes por ermanos y jurastes de no ofender, y por tanto aquellos cavalleros os rietan de tales.

–No ha lugar esse desafío –dixo don Baldín–, porque essos cavalleros no pueden desafiar a nadie antes que ayan buelto por su honrra, mayormente que este desafío es sobre cosa cometida contra su capitán, lo qual se ha de determinar primero, aunque vos digo que, si de esta batalla las cosas succediessen como todos saliésemos con honrra, nosotros les combatiremos lo contrario, porque ellos, por su culpa, han perdido qualquiera privilegio que por la hermandad de la Tabla Redonda podían tener. Y agora vos yd, cavallero, y dezidles que, para cavalleros tan animosos, que tardan mucho en venir al campo.

–Ello será más presto que a vos convendría –dixo el duque–, que ¿veyslos?, aquí bienen.

Y assí era la verdad, que los germánicos príncipes venían con el más hermoso

acompañamiento que en el mundo visto se ubiesse, a pie, y con ellos la mayor parte de los señores del real. Benían bestidos de encarnado, bordados con la misma color, y aun algo más viva, como aquellos que, acostumbrados a los campos, todas las cosas de que se pudiesen aprovechar procuran. Venían delante sus padrinos de sus colores a cavallo, y llevaban entre sí a la princessa Claristea en una hacanea* blanca y el príncipe Periano, los quales yvan bestidos de blanco, como lo estaban los griegos, que aquel día dexara Claristea el luto. Con ella venían cinco damas cuya hermosura los entendimientos ll[e]vaban⁶²³ tras sí. Eran Dolisena y Meridiana, Lindorena del Valle, la hermosa Troyana, hija del rey de Cartago, Silerpia, hija del rey de Miçena, las quales en su acompañamiento traían otras muchas más.

Quien mirara a esta ora el castillo de San Miguel biera el estrellado cielo con sus lumbreras. Es cierto que a la oscura noche dieran más claridad que el sol en su nacimiento. Estaban la flor del mundo, Belianisa; Florisbella, Imperia, Matarrosa, Poliçena; aquellas, más hermosas que Venus, Celia, Alçisa, Anaxares, la linda Laura... con otras que sería cosa prolixa contarlas.

Entraron, pues, en el campo los alemanes, donde hallaron al rey de Espa[ña]⁶²⁴ y a la linda francesa, que ansí mesmo eran juezes, vestidos de su color; encima tenían fuertes y ricos arneses, porque Hermiliana nunca jamás le dexava. Y, saludándose los unos a los otros, Periano se maravilló de ver al rey Toloyano, paresciéndole en su aspecto señor de todos, assí como acertado cavallero. Le hizo su acatamiento, diciendo:

–Soberano señor, donde tal príncipe como vos se halla, escusados son otros juezes; y así, por mi parte os suplico miréys por todo, pues de vuestro parecer no es justo salga nadie.

–Excelente príncipe –dixo el rey–, ganado me avéys la mano, pues eso con justa razón está todo remitido a vos, de quien tantas maravillas se publican. Y así serviré solo de aconsejar, pues es officio más conveniente a mi hedad.

Y con esto, jun- /148-vº/ -tándose todos quatro, se llegaron con los veynte y dos cavalleros por ver las armas con que los alemanes querían combatir, que eran de esta forma: un coselete* entero con medios braçales trançados por la parte alta, sin gola ni otro recado alguno; una celada de ynfante con cresta alta; unos escarzelones muy cortos, que no embaraçassen en nada a la lijereça de los combatientes; cada dos espadas, la una que hera la de la mano derecha, cumplida, y la otra media, sin punta. De esta suerte se pusieron veinte y dos recados, y los griegos escoxieron onze, y sus contrarios tomaron los demás. Y, mirándolos los padrinos por ver si algunas armas secretas traxessen, o otras reliquias y cosas que de una parte a otra pudi[e]ssen dar más ánimo, allí delante todos se armaron de aquellas armas que por suerte les cupieron; las quales, aunque para algunos no eran buenas por no ser d'ellas muy diestros, para otros eran excelentes. Y siendo armados, abiéndoles requerido se concordassen, dándose diversos medios y no quisiessen morir assí

⁶²³ *llavaban.*

⁶²⁴ *España.*

desesperados, abraçando los padrinos a sus haijados y abisándoles que cada uno podía ayudar al otro y que mirassen que el cuerdo acometer los aría bençedores, se salieron fuera, no quedando en el campo sino solos los juezes, que, partiéndoles el sol, haziendo de cada onze una hilera, se desbiaron a un cabo, mandando tocar la señal de la batalla; que, a la primera vez que tocó, todos se yncaron de rodillas, suplicando a Dios por la vitoria y que, si allí muriessen, hubiesse merced de las ánimas, que no se perdiessen como los cuerpos. A la segunda se pusieron en pie y, tocando la tercera vez, todos pusieron mano a sus espadas; y, como aquellos que desseaban ser vistos de todos, se alargaron en la ylera de suerte que pudiessen ser sus batallas por todos vistas.

Hiziéronse tres partes; a la una cayeron don Baldín y su hermano, y don Brianjes y Serolís de Bretaña, y contra ellos Leandro de Saxonia y el valiente Pandriano, Caberindo del Encantado Balle y Rossanel; a la otra, don Tristor de Gaula, el Cavallero Salbaje, el rey Ban, el rey Néstor, y contra ellos don Menoro, duque de Lorena, y don Daristeo, y Silanor y Lastorel; a la otra, Florispiano de Suezia, don Gradarte de Yrlanda, don Galerán de Terranoba, y contra ellos Filendo, duque de Lotingia; Costancio, príncipe de Dinamarca y el ynfante don Brián; aunque esta orden no les duró mucho porque, veniéndose los unos para los otros, teniendo a todos tan atentos como si la vida de cada uno allí fuera, el baliente Cavallero Salbaje, que maestro hera de guerra, queriendo hazer un galán acometimiento como aquel que no cuydava tener par en el mundo, hubiera perdido a ssí y a sus compañeros, porque, metiendo dos o tres passos delante, queriéndose poner firme para aguardar a don Daristeo, fuéronsele los pies por un poco de arena que en el campo se havía hechado, cuidando que la batalla havía de ser a cavallo, y hallose entre sus henemigos medio desbaratado. Hiriole don Daristeo de una punta por los pechos tal que, passando el arnés baxo del lado yzquierdo, le hizo una herida de que le començó a correr abundancia de sangre. Lastorel le dio por baxo una herida que, llebándole parte de un escarcelón del muslo, llevó parte de la carne. Acaváranlo de matar, y aun su desconcierto lo requería, si no trajera a su lado los tres compañeros, que no tenía otros mejores el campo, los quales medio sin orden çerraron con sus enemigos. El primero que llegó fue el rey Ban, que a don Daristeo hirió, allándole junto, con la media espada, tan cruelmente sobre la cabeça que le hizo yncar las rodillas en el suelo. Don Tristor hirió a Lastorel de una punta, hízole yr dando traspiés par'atrás y, reparándose de Silanor y don Menoro, que sobre él llegaban, se metió atrás porque el rey Néstor pudiesse socor[r]er, y así entretubieron al Cavallero Salvaje hasta que /149-rº/ fue recobrado, tornando a su batalla.

La qual a esta ora entre los otros se avía rebuelto sangrienta, porque el valiente portugués, que conocía bien a Pandriano ser el más animoso de la nación germánica, llevando consigo sus tres compañeros se dexó venir para él. No era Pandriano cavallero que por don Baldín ni otro se turbase; no bio Alemania en largos tiempos mejor cavallero, que, conociendo que don Baldín hera arguloso, fingió recelarse, y metió dos passos atrás entre sus compañeros. Cevose don Baldín, cuydando que le recelaba, y metiose con él más ligero que combenía, y hallose entre sus enemigos y Pandriano, que

firme lo esperaba. De pasada le hirieron los unos y los otros, y hizieronle dos heridas. Mas, como suele acontecer que los nuevos acaescimientos mudan los propósitos, don Baldín revolvió ambas espadas furiosamente entre todos y, no pudiendo hazer golpe en bazío, al animoso Leandro hirió en lo alto de la garganta de un embaraçoso golpe, y a Rosanel en un braço. Él ubo de este rebato quatro heridas, mas passó de la otra parte de sus enemigos, que les causó mortal turbación porque, si se bolbían para él, tomábanle las espaldas sus enemigos, y si no, el mismo don Baldín. Y a la causa, acometiéndolos de delante, Pandriano y don Baldín quedaron solos, cuya batalla a muchos haze poner en olvido porque, no se recelando punto el uno del otro, con tanta furia se golpean como los herreros hazer suelen en los duros ayunques. Valeroso era Pandriano, mas don Baldín le sacaba fuera de tino porque, demás que sus golpes eran mortales, hera diestríssimo a maravilla; porque, viendo que Pandriano tan fuertemente le combatía, fingiose coxear de una pierna de una herida que en ella tenía, y apartándole de todos se començó a retraer. No ubo ninguno que no cuydasse ser assí, con el mayor pessar del emperador don Belanio que dezirse puede; y, como vio que animosamente cargaba sobre él, quanto más cerca de sí le bio, cubriendo la cara con el braço hizquierdo arrodilló la pierna yzquierda y hirióle de un revés por el muslo con tanta fuerça que ubo la mitad d'él cortado. Fue él herido a esta sazón sobre la caveça de un desatinado golpe, mas, como sintiesse lo que había hecho, túbose afuera cinco o seys passos porque se desangrassé. Pandriano no le pudo seguir, que era cruelísimamente herido.

¡O, quién viera a esta sazón lo que en el campo se sintió! Aquí perdieron todos el concierto de buenos guerreros, porque los que más cerca se hallaron fueron el buen Constancio, duque de Lotoringia, y don Brián y don Felindo, que con Florispiano y don Gradarte y don Galerán su batalla començaron; los quales, haziéndose un arco, prestamente se retiraron hasta tomar entre sí al desgraciado Pandriano. Mas don Baldín, que encarniçado estava por le dar la muerte, juntándose con los demás cargan s[o]bre⁶²⁵ ellos, donde el valeroso Florispiano a Costancio de tal golpe yere que ambas rodillas le hizoincar en el suelo. Quiso cargar sobre él, mas Costancio se estubo firme y, metiendo la mano yzquierda por debaxo de las piernas, lo levantó de tierra tan ligero que, sin poderse, valer dio con él de espaldas a la otra parte, donde le hiriera o matara si aquel acertado don Manuel de Portugal, dexando al buen Leandro, no le socorriera. Y llegó tan recio que no pudo herir a Costancio, mas diole de los ombros tan recio que dio con él cinco o seys passos atrás, dando lugar a Florispiano para que se levantase. No pudo él guardarse a esta ora por andar todos tan rebueltos, porque, aunque don Baldín se juntó con el de Sajonia, Pandriano, casi tenido por muerto, cerró con él y, echándole sus fuertes braços a cuestras, dexó la espada yzquierda y con la daga le hirió de dos mortales heridas. Apretole recio entre sus brazos don Manuel, procurando que no le tornase a herir;

⁶²⁵ *sabre.*

procuraba cada uno por derribar al /149-vº/ [otro]⁶²⁶, a cuya lucha, temiéndose cada uno de su amigo, todos se juntaron a ellos. No fue tan valiente don Manuel que, con las peligrosas heridas suyas, de los brazos de Pandriano se pudiese así librar, porque entr'ambos vinieron al suelo; donde, procurando cada uno por cobrar al otro, entr'ambos quedaron desmayados, con tanto coraje de sus hermanos que no como cuerdos caballeros, sino como furiosos locos se juntan los unos con los otros. Ban juntos don Baldín y el cavallero de Gaula, el valeroso rey Ban con el Salvaje; no cuydaran ellos por todos sus contrarios perder la plaça, aunque don Daristeo y Silanor y Rosa[nel]⁶²⁷ se allaron a esta entrada. Combínoles retirarse más de diez passos; no fue assí el acometimiento de burla, que Costancio quedó en el camino muerto, herido de siete o ocho heridas, y aun Lastorel estuvo en términos de hazer otro tanto.

Temieronse los alemanes de ser muertos, que bençidos no lo pensaban ser, y Lastorel y Silanor, aquellos tan balientes cavalleros, tomando a su hermano don Daristeo en medio, se hazen una peña. Los golpes que dan y reciben no buenamente se puede creher; todo el campo se tiñe de su sangre; ya están los coraçones en toda su hira, ya los muertos dan nuevo calor a los bivos, las más bezes se hallan tan juntos que, aunque con las medias espadas no se pueden herir, dándose con las armadas manos y pomos, aquí arrodillan los unos, allí dan traspies los otros. ¡O, quién viera a esta ora al rey Ban! No le hazían ventaja los hijos de Príamo quando su mayor esfuerço mostraron. Parecía el rayo del cielo dando bueltas entre sus henemigos. Es cierto que, si los griegos no se hubieran a causa de don Manuel desconcertado, hubieran dado fin a su jornada, a la qual hera gran embaraço ver a los dos hermanos y al temido Leandro que, cubiertos de su sangre, a sus henemigos causan mortal turbación.

Paresciole a Laberindo que el que más daño les hazía era el Cavallero Salvaje, y desseando, aunque se perdiere, matarle, trocándose a la una y otra parte, poniéndose en parte qu'él combenia para su deseo, vio muy enbaraçado con Silanor; y, passando un pie de la otra parte, haziendo perder a don Baldín un golpe, sobre pie yzquierdo le hirió de una punta con tanta fuerça que gran parte de la espada salió colando sangre. Fue tan cruel el golpe que al Salvaje hizo dar una boz; no se fue Laberindo alabando, porque, aunque el Cavallero Salvaje no quedó tal que mucho daño pudiese hazer, don Baldín a dos manos le hirió a su salvo sobre la cabeça, que, abriendo gran parte del yelmo, le hizo una mortal herida; y dándole otro, dio con él de espaldas, donde a poca de ora fue muerto. Y vio al Cavallero Salvaje, que con Silanor se abraçara, mas muy flacamente, que gran desmayo la herida le causava. Hirió don Baldín a Silanor de un golpe por las piernas tal que él y el Salvaje, abraçados, vinieron al suelo, aunque Silanor fue a poca pieça muerto, y el Salvaje se sentó en en suelo, apretando con la mano su herida por no desmayar.

No se vio casso tan cruel, porque a esta ora no se espera que alguno salga bivo, porque en el

⁶²⁶ Aparece en el reclamo, pero no en el texto.

⁶²⁷ *Rosalen*.

suelo estaban caídos cinco alemanes, que eran Silanor y Pandriano y Laberindo y Costancio, y el buen duque de Lotoringia, y de los griegos, aunque no había sino tres, que heran don Manuel y el Caballero Salvaje y don Gradarte, avía otros malamente heridos, como herá don Baldín y don Galerán de Terranoba, el rey Néstor, que casi no podían tenerse sobre los pies. Mas con todo esto los cavalleros de Alemania están en grave peligro de perder todos sus vidas; sus contrarios heran animosísimos, y aun más acostumbrados a recibir heridas; y donde el rey Néstor y el rey Ban con aquel valiente de Florispiano de Sueçia caían, hazían la batalla más espantosa. Y aunque a muy poca de ora don Galerán y don Gradarte no pudieron pelear, y de sus contrarios don Brián, ellos yban muy de arrancada, con arta alegría de sus contrarios.

Mas deziros a esta ora el pesar de Periano sería /150-rº/ grave locura, y tanto no se pudo desimular que al rey Toloyano no dixese:

–Cierto, valeroso señor, a mí me pessa del subcesso de esta batalla, la qual, si assí se remata, nunca faltarán entre los subcesores de los unos y los otros mortales guerras; porque, si yo no me engaño, estos príncipes alemanes defienden justa causa.

–Si esso os parece –dixo Hermiliana–, quitémossela con ygal onrra de ambas partes.

–No sé cómo se hiziesse –dixo el soldán–, que yo por ninguna cosa querría agraviar a nadie.

Y con esto los miraban quán espantossamente se combatían. A quien más pessava herá a la bella Claristea, que vía a sus parientes y bassallos en tan peligroso trançe. Mas quitóseles a la ora parte de estos pensamientos, porque vieron venir con espantossa furia al alindado Castillo de la Fama, hechando por las almenas y torres espantoso fuego. Pusiéronse todos en armas, cuydando que otra cossa fuesse; mas los que en el estacado estavan bien conosciéron que herá donde su capitán abía sido llevado, y teniendo por cierto que allí biniessse, desseando cada uno ser allado muerto o vencedor, a la batalla tornan. Mas el castillo fue presto en el campo, y d'él salieron honze cavalleros, flor de los passados y pressentes, los quales, sin que nadie los pudiesse estorbar, fueron entre los cavalleros. Y quitándose don Belianís el yelmo, dixo:

–¡Teneos afuera, valerosos príncipes, que no es esta batalla para fenecerse sin mi voluntad!

No se mudó ninguno de donde le tomó la voz, conociendo a su capitán; antes todos le dixerón que el juyzio de aquella batalla en qualquier trançe d'ella le estaba remitida.

–Está muy bien –dixo don Belianís.

Entonzes él y los que con él benían se llegaron a los juezes, diziendo:

–Esclarecidos señores, si tenéys por bien de tomar a estos príncipes por acompañados para el juyzio de esta batalla, aunque el del huniberso es poco para vosotros; si no remitiéndonos a vuestro parecer, dad orden como esta batalla çese.

¡Quién os diría cómo a Claristea y a Periano se les ataron las lenguas biendo a don Belianís! No pudieron responder palabra, aunque Hermiliana se lo rogó. Y assí, siendo por ellos aceptado el acompañamiento, al rey Artús de Bretaña se pidió el parecer, el qual dixo que los cavalleros

alemanes en haver venido a aquella guer[r]a con su natural señora avían hecho muy bien, sin alebe alguno; mas que, por no haver requerido a su capitán, bolviéndole la fee prometida, justamente habían sido desafiados, y que con ygual onrra se les podía quitar la batalla. Y declarándolo assí todos, tocándose en el Castillo de la Fama abundancia de acordada música, los cavalleros bibos fueron sacados del campo, y los unos y los otros curados por el sabio Merlín; y los muertos, que fueron cinco (que heran Costancio y Laberindo y Silanor de los alemanes, y don Galerán y don Gradarte de los griegos) fueron metidos en el castillo. Los demás, aunque havía muchos de peligro, como heran el Salvaje y don Manuel, y el comedido Pandriano y el rey Ban, no murieron; y fueron todos, griegos y alemanes, llevados a la ciudad por el mejor recado que allá abía para ser curados.

Capítulo 27: Cómo Belflorán fue armado caballero y la peligrassa jornada que sobre ello hubo entre los reales.

Quando la razón se dexa bencer del ýmpetu y de la yra, pocas vezes lleban las cosas próspero subzesos, porque si alguna vez acaesce lo contrario es acasso que del yer[r]o salga el acertamiento. Dexosse llevar tanto de la yra el valeroso portugués que llegó a tan cruel extremo que murieron cinco cavalleros tan principales que para siempre será gran lástima, y él y los demás escaparon con tales heridas que, a falta de tal cirujia- /150-vº/ -no como Merlín, no fuera mucho perder las vidas o quedarles con travajo, mayormente si don Belianís a tal tiempo no llegara; que, como el encantado castillo se fuesse, y él fuese conocido por los griegos, el ruydo y alaridos que de plazer se dieron los ayres hizieron detener. ¡O, quién viera con cuánta priessa baxan todos al campo, no se teniendo por venturoso el que no le vía primero! Que, como las nuevas llegassen a Florisbella, la sacaron de su acuerdo; mas tomole las manos el emperador, diziendo:

–Esforçaos, princessa. ¿Qué tan poco corazón es el vuestro que ni el alegría ni el pessar no bastáys a sufrir?

Y con esto ella bolvió en sí. Dígovos que uno de los que más plazer reçibieron fue el soldán de Babylonia; creo que en el amor se ygualaba al emperador, su padre. Y mandando dezir a don Belianís que allí le atendían, esperaron juntas todas aquellas señoras. El soldán y el emperador salieron hasta los corredores, donde le dieron mil abraços sin que a todo esto Belflorán se di[e]sse a conozer; antes, pensando ser otro caballero de quenta, le traían en medio el rey Toloyano y la princesa Hermiliana, platicando con él, preguntándole de dónde hera su venida; y él benía mirando a Hermiliana, de cuya vista en esremo estaba agrado. Pues como don Belianís llevase priessa por ver a su señora, no se detubo punto hasta la sala donde le estaban aguardando aquellas que la tier[r]a cumplían de hermosura. Don Belianís se fue a abraçar con Florisbella, con tantas lágrimas de ambos que no parecían reçebimientos de plazer, donde apenas los pudieron apartar todas aquellas señoras que por él mismo aguardaban.

–¡Ay, mi señor! –dixo Florisbella–, ¿cómo es possible que ayáys conmigo hecho tan grande crueldad como estar tantos tiempos sin verme? No sé si soys vos el príncipe de Persia o el Cavallero de los Basiliscos; creo que ninguno de estos me hubiera hecho tanto agravio.

–Mi señora –dixo el príncipe–, yo traygo conmigo al Cavallero de la Rica Figura, que es este que aquí veys, el qual tratará de enmendar vuestras quejas. Por esso, encomendádselo, aunque creo que no será menester mucho ruego para dexarme a mí por él.

No entendió Florisbella aquellas palabras; mas Belflorán, que aquel tiempo aguardava, teniendo desenlazado el yelmo, se le quitó, y ante ella se hincó de rodillas, pareciéndole que en un espejo se miraba. No le havia visto Florisbella desde que nació, mas como si delante toda su vida le hubiera tenido le conoció; y dio una gran boz, abraçándose con Belflorán, diciendo:

–¡Ay, hijo mío, y cómo es posible que no muere quien tanta alegría bey delante sus ojos! Agora yo perdono al príncipe, mi señor, aunque fuera mayor la tardança, pues tan gran bien para mí no se podía comprar con menor pena.

Estas palabras de Florisbella espantaron a todos y, como mirassen a Belflorán, pareciéndoles a todos ser la misma princessa, a don Belianís preguntan qué fuese aquello.

–Sabed, mis señores –dixo el príncipe– que este cavallero es nieto del emperador, mi señor, y hijo de mi señora Florisbella.

Esto acreçentó el alegría de todos y, olvidados los recebimientos del padre, ban a recibir al hijo, con tanto contento quanto es posible ymaginarse.

Boy huyendo prolixidad, mi señora, y assí remito a vuestra soberana discreción lo que en estos recibimientos passaría, quán de alegres lágrimas se hinchirían los rostros, qué alegría tendría el soldán de Babilonia y su muger, el emperador don Belanio con todas aquellas damas de la corte. Y siendo ya tarde, las messas fueron puestas y cenaron con arto más contento que hasta entonzes, muy diferente del que sus henemigos tenían.

Los quales, bueltos al real, mandan pregonar la campal batalla para dentro en quinze días, para la qual aparejan su poder, teniendo por entendido que no solo a sus henemigos, mas la ciudad que fundó Costantino, pondrían por ti[er]ra⁶²⁸. De esta suerte se aparejan también en Costantinopla, acordando primero el emperador que Belflorán fuesse primero armado cava- /151-rº/ -llero juntamente con otros príncipes, entre los quales hera el príncipe Armesildo de Yngalaterra, hijo del buen don Serafín de España; y, para ello, fuera de la ciudad se armó un rico cadahalso con un altar, acostumbrada çerimonia de los griegos, porque no juraban a nadie por heredero hasta que fuesse cavallero, y queríanlo hazer todo junto. Y para ello se ordenaron diversos regozijos, mayormente una justa, en la qual se pusieron diversos precios para los bençedores, y havíase de hazer en esta manera: que quatro cavalleros, que heran Sabiano de Trebento, dom Clarineo de España, don Luçidaner de

⁶²⁸ *tirera.*

Tesalia [y] Arsileo de Ungría, heran mantenedores, y con ellos havían de justar otros quatro, los que a el emperador y al nobel [Bel]florán mejor pareciesen; y, si los mantenedores vençiesen, havían de justar después con todos los que quisiessen venir contra ellos, y si fuesen bençidos, los abentureros llebassen los precios, lo qual no se esperava, según los mantenedores heran valerosos.

No se hizo esto tan secretamente que no fuesse d'ello abisado el príncipe Periano y, como aquella noche le hubiessen llegado cartas que la ciudad de Tubante estava en grande aprieto, estava con una saña tan furiosa que en ellas se deshazía. Y mandando llamar a aquel agraciado gigante Bradaleón, a cuyo esfuerço bien tenía conocido que ninguno de la nación gigantea ygualaba, le dixo:

–Combiene, Bradaleón, que esta noche busquéys por el real dos compañeros para que ellos y nosotros hagamos mañana una jornada de que a mi honrra combiene sea secreta, y sean tales quales ymaginaréys combienen para lo que yo los habré menester.

–Señor –dixo Bradaleón–, yo tengo un hermano que ayer armó cavallero el Gran Tártaro; si otro allásemos, de este yo estoy satisfecho, que no tiene el mundo mejor cavallero si no le pierde su argullosso coraçón. Llámase F[u]ribundo⁶²⁹; créheme que, aunque yo me combatí con un cavallero en Cartago que creo era flor del mundo, que en particular batalla me venció, puede darle batalla.

Bien tubo por cierto Periano que sería como Bradaleón lo dezía, que hera tenido por un cavallero de toda verdad, y díxole:

–Pues sed aquí con él en amaneciendo, que la ventura nos deparará otro qual conbenga.

Bradaleón lo hizo así. Periano andubo aquella noche todos los quarteles y, mandándoles que otro día todos estubiessen alerta para que, tocando él una bozina que trayría al cuello, arremetiessen en esquadron a la parte que él tocasse, de uno en uno buscó hasta mil cavalleros, a los quales mandó que, diez a diez y beynte a beynte, con las debissas de los griegos y llevando en los yelmos plumas para ser conocidos fuessen a la parte donde berían que los griegos armaban un cadahalso. Y dando parte de lo que pensaba hazer a Ariobarçano, todo el real aquella noche se pusso de la misma manera que si otro día hubieran de romper la batalla campal.

Y antes que amaneçiese, él y Bradaleón con Furibundo, su hermano, salieron del real caminando la buelta del Monesterio de la Cruz, que una l[egu]a⁶³⁰ de Costantinopla estava; donde, diziendo ser christianos, los abrieron, y aun también porque, como esta empresa se nombrasse de Claristea, a ningún lugar sagrado hazían mal los moros, que assí por bando general estava mandado, y hazíanlo guardar muy enteramente.

Allí fueron muy bien reçebidos, maravillados los monjes de la hermosa disposición de Bradaleón y de su hermano, que, sin ser descompassados, heran de los más bien hechos que en la nación gigantea se allassen (es cierto que, si la buena criança se perdiera, se allara en los dos hermanos, puesto que Furibundo de la Suria hera en extremo argullosso y pensaba que en el mundo no

⁶²⁹ *Faribundo.*

⁶³⁰ *luega.*

hubiesse su yqual, y esto le hizo emprender estrañas cossas fuera de la ymaginación humana); y por los hazer honrra los llevaron a un palacio a descansar, donde allaron tres cavalleros armados de unas armas jaldes* con muchas estrellas de oro por ellas. Tenían consigo /151-vº/ un donzel sin armas, el más bien dispuesto que sus ojos hubiessen visto. Quedó maravillado el soldán de su tan graciosa disposición; hera alto de cuerpo y muy bien proporcionado, aunque de los ombros parecía algo más fornido. Tenía el rostro muy blanco, con muy bibas colores por él, los ojos negros, muy rasgados, con una gravedad estraña, con unos arcos de cejas y abéñulas* que davan unas graciosas sombras al hermosso rostro. No vio Perianeos cosa que más contento le diesse; en el ayre y talle del rostro se parecía mucho a don Clarineo de España. Y saludándolos, y ellos a él, el hermosso donzel se puso en pie, sin se querer tornar a assentar hasta tanto que el soldán se sentó en el mismo lugar que él estava, y el donzel se sentó entre Furibundo y Bradaleón. Donde, abiendo comido algunas cossas que los monjes les dieron para poder caminar, porque hera muy de mañana, el soldán le preguntó:

–Hermosso donzel, a quien el Amor favorezca –que esta hera siempre su vendición–, ¿aríades me tan gran merced me dixéredes quién soys? Que, si alguna otra cosa de mí en trueco os agradasse, hazerlo ýa yo muy liberalmente.

–Señor cavallero –dixo el donzel–, vos me preguntáys cossa que buenamente yo no sabría dezíroslo, pero diros he lo que sé, con que primero me digáis a cuál de los dos campos faborecéis.

–Nosotros –dixo Perianeos–, somos de la parte de la princessa Claristea; aunque, conforme a lo poco que balemos, ba poco que seamos más de una parte que de otra.

–Pues sabed –dixo el donzel–, que a mí me crió en Alemania la princessa Claristea, mi señora, y llámanme Astrideo de Bohemia; y no vine con ella porque me havía ymbiado a Bohemia, a la ynfanta Rosaliana, a donde adolecí y me he detenido hasta agora.

–¡Válanme los diosses! –dixo Perianeos, abraçando a Astrideo–. ¿Y vos no me conoçéys, señor Astrideo, siendo tan grande amigo vuestro?

Miró más entonçes en él Astrideo, que muchas vezes en Alemania le havía visto, y con estraña alegría yncó ante él las rodillas, diziendo:

–Soberano señor, dadme vuestras vitoriosas manos, que con tan buena fortuna no habrá más que dessear.

No se las quiso dar Perianeos, aunque Astrideo estuvo en ello muy porfiado; y, biéndole tan comedido, tomole gran afición, lo qual él no hiziera si supiera ser hijo de su tan mortal henemigo, con Clarineo, que este hera su hijo y de la vella Rosaliana.

–Agora, mi señor –dixo el donzel–, soy del todo alegre. Suplícó's me arméys cavallero, porque yo no venía a otra cossa, que parezeré muy mal en este ábito ante la princessa.

–No queráys de mi mano ser cavallero –dixo el soldán–, que soy tan desgraciado que no dexará de participárseos parte que, por pequeña que sea, bastará a destruyr qualquier buena fortuna, y daros he yo un buen consejo cómo lo seáys de la mano del emperador de Grecia o de otro príncipe

cristiano, porque oy se arma caballero Belflorán, hijo de don Belianís, y allí, pediéndoselo nosotros desconocidos, no lo podía negar.

–Yo por mi voluntad –dixo Astrideo– de ninguno recibiré orden de cavallería si no es de vuestra mano, mayormente de los griegos, cuyo mortal henemigo seré hasta la muerte.

–Haze esso poco al caso –dixo Periano–, y combiene se haga assí; y apercebý los braços, que jornada tendréis oy donde será todo menester.

–Sea como os pareze, mi señor –dixo Astrideo–, que yo no saldré de vuestro mandado.

–Pues agora, os armad –dixo Periano–, y partamos luego, que nos detenemos mucho.

Entonzes sacaron unas armas blancas con dos grifos dorados por devissa. No bieran en el campo otras más ricas: las piedras que en ellas había no tenía precio su valor. D'ellas fue armado Astrideo y, con la mayor priessa que pudieron, salieron del monesterio. Y tardaron poco en llegar al real de los griegos, en el qual se tocavan a esta ora muchos militares ynstrumentos. Fue maravillado Astrideo de ver tanta multitud de cavalleros, y pareciole que, conforme a aquello, su señora Claristea no tenía tan buen recado como él deseaba, y pesole mucho. No pudiera Ast[ri]deo⁶³¹ llegar a tiempo que mejor le pareciesse la cavallería griega, porque él vio tres batallones de cavallería, en que había passados de ciento cinquenta mil, hechos a la larga, como que para alguna batalla se quiere tender, con ricos y estraños adereços. Bio más dentro un cuerpo de batalla de ynfantería que parecía sin número; y, quando ya llegava a la parte del cadahalso, vio un ymperial estandarte que un cavallero muy ricamente armado, con corona de rey, tenía en las manos. Este era el rey de Ungría; acompañábanle tantos cavalleros con tantas cubiertas de oro y plata que le dexaron fuera de sí.

A esta ora llegava el emperador y príncipes griegos con la más sobervia magestad que lleva la ymaginación. Traía el emperador en la cabeça una tiara de tres coronas, de yer[r]o la una y la otra de plata, y otr[a]⁶³² de oro, en cavallo blanco con cubiertas de brocado negro, con muy rica chapería de oro. Debaxo llevaba él otras mejores, y el emperador sus armas, que se reçelaban de algún rebate de sus henemigos; y la causa hera que hazia el Bosque de la Zierba bieran gran cavallería, y había nueba que sus henemigos estavan alerta y que más de tres mil carros tenían hechados por las faldas del real, y que habían sacado trezientos elefantes con sus castillos, con los quales se allegavan al llano de las fuentes. Y a esta causa estava todo fortalecido de guardas, que pensavan que se haría alguna escaramuça como la solía haver otras vezes.

El emperador se apeó, subiéndose al cadahalso, y con él subieron los reyes de España y Francia, Ingalaterra y Troia, con otros príncipes de gran quenta. No fue esto de mirar con lo que se siguió, porque al cadahalso llegaron cinco damas que a los duros coraçones tornaran de çera. Heran la princessa Florisbella, la linda Hermiliana, la ynglessa Belianisa, la segunda Anaxares y la hermosa Laura, que no salieron otras de las princessas, y aquellas venían por acompañar a Belianisa. Todas se

⁶³¹ *Astudeo.*

⁶³² *otro.*

apearon en brazos de aquellos príncipes, y así vos digo que, si Periano con su vista no se turbara, que ninguno en aquella jornada ganara tanto que el [que] ayudara a aprear a la princesa; mas, quando lo quiso hazer, ya la vio que subía por las escaleras del cadahalso.

Y estuvo atento por mirar las ceremonias que en aquel auto se hazían, y vio cómo el patriarca de Constantinopla puso sobre el altar las armas de Belflorán, hechándole ciertas bendiciones, y luego le armaron d'ellas el rey de Ungría, el de Tesalia, el de Macedonia, el de Artos, el de Troia. Luego el emperador don Belanio le tomó el juramento acostumbrado y, sacándole la espada de la cinta, le dio con ella un golpe en el hombro. Y volviéndose muy gracioso a la linda Belianisa, le dio la espada, diciendo:

–Hazed, hermosa princesa, a vuestra guisa de este cavallero, que yo le pongo en vuestras manos.

Encendiéronse con estas palabras a la princesa las colores y, más turbada que buenamente dezirse pueda, al emperador dize:

–Soberano señor, en poco cargo quedará a vuestra magestad el príncipe Belflorán, pues en tales manos le havéys encomendado.

Y con esto fue por le ceñir la espada; mas, queriéndole dar armas con que se defendiese, le dio la más espantosa herida que jamás recibió, porque, viendo tal ocasión, no la quiriendo perder, aquel destruydor de los humanos coraçones a entr'ambos asaeteó de un golpe con el qual, sin valer las armas ni el animoso de ser suyo, pasó entr'ambos coraçones. ¡O, príncipes!, verdaderamente os tengo lástima, que de tan pocos años tanta crueldad se os apareja. ¡Quién contara cuál quedó Belflorán, viendo tal hermosura cuál se llegó Velianissa a darle la espada! Creo ninguno lo supiese dezir, pues ellos jamás lo entenderán. Son estos lazos del amor de tal suerte, y aprisionan con tanta dulçura que no ay herida que quiera ser libre, ni libre que no busque su perdición. Nunca este día se les olvidará, en el qual el uno y el otro quedaron del Amor tributarios. Mas, como /152-vº/ en las damas la vergüenza sea el más duro freno, tiró por la princesa, la hizo tornar en sí un poco, le dio alibios para que dicesse:

–Valeroso príncipe, si el valor de vuestros passados pudiera buenamente llevar acrescentamiento, rogara al que tal vos hizo que en esto os hiziera también aventajado. Mas, por no pedir cosa que por admirable sea tenida, le suplico que en vos el valor de vuestro padre y agüelo conserve, para que, gobernando los reynos para cuya subcessión fuystes criado, quede vuestra gloriosa memoria con la suya para siempre; y tomad esta espada, que, aunque de tan mala mano, si mi voluntad se recibe en quenta, no dexará de merecer que siempre os acordéys de las flacas mugeres, que otro amparo no tienen sino el valor de tal cavallero como vos.

Y diciendo esto, se la hechó al cuello por debaxo del ombro yzquierdo con una rica correa. Y el príncipe Belflorán tenía con la turbación tan apretados los dientes que, no le dexando hablar palabra, por poco cayera en vergüenza. Mas ayudándose de todo su valor, aunque temblando, le

dixo:

–Soberana princesa, pues las obras no han de ser parte para poder serviros tan alta merced, no me quiero obligar más con las palabras de prometeros que en todo lo q[u]e⁶³³ yo biviere tendré en la memoria vuestro mandado, donde la muerte aún no creo que será el remate.

La princesa lo abraçó, levantándole, que de rodillas hasta entonces en el altar estuviera, y él por fuerça le besó las manos, de que ella mostró quedar muy agraviada. Luego Belflorán fue sentado en una silla y jurado por heredero del imperio, después de los días de su padre y agüelo, por todos aquellos príncipes. Y levantándose por dar la orden de cavallería a Armesildo de Inglaterra y a otros nobeles cavalleros, el gigante Bradaleón pasó adelante, llevando entre él y su hermano Furibundo al donzel Astrideo; y pidiendo licencia para subir, maravillados todos de su estremada disposición, se la dieron. Bradaleón, hincando una rodilla, dixo contra Belflorán:

–Poderoso príncipe, este donzel que conmigo viene desea mucho ser armado cavallero de vuestra mano; si fuéssedes servido hazérsenos, y a gran merced fuesse agora, porque el día y príncipe tan señalado acrescentase la obligación que él tiene de ser bueno.

–Cavallero –dixo Belflorán–, a mí no toca más de acabar este auto, en el qual yo no puedo armar cavallero si no fuesse hijo de rey; y si él lo es, hazerlo he de buena voluntad, y si no, yo lo haré mañana.

–Yo no sé si es hijo de rey –dixo Bradaleón–, mas, si vos no le armáys cavallero de vuestra voluntad, no se haga; sé os dezir que él lo merece por su persona.

–Pues el emperador, mi señor, lo hará –dixo Belflorán–, y será mayor la merced para el donzel.

Astrideo dixo que él hera de aquello más contento. Y con esto el emperador lo hizo cavallero, y el príncipe don Belianís le calçó una espuela. La linda Alcisa le ciñó la espada, que aun entonces, con el enojo que de Belflorán tenía, no echó de ver en ella. Tiempo vino que le costó artos trabaxos, como esta historia hará relación. Pues como Astrideo se viesse cavallero, encendido en la más ardiente saña que jamás tuviera, con una voz alterada dixo contra Belflorán:

–Cavallero mal mirado, porque tengáys entendido que en armarme cavallero no perdíades nada, yo os desafío a batalla para luego, donde, pues entr’ambos somos cavalleros nobeles, se parecerá que no los estados, sino los coraçones, dan a los cavalleros el ser.

Y con esto le arrojó un guante. Era ley imbiolable entre los griegos, desde el desafío que Periano hiziera contra el emperador⁶³⁴, que ningún cavallero, so pena de la vida, pudiesse desafiar a ninguno de sus príncipes sin que primero la causa se viesse con el consejo del emperador; y a esta causa, aunque Belflorán tomó el guante, los grandes que allí estavan dixeron que tal batalla no

⁶³³ *que*.

⁶³⁴ Episodio relatado en el capítulo 30 de la *Segunda Parte*, cuando Periano desafía al emperador don Belanio en defensa de los intereses de la duquesa de Frisel.

passaría, y que aquel descomedido cavallero fuesse presso. Pusiérase por obra, aunque el emperador y príncipe don Belianís se levantan /153-rº/ -taban por estorvarlo, si aquellos dos pilares del esfuerço, Bradaleón y Furibundo, no pusieran mano a sus espadas, diciendo:

–¡Afuera, descomedidos cavalleros! No pongáys mano en el qu’ es mejor que bosotros.

Hiziéronlo a buen tiempo, porque Perianeó se había llegado a las guardas, y con él más de mil cavalleros de los que él disimulados mandara venir. Traía Perianeó en el yelmo cinco plumas amarillas para ser conocido, y, poniendo la vozina a la boca, la sonó con tanta fuerça que dentro en sus reales fue hoýda, con gran turbación de los presentes; los quales, viendo el atrevimiento de los gigantes, arremetieron con ellos y con Astrideo, que assí mismo puso mano a su espada. Hyrió Furibundo a Belflorán a dos manos sobre el yelmo, que le hizo hincar ambas rodillas en el suelo; abraçose con él Bradaleón por le hechar del cadahalso abaxo, mas no pudo, que le semejó aver travado de una dura peña. El emperador don Belanio hirió a Bradaleón de un golpe sobre un ombro, que le hizo una herida; mas qué aprovecha, que a esta sazón Perianeó subía por el cadahalso, y con él muchos cavalleros suyos, derribando y matando quantos delante se le pusieron.

No fue ygual yra y saña en el mundo a la que a esta ora entró en el coraçón de don Belianís, porque, como acertado cavallero, paresciéndole que no en su confiança sola aquellos hubiessen hecho aquello, tendió desde lo alto del cadahalso los ojos y vio venir toda la furia de sus henemigos en doze batallas, tendidas sus banderas y estandartes con la priessa possible. No le dio esto tanta turbación como ver que a los costados de su real venían más de diez mil carros falcados, con tantos alaridos de los que en ellos venían que la hazían temblar, y aun a don Belianís le tembló el coraçón en las carnes. Y tomando un yelmo, alçando los ojos al cielo, dixo:

–Tú, señor, sey oy el que con ojos de piedad defiendas tu pueblo christiano; pues con sola tu voluntad nos criaste, con ella, Señor, nos defiende.

Y aunque el amor de su señora y hijo y los demás que en el cadahalso estaban tirassen d’él reciamente, a esta ora pudo más el temor de ser vencido; y, viendo que su padre y Belflorán y el rey Toloyano y el príncipe de Brandalia defienden lo alto, aunque maravillado de ver a el nobel Astrideo, que con Belflorán hazía mortal batalla, saltó del cadahalso a la parte que vio a Sabiano de Trebento y al abisado Palineo, los quales no estaban advertidos de más de lo presente, y en altas voces les dixo:

–¡Esforçad, cavalleros, que oy es el día de nuestra jornada, que nuestros enemigos son con nosotros, que veys aquí todo el real junto!

–¡Sancto Dios! –dixo Palineo–, ¿y quién se lo á dicho a la vuestra merced?

–Yo lo he visto desde allí arriba –dixo don Belianís–; por esso, hazed tocar arma por todo el real.

Mas esto no hera menester dezirse, porque a ella se tocaba a todas partes con tanta furia que el cielo parecía querer traer tras de sí. El estandarte estaba ya fuera, aunque no con el concierto

nezzario. El buen Sabiano de Trebento hizo su cavallería dos partes; con la una se metió la buelta de los llanos de las fuentes, y con la otra su hermano, don Castel, que era su teniente, a la parte del vosque de donde se recelaban. Buenos eran estos apercebimientos, mas eran tardíos, porque por la parte del vosque venía aquel valeroso rey de G[a]ramantes con los africanos con los carros falcados, los quales rompieron a la larga todo el esquadron de los griegos, poniendo más de treinta mil ombres muertos y mal eridos por el suelo. No llegavan muy lexos de donde era su deseo, que era llegar al alto cadahalso, donde sabían que estaba el soldán Periane; en el qual quisiera contar parte de lo que pasó, porque en él se allaron, a la furia del repentino caso, solos Belflorán y el emperador y el rey Toloyano, y el príncipe de Brandalia, y con ellos aquella valerosa Ermiliana, que, tomando su yelmo, dexando las ropas que encima traía, quedó qual era menester. Contra ellos era Furibundo y Bradaleón, y el sin par soldán de Persia, y el brabo Astrideo, cuyas cosas particular ys- /153-vº/ -toria requiere; porque, como estubiese tan enojado de Belflorán, juntándose con él le hirió de una punta por medio los pechos. Hízole dar un traspíe y estropeó en una silla, y por poco ubiera caído; y, como cargase sobre él, halló delante al rey Tol[o]yano⁶³⁵, hirióle sobre la caveça y dio con él arrimado a la parte que las damas estaban, que a esta ora, con la turbación, estaba por echarse del cadahalso. Pasó otro pie Astrideo y, como hallase muy junto de sí al príncipe de Ingalaterra y Brandalia, el novel Armesildo, le arrimó los hombros con tanta furia que dio con él del cadahalso abaxo. No estava de espacio Periane, que él y Bradaleón llegaron juntos a la caça sobre el emperador; hirióle de crueles heridas, hiziéronle pedaços la corona, que sobre la celada traía puesta, y retiráronle hasta Hermiliana, que con Furibundo hazía su batalla. Mas todo ello es de poner en olvido con ver a Belflorán, el qual, hechando el escudo en el cuello, toma la espada a dos manos; hirió con ella a Astrideo, hízole hincar ambas rodillas en el suelo, rebentole la sangre en grandísima abundancia por los oydos y nariçes, pensó ser muerto; dióle en los hombros con tanta pujança que le hizo rodar algunos escalones, y cayera hasta baxo si los persianos no le tubieran. Y viendo par de sí a Periane, no curó de herirle, antes tiró por él muy recio, dando con él tras Astrideo. Hermiliana y el emperador apretaron a Bradaleón, haziéndole hazer otro tanto, y dando las manos a don Clarineo y don Luçidaner los subieron a lo alto. No hera mucha necesidad, porque Belflorán estava a la salida de la escalera, con tanto coraje que no solo [no] dexaba subir a nadie, mas der[r]ibaba tantos cavalleros muertos que no costó de balde el atrevimiento de su príncipe. Furibundo, que solo se halló en el cadahalso, como aquel que no hera otro su desseo, entre los más aventajados príncipes del mundo se rebuelbe. Las cosas que él hizo en esta jornada no buenamente serán creídas, porque, no haziendo caso de ninguno, tomando a dos manos un alfanje, hecho una fiera, con tanta pujança los combate que, haziendo pedaços sus armas, los tray cubiertos de su sangre.

Mas él hiziera mala ganancia si a esta ora los africanos no llegaran con sus carros, desde los

⁶³⁵ *Tolayano.*

quales començaron a combatirlos de arriba y, tomando por fuerça todos sus cavalleros, al cadahalso ponen fuego. Mas como de la otra parte hubiese gran cantidad de cavalleros griegos, ellos se ap[a]rejan⁶³⁶ de dar por allí las princessas, mas bieron venir de cogida toda la cavallería de los assirios y partos, cuyas flechas cubren el ayre. Bienen tan cerca que no piensa poderse valer; mas a esta ora el príncipe don Belianís, que entendió el diseño de sus enemigos, habiéndoles representado la batalla a la parte de los llanos, mandó hazer una buelta a la caballería como que quisiese recobrarse algo en el sol; y en dos punctas se metió entre sus enemigos y la ciudad, donde sus damas en tanto peligro de ser pressas estavan. Y como ubiesse mandado traer sus elefantes y llegasen a este tiempo, en un castillo recogieron sus princessas, y en otro su cavallería, pensando ponerse en cobro.

Mas aquí fue la dura y sangrienta batalla; este fue el más espantoso día d'esta guerra, porque los assirios rompieron a don Belianís la mayor parte de la cavallería, y los tártaros por la otra parte dieron con los elefantes en el suelo, y el en que estaban las damas fue cercado de más de otros dozientos. Estaban en él Belflorán y dos sus tíos, y Hermiliana; sus hechos heran espantosos; no buenamente se pudieron creher. Turbado estaba el griego príncipe porque, queriendo socorrer su estandarte, no fue possible. Furibundo hirió al rey de Ungría, que le tenía; dio con él muerto en el suelo y, queriéndole tomar el duque de Trebento, dieron con él en el suelo. Hubiéranle prendido si don Belianís no le arrebatara de las manos y, teniéndose por perdido, no ay ponçoñosa serpi- /154-rº/-ente que assí atemoriça los descuydados; es cierto que en aquella rebuelta más de cinquenta cavalleros murieron a sus manos. Dio al temido Furibundo tal golpe que le sacó de su sentido.

Aquí llegó el príncipe Arsileo, a quien la saña de la muerte de su padre traía también con voluntad de morir; hirió al gigante con tanto coraje que dio con él a los pies de su cavallo. quísose apear por matarlo; detúbolo el emperador, que le dixo:

—¿No beys, príncipe, en lo que estamos, que aun a cavallo no os podremos defender?

No dezía mal el emperador, que llegaba sobre ellos Ariobarzano con la nación gigantea. Quien le biera, representárasele el caudaloso río quando, con sus avenidas, suele entrar por los sembrados, donde, arrancando uno, cubre lo otro con el maldito cieno, que así hazía aquella diabólica gente de los cavalleros griegos. En términos está el real de los griegos de perderse si a esta sazón, habiéndose abierto las dos alas de la cavallería, no entrara el animoso Palineo con aquella multitud de yngeniosos artificios y carros y, no queriendo romper derecho, como aquel que tenía por ympossible aquel día tan sin horden ningún buen successo, passó al través, derramando sobre las hazes de los partos tanto fuego que, atemorizados los cavallos y algunos d'ellos medio abrassados, ninguno ubo que pudiesse tenerlos, aunque con las riendas lo procuraban. Y con aquel entendimiento suyo, paresciéndole que lo que a los griegos hazía perder hera el no poder concertarse, no curó de rebolverlos a ninguna parte; antes, abenturando a perderse, se quedó hecho una muralla entre los

⁶³⁶ *aperejan.*

unos y los otros, dando lugar no solamente a que se pudiesen ordenar, pero a que llegasen las esquadras de españoles y franceses, las cuales, como tan diestros fuesen, se concertaron en un punto, tomando en cuerpo de batalla toda la ynfantería.

Los cavalleros principales se passaron delante de las batallas, y don Lucidaner y don Clarineo y Hermiliana se baxaron del castillo donde las princessas estaban. Mandole llevar con buena guarda a la ciudad mas, quando se quiso baxar Belflorán, las damas travaron d'él, diciendo:

–¡No queremos, príncipe, que por yros al menor peligro de la batalla dexéys el mayor que de estar con nosotras se os puede participar!

–Yo, mis señoras –dixo Belflorán–, por mi voluntad nunca me quitaría de este peligro, mas la necesidad presente me hazía caer en descomedimiento.

–Dexémosle yr –dixo Florisbella–, que nosotras bien nos sabremos defender.

Y con esto él se baxó del castillo, tomando su cavallo. Y como ya estubiessen todos en buena orden, al buen Palineo manda sse alargue con sus carros, muchos de los cuales a esta ora ardían con espantossas llamas. Y los alemanes, haviendo quebrado muchos d'ellos, passavan sobre sus henemigos, y los tártaros, rodeando la otra parte, hizieron lo mismo.

Tórnase a renovar la sangrienta batalla, mas no hera este día de los griegos, que sus henemigos tenían la Fortuna por la frente, y apretáronlos tanto que les convino encerrarse en el real y en la ciudad, metiéndose tras el amparo de las cercas y torres y cavas, habiendo perdido muchos cavalleros de quenta, mayormente al rey de Ungría, con cuya muerte fueron todos en extremos tristes, y se renovaron en Constantinopla los lutos.

Perianeos hizo recojer el campo y, aunque el successo fuera bueno, pessávale de no haber podido traer la pressa de las damas, que aquello estimara él más que la propia vida. Maravillado del valor de Astrideo, le fue [a] abraçar, que cierto le quería más que a quantos cavalleros había en el real, aunque fuesen sus cercanos parientes, y con el alegría posible fue a buscar a Claristea, llevándole consigo. Y alláronla, que en un hermoso carro venía. No estuviera de balde, antes andubiera entre los par- /154-vº/ -tos por animarlos. Perianeos le dixo:

–¿Qué hos pareze, mi señora, de la jornada de a oy? Creo, si el día y nuestros henemigos nos aguardaran, no fuera mucho cobrar alguna parte de nuestras pérdidas.

–Lo que agora no se hizo –dixo Claristea–, otro día se acabará.

–Pues sabed –dixo el soldán–, que esta victoria es más vuestra de lo que pensáys.

–¿Cómo, señor? –dixo la princessa.

–Porque este cavallero es el que la ganó –dixo, mostrando a Astrideo, el qual se quitó el yelmo. Que, como Claristea le conociese, más turbada de lo que pensarse puede, le fue a abraçar, diciendo:

–¡Ay, my Astrideo! ¿Y es possible que en tal peligro havéys vos estado? Bien me huelgo de no lo haber sabido, que creo me hubiera hecho mucho daño.

Y con esto, no se le queriendo dexar al soldán, le hizo curar en su tienda. Perianeos se fue a la suya, llebando consigo a Bradaleón y Furibundo, de cuyo valor estava en extremo agradado. Y juntándose con Ariobarzano y otros príncipes del real, passaron el tiempo en contar del valor de Belflorán. Dezía Perianeos que le parecía que en fuerças excedía a don Belianís.

–Ciertamente –dixo Bradaleón–, yo quise tomarle entre los braços una vez, mas a mí me semejó que ubiesse topado algún roble.

–Yo no sé –dyxo Furibundo– si él o don Belianís son esforçados. De don Belianís yo le bi saltar del tablado abaxo, y creo qu’el temor se lo haría hazer, y a qualquiera d’ellos olgaría de ver solo conmigo en el campo.

–De don Belianís –dixo Ariobarzano– no tratéys, que nuestros diosses le doctaron de más esfuerço que guardaron para sí, y aunque oy el gobernar le aya embaraçado para pelear, otra cosa sería verle solo en el campo.

–Pues que vuestra magestad lo dize –dixo Furibundo–, ello debe ser muy cierto, y con tales cavalleros es bueno probar la ventura donde, aunque sea vencido, se abentura poco, y, siendo vencedor, la mayor honrra de todas.

–Locura parece –dixo Ariobarzano– provar lo que la esperiencia tiene mostrado; aunque, si vos tenéys voluntad de hallaros en el campo, yo hos ayudaré con mi persona y lo que más vos quisiéredes.

–Yo beso vuestras reales manos por tan gran merzed –dixo Furibundo–, que ya sería possible ser menester ayudarme de hessa licencia.

En estas pláticas y otras estubieron gran rato, y salieron a recorrer las centinelas, y bolviéronse a reposar, acordándose que la campal batalla se diesse al aplaçado día.

Capítulo 28. De la batalla que entre los reales hubo sobre el ganado de los valles, con la venida de Contumeliano.

Recógense los griegos con grandíssimo pessar y tristeza, y aun parecíales que de tan gran aprieto abían sido librados con poca pena, según el recelo que de perderse todos tubieron. Y, poniendo el recado possible, al rey de Ungría dieron sepultura, y al duque de Trebento y otros curaron con toda la diligencia p[o]ssible⁶³⁷, con hartas lágrimas de la ynfanta Matarrosa, que luego ella y Arfileo fueron jurados por reyes de Ungría. Espantados estavan los príncipes griegos de ver el valeroso esfuerço del novel cavallero; dezían que no se viera otra cosa semejante. Mas lo que los desatinaba hera aquella furia de Bradaleón y de Furibundo. A Bradaleón bien le conociera don Belianís en un poco que tubo alçada la bissera, mas a Furibundo no; y no creyera él buenamente que

⁶³⁷ *possible.*

en la /155-rº/ nación gigantea hubiesse mayor esfuerço qu'el de Bradaleón, mas vía qu'el de Furibundo en mucho le hazía bentaja.

Estava Belflorán con una ardiente saña de ver que en semejante día les ubiesse sucedido semejante desgracia, mas esto no hera nada con la memoria de la princessa Belianisa, su señora, porque, acordándosele de su hermosura y de las palabras que le dixera, llevando la mayor parte del entendimiento tras sí, estuvo en la sala tan helevado que casi no sabía de sí parte; y como aquella noche fuesse más de tristeza, no saliendo las damas de sus aposentos, no pudo verla, y assí se retraxo en su aposento, donde estaba también su tío, el buen Sabiano de Trebento. Y acostándose, toda la noche estuvo sin dormir un solo puncto, ymaginando qué sería de aquella tan cruel herida que le había lastimado. Ymaginava que, acavada aquella guerra, se partiría para Bretaña, y que en su ausencia él padecería triste muerte. Con esto passó hasta la mañana, que los clarines le despertaron d'este pensamiento, porque se tocaba arma hazia la mar, y aun la campana de la torre de la marina; y, saltando de la cama, se armó de sus armas ecepto el yelmo, y el buen Sabiano de Trebento dixo que esperase, que él sabría lo que era. Y abriendo una finiestra vio venir una gruesa armada muy lucida y adereçada, la qual, reparándose sin echar anclas, borlabenteándose, esperando unas galeras que fueran a reconocer las armadas, porque la de los partos y asirios con los demás estavan bien diez leguas en Arisa, y la de los griegos sobre anclas en el puerto y playa, el buen Sabiano de Trebento a Belflorán dize que esté descuydado, que de los hechos de la mar el duque de Tebas daría buena qüenta.

Con todo esto quisiera abaxar B[e]lflorán⁶³⁸, mas ymbióle a llamar Florisbella, que a[ú]n⁶³⁹ no hera levantada ella ni don Belianís, y convínole entrar; donde la princessa le dize:

–Muy de mañana avéys madrugado, príncipe, para el travajo del día passado. Si fuérades más antiguo en la tierra, cuydara que érades henamorado.

–No ubo para mí otro travajo –dixo Belflorán– sino ver a vu[e]stra soberana persona en algún peligro; y en lo de los amores, según es el mal, que no se escusa, quanto más presto veniessen se haría más cedo el coraçón a los travajos.

Riose don Belianís de lo que Belflorán dixera y, mudando la plática, le dixo qué le avía parecido de aquel nobel cavallero y de los tres que con él venían.

–Muy bien –dixo Belflorán–, y el gigante que a la postre quedó arriba hera animoso; yo certifico que ninguna cosa hubiera que yo no diera por hallarme solo con alguno d'ellos.

–El tiempo es largo –(di)dixo don Belianís–, y ellos han quedado soberbios con la sobrevienta* de ayer, que sin duda salió del soldán Periano, y cedo nos podríamos encontrar; mas si alguna cosa quisiéredes, no bays sin mí, que este Periano es sagacíssimo, y podríaos urdir alguna cosa con que no podáys valeros de vuestro esfuerço.

⁶³⁸ *Bolflorán.*

⁶³⁹ *ann.*

–Yo lo aré assí –dixo Belflorán–, y creo que tenemos nuevas gentes, que de la atalaya se vey una hermosa armada.

–No me creáys –dixo el emp[e]rador–, si no es don Contumeliano, que ya á días que tarda. Bien es que salgamos allá, no ayan salido de Arissa en su busca si tienen nuebas de su benida.

Entonzes pidió s[u]s⁶⁴⁰ vestidos y armas, y Belflorán le esperó paseándose por la sala en la contemplación de su señora Belianissa, la qual vio salir a esta ora de su aposento y yba a entrar adonde estaba Florisbella, tan hermosa que nunca cavallero con tanta causa padeció pena. No llevaba más de una ropa como se levantara, sus cavellos rebueltos, tomados con una red de plata, y aun la mitad d’ellos sueltos a todas partes, con ella una donzella sola. Turbose Belflorán en biéndola, y ella no menos en su vista, como suele acontecer a los de semejante mal heridos. No tubo lengua para dezirle palabra, ni aun supiera dezirla; y no yzo más /155-vº/ de quitar la gorra y hazerle su mesura, y la p[r]incessa a él, y passó adelante, dexándole como al que en dulce sueño vey la cosa deseada, que, repentinamente despertando, no sabe si goza de lo que soñó, o como el que bey hermosas y deseadas figuras, que en el mejor punto de su gloria con quitarle la luz le priban del estremado objecto. No supo qué hazerse; bolviose a quexarse de sí mismo y de haber sydo tan para poco que aún no hablase palabra. Estubo pensando si tornaría a entrar en el aposento de su madre, y al fin acordó de hazerlo; y, tomando por ocasión ver si el príncipe don Belianís se armaba, entró dentro.

Ofreciole la ventura mejor de lo que él deseava, porque don Belianís se armaba en una recámara y Florisbella estaba con él; la linda Belianisa estaba a una reja de donde la mar se descubría, mirando la nueva armada que derecha al puerto se venía, pensando en el príncipe Belflorán. Estúbose deteniendo el príncipe, no ossando llegar a donde diera la vida por estar; y es cierto que no ossara llegar si, volbiendo Belianisa los ojos, no le viera y le hablara diziendo:

–¿Sabe la vuestra merced qué armada es esta que agora viene de nuevo?

–No lo sé, mi señora –dixo Belflorán–, ni aun tengo entendimiento para saberlo, según estoy mal parado.

–¿Qu’es vuestro mal –dixo Belianisa–, que tan presto os ha hecho tanto daño? Que, a mi parecer, estáys en mejor disposición que publicáis.

–Es mi mal –dixo Belflorán– en la parte más interior del alma, donde con razón por tal herida tengo perdido el sentido para sentir lo que tan gran estrago me causa.

–Si assí es –dixo Belianisa–, vos tenéys razón, y de vuestro mal me pesa. Si alguna cosa yo pudiesse para daros alivio, cre[e]dme que lo haría de toda voluntad.

–Hesa sola es la que tiene en mí remedio –dixo Belflorán.

Bien entendió Belianisa sus razones y, paresciéndole que si le respondía alguna cosa le daría causa a passar adelante, y como ella fuesse en sí tan libre, no quisiera por ninguna cosa semejante

⁶⁴⁰ *sns.*

atrevimiento; y disimulando con él, le dixo:

–¿Supo la vuestra merced quiénes heran los cavalleros de ayer, y aquel que pedía que le armásedes cavallero? Que, a mi ver, su esfuerço hera singular, aunque a mí me costó caro, que no se me á passado el miedo que tube de que habíamos de ser pressas.

–Con razón hera esse miedo –dixo Belflorán–, mi señora, pues teníades tan mal recaudo de cavalleros que hos defendiessen.

–No se pareció ello así –dixo Belianisa–, que donde tal cavallero como vos se halló, ninguna falta podía haber; mas, con todo esso, yo olgaría mucho de saber quién es, que traía consigo otro cavallero y dos gigantes que su furia me sacó de sentido, y aunque soy amiga de ver hechos de armas, no los os[a]ba⁶⁴¹ mirar.

A esta sazón salió con Belianís y estorvó su gloria, porque, llevando consigo a Belflorán, se despidió de la princessa, mostrando al despedir que todavía se quedaba, aunque Belianisa no hizo que lo vía.

Y así salieron al campo, donde vieron que saliera una gruesa batalla de gente; preguntando dónde yba, fueles dicho que al Valle de Costantino avían baxado los henemigos por tomar el ganado, y que tenían temor que ubiessen hecho algún daño. Los príncipes los dexaron y, quedándose ellos, detrás hiba con gente Armesildo de Ingalaterra por capitán, y llebaba consigo la flor de Ingalaterra; y él yba entre dos reyes, y el uno hera el rey Ban, y el otro el rey Néstor, y a su lado quarenta y tres cavalleros de la Tabla Redonda cuyos nombres son muy notorios. No podía passar el esquadron sin reconozar por la una parte el real de sus enemigos, por la parte donde estaba el quartel de los babilónicos; y así, en gentil hordenança, passaron por delante d'ellos, mostrando yr la buelta de las fuentes, por tomar después con mejor camino al valle que querían. Con esto se halborotó el real, y don Belianís y Belflorán, que más juntos con las tiendas yban, solos, sin que en ellos se dicesse /156-
rº/ de ver, vieron que de las tiendas salía Claristea en un carro triunfal que llevaban diez cavallos blancos, y con ella los dos gigantes que en los cadahalsos en tanto peligro los pusieron, y el noble cavallero armado de las mismas armas, y el soldán Periano y Ariobarzano con sus arneses. Y hera la causa que el soldán de Babilonia, o, por mejor dezir, el traydor del duque de Gilea, había estado mal dispuesto, y venían de visitarle. La prinçessa Claristea hiba hablando con Astrideo y en las manos llevaba una rica espada, que por don Belianís fue conocida ser la suya, que en Ingalaterra Claristea le tomara; y a Astrideo dize:

–Quiero's dar, Astrideo, la mejor espada que príncipe en el mundo tiene, y guardadla bien que, si Dios hos haze tal como el que la poseya, no perderéys nada de vuestro onor.

Astrideo la tomó; sacándola de la bayna, fue maravillado de ver tan hermosa cosa. Mas no le dio tanto como ella cuydaba, porque don Belianís a Belflorán dize:

⁶⁴¹ *osuba*.

–Mirad, príncipe, la mejor espada que jamás se ha visto. Aquella es mía, que durmiendo me fue tomada. Ya ella estuvo en poder de otro tan valiente cavallero, y no muy lexos de aquí le fue por mí tomada⁶⁴². Hazed vos otro tanto al que agora la tiene y mirad por él, que, si sale a este rebato, nunca tendréys mejor tiempo.

–Mi señor –dixo Belflorán–, yo lo procuraré con todas mis fuerças, y si la muerte no lo est[o]rva⁶⁴³, ella volberá a vuestro poder.

Y assí fueron toda vía a la vista, hasta tanto que el esquadron traspusso, y en el real oyeron tocar arma. Y desbiéronse por ver a qué parte acudiría la gente, porque de la nueba armada que se descubriera desembarcaba la gente, que hera la misma del príncipe don Contumeliano de Finicia que don Belianís dixera, con mucha y muy bien adereçada cavallería. Y del real de los griegos venía a rescebirle [e]l⁶⁴⁴ rey de Ingalaterra y el esfor[ç]ad[o]⁶⁴⁵ Sabiano de Trebento, aun la gente de España que más hazia la mar caía.

Mas no se detubieron mucho, porque bieron gran cavallería con imperial estandarte salir la buelta del valle donde Armesildo traspusiera; y, mandando con un paje a Palineo de la Ventura que (que) hiziesse que las gentes de los finicios que venían y españoles no assentassen real, sino que tomassen el alto de las cuestas donde se descubría Armesildo, ellos se dieron priessa. Subieron más adelante que los enemigos y vieron una cosa hermosa de mirar, porque los perçanos avían cogido el ganado, desbaratando las guardas, y Armesildo, que no traía poca gana de pelear, hiziera de su gente tres batallas. Con la una tomó la entrada del valle, y con la otra mandó que, recogiendo la presa, diessen con ella a lo alto de los bosques, pues pasarla por delante el real no era posible, y él con la otra se tendió por el llano; en los quales a esta ora avía una hermosa batalla, porque Boraldo, que capitán era de esta gente, despachando diversos avisos para pedir socorro, como fuesse un diestro cavallero puso su gente en orden para ser acometido con menor daño; y travose entre ellos una escaramuça tal que el valle començó a poblarse de muertos; donde era alegría ver [a] Armesildo que, guardado de aquellos cavalleros ingleses, no parecía sino un rayo del cielo, porque por qualquiera parte que pasaba hazía tal estrago que era temerosa cosa. Y encontrándose a esta ora con Boraldo, que con muy b[u]ena⁶⁴⁶ cavallería venía en su busca, los dos se hirieron de tales golpes que les convino baxa[r]⁶⁴⁷ las caveças hasta los arçones, aunque Boraldo perdió ambos los estribos y las riendas de la mano. Mas los ingleses, que más cuydado traían de Armesildo que de sí mismos, dieron con Boraldo en el suelo herido de espantosas heridas, con las quales a poco de ora fue muerto. Y fue gran falta para los paganos, que era el más açertado capitán de todo su campo; con cuya

⁶⁴² Don Belianís había obtenido la espada de Bandenazar en Egipto, tal y como se relata en los capítulos 40 y 41 de la *Primera Parte*.

⁶⁴³ *estarva*.

⁶⁴⁴ *al*.

⁶⁴⁵ *esforcada*.

⁶⁴⁶ Tipo volcado.

⁶⁴⁷ *baxas*.

muerte, pensando escapar, todos los que quedaban volbieron las riendas. Mas avínoles mal, porque el passo estava tomado, y antes que del real pudie- /156-vº/ -sen ser socorridos, passaron a cuchillo todos, que fue un cruel estrago, que murieron más de beynte mil, y e[n]tre⁶⁴⁸ ellos muchos cavalleros de quienta.

Fue el más mal día que los paganos tubieron en esta guerra, los quales, con muy crecida pujança entravan a esta sazón por el valle. Venían delante doze cavalleros tales que dondequiera que lleguen serán bien conocidos. Hera aquel desgraciado Mitrídano de Troya, grande enemigo de la casa de Fynicia; a su lado traía los dos valientes Crisaliano y Girismalte de Tracia, el poderoso Ariobarzano y con él aquel gran rey de la Gigantea, y el rey Aurismonte de Sarça. Venía Perianeo entre las dos columnas de la cavallería, Bradaleón y Furibundo; más delante de estos venía Astrideo, y con él Pandriano, y don Leandro de Saxonia. Con él venían mil gigantes acompañando el estandarte, que cada uno parecía una haya. Venían con toda priessa por entrar en el valle a dar a los suyos socorro; mas Armesildo, que su batalla vio fenecida, no curando de dar aviso en la ciudad, deseando por sí solo ganar la honrra de aquel día, con la presteza que le fue possible, se metió dentro del espacioso valle todo lo que a él le fue possible, porque el lugar de avía de valer, o perderse. Pasó adelante con su compañía, que mejor no la tubo príncipe del mundo.

Mas don Belianís y Belflorán le hizieron mejor socorro que él cuydaba porque, llamando a Palineo, le dizen que represente general vatalla a los enemigos, y que para este effecto saque fuera toda la cavallería y infantería y aparejos, de suerte que, si quisieren salir a ella, sea con todo el recado posible; y a don Contumeliano mandan dezir que, derrocando las dos partes de su cavallería a lo llano, acometa a los enemigos por las espaldas, y que, con la otra, tome dos bajadas que el valle tenía, y él se venga a la batalla con ellos, que le van aguardando. Y ellos se baxaron al esquadron de Armesildo que, no los conociendo por las armas, que traían mudadas, no hizo caso d'ellos, aunque entre los primeros se pusieron.

Aquí viérades el hermoso enqüentro que era possible verse, porque, estando los unos de los otros a carrera de cavallo, meten las lanças en los ristes; encomendándose a quien más devoción tenían, parten los unos para los otros; las hastillas de las lanças que aquí se rompieron al sol claro causaron nuevas sonbras. Cierto que los muertos bastaran a embaraçar a los vivos para no poder passar adelante. Bradaleón y Furibundo y Astrideo se encontraron con don Belianís y Belflorán y el rey Néstor, mas no cayó nenguno d'ellos, aunque Furibundo por el enqüentro de Belflorán perdió ambos los estribos. Don Belianís herró su enqüentro, y Astrideo le hirió algo baxo; si la lança no rompiera, huviérale causado peligro. Ario Barzano hirió a Serolís de Breñaña y der[r]ibole del cavallo.

El lugar hera estrecho y, no se pudiendo romper los unos a los otros, entre los principales había hermosas batallas. Mas aquel estimado soldán Perianeo, que el corazón traía hambriento,

⁶⁴⁸ *entre.*

mandando meter adelante su estandarte, hechó el escudo a las espaldas y, rodeado de aquellos endiablados gigantes, tomó la espada a dos manos, donde sus golpes heran de todo punto mortales. Mas no le sucedía como él pensaba, que no tenía el mundo mejores cinquenta cavalleros que los que él halló delante; donde le avino lo que él no cuydara, porque, aunque heridos de crueles heri(i)das, heran cada vez con él tan a las manos que, a pessar de su esfuerço, le retiraron el valle adentro, donde ver al furioso Astrideo no se vio cosa ygual; de dos golpes derribó a son Claudís y a su hermano, y de los otros pusso sin quiento por tierra. Dexava algunas vezes de pelear Perianeos por mirarle, que estava henamorado de su valor; mas a esta ora le fue todo necesario, porque entre ambos /157-rº/ se halló Belflorán, que pieça avía que los buscava, y alçando la voz dixo:

—¡A tiempo estamos, cavalleros, de ver si soys tales en el campo, donde sin embaraço pueden pelear los que con tal engaño sobresaltastes!

Y a Perianeos al entrar hirió a dos manos sobre el encantado yelmo con tanta pujanza que casi lo sacó de su acuerdo. No supo el serraçino si hera el día o la noche; entró tan rezió que Astrideo no le pudo herir y, como le viesse tan junto, hechó sus braços, cuydando sacarle de la silla. Huviera sido su muerte, porque Perianeos, libre del desatiento, hera con él si don Baldín, en su alindado cavallo, no pasara tan junto con él que le vastó a socorrer. Lleva una lança a sobre mano, con la qual hirió a Perianeos; mas no prendiendo la lança, que venía de lo alto, hirió por la aguja al cavallo, y passando la armadura, dio con él y con el soldán en el suelo. Era el cavallo del portugués muy acostumbrado a semejantes priessas y, en viendo al soldán en el suelo, cerró con él por atropellarle. Mas el bravo Furibundo, que también estava a pie por averle don Belianís muerto su cavallo, que vio yr cayendo al soldán, dexando a don Belianís, en dos saltos fue con él, tan ligero que el beloz cavallo no pudo hazer lo que quisiera; y arrió fuertemente los ombros, y hizo yr a él y a don Baldín par'atrás, dando traspiés por caer. Mas don Baldín, que todavía tenía la lança en la mano, afirmándose sobre los estribos la tiró al gigan[t]e⁶⁴⁹, que como si fuera alguna delgada caña la esperó; y, si la Fortuna no le ayudara, pudiera ser hallarse mal del atrebimiento, porque la lança passó de claro el escudo y por entre el braço hasta hincarse el tercio en el suelo, y quedó Furibundo arrimado a ella como si estuviera cosido.

Los presentes cuydaron que por el cuerpo le huviese atrabesado; así lo pensó Perianeos, con grandísimo pesar de tal desastre. Aquí se vio él en toda su cólera, aquí le llegó aquella caliginosa yra suya, con la qual solía salir de su sentido; y como Furibundo se juntase con él y viesse que la lança no le hiziera mal, no se vieron leones encarnizados que así degüellen el manso ganado. Destrucción heran de los griegos; mas cayéronles a las manos don Brianel, el rey Ban, don Lucendos de Alta Roca, Filispinel, don Sirendos de Tebas, el duque Nestoriano Argentino, los quales con otros cavalleros entraron a la caça. Mas hizieronse los sarracinos una peña y, por la virtud de sus pujantes

⁶⁴⁹ *giganre*.

braços, más de la mitad derribó por el suelo, y a la causa se apean los otros y la batalla se renueva cruel.

Mas llegó en su socorro Mitrídano de Troya con algunos de sus cavalleros, y por el un costado entró el rey Arismonte con algunos gigantes. Y no solo a los de su parte dieron cavallos, pero a todos sus contrarios pusieron en peligro de las vidas. Mas Armesildo renovaba cada vez los delanteros con nueva gente, porque, cansados los primeros, no les causase algún desmayo; y guardando el consejo que su padre le diera, que el día que governase pelease lo menos que pudiesse, no se mezclava en la furiosa escaramuça, antes animando su gentes hera cada vez con ellos con nuevos socorros. No les aprovecha a los heridos querer pelear, que a su pesar los hazía salir de la batalla, que con estas cosas cada vez hera más fuerte.

A esta ora, un cavallero se llegó a Perianeó que le dixo:

–Sabed, soberano señor, que todos los griegos están ordenados y tendidas sus batallas para daros campal batalla. Subíos a lo alto d'estas cuestas y veréys nuevas gentes que son venidas; y, si más os detenéys, ya nos podrían dar un mal día, que en el real, fuera del rey de Garamantes, ay pocos capitanes que sepan lo que conviene, y tenéys las espaldas tomadas.

–Handad acá conmigo –dixo Perianeó–, y veamos eso que dezís.

El cavallero bolvió la rienda y, por una senda assaz agra que él sabía, le subió a lo alto de la cumbre, donde vio cosas que le espantaron. Vio que las gentes que nuevamente vinieron se hizieron tres partes, y las dos llegavan a herir en la retaguar- /157-vº/ -dia, y la una se venía colando por entre la montaña a dar nuevo socorro a los que en el valle combatían. Vio cómo sus enemigos hizieran de su cavallería nueve batallas, y que en tres partes de su real le representavan la batalla, y que por fuerça convenía dársela, porque con los ingenios de los trabucos y otros artificios arroj[a]van⁶⁵⁰ dentro del real grandes piedras y fuego con que hazían mucho daño. Vio que por la otra parte venían todos sus helefantes, carros e ingenios con más de cinquenta mil gastadores con mucha rama, leña y fagina* para cerrar las cavas del real, para combatirle por fuerça con tantos cavalleros y armas que como nuevos soles venían relumbrando. Vio que el duque Armindos de Tebas se hiziera a la mar con la flota para dar la batalla al rey de Argel, que la buelta d'él se venía. Temiose reciamente de algún contrario subcesso y diera quanto tenía por allarse a esta ora en su real; y, mandando al cavallero que se tornasse a la batalla y dixesse a Ariobarçano que se retirase fuera a los llanos, porque no fuesse apretado por dos partes, que le convenía llegarse al real, él echó el escudo a las espaldas y con hira diabólica dize:

–¡O, Maoma perverso! ¡O, dioses burladores! ¿Y es posible que assí traéys engañado al mundo, no teniendo más poder? Mas plazerá a la primera causa que yo no muera en tal engaño, que si yo no muero en esta batalla, yo os pondré, malvados, como vosotros merescéys.

⁶⁵⁰ arrojovan.

Y calando el monte abaxo llegó a las batallas que de la gente de don Contumeliano venían hechas; y como viesse que no podía passar si no hera por la fuerça de sus braços, tomó la espada a dos manos y cerrose entre los esquadrones. No derriba con larga vara castañas de los árboles el peón alquilado con más presteça que Perianeos cavalleros; los que derriva le impide[n]⁶⁵¹ el passo tanto como los bivos. Aquí era herido de terribles heridas y, por cargar sobre él, unos tropieçan entre los otros y van a dar de ojos, y él pone unos y otros por tierra. Turbó las hazes como si otros tantos cavalleros los acometieran y, aunque espantosamente fue golpeado, el passó a su pessar entre todos ha sus reales. Llegó cubierto de sangre y, siendo conocido, fue nuevo alboroto. Él mandó tocar sus clarines a señal que estava en el campo, y luego, como toda la cavallería estuviesse en orden, mandó cubrir las cabas del real de infinitas puentes. Ordenó tres hazes de toda la gente del real y, mandando a los alemanes que tuviessen el cargo de combate de la ciudad con todos los artificios que para ello había hecho, él sacó passados de seyscientos mil cavalleros; y como él mejor supo, aunque no estava con el sosiego que la oración requería, en alta voz les dixo:

Oración

—Oy es el día, soberanos príncipes y valerosos cavalleros, en que nuestra fortuna quiere que mostremos el valor que en nosotros para esto tiene guardado. Aquí es buena la muerte donde se gana la fama. Nuestros amigos tenemos en batalla donde, si nuestras personas no los libran, escusado es otro remedio. El ser vengedores no está más de nosotros mismos, que, si con la cordura y esfuerzo necesario peleamos, lo tenemos por cierto; y si no, quedaremos para siempre sin honrra y perderemos todo lo que de nuestros passados heredamos pensando acrecentarlo. No son necessarias muchas palabras para quien tan buenas tiene las obras, ni yo estoy para ello, aunque estoy muy aparejado a morir con vosotros. Cada uno save lo que en este tranze conviene, en el qual nuestros diosses darán el fin desseado.

Y, como esto dixesse, arrojó el bastón de la capitanía, tendiéndose por aquellos llanos.

El emperador don Belanio, que hazia aquella parte estava con su gente por orden de Sabiano de Trebento y tenía consigo a don Clarineo y Hermiliana, avía ya gran pieça que hiziera otro tanto y, dando aviso al rey /158-rº/ Toloyano para que él y don Lucidaner con el rey de Francia y el de Ingalaterra partiessen al mismo tiempo, hizo otro tanto. Avisados cavalleros heran los griegos, mas no entendieron bien el deseño* de Perianeos, el qual por la otra parte del real embió toda la infantería. Los quales, echos un cuerpo con hasta cinquenta mil cavalleros, rompieron la parte donde cargara la gente del buen don Contumeliano de Finicia, y haziéndolos retirar a su pessar cobraron su cavallería,

⁶⁵¹ *impided.*

que a esta ora cor[r]ía gran peligro de perderse, aunque, conforme a como Periano mandara, se retiraran hasta la salida de los valles, donde Furibundo, Bradaleón y Astrideo hicieron cosas maravillosas. Y mostraran mayor valor si don Belianís y Belflorán no los ubieran detenido en la batalla. Armesildo, que vía retirarse los enemigos, cargava sobre ellos con pujança, mas don Belianís le dixo:

–¡Dexad, príncipe, de seguir esta caça tan de propósito, que podríamos perdernos!

Armesildo le conoció en la voz y quísose apear. Don Belianís le detubo.

–Cierto, soberano señor –dixo Armesildo–, yo me puedo alavar que he sido capitán de buena gente, y aunque aya perdido la gloria del reüentio por averos hallado aquí.

–Todo lo que los soldados hazen –dixo don Belianís– es gloria del capitán, y assí será agora y siempre, pues lo somos todos vuestros.

Y con esto lo abraçó, y Belflorán assí mismo, recibiendo a don Contumeliano, que hasta entonces no llegara, con el alegría que pensarse puede. Mas no les dexava gozar d'ella la multitud de instrumentos de guerra que a esta ora se tocaban, y lo que mayor sobresalto les dio fue que oyeron tañer dos campanas de Sancta Sofina, que hera señal de dos batallas campales, y estando un poco más atentos oyeron en el castillo de San Miguel tres clarines juntos.

–¡Sancto Dios –dixo don Belianís–, caso cruel es el d'este día, que la ciudad combaten nuestros enemigos y batalla campal ay por la mar y por la tierra! ¡Dios sea con sus siervos! Venid acá, hijo, Belflorán, por amor mío, que vos y vuestro primo Armesildo tornéys a subir la cumbre d'esta montaña y que, si fuere menester, haziendo las manos al trabaxo passéys esos reales de vuestros enemigos y os vays a la ciudad, que aquellos clarines que tan a menudo se tocan no lo tengo a buena señal. Y vos, mi señor don Contumeliano, llevando con vos al rey Néstor y estos cavalleros yngleses, tomad la buelta de las fuentes, porque el batallón de nuestros enemigos que agora se ha recogido entre la infantería es en el que está toda la fuerça de su batalla, porque va en él el estandarte con tres campos amarillos, que es señal que van en él tres príncipes; y, cargando sobre la mano derecha, reforçad nuestro campo a la parte que os pareciere más necessario. Y, pues la cavallería que lleváys es tal y tanta, si pudiéssedes, reforçando, romper al un costado, no lo dexéys de hazer. Y si Fortuna os favoreciesse que hiziéssedes buena jornada, meted a fuego el real, que ninguna cosa ay que así dé temor a los bi[v]os⁶⁵² como ver quemar su hazienda. Mirad que no quiero que pelehéys, sino que governéys, que vuestro consejo vençerá batalla, y el esfuerço de Héctor en tan trabado negocio se hecha poco de ver. Y yo y don Baldín con el Cavallero Salvaje yremos más baxo a dar buelta a la batalla para ver lo que más conviene, que veo que este esquadron camina mucho con poco cuydado de lo que acá queda.

Y con esto, dando su vendición a Belflorán y Armesildo, abraçó a don Contumeliano,

⁶⁵² *binos*.

encomendando a todos lo que con[v]enía⁶⁵³. Y Belflorán y su primo subieron a lo alto, y don Belianís y sus dos compañeros tomaron el lado de la cuesta, y don Contumeliano hizo de su gente una concertada batalla. Y no hera poco de temer, que lleva consigo treynta mil húngaros y veynte mil ingleses y doze mil españoles y cinquenta mil finicios, con los quales el animoso don Contumeliano no tubiera a mucho hazer la jornada de aquel día. Hera el más confiado en todas sus cosas que el mundo tuvo; jamás pensó perder batalla donde se hallasse, y cuenta d'él Frístón que se halló en quarenta y cinco batallas campales, en todas las quales nunca fue desbaratado, y havía entrado por su persona veynte y seys vezes en campo aplaçado, de todas las quales alcançó la vitoria. Hera clementísimo con los vençidos, y hasta rendirlos fue el más áspero capitán del mundo y que más sangre derramó. Dezía en sus leyes que era justo pelear un año por la paz de un solo día. Fue grandísimo enemigo de mugeres, y si en su campo alguno tenía muger conocida por suya, no siendo casado con ella, dávale grave pena y era despedido de la milicia, puesto que las consentía por hebitar mayor daño. Dezía él que el corazón del hombre ninguna cosa le afeminava como la muger ni le causava desmayo como pensar en ella, y que eran causa de guerras ceviles. Después que se enamoró de Imperia no fue así áspero en la condición, aunque en la guerra guardava por el mismo cavo la diciplina militar. Ninguno sin pena de muerte se atreviera a yr contra ella. Fue llamado Pompeo con esto, y porque era particular amigo de sus cosas; teníanle en entender la guerra por otro Sabiano de Trebento.

Y con este animoso ser suyo se metió la buelta de donde le fuera mandado, diziendo a los suyos las siguientes palabras:

Oración

—No sé cómo, valerosos señores, flor de la cavallería del universo, me atrevo a dezir palabra por dos cosas. La una, con tanta priessa como vemos que ay de nuestra llegada, donde sería mejor estar ya con nuestros amigos, muriendo juntos con ellos y ganando parte de la gloria que nos llevan; y la otra, por ver que para tan animosos coraçones es por demás gastar en tales cosas el tiempo. Mas con todo esto, creed de una palabra al capitán enbejecido en la guerra, que, si nos acodiciamos por la vitoria, perderemos la jornada, y si como cuerdos teniendo sufrimiento travajáremos lo que buenamente pudiéremos, siendo con nuestros enemigos a las manos quando fuere menester, tendremos la victoria cierta. En quantas batallas yo me he hallado no he tenido los amigos que en esta, aunque los enemigos han sido ásperos, y la Fortuna siempre me á sido favorable. Pues ¿qué hará en esta donde están tales príncipes, tan abentajados cavalleros? Creo que aun ganar la victoria no nos será honroso, según lo que tales cavalleros están obligados.

⁶⁵³ *convenía*.

Y diziendo esto se fue acercando a las batallas, que a esta ora se avían juntado con tanta furia que general perdición de todos parece. ¡O, día más que cruel! ¡O, Claristea, que heziste perder el renombre a todas las passadas! Con tan cruel espectáculo se cubrió el cielo de nubes porque el calor del sol no aogase tantos como las armas; porque como Perianeó viesse que, si la batalla no diesse, remediaría mal los amigos que dexara en batalla, encomendando no a sus dioses el subcesso, que no los quería, sino a la Fortuna, a quien pareció podría más, arremetió con los delanteros. Su llegada fue tal que el ruydo no solo en las cercanas montañas fue oýdo, mas dio señal de sí en Persia, Asiria, con todos los reynos comarcanos, con tantas muertes de sus naturales moradores. Acertose el pagano a entrar en la batalla por la parte que venía aquel sin temor don Lucidaner de Tesalia, con el qual fue su encuentro, arto contra lo que se cuidara. No tenía el campo más lindo cavallero que el señor de troyanos, y pensó él llevar de la silla a Perianeó, no le conociendo. Mas abínole al revés, que la Fortuna, que no siempre de una manera buelve su rueda, dio al pagano tanta pujança que el desatiento de don Lucidaner, o no ser el cavallo qual convenía, dio causa a que él viniessse al suelo, y el cavallo sobre él, y tan maltratado que una pierna le tomó debaxo. Conosció Perianeó en el /159-^{rº}/ escudo, que cinco águilas en campo de plata traía, y reparando con su cavallo le mandó con gran guarda llevar preso. Y ello fue hecho por los dos jayanes Teroante y su hermano, sin que el príncipe griego valerse pudiesse.

Bien lo vieron los que con él venían, que no heran de menos valor que los meridiones⁶⁵⁴ de Achilles, y por lo estorvar llegó el rey Toloyano de España y el rey Astrideo, y el rey don Serafín con ellos. Yban veynte y quatro cavalleros españoles de la guarda real, y desseando hantes morir que tal injuria les fuesse hecha, cargaron sobre Perianeó; mas él, que rodeado estava de la flor de las fuerças humanas, teniendo consigo dos mil jayanes, los quales no de otra pelea, sino de su guarda tenían cargo, no los receló punto, y aunque fue en algunas partes herido, como cavallero sabio hizo de través colar la mayor parte de los gigantes, los quales no solo atrabesándose como una muralla dieron causa y lugar para que don Lucidaner fuesse llevado preso, a los que quedavan pusieron en aprieto. ¡O, quién viera a esta ora al rey Toloyano! No hera muy viejo, que, si las hystorias no nos engañan, no llegava a los sesenta años⁶⁵⁵ con el más alto ardimiento que desde su fundación avía tenido España. El qual, viendo que los endiablados jayanes impedían el socorro de su nieto, a don Serafín dize:

–Aquí, sobrino, es bien emplear la muerte, no digan los griegos que la flaqueza de los españoles ha hecho ser su príncipe preso.

⁶⁵⁴ “**mirmidones**”. (“quando aquel muy fuerte archiles con sus naues con los meridiones descendio en tierra”, *Crónica Troyana*, Anónimo, a. 1490., ed, Dawn Prince, Hispanic Seminary of Medieval Studies (Madison), 1993, FOL. 61R, REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos (CORDE) [en línea]. *Corpus diacrónico del español*. <<http://www.rae.es>> [27-IV-12]

⁶⁵⁵ ¿Es posible que, siendo el bisabuelo de Belflorán, no llegue a los sesenta años?

Y saltándole las lágrimas de los ojos hechó el escudo a las espaldas y, tomando a dos manos la espada, no fue su ygal Hércules entre los centauros. No son estos golpes para atender, y menos para escrevirse en tan verdadera historia como la que sigo, que al primer gigante que ante sí halló partió asta los hombros, y al segundo, tercero y quarto puso ante los pies de Periano hechos pedaços; tan furioso entró que a los de su guarda, que con él yvan junto con los dos reyes de Francia e Inglaterra, no les cupo golpe. Helose la sangre en el cuerpo a Periano viendo tal diablura, y aunque en las armas tuvo pensamiento ser el que hera, no se dio crédito. Assí mismo cuydó fuesse don Clarineo; y, cuydando hazer d'él lo que de su hermano, se dexó venir para él. Mas su cavallo, que no pudo rebolver assí como quisiera, levantó la cabeça por su mal, que de un revés le fue llevada a pesar de la azerada testera que traía, junto con el escudo del soldán. Y si el rey metiera más la msno, peligro de la vida corriera Periano, el qual vino al suelo. Los de la guarda le hu[v]ieran atropellado si los suyos no le valieran. Con esto, a pesar de los que quedavan, el rey español se metió entre las esquadras, pensando alcançar a los que a don Lucidaner llevaban preso.

Mas a esta ora dentro del mismo esquadron se sonavan grandes gritos y voces, la gente se remolinava a una parte. Alçose el rey Toloyano sobre los estrivos por ver qué sería, y vio dos cavalleros que por medio de las hazes venían, con la furia y pujança que los rayos del sol entre las nieblas. Al uno conoció el rey de Inglaterra en la sobrevista, que él se la avía vestido aquel día, ser el príncipe Armesildo, su hijo, que, doblando el animoso ser suyo, procura passar adelante; mas no les hera así posible, que demás de los crueles golpes que recibía, era la gente tanta y tan junta que el passar era imposible. A esta sazón eran ellos en todo peligro, porque la fuerça de los asirios y partos en sesenta y tres hileras rompiera aquella parte, y estava el esquadron tan reforçado que le pareció a Periano que tenía la vitoria de aquel día en las manos. Y no curando de los que por el esquadron entraron, teniendo por cierto que peligro de las vidas llevasen, apretó los enemigos, ganando gran parte del campo. Y aún, si al arzobispo de Roselis se da crédito, estuvieron los griegos por desamparar el tercer cuerno de la batalla, que hera esta por acojerse a las legiones de los tebanos, que en la otra punta con el emperador don Belanio se metieran. El qual, hallando a la parte que él /159- vº/ entrara al rey de Garamantes con los africanos metidos entre sus hijos don Clarineo y Hermiliana, no halló así dura defensa, a causa de no ser la gente tan bien armada, y muchos alárabes* que, aunque gente de cavallo, es mal diestra en pelear en esquadron; y a esta causa, llevando consigo los macedonios, tebanos y tesalianos con gran copia de franceses e italianos, ganaron al rey de Garamantes gran parte del campo. El qual, como diestro en semejantes trances, viéndose acometido por la flor de sus enemigos, no quiso aventurar el universal estado de la batalla a romper de todo punto con ellos; y, mandando a un cavallero lo que pareció ser conveniente, él no rompió del todo, antes se entretuvo con el estandarte enarbolado, en el qual se tocavan los reales clarines a recojer, y a esta causa como en un fuerte se entretuvieron un espacio, hasta tanto que, haziéndose una señal por ellos conocida, sin concierto alguno fingieron retraerse o huýr, si el vocablo no importa, más de lo

que ellos hera su voluntad de hazer. Los griegos cargaron sobre ellos, teniendo aquel por su día; mas los alemanes, a quien el combate de la ciudad tocava, con passados de seys mil carros fuertes llenos de honderos y flecheros, con más fuego que trae Apolo se metieron por entre ellos. Es cierto que, si se detuvieran un poco más, de suerte que los griegos se huvieran estendido, fuera la mayor destruyción suya, y con todo hesso treynta mil caballeros dexaron muertos, hechos pedaços, con las largas espadas y puntas de los carros. Y no fue solo este el daño, porque con el súbito fuego y multitud de saetas que tiraron espantaron los cavallos de tal suerte que sus señores no fueron parte para tenerlos.

Fue el emperador herido muy mal en una pierna, y combínole salir de la batalla, y fue llevado al real. Don Clarineo fue herido en un braço, Hermiliana fue derribada por una rueda y venturosamente no la hizo pedaços. Los carros passaron con la lijereza del pensamiento para dar socorro a la gente de pie que dava el asalto a la ciudad. Los africanos, que en aquello son particularmente diestros, en passando tan presto fueron concertados, y rompieron el esquadron con tan gentil ayre e concierto como si todos fueran alemanes e italianos. Este fue gran daño, porque la gente, medio desbaratada, acudían mal a la parte que les convenía, y fueron muchos d'ellos por la pujança de los africanos muertos; y no solo ganaron la parte del campo que perdieran, mas retraxéronlos hasta la parte donde el esforçado capitán general, Sabiano de Trebento, esperaba acompañado de la mejor gente del imperio, que, como buen griego, siempre con ellos se hallara, porque los tenía por gente muy concertada y ligeros en el acometer, que hera para él una cosa muy a propósito. Y como viesse lo que convenía, llamando a Sanctiago metió su gente por el un costado, reforçando el esquadron de su cavallería lo flaco de la batalla.

No fue esta entrada suya muy ajena de lo que solía, porque fue tal [el] estrago que en aquella mal armada gente hizo que el campo de nuevo se pobló de muertos y heridos. Fue tan henojado en esta entrada Sabiano de Trebento que, pareciéndole que el duque de Carsola, que el estandarte llevaba, no caminava con él como hera necessario, se le arrebató de las manos, diziendo:

–Aquí, mi buen señor, me valgan vuestras valerosas manos, que no son para estar ocupadas a tal tiempo.

Y con esto arremetió entre los delanteros, haziendo cosas estrañas. Bien entendió el duque al capitán general, y pesole, pareciéndole que alguna flaqueza suya lo causasse. Hera él un cavallero por quien en Constantinopla se solía dezir que hera hermano de Marte; mas hera de la hedad del emperador, y con el deseo que en el fin de sus días la sobervia y arrebatamiento del capitán no le quitasse la honrra, echó el escudo a las espaldas y, alçando los ojos al cielo, dixo:

–¡O, soberano señor, a q[u]ien⁶⁵⁶ hasta agora á parecido sin merecerlo darme tanta hon- /160-rº/ -ra, no permitas que en este postrimer trance se pierda!

⁶⁵⁶ qnnien.

Y biendo par de sí dos hijos suyos, les dize:

–¡Ea, hijos, que nos llevan lo que tan caso nos ha costado! Seamos oy banderados, pues nuestro capitán quiere ser alférez.

Parece que el favor divino fue a esta ora con él, que como unas brabas serpientes se meten entre la cavallería affricana.

Bien fue menester todo, porque el balentíssimo Ariobarçano, acompañado de aquellos cavalleros que atrás vos deximos, llevando a su lado a Bradaleón y a Furibundo con todo el ejército que de los valles venía, se metieron en la batalla por esta parte, como aquellos que siempre tenían recelo de que de los affricanos les havía de venir algún desbarato. De propósito venían a mezclarse en esta batalla y, como traxessen la mayor cavallería del campo, no solo sostuvieron la batalla, mas hizieron mortal daño en la gente de los griegos. Entraron los dos hermanos como los segadores en las miesses; parecía que derribassen hierba con las dulces guadañas. ¡O, quién viera a Astrideo y Mitridano de Troya! Por cosa admirable fueron contados. Mas, como los griegos viessen su estandarte delante, no temiendo las muertes, heran con ellos tan juntos que, no se pudiendo herir con las espadas y martillos, con los braços se arrancan de las sillas.

Paresciole a Astrideo que, si él derribava el estandarte, que le sería la mayor honra del campo, y llamando a Ariobarçano y a Furibundo les dize lo que piensa de hazer, si le aguardan. Ellos, que otra cosa no desseavan, fueron teniendo con él, que con la ligereza de un ave de rapiña para Sabiano de Trebento se viene, que, no le recelando punto, con muy principales cavalleros le aguardava. Hiriole Astrideo de un golpe por cima de la cabeça que se la hizo bajar hasta los pechos. Furibundo travó d'él, cuydando llevar a él y al estandarte y aun el cavallo consigo. Viose Sabiano en peligro de muerte, y es cierto le quiso Dios pagar su aceleramiento, porque el duque de Carsola con sus dos hijos no le perdía de vista. Estava a esta hora con él, y viéndole en tal peligro, con la maça que en las manos llevaba a Furibundo hirió sobre la cabeça. Resonó el yelmo como si fuera una campana. Es cierto que no se hizo en la batalla mejor golpe, porque, como le diesse con el extremo de sus fuerças y el yelmo no se rompiesse, rebentole la sangre por los oýdos y narizes y hubo un diente quebrado. Sacole de su sentido y el cavallo le tornó a meter entre los suyos. Sus hijos hirieron a Astrideo de dos crueles heridas; Sabiano de Trebento, que tan bien se vio socorrido por el duque, a Ariobarçano hiere por cima del escudo, que, hecho dos partes, al tártaro le combino abraçarse al cuello del caballo. Y aunque él se vio en peligro, hallando par de sí a Damastino, hijo del duque de Carsola, le dixo:

–¡Tened este estandarte, (a) Damastino, y no os quitéys de entre mí y vuestro padre!

Al qual dize:

–Bien lo dezía yo, mi señor, que tales braços como los vuestros más valen derribar estas torres que para estar ocupados.

–Vuestro esfuerço lo haze todo –dixo el duque–. Mucho agradezco a vuestra excellencia la

honra que days a Damastino; él tiene obligación de ser[v]íroslo⁶⁵⁷.

–Todo lo meresce él –dixo Sabiano–; mas, si en algún tiempo hemos sido buenos, aquí conviene mostrarlo, que el emperador, mi señor, va mal parado, y don Clarineo y Hermiliana son salidos de la batalla, y témome de sus heridas.

Entonces fueron con ellos Silerpio, Argentino, don Castel, Briamor [de] Argos, don Persián, Radiante del Viso, Florispiano de Suezia, con otros muy principales cavalleros; los quales, rodeando la batalla, anduvieron porque los heridos no muriessen y los que estavan descansados peleassen; que, como se vieron juntos con la flor de las guardas griegas, se ponen a resistir aquella entrada.

Quien dixesse a esta ora lo que sintió Furibundo, en sí tornado, no era creýdo. ¡O, Furia cruel! Que, no pudiendo tener con él su hermano ni Astrideo, ni otro alguno, metiendo /160-vº/ la espada en la vayna del arçón, descolgó una pesada maça con más de diez pelotas de yerro colado, y echando de sí el escudo, no fue tal Sansón entre los filisteos. No dava golpe que tres o quatro cavalleros no derribase muertos o malheridos. La gente se començó a retirar d'él; fue gran mal, porque derribó a don Castel de la Rosa, al valiente Briamor, a Radiante del Biso... Bradaleón hizo otro tanto a don Persián, y Astrideo a Florispiano, y de dos crueles heridas hirió al buen Sabiano de Trebento, el qual, con aquel animoso ser suyo, ayudado del duque de Carsola y Argentino, con ellos se rebuelve en cruel batalla. Fue venturoso el de Trebento, que, hallándose con Furibundo, temiéndose de la maça se metió con él, y de un golpe, aunque de yerro hera, se la cortó junto a los braços; y aun fue venturoso en no los perder con ella, según la fuerça con que fue herido. Muchos lebreles tuvo la caça, que fue herido por sus guardadores de más de diez lançadas, de las quales, ni aun del campo todo, él hazía poco caso; porque, poniendo mano a su espada, muchas cabeças costó su enojo por esta parte.

Con todo esto no les yba mal a los griegos, porque como la flor del imperio estuviesse en ella, ni valía gigantes ni animoso ser de los cavalleros para dexar de perder parte del campo, porque no se vía tal esquadron jamás donde tanta gente principal huviesse; que, si la hystoria no se engaña, estavan con el de Trebento tres mil cavalleros, los quales morían con el ánimo de Héctor y sus hermanos. Mas la otra parte, por donde reyes de España y Francia e Ingalaterra rompieran, estava en más trabajo, y aun la décima legión havía sido rompida, y causolo que por socorrer a los reyes, que por librar a don Lucidaner yvan, una manga d'ella se metió sin orden, y fueron rompidos por los asirios y partos; y causara desbarato a los otros que peleavan y, si de la retaguardia no fueran socorridos con una batalla de infantería, que por un costado detuvieron a los babilónicos, los trapisondas desbarataran toda aquella parte, que venían con gran pujança de flecheros. Mas esto les entretuvo algo, y aun también que la batalla de los astriones, que con el estandarte venía, no caminaba, antes remolinados a muchas partes no hazían lo que Perianeos quisiera. Y fue la causa que,

⁶⁵⁷ *serníroslo*.

como Belflorán y Armesildo subiesen la cumbre de la montaña y viessen las travadas batallas, vieron grandísimos fuegos y polvos delante las cercas de Constantinopla, con tanto ruydo que parecía que ella toda se hundiese.

–¡Sancto Dios! –dixo Belflorán–, señor Armesildo, ¿y esto qué podría ser? ¿Nuestros pecados abrán causado que Constantinopla sea entrada?

–Del atrebimiento me espanto –dixo Armesildo–, que, aunque la ciudad fuera suya, era poco ganársela, según los cavalleros aquí están.

–Pues mirad, mi señor, no me perdáys –dixo Belflorán–, que combiene passar por este campo, y por la vida no os acodiciéys a herir a nadie, sino a seguirme, guardando que no sea herido por las espaldas, que de esta manera passaremos; y si no, podríamos perdernos, según las gentes [son] muchas y esforçadas.

Capítulo 29: Del fin que hubo la campal batalla.

Con el animoso ser suyo y ha semejantes tranzes tan determinados se metieron los príncipes griegos y de la Gran Bretaña por las poderosas falanjas de sus contrarios. Al principio no fueron conocidos, hasta que estuvieron bien dentro, que los conoció el brabo Artiliando, príncipe de Soria; el qual, dando bozes a la cavallería que aquellos matassen o prendiessen, arremetió para ellos con una lança de frexno en la mano. Mas fue por su mal, que, passado por los pechos, vino al suelo muerto, y tras él muchos cavalleros que con él venían. /161-rº/ Y no teniendo propósito más de a passar de la otra parte, el furioso griego hechó el escudo a las espaldas y, con la espada a dos manos, se haze hazer larga carrera. Y de tal suerte pasavan, como el fuego que los labradores en las segadas heredades poner suelen, que corriendo con el ligero ayre que le lleva, dexando la paja quemada poco se detiene en una parte, ni dexando de sí otra señal que las quemadas pajas; assí lo hazían estos cavalleros, que, dexando la tierra cubierta de cavalleros muertos y heridos, no se detenían un punto ni se vía otra señal del camino que el daño que dexavan hecho. Mas, paresciéndoles que era gran vergüença que con tal atrevimiento saliessen dos cavalleros solos, cerraban con ellos donde, aunque no los derribassen, muchas vezes se vían en peligro d'ello. El qual se les acrecentó, porque se hallaron más de a la mitad de la batalla metidos entre el esfuerço de los jayanes, los quales como los herreros de Bulcano con pesadas maças y martillos cargaron sobre ellos. Fue a esta sazón Armesildo herido por uno d'ellos tan cruelmente que, aunque él se reparó con el escudo, le prestó poco, porque no solamente fue hecho pedaços, mas baxando al arzón delantero fue partido por medio, y el cavallo, por medio de las espaldas; vino al suelo con su señor, y él saltó de pies en él, espantado de tan estraño golpe. Muchos cargaron sobre él por matarle, mas él traxo muchos d'ellos a sus pies, y valiérale poco si tal guardador no traxera, el qual no le guardó menos que suele hazer el bravo toro la capa que por los peones le es arrojada, porque al que le hirió alcançó un golpe por un braço en

descubierto del escudo, que no solo le fue cortado, mas parte de los pechos, y dio con él junto a Armesildo muerto. Y sin que bastase la furia gigantea a embaraçarle, él saltó del cavallo y a su pessar a Armesildo en los braços tomó y le puso sobre su preciado cavallo. Armesildo se quiso tornar [a] apear, mas Belflorán se enojó diziendo:

–¡Teneos, príncipe, que es mal tiempo este de cortesías!

Y, tomando una alfana* del gigante, saltó en ella sin poner pie en el estribo, y como dos dragones pasaron a su pessar por los jayanes, dexando más de treinta d'ellos tendidos. Mas no serían d'ellos diez passos quando Belflorán reconoció en las armas un cavallero que unos gigantes traían preso en las águilas de sus armas ser su tío Lucidaner, rey de Troya y de Tessalia, y teniendo por dichosa su ventura contra Teroante, que en los braços le lleva, se dexó benir, diziendo:

–¡Afuera, gente de poco valor! ¡Dexad el cavallero!

Mas su ermano se metió en medio; hirió a Belflorán con una cimitarra tan recio que le hizo bolver par'atrásy, si la alfana no fuera tan recia, no fuera mucho dar con entr'ambos en el suelo. Mas Armesildo, que el cavallo bien arrendado llebaba, se metió con el jayán y de una punta de espada le pasó hasta las platas del espaldar, dando con él muerto en el suelo. Teroantes soltó a don Lucidaner por se valer de Belflorán, que sobre él volvía; mas qué le aprovecha, que volvía con toda la yra y cólera posible. No traía escudo, que le hechara a las espaldas, y en estándose sobre los estribos con tanta fuerça le hirió sobre un hombro que, descubriendo la mayor parte de las entrañas, dio con él muerto a los pies de don Lucidaner, que, maravillado de tan endi[a]blado golpe, tomó la cimitarra del gigante, porque le avían quitado la espada, y guiso de defenderse. Mas Belflorán, que en tan grande aprieto de la vida de su tío estaba receloso, viendo que, conociendo quién él era gran gente cargaba sobre él, se apeó por defenderle; aunque no era muy necessario, porque don Lucidaner revolvía los braços con no menor esfuerço que sus pasados, y con aquella cimitarra no solo las armas, pero los hombres cortaba, haziendo en ellos espantosa carnicería. Belflorán le dixo:

–¡Acójase vuestra alteza a esta alfana, que carga sobre vos toda la pujança de los partos y podríamos perderos!

–Subí vos, cavallero –dixo don Lucidaner, no le conoziendo–, que para mí no faltará.

Curose poco d'estos comedimientos Belflorán, porque a su pessar abraçó con él, poniéndole sobre [la]⁶⁵⁸ alfana; en dos saltos fue fuera de aquel cerco con harta más ligereza que los que estavan a cavallo, y travando /161-vº/ de un cavallero que le pareció venir en un muy buen cavallo con unas cubiertas de fina malla, travó por él y, trastornándole a la otra parte muy ligeramente, saltó en su cavallo. Y juntándose con sus compañeros, desembaraçando el camino, mas no salieron tan presto como cuydaron, que vieron par de sí grandes remolinos de gentes que con toda furia combatían. Y mirando por ver qué sería, conocieron al rey Toloyano, que con la pujança de Marte se revolvía entre

⁶⁵⁸ *al.*

todos en un alindado cavallo español, el más gracioso y rebuelto que tenía el campo, defendiendo otros dos cavalleros que con él estavan a pie, los quales fueron conocidos ser los reyes de Francia y Ingalaterra. Aquí dio don Lucidaner una gran voz, diziendo:

–¡Afuera, descreýdos, no pongáys manos en los mejores príncipes del mundo!

Mas Belflorán, que al costado venía, viendo al padre de su señora en tal aprieto, colose tan cerrado por ellos que no entrara con tal presteza una ligera saeta arrojada con un arco de Soria. Cuydó el rey Toloyano que a herir los cavalleros, que en un cerrado cerco estavan, entrasse, y quísole herir de toda su fuerça. Mas Belflorán, que muy ligero entrara, le tubo fuertemente por un braço.

–¡Paso, soberano señor, no matéys los vuestros como los estraños!

Y como esto dixese, desde el cavallo travó por don Serafín, que cubiertas las armas de espesas lanças y saetas tenía y, como cavallos no faltassen, le puso en uno d'ellos. Otro tanto hizo al rey Astrideo que, no le conociendo, ver sus cosas los tenía fuera de su sentido. Las gentes, que tal destruyción vían hecha por tan pocos cavalleros, a más andar los dexaban, teniendo por demasiada locura nenguno llegarse a ellos. Y con esto muy presto fueron a la parte de sus batallas, que a esta ora a más andar se retraían.

–Aquí haze gran falta vuestro gobierno, mis señores –dixo Belflorán–, metiese esquadrones de infantería por esta parte, que nos perderemos de otra suerte.

Entonzes a gran priesa se mandó hazer ansí. Aquí se vio Belflorán más furioso que jamás, viendo retraer su gente; y, porque con verle cobrassen animosa vergüença, alçó la vissera del yelmo, diziendo:

–¿Qué es esto, cavalleros griegos, que en vuestra tierra será possible que perdáys a pie llano lo que con tanto travajo avéys ganado en las agenas? Si es assí, dexad morir a vuestros príncipes antes que ver passar tal cosa por vosotros.

No les dieron menos ardimiento estas palabras a los cavalleros que si otros tantos entraran en su socorro; y, como se viesen ayudados de la gente de pie que a esta ora llegara, renuevan la batalla con toda pujança. No valen a Periano sus esfuerços, no le aprovecha el valeroso ser de sus capitanes, que sus contrarios quieren más en este tranze la muerte que dexar de ser con ellos a las manos; que, como Belflorán viesse que la batalla yba como era necessario, al rey Toloyano y a don Lucidaner dize:

–Mis señores, a vosotros toca en esta jornada no pelear, sino gobernar, que yo voy a cumplir un mandado del príncipe don Belianís.

Y sin aguardar respuesta pasaron su camino él y Armesildo, subiéndose en una qüesta por la qual se derrocaron la buelta de la ciudad, cuyos fuegos, polvos y alaridos en grandísimo grado se acrecentaban. Mas en el entretanto, el príncipe don Belianís, que por el lado de la montaña venía, donde todas las batallas se descubrían, con los dos excelentes cavalleros don Baldín y el Cavallero

Salbaje, les dize:

–Bien creo que quedará para siempre memoria de este día donde tan principales cavalleros se han juntado, porque no creo que los pasados ayan visto otro tal. No querría que el soberano Señor por mis pecados permitiese alguna desgracia de que alguno de nuestros amigos en ella muriese, que esto es lo que yo siento en el alma.

–Mi señor –dixo don Baldín–, vuestras soberanas palabras parecen a las de Xerxes, que lloraba porque el tiempo avía de consumir su cavallería. Los que aquí murieren, pues el tiempo assí (c)como assí abrá de llegar, antes ganan que pierden, que tal día para morir por todo el mundo se avía de andar buscando; la victoria se procure, que /162-rº/ de qualquier suerte es preciosa, mayormente esta, donde la christiandad quedaría en peligro. Y mire vuestra merced quál va don Contumeliano con su cavallería; bien creo yo qu'él con sola la gente que lleba no rehuiría dar esta batalla.

–Don Contumeliano –dixo don Belianís– tiene pocos mejores en el mundo. Crehedme que, si no es Sabiano de Trebento, que nació para esto, no se vio jamás cavallero que assí concierte una general batalla y que assí entienda a dónde se á de ganar y perder. Y, si os parece, arrimémonos hazia el real, que él se viene derecho para él, que le debe de aver parecido que no ay necesidad de su entrada en la batalla, porque hasta venzer es cruelísimo, y passará a cuchillo chicos y grandes, y será gran mal.

–Bamos como vuestra merced mandare –dixo el Salbaje–, que vuestra clemencia tendrá en el cielo su pago.

No fue poco menester lo que don Belianís dixera, porque don Contumeliano, a quien el desseo de vencer traía con tanta cólera que en ella se abrasaba, mudando deseño, paresciéndole lo que don Belianís dixera, se venía la buelta del real, cuyas cavas y trincheas estaban cubiertas de puentes, diziendo a los suyos que qualquiera que robase algo supiese que le costaría la caveça hasta tanto que todos los que en el real quedavan pasasen a cuchillo, y que las mugeres y los niños le guardassen, prometiéndoles por el rescate d'ellos doblado que por el de los cavalleros, porque tubiesen cuydado de guardárselos.

Y con esto a los reales llega, los quales tenían en guarda el príncipe Zoroaides de Mauriania, que a don Belianís en Cartago librara, y el alcayde Brandasides con él por una parte, y por las otras los reyes de Egipto. Tenían consigo muy buena cavallería, los quales no solo se adereçaron de defender el real, pero aun de salir a darle batalla. La qual a esta ora, tocándose por los unos y los otros tantos instrumentos que los ayres hazían detener, se rebolbió cruel y áspera, cayendo de los unos y los otros muchos muertos. Junto a la tienda del rey Garamantes, en un cavallero que allí estaba hecho, en lo alto d'él se tocó cinco bezes una trompeta bastarda, que era señal que el real era combatido.

Vien lo oyó Perianeos donde estaba, que, no le quitanto el animoso ser suyo, aviendo mandado a la cavallería de Siconia que no entrase en la batalla hasta que él hiziese la señal que les

avisara, y que si tocase el cuerno de marfil que siempre traía consigo dos veces, fuesen a socorrer el real, le puso a la boca. Tocolo con tanta fuerza que ni el ruydo de la batalla ni otra cosa bastó a impedir que no solo por la batalla se oyese, mas en las montañas y valles no cercanos resonó con la furia que los truenos en el mes de mayo traer suelen. A la segunda vez le abrió todo de una parte a otra; bien le conoció en el tocar don Belianís, y a don Baldín dize:

–No me creáis si Periano no está en alguna priesa, que con tanta furia toca la vozina.

Mas luego entendieron más claro, que vieron el esquadron de la cavallería venirse la buelta de la travada escaramuça que en el real pasaba; y, tomando por una parte a la gente de los finicios, repujáronlos gran parte. Mas don Contumeliano metió la segunda batalla de su gente, con la qual recobrando, tornó a ganar lo perdido; y, como él trajese tan buena gente y les pareciese que, si el real entravan, serían ricos para siempre, no como cavalleros, sino como bravos leones peleavan. Y aunque algunos d’ellos caían, en sus contrarios hazían espantoso estrago. Los que venieron, no pudiendo suf(u)rir tan ásperos contrarios, se metieron a más andar por las puentes de su real.

Mas esta fue toda su perdición, porque los españoles, más acodiciados a la caça, de la ropa se apearon, y como fuessen en aquello particularmente diestros, no solo en los reales, pero en las muy guardadas fortalezas entraran. Su braba y espantosa furia a todos los nascidos espantara. Comiençan a cortar cuerdas, a derribar mástiles, ponen fuego a las choças donde la pobre ynfantería se recogía; las llamas llegan al cielo, danse espantosos gritos por las mugeres y gente menuda que dentro estaba. Bien vio esto don Belianís, cuya mysericordia hera tanta que las lágrimas le saltaron de los ojos, y a sus cavalleros dize:

–Señores, remediemos en algo a la furia de don Contumeliano, que no son estos los que merezen el mal.

Y con esto, como los azores que tras las perdizes se abaten, calaron /162-vº/ de la falda de la quèsta derechos a donde la alta tienda del rey de Garamantes se mostraría, al qual llegaron, y bieron que la combatían con tanta furia que todo el mundo parecía ser allí assolado. Vio allí don Belianís a su querido amigo Zoroaydes a pie con muchas heridas; vio a don Contumeliano que, si dezirse puede, no havia puesto mano a la espada; hantes como excelente capitán metía su gente adelante, mirando que nadie tomase nada ni se ocupase en otra cosa que en pelear. Estaba armado de unas harms blancas labradas de oro y perlas, y un cavallo con unas cubier[t]as de azero terciadas por encima de un hermoso carmesí. Llegose a él don Belianís, diciendo:

–¡No más, mi señor, que esta gente tiene poca culpa! Mandad salir la gente, que los enemigos se vienen retirando, mayormente esta segunda legión d’estos alárabes, y son tantos que os cubrirán como moscas.

–Mejor será, mi señor –dixo Contumeliano–, que pasemos nuestra ventura y, aunque sea grave destrucción, ganemos estos reales, que después yo prometo de defenderlos.

–No ay día por eso –dixo don Belianís–; ágase esto a la ora.

Mal contento fue el príncipe de Finicia, y entre sí dixo:

–¡Mal aya la clemencia, que contra sí mismo es cruel! Este no vey que, si sus enemigos le tubieran en este estado, que no se artaran de beber su sangre.

Entonzes mandó tocar sus clarines a recojer. Mas esto se hazía mal, que las gentes descubri[e]ran en aquella tienda ricas baxillas y queríanlas llevar de camino. Nezesidad tubo don Belianís, biéndose tan mal obedescido, de alçar la visera del yelmo, y saltó del cavallo; dexó la tienda diziendo:

–¡Afuera, señor Zoroaides, no muráis sin poderos valer a manos de [t]an⁶⁵⁹ cruel jente!

Los griegos y españoles, que le conocie(e)ron, se tiraron afuera. Don Belianís pasó por Zoroaides y Brandasides asta llegar a la una parte de la tienda, donde vio tres damas que le sacaron de sentido, que él vio a la linda Dolissena con su ermana Meridiana [y] a la ermosa Troyana, hija del rey de Cartago. Llebaba el príncipe la vista toda alçada, y fue por todas ellas conocido, que más temerosas estaban que si bieran el cuchillo sobre sus garg[a]ntas⁶⁶⁰. Don Belianís fue a incar las rodillas ante ellas, diziendo:

–Soberanas señoras, a Dios doi muchas grazias que, sin saver lo que azía, me á traído a tal parte donde pueda en alguna cosa serviros.

¡O, Dolisena, quién fuera tan avisado que supiera escrevir lo que sentistes! No pudo hablar palabra aunque la mataran; no creo le doliera, biendo delante de sí a aquel que jamás de su memorias apartaba. Mas Meridiana, que más en su acu[e]rdo estaba, le dize:

–¡Ay, soberano príncipe! ¿Y cómo es possible que tal desaguisado consentís se aya echo a quien tanto vos avéis defendido? Mandad, por los dioses, salir esta gente del real, no sea que, sin podernos valer, nos den la muerte.

–No temáys, mi señora –dixo don Belianís–, que ya eso está mandado, que no puede pensar cosa en vuestro desservicio quien siempre está pensando cómo servir a las mercedes rescebidas; y no menos soy en obligación a esta princessa que con vos está.

A esto llegaban Zoroaides y Brandasides, y es particular exemplo del amor y onestidad de Dolissena, que no le habló palabra, ni pudo, tan apretados tenía los vitales espíritus que nunca pudieron hazer su officio. La linda Troyana le abraçó, diziendo:

–¿Qué es esto, Cavallero de los Fuegos, que tanta parte soys en esta tierra y no me avéis mandado visitar?

No pudo don Belianís responder palabra a ninguna d'ellas, porque la furia con que sus gentes a esta ora a recojer tocaban otro mayor casso importaban que el que él les mandara. Y quiso Dios pagar su virtud de misericordia a don Belianís, porque, aunque él por contentar a don Contumeliano lo dixera, es cierto que, si tan apriessa la gente no se ubiera salido del real, no escapara ombre d'ellos

⁶⁵⁹ *ran.*

⁶⁶⁰ *gargentas.*

porque, como los fuegos que se encendieron fuesen tan grandes y los alaridos no menores, el poderoso Ariobarzano, dexando en la parte que le tocaba buen recado, trayendo consigo a Bradaleón y a Furibundo, con más de cien mil cavalleros avía hecho dos o tres puntas con que se retirase por llegarse más al real, y entrando por la una parte d'él venía con toda furia en el socorro; y como ya la noche viniese y todo el real de necesidad avía de recogerse, es cierto que don Contumeliano corría grave peligro; y a la causa don Belianís, besando las manos a Dolissena y diziendo a Zoroaydes y a Brandasides quán mal lo havían hecho en no visitarle, tomó su cavallo, que don Baldín le tenía de rienda, y saltando en él, los tres /163-rº/ se metieron entre la gente de don Contumeliano, los quales, por más que él se lo ynpediera, yban cargados de muchas cosas ricas.

Y concertándose en esquadron se fueron la buelta de la ciudad por el cabo de la marina, de la qual brabamente se t[em]ía⁶⁶¹ don Belianís, aunque [e]staba⁶⁶² algo confiado en aver ymbiado allá a Belflorán y Armesildo. Los quales, con la furiosa presteça suya, llegaron a la Puerta del León, donde, dándose a conocer, los dexaron entrar, y fueron asta la parte donde el combate se daba, con tanto ruydo y alarido que el mundo se hundía. Tenían cargo de la guarda de la ciudad tres cavalleros, de esta historia bien conocidos: el rey Arfileo, el rey don Brianel, don Lucendos de Alta Roca, y con ellos estaban Damartineo del Valle y Palineo de la Ventura. Cargaran los enemigos desde sus elefantes más de dos mil puentes sobre las cercas, y como estubiessen a la pareja, ¡quién escribiría las muertes que los unos a los otros se davan! De la ciudad arrojaban sobre los elefantes y castillos grandes calderas de pez y resina, muchos botafuegos y bombas y artificiales pelotas de fuego gr[egu]isco*; quemaban con ellos los hombres y castillos, y tal vez venía que, acertando el fuego a los elefantes, tiravan huyendo, llevando su misma gente que en las puentes peleava, los quales hazían pedaços, y derr[oc]cándolos⁶⁶³ de allí abaxo, la llubia de saetas que los unos tiraban a los otros al sol causaban escuridad. De los travesses y casasmatas* con piedras arrojadizas hazían mortal daño, porque, como los artificios no fuessen fuertes, aunque traxesen mantas y carças hazíanlos pedaços.

Toda la ciudad estaba rebuelta; no queda ninguno que no sirba de algo. Los que no son para pelear, en la muralla traen piedras y fuego, renuévanles las armas, trayéndoles otras de los muchos carros de municiones que para este efecto allí estaban.

A esta ora se tocaron en la plaça a toda furia los clarines, que hera señal que las gentes desamparasen la cerca, y ellos lo hizieron, baxando a toda furia por las escalas, tanto que los unos, no pudiendo baxar tan presto, se dexaban caer abaxo. Maravillose d'esto Belflorán y Armesildo, y quisieron arremeter a la muralla. Mas púsoseles delante el buen Palineo, que les dixo:

–¿Estáys en vossotros, cavalleros? ¿No beys que mandan retirar?

–¿Qué covardía es essa? –dixo Belflorán.

⁶⁶¹ *tmeia.*

⁶⁶² *astaba.*

⁶⁶³ *derrcoandolos.*

–Agora lo veréys –dixo Palineo–, que estas murallas, con los artificios que tienen debaxo, se hundirían, que están tenidas en maderos que ya se acaban de quemar, y beréys marav[i]llas. Entretened la gente, que no passen de aquí, que los que entraren y los que quedaren, todos se perderán.

Atento estuvo Belflorán, conociendo a Palineo, por ver en qué parava aquello, y vio cómo las cercas se poblaron de henemigos, las puentes se redoblaron, innumerables escalas se arrimaron y la gente comenzó a entrar en la ciudad. Los de dentro los c[o]mençaron⁶⁶⁴ a detener, mas a esta sazón los dos paños principales de la cerca se hundieron con tan grande estallido que no aquellos, mas toda la ciudad pareció ser hundida. Los polvos que se levantaron fueron tan grandes que ninguna cosa dexaban ver, donde, ya que passados, lastimosa cosa fue de mirar; de creher es que tal estrago ni los mortales le vieron ni la ymaginación le llevaba. Nyngún elefante ni castyllo quedó de quantos sobre la cerca tenían cargadas puentes que no se hundiesse con ella, con tantos millares de hombres que por lástima lo digo. Unos parecían por encima quebrados brazos y piernas, dando gritos; otros, hechos mil pedaços, que como la mina de debaxo fuesse grandíssima, cantos y castyllos y hombres tomó dentro. ¡O, cruel espectáculo! No fue tan malo el que miraba Nero de la torre Tarpeya, ni el que los griegos vieron quando encendieron Troya en respecto de esto no era cosa alguna.

No fue solo este el daño, porque, como la salida quedase llana, los furiosos griegos, haziendo pedaços los que más dentro entraran, salieron tras sus enemigos. Yba delante don Lucendos de Altarroca, aquel de la gran fuerça Arfileo, rey de Ungría, y con ellos Belflorán y /163-vº/ Armesildo. No les vale su pujança ni querer resistir; que, si en la muchedumbre de los carros que quedaban no recojieran la ynfantería y en ellos se salvaran, no escapara ombre d’ellos. Y biendo que seguir a los que en quatro mil carros falcados yban no hera cordura, se bolbieron a la ciudad, porque no faltaba una ora para la noche.

Y Belflorán y Armesildo se metieron en la campal batalla a la parte que estaba aquel valeroso rey de Garamantes, y con el primero que encontraron fue con Astrideo; que, conociéndole Belflorán, se juntó con él. Hiriole de toda su fuerça sobre el escudo; hízosele juntar con la caveça; parecirole que una torre le hubiese cayódo a quèstas. Mas Astrideo le hirió de través del escudo con tal pujança que, llevándosele por medio, cortó del arnés gran parte; en los pechos le hirió un poco. Bien conoció Belflorán que la espada era tal como su padre le avía dicho y, pareciéndole vergüença si ante él sin ella bolbiesse, le dixo:

–Sabed, cavallero, que yo soy Belflorán, a quien vos desafiastes ayer; y, pues allí no ubo lugar de hazer nuestra batalla, si vos soys tal como hos preciáys, salid conmigo a lugar apartado donde solos, sin que nadie estorbarlo pueda, la podamos fenescer.

–Guiad donde quisiéredes –dixo Astrideo–, que yo soy con vos.

⁶⁶⁴ *camençaron.*

Belflorán, bolbiéndose a Armesildo, le dixo:

–Mi señor, quedaos en esta batalla y, fenecida, deid a todos que pierdan de mí cuydado, que quando fenezca esta batalla yo seré luego con vos.

–¿Yo no podré acompañaros? –dixo Armesildo.

–No, señor –dixo Belflorán–, que sería descortesía, que ba este cavallero solo en mi confiança.

–Hazed, mi señor, como os paresciere –dixo Armesildo–, que yo haré lo que me mandáys.

Entonzes Belflorán se salió de la batalla, y con él Astrideo; y, como aquellos que tan poco eran muy pláticos en la tierra, no curaron más de tomar una senda, por la qual se metieron hasta passar una casa de plazer; y, dando consigo en un valle, succedió entre ellos lo que adelante vos contaremos por ver en lo que paró la campal batalla.

En la qual fueron, por la parte que combatía Sabiano de Trebento, retirados los henemigos hasta sus reales, con pérdida de mucha de su cavallería. Los assirios y partos, que con Periano estaban, no solo no perdieron lo que tes tocaba, pero entretubieron la jornada valerosamente; y hyziéranla mejor si don Belianís y don Contumeliano, biendo que gran muchedumbre de cavallería cargaba a esta parte y que a ella se llegaba Claristea, que en un triunfal carro venía con los alemantes que de la ciudad volbieran, no se metieran por el un costado, con tanta pujança que las cercas de Babilonia no los esperaran. Y como heran muchos y benían holgados, diéronles tal estampida que retiraron gran parte d'ellos.

Don Contumeliano, que gana traía de pelear, dexó el bastón y, tomando otro cavallo, se metió en la batalla. No buscaba él los flacos cavalleros, sino los animosos, con quien él desseaba hallarse, y la fortuna que lo traía le encontró con su mortal henemigo, Mitrídano de Troya; y conociéndole en la águila blanca, se dexó venir para él. Los golpes que se dieron fueron tales que fuego salió de los encantados yelmos, y ellos baxaron las caveças hasta los arzones. Venía Periano muy junto a Mitrídano, y hirió a don Contumeliano con una punta de hacha, que le combino venir al suelo. Mas él no se fue alabando, que le hirió don Belianís tan cruelmente que perdió las riendas. Don Contumeliano le cortó las piernas del cavallo y vino con él al suelo. Traía Periano aquel día consigo sus mejores aguardadores que jamás, los quales no solo le dieron cavallo, mas aun pusieron a don Belianís en peligro de perder el suyo. Mas él se vengara, si no que toda la gente se retiraba de una parte y de otra porque, siendo la noche tan cerca, el temor de matarse los amigos unos a otros les hacía dexar la batalla.

Del campo quedaron señores los griegos, los quales hyzyeron recoger los heridos, /164-rº/ espantados de la multitud de los muertos, cuyo número no se supo cierto, más que fueron tantos que a otras dos batallas tales no se esperaba entre ellos mucha guerra. Cosa lastimosa fue ver la mucha gritería que de los heridos en el campo se daba. Sabiano de Trebento, aunque herido, se quedó en el campo, no consintiendo recoger a nadie hasta que se diesse recado a los heridos y se enterrassen los

mueritos en unas grandes oyas que para esto estaban hechas, donde todos fueron enterrados, ecepto algunos principales, que los metieron en la ciudad para les dar sepulturas combenientes a sus personas. Cosa fue particular de mirar, que en toda Constantinopla ni el real no se oyá llorar por ninguno de los mueritos, que los vivos no desseavan sino volver a morir con ellos, según la ardiente saña que en sus coraçones estava encendida.

Pues como los principales volbiessen a palacio, Belflorán fue echado menos, y preguntando unos a otros por él, Armesildo dixo que fuera a un negocio que convenía, con lo qual Florisbella assosegó algún tanto, y la linda Belianisa assí mismo. Mas Armesildo, que a aquel tiempo espereaba, después que todos fueron sosegados, a don Baldín y al Cavallero Salvaje y a Sabiano de Trebento y a don Lucendos de Altarroca llamó y, diziendo todos que yban a ver las centinelas, se salieron del palacio y de la ciudad y, atinando a la parte que bieran yr a Belflorán, se metieron en su seguimiento. Aunque no fue tan secreto que no fue sabido por otros muchos, los quales, assí de la una parte como de la otra, salieron en seguimiento de sus cavalleros; do cumple dexarlos por contar una cosa muy ynportante a esta historia.

Capítulo 30: Cómo a la guerra benieron en favor de los paganos los hijos de don Belianís y Dolisena con lo que subcedió en la batalla de Astrideo y Belflorán.

No fue tan desapacible al gusto [la]⁶⁶⁵ abentura que a don Belianís aconteció con la linda Dolisena que no tenga cada uno d'ella la memoria que yo; pues assí fue que, como ella quedase en el reyno de Garamantes, grandes heran las congoxas que la ausencia del príncipe don Belianís le causaban, y si no se sintiera preñada fueran muy mayores; y aunque desseara encubrir su pena, la necesidad no se lo consintió, y por fuerça se ubo de descubrir a Meridiana; la qual, paresciéndole que la bondad del príncipe llebaba a todo, la consoló diziéndole que, si los dioses permitían que pariese hijo, que por allí se podrían cumplir las cosas que d'ella los sabios de Egipto dixeran.

Biendo cuántó el encubrirse hera necessario, fingiendo ciertas indisposiciones, al Bosque de las Flores se salieron a estar el berano, donde en una hermosa casa de plazer entretenían la vida y su negocio, tan secreto que por ninguna de sus damas fue jamás sentido. Los más días se salían en andas a una parada del bosque por ver correr la caça, de la qual era el mejor sitio que havía en el mundo si no lo estorbara que, comunicando un poco con las grandes montañas, baxaban allí algunas vezes animales brabos y temerosos, aunque estos heran tan seguidos por los monteros que ya muy pocas vezes venían.

Pues assí fue que una tarde, aviéndose todos los caçadores y damas tendido por la floresta, dexando solas a las infantas, llegó la ora no escusada del parto, y a Dolisena le vinieron los dolores

⁶⁶⁵ *al.*

tan repentinos que, proveída de sola la /164-vº/ ayuda y favor de su hermana, parió dos niños, los más hermosos que la ymaginación pudiera pensar. Traían unas señales que, aunque el soberano Señor muestra sus maravillas por la forma que a él mejor le parecen, parecían cosas naturales, porque el que primero nació traía una señal en cuya ymaginación debió de ser concebido, porque traía a Cupido con su arco y flechas baxo de la tetilla hizquierda, tan natural que bibo parecía, ni más ni menos que Dolisena le viera en la huerta del templo de Amón; cosa maravillosa de mirar. Traía el otro a la parte derecha una cruz tan blanca que no se dexaba mirar; que, como las ynfantas los viessen, aunque no supiessen dar remedio a tan cruel caso, gran entretenimiento fue ver tan hermosa cosa. Y Meridiana, con la mayor presteza que pudo, apretando a Dolisena con las tocas de camino y cubriéndola lo mejor que supo, dentro en las andas tomó los niños y, embolbiéndolos en una ropa suya, se puso lo más a la ligera que pudo, determinándose de llevarlos a esconder a alguna parte del monte, donde se determinaba, dexándolos sin cosa alguna más de la covertura del cielo, volberse y, en beniendo sus gentes, hazerse llevar por allí para que, cuidando todos haberlos hallado, los pudiessen ellas criar como cosa maravillosa. Y dyziéndoselo a Dolissena, paresciéndole, aunque áspero, bueno el remedio, Meridiana se quiso poner al camino.

Mas succedioles al revés de lo que cuydaban, porque no lexos vieron venir una leona dando espantossos bramidos; y la causa era que, abiéndole dos días antes los monteros muerto sus leoncillos, andaba bramando con la leche, que la traía muy fatigada; que, vista por Meridiana tan braba cosa, desamparando los niños, dando gritos se metió en la litera, cuidando estar allí más segura. La leona se vino derecha para los niños y, como los viesse assí tan pequeños, desseando más remediar su nezesidad que otra cosa, les puso sus gruesos pechos a la boca. Y los niños, que no menor la tenían, mamaron, aunque no tanto que a ella le bastasse para entero remedio; y a la causa, tomándose los niños debaxo de los braços, se fue con ellos por la cumbre del monte arriba con harta priessa, porque heran grandes los gritos que a esta ora los monteros daban.

Las ynfantas quedaron fuera de sentido viendo tan estraña aventura y, como los femeniles coraçones no tengan otras armas, començaron a llorar la pérdida de los niños, los cuales tenían por cierto se comería la leona, y prosiguieran largamente en sus angustiosas querellas, si la venida de algunas de sus gentes no lo embaraçara. Y con harto pessar cerraron la litera y, mandando a todos que en todo casso tendiéndose por la montaña buscassen una leona que ellas vieran passar con un pequeño donzel en la boca, se hizieron tornar en la torre, donde Dolissena, doblando un pessar a otro con su herman[a]⁶⁶⁶, estuvieron otros dos meses, cada día con su angustia de buscar la leona, mas esto hera escusado.

Y assí estuvieron mucho tiempo, hasta tanto que su padre passó en Grecia, el qual las llevó consigo, pensando casarlas muy a su voluntad, que a ellas no fue nada áspero por ver al príncipe don

⁶⁶⁶ *hermano.*

Belianís.

La leona, que los niños llevaba, no se detubo punto; mas de, dándoles a rratos a mamar, caminó con ellos hasta lo más áspero de las montañas de Micanor, donde ella tenía su cueva, y allí, en los adereços que para sus hijos tubiera, que no heran muy desabrigados, los metió. Y es cosa maravillosa, que en esta forma los crió pasado de un año, teniéndolos tan grandes como de tres.

Agora sabed que en estas montañas hazía su morada un cavallero, el qual, siendo pariente del rey, desesperado de casos de corte se saliera d'ella y, dexando sus armas y cavallo, a pie se vino a estas montañas, donde azía una salbaje vida sin que jamás quisiese ver gente; porque, puesto que lo que allí le traxera eran amores, y haver el rey casado con otro a su dama, /165-rº/ desde poco lo olvidó todo, y hízose grande enemigo de la humana conversación. Y, dexando su proprio nombre, determinó llamarse Nicanor, si en algú[n]⁶⁶⁷ tiempo alguno topasse. Havía bien diez años que estava en esta vida quando, subiendo un día por la montaña arriba, llegó a la cueba de la leona y, oyendo dentro llorar criatura, se metió por ella dentro. Y hallando los niños, maravillándose de cosa tan estraña, los sacó más a la luz; que, como viesse la señal que el uno traía y él fuesse gentil, tuvo por cierto que devían ser hijos de su tan enemigo Cupido. Y no osando hazerles mal, paresciéndole cosa divina, estuvo mirándolos una pieça, hasta tanto que vio venir la leona con un benado pequeño muerto y, pensando que le haría algún mal, puso mano a su espada. Mas la leona, que más humana hera hecha que Nicanor, le vino alagando, echándose por el suelo como un doméstico perro. Nicanor, que tal cosa vio, se estuvo quedo, y la leona allegose a los niños haciendo su acostumbrado officio, dejando a Nicanor fuera de sí. Y paresciéndole que todas aquellas cosas fuessen obras maravillosas de sus dioses, él hizo allí de las ramas de los árboles una choça para sí, y a los niños bistió de algunos pellejos de animales, que él matava hartos. Y aficionándose no menos a él la leona, entr'ambos tenían cuydado d'ellos.

Cosa fue admirable la d'estos infantes que, faltándole a la leona la leche, los crió Nicanor con aquellos manjares que en tal parte podréys creer que tendría; donde, ya que fueron de cinco o seys años, su hermosura y disposición al salbaje Nicanor traía fuera de sí. Nunca él estuvo tan alegre en su vida, y en este entretenimiento que os dezimos, sin les declarar que huviesse otro mundo que aquel, los detuvo hasta que heran de edad de catorze años, que, admirado del espantoso ser y balor suyo, no sabía qué hazer d'ellos. No había león, onça ni tigre en toda la montaña que no matassen. Hiziéralos diestros de jugar armas, aunque de madera, y de tirar con arcos que él les hiziera. No tuvieran en casa de sus abuelos mejor ayo; era muy cercano pariente suyo, uno de los animosos cavalleros que conocía Áffrica; por su voluntad bien muriera él en aquella vida, mas no lo quiso hazer por los donzeles. Al mayor d'ellos puso por nombre don [Do]listor de Nubia, y al menor Polisteo de la Selba. No quería más al uno que al otro, puesto caso que era más a su condición

⁶⁶⁷ *alguu.*

Polisteo.

En este tiempo el rey se fue a la guerra de Grecia, y el salvaje Nicanor, porque los donzeles aprendiessen a ser hombres, se baxó con ellos en Egipto, a la ciudad de..., adonde, viendose prove, y aunque no tenía con qué yr a la ciudad, en un camino él y los donzeles, que la leona se les muriera, quitaron la ropa y dineros a unos mercaderes sorianos, y con esto, dexándolos a su guisa, tratan y comunicanse con las gentes.

Y assí estuvieron allí tres años que, perdiendo la estrañeza de la montaña, se hizieron muy abisados para residir dondequiera que fuese menester.

Pues como Nicanor viesse que ya hera tiempo que los donzeles fuessen cavalleros, él lo hizo; y comprando armas y cavallos de aquel dinero, que no fuera poco, Nicanor les dixo que supiessen que el rey Sileno de Garamantes, su natural señor, estava en una cruda guerra en Constantinopla, y que si en algún tiempo él y ellos havían de ser para algo, havía de ser allí; por eso, que de su parecer sería que se fuessen allá. Ellos, que otra cosa no desseavan, como aquellos que sus coraçones a mayores cosas los inclinavan, teniendo por padre a Nicanor, dixeron que la partida fuesse luego. Y, metiéndose al camino, estrañas y peligrosas aventuras les subcedieron, donde don Dolistor de Nubia y Polisteo de la Selba hizieron maravillosas cosas en armas que a Nicanor traían fuera de sí; las quales yo contara si la priesa de Constatinopla no me lo estorvara.

Tanto anduvieron que llegaron a la mar, donde se embarcaron en unas fustas africanas, y el día antes que la batalla se dies- /165-vº/ -se desembarçaron en Arisa. Y, teniendo nueva de lo que passava, se dieron la priesa posible por hallarse en ella; mas traían malos cavallos y flacos, y tomoles la noche antes una gran legua. Y como no supiesen la tierra, aunque la lengua sí, porque Nicanor les mostrara muchas, subiéronse hazia lo alto de una montañuela por passar aquella noche, y oyeron gran ruydo como de personas que se combatían, lo qual les hizo darse más priesa, porque el ruydo era tal y con tan espantosos golpes que toda la montaña resonaban como una herrería. Mas, llegando a lo alto, vieron dos cavalleros que a la claridad dela luna hazían su batalla, donde, poniendo unas vezes el uno las manos y el otro las rodillas en tierra, su batalla era admirable. Don Dolistor y Polisteo y el salvaje Nicanor llegaron a ellos y, metiéndose en medio, les dixeron en lengua griega:

–Cavalleros, por cortesía, que nos digáys qué es la causa que unos cavalleros tales como vosotros parece que rematáys assí particular batalla, dexando de hallarse cada uno con los de su parte donde en tales tiempos seríades más necessarios.

Belflorán y Astrideo, que los que se combatían heran, les dixeron:

–No ay otra causa más de que este cavallero favorece –dixo por Astrideo– la parte de la princesa Claristea, y yo de los griegos, y hanos parecido que solos será bien fenecer nuestra contienda, y por esto nos abemos apartado aquí.

–Los cavalleros particulares –dixo Nicanor– no deven combatir en particular batalla la

justicia de las empresas de sus dueños, porque aun sus causas les es prohyvido sin particular licencia. Por esso, si soys servidos por llegar nosotros aquí a tal tiempo, recibiremos merced la dexéys, que cada día en renqüentros os podréys encontrar.

–Esso no puede ser –dixo Belflorán–; por tanto, apartaos afuera, que se nos passa el tiempo.

–Pues reciba yo tanto bien, señores –dixo Polisteo de la Selba– que dexéys esta batalla hasta la mañana, porque somos nobeles y queremos de vuestro buen esf[u]erço⁶⁶⁸ aprender alguna cosa.

Acordáronse en esto Astrideo y Belflorán por hazerles plazer, y entráronse todos al pie de una enzina. La luna hazía clara y quitáronse los yelmos, donde fue cosa estraña ver los quatro príncipes, cuya hermosura a la de los celestiales moradores ygualava; y, aunque en alindada disposición Belflorán los hecediesse por haver sido más delicadamente criado, hera maravillosa cosa ver los [nu]bianos⁶⁶⁹ cavalleros, cuyos rostros resplandezían como unas estrellas. Todos heran niños, aunque Belflorán era q[u]atro⁶⁷⁰ años mayor que sus hermanos, y sería a la sazón de veynte y dos años, y no hazían que mirarse los unos a los otros, espantados de sus estremos. Parescíanse todos los unos a los otros, aunque los de más heran don Dolistor de Nubia y Astrideo. Mirábalos Nicanor, que no pensara él de ver ygual hermosura que la de sus hijos, que assí los llamava siempre, y a Belflorán dize:

–Gentil cavallero: vos, que soys de la parte de los griegos, ¿sabréysme dezir qué causa ay tan grande para que tantos reyes y príncipes ayan movido contra ellos? Porque hasta agora, como nosotros no hayamos hablado a ninguno de vuestra parte, ya podría ser nos ayan contado cosas muy diferentes, porque el vulgo pocas vezes hazierta a contar la verdad de lo que pasa.

–Essas son cossas manifiestas –dixo Belflorán–, y tales que es vergüença contarlas, porque no ay otra causa que buena sea, más de la soberbia del príncipe de Persia y del Gran Tártaro; los quales, buscando por ocasión que el soldán de Babilonia no dio su hija por muger al soldán Periano y que la princesa Imperia, hija del Gran Tártaro, se tornó christiana, han alborotado el mundo y hecho creer a la princesa de Alemania que le es afrenta si no se venga del príncipe griego, porque ella se quería casar con él; y con esto ponen a todo el mundo en alboroto, no haviendo para qué, porque Florisbella hera desposada mucho antes con el príncipe griego, llamándose el Cavallero de los Basiliscos, /166-rº/ y si algo le prometió a Periano el soldán de Babilonia no havía para qué levantar esta guerra.

–Esse príncipe de Grecia, señor cavallero –dixo don Dolistor–, ¿es tal que por su persona en campo ossara combatir su causa con sus enemigos?

Riéronse de voluntad Belflorán y Astrideo de lo que el noble cavallero dixera, y Belflorán le dixo:

⁶⁶⁸ *esfnerço.*

⁶⁶⁹ *mibianos.*

⁶⁷⁰ *qnatro.*

–Para mí tengo, señor cavallero, que no preguntárades eso aunque fuérades criado en las montañas de Egipto, porque el valor d’este príncipe aun las fieras tienen temor dentro de sus moradas.

–Verdad os dize este cavallero –dixo Nicanor el salvaje–, que nuestros diosses no guardaron en las armas para sí más valor del que dieron al Cavallero de los Basiliscos.

–Agora pluguiera a Marte que él se hallara aquí –dixo Polisteo–, para ver que semejante engaño no se havía de publicar en el mundo, que antes que el sol se mostrara yo sacara de esse pensamiento a los que creya[n] que el mundo no pueda tener otros mejores cavalleros.

Y con esto mostró gran enojo, que a Belflorán y Astrideo causavan nueva risa, aunque entre sí, porque los cavalleros no se corriessen. Y como ya el luzero del alva començase a salir y, refriándoseles, algunas llagas que tenían les diessen dolor, se levantan. Y poniéndose los yelmos, don Dolistor enlazó el suyo a su hermano, y Polisteo a su primo, y esperaron por ver en lo que pararía aquella cruel batalla; porque, cubriéndose de sus escudos, aquellos que no cuydavan que el mundo tuviesse quien mano a mano les hiziesse ventaja en ayrosos passos se vinieron el uno para el otro. Creo que el desseo de ver este tranze hizo a Apolo dar priessa a Piro[i]s⁶⁷¹ y compañeros, porque quando se juntaron mostró él su cara de oro en la punta del oriente con su relumbrante guirnalda.

Bien conocían el uno y el otro el animoso ser de cada uno, y a la causa, no queriendo perder por falta de seso lo que de otra suerte cuydaron tener seguro, metiéronse atinadamente, llevando las puntas de las espadas fuera de los escudos como el un tercio, guardadas las manos dentro el fuerte, afirmados sobre los pies derechos. Y en esta postura, queriendo Astrideo llegarse más a Belflorán, él trocó el pie y, metiendo el uno y el otro, passó su espada por la parte de dentro y salió de un rebés con toda furia; que, alcançándole en un muslo, le hizo una herida de que le començó a corre[r]⁶⁷² copia de sangre. Aquí se pierde el atinado combatir; ya no ay orden ni concierto; donde Astrideo vey su sangre, hecha el escudo a las espaldas, toma la espada a dos manos. Pensó partir a Belflorán por medio, el q[u]al⁶⁷³, reparándose con el escudo, fue pequeña defensa, que cortando por medio la espada pasó al yelmo. Belflorán hincó la rodilla derecha en el suelo, y el encendido Astrideo redobló otro. Fuera de más peligro si Belflorán no se desbiara a un lado; la espada entró en el suelo hasta la media, no la pudiendo sacar Astrideo. Belflorán le hirió de una punta por el un lado, que la espada le hizo sentir en las carnes; y, viendo tal oportunidad para lo que le él deseava, diole de los hombros tan rezio que, llevándole para’trás le hizo dexar la espada. La qual él sacó del suelo, y Astrideo tomó su hacha del arçón del cavallo.

Mas los nubianos príncipes, que se recelaron de la vida de Astrideo, se fueron a meter en

⁶⁷¹ Nombre de uno de los caballos que tiran del carro solar, según Ovidio (*Metamorfosis*, 2, 153).

⁶⁷² *corret.*

⁶⁷³ *qnal.*

medio porque la batalla no pasasse adelante. Mas a esta ora a donde los cavalleros estavan llegaron Armesildo y don Baldín y el Cavallero Salvaje y don Lucendos de Alta Roca, los quales anduvieron toda la noche perdidos; los quales, conociendo en las armas a Belflorán, pareciéndoles que los cavalleros yvan por herirle, les dieron bozes, y entró tan ligero don Baldín con su estremado cavallo que, no se pudiendo desviar Nicanor, dio con él de espaldas, y con la lança al passar hirió a don Dolistor tan cruelmente que, no trayendo tales armas como fueran necessarias, le hizo una herida, aunque pequeña. Armesildo hirió a sobremano a Polisteo con la /166-vº/ lança, mas h[í]zola⁶⁷⁴ pedaços en el escudo sin que otro mal le hiziesse. Mas él al passar hirió al Cavallero Salvaje, guardándose de la lança, de un rebés por mitad del escudo tal que, aunque él era valentíssimo, le combino venir al suelo, donde dio una triste caída. Y como le pareciesse convenía hazer las manos al trabajo, viendo caído a Nicanor fue tan lijero con don Baldín que ni el animoso ser suyo ni la lijereza de su cavallo le aprovecharon para que, herido de una cruel herida, no biniesse qual el Cavallero Salvaje. Y guardándose de Armesildo quiso rebolver sobre don Lucendos, mas vio que su hermano don Dalistor le cortara las piernas al cavallo y que con él a pie era en mortal vatalla, porque ha ella llegó el Cavallero Salvaje. Armesildo, que vio todos sus compañeros a pie, saltó del cavallo y, hallando par de sí a Nicanor, hiriole de [t]oda⁶⁷⁵ su fuerça; hízole una herida en la cabeça y combínole yncar la rodilla en tierra por no venir de todo punto al suelo. Juntose con él a este punto don Baldín, mas ganó en ello poco, poque don Dolistor a esta hora estava encendido en ardiente saña y hyrióle de toda su fuerça sobre el mejor yelmo que tenía el campo. Pensó el ardid portugués que la cabeça huviesse echo pedaços porque, baxándola al suelo, como viesse tantas estrellas tuvo por cierto que ya al último juyzio fuesse llegado.

Escrive el arçobispo de este golpe aver caído don Baldín, mas el sabio Fristón dize que fue mal herido, pero caído no lo cuenta él; antes dize que por un golpe de caballero sola esta vez perdió la silla. Sea lo que fuere, que Belflorán, que tal golpe vio, conociendo a don Baldín fue de un frío sudor cubierto y, aunque vio venir muy furioso sobre sí a Astrideo con su acha, no curó d'él; metiendo su espada en la vayna, llebado en la mano aquella tan estremada que a Astrideo quitara, fue con presteza no creyda entre don Dolistor y don Baldín. Mas estava don Dolistor hecho una fiera, y a dos manos hirió ha Belflorán, que la sangre le hizo reventar por los oýdos; aunque él corría peligro de la vida, porque Armesildo, dexando a don Baldín con Nicanir, passó a detener el furioso Astrideo. Y Belflorán tratara mal a D[o]listor, porque tenía la mejor espada del mundo y él malas armas, si a esta sazón no llegara el valentíssimo soldán Periano y el poderoso Ariobarçano, el rey de Garamantes, aquellos tan pujantes Bradaleón y Furibundo con otros cavalleros. No venía allí ninguno que a Armesildo y a Belflorán y a don Baldín no conociesse, y como todos quisiessen tanto

⁶⁷⁴ *hrzola.*

⁶⁷⁵ *roda.*

a [Astrideo]⁶⁷⁶, como esta hystoria ha contado, todos cinco entraron juntos a la caça.

¡O, Belflorán, quién a esta ora te viera! Temiose del apechugar de los cavallos y metiose detrás del de don Luzendos, que estava muerto. Y a la causa Periano y Furibundo, que venían delante, sin hazer golpe de ver dieron de ojos con sus cavallos, mas Bradaleón le tiró la lança. Belflorán se desvió; no se vio cosa yqual, que por la dura peña metió el un tercio d'ella con tanta pujança como si rayo fuera del cielo. Belflorán, que vio tan buena fortuna, hirió a Furibundo antes que se levant[a]se⁶⁷⁷ por un lado, pensando llevarle la cabeça; mas traía el pagano una tarjeta* alta de azero tan gruesa como quatro dedos. Fue aquella cortada y la gran pieça con el g[or]jal⁶⁷⁸ de fina malla, y él herido, aunque poco. Y conociendo también a Periano le dio de punta por medio de las platas. Heran las armas encantadas, mas pareciole a Periano que peto y espaldar le avían ayuntado. Temiéronse todos los que en la batalla estaban de la vida de Belflorán, y a la causa, dexando todas las batallas que començaran, fueron con él Armesildo, don Luzendos de Alta Roca, el Cavallero Salvaje, don Baldín, pareciéndoles que juntos se defenderían mejor. Mas ellos heran valientes y la defensa poca, porque si los nubianos príncipes no se tuvieran afuera, paresciéndoles cobardía ser contra tan pocos, ellos se vieran en mortal peligro.

/167-rº/ No tenían muy lexis el socorro, que aquella montaña más tenía de cinquenta mil caballeros de cada parte, y los primeros que llegaron fueron tres columnas de la cavallería: Sabiano de Trebento, que, como supiesse mejor el camino, fue el que desatinó doblado, el príncipe don Belianís y don Lucidaner, rey de Troya, el rey Toloyano de España, la linda Hermiliana; los quales como rayos del cielo llegaron en favor de Belflorán. Mas don Dolistor y Polisteo se metieron delante de ellos; que, paresciéndoles que harían mal socorro así de a cavallo, todos se apearon, no haziendo casso de los cavalleros ni del rey de Garamantes, que e[n]tre⁶⁷⁹ ellos venía; al qual conoció bien (a) Nicanor, que traía por armas una corona de oro en campo de plata, y a sus hijos dize:

–¡Aquí, hijos míos, es bien empleada la muerte, que este es nuestro señor, el rey de Garamantes!

Dobláronles estas palabras los esfuerços y, como heran nobeles y no conocían a nadie, partieron para ellos; y contra ellos quedaron solos don Lucidaner y Hermiliana y Sabiano de Trebento, y el rey Toloyano y don Belianís passaron adelante. Don Dolistor se juntó con Hermiliana y Polisteo con don Lucidaner, Sabiano de Trebento con Nicanor y el rey de Garamantes, que, aunque sus esfuerços fuessen abentajados, no se le hazía a él muy penosa la batalla de entr'ambos juntos. Don Lucidaner hirió a Polisteo de un golpe tan rezió que, llevándole el escudo, venturosamente no llevó tras sí también el braço. Turbose Polisteo, cuydando averle perdido, y él hirió a su tío al través del yelmo, que le hizo dar dos o tres passos desatinadamente por caer; y, si él no vistiera el arnés que

⁶⁷⁶ *Belflorán.*

⁶⁷⁷ *levantose.*

⁶⁷⁸ *grojal.*

⁶⁷⁹ *entre.*

fue de Héctor, él se hallara burlado, porque Polisteo se metió más adelante y a Hermiliana asegundó otro sobre un ombro que ambas las rodillas le hizo hincar en tierra. Don Dolistor le dio de los hombros, cuydando dar con ella a la otra parte, mas parecióle que huviese encontrado con un roble; la valerosa dama travó fuertemente d'él, haziéndole más favor que él cuydara, y quisole herir con la daga. Mas Dolistor merió la mano yzquierda y túvole fuertemente la mano, y con su daga le dio presto dos heridas por los pechos, en los quales solo las heridas del amor podrían hazer impressión, porque lo demás la rica loriga de Marte lo defendía, mas todavía le dieron dolor. Don Lucida[n]er⁶⁸⁰, que a esta ora más furioso estava que el león encarnizado, quiso herir a don [Do]listor, mas su hermano, que d'eso tenía cuydado, como no tuviese escudo no supo qué se hazer sino, metiendo la espada en reparo, cruzar a la parte alta; y, como él no tenía las armas convenientes, la espada fue cortada por medio, y Dolistor sobre el reparo herido algún tanto en la cabeça. El qual cerró con don Lucidaner y, como fuesse desembaraçado de espada y esc[u]do⁶⁸¹, metió bien los braços y a don Lucidaner levantó de tierra; y diera con él una cayóda si él no dexara sus armas por valerse, maravillado de tan estraña fuerça como con la que él fue abraçado, que no cuydara haver visto jamás su yqual.

A esta peligrosa lucha de los quatro príncipes pusieron todos los ojos, y así de un acuerdo llegaron todos al socorro, dexando las ba[t]allas⁶⁸² que començaron, porque ninguno de su propia vida tenía más cuydado que de la princesa Hermiliana. El primero que llegó fue Astrideo, con la acha de Teseo en las manos, contra la qual no havía encantamiento ni armas que bastassen. Hirió con ella a don Lucidaner en el enqüentro de la espalda; si no pasara algo en soslayo, matárale. Y, poniendo todas sus fuerças, se soltó de Polisteo, dexándole sin escudo y sin espada. El qual, viendo passar a Belflorán, que sobre Astrideo sin mirar por otra venía, se metió con él por el un lado, tan ligero que, como no llevase el pensamiento en otra cosa, metiendo la mano en la empuñadura de la espada que llevaba en la cinta se la sacó sin que él lo pudiesse remediar; y con ella a don Belianís, que en su seguim[i]ento⁶⁸³ /168-rº/ venía, hirió con tanta fuerça que le hizo bolver par'atrás. Belflorán, que así vio perdida su espada, bolvió sobre su hermano, y don Belianís otro tanto, y él los esperó, más abisadamente; porque, escarmentado de ver cómo las espadas de aquellos cavalleros cortavan, ayudándose de su lijereza, no le pudieron alcançar golpe ninguno.

No creo, si viera hundirse la tierra, que así se espantara Periano conociendo al príncipe don Belianís, y Belflorán viendo a Polisteo entre ellos con más esfuerço que tuviera Marte; y era él tan aficionado a ver buenos cavalleros que, aunque pudiera, no quiso llegar a favorecerle, antes detuvo a Furibundo. Belflorán, que vio a su padre encendido en cólera, no quiso quitarle la batalla y, viendo al soldán, se vino para él. Mas Furibundo se metió delante, y entre todos una cruel y encendida

⁶⁸⁰ *Lucidauer.*

⁶⁸¹ *escudo.*

⁶⁸² *barallas.*

⁶⁸³ *seguimtentó.*

batalla se rebuelve.

El monte resonava con tanta furia que no retumban assí las concabidades del monte Etna. Creo, si no llegaran las gentes de la una parte y de la otra, que fuera la más áspera jornada de aquella guerra, porque Ariobarçano y Armesildo estavan heridos muy cruelmente, Hermiliana y don Dolistor se havían mal parado. Pues el rey de Garamantes y Nicanor entretuvieron su batalla con Sabiano de Trebento; Astrideo con su acha avía dado dos heridas a don Lucidaner, y él tenía, sin las que Belflorán le diera, otras quatro más. Estas batallas heran escusadas, porque de la una parte y de la otra llegan tantas gentes que, por no ponerse en peligro los unos y los otros de romper el campo en tan mala parte, se retiraron, mandando cada capitán llevar su [le]gión la buelta del campo. Y los christianos por Rocabella abaxo fueron a la ciudad, platicando todos entre sí maravillosas cosas del esfuerço de los príncipes de Nubia, contando Belflorán lo que con ellos le acaesciera, y cómo heran tan niños, que no tenían veynte años, de lo qual yvan todos tan espantados que no sabían qué dezirse.

–Yo os digo –dixo don Belianís– que diera qualq[ui]era⁶⁸⁴ cosa que me fuera pedida porque esta batalla se llegara al fin, que si estos cavalleros quitáramos de nuestro estorvo fuera hecha esta guerra, que sin ellos nuestros contrarios valen poco, y estos dos que agora vinieron son los más animosos que yo aya visto.

–Ya me parece –dixo don Baldín– que no ay que alabar a nadie, pues cada día vemos tales cavalleros. El uno d'estos sé dezir que de un golpe me derribó del cavallo, y de otro cuydé ser muerto.

–El uno d'ellos –dixo Belflorán–, me lleva mi espada, mas yo se la perdono, pues a mí me basta esta. No podía ella cobrar mejor dueño.

Entonces miró don Belianís por la espada que Belflorán traía; y conociéndola, le dixo:

–No quería yo, príncipe, que a tanto peligro os pusiéades por ella, aunque es tal que qualquiera trabajo os saldrá bien empleado.

Mirola entonces Sabiano de Trebento y riose, acordándosele quán cara costava aquella espada. En esta manera platicando llegaron a la ciudad, donde fueron bien recibidos, mayormente Belflorán, de cuyo esfuerço el rey Toloyano contava maravillas, aunque los unos y los otros no hablaban sino de los noveles. Florisbella abraçó a su hijo, diciendo:

–¡Por vida mía, que no tendo dexaros salir más a la batalla, pues tan mal lo havéys hecho que no avéys comido dos días ha!

Y diciendo esto, ella y la linda Celia y Anaxares le desarmaron, y a don Belianís Alcisa y Laura; las damas a los otros príncipes, que todos los cavalleros que no possavan en palacio se fueron a sus possadas. Belianisa por voluntad bien diera aquel favor a Belflorán, mas no lo osó, y ayudava con las manos a Armesildo y con los ojos y entendimiento a Belflorán. Y siendo curados se sentaron

⁶⁸⁴ *qualquiera.*

a cenar, que ya hera tarde, y ellos lo havían bien menester.

Ariobarçano y Periano, que vieron el rençüento acabado, maravillados del animoso ser de don Dolistor y Polisteo los ban a abraçar; mas aviéndoles dicho quiénes /168-rº/ heran, ellos hincaron delante d'ellos las rodillas, pidiéndoles las manos.

–A quien tales las tiene –dixo Periano– no ay para qué dárselas, sino tomar las suyas.

Entonzes los abraçaron, y tras d'ellos el rey de Garamantes, diziendo:

–Yo quiero, pues a mí más que a otro ninguno me avéys ayudado, que seáys mis huéspedes, y saber de dónde soys.

–Señor –dixo Nicanor–, la merced de vuestra alteza es muy grande; sabed que nosotros somos vuestros vassallos, nacidos muy junto de vuestra imperial ciudad de Nubia, y sabiendo de vuestra guerra os venimos a servir a hella como somos obligados.

No cabía en sí de plazer el rey de Garamantes oyendo a Nicanor; y muy alegres se baxaron hazia la marina, porque vieron de la cumbre gran batalla en la mar. Periano yva preguntando a Astrideo cómo le fuera en la batalla con Belflorán.

–No lo sé, mi señor –dixo Astrideo–, más de que estoy tan corrido que no osaré parescer ante mi señora Claristea, que he perdido la espada que me dio desgraciadamente, y quería ella tanto que, demás de no saber cómo soldar* mi flaqueza, sé que le será gran pesar.

–Uno d'estos cavalleros tomó una de la cinta a Belflorán –dixo Periano–, y podría ser la vuestra; y si no lo fuere, con ella cumpliréys, diziendo que se os trocaron en la batalla, y no abrá de qué estar quexosa Claristea, que de la suerte que a vos os [a]contesció⁶⁸⁵ perdiéranla quantos ay en el mundo.

–Muy bien será assí –dixo Astrideo–. Yo imbiaré a destrocarla con Belflorán, y si no me la diere, entiendo desafiarle sobre ella.

–Ay tendréys vos poca razón –dixo Periano–, porque Belflorán no es obligado a bolverla, que la ganó muy bien, y aquella espada hera de su padre; y aun si queréys saber otra perticularidad, yo la tuve un tiempo contra su vol[u]ntad⁶⁸⁶, y no muy lexos de aquí la perdí en batalla que con él huve⁶⁸⁷; assí que con muchas causas le perteneze.

–Como quiera que sea –dixo Astrideo– él me tiene de bolber la espada o yo perderé sobre ello la cabeça.

Entonzes el soldán llamó a Polisteo y le pidió aquella espada, y él se la dio muy liberalmente, y el soldán le dio la suya. Y no perdió nada en el cambio, que era de las muy buenas la de Periano. Y así él yba entre Astrideo de Bohemia y Polisteo de la Selva muy contento, mirando cómo se hazía a la mar el sabio duque de Tevas, dexando ardiendo en ella muchas velas; y a los

⁶⁸⁵ *ocontesció.*

⁶⁸⁶ *voluutad.*

⁶⁸⁷ Periano obtuvo la espada de manos del sabio Fristón en el capítulo 14 de la *Segunda Parte*. Don Belianís la recuperó tras combatir a Periano en el transcurso de la aventura del gigante Mundanar (capítulo 27).

nobles dize:

–Ciertamente, si algún daño nos tiene de venir, es por este duque de Tebas, que creo es más acertado en la mar de quantos ay en el mundo.

–Si de sola vuestra merced se teme –dixo Polisteo–, yo me obligo de quitárosle de en medio brevemente.

–¿Cómo lo pensáys de hazer? –dixo Periano.

–Yo os lo diré, señor –dixo Polisteo–: don Dolistor, mi hermano, y yo, no somos conocidos y podemos yr a su galera fingiendo llevar algún recado del emperador y, si una vez entramos dentro, a la ventura haremos la jornada que deseáys; y esto ha de ser un día que se dé batalla en la mar, porque podamos de los vuestros ser socorridos.

–Yo bien lo querría –dixo Periano–, mas esse tranze es muy dificultoso, y al duque querríale yo presso y no muerto, y él es tal, y los que con él están, que, si no es matándole, no podréys hazer nada.

–Para todo abrá remedio –dixo Polisteo.

En estas cosas fueron platicando hasta llegar al real, donde fueron muy bien recibidos, y hallaron todo el campo en horden para qualquier jornada. Claristea y Dolisena y Meridiana estavan en un triunfal carro; que, siéndoles dicho que venía Astrideo, de cuya venida estavan recelosas, le fueron a recibir muy alegres, y también por ver los dos nobeles cavalleros, de cuyos esfuerços maravillas se contavan. Y recibieron a los unos y a los otros con soberana gracia, y Claristea les rogó que cenassen todos con ella en su tienda; y, siendo por ellos aceptado, gran fiesta fue la que se les hizo. Y todas las damas del real se juntaron, que no menos de mirar heran que las d[e]⁶⁸⁸ Constantinopla, y de la hermosura de los dos hermanos quedaron mara- /168-vº/ -billadas. Y ninguna d’ellas pudiera creer que Nicanor fuesse su padre, que con la vida que tuviera tenía muy bruta la cara, quemada y fea, tanto que por el rey de Garamantes ni otro alguno fue conocido. Dolisena y Meridiana tomaron mucho amor de los infantes, sabiendo ser de Nubia; y, acabada la fiesta, (d)el rey de Garamantes se los llevó consigo a su tienda, donde los hizo aposentar. Y queríalos tanto que, si supiera ser de buena sangre, no buscara otro casamiento para sus hijas.

Y en esta manera, acordando de pedir treguas por algunos días, quedaron estos príncipes en sus reales, maravillados de las ásperas batallas que les subcedieron.

Capítulo 31: De la estraña y peligrosa aventura que a Belflorán y a Sabiano de Trebento, su tío, avino.

Llevado havrán a vuestra magestad un rato el gusto de las amorossas passiones estas furiosas

⁶⁸⁸ ds.

guerras, tan encendidas y crueles que es cierto que no se dessean tanto las propias vidas como las muertes ajenas; y, si yo pudiera darles remate antes que tocara en otra cosa, hizíeralo; mas no puede ser, porque estas guerras con ellas tuvieron nuevas bueltas.

Pues así fue que, trayendo el príncipe Belflorán el corazón rendido a los amores de la linda Belianisa, y siendo ella, aunque herida de aquel mal, tan libre en lo que de fuera parecía, que no solo no dava muestras de quererle, mas aun mostrava no dar de ver en él más que en los otros cavalleros de la corte, a los cuales hazía más entretenimiento que a él, traíanle fuera de su sentido. No sossegando en parte alguna, todas las noches salía a visitar las guardas, correr centinelas, y no solo de las primeras oras, mas en las de la medianoche y mañana. Parecía encantado o echo de yerro, porque no dormía ni comía sino muy poco. A las cosas del amor estava atento y, como hera muy moço y no procurava librarse, sino encadenarse, no salía muy al revés el subcesso. Estava flaco, y aun su hermosa color muy ajena de lo que ser solía. No sabía si aconsejarse con alguno; algunas vezes le passava por el pensamiento dexarse de aquella locura, paresciéndole que, si él la pidiese al rey de Inglaterra, se la daría por esposa; y por otra parte vía que, si tal hiziesse, le cumplía dexar las armas, y que le haría yr en Babilonia, de lo qual ya le havían apuntado sus agüelos, y esto le quitava el pensamiento. El qual con él pudo tanto, con la mala vida que passava, que muy claro hera conocido por todos que algún estraño pensamiento le consumía.

Y llamando a su escudero, Balisán, le dixo con harta turbación su mal, pidiéndole consejo de lo que haría.

–Mi señor –dixo Balisán–, esse mal es muy ordinario en los cavalleros mançebos, y no es cosa para dar tanta pena, porque d’essa suerte acabaríades la vida, y con ella la gloria que de vuestros pensamientos se os recresce. Devéys de entreteneros más, que es poco esfuerço, y dirán que fuystes para menos que el príncipe don Belianís, mi señor, que siguió tales amores y tan peligrosos y en parte donde no podía descubrir quién él era.

–¡Quién será en todo de tal ventura! –dixo Belflorán–, ¿y no veys que él fue siempre querido y la Fort[u]na⁶⁸⁹ le offresció mil cosas en que pudiesse servir a la princesa, mi señora, y ganarle su voluntad? Lo qual no haze conmigo, que mi señora no me quiere ni yo tengo la ventura tan alta. Verdaderamente creo que, si yo no sintiesse en ella otra mudança, que me causaría la muerte. Por esso, si tú sabes algún remedio, dámele, porque tan brevemente este mal no me consuma.

–El camino ordinario –dixo Balisán–: escrívale la vuestra merced su pena y /169-rº/ dadme la carta, que yo se la daré; y en el entretanto, en la cordura nezessaria, dadle a entender que es causa de vuestro mal y, si pudierdes hablarla, no lo dexéys, que no ay otra cosa que assí doble los coraçones a querer como la obligación que sobre ellos se carga verse bien queridos. Y continuad el amistad del príncipe Armesildo, su hermano, porque aquella y el deudo darán más lugar a que vos la podáys

⁶⁸⁹ Fortona.

hablar. Y mirad cómo os avéys en este negocio, que os será mal contado por estar mi señora, la princessa, en vuestra casa, donde tenéys más obligación de mirar por lo que le toca.

–Vien dizes –dixo Belflorán–, mas yo no tengo sentido para escrevirle; hazlo tú por mí, que diré yo mil desatinos.

Riose Balisán entre sí de lo que Belflorán dixera, y díxole:

–Escrívale la vuestra merced, que estas cosas todas están en el ayre con que salen del corazón, y a las vezes da más sentido a una carta un desatino de un enamorado que retórica de Demóstenes.

–Si en esso está –dixo Belflorán–, dame papel y tinta, que yo escribiré desatinos hartos.

Balisán, maravillado de verle assí, le traxo recado. Y él escribió una carta que dezía assí:

Carta

A ti, la sobre todas estimada princesa de Ingalaterra, Belflorán de Grecia, salud, si alguna dar puede quien tan sin esperança d'ella contino vive. Si tubiera pensamiento que este ravisoso mal que con tanta crueldad me trata, soberana señora, no ubiera ya llegado mi alma a tal estado que de nezesidad aya de desamparar el cuerpo, ni yo escribiera esta letra ni de tal atrevimiento ossar pudiera. Pero viéndome así al cavo, paresciéndome que más como testamento que como carta sería por ti rescebida, me determiné a escrevir; y, si por ello alguna pena merezco mayor que la breve muerte, no la pido, porque tengo entendido que no dexará el alma de llevar su parte de tan gran crueldad como sea usado con este triste amator después que pudo ver la causa de tan cruel daño. No sé cómo lo diga, porque no solo en tu presencia, pero aun este papel, figurando que á de venir a tus manos, me tiene tan cortado que, como en la una la lengua, assí en la otra la mano no pude hazer su officio; que, si tal esfuerço tuviera, no dudo diera lástima quien, tomando los pensamientos por amparo, días y noche con[v]ertido⁶⁹⁰ en fuente de lágrimas con la fuerça de sospiros saca fuego para abrasarse, teniendo en sí más contradición con solo esto que con las guerras presentes. Quando vi tu hermosura y quando tan alta merced me heziste en darme de tu mano la espada para defender el cuerpo, túbeme por collocado en el cielo, teniendo entendido que también darías algún amparo para el alma. Y esto es lo que aora me consume, viendo tan gran crueldad, que aun de mirarme te desdeñas. Y, si esto lo causa averte yo henojado, yo me daré la pena que merezco; y, si sola tu voluntad, sin culpa mía, te suplico que, acordándote que de morir yo no se gana más de perder el que, de una manera o de otra, hasta la muerte á de ser tuyo, tengas por vien de solo rescevirme por cavallero de tu servicio, dándome licencia para que padezca y pene por ti, porque con solo esto quedará con más alta gloria que todos los mortales, desseando la vida, quien de otra suerte no tiene

⁶⁹⁰ *connertido.*

más remedio que la muerte.

Escrita la carta, bañada con más lágrimas que letras, a Balisán la dio, diciendo:

–Mira, Balisán, si en dezir desatinos me haze alguno ventaja.

–Antes me pareze muy vien –dixo Balisán, aviéndola leydo–, y si tan buen sufrimiento tubiédeses como estilo para escrevir, no os harían tanto daño los amores.

–Déxate de heso –dixo Belflorán–, y dime cómo piensas darle la carta.

–No lo sé agora –dixo Balisán–, mas nunca faltará remedio a quien tan buena nueva lleva.

Y con esto, paresciéndole que ablar con él le hazía desbariar, le dexó solo, saliéndose fuera, pensando qué orden tendría para hazer una embaxada tal, que conociendo él muy bien quán desabrida y desdeñosa era Belianisa, no la tenía por muy segura. Y Belflorán se quedó solo diciendo mil cosas, que los amores y la flaqueza te tenían mui mal parado.

Y queríase acostar quando sintió en- /169-vº/ -trar en su cámara gente, y vio venir a su tío Sabiano de Trevento, que le dixo si quería yrse a pasear una ora y verían las guardas, porque era muy temprano. Belflorán, que ni savía qué hazer ni la determinación le durava mucho, le dixo que como él quisiese. Y con esto, con solas sus espadas y braçales y gorjales de malla, solos se salieron de palacio; y, recorriendo un rato centinelas y ruando* como mancevos lo que más avía que mirar, ya que se tornavan a palacio Sabiano de Trevento al príncipe dize:

–¿La vuestra merced es enamorado?, que en vuestra edad creo que es mal no escusado.

–Yo á tan poco que vine –dixo Belflorán– que con razón podría ser libre. Mas ¿por qué lo preguntáys?

–Yo tengo nezesidad –dixo Sabiano de Trevento– de entrar por una pared de esta huerta a un negocio que me va la vida, y recélome de yr solo; y el príncipe don Belianís dormía ya, que de otra suerte no diera a vuestra alteza este travajo; que sabed que secretamente soy desposado con la bella Laura, y témome que el rey de Macedonia, su padre, trata de casarla con Briamor de Argos, y ya podría ser que le hagan alguna fuerça.

–Entrad –dixo Belflorán–, que a cosa tan justa como essa con razón os ayudaremos todos.

Y con esto le dio del pie, y él desde arriba la mano, y entraron entr'ambos en la huerta. Belflorán se quedó paseando por debaxo de unas parras, y Sabiano de Trebento se fue hasta unas rejas por donde Laura le solía hablar, que esperándole estava, no tan alegre ni tan contenta como Sabiano de Trevento cuydara hallarla, aunque tan hermosa que alegría daba mirarla. El valeroso cavallero le pidió las manos, diciendo:

–No sé, mi señora, la causa porque os havéys olvidado tanto tiempo de hazer esta merced a quien otra vida no tiene sino la que entretiene el deseo de gozarla.

–Soys vos –dixo Laura– tan descuydado en el tiempo que es menester, que havéys causado a entr'ambos la muerte, y por esto no era mucho negaros esta vista, por no quitarla a otro que ha traído

más cuidado de procurar su provecho, aunque se bolbiera en daño.

–No entiendo eso, mi señora –dixo Sabiano–, aunque me e alborotado todo en oýros.

–¿No entendéys vos lo que todos? –dixo Laura–. Pues sabe que el rey, mi padre, y mi hermano, me an desposado con Briamor de Argos, y de miedo de la muerte no [l]os osé dezir lo que entre nossotros avía.

No ay herida por el coraçón que assí mate como hizo esta palabra a Sabiano. No respondió nada, que no era possible, y dio consigo de espaldas una gran caýda, con un desmayo tan mortal que no otra cosa que muerto parecía. Laura, que tal le vio, le començó a llamar muy paso por entre las rejas, diciendo:

–¡Ay, mi señor, por Dios, que no os deys la muerte assí sin mí! Dexadme salir de aquí y quitad la vida a tan desdichada muger que el miedo de morir le hiziese hazer tan gran maldad.

Y como no respondiese, en fuentes de lágrimas heran sus ojos tornados. Es cierto que, si tuviera con qué, ella se matara. En esto estuvo gran pieça; que, viendo Belflorán que su tío tanto tardaba, se fue muy paso por donde le viera. Y, sintiendo llorar, se llegó por devaxo de unos rosales y, como le vio assí, estuvo por llegar; y todavía se detubo hasta tanto que, tornando Sabiano en sí, con un suspiro que el alma llebaba, dezía:

–¡Ay, cruel señora, remate de la casa de Trevento, que tan gran crueldad fue la vuestra que así endonadamente diésedes a entr’ambos la muerte! ¿No mirárades que, en dezir lo que pasaba, vuestro padre lo tubiera por bien, y que no érades parte para otra cosa?

–¡Ay de mí, señor mío –dixo Laura–, y cómo los cavalleros reguláys nuestros esfuerços con los vuestros! Y no sé cómo lo diga, que entr’ambos tenemos la culpa; mas vos, mi señor, no os desesperéys tanto, que con darme yo la muerte compliré con todos, puesto que a Briamor yo nunca le hablé más de quanto me hizieron desposar con él contra mi voluntad, diciendo que lo mandava el emperador. Y después acá, aunque mi madre y la emperatriz me lo han mandado, yo no le e querido ver ni le beré jamás, aunque me cueste la vida.

[En esto]⁶⁹¹ /170-rº/ estaban estos dos príncipes quando Belflorán sintió que alguno avía saltado dentro en la huerta, y muy paso, con toda priesa por no estorvarlos de sus pláticas, se due hazia la parte que oyera el golpe y vio venir dos cavalleros armados con celadas y cos[e]letes la buelta de donde Sabiano estaba. Estos heran don Briamor de Argos, esposo de Laura, y don Lucendos de Altarroca, su hermano, porque Briamor, desesperado de que Laura no le hablava, sospechoso de Sabiano de Trevento, casi cada noche hazía aquello, cuidando que alguna vez le hallaría donde se aprovechase d’él. Belflorán en alta voz les dixo:

–¿Quiénes soys vosotros, que assí en tal parte entráys por lugares tan proybidos? ¡Tornaos a salir, si no queréys la muerte!

⁶⁹¹ Aparece en el reclamo, pero no en el texto.

Bien cuydaron Briamor y don Luzendos que fuese alguna de las guardas de palacio que por allí rondase; mas como le viesen solo y a ellos ymportase no ser sentidos, le respondieron:

–Mas ¿quién es el que en tal parte osa estar con tal desemboltura?

Belflorán reconoció en la habla a Briamor, que no menos pariente suyo era que Sabiano de Trebento, y pesole mucho, que no quisiera por manera alguna en tal parte y con tales cavalleros henojo. Mas viendo que no podría ser menos, puso mano a su espada, diziéndoles todavía que se saliesen. Mas los dos cavalleros, que en poco le estimaron, arrem[e]tieron con él.

Belflorán hirió a Briamor por apartarle de sí por los pechos; que, como la espada fuese tal y las armas ligeras, cortolas muy ligeramente y hízole una peligrosa herida. Y reparándose de don Luzendos con su espada fue la de don Luzendos cortada por medio, y como él quisiese abraçarse con él, Belflorán no tubo otro remedio sino herirle por baxo; y cortole las armas, y en el muslo le hizo una herida que no pudo tenerse sobre la pierna. Y como él no lo quisiese matar, saltó por cima de una mata de rosales y en tres saltos fue donde estaba Sabiano, tan elebado en sus lastimosas queexas que no sintiera nada. Belflorán le dixo que se escondiese por la otra parte de la huerta, que eran sentidos por la guarda del emperador; y como semejantes cosas con el ímpetu son socorro para tales necesidades, Sabiano tornó en sí, y el uno y el otro, sin se despedir más de Laura, se fueron escondiendo hasta llegar a la otra parte de la huerta, por donde salieron sin ser vistos por Briamor ni don Lucendos. Los quales, maravillados de lo que les acaesciera, teniendo pensamiento que a la ventura sería aquel Sabiano, temiendo desangrarse se fueron a su posada, donde fueron curados. Y no heran así de burla las heridas, que muchos días les duró sin poderse levantar.

Belflorán y Sabiano de Trebento se fueron [a] acostar, y es particular exemplo de esta locura ver quál yba Sabiano, que ninguna palabra habló a Belflorán, ni aun se acordava de desnudarse si Belflorán no se lo dixera. Toda aquella noche pasó en lastimosas queexas tales que a Belflorán, olvidado de las suyas, hazía particular lástima. Y como la rabiosa querella suya no le dexase un punto tornar en sí, paresciéndole que Belflorán dormía, se tornó a levantar; y poco antes que amaneciese, armado de sus armas, tomando su cavallo se salió de Constantinopla, tomando la buelta de la montaña donde Astrideo y Belflorán tomaran batalla. Y tanta priesa se dio que subió a la alta cumbre donde, no sabiendo a qué parte hubiese llegado, se dexó caer del cavallo, dando espantosos gritos y alaridos. No estava menos furioso que los que de todo punto tienen perdido el sentido y, desmayado de llorar, no sabía si quedava durmiendo o despierto.

En esta forma estuvo, sin se quitar el yelmo ni hazer otra cosa que llorar, aquel día y otro hasta bien tarde, que por la montaña venía un ermitaño, vien creo ymbiado de la mano de Dios, según los historiadores encarezen la bondad de estos cavalleros. El qual, llegándose a Sabiano, le recordó de aquel profundo sueño del pensamiento, en el qual muriera si por el hermitaño no fuera. El qual, como en su acuerlo le viese, le dixo:

–¿Qué es esto, cavallero, y es possible que en hombre tan abisado tanto puede una loca

frenesía? Tornad en vuestro sentido, que havéys mucho /170-vº/ henojado al soberano Señor y, pues tenéis determinado dexar las armas, veníos conmigo, y servirle heys en otras.

Estas palabras pudieron mucho en el afligido mancebo, porque dexar el mundo ninguna cosa venía más a su propósito, y más viendo que aquel sancto hombre sabía su corazón. Túbole por ymbiado de la mano de Jesuchristo y no quiso contradezir en cosa alguna, pareciéndole que no avía otro camino para no morir en desesperación. Y, viendo que él le traía ávitos y recado, se desnudó sus armas y dexó la espada. Con las lágrimas en los ojos dixo:

–Plégate, criador del cielo y de la tierra, que assí te pueda servir en esta vida de contemplación como en las armas he procurado la gloria del mundo.

Quiso quebrarla porque a manos de infieles no biniese, y no sin causa, que era el guión* ymperial, que él siempre traía consigo, la mejor arma que tenía gran parte del mundo. Mas el hermitaño le dixo que no lo hiziese, que de su pueblo Dios tenía el cuydado. Y assí lo dexó todo y, comiendo de un poco de mal pan que el hermitaño traía, juntos se baxaron por la cu[e]sta la buelta de la mar, porque el hermitaño en una pequeña barca sin remo andubiera en aquel día y otro más de dozientas leguas por mandado de aquel sin cuyo mandado ninguna cosa se haze.

Mas a esta ora por el monte arriba vieron subir muchos cavalleros, y la causa hera la que en el siguiente capítulo os será mostrada.

Capítulo 32: De la aventura que a don Belianís y Belflorán sucedió con Furibundo y Salisterno.

Como Belflorán recordó y halló menos a su tío, el cavallero más querido de la casa ymperial de Grecia, luego tomó gran sobresalto de que a la aventura de sí ubiese hecho algún mal recado y, llamando a Balisán, le preguntó por él. Y no sabiendo unos ni otros dezirle nueva alguna, llamando a don Castel de la Rosa, le dixo:

–Creo, don Castel, que avemos perdido a mi tío, que, si no me engaño, yo le he visto de anoche acá muy mudado y con determinaciones crueles; ýos a armar, y no deys parte a ninguno, y busquémosle, que no se puede aver alexado mucho.

Don Castel, que vio assí a Belflorán henojado, no curó de responder palabra, mas fuese a armar, y fue luego con Belflorán. Y juntos salieron de la ciudad la buelta del castillo de la aventura donde fue preso don Galanio de Antiocha⁶⁹²; y, como don Castel supiese aquel vosque como las calles de Constantinopla, cuydavan por allí allarle.

Mas su salida, ni aun la causa d’ella, no pudo ser assí tan encubierta que no lo supiese don Belianís, el qual con más pesar que si el alma se le partiera, llevando consigo a don Tristor de Gaula

⁶⁹² Esta aventura se relata en el capítulo 4 de la *Primera Parte*, y es don Belanio, padre de don Belianís, quien logra finalizarla y rescatar así a los caballeros presos, entre los que se encontraba don Galanio.

se salió de Constantinopla; y como fuese tan furioso no curó de esos rodeos, mas a don Tristor dize que le guarde vien, que él quiere pasar por las faldas del real, y si alguno de lo contradixere, a su pesar, aunque sea de todo el real. Quando don Belianís estava assí ninguno le respondía, y menos don Tristor, que le conocía mejor que otro. Es cosa admirable ver su denuedo; llevaba descubiertas las ymperiales águilas, y aun afirma Fristán que alçada la visera del yelmo. En esta forma pasó por delante las tiendas. La causa porque no le acometieron no lo save nadie, aunque se tiene por cierto que estaba acordado de ymbiar aquel día a pedir treguas, y que por hesso no salieron a él. Mas avía en el real dos cavalleros, que heran Bradaleón y Furibundo, los quales, oyendo dezir que don Belianís yba solo con otro cavallero, secretamente hizi[er]on espiar su camino: y solos, armados de sus armas, tomando la buelta de la montaña se fueron en su busca.

No dexaba de dezirse entre las damas en alguna manera la causa de la ausencia de Sabiano, y más entre las que algo de sus amores savían, viendo a Laura desposada y sabiendo de las heridas de Briamor y don Lucendos, y no sabiendo quién /171-rº/ ni en qué parte se las hubiese dado, y más viendo que, aunque su madre lo mandó, Laura no le quiso yr a visitar, antes se fingió muy mal[a]⁶⁹³ en la cama. Y no le saliendo de burlas su mal, dando lugar al pensamiento y pesar de la pérdida de Sabiano de Trevento, mil vezes la llegó al punto de la muerte.

No estava sin alguna congoxa la linda Belianisa viendo a Belflorán ydo, y cuydaba que a la ventura no volbería tan presto. Y como Balisán andubiese buscando alguna manera de hablarla, Belianisa le llamó, diziendo:

—¿Cómo no fuistes, Balisán, con vuestro señor?

—Mi señor —dixo Balisán— ya no es el que solía. No quiere sino andarse solo. Verdaderamente tengo gran miedo que algún día le havemos de hallar muerto, porque no duerme ni está despierto ni savemos cosa que le contente, sino estar sin persona alguna. De muchos días a esta parte no come; creo que algún estraño pensamiento le tray a la muerte.

—Deve ser enamorado en Babilonia —dixo la princesa— y, como el emperador no le dexa yr allá, deve de traerle assí elevado.

—No sé lo que es —dixo Balisán; y, como fuese a pasar adelante, la princessa conoció en su turbación que alguna cosa le quería dezir; y, mudando la plática, le dixo:

—¿Supo el príncipe la causa por que se fue Sabiano de Trevento a tal tiempo que tanto hera menester?

—No aguardó él a saverlo —dixo Balisán—, porque Sabiano de Trevento me avía dexado una carta y, como yo no le vi partir, no se la pude dar.

—Hogaría yo de verla —dixo Belianisa.

—No querría que la viese otra persona —dixo el escudero—, porque va en ello mucho, y de la

⁶⁹³ *malo.*

vuestra merced holgaré yo que lo sepa; mas combiene guardar el secreto.

–Dádmela –dixo Belianisa–, que yo la beré sola.

Entonzes Balisán le dio la carta de Belflorán y, diciendo que tornaría por ella, se fue luego.

Belianisa, que mucho desseo tenía de saver aquel secreto, se entró en su cámara y, abriendo la carta, viendo que era de Belflorán, estuvo movida por no leherla, mas viendo que ya el mal recado era hecho acordó, de ver lo que en ella dezía. Y como viese la gran pasión que Belflorán mostrava, gran compasión hubo d'él, y las lágrimas le vinieron a los ojos en gran abundancia, que grandemente le quería y, si el encubrir el dolor es causa de acrecentarle, padeció más que quantas damas hubo en su tiempo. Y no supo si le respondería o no, y guardó vien la carta, con la qual cada vez que estaba sola pasaba su vida, leyéndola más vezes que los cavallos de Apolo han dado bueltas a los sig[n]os⁶⁹⁴ celestes. No sudaba ella ser así quanto Belflorán le escribía, y no vía la ora [d]e⁶⁹⁵ tornarle a ber.

El qual, como con don Castel de la Rosa se diese mucha priesa, encumbraron lo alto de aquella montaña; y a la mitad d'ella, otro día vien tarde, encontraron los dos ermitaños. Y preguntándoles por las señas de aquel cavallero, ellos le dixeron que no le avían visto, mas que unas armas con aquellas señas las allaran en lo más alto de la montaña, junto a una fuente, y con esto passaron apriesa por ver si eran aquellas.

Y los ermitaños se dieron a andar la buel[t]a⁶⁹⁶ de la mar con toda priesa por embarcarse, sin que por alguno fuese conocido ser Sabiano de Trebento. Y no yban muy lexos d'ella que, pasando por los arenales de la Sertosa, vieron venir dos cavalleros, que por Sabiano fueron bien conocidos, que era el uno don Belianís y el otro don Tristor de Gaula. Y porque no le conociesen baxó la capilla* y ojos, que espesas lágrimas yvan llorando. Pues como don Belianís juntase con ellos, les dixo si avían visto un cavallero de unas armas rosadas que en el escudo llevaba siete estrellas de oro en campo azul.

–No, señores –dixo el hermitaño–, aunque esas armas en lo alto de aquel monte quedan, sin cavallero alguno con ellas.

No ubo él dicho estas palabras cuando al príncipe le vino a la imaginación que el uno d'ellos fuese Sabiano y, saltando del cavallo, dando la rienda a don Tristor, se apartó con ellos, diciendo que les quería hablar ciertas cosas. Y conociendo a su querido primo, al hermitaño haze apartar y, sentándose entr'ambos sobre unos peda- /171-vº/ -ços de un nabío quemado que la creciente allí echara, don Belianís, casi ahogado del sobresalto que tomara, le dixo:

–¿Qué es esto, señor primo? ¿Y es verdad que en tal tiempo y cercado de tantos henemigos de la fe me queréys dexar? ¿Dónde está vuestro buen seso? ¿Vos no veys que agora sería más combeniente dar armas a los monjes que ávitos a los cavalleros? Mirad, por Dios, vuestra honrra, que

⁶⁹⁴ *siglos.*

⁶⁹⁵ *qe.*

⁶⁹⁶ *buelra.*

si determináys de servir a Dios, no menos lo haréys aquí en defensa de su sancta fe que en el monasterio donde queréys yr.

Junto con esto le dixo tantas cosas que a Sabiano nuevas lágrimas hazían derramar y, con solloços que le aogaban, le dixo:

–Señor, mi determinación es esta, y cosa alguna de esta vida no será bastante a quitármela. Suplico’s que esta mi flaqueza sea por vos solo savida, porque los demás cada uno juzgará lo que le pareciere.

–Eso no lo podéys vos hazer –dixo don Belianís–, que soys desposado con Laura y tenéys hijo al qual se debe vuestro estado, y no le tiene él de perder porque vos queráys hazer tal dessatino.

Aquí fueron las corrientes de lágrimas del afligido Sabiano, aquí se encendieron sus sospiros; y, casi sin declararse, dixo:

–¡Ay, mi señor, que vos no savéys mi triste fortuna! Saved, pues, que Laura es desposada con Briamor, olvidada de la promesa ante vos hecha.

–Eso no passará assí –dixo don Belianís–, antes perderé yo sobre ello la caveça; y, si alguna desesperación de esso os haze dexarme en tan riguroso trance, volbeos conmigo, que yo os pondré a Laura en vuestro poder a pessar de quantos visten arnés.

No sé si estas cosas y otras volbieron a Sabiano de Trevento; mas el ermitaño passó adelante, y a don Belianís dize:

–Baleroso príncipe, no os paguéys en contradézir aquello que por el Soberano está determinado. Vuestra ventura es tal, y vos tan arrimado a su mano, que todas estas cosas son para provecho vuestro. Dexad yr a Sabiano, y en su ausencia procurad vos esso, que ni él será monje ni frayle. Yo’s digo que zedo le beréys en parte que a vos quedará no poco plazer y, si le detenéys, os pessarà a vos y a vuestro estado.

Mirando estaba don Belianís al hermitaño, y paresciéndole un sancto, le dixo:

–Aora, padre, pues yo no puedo ser parte, aquello que por Dios está ordenado hágase como Sabiano quiere, que bien sé que mis pecados mucho más que esto merecen. Y vos, padre mío, acordaos que este cavallero es un príncipe tal que a la ventura no tiene el mundo su ygual, y consolalde, que estas desesperaciones de amor consumen muy presto la vida.

Y con esto, abraçando a Sabiano de Trevento con tantas lágrimas y solloços que no fueron parte para hablarse otra palabra, los hermitaños se metieron a la mar y ellos, maravillados de ver assí bolar el barco, estuvieron hasta perderlos de vista. Y acordaron de subir por sus armas a la cumbre de la montaña, tan penado don Belianís que casi estaba fuera de su acuerdo. Y metiéronse por las faldas d’él, donde, llegando a un hermoso campo que estava muy raso con unas agraciadas fuentes, a don Belianís le tomó desseo de apearse; y, rogando a don Tristor que hiziese otro tanto, se sentaron junto a una de las fuentes, teniendo los cavallos por las riendas. Y por un camino muy usado que allí abía vieron venir dos gigantes tan hermosamente puestos que a don Belianís dio alegría mirarlos. Y luego

conoció en las armas ser Bradaleón y su hermano, que traía Bradaleón la misma divisa que traía quando combatieron en Cartago, y Furibundo traía una luna y un cavallero que ponía un pie encima, y a don Tristor dize:

–Veys aquí los más aventajados cavalleros de nuestros henemigos, y crehedme que una batalla que ube con uno d’ellos me puso en el m[a]yor⁶⁹⁷ aprieto que me aya visto jamás. En el comedimiento es muy ajeno de su nación.

–Ellos parecen esforçados –dixo don Tristor–, y creedme que os vienen a buscar; por esso, subamos en nuestros cavallos.

–Poco ymporta esso –dixo don Belianís–, que no son cavalleros que nos acometerán con ventaja.

Mas ellos, que en esto /172-rº/ estaban, por el otro costado del campo entraron otros dos cavalleros. El uno hera el príncipe Belflorán, y el otro don Castel de la Rosa. Traían unas armas que fueron conocidas ser las de Sabiano de Trebento. No fue gozo ygal del de Belflorán quando vio venir a Furibundo, que ninguna cosa deseaba más que hallarse con él en tal parte que se pudiese vengar de lo que el día que le armaron cavallero habían hecho; y, no dando de ver en los que a la fuente estaban sentados, sacudiendo el braço con la lança metió el cavallo por el campo con la gracia que cuydaréys lo haría quien en aquello jamás halló ygal. Bien le conoció su padre, y plúgole hallarse allí a tal tiempo. Los dos hermanos, que a Belflorán vieron assí venir, no lo estimaron en nada, y estubieron quedos esperando a que llegase. Y Bradaleón le dixo:

–Cavallero, por cortesía que no nos embaracéys una batalla que traemos en voluntad de hazer con aquellos cavalleros de la fuente.

–No sé cómo avendrá d’esso –dixo Belflorán–, y paréceme que no será cordura atender por ella quien tanto desseo á tenido de toparos en tal parte.

–Pues hazedme tanto contento –dixo Bradaleón– que nos digáys quién soys, porque, si soys tal cavallero, no será mucho dexar la batalla que ýbamos a buscar.

–No se suele pedir esso entre cavalleros –dixo Belflorán–; mas, porque veáys que no nos haría poco gusto acavar esta batalla, sabed que me llaman Belflorán de Grecia, a quien vossotros tenéys mal enojado porque tan sin respecto el día que fuy armado cavallero hezistes lo que vosotros bien sabéys.

–¡O, poderosos diosses en quien creo! –dixo Furibundo–, ¿y es posible que tan gran bien en tal parte me teníades guardado? Agora os digo que toda mi vida seré alegre.

Y sin responder palabra volvió las riendas al cavallo, tomando la parte que le convenía. Otro tanto hizo Belflorán.

⁶⁹⁷ *moyor*.

Aquí hera menester, o ninfas de la fuente del Parn[a]so⁶⁹⁸, vuestro dulce canto; aquí, Mercurio, emplearás bien tu saber, porque el mío es afrenta de tales cavalleros ossar entrar la mano en ver con la gracia que parten el uno para el otro. Hizo salir de sus moradas los fa[u]nos y ninfas de que aquel campo y fuentes estavan poblados; lijeros heran los cavallos, y sus señores sin piedad les ponen las espuelas y brevemente se juntan. Los enqüentros que se dieron las duras peñas partieran por medio; falsaron los escudos y arnesses, mas convínoles romperse y, sin parezer señal de movimiento, pasaron el uno por el otro.

Espantose Furibundo quando, llegando par de la fuente, vio a don Belianís recodado sobre la yerva sin hazer minción de levantarse; y, paresciéndole que aquello le hazía hazer el estimarle en poco, encendiósele el corazón en ardiente yra; bien pensaba él de vencer a Belflorán, y aun hazer arrepentir a don Belianís su menosprecio. Y poniendo mano a una azerada [da]masquina que traía, sobre Belflorán buelbe, que no menos furioso para él se venía. Mas algunas vezes son los hombres más graciosos de lo que ellos querrían, porque estava el prado con mucha yerva y alguna agua que de las fuentes por él corría; y al cavallo del príncipe se le van las manos por él y, sin se poder reparar, fue a dar de ojos con su señor a los pies de Furibundo. Y ubiera muerto a Belflorán el quererse tener de la recia sacudida de los arzones y, dando consigo de la otra parte del cavallo, había allí copia de agua, y desliçáronsele los pies sin poderse reparar del apechugar del cavallo de Furibundo, que sobre él venía; y diole con los pechos tan rezio que dio con Belflorán de espaldas. Qüenta Fristón la causa aver sido las espuelas, que al travessar los pies cruzando la una con la otra no le dexaron tenerse.

Sea lo que fuere, que Belflorán, mal enojado de lo que acaesciera, biendo que Furibundo no se apeaba, saliendo a la parte que el prado estava enxuto, le esperó cubriéndose de su escudo y afirmando un pie. Fue cosa propia suya lo que hizo, que hirió al cavallo por los pechos para arriba y cortole todo hasta el arzón delantero. Y Furibundo se halló de pies en el suelo con medio cavallo entre las piernas, helada la /172-vº/ sangre en el cuerpo de ver tal golpe. Mas no le convenía ser pereçoso, que en el campo es lo que menos combiene, porque Belflorán hirió a él tras el escudo que, aunque de fino azero, fue llevado al través y por poco no le arrebató también el braço, y con la punta de la espada cortó la delantera del harnés. Furibundo, que ya en pie estava, hirió a Belflorán encima del yelmo; que, sacando d'él encendidas llamas, le combino hincar las rodillas en el suelo. Y decendiendo abaxo llevó tras sí parte de un escarcelón y más de cien mallas de la loriga. No se temen punto aquellos que para ser temidos nacieron, y júntanse cada vez. Resuena la montaña con la espantosa herrería que en ella pasa. Era mal herido Furibundo, porque Belflorán tenía tal espada que ninguna vez salía sin sangre. Mas el gigante tenía tanta fuerça que con ella, aunque el maestro no la templara, también cortaba las armas de Belflorán y en muchas partes le tenía herido.

Havía llegado a esta sazón al prado un cavallero armado de unas armas blancas a quarteles

⁶⁹⁸ *Parnoso.*

doradas, acompañado de otros seys. Venían a la forma de los partos, porque traían fuertes armas y flechas, y en lo demás muy bien aderezados con ricas plumas y guarniciones y cavallos. Venían como gente de respecto con hasta treynta pajes y otras gentes de a cavallo, los quales se pararon a mirar y espantábanse de ver tan furiosa batalla, que no cuydaran haber visto otra tal. El cavallero se llegó a don Castel de la Rosa, preguntándole quiénes eran aquellos cavalleros que en tan cruel batalla estaban.

–Estos dos gigantes –dixo don Castel– son vassallos del rey de Cartago, de la parte del soldán de Persia, y aquel cavallero con quien el uno combate es el príncipe de Babilonia.

–Y aquellos dos cavalleros que en aquella fuente están sentados con tanto descuydo, ¿quiénes son, que poco les debe de yr en este negocio, pues con tal manera están?

Riose don Castel de la Rosa de lo que el cavallero dixera, y respondiolo:

–No les va sino mucho, que el uno es don Belianís, príncipe de Grecia y emperador de Babilonia, padre del que haze la batalla, y el otro es el rey de Gaula.

Fuera quedó de su acuerdo el cavallero oyendo a don Castel de la Rosa, y llegose más hazia don Belianís por mirarle, que bien oyera dezir que era el mejor cavallero del mundo, y agora, viéndole con tan profundo descuydo, no sabía qué se dixese. Y llegando bien cerca, don Belianís le dixo:

–¿Qué es lo que buscáys, señor cavallero?

–Veros, señor –dixo el de las armas doradas–, para dar gracias a los diosses de aver criado a tal cavallero, y a mí dexármele ver en tal parte.

Más adelante passaran estas palabras si no llegara Bradaleón, que, pareciéndole mal estar holgando y su hermano en batalla, a la fuente se vino y a don Belianís dixo:

–Esforçado príncipe, mal parece tener los parientes en batalla y estarnos con tanto descuydo mirándolos; y, pues solo a buscaros salí del real, tomad vuestro cavallo, que conviene que el uno de nosotros quede en este campo.

–No conviene assí –dixo don Belianís–, señor Bradaleón, que soy yo vuestro amigo, y avéysme tan maltratado antes de agora que me recelo de otra batalla.

–Ya veo que desdeñáys mi batalla –respondió Bradaleón–; mas, si no tomáys vuestro cavallo, haréysme hazer villanía, que os acometeré como estáys.

–No aguardaré yo a esso –dixo el príncipe–. Mas, pues no me conocéys, quiero's dezir quién soy, y que otras vezes me avéys visto antes de agora.

–¿A dónde, señor? –dixo Bradaleón.

Don Belianís se sonrió, diciendo:

–¿Tan olvidado estáys de vuestros amigos Zoroaydes y Brandasides que no tenéys memoria de mí?

–¡Poderosos dioses! –dixo Bradaleón, saltando del cavallo–. Yo soy el más alegre que jamás

cuydó, pues aver sido vencido por vuestra mano no me es afrenta, y pensaba bivar siempre con vergüença.

Entonces, y con las rodillas pidiéndole las manos, (y) don Belianís lo abrazó. Mas el cavallero de las harnas doradas, que mirándolo estaba, dixo a don Belianís:

–Cavallero, pues con esse otro no podéys hazer batalla por /173-rº/ ser vuestro vencido, tomad vuestro cavallo, que os conviene averla comigo.

–No estoy con voluntad de combatir –dixo don Belianís–, mas es[t]e⁶⁹⁹ cavallero –dixo por don Tristor– cumplirá por mí.

–Sea como quisierdes –dixo el extranjero–, mas avísos que batalla de las espadas, si este cavallero cayere, la quiero con vos solo.

–Como mandáredes –dixo don Belianís, mirando por ver la batalla de Belflorán, que a esta ora tan encendida y cruel andava que, no tomando un punto de descanso, procuran el uno al otro rematarse.

Don Tristor tomó su cavallo y, tomando parte del campo, a don Castel de la Rosa dize:

–No sé en qué se detiene Belflorán tanto con un cavallero, que es vergüença de su padre, que le está mirando.

Esto dixo alto porque Belflorán lo oyese; que, paresciéndole que tenía razón, con tanta furia renueva su batalla que, haziendo unas vezes las manos y otras las rodillas poner en tierra a Furibundo, le desalentava. Mas el furioso pagano le combatía con tanta pujança que le traía fuera de su acuerdo, el yelmo lleno de sangre que por los oídos y narizes le rebentara.

En esta porfiada batalla prosiguen, que don Tristor se dexó venir para el cavallero extranjero. Mas, aunque él era tan abentajado como esta historia ha hecho relación, no le aconteció como cuydara, porque el extranjero puso una flecha en el arco y tirósele con tanta pujança que, passando el escudo, le enclavó con ella el brazo yzquierdo. Y tomando la lança, con tal fuerça se hirieron que don Tristor se halló en el suelo de una cruel caída y su enemigo perdió los estrivos; mas tornolos luego a cobrar.

Cor[r]ido quedó don Belianís, y aun turbado, que pensó ser muerto don Tristor; y pareciólo, que la yerva de la saeta le sacava de su acuerdo. Don Castel de la Rosa, que vio tan extraño caso, con la yra que de su seso lo sacava, se dexó venir cont[r]a⁷⁰⁰ el extranjero; el qual, poniendo en su arco otra flecha y haviendo tomado otra lança a uno de sus cavalleros, la tiró a don Castel y hiriole con ella en la delantera del almete algo alto, y llevole parte de la carne hazia arriba. Mas esto era nada con la fuerça de sus brazos, que, juntándose con él, le combino abrazarse al cuello de su cavallo. Le puso con la lança herido en los pechos de la suerte que a don Tristor.

¡O, quién viera a esta ora a don Belianís, viendo por sus ojos un tal desastre que a otro

⁶⁹⁹ *esre.*

⁷⁰⁰ *contta.*

ninguno no lo creyera! Saltó, sin poner pie en el estrivo, en su cavallo; no miró por Bradaleón y no curó de tomar lança. Puso mano a su espada y para el cavallero se viene; que, conociéndole quién era, no estava menos que el piloto que vey sobre su nao venir la cruda tormenta. Puso una flecha en el arco; no hera hombre que supiera herrar; tiró con tanta fuerça q[u]e⁷⁰¹, passando el escudo y topando en el encantado arnés, la hizo mil rajás. No pudo poner otra, que se receló de la cercana llegada. Puso mano a su espada, que ella y las armas, y aun su dueño, hera de la mejor que tenía el mundo; no costaran menos trabajo a los infernales moradores que el escudo de Eneas o arnés del griego Archiles. Y, juntándose con su enemigo en la pujança de sus esfuerços, las llamas que de sus armas sacaron pareció que los abrasassen. Perdió el famoso griego las riendas de la mano; dio con la cabeça en los pechos, mas su contrario fue fuera de su acuerdo y el cavallo le apartó más de veynte passos por el campo. Cuydaron todos que cayera; quando tornó en sí, no está la serpiente pisada ni el león con la fiebre tan furioso; las llamas con el coraje hazía saltar de los ojos en gran abundancia. Tornó sobre sí don Belianís, que espantado estava del furioso golpe que recibiera y, viéndole venir, no quiso que aquel golpe sobre su cabeça descargase. Y como fuesse más diestro y truxesse el cavallo tan arrendado, fingió esperarle y, dando a la una mano la rienda, el golpe fue en bazío y con tanta pujança que le llevó sobre los arçones tan rezio que, quando se quiso endereçar, no pudo, y el cavallo dio con él dos saltos, que, /173-vº/ hallándose desbaratado, le combino dar de pies en el prado a la parte que Furibundo y Belflorán hazían su batalla. Y, pareciéndole que don Belianís no podría acometerle de cavallo si se metiesse entre los cavalleros, más por esto que por ayudar a Furibundo fingió yr cont[r]a⁷⁰² él. Mas don Belianís le dio bozes que se tuviesse; como una caudal águila saltó en el campo. El cavallero extranjero, que aquello desseava, bolvió sobre él; hiriole de una punta tan rezio que, llevándole gran pieça para atrás, el fino arnés le deffendió la vida.

Mirando estava Bradaleón tan cruel batalla, y él avía quitado los yelmos a don Tristor y a don Castel, y parecíale que su cura no sufría dilación. Vía a su hermano Furibundo muy acosado, y al extranjero y don Belianís tan encendidos que Furias infernales parecían. Vio a Belflorán y Furibundo a los braços, y que Belflorán parecía cobrarle algo sobre la parte derecha, y hera la causa que estava en una pierna mal herido. Conocía él bien a don Belianís, y aunque su enemigo le parecía el mejor que huviesse visto, no creya que el mundo ygual de don Belianís tuviesse. Pesávale de que alguno de aquellos cavalleros allí muriesse, porque don Belianís, que a sus amigos vía tales, no combatía con otra cordura más de dar priessa por la vengança. El cavallero, que vía que la destreza le havia de valer, husava a esta ora d'ella en todo extremo porque, queriendo don Belianís desbaratarle por lo alto, dexó caer la espada y, metiendo otro pie y el escudo sobre la cabeça, diole de una punta en los pechos que cuydó averle muerto; porque, resbalando por el arnés adelante, por una escotadura sobre el braço yzquierdo metió un terzio de la espada, que salió bañada en sangre. Y, no

⁷⁰¹ *qne.*

⁷⁰² *contta.*

contento de aquello, yncó la rodilla, y de un revés sobre un muslo le hizo otra herida. Mas, aunque se quiso salir, no pudo tan a su salvo que don Belianís no le hiriese sobre las encantadas harmas suyas. Juntó el escudo con el yelmo y fue tan atronado que, rebentándole grandíssima copia de sangre por los oýdos y narizes, las manos y rodillas incó en el suelo. Y como a esta ora ya la encendida yra estava en todo extremo, diole de los hombros, cuydando derribarle; mas el ardid mancebo se tuvo firme y al príncipe echó sobre sus braços. El qual traýa la mejor daga que cavallero del mundo, y contra la qual ningún encantamiento valiera. Era la que la emperatriz de Alemania le diera, con que fue libre el sabio Merlín; y, poniendo mano a ella, diole dos eridas arto más peligrosas que él cuydara porque, confiado de sus armas, no hizo caso de ser herido. Mas viéndose burlado, hecha la una mano a la de la daga y, cruzando la otra sobre ella, arrebatósela de las manos sin que él la pudiesse tener. Pensó hazer con ella lo que don Belianís, el qual, como supiesse su valor, con la mano yzquierda le tuvo firme la muñeca, y la derecha metió por entre las piernas, alçándole del suelo. Convínole soltar la daga por tenerse, sacudiendo su braço; mas hera tarde, que don Belianís dio con él de cabeça en el suelo. Su contrario se tuvo firme al príncipe y convínole venir tras él. Como el miedo de la muerte acresciente las fuerças, començaron el uno por cobrar al otro a dar bueltas por el campo y, viendo que no podían, cada uno soltó al otro, tornando a su primera batalla. No era el extranjero tan husado al trabajo como el príncipe, y víasele bien que no hera su herir assí concertado como hera el de don Belianís, que aunque combatiera tres días no le parecía sentir trabajo.

Y, si la batalla se llega al cavo, peligro corre de la vida, como también Furibundo, cuya batalla hera para causar espanto a todos los nacidos; porque él y Belflorán, cubiertos de sangre, no les vale ayudarse de su lijereza, que era particular cosa en ellos, porque, como la saña fuesse cada hora mayor, tanto se juntan el uno con el otro que con las mançanas de las espadas se herían. Venido hera Furibundo al extremo que no cuydara que hu- /174-rº/ -viesse en el mundo quien particular batalla le esperase, porque en esta él no tiene escudo, que en los braços se le hiziera(n) pedaços. El yelmo tenía abierto en tres partes, y en la cabeça una herida, la gran pieça cortada al rebés; el arnés cortado gran parte baxo de la tarjeta, y tres heridas, una en los pechos y dos en el hombro yzquierdo, y delante de sí un enemigo que a él se le figura ser encantado, porque le vía con tal sossiedo y presteza en la batalla que se le figurava que a la sazón la començase. Y desseando antes ser muerto que vencido, tomando a la parte alta la espada de Belflorán, cuydó, colando la suya, de un rebés partirle por la cintura. Mas Belflorán, que el aviso entendió, sacó el pie derecho, dexando passar la espada, y con toda su fuerça de una punta le hiere por los pechos, que, no pudiendo pasar las dobladas armas, hízole yr dando traspiés par'atrás. Y cargó sobre él tan recio con los hombros que no se pudo tener, y fue a dar de espaldas en el prado. Belflorán, que cuydó matarle, entró tras él lijero; y huviera sido la muerte suya, porque Furibundo no fue caýdo quando él mismo, por no ser alcançado, se arrojó más lexos, y de rodillas esperó a su enemigo, que sobre él rezio, teniéndole por vençido,

venía; y dióle de una punta encima del muslo a Belflorán; cuydando ser muerto, hizo dar una voz llamando a nuestra Señora que le valiesse. Bien la oyó su padre, que a esta ora con su enemigo andava a los braços, mas no le ayudara por su propia vida, que vía quán lealmente lo hazía Bradaleón. Mas encogiósele la sangre al corazón, y mirando por él, vio que a su contrario había herido de un golpe que le hizo dar de manos en tierra, y que sobre él cargava con tales golpes que no esperaba sino la muerte. Y no hera mucho que, según él estava furioso, aunque su hermano le valiera, le prestara poco.

Mas no pudo aver esta batalla el fin desseado, porque a esta ora la jente del cavallero extranjero entró por el campo. Serían más de tres mil cavalleros, aunque otros muchos yvan por los llanos de Arisa a Constantinopla, y aquellos con el general entran por ver qué ruido será aquel que sonaba en la falda de aquel bosque. Los quales, como a su señor conosciessen, de la primera avenida diez y siete flechas hincaron en las armas a don Belianís, el qual a esta hora fue rezeloso de ser muerto o presso, y a Belflorán dize:

–¡Tomad, príncipe, vuestro cavallo, que otro día daremos fin a esta batalla!

Belflorán, que el mejor cavallo que se sabía traía, como aquel que era el de don Baldín y en toda la batalla d'él [no] se apartara, hirió a Furibundo de un golpe de tanta pujança que, haziéndole desviar de sí, saltó lijeramente en su cavallo; que, como él supiesse que tal hera, viendo que no hera tiempo de cortesías, se metió colado entre su padre, y de los pechos hirió al extranjero; que, dando con él de espaldas, a su padre dio el cavallo.

–¿Qué aremos, señor? –dixo Belflorán–, que yo estoy malherido en una pierna y tengo miedo, si con esta gente nos detenemos, de desangrarme.

–No cumple romper con ellos –dixo el príncipe– sin que don Castel tome delante de sí al rey de Gaula y se meta por esta montaña, que nosotros defenderemos hasta que sean en salvo. Y aunque las harmas de Sabiano se pierdan, va poco, que yo llevo la espada, que es la imperial.

Esto dezía don Belianís porque don Castel, aunque mal dispuesto, estava a cavallo, y el rey, en quien la yerva hiziera más impresión, estava todavía fuera de su acuerdo.

–Hágase así, mi señor –dixo Belflorán.

Entonzes se arrimaron al cuerpo de don Tristor y Belflorán se apeó, dándole a don Castel, y don Belianís resistió la pujança de los partos, que assí le havían poblado de saetas que parecía espinas de herizo. Y tornando a cavalgar Belflorán, don Castel, que el camino de las montañas bien sabía, se metió con él por ellas. Mas esto no lo pudiera él hazer si los dos príncipes no le ayudaran, porque Belflorán tomó el /174-vº/ escudo de Sabiano de Trebento y entr'ambos se metieron entre aquellos cavalleros, haziendo golpes estraños. Mas viendo que Furibundo y el cavallero extranjero havían tomado cavallos, ellos se llegaron a la parte del cerrado bosque, y a algunos que los quisieron seguir Bradaleón les dio bozes que no lo hiziesen, que se perderían todos. Y con esto don Belianís y Belflorán se dieron tanta priessa que alcançaron a don Castel, que tan desmayado yba como el que le

llevava, y Belflorán tomó al rey y don Belianís a don Castel, que ya desmayava; y con ellos se dieron tal priessa que toparon muchos de sus caballeros, que a buscarlos venían, y los primeros eran don Baldín y el Cavallero Salvaje, a los quales dieron los heridos, que en una tienda del rey de Ingalaterra los metieron.

Y, no se deteniendo a cosa alguna, se dieron priessa por llegar a palacio, que quando llegaron ya yva con ellos la mitad de la corte. Ninguno osó preguntar qué huviesse sido, que de Belflorán del muslo y de don Belianís por una escotadura corría gran copia de sangre. Salieron las damas por verlos, y en el aposento del emperador fueron entr'ambos desarmados, donde ¡quién diría el pesar de Florisbella y Belianisa! Mas dixéronles que no era nada de peligro, con que se consolaron. Y ellos contaron lo que les subcediera, diciendo don Belianís maravillas del cavallero extranjero, que, sabiendo no ser ninguno de los conocidos, por estraño caso tenían tantos buenos cavalleros como cada día venían a sus contrarios. Mas, aunque don Belianís disimulaba, gran pesar tenía que nueva gente de los partos fuesse venida, que de aquellos y de alemanes, como gente más ussada a las armas, se temía él más; y haziendo saber qué tales estaban don Castel y don Tristor, diziéndoles que, peligrosos a causa de la yerva, los dexaron reposar, pla[t]jicando⁷⁰³ entre todos quién sería el cavallero que a don Belianís huviesse así herido.

Bradaleón, a quien no pesó poco que don Belianís y Belflorán se huviesssen ydo de aquella suerte, se vino para su hermano Furibundo, preguntándole a él y al Cavallero de las Armas Doradas qué tales se sintían.

–Malheridos –dixeron ellos– y con arta necessidad de ser curados. Mas vos, señor hermano –dixo Furibundo–, ¿por qué no peleasteis?

–Yo –dixo Bradaleón– quisiera hazerlo, mas ayudaros contra Belflorán no quisiérades vos, y contra don Belianís no podía.

–¿Cómo es esso? –dixo Furibundo.

–Sabed –dixo Bradaleón– que él es el que me venció en Cartago, quando la batalla de Zoroaydes.

–¿Cómo es esso posible? –dixo Furibundo–. ¿Quién le llevó a tal parte?

–Esso no sé yo –dixo Bradaleón–, mas ¿cómo aremos?, que convendría que vos y este cavallero fuéssedes curados.

–Aquí armarán unas tiendas para esso –dixo el extranjero–, que, según estoy malherido, creo que no podré llegar sin gran daño al real.

–No la tenemos –dixeron los cavalleros suyos–, que adelante va todo.

Y con esto, uno que de aquel menester sabía les apretó las heridas, y como mejor pudieron se dieron priessa por llegar al real, del qual ya venía mucha gente. Bradaleón, que delante yva, encontró

⁷⁰³ *plaricando.*

con el soldán Perianeó y el Gran Tártaro Ariobarçano, los quales le preguntaron qué avía sido aquello, que les havían dicho que al pie de la montaña havía muy gran batalla.

–Eso es muy gran verdad –dixo Bradaleón–, y no ay cosa en esta vida que yo no diera porque viéades una ba[t]alla⁷⁰⁴ de dos cavalleros con otros dos que creo no aya avido en el mundo otra su ygal.

–¿Quiénes eran? –dixo Perianeó.

–Los dos –dixo Bradaleón– heran don Belianís y Belflorán de Grecia, y los otros heran mi hermano y un cavallero estrangero, de cuyas manos va tan herido don Belianís que no se alavara de la jornada, y a punto de muerte dos cavalleros principales de su corte, y si gentes no llegaran, creo que todos murieran, aunque ellos avían mal parado a los vuestros.

–¡Por los diosses –dixo Ariobarçano–, que diera la mitad de mi estado por haverlo visto!

Y diéronse priessa por llegar /175-rº/ a ver el cavallero; el qual, sabiendo que el que allí venía hera el soldán de Persia, sacando alibios donde no los avía, fingió venir mejor parado y quísose apear; mas ellos le dieron voces que no lo hiziesse y abraçáronle, espantados de verle tan niño y gentil hombre, y Perianeó cuydó que a un espejo se mirasse; tanto se le parecía, así lo cuydaron todos. Perianeó le dixo:

–Mucho plazer tendremos todos con vuestra venida, señor cavallero, que los tales como vos están bien en tal parte. Suplícoos me digáys quién soys para que yo sea del todo alegre, y dónde es esta gente que con vos viene, que no dexo de creer me tocan en parte en la manera de sus armas.

–Soberano señor –dixo el cavallero–, la gente es de vuestra tierra de los partos, porque sabed que los babilónicos cercaron la ciudad de Tesifante e yo, por mandado de quien veréys en esta carta, fuy en su socorro, donde plugo a Júpiter que ella quedó libre y la guerra en buenos términos. Y acordamos todos de venir a serviros, y así bienen conmigo quarenta mil cavalleros de los mejores que podimos escoger.

Mucho plazer recibió Perianeó con las buenas nuevas; y, desseando saber quién el cavallero fuesse, abrió la carta y vio que dezía assí:

Carta

“(A) Genevra, en las máxicas artes sabidora, reyna de Comajena, a ti, el Soldán Perianeó, mi señor, salud.

Con arta pena de tus trabajos, príncipe poderoso, te imbío al cavallero que esta te dará, que, aunque en él tengas tanta parte como yo, por ser tu hijo, no lo hiziera si en alguna manera viera que no respondía a la real sangre de Persia; mas Salisterno Sin Pavor es tal que muy bien meresce ser por

⁷⁰⁴ *baralla*.

tuyo tenido. Suplícote que, fenezidas las guerras, si bivo quedare, me lo embiéys, porque no muera con la ausencia del hijo quien jamás espera la presencia del padre. Los dioses sean en tu guarda y te den la paz que tanto huyes.”

Y para que mejor lo entendáys, la hystoria qüenta que, quando Perianeó venció a Saviano de Trebento, herido de graves heridas fue llevado por esta sabia donde, aunque contra su voluntad, fue engendrado este Salisterno, que Sin Pavor se llamava, y al despedir a Genevra se lo dixo; y él le rogó que, si fuese hijo, le hiziese criar, y en las harmas industriado se lo embiasse. Y ella, sabiendo la guerra que los babilónicos hazían en Persia, embiole a ella, y después a Constantinopla a tal tiempo. Que, leyendo Perianeó la carta, las lágrimas le vinieron a los ojos, porque él tenía poco menos de treynta y nueve años y no hera casado, y viéndole tal cavallero no tuviera a mucho dexarle su estado si otros hijos la Fortuna no le diesse. Y abraçándole, con las lágrimas en los ojos le dixo:

–Agora, Salisterno, seré yo contento, pues tal cavallero como vos es venido con quien yo pierda parte de mis cuydados.

Y a Ariobarçano dize secretamente quién era; mas el encubrirlo era manifestarlo, que Salisterno se le parecía tanto que a duras penas se creyera otra cosa.

Assí llegaron al real, donde Furibundo y Salisterno en la tienda del soldán Perianeó fueron curados, con arto miedo de los maestros a causa de dos puñaladas de Salisterno y de un golpe de cabeça de Furibundo. Todos los príncipes del real vinieron a ver a Salisterno; mas él tomó grandíssima afición a don Dolistor, que por mucho tiempo les duró, y fueron los mayores amigos que se ley aver havido otros tales. También lo heran mucho Astrideo y Polisteo de Nubia.

Y en esta manera, esperando a dar recado a muchas cosas, estuvieron quinze días, hasta tanto que todos estuvieron buenos, aunque Salisterno y Furibundo muy flacos, que apenas se levantavan; y no sin causa, que se vieran en gran peligro de la vida. Don Belianís y Belflorán a los ocho días se levantaron, y padre y hijo estavan muy corridos en no aver del todo vencido a sus contrarios. Cada /175-vº/ día havía nuevos rencuentros y escaramuças tales que en uno d’ellos estuvo Ariobarçano en términos de perder la vida, porque don Baldín le hirió mal de una lança, y acaescieron otros estraños casos.

Capítulo 33: De lo que los paganos hizieron, y cómo don Dolistor y Polisteo vinieron por su parte a pedir treguas.

Encendíanse tanto estas furiosas guerras y havía cada día tantos muertos y heridos que acordaron, por la parte de Claristea, que a los griegos se pidessen treguas por treynta días, en los quales tenían necessidad de imbiar parte de la armada por bastimentos porque, aunque de todas partes heran d’ellos proveýdos, con tanta gente padezía necessidad, porque tenían más lexos los

lugares donde se vastecían. Y tenía de quitárselo tanto cuydado el buen duque Armindos de Tevas, y por la otra parte el duque de Trevento, teniente de capitán general en nombre de su hijo (a quien todos esperavan cada día, que don Belianís así lo dixera), que los hazían padescer grave necesidad; la qual no havía entre los griegos, porque cada día venía armada de Francia, Ceçilia, España, Córçega y otras partes donde, demás de las otras tierras, los proveían abundantemente. El ganado de la tierra estava alçado en las montañas y avía en cada cosa tanta guarda como la avía en la ciudad, que el duque de Trebento, como cavallero que ya la hedad le avía enseñado, no le parecía que haría tanto en matarles diez mil hombres como quitarles qualquier presa de bastimentos. Y assí, cada vez que se offrescía caso sobre ello, aventura todo el resto. Governava muy cuerdamente y con cuydado, y aunque Sabiano de Trebento fue la flor de los antiguos capitanes por ser el que mejor entendía la guerra, no hazía falta, que el duque, no se fiando de sí, tenía consigo al duque Nestoriano, al abisado Polineo de la Ventura y a Damastino del Valle, y juntávanse cada día con el buen don Contumeliano de Finicia, que de aquella governación estava muy contento.

Acordaron de embiar a pedir las treguas al buen Nicanor el Salvaje. Con él mandaron yr al rey de Aravia. Los infantes Dolistor y Polistiano, con el bueno de Astrideo de Bohemia, que gran deseo tenía de ver aquella corte y casa de sus enemigos y padres, pidieron licencia para acompañar a su padre Nicanor y, siéndoles dada, y llevando Nicanor la insignia acostumbrada para que se conociesse ser mensajero, se fueron la buelta de Constantinopla. Yvan los tres mancebos tan bien dispuestos y adereçados que, añadiendo sobre lo natural de su hermosura, en la qual a la mayor parte de las damas sobrepujavan, (que) alegría hera mirarlos. Yvan Astrideo y Polisteo vestidos de amarillo y negro, bordadas las calzas y jubón muy subtilmente con muchas piedras y perlas de gran valor; los vestidos llevavan solamente labrados con tanto oro y piedras que relumbravan como el sol, y encima los coletos abiertos con cada tres golpes a la larga por pecto y espaldar, en los quales, sueltos, llevavan por botones muchos y muy gruesos diamantes. En todo yvan aderesçados a la forma de los alemanes; don Dolistor, cuyo rostro con su resplandor apenas se dexava mirar, venía todo de blanco, sin otra lavor sino bordado con muchos entorchados* de raso blanco que hazían una lavor de unas rosas, y en medio de cada una d'ellas una gruesa perla, un tocado en la cabeça a la morisca y los cavos que de la misma toca caían poblados de la misma perlería, de la qual venía tomada la buelta y delantera. Aunque llevaba arnés, lle- /170-rº/ vava marlota*. Venía a la gineta*, y buelta la marlota sobre los braços; mostrava un embés por ella de la misma perlería y, mostrándose descuydadamente, el arnés parecía caído del cielo.

En esta forma llegaron a Constantinopla hasta los imperiales palacios, acompañándolos muchos cavalleros, que tal hera la costumbre de la corte; y, siendo dicho al emperador que estavan allí mensajeros de la emperatriz de Alemania y mandándolos entrar hasta la puerta, salieron a recibirlos los cavalleros mancebos. Mas, en viéndolos entrar, Belflorán los conoció, y a don Belianís dize:

–Veys aquí, señor, la flor de la cavallería de nuestro tiempo, que este es Astrideo, y estos que vienen con él son los dos cavalleros que a la Mon[t]aña⁷⁰⁵ Venturosa le favorecieron.

–Tales cavalleros como esos –dixo don Belianís– tarde los verán nuestros ojos.

Y como él por ello más los estimase más que si fueran los mayores príncipes del mundo, se levantó a recevirlos, y con él Belflorán. Y, viéndole a él hazer esto, no quedó cavallero que no hiziesse otro tanto, excepto los reyes y emperadores, a quien por su auctoridad no era permitido. Astrideo, que conoció a Belflorán, a Dolistor y Polisteo dize:

–Veys aquí, mis señores, los príncipes griegos, que tan tenidos son por el mundo.

Y con esto llegaron los unos con los otros, y los mensajeros les hizieron su acatamiento. Mas los tres príncipes incaron delante d’ellos las rodillas, pidiéndoles las manos; mas ellos los abraçaron, agradados en extremo de su gentil dispusición, y fuéronse con ellos hasta la parte donde el emperador sentado estava. Y haviéndole hecho su acostumbrado acatamiento y quedando el rey de Arabia y Nicanor para dar su embaxada, don Belianís se tomó consigo a los infantes, diziendo:

–Veníos conmigo, cavalleros, que quiero buscar en esta sala quien de vosotros me vengue, que según los agravios hechos, no me lo tendréys mal merecido.

Y como él supiesse que a cavalleros mancebos ninguna cosa les sería tan agradable como ver las damas, fue con ellos al estrado. Los cavalleros, que de tal través no se guardaron, fueron cogidos de sobresalto, y viendo tanta hermosura, pareciéndoles que en los altos cielos fuessen arrebatados, quedaron fuera de sí. Apenas pudieron dar passo, y no fuera mucho véseles su turbación si el estrado de las damas estuviera más lexos. L[a]s⁷⁰⁶ quales, viendo venir al príncipe, agradadas de ver tal extremo qual no vieran jamás, se levantaron a él; que, hiziéndoles su acatamiento, las dixo:

–Mis señoras, estos cavalleros me tienen mal enojado y, conforme a su bondad, si no me hazéys vengado, yo desespero de serlo jamás. Por esso, yo los pongo en vuestro poder, y qualquiera rigor que con ellos se usse será para mí gran merced.

–Mi señor –dixo la linda Policena–, vos los avéys puesto en tal parte que, aunque fuera mayor su esfuerço, hos haremos en breve satisfecho; por esso perded cuydado.

Con esto los dexó don Belianís por bolver a mirar lo que los embaxadores querían. Las damas, alegres de ver tales cavalleros, aviéndoles dicho quiénes heran, los acogieron entre sí, haziéndoles más merced que alcançaron con todo el poder de los reales. Las donzellas, que en aquello se quisieron mostrar, tomaron entre sí a don Dalistor y Polisteo y Belflorán. Dolistor se sentó entre la linda Celia y la princesa Alçisa, y Polisteo entre Anaxares y Belianisa, y Belflorán entre Matarrosa y Policena. A Astrideo le cupo mejor lugar, que las princesas Florisbella y Hermiliana le mandaron passar adelante, dándole el lugar que para sí tomara Júpiter. Muchos cavalleros mancebos gozaron aquel día de poder hablar a sus señoras, y a la causa, unos bendiciones y otros maldiciones

⁷⁰⁵ *monraña.*

⁷⁰⁶ *Los.*

hecharon a los nubianos cavalleros, conforme al favor, o su contrario, que en las damas allaron. No se vengó mal don Belianís del daño que de aquellos cavalleros rscibiera, que, si la historia no nos engaña, les hizo padecer mortales angustias y trabajos que no assí fácilmente se /176-vº/ desarraygaron de sus entrañas; porque don Dolistor, viendo la hermosura de la segunda Anaxares, quedó fuera de su acuerdo, y [a] Polisteo hasta la muerte le duró la herida que de Alcisa recibió. Astrideo, viendo a Celia, no supo si hera el día o la noche, y no sin causa, que este maldito Cupido donde llega ninguna cosa dexa sana. Anaxares, que par de sí tenía a Polisteo, le dixo:

–Vos, cavallero, creo que soys el que más daño hezistes al príncipe, mi señor.

–¿En qué lo vey la vuestra merced? –dixo Polisteo.

–Agora lo veys –dixo Anaxares–, viendo que os puso en el peor lugar que tenía esta sala.

–Ya veo, soberana señora –dixo Polisteo–, que la muerte en tal parte no es escusada; mas yo la tengo por gloria, por ser causada en tal parte donde nuestros diosses con su merecimiento no llegaron.

–Bien dezís –dixo Belianisa–, si aquí os quisiessen dar la muerte; mas es al revés, porque, con otorgaros la vida, hos quieren solamente dar la pena.

–No ay cosa por más que se encarezca, señora –dixo Polisteo–, que no dé gloria al que de tan buena voluntad la recibe como yo; que, sacrificando la voluntad a vuestro contento, yo mismo seré en ayudar a la pena que por vuestra parte se me representa; y aún, si yo no me engaño, yo seré en esta causa el mayor enemigo que tengo, pues sin otra resistencia tengo entregado lo que me pudiera dar algún socorro.

Tenía Belflorán los sentidos y el alma con Belianisa y, aunque Policena en sabrosa conversación le entretenía, oya bien lo que con Polisteo passavan; y desseando hablar a su señora, a Polisteo dize:

–Miedo tengo, señor Polisteo, que avéys vos de pagar pecados agenos.

–Si puede haver pena en tal parte, señor –dixo Polisteo–, la vuestra merced se á escusado bien con dezir si puede aquí aver pena, porque el cielo no puede tener cosa que la dé; y, si estuviesse yo assegurado que no perdería esta gloria, el miedo de la pena yo le perdonaría de buena voluntad.

–Vos, señor –dixo Belianisa–, hazéys mal en quitarnos de esta batalla y, si Polisteo padesciere pena, dexadle, que en tan buen entendimiento todo es contento; y, si vos no queréys conocerlo, no han de ser todos los cavalleros de vuestra condición.

–Si la de las damas se trocasse –dixo Belflorán– por la mía, no sería tanto el daño; mas aprenderé a bivar a su condición, si el dar tormento se tiene por gloria.

–Hazeldo así, señor –dixo Anaxares–, que de essa manera será la muerte vida, y nadie vasta[rá]⁷⁰⁷ a daros pena.

⁷⁰⁷ *vastaar.*

Mas llevolos de estas pláticas, que don Dolistor a Belflorán dize:

–Vos, mi señor, olvidado estáys de socorrer ha más de una parte, y essa a donde menos necesidad ay de favor, porque en essa parte deve de aver más piedad que no entre estas señoras, que hazen tan mala guerra que, aunque yo me he rendido, no me quieren recibir.

–Si os dan la muerte, señor Dolistor –dixo Belflorán–, no es pequeña piedad.

Y como esto dixese miró a Belianisa, la qual bolvió disimuladamente a la otra parte el rostro, con tal continente* que al penado príncipe sacó fuera de su sentido.

En esta sabrosa conversación estavan estos príncipes, y aunque a las damas dava contento ver su dispusición, juntamente con lo que de su bondad oyeran dezir, no los estimavan en nada por ser paganos y tan enemigos suyos, y lo que con ellos hablaban más hera por poder a la rebuelta hablar otros cavalleros que no ha ellos. No passava así con Astrideo, al qual Hermiliana dize:

–Nosotras, señor cavallero, somos casadas, y es nos ya proybido ablar en amores; no embargante que, si nosotras en algo os pudiésemos servir, lo haríamos, y recibiremos contento nos digáys quién soys, porque en esto la princesa Florisbella y yo nos tendríamos por muy servidas.

–Mi señora –dixo Astrideo–, la vuestra merced me demanda cosa de que yo sabría dar mala quienta, porque no sé más de que la emperatriz Claristea me crió, y llámanme Astrideo de Bohemia.

Trocáronsele a Herm[i]lliana⁷⁰⁸ las colores quando tales palabras oyó. No supo qué dezir, biendo que aquel hera hijo de don Cla- /177-rº/ -rineo; y disimulando algo, le dixo:

–No sin causa desseava yo conosceros, señor Astrideo, que mucho antes de agora os he yo visto, y sé más de vuestra hazienda que vos mismo. Y, si vos supiéssedes lo que yo, de mala voluntad ayudaríades en esta guerra a los que favorescéys. Agora me dezid si avéys estado en Bohemia.

–Sí, mi señora –dixo Astrideo–, que no he yo rescebido allí tan pequeñas mercedes que se me olvide tan presto.

–Y a la princesa Rosaliana, ¿vístesla, que ya deve ser casada?

–No la vi yo en esse propósito –dixo Astrideo–, antes haze la vida de una sancta, y tampoco quiere religión, y sus deseos no los entiende nadie.

–Deve ser algún mal de amores –dixo Hermeliana– que la deve tener mal penada.

A estas palabras puso Astrideo los ojos en la infanta Celia y, sin que pudiesse resistirlo, dio un suspiro más penado y descuydado que el estar en tal parte requería. Y la princesa Florisbella dize:

–Vos, mi señora, con este conocimiento de Astrideo quitáys la buena conversación, que yo quería saber de Astrideo si es enamorado, y que me contasse de las damas hermosas del real, que me dizen hay muchas. Y viendo él que de esto nos olvidávamos, le avéys hecho sospirar por su ausencia.

–Soberana señora –dixo Astrideo–, el real de mi señora Claristea muchas damas tiene con

⁷⁰⁸ *Hermlliana.*

quien la Fortuna nos repartió, en ser hermosas, poca parte; mas el daño que yo siento es tan nuevo que no le puede hasta agora dar pena la ausencia, porque apenas ha gozado de la presencia.

–Según esso –dixo Florisbella–, aquí me parece que os han hecho el daño; y, pues assí es, quiérollo yo saber para hazeros dar la enmienda, que quien viene sobre palabra de seguro no ha de ser assí maltratado.

–Yo beso vuestras imperiales manos –dixo Astrideo– por tan alta merced; mas este mal quiérole para mí solo, porque con mi sentimiento crezca más de cada día la gloria que d’él me ha de resultar.

–Bien me parece esso –dixo Florisbella–, mas el saber yo quién ha sido tan bastante que aya sujetado vuestro corazón no os tiene de resultar en daño por esso. Dezídmelo, que aunque no supe otro tal secreto, yo guardaré este como conviene, y no seáys profiado en esto, que, según lo mucho que en ello ganaréis, no se os podría hazer otra mayor mercez, y de otra suerte, si cayésedes en mi yra, hazeros yá mucho daño.

–De esso conozco yo buenos testigos –dixo Astrideo–, que sola vuestra voluntad tiene a la muerte a unos de los más valerosos señores del universo.

–Dexad esso –dixo Florisbella–, y dezidme lo que os pregunto.

–Esso es imposible, señora –dixo Astrideo–, porque el nombre yo no le sé, y señalarla con la mano será peligroso. Yo cumpliré con lo que vuestra magestad me manda y lo embiaré por escripto, y ganaré en esto aún más de lo que se me dava.

–Siempre oy dezir –dixo Florisbella muy riendo– que nunca compra barato el necessitado. E assí he hecho yo, que la necessidad de saber lo que os pregunto me ha hecho comprar tan caro como veys. Mas, como quiera que sea, escrevidlo, que mi señora Hermeliana he yo tomaremos a cargo vuestro daño.

–Aora voi el más alegre de los nascidos –dixo Astrideo–, que con tal favor nunca fue ninguno perdido, puesto caso que la infanta Rosaliana, a quien yo devo más de la vida, de esta princesa tiene grande querella. No sé la causa, y a mí se me avía mandado cierta satisfacción contra ella y el príncipe don Clarineo.

–Essa haré yo a la princesa –dixo Hermiliana– en lo que ella mandare, aunque no pienso averla agraviado, y assí no hay necessidad de encomendarlo a nadie. Don Clarineo está cada día en el campo e yo también, y allí podréys tratar esso más largamente.

Y con esto mostró algún desabrimiento, de que ha Astrideo pesó mucho; y quisiera emendarlo, si no viera que Nicanor y el rey de Arabia se despedían y se querían partir, porque el emperador les entregara las treguas por treynta días con la seguridad necessaria, y les dio licencia para que, no viniendo de una vez, más de veynte cavalleros /177-vº/ pudiessen entrar en Constantinopla. Y con esto a ellos les convino despedirse, y los nubianos príncipes, tomando licencia de las damas, que de su manera quedavan agradadas, se despidieron. Y con ellos salió Belflorán y

don Belianís, el qual les dixo que, si les avían hecho aquellas damas algún agravio, se lo dicesen, porque él procuraría la enmienda.

–Los agravios de estas damas –dixo don Dolistor– ellas solas nastan a enmendarlos, que aun nuestros diosses no quisieron poner en esso la mano.

–Vos dezís muy bien –dixo don Baldín–, señor Dolistor, aunque el príncipe, mi señor, habla como bien asegurado.

El buen Astrideo, que junto a ssí vio a Belflorán, le dixo, viéndole ceñida su rica espada:

–Esforçado príncipe, yo estoy de vos muy agraviado en no me aver embiado essa espada, que era mía, porque entre tales cavalleros no se suelen detener las harmas.

–Vos estáys mal en mi pensamiento –dixo Belflorán–, que yo no quería más de esta espada, para la qual tenía mejor derecho que vos, y plázeme tanto de averla ganado que por ninguna manera os la bolveré.

–De essa suerte –dixo Astrideo– conmigo soys en batalla, porque perder la vida o cobrarla no se escusa.

–De esso tengo yo muy poco cuydado –dixo Belflorán–, porque sabed que los griegos no pueden combatir campo aplaçado quando la causa no es justa sobre qué se á de pelear, y aora estamos en treguas. Mas yo os asseguro a fe de cavallero que, antes que las treguas salgan, yo sea con vos en parte donde, si dexardes de cobrar vuestra espada, sea por vuestra culpa.

–De esso soy contento –dixo Astrideo.

Y con esto, despidiéndose de todos, se bolvieron al real, dando qüenta del despacho que traían.

Perianeó apartó a Astrideo, preguntándole si viera a Florisbella.

–Sí, señor –dixo Astrideo–, y no os echo culpa de quanto avéys hecho por averla, ni aun de lo que hiziéredes por averla de aquí adelante, que tal hermosura y extremo de gracia más cosa del cielo que humana parece. E yo he alcançado mucha gracia con ella, tanto que sobró a lo que yo le quería, porque, no le quiriendo dezir una cosa que me preguntava, me dixo que me guardasse de caer en su yra.

–¡Ay, casa de Persia! –dixo Perianeó–, ¿y cómo pagas tú esta yra más altamente que lleva la ymaginación?

–Pues sabed –dixo Astrideo– que yo le respondí que érades vos buen testigo del castigo de sus enojos, que con ser uno de los más altos príncipes del mundo os tenía tan mal tratado.

–¡Ay, Astrideo –dixo Perianeó, abraçándole–, y qué grande bien me hezistes en acordar mi memoria en tal parte!

Y diziendo esto, espessas lágrimas le vinieron a los ojos.

–Yo os digo que estoy tan llegado al fin de mis días que creo que serán tan pocos que no bivré un mes, que ya siento que el coraçón acaba de consumirse.

Y con esto le tomó un desmayo que Astrideo le tuvo grande ora por muerto; y tornando en sí, redoblándosele a cada punto el mal, Astrideo llorando le dixo:

–Soberano señor, no desmayéis tanto, que es acabar la vida por lo imposible; que Florisbella es casada y con hijos, y no á de hazer cosa que os pueda dar contento. Ymaginadvos fuera de esto, si ay alguna cosa que pueda daros alivio, y procuremos todos esta con grande diligencia, que d'esta manera será tratar vuestro provecho, y no el daño que tan de contino procuráys.

–No querría otra cosa, mi Astrideo, sino ser de tanta ventura –dijo Periano– que le pudiesen dar una letra mía, para que ella me mandasse lo que avía de hazer, porque con solo esto tendría algún entretenimiento quien de otra suerte forçado a de morir con la pena.

–Esso –dixo Astrideo– es muy difficultoso, mas perder la vida en vuestro servicio será poco. Escribid la carta y dádmela, que si no está vuestro bien en más de esso, yo se la haré dar en su mano, de suerte que ella la lea.

–¡Ay, Astrideo –dixo el Soldán–, si vos esso hazéys, tomadme por vuestro esclavo, que no vale tanto mi vida y estado como lo que vos me offrescéys! Yo escribiré la carta, aunque no sé cómo comience ni acabe quien jamás cesan en él los más ravidos dolores de quantos ay en el mundo. Y vos, mi- / [178]-r^o/709 -rad lo que hazéys, que no recelará tanto si ubiérades de combatir con don Belianís.

–Hesso y es'otro haré yo por vuestro servicio –dixo Astrideo.

Y con esto Periano se entró a escrevir, y el atrevido Astrideo pensó en sí de ymbiar aquella en lugar del nombre de su dama, que avía quedado de ymbiar a Florisbella. Y no era tan pequeño su esfuerço en esto, que mil vezes estuvo determinado por no lo hazer, y entre sí era combatido de mil temores. Mas al fin se determinó hazerlo así, aunque perdiesse la vida, que él quería tanto a Periano que lo tenía todo en poco.

Pues como los cavalleros de la embaxada fuesen ydos y publicada la tregua, Hermiliana dize a Florisbella qué le parecía de Astrideo.

–Muy bien –dixo Florisbella–, y an me dicho que es el más atrevido cavallero de quantos ay en el real de los henemigos.

–Assí lo es, sin falta –dixo Hermiliana–, y bien tiene parientes a quien se parezca.

–¿De qué le conocéys tanto? –dixo Florisbella.

–Vien dezís, mi señora –dixo Hermiliana–, que la mitad me bastaba, que sabed que este cavallero es hijo de don Clarineo y aquella dama que a mí y a él costó tan cara.

–¡Sancto Dios! –dixo Florisbella–. Agora os digo que soy en extremo alegre, y no querría que estuviesse más en el real de los moros, no le succediese algún daño.

–Yo lo procuraré –dixo Hermiliana–, que, aunque don Clarineo me lo á negado, yo sé muy

⁷⁰⁹ Error de foliación: “180”.

bien que es suyo.

En estas palabras estaban quando Balisán se llegó a la ymfanta Belianisa, que sola al antepecho de un corredor se pusiera, y le dixo que, si avía visto aquella carta, se la bolviesse para darla a su señor.

–No tube cuydado de esso –dixo Belianisa–, que, ocupada en otras cosas, no tube tiempo de verla, y dexela sobre una mesa; y creo me la han tomado.

–De essa suerte, señora –dixo Balisán–, yo abré hecho un buen mensajero, y a la vuestra merced le deve pessar d’ello, que creo que, si yo no llevo respuesta, el que me dio la carta será en breve muerto.

–Si tanto va en vuestra carta –dixo Belianisa–, vesyla aý, y servirá os de aviso para no dar otra a quien esta puso a tan mal recado.

Y con esto le dio una carta que en respuesta escriviera, que todavía se acordara en aquello, porque las determinaciones de los henamorados arto menos duran que el ayre que corre. Balisán la tomó muy alegre, que bien bio lo que podía ser, y con estraño contentamiento la llevó a Belflorán, que en su aposento se entrara; y dándosela, y besándola el príncipe mil vezes, temblando, la abrió y bio que así dezía:

Carta

"Belianisa de Yngalaterra al príncipe Belflorán, salud.

Si uviese en este papel de quexarme del agravio de tu parte hecho con el engaño de Balisán, atrevido cavallero, más lágrimas que letras mías te fueran representadas. Mas no lo quiero hazer, porque mi pena no lleva encarecimiento ni tu osadía conveniente castigo, que si le llevara, aunque fuera con mi muerte le procurara. No sé para qué encareces tanto a quien tubiste en tan poco que ayas usado con ella de una cautela que con una baxa donzella no se deviera de usar. Ten por muy averiguado que, si no fuera por no descubrir lo que de mi onestidad es tan enemigo al rey, mi señor, hiziera me ymbiara a Yngalaterra, donde fuera parte para huyr la vista de quien tanto enojo me á hecho. Aquí lo haré también si otra vez por el pensamiento te pasa semejante offensa, porque de esta quedo agraviada hasta la muerte, la qual desseando, y tu salud, cesso."

Leýda por Belflorán la carta, encendiose en su coraçón tan mortal basca que ni bastó Balisán ni sus consuelos para que, tendido sobre una cama, no diesse mil suspiros y quexas. El escudero, que tal le vio, se salió de la cámara, dexándole solo. Y d’esta suerte, sin querer salir a cenar, estuvo hasta la media noche; y levantándose de la cama, biendo la espada y recados de Sabiano de Trebento, /178-vº/ dixo:

–¡Ay, aposentos crueles, y cuán mal recado havéys dado de tío y sobrino!

Y con una herida desesperada llamó a Balisán, diciendo que le diese sus armas y adereçase un cavallo; y él lo hizo assí, sin osarle hablar palabra. Y siendo armado y Balisán a punto para yr con él, le dixo:

–Quédate, que quiero yr solo; y, si el emperador o alguno preguntare dónde soy ydo, dile que en vusca de Sabiano de Trebento, y que yo volveré dentro del término de las treguas.

Balisán, con muchas lágrimas, le rogó que con él le dexase yr; mas, no aprovechando cosa alguna, le combino quedarse, maldiziendo a Belianisa y a sus locuras, paresciéndole que no devía estar en su seso quien hazía tan gran desatino. Y con esta congoxa se hechó de pechos en una recámara, diziendo:

–¡Ay de ti, Belflorán, desgraciado eres en aver tan poco miramiento en quien por su culpa pierde aquello que deviera procurar con todas sus fuerças!

Pues como fuese venida la mañana y Belflorán hechado menos, gran buelta uvo entre los cavalleros, diziendo cada uno que le fuessen a buscar. Balisán dixo lo que su señor le mandara y, teniéndolo don Belianís por cierto, manda que ninguno salga de la corte, que Belflorán hiziera bien en buscar a su tío y que, pues él dexara dicho que volbería tan presto, no avía para qué buscarle nadie. La princessa Belianisa, que así vio partido a Belflorán, pesole en el alma de averle escrito de aquella suerte, y no quisiera por cosa alguna haverlo hecho; y quedó tan triste que no quería hablar a nadie.

Capítulo 34: De lo que Belflorán hizo salido de la corte y cómo volbió a ella llamándose el Cavallero Sin Amor.

¡Quién se quexara ya del amor, viendo lo que cada ora pasa! Furia cruel, enbeleñada* plaga, que con las más propias medicinas se enciende quien tomara tino a esta locura; que, si es querido el amor, se acrecienta, y si es abor[r]ecido, lo más propio d'este mal es no saverse remedio para él, porque con él mejor es perderse a sí por otro. ¡Quién biera al príncipe Belflorán medio (y aun entero) loco salirse de Constantinopla! Los gritos que daba al cielo subían.

–¡Ay de ti, cavallero sin ventura –dezía–, que fue posible que toda la fortuna del mundo se encerrase en tu padre para quedar tú del todo desdichado! ¡O, hados crueles, quitad la vida al que tan bien le está la muerte!

No savía por dónde se yba; estaba determinado de volver a la guerra pasadas las treguas, disimulado, en favor de su padre. Y con esto se alexó gran pieza de Constantinopla.

Yba la buelta del Campo de Marte, que junto al Danubio en Ungría hera, donde oyera dezir que estaba un cavallero en defensa de una aventura, diziéndose el Cavallero Desamorado, el qual dezía ser el más valiente de quantos se savían, y dezía que las damas heran yngratas y no merecían por cavalleros leales ser servidas. Mas no anduvo diez leguas quando, una mañana que el sol salía

muy encendido por ser en la mitad del estío, vio venir a su enqüentro hasta veynte pajes que traían otros tantos cavallos, los más hermosos y vien adereçados que él ubiese visto jamás, principalmente el postrero, el qual era overo. No vio el príncipe tal cosa, y estúbole mirando cómo yva trazando un dorado freno, levantando los braços y contorneándose a la una y otra parte, con un brío admirable. Una donzella sola venía detrás, con tres hombres que la acompañavan. Belflorán, que d'ello estaba muy contento, a la donzella dize:

–¿Cúyos son tan hermosos cavallos, señora? Que quien tal tiene no se deve estimar en poco.

–Los cavallos –dixo la donzella– son de quien los quisiere. /179-rº/ (en poco. –Los cavallos –dixo la donzella– son de quien los quisiere.)⁷¹⁰

–A esse prezio –dixo Belflorán– yo os digo que tendrán artos dueños, y yo llevaré mi parte.

–Son vuestros, si los queréys –dixo la donzella–, con tanto que me otorguéys un don.

–Plázeme –dixo Belflorán–, y yo los acepto.

–Pues saved –dixo la donzella– que os conviene yr conmigo a Constantinopla y darme seys prisioneros, quales yo os pidiere, assí del real de los moros como de los christianos.

–Yo's daré doze de los moros –dixo Belflorán–, porque entre los christianos tengo muchos amigos, y podría (ser) no ser parte para complirlo.

–Yo sé, señor Belflorán, quién soys –dixo la donzella–, y no os pediré cosa desaguizada. Yo os doy licencia que combatáys con otros seys de los griegos, quales vos quiéredes.

–A la mano de Dios –dixo Belflorán–, pues que savéys quién soy, sea lo demás a vuestra discreción. ¿Cómo haremos?, que yo soy conocido, y d'esa suerte no abría lugar vuestra demanda.

–Tomad esta sortija –dixo la donzella–, que, en el entretanto que en la mano la tubiéredes, no seréys por nadie conocido, que tendréys la propia figura del cavallero del Campo de Marte en cuya busca vos bays.

–Mucho me plazee –dixo Belflorán–, y aún os digo que me viene muy bien, porque quiero defender el aventura que él defendió en el entretanto que este campo durare,

La donzella le dexó la sortija y, metida en un dedo, a él se le volvió. La hermosura de su rostro parecía de más edad; la color, tan blanca, como negra; que, biéndose assí a un espejo, no pudo estar que no se riese. Y tornóse a quitar, y biose en su propia figura. Entonzes se la tornó a poner.

Y, dando la buelta a Constantinopla, otro día por la mañana llegaron a ella, y la donzella en medio de ambos campos hizo armar una tienda, más rica que quantas había en ambos exércitos. Hera tan soberbia y pujante que no se le hallava precio, donde fue Belflorán aposentado y despachó sus carteles para la una parte y para la otra de una misma manera. Y él quedó maravillado en ver en la tienda tan ricas y estrañas cosas y tanta abundancia de gente para lo que él uviese menester. Parecíale algún encantamiento, y no lo dudaba, según lo que la donzella dixera. La qual, tomando los recados,

⁷¹⁰ Repetición, al principio del folio, de la última frase del folio anterior.

se fue para Constantinopla acompañada de muy buenas guardas, y Belflorán se quedó en la tienda. Y, como ella supiese bien el palacio, fuese derecha a él, que a la sazón algo estaba rebuelto con la ausencia de Belflorán. Y aquel día el emperador mandara combidar a comer todos los cavalleros principales, y con esto había tanta cavallería que mirar que la dexaron maravillada. Y estaban sobremesa, y la emperatriz y las damas comieran también en la sala.

La donzella se fue derecha para el emperador y, dándole una carta en las manos sin se humillar, se tubo afuera, agua[r]dando que la leyese. El emperador la dio a Briamor de Argos, que ya estaba sano, el qual la leyó. Y dezía así:

Cartel

“El Cavallero de Marte, henemigo de Cupido, a los príncipes griegos y sus valedores, salud.

No sin causa, valerosos príncipes, tendréys a locura mi osadía, pues me atrevo a desafiar a particular batalla a aquellos de cuyas azañas retumban los altos cielos. Mas, porque cumplir lo prometido es más obligación que conservar la vida propia, y a mí me combiene llevar, por mandado de essa donzella, seys presos de estos reales, quales ella quisiere, y yo no sé quáles serán, desde agora a particular batalla con las armas que escoger quisieredes os desafío. El campo es entre estos reales, donde estaré aguardando todo el término de las treguas a vosotros y a vuestros enemigos, a los quales escribo otro tanto. El soberano Señor sea en vuestra guarda.”

Y en la firma dezía “[E]l⁷¹¹ Cavallero de Marte”.

Gran risa se levantó /179-vº/ en la sala oyendo la locura del cavallero, para la qual el mismo Marte le pareciera poco. Mas el emperador, que más mesurado hera, mandó callar a todos, y a la donzella dize:

–Hermosa donzella, esse cavallero bien muestra aver en él todo esfuerço possible, pues tiene pensamiento [de] salir con la más alta empresa que la ymaginación aya alcançado. Dezidle que yo soy muy contento d’ello, y que allá yrán algunos cavalleros a provar su ventura, con los quales él no será menester estar holgando.

–Yo beso vuestras manos por la merced –dixo la donzella–, y sabed que de esta contienda son libres seys cavalleros, quales el Cavallero Sin Amor quisiere escojer, con los quales se entiende que no habla su desafío.

–Ydos a la mano de Dios –dixo el emperador–, que sin hesos quedarán hartos para una batalla.

–Otra carta traygo también para las damas –dixo la donzella–; si vuestra magestad me da

⁷¹¹ *Al.*

licencia, daréela en buena ora.

Dixo el emperador:

–Hazed como hos pareciere.

Y con esto la donzella se llegó al estrado donde las damas estaban; que, viéndola venir, Anaxares dize:

–No me creáis, señoras, si este cavallero no nos quiere desafiar también a nosotras, según somos de bien acondicionadas.

–No será mucho –dixo Belianisa.

La donzella llegó al estrado y, hyncando las rodillas ante la emperatriz, le dio la carta; que, tomada por las donzellas con mucha risa, la leyeron, y bieron que dezía assí:

Carta

A las estimadas y valerosas princessas y damas griegas y las demás de qualquier parte que en la ciudad de Constantinopla están ajuntadas, el Cavallero Desamado, henemigo del avariando flechero, salud y desengaño para los coraçones desseas.

Quando más, valerosas señoras, las moradas de este tirano continua y más perdido sus pasiones me traían, con las rabiosas bascas que mi coraçón atormentan, entonzes tratado con la mayor aspereza que la ymaginación podía alcançar, acordé, pues este enemigo de la humana generación [a]sí a todos aflixe y atormenta, de mirar de dónde procedía este daño. Y por más que en ello e mirado, solo e podido alcançar que las damas son las culpadas en este caso, con las cuales el mismo Cupido no puede, porque la aspereza de su coraçón, el tener en poco las pasiones de los aprisionados, es la leña con que este cruel fuego se enciende y el alquitrán con que nunca se mata. Y porque, como el más apasionado de quantos an sido y son, de presente me toca más el daño, digo que en este campo, donde estaré el término del desafío, combatiré juntamente a cualesquier cavalleros que de vuestra parte quisiéredes nombrar que todas las damas son crueles y engañosas, no merecedoras de leales amantes, y que aquella dama a quien yo servir desseo, como reservada en todas estas cosas, es de más alta hermosura y valor que todas las pasadas y presentes. Los cavalleros que por vuestra ymbiáredes, traya cada uno un traslado de este cartel mío con vuestro nombramiento, porque yo sepa la causa por que combate. No más; el soberano señor mude vuestros coraçones y las condiciones de este tirano”.

Leyda que fue la carta, con la mayor risa que otra jamás en Constantinopla, las donzellas la tornaron a leher otras tres o quatro vezes. Ya [a] la mensajera dizen que se vaya, que ellas habrán su acuerdo como más convenga y le responderán, que no es cosa aquella que ellas la han de dexar olvidada. Y con esto la donzella se fue, y a su señor dio el recado de lo que negociara, y lo mismo le

ymbiaron a dezir del real. Las donzellas estavan muy regozijadas con la carta, y Hermiliana les dize:

–Plázeme, mis señoras, que agora me abréys menester para algo.

–Nosotras no, mi señora –dixo Belianisa–, que no queremos /180-rº/ vengança tan honrrosa para cavallero tan mal mirado.

–Pues mirad cómo lo hazéis, señoras –dixo Hermiliana–, que me parece que es este el Cavallero de Marte, cuya fama por todas partes es conocida.

–Menester le será –dixo la ynfanta Felissena.

Entonzes llamaron al rey Arfileo de Ungría y, mostrándole el cartel, como buen enamorado se enojó tanto que dixo:

–Dadme, mis señoras, licencia, que me quiero yr a armar, que no es justo que cavallero tan mal mirado esté tanto tiempo sin el castigo.

–No queremos, señor –dixo Belianisa– poner nuestro negocio en cavallero tan arrebatado, ni os llamamos para esso, sino para que nos digáys si, en ley de quiénes nosotras somos, si avemos de responder a este cartel o si bastará ymbiarle a castigar con quien nos paresciere.

–Obligadas soys, mis señoras, a responder –dixo el rey de Ungría–, porque el cavallero sepa lo que hazer le conviene, que de otra suerte no cumpliríades bien con quien soys.

–No más, señor rey –dixo Florisbella–; dexadlas, que yo las tengo por tales que darán con el negocio en el lodo.

–Vuestra alteza lo verá –dixeron las donzellas–, que nossotras queremos responder luego.

Entonces Belianisa, Felissena, la linda Anaxares, Sirena, Celia, Alcisa, se metieron en el aposento de la princesa Sirena para responder, sin querer dexar entrar a nadie con ellas.

A esta ora el escudero de Astrideo, que andava buscando semejante tiempo, biendo a la princesa Florisbella sola, con el ruydo que entre todas andava, se llegó a ella y, dándole la carta, le dixo:

–Soberana señora, el cavallero Astrideo de Bohemia dize que, por no ser tenido por descuydado en lo que por vuestra parte le fue mandado, lo ymbía aquí, en este papel.

Florisbella le tomó riendo y, despidiendo al escudero, a Hermiliana llamó con la reyna Matarrosa, diziéndoles:

–¡Oy es el día de los desafíos! Andad acá y veremos los amores de Astrideo, que me los ymbía aquí por escrito, y comen[ç]aremos⁷¹² a tomar con los días otro nuevo officio.

Todas se rieron de lo que la princesa dixera y, entradas en un aposento y cerrando tras sí la puerta, Florisbella dio la carta a Hermiliana, diziendo:

–Lehedla vos, que de vuestro hijo a vos toca más el negocio.

–Harelo yo –dixo Hermiliana– de buena voluntad, aunque este hijo fuera bien escusado.

⁷¹² *comencaremos.*

Entonces abrió la carta y, como en la firma vio que decía Periano de Persia, turvose y no pudo le[e]r palabra.

–¿Qué avéys avido, mi señora –dixo Floribella–, que assí os avéys turbado?

–En ber este nombre de Astrideo –dixo Hermiliana–, que me causa enfado.

–Dexaos de hesso –dixo Matarrosa–, y lehed la carta. Beamos qué dize.

–Pues prometedme una cosa –dixo Hermiliana–: que me la dexaréys a mí acavar de leer, sin que ninguna se vaya ni me la tome.

–Acabad, mi señora, de leherla –dixo Florisbella–, que parece encantamiento esto que aquí pasa.

–Pues agora estad atentas y sabed que somos engañadas malamente por este falso de Astrideo, que esta carta es del soldán de Persia, y viene para vos.

Perdió Florisbella las colores quando tal cosa oyó. Es cierto que no sintiera tanto una grave herida en el corazón; mas como estas cosas el mismo henojo da alivios para hablar, le dixo:

–Rompedla, mi señora, que tan gran trayción como esta yo os prometo que, aunque aventurase la vida, que no quede sin castigo.

–El daño es hecho –dixo Hermiliana–; ver la carta no se pierde nada. Ser él vuestro desde que nació, todas los sabemos, aunque á sido desdichado. Quiçá dirá algo con que se estorbassen tantas malas venturas como cada día passan. Hazedme tanto bien que la leamos.

–Hazed lo que quisiéredes –dixo Florisbella–, que tanto ymporta lo uno como lo otro.

Entonces Hermiliana la leyó, y bio que tenía las siguientes palabras:

Carta

/180-vº/ "El más sin ventura cavallero de quantos fueron, a quien los dioses de su nacimiento fueron contrarios, a ti, la más valerosa princesa del universo, señora de la Fortuna y de su rueda, gobierno de losfortunosos casos, salud, si darla puede quien jamás la conoció, con desseo de tu vida y de su muerte inbía. Quando tomé este papel para escrevirte con el súbito dolor del corazón por el tan gran atrevimiento, ocupado del mal de la Persia, gran tiempo estube que no pude hazerlo, en el qual se me representaron de nuevo todos mis males y binieron a la memoria los crueles estragos en mí hechos, pidiéndome que no curase de pedir misericordia a quien sería tan gran crueldad husarla conmigo, que, ya hecho a esta manera de vida, pasaría como quiera, y que, si la mudase, tendría más cierta la muerte como aquellos que criados con cosas ponçoñosas viben y, mudados en otras mejores, mueren. Paresciome que era aquello lo más cierto, y que vivir sin este mal no es justo [para] quien ha ganado en las desesperaciones tanta honrra. Y assí, soberana princessa, no es esta carta para pedirte clemencia, sino solamente para que, como gobierno sin el qual vibirse no puede, me ymbíes a mandar lo que haga, porque todas las oras que se me acuerda que te hago enojo, en este campo me

llega la muerte. Y suplicote que, domando en algo tu corazón, acordádosete que nunca tantos trabajos por nadie pasaron y que tantos años he andado por exemplo de penados, no me vastando a sufrir la mar ni la tierra ni aun los infernales moradores, no se me niegue esto que, concedido, a ti cuesta tan poco, protestado* de no salir de tu mandado hasta la muerte; la qual, si con tu voluntad fuese, ninguna cosa habría para mí más alegre. Y esperando que no será posible negar esto quedo, el sin ventura Periano de Persia”.

No tubieron tan poca fuerza las palabras de la carta en el corazón de Hermiliana y Matarrosa que no les hiziese venir las lágrimas a los ojos, acordándoseles cuántos trabajos y muy mortales angustias avían visto por sus ojos padezer al triste Periano. Mas Florisbella antes con aquellas cosas se encendía, que tal es el corazón de aquellos en quien el aborrecimiento se á encendido, y con esto les dize:

–Dexad esso, mis señoras, y vamos a ver qué han hecho las donzellas en el desafío del Cavallero Sin Amor.

–Mi señora –dixo Hermiliana–, las cosas en que va tanto no es menester hazer d’ellas tan poca quenta. Mirad que, si vos se lo mandáys, Periano dexará esta gue[r]ra(s) y se escusarán tantos daños como cada día beys por vuestros ojos y, aunque a la aventura, podría ser que en ella perdiésemos lo que más queremos.

–No me habléys en esso, mis señoras –dixo Florisbella–, que, aunque sobre el castigo d’este loco yo perdiese la vida y a Belflorán, lo tendría en poco, que nunca tal desatino se vio como el suyo, que á más de veynte años que porfía en esta locura.

No le ossaron responder palabra la reyna ni la princessa, que hera Florisbella tan grave que no tubiera nadie atrevimiento a replicarle cosa contra su voluntad. Y con esto Florisbella se salió, dexándoles la carta en las manos. Y Hermiliana [a]⁷¹³ Matarrosa dize:

–¿Cómo, y havemos de ser tan para poco que no bastemos con la princessa a que escriba una carta con la qual se acabará esta guerra?

–Hagámosle entender –dixo Matarrosa– que combiene para la vida de don Belianís y su sosiego, y que en ello no haze yerro ninguno, que podría ser lo acabásemos con ella, por más henojada que esté.

Y con esto, guardando Matarrosa la carta, se salieron tras la princessa; que, llamando al aposento de las donzellas, que acabaran de escrevir la carta, y ll[a]mando⁷¹⁴ al príncipe don Belianís para que la viesse, con el mayor contento que dezirse puede la leyeron todos, que en la forma siguiente estaba escrita: /181-rº/

⁷¹³ y.

⁷¹⁴ *llemando*.

Respuesta

"Las princessas griegas, con las demás damas en esta imperial ciudad ajuntadas, al Caballero sin Amor.

Gran contentamiento nos dio tu carta, Caballero Desamorado, por tener algo en qué entender en esta guerra, y que no se passasse en silencio nuestra hermosura donde todos los príncipes del universo heran ajuntados, si no biniera poblada de mil desatinos tales que requieren tu castigo, el qual, en ser por nuestra mano, sería gloria en qualquier buen conocimiento. Dizes que en tu juyzio alcançaste que de ser nosotras crueles nazen los desasosiegos a los cavalleros, y que en este daño somos la principal causa. A esto apenas merecías respuesta, pues devieras tener entendido que ninguno está obligado a ser contra sí cruel por ser con otro piadoso; que las damas no crueles, mas piadosas, por esto deven ser llamadas. Y esto es causa para no merecer leales amantes; mejor es padecer y no tenerlos, que ussan consigo mismos de tanto rigor. Y si esto te haze juzgar el no ser de tu dama favorecido, bives engañado, porque en el amor no ay dos coraçones, sino uno, y este es el de la dama querida, el qual es el gobierno de este peligroso tranze. Y si ella te quiere mal, aborrécete tú y ayuda a su propósito, y d'esta manera a la ventura alcançarás lo que desseas, y a lo menos darás contento a tu dama con cumplir su voluntad. Dizes que tu dama es de más valor y hermosura que todas las damas passadas y presentes; no la hemos visto para, en lo de la hermosura, sabernos determinar. Sola una cosa nos haze creer ser de valor: tenerte conocido, porque dama de tan buen conocimiento no puede tener falta ninguna, aunque entre las damas griegas ay algunas que, no se teniendo por feas, as obligado a sus cavalleros a combatir lo que ellas tienen a menos de los encarescimientos de tu carta. Y si lo primero en ella no huviera, esto fácilmente fuera perdonado. Mas por solo aquello recibimos tu desafío, y de nuestra parte nombramos para defensa de nuestra justicia a los príncipes don Belianís de Grecia y Armesildo de Ingalaterra, a los quales no será menester llevar otro recado nuestro, pues esta carta basta para todo. Con los avisos de nuestra carta bien crehemos de aquí adelante serás enamorado, pues el no serlo lo causaba la falta del conocimiento, el qual te dé el Soberano para que, sin otra más guer[r]a, conociendo tu culpa, gozes de nuestra clemencia."

Al fin tenía las firmas de todas las más principales, que assí le pareció a don Belianís, el qual, leyendo, dize:

–Si tal pago days, mis señoras, a todos los que de desabridos se precian, no estoy en dos puntos de rebelarme con vuestro servicio.

–Estas damas –dixo Florisbella–, para el responder hanse hecho señoras del negocio, y para la batalla hanme dado la mayor parte del peligro.

–Así está bien, mi señora –dixeron las donzellas–, porque estos desafíos todos vienen por

vos, que a nosotras nunca nos quiso nadie, y assí no avéys caydo en la pena.

Y con esto, llamando a Floriana, que de aquel menester sabía, mandando a muchos cavalleros princip[a]les⁷¹⁵ que la acompañassen, le dieron la respuesta. Y ella se fue para la tienda del Cavallero Desamorado, donde ya con la respuesta estava la hermosa Lindorena. Y sabiendo cada una a lo que la otra venía, juntas le dieron la embaxada; quedando d'ella muy alegre, les dize:

–Mis señoras, yo no sé qué responda a palabras tan acertadas más de que en este campo estoy; si desmesura dixere, estoy presto de recibir el castigo que se me diere.

Y dándoles ricas joyas, de que él tenía a la sazón más abundancia que todo el real, salió con ellas hasta la puerta de la tienda, diciendo no le ser más permitido. Y ellas tomaron cada una a su parte con la respuesta, y Belflorán quedó muy pensatibo de las batallas que esperaba, porque las damas del real para la batalla nombraron al soldán Periano y al atrevido Astrideo /181-vº/ de Bohemia, de lo qual a él le plazía; mas cómo combatir con su padre ni el hermano de su señora no lo sabía. Y con esto, mandando la donzella hazer unos palacios al un lado del campo, que cercado de maravillosa y costosa obra estava, los quales no por el saber humano parecían labrarse, porque a vista de todos los que querían venir a mirarlo en aquel día y otro los vieron acabados, tales que no tenía Persia ni Constantinopla otros tales, entendiendo en ellos muchos de los gastadores y oficiales del real, los quales no sabían cómo hazían más labores en una ora que otras vezes en un año, quedó Belflorán esperando lo que el tal jornada le subcedería.

Capítulo 35: Cómo la reina Zenobia vino en favor de la emperatriz Claristea.

Cuenta la hystoria que el paje que dio a Florisbella la carta bolvió a Astrideo y al soldán con la respuesta, diciendo cómo él mismo se la diera en su mano, con lo qual Periano fue más alegre que jamás lo fuera, porque el corazón husado a mal poco contento le parece gloria. Y abraçando a Astrideo, le dezía:

–No sé cuándo, Astrideo, hos tengo de pagar tanto bien como me avéys hecho. Creedme que, si respuesta huviesse, no podía jamás ser triste, aunque me embiase a dezir mil males.

–Sí avréys, señor –dezía Astrideo–, que, pues esso a la princesa cuesta tan poco, no habrá causa para negarlo.

Y con esto, platicando en el desafío del Cavallero sin Amor y holgándose de ser para él nombrados, Periano, ya que quería anochecer, se salió paseando del real; donde no hubo apartádose tres tiros de arco quando, elevado en los mortales pensamientos suyos, para sí vio venir un hombre tan grande como un mástil de nao, en su manera negro y oscuro. Periano se turbó, paresciéndole que era algún demonio; mas, como él huviesse estado en parte donde había tantos,

⁷¹⁵ *principales.*

esperole por ver qué haría. El qual vino derecho a emparejar con él. Perianeó puso mano a la espada, mas la figura le dixo:

–Está quedo, soldán de Persia, que tus armas para conmigo no son necessarias.

Él lo hizo así, metiéndola en la bayna, y como más cerca llegasse conoció ser Bulcano, que ya en las infernales herrerías le viera otra vez; y perdiendo el pavor, le dixo:

–¿Qué venida es, Bulcano, a tal parte? ¿Vienes a la ventura en busca mía?

–Sí –dixo el pavoroso herrero–, que, sabiendo Plutón que se te aparejava una mortal batalla con un cavallero que se dize Sin Amor, me mandó que a la ora te traxese estas armas, que son las mejores que de mis manos salieron jamás, y esta espada, que fue con la que peleó Júpiter contra Saturno quando le echó de sus tierras.

–¡Bálanme los diosses! –dixo Perianeó–, ¿y tan valiente es el Cavallero Sin Amor, que no bastavan las armas que yo tenía?

–Sábetete –dixo Bulcano–, que ni estas ni las otras no aprovechan contra su valentía, que en ella a ti y a todos los que oy biven tiene ventaja, seg[ún]⁷¹⁶ a mí me contaron las Parcas y yo he visto en el estambre de que su vida se texe; y cada vez que pudieres escusar la batalla en qualquier tranze d’ella, no lo dexes, que de otra suerte ya podría ser venirme mal d’ello.

–Yo lo haré así –dixo Perianeó–, y agora me di si ay allá alguna noticia del fin de estos espantosos negocios.

–No sé más –dixo Bulcano– de que todavía van tus hados rebueltos en sangre. Muestran al fin próspero subcesso, y los ados han de hallar camino; por esso, ten firme en ser valeroso, que esto, si tu voluntad no lo pierde, la Fortuna te lo podrá quitar. Y mira si me quieres otra cosa, que me voy.

–Que me encomiendes a Plutón y a Proserpina –dixo Perianeó.

Entonces tomó las armas y Plutón desapareció; y, aunque no vía las labores d’ellas, bien tuvo por cierto serían /182-rº/ tales como le dixera; y heran l[a]s⁷¹⁷ mejores del mundo, como vos contaremos al tiempo que saliere con ellas a esta batalla.

Y llegando al real, fuele dicho que grande armada parescía en la mar, y que borlabenteava, teniéndose hazia el golfo, esperando a la mañana para tomar puerto, y con el mismo cuydado estavan en la ciudad. Y como la mañana fuesse venida, al puerto pareció una armada, la más bella que de tantas nabes huviesse en el puerto, y aunque las divisas no fuessen conocidas, en lo que d’ellas se mostrava heran paganos. Y como fuesse entendido por la ciudad, a Armesildo se mandó que él y el buen conde Polineo entrassen en una galera y, sabiendo quiénes heran, les hiziessen saber las treguas para que, queriéndose aprovechar d’ellas, se hiziesse así, y si no, procurassen de no dexarles tomar puerto. Y ellos lo hizieron assí, imbiando a lo mismo de la parte de los alemanes al príncipe Leandro de Saxonia y a don Dolistor de Nubia. Y con esto, adereçando el duque su armada para si alguna

⁷¹⁶ *segn.*

⁷¹⁷ *los.*

cosa fuesse necesario, porque avía visto salir copia de galeras de Arisa, Armesildo y Polineo se fueron derechos a la capitana.

Y para que entendáys quién hera esta gente, sabed que, quando la guerra troyana, donde los griegos tantos años en compañía de Agamenón estuvieron, sus mugeres, a quien tan larga ausencia hera intolerable, con desseo de no morir puestas en el olvido de naturaleza, y otras teniendo por cierto que de las manos de Héctor y Troylo y sus hermanos no escaparían o serían ya muertos, se proveyeron de otros que supliessen la falta que la ausencia de los guerreros maridos les causava. Y no fue en una, o tres o quatro damas este intento, sino a la ventura en la mayor parte y mejores de la nación griega, en los quales huvieron hijos no menos balientes y animosos que sus padres, y aun quien las damas tenían pensamiento dexar sus patrimonios. Pues como los griegos después de cinquenta y tres batallas campales alcançassen la victoria, que todo el mundo tenía por cierto lo contrario, muy alegres se bolvieron para sus tierras, esperando gozar en dulce compañía de sus mugeres lo que de la vida restava. Mas como tantos adulterinos hijos hera imposible encubrirse, antes que llegassen tuvieron nueva cierta del daño que en sus casas avía subcedido, y como sabios acordaron que, si las mugeres e hijos matassen, sería a la ventura otra nueva crueldad no menor que en la que en Troya quedava hecha, la qual a la ventura sería parte para que no los dexassen reynar. Y así a las mugeres perdonaron, y a los hijos de toda Grecia desterraron, entre los quales fue Falanto, el griego; el qual, como príncipe, no a las cosas que otros muchos se aplicó; antes fornesciendo* tres o quatro galeras, acompañado de más de mil y quinientos cavalleros muy principales a quienes el destierro hera dado por pena, se metió en corso por la mar, donde ellos hizieron ricas presas.

Y subcediendo guerra a los de Tracia con sus vezinos, Falanto les vino a ayudar por su sueldo, el qual ellos le pagavan muy cumplidamente. Los griegos heran mançebos y arto gentiles hombres, y no hubo hombre d'ellos que no tomasse amores con las principales de la ysla, y Falanto con Acontea, hija d[e]l⁷¹⁸ rey de Tracia, de las quales heran muy queridos. Pues como la guerra feneciesse y los tracianos quisiessen a los griegos más para la guerra que para enamorados en sus casas, para lo qual ellos se tenían por bastantes, los despidieron; que siendo visto por sus hijas, y que sus coraçones yvan en poder que los que de Creta, para no bolver a ella jamás, se partieron, acordaron de secretamente yrse con ellos, teniendo por mejor la muerte en su compañía que la vida descansada en Tracia. Y, robando de sus casas lo mejor, se hizieron con ellos a la mar; donde, halladas menos en Tracia, teniéndolas por perdidas o mal casadas, si ello importa más uno que otro, no curaron de buscarlas. Y Falanto y sus compa- /182-vº/ -ñeros, alegres, gozaron del robo en ocho o nueve galeras que ya traían; los quales, como gente velicosa y a quien importava más otra presa que ropa, no vían la ora que dexarlas. Y así, aviéndolas traído consigo por espacio de dos meses, andando assaz cansados de la enojosa carga, un día llegaron con sus galeras al puerto Nicogian, que

⁷¹⁸ *dal.*

entonces era conocido, no muy lexos de las alturas del monte Cáucaso, adonde salieron en tierra; y metiéndose con ellas quanto una legua por la tierra, aquella noche, fingiendo yr a descubrir tierras, las dexaron y se embarcaron en sus galeras –¡crueldad fuera de términos humanos!–, y ellos fueron, según cuentan las hystorias, a poblar a Tarento.

Las damas enamoradas, que tales se hallaron, poco será menester encarezer a los términos que vinieron, acordando unas de matarse y otras, otros estraños casos muy semejantes a este. Mas al fin ellas aborrescieron de tal suerte los hombres que, haziendo en aquel puerto un muelle, hedificaron allí y, procurando humana conversación en quanto hera menester para no dexar de multiplicarse, las que parían hijos los imbiavan a trocar por otra mercadería en aviendo quatro años; y las hijas, quemándoles un pecho, hazían flechar, husándolas al travajo y exercicio de la guerra, en lo qual, ayudándoles la crueldad que con ellas se avía ussado, salieron tan diestras, y su potencia se encendió tanto que vino a ser una de las potencias, y no de las menores, de Asia. Al principio llamáronse "oréntides", mas después se han llamado "amaçonas".

De estas hera señora la reyna Zenobia; no aquella que fue vençida por el emperador Aureliano, sino otra, que aquella, aunque fue contra los romanos gran señora en Asia, no fue reyna de amaçonas, que aún a la saçón no heran salidas del monte Cáucaso en ajenas conquistas. La qual, como en sus hystorias leyese el daño y menosprecio de Falanto, no le pareció que sería cosa dexar de vengarse en las tierras de los griegos, que de esto le tenían poca culpa. Y comunicando su intención con la reyna de Yrcania y otras tres o quatro basallas suyas, paresciéndoles muy bien, acordaron passar con su armada en Grecia. Y saviendo que toda Asia y África yva al mismo effecto, para no perder tal ocasión se dio toda priessa a venir, aunque se tardó.

Asta agora de esta reyna Zenobia los antiguos cuentan estraños casos y hechos en harmas y peligrosas conquistas, que por huyr cosas que muchos hystoriadores han contado no digo. Baste que Ludovico Ariosto en su *Furioso*⁷¹⁹ y otros d'ello han echo larga noticia.

Esta era agora la flota que venía con tanta pujança, tantas y tan ricas banderas y estandartes, y sonándose en ella tanto ruydo de menistres que al cielo llegavan; a la qual llegó Armesildo y, haziendo señal que era embajador, fue puesto ante la reyna Zenobia, cuya estraña ermosura casi le sacó de sentido. Viendo junto d'ella otras damas en extremo bien dispuestas con ricos arneses y las espadas a los cuellos no supo qué dezirse; y, como él fuesse no menos gentil cavallero que quantos el mundo tuviesse, fuera de los tres hermanos, armado con un arnés lleno de rica perlería, con una gorra en la cabeça que relumbrava como la corona de Febo, no les dio menos a ellas que mirar. Armesildo, que algo se asossegó de su turbación, a la reyna Zenobia dize:

⁷¹⁹ Se menciona a Cenobia en el Canto Trigesimosexto del *Orlando Furioso*: “Arpalice no fue, no fue Tamiro, / no quien a Héctor o Turno socorriera. / No quien, seguida de Sidón y Tiro / por mar llegó de Libia a la ribera / no Zenobia, ni aquella que el asirio / y persio pueblo e Indo así corriera / no aquestas ni otras muchas dignas damas, / solas dejaron por las armas famas.”, *Orlando Furioso*, Ludovico Ariosto, ed. de F.J. Alcántara, trad. Jerónimo de Urrea, Barcelona, Planeta, 1988.

–Señora, porque yo soy mensajero de los príncipes griegos y me conviene dar mi recado al caudillo de esta armada, suplico a la vuestra merced que, no lo tomando a descomedimiento, me digáys si está aquí, porque, cuydando hallar rebustos cavalleros, he hallado la compañía del cielo, con tanta gloria para mí que creo seré de oy más bienaventurado.

–Cavallero –dixo la reyna Zenobia–, vosotros, los griegos, tenéys buena condición, que las injurias que a los otros hazéys escrevislas en la arena, y assí tenéys poco cuydado del que a los otros siempre lastima, y con esto no tengo a mucho que nuestro nombre no aya llegado a vues- /183-rº/ -tra noticia. Sabed que yo soy la reyna Zenobia, la madre de las amazonas, de las quales viene esta flota poblada; que, aunque agora os parecen ángeles, ya vendrá tiempo que en el campo os parezcan demonios. Vengo a procurar la enmienda de cierto daño por vosotros hecho, y aviendo oýdo dezir otro que agora nuevamente havéys echo también contra la emperatriz de Alemania, teniéndolo por cierto, la quiero favorecer en esta jornada.

–Soberana señora –dixo Armesildo–, los griegos no acostumbran tomar armas contra mugeres, y en demás con semejantes damas, sino servir las; y, si por alguno de su parte algún enojo os ha sido hecho, entregarle han en vuestro poder, con otra qualquier satisfacción que por vuestra parte pueda ser pedida. Y para esto no son menester otras armas sino vuestro valor y hermosura.

–Cavallero –dixo la reyna Zenobia–, vos podéys bolver con esta respuesta a los que os imbiaron, que no es esta cosa tan ligera como a vos os parece, ni que lleva la enmienda que vos cuydáys.

–Pues, señora –dixo Armesildo–, sabed que agora ay treguas entre los griegos y sus enemigos y, si os parece, podéys gozar d’ellas; y si no, mandan os dezir que no consintirán que toméys puerto.

La reyna yva a responder quando le dixeron que estava allí un embajador de la reyna de Alemania; y, mandándole subir, no fueron menos maravillados de la hermosura de don Dolistor de Nubia y Leandro. Y como don Dolistor se huviesse informado de la causa de aquella venida, ante la reyna hincó las rodillas, diciendo:

–El dios Júpiter, soberana señora del monte Cáucaso y sus comarcanas regiones con los reynos de Colcas, Yrcania y sus moradores, guarde y conserve tu real estado. La emperatriz de Alemania, a quien toca la mayor parte d’esta guerra, manda vesar tus manos y dize que segura estava ella que tan alta bondad como la tuya no podía faltar en tan generosa empresa, de lo qual ella es muy alegre. Y porque agora se guardan treguas, tengas por bien por tu parte antes confirmarlas que romperlas, porque a entr’ambas partes conviene esto así. Y ella te queda esperando a la ribera con otras damas y cavalleros del real.

–Cavallero –dixo la reyna Zenobia–, dezid a la señora emperatriz y a esos señores príncipes que yo soy venida por hazerles plazer en todo lo que pudiere y, pues en esso lo reciben, que se haga como mandaren. Y essa será la respuesta para este cavallero que de parte de los griegos viene.

Leandro de Saxonia miró entonces a Armesildo y, conociéndole, le hizo gran acatamiento hasta hincar una rodilla en el suelo. Otro tanto hizo Dolistor, y él los abrazó a entr'ambos, y con esto todos se quisieron despedir de la reyna Zenobia; la qual a don Dolistor y Leandro dio licencia, y a Armesildo dize que se quede, que, pues él fue el primer cavallero que en aquellas partes havía visto, quería la ayudase a desembarcar. De lo qual Armesildo fue no poco contento y, mandando a un cavallero llevar la respuesta, él se quedó con la reyna, que muy agradada d'él le dixo, si hera griego, le hiziesse tanto contento de dezírselo.

–No, mi señora –dixo Armesildo–, aunque les soy deudo, y más tan amigo que con razón me lo podría llamar.

–Pues vuestro nombre y tierra me avéys de dezir –dixo la reyna.

–Yo, mi señora –dixo el príncipe–, me llamo Armesildo de Ingalaterra, hijo del rey don Serafín de España.

–Perdonadme, señor Armesildo –dixo la reyna–, que no conoceros me quita de culpa.

Entonces le mandó assentar a él y al conde, que hasta entonces en pie los tuviera, y saltando en los esquifles salieron en tierra, con tanta magestad de la reyna que a todos dio admiración, porque la sacaron doze elefantes, los quales tiravan un carro tan grande que dentro cabían más de mil caballeros, con siete arcos triunfales, los quales uno sobre otro hazían una manera de corona tan resplandesciente que como el sol a todas partes relumbrava. No havía tal pieça en el /183-vº/ universo para entrar en batalla. Tenía en torno de los arcos seys almenas y torres y cubos fuertes llenos de aquellas sus mugeres, que muy bien armadas con sus armas y flechas parecían un nuevo encantamiento. Cada elefante llevaba sobre sí un pequeño castillo en que llevaba otras doze mugeres, con tantos géneros de militares instrumentos quantos havía en el real. No quiso la reyna salir en este carro ni otros muchos que la estaban esperando, mas tomó un alindado olicornio, en que ella acostumbrava entrar en las batallas, tan hermoso y fuerte que no havía cavallo en Berbería que se le ygualse, y delante d'ella su batalla tendida, en que yvan cinqüenta mil amazonas tan diestras en la guerra como los partos, de los quales ellas la manera de pelear avían aprendido.

Esperándola estaban la mayor parte de los príncipes del real, a los quales ella recibió amorosamente. Mas quando llegaron Periano y Ariobarçano con la princesa Claristea y Dolisena y la bella Troyana, la reyna se hizo apear del olicornio y, siendo avisada por Armesildo de quién fuesse cada uno, los rezibió con tanta gracia que a los más dexó de sí perdidos. Ella y Claristea se abrazaron con tanto amor como si de mucho tiempo se conocieran. Dígoos de Ariobarçano que de la reyna quedó en extremo agradao, paresciéndole tan hermosa como quantas él huviesse visto, y hella puso en él y en Periano los ojos más que en otro alguno, sabiendo ser tan grandes señores y balientes cavalleros.

En esta manera començaron a yrse la buelta del real. Los príncipes, que querían que la reyna viesse su grandeza, le hizieron dar buelta por el contorno de las esquadras hasta llegar al campo

donde el Cavallero Sin Amor estava. La reyna, que tan hermoso campo cerrado y tienda y palacio vio, pregunta la causa de aquello, y Dolisena le dixo que aquel cavallero tenía desafiados entr'ambos reales y a todas las damas, contándole la causa, de que la reyna Zenobia se rió mucho, diziendo:

–Yo quiero que mis damas sean las primeras que defiendan esta aventura, que, pues yo soy venida, bueno será meterme la primera en esta empresa en que las mugeres recibimos tanto agravio.

–No faltará quien sirva en esta empresa a vuestra alteza –dixo Armesildo– sin dar tanta honrra a cavallero tan mal mirado.

–Antes quiero yo agradeceros –dixo la reyna– el trabaxo que en acompañarme havéys tomado, que quiero por mi persona combatir este campo.

Y con esto, llegados a la tienda de Claristea, Armesildo se despidió de todos, acompañándole muchos hasta salir del real, y se tornó a Constantinopla, a donde dio cuenta de todo lo que passa, y cómo la reyna Zenobia quería comnatir con el Cavallero sin Amor; y el emperador se olgó mucho, y mandó que ningún cavallero griego por aquellos tres días combatiesse con él. Las damas griegas tenían tanto desseo de ver las batallas que acordaron otro día de yr a verlas, donde subcedi(i)eron admirables cosas, según que en el processo d'esta hystoria vos será contado.

Capítulo 36: De lo que en la deffensa del campo subcedió a Belflorán con la reyna Zenobia y otros.

¡Quién dirá las diversas locuras de los enamorados!, pues es cierto que, escapándose muy pocos d'este mal, ninguno lleva el camino que otro, y al fin van todos desatinados. Jornada es donde todos estropieçan y ninguno dexa de caer; montaña con diversos caminos, que açertar el que conviene es la mayor perdición de todas. El que a ssí mismo no pierde, por otro es llamado bárbaro, y el que no da su descanso por el ajeno es tenido por loco. ¿Quién contará tal locura como la del Belflorán? Si otro /184-rº/ defendiera lo que él, muriera, llamándole mil renombres propios a su merescimiento, y agora aventura la vida, la honrra, los amigos a semejante tranze, esperando graves y ásperas batallas. Mas, antes que alguna començase, no sería una ora del día quando al campo llegaron tantos cavalleros y hermosas damas que no quedava en el universo qué mirar. No será menester detenerme en contar sus nombres, pues, excepto Laura, no quedó ninguna que no biniesse de la ciudad, con tan ricos adereços y costosos atabíos que no les quedavan otros tales. ¡Quién viera a Florisbella, a Sirena, a Poliçena, a Aurora, a Matarrosa, las lindas Anaxares, Alçisa, Celia, al espejo de las nascidas Belianisa, a Felisena, Florinda, con tantas damas de su acompañamiento, que de dos mil passavan, con tanta pujança! Paresciérale no quedar en el mundo otra cosa que mirar.

Mas, quando llegaron al campo, ya Belflorán estava a cavallo, tan bien adereçado que a todos dio bien qué mirar. Venía armado de armas amarillas; el escudo avía de la misma color, en él pintado el dios de Amor, el arco y las flechas a los pies, y encima la Fortuna con su rueda, en la qual

parecía traer al mismo Cupido dando bueltas en torno. El cerco hera todo de relumbrantes piedras y perlas de valor, y una letra que dezía: “El favor es de Fortuna, que el amor no tiene sino dolor”. Traía muy ricas cubiertas con gran cantidad de plumas en la testera del cavallo. Y viendo venir las princesas se fue para ellas, arremetiendo el cavallo con mejor gracia que Marte; delante de Florisbella le hizo hincar ambas rodillas, y metiendo él la cabeça hasta los arçones, levantando la visera, dixo:

–Esclarecida prin[c]esa⁷²⁰, puesto caso que la enemistad presente me escusava de ossar pedir semejante merced, todavía os suplico seáys servida de me otorgar un don.

–Cavallero Sin Amor –dixo la princesa–, yo os le otorgo de muy buena voluntad, para que veáys que no del todo son las damas ingratas en lo que buenamente cumplir pueden.

–Yo beso vuestras imperiales manos –dixo Belflorán–, y avéysme de otorgar de tener este palacio por morada durante el término de mi demanda, pues, siendo las treguas tan seguras, con ella no se aventura ningún peligro.

–A mí plaze –dixo Florisbella–, si el príncipe, mi señor, es d’ello contento.

Don Belianís, que bien cerca yba, riendo le dixo que hiziese a su guisa, que allí se podría hazer guardia para que no huviesse algún temor. Belflorán le pidió las manos por la merced. Y con esto, holgándose todas las damas de su gentil disposición, se entraron en los palacios, cuyas maravillosas labores y costosos hedificios no por humanas manos parecían labrados. Hera de grandeza sobrada, porque tenía quatro partes y cada una d’ellas tenía de largo tiro de un arco. Los corredores, escaleras, maderamientos, no se dexavan ver con la multitud de oro y plata de que estaban cubiertos. No hera esso lo que más tenía que mirar, porque nunca Egypto ni las otras naciones que d’ello se estimaron vieron tan ricos doseles de oro y plata con tantas piedras y perlas; las tapicerías de oro y plata y seda de la India, con tales hystorias y figuras que parecían bivas; tantos aparadores con tan ricas baxillas a todos traía elebados, no creyendo que tal cosa viessen. Havía tanta abundancia y recado de gente, tan principales y bien adereçados, que no hera el quinto lo que avía en la ciudad. Ninguno en el recado de otro se oc[u]paba, porque cada uno a lo que le era encomendado dava cobro. Y assí llegadas, las princesas, muy alegres de ver tan buen recebimiento, y teniendo al cavallero en más que hasta entonces, subieron a la principal sala, donde determinaron en todo hazer lo que Florisbella prometiera, no se teniendo por mal aposentadas: a cada una se le dio aposento como convenía.

Y, parándose a mirar a unos corredores y miradores que al campo salían, vieron venir a los príncipes, sus contrarios, los cuales venían acompañando a la reyna Zenobia, que la prime- /184-vº/ -ra batalla escogiera. La magestad con que venían otro mayor prozesso que el de esta hystoria requería. Venía[n] en su acompañamiento, sin faltar ninguno, todos quantos príncipes tenía el real.

⁷²⁰ *prineesa*.

Ninguno traía armas, porque aquel día a las damas el usso d'ellas tocava. Traían en aquel pujante carro suyo todas sus princessas, y venían en su acompañamiento más de otros tres mil, de los cuales todo el torno del estacado se cubrió, hiziéndose tantos miradores y ventanas como en la plaça de Constantinopla, aunque muy mayores y más lo estuviera. Venían tres esquadrones de sus mugeres, armadas de ricos arneses con sus arcos sorianos en los arçones y sus lanças en las manos, todos sus sayos de armas y cubiertas de brocado y seda, con tantas y tan ricas sobrevistas que como unos espejos venían relumbrando. Las cuales entraron con tanto estruendo y ruydo de militares instrumentos por la una puerta del campo, saliendo por la otra, que, como fuesen tan hermosas, a todos dieron bien qué mirar. Venía la reyna en su olicornio, armada de unas armas rosadas, con tal postura y parecer que a todos dio de sí estraño contento. El escudo le traía Periano y la lança Ariobarçano, y el emperador de Trapisonda el yelmo.

Pues como en el campo entrasse, siéndole dadas sus armas, arremetió el olicornio por el campo hasta los palacios, y viendo tanta hermosura en cavalleros y damas fue maravillada. Y, baxando su cabeça en señal de acatamiento, todas las damas se pusieron en pie, haziéndose su mesura. Y con esto llegó a la tienda, tocando el escudo del Desamorado Cavallero en señal que su batalla quería, a guisa de cavallero andante. Belflorán se vino para ella sin enlaçar su yelmo ni tomar lança; y, con aquel comedimiento que se le devía, le dixo:

–Soberana princesa, aunque yo defienda la ingratitud de las damas por la sinrazón a los cavalleros echa, no se entiende que aya de combatir sino con sus cavalleros, porque en lo demás ante vuestro acatamiento yo rindo mis armas, y aun me desdiré de mi demanda si soys servida.

–Cavallero de Marte –dixo la reyna–, no quiero con vuestros comedimientos ser vencida, sino con las harmas en la mano. Por esso conviene que, si no queréys que de lo segundo quede más affrentada que de lo primero, nuestra batalla se haga.

–Mi señora –dixo Belflorán–, yo por mi voluntad no lo haré. Véanlo cavalleros y, si ellos dixeren que soy obligado ha combatyr, hazerlo he. Y si no, vuestra alteza me perdone, que no sería buena batalla donde yo mismo yva vencido.

Con esta contienda llegaron ante el cadahalso, donde Periano con los grandes del real estava, porque d'él se hallaron más cerca; y puesta la quistión, grande contienda hubo entre ellos, y acordaron que el parecer de los griegos también se tomase, y para pedirle se embió ha Astrideo. El qual, llegado ante ellos, bien turbado en ver a Florisbella, propuso el negocio, y por los griegos fue acordado que, pues la reyna no hera nombrada para aquel campo por las damas y el desafío general no avía sido sino a los cavalleros, que él no hera obligado a combatir. Bien pareció aquello a los asirios y naciones estrañas; mas los alemanes tenían contrario parecer, y que la reyna, pues tenía horden de cavallería, el cavallero hera obligado a combatir⁷²¹. Y el negocio pasó tan adelante que

⁷²¹ “y que, pues la reyna tenía horden de cavallería, el cavallero hera obligado a combatir”.

uviera sido grave discordia, porque estuvieron en desafiarse muchos cavalleros unos con otros; que, visto por Belflorán, a la reyna dize:

–Esclarecida princesa, si tanta voluntad tenéys de combatir este campo, porque no seamos causa de mayor daño, yo soy contento de combatyr con vos tres horas, en las quales, si vos me venciéredes, avréys acadado vuestro desseo, y si no, yo quedaré en el campo, no como vencedor, sino como vuestro rendido.

–Pláceme –dixo la reyna, como aquella que no tres horas, mas una, cuydava que no huviesse cavallero que la atendiesse.

Y con esto, cesando las alteraciones de la una parte y de la otra, cada uno tomó del campo la parte que le convenía, aviéndose mirado bien por la hora, que entr’ambos lo pidieron. Estava Belflorán confuso entre sí, diziendo:

–Agora, desconcertado cavallero, se declara mejor quien tú he- /185-rº/ -[res]⁷²², pues contra las flacas mugeres tomas armas.

A esta hora sonaron los clarines, y parten el uno para el otro con la velocidad de sus animales, que más ligeros que los ayres corrían. En medio del campo se juntaron; alçó Belflorán la lança por no herir a Cenobia, mas ella hizo la suya mil rajás. Juntáronse de los cuerpos de los caballos y yelmos con la mayor estrañeza que se oyó jamás, porque el olicornio y cavallo corrían tan furiosos que hizo el golpe no pensado. El olicornio vino al suelo muerto, y la reyna huvo yelmo, escudo y arnés hecho pedaços. Y, no quedando correón sano, vino tal como muerta al suelo, casi desarmada. *Bolador*, el cavallo de Belflorán, se hizo atrás bien seis pasos, y a su señor le rebentó dentro del yelmo copia de sangre de la boca. Quedó medio desatinado, aunque se tuvo firme como una peña; y recobrándose algo, viendo tal a la reyna, nunca ygual pessar sintió y, con el despecho que le vino, arrojó de sí la lança hasta la mitad del campo, con tanta furia que los dos tercios d’ella metió por tierra, partiendo una peña por donde entró. Y, saltando del cavallo, se fue para la reyna, dando voces a los cavalleros que ha socorrerla venían se tuviessen afuera. Y tomándola en sus braços, la reyna bolvió en sí, aunque tal que más por muerta que por biva se tenía. Y, aunque tan gran mal a causa del cavallero le viniera, antes amor que aborrescimiento le cobró, y como mejor pudo le dixo:

–Cavallero, yo veo mi muerte muy cerca, y no me pesa tanto d’ella quanto de no quedar para serviros; mas en el entretanto, ved lo que yo queréys que haga, que soy vuestra prisionera.

–Señora –dixo Belflorán–, no querrá el soberano Señor que tan gran mal me aya acontecido, que, si vos de este mal morís, yo prometo acompañaros en la muerte. Mas, porque entiendo que a la parte que yo os embiaré será ganar la vida de entr’ambos, yo quiero que, assí como estáys, de mi parte os presentéis ante la princesa Belianisa de Ingalaterra, y allí estéis hasta que yo salga de este

⁷²² En el reclamo, pero no en el texto.

campo.

–Plázeme –dixo la reyna– de buena voluntad.

Y como estuviese más aliviada, assí a pie, acompañándola los que con ella vinieron, se fue al palacio donde las damas estaban, que, viéndola assí venir y sabiendo ser tan grand señora, hasta la escalera la salieron a rescebir. Mas ella, que mal dispuesta yva, preguntó por la princesa Belianisa. Y siéndole mostrada, perdiendo más el sentido en ver tal hermosura ante ella, hincó las rodillas. Belianisa hizo lo mismo, hasta que la reyna se levantó y, sacando fuerças donde no las avía, le dixo:

–Hermosa princesa, con cuya vista las diferencias de hermosura cesaron; yo soy venida por el Cavallero Sin Amor, y aunque yo pendé aver perdido lo que en esta vida tenía que perder, agora qüento por gran ventura mía este subceso, por aver venido a vuestro poder, adonde él me embía presa. Para mayor libertad, yo le prometí estar aquí lo que este campo durare, y pésame que, aunque sea toda la vida, será breve.

Todas se rieron de lo que el Cavallero Sin Amor hiziera, y Belianisa más, que le dixo:

–No sé, mi señora, qué me juzgue de este cavallero, que sus cosas van con el mayor desatino posible, y este, el mayor de todos, embiando tan alta reyna a tan baxo merecimiento como el mío. Mas, pues esta merced quedará en memoria para siempre, quiérola recevir, y la vuestra merced se venga conmigo, que tendrá necesidad de ser curada.

La reyna lo hizo assí, y se fueron con ellas las quatro donzellas Florinda y Felisena y Anaxares y Celia a su aposento, de cuya estrañeza y ricos adereços la reyna Cenobia fue maravillada. Allí, con aquellos remedios que el quebrantamiento requiere, fue curada. Y dexándola reposar, salieron a las ventanas, que les dixeron que avía nuevos cavalleros. Y así era la verdad, que en el campo entraran 20, armados de una devisa de armas celestres, solos, sin que ninguno los acompañase, con los quales Belflorán uvo estrañas justas. Mas al fin todos fueron derribados y, quitándose los yelmos, mostraron ser de las mugeres de la reyna, de que a Belflorán pesó tanto que le hizo dezir villanía, porque en alta voz dixo:

–¡Gran /185-vº/ vergüença es, cavalleros, que donde tantos están sea necesario las mugeres tomar armas!

Y saltando del cavallo les pidió perdón de su yerro, diziendo aver procedido de no conocerlas. ¡Quién os dirá el pesar de los moros, oyéndose assí baldonar*! Y entre ellos uno solo viniera armado, que nunca él armas dexava. Era aquel esforçado Mitrídano de Troya, el qual, metiéndose en el campo, le respondió:

–Cavallero descomedido, si os cresce el orgullo por las batallas que con las mugeres avéys avido, a tiempo soys de ver que no faltarán cavalleros que os enseñarán más cortesía.

–No sé quién soys –dixo Belflorán–, que tant avisado os queréys mostrar.

Y tomando del campo cada uno lo que le convenía, presto se juntaron en medio de aquel campo. No pasaron las lanças los harnesses, que tal virtud de los hados encantados tenían, mas las

hastillas bolaron tan altas que se perdieron de vista. Perdió el valeroso troyano estribos, y aún quenta Fristón que en toda la batalla pudo cobrar él uno. Y sacando sus espadas, más claras que una estrella, dan buelta con sus cavallos el uno sobre el otro. Belflorán fue herido al través del yelmo y hízole bolver más de lo que él quisiera la cabeça a una parte. Mas Mitrídano huviera perdido la silla; que, siendo visto por Belflorán, fiándose en su cavallo le dio de los pechos tan rezio que a él y al suyo hizo dar una mala caýda. No se pudo detener *Bolador*, porque tropeçó, he yva a dar de ojos muy lexos por tenerse. Belflorán, por temor de alguna desgracia, con tanta ligereza como si estuviera de pies en la silla saltó a la otra parte, que a todo el campo dexó maravillado, y esperó a Mitrídano, que sobre él venía. Mas, aunque el troyano hera valeroso, la batalla es desigual, que el príncipe griego, enojado de que su batalla tanto durase, reparándose a la parte alta cerró con su enemigo, donde, aunque de sus fuerças se quiso ayudar, le apretó tan fuertemente que platas y espaldas juntava lo uno con lo otro, y púsole en tierra, donde fue llevado preso a su estraña tienda. Y, tornando a tomar su cavallo, esperó por nueva batalla.

He dígovos que aquel día venció veynte cavalleros de la parte de los moros, entre los quales fue el uno el príncipe Zoroaydes de Mauritania y el esforçado Crisaliano, y Tesalino de Tartaria, todos los quales fueron a su tienda llevados pressos. Y como la noche viniesse, espantados todos de lo que avían visto, los moros se bolvieron a sus tiendas, y los príncipes christianos se aposentaron en aquellos palacios, mandando hazer guardia, aunque no hera necesario. Y visitando a la reyna Cenobia, ella mandó llamar a Armesildo, el qual con Belianisa quedaron con ella platicando en diversas cosas, tan enamorado el triste Armesildo que no sabía hablar palabra. Mas la reyna, puesto que de platicar con Armesildo se holgase, tenía los pensamientos en el Cavallero Sin Amor, como aquella que de su gracia y esfuerço quedara muy contenta, y a Belianisa dize:

–Muy vuestro, mi señora, deve ser el Cavallero Desamorado, y assí es bien que en tan altos pensamientos se acaben tan estrañas cosas.

–¿Mío? –dixo Belianisa–. Yo le doy a vuestra alteza, que prenda tan comedida no es para ser guardada.

–¿Por qué lo dezís, mi señora? –dixo la reyna–, que el cavallero no me parece tiene falta alguna.

–Yo no sé –dixo Belianisa– más de lo que agora vemos, que es un desatino conocido, porque este cavallero no hay en la corte quien le conosca, que es estrangero, he yo quiero ver si Armesildo me haze d'él vengada. Si no, yo no le quiero hablar más.

–Yo, señora –dixo Armesildo–, creo seré poca parte si no es con la razón de vengar el enojo que la reyna, mi señora, ha rescebido d'él.

–Si algún enojo me hizo el cavallero –dixo la reyna–, yo se le perdono, que me satisfizo muy bien en embiarme ha tal parte, y él me dixo que su vida y la mía estava segura con embiarme aquí; y no solo no deseo enojarle, pero servirle hía yo con todo lo que pudiese. Y avisadme, señor

Armesildo, cuándo á de ser la batalla vuestra, que la quiero ver.

–Con esso soy contento, mi señora –dixo Armesildo–, aunque, si /186-rº/ meresciesse l[le]var alguna joya vuestra, tendría el campo seguro.

–No sé qué os dar, señor –dixo la reyna–, que de vuestro contento recibiría mi parte. Si queréys mi espada, veysla aquí, aunque yo soy tan obligada, con razón, a vuestro contrario, que haría mal en cortar contra él.

Armesildo le pidió las manos por la merced y tomó la espada de la reyna, dándole él la suya, que, fuera tres, no tenía el mundo otra tal. Y, aunque desesperado, pareciéndole que el mal que le hiziera dexara libre a la reyna, y con algún engañarse ansí mismo, se entretuvo, saliéndose de la quadra. Y quedaron solas la reyna Cenobia y Belianisa, contando la reyna siempre del Cavallero Desamorado, tanto que bien claro conoció la princesa que sus amores la avían cautivado, de que a ella pesava, paresciéndole que Armesildo aficionadamente la huviesse mirado. Mas ella cuydava que su hermano vencería al Desamorado y que aquello, juntamente con su valor, sería parte para ser d'ella querido.

Y con esto estuvieron algunos días, subcediendo lo que en el siguiente capítulo os será mostrado.

Capítulo 37: De las batallas que hubo con Astrideo de Bohemia y el soldán Periane el príncipe Belflor(i)án.

Fueron tantas las cosas y admirables batallas que en esta empresa a Belflorán sucedieron que sería nunca acabar quererlas contar por extenso, porque en diez y ocho días venció más de trezientos cavalleros, no assí de la gente común, sino de los más principales. Y entre ellos hubo seys príncipes alemanes, con lo qual el príncipe don Belianís estava tan espantado que no sabía qué juzgarse, creyendo que aquel fuesse algún encantamiento, que assí los cavalleros heran vencidos por uno que no mostrava más pena por hazer en un día tres campos que diez, ni que cincuenta. Vía cosas para él admirables, que estavan presos con Tustor de Gaula, el Cavallero Salvage, don Castel de la Rosa, don Lucendos de Alta Roca y otros muchos; y como para el último se guardase y a las damas lo huviesse assí prometido, hera doblada su pena.

Pues una mañana, ya que el sol pieça avía se mostrara, en el campo parecieron cinco cavalleros armados con tales harmas y adereç(ad)os, y con tantos acompañamientos del real de los paganos que muy apriesa todos salieron a mirar, mayormente la reyna Cenobia y el emperador don Belanio, don Clarineo, don Lucidaner, Hermiliana, el rey de Francia, el de Ingalaterra y también todas las damas. Cosa fue de admiración, que apenas don Belianís se puso a la ventana quando conoció los cavalleros, y en alta voz dixo:

–¡Agora, soberanos príncipes, veréys las más hermosas batallas que se ayan visto, que estos

cavalleros que aquí vienen no tiene el mundo otros tales! Que aquellos dos de las armas blancas con las vandas encarnadas son don Dolistor y Polisteo de Nuvia, y el de las armas de los Berojos, que la torre de mi señora Florisbella traía, el soldán Periano de Persia; y el que trae el cielo con tanta lumbré encendida es Astrideo, y aquel último es Furibundo el Africano, a cuyas fuerças las de Hércules y Anteo no ygualaron. Creo nos quitarán de trabajo a los que esperávamos combatir con él.

–No sé qué tan esforçados son esos –dixo la reyna Cenobia–, mas yo aseguro que por su valor no falte batalla a los que la quisieren después.

Y con esto todos miraron, atentos por ver lo que pasava, porque todos tocaron el escudo de Belflorán, ecepto Furibundo, [que] la lança dexó hincada delante la tienda, acostumbrada señal de africanos quando querían combatir a pie. Y no hera en ello mal avisado, que le avía parecido grande ventaja la qual aquel cavallero a todos tenía con tal cavallo. Mas, como todos huviessen casi a la pareja tocado el escudo y cada uno tuviese al otro por tal /186-vº/ que, començando la batalla, no dexaría nada para el otro, cada uno quería ser el primero. Y la cosa llegó tan adelante que, si el Gran Tártaro no se metiera de por medio, cada uno quisiera llevar al cabo su porfía. El qual, informándose de lo que passava, dixo que la primera batalla tocava a Astrideo y la segunda al soldán de Persia, porque avían de combatir la causa de las damas, y la tercera, al temido Furibundo, y las postreras a los dos hermanos. De lo qual ellos fueron tan enojados, viendo que no avía qué replicar a lo que tan alto príncipe juzgara, que a altas bozes juraron de no combatir con el cavallero hasta el postrer día de plaço. Y así se salieron del campo; mas Dolisena los mandó llamar y los hizo sentar en su carro para que mirasen la batalla, la qual no desseavan que venciessen los cavalleros de su parte. De Belflorán os digo que, esperando verse a las manos con tales cavalleros y viendo que el temido Salisterno también llegava al campo, fue estrañamente alegre; y fingiendo querer tomar alguna cosa que le faltase, entró en su tienda. Y, como fuesse dotrinado de aquel sancto hermitaño, en su horatorio, las rodillas por el suelo, suplicó al soberano Señor le diesse esfuerço para que él en aquellas batallas no fuesse vencido. Y no se deteniendo mucho, tomó su cavallo y plúgole de ver que la primera batalla tocase ha Astrideo, con el qual más que con otro del mundo la deseava. Y, viendo que le quería hablar, se llegó a la parte que él estava.

–Cavallero Sin Amor –dixo Astrideo–, sábeté que por las damas, a quien tú tienes mal enojadas, me ha sido encomendado tu castigo. Por hesso, mira si quieres gozar de su clemencia, que agora heres ha tiempo, antes que sobre ti llegue la mano de su castigo.

–¿Soys vos Astrideo –dixo Belflorán–, que es uno de los nombrados para esta batalla?

–Sí soy –dixo el valiente príncipe.

–Pues, si me tenéys secreto en la fe de cavallero –dixo Belflorán–, direos quién soy, para que de una vez entre nosotros se remate una vieja querella.

–Sí guardaré –dixo Astrideo.

Entondes Belflorán se descalzó una manopla y, quitando el encantado anillo, alzó la visera,

diziendo:

—¿Conocéysme, Astrideo? Pues sabed que traygo ceñida la espada que en Costantinopla me pedistes.

Si fue alegre Astrideo no hay buenamente quien lo juzgue, porque no le respondió palabra más de bolver las riendas al cavallo para tomar del campo la parte que le convino. Otro tanto hizo Belflorán.

Agora quisiera, ninfas del Parnaso, alguna cosa vuestra. Aquí te quisiera ver, Homero, para que tu rica lengua tuviera en qué se emplear. Affírmanse en los estribos los valientes guerreros, meten las duras espuelas a los cavallos, teniéndolos con las riendas para animarlos; sacuden los braços para ver si estaban bien harmados y si alguna pieça del harnés los abraçase y, encomendándose de todo corazón a Dios, parten el uno para el otro. Creo que los que los miravan no osan pestañear, temiendo que en aquel breve término se han de encontrar sin que ellos lo vean. Muy junto a los miradores, por aver tomado la carrera a lo largo de los palacios, se juntaron el uno con el otro. No pareció que lanças, sino delgadas cañas traxesen, porque, no faltando los harnesses, en mil pieças llegan al cielo; y los cavalleros passaron el uno por el otro, que, redoblando en ellos cruda saña, rebuelven el uno sobre el otro, las espadas relumbrando en las manos. No curan de destreza para esta batalla y, queriéndose juntar los cavallos, se encontraron con los pechos, que siendo muy furiosos cada uno cayó a su parte, y los dueños fueron con el temor ligeramente en pie, no teniendo ninguno por segura la vida. Astrideo, que maestro hera de guerra, no le pesó punto de que su batalla a pie se fenesciese y, cubriéndose con el escudo, bolando dos o tres golpes por lo alto, quando /187- rº/ [Bel]florán⁷²³ le quiso herir, ladeándose a la una parte con la furia suya, le hirió de dos puntas, la una tras la otra. La primera, por acertar en el harnés, no fue peligrosa, que las harmas bastavan a todo. Mas la otra entró por una escotadura y hízole una herida. Temíase Astrideo grandemente de la espada y fuerças de Belflorán y, no queriendo ser herido de su mano, saltó ligeramente afuera, asosegándose, poniéndose firme. De ver su sangre le pesó a Belflorán en extremo, y recelose de la destreza de Astrideo. Y con el concierto necesario se vino para él, tentando a la parte que más le pudiesse offender. Y viendo que de aquella suerte duraría todo el día la batalla, arrojó el escudo a las espaldas y, tomando a dos manos la espada, no temiendo el ser herido, con la pujança suya le dio sobre el escudo. Poco vale las harmas ser encantadas, que fue partido por medio, y de camino él herido en un brazo. Y la espada corrió adelante y llevole media falda de la loriga. Fue tan cruel que le hizo estremecer, como azogado. Y quísole asegundar otro, mas Astrideo, que sin escudo estava, cruzó la espada a la parte alta por repararse. Mas qué aprovecha, que fue cortada por medio y Astrideo se halló con poco más de las guarniciones en la mano, lo qual él arrojó con más fuerça que una culebrina y, acertándole en el peto, hízole yr dando traspiés par'atrás. Dudando estuvo si cerraría

⁷²³ Aparece en el reclamo, pero no en el texto.

con él o no; mas, viendo par de sí su cavallo, que del encuentro no se levantara, que en el arçón la hacha de Teseo tenía, la tomó; y no le fue mal, porque los nascidos no avían visto otro más diestro en ella que él. Con ella fue sobre su enemigo, que sobre él bolví. Metió Astrideo delante el corte de la hacha, como que quisiese execu[t]ar⁷²⁴ con él un golpe; y Belflorán, por le desviar, tiró a la hacha. Entonces Astrideo cargó firme el otro pie y, cogiendo el hacha, de delante le hirió con el encuentro por baxo; que fue la mayor ventura del mundo no matarle, porque le pasó la harmadura de la pierna y al soslayo la arrebató tras sí sin tocar en la carne, y a Belflorán hizo ahinojar en el suelo; y, como viesse la fortuna, no hizo este golpe quando, al salir con la punta de arriba, hizo otro no menor en un brazo. Y, si él pudiera con estos golpes valerse para salirse afuera, más sangrienta comprara Belflorán la victoria de lo que él cuydara; mas hiriole el griego sin pavor por baxo de un revés que, no le amparando sus armas, en el muslo hubo una cruel herida, tal que como un arroyo començó a salir la sangre. Y como estuviesse furioso, con la hira no hizo esto quando, a dos manos, le tyró a la cabeça. Menester es el ayuda particular del cielo, porque no [se]⁷²⁵ reparó a tales tiempos el de la hacha, que dio con él de ojos en el suelo, donde vio más estrellas que él cuydara tener el cielo. Cargó sobre él Belflorán, cuidando matarle antes que se levantase. Mas Astrideo se estuvo lo más firme que pudo y entró alentadamente a la lucha, porque metió la una mano por debaxo las piernas de su enemigo, y fue tan rezió y tan de cogida que le levantó de tierra y hízole dar una caýda. Mas no pudo él tenerse, que Belflorán le llevó tras sí. Y apretándose el uno al otro, bien presto fueron en pie, con tanta admiración de los presentes que no sabían qué dezir de tan hásperas batallas, que havía bien quatro horas que se començaran sin tomar un punto de reposo. Y, aunque vían que Astrideo valerosamente se avía en la batalla, gran temor tenían de que fuesse vencido. Y aunque a muchos pessava, solo Periano y Claristea lo sentían en el alma. Doblóseles el pesar, porque vieron que, aviéndose apartado un poco el uno del otro por cobrar huelgo, al bolver Astrideo no podía llevar la pierna derecha, que en e- /187-vº/ -lla cruelmente estava herido.

Bien lo vio Belflorán y, teniéndose afuera, le dixo:

–¡Entregaos en mi poder, señor Astrideo, sin vencimiento alguno, antes que vuestras heridas con más peligro vuestro lo hagan!

–Llegaos a mí –dixo Astrideo–, que, pues esta herida lo estorva, obligado estáys a ello.

–Plázeme –dixo Belflorán–, aunque me pesa de vuestra porfía.

Y con esto se junta con él, donde sobre tales heridas particular cosa hera ver Astrideo, su destreza y animoso acometer y esperar. Mas Belflorán le traýa cubierto de sangre, y no se esperaba sino que una hora o otra se desangrase. Y acaesciole así, que hincó la rodilla en el suelo, no pudiendo más tenerse sobre ella. Belflorán, que enojado estava de la fría porfía suya, entró con él; y, aunque fue algún tanto herido, le echó los braços, cuidando rendirle. Y huviera sido por su mal, que

⁷²⁴ *execurar.*

⁷²⁵ *es.*

Astrideo le hirió con la daga, y si tuviera algo más fuerza, matárale. Mas él fue desfallecido en las manos del príncipe griego, que a la hora le hizo llevar a curar preso a su tienda, con mejor recado que lo fuera en otra parte del mundo y lo mejor para su salud darle, con que perdió la memoria de la batalla, que si aquella tuviera es cierto se dexara morir.

Grande espanto quedó con todos los que en el campo estaban del vencimiento tan cruel de Astrideo, y don Belianís a la reyna Cenobia dize:

–Creo, mi señora, que ha conocido vuestra alteza mejor al Cavallero Desamorado que ninguno de nosotros, y, pues él ha vencido a Astrideo, pocos hay por quien dexé el campo.

–Mucho quisiera –dixo la reyna– que el soldán de Persia dexara su batalla hasta mañana, que queda el Cavallero de Marte muy cansado.

–No se parece así en él –dixo don Belianís. Y la causa hera que, aviéndole dado su donzella en la tienda con que fue sano, con nueva lança en la mano venía, poniendo el cavallo a la parte que venía el soldán de Persia, que jamás tan gran pesar sintió como ver vencido a Astrideo. Y acaesciole lo que jamás, que gran cantidad de lágrimas le vinieron a los ojos. Y si él no pensara vengarle, no le pareciera yqual la muerte. Quisiera detenerse por no le hablar, mas no pudo; y Belflorán llegó presto y le dixo:

–Cavallero, si no lo tuviédes a mal, rescibiría merced me dixédes vuestro nombre, porque, según vuestro parecer, devéys de ser el soldán de Persia.

–¿Haze hesso al caso para vuestra demanda? –dixo el soldán.

–Sí –dixo Belflorán–, porque ha de combatyr por las damas de su real, y tárdase mucho, según lo que me conviene hazer.

–Pues yo soy –dixo Periano–. Por hesso, tomad del campo la parte que hos conviene.

No hay alegre nueva que assí dé contento a nadie como esta dio a Belflorán. Y tomando la parte del campo que le convenía, entre sí yva diziendo:

–¡O, soberano Señor! ¡Y si fuesses servido que esta batalla venciesse, donde tanto han trabajado mi padre y agüelo, y quán alegre biviría! Aunque, si la muerte viniere a manos de tan ecelente varón, no me dará mucha pena.

Periano, que ninguna batalla temió, se yva acordando de las palabras del Bulcano, y recelava tan furioso contrario. Confiávase mucho en sus harmas, que para solo valerle de aquella espada fueran hechas. Que, como los cavalleros se viessen a tal tiempo, haziendo la señal acostumbrada, parte el uno para el otro. Pujantes cavalleros heran estos, si el mundo los tenía; los cavallos heran corredores, el desseo de juntarse, grande... y en medio de aquel hermoso campo se juntaron con la fuerza que suelen traer las galeras que con las velas y remos son llevadas; las lanças puestas, que de lindo fresno fuessen, con claros y azerados hier[r]os. No passaron los escudos ni armas, que no tenía el universo otras tales; mas a sus dueños les convino abraçarse a los cuellos de los cavallos por no venir al suelo; parecioles que cada uno huviesse topado con una dura roca.

Hiziéronse mil /188-rº/ rajás que al cielo quisieron llegar; aunque los cavallos heran tales, no llevaron a sus dueños muy lexos. Y ellos pusieron mano a sus espadas, que, aunque de tales temples y en tales braços, no hizieron en las harmas mucho estrago, antes resurtieron* para arriba, de cuya gentileza no fueron ellos muy contentos. Maravillose Belflorán de ver a su espada hazer tal cosa y, paresciéndole que la poca fuerça lo causara, como una bívora arroxa atrás el escudo y toma la espada a dos manos. No está menos el cruel pagano, que, desseando morir o vengar a su amigo, haze otro tanto. No hay ninguno d'ellos que no cuyde partir al otro por medio. Hiriéronse sobre los hielmos, que como unas campanas resonaron; y, aunque romperse hera imposible, más sangre sintieron dentro que si las cabeças huvieran partidas; todos los dientes retemblaron, y de la boca y narizes la sangre se redobla con grandes espadañadas. Nunca tal golpe rescibió ninguno d'ellos; Periano perdió las riendas de la mano, y el cavallo, atormentado, le apartó de su enemigo más de diez pasos. Cuydó todo el campo que cayera d'él abaxo; y Belflorán, que más en su acuerdo estava, con el miedo que la sangre no se le quajasse en la boca, con que temía ser muerto, arremetió para él; que, buelto en su sentido, recobrando las riendas, no hay pesar que a este llegue.

No lleva el sentido tan gran dolor ni calixinosa saña; assí reniega de sus dioses, como si conociera quiénes ellos heran; y, como sobre sí vey cargar a su enemigo, dio un salto con su cavallo, haziéndole perder el golpe, y entró con él. Hirió al cavallo por dar a él, y por poco le huviera muerto. Y no fue tan pequeño el golpe que el cavallo no se fuesse arrodillando con una mano, que tenía sobre la espalda gran herida. Belflorán se quiso apea, mas Periano arremetió el cavallo a la parte que él se qu[i]siera apea y dióle una herida fuerte al través del hielmo, y llevole de cogida tan rezio que, si alentadamente no llevara el pie del estribo, el cavallo le arrastrara. Mas Belflorán, que no por esso perdió su gentil tiento, como mejor pudo saltó a una parte. No avía ave de rapiña más ligera que él. Cuéntase de sus extremos uno que, con el hanés vestido, no avía cavallo, aunque fuesse el más corredor, que se le fuera por pies; en la caça muchas vezes a pie alcançava los venados. Aquí hizo él una cosa que todo el campo se espantó: que, como Periano passasse rezio al lado de una columna de altor de doze pies, en que sus harmas de Belflorán estavan, queriendo rebolver a la otra parte saltola él muy ligeramente por arriba; sin que él se pudiesse valer para rebolver el cavallo ni apearse, cerró con él y tiró tan rezio por el braço que le arrancó de la silla. Periano, que se temió de muerte, soltó la espada y echó ambos braços a su enemigo. Mas hera en peligro de muerte, que Belflorán tenía más fuerças que no él, y hízole perder tierra; y si se acordara de la daga, matárale. Mas quando miró por ella, avíasela llevado Periano de la correa, y temiéndose d'ella, convínole soltarse.

Y tomando sus espadas, la batalla se renueva cruel y sangrienta. No hera tan presto en sus golpes Periano como Belflorán, mas hera sin duda más diestro y husado en semejantes peligros. Resuena entre ellos la batalla como si de mil cavalleros fuera; tiene a todos atónitos mirándola. Solo don Belianís, que conocía a Periano, tenía pensamiento que avía de ser vencido, y assí lo dezía a sus

hermanos y a su padre.

–¿Qué es la causa? –dixo el emperador–, que hasta agora, yo le veo en todo su ser.

–Assí es la verdad –dixo don Belianís–, mas Perianeó tiene una herida en un brazo que vuestra magestad le hizo al Valle de las Fuentes, en Bolera⁷²⁶, y quando dura mucho el trabajo, y si atentamente se mira en ello, cada vez que su enemigo le carga hazia aquella parte blanda* muy rezio y se vale por ser diestro.

No se engañava el príncipe en esto, y dende a poca pieça muchos dieron de ver en ello. Me- /188-vº/ –jor que todos lo conocía la donzella que a Belflorán allí traxera, que, como viesse la batalla tan cruel y áspera, temiéndose del peligro del persiano, en una hacanea blanca se metió entre ellos y, con una voz muy ayrada, a Belflorán dize:

–Vos, cavallero, ¿olvidado estáys de la demanda mía, siguiendo batallas a vuestro propósito? Pues razón sería que os dexássedes de semejantes cosas y acabássedes lo que a mi negocio toca.

–Señora donzella –dixo Belflorán–, no es mucho agravio acabar tres o quatro batallas tuyas quien por vuestro servicio está obligado a tantas.

–No me contento de nada de esso –dixo la donzella–, sino que dexéys luego esta batalla y me deys presso a Furibundo, que me tiene muy agraviada.

–Si mis ruegos valen alguna cosa –dixo Belflorán–, suplico's que me dexéys aca(ca)bar esta batalla, y en recompensa yo estaré aquí todo el tiempo que vos quisiéredes.

–No haré otra cosa por la vida –dixo la donzella.

–¡Mal aya –dixo Belflorán– quien otra vez perdiere su voluntad!

–No os acuytés por esso –dixo Perianeó–, Cavallero Sin Amor, que yo no os alçaré la batalla por el estado de Grecia; y, si con esta cumplís mal, allá os avení, que a mí no me toca esso.

No le plugo poco a Belflorán poco de esta respuesta, que él conocía de Perianeó que estava hartó laso. Mas la donzella, con más enojo que antes, a Perianeó dize:

–No será sino como yo quiero, que vos, cavallero, en Harmenia me prometistes un don, y también os co[n]viene cumplirle.

Y passado adelante, a Perianeó se mostró en su propia figura, que sabed que era el sabio Fristón; y en lengua de los partos le dixo:

–No conviene, mi señor, que acabéys esta batalla, que los dioses no quieren que el Cavallero Sin Amor sea vencido, y corre sobre vuestra persona grande peligro.

–¿Pues cómo haré? –dixo Perianeó–. Que dexar la batalla me será grande vergüença, que me

⁷²⁶ En el capítulo 33 de la *Primera Parte*, don Belanio y Perianeó se enfrentaron en una justa bajo los respectivos sobrenombres del Caballero de las Coronas y el Caballero de la Fortuna. La llegada de la noche impidió el fin de la batalla, pero ellos se citaron para retomarla más adelante en el Valle de las Tres Fuentes, cerca de Bolera. Sin embargo, nunca llegaron a hacerlo. De hecho, Perianeó combatió con don Belianís, confundiéndolo con el Caballero de las Coronas, y más tarde el propio don Belianís se enfrentó a su padre, engañado por un encantamiento del sabio Fristón.

la encomendaron las damas.

–Vos, mi señor, porfía en no querer dexarla, e yo también en que la dexéys, y para quando se fenezcan estas guerras acepta con él batalla, que ellas se acavarán a vuestro contento.

Y con esto Periano en alta boz dize:

–¡Teneos afuera, donzella, que me conviene fenecer esta contienda!, que después yo haré quanto mandáredes.

–Si esso assí passa –dixo la donzella–, quexareme de entr’ambos delante de quantos aquí están.

Bien quisieran ellos fenecerla, aunque Periano, viendo que sobre él cargava la mayor parte de aquella guerra, no combatía de buena voluntad este campo ni ninguna particular batalla. Y Belflorán le dize:

–Ya veys, poderoso príncipe, cuánta razón es de no hazer desaguizado a esta donzella. Y, si vos soys contento que esta batalla se acabe otro día, yo lo haré quando vos mandáredes.

–Yo –dixo Periano–, soy más ocupado que no vos; mas, con todo esso, hazerla he de aquí a seys meses, en los campos de Egipto, junto a las paludes* del Nilo, o antes, si estas guerras se fenezieren.

–Yo soy contento –dixo Belflorán.

Y, dándose los gajes, la batalla entre ellos quedó affirmada.

–Pues una cosa falta –dixo Periano–: que sepa yo con quién tengo de combatir. Por esso, dezidme, ¿quién soys?

–No querría por cosa del mundo –dixo Belflorán– ser descubierta, y sobre vuestro seguro de que en algún tiempo no lo diréys, diréoslo yo.

–Bien podéys –dixo Periano.

–Pues yo soy el príncipe de Grecia y Babilonia –dixo Belflorán–; que, aunque tan enemigos, fuera de esta guerra haré lo que me mandades.

–Muy ciego e yo estado en vuestro conoscimiento –dixo Periano–; y agora me hazed merced de Astrideo, que tal cavallero como vos poca necesidad tiene de prisioneros.

–A mí me plaze –dixo Belflorán–, mas por agora no conviene a Astrideo, que no sería tan bien curado en vuestro real como en esta tienda; y, en mejorando algo, yo le embiaré.

Y con esto Periano tomó su cavallo, entrando en el campo toda su cavallería con harto contento de verle concertado. Y él se fue derecho donde Dolisena estava, diciendo:

–Yo, señoras, no he po- /189-rº/ -dido fenecer estas batallas, de que no poco me pesa, porque aquella donzella no ha querido.

–De esso, mi señor, nos plaze a todas mucho –dixo Claristea–, y en esso el cavallero ha ganado arto.

No lo dezían así los más del campo; antes tuvieron a buena fortuna la suya de que no se

hubiese llegado al fin, según el cavallero a todos parecía valiente. Mas quien d'ello mostrava más alegría era la linda Sirena, que en lo secreto de su corazón a Periano más que a sí quería.

–Bien á salido Periano –dixo don Clarino– de esta batalla, que yo cuidé que recibiera gran través.

–Bien –dixo Zenobia–, y creedme que tal cavallero como este de Marte no le tiene el mundo.

Mucho pesó d'estas palabras a los tres hermanos y a Armesildo, que allí se hallaron, y acordaron de provarse con él passadas aquellas batallas.

–Agora dexemos esso –dixo el rey de Francia– y beamos cómo le va en esta batalla de Furibundo, que creo que en su nación no se vio más abentajado cavallero ni más comedido.

Y con esto todos miraran atentamente por ella.

Capítulo 38: De la espantosa batalla que passó entre Furibundo y Belflorán.

No quedavan tres oras del día para la batalla del africano Furibundo, tocándose a todas partes instrumentos de guerra, quando aquel que no la teme se juntó con él, diciendo de qué suerte quería que se fenesciese.

–A pie –dixo Furibundo–, con estas armas que tenemos.

–Mejor sería –dixo Belflorán– dexarlas, y quedarnos con solas las espadas, que el sol quiere acavar su jornada, y de otra suerte no así ligeramente se acavaría.

–Plázeme –dixo el temido Furibundo–, y entraos en vuestra tienda y desarmaos, que yo hago otro tanto en aquel carro.

Belflorán lo hizo así y, entrándose dentro, se desarmó. Y convínole hazerlo así, que de la sangre que en el yelmo tenía estava muy ahogado, y allí le repararon con algunas cosas, mayormente con las buenas medicinas de Fristán; el qual deseava tanto que Belflorán saliese con aquella empresa que le hazía passar de la amistad que a Periano tenía. Y no se deteniendo mucho salió en calças y en jubón, tan bien puesto y adereçado que a todos dio qué mirar, que él traía sus acostumbradas colores, de amarillo y negro, con las labores por ellas que no por humanas manos parecían labradas, como hera la verdad. Y, llegándose a los miradores, puso los ojos donde tenía el corazón; y, aunque él hera acertado cavallero, la gran angustia que le aflixía le sacó de todo su sentido. Olvidósele la batalla de Furibundo, y aun de sí mismo no tuvo memoria. Arrojó los pechos sobre la mançana de la espada y quedó tan traspasado como si fuera muerto.

Tocáronse los clarines altos a señal que su enemigo estava en el campo, mas no los oyó hasta que llegó Furibundo, que, tirando por él, le hizo bolver en sí, con un suspiro que el alma llevaba tras sí.

–¿Qué avéys avido, señor cavallero? –dixo Furibundo–. Si no estáys en disposición de aver batalla, quédesse, que otro día avrá lugar.

–El mal que a mí me aflige, señor Furibundo –dixo el príncipe–, no embaraça la batalla. Por esso, hágase luego, que la muerte breve harto sería mejor que la vida penosa.

No huvo en el campo quien no dicesse de ver en lo que al Desamorado Cavallero le aconteciera.

–¿A este –dixo Florisbella– me llamáys "desamorado"? No tiene él tales muestras; y mucho me espanto, que aquí, entre nosotras, está quien le haze el daño, según las muestras que ha dado.

–Veamos, mi señora –dixo Hermeliana–, esta peligrosa batalla, que le valdría a él agora más salir bien d'ella, que después sabremos de dónde viene su mal.

Pues como ha esta ora la señal acostumbrada se hiziesse, y los cavalleros conociessen bien cada uno /190-rº/ lo que en el otro avía, ponen mano a sus espadas, y muy atentadamente se vienen el uno para el otro, que no hay escudos ni harnesses que los defiendan; y temiéndose que un solo golpe no acabe la vida, firmes vienen, tentando en las espadas el uno la fuerça del otro. Traían los pies derechos delante, mas trocáronse presto en posturas, que Furibundo metió el pie yzquierdo, queriendo colar la espada por la parte de dentro por desbaratar a Belflorán, pensando volar a la cabeça de allí un golpe. Mas Belflorán hurtó la espada a la otra parte y pasó rezio un pie y otro, y por lo alto del hombro metió un tercio de la espada. Y como hera ligerísimo, fue tan presto en el reparo, cargándose a la otra parte, que Furibundo no le pudo herir y, al salirse, en un muslo le hizo otra herida, aunque pequeña. De ambas començó a correr abundancia de sangre.

¡O, Furibundo, quién te viera! No se yguala tu nombre a tu braveza; enciéndose como una Furia y su batalla haze, no assí atinadamente, que, siendo su pujança tal, en breve tiempo él y su enemigo cubiertos handan de su sangre, bien que las heridas de Belflorán fuessen pequeñas a causa de su ligereza y ser tan diestro de aquellas harmas. No desea Furibundo sino llegar con él a los braços, y cada vez que podía llegava con él a las pressas; y tanto lo procuró que, aunque Belflorán de aquello particularmente se guardava, entró con él, y como yva sobre el acuerdo, apenas le puso los braços quando dexó caer la espada, y con la daga le hirió en un muslo que hasta los cabos la pasó, con tan espantosa crueldad que hizo a los más esforçados encogerse.

La reyna Cenobia dio una voz, diziendo:

–¡O, soberanos dioses, y qué desastre por el mejor cavallero del mundo!

Y fue tan grande su pesar que salió de su sentido y se quedó arrimada sobre la ventana. No hay en el campo a quien no le pessasse, sino a muy pocos. Belflorán, que cuydó ser muerto, metió la mano a la del gigante, con tanta fuerça que no solo no le pudo tornar a herir, mas tampoco sacar la daga, y dexola en la pierna de su enemigo, que por una parte se vía el yerro y por otra el puño. Y temiéndose que Belflorán no hiziesse otro tanto a él, con la ligereza del pensamiento le echó la mano por le quitar la suya; y cuydando que la herida fuesse mortal, por no meterse a más peligro si la llevaría o no, porque Belflorán le tenía el braço fuertemente, la arrojó lexos de sí. Belflorán, que le vio sin daga, puso el extremo de sus fuerças por derribarle, y llegaron bolteando muy junto a donde

las princesas griegas estaban; donde, redoblándosele nuevo ser y fuerças, y añadiéndose a esto la cruel herida que Furibundo en el hombro tenía, que le causava desmayo, arrodilló con él en el suelo. Y como se viese sin harmas, no solo los pies y manos puso a este hecho, mas la cabeça y dientes, porque no se le fuesse. Y como todavía la pujança del gigante fuesse tal, hizo en sí mismo una crueldad no vista, que se arrebató sin recelo ninguno la daga que en el muslo tenía atravesada, con la qual le quiso dar por la cabeça.

Mas oyose dar gritos de arriba que no le matasse y, cargándose sobre su enemigo con el uno y otro braço, alçó los ojos y vio que se lo dezía la reyna Cenobia. Y con estas palabras, sin le pedir vencimiento, se levantó diziendo a Furibundo que se viniesse con él presso. Hera el gigante noble de condición y, aunque pudiera contradzirlo, diziendo no aver sido vencido, no quiso; antes dixo que le placía. Y poniéndose en pie, Belflorán se sentó en el suelo, que no pudo levantarse del todo, y en una silla, a tal hora que anohecía, fue llevado a su tienda, temiendo todos yr peligroso de la vida. Mas ývalo mucho más Furibundo, que tenía casi perdido el aliento; y junto a la cama de Astrideo le fue hecha otra, y curado con estrañas medicinas, tales que brevemente le dieron salud. Visitáronle los otros pressos, y assí mismo a Belflorán, espantados de ver tales co- /190-rº/ -sas como le subcedían.

Todos los paganos se tornaron a su real, y los griegos se sentaron a cenar, no se hartando de dezir de la crueldad de la batalla y cómo se avía librado el Desamorado de tan peligroso trance, y recogándose en sus aposentos la reyna Cenobia, que en bivo fuego de amor se abrasava, a la princesa Belianisa, diziendo:

–Mi señora, a mí me conviene en todo caso llegarme hasta el real; con vuestra licencia hacerlo he, que yo seré aquí hantes de dos horaas.

–Yo quisiera, mi señora, ser cavallero –dixo la princesa– por acompañaros, que en lo demás ninguna otra cosa aquí se desea más de vuestro contento.

–Yo beso vuestras hermosas manos –dixo la reyna.

Entonces Belianisa y Florisena la harmaron de sus harmas, y ella a pie se salió de palacio, porque no se diesse de ver en ella. Y con la vasca que del amor la aquexava, no deseando otra cosa que verse en parte donde pudiesse lamentarse, a la lumbre de la luna, que hazía muy clara, no sabiendo ella a la parte que se fuesse, pasó por el campo adelante hasta llegar a la tienda de Belflorán, al qual vio con una ropa sin harmas algunas, sentado en la cama. Un laúd tenía en la mano, metido en crueles pensamientos; y, aunque parecía estar tañendo, en el desacuerdo suyo no parecía que allí tuviesse el sentido. Por una finiestra que abierta estava le vía muy claro. Estava solo con la donzella que allí le traxera; de rato en rato sospirava muy profundamente. La reyna se llegó tan paso a la tienda que por nadie fue sentida, y viole que a la donzella dezía si avía curado bien a Furibundo, que mirase por su salud, que no tenía mejor cavallero el mundo fuera del príncipe don Belianís, su padre. Maravillose la reyna quando le oyó dezir que hera hijo del príncipe griego, y estuvo más atenta que de hantes. El príncipe Belflorán, que muy dibilitado de la sangre que perdiera

estaba, a la donzella le dize que le diesse un espejo, que quería ver en su propia figura qué tal estaba. La donzella se le traxo, y él muy riendo se quitó el anillo, diziendo:

–Creedme que ninguna vez me miro al espejo, que no creo que me tengo de quedar ansí. Por hesso, antes que me mire, tomad allá vuestra sortija, y no me la deys más esta noche, que quiero estarme con este mal rostro mío.

La donzella la tomó, y mirose Belflorán al espejo. ¡O, reyna del monte Cáucaso, y qué herida recibiste! Es sin falta que, viendo a Belflorán en tal figura, perdió de todo punto el sentido. El amor le dio una herida que el cuerpo y alma le pasó. La grave honestidad suya perdió las riendas de la mano. No hera mucho, que tenía Belflorán un rostro que en blancura ecedía al sol; sus colores, la biva grana perdía el ser; unos ojos graves y rasgados, unas abéñulas* negras, que los cubrían, pobladas, que causavan unas hermosas sombras en ellos; las narizes, muy bien proporcionadas, sin punto de fealdad en ellas. Tenía una ropa de salamandrias vestida, forrada en un flor de lino, cubierta por los costados y delantera de unas orientales perlas. Mas tenía a la sazón la color algo desblanquecida de la sangre que avía perdido, que en él causava más hermosura. Diera la reyna gritos si osara, mas por no perder la gloria de tal vista estuvo harto callando, hasta que la donzella se fue acostar y Belflorán se quedó solo en aquella parte, que la cámara de la rica tienda hera, la qual tenía a la otra parte grandes aposentos, donde los cavalleros presos estaban, que los encantamientos de Fristón a todo tenía proveído. Y como se viesse solo, començó a contemplar en su señora y, cantando una penosa letra, arrojó de sí el laúd, diziendo:

–¡O, amor, cruel henemigo de los que te sirven! ¿Qué me quieres? ¿No te basta que, pasando los mayores martirios que ayan sido en el mundo, sea contado por el más desamorado d’él? ¡O, mi señora, quién osara parecer en vuestra presencia aviendo defendido tan gran locura!

No creo yo que él dezía estas cosas con tanta pena quanta tenía la reyna de oýrlas; vien-/190-vº/ -do a aquel que ella tanto quería tan rendido ha ajenos amores, derrama gruesas lágrimas. Y estuvo entre sí ymaginando qué haria, que ella quisiera más que a sus reynos gozar de hablarle. Y aunque le pareció gran desemboltura, viéndole ocupado en sus pensamientos, por una puerta que junto vio, se entró por la puerta adentro. Belflorán no la sintió hasta tanto que la vio junto de sí; y, como viesse cavallero armado a tal ora, tomó su espada, (y) diziendo:

–¿Qué es lo que queréys, cavallero, a tal ora en mi tienda, que con tanto atrevimiento os avéys entrado? ¿Y cómo os han dexado pasar las guardas?

–Cavallero –dixo la reyna–, a los que tal empresa defienden, de día y de noche les conviene combatir. Por esso, tomad vuestras armas, que luego quiero que sea nuestra batalla.

–Sea como mandardes, mi señor –dixo Belflorán–; dexadme tomar mis armas que, aunque estoy herido, cumpliré vuestro mandado.

–Yo lo creo bien de vuestro esfuerço –dixo la reyna–, mayormente para con quien es vuestro preso y lo será para siempre.

Entonces se quitó el yelmo, diciendo:

–¿Qué diréys, señor cavallero, de quien se á atrevido a pasar vuestra carcelería?

Mucho se turbó Belflorán en ver a la reyna, y por ninguna cosa quisiera averse quitado el anillo, aunque se confió mucho de que la reyna no le conocía; y fingió quererse levantar, suplicándole le diese las manos por tan gran merced de su parte recibida.

–No es menester para conmigo tanto cumplimiento –dixo la reyna–, que os hago saber que tuve gran temor, que vuestras heridas eran peligrosas, y venía sin dar parte a nadie a daros una yerva, que en las montañas del Cáucaso nace, con que no ay herida que a tercero día no sane; y juntamente a rogaros que los tres días que haviades de estar mal dispuesto, me diédes licencia para que con vuestras harmas defienda vuestra empresa; que, aunque en mí hay otras fuerças más de las del deseo de serviros, serán harto bastantes para que por mi parte no se pierda lo que por la vuestra está tan seguro.

–Soberana señora –dixo Belflorán–, ¿cómo es posible que tal oye cavallero que tan cruel empresa defienda? ¡Hay, mi señora, y cómo me avéys dado a conocer más altamente de lo que yo pensé! El yer[r]o en que estava, más de todo esto, es la causa que la crueldad no está repartida, sino junta para mi daño.

Y vínole tan gran pesar al coraçón que se desmayó. La reyna le tuvo las manos, con más esfuerço que fuera menester para matarse con mil cavalleros quien cosa tan cruel para sí vía, y entre sí de sus dioses y fortuna se quexava que huviessen deteniéndola tanto que ella no viesse ha aquel cavallero antes que ageno amor le cautivase. Y entre sí estava ymaginando quién sería, que con tal cavallero y tan alto príncipe tanta crueldad usase. Y aunque muchas lágrimas a los ojos le vinieron, encubríalas, deteniendo grandes caudales d’ellas, que salir quisieran a mostrar lo que dentro avía.

Tornó en sí Belflorán, que no dudó llegase a la barca del aflexido Acharonte, según su pena era rabiosa, y a la reyna dize:

–Soberana señora, ¿qué os parece de tan cruel mal, donde no bastó por remedio estar vuestra excelente presencia para no me lastimar como suele?

–No sé, señor, qué os diga –dixo la reyna–, sino dolerme de vuestro mal, y rogaros, si es posible, no tan de golpe cerréys la puerta a los consuelos, que siempre donde está el mal más enconado muestran más effecto las medicinas.

–Verdad es, mi señora –dixo Belflorán–; mas, quando el mal es mortal, mejor remedio es procurar abreviar la vida que no padecer congoj[o]sa⁷²⁷ y larga muerte.

–Muy fatigado estáys –dixo la reyna–, y quiero que dexemos de hablar en esto, que me da pena la que vos tenéys. Y ved si es necesario la yerva, y si acordáys de hazerme la merced que os tengo pedida.

⁷²⁷ congojasa.

–Mi señora –dixo Belflorán–, perdóneme la vuestra merced, que el enfermo nunca querría hablar sino en su trabajo. La yerva para las heridas no es necesaria, que yo estoy proveído de cierto bálsamo, con cuyo licor sanan luego; para el alma hay necesidad d’ella, que, en ser dada de tal mano, servirá para valerla de mil congoxas que la siguen. En lo demás de las batallas, no quiero hazer tanto mal a los cavalleros que pongan manos contra quien todo el mundo á de servir, quanto más que yo tengo de combatir con juramento /191-rº/ por mi persona.

–No quiero importunaros más –dixo la reyna–, que bien sé que no lo osáys fiar de mí. Y, pues assí es, tampoco quiero daros cosa alguna. Yo me vuelvo a la infanta Belianisa; ved si mandáys algo para ella.

–Ninguna cosa –dixo Belflorán–, que yo no la conocía más de averme parecido gentil y hermosa dama, y a la causa supliqué a vuestra alteza estuviesse con tal compañía hasta que yo saliesse de este campo.

No pudo entender la reyna si Belflorán de Belianisa estuviesse enamorado, que ha sabiendas se la nombrara; y encomendándole el secreto de su venida se bolvió a palacio, muy contenta en saber quién hera el que tanto quería y ver que estava sin peligro, que esto la sacara d’él, porque tenía la yerva que ella dixera.

Halló a Belianisa, que la estava esperando, con Florisena; las cuales le quitaron las harmas, preguntándole si alguna cosa le avía subcedido.

–No, mis señoras –dixo la reyna–; aunque, passando junto a la tienda del Cavallero Sin Amor, le vi tañendo en un laúd con tanto descuydo y quexas de amor que no parecía que por él huviesse passado lo que oy vimos.

–¡Válasme Dios! –dixo Belianisa–, ¿qué será esto? Sin duda hesse deve de ser algún loco encantado, porque ni las heridas ni otras cosas le estorvan de sus sandeces.

–Este deve ser –dixo la reyna– el mejor enamorado de todos, pues siendo él tal cavallero y tan gran señor le hazen los amores hazer tan gran desvarío.

–¿Cómo sabéys vos, mi señora, que es gran señor? –dixo Belianisa.

–No es menos –dixo la reyna–, según las grandezas suyas lo muestran, y en estimar en poco todo lo que vemos.

En estas y otras pláticas estuvieron gran pieça hasta que, viendo que se venía el día, se durmieron, con harto cuydado d’él de Belianisa, no fuesse aquel, a la ventura, Belflorán.

Capítulo 3[9]⁷²⁸: Del fin que hubo la aventura del Cavallero Sin Amor y cómo fue conocido.

Bien se pasaron quatro o cinco días que ninguno pidió batalla al Cavallero Sin Amor,

⁷²⁸ 6.

teniendo entendido, aunque víanle levantado en su tienda, que no estava para combatir; y el postrero día del plaço de su demanda, en el campo entraron ocho cavalleros, quatro de cada parte, a cuyo valor no se creyera que ninguno de los passados ni presentes ygualase. Los griegos venían harmados de una devisa de harmas cárdenas ha quarteles doradas; traían ricas cubiertas de brocado de la misma color, con tanta chapería de oro que d'ello parecían. Cubiertos traían de quatro colores mil pages a cavallo, y delante de ellos tantos cavalleros y tan ricos, y tan (y) costosos adereços que a todos dieron causa de saber que heran el príncipe don Belianís de Grecia, sus hermanos, don Clarineo y don Lucidaner, el gentil Armesildo de Ingalaterra. Los paganos heran don Dolistor de la Selva y Polisteo de Nubia, el estremado Salisterno Sin Pavor, aquel entre los tártaros tan estimado, Ariobar[ç]ano⁷²⁹. Con estos, que harmados de harmas blancas y cubiertos de las devisas de la reyna Cenobia venían, entraron todos los príncipes del real, con tanta magestad que no se ygualava la que sus enemigos traxeron. Venía también por la otra parte aquel estimado don Baldín de Portugal, que para aquel día se guardara, y con él, el emperador don Belanio, que más que a ssí le quería; el rey de Francia, el de Ingalaterra, con el soldán de Babilonia, con todas las imperiales guardas.

Los primeros que en el campo entraron fueron los griegos, los quales, uno a uno por su orden, el escudo de Belflorán, que en el padrón estava, tocaron, y luego los paganos. Sobre esta batalla poco avía que contender, que ya se sabía que Armesildo y don Belianís, a quien los desafíos de las danmas tocavan, avían de ser los primeros, que /191-vº/ hera qüestión muy determinada. Pues como Belflorán, que cuidava sin costa de más sangre salir con su intención del campo, vio en él tales cavalleros, no hay que preguntar si se turbase, mayormente viendo a su padre y tíos. Y como él no supiesse cuál d'ellos fuesse cada uno, viendo que el uno se ponía a la parte del campo, hincó la lança y vínose para él, diziendo:

–Señor cavallero, porque yo no querría por agora combatir, si no es con Armesildo o don Belianís de Grecia, que me tienen desafiado, supíco's me digáys cuáles son, que ellos cierto hazen cortedad en detenerse tanto.

–Cavallero Sin Amor –dixo Armesildo–, aquí están los que vos dezís, que vinieran antes si les fuera mandado, aunque no se os hará tarde. El que allí veys, con las harmas cardenadas y una cruz roxa en el escudo, es el príncipe don Belianís, e yo soy Armesildo. Por hesso, no os detengáys, que, si vos lo deseávades tanto, ya ello es cumplido.

No se det[u]viera⁷³⁰ mucho Belflorán; mas no quisiera él con Armesildo aver batalla por la propia vida, y vínole a la memoria una ardid que con menos peligro se librase, y a Armesildo dize:

–Avéys, señor cavallero, tartado tanto que a mí me pesa, porque para haver batalla con tan valiente cavallero hera mucho tiempo, ya que tenemos tan poco como veys, donde tantos cavalleros esperan. Por esso, si vos queréys que entre nosotros sea vencido en que perdiere la silla por golpe o

⁷²⁹ *Ariobarcano.*

⁷³⁰ *detnviera.*

fuerças del otro, hazerlo he yo de buena voluntad.

–Plázeme –dixo Armesildo, como aquel que no cuydava que en el mundo huviesse mejor cavallero a cavallo que él.

–Pues nombrá un juez de vuestra parte –dixo Belflorán.

–Yo nombro de mi parte –dixo Armesildo– a la reyna Cenobia.

–Pues yo –dixo Belflorán–, a la princesa Hermeliana.

A las damas les fue dicho el acuerdo de los cavalleros y cómo las nombraran por juezes, de que siendo ellas contentas baxaron al campo. Y, aunque Armesildo hera muy querido, bien creo no estava la pasión de por medio, que al Desamorado Cavallero las dos señoras estavan por su valor muy aficionadas.

En el entretando que estas cosas passavan, don Belianís se llegó a Armesildo y le dixo que mirasse que el Cavallero Sin Amor estava desguarnescido de un guardabraço y que, si acaso llegasse con él a los braços, que por allí se podía aprovechar d'él, y que fuesse presto con la daga, que aquello le daría la victoria, y que no dudase en dexarle llegar. Assí Belflorán, que le vio hablar con él, se sonrió entre sí de ver que le devía aconsejar contra él; y llegándose a su tienda dexó su buena espada, tomando una tal que con ella se podía hazer muy poco daño. Y vínose para Armesildo, arto turbado de lo que allí podría succeder; y corriendo el uno para el otro, al encontrar Belflorán fingió errar el golpe. Armesildo encontró a él con tanta pujança que le hizo doblar sobre las ancas del cavallo y perdió él un estribo; el qual cobrado bolvió para su enemigo, tal que se le olvidava de poner mano a la espada, y estavan casi juntos quando la sacó. Todo el campo dio de se ver en ello, sino Armesildo, que estava tan enojado que, apretando los dientes y affirmándose sobre los estribos, volvió sobre él. Hiriole sobre el encantado yelmo con la fuerça de Hércules. Resonó todo el campo, y aun los cercanos valles, con tan furioso golpe; mas Belflorán, que traía pensado lo que avía de hazer, cerró con él, hechole sus fuertes braços, dexando caer la espada. No se le olvidó a Armesildo lo que don Belianís le avisara, que, poniendo mano a la daga, le hirió por donde estava desguarnecido de una herida temerosa. Belflorán, que se temió de la muerte, cogió a Armesildo el braço entree los suyos y tiró por él tan de rezio, dando de las espuelas a su cavallo, que, no le valiendo el animoso ser suyo, le llevó de la silla. Y como yva furioso, no paró hasta donde la reyna Cenobia y Hermiliana estavan y, saltando en tierra, todavía abraçado con Armesildo, le dixo que, conforme a las con- /192-rº/ - diciones de la batalla, él era su preso; por tanto, que le mandava estuviesse a merced de la infanta Belianisa junto con la reyna Cenobia.

–Tal cárcel como essa yo la acepto –dixo Armesildo–, mas hasta agora no soy vencido, que entr'ambos nos hallamos juntos a pie en este campo.

–Hesso está a la determinación de los juezes –dixo Belflorán–, quanto más que yo no vencido, sino presso, os quiero.

La reyna Cenobia y Hermeliana, que junto a ssí hallaron a Periano, le preguntaron qué le

parecía.

–Mis señoras –dixo Periano–, ¿dónde está vuestra soberana discreción? Poca necesidad hay de mí; mas, con todo hesso, me parece que Armesildo es preso por el Cavallero Sin Amor.

–Pues nosotras lo declaramos assí –dixo la reyna.

Y con esto Armesildo se fue presso a palacio. Y Belflorán se entró en su tienda, adereçando sus harmas y reparándose de su herida con el acostumbrado remedio. Y viendo lo que le quedava de hazer no se detuvo mucho, y vio que para él se venía el príncipe don Belianís, su padre; y él se fue su passo para él, que, viendo que hablarle quería, se detuvo. Y Belflorán le dize:

–Esforçado príncipe, espejo en quien todos los cavalleros de vuestro tiempo se miran, no sé si tenéys entendidas las condiciones de mis desaffos.

–Sí tengo –dixo don Belianís–, y por esso soy venido a esta batalla, donde, aunque en mí no aya lo que vos dezíís, todavía e de combatir el derecho de las damas griegas.

–Bien me reçelava yo de vuestra batalla –dixo Belflorán–, y, por no passar semejante vergüença, saqué seys cavalleros de vuestra corte con quien yo no fuesse obligado a combatir. Y porque vos, mi señor, soys el uno, desde agora os podéys bolver.

Oýan todos los presentes bien las palabras del Desamorado Cavallero, y el emperador a don Belianís dize que a él le piden razón; y como él viesse que no le aprovecharía porfiar, muy enojado se salió del campo; y fuesse la buelta de la ciudad, y con él muchos cavalleros, a los quales él dize que se queden, y fuesse solo con un paje, con tanta chólera que, llegando a Constantinopla, tomando sus encantadas armas, dexó aquellas y en el arzón del cavallo se hizo poner una acha de azero. Y tomando un cavallo y una sobrevista morisca con muchas lunas, como las traýan los africanos, volvió al campo.

En el qual a esta hora el duro Salisterno Sin Pavor avía tomado la mano con las condiciones que avía combatido Armesildo; porque, viendo todos ser el postrero día y que avía tales cavalleros en el campo, parecioles de muy buen acuerdo. Todos atendieron por Salisterno, como aquel que era tenido por uno de los aventajados cavalleros del mundo. Era conosciado en el arco y flechas que siempre traýa, por ser en él el más acertado que en sus tiempos se hallasse. Otra ninguna cosa estimara tanto Belflorán como aquella batalla y la de Furibundo, que de lo que a él y a su padre con ellos les acaesciera quedara muy corrido. Y llegándose él mismo a la hastería, escogió una lança, qual le pareció sería combeniente. Tomó Salisterno algo larga la carrera, por aprovecharse mejor de su arco y, en tocando los clarines, tiró una flecha. Cosa pareció de ymaginación porque, acertando en el escudo y no le pudiendo passar por ser encantado, resultó arriba tan recio que jamás por nadie fue visto. Cuenta el sabio Fristón averse con su misma velocidad en los ayres encendidos, y pusiendo otra hizo él semejante, porque acertando en el yelmo a Belflorán hizo volver la cabeça par'atrás, y la saeta passó con la ligereza que la otra. Venía Belflorán en el mejor cavallo del universo, tan rezio que por poco le huviera acaescido desgracia a Salisterno; el qual, dexando el arco, metió la lança en

el ristre. Entr'ambas se hizieron pedaços, y el uno con el otro se juntaron con más pujança que se creyera. No creo que en esto ganasse mucha honrra Belflorán porque, trayendo el cavallo que traía, no era mucho lo que hizo, que Salisterno huvo /192-vº/ de su cavallo quebradas ambas espaldas, y con su señor vino al suelo. El qual, aunque desatinado del terrible enqüentro, saltó de pies. Belflorán perdió ambos estribos, y convínole tenerse al cuello del cavallo, el qual se hizo atrás cinco o seis pasos. Puso Salisterno mano a la espada, esperando a que Belflorán bolviesse; el qual, sin poner mano a la suya, le pidió se viniese con él preso.

–Yo no he perdido la silla –dixo Salisterno–, y nuestra batalla no es acabada.

–Yo os veo a pie y sin ella –dixo Belflorán–. Creo la dexastes contra vuestra voluntad, que harto mejor es para los cavalleros combatir a cavallo que no a pie.

Los juezes dixerón a Salisterno que no combatiessse más, que no podía hazer batalla a pie, de lo qual él fue tan ensañado que fuego le saltava por los ojos, y a Belflorán dize que vea dónde le manda yr preso.

–Señor Salisterno –dixo Belflorán–, aunque agora ha avido poco tiempo para nuestra batalla, yo os prometo de buscaros hasta hallaros. Por agora, yo os pongo preso en poder del soldán Periano de Persia, que tal cavallero como vos cada vez que seáis llamado está seguro.

A esta sazón estava en el campo el excelente príncipe don Belianís de Grecia con sus harmas y sobrevistas africanas; y viendo que don Clarineo se aparejava para la batalla, él pasó adelante; que viéndole venir assí, solo y mal adereçado, puesto que traía gentil apostura y cavallo, muchos se rieron d'él. Lo mismo hizo el sabio Fristón, no le veniendo al pensamiento que aquel pudiesse ser don Belianís; el qual a don Clarineo dize:

–Mi buen señor, este cavallero me tiene mal enojado y, si vos me days licencia, agora soy a tiempo de ser vengado, que á mucho tiempo que le busco.

Don Clarineo se rió, y por vía de burla le dixo:

–Por mi fe, cavallero, que no traéys adere(c)ço de averos cansado mucho en eso. Mas, si tan presto pensáys de satisfazeros, hazed a vuestra guisa.

Y con esto don Belianís pasó adelante; y, por enojar más al Cavallero Sin Amor, llegando al padrón que el escudo tenía, le dio del pie, dando con él en el suelo. No lo vio Belflorán, porque estava procurando restañar la sangre que de un braço le yva de una pieça de las harmas, que del enqüentro de Salisterno le lastimara. Y avíale acontecido una gracia donosa: que, cuydando sacar el anillo que para aquello él traía, sacara aquel que le estorbava de ser conocido. Y, viendo que no le aprovechava, ar[r]ojole de sí muy enojado. Y no lo huvo hecho quando se le acordó lo que hera. Y estava pidiendo a un paje se le diesse, y como oyó las bozes bolvió por ver qué sería. Y viendo la vergüença que aquel moro le avía hecho, teniendo la lança en la mano, ni aguardó por sortija ni otra cosa. Y, con una cólera que en ella se abrasava, se dexa venir para él, que otro tanto avía hecho.

No creo que en el universo tan mortal batalla se aya visto, ni tales dos cavalleros para ella.

Todos los presentes cuydavan que solo en aquel encuentro estava Belflorán ser vengado, y como él lo deseasse y don Belianís lo contrario, no tardaron en hallarse juntos. No hazen los espantosos cañones semejante ruydo, ni los rayos vienen con tal furia de la región del ayre conxelados. No traían tal pujança las máchinas fuertes con que los antiguos las murallas combatían. Temblaron los edeficios presentes, y muchos elefantes con los carros se espantaron, no los pudiendo tener los que de gobernar tenían cuydado. Las lanças, que firmes eran, se hizieron mil rajass; los cavallos y sus señores se juntaron con los escudos y yelmos. No menos que si con una culebrina dieran a cada uno perdieron el sentido, y tales como muertos cayeron por las ancas de los cavallos, que tampoco poder para mudarse tuvieron. No hizieron ellos mención de levantarse, que por las viseras de los yelmos comenzó a salir la sangre. Cuydaron los presentes que fuessen muertos, y cor[r]ieron por levantarlos; mas los juezes los mandaron detener por ver en qué parava, porque a esta ho- /193-rº/ -ra como adormidos se rebolvieron, y poniéndose en pie, recociendo cada uno en el estado en que estuviera, nunca tal saña entró en sus coraçones. Hera don Belianís, quando enojado, temeroso, y arrebató del arçón del cavallo la hacha. No curó de tiempos de diestro, ni su contrario menos. Lleganse el uno para el otro; don Belianís con la hacha hirió a Belflorán sobre el escudo, hízosele juntar con la cabeça he hincar ambas rodillas en el suelo. Y, aunque él fue herido en el yelmo y cortado del cerco alto gran parte, no hizo caso d'ello; quísole asegundar otro, con que pensara partir un ayunque, mas Belflorán, que de muerte se receló, no hubo arrodillado quando le tyró a la hacha un golpe. Fue en él venturoso, porque se la cortó toda junto a las manos, y no hizo golpe que nada valiesse. No hubo hecho este golpe de ventura quando le tyró otro a la pierna. Fueron con temor de que, de otroa suerte, don Belianís se hallara mal d'él; con todo hesso le hirió, aunque poco, de que don Belianís fue maravillado, que sus harmas nunca fueron cortadas, y retirose atrás, poniendo mano ha sus espadas, paresciéndole que el cavallero, si encantado hera, contra su espada, que él al buen Bandenaçar quitara, no se podía deffender. Y viéndole venir sobre sí, tyrole un golpe de toda su fuerça. Metió el escudo Belflorán; mas no es este golpe como los que le solían dar, ni hay otra tal espada, si no es la de Belflorán, en el mundo. El escudo fue llevado al través de una parte a otra, y con la punta abrió el peto ha la larga el un tercio d'él, y si no traxera una harmadura fuerte que husava debaxo, peligro corría de la vida.

¡Quié[n]⁷³¹ contara buenamente la admiración de los presentes, viendo tal cavallero! Mirávanse unos ha otros, preguntándose si conocían ha aquel cavallero africano más furioso que el sol, y, no sabiendo nadie dezir d'él, tornaran a mirar la batalla, que era tan encendida y brava que los saca de su sentido. De las pieças de sus harmas, de la sangre que d'ellos corría, cubren la parte donde combaten. No desea cada uno la vida tanto como la vitoria. Aquí ponen las manos, allí las rodillas, unas vezes entran a las pressas por valerse y otras, con la hardiente saña, no se temen y hazen su

⁷³¹ *Quien.*

batalla mortal y peligrosa. P[or]fían⁷³² en ella bien quatro horas sin descansar; mas, como el aliento les faltase, de un acuerdo se tyran afuera por cobrar huelgo. Paseábase don Belianís por no resfriarse, mirando a Belflorán, y entre sí, turbado de verse llevado a tal estrecho por un solo cavallero, decía:

—¡O, don Belianís de Grecia, cuán contra razón te estimas, pues en una batalla donde todo el mundo te mira tienes tan poco valor! Pues assí es, conviénete morir, porque aquella honrra, si se acabare, sea junto con la vida.

Belflorán, que vía que aquel hera el húltimo día para salir con la mayor honrra que quantas jamás a nayde fueron concedidas, mucho se aflegía.

—¡O, soberano Señor! —decía el furioso mancebo—. ¡Plégate de no p[er]mitir⁷³³ que, aviendo venido a tal estado, por un solo cavallero sea assí de todo punto destruído! Y, si ello ha de ser, lleva, Señor, el ánima de esta vez, porque no pase en este mundo tan gran vergüença.

Y, como entr'ambos deseasen acabar de una vez, tornan el uno para el otro con doblado ánimo, que al principio los golpes que se dan ha los que las ingeniosas maças, con los tornos traídas, dar suelen parecían. Hincó don Belianís hambas rodillas, y Belflorán la una, y la mano de la espada cuydó don Belyanís /193-vº/ aver a su contrario a las manos, y cerró como una ave con él, que pieça avía que, si pudiera, huviera hecho otro tanto. Quisieron poner mano a las dagas, mas en aquel poco espacio no se osaron soltar, temiendo cada uno a su contrario que no le cobrase en poner los braços ventaja. La fuerça con que se aprietan, la furia con que se procuran derribar, la destreza de la lucha a los presentes tiene fuera de su juyzio. Valentíssimo cavallero es Belflorán, mas su padre no es más rebuelto en el harnés, más husado al trabajo. Jamás batalla le cansó, aunque mucho tiempo durase. Mas lo que en el uno es por el uso, es en el otro, por aquella floresciente edad suya, que no llega a veynte y dos años, el verse delante de su señora, lo qual redoblando en el coraçón, atravesó un pie a don Belianís. Cargando el cuerpo aquella parte, fue con presteza y fuerça, y llevárale de caída si las ventajosas fuerças suyas no le valieran, con las cuales tiró por su contrario tan rezio que, aunque él fue a dar de espaldas, sacudió a Belflorán de sí de ojos más de seys pasos. Y, como la honrra y la vida en aquel paso estuviessen juntas, no pareció que huviessen caído; tornan a tomar sus espadas y, como Belflorán no tuviesse escudo, boló de firme dos golpes, porque su contrario entrase con él, que no tenía otro pensamiento. Y hízolo assí, que, metiendo el escudo delante, entró pensando hazer a su salvo lo que convenía. Mas hurtole Belflorán el cuerpo y hallose con él muy junto sobre la parte yzquierda, y hiriole de dos puntas. La una valió a don Belianís el escudo, mas de la otra uviera sido muerto, que pasó el harnés y sintiola en la carne, si no se dexara llevar de la fuerça de la espada. No fuera mucho, que la mitad pasara de la otra parte. Con todo esso, fue herido, y no poco, que, creciendo en él su furia, a esta ora fue tornado un ardiente rubí. Y pareciéndole que la ligereza a su contrario defendía, fingió tirarle un golpe a la cabeça y, no le executando, se quedó al medio tiempo.

⁷³² *Profían.*

⁷³³ *premitir.*

Y viéndole tornar a entrar, le dio un revés que cuidó llevarle la cabeça: cortole toda la gran pieça, el correón fuerte del yelmo, el g[or]jal^{734*} de malla y hízole una pequeña herida en la garganta, al lado yzquierdo. Hízole retemblar como las hojas de los árboles en otoño. Ya no es tiempo de más destreza, no se quiere ayudar Belflorán de ligero: pone el pie firme y, como el herrero a quien no toca más de redoblar las penosas rejas de hierro, da y rescibe mortales goles.

Onze heridas tiene Belflorán, y don Belianís, nueve; mas tenía don Belianís tres más peligrosas, una casi junto a la rodilla derecha y otra en el brazo, y una estocada en el pecho, y Belflorán sola la de la garganta le da pena, a causa que era de mucha sangre cubierto, la qual sentía yr por entre las carnes hasta las plantas de los pies. Tales están el uno y el otro que no dan paso que no le siembran de sangre. Están los que miran sin seso en el conocimiento del caballero estraño; unos a otros dizen que es uno y otro, sin atinar en cosa alguna. Solo Perianeo fue el primero que a la bella Claristea dize:

–No me crea vuestra alteza si este cavallero no es don Belianís, que yo le conozco en aquel señorío que en la batalla tiene. Mas los dioses no me ayuden si él no tiene mucho trabajo: el cavallero es el mejor que yo aya visto.

Algunos oyeron lo que Perianeo dixera, y de unos en otros se sonó por el campo. Bien lo entendió el emperador don Belanio, y no le pudo sufrir el coraçon que allá no baxase. De sus pages se supo luego la verdad, que no lo osaron negar, que entre todos dio un mortal pesar, mayormente al rei Toloyano, al soldán de Babilonia, que de las damas se encubrió por no les dar tan mala nueva.

La noche se viene mui cerrada, y ellos no procuran sino llegarse al último paso; no veya combatirse, y el uno y el otro dan bozes por luzes. Los juezes se llegaron a ellos, diciendo:

–Cavalleros, ya veys al término que soys llegados sobre causa que importa tan poco. No seáis assí enemigos de vosotros mismos; dexad /194-rº/ esta batalla con ygual honrra.

–¡Afuera, valerosos señores –dixo Belflorán–, que no es batalla esta para dexarse començada!

Lo mismo dize don Belianís; y como de la tienda cantidad de más de mil antorchas uviessen sacado, tornáronse a juntar el uno con el otro. No se espera que ninguno d’ellos sea vencedor, ni aun dure dos oras en la batalla. Mirava Perianeo al emperador de Grecia, y viole triste, y aun a su parecer lágrimas le venían a los ojos. Y mirando a Florisbella, no le bastó el coraçón a que tan gran pesar le viniesse. Y dando de espuelas al cavallo, saltó en el cercado campo, diciendo:

–¡Ea, cavalleros, no consintáys passar adelante tal batalla, que es entre padre he hijo, que este Cavallero Sin Amor es el príncipe Belflorán!

A las bozes del soldán todo el campo se alborotó, y Cenobia y Hermiliana, el Gran Tártaro y don Clarineo, don Lucidaner, que más cercanos se hallaron, arremetieron, así de cavallo como

⁷³⁴ grojal.

estaban, dándoles bozes que se apartasen. Mas ellos, que la causa no entendían, aviéndose abraçado el uno con el otro, Belflorán metió la mano por baxo, pensando dar de cabeça con don Belianís, y él echó la mano al tiracol* del yelmo, que como estuviessen los correones cortados se le llevó de la cabeça. Y como le conociesse, no fue espanto y gual al suyo. No tuvo más fuerça y casi desmayó, y huviérale casi muerto Belflorán si don Belianís no le dixera:

–¡Teneos afuera, Belflorán, que si las vidas escapamos no nos quedará poco que contar de este trance!

A esta hora ya con ellos estaban todos los cavalleros que en el campo avía, y a don Belianís le quitaron el yelmo. Belflorán, que tal cosa vio, ante su padre se hincó de rodillas, arrojando la espada de sí, diziendo:

–Cierto, mi señor, yo nunca seré alegre, pues tan gran mal por mis manos e hecho.

–Si algún peligro sucediere –dixo don Belianís–, yo ten(n)go la culpa, que he querido contra vuestra voluntad entrar en esta batalla; mas no querrá Dios que tan gran daño de nuestras manos aya salido.

A todos estorvó la venida de Florisbella, que viendo tal cosa, como una corrida leona para ellos se viene y, echando los braços a padre e hijo, los abraça mil vezes, no se hartando de llorar.

–¡Hay de mí, sin ventura –dezía la aflexida princesa–, y con cuánto descuydo he estado yo mirando mi muerte!

Y no consintiendo que otro ninguno los hablase, en unas andas los pusieron, que yvan cruelísimante heridos, y no quiso que a la tienda ni palacio los llevassen, maldiziendo el lugar donde tan gran desastre avía acontecido. Los hizo llevar a Costantinopla, y con ellos todos los príncipes pressos, ecepto los de la princesa Claristea, los quales fueron puestos en libertad y embiados a su real, que assí lo quiso la donzella que allí a Belflorán truxera, la qual se fue también a la ciudad para curarlos, con gran pesar de no aver conocido a don Belianís antes; que, aunque Fristón aquello, porque Belflorán no se fuesse de la corte, ordenara, no quería él que fuesse con tanto peligro si Belflorán no se metiera en lo que vos avemos contado. Y no consintiendo Belflorán que otro, sino su donzella, los curase, ella les puso tales cosas con que de las heridas fueron luego sanos; mas por la flaqueza y fatiga de la batalla muchos días estuvieron en la cama.

Capítulo 40: Cómo Dolisena conoció a sus hijos don Dolistor y Polisteo.

/194-vº/ Ninguna cosa en estos rigurosos trances fue tan estimada ni con razón tanto se devía encarecer quanto el valeroso ser del príncipe Perianeos, el qual no pudo dexar de responder a lo que a ssí mismo se devía, no queriendo que aquellos dos cavalleros, tan mortales enemigos suyos, y en cuya muerte estava su descanso, así por semejante desastre muriessen; y, si él antes a don Belianís conociera, es cierto que también lo estorvara, que los ánimos generosos, aunque tanto descansan en

rematar a sus enemigos, no quieren ver esto por ajenas manos, donde ellos no llevan parte de la gloria. Y aunque, según los antiguos historiadores, con la propia vida muchos servicios a Florisbella uviesse hecho, ninguno en su presencia le fue rescebido sino este, del qual le nació una manera de piedad, pesándole de que assí sin remedio se dexase perder por una voluntad tan agena de la suya. Y, muy al revés de lo que solía, publicava aver hecho en aquello obra de generoso y magnánimo cavallero. Y no le valió a él esto poco, según adelante vos contaremos; el qual, desesperado de ver estas cosas, y él y todo el real maravillados del extremo del esfuerço del padre y hijo, no sabiendo a quién poder dar ventaja, porfiando uno por el uno y otros al contrario.

Mas todos se an de poner en olvido por sola Dolisena, la qual, con el pesar de ver llegar a don Belianís tan mal herido, ya que el rey hubo cenado, retrayéndose en la cámara de su tienda, no queriendo comer, con los vestidos que al campo sacara se echó sobre su cama, llorando espesas lágrimas, con tantos suspiros y sollozos que en ellos se ahogava. Meridiana, enojada de verla tal, se echó sobre su estrado. Mas Dolisena, acordándosele del desastre que por sus hijos aconteciera, no solo no podía aliviarse, mas hecha nuevo fuego al que ella tenía tan encendida, paresciéndole que por razón hijos de tal padre no pudieran dexar de ser semejantes a Belflorán; y, aunque en boz baxa dezía sus quejas, las ansias y suspiros que se le redoblavan no eran tan secretos que a ellos no recordase don Dolistor. Y no sabiendo quién se quexase, desalentadamente saltó de la cama; y como por la calor no tuviesse cintas en el cuello de la camisa, cargando sobre la mano derecha abrió parte d'ella para adelante, y tomando una ropa larga y su espada salió a la sala de la tienda por ver quién llorava. Y al tino de los suspiros entró en la recámara de Dolisena, a la qual vio con la cruel ansia que la fatigava se desmaya[b]a⁷³⁵. Y estava tan hermosa que don Dolistor fue maravillado, viéndola derramar muchas lágrimas, no sabiendo qué causa podía aver en el mundo que así la lastimase. Y tomándole las manos, la estremeció rezió porque tornase en sí, y ella, con el desacuerdo, dio un suspiro.

—¡Ay de ti, Dolisena, que por tu desventura pasas tan cruel tormento, causado por tal cavallero!

Y pasara adelante si no viera a don Dolistor, de que fue tan cortada y enojada que le dixo:

—¿Qué atrevimiento es el vuestro, don Dolistor, de entrar aquí a tal hora sin ser llamado? ¡Salíos luego, que el pesar que me avéys hecho no lo enmendaréys jamás!

—Señora —dixo don Dolistor—, yo sentí quejar a vuestra alteza y vine por ver si podía serviros en algo; y, a lo que entiendo, algún cavallero os á enojado, y si es assí, dezidme quién es, que aunque fuessen los dos príncipes que oy combatieron, es poca satisfacción sus cabeças para vuestro enojo.

No se holgava nada Dolisena de que tales palabras le dixesen, y con un disfraz* le dixo:

—¿Aviades se las de quitar vos, don Dolistor, o quién avía de ser el valiente que se avía de

⁷³⁵ *desmayada*.

poner en semejante locura?

–Yo, mi señora, aventuraría a esso la vida –dixo don Dolistor–, y con esto no sería mucho que vuestra alteza fuesse satisfecha, que estos cavalleros no son tan de /195-rº/ yerro como parecen.

Más se enojó Dolisena d'estas palabras que de las primeras, y sentose enojada sobre la cama. Y como don Dolistor se huviesse descuydado algo de la ropa, y la camisa hasta más de la mitad de los pechos huviesse rompido, vio lo que ella jamás creyera, porque, teniendo en la memoria las señales con que sus hijos nascieran, viendo la una d'ellas a don Dolistor, toda se estremeció; y sosegándose algo, le dixo:

–¿Qué señal es essa que traéys en los pechos, don Dolistor?

–Trayo aquí al dios del amor –dixo don Dolistor–, que dize mi padre Nicanor que nací con él, y que quando él halló a mí y a Polisteo, mi hermano, se aplicó ha criarnos, teniéndonos por hijos suyos.

–¿Y qué señal es la de vuestro hermano? –dixo Dolisena.

–Es una cruz –dixo don Dolistor–, muy al natural hecha.

–Estrañas cosas me contáys –dixo Dolisena–. Despertad a mi hermana, porque ella vea tan estraño caso.

Don Dolistor lo hizo assí, y Dolisena la llamó diziendo:

–¡Venid acá, señora hermana, y veréys la cosa más estraña que jamás oýstes!

Ella se llegó, y descubriendo Dolisena los pechos a don Dolistor, le dixo:

–Pues no os maravilléys d'esto, que diz que Polisteo, su hermano, tiene una cruz en esta misma parte, y que los criaron en las cumbres de las montañas donde vos y yo solíamos andar a caça.

–¡Por los dioses –dixo Meridiana–, que es la más estraña aventura que he oýdo! Ýos a dormir, señor Dolistor, no sea que acaso recuerde alguno, que parecerá gran desemboltura y os podría costar la vida.

Don Dolistor lo hizo ansí, y las dos hermanas, como si nunca visto se uvieran, se abraçaron la una a la otra con más lágrimas de plazer que antes tuvieran de pesar.

–¿Qué os parece, hermana mía, de tan alta ventura como en Grecia nos estava guardada? –dezía Dolisena–. ¡Hay, hijos míos, que assí avéis sido en derramar la sangre de vuestro linage! No será ello más así, si los dioses no me son de todo punto contrarios.

Y con esto no vía la ora que tornarlos a ver.

Quiero, si a vuestra merced le parece, dexar así a Dolisena con esta alegría, pues tantas vezes la avemos dexado llorando, ocupada en alegres pensamientos, [a]unque determinada de no descubrir hasta ser buelta en su tierra, con temor que se le quedarían en Grecia, y bolvamos a dezir qué se hizo en Costantinopla fenecida la batalla; porque, no se hablando en otra cosa, ni aun queriendo la reina Cenobia tornarse al real, fing[i]endo no le aver dado libertad Belflorán, aunque por Orontea y la reina de Yrcania muchas vezes era llamada, en bivo y amoroso fuego se encendía, no le acaeciendo

menos a Arnesildo por ella, y a Belflorán por Belianisa; la qual no solamente ningún favor le hazía, mas aun la parte que le solía dar, que era de su vista y habla, le quitava las vezes que ella podía excusarse de hablarle. Y con esto Belflorán estava tan desesperado que la muerte tuviera por mui buena.

Pues un día que la princesa Florisbella le vino a visitar, no lo pudiendo excusar se vino con ella, y entre sí la traían la reyna Cenobia y Hermeliana. Florisbella se pasó a la cama de don Belianís, y ellas se llegaron a la de Belflorán. No creo lleva buen concierto este negocio, porque está Belflorán que por Belianisa se le parte el alma, y ella y Cenobia, en reguarda * la una de la otra, lastimadas con mortales celos. Mas llama a esta ora Florisbella a la reyna y a Hermeliana, y uvo por fuerça de quedarse Belianisa por no dexar solo a Belflorán, el qual más muerto que bivo le dize:

–Mi señora, ¿qué yerro tan grande á cometido este vuestro cavallero, que assí con tanta crueldad es tratado?

–¿Mío? –dixo Belianisa–. No sé cómo tenéys atrevimiento de dezirlo, pues soy una de las que vos embiastes a desafiar, si no es que queréys que sean verdaderas vuestras palabras, que, pues no soy merecedora de leal amante, tome a vos, que tanto os preciáis de desamorado.

–¡Ay de mí, señora –dixo Belflorán–, cómo deseáis mi muerte! ¿Vos no vistes vuestra soberana ermosura en la letra de mi cartel reservada?

–No sé por quién dexistes –dixo Belianisa–, mas vos haréis bien en preciaros de desabrido y pedir favores a las damas. Pues esto es así, no cu- /195-rº/ -réys de fatigarme si no queréis que de todo punto huya de vuestra vista.

–No es menester esso, mi señora –dixo Belflorán–, que mi muerte no está muy lexos si tan gran crueldad en mí se espera.

Y como esto dixesse y estuviesse assí flaco, vínole tan gran desmayo al corazón que quedó tal como muerto. Belianisa, que tal le vio, cuydando que en breve tornaría, no osó llamar a nayde, mas tampoco quiso llegar a él con sus manos, hasta que vio a la reyna Cenobia, que para ellos se bolví, y muy congoxada le dize:

–¡Lléguese aquí vuestra alteza, que no sé qué mal le á tomado a este cavallero, que lo á sacado fuera de su acuerdo!

La reyna, que no menos quería disimular su mal que ella, le dize:

–Poned, mi señora, el remedio, que si de vuestra parte no le viene, de las demás excusado le será.

Y con esto cobró Belianisa algunas colores y, como el mal de Belflorán temiesse, tomole de una mano, estremeciéndole algún tanto. Y quando en sí le vio tornar, porque acaso no dixese alguna palabra, le dize:

–Esforçad, cavallero, que está aquí mi señora, la reyna Cenobia, que viene a socorros.

No fue mal aviso el de Belianisa, que de otra suerte diera Belflorán mil sospiros, testigos de

la pena que sus entrañas abrasava; mas assí puso una pared entre el corazón y la boca, y no pudo ser tan fuerte que todavía a los ojos no saliesen espessas lágrimas.

–¿Qué avéys avido, señor –dixo la reyna– que tan mal os ha parado, y por qué no repartís de vuestra pena en quien tanta obligación tiene de ayudáros la a sufrir?

–No es pena, soberana señora –dixo Belflorán–, la que tal me á parado, sino gloria, la qual no estuvo en mucho de acabarme de llevar.

–Si esso es –dixo la reina–, tanta más obligación avrá para darnos parte, pues a quien la tomaría de la pena no es mucho dársela del descanso.

Y con esto, no pudiendo él más hablar a su señora en lo que él quisiera, estuvieron una pieça platicando, aunque presto fue atajado con lo que en el siguiente capítulo os será mostrado.

Capítulo 41: De lo que subcedió queriendo los moros ganar a Nicoxian y cómo fue socorrida.

En dulce conversación se entretenía el imperial príncipe Belflorán quando por la quadra entró un cavallero malherido, según parecía por los golpes de sus armas. El qual, hincando delante de don Belianís las rodillas, dize:

–Sabrás, soberano señor, que la tu ciudad de Pera es passada a cuchillo con la mayor crueldad que se aya visto, y si alguno a gran maravilla ha escapado, soy yo, por avisarte de tan gran daño. Y a la hora de agora está en este peligro la ciudad de Nicoxian, porque la buelta d'ella pasaron. Verdad es que yo encontré esta mañana al príncipe don Baldín con don Manuel, su hermano, con mucha cavallería, y creo que serán en su socorro; mas la destrucción hecha no se vio yqual, que la ciudad queda puesta a fuego, y mugeres y niños, todos muertos.

–¡O, poderoso Dios –dixo don Belianís–, y qué mal tan grande! ¿Y cómo es posible, que la ciudad estava en tal cobro?

–Buen recado tenía –dixo el mensagero–, mas llegaron sobr'ella más de cien mil flecheros con abundancia de elefantes, que, ayudados de un cavallero que se llama Salisterno, que una Furia infernal parece, no tardó seys horas que nos dieron el asalto y batalla de manos, en la qual nos subcedió mal, como yo os quiento.

–¿Oýs vos esto, Belflorán? –dixo don Belianís–. Pues tomemos nuestras harmas, que no es tiempo de descansar; que, si a Nicoxian perdéys, hazed quienta que no tenéys a Grecia.

Poco era menester para Belflorán alborotarse, porque a la hora fue en pie. Y, aunque flaco y malparado, se vistió un arnés y, antes que su padre se levantase, despi- /196-rº/ -diéndose de Belianisa y de las otras damas se salió a la real sala. Que, como el emperador assí le viesse y huviesse ya sabido la pérdida de Pera, le fue a abraçar diziendo:

–Bien hazéys, hijo, en yr a deffender vuestra tierra, que menester vos haze. Mas juntémonos a consejo y veremos lo que más conviene.

Lo qual a la hora fue hecho. Y entre todos fue acordado que a la hora fuesen a socorrer a Nicoxia[n]⁷³⁶, y que, pues Periano no avía de atreverse a dar batalla estando el real repartido, que se la representasen, y que, si él la dicesse, no podría ser menos sino perderla. Y que para ello se pusiesse el resto del poder de Grecia, porque de aquella batalla saliesse la muerte o vida de todos. Y esto acordó assí.

Belflorán dixo que él quería yr solo con una guía hasta Nicoxian, porque su vista añadiría ánimo a todos, y que don Contumeliano, tomando por los bosques, caminase a toda furia hasta llegarse a ella lo más que fuesse posible, porque él de la ciudad le haría avisado si hacaso no fuesse perdida. La reyna Cenobia, que vio que la guerra se bolví a encender de tal manera, se bolvió a la hora al real, y sus gentes con su venida holgaron mucho. Don Contumeliano a la hora hizo aderezar quarenta mil hombres, con los quales, saliendo por la otra parte de la ciudad, se metió por los bosques, Y Belflorán, tomando una guía por el camino llano por llegar más presto, dándose la más priesa que le fue possible, que cierto, si él a Nicoxian perdiera, fuera possible no salir sus enemigos tan presto del imperio.

Pues como el socorro fuesse despachado, el emperador don Beliano, dando mandado al duque Armindos de Tevas que, aventurando en aquello el resto de su poder con la mayor pujança posible de la batalla de la mar, mandó tocar los clarines en los muros de Costantinopla y la campana de Sancta Sofina, acostumbradas señales de campal batalla. Y el buen conde Palineo, que el officio de sargento general hazía, hizo sacar del real bien tres mil carros fuertes y todos los demás adereços que de guerra tenía. Tendió su cavallería en cinco batallas, las quales encomendó a don Lucidaner de Tesalia, a don Serafín de España, al rey Astrideo, al rey don Brianel de Antiochía, al rey Arfileo de Ungría, al soldán de Babilonia encomendando la ciudad, y él se hizo a lo llano, tomando la parte de mediodía, porque, aunque el sol entonces les era un poco contrario, bien veya que antes de dos horas les avía de ser favorable, y en el entretanto los enemigos no podían salir.

El pujante Ariobarzano, que entendió el diseño de s[u]s⁷³⁷ enemigos, juntándose a consejo acordó de no darles la batalla (y era la causa que Astrideo no estava bien sano, y don Dolistor y Polisteo y Salisterno eran ydos a Nicoxian; Furibundo aún por una herida de un braço no estava bien sano), y para entretener a sus enemigos hazia la marina echó parte de su cavallería, ordenando escaramuças, en las quales perdiendo y ganando nueve días estuvo, en todos los quales siempre los griegos les representavan la batalla por la mar y por tierra. Y teniéndolo ya a covardía, adereçaron grandes ingenios para cegar las cavas y combatir los reales.

Do los dexaremos por contar lo que a Belflorán avino; el qual no avía andado dos leguas que para sí vio venir un cavallero con una guía, caminando la buelta de donde él su camino llevaba endereçado, y atendiéndole, le dixo:

⁷³⁶ *Nicoxiam.*

⁷³⁷ *sns.*

–¿Para dónde camináis, señor cavallero, con tanta priesa?

–Voy –dixo él– la buelta de Nicoxian, que me an dicho que Salisterno Sin Pavor la tiene mui apretada, y tengo dentro ciertos parientes y voyme a morir con ellos.

–Vos hazéys bien –dixo Belflorán–, y acompañaros e yo de buena voluntad.

–A la mano de Dios –dixo el cavallero.

Y con esto se dieron toda priesa. Y llegando a la ciudad de Pera viéronla arder, que nunca el fuego se avía acabado. El campo estava lleno de mugeres llorando, que no les hi(e)zieron /196-vº/ pequeña lástima, junto con muchos cuerpos muertos que por allí avía. Y por no ver tan gran mal passaron de priessa por ellos. Y durmiendo aquella noche en una espesura, cenando cada uno por su parte, por no se querer dexar conoscer, de lo que sus escuderos les traýan, otro día tornaron a su camino. Y antes de mediodía oyeron grandes bozes y alaridos, sonándose a altas bozes el combate que a Nicoxian se dava, porque el valiente don Baldín, que, saliendo ha correr con hasta diez mil cavalleros, tuviera nueva de lo que los paganos hizieran, der[r]ocándose más hazia Nicoxian, socorriera el lugar una noche antes que sus enemigos sobre ella llegassen. No se hizo cosa en que tanto fuesse en aquella guerra, ni aun avía en ella cavallero más bien acertado ni para aquello más conveniente, porque no fue dentro quando, fortaleciendo todos los muros y tor[r]es de la ciudad y aperciendo todo lo que para el combate hera necesario, repartió toda su cavallería por la ciudad; y, mandando salir todas las gentes a las murallas, hizo abrir dos puertas de la ciudad, y él se puso a la una, y su hermano don Manuel a la otra, esperando a sus enemigos, que no fue bien de día quando llegaron sobre ella, con tanto ruydo de militares instrumentos y algaradas de la gente pagana que parecía que el mundo se hundiesse, no pensando hallar tan buen recado como dentro avía. Y como los de fuera hallen dura resistencia y los de dentro viessen la muerte a los ojos, con tanta furia pelean que, cargando los de fuera abundancia de puentes desde los elefantes, juntándose unos con otros, unas vezes a braços se dexavan caer con sus enemigos d'ellos abaxo, y otros arrebatan con puntas y garfios de hierro que para aquello traýan hechos. Los de dentro arrojan fuego sobre los elefantes en gran cantidad y, alçando algunos d'ellos, hera cosa estraña ver su furia, con la qual con los castillos y hombres dan en el suelo, haziéndolos pedaços.

Venían con estas gentes aquellos valentísimos cavalleros don Dolistor y Polisteo de Nubia; los quales, viendo las puertas de la ciudad abiertas, como los lebreles tras las caças arremeten a ellas. A la puerta de don Baldín fueron Salisterno Sin Pavor y Polisteo, y a la otra don Dolistor de Nubia y, haziéndoles sus gentes lugar, quisieron meterse dentro del amparo de las puertas. Mas al passar Salisterno Sin Pavor fue herido sobre la celada con un gran canto y dieron con él en el suelo tal como muerto. Y junto con él cayeron otros nueve cavalleros, con lo qual todos se retiraron. Polisteo, que tal desastre vio por su amigo, más ligero que una ave arrebató del suelo a Salisterno porque las piedras no le acabasen de matar, y en dos saltos dio consigo dentro de la puerta. Y dexando caer a Salisterno, no se vio agarrochado toro que assí se haga temer, que, amparando el cuerpo de su amigo,

no da golpe que mortal no sea. Algunos cavalleros de los suyos, aventurándose al peligro, entran por le ayudar, y don Baldín, dexando en esta áspera contienda a Polisteo, se mete delante. Nunca él estuvo en parte que assí su valor mostrase: la cruel muerte es para quantos cavallero procuran la entrada. Mas a esta hora Salisterno bolbió en sí y, reconociendo el término en que estuviera, con ardiente saña se junta con Polisteo, dando mortales golpes a los de la villa. Si el valor de don Baldín no fuera tan aventajado, ellos ganaran la puerta a pesar de quantos la defendían; y viendo en él tan gran estorvo, cargan a la mano juntos. Don Baldín, que tan valientes cavalleros vio sobre sí, estrañamente se receló, y, tomando una hacha de armas, metió la espada en la bayna. Y encomendando a Filispinel la entrada, él atendió a Polisteo, que delantero venía, y con la punta de la hacha le hirió por medio de los pechos con tanta fuerça que le hizo bolver par'atrás tan ligero como viniera. Y, aunque él fue he- /197-rº/ rido por Salisterno, no haziendo caso d'ello, a dos manos con la hacha le dio sobre la cabeça, que una rodilla le hizo hincar en tierra. Mas él corría peligro de la vida si, a esta sazón que el combate andava tan bravo, no llegaran el príncipe Belflorán y el cavallero que con él venía. Los quales, viendo la gran grita que sobre las dos puertas avía, el cavallero a Belflorán dize:

–Conviene, señor cavallero, entrar por esta parte, que no me creáys si don Baldín, con su arguloso coraçón, no á mandado abrir las puertas, o los enemigos se las han quemado; y, si vos soys tan bueno como parecéys, no tendría yo a mucho dar una estampida a esta gente y hazerlos quitar del cerco de estas puertas.

–Eso es mucho –respondió Belflorán–, mas ayudaros he todo lo que yo pudiere.

Y, aunque él esto dezía, sonreýase del cavallero. El qual, sin esperar otra respuesta, arrojó la lança en el esquadron que sobre la ciudad estava, con la qual un cavallero derribó muerto. Y, poniendo mano a la espada, Belflorán se estuvo quedo, sin poner mano a la suya, por ver lo que el cavallero haría. El qual, no con menor fortaleza que tuvo Sansón entre los felisteos o Hércules con los indomados centauros, echó el escudo a las espaldas y, con la espada a dos manos, derribando va cavalleros como el ayre hojas en el otoño. Ninguno es tan valiente a quien del primero golpe no haga provar el duro suelo con espantosas heridas. Turbose el campo por aquella parte, viendo caso tan espantoso, y sobre el cavallero rebuelven infinitas gentes, mayormente los dos gigantes Rodaliano y Taberindo el Espantoso; no avía a la sazón sus yguales.

Todavía se estuvo quedo Belflorán por ver lo que el cavallero hazía, que no viera cavallero en su vida que así le agradase. Y viole, que más aventajadamente que Héctor se metió entre ellos; y, aunque con dos martillos le hirieron, él dio con el uno d'ellos con la espada y con el otro con los pechos del cavallo en el suelo. Aquí dio Belflorán una boz, diziendo:

–¡Hea, valeroso cavallero, socorred a esta puerta, que yo paso a la otra!

Y dexándole entre la muralla a la parte que deffendía el buen don Manuel de Portugal, él pasó adelante, más rezio que el sol entre las raras nieblas. Ninguno bastó a defenderle que no llegase

a donde estava don Baldín, al qual halló herido de algunas heridas, porque Salisterno y Polisteo combatían con tanta furia con él y con toda la gente de la ciudad que el çaguán está lleno de cuerpos muertos, y si de encima con grandíssimo cuydado no defendieran la puerta, ganado le uvieran la entrada ha pesar de su ardimiento. Traía siempre Belflorán en el escudo sus harmas griegas y españolas, y traýalas cubiertas con una funda, la qual a esta hora tiró del escudo, dando bozes a los de la guarda le dexasen pasar. Y ellos lo hizieron, porque vieron de arriba lo que pasava. No sintiera don Baldín más alegría, aunque viera llegar todo el campo del emperador, quando vio al príncipe Belflorán. El qual, assí de cavallo como venía, hirió a Salisterno, que le hizo ahinojar, y a Polisteo quiso atropellar. Mas no hera cavallero de los que él cuydara, que arrimó los hombros a los pechos del cavallo he hízole bolver par'atrás tan rezio como viniera. Mas qué aprovecha a Salisterno ni a Polisteo, que los griegos, que a su príncipe conocieron, dieron grandes bozes y apretáronlos tan recio que les convino dexar la puerta por acogerse entre los suyos. Los griegos salieron tras ellos, y dando lugar los de pie a los de a cavallo para que passassen, don Baldín tomó su cavallo *Bolador*, que no hera peor que el de Belflorán, y juntándose con él, dize:

–Bien avéis echo, mi señor, en socorrer vuestra tierra, que de otra suerte no fuera mucho daros mala qüenta d'ella.

–Si yo supiera que tal guarda ella tenía –dixo Belflorán–, escusado fuera tomar este trabajo. Y mandad tocar a recoger, porque tan- /197-vº/ -to llegue nuestro socorro que nos será gran vergüença si alguno d'estos buelve a su real aviendo hecho tal estrago.

Don Baldín lo mandó hazer assí, fingiendo retraerse, porque los moros cuydasen que les tenían miedo y no se fuessen tan presto del combate hasta que llegase don Contumeliano. Belflorán, que ninguna cosa tanto deseava como conocer al cavallero que con él viniera, mandando cerrar aquella puerta, él y don Baldín fueron a la que don Manuel defendía por dentro de la ciudad. Y hallaron en ella tanta gente que a duras penas, aunque los conocieron, los dexavan pasar. Y vieron al cavallero a pie en una brava batalla con don Dolistor, que ellos holgaran de fenescerla; mas como no hera tiempo de cortesías, huviéranle dado la muerte, que passó don Baldín con *Bolador* he hízole yr dando de ojos, y otros que venían con él cargaron assí de cavallo, más rezios que unas saetas. En peligro estuvo de ser muerto o preso, sy sus gentes, aventurando las vidas, no le socorrieran. Y los unos y los otros fueron echados de la barrera.

Avía durado este combate de la mañana hasta dos horas antes que se pusiesse el sol, que por la punta del Bosque de la Cierba començó a mostrarse. La cavallería griega, tocando a toda furia sus trompetas y clarines altos, venían en quatro batallas, tendidas sus vanderas con la priesa que dezirse puede, que con el ayre que refrescava tirándolas en las lanças era hermosa cosa de mirar. Venía el buen don Contumeliano en un cavallo blanco con unos paramentos de carmesí raso sobre otros de

fina malla que su cavallo traía, con muchas bordaduras de [e]ntorchados^{738*} de oro y plata. Siempre que él era capitán holgava de ponerse costoso a cavallo; dezía que la vista del capitán bien adereçado, que dava a los soldados nuevo ánimo en la batalla. Y como viesse que la gente se retirava del combate, como aquel que sabía que, aunque sus cavallos venían cansados, sus enemigos estavan peores por aver trabajado todo el día, dando mandado a don Baldín que a la hora saliese con su gente en concierto a la parte del arenal, él dize a sus cavalleros:

–Hermanos y señores míos, no es menester que las palabras detengan mucho lo que tanto es necesario de nuestras manos. El estrago que estos han hecho, visto lo avéis por vuestros ojos. Si alguno se escapa, dirá que fue en robar nuestras haziendas, en tomarnos los hijos y mugeres, sin que hubiesse quien le castigase. El emperador, mi señor, a nosotros como executores de su justicia nos embió en su tierra; si no lo hazemos, será por culpa nuestra, y de oy más huirá de encomendarnos otra cosa. Mirad que nuestro príncipe, si no me engaño, está en la ciudad; que viene a ser testigo de lo que, bien o mal, hiziéremos. Mostrémosle que en nosotros tiene vassallos con quien pudiera descansar y, aunque tenemos poco día, en menos, si fuéremos buenos, venceremos.

Y di[ci]endo esto, aviendo todos hecho la oración, parten para sus enemigos, los quales en gentil concierto los esperan. Las batallas se juntan unas con otras, mas los griegos no han peleado muchos días ha, y los moros avían caminado cinco días y dado tres combates, y estavan tan cansados que apenas saben pelear. No vale esforçarlos Salisterno ni meterse don Dolistor y Polisteo en la priesas, que en ello no hay sino la muerte; conviéneles retraerse, y aun algunos historiadores quieren dezir que vieron al esquadron bolver las espaldas, y si aquello fue verdad, serían sus acostumbrados ardides.

Como quiera que sea, tomaron la ladera de una quiesta alta a tal hora que la noche se venía muy cerrada, y los griegos a l'alerta esperaron toda la noche para que sus enemigos no se les fuesen; los quales aquella noche se juntaron a consejo, y aunque más importunaron que esperasen a la batalla de otro día, nunca con la gente acabarse pudo, que no tenían /198-rº/ ánimo para esperar, que se temían que todo el real del emperador don Belianio era sobre ellos; de lo qual Salisterno y don Dolistor y Polisteo estavan tan enojados que mil vezes maldezían la gente, y aun a quien se la encomendara. Y viendo que otra cosa no aprovechava, hizieron encender grandes fuegos y, haziendo quedar a algunos que tenían buenos cavallos con los prisioneros, que de más de diez mil pasavan, los quales toda la noche les hizieron dar grandes gritos porque pensassen que estavan allí todos, dexando quanto robaran y aun algunos, por yr más ligeros, las armas, començaron a caminar. Y como gente que deseava escaparse por el camino que a Costantinopla yva echaron un esquadron de cavallos ligeros que hiziesen huella para que pensasen que por allí yvan todos. Y ellos se derrocaron hazia la vista d'ella, donde estava su armada, y con harto trabajo llegaron a ella. Y acordaron de la mayor

⁷³⁸ *antorchados.*

parte de aquella gente, por ser flecheros, dexarlos en la mar, y descansando algún día con los demás dieron aviso al real de lo que passava.

Pues como la noche viniessen y don Baldín y don Contumeliano y Belflorán se uviessen rescebido, no hallaron al cavallero que con Belflorán viniera para cenar, y haziéndole buscar, mucha pena dava a Belflorán en no le aver conocido.

–Yo no sé quién puede ser –dezía don Manuel–, mas él me socorrió al mejor tiempo del mundo, que estava en mucho aprieto, que un cavallero de unas harmas blancas no estuvo en mucho de ganarme la puerta.

En cenando, assí harmados se echaron a dormir un rato, puesto que don Contumeliano se salió al campo, que en tales tiempos encima de su cavallo arrimado a la lança solía él dormir. Belflorán, que más deseava hallar al cavallero que otra cosa ninguna, no pudo dormir y levantose luego. Handuvo preguntando a unos y a otros por él y, teniendo nueva que fuera en el campo quedara y que la buelta del bosque le vieran yr, teniendo entendido que a una fuente donde estuvieran a la venida se huviesse ydo a reposar, como mejor supo se fue atinando a ella solo con su escudero Valisán, el qual, como sabía mejor la tierra, presto le puso a la fuente. Y no se engañaron mucho, porque el cavallero, que de la batalla saliera muy ahogado de sed, se avía venido allí, y acabando de beber con el yelmo en la fuente, avíasele caydo dentro y no le podía alcançar, que la arca de la fuente era alta y con mucha agua. Y como sintió ruydo de cavallos, levantose diziendo:

–¿Q[u]ién⁷³⁹ viene ay a tal hora?

Belflorán le reconoció en la boz, y con mucho plazer de averle hallado, le dize:

–Un enemigo vuestro, señor cavallero, que quiere saber qué daños le avéys hecho, que assí huýs de su compañía.

–Llegad solo –dixo el cavallero–, señor Belflorán, que me haréys de otra suerte el mayor enojo de la vida.

–Ten allá este cavallo, Balisán –dixo el príncipe–. Que Dios me ayude si esta no es la más hermosa aventura que se aya visto.

Y apartándose Balisán, llegó a la fuente, donde vio a la linda reyna Cenobia, sus dorados cabellos tendidos sobr'el arnés, tan hermosa que se le representó fuesse Diana, si ya no era la diosa Palas.

–¡Sancto Dios! –dixo el príncipe–, ¿qué es esto que veo? Sin duda estoy soñando, que tal cosa como esta no la merescen ver los mortales. Dadme, mi señora, vuestras vitoriosas manos que, si yo seso tuviera, conocido huviera que tales hazañas para ellas pertenesían.

La reyna, que más que a ssí le quería, le abraçó diziendo:

–¿Qué os parece, valeroso príncipe, quán enemiga vuestra deve ser quien a tal tiempo os á

⁷³⁹ *Qnien.*

buscado por vengarse del daño rescebido?

–Tan gran bien –dixo Belflorán– no le merezco yo, soberana señora, aunque en aventurar la vida en vuestro servicio nadie me haze ventaja. Suplico’s me digáys la causa de vuestra venida en tal manera.

–No ay otra –dixo la reyna– sino averos visto venir solo y flaco; y pesándome de que algún mal /198-vº/ vos subcediesse acordé, fingiendo otras, a venirme a ayudaros, aunque fuesse contra mí misma.

–No se esperava menos de vuestra soberana virtud –dixo Belflorán–, y en esto no es contra vos misma, pues yo soy tan vuestro que no es más que bolver por vuestros vasallos.

–Si esso fuesse –dixo la reyna–, no sería perdida mi jornada en estas partes; mas temor tengo que el daño que aquellas de quien yo d[e]ziendo⁷⁴⁰ rescibieron de los griegos se han de renovar en mí, que tan mal sigo la causa de su vengança.

–No sé, mi señora, cómo fue esso –dixo Belflorán–, mas, si para vuestro contento de alguna vengança hay necesidad, tomadla en mí, que mui de buena voluntad passaré por qualquiera pena por vuestro descanso.

–Yo sola tengo de penar por todos –dixo la reyna Cenobia–, que sabed que tengo de passar mortales trabajos por esta jornada, según los sabios de Egipto me han dicho; y creo, según se va ordenando, que no avrán mentido mucho.

Tenía la reyna en sí una gravedad onestíssima y una vergüença tan grande que en ninguna manera le consintió passar de allí ni declararse más en lo que Belflorán bien claro conocía.

Y en dulces y alegres pláticas estuvieron hasta la mañana, que aviendo cobrado el yelmo dela reyna, pesándole a Belflorán verla tan enamorada y a ssí tan de agenos amores perdido, enlaçándosele porque no la conociesse Valisán, quando el luzero del alva comenzava a salir, tomando sus cab[a]llos⁷⁴¹ se fueron derechos al quartel de don Contumeliano. Mas, quando llegaron, ni hallaron cavallero ni persona alguna, y preguntando en la ciudad lo que avía sido, les dixeron que yvan en seguimiento de sus enemigos, que avían huýdo, y ellos no curaron de seguirlos sino de su espacio. Y aquella noche, como la pasada, durmieron en el bosque.

Y otro día junto a la destruyda ciudad vieron muchos cavalleros muertos, que de tres mil pasavan; y la causa era que, siguiendo toda la cavallería a aquellos, cuydando que todos yvan juntos y que Belflorán yva delante, corrieron a más andar y, aviéndolos alcançado allí y dexándolos todos muertos en el campo, passaron adelante. Lo mismo hizieron Belflorán y la reyna, la qual, por no ser conocida de su gente, las devisas trocó con uno de los cavalleros muertos. Y esperando a la noche, el uno al real y el otro a la ciudad se fueron; donde, sabidas las nuevas del socorro de Nicoxian, don Belianís y el emperador fueron muy alegres, y todos se adereçaron para la campal batalla que en

⁷⁴⁰ *diziendo.*

⁷⁴¹ *cabellos.*

breve se esperaba.

Capítulo 42: De los apercebimientos que se hizieron para la campal batalla.

La hardiente yra y saña que a Periano tomar solía era con él al punto que la ciudad de Nicoxian supo no se avía tomado. No hay infernal Furia que tanta cólera mostrase; que, blasfemando de Júpiter y todos sus dioses, juntando consejo en la tienda de Claristea fue acordada la batalla campal para el tercero día; siendo venidos don Dolistor y Salisterno y Polisteo, y dando aviso a la harmada con el con el ruydo de sus menestres, se pregonó por todo el real. Y delante la tienda de Periano, como capitán general, una tienda negra se puso, a señal que ni se rindiese nadie ni tomase ha ninguno a merced.

Partió su gente en dos partes, la una para la batalla y la otra para dar el combate a la ciudad, determinándose todos de que la muerte general suya o de sus enemigos pusiese d'esta vez fin a la guerra. Toda su infantería, que /199-rº/ era sin número, hacía cuerpo de batalla, y entre ellos yvan muchos y muy principales capitanes a pie. Las dos alas de la infantería yvan tomadas de ciento y cincuenta mil partos, cuya furia con gran razón era de temer, que con saetas enarboladas mortal era el daño que de su mano se recibía. Yvan estos a cavallo, porque en tyrar desde ellos y hazer estrañas cosas era particular negocio el suyo. En la delantera de la cavallería, que en doze legiones venía ordenada, venían los dos príncipes Ariobarzano y Periano, y con Ariobarzano toda la nación gigantea y aquellos dos pilares del humano esfuerço: Furibundo y Bradaleón, su hermano. Con Periano venía[n] Salisterno y Astrideo, y en retaguardia yvan los reyes africanos. Con todos los carros falcados y elefantes yvan don Dolistor y Polisteo, don Leandro de Saxonia, Rosanel, don Claristeo, Pandriano con otros cavalleros alemanes con el imperial estandarte de la emperatriz de Alemania. Llevávale en la mano el buen duque de Milán, que, a[u]nque⁷⁴² viejo, no le faltava aquel animoso ser suyo.

Los griegos, a quien no faltavan avisos de lo que sus enemigos hazían, como aquellos que muchos días avía que lo tenían acordado, no tuvieron mucho que detenerse; porque, llegado el día que la batalla se avía de dar, víspera de aquel que la madre del Señor fue subida a los cielos, en el campo parecieron todos sus esquadro[n]es⁷⁴³ en la forma que para tal trance era necesario. La ciudad se encomendó al soldán de Babilonia y al rey de Ingalaterra, don Serafín de España; las dos puntas de la cavallería, a don Belianís de Grecia y al emperador don Beliano, su padre. Al uno acompañavan Belflorán y Armesildo, y don Baldín y su hermano con quarenta cavalleros de la Tabla Redonda, y al otro don Clarineo y don Lucidaner, y Hermiliana, el rey Banba, el rey Néstor, don Tustor de Gaula. El rey de España lleva la retaguardia, y van con él todos los cavalleros de su casa,

⁷⁴² *annque.*

⁷⁴³ *esquadroues.*

que no consintieron que otro que ellos acompañasse a su rey. El estandarte lleva el buen duque Nestoriano. Son con él vanderados tres hijos suyos y onze cavalleros griegos; agúardarle el rey Astrideo, el rey Arfileo, el rey don Brianel, don Lucendos de Alta Roca, don Brianel. Palineo no quiso entrar en la batalla, quedándose por sobresaliente; proveyó particularmente en el campo muchos carros de armas, gran multitud de cavallos de socorro y pages que de darlos, aunque se aventurasen, a los caídos tuviessen cargo.

Las oraciones querían dezir los generales quando salió Claristea. No traía paños de luto como solía, antes vestida de brocado blanco cortado sobre una tela encarnada, que como un sol relumbrava por todo el campo. Ella venía en un carro, que quarenta elefantes tiravan, poco menor que un gran palacio, aunque era de madera, cubierto con fuertes harmaduras de hierro y azero harmado sobre ocho ruedas, los exes de las quales unos gruesos pilares de hierro eran. Traía el carro tres corredores que, como en cerca, yvan metidos muchos cavalleros, todos armados de ricas y resplandecientes harmas; yva el carro harmado a manera de una corona, muy alto, que un bien torreado y fuerte castillo pareciera, y así lo era él. Los elefantes lleva cada uno un pequeño castillo con treynta cavalleros, y assí a la parte de los elefantes como a la del castillo, todo aquello por donde a él llegarse pudiessen poblado de cortadoras y finas espadas, puestas en tal forma que, me[t]ido⁷⁴⁴ el carro en un escuadrón, no era menos que la aguadaña en las manos del segador. Yvan los elefantes bien harmados. Combatíase d'él por todas quatro partes, de la una como de la otra; en su acompañamiento yvan todos los carros; elefantes, que de más de mil pasavan, con que el salto se avía de dar a la ciudad, mui los otros ingenios, arretes, bayvenes*, que mayor que la ciudad de Costantinopla /199-vº/ parecía.

No quiso yr con ella la reyna Cenobia, porque no quisiera que en la ciudad se hiziera ningún daño, ni menos Dolisena ni Meridiana, a quien no pe(n)sava menos, y no pudieran acabar con Dolistor y Polisteo que aquel día no saliessen a la batalla. Y la rey[na] se fue al esquadron con don Dolistor y Polisteo, y las princesas se quedaron en el real. Y assí fue sola Claristea con Lindorena del Valle y sus damas, con tanta pujança de arreos y vestidos como aquella que de grandes días para entonces lo mandara adereçar y aparejar.

Pues las damas griegas, que gran deseo tenían de ver la batalla, a lo menos la parte que pudiessen, mandando adereçar el castillo de Sant Miguel, a la Puerta del León, todas se fueron a él. Creo que la ausencia del sol, con tantos rayos de hermosura, no hiziera en tal tiempo falta. Vienen las emperatrices de Grezia y Babilonia, la reina Armelina de Ingalaterra, la reyna de Ungría, la reyna Policena, la princesa Florisbella, que de su mano traía a la inglesa Belianisa, Celia, Anaxares la hermosa, Alcisa, la reina Imperia, la linda Laura, que aquel día, aunque no quiso, la hizieron salir al castillo. Traxeron consigo la guarda suya, de la qual se cubrió el castillo, y por capitán d'ella a

⁷⁴⁴ *medido*.

Florispiano de Suecia. No fueron en esto las damas muy avisadas, que muchos cavalleros muy principales, por entender en guardarlas, aquel día dexaron de salir a la batalla, como fueron Gloridiano, Filispinel de Ungría...

¡Quién diría, aunque le ayudasen todas las musas, cuál está el campo de Costantinopla! ¡Tantas devisas y vanderas, tantas cubiertas de oro y plata, tantas plumas y galas, tantas empressas de damas...! Quien mirara el esquadron imperial se enmudeciera viendo tantas y tan lucidas armas; no se consienten mirar. El rifar, soplar y patear de los cavallos, el levantarse y manizarse al ruydo de los guerreros instrumentos que a cada parte se tocan... no cosa humana parecía.

La emperatriz Clarinda al emperador manda llevar una sobrevista morada suya, no menos rica que quantas el mundo tenía, embiándole a dezir que en memoria de sus amores se la guardase, y que mirase por no perderla si no quería enojarla. Todas se rieron del recado, que ya parecían refriados amores los de la emperatriz; que, viendo lo que hazían, les dize:

–Los galanes sirven toda la por un favor de un día semejante. ¿Qué hazéys hay vosotras, tan olvidadas de aquellos que por guardarnos oy tienen de derramar sangre, y aun algunos perder las vidas? Animaldos, que aunque estas cosas no salgan del corazón, gran entretenimiento dan a la vida, y mueren los cavalleros con doblados coraçones.

–La vuestra merced dize muy bien –dixeron todas.

Y assí cada una de las casadas embió su empresa a su marido. Celia, Alcisa, la linda Belianisa, Anaxares y Laura y otras donzellas, que aunque de voluntad lo hizieran, no se atrevieron a descubrirse assí tan públicamente. La reyna Policena, que tal encogimiento vio en ellas, les dize:

–¿Por qué, mis señoras, vosotras no embiáys algunas cosas a estos cavalleros?

–¿Nosotras? –dixo Belianisa–. ¿A quién? Creo que, aunque las embiásemos, no avría quien recibirlas quisiesse.

–Pues embiad una joya a Belflorán –dixo Policena–, y pagarle eys el daño que le hezistes en el desafío pasado.

–¡Hay, por Dios, mi señora –dixo Belianisa–, y no digáys tal cosa! –Cubriéndose los ojos–. ¿Y a cavallero tan desabrido avíamos de embiar nada?

–Sí –dixo Policena–, y avéys se la de embiar vos.

–¿Yo? ¡No me ayude Dios –dixo Belianisa–, si la vuestra merced no manda otra cosa, si tal embió! ¿Y no veys la devisa, que lleva el Amor medio rendido y encima la Fortuna, como hombre que lo tiene en poco?

–Vos os engañáys en esso –dixo Policena–, que aquel cavallero tributario se muestra del Amor, mas da gracias a la Fortuna por averle encumbrado en alto lugar sus pensamientos.

–Agora, mi señora –dixo Matarrosa–, no contendáys en /200-rº/ esso; se passe las que firmaron el desafío, y ellas le embíen una empresa.

–Y porque sepan que también mandamos nosotras alguna vez, escojamos nosotras cuál

d'ellas la embiasse ansí –dixo Florisbella.

Entonces unas a otras se hizieron señas, y todas dixeron que la embiasse Belianisa. Y pareciéndole a ella que devían de entender algo, le salieron colores al rostro. Y, mandando traer un cofre suyo, dixo:

–Pues assí es, yo le quiero embiar la mejor joya que hay en el campo.

Entonces sacó una pequeña vandera, labrada de muy rica y relumbrante perlería, los cordones y borlas de oro, con muchas piedras de in[e]stimable valor. Tenía en ella labradas dos historias: la una, la batalla que con el gigante y centurios don Belianís oviera en Ingalaterra, y la otra, el Castillo de la Fama y Tabla Redonda. Todos pusieron en ella los ojos, que cosa tan hermosa ninguna d'ellas viera jamás. Y ella mandó ha Lindabella, su donzella, hija del duque Exilia; a Policena dize que le diesse el recado que le pareciesse para Belflorán.

–Todo lo avéys vos de hazer, mi señora –dixo Policena.

–A la mano de Dios –dixo la princesa–, que ya será tiempo que yo me vengue de este agravio.

Entonces le mandó lo que dixese. Lindabella, acompañada de muchos cavalleros, se fue para el esquadron donde Belflorán estava, que viéndola venir en tal manera, conociéndola, no fue poco alborotado. La donzella llegó a él, y muy liberalmente le dize:

–Soberano príncipe, la infanta Belianisa, mi señora, dize que, porque veáys cuánto desea desengañaros de la mala opinión vuestra, os embía esta empresa suya y dize que ella quiere tener cuenta con ver si, siendo de su mano favorecido, si mudaréys las intenciones.

Turbose Belflorán con tal recado, y entre sí estuvo pensando qué podía ser aquello. Y a la donzella dize que a la infanta diga que nunca él pensó con tan mala empresa aver tal galardón; y que, pues ella lo mandava, mudaría de allí adelante el nombre, y que, si él tuviera alas, pusiera aquella vandera donde ella merecía; mas que, en el lugar donde estavan, él buscaría la mejor parte. Y con esto Lindabella se bolvió, y dando la respuesta fueron d'ella todas muy contentas.

Belflorán hizo tomar un trozo de lança y por debaxo del brazo yzquierdo con la vandera se le hizo poner, quedando tan alto como el yelmo. Y en aquella batalla fue llamado el Cavallero de la Rica Vandera.

Y assí aparejan todos para romper quando aquel estimado don Contumeliano de Fenicia d'esta manera les habló, no porque el cargo de capitán a él tocasse, sino por mandado del buen duque de Tre[be]nto.

Oración

“A querido el soberano Señor, valerosos príncipes, estimados cavalleros, para mostrar sus valerosas obras poner oy la casa de Grezia con todos sus valedores en este campo, para que se vea que la gloria humana tan poco como la divina se puede alcançar con fuerças humanas sin ser

llevados todos por su mano. Porque, de otra suerte, ¿quién cuydara que, aviéndose juntado todo el universo, con tantos poderes suyos, confiados en las fuerzas suyas, no huvieran algún escalón de vitoria hasta agora ganado? Y, pues que nosotros somos sus siervos y particulares queridos, dándole a él las gracias y conociendo sin él quán poco valemos, no resta sino mostrar que oy es el día que peleamos por nuestra fe, por nuestras honrras y vidas, por nuestras mugeres y hijos, que son nuestros braços. Si bien no los defendemos, serán todos passados a cuchillo por estos crueles carniceros; lo qual es fácil cosa para todos, pues en la justicia, en las harmas, en los coraçones valerosos les hazemos conocida ventaja, y tenemos de nuestra mano la mar y la tier- /200-vº/ -ra, con tanta pujança que, aunque vençamos, no será con razón tenido a mucho. Sola una cosa os supplico por mi parte: que ninguno conbata particular batalla ni tenga cuenta más de con la honrra general, que vence[r] uno diez cavalleros es poco, y salir uno de la ordenança haze perder una generosa empr[e]ssa. Y, pues en este campo yo no conozco ninguno que no pueda ser capitán, seamos oy todos buenos soldados, que esto nos dará la vitoria presente y la fama perpetua.”

Diziendo esto, todos se hincaron de rodillas, haziendo a Dios sus oraciones. Los apostólicos legados los absolvieron.

Pues en el real de los paganos, acostumbrada era semejante cerimonia, porque entre los dos reales un gran brasero de lumbre se puso, a donde a sus demonios hizieron sacrificio, con algunos animales que para ello se traxeron. Cosa fue diabólica de ver cómo muchos sacavan de su sangre y davan con ella dentro del fuego; miraron por sus agüeros, todos los quales parecían a su propósito. Y hecho esto, aquel cuya saña le saca de su acuerdo d'esta manera les habla (bien veo que todos entienden, como yo, que hera el soldán Periano de Persia, el mejor cavallero que los partos conocieron jamás):

–Están ya, soberanos emperadores, reyes y príncipes, animosos cavalleros, las cosas d'esta guerra traídas a tal estado, y es tanta vergüença a cabo de tanto tiempo no aver concluído con estos enemigos nuestros, que oy no pelearnos por la vitoria que otras vezes, sino por satisfazer nuestras honrras que, obligadas a tanto, avemos tenido de cumplirlo tan poco cuydado. Mirad, cavalleros, que nosotros no somos griegos ni de su nación, y que en nuestras tierras nos escogieron por los mejores para esta empresa, y que bolver a ellas sin venger es impossible, assí porque nuestros enemigos no nos dexarán como porque d'ellas mismas nos desterrarán, teniendo por averiguado que, si la flaqueza nuestra no fuera la causa, ninguna avía para no salir con nuestra intención. Con los que avemos de pelear, menos son que nosotros; el ánimo nuestro a ellos ni a los passados no conoce ventaja; la justicia, de nuestra parte ninguno hay que no la conozca; el campo, tan firme es para nosotros como lo será para sus dueños. No resta sino pelear con cordura, ser todos en obedescer y iguales, que es cierto que ninguna nación hizo más de un capitán, a cuyo seso todos han de estar reportados. Ninguno piense que por un hecho suyo particular se á de alcançar una vitoria, que el que gobierna

pensado tiene dónde está su fuerza y por dónde á de romper ha sus enemigos. Bien sé que estas palabras y otras son escusadas a los que se les haze tarde ser con sus enemigos a las manos; mas dígoles por cumplir con el officio que me distes, en el qual quiero morir en vuestro servicio.

Y diziendo esto, arrojó de sí el bastón, tomando su lança, y otro tanto hizo el buen duque de Trebento.

Capítulo 43: Cómo se comenzó la batalla campal y los trances que sucedieron.

Al rebover de tantas vanderas, al partir de tantos cavallos, al mover tantas máquinas fuertes, al ruido de tantos guerreros instrumentos, ¡quién cuydara que no viene el último día! Tienden los de la infantería sus largas picas, que al sol quitan su claridad; los cavalleros encujan* las lanças, y llegando donde alcançarse pudiessen, arro- /201-rº/ -jan tantas saetas que no viene tan espeso el granizo por el mes de junio. Muchos no llegaron a la batalla, porque las malditas flechas los detiene el camino. De parte de los paganos era esto gran ventaja, porque los partos y gente de la reyna Cenobia no rompen con ellos, antes rodeando los esquadrones los asaetean a ellos y a sus cavallos, y tal vez venía que quatro y aun cinco flecheros enclavan a un cavallero, lo qual gran temor les dio. Mas el buen emperador don Beliano, antes que rompiese, de las dos mangas de cavallería hizo salir fasta veynte mil cavalleros españoles y franceses, a los quales mandó que no en solo retirar aquellos se ocupassen. Y, llamando a Santiago, metió la lança so el brazo y rompen con sus enemigos. ¡O, cruel día! No tuvo ygual en el mundo. Más de cinquenta mil de aquella entrada pierden las vidas. Van con el emperador todas las compañías de soldados viejos husados a la guerra, todos los príncipes griegos, los cavalleros de su casa; entran por la parte que Periano traía, el qual como sabio avía puesto toda su pujança [a] aquella parte, que bien sabía él que el emperador traía consigo españoles e ytalianos y gente belicosa, y [a] Astrideo y Salisterno dize:

–Ea, hijos míos, que este es el emperador de Grecia, cuya vida nos haze tristes. Si nosotros se la quitássemos, nuestra gloria y fama nunca se acabaría.

Y, conociéndole en las harmas, todos se van para él. Mas hallaron en el camino las duras deffensas de sus guardas: venían aq[u]ellos⁷⁴⁵ sus tres hijos don Clarineo, don Lucidaner, Hermeliana, los quales apenas le dejaba(va)n hazer golpe. Júntase con sus enemigos; no pudiendo aprovecharse de las lanças sino fue a sobremano hizieronlas pedaços, y hubo en ellas dos heridos; el uno fue Astrideo, que Hermeliana le hirió en un brazo; el otro fue el emperador, a quien Salisterno hizo otra encima de una cuxa*, y como él venía casi ciego por herirle no le pudo nadie resistir. Su entrada fue tan ligera que, no pudiendo de las armas aprovechar, se arrancaron el uno al otro de las sillas. El emperador, que más diestro era, como conoció las grandes fuerzas del pagano, dexose

⁷⁴⁵ *aqnellos.*

llevar, desamparando los estribos; y como se viesse fuera del cavallo, tiró por Salisterno tan rezió que lo llevó tras sí, el qual apenas el un estribo pudo dexar. Si el emperador se advirtiera d'ello, el cavallo le arrastrara sin que él pusiera más la mano. Pero él pensó matarle, y dióle dos golpes con la daga de toda su fuerça. Mas fueron en balde, que las harmas de Salisterno no estavan determinadas de dexar herir a su dueño. El qual, como el emperador le tuvo arrimado assí, pudo dexar el otro estribo y saltó de pies, harto espantado de lo que le sucediera. Y su batalla con el emperador es cruel y áspera; y huviera sido para él la muerte, porque el esquadron imperial rompió a aquella parte y, a pesar del valor suyo, fuera muerto si su padre, rompiendo entre los dos de cavallo, no le dixera que tomasse un cavallo, que se perdieran.

El valiente mancebo lo hizo sin tocar a los estribos y, rebolviéndose entre las batallas, parescioles que se retiravan los suyos por la pujança de quatro estandartes de cavallería que aquella parte cargavan. Y mandando a un cavallero que dixese a Polisteo y Dolistor que, caminando con el estandarte imperial delante, ellos passassen con su batalla y rompiessen a la parte que él estava en través, de suerte que reforçassen su esquadron, él entretuvo su batalla con el animoso ser suyo. Y no era poco, según le davan la carga ha todas partes.

Pues a esta sazón grandes alaridos se dan a la parte del bosque por donde el pujante Ariobarçano rompiera porque, juntándose las batallas (en las quales yva la fuerça de todas ellas, porque don Belianís, Armesildo, Belflorán, don Baldín, toda la animosa cavallería de la Tabla Redonda con la pujança de los ingleses que le esperavan), no solo le resisten, pero don- /201-vº/ -de ellos pensaron que los duros mármoles no se le deffendieran, hallaron coraçones y braços mortales que les hazen tomar nuevos pensamientos. ¡Quién pudiera contar esta entrada! Bien tuviera necesidad de perfecto ingenio ver qual viene el más generoso coraçón de las tartarias naçiones, el más comedido príncipe que tuvo el mundo, entre Furibundo y Bradaleón con passados de quinze mill gigantes. Bien que a esta parte cargaron algunos flecheros, pero no tantos como al otro costado. Y a esta causa, juntándose más, sin temor al rezió estruendo, las boladeras aves cayeron en tierra, faltándoles ayre para su jornada.

Las flotas, que en la mar juntarse querían, se retiraron gran pieça por la mar; el suelo se pobló de muertos y heridos; los tres príncipes don Baldín, Armesildo y Belflorán se encontraron con Ariobarçano, Bradaleón y Furibundo. Solo fue desgraciado don Baldín, porque Furibundo le arrancó de la silla y hubo torcido un pie de tal suerte que no pudo tornar a pelear a pie, y hincó la una rodilla en tierra; huviérale muerto el apechugar de los cavallos sin don Belianís no se detuviera por socorrerle. Fuele bien menester, que el endiablado Furibundo, reconociendo ser aquel el que con una lança en la otra batalla le huviera muerto, no con ligereza de gigante saltó de pies en el suelo por prenderle; mas don Baldín con todas sus fuerças le hirió en una pierna. Mas hízole floxo golpe a causa de las buenas armas del gigante, y no pudo resistir que con él no se abraçase. Y túvole firme, que hubo lugar de llegar su hermano con copia de aquellos gigantes, y entre ellos el temido

Ariobarçano.

No sé si cuente lo que en este trance hizo don Belianís, porque temor tengo que no me será dado crédito; porque, saltando del cavallo, a Furibundo sobre el yelmo, más grueso que no solo el campo sino el mundo tenía, hirió. Llevo la mayor parte d'él y, dexándole desarmada la cabeça, baxó al ombro; llevó parte de la gran peça, hízole una herida; estremeciose todo, pensando que por medio le huviera partido. No venía él con essa furia, que al gigante Sandaro el Cruel hirió por la cintura, partiole en dos partes tan ligeramente que no cuydaron le huviesse herido en el rebolver de los braços. Onze gigantes derribó a sus pies muertos, y con tanta furia llegó sobre don Baldín que nadie fue parte para resistir que no le tomase en sus braços, y a pesar de los que le martillavan le puso sobre su cavallo *Bolador*, diciendo:

–¡Salíos, señor don Baldín, de la batalla, que estáys mal herido!

–Buen lugar es este, señor, para morir –dixo don Baldín–, y antes os serviré más que vuestros enemigos querrían. Y cavalgad presto, que el príncipe Belflorán y Armesildo están en las más ásperas batallas que se ayan visto.

Quísolo hazer don Belianís, mas no pudo, que sobre él estava el Gran Tártaro, con aquella pujante cavallería suya, y él así, de cavallo, entró con él. Mas don Belianís le urtó el cuerpo y no le quiso herir, que le quería mucho, mas tiró d'él tan rezió que le hizo dexar el cavallo, poniendo cada uno sus fuerças contra el otro. Mas don Belianís le dize:

–¿Qué es esto, príncipe valeroso, que queréys dar la muerte a quien desea la vida para serviros? No lo hagáys, pues en ello no se aventura más de perder un servidor vuestro.

–Yo –dixo Ariobarçano– deseo serviros, mas no e podido escusar de venir a esta guerra por mi padre, donde los daños han ydo encubriendo la amistad que yo os devía. Mas salidos d'esta batalla, todo lo que pudiere hazer en concertaros con Claristea lo haré yo de buena voluntad.

A todo esto, ninguno soltava al otro, porque d'esta manera no los hería nadie, antes estavan en torno d'ellos como aquellos en cuya vida los unos y los otros tenían los ojos puestos. Y soltándose, cada uno con ayuda de los suyos cobró su cavallo, metiéndose en la batalla.

Miró don Belianís por el estado d'ella, y vio a Belflorán entre aquella nación gigantea, como los rayos del sol entre las nieblas. Y pareciéndole que concertadamente caminava su cavallería de una y otra parte, determinado estuvo de que él y don Baldín pasasen a la parte donde el emperador, su padre, combatía, porque vio a Furibundo que, aviendo tomado un yelmo, su jornada hazia aquella parte endereçava.

Mas a esta ora el sarracino sin temor, vali[en]te soldán de Persia, puso a la boca su bozina a señal que sus esquadrones se desviasen, dexa[n]do⁷⁴⁶ romper la retaguardia, de lo qual todos estavan avisados. Tócala con tanta fuerça que fue por todo el campo oýda. Toda la cavallería, en oyendo, los

⁷⁴⁶ *dexaudo*.

unos a los lados del bosque y los otros a las fuentes de Costantino se rebovieron, y d'ellos no quedó hombre en el espacio de dos tyros de arco. Por esta parte entró aquella furiosa Claristea con sus carros y elefantes, con tanta velocidad y pujança, con tantas y tan resplandecientes harmas, con tantos gritos y alaridos que todo el campo se turbó. No lo digo sin lástima (que esta jamás se perdió en Costantinopla): la mayor parte de su nobleça fue aquí hecha pedaços. Entran los cavalleros en diez y nueve hileras y, si más cupieran, muy mayor fuera el daño. Pensamiento tengo que si, como rompieron de través el esquadron, rompieran a la larga, no quedara de sus enemigos quien combatiessse. Bien sabían ellos esto; mas no pudo ser otra cosa, porque la batalla se dava del un costado al otro de la Puerta del León, y como avían de pasar al combate, avíase de tomar. De aquella suerte huviera hecho Claristea una cosa que ella quisiera más la muerte.

Hallose don Belianís tan al medio de los esquadrones que no pudo valerse, antes queriendo apresuradamente dar de espuelas al cavallo dio con él de ojos en el suelo, que tenía quatro lançadas. Tres pages llegaron por darle cavallo, que a sus ojos fueron hechos pedaços con las ruedas del carro de Claristea. A vista de todo el campo hizo una cosa que el pensamiento no la llevaba: que, avién[d]ose⁷⁴⁷ desviado del carro y viéndose a los pechos con otro, del qual le arrojaron infinitas flechas y lanças, hirió al elefante por medio de los pechos tan furiosamente que vino cortado todo al suelo. Y retirándose algo atrás porque el golpe no le alcançase, encima d'él se puso en un salto. El qual, como caminar no pudiesse y los otros passasen con tal estampida, fue parte para salvarse en él el príncipe griego, el qual de los que dentro venían no tardó mucho en desembaraçarse. Pasó Claristea como suele hazer la avenida del río por las sembradas eredades, que, no haziendo más daño de en aquello que toca, por una parte queda para dar alegría con su vista, y por otra todo queda cubierto y derrocado. Pareció que fuego o rayos del cielo tal daño huviesseen hecho.

Todos los griegos a aquella ora quisieron retraerse, que el daño que en ellos quedava echo no piensa jamás remediarse. Mas quien viera a esta ora a Belflorán semejárale otro Hétor en los llanos de Troya, otro Hércules en Egipto, otro Sansón entre los filisteos. Costumbre era suya en todos los casos de apretura llamar al que solo le podía dar socorro, y con lágrimas en los ojos dize:

—¡O, Señor, juzga con piedad oy a tu pueblo! Defiende tu causa, no digan estos renegados que en ellos y en sus falsos dioses está la vitoria. Castíganos, Señor, con otra obra en pena de las que nosotros avemos hecho.

Y sintiéndose del Altíssimo favorecido, sus fuerças renovadas, solo con la pujança de su caballo corrió al carro donde cayera su padre, cuidando que algún mal le uviese sucedido. Algunos de sus enemigos le salieron al camino; mas ¿qué vale?, que, él a los unos y su cavallo a los otros, los ponen por el suelo, no dexando hombre a cavallo. Y juntándose al caído carro, saltó de su cavallo, diziendo:

⁷⁴⁷ *avienpose.*

–¡Aquí, mi señor, se acoxa vuestra soberana persona, que gran necesidad tenemos de vuestra ayuda!

–Cavalgad, hijo –dixo don Belianís–, que aquí me darán cavallo. Y plázeme que no avéys peligrado; temor tengo que esta furia endiablada nos á de estorvar la vitoria.

–No plazerá esso al que con su sangre nos remedió –dixo Belflorán–, que oy seremos vencedores y, si no, buena tierra es esta para sepulturas.

Entonces toman cavallos, y vieron cómo el valiente don Contumeliano avía retirado las /202-
vº/ batallas, y delante puso los de la retaguardia, y en el mismo concuerto que antes se avían tornado a juntar.

Aquí, ¡o griegos!, no se olvidará a vuestra memoria en esta batalla. Españoles y franceses, mostrastes la antigua estimación vuestra. No se haze caso de la pérdida; la batalla renuevan con crueles muertes de ambas partes. Aquí se viera el avisado Palineo concertar nuevamente las gentes; aquí, el buen duque de Trebento hordena las esquadras. Todos son capitanes para hordenarse cada uno, Alexandre para no temer la muerte, un Anteo en fuerças, un César para pelear; y, aunque la furia de la gente, la multitud d’ella, empiden la vitoria, no aprovecha que del campo les hagan perder un paso.

Tres cavalleros vienen juntos que al campo ponen espanto: son los hijos de Dolisena, que entre sí traían a la reyna Cenobia. No dexan cavallero que ha sus manos no muera; no derriban los villanos con las varas largas assí la fruta como ellos la cavallería de los griegos, porque, encumbrando el estandarte en un pequeño reqüesto y dexándole ellos a quien bien le sabía deffender, pasan por las batallas. Halláronse con ellos Belflorán y Armesildo, que pieça avía que buscavan a Furibundo, el qual avía dexado mal heridos a don Brianel y a don Lucendos de Alta Roca, y aun otros muchos cavalleros. Y Armesildo y la reyna se juntaron, y Belflorán se cerró entre sus hermanos, que aunque tales cavalleros ha esta sazón les haze menester, que no hay furia infernal que assí esté enojada ni con tanta pujança los combata. No hay cosa más espantosa que verlos; muy diferente de la batalla de Armesildo, el qual, conociendo a Cenobia en las harmas y devisas, no curó de hierirla, mas deseando morir con tal favor le echó sus braços, y el uno al otro se sacaron de las sillas. Estremado era el esfuerço de la reyna, mas Armesildo fue uno de los valientísimos cavalleros de su tiempo, y a quien los amores d’esta reyna más caros costaron, y tuvo firme porque desgraciadamente no le matasse.

Gran torvellino de gente cargó ha aquella parte por socorrer cada uno al suyo. Saltaron a pie el rey Néstor, el cavallero Salvage, don Tustor, el rey Ban, don Gradarte, el gigante Arianto de la Roca, otros nueve cavalleros de la Tabla inglesa. Creo que la reyna fuera en peligro de muerte, que tenía Armesildo sesenta cavalleros principales y docientos hombres de harmas, borgoñones y güeldreses, a los quales don Serafín de España de solo guardar a su hijo diera cargo (miravan harto más por él que por sí mismos), y Belflorán traía todos los mancebos de Constantinopla, los quales,

unos a pie y otros a cavallo, llegaron por les dar socorro. No les faltan a ellos gentes, mas no son assí diestros en pelear en travada escaramuza como aquellos que toda su vida lo han acostumbrado. Mas Armesildo, que en el coraçón con las flechas de Cupino estava, llegado a la reyna dize:

–¿Qué es esto, mi señora, que, siendo yo el que primero en esta tierra escogistes por cavallero de vuestro servicio, queráys contra mí mostrar las fuerças de vuestro poder?

Reconociele la reyna en la boz, y con su soberana gracia le dize:

–Esto, señor Armesildo, otros lo tomarían por favor; mas, pues a vos lo contrario os parece, yo quiero dexaros.

Entonces le soltó sin que le pudiesse dezir otra palabra, que vio herir a Belflorán de un golpe que casi le sacó de su acuerdo. Aquí se renuevan los gritos, aquí los polvos se levantan al cielo; no queda cavallero de quenta que no llegue a socorrer. No hiziera menos Cenobia si se le permitiera, viendo a Belflorán en tan encendida batalla, que los dos hermanos, con la ardiente cólera que los enciende, son ambos a él, que tan furioso estava que de nadie haze quenta. Y aunque él es mortalmente herido, traýalos desatinados, y don Dolistor está herido en tres partes y Polisteo en dos. Aquí llega la flor de España acompañando al rey Toloyano, que /203-rº/ a esta parte se halló. Entran con tal estampida que, poniendo por tierra muertos infinitos cavalleros, no solo no dexan cavallero ni hombre con hombre, ni batalla particular, mas cada uno le conviene mirar por sí. Valeroso cavallero era el rey, y en su tiempo era la flor de las harmas; y, pasando junto a Belflorán, le puso la mano en en el ombro, diziendo:

–¡Hea, Belflorán, que a quien vandra le dieron por empresa, la de todos los cavalleros á de llevar! Mirad aquel requeusto, que allí estaría ella bien, y yo os acompañaré si vos queréys, aunque en esto pasemos la orden de don Contumeliano.

–Con tan alto favor, todo es poco –dixo el príncipe de Babilonia– quanto las humanas fuerças alcançar pueden. Y sígame vuestra alteza, que, si la muerte no me ataja, yo pondré de esta vandra con la que allí parece.

Entonces alçó los ojos por mirarla y vio que el aire fresco la bolvíá. Y atinando por la parte que le cumplía caminar, echó el escudo a las espaldas y tomó la espada a dos manos. No haze tal estrago la piedra furiosa en las tiernas espigas ni los leñadores sobre las ramosas hayas con las agudas hachas; no valen encuentros de animosos cavalleros, no son las lanças para offenderle más que las delgadas cañas; no tiene con él Armesildo ni el agüelo suyo, y aun pocas vezes les cabe golpe, sino saltar sobre los cuerpos de los muertos y heridos. Yva el buen Belflorán encumbrando una pequeña cuesta, y a esta causa de muchas partes fue visto y entendido su diseño; muchos van a favorecer que al buen duque de Milán no le succediesse desgracia, entre los quales fueron Bradaleón y Salisterno, que por mandado de Periano venían a hazer romper por la parte de los llanos a su cavallería de asirios, que aún no avían entrado en la batalla. Mas los unos socorros y los otros son tardíos, que el valiente príncipe Belflorán se halló entre cinco príncipes alemanes, que el estandarte

guardavan, con los dos valientes cavalleros Mitridano de Troya, un hermano de [1] Tebano don Playartes, los quales no solo d'él, mas de todo el campo le pensaran deffender. Dexáronle entrar y a la pareja le hirieron cruelmente; mas él, que los ojos en el duque llevaba puestos, a ninguno hirió antes que a él. Fue el golpe sobre el yelmo y con tanta fuerça que le sacó de sentido, y con la una mano travó del estandarte y con la otra procura de deffenderse donde no una mano, mas ciento, huviera menester. ¡Quién os dirá la furia hambrienta con la qual todos cargan sobre él! No se tiene por cavallero el que no le da golpe. ¡Quién á visto, quando el toro está dexarretado en la plaça, llegar la furia de los capeadores a provar en él sus espadas! Aquí con Belflorán acaece al natural, y lo mismo se le representara; mas no les aprovecha, que en su socorro son nueve cavalleros españoles y el valiente Armesildo con el rey de España, los quales con tal pujança entraron que, rompiendo toda la cavallería por aquella parte, rompieron hasta la cumbre del bosque, donde se pararon, aunque con harto pesar suyo, que tres cavalleros de la casa real de España fueron muertos. Abraçó el rey Toloyano a su nieto, diziéndole:

–Mejor avéys hecho, príncipe, lo que cumplía que yo supe encomendároslo.

Entonces, viéndose Belflorán cercado de las esquadras de los enemigos, a vista de todos ellos quitó el estandarte suyo y, poniendo en la lança su vandra, alçándola en alto a Armesildo se la dio, diziendo:

–Sed, mi señor, vos oy el alférez, que quien embió essa vandra aún queda agraviada por no aver otro mejor lugar donde ponerla.

Armesildo lo hizo. Cosa fuera digna de particular historia ver cuál se tornan a derribar por entre sus enemigos, ha cuyo pesar por lo más encendido de la batalla la tornaron ha passar. Mucho fue el esfuerço de Belflorán, porque en aquel camino la flor del real puso por tierra, mas no fue menor el de Armesildo, que tan firme la llevó que /203-vº/ no bastaron golpes de gigantes ni bravos cavalleros a quitársela. Y como se viessen en salvo, tan molidos que apenas alentar podían, a la más alta parte se subieron por ver el estado de la batalla, de que no fueron poco alegres, porque vieron a la parte que el buen emperador don Belanio yva caminar su estandarte con toda furia, y que los griegos, macedónicos y tesalios, que aquella vanda tomaran, cargavan con tanta pujança que sus enemigos no los podían resistir. Vieron que a la otra parte, donde yva don Belianís con la mayor parte de españoles y franceses, avían rompido la mayor parte de la furia gigantea, de los quales vían caer muchos como pinos.

Y plaziéndoles de aquello, miraron por la mar, en la qual vieron la mayor furia que se oyera dezir jamás, con la más cruel y encendida batalla que se pudiera creer. Vían desde las gavias arrojar a sus enemigos fuego, y que los unos aferravan con los otros, y muchas naves yrse a fondo. No parecía la batalla de la tierra en su comparación sino una cosa de muy poca estima, porque el fuego y el agua con un día ñublado dexábase mejor mi(a)rar. Bien les pareció que de allí serían todos abrasados, aunque no era así, que el buen duque Armindos avía hordenado su batalla de suerte que

sus enemigos mortal daño padesciessen, porque, recobrándose como más diestro en el ayre con las velas mayores, por la parte del mediodía con un lebe[c]he^{748*} colado*, que soplava hermosamente a la bolina, avía tomado los costados de sus enemigos de cogida, y rompiendo algunos navíos los dexava ardiendo en bivas llamas. Y aunque a la parte del norte, por llevar allí infinita cavallería, mandara afferrar, él no quiso que por la otra parte tal se hiziesse; antes con pujança de ingenios y fuego hazía tal estrago que no fuera mucho ser su total perdición si a esta hora no le huviera sucedido una desgracia; porque, viendo una hermosa galera en que él tuvo por averiguado venía el rey Auris Monte, cuyando llevarla de cogida, mandó arrojar un harpeo*; y aviéndole arrojado tres o quatro, o fue su desdicha o el no saber o poca fueça de los que los echaron, que quando él quiso saltar, desvió la galera, y él dio consigo en la mar. Donde, aunque de sus vergantines y bateles quiso ser socorrido, no aprovechó, que fue tomado de una galera contraria, la qual presto le puso en la capitana del rey de Argel y Sarza.

Don Sirenos de Fusel, que con su padre venía, aunque le vio llevar presso, no le osó socorrer, por no aventurar el universal estado de la batalla; antes tyrando de los arpeos llevaron tras sí la galera, en la qual tres reyes africanos venían que fueron pressos, y los demás pasados a cuchillo. Y, como aquel que no era menos diestro que su padre en la horden por él dada, prosiguió la ardiente batalla, y aun con mayor cólera y enojo que les fuera menester en parte donde el buen gobierno avía de dar o quitar la vida.

No fue esto lo que a Belflorán y al rey Toloyano hizo maravillados, sino una nueva harmada que con pujança de velas y remos tomava tierra baxo de la batalla, y que con gran presteza echava fuera la gente, de los quales se avía concertado una batalla que de más de sesenta mil cavalleros pasava. Hazíalos maravillados porque, reconociendo una encumbrada vanderá que llevavan, las harmas griegas y persianas vieron juntas en ellas, y parecían que todas venían de aquella suerte. Miravan que, sin tocar en las batallas, passavan a tomar el Valle de las Fuentes, que era el medio donde todas las hazes por fuerça siendo rompidas avían de llegar, y d'ellas vieron ha esta hora salir tres o quatro cavalleros la vuelta de Costantinopla, donde vieron se dava el combate más estraño que en memoria de los hombres huviesse sido; porque, como la furiosa Claristea passó por las batallas, dexando hecho el estrago que os /204-rº/ (os) avemos contado con la magestad que el sol lleva en sus acostumbradas jornadas, juntaron con las cercas de Costantinopla. Aviendo con fagina* los gastadores* cubierto las cabas*, llevavan de socorro innumerable gente de infantería, porque no les sucediesse la desgracia que en las passadas batallas y combate les aveniera, de lo qual estavan recelosos. Mas no fueron llegados a las cercas quando todos los carros y máchinas fuertes de los griegos, arrimados con sus cercas, salieron de corrida. No quedó elefante que no huyesse ni cavallero ni peón en aquel comedio que no fuesse hecho pedaços, y, como aquellos que sabían lo que hazer les

⁷⁴⁸ *lebethé.*

convenía, viendo en ellos tal estrago hecho, no curaron de más, que bien sabían ellos que la ciudad estava tan guardada que sus enemigos le podrían hazer poco daño, y derribáronse a las travadas batallas; la una, a donde la infantería combatía, y esta hizo el mortal estrago que en esta batalla padecieron, que les rompió la mayor parte de sus fuerças. La otra toma la vanda que los flecheros entraran, y retirolos con tanta pujança que dio lugar a que la vitoria seguirse pudiesse, porque no bastando el ánimo de Periano ni la destreza de sus capitanes, ni don Dolistor, ni Salisterno, ni aquel endiablado Furibundo, ni Ariobarçano ni Polisteo, ellos pierden a más andar la plaça, que aquí no hay otra determinación que morir o vencer.

Mas en el entretanto Claristea, que vio el castillo de Sant Miguel tan lleno de mugeres, endereçó para él su carro, que no creo fuesse menos alto ni fuerte que él, ni menos poblado de valientes y animosos cavalleros alemanes y de otras naciones; y juntándose ha pesar de los que la parte de las princesas defendían, una fuerte y hermosa puente le arrojaron sobre su cerca, la qual de los griegos para defender y de los alemanes para combatir se cubrió. Aquí se viera la más estraña cosa que los humanos vieron; aquí están las princesas en muy mayor aventura que cuydaran, que, aunque Claristea mandó que no tirassen con saetas, no se pudo guardar tan bien que con una no fuese hirida Lindabella en un braço, y aun uviera peligrado con otra Policena, de lo qual ellas fueron muy turbadas. Ciertamente, no fue cordura suya aquella venida a tal parte; mas como el defenderlas importase tanto y Claristea las huviesse reconocido, cada ora suceden nuevos cavalleros. Danse grandes gritos del carro de Claristea que los gigantes que en otros venían se pasen al suyo, y hízose assí, que hasta diez d'ellos subieron a donde la encendida pelea pasava. Los quales, más furiosos que serpientes, sobre la puente se ponen; mas con unos ingenios de dentro del castillo, tres d'ellos arrebataron, dando con ellos de allí abaxo, lo qual en los otros puso algún temor. Mas, aunque la deffensa era fuerte, en grave peligro estava el castillo de perderse, con la más alta pressa que huviesse sido vista. Y en esto puso más los ojos Bel[flo]rán⁷⁴⁹, que, sabiendo que su señora en aquella parte estava, a Armesildo dize:

–No me creáys si no á de suceder alguna desgracia a las princesas; por esso, si os paresce, vamos hazia la ciudad, pues en el campo hay buen recado.

–Sea, mi señor, como os paresciere –dixo Armesildo.

Entonces el rey Toloyano se bolvió a la batalla y Belflorán, tornando a poner su vanderá y dando a Balisán la que de Claristea se tomara, en compañía de Armesildo se fueron hazia la ciudad, donde ha [e]sta hora con grandes clamores la batalla se dava, y en la yglesia de Sancta Sofina se tocava la campana a señal que la ciudad tenía necesidad de socorro. Donde les sucedió lo que en siguiente capítulo os será mostrado, si me days alguna acostumbrada atención para ver en qué paravan hechos tan notables.

⁷⁴⁹ *Belográn.*

Capítulo 44: De lo que avino a Periano en la Desesperación de Amor, con el fin de la campal batalla.

Aunque veo el desseado puerto, remate de tantos trabajos míos, señora de los humanos entendimientos, córtame el hilo en verme rebuelto en tantas muertes como aquí passan, y no cuento sino mui poco de lo que d'esta batalla hallé escripto, porque en ella el historiador se alargó harto próximamente, por contar los notables hechos de Periano de Persia. El qual, viendo que en esta batalla su honrra, vida y estado le yva, no como otras vezes su persona arrisga, mas deseando antes la muerte que la vida, como un león a todos los peligrosos trances se halla. Acompañanle su hijo Salisterno y Astrideo y Furibundo, los quales con pieça de su cavallería tornan a las travadas batallas, y como no fuesse este su día, ninguna cosa les aprovecha.

Hallose Astrideo con su padre y entró por herirle con su hacha, que en las manos traía, no porque en las harmas ni devisas conociesse ser don Clarineo, que ya no ay devisa que se conosca ni harmas que no estén desfiguradas; mas Hermiliana se metió al golpe, que la sangre por los oídos le hizo saltar. No huviera hecho mal golpe para Rosaliana, su madre, ni aun para él que no acrecentara poco en su honrra y estado. Perdió la vallerosa dama las riendas de la mano; don Clarineo, que ciego fue en ver tal golpe, a dos manos va por herir a Astrideo; mas arrojole una lança Furibundo de lexos, que tomando el cavallo por la aguja le passó hasta hincarla en tierra. Y no solo hirió a Astrideo, pero convínole saltar de pies en tierra. Llegó por favorecerle su hermano don Lucidaner; mas aquel valiente don Dolistor tiró d'él tan rezio que le llevó de la silla, y su hermano Polisteo al Cavallero Salvaje dio dos crueles heridas.

Muchos llegaron por valerlos, muchos cavalleros suyos, entre los quales Bradaleón y Furibundo rebu[e]lven con tal pujaça que unos crudos basiliscos parecen. Bien quarenta cavalleros griegos estaban a pie y hechos de sí un fuerte; no solo defienden sus príncipes, pero aun assí a pie caminan tras sus vanderas. No le plaze punto d'esto a Astrideo, y arrojose assí de cavallo entr'ellos, y tras él muchos de los suyos. No hizo de su provecho, que fue herido de cinco heridas peligrosas, y don Dolistor no menos. Furibundo fue a pie, que le mataron el cavallo.

El valiente Periano, que deseava ver de alguna parte lo que en la batalla pasava, y por hazer entrar en ella los que no peleavan, se salió a un alto, donde vio grave destrucción de su campo, el qual más de tres tiros de arco estava retirado de donde la batalla se començara; y alçando los ojos al cielo, dize:

—¡O, falsos dioses! ¿Y será posible que en vuestra maldita ley muera a quien vosotros no podéys favorecer? ¡Yo reniego de vosotros, y aun de mí, si d'esta batalla escapo! Si más a vosotros adorare, o mis amigos, ¡cómo moriremos todos en este memorable día para tanta honrra d'estos malditos griegos!

Y como viesse la furia que en el combate passava, hizo una cosa de acertadísimo capitán:

que, mandando salir todas las guardas del real d'ellos, hizo dos batallas, y otra de la gente que no peleava, a los quales mandó que con la presteza posible diessen en la retaguardia de sus enemigos porque, llamados [a] aquella necesidad, afloxasen algo en la vanguardia, por donde ellos parecía llevar ganada la batalla. Y mirando que el mayor daño de todos era el que de los ingenios y carros se les hazía, viendo que aquello no se remediaría sin los suyos y que no vendrían sin ver a su persona, él se fue derecho a llamarlos. Bien /205-rº/ le vio yr aquel su tan cruel enemigo don Belianís, y pareciéndole que, si le prendiessen, le sería el honroso remate de aquella guerra, al rey Toloyano encomienda su batalla y en su seguimiento sale, con toda la priesa posible.

Avía Perianeó de passar un valle pequeño para yr a Costantinopla, y metiose por él adelante. Y vio una cosa de que él fue asaz maravillado, no porque no la uviessen visto otra vez, que quando acabó la aventura de Tíndaro y Lexinda la viera en Costantinopla, mas de hallarla allí a tal tiempo, en parte donde él no ymaginara: era la Aventura de la Desesperación de Amor. No yva él de ese espacio para ver semejantes cosas; mas, aunque quiso passar adelante, no pudo, que los encantamientos avían obrado desde la hora que entrara en el valle. Perdió a la sazón la memoria de la batalla y, hallando un padrón de plata con unas letras, le leyó y vio que decía: “La Aventura de la Desesperación en los estraños casos del Amor durará hasta tanto que sea remedio para aquellos que le diessen a Tíndaro y Lexinda; por esso, el que quisiere provar cuánto valga en caso tan estraño, toque la bozina d'este padrón”.

No hubo leýdo Perianeó las letras quando la bozina se puso en la boca. Casos son estraños los d'este príncipe; tocola con tanta fuerça que llanos, montes y valles hizo retemblar. Muchos de aquellos que combatían en la sangrienta batalla perdieron los arcos, lanças y espadas de las manos. El Castillo de la Desesperación le pareció abrirse en dos partes, y una puente vio que a lo alto del castillo subía. Metiose por ella adelante con aquel estraño esfuerço suyo. Muchos cavalleros avía que se pusieron en estorvarlo; no eran poco valientes, aunque culpados en aver sido al Amor ingratos. No me puedo detener en contar las estrañas cosas en harmas que aquí le sucedieron, venciendo al fuerte Pirro, al temido Jassón, al griego Falanto, a todos aquellos que en esta aventura otras vezes avemos nombrado, porque me espera el fin de la sangrienta batalla; y, aunque tan molido como por razón lo estaría quien, después de tal batalla, tal aventura acabara, se metió dentro del castillo, donde no solamente perdió la memoria del trabajo pasado, pero aun fue de las heridas, si algunas tenía, sano. Con él fueron luego todos aquellos que por ser leales a sus amores grandes trabajos pasaron; bie[n]⁷⁵⁰ son de todos como de mí conocidos, y por esso no los nombro, que ya esta historia algunos d'ellos a contado. Mucho se espantó Perianeó, que vio allí una maravillosa cosa: que avía más cavalleros leales de solos los griegos que de las otras naciones juntas. Todos le tomaron en medio, diciendo:

–Bien sea venido cavallero tan leal en la desesperación como quantos aquí hay en su

⁷⁵⁰ *bien.*

contrario. Veníos con nosotros, que no solamente pediremos vuestro remedio, que tan devido os es, mas el premio que tal cavallero meresce.

Y guiando con él a una parte de la sala, vio Periano un maravilloso trono con hasta doze gradas, en las cuales se mostravan sentados aquellos que continamente al Amor acompañan, y él en lo más alto, vestido con una ropa verde cortada y tomada a trechos con muchas lazadas de oro que hazían unas efes; en medio de cada una d'ellas, un rubí que, aunque la mitad d'él era ardiente, la otra mitad parecía más blanca que un muy claro diamante. Tenía, conforme su constumbre, arco y flechas, mas no en la mano, sino tendido [a]⁷⁵¹ los pies. Todos aquellos que con Periano venían, conforme al estilo de la aventura, las rodillas ante Cupido hincaron, y aquel agraciado Periano le suplicó en nombre de todos que, mirando los grandes trabajos de aquel príncipe, su fe tan constante, su valor sin otro yqual, tuviesse por bien de no solo remediarle, mas favorecerle, de suerte que se viesse que no eran assí tan malos sus galardones como el insano vulgo publicava. No le respondió palabra aquel que to- /205-vº/ -do lo destruye, mas hizo con la mano a Periano que donde él estava subiesse, y él lo hizo assí. Nunca de tal [s]uerte⁷⁵² fuera nadie remediado, que, en poniendo el pie en la primera grada, le fue restituyda la vista del entendimiento que tan cerrada tuviera, y en la segunda le dio la Congoja un abraço y el Descuydo otro; la una le quitó lo que le diera, y la otra le tornó lo que le avía tomado. En la tercera, la Sospecha le dixo:

–Ya, príncipe valeroso, no quiero más vuestra compañía, que a mí me á pesado de acompañaros tanto; tomad en mi lugar a mi enemiga.

Entonces una dama le abraçó que, según su letra y devisas, le pareció era la Confianza. En la quarta, la Yra le tomó la espada de la mano, y la Paz le dio un fresco ramo y un apretado abraço, diziendo:

–Yo quiero de oy más, señor cavallero, tornarme con vos, aunque tan contra razón me desterrastes en esta manera.

Pasava Periano por las gradas, que en cada una se le ofrecían nuevas cosas. Es cierto que, aunque él no llevaba perdidos los pensamientos de Florisbella, yva hecho otro nuevo hombre. Otras ymaginaciones eran las suyas, con las cuales llegó arriba, conde casi fue fuera de su acuerdo, que vio a los dos lados de Cupido dos damas que por él fueron conocidas. La una era Florisbella y la otra, Sirena. Parecíale que los pechos tenían transparentes, que de lo que dentro avía no se encubría cosa alguna. Florisbella le pareció que no tenía corazón alguno, y levantándose a él le dixo:

–Toma, príncipe valeroso, lo que me diste: cata aquí tu corazón y no me condenes por ingrata, que yo no tenía qué poderte dar, que el mío siempre estuvo en poder del príncipe griego.

Periano le fue a tomar, mas Sirena llegó delante, diziendo:

–Yo quiero, soberano príncipe, guardar aquello que vos tan perdido avéys tenido, porque no

⁷⁵¹ o.

⁷⁵² juerte.

lo tornéys ha pedir.

D'esto fue Perianeó muy agradao, pareciéndole no menos bien Sirena que hasta entonces la princesa Florisbella. Y desapareciendo todo con un súbito ruydo, él pensara que todo en sueños se le huviese representado, si no hallara par de sí a su sobrina, la infanta Belinda, hija del duque Alfrirón y la infanta Persiana, su hermana, en cuya busca él saliera de Persépolis. Junto a ella están tres cavalleros: los dos hermanos de Alb[eri]ndo⁷⁵³ que por Felisena se hirieran, y a los que Perianeó venciera quando libró a Tíndaro y Lexiadra, los quales le vinieron a besar las manos, dándole gracias de su libertad. Y conociendo él a Belinda, acordósele de las palabras que le dixeran quando en su palacio le fue tomada. Y como en sí se viesse libre de la cruel pasión de Florisbella, entre sí grandemente se alegró. Y tomando consigo a Alberindo, a los otros dos ruega que aquella donzella lleven al real y, preguntando por la tienda de Dolisena, la dexen con ella. Y él, con toda priessa, se fue donde el combate se dava, con muy mayor grita que en todo el día.

No le vio el príncipe don Belianís, que con aquel detenimiento se pasó adelante, cuidando que Perianeó yva por beber a una fuente que de la otra parte estava, que el encantamiento no le viera nadie, ni se vio más en parte alguna. Y con esto Perianeó se metió por el carro de Claristea arriba, donde pasava la furiosa batalla.

Porque, como Belflorán y Armesildo oyessen tocar las campanas y redoblar las bozes de los clarines al castillo de Sant Miguel, dando de espuelas a los cavallos prestamente fueron a la Puerta del León, dando bozes a las guardas que los dexasen pasar. Porque aunque, conforme a la constumbre de los griegos, aquella puerta jamás se cerrase de día ni de noche, ni tuviesse puertas, ella estava siempre tan bien deffendida que no eran sus yguales las cercas de Costantino. Argentino, reconociendo los príncipes, los dexó pasar, y fueron menester, porque por ganar esta puerta cargava toda la pujança del real; y a la causa Armesildo se quedó allí y Belflorán se entró en /206-rº/ el castillo; el qual a esta hora no estava muy lexos de perderse, porque los endiablados gigantes y don Doristeo y Leandro y otros cavalleros alemanes con tanta fuerça se arrojan en seguimiento de sus enemigos que, no les bastando sus valerosos coraçones ni estraños ardimientos, muriendo infinitos d'ellos, el castillo fue entrado, y ellos retirados hasta la mitad de la sala principal. Es cierto que, si las princesas pudieran, se huvieran bajado, mas no les bastava el ánimo para menearse con temor de la muerte. Ha este punto entró por la sala el valiente Belflorán, que, conociéndole las damas, no le pareció sino el claro sol quando con sus rayos entre las espessas nuves se muestra, desviándolas a todas partes. Todas corrieron a él como a lugar seguro; mas él, que vio tanta tempestad de enemigos que cargava, haziendo su acatamiento, no se detuvo, antes blandiendo la espada en dos saltos se puso el primero.

No fueron cosas para contar en tan verdadera historia las que aquí hizo Belflorán, que, más

⁷⁵³ *Alboudo.*

encendido en furiosa saña que fuera jamás, echó el escudo a las espaldas y, viendo tres gigantes que delanteros venían, cerrose entre ellos, que de tres golpes los puso a sus pies, con tanto espanto de los presentes que [se] turbaron como si cada uno viera a su muerte. No se enciente así el fuego en los rastros con ayuda del fresco viendo como aquí en los griegos el ánimo viendo a su príncipe, y en los otros el temor, con el qual se quisieron retirar por su puente adentro; donde, no cabiendo, Belflorán la mayor parte de allí abajo haze saltar. Y antes que levantarla pudiesen, cargaron todos sobre ella.

Aquí fue don Doristeo mal herido en una pierna y fue arrodillar junto a Claristea, que con tanta piedad le mirava que las lágrimas le vinieron a los ojos. Y ella y sus damas abraçaron con él, supplicándole que por amor suyo no tornase a la batalla.

–Buena es aquí la m[u]erte⁷⁵⁴, mi señora –dixo don Doristeo–. Por esso, no me la quitéys con la gloria de ser en vuestra presencia.

–No será otra cosa –dixo Claristea–, aunque todo se pierda.

Mas tenían presente mejor remedio que cuydaran: vieron al esforçado soldán de Persia y otro cavallero con el que a grandes bozes, animando sus cavalleros, renueva la batalla. Con él llegaron aquel esforçado Mitrídano de Troya y otros muy buenos cavalleros que allí acudían a las bozes que por allí la ciudad se ganava, y entre ellos, a la rebu[e]lta, subió aquel valiente guerrero y animoso príncipe don Belianís de Grecia, que hasta estar arriba ninguno le conoció. Quiso él pasar sin hazer offensa a la parte donde Claristea estava, mas no avía lugar, porque Belianisa, que gran deseo tenía de ver a Belflorán, y con ella todas las damas, llegaron al antepecho del castillo, donde vieron infinitos carros de sus enemigos arderse; vieron todo el suelo poblado de muertos de los que, con çarços* y mantas*, querían llegar a picar el muro, y de los que más atrevidamente arrojaran puentes desde los elefantes y pusieran escalas para subir.

Mas esto era nada con ver a esta hora la más que mortal batalla que entre Perianeos y Belflorán se rebuelve. Andava Perianeos algo cansado, y aunque en su ayuda fuessen muy buenos cavalleros, corrían peligro de la vida, que los favores de Belianisa grandemente obravan a este punto. Pasó, pues, don Belianís hasta donde estava Claristea, y de verla tan triste no pudo dexar de sentir su parte. Y como él desease en lo que él pudiese no ser ingrato al amor d'esta princesa, que tan aficionadamente le cobrara, alçó la visera del yelmo y ante ella se hincó de rodillas diziendo:

–Esclarecida princesa, si algún enojo hasta agora de mí avéis recebido, en el qual yo no creo tener culpa, veisme aquí en vuestro poder, y con esta, mi espada, tomad la safistación; y no permitáyis que tantas gentes mueran, y remédiesse lo que fuere possible, que yo veo vuestro campo arder /206-vº/ [en]⁷⁵⁵ bivas llamas donde el nuestro no deve parecer menor daño.

Turbose tanto Claristea quando vio a don Belianís que salió de su sentido y no le pudo

⁷⁵⁴ *mnerte*.

⁷⁵⁵ En el reclamo, pero no en el texto.

responder palabra. Mas como él fue conocido, muchos llegaron sobr'él por darle la muerte que, pareciéndole a él estraño descomedimiento, tan furioso se levanta que más de veynte cavalleros puso por el suelo. Y tornando a donde Claristea estava, hallola en su acuerdo, llorando espessas lágrimas, con las quales le abraçó, diziendo:

–¡Ay, príncipe de Grecia, y cómo Dios quiere que todas las cosas se acaben por tu mano y que mi endurecido corazón sea agora tan rendido a lo que tú quisieres! Bien veo que esto me está a mí muy bien, porque tengo perdido el campo, según se cree, pues tú a tal tiempo dexas la batalla. Mas, aunque me estuviera mal, lo hiziera, que mi corazón no á deseado jamás otra cosa que contentarte. Quitemos la batalla en que el soldán de Persia está, que el otro deve ser Belflorán.

Entonces la princesa se levantó para yr allá, donde vieron el más estraño caso que jamás se oyrá; porque, aviéndose metido el uno con el otro a los braços, de los golpes que rescibiera a Perianeos le saltó el yelmo de la cabeça. Fuera él muerto si en la sala no estuvieran tres cavalleros con las armas de griegos y persianos todos juntos, los quales se metieron en medio, cercándolos a todas partes. Belflorán, por su propia vida, no quisiera él que muriera Perianeos, que desde la batalla de su padre le quedara estrañamente aficionado. Florisbella, que vio cosa tan cruel, acordándose de lo que Perianeos por ella avía hecho, forçando su corazón con las otras damas pasó a la otra parte, y todos le hizieron lugar. Belflorán y Perianeos, viéndola, se soltaron el uno al otro.

–¿Qué es esto, príncipe valeroso –dixo Florisbella–, que publicáys tanto quererme y me avéys llegado tanto al hilo de la muerte? No pensé yo que vuestras manos pudieran hazerme enojo. Dexad ya, por Dios, estas batallas, y mirad que, aunque en ellas os suceda lo que vos quisiéredes, me enojáys a mí.

No fue ygual la turbación de Claristea a esta, que en tan generoso ánimo ató el sentido y la lengua; y, aunque a él desde pocas horas aquellos amores no le davan pena, todavía el ver a Florisbella hazía en él nuevo effeto, como el espantado que, cada vez que mira a la parte donde le aconteció, le causa un nuevo temor. Viose cercado de más de veinte damas, que él conocía la mayor parte, mayormente a Sirena. No supo qué dezirse; los tres cavalleros se quitaron los yeelmos, y por muchos fueron conocidos ser su cuñado de Perianeos el uno, aquel tan cortés duque Alfrirón; los otros eran sus vasallos, y tan grandes amigos de don Belianís, los reyes de Armenia y Tesifante⁷⁵⁶. Los quales, viendo así turbado a Perianeos, le dixeron:

–Hazed, excelente señor, lo que mi señora Florisbella manda, que no han poco valido estas guerras, pues por ellas avéys alcançado que alguna cosa de su parte os sea mandada.

No respondió a ellos Perianeos, sino a la princesa, diziendo:

⁷⁵⁶ La amistad de estos personajes con don Belianís se remonta a la *Primera Parte*, en la que los dos reyes ejercen de mediadores ante el soldán de Persia, padre de Perianeos y Persiana, cuando acusa a don Belianís y al duque Alfrirón de haber dado muerte al marido de su hija, a la que, además, considera cómplice del crimen. Todo se resuelve satisfactoriamente tras un juicio que culmina con la boda de Persiana y Alfrirón en el capítulo 32.

–Mi señora, en tiempo que pareciera que yo hazía algo en vuestro servicio quisiera yo me mandáades esto, que aora todo está en la mano de vuestros cavalleros, según todos estamos perdidos. Por lo que a mí toca, yo recibo tan alto bien en mandárseme algo que no quedaré con quexa jamás contra vos. Pero este negocio es de Claristea, emperatriz de Alemania: veamos lo que manda se haga a esta sazón.

Ya estaban con ellos Claristea y don Belianís, que, oyendo lo que Periano dixera, le responde:

–No ay otra cosa, mi señor, que hazer, sino contentar a aquellos a quien la Fortuna desde su nacimiento favorece.

–Pues assí es –dixo Perian[e]o–, esta guerra se quede en manos d’estos tres príncipes, que es otro tanto que dexarlo en don Belianís. –Esto dixo por el duque y los dos reyes, a los quales, como conoscieste el príncipe, los fue abraçar diziendo:

–Bien paresce, mis señores, que tales cavalleros tenía en mi tierra, pues la Fortuna assí me á favorecido /207-rº/ en acabarse estas guerras.

Ellos le quisieron besar las manos. Entonces, pareciéndoles que qualquier detenimiento costava muchas muertes, dexando a Florisbella y Claristea juntas, ellos se baxaron, y tomando sus cavallos, haziendo retirar el combate y dándose grandes gritos de paz, fueron corriendo al campo.

Y no llegaron a mal tiempo, porque el emperador don Belanio y el rey de España, que en ella quedaran, con tanta pujança tras sus enemigos se cierran que, no les bastando cosa alguna, no solamente pierden el campo, mas fue cierto que cinco estandartes de cavallería bolvieron las espaldas. Y no era menos que todos hiziessen otro tanto, según la furia de los christianos a cada hora se enciende, con mortal estrago de don Dolistor y Polisteo y Furibundo y Salisterno, de los quales corría ar[r]oyos de sangre, estando ellos determinados de quedar muertos en aquel campo antes que vencidos, si a esta hora las gentes de los do[s re]yes⁷⁵⁷ y del duque Alfirón en una concertada batalla, sin tender lança ni hazer mal a persona de la una parte ni de la otra, no se metieran entre los unos y los otros dando grandes gritos de paz, con lo qual los vencedores se detuvieron, y los que tan perdidos yvan se recobraron. No supo el emperador don Belanio qué dezirse y, haziendo traer ante sí un cavallero de aquellos, d’él se supo qué gentes eran aquellos que assí venían. El rey Toloyano, que vía la vitoria a sus ojos, les mandó dezir que se apartasen; si no, que romperían con ellos como con sus enemigos, no bastando que el emperador quería lo contrario. Y aparejándose para esto oyeron desde los estandartes de una y otra parte tocar a rretirar con tanta furia que el emperador, muy turbado de ver que semejante cosa sin mandado suyo o del capitán general, que allí estava, se hiziesse, bolbió la cabeça a ver qué sería. Y vio venir a don Belianís dando bozes de paz, y preguntándole la causa, mucho le plugo, aunque más qu[i]siera rematar aquella batalla, puesto que su

⁷⁵⁷ *doresyes.*

clemencia no se lo consintiera.

Y con esto las hazes de los griegos se retiraron con gran alegría, y las de sus contrarios por lo mismo, que Periano, encontrando con el Gran Tártaro Ariobarçano que, como quien él era, estaba esperando de morir entre sus enemigos, le dixo lo que pasava; de que a él le plugo mucho, que en extremo era príncipe piadoso. Y retiraron sus batallas, con todos los carros y elefantes que a la ciudad fueran, dexando los campos poblados de muertos, que no creo fuessen más lo que quedaran bivos.

Claristea vino luego, y con ella la reyna Cenobia y sus mugeres, que en aquella batalla grandemente se mostraran. Y recogiendo toda su gente, entre ambos campos se quedó la gente del duque y reyes, los quales hizieron enterrar todos los muertos y recoger los heridos. La linda Dolisena, a quien más de aquellas pazes plazía, tuvo luego quenta con hazer curar a don Dolistor y Polisteo, que, aunque ellos venían muy heridos, no lo sintían nada en comparación de ver aquella paz hecha en tiempo que tan menoscabada fuesse su honrra. De estos se reya mucho Dolisena, viendo cómo les pesava de la honrra de su padre.

El qual, aviendo mandado cesar la batalla de la mar, en que no avían recebido sus enemigos menor daño, se bolvió con todos los príncipes a la ciudad, acompañando a las princesas desde el castillo de Sant Miguel. El duque Alfirón ni los reyes no quisieron quedar en la ciudad, antes se fueron al real de Periano, que, aunque herido, le hallaron haziendo curar los que de la batalla escaparan, mayormente Astrideo, Salisterno y Furibundo y Bradaleón con los cavalleros alemanes. Y con los reyes y el duque fue muy alegre, y más con la linda Persiana, su hermana, que ya saliera de las naos. Y haziendo traer a Belinda, locu- /207-vº/ -ra sería contar las que su madre con ella hizo.

Con esto en todo el real no ay más pensamiento de guerra que si todos fueran vezinos de Constantinopla. Y aquella noche al real se traxeron tanta abundancia de provisiones que para todos hubo lo necessario, mayormente de lo que para heridos era menester.

Capítulo 45: Cómo los príncipes del real entraron en la ciudad, y los recibimientos que se les hizieron.

Ninguna infernal Furia sería tan cruel, magnánimo señor, con tanta razón por los mortales aborrecida, como la guerra, si aquella no fuesse más a la continua fundada sobre el desseo de la paz. El rey guerrero y desasosegado pierde su reyno, porque la paz le causa enfado y la guerra continua le á de acabar las fuerças. Mas aquel que quiere pelear por acabar de una vez al enemigo rebelde es de alabar, pues su propósito es de asegurar la paz, sin la qual no se puede bivar, y aunque esto sea con la guerra. Pero, si no lleva otro remedio, todo va muy bien empleado, pues está claro que siente mal del bien de la paz, que no á gustado la guerra.

Y con esto, entre estos príncipes tan consumidos con la guerra, tan menoscabados de fuerças y hacienda, no se espera que la paz dexa de ser perpetua, porque aún de suyo se es, que dos muy

heridos, quando el vencer no es posible, el acabárseles la sangre y las fuerças los acaba y aparta, aunque de por medio ninguno se hallase. Y como en los reyes de Armenia y el duque Alfirón el último suceso y determinación estuviesse remetido, no avía más de aguardar si alguna de las partes alguna satisfacción se mandasse hazer, todos procurando su salud. Mas ellos, que avisados eran, a los diez días declararon que ninguna de las partes satisfiziesse nada por los daños mas que, a la causa que entre los griegos y alemanes avía diferencia sobre la Morea, aquella quedasse por suya hasta la ciudad de Vielagradensi. Todo lo qual después dio el emperador a Salisterno, el qual lo tuvo junto con su reyno de Morabia y Selesia con gran pujança, como adelante veremos. También mandaron tornar al emperador cierta parte de Cilicia, en que los persianos y tártaros se avían apoderado, y mandaron restituyr a Periano lo que Belflorán con don Belianís le avían tomado la buelta de Tesifante, y soltar todos los presos de una parte y de la otra, mandando que, si algunos príncipes allí quisiessen quedar, fuesse con cada veynte velas, y que las demás embiassen luego dentro en quinze días al duque de Gilea, que con Babilonia se alçara. Y a los demás rebeldes pusieron a merced del soldán, el qual los perdonó, puesto que al duque no se le consintió tornar más en Babilonia, antes se quedó a bivar en Costantinopla. Y conforme a esto algunas otras cosas, con las quales las pazes para adelante se tuvieron por seguras, que por todos fueron cumplidas. Y luego despacharon sus gentes, quedándose los más ha tomar algún descanso en Costantinopla, de que los griegos recibí[e]ron estraño contento, que de su conversación estaban muy agradados.

Y deseando en aquello mostrar quán bien respondían con la paz a lo que ellos eran obligados, de la ciudad salieron aquellos bien agraciados Belflorán y Armesildo, con la compañía tan pujante de los galanes mancebos griegos he ingleses, que de más de seys mil pasavan, todos sin ningunas harmas más de espadas, con tantos adereços y galas que no avía en ellos qué mirar menos que en el tiempo de la guerra; y fueron derechos a la tienda de Claristea, a donde para oír su embaxada se jun- /208-rº/ -taron todos y Belflorán, de parte de los príncipes chistianos, que en pago de los daños recibidos les hiziessen tanta satisfacción que entrasen en Costantinopla para que algún servicio se les hiziesse; de lo qual todos fueron en extremo alegres y contentos, que assí las damas como los cavalleros en ella tenían sus amores, mayormente Periano, que estava determinado de ser christiano y pedir por muger a Sirena, que tenía por entendido no le sería negada.

Y dando todos la mano al valeroso rey de G[a]ramantes, de quien siempre ellos hizieron mucho caso, él respondió que todos eran muy contentos de escrevir al emperador y aquellos príncipes, y que otro día todos entrarían en la ciudad, sin dexar fuera cavallero ni tienda alguna, y que serían más malos de despedir con la paz que con la guerra. Y dada esta respuesta, quedaron platicando en diversas cosas; y a Belflorán llamaron Claristea y Cenobia y Dolisena y Meridiana y la infanta de Cartago y Belinda y otras damas, las quales, haziéndole sentar entre sí, le dixeron que, si las quería por huespédes, que mandasse aderezar un aposento, que ellas se querían yr con él.

–Señoras –dixo Belflorán–, para tales damas ninguno tiene aposento conveniente, si no es el

que las crió. Y por no subir en soberbia de tan alta merced, digo que yo yré de buena voluntad con quien llevarme quisiere, pues será cosa más conveniente que no atreverme a lo que no podré cumplir.

–Essa es nueva guerra para nosotras, señor Belflorán –dixo Dolisena–, que avremos de combatir quál os lleve, pues no os ofrecéys más a una que a otra, y sería menester otra nueva tienda como la pasada.

–Ya no es menester –dixo Cenobia–, que no tengo yo por tan feas ni mal miradas a las damas de Grecia que no le avrán hecho mudar las intenciones.

–Mi señora, la reyna –dixo Belflorán– me á conocido bien la voluntad. Y, pues ello es ansí, yo acudiré a suplicar por el remedio a donde agora estoy.

En estas y otras pláticas tuvieron aquellas damas a Belflorán, con harta pena de Armesildo por no aver sido él el llamado, porque con Periano estuvo hablando, el qual le preguntó por Belianisa y Hermiliana, a quien él se contava por muy obligado.

Y aviendo estado gran parte del día y comido con aquellos príncipes, se bolvieron a Costantinopla, aparejando para los recebimientos del día siguiente la más pujante y soberbia magestad que jamás fuera vista. Mandándose por toda Costantinopla, por quarenta días cesan los officios, y que ninguno traxesse vestido que no fuesse tal que con él pudiesse parecer ante los reyes, y para ello el emperador repartió largamente de sus tesoros por toda la ciudad.

Y, siendo venida la mañana del día siguiente, por todas las torres y almenas de Costantinopla se comenzó gran música de menestres; los clarines altos se tocaron, todas las señales de la campal batalla se hizieron y toda la gente de harmas que avía en Costantinopla salió fuera, sin harmas algunas, con tantos y tan r[ic]os⁷⁵⁸ adereços que no quedava más que mirar; de los quales se hizieron dos esquadrones tendidos a la larga que toman de la ciudad hasta junto del real, y por los lados todos los artificios de carros que para su deffensa tuvieran, los quales, como antes de harmas y valientes cavalleros solían venir cubiertos, agora venían de hermosas damas poblados, llenos de oro y plata, con crinosos cavallos que los tiravan. En todas las partes que avía de venir vanderas o estandarte no traía las harmas griegas, sino las mismas que sus enemigos en la batalla traxeran. Parecía que verdaderamente la ciudad huviessen ganado.

Quando ya estaban a cavallo para partir, los príncipes griegos llegaron todos juntos; solo faltaron el rey de España y el de Francia con el príncipe de los asirios, gran soldán de Babilonia, que el emperador don Belanio no quiso dexar de salir allá en persona. Traía él una ropa /208-vº/ [mo]rada corta muy poblada de una menuda chapería de ángeles. Debaxo traía coracina* secreta, sin la qual en ninguna fiesta se halló jamás. Por ella venían puestas muchas vandas negras con unas águilas blancas, armas acostumbradas del príncipe de Persia. Venían don Belianís y Belflorán entr'ambos de blanco, y el uno y el otro imperiales águilas de dos cabeças como las que traían los

⁷⁵⁸ *reos.*

estandartes, cercados de unos frescos ramos y unos grifos, que todo parecía [que]rerlo arrebatat: eran las harmas de los scitas y tártaros.

No se vio más hermosa compañía. No fueron poco maravillados quando llegaron de ver la más hermosa compañía que hallaron, porque, de a dos, todos los príncipes y altos hombres hallaron tres emperadores de la morisma, una emperatriz christiana y otra gentil, que eran Claristea y Cenobia, y quarenta y seys reyes, todos los quales tenían coronas de oro en las cabeças. Bien se puede creer no aver sido otra vez estos príncipes ni otros assí juntos, mayormente en la amistad y concordia que agora entre ellos se esperava. Quisiéronse los griegos apear, mas ya estava apercebido que no se lo consintiesse hasta llegar donde Claristea y las otras damas estaban. Entonces no aprovechó, que todos se apearon, y todos los moros hizieron lo mismo. El emperador fue recibiendo a los unos y a los otros hasta llegar a Claristea; la qual, viendo la autoridad suya y teniendo conocido su valor, ante él yva a hincar las rodillas. Mas el Gran Tártaro, que nada de aquello le hazía gusto y por el braço la traía, la detuvo sin que se diesse de ver en ello. Mas con todo esso le hizo su mesura diziendo:

–Valeroso emperador, ninguna cosa en esta guerra yo pudiera aver ganado que me hiziera assí alegre como vuestra vista, la qual yo he deseado como la del emperador de Alemania, mi señor, al qual á sido Dios servido de llevar antes d’esta vida. Y assí, como una donzella huérfana, yo quedo en vuestro poder, para que como de cosa vuestra dispongáys de mí.

–Excelente princesa –dixo el emperador–, esse cuydado siempre le tuve yo por propio quando la guerra estava más encendida; quanto más, agora. Y assí, siempre he sido vuestro, y lo seré en esso y en lo que más a vuestro servicio tocare.

Y con esto se abraçaron, dando lugar a que don Belianís llegase a hablar. La cosa fue por todos mirada, que no menos lágrimas le vinieron a los ojos que quando más apassionada estava. Y no se pudiendo hablar palabra, dexando con ella a Belflorán, y al emperador con Ariobarçano y Periano, que de su presencia estaban maravillados, él pasó hasta Dolisena y su hermana, que entre sí a la bella Troyana tenían; las quales con una alegría no creýda le rescibieron, diziendo:

–Aora, señor, no os conviene huir de nosotras, que en vuestra tierra os tenemos preso de buena guerra.

–¿Quién mereció jamás tal prission? –dixo don Belianís–. Yo, mis señoras, desde agora me pongo en vuestro poder.

–D’esa manera –dixo la bella Troyana–, no será menester tornaros otra vez preso para que seáys esclavo de Brandasides.

D’esto se rió don Belianís, acordándosele de lo que allí pasara. Dolisena preguntó qué era, y don Belianís contó lo que passara, añadiendo la batalla Troyana lo que él de su esfuerço dexava de contar.

–Yo quisiera ser Brandasides –dixo Meridiana–; y no os libráredes assí tan presto, según el

recado que en vos pusiera.

Más adelante procedieran estas cosas si no lo estorvaran don Dolistor, Astrideo y Polisteo de Nuvia, que a don Belianís llegaron a pedir las manos. Y él los abrazó, maravillado de su hermosura, y lo mismo hizo a Salisterno, en cuyo denuedo bien representava cúyo hijo era. Y hablando a todos llegó Perianeó, que dixo:

–¿Queréysme, soberano señor, dar agora un abraço de quantos contra mi voluntad me avéys dado?

–Sí, mi señor –dixo don Belianís–; aunque, acordándoseme esso, no se- /209-rº/ -rá mucho no hazerlo, según vos me tratastes.

–Agora bien –dixo Perianeó–, que, si no hos tenéys por satisfecho, Ariobarçano, mi señor, que aquí estará, por mí la enmienda.

–Yo, señor –dixo Ariobarçano–, estoy tan cargado d’essas deudas que aun no podré pagar por mí.

Y con esto, no se deteniendo los que venían, tomaron las riendas de las damas y todos partieron la buelta de la ciudad. A Belflorán le cupo yr entre Cenobia y Dolinsea, en lo qual con su señora ganó poco, aunque de la otra parte yva Armesildo. El rey de Ingalaterra, don Serafín, tomó la rienda del palafrén de Claristea, y assí fueron todos muy alegres para la ciudad, cuydando que las princesas en ella los esperassen. Mas viéronlas venir muy cerca, y por aver allí un hermoso llano todos atendieron. Aquí se tornaron de nuevo los recibimientos; aquí se turban los sentidos de los más animosos, y no era menos, que tal hermosura a qualquiera sacara de su acuerdo. Están temblando los tres bastardos, y Belflorán no tiene consigo el alma. Pues Perianeó y Ariobarçano, no sé cómo lo cuenta lo que esperan de tal vista, porque Perianeó tenía gran deseo de tornar a ver a Sirena, y partíasele el corazón esperando de ver a Florisbella. Ariobarçano pasava lo mismo, que este maldito mal no ay medicina que le cure; que, aunque por una parte esperava gloria en verla, por otra esperava desabrimiento en la vista de su hermana Imperia, la qual venía en un carro de marfil labrado con tantas medallas de fino oro con perlas que al sol quitara su vista. Venía con ella Florisbella y Sirena; tiravan el carro doze cavallos blancos, con los adereços de un brocado encarnado. Era el carro tal que podían caber a su plazer otras muchas damas. Venía este por principal, y en su seguimiento otros doze de la misma manera, en que, de dos en dos, venían todas las damas. No tuvieron en esta guerra más hermosa cosa que mirar, porque la hermosura que aquí venía par[t]icular⁷⁵⁹ obra era de su Hazedor para mostrar sus maravillas. Dos carros venían que todos los presentes tornavan locos; en el uno venía la reyna Armelina y su hija, la infante Belianisa, con la linda Anexares de Finicia, hija del buen Contumeliano e Imperia, el qual sola aquella tenía, y un hijo que aún no era en edad de ser

⁷⁵⁹ *parricular.*

cavallero y le dexara en su reyno, que el tártaro Saladi[n]o⁷⁶⁰ se llamava. En el otro yvan Policena y Hermeliana, y consigo traían a Alcisa y Celia, porque Matarrosa, reyna de Ungría, y Aurora, reyna de Antiochía, se quedaran por tener compañía a las emperatrices de Costantinopla y Babilonia con otras damas. No basta nadie con Imperia porque, viendo a su hermano, no se apease del carro, y a la causa todos lo hizieron lo mismo; que, aunque entre las particulares cosas passassen, no se dio de ver con Imperia, la qual con espesas lágrimas en los ojos fue a abra(bra)çar a Ariobarçano. Él hizo lo mismo, que aunque de su generoso ánimo ayudarse quiso, no fue parte para ello. No se podrán hablar palabra, según el uno y el otro estaban, hasta que Sirena le[s] dixo:

–Ea, mis señores, no enbolváys en día de tanto plazer semejantes lágrimas; dad gr[a]cias a Dios, que os á dexado tornar a ver, libres de los desasosiegos pasados.

Y con esto ellos se apartaron, consolándose algún tanto, que nunca hijos así la muerte de su padre sintieron.

Florisbella y Claristea ambas hincaron las rodillas, porfiando cada una por tomar la mano a la otra. Otro tanto avino con Dolisena y Meridiana y las otras hijas de reyes que allí venían. Pasávase en esto el día, y los príncipes se lo dixeron. Ellas se acogieron a sus carros; en el de Florisbella entró Claristea y Dolisena, y en el de Hermiliana, Lindorena y Meridiana, la bella Troyana con la linda Belianisa. Y d’esta manera se fueron para la ciudad en graciosa conversación. Mas a Periano se le hizo un favor qual no se viera jamás en su pensamiento: que, llamándole Florisbella y Sirena, le hizieron yr junto a su carro, con lo qual no /209-vº/ yva él a su pensar en la tierra.

Pues llegando a la Puerta del León, por ella vieron salir al gran duque de Trevento. Un estandarte traía en las manos con las armas de Alemania. Acompañávanle los cavalleros cortesanos, y él se vino derecho para Periano diziendo:

–Soberano señor, los griegos príncipes, en reconocimiento de lo que a tal cavallero se deve, me han mandado que traya este, vuestro estandarte, y que todo lo que por vos fuere mandado se haga de la ciudad y sus moradores. Por esso, sed servido de mandar como en Persépolis, que no menos será a vuestro contento en Costantinopla.

Bolviose Periano al emperador, diziendo:

–Excelente señor, con los cavalleros que tan de veras como yo quieren ser de vuestro servicio no es menester tratarlos como estrangeros.

Y al duque dize:

–Mi señor, debaxo de un tan excelente varón como vos, donde tales y tan grandes príncipes se han sujetado, quiero yo ser soldado de oy más. Y dad el estandarte a quien le suele traer, que no es menest[e]r conmigo nuevas mudanças.

El duque le rindió las gracias y diole al buen duque Nestoriano, que con él venía. En esta

⁷⁶⁰ *Saladiuo.*

forma llegaron a los imperiales palacios, donde fueron de las emperatrices y el rey Toloyano y el soldán de Babilonia con gran alegría recibidos. Y, como las mesas fueron puestas, comieron con el más sobervio triumpho que jamás se vio en Costantinopla. Y aviendo en el palacio avido gran serao*, que para los galanes era mejor que la comida, los que cupieron en los reales palacios fueron aposentados, y los demás con los principales.

Capítulo 46: Cómo el soldán Periano se tornó christiano y se desposó con Sirena.

Pudiera pedir licencia, poderoso señor, con justa causa, pues e dado cabo a las más espantosas guerras que el mundo á tenido, y quedo d'ellas tan fatigado que no sé si alguno de los que en ellas se hallaron rescibió mayor trabajo, si no me fuera a la mano el desear servir a quien sobre todo el mundo tiene esta deuda y contar grandes aventuras que [a] estos príncipes antes de bolver a sus casas sucedieron, quedando el imperio de Grecia casi por señor de los persas y ha su mano toda la Asiria y Mesopotamia con los reynos comarcanos, con gran parte de la Asia; los quales en ninguna otra cosa entendían que en adereçar grandes fiestas, en las quales gran parte de los patrimonios reales se consumieron.

Andava el príncipe Periano tan pensativo en los pensamientos de su nueva vida que, aunque él lo encubriera, no dexava algunas vezes de vérselo. Y todos cuydavan que [la] memoria de Florisbella era la que le traxesse tal, y así dava g[r]an pena a Sirena, que desde el día que vio concertadas las pazes tuvo por averiguado que avía de casar con él. Pues un día que todos estaban muy contentos, no osando Hermiliana ni Claritea decla[r]ar⁷⁶¹ quién fuesse Astrideo hasta ver la voluntad de Rosaliana (no porque don Clarineo no le conociesse, que bien sabía él quién era, mas no lo declarava por la honrra de su madre), Hermiliana y Sirena llamaron a Periano al antepecho de un corredor que caía sobre la mar, hazia la parte de Pera, por donde el Mar Negro mete sus corrientes. Y como Hermiliana fuesse avis[a]da⁷⁶², y más en aquel mal, no dexando de sentir de la infanta que le estuviesse afficionada, no fue llegado quando, fingiendo nueva necessidad, llamó a Belflorán y, tomándole por la mano, se fue con él harto descuydada a sentar par de Belianisa, haziendo mejor obra de lo que ella cuydara; pues como Sirena vio junto a ssí a Periano, no pudo tanto consigo misma que no se le trocasen las colores, y con algunos entreteminientos que la turbación a la boz causavan, le dixo:

–Mucho desseo tengo, príncipe valeroso, de saber la causa de vuestra tristeza, y qué es la causa que, desseando todos hazeros contento, no podemos acertar en cosa alguna.

/210-rº/ –Mi señora –dixo el soldán–, ¿cómo no queréys que esté triste quien, aviéndose escapado de tan cruel trago, aya agora cayó en tal lazo donde por razón no se espera remedio?

⁷⁶¹ *declae*.

⁷⁶² *avisida*.

–Dezidme qué es, señor –dixo la princesa–, que lo que a unos parece imposible, a los otros parece fácil.

–El mayor mal –dixo el soldán– es la falta de merecimiento, por cuya parte antes tengo por mejor morir que osar descubrir lo que siento. Solamente os hago saber que mi remedio está en sola vuestra mano, porque el cruel Amor, por destruyrme de todo punto, lo á permitido. Assí, supplico’s que, si alguna piedad ay en el mundo, sea para acordaros que no es justo que muera quien solo dessea la vida por ser vuestro.

–Más claro avéis hablado conmigo que yo quisiera –dixo la princesa–, pero yo os lo perdono y os hago saver que, si no fuérades ageno de mi ley, holgara de recebiros por mi cavallero, y en lo que toca a esto poned vuestros pensamientos, que en lo demás yo haré todo lo que [el] emperador, mi señor, mandare, que sé yo que os quiere tanto que ninguna cosa le pediréys que no haga, mayormente esta, donde tenéys mi voluntad.

El soldán Periano, que tales palabras oyó, le quisiera besar las manos si no hubiera tantos presentes; y prometiolo que en aquello él entendiera de suerte que fuesse satisfecha del gran amor que le tenía. Y con esto, por no dar a entender cosa a nadie, llamaron a Hermiliana, que no poco plazer dio a Belflorán, porque tuvo lugar de hablar a su señora, que, si a él le diera otra tal respuesta como su tía a Periano, no hubiera cavallero más alegre en el mundo. Y, aunque él estava harto cogoxado, mostró alguna alegría, diziendo:

–¿Quándo, mi señora, podré yo serviros tan alta merced como la que me hezistes el día de la batalla?, que no solo fue causa de ganar alguna honrra, mas amparástesme la vida, que yo tenía a punto de perder.

–Aquello –dixo Belianisa–, hízelo yo porque me lo mandaron las princesas, mayormente Policena; y si en ello recibistes algún contento, a ella se lo podéys agradecer, y no a mí.

–¡Ay, mi señora –dixo Belflorán–, ¿y cómo recibís contento en azerme pesar? No lo hagáis, por Dios, que no es menester mucho para matarme.

–La reyna Cenobia –dixo Belianisa– enmendará estos agravios, que a vos se os da poco. Servidla, que en servir damas ajenas también ternéys gracia como vuestro padre.

Y como esto dixese, levantose enojada, que le vinieron las lágr[m]as a los ojos, que vio a la rei[na] Cenobia, que muy atentamente los mirava, a la qual Armesildo entretenía en palabras. Fue maravilla que Belflorán d’este pesar no murió, mas saliose de la sala luego. Y fuéronse a los palacios que tenía fuera de la ciudad donde deffendió la aventura de la tienda, que allí era su aposento, a causa de tener consigo toda la flor de la cavallería de los mancebos que, por ser tales y tan grandes, allí más que en parte alguna se holgavan. Y dio su yda causa que, cayendo él en la cama mal dispuesto, el emperador mandó pasar su aposento allá, y assí mismo todos los reyes y príncipes. Y vino más acomodo, porque avía casa para todos, y las damas estavan allí más a su plazer a causa de las hermosas huertas que la casa tenía.

El príncipe Perianeos, muy alegre de lo que con Sirena pasara, como él ya estuviere determinado mucho antes de dexar la burlería de su se[c]ta, un día mandó juntar todos los principales vasallos suyos, duques y condes y otros hombres de quenta, y los capitanes de las ciudades, que él traxera consigo; a los quales juntos, estando con ellos ocho reyes, sus vasallos, el duque Alfirón y su hermana, la linda Persiana, él abló en la manera siguiente:

–Ya creo, queridos hermanos míos, príncipes, poderosos reyes, que avréis entendido con cuántos desasosiegos míos y pérdida de mis tesoros y sangre e procurado a la continua no solo el descanso vuestro, pero aun grandes liberta(r)des de vuestros reinos y ciudades y acrecentamientos d’ellos; y, con quantas desgracias hasta agora nos han sucedido, no dexáys de poseer lo que heredastes, y otro mucho que avéys adquirido. Y cierto que, si mi voluntad consiguiera, no fuera tanto por lo que a mí en particular tocava quanto por lo que en general /210-vº/ a vuestros estados y reynos redundava; en lo qual yo estoy ya muy fatigado y cansado, y donde la casa de Persia tiene necesidad de rey que la gobierne y capitán que la deffienda tendría en mí un hombre inpidido que entretener y un cavallero cansado que sustentar, lo qual para vosotros y aun para mí resultaría en grave daño. Y juntamente con esto en el discurso d’esta vida, en la cuminición de las estrañas naciones tengo conocido muy claro que en la ley que tenemos grandemente bivimos engañados, no teniendo para ella otro fundamento más de averla guardado nuestros proxenitores, a los quales, aunque en algunas cosas seamos obligados a seguir, en estas, que va el alma, más sería que loco quien, conociendo otra cosa, se dexase llevar como el búfano* de las narizes. Assí que, amigos míos, yo estoy determinado de quedar en Costantinopla, donde el emperador don Belanio me dará algún entretenimiento, y dexar esta vanidad que así me llevaba condenado. No quiero volver más en Persia; un hijo tengo, al qual, si quisiéredes que reyne, hazed quenta que yo quedé muerto en los campos griegos, y d’él yo os aseguro que es cavallero que conviene. Y si a este no queréys, aquí está mi hermana y el duque Alfurón, y así desde agora como a personas que también lo entienden, yo ha vos doy licencia para que entre vosotros escojáys al que para soldán mejor os pareciere. Y a mí, me perdonad, que cierto, aunque las fuerças han faltado, no el deseo de hazer lo que a todos convenía.

Con estas ú[l]timas⁷⁶³ palabras al soldán le vinieron lágrimas a los ojos y, por no mostrar alguna flaqueza en lo que él estava determinado, no dixo más palabra. Y, a la costumbre de los persas, él se salió de la sala en el entretanto que ellos avían su consejo, el qual no varió ni alterado como otros fue, que de la primera vez todos de un boto y acuerdo; y, dando la vez al duque Alfirón, que el primer voto en los consejos era, el soldán tornó a entrar, y el duque le habló en la forma siguiente:

–Si el grande ánimo y valor tuyo, soberano soldán y señor nuestro, no tuviéramos por tantos años conocido, y la esperiencia nos lo huviera mostrado, dudando estuviéramos si a tu corazón le

⁷⁶³ *uetimas.*

llevava otra causa de la que parece, si esta determinación de algún movimiento divino procedía o de alguna causa que a los coraçones mueve, la qual, con la presteza que suele seguir, suele, después de hecha, aborrecerse. Mas como este tengamos delante de los ojos, y tus determinaciones sean siempre de mucho atrás miradas, no dudamos que el amor celestial a esto te lleva, determinándote a dexar aquellos reynos que tuyos son y a tus vasallos, que cada uno no como ha señor forçoso, sino como a padre querido te siguen. Y assí, a todos ha parecido que, como hasta agora en la guerra del cuerpo te avemos seguido, te sigamos de oy más en la del alma, que entendido está que cavallero tan acertado no tomará la peor parte. Y, aunque la fe confirmará en esto a todos, siguiendo lo que tan justo ser deve, por agora creo que, aunque tomaras un error malo, te siguiéramos, que no nos parece poca disculpa seguir a quien tan bien nos á deffendido. Y aunque otros, queriendo hazer esto mismo, an sido de sus reynos desposeýdos, bien asegurado puedes estar que no ay vasallo pequeño ni mayor en todos tus reynos que quiera ni tenga voluntad fuera de la tuya. Por lo qual, mi señor, si christiano estáys determinado de ser, no lo dilatéys, que lo que la presta determinación asegura, muchas vezes el dudoso effetuarlo pierde. Sola una cosa, por el amor que te tenemos, te suplicamos: es que tomes muger y que, pues veys que el emperador tiene una hija qual te con[v]iene⁷⁶⁴, te cases con ella, que no dudamos te la dé, pues en ello asegurarás tus reynos y darles as alguna paz, que por ellos es tan deseada. Y el día que tú fueres christiano, lo seremos todos, y adelante no es menos que todos hagan otro tanto. Y en dexarnos no hables, que con esso /211-rº/ será imposible salir, que no quedaría hombre en Persia que a buscarte no saliesse.

Y con esto, dando fin a sus palabras, no dejando al soldán hablar otra cosa ni responderles, todos le dieron la mano de ser christianos y morir en aquella ley. Y salieron de aquel consejo, donde no es menos estuviesse la divina inspiración, que a sus siervos lleva por el camino que a Él le parece para que se salven. Y el soldán, que cada ora se le hazía mil años, no quiso dar dilación a semejante negocio. No viendo la ora de ser christiano, estando todos en la sala imperial, él se fue derecho para el emperador don Belanio, con el qual estaban todos los grandes señores, y hincó ante él las rodillas. El emperador, que vio tal novedad, hizo otro tanto, suplicándole se levantasse, mas él porfió por no lo hazer. Mas no le aprovechando, en pie dixo:

—Alto y poderoso emperador, a quien el alto Dios dio tal estado, hijos, persona... para que fuesse escudo de su ley; puesto caso que, quien á sido tan contrario tuyo, tenga por loco en pedirte semejante merced, te quiero supplicar una. Antes de la qual, que a ti no será en desgrado, quiero, dejando la ley d'estos dioses a quien yo no tengo por tales, salvo por cosa que a los hombres lleva a perdición, juntamente con estos amigos y vasallos míos, ser christianos y servir a quien solo puede dar la vida eterna, pues lo demás está fuera de camino de la verdad. Y no pienses que esta sea nueva determinación, que si las guerras pasadas no lo estorvaran, mucho tiempo ha que esto fuera hecho,

⁷⁶⁴ *conniene*.

aunque yo dejara los reynos persianos y biviera por tu soldado en la guerra. Ansí que, señor mío, manda que esto se ponga en effecto, asegurándome de la merced prometida.

Si estas cosas causaron a todos espanto, no de preguntar mayormente a los moros, que a Persia y al soldán por el amparo suyo tenían, y quedaron de la suerte que si algún mal de perlesía les diera. El emperador, que tal cosa vio, dando entre sí gracias a Dios, que tal inspiración en su siervo pusiera, y levantándose de la silla, dixo:

–Magnánimo cavallero y poderoso príncipe: no quiero encarecer esta obra por ser hecha de aquel alto Dios, que no á querido que tal cavallero como vos se p(i)erdiesse, alumbrando con su divina gracia a quien tan cerrados tenía los sentidos. Y conforme a esto, recebid el agua del baptismo, que es necesario para salvaros, que en lo que de mí quisiéredes, yo estoy presto de cumplirlo, aunque me pidiéssedes mis estados, de los quales tenéys poca necesidad, pues de oy más serán vuestros.

Y como esto dixesse, llamando al Patriarcha, Periano fue llevado a la capilla imperial, donde fueron batizados él y seys reyes vasallos suyos, el duque Alfrirón y la infanta Persiana, la hermosa Belinda, todos quantos en el consejo se hallaron, los quales después fueron muy buenos christianos. Solo quedó Salisterno Sin Pavor, el qual dixo que por entonces hasta saber más de lo que le convenía no quería ser christiano, lo qual a su padre dio crescido enojo, aunque lo disimuló, que él tenía entendido que le haría hazer lo que él quisiesse. Y bueltos a la sala imperial, el soldán supplicó al emperador que, cumpliendo con él el don prometido, le mandase dar por muger a su hija, la princesa Sirena; que, aunque en aquello pidiese más de lo que merecía, esperaba en Dios serle tal hijo que no tuviesse aver en ello hecho yerro alguno. Tan contento fue d'esto el emperador como del primero, y muy graciosamente le dixo que él era muy contento de que se viesse el amor que siempre le tuviera. Y, no dubdando que lo que él quisiesse haría su hija, tomando de la mano al soldán se (se) fue con él al estrado, y, levantándose a él todas, a Sirena dize:

–Hija, ya veys lo que el soldán me á pedido, y yo se lo tengo prometido, si vos no quebráis mi palabra; hasta aora ella siempre se á guardado bien; /211-vº/ creo que no la quebraréys que, pues d'esto yo soy tan cierto, no deve estaros mal cumplirlo.

–Señor –dixo Sirena–, vuestra magestad me manda hazer una cosa muy determinadamente, que (s) es menester para ello acuerdo; el qual, si a mí se me da; si no, vuestra magestad haga lo que fuere servido, pues yo d'ello no tengo de salir agora ni después.

–Si esso es assí –dixo el emperador–, no ay que esperar nuevo acuerdo.

Y assí fueron luego desposados con grandíssima alegría de todos los que en el palacio estaban, que casi en sueños se les representavan aquellas cosas. Y todas las damas entre sí tomaron a Periano, con el qual en dulces pláticas estuvieron, pareciéndole a él que era ya llegado el tiempo claro que las parcas de su vida le mostraron.

Capítulo 47: De la estraña aventura que al palacio vino, con lo que subcedió a Briamor con Laura.

Ninguna cosa al imperio griego y gual a esta pudiera subceder, ni que así ha todos diera alegría y contento; porque, de más que el soldán en extremo como uno de sus príncipes era de todos querido, atajávanseles para adelante grandísimas guerras que ellos continuo tenían con los persianos y partos sobre los confines de los imperios, mayormente sobre Egipto, quedando Periano por uno de los príncipes griegos. El qual su alegría era sin y gual, y no menor la de Florisbella en carecer de desasosiegos.

Mas Claristea quedó un poco turbada, que, como a Periano viera christiano, bien cuydara casar con él. Mas no era essa la intención del emperador, porque don Daristeo, príncipe de Polonia, que por ella grandes trabajos pasara, le avía suplicado por su remedio, y él estava determinado de casarle con ella. Y assí rogó a don Belianís que él entendiese en ello, y assí él y Hermiliana grandemente se lo importunaron. Y poniendo en ello al duque de Sajona, al príncipe de Suebia, al rey de Dinamarca y al duque de Birenbergue, al príncipe de Norgoya y al de Nuremberga y a otros grandes de Alemaña, al fin se acabó con ella y fue con él desposada.

Pues Periano, que no estava olvidado del gentil Mitrídano de Troya, le desposó con su sobrina Belinda, y dándoles gran parte del reyno de Damasco con título de rey, él quedó uno de los grandes señores de Asia con el señorío del duque, su suegro.

Y d'esta manera fueron casados muchos de aquellos príncipes, y aun de los moros casaron muchos, unos con otros, sus hijas. Y casaran a Dolisena y a Meridiana si ellas no lo resistieran grandemente; y no era mal concertado el casamiento, que las querían casar con Ariobarçano a Dolisena y con el [e]mperador⁷⁶⁵ de Trapisonda a Meridiana. Mas ellas se supieron dar tan buen recado que Dolisena, fingiendo ciertas indisposiciones, se quedó por casar, y Meridiana fue desposada con el Gran Tártaro, lo qual después costó crueles guerras entre los tártaros y nubianos; porque, no teniendo por legítimos erededos a don Dolistor y Polisteo, Ariobarçano, queriendo el reyno de Nubia para sus hijos, les hizo guerra, que fue una de las señaladas del mundo, a la qual vino el emperador de Trapisonda contra Ariobarçano, enojado de que, pidiendo él a Meridiana, la huviesse él tomado por muger; de lo qual en la hystoria de Belflorán se verá parte, que no fueron cosas para olvidar, que difficultosamente tuvo el mundo más guerreros hombres que lo fueron don Do- /212-rº/ -listor y Polisteo. Los quales, no dados a las aventuras, sino al desseo de reynar, sujetaron diez y seys provincias en Áffrica y gran parte en Asia, y fueron llamados «Hijos de Marte». Dieron más batallas campales que Alexandro y combatieron infinitas ciudades. Fueron los que destruyeron la mayor parte del Cayro y sus comarcas, tornando a reedificar la de la otra parte del

⁷⁶⁵ *emperador.*

río Tigris.

Con estos casamientos grandes fiestas se esperan en Costantinopla, para las cuales todos los mancebos se aparejan con grandes sobervias de galas y adereços. Pues, una tarde que todos estaban en gran pasatiempo en la sala imperial, vieron entrar muchas gentes huyendo, y alborotándose todos se pusieron en pie con sus espadas en las manos. Mas vieron una estrañeza no pensada, que una pared del encantado palacio se quitó, y vieron entrar por la huerta un dragón, el más bravo que jamás se uviesse oído. Por algunos de los que en la sala estaban fue conocido ser el que don Belianís matara en el templo de Amón, y el conde de Gariano a todos dize que se asosieguen. Por la parte que el encantado palacio se abrió parecieron unas hermosas redes de plata, en las cuales se mostró Cupido presso en la misma forma que lo estava en la huerta del templo de Amón, con sus castillos y vanderas. Y todo estava al natural como aquello, ecepto qu'el disforme drag(r)ón estava a la baxada de unas escaleras que a la huerta yvan, y era tan espantoso que todas las damas, por no ver cosa tan fiera, cerrando los ojos, cada una se abraçó con el cavallero que más junto halló, de que a ellos no les pessó punto. Mas el animal paró allí, y las escaleras vieron subir quatro donzellas vestidas maravillosamente a la forma de Egipto; las cuales fueron derechas para donde la princesa Florisbella estava y, hincando las rodillas, muy alto, que todos lo oyeron, dixeron:

–Soberana princesa: porque vos sola soys a quien Cupido contino ha mostrado los favores de su casa, no permitiendo que jamás os aya sido echo agravio alguno, á acordado de pedir os que procuréys su libertad, poniendo a ello todo lo demás de vuestro poder, porque os haze saber que él estará allí presso hasta tanto que se halle otra tan valerosa determinación como la de Dolisena, y otro tan valiente y leal cavallero como don Belianís. Y para que cada uno vea a lo que se atreve, aquí lo veréis representado.

Entonces por la sala vieron entrar a don Belianís, armado de sus harmas, en compañía de los ministros del templo de Amón, con Dolisena y Meridiana, y el conde y Serinda, y al natural se representó todo como passara hasta la muerte del espantoso animal, quedando a todos estraño contento. Florisbella con Dolisena se abraçó, diziendo:

–Mi señora, ¿cómo es po[si]ble que tan espantosa hazaña á passado por vos, y yo no aya sabido d'ella parte? Quiero ser vuestra toda mi vida, pues el príncipe, mi señor, y yo por vos la tenemos.

–Mi señora –dixo Dolisena–, lo que yo allí hize, avido respecto a la maravillosa obra de don Belianís, fue como un sueño, y assí quisiera yo que jamás se supiera. Mas, pues ello á sido assí, yo soy muy contenta.

El rey de Gramantes abraçó a don Belianís, diziendo:

–Si yo supiera que al Cavallero de los Fuegos avía tenido en mi casa, escusada fuera la venida d'esta guerra. Mas agora la doy por bien empleada en aver visto tan alta aventura.

Y d'esta suerte platicavan unos y otros, encareciéndola grandemente. Y por ser tan tarde

ninguno el aventura del pavoroso dragón quiso provar, que unos se atemorizan de verle y otros no se tenían por tan leales que la aventura osasen provar, que a don Belianís en ninguna de las cosas le hallavan yqual. Que, aunque en las armas a Belflorán estimassen, no le tenían por enamorado, antes según sus campos le tenían por otro don Manuel de Portugal, que era llamado el Desamorado.

Pues d'esta manera, quedando la salida de la huerta por las escaleras a todos libres, y el animal echado delante d'ellas, se vino la noche, /212-vº/ en la qual no menores fiestas que solían huvo en los palacios. Y Florisbella se llevó consigo las donzellas que con la aventura venieran, con las quales muy graciosas cosas pasaron, sucediendo otra cosa no menos estraña, como vos contaremos. Porque no avía una hora qu'el sol su alegre cara por los campos de Grecia mostrara, quando aquel esforçado y gran príncipe Briamor de Argos, armado de unas armas negras, llevando sola la cabeça desarmada, con una cólera que el alma le abrasava, esperando al emperador començó a pasearse por la sala, calentando cada paso la yra que tenía. Y viéndole venir, ante él fue a hincar la rodilla. Y no se lo consintiendo el emperador, le abraçó diciendo:

–¿Qué novedad es esta, príncipe? ¿Qué armas tan demudadas son estas vuestras? ¿Ha os acontecido alguna desgracia? Dezídme lo, que por razón a todos nos c[o]bra⁷⁶⁶ parte.

–Soberano señor –dixo Briamor–, son mis cosas tan nuevas y tan agenas de lo que a los cavalleros de mi suerte acontecer suelen, que no tengo a mucho que no aya venido a vuestra noticia, que sois d'ellas la principal causa, porque d'esto no creo, a lo menos, seréys olvidado con cuánta importunación, juntamente con la emperatriz, mi señora, me mandastes desposar con Laura, su hija del rey de Macedonia y hermana de don Brianel, rey de Antiocha. Lo qual yo hize, teniendo entendido que alguna secreta causa os movía a ello, aunque harto sospechoso de que los amores suyos davan alguna pena a Sabiano de Trevento, mi primo; después de lo qual no es agen[o]⁷⁶⁷ de vuestra memoria las cruels heridas que a mí y a don Lucendos de Alta Roca nos fueron dadas, queriendo hablarla. Y después acá las cosas se an ydo tan empeorando que nunca Laura me ha querido ver, ni aun me visitó estando de las heridas peligroso. Y agora, queriéndome ya casar y llevarme comigo a mi esposa, el rey de Antiocha dize que su hermana es desposada con Sabiano de Trevento, y finalmente me haze en vuestra tierra fuerça; por lo qual yo estoy determinado con mi persona y estados de ver si su sobervia la á de llevar adelante comigo, si vuestra magestad no pone a ello remedio mandándome entregar a mi esposa, que después yo deffenderé a qualquier cavallero que es mentira y falsedad lo que levantan, pues ellos no tienen testigo alguno.

Y diciendo esto, era tan grande su pasión que no pudo hablar otra palabra. El emperador, que ya sabía todas aquellas cosas, bien quisiera que llevaran otro remedio, que gran sospecha tenía que aquello de Sabiano de Trevento devía ser verdad, al qual no quisiera hazer pesar por cosa del mundo; mas, como su voluntad tuviesse ya determinada en que avía de hazer justicia, aunque fuesse

⁷⁶⁶ *cabra.*

⁷⁶⁷ *agene.*

de sí mismo, arrojando de sí toda la affición, viendo a su sobrino, que con tanta instancia le pedía justicia, y sabiendo que era el mayor señor de Grecia y que serían ceviles las guerras que de allí se esperavan, le dize:

–No os acongoxéys, señor Briamor, que en esse caso yo provere cómo vos no seáys agraviado muy brevemente.

–Jurado tengo, señor, de no salir d’esta sala bivo sin Laura, y si salgo, yo juro por el que murió por todos de jamás dexar las armas hasta que sea vengado, aunque sobr’ello pierda la vida y mis reynos.

–Mucho me apretáys –dixo el emperador–, mas hágase como vos queréys.

Entonces mandó a don Felindos que a Laura llamase; el qual, no sabiendo para qué la quería, entró al aposento de la emperatriz, y a Laura dize que el emperador la mandava llamar. Turbose d’esto Laura, y a don Felindos d[i]ze⁷⁶⁸ si sabía qué la quería.

–No lo sé –dixo– cierto.

–¿Está ay Briamor? –dixo Laura.

–Sí –dixo don Felindos–, armado de unas armas negras, y en su manera muestra quedar harto enojado.

–¡Sin ventura de mí! –dixo Laura–, ¿mis males no tienen de aver fin?

Ento[n]ces las lágrimas le vinieron a los ojos, y tras ellas un desmayo y otro, que cuydaron que tras sí la llevasen. A sus lástimas ll[e]garon⁷⁶⁹ Felisena y Belianisa y Anaxares, /213-rº/ la reyna Cenobia y la bella Artemisa y otras damas, todas las quales procuraron de consolarla; mas no era posible, según en ella crecía la pasión. Y ayudándola con sus esfuerços y compañía salió a la sala. El emperador, que vio salir tantas, y entr’ellas a Cen[o]bia⁷⁷⁰ y Hermiliana, pesole mucho, que mejor cuydara sin ellas hazer justicia, y saliolas a recibir. Haziéndolas su acatamiento, se tornó a sentar, quedando todas las damas sentadas, exceto Laura, a quien el emperador dize si conocía aquel cavallero que allí estava.

–Sí conozco, por mi desventura –dixo Laura–, y fuera mejor para entr’ambos que no le conociera.

–No será sino buena fortuna –dixo el emperador–, si vos queréys conocer lo que a tal cavallero se deve. Y agora me dezid qué es la causa que negáys ser desposada con él, aviendo passado en mi palacio y presencia.

–Yo no niego tal –dixo Laura–, que esso sería por demás, pues vuestra magestad se halló presente y otros príncipes.

–Si assí es –dixo el emperador–, no ay tanto desconcierto entre vosotros como él dize. Yo

⁷⁶⁸ dlze.

⁷⁶⁹ llagaron.

⁷⁷⁰ Cenabia.

quiero que os caséys luego, sin salir más d'esta mi capilla, que será estorvar para adelante nuevos enojos.

–Eso no puedo yo hazer –dixo Laura–, porque este desposorio fue por fuerça de mi hermano don Brianel, y no soy obligada a cumplir lo que prometí.

–En mi presencia –dixo el emperador– no pudo aver fuerça, y esso es agravio contra mí. Por esso, cumplidlo a la ora.

–Señor –dixo Laura–, yo quiero servir a Dios y ser monja en un monesterio antes que casarme con él. Y mañana me entraré en el monesterio y él quedará libre para casarse con quien quisiere.

–No aprovechan essas cosas –dixo el emperador–, que yo no tengo de consentir esos desvíos. Y, pues me distes palabra, y yo la tengo dada a Briamor de que le haré luego justicia, cumple que se haga lo que yo mando, que es justicia.

Aquí fueron las lágrimas de Laura en gran abundancia, y con los solloços que se ahogava, dixo:

–Veo que soy muger, y que una fuerça tras otra me queréys hazer. Mas, porque se sepa que no a mí sola se haze este agravio, sabed que soy desposada con Sabiano de Trevento primero que con Briamor, y no casaré con otro aunque me cueste la vida.

Esta respuesta estava aguardando el emperador, y a la causa con Laura se mostrava tan desabrido. Y como la oyesse, calló, que no respondió palabra, esperando a lo que Briamor dezía. El qual, encendido como una herida serpiente, dixo:

–Yo, señor, holgara que lo que Laura dize fuera verdad, mas es al revés: mandadle que luego traya personas que lo ayan visto o cavallero que lo deffienda, que con lo uno o con lo otro seré yo contento.

–Testigos –dixo Laura– yo tengo hartos. –Y entre sí estuvo determinada de nombrar al príncipe don Belianís, que se hallara presente, mas no osó–. Mas, pues vos dezís que os contentáys con cavallero que lo deffienda, yo os daré hartos.

Entonces miró por la sala para llamar a don Sirendos, su sobrino, o a don Felindos de Boecia, que con ella vinieran. Y no lo acertara mucho, que era Briamor mejor cavallero que entr'ambos. Mas vio venir a don Castel de la Rosa, su cuñado; a don Baldín, a don Manuel, Armesildo y Belflorán, Cavallero de Gaula, a don Tustor, a Mitrídano, y esperolos.

Mas a esta sazón por la sala vieron venir un gentil cavallero harmado de unas harmas rosadas con unas águilas negras por ellas. Entre sí le traían dos gigantes harto bien hechos, más altos que quantos Ariobarciano truxera. Con ellos venía una muger anciana con autoridad y manera de persona grave; la qual, llegándose al emperador, le dixo:

–Soberano emperador, gran trabajo he pasado por llegar aquí a este tiempo, porque sepas que Briamor de Argos, tu sobrino, no tiene justicia en esto que pide a Laura; y, aunque aya muchas

personas que sepan d'este negocio, o por miedo tuyo, por aver sido en tu palacio, o por el de ser Briamor tan gran señor, no lo osaran dezir. Este cavallero, si le das licencia, combatirá su derecho, y él es tal /213-vº/ que dará buena quienta de su justicia.

–Dueña –dixo el emperador–, yo creo bien lo que vos dezís, aunque no os conozco. El cavallero puede hazer la batalla, si Laura le comete su derecho, que en lo demás no ay que hablar agora, pues las partes en este partido se han concertado.

Entonces el cavallero se fue para Laura y, hincando ante ella las rodillas, le suplicó le diesse licencia para hazer aquella batalla, que, aunque él fuesse poco, por ser el primero y aun el más informado de su justicia, lo avía de hazer.

–Quitaos el yelmo –dixo Laura–, que quiero ver a quién encomiento mi honrra y la de quien yo quiero más que la mía.

Entonces él se hizo desenlazar, mostrando un rostro tal que cuidaran todos ser Sabiano de Trebento, si el no tener barvas no lo impidiera. Mas aquella que tanto le quería, aunque avía tanto que no le viera, luego conoció ser su hijo, el príncipe Soriano de Trebento. Y fue tan cortada del alegría que estuvo una pieça que no pudo hablar.

A esta ora estava la sala llena de cavalleros, y entraron don Dolistor y Polisteo, Salisterno sin Pavor, Ariobarçano, Periano y don Belianís, que, sabiendo lo que en la sala pasava, venía ha priesa por estorvar que a Laura no se la hiziesse agravio, y pesole de que el negocio estuviera tan adelante. Laura le llamó y muy paso le dixo qué [le]⁷⁷¹ parecía que hiziesse, que aquel cavallero era su hijo de Sabiano de Trebento.

–Veamos –dixo don Belianís– qué cavallero es Soriano, que esta batalla no á de pasar adelante, que yo diré lo que pasa, que Briamor no será tan descomedido que me haga a mí enojo.

–Sea como mandáys, mi señor –dixo Laura.

Entonces al cavallero dize que, puesto caso que al cavallero no le conosce, por ser él tan informado de la verdad y parecerse tanto a Sabiano de Trebento, ella le otorgava el campo. Él le quiso besar las manos. Y tornándose ella a sentar entre las damas, Soriano pasó adelante y, dando su gaje de batalla a Briamor y poniendo el emperador por juez al duque Armindos de Tebas y el duque Nestoriano, como estuviessen armados, apartándose a una parte todos los cavalleros, pusieron mano el uno para el otro, cosa que otra vez en el palacio imperial no se hiziera ni se hizo jamás.

Capítulo 48: Del suceso que hubo la batalla entre Briamor y Soriano de Trebento, y cómo fueron conocidos don Dolistor y Polisteo.

Los amigos del capitán general no están contentos d'esta batalla. Cada uno se quexa diziendo

⁷⁷¹ *el.*

que es gran falta suya y soberbia de Briamor querer pedir más sobre aquella causa. Estava colérico don Lucidaner y hecho una bívora don Clarineo. No avía diez cavalleros principales que no estuviessen fuera de tino, que no era más obedecido ni querido el emperador en gracia que lo era Sabiano de Trevento. Blasfeman de Laura, porque a un moço encomendava una batalla con uno de los más valientes y diestros hombres que se sabía en Grecia, y con quien su padre se viera en hartos peligros. No estuvo en mucho rebolverse la sala sin que la autoridad imperial bastara, si el buen rey d'España, como más acos(b)tum[b]rado a ver gentes de cólera, no se levantara en pie, diciendo:

–Ea, cavalleros, sentaos y dexad hazer lo que conviene o salíos de la sala.

Y como enojado mandó entrar los archeros de la guarda, que serían hasta mil hombres, y mandoles que cercasen los cavalleros como no huviesse alboroto, y un rey de armas en altas bozes dize que, sopena de la vida, que ninguno hablase con otro durante el término de la batalla. Esto apaziguó los príncipes, /214-rº/ que no osaron hablar palabra ninguna, que de otra suerte no fuera mucho una mortal discordia. El dragón, que a las escaleras de la huerta estava, batiendo las alas se puso arriba en un salto. Muchos quisieron poner mano a las espadas, si no le vieran estar muy quedo y seguro.

Escogió el mancebo por su padrino a don Baldín, paresciéndole cavallero de quenta, y Briamor a don Lucendos de alta Ro[c]a⁷⁷², su hermano, que pocos hallara en la sala que lo quisieroa ser, aunque tenía por parientes los más d'ellos. Los cuales, con la cirimonia acostumbrada, los pusieron cada uno a su parte y, encomendándoles en breves palabras lo que les cumplía, se quitaron afuera. Y ellos con passos atentados, mirando cada uno por la parte que su enemigo podría hazer ventaja, arremeten el uno para el otro. Valeroso cavallero era Briamor, mas él halló delante lo que no cuydara, porque Soriano, que no menos aventajado cavallero era que su padre, sabiendo bien lo que en aquella batalla le yva, le hirió de un golpe al través del escudo con tanta fuerça que, llevalo un tercio d'él por lo alto, le hizo doblar para'trás la cabeça; y, metiéndose más adentro, le dio de una punta que, colándose por el arnés, por la juntura del guardabraço metió gran parte. Pensó que le llevaba de cogida, y redobló otra con el otro pie; mas su contrario, que no aquella vez sola se viera en estos peligros, hurtó el cuerpo sobre el pie derecho y, metiendo el otro, dos puntas, una tras otra, rompieron el arnés y aun parte de la carne. No ay aquí que retirarse, ni pensar que menos que el extremo de su valor les á de valer. Deja[n]⁷⁷³ caer los escudos, que ya muy rompidos estavan, y, procurando de poner fin a lo que guardar deseavan, de mallas, de las lorigas y de su sangre mucha parte parecía por la sala. ¡Quién os dirá lo que sienten los cavalleros que los miran, que no buenamente pueden creer el animoso ser de Soriano, la ligereza suya en el acometer, la destreza en el rebatir...! Y estavan alegres en ver la causa de Laura bien deffendida. Estava don Belianís sentado entre su padre y agüelo, que le dizen qué le parecía de la valentía de aquel cavallero.

⁷⁷² Rosa.

⁷⁷³ dejar.

–Bien tiene a quien se parezca –dixo don Belianís riendo.

–¿Conocéysle vos? –dixo el emperador.

–Sí, señor –dixo don Belianís–, que este cavallero es hijo de Sabiano de Trevento y de Laura, los quales siendo muy niños por mi mandado se desposaron.

–¡Sancto Dios! –dixo el emperador–, ¿y cómo avéys consentido que Briamor assí contra razón haga batalla?

–Dexado los he –dixo don Belianís– por ver si respondía Soriano a quien era, y porque alguna parte de la cólera se le passasse a Briamor.

–Pues meteos en medio –dixo el emperador–, que Briamor hará lo que vos quisiéredes.

Levantose don Belianís para hazerlo ansí; mas aconteció una estraña cosa, porque, aviendo llegado los valientes guerreros a la fuerça de los braços, fueron dando bueltas hazia la parte del pavoroso animal sin tener d'él memoria; el qual, tomándolos entre los braços, echando grandes resoplidos de fuego los arrojó dentro de la huerta, donde parecieron cada uno por su parte tendidos tales como muertos. Y, más bravo que él jamás se mostraría, tendió sus alas, haziendo acometimiento de entrarse por la sala, con tanta turbación de las damas que dieron grandes gritos. La guarda real llegó por matarle, mas fue piadoso el estrago que en ellos se hizo, porque, sin poderle dar herida, fueron los más d'ellos muertos y heridos. Estaban con harmas don Baldín y don Lucendos, aunque sin yelmos, como padrinos de los que combatieran, y arremetieron con el dragón, que siendo ellos lijeros y valientes, bien pensarán hazer más effecto. Mas no les vale su esfue[r]ço, ni para aquí aprovecha, que, heridos cruelísimamente de las uñas del dragón, fueron metidos en el encantado vergel. Aquí fueron mayores las bozes; todos los escuderos corriendo traían a los cavalleros sus harmas. Belflorán, ansí desarmado, yva a arremeter con el dra- /214-vº/ -gón, mas aquí al descubierto se ven sus amores: abraçose con él Belianisa, diziendo:

–¿Qué es esto, señor, que assí queréys matar a entr'ambos? Tomad vuestras armas y defendeos, que assí será menester.

Y túvole tan firme que no le dexó menear de allí sin que sus armas tomase, aunque la sala a bozes de hundía porque el dragón, con espantoso fuego encarnizado en los cavalleros, todo lo quería abrasar. Y andavan con él sin armas Dolistor y Polisteo de Nubia que, aunque muy heridos, maravillosa cosa era mirarlos porque, no le temiendo punto, juntaron con él, poniendo sus aventajosas fuerças con las del animal. Mas qué aprovecha, que ellos fueron metidos en braços del dragón a la huerta; el qual, ya no esperando, como solía, ser acometido, cogió de la sala a Dolisena, a Meridiana, al Gran Tártaro, al soldán de Babilonia, al rey Toloyano, al emperador don Belanio y, no le valiendo más a don Belianís, él y Floresbella fueron llevados tras ellos.

No quedavan menos que muertos los que escapavan del animal. Bien quisiera Belianisa impedir que Belflorán no acometiera el dragón, y rogóselo muy paso, mas no le aprovechó. Gran temor avía entre todos de aquel acontecimiento, y la cavallería de los griegos en torno cercó la

huerta, con pensamientos que a la ventura los quería algún máxico llevar. Belflorán, que vio tan gran estrago hecho en tales príncipes, mandó quitar a todos afuera y, con una encendida saña de sí mismo por aver tardado tanto, se vino para él, no poco receloso por no aver hallado con semejantes bestias. El fiero bestiglo se tendió a la larga los pechos con la tierra, y con ella le cogió por debaxo de las piernas tan rezió que le hizo bolver a dar de cabeça. Mas no fue caído quando saltó a la otra parte, guardándose de otro golpe de la cola con que le yva a dar. Y viéndola tornar en buelo, de un golpe le llevó la mitad, con que se cubrió la sala de sangre. Y no se pudiendo desviar de su encuentro, se tuvo firme porque no le derribase, y dio causa a que el dragón hiziesse su presa más reziamente con las uñas, con las cuales pareció averle abierto las harmas y las carnes hasta las entrañas. Belflorán le metió la espada por los pechos hasta la cruz. Y dando bueltas el uno sobre el otro llegaron hasta las escaleras de la huerta, por donde cayeron rodando.

Muchos cavalleros y damas quisieran entrar a ver en qué parava aquella batalla, que tenían a Belflorán por herido de muerte. Mas a ninguno le fue permitido, antes se tornó todo aquel paño de la pared a cerrar, dejando a sola Belianisa a la parte de dentro, que avía bajado tres o quatro gradas de la huerta. La qual, viendo que de nadie podía ser vista, con deseo que el animal la matasse corrió [a] aquella parte. Mas quando ella llegó, el dragón estava muerto, y a Belflorán vio arriba junto a la silla de Cupido tendido tal como muerto, corriendo d'él abundancia de sangre. Y como acontecer suele que, aviendo el bravo toro derribado alguno, pasando adelante al que más le toca, corriendo llega sobre el caído, mirando por qué parte le aya hecho el daño, assí Belianisa quiso corriendo llegar sobre Belflorán. Mas no pudo entrar como cuydara, porque estava todo cercado de una red de plata. Y vio unas letras que, aunque le pesó, las huvo de leer, que dezían: «La vida del griego príncipe no puede ser restituyda sin muerte de quien más le quiere». No curó d'ellas con el agonía que tenía por entrar; y no se le detuvo mucho el cumplir su deseo, porque vio una pequeña puerta, por la qual subió hasta el trono de Cupido; donde, sin mirar por él, quitó el yelmo a Belflorán y viole, a su parecer, de todo punto muerto, que para ella fue tan espantoso que, tirando por sus cabellos, haziendo ultrage a sus divinos ojos, los gritos que dio bastaran a le tornar del camino. Bien lo sentía todo Belflorán, que estava en todo su sentido, sin ser parte para menearse a ningún cabo, de lo qual te- /215-rº/ -nía tan gran pessar que creo era mayor que el de Belianisa. La qual, con ayes que cada uno el alma arrancava, dezía:

—¡Ay de mí, sin ventura, que permitiessen mis hados que viesse yo tan gran mal que solenizase yo en el principio de mis años tan tristes osequias! ¡Ay, Belflorán, príncipe valeroso! No á sido menor vuestro daño para mí que para vos, que yo, si algún día quedaré biva, que serán pocos por no morir en desesperación, serán para llorar vuestra muerte, más desgraciada que la de quantos son nascidos, y esto será para mí morir mil vezes, donde vos con una avéys pagado la deuda. ¡Hay, señor mío, mejor fuera que muriera quien tan poco provecho al mundo hará que no un príncipe de tanto valor!

Y como esto dixesse, con mil desmayos se traspasa, y bolviendo en sí dize, acordándosele de las letras que leyera a la entrada:

–¡Ay, loca sin seso, que (e)está en tu mano bolver a tu querido señor a la vida o acompañarle en la muerte, y tal olvido tenías!

Entonces, sin se le acordar del cielo ni de la tierra, quitó a Belflorán la daga de la cinta; que, viendo a lo que ella estava determinada, no ay con qué encarecer su pesar; viendo que no se podía revolver, determinado estava que avía de acaecer de entr'ambos lo que de los sin ventura Píramo y Tisbe junto a la fuente, que bien vía él en Belianisa el más encendido amor que él cuydara. La qual a esta ora puso la mançana de la daga sobre los pechos de Belflorán, determinada de quedar muerta entre sus braços, y con la mayor fortaleza y determinación posible dize:

–Acuérdate, señor mío, de quien dio su propia vida por la tuya, y diera mil si tuviera, y solo muere con pesar de que siendo bivo no conociste su corazón.

Entonces se arrojó sobre la daga, acabando la más estraña aventura que fuesse jamás vista; porque como el bravo dragón metió en la huerta todos los que avemos contado, cada uno fue por su parte, no atinando otro camino por el vergel más del que los encantamentos querían. Hallose don Belianís con Dolisena y, representándosele lo que otra vez en el templo de Amón –que era Florisbella–, no se le acordó de cosa alguna; y, tomándola por la mano, le dize:

–Venturoso he sido, mi señora, en la desgracia d'este maldito animal, pues me ha dejado gozar de veros en tal parte.

Bien vio Dolisena el engaño de don Belianís, y dissimulando con él dize:

–Para mí, señor, ha sido la buena fortuna que, cuydando averos perdido, os hallo tal, y en parte para mí de tanto contento.

Con estas dulces pláticas y otras tales fueron hasta la entrada de una cueva, donde a don Belianís se le representó que huviesse estado otra vez y por ella se metieron él y Dolisena, donde hallaron unos ricos aposentos, sin persona alguna.

El emperador don Bel[anio]⁷⁷⁴ y el rey de Garamantes y el rey de España con don Dolistor y Polisteo todos se hallaron juntos, y con ellos la princesa Florisbella y Ariobarçano y Meridiana. Y muy maravillados de verse en tal parte y no ver el dragón, ni palacio, ni otra cosa en la huerta, se metieron por una fresca y hermosa calle, que a una parte y a otra de muchas paredes de cidros y naranjos estava tomada. Y, platicando en la diablura que les sucediera, llegaron a la entrada de una ancha y hermosa cueva, en la qual desde afuera se vía la luz. Metiéronse todos por ella, que bien cabían, aunque fueron muchos más, yendo delante el rey de Gramantes, que a Florisbella llevaba de la mano; donde vieron una estrañeza que ninguno d'ellos creyera, porque vieron a Dolisena y a don Belianís sentados juntos en un estrado. Tenía don Belianís echado el brazo derecho por cima del

⁷⁷⁴ *Belianís.*

hombro a Dolisena, y ella a él el yzquierdo por debajo del braço; que, como tal cosa viesen, el rey de Gramantes quiso arremeter por matar a su hija, en tanta deshonestidad hallada; y ayudaran a ello don Dolistor y Polisteo, pues Florisbella quisiera dezir:

–¡Ay, falso cavallero, el más desleal de [quan]- /215-vº/ -tos han sido! Ya de oy más no te conviene negarlo, pues ya por mis ojos he visto tu crueldad.

Mas ni los unos ni los otros se pudieron menear un paso, ni tanpoco hablar palabra alguna; qu[i]en⁷⁷⁵ durmiendo hu[v]iesse pasado el mal de la pesada* verá la propria comparación, que no solamente no puede hablar palabra, pero aun menear un solo braço. Y assí les convino estar quedos, viendo lo que pasava; porque, como Dolisena viesse el engaño de don Belianís, teniendo más en la memoria el amor de sus hijos que no semejantes regalos, en ageno nombre hechos, le apartó diziendo:

–¿Quién pensáys, príncipe valeroso, que yo sea? Que, si no me engaño, devéis estar encantado, como lo fuymos otra vez entr’ambos en el templo de Amón.

–¡O, mi señora Florisbella! –dixo don Belianís–, más mucho contentamiento me parece el vuestro, que con semejantes palabras entretenéys la gloria de veros en tal parte.

–Señor –dixo Dolisena–, sabed que los dioses no han querido dar lugar a semejante engaño; porque, quando vos el pavoroso dragón en el templo de Amón matastes, vos fuystes encantado, como lo soys agora, representándoseos que yo era la princesa Florisbella, siendo Dolisena de Numidia, hija del rey de Gramantes, y a mí me hizieron representar que vos conmigo os casávades, de que yo fuy no poco alegre; y conforme a esto, cuydando que mis hijos serían señores de Costantinopla, en el tiempo que allí estuvimos encantados se engendraron los dos cavalleros que vos bien conocéys, que son don Dolistor y Polisteo de Nubia, vuestros hijos y míos. –Entonces le contó de la suerte que los pariera, y cómo los conociera–. Por tanto, soberano príncipe, rogad a Dios que no os quite la memoria d’este hecho, ni a mí tanpoco; porque, aunque yo alguna vergüença pase por aquellos que no creerán estas cosas aver pasado assí, yo lo tengo por bueno a trueco de tener tales hijos y de tal cavallero como vos. Lo qual, si yo hasta agora he [c]allado⁷⁷⁶, á sido porque el viejo Merlín, que en el su carro nos libró del encantamento, me dixo que en ninguna manera yo os dixesse cosa alguna, porque vos, assí como yo, estuviérades sin sentido, y que os pesaría mucho, y aun no se cumplirían muchas cosas que cumplían hazerse.

Atento estuvo don Belianís a estas cosas, y mil vezes se maravilló de oír tales estrañezas. Pareciole que todo era verdad, y vínole a la memoria lo que en el templo le aconteciera, y cómo allí se le avía imaginado que estuviera Florisbella y otras particulares cosas. Y con los ojos bajos, sin osar mirar a Dolisena, le dize:

–Cierto, excelente princesa, la aventura que en este caso se á pasado no buenamente podría

⁷⁷⁵ *que en.*

⁷⁷⁶ *hallado.*

ser creyda, según es estraña. Yo tengo bien en la memoria que en el templo de Amón me pareció que mi señora Florisbella huviesse visto, mas después cuydó que todo aquello avía sido en sueños, quando por Merlín fuy librado. Doy gracias a Dios que sin yerro nuestro tal fructo aya salido, que don Dolistor y Polisteo son tales cavalleros que yo devo estimarlos en mucho. No querría perder la memoria d'este hecho como la otra vez por cosa alguna.

Entonces quedaron ambos apartados el uno del todo, sin osarse menear, como aquellos que, siendo hallados en algún delito, no osan mirar a aquellos cuya vergüença les ocupa.

Fueron estas palabras de tanta alegría para los que miravan que les dio muy mayor congoxa el no poder entrar a holgarse con ellos que antes, porque el rey de Gramantes y el emperador cobravan dos nietos tales que dificultosamente tenía el mundo otros tales, y don Dolistor y Polisteo tales padres y tan grandes señores que no supieran ellos desear. Mas Florisbella quedava segura de la mala sospecha que de don Belianís tomara.

Mas a esta hora se sonó un ruydo tan grande que todos aquellos edeficios parecieron hundirse, porque la linda Belianisa, arrojándose sobre la daga, puso fin a aquellos encantamen- /216- rº/ -tos, y todos se hallaron en la huerta, desapareciendo el animal y tronos del dios de amor. Y el sabio Merlín, en la misma forma que vino al templo de Amón, llegó entre ellos, diciendo:

–Mis señores, justo es aya parte del plazer quien tanto trabajo á pasado por el conocimiento de estos príncipes.

Todos le abraçaron, aunque el conocerlos estorvó parte, porque el rey de Garamantes abraçó a Dolisena, diciendo:

–Doy gracias a los dioses, hija mía, que han querido darme tan descansada vejez, y más sin yerro vuestro, que, aunque le huviera, lo tuviera todo por muy bueno.

Dolisena tenía de vergüença encendidas las colores. Mas todos le dixeron lo que ellos avían visto, con lo qual ella fue consolada, y Florisbella dize:

–A mí me plazee, soberana princesa, que, pues el príncipe, mi señor, y yo éramos vuestros, os quede tal parte, que a don Dolistor y Polisteo no los tengo por menos míos que a Belflorán.

Y con esto los abraça, y ellos le besaron las manos.

A estos graciosos recibimientos el rey Toloyano se mostrava el más alegre. Y cierto no avía ninguno descontento, sino era aquel pode[ro]so Ariobarçano, que se le ymaginava que aquellos cavalleros avían de querer para sí los africanos reynos. Mas era muy sabio y disimulolo muy bien, hablándolos con muestras de toda affición. Belflorán, cuya alegría jamás tuvo ygual por aver visto tan alto extremo en su señora, los fue a abraçar. Y ellos hincaron ante él las rodillas, pidiéndole las manos. Mas él no se las dio, antes hizo con ellos otro tal comedimiento. No fueron en el mundo más queridos hermanos.

Cosa prolija sería contar de la suerte que por los unos y los otros fueron recibidos, y era de todos tal el contento que tuvo Belflorán lugar de dezir a su señora:

–Ya de oy más, mi señora, biviré en continua gloria, pues esta no es posible perderla a quien vos avéis puesto harto más alto que la Fortuna llegar puede.

–No os entiendo –dixo Belianisa–, que siempre me dezís cosas que estaría mejor no me las traer a la memoria; que, si alguna cosa en este encantamento á pasado, son cosas de sueño, que no se á de tomar nada d’ellas. Baste que sepáys que de veros tal qual yo os vi me pesó mucho.

Y con esto, no le quiriendo oýr otra palabra, se fue con Hermiliana y Cenobia, que ya todos venían, y en el alegría de Belflorán metió un ñublado que no supo qué dezirse. Pareciole que avía soñado quanto de Belianisa viera. Y es cierto que el mal estava ya tan adelante que a lo que él mismo vía no osava dar crédito.

Las dos señoras le llamaron, preguntándole por la aventura. Y con esto, haziendo todos a Merlín mucho favor, se pasó aquel día, aviendo el emperador concertado a Briamor de Argos con Soriano de Trebento, porque a la hora que don Belianís dixo que él los desposara y que aquel cavallero era su hijo, Briamor fue muy contento. Y la vieja que con Soriano viniera se dio a conocer ser la sabia Belonia. Y no fue con menor amor de todos recebido y tratado Soriano que lo fueron los nubianos príncipes, ni con menos afición tratada Belonia por don Belianís y el emperador. Y Laura quedó la más alegre de las nacidas, y fuera el mayor de los extremos si supiera de Sabiano de Trevento. Briamor fue desposado con Lindorena del Valle, su prima de la emperatriz de Alemania, hija del rey de Suevia, con lo qual se acrecientaron las fiestas en Costantinopla.

Capítulo 49: De las hermosas justas que hubo en Costantinopla, siendo mantenedores don Baldín y Salisterno y don Dolistor.

/216-vº/ Quando las cosas en esta vida comiençan a tomar buen suceso no para la Fortuna hasta ponerlas en lo alto de su rueda, así para que se vea su condición como por hazer sin parar su corrida, aunque después, no aviendo más que subir y siendo ella tan inconstante, por fuerça á de bajar a los que subió. ¡Quién viera a los asirios y su monarchía, los griegos, los romanos, puestos después a los pies de los que ellos fueron cabeça! No avía otra causa sino el aver llegado a lo alto, donde, si no avía más que subir, era menester paciencia para bajar y firmeza para no despeñarse. El valeroso rey Philippo de Maçedonia, en las nuevas de su mayor alegría, por pago pequeña tristeza deseava; palabras de rei acertado y de príncipe valeroso, y aunque a unos más que a otros le dure el suceso de sus propiedades en esta vida, se tenga por dicho que an de ver de todo, y assí, no ay más que poner los ojos en la eterna, donde de semejantes acaecimientos son libres.

En nuestros días grandes exemplos tenemos que, pasándolos por las manos, no advertimos a ellos, siendo cierto que an de ser espejo para los que vinieren, como agora lo es acordarnos de la felicidad de estos griegos. Puesta en ageno poder estava por dejar el propósito d’esta historia, por quejarme a gritos de ver las más que ceviles batallas, olvidados de las offensas echas en los siervos

del Señor; ¡quién duda que, offendiendo los unos a los otros, se nos desminuy el poder, y el del tyrano se acrecienta! Aunque de la hermandad del bautismo nos olvidásemos a ley de querer reynar y señorear, no se avía de dejar assí crecer el henemigo, y parte d'estas armas, bueltas contra Grecia, afloxarían las entradas de Ungría las armadas sobervias, no se perdiera Rodas ni otras cosas que, aunque no tocan en nuestras casas, tenemos los henemigos más cerca.

Muy al revés lo sentía el emperador don Belanio, que aunque a todos estos escalones de Fortuna mostrava contento y víase más asegurado, fortalecía sus tierras, las plaças comarcanas ymportantes a los griegos entretenía él volverlas. Hera de parecer que Belflorán pasase en Babilonia, que Periano se fuese en Persia, que don Clarineo se fuese a España y Francia, don Lucidaner a Troya, que cada uno entendiese en gobernar lo que le tocava. No dezía él nada d'esto a los paganos, antes en alegres fiestas los entretiene. Al rey de Gramantes haze predicar la fe, y tanto pudo con él que determinó de ser christiano, y él y Dolisena y don Dolistor y Polisteo se bautizaron con el salvaje Nicanor, quedando entre los christianos alegría grande.

En Costantinopla sovervias justas se aparejaron, y para ellas tres mantenedores tales que bien se piensa que a todo el mundo defiendan la plaça: heran aquel gentil don Baldín de Portugal, el bravo Salisterno de Persia, el temido don Dolistor de Nubia. Y con tanta magestad como se requería, por Constantinopla fueron pregonadas para el día de la Madalena, que de ay a ocho días hera. Todos se aparejan de grandes y ricos adereços, pretendiendo cada uno de su dama ser favorecido para aquel día. Don Dolistor, a quien los amores de la cruel Anaxares, su hija de Imperia, traýan fuera de su sentido, buscava ocasión de poderle suplicar por alguna merced. Y como semejantes cosas nunca falte la Fortuna, un día, estando todos en sabrosa conversación y ocupados cada uno en lo que más le convenía, le dize:

–No sé, soverana señora, si el ser mi atrevimiento tan gra[n]de⁷⁷⁷ me á de causar la muerte; aunque, comoquiera que suceda, la gloria de mis pensamientos ninguna cosa quitármela puede, pues, puestos en vuestra presencia, serán causa de nueva vida.

–No entiendo lo que dezís –dixo Anaxares–, ni aun sé la causa por que mos- /217-rº/ -traýs tener pena por quien tan ageno os á tenido de su memoria. Mas, comoquiera que sea, no tengáys más essos pensamientos, que os darán más pena que la gloria que encarecistes. Y con este consejo os pago qualquier cosa y trabaxo que ayáis pasado.

–Esse pago no quiero yo –dixo don Dolistor–, sino morir por vuestra memoria.

–Mirad –dixo Anaxares– que de natural soy cruel, y que os offrecéys a mucho.

–El morir por tal causa –dixo don Dolistor– no lo tengo yo en nada, pero suplícoos que, para que la muerte sienta más, me hagáys la merced de una empresa vuestra para estas justas.

–Plázeme –respondió Anaxares–, pero mirad que, por hazeros esta merced, no me obligo a

⁷⁷⁷ *graude.*

otra ninguna, no sea que digáys que, si no os avía de hazer otro favor, que para qué os hazía este.

–¿Quién será tan loco que tal diga? –dixo don Dolistor–, quanto más que ningún merecimiento llega a solo pensar ser de vos favorecido.

–Pues así es –dixo Anaxares–, yo quiero daros un escudo que en estas justas traygáys, y si adelante le quisiéredes traer, también os doy licencia, aunque no sea más de por lo mucho que mi señora, la reyna Imperia, os quiere.

–¿También me daréys la mano por tan gran merced –dixo don Dolistor–, para que yo cumpla lo que se os deve?

–No pedís poco –dixo Anaxares–. Aunque paséys la condición que os puse, no quiero tornarme atrás, aunque pudiera.

Bien pasaran adelante sus amorosas razones si no los embaraçara Astrideo que, aunque el corazón traía mal herido, no hallava remedio, que Celia huía de hablarle, que, no le conociendo, no eran amores que le diessen pena aunque él fuesse tal cavallero, que era una dama deseosa de ser gran señora, y esto causó adelante algunos desasosiegos. Poco menos le aconteció a Polisteo con la linda Alcisa, hija de Policena, que no le quiso apenas hablar palabra.

En esta manera pasavan los galanes su tiempo hasta un día antes de las fiestas, que el príncipe Belflorán el más descontento del mundo se mostrava; no sé si eche la culpa a él o a su señora, que ninguna cosa vía que le alegrase, mas creo que es propiedad de los enamorados coraçones que, quanto más bien les hazen, es echarles leña para encenderlos más, sin que tengan sus deseos fin ni paradero. Cierto que parezca que allí lleguen sus deseos, y aunque Belianisa en sí fuesse libre, más pena le dava ver le así mal parado que otra cosa del mundo, y tenía entre sí por mal acondicionado, que a su parecer favores le avía ella echo que bastaran a que nunca en él entrara pesar. Y con todo esto no le vía vez más alegre que otra, y dando lugar a que hablarla pudiese, le dixo:

–¿Qué avéis, cavallero, que tan triste andáis a la contina? Alguna dama que yo conozco os deve traer perdido, y si es assí, dezídmelo, que no sería mucho ser buena intercesora de vuestro remedio.

–Ay, mi señora –dixo Belflorán–, no sé lo que siento, mas de que veo venir la muerte tras mí, y creo que brevemente me á de hallar.

–¿No entendéis la causa –dixo Belianisa– para procurar vuestro remedio?

–Sí entiendo –respondió Belflorán–, mas es tal que más pena que consuelo me da pensar en ella, porque recibiendo cada día mil mercedes crece mi mal, y pensando en esto me consumo.

–Si esso es –dixo Belianisa–, remedio será curaros con su cont[r]ario, que los médicos dizen que un contrario se cura con otro.

–Verdad es –dixo Belflorán–, porque yo sin la muerte no tengo de sanar, y por esse camino tardaría menos.

–Lástima os tengo –dixo Belianisa– y, si hazeros yo un favor aprovecha, hazerlo e de buena voluntad, que a la ventura con la pasión no acertáis a informar de vuestros daños.

Dixo Belflorán:

–Si está en vuestras manos y es vuestra, governalda vos de la suerte que se podrá mejor sustentar.

–Pues salid mañana a las justas –dixo Belianisa–, y llevad por armas un pelícano que con su corazón sustente los hijos, y una letra que diga las mercedes que de vuestra dama avéis recebido, porque quiero ver, en una cosa que por amor de mí avéis deazer, cómo os mostráis; y no os vea yo más triste, que me days pena; que sabed que de oy en ocho días se parte el rey para Ingalaterra, y no sé si nos tornaremos a ver otra vez.

–¡Hay, señora –dixo Belflorán–, y cómo avéys aguado tan alto bien!

–Dexahos de esso –dixo la princesa–, que esto bien sabéys vos que no /217-vº/ era escusado, y en Ingalaterra no comen los hombres ni vos seréys allá tan mal querido que os quite la voluntad de yr allá.

–Esso tened vos por cierto, mi señora, que si la muerte no lo embaraça ninguna otra cosa será parte para estorvarlo –dixo Belflorán–, y dezidme qué armas queréys que lleve.

–Pues avéys de llevar a mi propósito –dixo Belianisa–, llevadlas azules, que grande sospecha tengo d'esta reyna Cenobia, según mira por vos. Habladla, siquiera para disimular la que ella de nosotros tiene.

Mas esto no fue menester, porque la reyna, que no menos abrasada que ellos tenía las entrañas, no le plaziendo de tan larga plática se venía para ellos, y a Belflorán dize:

–¿Queréys, príncipe, un favor de una dama para salir a estas justas?

–No sería malo –respondió Belianisa–, y más si fuesse de vuestra alteza, donde por razón acrecentaría el esfuerço; mas estame diziendo que no quiere justar, por amor de sus hermanos, que an de salir allá.

–D'esa suerte –dixo Cenobia–, por demás me avré avergonçado, y yo quería salir en su compañía; y, pues así es, también me quiero quedar.

Ninguna palabra habló a esto Belflorán, que tuvo temor que qualquiera cosa que respo[n]diesse⁷⁷⁸ sería errar, pues su señora tomava la mano. Antes metió otras palabras que en Cenobia acrecentaron sospecha; y era harta lástima de tan gran señora verse assí tan apasionada donde con ninguna cosa se respondía a su deseo. Mas era su honestidad y gravedad tan grande que llevaba a todo. Y con esto Belflorán se despidió d'ellas, y llamando a Astrideo le dixo si quería salir con él otro día a las justas desconocidos.

–Sí, señor –dixo Astrideo de muy buena voluntad.

⁷⁷⁸ *respoudiesse*.

–Pues yo os daré armas –dixo Belflorán–. Por esso no curéys de buscarlas, y sea tan secreto que naide lo entienda.

Y con estas cosas, y otras que a los enamorados cavalleros acontecieran, se llegó el día de las aplazadas justas; que, comiendo el emperador, muy de mañana se pusieron todas las damas a las ventanas y miradores. Creo que cada una este día particularmente trató de mostrar su hermosura, acrecentando la pujança de vestidos y adereços, que no deví[a]⁷⁷⁹ ser menos costosa que lo de los cavalleros. Los quales, por mostrar su pujança, puesto que como mantenedores avían de venir juntos, cada uno entró por sí, que no cuydava ninguno d’ellos que otro del mundo assí en el ser de sus personas como en el poder les hiziesse ventaja.

Entró el primero don Baldín de Portugal, no con las devisas alegres que él tenía pensadas, que aquella noche crueles nuevas oyera d’españa, y eran que la linda Ysabela, su señora, se uviessse desposado con el rey d’Escocia. No era cavallero de poco ánimo, quien bastó a tener sentido aquel día para salir al campo, que toda la noche en tristes lamentaciones pasara. Avía llorado tanto que la cabeça traía desvanecida. ¡O, lastimado cavallero!, lástima te tengo, que estos crueles hados la Fortuna los tiene siempre para quien no lo meresce guardados. Adelante contaremos d’este cavallero, que no creo que todos los desesperados del amor ayan pasado la mitad. Venían con él, de luto, trecientas damas; creo fuessen las principales de las griegas y affricanas, excepto las princesas, cuya hermosura no la bastavan a encubrir los funerales adereços. Traían hasta cien carros en que venían cada uno con dos arcos tr[i]umphales, y en medio de cada arco traían una Muerte, la qual yva dando bueltas a la rueda de la fortuna y a los pies tenía un cavallero que parecía estar bivo; tenía los pechos abiertos y del corazón corriendo sangre. De algo aparte se mostrava una descuydada dama, que a un cavallero parecía dar la mano, y con la yzquierda arrimava una lança sobre el corazón del cavallero, con la qual hazía saltar la sangre en abundancia. D’esta misma suerte traía el escudo, con una letra que dezía: «Ninguna muerte ay y igual que bivar/ al que conviene morir». Venía él todo metido en una tienda negra, la qual con un artificio era llevada, y púsose al principio de la tela. No corrió, como era costumbre, ninguno de los que con él venían. Parecía verdaderamente que le traxesen a enterrar. De todos los que le miravan, ninguno uvo que no procurase de saber la causa de su tristeza; mas, si no era por las devisas, otro ninguno lo entendía.

Puso don Baldín las piernas al /218-rº/ cavallo, como que de la sepultura o tienda de quesiese salir y, tocando con él la arandela* en el arnés, levantó fuego. Y como para aquello viniesse todo aparejado, levantose tan furioso por encima de la tienda que, disparando grandes deslates y truenos, todos cuydaron que se uviessse abrasado. Mas siendo pasado, no quedando memoria de la tienda ni otr[a]⁷⁸⁰ cosa, el quedó armado de unas armas negras con un infierno y llamas pintado en el escudo, encima de su cavallo *Bolador*, con el qual más ligero que la imaginación corrió la plaça. Y

⁷⁷⁹ devíe.

⁷⁸⁰ otro.

haziéndole saltar la tela como si tuviera alas, llegó a los miradores, y baxando la cabeça pidió licencia para justar. Y siéndole dada se bolvió al puesto por mirar a Salisterno, que como libre venía con tanta magestad qual él saliera para una concertada batalla. Traía quantos cavalleros persianos allí quedaran, todos vestidos de un brocado blanco que debaxo mostrava por muchos golpes una tela encarnada, más de mil pages a cavallo con sus lanças doradas, toda la música de acordados menestriles de los asirios y partos, y él por harmas dos leones con un cavallero en medio que los detenía que no combatiessen.

Llegava la punta de la plaça por la una parte a la marina, a donde a esta ora, con tantos gritos y alaridos que todo lo hundían, vieron llegar tantas galeras que, arrojando de una parte a otra gran fuego, todo parecía se abrasase. Tocávase en ellas a toda parte arma, y como para aquello todas viniesen apercebidas, tirando de la marina con cabos más de trezientas dieron con las proas en tierra, cubriendo el arena con hermosas puentes, que se cubrieron de los más costosos y bien adereçados cavalleros que se uviessen visto. Mas quando don Dolistor pareció en la puente, descubriéndose de unas nuves en que parecía benir metido, representose verdaderamente Apolo con sus cavallos en el principio de su jornada, y más para Anaxares, que no se holgó poco de verle venir sin escudo ni yelmo, relumbrando su rostro tanto que no se dexava mirar. Más de diez mil cavalleros salieron delante, vestidos de sus colores, que de un roxo mal tinto se mostravan. Salieron nueve galeras artificiales, que llevadas sin verse por quien no hizieron menos por la tierra que hizieran por la mar. Don Dolistor llegó a la tela sin más armas quando de la galera capitana començaron a tocar con gran furia que, haziendo a todos bolver [a] aquella parte los ojos, tres águilas vieron salir a la pareja bolando. La una traía el yelmo de don Dolistor, y la otra venía derramando los papeles de su letra, y la otra traía un escudo, la más hermosa cosa que los nacidos vieron; según los rayos que de sí dava, parecía nuevo sol que a todos benía abrasando. No tenía tales piedras ni perlas el campo, mayormente un diamante que en el encuentro alto tenía. Bien parecía joya de tal dama como Anaxares. El campo era blanco, y en él un cavallero a quien una dama desde lo alto dava la mano, sin que él pudiesse alcançar a tomarla. Las letras dezían: «Mal se alcança con la mano desde el suelo/ lo que se guarda en el cielo». Las águilas, como llegaron a dar las joyas, batieron reziamente las alas y delante de las damas llegaron, donde se encendieron de tal suerte que en breve fueron quemadas.

–¡Bueno viene don Dolistor! –dixo Florisbella.

–Aquel no está tan penado –respondió Claristea– como don Baldín, que lástima le tengo, que según sus muestras gran des[g]racia⁷⁸¹ le á acontecido.

–¿Quién sabe esso? –dixo Imperia–, que en este mal, quando piensan que ay más contento, está la desesperación esperando a la puerta.

A esta sazón en la plaça començaron a entrar los aventureros, y el furioso don Baldín se

⁷⁸¹ *descracia*.

metió el primero en la tela, donde no eran sus cosas las que solían. Traía lanza de diamante, no por hazer mal a ninguno, sino porque alguno le matase, que es cierto que, si no fuera, por desesperación él se hubiera muerto. Entre sí todo aquel día anduvo llorando; es cierto que hizo cruel daño, que por él fueron mal heridos Silerpio Argentino, don Lucendos, el rey Néstor, el rey Ban.

Y con esto bien se tiene por averiguado que las joyas de los mantenedores serán defendidas. Ha' sta ora entraron por la plaza quatro cavalleros, no menos gal[an]es y costosos que quantos se huviessen visto en su talle y manera. Bien mostraron ser alemanes, que en armas y adereço sobre todos eran conocidos: eran Leandro de Sajonia, el duque de Lotorinxia, el comedido Pandriano. A su emperador, don Daristeo, traían en medio. No me quiero alargar en contar estrañas invenciones por ver en qué para todo, que por la otra parte entran Mitrídano de Troya, el rey don Lucidaner, don Clarineo y Hermiliana, y tras ellos una disfraçada dama con unas harmas de unos veros amarillos con la Desesperación en el escudo. Era la reyna Cenobia.

Mas quien al campo pone espanto entra a esta ora: era aquel endiablado Furibundo, y con él Bradaleón, su hermano, y el rey Arismonte de Sarça. Traían consigo al emperador de Trapisonda y al rey de Cartago, con otros príncipes y cavalleros de valor. Gran alarido se dio en la plaza quando conocieron a Furibundo, y era de temer, que no vio su nación jamás su yqual, aunque acogiesen en la quenta a Anteo ni al edificador de la torre de Babel. Puso las piernas a su cavallo con no menor gracia que quantos en el campo avía. Al qual a esta sazón llegan el temido Polisteo de Nubia; con él venían otros dos, que su historia los haze bien conocidos: el uno era Bradante de Sircia, rey de Comagena, y el otro era Armesildo de Ingalaterra.

Ha todo esto Belflorán se estava en los miradores con el emperador y el príncipe don Belianís por disimular su salida. Belianisa, que no estava lexos, le hizo señas que se fuesse a armar, y él lo hizo assí, llevándose consigo a Astrideo, fingiendo yr a otra cosa.

Mas en el entretanto graves cosas sucedieron en la plaza, porque los cavalleros alemanes por la pujança del portugués perdieron las sillas, excepto el emperador y Pandriano, con quien don Baldín no quiso justar, y assí se apartaron hasta que otro de los mantenedores justase. Mas no tenía este pensamiento don Baldín de aver d'ellos necesidad. Mas está engañado, que a esta ora de la otra parte se puso un cavallero tal que le conviene hazer las manos al trabajo: era aquel gentil Armesildo, gran enemigo de paganos y harto mal quisto d'ellos, el qual se dexa venir para don Baldín que, no le conociendo, brevemente piensa acabar la justa. Mas bolviósele al revés, que su escudo fue falsado y el braço juntamente con él, pasando a la otra parte un tercio de la lanza; partiérale por medio el braço si entrara bien derecho. Hízole hazer revés en la silla, mas Armesildo perdió los estribos y hubiera caído. Pidió con grandes bozes don Baldín otra lanza, mas su justa era de poco momento, porque no podía llevar el escudo y corría d'él mucha sangre. Y a esta causa Florisbella le mandó llegar allí, y con amorosas palabras le dize:

—Por mi amor, señor don Baldín, que no justéis más oy, que aunque vuestra herida la sintáis

vos poco, siéntola yo mucho, y quiero ver cómo lo hazen los compañeros que quedan.

–Gran merced es para mí –dixo don Baldín– que vuestra alteza me mande alguna cosa. Y, pues esto me está a mí tan bien, hágase así.

–Pues subí(a) acá arriba –dixo la princesa–, que quiero yo veros curar.

Don Baldín lo hizo así y, quitándose el yelmo, bien pareció a todas que uviesse llorado, según tenía los ojos encarnizados. Y gran lástima hizo, que de todas hera muy querido. No le osaron preguntar nada, que ya sabían su condición, que no les avía de dezir cosa ninguna. Hiziéronle curar, mas no aprovechó cosa el que se acostase.

El bravo Salisterno, que tal desgracia vio por don Baldín, no le preguntó, que pieça avía que quisiera aver entrado a justar y, tomando su lança, para Armesildo se viene. Mas esta y otr[a]s⁷⁸² dos hizieron pedaços sin que el uno al otro se pudiesen llevar de las sillas; que, encendiendo en cada uno bravo corage, se llegaron a la astería, escog(u)iendo las más gruessas, con las cuales el uno para el otro se vienen. Y prendiendo firmememte en los escudos, Salisterno perdió las tiendas y estribos. Hizo términos para caer, /219-rº/ mas túvose valerosamente al cuello del cavallo. Armesildo vino al suelo, las cinchas del cavallo hechas mil pedaços, de que él quedó harto corrido, aunque le pareció que malos adereços de su cavallo lo huviessen causado. Y no tuvo jamás en su vida otra vez esta disculpa, que siempre por su mano apretó las cinchas a su cavallo, doblándolas como aquel que no era por nadie conocido. Tomando otro cavallo, se quitó entre sus compañeros.

Bradaçarte de Sircia, que pensó hazerle vengado, le hizo compañía, y tras él quinze cavalleros de la Tabla Redonda. No era cavallero Salisterno de los que se pensavan: veynte y seys cavalleros á herido. Mas, quedando grave enojo a Hermeliana, no bastando ruegos de su don Clarineo, se metió en la tela. Era la francesa en fuerças y esfuerço ygual a quantos tuvo el mundo, si Belflorán y su padre no le hazían alguna ventaja, y tenía aquella hora corage como los de su nación. No parte la saeta del arco con más ligereza que ella para su enemigo; traía una lança no de la astería, sino de un fresno de Alemania correoso; no quebrara así fácilmente. Hirió al furioso Salisterno, que las armas de su padre traía, por medio del escudo. Juntósele con los pechos con tanta fuerça que le pareció que se los huviessen hecho pedaços. Sacole algo de su acuerdo, perdió ambos los estribos; el cavallo por el rezió encuentro no se meneó un paso, y dentro de una ora murió. Y fue venturoso, que si corriera, echárale de sí. Mas Salisterno hirió a Hermiliana alto en el yelmo, prendiendo el golpe algo bajo del azerado borde. Ella se tuvo firme por no caer, y la lança no se rompió tan presto que los correones del yelmo fueron hechos pedaços, y ella quedó mostrando su divino rostro; los cabellos, mejores que los de Avsalón, le cayeron por las espaldas hasta la mitad del arnés. Toda la plaça se alborotó, conociéndola, y don Belianís, y Arfileo y don Brianel y el rey Astrideo baxaron. Mas

⁷⁸² otros.

Salisterno, que en sí tornó, alegre de aver hecho tal golpe, salt[and]⁷⁸³o en el suelo para Hermiliana se viene, diziendo:

–No sé, mi señora, por qué me avéys querido a mí más que a los otros ganar por armas, pues no dexo ser tan vuestro vencido como lo an de ser quantos nacieron.

–Señor Salisterno –dixo Hermeliana–, después que me avéys vencido os desculpáys; antes quisiera essos cumplimientos; y, pues esto es assí, yo soi vuestra y no justaré más y seréys libre de aquel cavallero que conmigo viene, que avéys de estimar en más, que es el príncipe don Clarineo, mi señor.

–Yo beso vuestras manos por la merced –dixo Salisterno.

Mas por la batalla de don Clarineo no se lo agradecía mucho, que antes holgara que justara, que no pensava él que en el mundo huviesse otro tal cavallero como él, aunque del encu[e]ntro de Hermiliana estava espantado. La qual, siendo llegados don Belianís y el rey Astrideo, se quitó afuera. Mas no quiso salir de la plaça, y ellos se bolvieron a los miradores. La reyna Cenobia, que vio lo que a Hermiliana aconteciera, no guardando a otro alguno antes se dexó venir para Salisterno, que cavallo mudara. Muchos pusieron en ella los ojos, no ymaginando quién sería aquel disimulado cavallero. Al medio de la carrera se juntaron; no era el cavallo de Salisterno malo, mas alçava mucho la cabeça, y fue aquí pagado de muchas desgracias que a los que en él subieran avía hecho, que la lança de la reina entró por ella sin que la testera le valiesse y dio con él muerto en el suelo. Arto corrido quedó Salisterno, que no avía visto golpe de su cavallo, y sus padrinos pidieron que, conforme a las condiciones de los griegos, el Cavallero de los Veros, por aver muerto el cavallo de su enemigo, era vencido. Y entre los unos y los otros se levantó contienda sobr'ello. Los juezes estavan diferentes, porque, aunque dezían que Salisterno no era vencido, juzgávanle culpado por el mal cavallo, a lo menos para que el Cavallero de los Veros no dexase de justar. La reina Cenobia, a quien se le hazía tarde, se llegó a don Dolistor, diziendo:

–¿Queréis correr comigo esta lança entretanto que estos /219-vº/ juezes se determinan?

–De buena voluntad –dixo don Dolistor.

Entonces puso cada uno ha su parte, tentando bien si las lanças y cavallos estuviessen como convenía. Cinco lanças corrieron, mas ninguno pudo derribar al otro; que, dando a cada uno d'ellos pesar, tomaron otras sendas, porque los juezes les mandaron dezir que el aventurero no podía correr más de aquella. Valerosa era la reyna, mas a esta ora le fuera menester serlo más, porque fue herida con tanta fuerça que no valió cosa alguna para no perder la silla. Y al caer, rebolviéndose el cavallo, dio un golpe en la contratela*, de que ella se sintió mal. Don Dolistor se abraçó al cuello del cavallo animosamente. Muchos llegaron por conoscer al Cavallero de los Veros, mas él no quiso ser descubierto, ni aun se supo jamás que ella fuesse, que lo encubrió con harto cuydado.

⁷⁸³ *saldano.*

El valeroso rey don Lucidaner, que le pareció tardar mucho en provar a lo que las fuerças de su sobrino se entendiessen, bien quisiera justar; mas don Clarineo ni Hermiliana no se lo consintieron, y a la causa Mitrídano de Troya, harmado de sus encantadas armas, se metió en la tela. Mas ni ellas ni su esfuerço le valieron para que no fuesse derribado, y tras él el temido don Playartes y Briamor de Argos. Hízoles compañía el comedido Pandriano. Mas no cayó don Daristeo, que siendo conocido ser el emperador de Alemania, nunca don Dolistor quiso justar. Fueron derribados Claverindo, don Manuel, el duque de Pera. Y aparejávase a la justa Bradaleón quando Salisterno le dize:

–Mi señor, los cavalleros como vos poco han menester mostrar de sus bondades; dexadme justar hasta que me derriben, pues los juezes declararon al Cavallero de los Veros por vencido.

–Hazed a vuestra voluntad, señor Salisterno –dixo don Dolistor, saliéndose de la tela.

Mas a esta ora por el campo se sonó gran ruydo de instr[u]mentos⁷⁸⁴ de guerra. Y mirando por ver qué ser[í]a vieron que llegavan gran cantidad de elefantes que, cubiertos al redor con unos bajos castillos, tiravan un carro, en el qual venían dos cavalleros de resplandecientes armas armados. No pudieron ver sus devisas porque, como al campo llegaron, a todas partes, así de los castillos bajos como de los altos se prendió fuego. Los elefantes traían cubiertos los ojos porque no se espantasen. Era el fuego tan bravo y tan grande que en breve cuydaron sería todo consumido; mas vieron, por medio del fuego, de la altura arrojar una puente hasta la tela. Tomava el trecho tan largo que la caída se hacía en poca cuesta, y por ella vieron a cavallo salir los dos cavalleros, tan corriendo que cosa pareció de sueño todo ello. Yva hecho de tal manera que el fuego no prendía en las partes de dentro; cosa era particular, que no saliendo con ellos más de un escudero, en todo el carro no se vio otra persona, puesto que, pasado el fuego, quedó el carro cubierto de brocado encarnado con unas llamas de oro con mil arcos triumphales y otras cosas estrañas, porque venían todos de tal suerve encubiertos en los castillos y cubos que no podían ser vistos. Los cavalleros, en quien todo el campo puso los ojos, arremetieron los cavallos hasta el palacio. Bien dieron en sí qué mirar porque, aunque entr'ambos venían de unas armas moradas, el uno traía en el escudo una dama que un c[or]açón⁷⁸⁵ apretava en la mano tanto que biva sangre parecía derramar, y el otro, que más gentil cavallero parecía, en medio del escudo traía un pelícano con las entrañas y coraçón descubierto, cevando en ellas sus hijos. La una mano arrimava sobre la Fe con una letra que dezía: «No llega lo que se ve a mostrar lo que yo siento/ de tanto merecimiento». Todos fueron estrañamente contentos de la letra y parecer del Cavallero de la Fe, que assí por todos fue llamado; mas sobre todos fue la linda Belianisa, que conociendo ser aquel Belflorán, ninguna cosa le pudiera dar más alegría. Rogava a Dios le librase de alguna desgracia; bien conosció que el que yva con él era Astrideo. Y miraron por ver lo que harían, porque Belflorán se fue hazia la tela y Astrideo se fue hazia la otra parte del /220-

⁷⁸⁴ *instramentos.*

⁷⁸⁵ *cnraçón.*

rº/ campo, donde a esta sazón entrava una ermosa aventura, porque venían hasta cincuenta cavalleros, todos con sobrevistas de luto, y tres donzellas solas. La una, que la más principal parecía, venía entre quatro gigantes, los más bien dispuestos y de mejor parecer que en los reales del Gran Tártaro se vieran.

Adelante os diremos lo que con ellas le sucedió, porque como Belflorán bolvies[e] a la tela, aviendo sido por Salisterno herido Bradaleón el bravo, Furibundo quiso justar; mas Belflorán, que alguna priessa traía, se le pasó adelante, de que siendo Furibundo gravemente enojado, le dixo:

–Vos, cavallero, venís tan de priessa que os haze perder el buen acuerdo. Quitaos afuera, que a mí toca esta justa, que venís tarde y con mal.

Bien disimulara esto Belflorán si no lo oyeran tantos, y a la causa le dixo:

–Señor Furibundo, este es lugar de plazer, y no de enojo. Salirme de la tela hiziéralo por daros contento, mas parecerá mal a los que miran, y yo me deterné poco en dar una buena caída.

–No es menester esso –dixo Furibundo–, sino que os quitéys afuera.

–Esso será para hazeros conocer –dixo Belflorán– que habláys mal. Por esso salíos a la plaça, que no es menester justar en la tela hasta que veamos quién á de ser el primero.

D’esto se rieron muchos de los que allí estavan, pareciéndoles locura; mas Furibundo, que no desseava otra cosa, se quitó de la tela. Y pidiendo licencia a los juezes, al medio de la plaça se salieron, y dexando todos los mantenedores por ver aquello, cargó tanta gente que apenas los dexaran lugar. Cada uno d’ellos tenía la lança y recado qual con[v]enía⁷⁸⁶ para tal menester; y haziendo con su corrida temblar la tierra, con tanta furia se encontraron que los edeficios cercanos temblaron. Las lanças se hizieron mil pedaços, que tan alto bolaron que ninguno d’ellos fue visto. Juntáronse de los cuerpos de los cavallos, escudos y yelmos, que pareció averse hecho pedaços. Belflorán perdió el sentido; verdaderamente pensó ser muerto, mas traía las piernas tan ceñidas al cavallo como la hiedra en los cercanos edeficios, y aunque en su vida tal encuentro recibió, túvose firme. Furibundo, que no traía tanto cuydado, se halló en el suelo. Fue tan grande el desatiento que, cayendo de pies, no sabiendo si estava en el suelo o en otra parte, dio tres o quatro traspiés atrás y adelante y, si no le tuvieran, cayera en el suelo, y por una pieça no bolvió en sí. Los gritos que por la plaça se dieron, el tocar de la música que de su castillo se hizo, fue tal que bastó a encubrir el desacuerdo de Belflorán. El qual en la fuerça de su cavallo hizo mil gentilezas, y pidiendo perdón a Furibundo se fue a la tela, dexando a todos fuera de su acuerdo, que no lo creyeran assí fácilmente.

Bien vio la justa Salisterno, y pesole, que él quisiera que para él quedara aquella onrra. Pero, haziéndose quienta que lo mismo y más sería si aquel cavallero venciesse, se mejoró de cavallo y lança, y todos los presentes atendieron a la justicia, estimando al Cavallero de la Fee en lo que encarecerse puede. El qual, conociendo el valor de Salisterno, mucho rogavan a Dios por la vitoria.

⁷⁸⁶ *convenía.*

Y déxanse venir el uno para el otro con la fuerça de los que más entre los antiguos se estimaron. Algo baxo hirió Salisterno a Belflorán, y valiole poco el escudo; es cierto que, si las harmas no fueran tales, le uviera hecho gran mal, porque su fuerça era grande, y assí le dio un dolor a Belflorán que en la priessa de las batallas muchos años le dio pena. Mas él fue herido en el yelmo; prendió algo la lança en lo alto y, como allí sean los golpes peligrosos, no pudo tanto Salisterno que no perdiesse los estribos, y si cevara más, matárale. Él se quiso tener al cuello del cavallo, el qual estava del rezio golpe algo desalentado; y assí, mal que le pesó, huvo de venir al suelo de pies, tan enojado que se quisiera matar. Tornó a cavalgar sin poner pie en el estribo; mas quedose afuera, que no quería ser tenido por des- /220-vº/ -comedido. Belflorán cuydó ser muerto y hízose mirar por algunos cavalleros, que quando le vieron para apretarle un chado se hizieron espantados, que traía doblado peto de fino azero, y debaxo un lorigón de malla fina. No creyeran que cavallero lo bastara a sufrir.

Gran ruydo huvo en la plaça; a la mayor parte pesava de la desgracia de Salisterno. No conociendo a Belflorán, don Belianís a todos dize que aquel es el m[ej]or justador que él á visto, y assí lo dezían todos. Gran sentimiento mostró d'ello el emperador don Belanio, que aquella honrra desseara para alguno de sus nietos. Mucho se maravilló quién fuesse el cavallero por quien Salisterno huviesse perdido la silla. Mas Periano, a quien tocava más el sentimiento, no viendo a Belflorán, al emperador dize:

—No me crea vuestra magestad si aquel cavallero no es Belflorán, y el que salió con él, Astrideo, que a otro no es dado tanto valor ni esfuerço.

—¿Cómo lo sabéys esso? —dixo el emperador—, que él no avía de justar, mayormente estando su hermano de la otra p[a]rte⁷⁸⁷.

—Como quiera que sea —dixo el valeroso Periano— es esto, sin duda, y sus cosas le harán tan conocido que antes de mucho digan otros lo que yo.

Bien oya estas palabras la infanta Belianisa, y esperava el suceso próspero de aquellas justas como quien por su mandado se hazían, quando vieron al valeroso don Dolistor, que, tomando una gruesa lança, para el príncipe Belflorán se venía, que no solo en aquellas justas, mas en cruel batalla se dexara ver por cumplir el mandado de su señora, aunque harto sospechoso estava, mirando en qué parte a don Dolistor hiriesse sin hazerle daño. Y tanto ya no pudo que bastase su generoso coraçón a encontrarle; fingió errar el [en]cuentro, que huviera de ser por su daño. No era don Dolistor cavallero con quien se suffriesse semejante cortesía, que a Belflorán hirió con la pujança suya tan furiosamente que casi le sacó de su acuerdo. Pareciole que el coraçón le huviesse partido dentro del cuerpo; por [p]o[c]o⁷⁸⁸ perdiera la lança y riendas de la mano. Mas su ventura, que estos trances le ayudaba, le socorrió de suerte que el cavallo de don Dolistor, encontrando a Belflorán, se retiró a la contratela, de tal suerte que, estropeando en ella, yendo a dar una mala caída, el príncipe quiso

⁷⁸⁷ *perte.*

⁷⁸⁸ *copo.*

saltar d'él y no pudo llevar el un pie del estribo; y la fuerça del cavallero, que sobre él cayó, se le sacó de su lugar, que nadie bastó a darle socorro. Todos aquellos príncipes saltaron de sus cavallos por darle socorro, mayormente el príncipe don Clarineo, don Belianís y Hermiliana y toda la flor del mundo que allí se halló. Mas halláronle muy maltratado, de suerte que don Belianís no le consintió justar.

Por todos fue conocida la honrra que el Cavallero de la Fee a don Dolistor avía hecho, mas no cuydavan que aquel fuesse Belflorán; el qual, alegre del buen acaecimiento, con el mayor ruydo de militares instrumentos que fuera visto fue metido en la tela en el lugar de los mantenedores. Y, quitando de allí su escudo, fue puesto el de la Fe con harto plazer de su señora.

¡O, quién viera a esta ora venir cavalleros a la plaça, que por la amistad de los mantenedores no justaran! El valiente Belflorán, que no los deseava menos que el balletero las caças que aguarda en la parada, mostrando su estremado valor, de cada encuentro ponía un cavallero en el suelo. Aún vos digo que jamás quiso justar sino con roquetas*, aunque por los cavalleros era muy importunado, y por no hazer algún desastrado golpe, que de sí bien conocía la virtud de sus armas bastar a todo. Mas en sus justas procedía teniendo todo el campo maravillado de sus encuentros. Esperando las justas de don Clarineo y del valiente don Polisteo, su hermano, en la plaça sucedió lo que en el siguiente capítulo os será mostrado, si tenéys por bien de oýrme con la atención acostumbrada.

/221-rº/

Capítulo 50: Del fin que huvieron las justas, con la aventura que a ellas avino.

Llegose aquel dudado príncipe, espejo de los de su tiempo, como atrás vos contamos; digo por aquel estimado Astrideo, que en compañía de Belflorán saliera ha donde las donzellas de luto estaban; y juntándose a la más principal, con el comedimiento de un cavallero tan bien acertado, le dixo:

–Señora, si la causa de tan tristes señales en día de tanto contento para esta corte tenéys por bien de dezirme, y ellas llevan algún remedio, suplícoos que a mí antes que a otro se me haga tanto bien, prometiéndooos para ello la mi persona, aunque de tan poco valor que no yguala a la merced que espero.

–Mi congoja –dijo la donzella– es causada por estos que en tanta alegría se muestran que no son traydores y malos, y con la fuerça de su poder llevan sus injurias adelante sin que con ellos pueda valer razón ni justicia. Y si vos soys tal cavallero como vuestro parecer lo muestra, no dexaría de encomendaros una batalla, la más justa que en todas estas guerras á avido, contra un príncipe con quien de otra suerte no puede alcançar justicia.

–Señora –dixo Astrideo–, agora oyo una cosa maravillosa para mí: dezir que estos príncipes

quieran agraviar a nayde. Mas, si ello es ansí, contadme vuestra querella, que yo os prometo de no salir d'este campo sin que vos ayáys vuestro derecho o yo quede en el testimonio de vuestra justicia.

–Tal respuesta se esperava de tal parecer –dixo la donzella–, y agora me dezid vuestro nombre, que tengo necesidad de saber si soys alguno de aquellos que me tienen agraviada.

–Mi nombre –dixo Astrideo–, es tan mal conocido que haze poco al caso.

–¡Ay de mí! –dixo la donzella, dando un pequeño y penoso suspiro–, ¿y cómo será possible nombrar por mi boca a quien tanto mal y daño me á hecho? Sabed que estos son el príncipe don Clarineo y Hermiliana, su hija del rey de Francia.

–¡Sancto Dios! –dixo Astrideo–, ¿y en tan alta bondad pudo caber engaño? Agora podéys contarme vuestro agravio, que con qualquiera defenderé vuestra causa.

–Veníos vos conmigo ante el emperador –dixo la donzella–; asegurarnos ha, que allí oyréys mi querella, que es tan justa que bien sé que su padre mismo responderá por mí.

Entonces movieron para los miradores donde aquellos príncipes estaban. La donzella en braços de aquello[s] gigantes se apeó; dando la mano a Astrideo, subieron a lo alto. La donzella fue a hincar las rodillas ant'el emperador, y llorando muy agramente de sus ojos le dize:

–Esclarecido príncipe, la fama de tu justicia me á compelido a venir de tan lejos a pedirte me des licencia para que por estos, mis cavalleros, sean retados don Clarineo y Hermiliana, tus hijos; porque sabrás que el uno d'ellos, con la mayor falsedad que nunca cavallero cometió, aviéndome librado de una fortaleza que a él no será olvidada, prometiéndome de sus reynos y señoríos hazerme señora, hizo conmigo la mayor crueldad que sea en memoria, por lo qual soy agora deseredada. Y Hermiliana atrevidamente de mi palacio me llevó las cosas de mí más amadas, prometiéndome bolbérmelas, lo qual nunca hizo; antes con profundo descuydo el uno y el otro están en los regocijos d'esta corte. Agora, soberano señor, dadme licencia para que por batalla se les muestre averlo ellos hecho como malos, y con esto seré yo contenta.

Turbose el em[pe]rador⁷⁸⁹ de oír aquellas palabras, y mucho le pesó, viendo que por otra cosa semejante, aunque sin culpa de don Belianís, aún no eran secos los arroyos de humana sangre que se derramaron; y levantando la donzella, a don Clarineo y Hermiliana mandó llamar, que justa querían /221-vº/ con el Cavallero de la Fee, y allá dize que se consuele, que si agravio avía recebido, no estava de lexos la memoria de aquel emperado[r] que a ssí y a su hijo tal castigo diera por el delito por el solo hijo cometido. Los príncipes vinieron luego. El emperador se levantó para ellos por el honor de la princesa Hermiliana, la qual venía alborotada, que ya le contaron lo que la donzella ante el emperador pidiera, no sabiendo quién tal le pudiesse pedir. El emperador, mostrándose algo enojado, a don Clarineo dize que responda a lo que aquella donzella le pide. Entonces le contó la quexa que d'él la donzella mostrava. Mas, antes que don Clarineo respondiesse, el valeroso Astrideo

⁷⁸⁹ *emeprador.*

pasó adelante, diciendo que a lo que aquella donzella pedía, ninguna respuesta llevaba. Mas, pues los príncipes estaban armados, y la donzella solo quería por satisfacción que fuese conocido el agravio que le avía sido hecho, que el emperador asegurase y el campo se hiziese luego. Mas esto ni otra cosa no pudo a los príncipes mover a la batalla; que, siendo por su demanda conocida ser la bella Rosaliana, ambos se tomaron por las manos, y con admiración del emperador y los presentes, ante ella se hincaron de rodillas, y don Clarineo le dize:

–Soberana princesa de Boemia, no son las mercedes de vuestra parte hechas de tal calidad que se puedan poner en juyzio de batalla: mas, de que conociendo aver sido en todo culpados en lo que a vos se devía, hagáys de nosotros lo que vuestra boluntad fuere, como de aquellos que fuera de esse hierro en todo emos deseado vuestro contentamiento.

¡Quién os dirá lo que Rosaliana sintió de ver los príncipes delante de sí! Acordándosele de las cosas pasadas, no podía hablar palabra más de derramar espesas lágrimas, sin tener acuerdo para mandarlos levantar. Mas ya que algún vado* tuvieron, tornando en sí los hizo l(1)evantar.

–¡Ay de mí, príncipes soberanos, cómo agora me avéys del todo lastimado harto más cruelmente que hasta aquí! Pues si algún contento tenía hera el del ayrado pensamiento, teniendo por ciertos de vengarme del agravio que avía recibido. Y agora, aviendo perdido esto, no me queda ninguno. Y, pues es assí, que para mí sola quedaron las fatigas y dolores, yo os perdono todo mi mal talante. Solo me resta pedir os que me deys al infante Astrideo, a quien con justo título el reyno de Boemia es devido; porque después de la muerte del rey, mi padre y agüelo suyo, todo el reyno se ha levantado contra mí, diciendo no ser Astrideo legítimo ereadero, siendo lo contrario, pues sin saber yo lo que entre tales príncipes avía, no tengo aver hecho yerro alguno.

Y con esto a los príncipes abraça, y al emperador assí mismo. Y con la bella Claristea y Lindore[n]a y todas las otras princesas rescibió algún contentamiento, teniéndola todos en aquel grado que tan alta princesa merecía. Donde, bolviéndose al cavallero que por ella quería hazer la batalla, le dize:

–Valeroso cavallero, bien tengo conocido que el valor de vuestro esforçado coraçón es tal que de averse quedado la batalla recebís más pena que de averla con quien quería que fuese. Pues vuestra bondad la asegurava agora, reciba to la merced de saber quién soys.

Estava Astrideo el más alegre de los nacidos en conocer tales padres y verse tan sin pensar con tal título qual él no cuydara, que la bella Claristea nunca se lo descubriera hasta saber la voluntad de Rosaliana. Y quitándose el yelmo, ante su madre hincó las rodillas, diciendo:

–No sin causa, mi señora, a mí se me encomendava tal batalla, pues yo estava a ella antes de aora tan obligado.

Muchos días avía que Rosali[a]na no viera a su hijo, mas conociéndole a la ora, viéndole con

tal disposición, no ay plazer que al suyo lleg[a]se⁷⁹⁰, si no era el de la princesa de Ungría, que en ver a su querido Astrideo ser hijo de tales príncipes gozava de no menor alegría. Rosaliana le abraça; apretándole consigo, le besó en el rostro, diziendo:

/[222]⁷⁹¹-rº/

–¡Ay, hijo mío, y quán parecido soys al valeroso padre vuestro en el tiempo que de vuestra edad buscava las aventuras! Dios quiera que en lo demás de su esfuerço le parescáys.

Assí luego Astrideo besó las manos a su padre y al emperador don Belanio, su agüelo, que no era alegría para él que a este se ygualse. Pues deziros el plazer del soldán Periano sería cosa prolija, que no quería un punto menos a Astrideo que a Salisterno, su hijo.

Las cosas pasavan en estos comedios quando, mirando a la plaça, vieron sacar d’ella mal herido al valeroso príncipe Soriano de Trebento, de lo qual siendo más enojado que de otra cosa alguna, el príncipe Polisteo tomó su lança. Estava Belflorán encendido del calor de las justas, y algo atormentado de los encuentros, mayormente del que a la sazón recibiera; y no conociendo a su hermano, dexó la tela y, saliéndose al medio de la plaça, aguardando allí lo que le sucediese, que aquello era en manos de los mantenedores, y siendo servido de la lança, para Polisteo se viene. ¡O, quién vi[e]ra el hermoso parecer de tales dos cavalleros! La furia con que se encuentran no la sufrieran los ayunques donde labra Bulcano. Si las lanças no rompieran, ellos pasaran mayor daño que se cuydara; más fuerça es que rompan si fueran todas de diamante, según el valor de los que los traían, porque, siendo hechas pedaços, se juntan de los cuerpos de los cavallos, escudos y yelmos tan rezio que parecieron averse hecho partes. Belflorán fue fuera de la silla, perdiendo ambos los estribos, y cayera si no se tuviera a ella misma, tornándola a cobrar con su virtud; aunque fue tal, más con la de la linda Belianisa, su señora, que en aquel trançe con nuevo valor de socorría. Polisteo vino al suelo mal de su grado, rompida la mayor parte del guardabraço, con tanto desatino que, aunque quedó en pie, no sabía si era de día o de noche, con (tan)tanta admiración de los presentes y de los que al príncipe Belflorán no conocían que a sus ojos no osavan dar crédito. Pidió muy apriesa el príncipe don Belianís sus harmas, y don Clarineo se apareja en compañía del valiente Astrideo, su hijo, para bajar a la plaça. Mas Astrideo, que le pareció que en alguna manera el estado de las apazibles justas se yva turbando, ha si padre dize que con el ca[v]allero⁷⁹² no juste, que es el príncipe Belflorán; que, dando a don Clarineo mucho p(a)lazer, a don Belia[n]ís⁷⁹³ lo mandó dezir, y assí juntos se fueron a la tela.

Mas ya quando llegaron la noche se venía muy cerca, y al príncipe mandavan los juezes que se descubriesse para conocer a quién el precio de las justas se devía dar. Y él se escusava d’ello, no quiriendo en manera alguna darse a conocer. Mas, llegados los príncipes, le fueron ha abraçar, y

⁷⁹⁰ *llegese.*

⁷⁹¹ Error de foliación: en el texto este folio aparece numerado como 214.

⁷⁹² *canallero.*

⁷⁹³ *Beliaois.*

haziéndole quitar el yelmo fue por todos conocido, con tanta alegría de todos y consuelo de los caídos que no lleva encarecimiento. Al príncipe Belflorán preguntan los jueces a quién mandava se di[er]sen los precios tan altamente deffendidos. Él mandó que a las princesas de Ingalaterra y Ungría se diessen, para que ellas mandasen lo que hazerse devía. Y siéndoles llevados, con más gracia que tuvo el troyano Paris en la sentencia de las discordes diosas, paresciéndoles que no se podían dar a ninguno sin especial agravio, la de los mantenedores mandaron dar al agraciado don Baldín de Portugal, y las de los aventureros guardaron para sí. A la princesa Belianisa cupo un chapeo*, el más estraño que jamás fue visto, que por el saber de Merlín fuera labrado, y a la linda Celia un collar. Y con esto, pareciendo en extremo a todos bien el juyzio de las damas, y más a Belflorán, conociendo que por hazerle a él merced se diera aquel juyzio, fue sacado de la plaça, con todos aquellos príncipes en su compañía, no poco alegre de conocer a Astrideo por tan cercano pariente.

No menores fiestas fueron las que aquella noche hubo en los reales palacios, aunque a los rezién casados, con las mayores /222-vº/ que esperavan, no les dieron tanto contento hasta que fue hora de dormir, re trayéndose cada uno a su aposento. En el qual, remitiéndome a los que en adquerir cosas deseadas a la ventura tendrán más esperiencia, lo quiero dexar, pues conforme a mi sentido qualquier sobrada tristeza antes que alegría bastaría a contaros solo el sucesso. Por conformarme con el sabio Fristón os diré que aquella noche Sirena quedó preñada de una hija, que después fue llamada “la cruda bella”, que no causó menores dolores a muchos cavalleros que a su padre causó la linda Florisbella, y mayores a la princesa de Ramolao, pretendiendo el valeroso soldán Periano casarla con Salisterno Sin Pavor, su hijo, estando ella perdida de sus amores. Y la infanta Belinda, que con Mitridano fue casada, hubo un hijo y una hija; al hijo pusieron por nombre Troyano, cuyo esfuerço puso en olvido gran parte de los pasados; y la hija Polinestra, que de los amores de Salisterno fue tan mal tratada como adelante en esta historia, que en ello no se alarga poco, haze relación.

Capítulo 51: Cómo todos aquellos príncipes partieron para sus tierras.

Con razón pediré alguna atención, mi señora, pues en mi hystoria no puede dexar de aver algunas cosas que algunos gustos causen desabrimiento tal que los aparte de lo principal d’ella, como es la partida d’estos valerosos príncipes de Costantinopla, que en los coraçones de los cavalleros cortesanos causa lástima tal que no será tan presto olvidada; y los primeros que la corte dexaron fueron aquella resplandeciente Belianisa y la bella Rosaliana, con la emperatriz Claristea y el emperador don Daristeo, su marido, que por aver de hazer todos una derrota y estar Rosaliana con tanta pena, se partieron juntos. Los valientes príncipes don Baldín y don Manuel acompañaron a

Astrideo y Rosaliana para ayudarle en la su guerra de Boemia. Y hiziérales compañía el prínci[p]e⁷⁹⁴ Belflorán con el cuerpo como se la hazía con el alma, mas el emperador le mandó quedar por entonces en Costantinopla, que avía d'él necesidad, que determinava embiarle con armada en Persia, que esperaba avría alguna alteración, viendo al príncipe Periano ser christiano; y que de allí también se fuesse a Babilonia por poner todos sus estados en tal sosiego que de su descuydo no se pudiesen quejar.

El rey de Garamantes con sus dos queridos nietos, don Polisteo y don Dolistor, llevando consigo a Dolisena, también començó a dar horden a su partida, dexando a Meridiana con el príncipe Ariobarçano, su marido, aunque no con poco pesar de tal apartamiento qual le llevaba don Polisteo de Nubia por se ver apartar de su señora Alcisa, y llevaba su mandado para que diesse la buelta a Troya por verla.

En todos estos me quisiera alargar algo, si no viera aquel tan valeroso príncipe Belflorán tan congoxado que el alma le desamparava. No bastó su tan estraño esfuerço a que, ocupando el sentido en tan largos tiempos como le parecía que avía de carecer de la vista de su señora, quitándosele de todo punto el comer, no velando ni durmiendo, estando entre dos extremos, el uno es deseo de yr con ella aquel camino con tan buena ocasión donde, llegando el otro, se le quitava aquel, tyrando de sí como los lebreles de Yrlanda, a los quales mostrada la caça apenas con la fuerça de la cadena son parte para tenerlos, no sabía /223-rº/ alguna manera como hablarla pudiesse. Mas el Amor, que deudor d'este cavallero se llamava, con la Desesperación le acudió con una enfermedad tal que la mañana de la partida no fue parte en manera alguna para levantarse; antes los médicos, arrebatados del repentino mal, mandan sacar la sangre que les parecía causar las congoxas mortales al príncipe. Y todos aquellos señores se entran a despedir d'él. Fue casi de los postreros aquella luz con que el alma suya bivía. Llevávala de la mano aquel, que no sé si en el universo se hallaría otro más penado, príncipe don Baldín que, pareciéndole que no era justo gozar de favor de dama del universo, la dexó por hablar al emperador don Belianís, que esta su partida sentía en extremo. Y si don Baldín quisiera quedar con el emperador, le diera el mejor entretenimiento que pudiera tener en vida del rey, su padre; mas la cruda Ysabela, su señora, le llevaba tan de corrida que no era parte para otra cosa.

La linda Belianisa, llegada a la cabecera del príncipe Belflorán, muy triste de verle, con algunas desabridas congoxas le dize:

–¿Qué es esso, valeroso príncipe? Continuamente avéys de mostrar en vuestras cosas tan poco ánimo que aya yo de pagarlas. Esforçad, por Dios, que me da mucha pena vuestro mal.

–¡Ay de mí, señora! –dixo Belflorán–, ¿y cómo queréys que baste esfuerço del mundo para tan grave daño como apartar del cuerpo del alma tan largo camino, sin que le quede certinidad alguna del tratamiento con que á de ser mirado? ¡O, mi señora!, suplícoos que, si posible es, le dexéis

⁷⁹⁴ *princide.*

alguna cosa con que pueda bivar, certificándoos que, de otra suerte, antes que lleguéis a Inglaterra oyrés las nuevas de mi muerte, causada por vuestros desamores, tan ravisosa que, si algún poco se entretiene, más es por penarme que por favoresterme.

No podía dezir estas cosas Belflorán sin abundancia de lágrimas y algunos detenimientos de congoxosos sospiros, que a Belianisa causan harto mayor dolor que no a él, porque aquella tan rezia resistencia suya azía mayores los golpes por parte de no querer parecer rendida a su voluntad. Y con esto, fingiendo una graciosa risa, donde el alma llorava biva sangre, le responde:

–No sé, príncipe Belflorán, a qué causa queréys atormentarme con semejantes palabras. Porque vos tenéys entendido que yo soy tan cruel, ninguna merced os haré y igual que apartarme de vuestra vista, pues las cosas al fin, si no se olvidan con la ausencia, todavía con el tiempo reciben algún vado, como los que, aviendo recebido pavoroso temor, aunque la imaginación siempre es allí llevada, la ausencia del lugar y el tiempo la haze de poco trabajo; y, si creys que el amor que vos dezís que tenéys me lastima, no hay para qué darme congoxa con más pasiones de las que yo me tengo; y el camino desde aquí a Inglaterra no es tan lexos, ni vos allá tan mal querido que no podáys ser allá más fácilmente que mostráys.

–¡Ay, mi señora! –respondió el penado príncipe–, que no es eso lo que me lastima, comparado a la mortal pena que me causa ver quán imposible está mi remedio, pues ¿quién le duele solas las palabras de consuelo que se espera jamás? Y por esto creo que en sola mi muerte está el descanso de mi pena.

–En lo que está vuestro remedio –dixo Belianisa–, no lo sé yo, pues aún no entiendo de a dónde procede vuestro mal. Mas, a mi parecer, lo que se espera alcançar todo es poco para lo que está obligado a seguir un cavallero tan valeroso como vos. Y agora, procurad vuestra salud, que d’ella seré servida más de lo que vos pensáys, que mi partida ya veys quán mal se escusa en manera alguna. Y, pues vuestro mal tanto os fatiga por la ausencia mía, tomad este retrato mío, porque quedemos yguales, con el vuestro más natural que yo conmigo llevo.

Entonces le dio su figura, tan al natural sacada como aquella en que el sabio Merlín todo su estudio y diligencia pusiera. Belflorán la tomó, y no pudo huyr la prince- /223-vº/ -sa tanto la mano que no se la besase diziendo, con más alegría que esperara:

–Ya, mi señora, no quiero quejarme de cosa alguna, pues he recebido la mayor merced que se puede imaginar, pues no de solo retrato de vuestra figura me servirá, mas del de vuestra voluntad.

–Mi voluntad –dixo Belianisa– nunca veo que procuráys de cumplirla, y si en algo la queréys hazer, sea que nos veamos dentro de dos años, que yo os doy todo este término.

Las palabras pasaran adelante si el príncipe Armesildo no llegara, que, despidiéndose de Belflorán, se llevó a Belianisa consigo, harto mal pago para lo mucho que el príncipe le quería. Y dexándole en tinieblas, con la luz que del retrato y palabras de su señora le quedavan, despidiéndose de todos aquellos príncipes y señoras se entraron en la mar, con tantos lloros de las damas como si

los unos la muerte de los otros solenizaran. El infante Astrideo no tuvo lugar de hablar a la princesa Celia, de que yva el más penado que dezirse puede, y ella no quedava menos, aunque esperavan verse en Ungría muy presto. Y assí, dando las velas al viento, yendo en un galeón la reyna Armelina y emperatriz Claristea y Rosaliana y Belianisa, partieron de Costantinopla, con tanto plazer del emperador don Daristeo y valeroso Pandriano que no lleva comparación, engrandesciendo las obras de don Belianís y príncipes griegos. Y otro día siguiente hizo lo mismo el rey Toloyano y el rey Astrideo de Francia con la princesa Hermiliana, y el rey don Lucidaner con la linda Policena, su muger, y la princesa Alcisa, su hija, donde por evitar prolixidad no vos contaremos muchas cosas que a ellos y a los africanos en el camino sucedieron, mas de quanto con próspero viaje llegaron a sus tierras, donde fueron recibidos como tan larga ausencia requería.

El soldán de Babilonia y la emperatriz, su muger, deseosos de salvar ánimas, no quisieron bolver en Babilonia, pareciéndoles que no faltarían grandes desasosiegos, que a lo que tocava a lo eterno ponían gran embaraço. Y a esta causa don Belianís y Perianeó dieron orden a su camino, con harta pena del emperador don Belanio y emperatriz Clarinda; y dende a pocos días se metieron en la mar con intención de yr juntos hasta Persépolis. Llevavan consigo al buen duque Armindos de Texas y don Sirendos de Frisel, su hijo, y el valeroso Soriano de Trebento, y al príncipe Belflorán de Grecia, porque todos los otros cavalleros principales avían hecho bolver a sus tierras, con tantas mercedes que para siempre fueron ricos. También yvan los dos reyes de Armenia y el duque Alfirón, y el buen rey Mitrídano, y el rey don Brianel con la preciada reyna Aurora, y en una nao yvan la princesa Florisbella y emperatriz Sirena con la linda Persiana y su hija, Belinda, con tantas damas de su acompañamiento quantas esta historia os á devisado. Solo le faltava a Florisbella llevar consigo a la reyna Matarrosa, su prima, y a su hija Celia; mas esto no se pudo acabar con el rey de Ungría, aunque yva la reyna de Antiocha, Aurora, con el rey don Brianel, su marido; llevavan muy gentil armada, con más de cien mil griegos, porque oyeran dezir que no del todo estavan pacíficos los persianos.

Los príncipes don Belianís y Perianeó, con su tan querido amigo el duque Alfirón, yvan en otra nao, y en otra Belflorán y don Sirendos de Frisel con aquel agraciado Soriano de Trebento. Y assí, repartidos cada uno como el buen duque de Texas lo avía ordenado, començaron a caminar por(que) la espaciosa mar, pasando el estrecho con tantas alegrías de los babilónicos y persianos por bolver a sus tierras quanto pensar se puede los que, ausentes de sus casas, bolvían de tan trabaxosa guerra con tanta paz y descanso. Mas la Fortuna les bolvió muchos de sus plazerés al revés, como en el siguiente capítulo será mostrado, que también causaron al emperador don Belanio algún desasosiego del mucho con que a la sazón /224-rº/ quedava; porque, no dexando partir a don Persián ni a Briamor, con el príncipe don Lucendos y los demás entretenía la corte con la menor soledad que le era posible de sus queridos hijos, a los cuales por agora me cumple dar la buelta.

Capítulo 52: De lo que a aquellos príncipes subcedió partidos de Costantinopla.

Aquellos príncipes y cavalleros yvan muy alegres la buelta de Persia, aunque algunos d'ellos llevados contra su voluntad, quando una noche, al tiempo que Apolo acabava por aquella parte el curso de su jornada, los que más de aquel menester sabían al príncipe don Belianís dizen que se esfuerce, que ellos vían venir la más cruel tormenta que hasta entonces avían visto; de que, pesando en extremo a los príncipes por el peligro de las emperatrices, mandan que a la ora en el barco los pasen a la nao donde ellas yvan, porque con su vista esperavan dar y tomar no poco consuelo para qualquiera cosa que sucediesse. Los marineros lo hizieron prestamente, y en el barco se metieron solos Periano y don Belianís con el esforçado Mitrídano, que más voluntad tuvieron, y aviendo hecho señal para que la nao aguardase, partieron para ella, que bien junto estava. Mas como las cosas hordenadas no pueden faltar de cumplirse, antes que allá se llegasen, que no les faltavan veynte pasos, vino una gran g[r]upada* de agua que, apartando el barco por algún espacio, queriendo porfiar a bolver, viniendo otra y otra, de aquella nao ni de otra alguna, por más que lo porfiaron, pudieron ser tomados; y cerrándose a la ora el tiempo con un nublado tan oscuro que no era la noche su semejante, las olas se levantaron en descompassada altura. La tormenta se començó qual los marineros avían dicho; los de las naos a la ora perdieron de vista los unos a los otros, donde la mayor parte de la flota se hundió, con muchos y muy principales cavalleros que en ella yvan, que grandes tiempos tal pérdida duró en Constantinopla.

La nao en que las princesas yvan, como era fuerte, anduvo más de treynta días corriendo diversas vías, puestos todos cada hora en peligro de ser anegados. Mas una tarde, pareciendo que el mar tomaba alguna bonança, se hallaron al pie de una alta y enc[u]mbrada⁷⁹⁵ peña, de donde se descubría una arto fresca y graciosa tierra; que, como de la mar las princesas tan fatigadas viniessen, a la ora mandaron que en todo caso las sacassen en tierra, tan tristes, tubiendo por cierta la pérdida de los príncipes don Belianís y Periano y Mitrídano que ningún consuelo avía que las consolasse, y lo que a la sazón sentían mucho era hallarse solas de los cavalleros que las acompañassen. No estava con ellas hombre de lustre ninguno. En esto fueron las damas asaz venturosas, que apenas fueron puestas en el arena quando, redoblándose el tempestuoso viento, la nao fue tornada a rrebatir, donde con los que en ella quedaron fue llevada al hondo; que, causando en las princesas otra nueva alteración, la emperatriz Florisbella les dize que se consuelen, que los altos estados no eran sino para que, viendo su poca seguridad, ninguno se ensoberveciesse ni pensasse que en esta miserable vida avía descanso alguno. Y, pues que esto era ansí, que con el coraçón que su ser las obligava esperassen el fin de tanta desventura.

–Vuestra Alteza dize muy bien –dixo la emperatriz Sirena–; y, pues en estos arenales ay mal

⁷⁹⁵ *encimbrada.*

aparejo de estar, entremos por la tierra adentro, que aunque a pie, será harto mejor que vernos en triste lugar.

Y con e- /224-vº/ -sto, mostando mejor semblante, se tomaron por las manos, que a poco rato que por aquellos arenales anduvieron hasta la entrada de un bosque llevaban los pies, más hermosos que el rostro de Avsalón, hechos ampollas, de que algunas d'ellas se quexaban. Y así llegaron a una graciosa fuente que entre quatro hayas nascía y por unos muy frescos llanos su corriente yva tendiendo, tan hermosa que los ojos lleva tras sí.

–No era mala estancia esta, [mis señoras –dixo Sirena]⁷⁹⁶–, si la Fortuna quisiera que, ya que nuestro daño assí avía de pasar, los príncipes vinieran en nuestra compañía.

–Bien dize la vuestra merced, mi señora –dixo Florisbella–; mas, si esso assí fuera, ¿qué nos podría quitar la Fortuna que nombre de pérdida tuviera?

Y con esto en extremo mostravan tanto pesar que, por más que encubrirlo querían, las lágrimas de hilo en hilo por sus rostros corrían. Y no era menos, que no de otra suerte los príncipes, que en el barco yvan, lo hazían, que a una parte fueron echados donde adelante vos contaremos, juntamente con el príncipe Belflorán.

Pues no ha mucha pieça que a él estuvieron, no sabiendo a dónde proverse pudiesen de cosa alguna, para sí vieron venir dos hermitaños, que derechos para lo alto de la peña que ya vieran caminavan; de que, no les pesando punto, paresciéndoles que por razón la tierra sería de christianos, les dieron bozes que allí se allegasen; porque, aunque ellos voluntad de beber en la fuente traýan, viendo mugeres se començavan a desviar por una senda, y con esto allí se llegaron. El uno d'ellos era viejo, de grave edad cargado; el otro era mancebo, mas del calor del sol y de la vida que pasavan, tan flacos que de rayzes de árboles parecían hechos. El más moço traýa la cara como abrasada de mucho llorar.

No fue cosa ygual de la turbación que los hermitaños rescibieron viendo a las princesas, que por ellos fueron conocidas, como aquellos que antes que de aquella vida se retirasen muchas vezes las avían visto; y no pudiendo ymaginar qué fortuna allí las traxesse, mostrando no conoscerlas, les hizieron acatamiento. Y el viejo les dixo:

–Aquel Señor que rige y gobierna el universo os guarde, hijas mías, y libre de todo mal. ¿Qué fortuna es la que tal compañía en estos desiertos os á traýdo?

–Padre mío –dixo Florisbella–, nuestra ventura es tal que gran pena sería contaros nuestro trabaxo, que avemos perdido nuestros maridos y por gran ventura de la mar somos escapadas.

–De vuestro trabajo nos pesa en el alma –dixo el hermitaño– y, si con cosas nuestras reparar podemos algo, no dexéys de dezírnoslo, que a qualquier trabaxo nos pondremos.

–Por aora –dixo la reyna Belinda– solamente queríamos saber en qué tierra estamos, y si

⁷⁹⁶ *dixo mis señoras Sirena.*

hallaríamos algún poblado donde pudiésemos repararnos hasta que supiésemos de alguna nueva.

–Esta tierra –dixo el hermitaño– es buena, mas la gente es mala, que el señor d’este reyno no puede con ellos. Sabed, señoras, que agora estáys en el reyno de Chipre, de donde fue señor un jayán que el rey Tramolcano se dezía, que en Persia fue muerto a manos del príncipe de Grecia⁷⁹⁷, por el qual á sido destruydo casi todo este linage, y en el reyno al fin á sucedido un rey que, aunque jayán, es mui al revés en condiciones de los ot[r]os⁷⁹⁸, porque no es cruel y malo como ellos, y a la causa ciertos parientes del dudado Fierastón y Tramolcano se an retirado hazia estas partes, donde muy cruelmente hazen todo el daño posible, y no pasa por aquí cavallero ni donzella que sea parte para librarse d’ellos. Y mucho me pesa, que creo que seréys presas, porque cada tarde passan por aquí gentes suyos.

–Pues por la caridad, padre –dixo la reyna de Antiocha– que deys manera como nos librásemos d’este peligro, que en lo que por estas señoras se hiziere no será afán perdido.

–No ay otro remedio –dixo el hermitaño– sino procurar de yr encubiertas por este monte hasta una pequeña villa que dos leguas de aquí está, donde podría ser /225-rº/ hallar algún remedio para vuestra necesidad.

–¿Dos leguas dezís, padre? –dixo Florisbella–. ¡Quién llegara allá en la vida!, que, según estamos, ya no podemos tenernos en los pies.

Y diziendo esto, mirando al hermitaño mancebo, víanle llorar tan tristemente que parecía que el cielo y la tierra le fuessen enemigos.

–Grande es vuestra tristeza, padre mío –dixo la bella Persiana–, que tanto lloráys en tiempo que teníades necesidad de darnos consuelo. Esforçaos, que el soberano Señor con pocas lágrimas perdona grandes hierros, y no os entriztescáys tanto, que parece que confiáys poco en su misericordia.

–¡Hay de mí –dixo el hermitaño–, que no ay lágrimas que basten para emendar el hierro que yo padezco, y si estas no me socorriessen, días a que mi fin sería llegado a buen puerto!

–¿Llegamos –dixo Sirena– para consolar este hermitaño?

–Otro consuelo avía él menester –dixo Aurora–; mas agora sirvamos al tiempo y pónganos en este poblado; que después llore hasta que se contente.

Y con esto les ruegan que las guíen, y los hermitaños muy contra su voluntad a lo que mostravan lo hizieron. Mas no avían andado un trecho, que en el camino toparon un cavallero muerto que tenía tres heridas grandes. Estava armado de todas sus harmas, que negras eran, y en ellas cinco águilas blancas que con un grifo parecían hazer batalla.

–Este cavallero –dixeron los ermitaños– deven de aver muerto estos traydores que yo os dezía, que según por él parece no á mucho que deve de ser muerto. Bueno sería si os pareciesse que

⁷⁹⁷ Este episodio aparece relatado en el capítulo 49 de la *Primera Parte*.

⁷⁹⁸ *ottos*.

de sus armas me armase, que para acompañar mugeres mejor sería que estos embaraçosos ábitos.

No pudiera ser tan gran tristeza que no se bolviesse en risa, viendo dezir aquello al hermitaño; y aunque las damas dissimularlo quisieron, mas no fueron parte para no reýrse de gana. Y Belinda, que más niña hera, le dize:

–¿Para qué hos queréys harmar, padre mío?, que más nos aprovecharían vuestras oraciones, según soys de devoto, que vuestras harmas. No hos metáys en esse trabaxo, que haze mucho sol y os ahogarán.

–Como quiera que sea –dixo el hermitaño–, yo quiero armarme, que más honra por las armas nos harán en esta tierra. Y este mi compañero, en el entretanto, pues no podéys yr a pie, dándole alguna joya vuestra yrá a la villa y traerá de comer y algunas bestias en que podáys yr,

–Por el postrer consejo –dixo Persiana–, que me parece bueno, se á de seguir también el primero.

Entonces el hermitaño tomó el cavallero muerto muy ligeramente en los braços y, metiéndose con él entre una espesura de çarças, desde a poco salió harmado de sus armas, aunque no muy bien, porque como los vestidos que debaxo de los ábitos traía no estuviesse[n] muy a propósito, no assentav[a]n⁷⁹⁹ bien, y fue para ellas otra nueva risa. Entonces Florisbella y Sirena llegaron ha apretarle los correones, aunque, como no tuviessen llave ni martillo con[v]eniente⁸⁰⁰, sino alguna piedra, muchos chodos se quedavan desclavados.

–¡Gentil fantasma es esta! –dixo Belinda ha su madre en lengua persiana porq[u]e⁸⁰¹ el hermitaño no la entendiesse; mas él sabía la lengua tan bien como ellas, aunque disimuló.

–Callemos –dixo Persiana–, y sáquenos d’este trabaxo, que ellos llevarán su parte.

Con esto el hermitaño fue acabado de harmar y ciñose la espada; y echándole [el] primero la bendición, como era su costumbre, que hera un ermitaño sancto, y al compañero dize qué le parece que se vaya luego a la villa a traer alguna cosa para comer y lo que conviniere.

–Denme recaudo –dixo el hermitaño viejo–, que estas señoras no querrán comer de lo que yo allegaré de limosnas.

Entonces Florisbe[l]la le dio un braçalete suyo que cierto valía más que la villa, y el buen hermitaño se partió a más andar para ella.

Y en el entretanto todas /225-vº/ las damas se metieron más en el bosque hasta hallar, junto el camino por donde el hermitaño avía de venir, un hermoso campo con una graciosa sombra al un lado, donde en diversas cosas començaron a platicar. Mas no estuvieron mucho quando por el campo vieron entrar dos valientes gigantes con hasta diez cavaller[o]s⁸⁰² en su compañía, todos armados de frescas y lucientes armas en muy hermosos cavallos, sus lanças en las manos. Y como luego

⁷⁹⁹ *assentaven.*

⁸⁰⁰ *conneniente.*

⁸⁰¹ *porqne.*

⁸⁰² *cavalleres.*

descubrieron la compañía de las damas, los gigantes, mandando esperar sus cavalleros, se vinieron para ellas, que les causó tanto temor como la muerte. Pues como junto d'ellos emparexassen y uno dio una gran boz, que por todo el campo resonó, diciendo:

–¡O, Júpiter! ¡Si yo no me engaño, veo la(s) más hermosa aventura que el mundo tuvo, que esta es la falsa infanta Persiana, que agora no se librá de la muerte, pues mis tíos fueron a su ca[u]sa tan falsamente muertos!⁸⁰³

Y diciendo esto se vino para ella que, oyéndole, dio grandes gritos. No salta assí el lebrél a la caça como a esta ora el amado hermitaño, que es cierto que en dos saltos, aunque lexos estava, fue con él. Y como se metiesse mucho no pudo herir a él, sino al cavallo; cortole todo por los pechos, dando con él y con su señor en el suelo. De la caída perdió la lança de la mano; tomola el buen hermitaño, más usado a esto que no a rezar, y con la pujança de Marte la tyró al compañero, que sobre él venía. Aquí fue visto su extremo, que no le defendiendo el escudo ni el arnés, la mitad de la lança pasó a las espaldas, dando con él muerto a la otra parte. Y como la yra se le alterase, antes que el otro jayán levantarse pudiesse le hirió encima de una rodilla, que, cortando la mayor parte de la pierna, quedó d'él poco receloso.

Mas a esta sazón eran con él los diez cavalleros de los gigantes que, encontrándole algunos d'ellos, le hizieron ahinojar. Mas como él fuesse tal, hallando par de sí el cavallo del gigante, saltó en él muy ligeramente. Flaco y desbilitado está, mas no los teme mucho, que no es usado [a] aver temor, y con tanta pujança haze su batalla que las princesas mil vezes están santiguándose, no osando dar cré[di]to a lo que sus ojos vían.

–¿Qué os parece, señoras –dixo Florisbella– de tal hermitaño? No querrá que burlemos más d'él.

–Ciertamente –dixo Persiana–, o lo causa nuestra necesidad, o el aprieto en que yo más que todos me he visto. Mas don Belianís ni mi hermano no son tales cavalleros, y esto yo se lo combatiré.

–Ciertamente –dixo Sirena–, quando le vi llorar tanto no tuve d'él buena esperança.

Y con esto miraron por la batalla y vieron de los cavalleros caídos la mayor parte. Y a menos de media ora quedaron solos dos, que con huyr quisieron escapar las vidas; mas el buen hermitaño, que mejor cavallo tenía, antes que saliessen del prado los dexó muertos. Y es cierto que en esta ora sobre lo natural de sus fuerças obró el peligro en que las princesas estavan, que él quedó

⁸⁰³ En la *Primera Parte* se narra cómo Persiana fue casada contra su voluntad con Galanio de Antiochía, primo del gigante Fierastón. Ambos murieron a manos de don Belianís y Persiana pudo por fin contraer matrimonio con el duque Alfrirón, quedando el gobierno de Antiochía en manos de Damartino del Valle. Tiempo después el gigante Tramolcano intenta restituir en el poder a los parientes de Galanio, pero don Belianís lo mata en combate y, con la ayuda de don Brianel de Macedonia, devuelve el trono a Aurora, su legítima heredera, cuyo padre había sido asesinado por Galanio tiempo atrás.

tan cansado que apenas se pod[í]a⁸⁰⁴ tener sobre el cavallo. Vínose derecho para las princesas; mas ellas no aguardaron a esso, que, tomando las faldas en las manos, dieron a correr para él, cada una queriendo ser la primera que le abraçase. El hermitaño se quiso apear, mas fuele hecho el más alto favor que se vio jamás, que Florisbella le tuvo el estribo y Sirena la rienda; Persiana, Belinda y Aurora le tuvieron en braços al apear, y muy presto le quitaron los correones del yelmo. Y Florisbella le fue a abraçar, que como el calor le huviesse dado colores, a la ora le conoció, y dio una gran boz diziendo:

–¡Ay, mi señor Sabiano de Trebento! ¿Y qué es esto que veo? ¡Tal aventura para nosotras es bien que estuviesse guardada!

Y con tan súpito plazer, fuera de s[u] acuerdo quedó entre sus braços. Todas con lo que la princesa dixo miraron más por él, que, como le conociessen, ningún pesar se les acordó. Abraçáronse todas con él, que bivas lágrimas d[er]ramava⁸⁰⁵. Parecía, si alguno lo viera, que alguna fuerça le quisieren hazer. Tornó en sí Florisbella, y al denegrado hermitaño to[r]na a abraçar mil vezes, diziendo:

–¿Qué es esto, señor mío? ¿Es posible que nadie bas- /22[6]⁸⁰⁶/- tase hazeros tomar tan cruel vida? Bien avéys hecho en tomar las armas, que, demás de nuestra necesidad, vuestra la nuestra es vuestra, y lo será mientras biva, que vuestro hijo Soriano con su esfuerço defendió vuestra causa.

Y en aquel prado se sentaron con él y le contaron lo que pasava de su esposa quanto de las guerras sucediera, cómo Sirena yva [c]a[s]ada⁸⁰⁷ con Periano; que, sacándole de su acuerdo tales nuevas, de rodillas se puso, dando gracias a Dios, que tan grandes mercedes y assí tan juntas le huviesse hecho; pide a las princesas las manos, diziendo:

–Mis señoras, no tengáys miedo de perder los príncipes, que cavallero que tan alto bien le estava guardado no es posible que pesar ninguno le pueda suceder.

D’esta manera estuvieron más de tres oras esperando al compañero, que, viéndole tardar, Persiana dize:

–Cierto, señor Sabiano, quando vi yr a vuestro compañero por esto que avemos de comer, mucho me pesó, que, pareciéndome que avía de tardar, quisiera que vos, como más mancebo, os comidiéades al trabaxo, y no fuera yo la que más en ello huviera ganado.

–No entiendo esso que dezís –dixo Florisbella–, que parece que tenéys pensamiento que á de bolver. No lo creáys, que alguna mala aventura le avrá acontecido en el camino. Por esso, recojámonos d’estos cavallos y démonos priessa a yr nosotras a buscarle.

–Peor sería esso –dixo Aurora–, que según yo tento la hambre, apenas lo podré esperar.

Entonces tomaron quatro o cinco cavallos de aquellos que por allí quedaran y, metiéndose

⁸⁰⁴ *podría.*

⁸⁰⁵ *dreramava*

⁸⁰⁶ *229.*

⁸⁰⁷ *sacada.*

más en la floresta, atalayaron por ver su venida. Porque, como el hermitaño se diesse priessa por llegar presto a la villa, le sucedió lo que en el siguiente capítulo os será mostrado.

Capítulo 53: De lo que avino al valiente Sabiano de Trebento en la libertad de los príncipes don Belianís y Perianeó y M[i]trídano⁸⁰⁸.

No avía andado una milla en buen viejo hermitaño, con harto deseo de bolver con el recado a que yva, quando encontró con otro de aquellos gigantes, que con el que ellas avían encontrado venía; el qual, con una furiosa boz le dixo:

—¿Dónde vays vos por estas partes? No tengo mandado que salgáys d'esta tierra; tomalde, mis hombres, y llevadle preso a mi castillo de la torre.

Sus cavalleros travaron d'él con tal fuerça que dieron con él de ojos en el suelo; y como llevase en la mano el braçalete de Florisbella, por tenerse le dexó caer en el suelo, que, como viessen cosa tan rica, como aquel que de gruesas y orientales perlas y piedras estava cercado, le dieron al gigante. El qual, maravillado de verle, al hermitaño pregunta dónde huviesse avido aquello.

—Señor —dixo el hermitaño—, en este camino en días pasados me le dio una donzella que fatigada de la mar venía por su devoción, que no tenía otra cosa que darme, y díxome que con su valor podía hazer una casa de devoción. Y faltándome la sustentación para mí y un compañero yva a buscarlo sobre él a la villa. Y si a vos parece tan bueno, tomadle y dadme alguna cosa que comer, que yo de poco os puedo servir preso.

No sé si el valor de ver tan rica joya o algún particular instinto movió al gigante a una manera de apiadarse del hermitaño, y a sus hombres dize que se vayan con él al castillo y le den lo que pide. Y él se fue tras ellos en su seguimiento.

Pues agora sabed que el barco donde don Belianís y Perianeó y Mitrídano venían dio través en una escala de la costa, y ellos solos se escaparon venturosamente a nado. Perdieron Mitrídano y Perianeó sus espadas, mas don Belianís, que quería la suya otro tanto como la vida, salvola con harto trabaxo. Y valioles, que como aclarase un poco vinieron /226-vº/ a valeroso en las penas, y alegres de verse de tan grave peligro escapados, dieron de rodillas gracias al que particularmente favorece a todos. Y don Belianís dize:

—Cierto, señores míos, yo he escapado otras vezes de grandes peligros, mayormente caminando la buelta de los citas o tártaros, donde estuve en una peña metido en la mar⁸⁰⁹; mas no fueron yguales a este presente, que la pena de vuestro trabaxo sentía más que mi muerte, que no es pena la que se pasa donde ay otra cosa que temer sino a la muerte propria.

⁸⁰⁸ *Matrídano.*

⁸⁰⁹ Aventura relatada en el capítulo 15 de la *Segunda Parte.*

–Señor –dixo Perianeó–, por razón esso avía de acrecentar más la pena en nosotros, pues solo el temor de vuestro daño importava más que la pérdida de nuestras vidas.

–Bien está todo esto, mis señores –dixo Mitrídano–, mas por agora no sería malo saber en qué parte estamos, para socorrernos en esta necesidad.

–Esperemos un poco –dixo don Belianís–, que a la ventura derrotará por aquí alguna nao d’esas nuestras, y de allí nos podríamos valer para esta mala fortuna que no nos á dexado qué vestir.

No les pareció malo el consejo, y sentáronse todos sobre las peñas mirando la mar, que todavía andava alta, platicando del peligro de las princesas, que sentían en el alma, aunque ser el galeón en que yvan tal les consolava mucho. Mas, aunque estuvieron más de quatro oras, no vieron cosa ninguna. Y, como la hambre a los que de la mar salen sea muy penosa, dávalos pena, y acordaron que Perianeó se quedase allí, y que ellos yrían a buscar algo que comer. Mas, no lo queriendo él otorgar, convínoles yrse todos juntos. Y aunque mal husados a caminar a pie y descalços como penitentes, se metieron por aquellos breñales adentro hasta salir a un espacioso llano, donde vieron venir un gigante con algunos cavalleros. Con ellos venía un viejo hermitaño, no poco cansado de seguir a pie tras los cavalleros. Era el mismo que por la comida para las princesas yva. Ellos se qui[si]jeran apartar, que conocían la condición de los sobervios jayanes, mas emparejaron con ellos.

Muy presto conociolos a todos a la ora el gigante, que muchas vezes los viera, y como él ya supiese que Perianeó era christiano y(r) aun de Persépolis le huviessen llamado para la rebelión que contra él se pensava hazer, vínole una imaginación al pensamiento: que, si él los prendía, podría ser rey de Persia, que, como en la primera parte d’esta historia vos contamos, eran estos gigantes parientes del soldán. Y, aunque él era valiente y tenía consigo hasta seys o siete cavalleros, no se atrevió a prenderlos, assí porque se temía de don Belianís, que traía espada, y sabía bien cómo d’ella se aprovechava, como porque no los quería él matar, sino prender. Y no menos los conoció el hermitaño, mas no osó hablar palabra. El gigante, por más encubrir lo que pensava hazer, les dize:

–¿Soys d’esta tierra, hombres, o cómo vays assí, tan mal parados?

–Señor –dixo Mitrídano–, andando en un barco a esta costa se nos hizo pedaços, y a gran afán avemos escapado las vidas.

–Mucho me pesa d’esso –dixo el gigante–, que me vi yo otra vez en otro tal peligro, y siempre querría socorrer a los que d’él escapan. Por esso, si queréys comer y algún vestido para pasar adelante, aquí se os dará.

–De ninguna cosa agora tenemos más necesidad –dixo el troyano–, y aceptamos la merced, que no seremos parte para servirla.

Y con esto entraron en el castillo, que cerca estava, en el qual los príncipes entraron harto descuydados. El gigante, fingiendo hazer poco caso d’ellos, dixo a sus hombres que les diessen allí de comer, y él se subió arriba. Y dende a poco los hombres los llamaron que se entrasen a comer. Y,

porque pareciesen hombres de piedad, al hermitaño una bestia y buen recado para comer le dieron, abriendo el castillo para que se fuesse. Los príncipes, a quien mandava más la hambre que el temor ni recelo, se entraron en una sala baxa como tinelo*; que no fue acabado de hazer, quando los hombres se salieron y una puerta colgadiza de yerro dexaron caer, dando grandes bozes que ya eran pressos.

Bien las oyó el hermitaño, que por el çaguán salía, /227-rº/ y no se alborotando pasó la puente por poder avisar a las princesas del peligro.

El bravo y furioso Periano, que assí se vio preso, nunca yqual pesar sintió, mas don Belianís le dize que no se congoxe, que aquellas cosas para los cavalleros eran muy ordinarias, y que esperasen a ver lo que sucedería, que sabido quiénes eran no sería menos sino ser amigo de alguno de todos el que assí los tenía presos. Pues a esta ora, a una ventana asaz alta se para el gigante, y con él otro, al parecer más moço y rebusto, que les dixeron:

–¿Creheréys aora, cavalleros, que no soys en esta tier[r]a conocidos, donde por el principio podréys conocer bien claro la voluntad que os tienen? Porque sabed que aquí pagará don Belianís la muerte del dudado rey de Chipre, mi tío, que en Persépolis mató, con los demás daños a este reyno hechos, y Periano la deslealtad de aver negado a sus dioses y hecho paz desonrrada con su enemigo sin voluntad de sus reynos. Y, aunque Mitrídano no tenga tanta culpa, por la compañía no dexará de pasar por lo que ellos. Por lo qual sabed que, si don Belianís no me da luego la espada, yo os dexaré aý morir de ambre, que a mí de derecho el reyno de Persia pertenece.

Turbáronse los príncipes de verse conocidos; mas Periano, que más impaciente era, le dize:

–¡O, falso traydor, desmesurado, ya te conozco, que eres hijo de aquel malvado Balurián⁸¹⁰, que también con traición quiso matar al califa, mi padre! Sábeta que no solamente no te daremos las armas, pero aun con ellas te quitaremos las vidas tuya y d'essos malvados compañeros tuyos.

–Bien sosegados estáys para teneros yo en mi poder –dixo el gigante–. Mas, pues que no queréys por agora otra paz, quedaos a la mala ventura, que cedo espero veros con más paciencia.

Y con esto se quitó de allí, dexando a los príncipes con el pesar que se os podrá dezir.

El hermitaño, que vio el mal recado que de los príncipes se avía echo, se dio la priesa posible, fatigando el rocín por llegar donde le esperavan las princesas; que, como por él estuviesen atalayando, viéndole venir de lexos grandes gritos se dieron, que cierto nunca pensaran que tanto venida de naide desearan. Sabiano de Trevento le ayudó a apear, y aunque manteles ni otro recado de mesa no huviesse, ni aun los manjares fuessen muy delicados, como ninguna tuviese astío comieron mejor que en Costantinopla. Y Florisbella al hermitaño dize que si le acía acaecido algo, que tanto se avía detenido; que, si no fuera por Sabiano de Trevento, ellas fueran muertas, contándole quanto les

⁸¹⁰ El gigante Balurdán estaba a cargo de un castillo encantado al que Periano fue conducido con engaños; allí se vio atrapado en una trampa urdida por el sabio Silfeno, de la cual se libró gracias a la intervención de don Belianís y otros caballeros como Arfileo o Contumeliano de Fenicia. Este episodio se relata en el capítulo 52 de la *Segunda Parte*, pero en él no interviene el soldán de Persia.

aviniera. No quiso, como sabio, el hermitaño mientras comían darles desasosiego ninguno. Mas, como acabaron de comer, él les dixo que supiesen cómo le avían tomado el brazalete, y que avía estado en términos de quedarse preso en poder del temido Bradalián.

–Si no es más d’esso –dixo la princesa–, no os fatiguéis mucho, que nunca tuve joya que tanto me valiesse.

–Pues aún más á valido que pensáys –dixo el hermitaño–. Por esso, tened paciencia, y contaros he el más estraño caso que jamás avéis oydo, que será menester que el soberano Señor nos ayude de su mano.

Entonces les contó de la suerte que a los tres príncipes topara y lo que en el castillo les avía sucedido, y cómo quedaban presos. Aquí fue el pesar doblado, y las princesas sus rostros bañaron de espesas lágrimas, aunque por una parte eran contentas en saber que de la mar escaparan sin peligro. Muchas cosas sobre su remedio se platicavan, que los atribulados son varios en consejos, porque ninguno ay tan firme que le pueda bastar a segurarles el temor. Mas el buen Sabiano de Trebento acertó en uno que, aunque peligroso, todos se conformaron, y fue que, pues ya la noche se venía cerrada, que todos se fuesen hasta un bosque que junto al castillo se hazía, y que otro día él con los ábitos, armado debajo de sus armas, yría a bolver el rocín que el ermitaño traxera, porque él de aquellas gentes era bien conocido; y que, si a él le abrían, a la ventura les pesaría d’ello; y que, en el entretanto, ellas se quedasen escondidas en el bosque, que si a él le prendían importava poco, y si no, que él sería presto con ellas. Y con esto, tomando de los cavallos de los cavalleros /227-vº/ muertos, de noche caminaron hasta el bosque, donde se escondieron todos.

Y venida la mañana, el buen Sabiano, espejo de la nobleza de sus tiempos, se vistió sus ábitos sobre el arnés, y el yelmo metió en la cesta que el hermitaño traxiera. Y a pie se metió la buelta del castillo, que a ojo estava, aviéndole las princesas dado mil abraços, rogando a Dios que le guiasse en tan peligrosa jornada. Y él se fue de espacio, por no desalentarse, hasta llegar a él. Y eran dos horas antes de medio día quando tocó a la aldaba del castillo. Y fue venturoso, que el jayán Bradilián estava a la ventana, viéndole venir. Y, como él estuviesse bien contento de la presa que tenía, en toda la noche avía podido dormir sueño, y en alta boz le dixo:

–¿Qué quieres, que tanto as madrugado?

–Señor –dixo Sabiano–, mi padre, el hermitaño, os besa las manos por la limosna que le hezistes, y mandome tornar esta bestia y este recado que le dieron.

–Sea en buena hora –dixo Bradaliano.

Entonces le mandó abrir y que subiesse donde él estava. No ay enamorado, por mucho que la locura suya le tenga abrasado, que con tanta atención espere el abrir de la puerta en la cerrada noche, que estava Sabiano como el lebrél que á visto la caça y no le dexa salir el montero porque vaya concertadamente por la parte que conviene, que entre sí se desazía, cuydando que no le avían de abrir. Mas como en esto su deseo ya se cumpliesse, entró en el castillo, y diziéndole que el gigante le

llamava, él subió arriba, diciendo:

–Señor, el hermitaño me dio un yelmo que os dicesse, el qual dize que le dexó allí un cavallero y que, pues voz le hazéys tanta merced, que os sirváys d’él.

Entonces le sacó de la cesta y, poniéndosele en la cabeça, tiró por los ábitos, que bien diestramente traía puestos para aquello, y quedó armado de todas las armas. Fue esto tan presto que casi no advirtieron d’ello, que él era muy conocido en el castillo, hasta que en alta boz dixo:

–¡Muerto[s] soys, traidores, si no me bolvéis los cavalleros presos!

Turbose Bradaliano de ver semejante cosa y quiso arremeter con él por cogerle entre los braços; mas la justicia divina era llegada sobre él, que Sabiano le hirió de una punta que el un tercio de la espada pasó a las espaldas.

Aquí se dan grandes gritos de «¡Trayción!» por el castillo. Todos se acogen a las armas. Al hijo de Bradaliano le fue dicha la muerte de su padre, y él y seys cavalleros se cerraron en un palacio por armarse. ¡O, furia caliginosa, la que a esta hora entró en el corazón de Trebento! Si el historiador no nos engaña, mientras estos salieron, onze cavalleros y veinte y cinco villanos pasó a cuchillo, que aunque algunas heridas le hizieron, no las siente.

A esta ora salían el gigante con sus cavalleros, de que Sabiano se receló algún tanto, que sin duda estava tan flaco que a gran maravilla esta hazaña fue contada, no porque su animoso ser no bastase a todo, mas porque las fuerças corporales estavan muy consumidas. Mas pasó sobre ellos, que tan enojados venían que casi no le devisan, y con ellos en una encendida batalla se rebuelve, en la qual con grandíssima pujança era combatido, porque el gigante era valiente, y con él era su particular batalla. Mas no los estimara mucho si a esta hora, por darle un golpe, desviándose el gigante no diera en un pilar de piedra, donde la espada se le hizo tres pedaços. El gigante se fue a abraçar con él, porque en el entretanto los suyos le matasen, mas con el puño le hirió Sabiano en la vista, que medio estordecido dio con él a la otra parte; y, sacudiendo de sí los otros que sobre él llegaron, como armas por allí no faltasen, tomó una hacha de un villano. Era él otro Marte con ella; de dos golpes, dos cavalleros derribó muertos, y desviándose del jayán hirióle sobre un hombro con tanta fuerça que, cortando el armadura, la hacha entró hasta el hue[s]o⁸¹¹. Vino al suelo tal como muerto, que no bivió una hora. Dos solos quedavan, que quisieran huyr, mas pasaron por donde los otros. Es cierto que en to- /228-rº/ -do el castillo no quedó hombre bivo que, como robadores, no avía entre ellos sino gente de armas, y las mugeres tenían en Rocabella, que otra fuerça tres leguas de allí era.

Quedó d’este hecho tan desmayado Sabiano de Trebento que, hincándose de rodillas para dar a Dios las gracias de la vitoria, no se pudo levantar, y se estuvo más de media hora fuera de sí, encomendando su alma a Dios, que la vida ya la tenía por perdida. Mas pasado el desmayo, oyendo a

⁸¹¹ *hueco*.

la puerta dar grandes golpes, se puso a la ventana; y viendo a las princesas, que oyendo el ruido de la batalla no se avían querido quedar en el bosque, sino venirse, determinadas a qualquier peligro, les dize:

–¿Qué es esso, señoras? ¿Queréysme tomar el castillo? Pues atendedme, que yo baxo a defenderle.

Conociéronle las princesas con el alegría que pensarse puede, y atendieronle, que no fue tan presto como cuydara, que tenía dos heridas en la pierna y hubo de baxar de manos por la escalera, y apenas pudo abrir la puerta. Que, como las princesas entrasen, él se sentó tan desmayado en el suelo, corriendo d'él tanta sangre que le tuvieron por muerto. Mucho querían las princesas a sus hermanos y maridos, que presos tenían; mas esta fue una particular muestra de gran amor de Sabiano: que, sin preguntar por ellos, corrieron todas a él, bañáronle el rostro con espesas lágrimas. Todas traían reliquias y piedras de virtud; cubrieronle d'ellas, restañándole la sangre. Buen lugar era este para morir un tal cavallero a quien esperaban los ángeles, según su vida y obras podían dar a entender; porque Florisbella y Sirena le tomaron por una parte, y por la otra, Belinda y Aurora. Y Persiana subió con el hermitaño por el castillo a buscar si avía alguna cama donde acostarle y recado para curarle; que hallando cumplimiento de todo, espantados de ver tantos muertos, bolvieron por él, y allí le curaron, no mal, que, como atrás os contamos, Persiana y Aurora heran en tal caso las más diestras que se hallasse. Y cerrándole las ventanas, algo sospechosas de su vida le dexaron por yr ha buscar a los príncipes a la parte que el hermitaño les dixera que con traición los avían metido. Y aunque no atinaron bien, llegaron a la ventana por donde el gigante avía hablado. Y no pensando que aquella fuesse, Florisbella se puso a mirar. Los príncipes c[u]ydaron⁸¹² que el gigante fuesse, y Periano le d[i]ze⁸¹³ si tenía determinado de darles de comer, que no p[or]fiasse⁸¹⁴ en pedir las harmas, que aquellas supiesse que no se las avían de dar.

–Si queréys comer –dixo la princesa–, dad las armas, pues no tenéys otra prenda. Si no, sabed que es escusado, que en esta tierra no fían a nadie.

Disimuló la princesa la boz, y los príncipes tenían tanto enojo que no la conocieron. Y don Belianís le responde que hazía mal; que, puesto que con trayción los huviesse prendido, hera obligado a darles de comer y no dexarlos morir de hambre; y que, si no quería aquello, que le dexassen salir a él solo y que si él muriesse ganarían más honrra y perderían el nombre de traydores.

–Muy valiente pensáys que soys –dixo Florisbella–. Pues yo quiero entrar allá sin harmas, si me aseguráis, y a la ventura haremos mejor nuestros partidos.

–Baxad en buen hora –dixo Mitrídano–, que nosotros os aseguramos.

Con esto las princesas baxaron corriendo a quien más podía hasta llegar a la puerta, la qual

⁸¹² *cnydaron.*

⁸¹³ *deze.*

⁸¹⁴ *profiasse.*

con las llaves de la puerta del castillo abrieron, y dieron bozes a los príncipes que saliessen fuera. Y no siendo en aquello muy perezosos salieron a lo claro, donde, viendo a las princesas, ¡quién contara su turbación! Quedaron atónitos, no sabiendo si soñaban. No se les hizo ha ellas muy de mal abraçarlos descalços y con solas las camisas muy mal tomadas; de la agua de la mar las colores tenían muy perdidas. Dexó caer don Belianís la espada y, abraçando a Florisbella, dize:

–¿Qué es esto, mi señora? De tal peligro /228-vº/ justo era que con tales manos fuésemos libres.

Florisbella, que llorando de verle tal estava, le dize:

–Sabed, señor mío, que avemos hecho más de lo que cuydáys, que por nuestras personas avemos ganado este castillo.

–No es mucha maravilla essa –dixo Perianeó–, aunque fuera todo el mundo.

Tomáronse todos por las manos y saliéronse al patio y, subiendo a lo alto, fuera de su acuerdo quedaron viendo tantos muertos y con tan crueles heridas.

–¿Quién a hecho esto, señoras? –dixo Perianeó–, que esta crueldad no es obra de vuestras manos.

–Bueno sería quitarnos la gloria de nuestro vencimiento –dezía Sirena muy riendo–, que en este castillo no ay sino nosotras.

–Agora, por amor de mí –dezía don Belianís–, que no nos tengáys tan suspensos, que basta que estamos desnudos.

–Por mi fee –dixo Belinda–, que si no son dos hermitaños y nosotras, que otra persona no entró en este castillo.

–Veamos el otro hermitaño –dixo Perianeó–, que el ábito no haze al caso; aunque, si es tan viejo como este, poco socorro sacáramos d'él.

–Assí lo cuydamos nosotras –dixo Florisbella–, y, si no fuera por él, nosotras y todos fuéramos muertos.

Entonces ellos tomaron algunos vestidos, y las princesas les contaron quanto les aviniera; que, como oyesen dezir que el hermitaño era Sabiano de Trebento, preguntaron por él, con gran agonía por verle.

–No sé si le costará la vida esta jornada –dixo Persiana–, según las heridas que tiene. Por agora no conviene visitarle, que qualquiera alegría le daría alboroto.

Mucho pesó d'esto a los cavalleros, y temploles gran parte del plazer que tenían su mal.

Y con esto buscaron de comer por el castillo, donde buenamente se puede creer que las damas, sin poner escrúpulos de sus estados, adereçarían la comida para todos. Y d'esta manera estuvieron algunos días curando el buen Sabiano de Trebento, con el qual don Belianís estava el más alegre de la vida. Cada día salían armados el uno o dos d'ellos a ver si arribarían a aquella parte algunas de sus naos; y no les salió muy al revés, que en una playa baxo del castillo dos leguas

llegaron quarenta y cinco velas, y tuvieron nueva que la demás armada y galeras avían estado más baxo, y que yvan esperando las naos. Y con esto, ya que Sabiano de Trebento estava en buena disposición, muy contentos todos de la hermosa aventura que les sucediera, se metieron en las naos. El viejo hermitaño se fue con ellos, que no se tuvo por seguro en aquella tierra. Y allí le vino a besar las manos Soriano de Trebento, su hijo, y todos los principales cavalleros de los griegos, que no menos que a uno de sus príncipes le querían.

Y assí, con próspero viento y juntándose toda la armada ecepto la nao en que Belflorán yva, que por entonces no se supo d'ella, se llegaron en Persia, al puerto de Nicovela. Y puesto que los moradores en alguna manera estuviesen alborotados sabiendo que allí venía su príncipe, mostraron alegría. Y con tal fue recibido en la villa de todos los moradores, los quales dieron luego nueva a Persépolis, haziéndoles saver lo que pasava y cómo en la armada venía don Belianís, y que no convenía mostrar mudança. Toda la ciudad y el reyno con tales nuevas se espantaron, y no solamente cesó la rebelión, pero aun prendieron a muchos que aquello avían dado causa. A todos los quales, llegando el soldán, muy beninamente perdonó, lo qual no solo le dio nombres de excelentes, pero aun fue causa de bivar toda la vida pacífico. Y como todos los grandes conociessen a Salisterno, no menos era d'ellos querido que si legítimo erederero fuera.

No se quiso tan presto partir don Belianís, a ruego de la emperatriz Sirena, su hermana, porque [e]stava⁸¹⁵ preñada, y no le dará aquel pesar, entreteniéndose en la corte con grandes fiestas, puesto que la cavallería la embió toda delante con Sirendos de Frisel y el duque Armindos de Tevas, su padre. Y él se quedó con Sabiano de Trebento y Soriano y los demás cavalleros /229-rº/ principales hasta tanto que Sirena parió una hija y un hijo juntos, que no dexaron de ser en el mundo estremados, sobre cuya subcesión con Salisterno, su hermano, grandes desasosiegos pasaron. A la hija llamaron la bella Bergelina, aunque después por sus condiciones fue llamada “cruel bella”, y al hijo llamaron don Policertes, con cuyo nacimiento fueron todos en extremo muy alegres, y más su padre, que luego dio horden cómo ninguno de aquellos que no eran christianos no comunicase con los que los criassen, deseando que en quanto a ser bien dotrinados en la fe ninguno les hiziesse ventaja.

Y para que las cosas fuessen más alegres, les vino nueva cómo Belflorán avía llegado al puerto de la Salbiena, y que de allí avía buelto su camino hazia el norte, sabido que Persia estava pacífica. Fueron d'esto muy alegres, que en lo demás ya sabían de su condición que no dexaría las aventuras tan presto. Don Belianís, llevándose consigo a Salisterno, se partió para Babilonia, con hartas lágrimas de su hermana y aun de Perianeó; a la qual llegó, estándole esperando los más altos recibimientos y triumphos que jamás fueron hechos a nadie. A donde, dándose a la governación, començó otra nueva horden de vida, no tan apazible como la pasada. Tuvo luego una hija que, no

⁸¹⁵ *astava.*

siendo menos hermosa que su madre, fue llamada Pinabela, de la qual la parte d'esta historia que de los hechos de Belflorán trata cuenta estrañas cosas.

Por agora, cúpleme dexar a todos estos príncipes y aun quantos partieron de Grecia, que todos en salvamento llegaron. Solo querría dezir de aquel bravo Furibundo que no quiso residir en África; antes como fuesse mancebo y deseoso de ganar fama, se partió a buscar sus aventuras. Mas la necesidad d'él y de todos me haze olvidar por bolver en busca de Belflorán, con quien se sigue la mayor parte d'esta historia, que ha pieça que d'él nos olvidamos.

Capítulo 54: De lo que subcedió a Belflorán en Praga con la bella Rosaliana y sus contrarios.

Con el claro sol veo ya, poderoso señor, que los ñublados del alma desaze de vuestra vista el deseado puerto para donde he caminado por este océano de hazañas. No veo lo que a los otros hystoriadores les suele aguardar al puerto de sus trabajos, porque no solamente no descubro persona que me aguarde ni quien se alegre de mi llegada, ni veo corona ni guirnalda de flores, ni aun de roble por la perseverancia en mis trabajos, pero veo la tierra seca, mal parada, con grandes aberturas a cada parte. No me espanta tanto esto, que en fin es proprio de mi co[s]echa⁸¹⁶ hallar mal pago de mis trabajos, como que más dentro en la tierra, a la parte que yo cuydava acogerme por guarida de los hambrientos murmuradores, veo gran copia de varones a mi gusto sabios, con determinación no solo de no acogerme, pero ni aún dexarne descansar por sola una hora de mis trabajos. Bien veo que no les falta razón para ello, y a la causa quise dar con esta rueda y mal compuesta obra en la cárcel del olvido, si no mirara que procedían mis trabajos de vuestro mandado; con lo qual, si no me haogo a tres pasos del puerto, daré salto en tierra firme, poniendo en mi memoria ser vuestro, a quien suplico por la atención acostumbrada, porque veamos lo que a Belflorán le sucedió.

Porque, dejando en la Salbiana toda su gente, con solo recado de gente de mar y su escudero Balisán se bolvió, bien creo yo que con intención de hallarse en Ingalaterra aun antes del plazo que por Belianisa, su señora, le fuera puesto, mudando las devisas de sus har- /229-vº/ -mas. En el escudo traía un sol por armas, y mandó a su escudero que le llamase de allí adelante “el Cavallero del Sol”. Con este nombre fue el más señalado que con quantos tuvo en su vida. Determinose de pasar su tiempo en andar las tierras de christianos, que él no viera ninguna ecepto a Grecia; y assí tornó a pasarla otra vez, y pasó por Ungría, donde a la puente del Danubio venció al Cavallero Desamorado. Y sin darse a conocer a nadie tuvo nueva cómo Bohemia estava revelada contra Rosaliana y Astrideo, y vio cómo el rey Arfileo le embiava socorro de gente. Determinose de yrle a socorrer, y alargó las jornadas hasta tanto que llegó a la ciudad de Praga, donde le dixeron cómo Astrideo tenía aplaçada batalla con el duque de Lotingia que, pretendiendo derecho al reyno, era por todos

⁸¹⁶ *coxecha*.

favorecido. No se detuvo él mucho en el camino, en todo el qual siempre encontraba mucha cavallería de la liga, que yvan a hallarse contra Astrideo en la batalla.

Y con la priesa una mañana se halló bien junto a los dos campos del duque y Astrideo, que a vista el uno del otro estaban, y avían el día antes avido un rencuentro en que Astrideo mostrara bien quién él era. Con él avía salido Leandro de Saxonia y Pandriano y don Baldín, porque todos los demás alemanes acompañaran a Claristea. Venía el buen Cavallero del Sol por los llanos de un hermoso cam[p]o⁸¹⁷ en el su cavallo *Mirador*, que bien se puede creer que no tenía el mundo otro tal; y como los rayos de Febo, que de su antigua morada salía, le diessen, y sus harmas fuessen tales, el reberverar del sol causava en su vista lo que en los cristalinos espejos causar suele. Era de entr'ambos campos mirado con atención porque, manejando el cavallo a una parte y a otra, hazíase mirar por los alemanes, que de aquello eran harto aficionados. [Él se vino derecho]⁸¹⁸ para el campo del duque y de la liga y, pidiendo la lança a Balisán, se acercó a la plaça de la guerra como aquel que, viendo el campo, bien entendía a qué parte avía de estar; y, pasando junto a la tienda del duque, fue mandado llamar. Y él se llegó assí, de cavallo, y vio muchos príncipes y cavalleros, de los quales algunos conocía él. Y dando el cavallo a su escudero se apeó, y haziéndoles su acatamiento les dize:

–El soberano Señor que rige y gobierna todas las cosas salve y guarde de traydores a tan excelentes cavalleros.

–Se[áy]s⁸¹⁹ bienvenido, cavallero –dixo el duque–, que con vuestra venida no se perderá lo que vuestro buen parecer asegura, que tanto contento nos avéys dado; y, si no rescebís descontento, dezidnos de dónde soys.

–Yo –dixo Belflorán–, soy francés de nación y vengo a buscar sueldo en estas partes; y sabiendo esta guerra, ame agrado ayudaros.

El duque se lo agradeció. Y con esto se prosiguió adelante el consejo de la guerra, porque se determinavan de romper la batalla a la parte de un llano a la ribera del río Albis, lo qual, puesto caso que era en alguna manera conveniente, no lo era así para Astrideo, porque, aunque la batalla rompiesse a causa de sus enemigos, no se poder retirar por la hondura del río avía de ser a costa de mucha sangre, lo qual él tenía por grandísimo inconveniente para señor que aún tenía el título muy claro, que de la lealtad de don Clarineo no estava él muy asegurado. Y assí, queriendo interromper aquel consejo, les dize que le parece que no ay disposición a aquella parte para dar la batalla, porque deteniéndola sus enemigos algún tanto industr[i]osamente⁸²⁰, tenían el sol contrario, y que al fin no se avían de confiar tanto en la Fortuna que no pudiesse ser lo uno o lo otro; y que, si sus hileras se rompiesen, no sería malo dexar lugar donde retirarse. Y como él en esto no tuviese respecto a los que eran de contrario parecer, vínosele la pendencia hecha a las manos, porque el duque de Albania,

⁸¹⁷ *camdo.*

⁸¹⁸ *Esse vino dio.*

⁸¹⁹ *Seyas.*

⁸²⁰ *industruosamente.*

que un cavallero asaz valiente era, le dixo:

–Vos, cavallero, ¿quién os mete a dar consejo a quien no os le pide? ¡Salíos de /230-rº/ ay, que no sería malo un cavallero francés dar consejo en Alemania en cosas de la guerra!

–Señor –dixo Belflorán–, el deseo de servir al duque me ha hecho dezir esto; mas vos soys desmesurado, que cavalleros ay en Francia que no solo bastan a daros consejo, mas no tomarían el vuestro en lo que les tocase. Y porque veáys cómo aconsejo lo que conviene, tomad este gage y veremos cuánto mejor sé yo pelear en el campo que vos aconsejar en las tiendas.

Y diziendo esto y echando el gage, viendo alborotarse la tienda, tomó su cavallo. No salió el duque assí como él pensava porque, teniéndole los grandes, al furriel del campo mandaron le prendiesse, el qual con hasta treynta cavalleros le alcançó en el llano, fuera de las tiendas. Y pensando Belflorán que él fuesse, mandó a Balisán que se desviase porque no le matasen o prendiessen. Rebolvió su cavallo sobr'ellos, donde, poniendo quatro o cinco con la lança en el suelo, con su espada hizo los más crueles golpes que fuessen en memoria de los mortales.

Al ruydo que pasava todo el campo en esquadron los estava mirando; mas los cavalleros fueron presto por tierra y, aunque Belflorán vio venir para sí gran cavallería, no se quiso yr; antes se allegó al real, teniendo pensamiento saldría el duque. De aquella entrada hizo estrañezas en armas, tanto que, haziéndose larga carrera, vio venir al duque de Lotingia, dando bozes a todos que ninguno pusiesse manos en el cavallero, so pena de la vida. Y aunque era esto harto dificultoso, bien bastó el duque a hazerlo con el respecto de su persona, y también porque vían venir el esquadron formado de sus enemigos para ellos. El duque llegó a Belflorán diziendo:

–Cavallero, vos avéys hecho un atrevimiento tal qual, aunque yo os m[a]ndase⁸²¹ quitar la vida, no me sería a tan mal cont[a]do⁸²² como dexárosla. Mas yo estoy tan aficionado ha vuestra persona que, entregándoos en mi poder, yo me obligo de hazeros amigo con el duque de Albania y perdonaros lo pasado.

–Señor –dixo Belflorán–, en el entretanto que los cavalleros tienen vida, bien es estar libres, y para perderla, mejor lugar es el campo que otro alguno. Por esso, perdonadme, que yo quiero yr a vuestros enemigos; y pésame, que yo era grande amigo de Aseberiano de la Fuente Blanca, vuestro hijo.

–Vos hazed a vuestra guisa –dixo el duque–; y mi hijo no está aquí, y si me dezís quién sois, recibiré plazer.

–Yo –dixo Belflorán– no lo tengo de negar que deseo serviros fuera d'esta guerra que contra razón defendéys.

Entonces alzó la visera del yelmo, diziendo si le conocía. El duque nunca le avía visto, mas a la hora por muchos fue conocido, que ya se hallaran en Costantinopla. Los quales, maravillados de

⁸²¹ *mendase.*

⁸²² *con todo.*

verle, con grandes bozes dizen al duque quién es; y él se apeó de su cavallo diziendo:

–Perdonad, poderoso príncipe, tan mal recibimiento, pues vos tenéys la culpa en no daros a conocer.

A esto llegó el duque de Albania y los otros principales cavalleros, que, sabiendo quién el príncipe fuesse, no le quiriendo nadie por enemigo, le veni[e]ron a pedir perdón del pasado yerro, y él los abraçó.

–Cierto, señor –dixo el duque de Alb[an]ia–, nosotros huyamos el consejo de quien por razón todo el mundo le devía seguir. Mucho me pesa que, según el deudo de Astrideo, no os pidiremos con causa vuestra ayuda.

–Señor duque –dixo Belflorán–, yo os beso las manos por la merced de vuestras palabras; y en lo demás, pues yo estoy de por medio, no quiero que con batalla se acabe este pleyto, sino que todo se quede en mi mano, pues veys que, en fin, esto es yr contra Rosaliana, que por ser muger avría de ser de todos favorecida.

No eran cavalleros de tan poca suerte que a lo que Belflorán dezía tuviessen respuesta más de dezir que lo dexavan todo en su voluntad; y porque ya la vanguardia se venía juntando, Belflorán tomó d'ellos licencia para yr a tratar aqyello con Rosaliana. Y tomando su cavallo, /230-vº/ sin consentir que ninguno con él fuesse salvo Balisán, se salió del esquadron para donde Astrideo venía, que no avía tres tiros de arco; y llegando a la delantera preguntó por Astrideo, puesto caso que conocía bien a él y a don Baldín en los primeros. El mismo Astrideo le respondió:

–¿Qué es lo que queréis, señor cavallero?, que yo soy por quien preguntáys.

–Señor –dixo Belflorán–, yo quería, si vos fuéssedes servido, que esta batalla no se diese entre vos y estos cavalleros alemanes, que yo vengo de muy lexos por estorvar esta guerra, y ya podría ser que, si hallase en vos lo que en ellos, que no fuesse en balde mi jornada.

Antes que Astrideo pudiese responder palabra, conoció don Baldín a Belflorán, y con el súbito plazer fue corriendo a abraçarle diziendo:

–¡Ay, soberano príncipe, y cómo le parece lo que todos os devemos, pues a tal tiempo nos avéys socorrido! Quedad aquí, señor Astrideo, con Belflorán, que voy a ganar las albricias de la reyna.

Saltó Astrideo a estas palabras del cavallo por yr a besar las manos al príncipe, que muy presto hizo otro tanto, y abraçáronse el uno al otro, que en extremo se querían mucho. La nueva boló por todo el campo que Belflorán estava allí, que a todos dio nuevos coraçones, comenzando con toda furia a tocar sus mi(mi)litares instrumentos. La reina Rosaliana tardó poco en venir. Cosa sería prolixa de dezir cuánto contento recibió con su vista. Belflorán le pidió las manos.

–Yo he de besar, mi señor, las vuestras –dixo Rosaliana–, pues tengo más obligación para ello.

–Quédese, mi señora –dixo Belflorán–, todo esto para después, que sabed que he tomado

sueldo de vuestros enemigos y me conviene bolver a ellos.

Entonces les contó quanto con ellos le avía sucedido y lo que dexava concertado, diziéndolos que aquello era lo que más convenía, que con rigor nunca acabarían de tener sosiego.

–Harta señal de ser esso assí –dixo la reyna– es quererlo vos, mi señor, y aquí no ay otra respuesta más de que de vuestro negocio hagáys como quisiéredes.

–Pues no me quiero detener –dixo Belflorán.

Y tomando consigo a don Baldín se bolvió al real de los contrarios, que en consejo se avían juntado, y entre ellos estava determinado de no contradezir en cosa alguna de lo que el príncipe griego hazer quisiese. Y assí fue d’ellos recebido, con el acatamiento que si fuera señor de todos. Y no le queriendo dar otra respuesta más de ponerlo todo en sus manos, él lo aceptó, y por su ruego todos los principales se vinieron con él al real de Rosaliana, donde las amistades fueron hechas y ella perdonó a los que sus vasallos eran.

Y con gran contentamiento de todos se fueron a la ciudad, despidiendo sus gentes. Y allí estuvo Belfloán veynte días, y con acuerdo de todo el reyno fue jurado por príncipe Astrideo; y se capituló que, si Astrideo no huviesse hijos, subcediesse en el estado el duque de Lotingia, y si tuviesse alguna hija, fuesse obligado a casarla con hijo mayor del duque. Y con este acuerdo, todos muy alegres y contentos por aver cesado aquella guerra, la qual se tuviera por muy cierto, no entendían sino en festejar al nuevo rey de Bohemia y Trasilbania, y más a Belflorán.

El qual, no se quiriendo detener más, él y don Baldín se partieron de Bohemia, con hartas lágrimas de Rosaliana y importunación de Astrideo de que le dexassen yr con ellos. Mas no consintieron, que su presencia por entonces en Alemania era muy necesaria.

Capítulo 55: De lo que a don Baldín y a Belflorán avino con un carro de unas damas.

/231-rº/ La buelta de España se metieron aquellos dos príncipes, determinados de yrse por tierra, y fue la causa que el mal de don Baldín crecía cada hora; y, aunque Belflorán le quería tanto, nunca la causa quiso dezir, que el maldito Amor no le daba lugar que aun de aquel remedio gozase. Atrabesaron gran parte de Alemania, y yban muy agradados de ver la gente germania, tan aplicad[a]⁸²³ a las armas y guerra. Y don Baldín le dize que aquella era su natural inclinación, como lo era otras cosas a las otras naciones, que la mejor pieça de su casa para su estimación eran las armas, como era para otros ricos paños y adereços, y que d’esto procedía aver tanta potencia de guerra en Germania, y aun también de no ser en común la gente tan rica y más inclinados a la vida libre como la de la guerra.

No me detengo en contar graves y peligrosas aventuras que pasaron, en las quales fue

⁸²³ aplicado.

menester ayudarse de todo su esfuerzo, mayormente en una donde Belflorán fue herido en un brazo y estuvo más de treynta días curándose, no muy lexos del condado de Flandes, donde, viéndose tan cerca de Ingalaterra, gran deseo le tomó de yr allá; mas, poniendo su deseo a la voluntad del amigo, no trató d'ello más de informarse qué tal llegara el rey don Serafín de Costantinopla. Y sabiendo que estaba bueno y la princesa, su señora, también, algún entretenimiento le dio. Ansí pasaron hasta entrar en Francia por el condado; de aquí yvan determinados de yr hasta París, donde el rey Astrideo estaba.

Mas una tarde que con el francés caminavan en aquellos sus cavallos, mejores que los de Apolo, por la frescura de una pradería, un hermoso carro vieron venir, el qual llevavan doze cavallos blancos. El carro era labrado por las obras muertas* de un marfil, y a trechos unas vandas de oro. El exe y ruedas parecía ser de plata; relumbrava como un christal a los rayos del sol. Alguna gente venía en su acompañamiento, mas era gente de servicio. Llegó el carro a donde ellos venían, y dentro vieron dos damas cuyo extremo de hermosura casi los sacó de sentido, mayormente la una, que no era menos sino que Venus delante d'ella fuesse fea. El carro yva de priessa, y pasó por ellos muy de corrida el mismo camino que ellos hazían. Preguntó Belflorán a un escudero quién yva en el carro, mas ninguno le respondió palabra.

–No me ayude Dios –dixo Belflorán– si no tengo de saber qué gente es esta, que de tal manera caminan.

–Hazed a vuestra guisa –dixo don Baldín–, que yo os seguiré.

Y con esto, dando priessa a sus cavallos, como tales fuessen, no pudieron los del carro caminar tanto que no los alcançasen de vista. Y d'esta suerte fueron tras ellos más de tres oras hasta que la noche se vino muy cerrada, que lo vieron entrar en un hermoso castillo, el más bien torreado y adereçado que ellos huviessen visto. Y atendiendo a sus escuderos los mandaron llamar a la puerta, mas ellos dieron muchos golpes y dentro respondieron poco, de suerte que se quedaron en el campo.

–¡Hermosa cosa es esta! –dixo Belflorán–. Veamos si este castillo tiene otra entrada.

Entonces le dieron muchas bueltas y, no hallando ninguno, se apearon. Mandó a los escuderos pasear los cavallos, que gran rato avía corrido, y sentándose junto a unas çarças que al pie de una fuentezilla estaban, bien arrimados al castillo con muy buena gente de cenar, que no tener qué se la acrecentava. Platicavan en diversas cosas quando oyeron hablar, a su parescer, en un pet[ri]^{824*} del castillo, y muy paso se llegaron más cerca por oýrles. Y oyeron que una donzella dezía a otra:

–¿Vos avéys visto otra hermosura yqual que la de la princesa Primaflor?

–No creo yo que la ay en el mundo –dezía la otra–, aunque, si bien mirastes en ello, la princesa Belianisa es, al parecer, el remate donde se pue- /231-vº/ -de hallar lo que se puede desear en hermosura.

⁸²⁴ *petul.*

–No sé yo si lo hazía el venir mareada –dixo la otra donzella–, mas no me pareció tan hermosa. No sé qué burla la traía engañada con este sabio en andarse d’ esta manera; mejor sería yrse a la corte del rey y casarse, y no andar por aquí con sandeces.

–Esta es la mejor cosa que se á visto –dixo don Baldín–; agora me dexad llegar, que si no me engaño yo, ganaré la puerta.

Entonces, alçando un poco la boz, dixo:

–¡Mis señoras, no basta el trabaxo que en seguiros este camino avemos tenido, sino que nos queréis dexar sin cena y al sereno!

Las donzellas no respondieron palabra, y la una dixo a la otra:

–¿Queréys que los hablemos?

–Sí –dixo la otra–, que no avemos de ser en esta casa todos locos.

Y con esto se pusieron a las almenas, y la una les dixo:

–Bien creo que la hambre más que otra cosa hos haze caminar de priesa, que, si fuera por nuestra hermosura, olvidados estuviérades de lo demás.

–Señoras –dixo Belflorán–, si lo primero no huviéramos visto, la hambre fuera escusada, pues nos proveyéramos en el camino; mas por gozar de vuestra hermosura avemos ganado el quedarnos a oscuras sin vuestra vista y con lo demás, que no se siente con la gloria del alma.

–Vos parecéys, señor, más enamorado que vuestro compañero –dixo la donzella–, y porque no ayas perdido en todo, espera, y daros emos por aquí que cenéys.

–Mejor sería –dixo Belflorán– que nos abráys, porque sin tanto trabaxo vuestro se nos haga mayor la merced.

–Bien libremente habláys –dixo la donzella–, no sabiendo lo que ay en este castillo, que es tan peligroso que no os costaría menos que las vidas el atrevimiento.

–Señoras –dixo Belflorán–, yo traygo tal compañero en este cavallero que sin miedo, si allá no ay más de otros dos, nos atrevemos a entrar.

–Y, si ay más de tres –dixo la donzella–, ¿qué aréys?

–Mucho pueden los muchos –dixo Belflorán–, mas vosotras, mi señoras, no estaréys desapercibidas que no tengáys dónde nos tener en el castillo sin ser vistos.

–Poco valiente soys para lo que avemos menester –dixeron las donzellas–, porque en este castillo ay un cavallero solo que bastaría contra mil, y si fuésemos sentidas todas pasaríamos la muerte, y vosotros no menos.

–Si no es más de uno –dixo don Baldín–, no tengáys pena, que harto será de mal si yo y mi compañero no bastásemos con él.

D’ esto se rieron las donzellas y quitáronse del adarve, y aunque esperaron gran pieça no las vieron más. Y tornáronse a la fuente a sentar, pareciéndoles que era cosa de sueño quanto por ellos pasava, y apartáronse el uno del otro por dormir; mas esto pudieran ellos hazer mal, porque

acordándose de aquellas en cuyo poder sus coraçones tenían, ravioras vascas en lugar de sueño le[s] sobrevinieron. Y como Belflorán fuesse más moço y la pasión sufriese con más desasosiego, levantose; y no anduvo veynte pasos que vio una boca de una cueva, y entrore por ella muy seguro. Y antes de cien pasos a su parecer se halló dentro del castillo, en una huerta cerrada de muy fuertes cercas y torres, Y viendo la casa del castillo se fue allá, y en un hermoso cenadero vio las dos damas que antes viera. No podía él juzgar si fuesse más hermosa o menos que Belianisa la principal d'ellas, porque tenía el coraçón rendido, mas con todo esso pareciole cosa celestial. Era muy niña, que no avría quinze o diez y seys años; pone aquí el historiador sus faciones al natural, que yo dexo por no alargarme. Aprisionado estava Belflorán, mas no por esso dexó de conoscer la estremada hermosura de la donzella, porque, aunque no se vence, la affición de una cosa no quita al juyzio lo que la razón le concede. Estava sentada sobre un tapete de oro y seda, recodada sobre unas almohadas de brocado, y al un lado del cenador tocavan cierta música de unos baxones*, dando lugar a que sonase una boz, un dulce romance que una donzella cantava. Mas como ella por la orden tocase, todos callaron, y ella en un apartamiento, tañendo su parte, comenzó a dezir una letra que al Bel- /232-rº/ -florán sacava de sí, diziendo con soberana gracia:

–Si el amor tuviera vida,
como la tiene el deseo,
fuera libre, según creo,
de penas tan sin medida
como aora yo poseo.

Determinado estuvo Belflorán de llamar a don Baldín, mas tuvo por cierto que no acertaría a salir. Y estuvo casi fuera de sí una pieça, hasta tanto que todos se fueron a reposar, y las damas dende a poco se salieron a pasear por una calle de la huerta. Y tomaron tan descuydado a Belflorán que se quiso esconder y no pudo. Las damas cuydaron que alguna donzella del castillo fuesse, y sin recibir sobresalto le dizen:

–¿Qué hazéys tan tarde, que no os recogéys en el castillo? Entraos luego, antes que nuestra guarda visite.

–Soberanas señoras –respondió Belflorán–, mayor peligro creo que será esse, perdiendo de veros, que el que puede venir de esperar vuestro aguardador en tal parte.

La más hermosa dio un grito, y quisieronse bolver cor[r]iendo, espantadas de ver un hombre en tal parte. Mas Belflorán estava ya delante d'ellas de rodillas, y ellas, más espantadas de verle tan hermoso que antes estuvieran, le dizen:

–¿Quién soys, cavallero, y quién tuvo osadía de meteros aquí a tal ora? Dezídnoslo, por Dios, que de veros aquí a tal hora estamos muertas.

–Señoras –dixo Belflorán–, yo soy un cavallero de más alta ventura que yo cuydara, pues he

gozado de veros en tal parte, y por la misma soy venido aquí siguiendo un carro en que os vi venir oy y, no sé de qué suerte, he entrado aquí por una cueva. Y pésame, que me parece que os he causado desabrimiento.

–Essa entrada no sabemos nosotras –dixo Primaflor–, y vos soys el que corréys más peligro si soys sentido.

–Mi peligro –dixo Belflorán– importa poco si a las vuestras mercedes no viene daño. Y, pues ya mi fortuna aquí me á traýdo, suplicoos me digáys quién soys y la causa por que andáys d'esta guisa.

–Plázeme –dixo la donzella–, con que me digáys, sobre palabra de cavallero, quién soys.

–A mí, señora –dixo Belflorán–, me llaman el Cavallero del Sol.

–Ya os avemos oýdo dezir –dixo Dolainda, que assí se llamava la otra donzella.

Y sentándose en la frescura de la huerta por parecer que se estaban allí solaçando, Primaflor se bolvió al çenador y traxo un laúd y aun una silla para Belflorán, y mandándole sentar en ella y rehusándolo el príncipe, le dize que se siente, que, pues á tenido más alta la ventura en verlas que quantos an sido, que lo querían dar más favor que a nadie; y así le convino sentarse. Y tañendo Primaflor, Dola[i]nda le dize:

–Sabed, cavallero, que nosotras somos hijas del rey de Nápoles y Sicilia, cúa es la mayor parte de Ytalia; y saliendo mi hermana tan hermosa como avéys visto, que por el extremo del universo se tiene, el sabio Hartabano aconsejó al rey, nuestro padre, que nos quitase de la vista de la[s] gentes, y que se acordase quán caras costavan al mundo las hermosuras de la emperatriz Florisbella y Claristea, y que él hallava por sus artes que, si Primaflor estuviesse sin hablarla seys años, que el reyno de Nápoles sería más adelante que lo fuera jamás, y que no se avía de casar sino con el cavallero que defendiesse ser ella más aventajada en hermosura que quantas an sido e impidiesse su vista a todos los cavalleros por este tiempo, certificando que, si alguno en este tiempo la hablase, nos vendrían grandes y no escusados trabajos. Y si él sale verdadero, no nos faltarán de aquí adelante; y pues vos, señor, avéys hecho el daño, obligado quedaréys de aquí adelante a la emienda. Y para defender esto nos dio un cavallero cuyo esfuerço bien creo no tener y equal, hijo del gran rey de Sericana, que demás de su valor, creo avrá el mágico ayudado a ello con sus artes, al qual solamente nuestra vista está permitida y cada noche viene a mirar este castillo. Y á venido con nosotras por Ingalaterra, donde al salir de las naos derribó al rey Ban y al Cavallero de Gaula y a otros muchos, y entre ellos a Armesildo, su hijo del rey de Ingalaterra, con tanta valentía /232-vº/ que no se espera se aya visto su y equal.

–En lo que toca a estos mágicos –dixo Belflorán–, yo, mis señoras, nunca creo nada, porque como todas las estrellas y sus effetos por donde ellos juzgan estén sujetas al sentido de la razón, que con el libre alvedrío las puede mandar, es todo una cosa de burla. En lo demás del esfuerço d'ese cavallero, aunque no aya hecho otra prueba más de la de Ingalaterra, basta para ser tenido por tal;

aunque, favorecido de tal hermosura como la vuestra, ninguna cosa que haga se le deve tener a mucho.

Entonces se dexaron de platicar en aquello, y la princesa prosiguió en su tañer; quedándole alguna pena, como natural de la música le dize:

–Vos, señor cavallero, ¿sabéys algo d'este menester?

–Sí, mi señora –dixo Belflorán–, mas será agravio quitar al laúd tan alto bien como estar en tales manos.

–Agora le tañed, por amor de mí –dixo Primaflor–, que quiero ver cómo lo hazéys.

Entonces Belflorán se desarmó las manos y, dando a Dolainda las manoplas, ella se maravilló de ver la riqueza d'ellas, y mucho más de ver la hermosura de las manos, que en todo heran las mejores del mundo. Y como Belflorán fuesse el que mejor sabía aquel officio, començó a tocar el laúd, con aquella elevación que parecía querer apartar el alma de las carnes para poderla mejor por sí sola gozar. Cantava una letra que Belianisa, su señora, traía siempre por principal; que, siendo muy baxa la boz, hazíase sentir con doblada pena, tanto que Dolainda le dio con las manos, diziendo:

–Dexad, señor, el laúd, si no queréys acabar la vida con más bre[v]edad⁸²⁵.

Dexolo Belflorán, con un suspiro que pareció que de algún desmayo tornase, diziendo:

–Gran bien me avéys hecho, mi señora, que no estuvo en mucho, si vuestro favor no me valiera, que la muerte hiziera su officio.

–Muy enamorado devéys de ser –dixo Primaflor–, pues la memoria basta a lastimaros en tal parte; y, porque no queremos más vuestro daño, dexadnos yr a rrecoger. Y mañana nos emos de partir la buelta de París, y de allí avemos de yr a España; y sabed que ha todas partes que allegamos hallamos allí este Castillo de la Suerte, que aquí le veys. Por esso, si vos sabéys esta entrada, alguna vez os haremos esta merced, y guardá nuestro secreto como conviene a tal cavallero.

–¿Daysme licencia, mis señoras –dixo Belflorán– que prueve mi ventura con el príncipe de Sericana?

–No tan presto –dixo Dolainda–, que primero os [t]ornaremos⁸²⁶ a ver.

Y con esto, dexándole a escuras, se entraron en el palacio. Y él, aunque anduvo una pieça, todavía atinó a salir ya muy tarde. Y halló a don Baldín muy congoxado de no saber d'él, y no curó de contarle cosa alguna de lo que viera, que no quería que por su parte se supiesse.

Y con esto estuvieron allí hasta el día, q[u]e⁸²⁷ no vieron allí el castillo ni otra cosa, sino solamente el carro con los cavalleros en cuyo seguimiento vinieran, que aora se partió, aunque de tan espacio que los príncipes le siguían al paso de sus cavallos. Mas no avrían handado quanto una legua

⁸²⁵ *brenedad.*

⁸²⁶ *rornaremos.*

⁸²⁷ *qne.*

quando encontraron una donzella que, conociendo a don Baldín por sus señales acostumbradas, llegándose a él le dio una carta. Don Baldín, que la donzella conoció, más turbado que se podría encarecer, sin le preguntar cosa alguna se apartó a una parte, y a Belflorán dize que él camine en seguimiento del carro, que quanto lea aquella carta le alcançará. Y haziéndolo el príncipe assí, don Baldín la abrió; y dezía assí:

Carta

“La desdichada Ysabela, reyna de Escocia, a ti, el descuydado cavallero don Baldín de Portugal, salud, si la merece quien tan cruel muerte á causado a quien más que a ssí le qu(i)ería:

Á sido tan porfiada tu ausencia y tan ingrata a lo que más eras obligado que, tornado cavallero griego de español, has dado causa a que no /233-rº/ solamente vaya agenada en el estraño poder, pero aun de tal suerte de ti apartada que jamás esperes verme; por lo qual voy de ti con tanta quexa la buelta de Escocia que, si no me diere la muerte, será por desear continuamente de ti vengança; y, pues quando eras necesario no me quisiste ver, agora que tu vista me dará pena creo te apresurarás en tu venida, la qual solamente por esta carta quiero estorvar, quedando para siempre mi alma con ravisosa querella de su matador. No más; el soberano Señor te guarde la vida, para que con ella conozcas el daño recebido.”

Creo que estava don Baldín tan herido que, aunque los golpes hiziessen su effecto, era para romper llagas viejas, que de nuevo no avía dónde. Y, apeándose del cavallo, dio grandes gritos y estuvo más de una hora que no pudo hablar a la donzella; la qual, pareciéndole que aquella frenesía era bastante para acabarle, le començó a consolar, suplicándole que no se dexase assí morir.

–¡Ay de mí –dize don Baldín–, que, si la muerte viniessen, sería el remedio que solo á quedado a tanto daño! Dezidme, hermana Brisenia, cuándo se partió para Escocia mi señora.

–Ya creo, señor –dixo Brisenia–, que ella estará en París, porque se viene por Francia, y en Burdeos me dio ella (a) esta carta; y de mi parecer no dexéys de verla, que aunque no sea sanar vuestro mal, todavía su vista hos dará alegría.

–Eso es imposible –dixo don Baldín–, y el verla, también.

–No será –dixo Brisenia–, porque ay bienen entr’ambas hermanas de mi señora, de quien sabéys con cuánta afición soys querido.

–Aora, vamos –dixo don Baldín–, que, si la muerte viniessen, abreviarían mis trabaxos, y alcançemos aquel cavallero que allí va.

Entonces se dieron priesa por alcançar a Belflorán, el qual, como vos diximos, en seguimiento del carro de Primaflor y Dolainda yva; que, caminando de la suerte que vos dezimos, sin que él pudiesse ver a nayde, puesto caso que de todos era visto, el carro llegó al paso de una ermosa

floresta, la mejor que él jamás uviessse visto, tan poblada de árboles y hermosas fuentes que no era menos que aquella fuesse la morada de Cupido. Rebolaban por ella tantas aves, regozijando el lugar con sus cantos, que los coraçones en la memoria de sus desseos atormentavan. Cinco tiendas vieron armadas, y una más principal, que de un raso carmesí se mostrava, cubierta con tanto oro y perlas en las franjas y cabos que dava asaz que mirar. Creo fuessen estas las selvas de Ardeña, tan celebradas por las historias francesas, donde nunca a cavallero faltó aventura. Estavan las alas de la tienda levantadas, y dentro se parecía copia de hermosas damas; mas de las otras tiendas salieron quatro cavalleros, los quales, poniéndose delante del carro, demandaron si yva en él algún cavallero que le defendiesse, porque no podía pasar sin justa. Fueles respondido que sí, y el valeroso Bramidoro de Siricana se començó a armar. Mas Belflorán, que no le pesó punto, pasó por el carro y en alta boz dixo:

–¡Desviaos, cavalleros, que no ay necesidad que del carro baxen a desembaraçar el camino!

El príncipe de Sericana, a ruego de Primaflor, se detuvo; la qual, conociendo ser aquel el cavallero que en su huerta vieran, mucho contento recibió, deseando ver si en las armas fuesse tal como en las palabras y ermosura. Valientes cavalleros eran los de las tiendas, mas Belflorán los puso de quatro encuentros arto malparados; que, encendiendo en los de las tiendas yra, hasta aora salieron salieron otros dos, tan bien armados y adereçados que a Belflorán dio alegría mirarlos. Venían de unas armas blancas, como noveles, con muchas trenças de oro; por las armas y orla del escudo muchas piedras de valor. No leen las historias francesas aver tenido dos mejores cavalleros; estos eran ermanos, hijos del duque de Saboya. El mayor se llamava el segundo Troylo, y el menor, Doriano de Monte Alto. Avía poco más de un año que eran cavalleros.

El fuerte Troylo se vino para Belflorán y, por verlo, todos los que en las tiendas estavan salieron afuera. Conoció Belflorán al rey Astrideo, y pensando /233-vº/ que a la ventura estarían allí sus tíos, apretó bien la lança en la mano. Hermosa cosa hera de mirar, porque, partiendo el uno para el otro, delante del carro tales encuentros se dieron que, bolando las lanças más altas que el cielo de la luna, quedándoles pequeños troços d'ellas en las manos, pasaron el uno por el otro más recios que el ayre. Otro tanto les aconteció con otras dos, que, redoblando en ellos enojo, y más en Belflorán, que corrido estava de ver que a esta ora llegava don Baldín; y se llegó a él.

–Dadme –dixo el príncipe–, mi señor, vuestra lança que en esto deve de estar este encantamento.

Don Baldín se la dio. Y viendo a esta ora llegar un cavallero, que por él fue conocido ser el bravo Furibundo el Africano, a sus escuderos dize que miren por no ser por él conosciados, que es cierto que, aunque todos fueran amigos, don Baldín y este quedaron grandes enemigos, como también quedaran los más de los paganos con Armesildo de Ingalaterra, y de los que quedadon más enemigos, que fue Periano de Persia, por averse tornado christiano.

Furibundo se llegó a don Baldín, preguntándole la causa de aquella justa; mas él, por

enojarle o por estar ocupado en sus pensamientos, no le respondió palabra. Furibundo cuydó que no le entendía y, mirando por los cavalleros, vio cómo partía el uno para el otro. Y en medio de aquel campo se hirieron de tales encuentros que Troylo se halló en el suelo de muy gran caýda. Belflorán hizo revés en la silla y pasó por él muy rezio; no se le quebró la lança, que don Baldín siempre la traýa tal que bastava con ella a hazerse lo que Belflorán hizo; contra el qual a esta hora partía Doriano de Monte Alto.

Hermosamente justara Troylo, mas no perdió punto Doriano. Los encuentros que se dieron bastaran a partir las peñas. Fue Doriano herido mal en un braço, y por bien que ciñó las piernas con el cavallo le convino venir al suelo. Belflorán hirió recio al cavallo de las espuelas, y hízole hazer una cosa harto desgraciada: que, metiendo la mano en una quebrada de la tierra o estropeçando en alguna raíz de la floresta, vino a dar de ojos tan rezio en el suelo que por tenerse se sacó la mano derecha de su lugar. El valiente Belflorán, que tan mal tratado se vio como vos dezimos, bien quisiera estorvar más justa, y aun batalla; mas no pudo, porque vio venir para sí a Doriano, y no pudo con la mano derecha sacar la espada. Y a esta causa, arrojando de sí el escudo, la sacó con la yzquierda, de la qual era poco menos diestro que de la otra.

Mucho pesó a los presentes del daño del Cavallero del Sol, y tuvieron que correría peligro de la vida a causa del alto ardimiento de su enemigo; mas sobre todo lo sintió Primaflor, que a Bramidoro dize:

–¿Qué os parece, señor, de tal cavallero? Gran pesar tengo que por tan gran desgracia sea vencido.

–No lo será –dixo el de Sericana–, que no he visto jamás tal postura de cavallero.

Y hízoselo creer más que a esta ora se juntó con Doriano y, sabiendo a lo que sus armas bastavan, no le receló mucho, aunque él le hirió de toda su fuerça sobre el yelmo. No le prestó nada, que el Cavallero del Sol le hirió sobre el escudo; que, cortándole al través y llevando las lúas* de la mano, la temerosa espada suya pasó adelante y, cortando el arnés, baxo del pecho le hizo una herida de que le començó a correr sangre. No hubo hecho aquel quando le asegundó sobre la cabeça; hízole hincar ambas rodillas en el suelo. A Doriano del Monte Alto le tembló el corazón en las carnes viéndose tan mal herido. Echó lo que le quedava del escudo, tomó a dos manos la espada y cargó sobre su enemigo, el qual sabía más que no él de aquel menester, porque fingió esperarle y, al executar, dio un salto a una parte. No fue en ello mal avisado, porque Doriano metió por el suelo los dos tercios de la espada, y no solamente no la pudo alçar quando quiso, pero aún quedó tan doblado por mitad del cuerpo que no se pudo levantar. Bien le pudiera matar /234-vº/ el cavallero del Sol si quisiera, mas su generoso ser no se lo consintió, y esperole a que sacase la espada a vista de todo el campo, que no solo a cortesía, pero a esfuerço le fue contado. Quando Doriano se reparó para defenderse y reconoció la cortesía de su enemigo, no quiso más combatir, antes tomando la espada por la punta la dio a Belflorán, otorgándose por su vencido; y él le abraçó, haziendo con él otra tal

cortesía.

Estorvaron a Belflorán estas paces la batalla del segundo Troylo, dexándola para adelante, quando Belflorán de su mano estuviese mejor, porque no le consintió el rey Astrideo combatir más. Y con esto, no queriendo dar a conocer, él y don Baldín se metieron más a la floresta, dexando a Balisán para que tuviese cuydado de ver a la parte que el carro yva, dexando maravillados a todos de su bondad, y más a Primaflor y Dolainda, a quien sobre todos parecía bien. Llevava grandíssimo dolor del braço Belflorán, y no se alexó mucho porque el escudero de don Baldín le curase; el qual lo hizo, aunque no m[u]y⁸²⁸ bien, por el mal adereço que para ello tenía, aunque don Baldín bien quisiera que corrieran hasta algún lugar. Mas Belflorán no quiso, y quedose echado al pie de una haya. Y don Baldín mandó a su escudero que mirase si en las tiendas estava don Clarineo y Hermiliana. Y como él no se pudiesse alegrar ni tomar sosiego, dexando a Belflorán en los mortales pensamientos de Belianisa y lle[v]ándolos⁸²⁹ él no menores por la linda Ysabela, su señora, se metió por las espantosas selvas adentro, (no) no muy lexos de las encantadas Fuentes del Amor.

Capítulo 56: De la estraña aventura que subcedió a don Baldín y a Belflorán con Ysabela.

Por las montañas de Ardeña yva don Baldín a pie y tan fuera de sí que no sé buenamente si llevaba encarescimiento; donde, ya que [le]⁸³⁰ pareció estar algo apartado de Belflorán, entendiendo sus bozes para que el piadoso equo le respondiesse, pues no se hallava otro que en tal solitario lugar hazerlo quisiesse, començó a quexarse del ingrato Amor, diziendo:

–Injustísimo Amor, ¿por qué tan enemigo te muestras de los que te siguen? ¿Por qué sigues con Desesperación a los que por la Esperança te buscan? ¡Cruel! ¿Qué te hize, si no es guardar tus cruels leyes por el extremo para dar comigo en el piélago d’esta desventura? ¡Ay, señora mía, quién osara nombrarte para mostrar, con el sentimiento de tu nombre, lo que soy obligado con mi muerte!

No pudo él passar de aquí, que ni se lo consi[n]tió el amor ni tuvo él fuerças para ello. Arrojose al pie de una fuente, corriendo de sus ojos más lágrimas que d’ella agua, con las cuales traxo a ssí la más hermosa aventura que se aya visto jamás.

Agora sabed que el rey de Escocia, que de España con la linda Ysabela venía, aquella noche y otras venía aposentándose en tiendas por las faldas d’estas selvas; porque no era muy moço, y como Ysabela holgase de ver frescuras por espaciarse su coraçón, querríale dar contento. Y en el entretanto que la cena se adereçava, entr’ambos se tomaron por las manos y, sintiendo bullir el agua que por el arroyo baxava, subieron por él hasta dar en la fuente, donde sintieron quexar al mexor cavallero que conocieron los lusitanos. Y llegando paso oyeron que dezía:

⁸²⁸ *mny.*

⁸²⁹ *llenandolos.*

⁸³⁰ *el.*

–¡O, Furia cruel! ¡O, enbeleñada plaga! ¡O, mar sin bonança, donde quantos entran se anegan sin que ninguno quiera dexar de entrar! ¡O, Amor!, ¿por qué no me das ya la muerte, pues el bivar es para más penar?

Y llegaron más junto a don Baldín, y vieronle, /234-vº/ que con un desmayo se traspusiera.

–Mal herido del Amor está este cavallero –dixo el rey de Escocia–. Mal tiene para mucho tiempo, si assí se dexa llevar d’este maldito tirano.

–Grave passión deve tener –dixo Ysabela–, pues le haze andar quexándose a estos robledales, donde puede hallar mal consuelo.

–Ayudémosle a su passión –dixo el rey–, que su daño lo sufre todo.

Entonces le tomaron por los braços para que en sí tornase. ¡Quién contara este paso sin llorar, acordándosele cuántos daños espera quien su remedio vey en ajenas manos! Porque, conociendo a esta ora Ysabela a don Baldín, turbósele el sentido, dexó caer el brazo que tomara, sentose en la fuente. Temblando le estuvieron las carnes por dexarse ahogar en ella, si tuviera harto esfuerço para ello. Voluntad no le faltó, mas vínole otro tal desmayo como a don Baldín y cayó en la verde yerva. El rey, que tal cosa vio, alborotado del mucho accidente, por socorrer a Ysabela dexó a don Baldín, y tomando agua de la fuente se la echó por el rostro. Mas [a]provecha poco, que la muerte quiere venir por estos amantes; porque buelto en sí don Baldín, a la claridad de la luna reconoció a Ysabela, y dando una gran boz tornó a traspasarse con muy mayores congoxas. El rey estava fuera de su sentido viéndose en tal aventura; no osava dexar la reyna para llamar a alguno de sus cavalleros, mas todavía dio bozes, cuydando que por alguno sería oído. Mas no respondió nadie y, pasando gran pieça sin bolver en sí, afrentado de verse assí atado y solo, los dexó por llamar sus cavalleros, cuydando que muy cerca estuviessen. Mas como la Fortuna algunas vezes traya el mal para alguna apariencia de bien, no acertó el rey con el desatino a la parte que su gente estava tan presto como quisiera.

Y en el entretanto tornó en sí la linda Ysabela, la qual, bañando sus ojos en espesas lágrimas, no osando hablar palabra con temor que el rei allí estoviese, se sentó en el suelo. Y viendo a don Baldín tal como muerto, y al rey que no parecía, començó a dar gritos llamándole, cuidando que cerca estoviesse. Mas viendo que no respondía, la cabeça de don Baldín tomó en sus rodillas, haziendo el más sensible llanto que dezirse puede, con el qual bastara a tornarle en su sentido al perdido mancebo, aunque más sin él estuviera. No haziendo falta el agua de la fuente, con la que de sus ojos corría tornó en sí don Baldín; y sacando fuerças donde no las avía entretuvo los sospiros, que al corazón hazía descanso, y por temor si acaso allí estoviesse el cavallero que él viera con Ysabela, fingió no conocerla, diciendo:

–¿Qué es esto, señora, que con tanta crueldad avéys impidido que la muerte no llevase a quien tenía tanta necesidad d’ello?

–Otros la tienen mayor que vos, señor don Baldín –dixo la rein[a]⁸³¹–, y tiene[n] la vida. No es mucho que vos la tengáys, pues con ella causáys la muerte a todos. Y, pues así es, dad horden en perder parte d’ esta locura, pues ya veis cuán sin provecho tiene de ser.

–¡O, mi señora! –dixo don Baldín–, ¿y cómo habláys con tanta libertad? Mas no es mucho quien la tuvo para hazer un hecho tan estraño como casarse la tenga para todas las cosas d’ esta vida.

–No hablemos más aora en esto –dixo Ysabela–, que podría ser la muerte de todos, que este que aquí estava era el rei, y será ydo a llamar sus cavalleros.

–No me haría él tanto bien –dixo don Baldín– que me matase el cuerpo, pues me lleva consigo el alma.

Mas a esta ora oyeron ruido de golpes d’ espadas y, poniéndose en pie, muy junto les pareció que fuesse; y caminando [a] aquella parte vieron a Belflorán, que con muchos cavalleros estava en batalla; y la causa fue que, como él no hallase par de sí a don Baldín, se levantó y a la fuente se viniera. Y encontrando con el rey, que bolví a con sus cavalleros, preguntole si avía visto un cavallero, dándole las señas de don Baldín. El rey, que enojado y con mucha priesa yva, no respondió palabra sino pasar adelante, de que enojándose Belflorán, tiró d’ él diziendo:

–Sandio cavallero, ¿úsase en esta tierra essa descortesía?

El rei se enojó y puso mano a su espada, y sus cavalleros con él; que fue por su mal, que quando llegó don /235-rº/ Baldín ya Belflorán le tenía herido en dos partes, y tres cavalleros con él; y si él se detuviera algo, ya pudiera ser que le quitara parte de sus tristezas. Don Baldín puso mano a su espada y, conociendo a Belflorán, el rey y Ysabela se metieron en medio, dándoles bozes que por su amor se apartassen⁸³². Ellos lo hizieron, y don Baldín abraçó al rey, diziendo:

–Buen señor, ¿en parte tan estraña queréys batalla? No lo hagáys, que podrá peligrar vuestra persona.

–Este cavallero –dixo el rey– es muy descomedido, y si yo d’ él no fuesse vengado quedaría con gran pena.

–Agora no á lugar nada d’ eso –dixo don Baldín–, que este cavallero deve ser del rey Astrideo, que aquí junto está en unas tiendas, y curaos que el rey lo mandará castigar.

Mas a esta ora llegaron más de treynta cavalleros del rey, con los quales a él le creció la soberbia; y mandándoles prende[r]⁸³³ a Belflorán, la batalla se rebolvió cruel y áspera. Y don Baldín, que sabía que Belflorán estava muy herido, dexando a Ysabela se metió en la batalla por ayudarle. Ysabela, que se vio en tanta rebuelta, con el femenil temor se metió por un xaral* adentro. Belflorán, que la vio yr y que los cavalleros del rey yvan desmandados, unos a una parte y otros a otra, conociendo bien que don Baldín bastaría a dar quènta de todo, se metió en su seguimiento. Y dando

⁸³¹ *reine.*

⁸³² Probablemente haya un error. Lo lógico es que sea don Baldín quien intente detener la pelea, y no el rey.

⁸³³ *prenden.*

de una parte en otra vieron el castillo de Primaflor, de la misma suerte que la noche antes Belflorán le viera. Y alcançando allí a la temerosa Ysabela, la detuvo diziendo:

–Hermosa señora, ¿qué es la causa que assí vays huyendo de quien por servir a vos y a qualquiera donzella pondrá la vida mil vezes?

–¡Ay de mí! –dixo Ysabela–, dexadme, cavallero, si no queréys que me mate.

Y con esto y con la agonía que traía se traspuso(so). Belflorán la començó apretar las manos porque en sí bolviesse, mas era escusado, y poco menos le aconteciera el descuydo que al rey; mas acordándosele de la entrada del castillo, la tomó en sus braços y entrose con ella por la cueva adentro. Y halló de la otra parte a Dolainda y a Primaflor, que lo estaban esperando; que, viéndolo con aquella donzella, se turbaron estrañamente. Él la puso en el suelo, contándoles quanto les aviniera. Mas como viessen que no bolvía en sí, lleváronla a una cámara del castillo, donde la desnudaron y metieron en una cama. Y bolviéndose a Belflorán, le abraçaron con entrañable amor, preguntándole qué tal venía.

–Mal parado de un braço –dixo Belflorán– que se me desconcertó por la muñeca, y creo que me á de causar algún daño.

–No tengáys temor d’esso –dixo Dolainda–, que el sabio para las batallas de Bramidoro de Sericana nos dexó recado, y yo sabré muy bien reparar esso.

–Yo lo creo bien –dixo Belflorán–, que esas palabras solas bastavan para ello.

Entonces le quitaron la manopla y el braçal derecho, y aunque con algún dolor, tornaron en su concierto la mano, vendándola con los recados que el daño avía menester. A Belflorán se le quitó luego el dolor, y aunque él porfió, no le prestó cosa, que le hizieron acostar en un secreto apartado suyo. Y tomando sus instrumentos començaron a tañer porque se durmiesse, y como lo huviesse bien menester, durmió hasta bien entrado el día.

Entretanto ella[s] tornaron a ver a Ysabella, la qual hallaron harto espantada, no sabiendo lo que por ella pasava. Cuydava que durmiendo aquellas cosas se le representasen, y como viesse tan hermosas damas, maravillada de su hermosura como ellas lo estaban de la suya, se sentó sobre la cama. Las damas llegaron ha abraçarla diziendo:

–Maravi[[la]da estaréys, mi señora, de veros en tal parte, aunque para recibir nosotras alguna merced siempre son necessarias estrañas aventuras.

–No es menos, mis señoras –dixo la linda Ysabela–, que quien a pasado esta noche por la más estraña aventura que sea en memoria de las gentes.

Entonces les contó quanto les sucediera, no declarando aver conoscido a don Baldín; que, oyéndole dezir ser la reyna de Escocia, le hizieron toda la cortesía posible, diziéndole que un cavallero suyo la metiera allí.

–Pues sería /135-vº/ me[n]jester⁸³⁴, mis señoras –dixo Ysabela– avisar al rey cómo yo estiy aquí, porque no venga otro mayor daño.

–Eso no puede ser –dixo Primaflor–, que por ninguna vía podéys salir de aquí hasta tanto que nuestra aventura sea acabada, y no queremos ponernos en condición que el rey nos haga alguna fuerça.

No era mucho menester para acabar aquello con Ysabela, la qual, puesto que mostró mucha pena, dixo que se hiziesse como ellas lo ordenasen.

D'esta suerte quedó Ysabela y Belflorán, que solo dexara en el campo a don Baldín. El qual, como se le huiesse encendido la cólera, era destruyción de buenos cavalleros, y la batalla se encendía tanto que, siendo oýda en las tiendas del rey Astrideo, todos tomaron harmas, y con luz de muchas hachas aquella parte llegaron don Clarineo, Hermiliana con el segundo Troylo, y en su compañía aquel tan temido Furibundo, con más de cinqüenta cavalleros. Y dando bozes a los unos y a los otros que se apartasen, ellos lo hizieron, y el rei Astrideo juntó con el rei de Escocia; y conociéndole a la luz de las antorchas saltó el cavallo, diciendo:

–¿Qué es esto, excelente señor, que en mi tierra y tan junto de mí os ayan hecho agravio? Dezidme quién, que si no os hiziere satisfecho, nunca sería alegre.

–Aquel cavallero y otro me han malherido por gran desventura –dixo el rey.

No esperó el rey Astrideo a que contase más, mandando prender a don Baldín; el qual a esta ora estava en su cavallo que el escudero le traxera, y quisiérase yr por no ser conocido. Y pudiéralo él mui bien hazer si don Clarineo no llegara, que no teniendo don Baldín más de la celada puesta, luego le conoció, y dando una gran boz dize:

–¿Qué es esto, mi señor, que os veo en tal parte? Contádmelo, por Dios, que estoy con gran sobresalto.

A esta sazón llegó la guarda, diciendo que el rey mandava que el cavallero fuese preso.

–Este cavallero –dixo don Clarineo– mi señora Hermiliana y yo le queremos prender solos. Dezid al rey, mi señor, que es el príncipe don Baldín de Portugal.

Y con esto, viéndole herido en algunas partes, mayormente en la cabeça, de que por el rostro le corría sangre, no atendieron por el rey; antes a toda priessa se bolvieron a las tiendas, donde le hizieron desarmar y curar de sus heridas. El rey de Francia dava priessa al rey de Escocia para que hiziesse otro tanto; mas preguntando él por Ysabela, y no le sabiendo ninguno dar nuevas d'ella, aunque herido estuviesse no quiso recogerse. Y no le valiera poco tener al principio tan buen cuidado, que él estorvara muchos males que de aquí le sucedieron. Toda la cavallería de una parte y de otra se metieron en buscarla, y viendo que no parecía el rey Astrideo hizo curar al rey de Escocia, que con grandes congoxas por no saber de Ysabela apenas se consentía curar. Y d'esta suerte,

⁸³⁴ *meuester*.

alborotados anduvieron aquella noche hasta la mañana en buscar la reyna, que no estaba en propósito de ser hallada.

Y con esta aventura en el día siguiente ninguna cosa se hizo en harmas, porque las cosas sucedieron más travadas que pensarse puede, como en el siguiente capítulo os será mostrado.

Capítulo 57: Cómo don Baldín fue reptado sobre la pérdida de Ysabela, con lo que más a Belflorán sucedió.

Esta desastrada pérdida de la reyna tenía casi loco al rey de Escocia, y aun no menos a don Baldín, puesto caso que tenía entendido que sin falta la devía aver llevado Belflorán, y que ella se le avría descubierto. Y a esta causa quisiera partirse luego de las tiendas, levantándose desde a dos días de la cama. Mas como él no quisiese quedar enemigo del rey, ni a- /236-r°/- ún sospechoso del robo de Ysabella, le fue a ver, juntamente con don Clarineo y Hermiliana. Y halláronle hablando con el bravo Furibundo, a quien don Clarineo no dexara partir, y con el segundo Troylo, y conforme a lo que sucedió devían de plática sobre lo mismo. Los que venían saludaron a los que estaban, y ellos hizieron su comedimiento, y sentáronse todos y el rey Astrideo, que sobrevino. Hermiliana dize al rey de Escocia:

–Valeroso príncipe, una de las cosas que d’esto que á acontecido nos da pena es el averse hallado presente don Baldín, príncipe de Portugal; deseando serviros, fue desgraciado en bolvésele al revés. Él se quería partir y no lo avemos consentido, hasta tanto que os habládeses y quedase confirmada aquella amistad que a quien soys devéys.

–Excelente señora –dixo el rey–, no sé yo qué amistad se pide por parte de don Baldín a un príncipe tan agraviado como yo, contra quien se á cometido una tra[i]ción tan grande como es el robo de Ysabela, la qual hasta que con su muerte sea satisfecha á de estar en mi memoria; dé horden como Ysabela parezca y se sepa quién es el cavallero que con él venía, que lo demás todo se hará como convenga.

Grandes colores le salieron al rostro a don Baldín de las palabras del rey. Él era cavallero acertado, mas la cólera tenía muy viva, y encendíasele muy presto. Y sin atender más le respondió:

–Cierto, rey de Escocia, vos soys un cavallero harto mal mirado, y causa vuestro desatino el averos yo tratado con más respeto que fuera necesario. En lo que dezís que soy traydor, vos y quantos lo dixeren mienten, que no soy yo tal cavallero que haría cosa que no deviesse, y combartirlo e a vos y a quantos nacieron.

–Vuestra trayción –dixo el rey– bien vista está. El combatíroslo yo haze poco al caso si el rey Astrideo quiere hazer justicia, porque los hechos claros como este poca necesidad tienen de juycio de batalla, la qual yo guardo para quando sea tiempo de castigartos de vuestro loco atrevimiento.

–Yo –dixo el rey Astrideo– haré justicia, pues me es pedida por vuestra parte; y vos, don

Baldín, no me tratáys en mi casa y tierra como yo trataría a vos fuera de la vuestra.

Y con esto el rey se desvió a consejo a la una parte de la tienda. Y cierto, si en el consejo no se hallara don Clarineo, los franceses estaban [tan] enojados de don Baldín que regurosamente se tratara su justicia, que vista la información del caso parecía muy culpado don Baldín. Mas don Clarineo puso en ello tan de veras la mano que a poco estuvo de ponerse cisma entre todos, que el duque de Saboya y Troylo y el duque de Normandía, y el señor de Montes Claros afeavan grandemente su negocio y dezían que el cavallero que llevara a Ysabela era el que el día pasado combatiera con Troylo, y que don Baldín venía con él y que se le devía hazer justicia. Y apenas pudo alcançar que aquel negocio se acabase por batalla de uno o dos cavalleros. Y de allí salieron, conforme al estilo de Francia, nombrados juezes. El uno fue el duque de Proença, y el otro el duque de Clebes; los quales, llamando a don Baldín en presencia de todo el estado, le dixeron lo que en el consejo se determinara. Por esso, que si quería él escusar la batalla, que dixesse lo que en aquel caso pasava.

–No son palabras essas –dixo don Baldín– que se deviessen repetir a un cavallero como yo, que aun para un baxo villano son demasiadas. A la batalla, dad la horden, que lo demás es escusado hablar d’ello.

Y ha todo esto Furibundo y Troylo lo estaban hablando con el rey de Escocia; bien se entendió sería por su mandado, porque Furibundo, bolviéndose a don Baldín, le dize:

–Cierto, príncipe de Portugal, que nunca pensé que un cavallero tan valeroso como vos, tratando un negocio de un rey, y tan importante, delante de tan altos /236-vº/ príncipes y consejo como es el de Francia, dixérades palabras tan adelantadas. Sed mesurado; si no, daréys causa a perder vuestros amigos.

Ya estava don Baldín en todo el encendimiento de su enojo, y a Furibundo dize:

–No sé, señor Furibundo, quién os mete a vos en ser juez donde no hos llaman, sabiendo vos que soy tal cavallero que a vos por batalla y al rey de Escocia por estado puedo responder como yo quisiere. Por esso, si a vos hos parece mal, encárgueos el rey de Escocia la batalla, si él no se atreve a combatirla por sí.

–Muchos tendrá el rey –dixo el segundo Troylo– que os combatirán la trayción que contra él cometistes.

–Ya he dicho –dixo don Baldín– que mentís todos los que lo dixéredes; no ay que alargar palabra[s]⁸³⁵, sino obras.

Fue Troylo, con el enojo d’estas palabras, a poner mano para don Baldín, mas el prudente don Clarineo se metió en medio; y el rey de Escocia, viendo que en segundo Troylo y Furibundo estaban agraviados, dioles su poder para desafiar a don Baldín. Y ellos lo hizieron, y fue allí

⁸³⁵ *palabrar.*

condenado a que diese dos cavalleros que combatiessen por él dentro de diez día[s]⁸³⁶, y en defeto de darlos, o siendo vencidos sus cavalleros, fue dado por hechor del delito. Y de allí salió presso en poder de la guarda real, sin harmas algunas. Y aún avía tanta cólera entre todos contra don Baldín que don Clarineo puso entre las guardas españoles, receloso de algún contrario subcesso.

Don Baldín, passada la cólera, pesole que el negocio huviesse llegado tan adelante, que no haviendo de hazer él la batalla, recelábase, si acaso Belflorán tardase, de algún contrario revés en tierra de francés. Visitole don Clarineo, ofreciéndole que él y Hermiliana tomarían la batalla disimulados, mas él le dixo que no avía necessidad, que él embiaría a buscar cavalleros que la hiziessen.

Mas esto no era menester, porque todo se sabía en el castillo de Primaflor; y avisando d'ello a Belflorán, y descubriéndose él a sola Ysabela, quien fuesse encomendándole el secreto, pensaron en la libertad de don Baldín lo que agora oyréys; que, viendo Prima(r)flor y Dolainda que en ninguna manera se escusava aceptar Belflorán tan áspera batalla, ofreciéndole que harían a Bramidoro de Sericana que en ella le ayudase, a los seys días le dieron licencia para salir del castillo, y él una noche se salió fuera, harmado de sus ricas harmas; del escudo quitara'l sol acostumbrado, cubriéndole con un cendal colorado. Ysabela le abraçó, encomendándole la vida de todos. No hizieron menos Primaflor y Dolainda; y no tenien[d]o⁸³⁷ cavallo en que yr, pensando encontrar a Balisán se metió por unos bosques adentro, donde no anduvo mucho que sintió rehinchar un cavallo. Y él se fue muy paso aquella parte y vio en un robledal tendi[d]o un cavallero, recodado sobre su escudo. Pareciole que se quexava, y atendido por ver si le conoscería, úvole lástima, que se quexava del amor con triste llanto.

Es cierto que en el amor ecedió Belflorán a quantos fueron en su tiempo, mas no tuvo la locura de los príncipes griegos en ser esquivo con las damas, que, guardando la lealtad que a su señora era obligado, siempre se holgava de ver damas hermosas, y aun ser d'ellas querido; y a esta causa fue d'ellas mui seguido, cuydando ser amadas, lo que las causó harto daño. Fue en dissimular sus amores tan porfiado que se vio en graves peligros de muerte por encubrirlos; no osava aun en los solitarios bosques quexarse, como hazía el que agora escuchava, que, dando un suspiro y otros mil, dezía:

—¡Ay de mi, triste, que con tanta crueldad soy tratada, que aya sido lo mejor de mis daños, desamparando mis tierras, andar lamentando por tan espantosos lugares! ¡Ay, Belflorán de Grecia, y cómo te as vengado de la locura mía en averme dado tanta priessa en pasar en Grecia para vengar agenas injurias y olvidar las mías /237-rº/ propias!

Proseguiera adelante con sus querellas si Belflorán, conociendo ser la tan estimada reyna Cenobia, no se apartara afuera, que bien tuviera él entendido que aquel mal la lastimase quando fuera

⁸³⁶ *díaz.*

⁸³⁷ *tenienpo.*

en socorro de la ciudad de Nicogian, y maravillose que Fortuna a tal parte la uviesse traýdo. Y, aunque la Fortuna no la tragera, avíala traýdo su locura, que en este mal puede más que todas las otras cosas, y una tormenta de la mar, que la bolviera desde la pasada del estrecho. Estuvo mil vezes determinado por yrse sin que le viesse, mas no lo pudo acabar con su generoso coraçón; y, fingiendo que entonces llegase, començó en baxa boz ha hablar, como que a su escudero llamase, porque la reyna, oyéndolo, dexasse de hablar en su frenesía de amor. Mas era escusado, que las otras potencias del ánima no hazían su officio; y viendo esto, dize en alta boz:

–¿Quién es el que en tal parte con tanto descuydo se quexa?

No entendió la reyna las palabras, aunque tornó en sí a la boz; y enojándose que le huviesse quitado de su elevación, se puso en pie diziendo:

–¿Quién viene dando bozes como loco por tan solitarios valles?

–Un cavallero –dixo Belflorán– que no cuydava enojar a nayde con ellas.

–A los robles enojárades con esso –dixo la reyna–, quanto más a las gentes. Por esso, pasá vuestro camino como cuerdo, y dexad las bozes para los furiosos.

–Yo –dixo Belflorán– no trayo otro camino sino el d'estos robles, que vengo mal parado de amores, y querríame quexar aquí, que es el mejor lugar d'estas selvas.

–Vos devéys de ser –dixo la reyna– algún cavallero de poca cuenta, que de tal suerte venís.

–Especial soys –dixo Belflorán– en vuestras cosas. ¿Qué cuydado tenéys vos de mí que sea yo poco o mucho, pues no os pido nada? Sentaos donde estávades o ýos donde os pareciere, que esta tierra es del rey de Francia y no vuestra.

Y, diziendo esto, arrojose entre los robles.

–¡Por los dioses –dixo Cenobia– que no he visto cavallero tan mal mirado! Agora hos yd de aý, si no queréys no poder yros después.

–¿Qué sabéys vos –dixo Belflorán– quién yo soy, que así me tratáys, no teniendo más de unas armas, como yo? ¿Tan poco os parezco que no bastaría a defenderme de vos, aunque fuéssedes [e]⁸³⁸ príncipe nuestro, don Clarineo, o su sobrino Belflorán?

Riose d'estas palabras de buena voluntad Cenobia, y dízele:

–Agora os levantad, que arto mal aría yo si no viesse para lo que basta un cavallero tan valiente.

–¿Qué ganaré yo en essa batalla? –dixo Belflorán.

–Mucho –dixo la reyna–, si me venciéredes.

–Y, si pudiéredes vos, más –dixo Belflorán.

–No podrá ser esso –dixo la reyna– si vos soys tan valiente como dezís.

–Agora –dixo Belflorán– yo hos quiero desengañar de mi esfuerço y mostrároslo contra

⁸³⁸ Tipo volcado.

otros. Vos sabed que un cavallero que se llama don Baldín de Portugal, de quien cuentan ser muy valiente, está aquí cerca preso, y tiene necesidad de dar dos cavalleros que combatan por él un campo, y si no los da, no escusará la muerte. Y si vos soys tan esforçado, ayudadme en la batalla mañana, y allí veréys si tengo esfuerço para combatir un campo, que yo sé que lo demanda tuerto.

–Yo conozco bien esse cavallero –dixo la reyna–, y haré yo essa batalla de mui buen talante, y más por ver esse vuestro esfuerço; y contadme, por vuestra vida, la causa.

Belflorán se la contó, y quiénes eran los cavalleros que defendían el campo.

–Dezidme –dixo la reyna–, ¿don Baldín era enamorado de la reyna, o qué causa ay para sospecharse de tal cosa?

–No lo sé yo –dixo Belflorán–. Si queréys ayudarme en la batalla, vedlo, que no son menester por los amigos tantas informaciones.

–Mucha priesa tenéys por la batalla –dixo Cenobia–, y yo ayudaros he; mas no querría que nos arrepintiésemos, que he oýdo contar por muy valiente a esse Furibundo, y dizen que no ay en Francia treynta cavalleros que le esperen una hora en el campo.

–Tanto que mejor –dixo Belflorán–; yo haré con esse la batalla y, si vos pudiéredes más que su compañero, ayudad- /237-vº/ -me.

–Sea en buena ora –dixo la reyna–. Y agora me dezid, en el entretanto que viene la mañana, qué descanso pensávades hallar en estos robres, que os veníades a quejar a ellos.

–El descanso –dixo Belflorán– que recibe el enfermo en quejarse a los que le miran del dolor que con importunidad le aprieta, no aviendo de hallar en ello otro contento del que la boz afligida le puede dar.

–¿Y es algo esso? –dixo la reyna.

–¿Quién vos sabrá dezir esso? –respondió Belflorán–, pues en este mal el mayor conocimiento es no saber nada del propio mal que se pasa, y tanto más quanto fuere mayor el daño que se sufre.

–Hermosas cosa me dezís –dixo la reyna–, y aunque no seáys muy valiente, yo me huelgo tanto de averos encontrado que de ninguna cosa pudiera. Mas agora será bien que llaméys vuestro escudero para que os dé el cavallo, que el día se viene muy claro.

–No tengo cavallo ni escudero –dixo Belflorán–. Si vos tenéys cavallos, dadme uno; si no, yreme a pie, que usado soy al trabajo.

–Yo –dixo Cenobia–, no tengo escudero ni cavallo más de uno que aquí adelante está arrendado.

–D’esa manera –dixo Belflorán–, si yo traxera un cavallo, bien me pudiera quejar de vos, que no trayendo más recámara que yo me llamastes cavallero de poca quenta; mas esse cavallo vuestro llevarnos a entr’ambos hasta las tiendas, que todavía será mejor que no yr a pie.

La reyna se rio y dixo:

–Agora no os dé pena, que yo os daré cavallo.

Entonces se puso su dorada bozina a la boca, tocándola con alguna fuerça, y fueron con ella presto seys pages con muy hermosos cavallos y el de la reyna de diestro; la qual a Belflorán dize:

–Escoged, cavallero, un cavallo d’esos, el que mexor os pareciere.

–Entonces Belflorán tomó uno negro, porque el de la reyna hera de la misma color. Y pidiendo otra tal sobrevista y çimera como la de la reyna, se la dieron, y poniéndosela, se metieron la buelta de las tiendas del rey Astrideo. Y no yvan muy lexos d’ellas que vieron passar otros dos cavalleros armados de unas armas cárdenas, solos, sin escuderos ni page, con tan hermoso ayre y parecer que a todos dieron contento. Y la historia quiere que sepáys que heran los dos príncipes don Clarineo y Hermiliana; los quales, pareciéndoles que los cavalleros de don Baldín tardavan, fingiendo mala dispusición a Hermiliana, pidieron licencia para yrse a una villa cercana, desde la qual se avían partido desimuladamente para hazer aquella batalla, que en extremo querían a don Baldín. Saludáronse los unos a los otros; don Clarineo preguntó a Belflorán para dónde caminavan. Respondió Belflorán:

–Hasta un paso d’estas selvas donde está el rey Astrideo de Francia, que nos dizen que está preso don Baldí[n]⁸³⁹ de Portug(u)al y queremos tomar por él la batalla.

–¿Sabéys si tiene justicia? –dixo don Clarineo.

–No curo yo de saber nada d’eso –dixo Belflorán– quando la razón obliga a combatir por el amigo.

–No es buena razón essa –dixo don Clarineo–, que ya podría ser el amigo tener mala causa y perderse entr’ambos.

–No es mucho –di[x]o⁸⁴⁰ Belflorán–, mas en duda ase de creer al amigo, si dize que no tiene culpa, antes que al enemigo que afirma lo contrario, que la verdad averiguarse a, con otras muchas, el día del universal juizio.

–No son todos los amigos d’esa condición –dixo Hermiliana–, y nosotros vamos también por tomar essa batalla.

–¿Y estáys más certificado que nosotros de su justicia? –dixo la reina Cenobia.

–Creo yo que él la tiene muy buena –dixo Hermiliana–, y aunque hasta agora estava [t]emeroso⁸⁴¹ de que le faltarían cavalleros, ya me parece que le sobran.

–Esso tienen los buenos –dixo Belflorán–: que donde quiera que estén los sirven todos. Y merécelo don Baldín, que es uno de los buenos cavalleros que tiene el mundo, y que ha servido a los príncipes griegos más que cavallero alguno.

No hubo nombrado Belflorán a los griegos quando Hermiliana le conoció; y, dissimulándolo,

⁸³⁹ *Baldid.*

⁸⁴⁰ *dicho.*

⁸⁴¹ *remeroso.*

le dixo:

–A mí me parece, señor cavallero, que os e visto en España, y daros he las señas /238-rº/ de dónde.

–Ya puede ser –dixo Belflorán–, mas las señas no quiero que las oya otro ninguno.

Entonces don Clarineo y Cenobia pasaron adelante, y Hermiliana a Belflorán dize:

–¿Qué es esto, mi señor Belflorán, que un día que estáys en mi tierra os queréis tratar como estrangero? ¡No lo hagáys, por Dios, que se enojará el rey, mi padre, y será peor esto que lo de don Baldín, que no os tienen de consentir hazer batalla!

Pesole a Belflorán que le huviese conocido Hermiliana, y disimulándolo le dize:

–No quisiera, mi señora, por cosa del mundo que me huvierades conocido, que por otro estado como el de Grecia no dexaré de hazer la batalla; y, si merced me avéys de hazer, es que disimuléys el averme conocido, con juramento que os hago que, si otra cosa hazéys, yrme donde nunca parezca; y esta es mi voluntad, sin otra respuesta, y sabed que tampoco me conoce este cavallero que conmigo viene.

–No osaré enojaros, señor Belflorán –dixo la princesa–, puesto que en esto me hiziérades gran plazer. Yo diré a don Clarineo que tuve por entendido que érades el conde de Ruysillón, grande amigo mío y vasallo suyo, y que me engañé.

D’esta suerte yvan hablando quando se hallaron junto a las tiendas del rey Astrideo, que estaban allí unos cavalleros que querían tomar la batalla por don Baldín de Portugal. El rey Astrideo, que hablando estava con el rey de Escocia, los mandó entrar; y ellos lo hizieron, encomendando todos a Belflorán que hablasse. Él lo hizo en esta manera:

–Esclar[ec]ido y christianíssimo príncipe: estos cavalleros que aquí están y yo, aviendo oído una acusación que el rei de Escocia pone al príncipe de Portugal, y teniendo entendido que es contra justicia, por parte de ser don Baldín tal cavallero como todos saben, venimos para tomar los dos de nosotros la batalla por él. Por tanto, mandadle llamar aquí y a los que le desafían, para que, otorgándonosla de su parte, se pueda mostrar lo demás de su justicia.

–Buenos cavalleros –dixo el rey–, lo que a don Baldín se pide los acusadores lo afirman por cierto, y él lo niega. Todos son cavalleros de alto merecimiento y, pues él negó, no se á de determinar por batalla, y de mí está entendido que quiero para don Baldín lo que para mí. Bien me place que tenga tales cavalleros con quien no se pierda su justicia, si la tiene⁸⁴².

Entonces le mandó llamar, y en el entretanto otros cavalleros con la misma demanda entraron en la tienda. Bien eran cavalleros a quien se pudiera fiar qualquier t[r]ance de harmas: eran

⁸⁴² Parece haber una errata en esta frase. Debería ser: “y, pues el negocio se a de determinar por batalla y de mí está entendido que quiero para don Baldín lo que para mí, bien me place que tenga tales cavalleros con quien no se pierda su justicia, si la tiene”. Pero en el texto no pone “negocio” sino, claramente, “nego no”. De hecho, en el ejemplar de la *Quarta parte* digitalizado en Google Books y procedente de la Biblioteca Histórica de la UCM se aprecia claramente una corrección manuscrita por “negocio”.

aquel valiente Armesildo de Ingalaterra, y con él don Manuel de Portugal, su hermano de don Baldín; los cuales, siendo en Ingalaterra por la posta avisados por Balisán, vinieran con la priessa que ymaginaréys los que en tal ventura tenían el uno a su hermano y el otro al más querido amigo que tenía, que don Baldín por carta con él los avisara de su necesidad. Estos dos, en entrando, fueron conocidos, que venían sin harmas algunas, y el rey Astrideo y todos los salieron a rre[c]ebir. El rey abraçó a Armesildo, diziendo:

–¿Qué es esto, mi señor, que con tanta priessa venís?

–Buena es la pregunta de vuestra alteza –dixo Armesildo–, estando don Baldín condenado por vuestra corte ha dar cavalleros que le defiendan. Venimos el príncipe don Manuel y yo a tomar esta batalla, pues el rey de Escocia le pide tal desaguisado.

–Agora reposad, mis señores –dixo el rey–, que todo será bien.

El otro cavallero ninguno le conoció, que sabed que era el valiente Bramidoro de Sericana, que por mandado de Primaflor, cuydando que el Cavallero del Sol se hallaría sin compañía, venía ayudarle en la batalla. Y calló por ver en qué pararía el negocio, porque a esta ora entrava don Baldín, bien tratado, porque venía vestido de raso morado con muchos torçales* y antorchados de oro que hazían una hermosa y costosa labor, dados muchos golpes, tomados con muchas piedras de valor. Traía su rica espada ceñida, y una gor- /238-vº/ -ra pequeña con una pluma blanca y una rica medalla, toda cercada de unos rubís más relumbrantes que unas encendidas brasas. Costumbre era de Francia al cavallero condenado, hasta ser libre por batalla, que ninguno se levantava ni le mandavan sentar; y assí, harto contra su voluntad, se quedó en pie el estremado portugués, al qual el rey de Francia dize que allí tenía siete cavalleros, todos los quales querían tomar por él la batalla; que viesse a quál d'ellos dava su poder para ella, porque se avía de hazer luego.

–Señor –dix[o]⁸⁴³ don Baldín–, d'estos cavalletos solos conozco dos, que son mi hermano don Manuel y mi primo Armesildo, los quales yo embié a llamar para esta batalla. Y, aunque conforme a esto yo fuesse obligado a encomendarme a ellos, no lo haré, porque más me quiero atrever a enojar ha mis parientes que a otros que, no teniendo tanta obligación de hazerme merced, an venido a poner sus personas en este trance. Y assí, señor, nombro para la batalla a este cavallero –dixo, señal(l)ando a Belflorán– el uno, y el otro, al que él quisiere nombrar.

–Yo os beso las manos por la merced, señor don Baldín –dixo Belflorán–, que, siendo tan grande, será poco por ella perder la vida. Pues vos me days licencia, yo nombro este cavallero que conmigo venía –dixo, señalando a la reyna Cenobia.

Todos quantos a Armesildo y don Manuel conocían quedaron fuera de sí, teniendo que hiziera locura don Baldín dexar aquellos que por todos heran tan aventajados cavalleros tenidos. Sola Hermiliana sospechó que don Baldín avía conocido a Belflorán, que en caso peligroso no tuvo

⁸⁴³ *dixe*.

entendido que don Baldín hiziesse semejante ceguera. Creo que buenamente quedó corrido Armesildo y don Manuel, viendo el trabajo que avían pasado. Y Armesildo dize:

–Cierto, señor primo, vos avéys escogido muy bien; y, si pensávades hazerlo así, no avía para qué dar tanto trabajo al príncipe don Manuel.

–Yo, mi señor –dixo don Baldín– no estava obligado a saber que mis cosas avían depasar por los términos que avéys visto. Suplícoos que tengáys por bueno aquello que yo quiero, que yo me desculparé con vos más largamente.

–Sea como os pareciere –dixo Armesildo–, mas este agravio no lleva buena emienda.

No quiso responder a esto palabra alguna don Baldín, que vía que Armesildo tenía razón, y él cuydara que Belflorán le nombrara, pues le conocía. Mas el valiente Bramidoro a Armesildo dize:

–No sé por qué, cavallero, os agraviá[i]s tanto porque no se os ha encomendado esta batalla, que a qualquiera es más agradable pudiendo escusar semejante trabajo q[u]e⁸⁴⁴ no tomarle. Yo venía a lo mismo, y hiziera esta batalla solo por amor de don Baldín, sin conocerle. Mas, visto que a él le deve estar mejor darla a este cavallero, no curo de quexarme; y, porque no estemos holgando, sabed que defenderé mi aventura pasada esta batalla a vos y a todos los cavalleros del mundo, donde, si gana tenéys de pelear, lo podréys mostrar.

–Yo no sé quién soys ni qué aventura traéys –dixo Armesildo–, aunque sé que soys descomedido en meteros en negocio donde no os llaman, y ya podría ser que no tan buenamente respondiéssedes en el campo como cuydáis.

–Sed comedido, señor Armesildo –dixo Bramidoro–, que no estamos en parte de satisfazernos. Sabed que yo defiendo que en este carro está una dama a cuya hermosura y valor no yguala ninguna de las pasadas ni presentes, y ya sobre esto [f]ue⁸⁴⁵ justado con vos en Ingalaterra. Y sabed que soy el príncipe Bramidoro, hijo del emperador de Sericana.

Y como esto dixesse, en la tienda dio su cartel de desafío. Y, sin atender otra respuesta, se salió fuera y se entró en su carro, que no muy lejos de la tienda tenía, dejando con tanta cólera a Armesildo, conociéndole, que se le olvidó del enojo que de don Baldín tenía.

Porque a esta ora Belflorán preguntó por los retadores, los cuales estavan armados de todas harmas. Y pasando adelante, el príncipe les /239-rº/ dixo si se afirmavan en la acusación puesta contra don Baldín; que mirasen lo que hazían, que don Baldín era cavallero que por ninguna manera haría lo que no deviesse. Y como ellos se atuviessen a lo dicho, la batalla se aceptó para luego, y los juezes fueron el duque de Gueldres y el gran condestable de Francia y el rey Astrideo, que entre ellos se quiso hallar.

Don Baldín, a quien mucho pesava que Armesildo estuviesse assí enojado, le llamó, y apartándole a una parte le dize:

⁸⁴⁴ *qne.*

⁸⁴⁵ *vue.*

–¿Qué es esto, mi señor, que tan enojado os mostráys contra mí?

–¿Cómo no lo tengo de estar –dixo Armesildo–, aviéndome afrentado ante tantos cavalleros?

–No lo avéys de estar –dixo don Baldín–, y tenedme el secreto, que este cavallero que nombré por mi parte es Belflorán de Grecia, y tuve entendido que, nombrándole a él, os nombrara a vos; y él me parece que no quiso enojar al cavallero que con él venía.

–¡Sancto Dios! –dixo Armesildo–. Agora, señor, os perdono, que locura fuera hazer otra cosa. Yo os tendré la puridad posible.

Pues a esta ora en el campo se tocaron los clarines, y los cavalleros salieron para fenecer la más cruel batalla que se huviesse visto.

Capítulo 58: De la sangrienta batalla que Belflorán y Cenobia huvieron con Furibundo y Troylo.

Alegre quedó la estimada reyna Cenobia en verse nombrada para aquella batalla, y tuvo en más el cavallero en ver que don Baldín le hu[v]jiesse nombrado en competencia de Armesildo para tan bravo trance. Y entrando en el campo le dize:

–Señor cavallero, si lo tuviéssedes por bien, gran merced me haríades de dexarme aver esta batalla con Furibundo, que á mucho tiempo que me tiene mal enojado.

–Otro día avrá para esso –dixo Belflorán–, que esta batalla me toca a mí, y a tiempo seréys de ayudarme si feneciéredes vuestra batalla con Troylo.

Mas no te[n]í⁸⁴⁶a este propósito, que no dexara pasar tal cosa por tanto el mundo.

–Sea como quisiéredes –dixo Cenobia–, que yo quiero seguir vuestra voluntad.

A esta ora llegaron a ellos los juexes y, partiéndoles el sol, Armesildo y don Manuel como padrinos hizieron a los contrarios sus acostumbrados requerimientos y, no aprovechando, se salieron afuera, encomendándolos honras y vidas de don Baldín a sus amigos. Aunque os digo que, si no eran tres, ninguno otro del campo tenía pensamiento que dexaran de ser vencidos, que la fama de Furibundo bolava entre las estrellas.

Assí estaban todos quatro, esperando la señal para salir como los que corren algún precio, que esperan los suelte la mano del que los rige; y, como tardase, Furibundo en alta voz dize:

–¿Qué haze a quien está mando, que no toca?

Mas presto se le quitó la pena, porque, haziéndose la señal, parten los unos para los otros con la ligereza de los cometas en la serena noche llevados. No se vieron jamás en Francia tales encuentros, porque Belflorán, que tuvo deseo de llevar de la silla a Furibundo, tuvo la lança baxa, y su desgracia, o tener el cavallo mui alta la cabeça, le hizo hazer un encuentro feo; que, hiriendo al

⁸⁴⁶ teina.

cavallo en la cabeça y pasando la hazerada testera, colando hazia baxo por entre la espalda, la lança salió por la barriga y enclavose más de tres palmos en el suelo. Fue con tanta fuerça y la lança tuvo tan firme que hizo al cavallo levantar ambas las manos, sin que más de allí se mudase. Furibundo encontró a Belflorán por medio del escudo; mas no le pudo falsar, que él y las harmas eran las mejores del mundo. Hízosele jun- /239-vº/ -tar con los pechos y apretó tan rezió que, ciñiendo él las piernas al cavallo por tenerse, todos los arçones postreros huvo hechos pedaços. Mas él se tuvo firme, como aquel que por cosa del mundo no quisiera tal vergüença en tal parte.

Troylo y la reyna Cenobia se hirieron algùn tanto con las lanças, y perdió el saboyano un estribo sin hazer la reyna ninguna desgracia. Mas la Fortuna, que no estava contenta de enojar a muchos de los presentes, dio causa a una desventura harto grande; y fue que, al tiempo que la reyna metió mano [a] aquella famosa espada suya que Armesildo le diera, no la pudo llevar assí ligeramente de la cinta, y metiendo la mano yzquierda para tener de la bayna, al sacarla con algùn desatino cortó ambas riendas del cavallo; el qual, como sintiesse la[s] riendas caydas, como el viento dio a correr con su dueño. Y aunque la reyna, temerosa de que no la sacase de la raya del estacado, le dio una herida que le llevó la mitad de la cabeça, no le aprovechó, que el cavallo la sacó del campo. Y aunque ella se dexó caer, todavía se halló bien quatro pasos fuera. Y, queriéndose tornar, los procuradores del rey de Escocia no la dexaron y, viendo que tenían razón, en poco estuvo de no mata[r]se con el pesar, que no poco menor le tuvieron otros muchos, mayormente la linda Primaflor, y Dolainda con Ysabela, que de la encubierta de su carro miravan la batalla. Y tanto a Ysabela le dolió que en los braços de Dolainda quedó fuera de su sen(ten)tido.

Creo que el que menos lo sintió fue don Baldín, que estava él tan confiado de Belflorán que no le dieran sobresalto otros veynte cavalleros tales. Y entonces le plugo más de aver nombrado a Belflorán, el qual, pasando ligeramente por Furibundo, que más espantado que dezirse puede saltó de su cavallo, creyendo que aquello huviesse sido algùn sueño, llegó hasta el carro de Primaflor, donde vio a Bramidoro de Sericana. Y teniendo entendido que allí estuviessen las damas, metió la cabeça hasta los arçones. Y ellas se pusieron en pie, y fue vista Primaflor por todo el campo, con no menor hermosura que se suele mostrar la hermosa Venus por los claros caminos del oriente, tornándose a encubrir luego con la nube de su castillo. Rebolvió con esto Belflorán su cavallo y vio la gran desgracia de su compañía, y pesole más por el enojo de la reyna que por el temor de la batalla. Y sacando su espada, biendo que Furibundo tardaría en llegar, se fue para el segundo Troylo, que para él se venía; y, como aquel que sabía lo que le quedava de fenecer con Furibundo, echó el escudo a las espaldas, tomó la espada con ambas manos. Su contrario hizo lo mismo. A un tiempo se hirieron con tanto vigor que, resonando todas las selvas, Belflorán baxó la cabeça hasta el arçón y en el suelo vio muchas estrellas; mas el segundo Troylo perdió el sentido y, echando sangre por la visera del yelmo, el cavallo le començó a llevar muy llano por el prado. No curó más Belflorán, que vio muy cerca a Furibundo y, poniendo la mano en el arçón, saltó en tierra, no le teniendo ninguno a cordura

la gentileza, y con atentados pasos al africano aguarda, que, con la encendida cólera que traía, bien cuydara partir las peñas. Y así, no como maestro de guerra que él era, sino como hombre enojado, entró con su enemigo. Hirió a Belflorán al través del hielmo (entró con su enemigo. Hirió a Belflorán al través del hielmo)⁸⁴⁷ entre el escudo. Bien sintió Belflorán caer la sangre dentro del yelmo; fue tan atronado como si le diera con una peña, y hirió él a Furibundo tan alentadamente que le llevó un tercio del escudo, más de cien mallas de la loriga, y en el muslo le hirió un poco, comenzando a correrle sangre. Y no se deteniendo en esto un momento, de una punta redobló su fuerza, y no pasando el arnés empujole tan recio que le hizo yr más de seys pasos atrás. Furibundo a esta ora estava en su cólera, y con ella su batalla es /240-rº/ espantosa. No retumbavan así las herrerías de Bulcano en el monte Etna; a pesar suyo se oyera esta batalla, más sangrienta que se huviesse visto.

Mas a esta ora el segundo Troylo tornó a su acuerdo, que por poco el cavallo le sacara del campo. Y, reconociendo el estado en que estuviera, no ay pisada serpiente que así se embravezca, no ay león con la fiebre tan encendido que así se sienta. Buelve a su cavallo la rienda y, bolviendo sobre Belflorán, hincó las espuelas al cavallo por atropellarle. Todos pensaron que así fuera, que les pareció que Belflorán no se guardava d'él, y no sé cómo no dieron gritos que por sí mirase. Mas el príncipe griego bien le vía; y, dexándole llegar, tendió el brazo del escudo, arrimole a los pechos del cavallo. Aquí se vio el más alto extremo de sus fuerzas: del fuerte encuentro, el cavallo no se meneó más; antes bolviendo dos o tres pasos atrás, con su señor cayó muerto como si verdaderamente con una peña tocara, y Troylo vino al suelo. No ay en esto ley que baste ni pena mortal que lo impida.

Grandes gritos se dieron por el campo, encareciendo sobre las nuves tal fortaleza. Don Clarineo se santigua, y a Hermeliana dize:

–Vos, mi señora, ¿bien conocéys a este cavallero?

–No más que vos, mi señor –dixo Hermeliana–, y estoy fuera de mi sentido de ver tal cosa. Y atended que no me ayude Dios si la justicia de don Baldín no pelea por él en este día.

Bien era menester atención, porque el bravo Troylo estava en pie y se venía para Belflorán. Mas púsosele delante Furibundo, que le dixo:

–¡Teneos, señor Troylo, que para una batalla basta un cavallero! Si no, salirme [he] del campo.

–Hazed lo que os pareciere –dixo Troylo–, que este no es lugar de cortesías, que sabed que combatimos derecho ageno, y en ley de cavallería seríamos traydores si no venciésemos, pudiendo ayudar el uno al otro.

–¿Y essa es ley de guerra en Francia? –dixo Furibundo.

–Sí –dixo Troylo–, y aun de Italia.

–¡Mal aya quien la puso –dixo Furibundo–, que es villanía! Agora, hazed lo que quisiéredes,

⁸⁴⁷ Fragmento repetido.

que nunca entraré en campo, sino solo, de oy más, porque no me acaezca otro tanto.

Entonces se bolvió para Belflorán; el qual, conociendo bien a Furibundo, entre sí ymaginó que de qualquiera vía le convenía quitar de su estorvo a Troylo. Y, fingiendo recelarlos, como diestro se tendió por el campo floreando, porque con el entretenimiento se cansasen o él hallase alguna disposición para hazer lo que quería, que se recelava de los braços de Furibundo, que sabía ser los más esforçados que su nación tenía, y más ayudados de Troylo. Bien entendía todo el campo la mayor parte de su diseño, si no eran sus contrarios; los quales, ciegos de la cólera, no tenían otro cuidado que cargar sobre él, que, valiéndose de su destreza, los fatigava demasiado. Bien pudiera él, si quisiera, entretener la jornada d'esta manera, que con no ser vençido bien se cumplía con la honrra de don Baldín, mas paresciole que a poco esfuerço le sería contado si no fuesse de todo punto vençedor. Y con esto entre hellos se cierra; delante alló a Furibundo, que pensó matarle; mas, reparándose del golpe, que ambas rodillas le hizo hincar[r]⁸⁴⁸ en tierra, de un revés hirió por una pierna a Troylo que, no le aprovechando la defensa, de sus armas la mayor parte uvo cortada. Y conociendo lo que avía echo, de un salto salió de entre ellos más de diez pies. Luego se vio el daño de Troylo, que saliendo gran golpe de sangre de la pierna no pudo tenerse sobre ella, y hubo de hincar una rodilla en tierra, y como hallase lejos a su enemigo no pudo yr sobre él. Creo que d'esto le plugo mucho a Furibundo, según que estava corrido de que entr'ambos combatiesen con un cavallero; y vínose para Belflorán, que, no queriendo a[v]enturar⁸⁴⁹ la vida de don Baldín, por el campo se retiró, porque Troylo de una manera ni de otra no pudiesse hallarse en la batalla. Y como marinero combatido de dos vientos contrarios que, cessando el uno se tiene por cercano a la bonança, no recelando /240-vº/ un punto a Furibundo, se juntó con él.

¡O, T[ri]megisto⁸⁵⁰ Mercurio, quién se ayudara de ti para contar tan ardiente batalla! Tan furiosos andan que unas vezes las manos, otras las rodillas ponen en el suelo. No salen tan espesas las centellas de los encendidos bereços^{*}; no dan reposo a los braços, a los sentidos; el agonía de vencerse haze no sentir la batalla. Deseava Furibundo venir a los braços con Belflorán, y como él lo viesse en la diligencia de entrar a las presas, mirando bien cómo avía de poner los braços dio lugar a ello. Furibundo entró con él, cuidando tomarlo más descuydado; y fue al revés, que no hubo hecho el acometimiento quando Belflorán avía dexado el espada y metió el braço yzquierdo por debaxo del derecho de Furibundo, y el otro por sobre el yzquierdo; tyró tan rezio por él que, sin que se pudiesse valer, le sacudió de sí tan rezio que le hizo yr a dar de ojos más de diez pies, con tan gran desatino como si un trabuco le huviera arrojado. Fue venturoso porque, aunque arrastrando la pierna, llegava junto d'él Troylo, pensando hallarlos a los braços.

–Teneos afuera, señor Troylo –dixo Belflorán–, que me pesa mucho de vuestro daño, y

⁸⁴⁸ *hincas.*

⁸⁴⁹ *anenturar.*

⁸⁵⁰ *Tumegisto.*

hazeos curar, que yo os doy licencia para ello, que ya no podéys hazer batalla.

Oyolo el rey Astrideo y, si conforme a las leyes de su reyno se pudiera hazer, holgara d'ello. Todos se lo tuvieron a estraña cortesía, que bien vieron que le pudiera matar. Y atendieron por la batalla de Furibundo, el qual es cierto que ha [e]sta ora andava muy fatigado. Tenía seys heridas, y las tres en parte embaraçosa, una en la pierna y las dos en el braço de la espada. Bien se conocía por todos que sin duda sería vencido, que el esfuerço de Belflorán a esta ora se redoblava. Y como él quisiesse mucho a Furibundo, apartose afuera, diziendo:

–Descansemos un poco, señor cavallero, que nos fatigamos mucho en cosa donde no tenéys vos ninguna justicia.

Bien vio la cortesía Furibundo, que en ella nunca nadie le hizo ventaja, y hízolo así, diziendo:

–Bien conozco, señor, que esto lo hazéys por mi provecho; mas quiero recibir la merced, porque tengo gran sospecha que no es esta la primera que de vuestra parte he recebido.

A esta ora se venía la noche y el sol quería acabar su jornada. Y Belflorán, por no ser conocido, no le respondió palabra, paseándose por no resfriarse.

El espanto de todos en ver tal batalla no lleva encarecimiento. La hermosa Primaflor a Ysabela dize:

–Con tal cavallero, mi señora, bien segura estará vuestra alteza.

–No [a]y⁸⁵¹ seguridad que me baste –dixo Ysabela–, según el precio de la batalla es grande.

–No tengáys miedo –dixo Dolainda–, que creo que tal esfuerço no le tiene el mundo.

Quitoles su plática, porque con grandíssimo daño de Furibundo se rebolvían a la batalla, que dos heridas se le avían resfriado, y donde pensó tener más aliento, le perdió. Bien se vía por el campo que su enemigo no le quería acabar de vencer; porque, estando muy juntos a la tienda del rey, bolando Belflorán tres o quatro golpes de cogida, entró en su enemigo y de una punta le hirió por sobre el escudo. Pasole de claro, y el braço con él; hízole una mala herida y, sin recibir daño, se tornó firme con él, que casi en los pies no podía tenerse. Y como le viesse todavía porfiado, como aquel a cuyo ánimo pocos del mundo llegavan, aventurando el peligro de su vida, viendo el poco término que para batalla quedava, puso el escudo sobre la cabeça para entrar con él. Furibundo dexó caer la parte que del suyo le quedara, y con más fuerças que Anteo a dos manos descargó sobre Belflorán. Hízole juntar el escudo con el yelmo, y fue tan furiosa que ambas rodillas y la mano del espada le hizo poner en el suelo. Tembló el corazón en el cuerpo, y aun las carnes a Belflorán. Jamás sintió tal golpe, mas ni esso impidió para que con él no se abraçase, diziendo:

–Cierto, señor Furibundo, yo no tengo de mataros ni vencedos, que no os quiero yo tan poco.

Furi- /241-r^o/852 -bundo metió mano a su daga, mas Belflorán le cogió ambos braços entre los

⁸⁵¹ oy.

suyos y mostró el extremo de sus aventajadas fuerças; que, no le dexando menear un punto, dio bozes a los juezes que allí se llegasen. Ellos lo hizieron; Belflorán a altas bozes les dixo si era obligado a rrendir o matar, o si bastava defenderse, pues era requerido.

–Bien basta lo uno o lo otro –dixeron los juezes–; mas ya no podéys combatir, qe el sol es puesto, y don Baldín, libre.

–Pues esso es –dixo Belflorán.

–Yo lo soy vuestro –dixo Furibundo–, como del mejor cavallero del mundo, aunque estoy tan mal herido que antes puedo ser contado por muerto.

A esta hora ya todos entravan en el campo, del qual sacaron a Troylo y Furibundo harto mal parados. Llegaron los primeros Hermiliana y don Clarineo; a Belflorán abraçáronle con aquel amor que podéys pensar. Lo mismo hizieron a Armesildo y don Manuel; mas ver a esta hora a la reyna Cenobia es cierto que su corrimiento de ninguno lleva ygual. No av[r]ía estado en mucho yrse sin hablar a él ni a nadie, como aquellos que, aviéndoles acontecido alguna cosa fea, desean ausentarse porque el tiempo cure algo lo que al principio tiene mal nombre. Ella llegó a Belflorán, diciendo:

–Bien parece, señor, que queríades toda la honrra para vos, pues tan flaco y covarde compañero escogistes.

–Señor mío –dixo Belflorán–, antes por asegurarme con tan alta bonda como la vuestra quise rescebir el bien de vuestra compañía, lo qual es cierto, y todos los presentes lo tienen entendido. La desgracia de vuestro cavallo no se á de contar en aquello que vuestro valor tenía tan seguro.

Y con esto se abraçaron y, tomando en medio a don Baldín que los juezes les entregaron con harto contento, esperaron al valero[so] rey Astrideo de Francia, que para ellos se venía. Todos se apearon, los que a cavallo venían, y el rey juntos abraçó al esforçado Belflorán y Cenobia, diciendo:

–¿Quién dirá agora, señores, que no tengo yo en mis braços el más soberano esfuerço de los mortales? Y, pues en mis selvas de Ardeña tanto bien me ha sucedido, no quiero que os vays sin conosceros.

–Excelente señor –dixo Belflorán–, nosotros somos criados de vuestra alteza; por lo que toca a rey de Escocia, que le queremos por amigo, no nos daremos a conocer por ninguna manera.

–No me haréys a mí tanto enojo –dixo el rey Astrideo–, que quedaré con el mayor pessar que jamás tuve, que el rey de Escocia no tiene de qué enojarse porque ayáys defendido a vuestro amigo.

Turbado se halló Belflorán de ver que el rey tan de veras porfiava en ello, y díxole:

–Este cavallero que conmigo viene yo sé que por ninguna manera quiere ser conocido; de mí no será tanto el daño. Váyase vuestra alteza a en su tienda, y allí yo quiero darme a conocer a vos solo.

–Yo soy muy contento con esso –dixo el rey.

Entonces Belflorán dixo a todos que se pusiessen a punto, que él avía de caminar luego aquella noche quanto hablasse al rey una palabra, y con él se entró en una tienda, donde en la recámara d'ella el rey le qui[tó el]⁸⁵³ yelmo y, quando le conoció, salió fuera de su acuerdo, que no le quería menos que a Hermiliana

–¡Hay, mi señor! –dixo el rey–. ¡Cómo hezistes bien en no daros a conocer!, antes que por todo el mundo no os consentiera hazer batalla, que el rey de Escocia se tuviera por satisfecho ante que veros en tal peligro.

–No avía otro que en este caso supiesse tan bien la poca culpa que don Baldín tiene –dixo Belflorán–, porque yo he venido co él, y sé que no sabe más de la reyna que vuestra alteza.

–Mucho me plaze d'eso –dixo el ey Astrideo–, y rescibiría contento que el rey de Escocia os lo oyese a vos, que sería ataxar grandes males para adelante.

–Los apasionados –dixo el esfo[r]çado Belflorán–, quanto más satisfacción les dan, se les dobla la sospecha; y ansí lo tenéys /241-vº/ por bien, no le quiero hablar palabra ningun[a]⁸⁵⁴.

–En todo se haga lo que vos quisiéredes –dixo el rey Astrideo.

Entonces le importunó mucho que no se fuesse, mas aprovechó poco; y, tomando d'él licen[cia], se enlazó su yelmo y, dispidiéndose de los cavalleros, solo con don Baldín y la reyna Cenobia se partió, donde se siguió lo que en el otro capítulo os será mostrado, que he miedo de ser tenido en este por prolixo.

Capítulo 59: De lo que a Armesildo avino con la reyna Cenobia.

Quedó el rey Astrideo tan alegre como el rey de Escocia penado del suceso de aquella batalla y, haziendo curar a Troylo y Furibundo, despachó luego su mandado a don Clarinero y Hermiliana, que él tenía pensamiento que seys leguas de allí estavan, haziéndoles saber el suceso q[u]e⁸⁵⁵ ellos avían visto. Los mensageros los hallaron bien disimulados y, dándoles el recado, dixerón que otro día vendrían a besar las manos [a]l⁸⁵⁶ rey, que por entonces de las selvas de Ardeña no acordava salirse hasta ver buenos a Furibundo y Troylo, festejando al príncipe Armesildo y a don Manuel, que allí quedaron, porque Belflorán no quiso otro alguno que fuesse con él más de don Baldín y la reyna Cenobia. Y como partiessen de las tiendas siendo la noche muy cerrada, a Belflorán le dolían las llagas; y como él tuviesse pensamiento de curarse en el castillo de Primaflor, no se quiso alexar mucho, antes se apeó a la entrada de un fresco valle que entre dos altas montañas se hazía, con unas hermosas hayas y abundancia de ermosas fuentes, donde los escuderos les tomaron los cavallos.

Turbado estava Belflorán, no sabiendo qué hazer, que él quisiera bolver al castillo antes que

⁸⁵³ *el to.*

⁸⁵⁴ *ninguno.*

⁸⁵⁵ *qne.*

⁸⁵⁶ *el.*

por la reyna Cenobia fuesse conocido. Mas esto se podía hazer muy mal porque, en apeándose, la reyna le tiró por las correas del yelmo, diciendo:

–Ya, señor cavallero, no se escusa que sepa yo quién soys tan bien como el rey Astrideo.

Mas, como el príncipe quedasse sin yelmo y la noche hiziesse muy clara, aunque para aquello no era necesaria, a la reyna se le cayó de las manos, dando una gran boz; se abraçó con Belflorán, diciendo:

–¡Hay, soberano príncipe! ¿Y cómo es posible que tan lexos á estado de vuestro conocimiento quien siempre vuestras valerosas hazañas trae al natural representadas en su memoria?

Y con esto no bastó la fuerça de su onestidad ni valentía a que de lágrimas no se cubriesse su hermoso rostro; las quales vio bien el valiente don Baldín, que maestro de aquella frenesía era, y plúgole que Belflorán estuviesse en tan alto lugar prendado, que desdichas en amores no creya que a otro que a él tocasen. Y estuvo atento a mirar a Belflorán con el semblante que a las lágrimas de Cenobia respondía; que, aunque libre, no lo pareció en la respuesta, porque, hincando las rodillas ant'ella, le dize:

–Exclarecida princesa, mucho más me devo yo quejarme de mí, pues, estando acostumbrado a recibir tales mercedes de vuestra mano, agora desconociesse ser imposible que de ageno poder me viniessen.

La reyna, que en pies tenerse no podía, tomando ocasión del hecho de Belflorán, sentose en el suelo, donde ¡o, Amor, quién bastara a concertar tus desatinos! ¡Quién veya tal princesa en tal parte, con tanta /242-rº/ gloria que le parece que no queda en el mundo más que desear, y a Belflorán, cuydando de cómo se apartaría d'ella sin ser sentido por descomedido!

Con todo esto se sentaron todos tres, y a Belflorán le ligaron las llagas, con harta pena de la reyna, sus escuderos. Balisán no estava en su seso con el alegría de ver a su señor. Mas don Baldín, que con el embaraço de la reyna no podía hablar a Belflorán para preguntarle por Ysabela, después que una pieza allí huvieran estado, dixo que en todo caso fuessen a dormir fuera de las selvas a un lugar pequeño que él sabía, que a Belflorán se le podría rescocer daño con la noche. Y así se hizo, y en el camino le preguntó por ella. Belflorán le dixo que dentro del castillo que guardava Bramidoro quedava Ysabela muy a su contento, y que perdiessse cuydado, que ninguno en el mundo sería parte para la tomar de allí. Y que, pues él no podía entrar dentro, cumplía por entonces disimular, por ver lo que Dios ordenava del rey de Escocia. Muy alegre fue d'esto don Baldín, aunque él más quisiera aver a la reyna en su poder, que después no se le diera mucho por el rey de Escocia; mas bien vio que aquello era lo mejor.

Así se llegaron allá, ha donde en una cama no muy rica se acostó Belflorán, y allí le curaron de sus heridas. Don Baldín y la reyna Cenobia cenaron con más alegría que cuydaran tener en su vida. Allí estuvieron algunos días hasta que Belflorán estuviesse para caminar, donde supieron de muchas batallas que cada día hazía Bramidoro, y cómo el rey no consintiera que Armesildo

combariesse con él, y a la causa había tomado don Castel la batalla y avía sido vencido, de que gran pesar tomó don Baldín.

Grandes cosas en este medio entre sí passava la reyna Cenobia, viéndose tan pressa de los amores del esforçado Belflorán, y mucho más de la grave onestidad suya. No sabía dar algún corte de sus pensamientos, que a él parecía que, aunque más su mal callasse, al fin parecía que ella a él requería. Y con esto, una tarde por desenojarse se salió del aldea harmada de sus ricas harmas, sola, sin escudero ni page, como aquella que por dar algún descanso a su pecho a llorar yva a algún bosque. Y, sin mirar lo que hazía, el cavall(er)o la metió por las selvas de Ardeña, donde, ya que quería anoche[ce]r, no atinó a bolverse, que no tenían por costumbre de andar por las espantosas montañas dexar assí salir a los que tan atrevidamente por ellas se meten. Con lo qual ella tornó en sí y, queriéndose apaar, oyó una apasionada boz que dezía:

–¡O, Amor cruel, y cuán lexos pones los remedios a los que por fuerça te han de seguir, y cuán halagueros y cortos los representas quando nos quieres aprissionar!

Tras esto oyó grandes y apasionados sospiros.

–¡O, dioses inmortales –dixo la reyna–, que a todas partes este mal se estiende! Este cavallero otro tal mal tiene como el mío.

Y metiendo su cavallo en lo espesso de un xaral, sin se le acordar de quitarle el freno le arrendó a un fresno, y muy paso se fue al tino de los dolorosos sospiros, que gran lástima le causavan; porque con grandes corrientes de lágrimas y solloços que a cada paso le ahogavan dezía:

–¡Ay, cruel tirano!, ¿qué quieres ya de mí, pues no te basta tenerme assí, tan mal parado? Mas alexaste mi esperanza en tanto extremo que está mi señora no solo lexos de mí con tantas tierras, pero aun el corazón mucho más sin un solo punto de mi memoria. ¡O, reyna Cenobia, que tus enemistades eran con la casa de Grecia, y agora executas la sentencia con la casa de Bretaña!

Y diziendo esto, con el grave dolor se traspuso. ¿Qué os parece sentiría Cenobia, conociendo ser aquel el esforçado Armesildo, y viendo que tan lastimado le tenía ella, cuánto el maldito Amor assí en su contrario se mostrara? Con lágrimas que le vinieron a los /242-vº/ ojos y entre sí dize:

–¡Hay, Armesildo, y cómo, si en el corazón sientes lo que yo, con razón te tengo lástima, pues ni en mí hay horden para tu remedio ni en el mundo ay entretenimiento para el mío! ¡Ay!, que, si no me engaño, yo y tu hermana el remedio tuyo y el mío tenemos, de tal suerte que d'ello a ti ni a mí se nos espera bien alguno, pues ella tiene en su poder el corazón de Belflorán, con el qual solo se esperava remedio para mí, y yo tengo el tuyo sin quererle.

Verdaderamente creo que Cenobia le huvo lástima, y aun no sé si la movió algo en su pensamiento, que siempre es ser la dama querida, aunque no piada para el remedio, pero da un no sé qué en el corazón, que en fin es natural desear bien a quien bien le quiere, y esto la hizo esperar para ver en qué parava. Porque, no le sintiendo más, pareciole que algún desmayo lo causase, y pasa

adelante. Y no se engañó mucho: estava el gentil inglés, quitado el yelmo, recodado sobre el escudo con un desmayo cruel. No sé si de piedad de Armesildo o que su ventura assí lo traxesse, mostrose a la hora la luna, más clara que quando se puso en los braços a Endimión; apartáronse las nuves y mostrose claro, a la parte el bosque y montes de Silveria, y a la otra los llanos de las Fuentes del Amor. Mas la luna más clara en el rostro del príncipe que, tomándolo por un espejo, si el coraçón de la reyna tuviera más lugar como en el de las damas tener suele, no la dexar[a] assí libre. Sentose Cenobia y procuró en lo que le fue posible tornarle en sí, mas sin quitarse el yelmo, que no quería ser conocida. Assí [e]stuvo⁸⁵⁷ una pieça, hasta tanto que Armesildo bolvió en sí; que, viendo aquel cavallero, turbose, cuydando que a la ventura sus quexas huviese oýdo; y con alguna pena le dize:

–Suplícoos, señor cavallero, que si de mí alguna cosa no tenéys necesidad, prosigáis vuestro camino, que siento pena con la compañía; que aunque este, mi mal, sea tan grave, no se puede curar sino con la soledad.

No le respondió Cenobia palabra alguna, como aquella que se temía de ser conocida. Y levantándose, tomó su cavallo, y subiéndose en él, se metió más dentro en la floresta, bañando su rostro con assaz lágrimas. Y como fuessen passadas las dos partes de la noche, se echó a dormir entre unas matas, al pie de una fuente, donde le vino más profundo sueño que ella quisiera porque, sin alçar aún la visera del yelmo, durmió hasta más de tres oras entrado el día.

Pues aora sabed que el rey de Escocia se despidió del rey de Francia. Hazía su camino la buelta de su tierra, con harto pessar de no saber nuevas de Ysabela y mayor de sí mismo, que, aviéndola tenido tanto tiempo en su poder, esperando de celebrar sus bodas en Escocia, no gozar de sus amores, para él tan desseados; y seys cavalleros suyos venían por el campo donde Cenobia dormía, que como en las armas conociessen ser el cavallero que en la deffensa de don Baldín entendiera, determinaron de matarle. Y los tres d'ellos se apearon, y el uno quiso meter la espada por la vista, y el otro por la falda de la loriga. Mas a esta ora entrava por el campo Armesildo que, viendo apeaar aquellos cavalleros contra el que estava durmiendo, les dio grandes gritos que no le matassen, que murirían por ello. Con los quales se detuvieron algún tanto, y a las bozes recordó la reyna, la qual se puso en pie muy desatinadamente. Armesildo venía tan rezio que, desviándose los cavalleros, por poco diera a la reyna con los pechos del cavallo, y ella se desvió algún tanto. Los cavalleros le dejarretaron el cavallo; mas aquel, que de semejante cosa hazía poco caso, saltando en pie, de tres golpes dio con los dos muertos en el suelo; y, aunque el otro se quiso acoger a su cavallo, no pudo, que al subir Armesildo le travó por un pie y, con la yra que tenía, como si alguna cosa muy liviana fuera lo arrojó de sí tan rezio que fue a caer de la otra parte de la fuente. Los tres que a cavallo /243- rº/ quedaron no quisieron poner sus vidas en condición, y dando de espuelas a los cavallos fueron más avisados que sus compañeros.

⁸⁵⁷ *astuvo*.

A todo esto la reyna estava medio atónica, viéndose assí socorrida por Armesildo, y fue presto con el cavallero que arrojara, que, espantado del buelo que hiziera tanto como de la cayda, no se meneava; y, poniéndole la espada al cuello, le amenazó de muerte si no le dezía la causa porque así matarla quería. El cavallero se lo dixo, y la reyna estuvo por matarle, diziendo:

–Cierto, vuestro rey deve ser mal cavallero, pues de tales como vosotros se sirve.

En esto llegó Armesildo, que cuydando que al cavallero quería matar, le dixo paso:

–Señor cavallero, no pongáys manos en quien defenderse no puede.

–Bien pudiera yo hazerlo –dixo la reyna–, si le huviera de juzgar por la ley que él a mí; y gran merced a vos, señor Armesildo, por el socorro, que no será tan perdido que algún día no tenga su agradescimiento.

Entonces miró más Armesildo en las armas y conoció que era el cavallero que con Belflorán socorriera a su primo don Baldín en la batalla de Furibundo, y el mismo que aquella noche le hablara en el bosque. Y fuele abraçar, diziendo:

–Cierto, señor, agora que os conozco tengo a alta ventura averme mi desatino echado por aquí, que, aunque no sé quién soys, averos visto con tal cavallero como Belflorán da a entender que no poca obligación tendré yo de serviros.

–¿Aquel cavallero con quien yo venía era Belflorán? –dixo la reyna.

–Sí –dixo Armesildo.

–Aora estoy con más pena –dixo la reyna–, que se partió de mí sin conocerle con don Baldín.

–Alguna necesidad lo causaría –dixo Armesildo–. Mas porque yo, señor cavallero, no lleve de vos otra tal quexa, suplícoos me digáys vuestro nombre, pues vos sabéys quién yo soy.

–Plázeme, señor Armesildo –dixo la reyna–, aunque tenía determinado lo contrario.

Y con esto al pie de la linda fuente se sentaron, beviendo de la dulce y amorosa agua. Armesildo, que el yelmo tenía quitado y huviérale acontecido un estraño caso: que, como la reyna se quitó el yelmo, antes que él se levantase de la fuente vio dentro su figura, y turbose tanto que estuvo por caer dentro. Y como se levantase apresurado y conociesse a quien consigo traía, creo perdió la vista de los ojos, como el que, cerrado por gran tiempo en la escura tiniebla, le es de improviso mostrado el sol, que en la mayor fuerça de sus rayos se muestra. No creo que sintiesse menos alegría que la temerosa madre que vey de improviso al hijo que por grandes tiempos llorado avía por muerto. Envelesose Armesildo y no pudo hablar palabra, aunque todo su valor ayudarle quiso, antes el quererla dezir le huviera hecho mortal daño con la fuerça de los te[m]idos⁸⁵⁸ espíritus. Aquí le valió la cortesía de la reyna Cenobia, que le abraçó muy apretadamente, mostrándole gran amor. Y con esto, passándose algún tanto el embaraço, Armesildo le besó las manos, que la reyna le dio de buen talante, diziendo:

⁸⁵⁸ *tenidos*.

–Quiero dáros las, señor Armesildo, porque avéys sido causa que oy más las pueda dar a otros.

No estava muy lexos el remedio de Armesildo; que, siendo todas estas cosas ordenadas por el sabio Merlín, aquella era una de sus encantadas fuentes, donde se cobran las amorosas pasiones; y, como la reyna tuviese alguna sed, tomando en su yelmo del agua, bebió un golpe, que fue la vida del que sin ella bivar no podía. Quedó la reyna atónita, porque a poca pieza no se le acordó de Belflorán; dióse ha mirar la apostura de Armesildo, que hera uno de los gentiles cavalleros del mundo; y, sintiéndose assí trocada, no le pesó punto, que casi estava corrida de verse assí pressa de quien d’ella no se acordava, y entre sí rogava a sus dioses que en aquel pensamiento la sustentassen. Mas ellos le podían ayudar tan poco como en quitarle los /243-vº/ nuevos pensamientos, con los quales de nuevo tornó a abraçar a Armesildo; que, no perdiendo lo que su fortuna le ofrecía tan cumplido, ya no con besar las manos se contenta, mas las primeras flores de su boca coge, con tanto contento quanto los bien heridos d’este mal pensar pueden. Tornaron mil vezes a tenerse abraçados estos dos felicísimos am[a]ntes⁸⁵⁹, poniendo con su contento envidia al que los hiriera del amoroso mal, y no menos a las hermosas ninfas que aquella fuente tenían cercada, estando la reyna determinada de complazerle en todo aquello que una casta donzella sin ofender a su onor podía. Quisiera Armesildo quedar allí para siempre, y no menos la reyna, en quien ya obravan otros más ciertos encantamientos que los de las fuentes, que eran el valor, gentileza y hermosura de Armesildo.

Allí acuerdan los dos amantes yrse juntos la buelta de Ingalaterra, que ya la reyna no se regía por otra voluntad que la de su querido señor; mas a esta hora por el raso de la campaña vieron venir una donzella que, llorando de sus ojos, con queja más manifestava su grave dolor; y, poniéndose los yelmos por no ser conocidos, la llamaron, preguntándole la causa de su tan afligida pasión.

–¡Ay, señores! –dixo ella–, si pasión basta a mover generosos coraçones, muévanse los vuestros de la mayor crueldad que jamás se aya oído; y, si poner queréys a ella remedio, veníos conmigo, que en el camino os contaré la desventura.

–A la mano de Dios –dixo Armesildo.

Entonces tomó la reyna su cavallo, y él uno de los dos cavalleros que matara, que el otro como mejor pudiera, aunque quebradas las costillas, se avía ydo, que fue su ventura. Y lo que en el camino les aconteció adelante vos contaremos, que tengo por fuerça de bolverme a Ingalaterra, pues he tomado la mano en contaros sucesos de enamorados coraçones.

Capítulo 60: De la batalla que entre el Cavallero Salvage y el valiente Argibo pasó sobre Lindonisa.

⁸⁵⁹ *amentes.*

Graves son los casos de los enamorados coraçones que assí sujetavan los más bravos y temidos como los flacos y covardes. Y, aunque en ellos no todas vezes responden ygualmente, no por esso se alexa el galardón del que con lealtad a su amante sirve, como bien claro de la venturosa fortuna de Armesildo se colige. Y, aunque yo por extremo de las desgracias aya quedado, no enpero es la culpa de quien assí me atormenta, sino de fiero destino mío, que nunca a las amorosas fuentes a la causadora de mis daños traxo, antes beviendo a la continua de las eladas aguas del olvido causan en ella lo contrario de lo que mis servicios merecen.

Por agora no quiero quejarme, aunque quiero contar las quejas de la linda princesa Belianisa; porque, como Belflorán más del señallado término se detuviesse y d'él no oyesse nuevas, ¡quién contara lo que, contado a penas de dama en su parescer tan libre, podría ser creydo! Bien contados tenía los días, que nunca pasó assí término prolixo. Bien le pareció que los celestiales signos al sol en su jornada detenían, y que el celoso Tithón a Febo en su cama huviesse hallado, y que la bella Aurora, más de lo acostumbrado enamorada, se detuviesse en poner la rubecunda corona a su querido amante. No era el sol salido quando deseava la noche y por ella grandemente sospira; ni era la celadora de los escabrosos delitos venida, quando gran- /244-rº/ -des gritos por la mañana dava; y quando vía que el término llegava, el coraçón la combatía si sería cierta o dudosa su venida. No sé si le pessava de averse assí con él mostrado tan esquiva; mas quando el término fue passado, y con muchos días, y d'él no oyó nueva ninguna, aquí se movieran a compasión los duros mármoles. No hay pasciencia que le baste ni consuelo que no le dé la muerte. Muchas vezes estuvo determinada de escribirla, y otros tantos medio escripta rompió la carta. Perdió su hermosa color; no sabe lo que se diga ni qué acuerdo tome.

La reyna Armeliana, su madre, que en la princesa vía nuevas passiones, no sabía qué sería, aunque no dexava de ymaginar que algunos amores le diessen pena. Y rescelándose no fuesse a la ventura alguna cosa contraria al alto estado suyo, grandes avisos sobre el caso tenía por todas las vías a ella posibles, porque en la corte están a la saçón muchos y muy altos príncipes, assí de los de la Tabla Redonda como otros, algunos de los quales bien pensava la reyna que bastarían a dar pena en qualquiera libre coraçón. Aunque viéndola tan retraída y que huía siempre de ver a nadie, mucho de su sospecha le quitava, mas no para que disimuladamente no doblase el recado de palacio, así en la fidelidad de las mugeres y como en lo que más era necesario. Todo lo qual era hecho con tando aviso que, dándole a entender que por mayor consuelo suyo se hazía, no se advertía la princesa de nada de aquello, como quien de vista aún no conocía muchos de aquellos príncipes; y algunas vezes le molestava tanto la corte que a la reyna suplicava la dexase yr a holgar [a] algún monesterio no lexos de Londres, la buelta de Vindilisora; mas siempre se lo negava la reyna, teniendo por entendido que debaxo de su mano estavan todas las cosas más pacíficas.

Pues estando las cosas en estos comedios, a la corte vino una aventura que a la reyna dobló el cuydado: a fama de la Tabla Redonda, y de que en la Silla Peligrosa no hera permitido a nadie

sentarse, gran copia de cavalleros venía; y otros, oyendo dezir la hermosura de Belianisa, venían por verla, quedando después tan pressos que, aunque la venida fuera voluntaria, no lo era el bolverse a dos cavalleros, de los quales cuenta el arzobispo de Roselis grandes cosas; y cierto, si ellos no eran sober[v]ios⁸⁶⁰, y aunque de otras malas condiciones fueran en el mundo más temidos, porque su esfuerço en un tiempo espantó al mundo: el uno hera hijo del gran rey de Viserta y era moro; llamábase el Fuerte Argibo. Y el otro hera sobrino del emperador de Medra; adorava ydolos como sus passados en aquellas tierras hizieran. Llamábase Serpentino. Estos dos bien que eran amigos, pero tenía cada uno d'ellos tanta soberbia que entre ellos se creía duraría poco. Con todo esto vinieron juntos, acabando estrañezas en harmas, hasta llegar a Ingalaterra, entrando por la parte de Antona, su derecho camino tomando para Londres. La Fortuna dio con ellos en el antiguo castillo de Baldiano, donde, queriendo aposentarse, fueles dicho que no podían alvergar allí si primero no ganavan por armas el aposento, que tal era la costumbre de Ingalaterra.

–Essa costumbre –dixo Argibo– es muy buena, y yo la cumpliré.

Y hízolo así, porque, derribando las guardas del castillo, entraron dentro. Donde, siendo a su plazer hospedados por el dueño del castillo, que asaz era viejo, viéndole muy triste le preguntaron la causa de su tristeza.

–Sabed, señores –dixo Baldiano–, que el rey de Ingalaterra me haze bivar triste muchos días á, porque ti(n)ene preso un hijo mío, diciendo que, estando él en Costantinopla, se alzó con una fortaleza que el rey le diera; aunque a la verdad no deve ser esta causa, sino otra, que el rey tiene gran deseo de aver esta fuerça con otras dos que a la parte de Picardía yo tengo. /244-vº/ Y porque no se las doy por otras tierras llanas que él me ofrece, muestra agora este enojo, y no sé qué medio ponga a ello, que el rey es poderoso y podré mal con él acabar mi negocio.

–No toméys pena por esso –dixo el Fuerte Argibo–, que, si vos sabéys dónde vuestro hijo está preso, aunque le defendiesse toda Ingalaterra os le trayría yo a vuestro poder.

–Gran merced, señor –dixo Baldiano–, mas esso es imposible, que el rey es muy poderoso. Mas podrase hazer de otra manera: el rey tiene una hija que se dize la infanta Belianisa, la qual sale algunas vezes con el rey a caça a un bosque que tres leguas es de este castillo. Y, si allí pudiéssedes hazer de manera que desbaratásedes los cavalleros de su guarda y yo huviesse en mi poder a Belianisa, qualquiera concierto que yo después quisiesse haría el rey.

–Sea como vos lo ordenáredes –dixo Argibo–, que, pues os he prometido mi ayuda, haré lo que fuere menester por el camino que vos ordenáredes.

–Señores –dixo Beldano–, sabed que tengo en este castillo unas harmas para entr'ambos, las mejores que jamás tuvo cavallero, que ya fueron de dos cavalleros de la Tabla Redonda, que son hechas por tal fuerça de encantamento que con ningunas armas pueden ser falsadas, y aun en este

⁸⁶⁰ *sobernios*.

arte os podré yo ser buen amigo para lo que huviéredes menester.

Y con esto les dio las harmas, de lo qual ellos fueron asaz alegres. Las unas tenían en el escudo a una serpiente, y las otras una ágil de plata en campo amarillo. Estas se armó el valiente Argibo, y las otras su compañero. Y pareciéndoles bien, y el asiento del castillo, acordaron de tener allí su aposento en el entretanto que Baldano les dava horden de lo que para la libertad de Balderín, su hijo, le parecía necesario. Muchas vezes salían del castillo armados, y como el rey no tuviesse tan poblado de cavalleros, estrañas eran las cosas que hazían, aunque muchas d'el[las] crueles.

Y su fama, llamándolos el Cavallero del Águila y de la Serpiente, començó ha bolar por Ingalaterra, tanto que al rey don Serafín davan gran cuydado de saber quiénes fuessen, mayormente que a la corte vinieron quatro cavalleros mal heridos de batallas que con ellos huvieran. El uno era don Manuel de Portugal, que las nuevas de don Baldín traxo, y los otros eran tres cavalleros alemanes bien conocidos, que eran Leandro de Saxonia y sus dos hermanos, los quales de su esfuerço contaron estrañezas; aunque, contándolos por sobervios, eran señales conocidas de que no serían algunos de los que sospechase podían.

Estas nuevas alborotaron muchos cavalleros de la corte para buscarlos, mas esto fue por su daño, que algunos murieron en la demanda y otros bolvieron mal parados. Y, desseando el rey don Serafín que no fuessen más cavalleros en esta demanda, ordenó unas apazibles justas para entretenerlos, poniendo diversos precios para los que mejor lo hiziessen, mandándolas pregonar por toda la Gran Bretaña. Las quales, siendo venidas a oýdos de los bravos Serpentino y Argibo, para ellas se aparexan, con intención de hazer en ellas enojo y aun vengarse del rey, que en las pasadas guerras a un hermano de Argibo matara junto de Pera.

Y con esto Argibo se salió una tarde, pasando la buelta de Londres, donde encumbrando una cuesta la vio muy llana con el río Támixi, que por ella entrava. Y como huviesse de pasar alguna parte del día, se apeó a la Fuente de los Tres Caños; quitándose el yelmo bevió de la agua y se lavó las manos; donde, aviéndose sentado, viniéndole a la memoria su hermano, que el rey don Serafín matara, las lágrimas le vinieron a los ojos, diziendo:

—¡O, crueles dioses!, ¿cómo consentís que esté tan descansado quien mató el mejor servidor que teníades? Si esta vengança por mis manos no á de ser hecha, llevadme d'esta vida.

A esta sazón a la fuente llegó una donzella, de cuya hermosura y dispusición fue el bravo moro muy agrado, la /245-rº/ qual a la fuente venía a esperar un cavallero que le avía de hazer compañía. Esta era Lindonisa, hija del conde de Sircia, dama de la infanta Belianisa, la qual por su mandado una carta llevaba a Boemia, donde en Ingalaterra se avía dicho que avía buelto Belflorán, puesto que ella tenía sospecha, aunque don Manuel no lo dixera, que él fuesse el que en Francia combatiera con Furibundo, y aun en esto pensavan otros muchos que de la valentía de Furibundo tenían noticia. Y el cavallero a quien ella esperaba para su viage era aquel gentil don Balinteor de Yrlanda, que d'esta dama mucho tiempo avía que era enamorado. Y aviéndole ella dicho que yva con

un recado a la reyna Rosaliana a Bohemia, teniéndolo él a estraña ventura, acordaron que la acompañaría en aquella jornada.

Pues Argibo, que a Lindonisa vio apear, le dize:

–Hermosa señora, si en esta tierra se guarda la costumbre de la mía, vos soys obligada a yr conmigo.

–Como fuere el camino –dixo Lindonisa–, mas ¿qué es la costumbre de vuestra tierra?

–Es –dixo Argibo– que la dama que camina sola, si algún cavallero la quiere defender por un día a todos los que con él quisieren combatir, á de quedar por suya.

–¿Essa ley –dixo Lindonisa– hizieron las donzellas o los cavalleros?

–No lo sé esso –dixo Argibo–, mas, si vos fuéssedes servida de guardarla, hazerme ýades gran contento, que yo soy tal cavallero que no vos vendrá en desgrado.

–¿Y si no quisiesse yo –dixo Lindonisa–, avría más que hazer en esse caso?

–Sí –dixo Argibo–, porque, aviéndome obligado tanto vuestra hermosura, yo procuraré, pues no estoy informado del huso d'esta tierra, guardar el de la mía.

Riose d'esso Lindonisa. Y como supiesse la valentía de[1] buen Cavallero Salvage, que a esta ora se venía por el llano de un prado, le dize:

–Pues esso á de ser así, a mí me plaze de guardar lo que vos queréys; mas sabed que soy de aquel cavallero, y no consentirá que me llevéys. Por esso no tratéys más d'ello, que los cavalleros d'esta tierra no consienten llevar así las donzellas que aguardan.

Argibo, a quien más apazibles eran las batallas que no los amorosos razonamientos, se enlazó el yelmo mejor que tenía el mundo, y sin poner pie en el estribo saltó sobre el cavallo, rebolviéndole con tal furia que a Lindonisa sacó de sentido. Y no quisiera aver llegado a la fuente, mayormente que, quando tomó el escudo, descubrió la blanca águila, cuyas nuevas bien estendidas estaban por aquella tierra.

Bien conoció el Salvage la devisa, y por venturoso se tuvo en aver venido allí a tal tiempo. Y como le vio encaminar hazia sí, detúvose, esperándole en lugar conveniente para batalla, aunque le pesava que avía poco día, según él oyera dezir que era buen cavallero. Argibo, más arrogante que la misma Sobervia, le dize:

–Cavallero, si no quieres tu muerte, buélvete por do veniste y déxame esta donzella, que me á dicho que es tuya.

Riose d'esto el Salvage, y no le tuvo por tan valiente como sobervio. Y respondiolo:

–Cavallero de la Águila, mejor sería dexaros de hazer demasías, guardando lo que los buenos cavalleros son obligados, que no tratar essas locuras. La donzella es suya, y yo también, y por esta parte defendérola he yo hasta que la vida me falte, y aún después de muerto yré con agravio de mí en no aver hecho en su servicio todo lo que era obligado.

Y diziendo esto bolvió la rienda al cavallo, tomando la parte que le convenía del campo, Otro

tanto hizo Argibo; y juntándose en medio de aquel campo, las lanças se hizieron rajas. El Salvage hizo flojo encuentro, porque, no falsando las encantadas harmas, llevar a Argibo de la silla no era posible; el qual, falsándole a él el escudo y arnés, le hizo en los pechos una herida, y mayor en los de Lindonisa, que perdió el sentido viendo correr la sangre de su amante. Perdió los estribos el Salvage, y convínole abraçarse al cuello del cavallo. Argibo pasó por él, y no fue muy contento, biéndole quedar en la silla; y puso mano /245-vº/ a su espada. El Cavallero Salbaje, enojado de lo que le aviniera, hizo otro tanto. Valentíssimo cavallero era el Salbaje, mas su contrario no tiene otro tal Yngalatterra. A dos manos se hirieron sobre los hielmos; perdió Argibo los estribos y aun las riendas; temor tuvo de caer en el suelo, mas el del Salbaje uvo una peligrosa herida. Aquí se renueva el mal a Lindonisa y la yra a su cavallero; más [á]spera⁸⁶¹ batalla no la vio nadie jamás; resuenan sus golpes más que las armerías de Milán. Mas es desigual, que Argibo no da golpe que no saque sangre, y el Salvage falsar las armas es imposible. Que, siendo por él conocido su daño, con más aviso prosigue su batalla, hu(n)sándose de aquella su destreza, que a la ventura no tenía otra tal ningún cavallero. Hazíale andar desatinando, perdiendo muchos golpes. Tal batalla suele hazer el diestro lebrél con el salvage animal en la montaña; mas, por mucho que se guarde un solo golpe, fuerça es que acabe la batalla porque, viendo venir la noche, como aquel que alguna obra en término señalado acabar le toca, que teniendo por descuydado al tiempo se descuydó en el fenescerla, que a la hora que ve el último fin llegarse, dobla la fuerça y pone toda la diligencia y arte posible. Tal haze a esta sazón Argibo, que, redoblando los golpes, una vez al Salvage hirió de un altibaxo tal que cortó el escudo y el yelmo. Y haziéndole una más espantosa que peligrosa herida, el Salvaje, lleno de ravia y despecho, tomó la espada a dos manos; hirió a Argibo sobre el yelmo con tanta fuerça que le hizo meter la cabeça entre los arzones; si el encantado yelmo no le valiera, partiérale la cabeça. El líbico Argibo, que tal herida sintió, más sobervio que la pisada serpiente buelve sobre su enemigo. El Salvage, que tenía los ojos y el sentido en una parte, dio la rienda a la mano yzquierda, mas no tan liegero que la ardiente espada no le alcançasse sobre el escudo; cortole por medio al justo y el braçal; hízole una herida en el braço y, no se deteniento, cortole parte del arnés y aun la cota de harmas. El Salvage a todas partes busca camino para herirle; mas es escusado, que las harmas sobre que hiere no tienen una sola raya. Por otra parte, el rey de Visierta tal ventaja tiene que le ha herido en más de diez lugares, y él todavía perdiendo la sangre falta la fuerça, y parece que no siente enojo ni cansancio, pues su vigoroso ánimo no puede ser assí como el cuerpo herido.

Está Lindonisa casi muerta; sus ojos corrían más agua que los caños de la fuente. Pensando está si yr a la ciudad a dar nuevas del desastrado caso, mas no se atreve, ni el amor la dexa apartar de donde passa tan cruel espetáculo. Mas vínole remedio no pensando con la cerrada noche, con la qual ella determinó fingir yrse a vista de los cavalleros, con lo qual entendía hazerles dexar la batalla. Y

⁸⁶¹ *espera.*

así lo hizo, dando del açote al palafrén. Argibo, que lo vio yr, hirió al Salvage tan cruelmente que, casi perdido el sentido, dio con él del cavallo abaxo, y a mucha priessa se metió por la parte que viera yr la donzella. Mas Lindonisa, que mejor sabía la tierra, no avía andado mucho quando por el encuentro de unas huertas dio la buelta a la fuente, desatinando al sarracino, que toda aquella noche le anduvo a buscar, echo loco, hasta la mañana; que, tornándole ha amanescer, la parte del castillo de Baldano se metió en él, harto desesperado, contando a quanto le aconteciera, de que en extremo se mostrava furioso.

Lindonisa, a quien el amor traía con más atrevimiento que el temeroso y feminil natural requería, bolvió a la fuente. Y viendo caído al cavallero, no hay dolor ygual ni fueron jamás tales lástimas como estas ni oídas. Y quisierase matar con su espada, y arrojándose sobre el sanguinolento amor suyo, resonar haze el bosque y campos. Y /246-rº/ no perdona su rostro ni cavalleros; llama cruel al cielo y a la tierra, que tan gran daño consienten.

No me detengo en contar sus quejas, que sería sacar aguar de la mar con intención de agotarla; bolvió en sí el herido Salvage y, con mayor pessar de ver tan fatigada a Lindonisa (que sus heridas), le ruega se consuele, que sus heridas no son peligrosas. Y con esto se levanta; y, aunque él quisiera proseguir su camino, no lo consintió la donzella piadosa, antes le hizo bolver a Londres. Y ella, sola y llorosa, aviéndole acompañado hasta la ciudad, se bolvió a su camino. Y por no ser conocida mudó los vestidos, poniéndose muy cubiertos antifazes en el rostro. Lo que le sucedió os contaremos adelante.

Gran alboroto hubo otro día entre los principales cavalleros sabiendo aver venido el príncipe de Yrlanda tan herido. Visitole el rey don Serafín, y sabiendo que el Cavallero de la Blanca Águila le parara tal, no basta el mandamiento ni otra cosa para que muchos no saliessen en su busca. Algunos de los quales no compraron la salida en balde, entre los quales bolvieron harto mal heridos el valiente rey Ban y Argileo a manos del cavallero Serpentino; que, doblando el pessar al rey don Serafín, acordó salirse a su bosque a caça por desenfadarse, que grandemente aquellas cosas le tenían enojado.

Por agora pido licencia, que me conviene tornar en Francia.

Capítulo 61: De la estraña aventura que a Belflorán avino sobre la libertad de su señora con Argibo y Serpentino.

Mi señora, grandemente me he tornado a enbocar en estas cosas de que quería sacar la mano; acontecido me á como al páxaro que, tocado con la liga^{*}, querer desasirse de la una ala le acaba de aprisionar. Y veo ya que causo desgusto con mi prolixidad y a la causa, aunque algunas cosas os cuente, más será por no dexar así la obra sin pies que por proseguirla, que sería nunca acabar, que tenía grandes cosas que dezir de los estremados príncipes don Dolistor y Polisteo que, desde luego

que llegaron a Nubia, grandes desasosiegos comenzaron con los tártaros o citas. Y metiéndose en medio Farnaces, rey de Egipto, perdió a Alexandría y gran parte de su reino. Alborotose toda Asia; también don Belianís, desde Babilonia, tomando la causa de sus hijos, corrió la otra parte hasta el río Ganges. Y en todo hubo grandes mudanças, pues el emperador don Belanio no estuvo quedo, antes extendió el imperio con el favor de los persas. Los cuales, con Periano y el furioso Salisterno, también ocuparon parte de la Cilicia.

Todo lo qual yo dexo, que los historiadores generales d'ello dan larga quenta, por bolverme en busca de Belflorán y don Baldín, que yo dexé en Francia. Pues aora sabed que ellos estuvieron algunos días esperando a la reyna Cenobia, y como no venía, temiéndose de algún peligro suyo, siendo Belflorán sano de sus heridas se metieron en su seguimiento. Mas no la hallando, una mañana que el sol se mostrava, teniendo nuevas de las señas de sus armas, a la salida de unas frescas praderías hallaron dos caminos, y por cada uno d'ellos señales de aver pasado gente de cavallo. Y como no fuesen menos usados a andar solos que en compañía, poniendo plazo de allí en Ingalaterra hallarse a los veinte días, cada uno tomó su camino.

Bel- /246-vº/ -florán anduvo todo aquel día sin hallar aventura que de contar sea, y la noche tuvo en la montaña, de que no le pesó punto, por el contento que con la soledad en las ymaginaciones de Belianisa recibía. Y reboviendo entre sí grandes pensamientos, quejándose de sí mismo, que tan descuydado en cumplir el mandamiento de su señora avía sido, tardando tanto en bolver adonde le fuera mandado, maldizía mil vezes sus acontecimientos, llamándose cavallero de poco sentido. Por otra parte, acordándosele de Primaflor y cómo sin bolver a saber su mandado se partía, añadía un enojo a otro. Y pareciéndole que quanto más se detuviesse sería peor de alcanzar el perdón, acordó, sin bolver a donde pusiera con don Baldín, yrse a Yngalaterra. Se metió por Picardía adelante y, passando a Bolonia, en Calés se embarcó. Y, aunque con algún trabaxo que a la causa de la mala navegación tuvo, pasó hasta subir por la ribera de Tamixio. Y, no quiriendo llegar a Londres, saltó en tierra, y con solo su escudero Balisán se metió por una montaña harto alegre y hermosa, combatido de diversos pensamientos, no sabiendo cómo llegase a la tarde sin hazerlo saber a su señora, pidiendo conse(n)jo a Balisán. Mas esto no fue menester, porque no anduvo mucho que vio venir una donzella cubierta con antifazes por el gran calor, a la qual Belflorán en lengua francesa saludó. La donzella se le humilló.

–Buena señora –dixo el príncipe–, ¿para dónde es vuestro camino, que tan sola y con tanto calor camináys?

–Señor –dixo la donzella–, aunque la priessa que yo tengo es grande, no tengo camino cierto; antes sin saber dónde, pienso hazer largas jornadas, y así quiero comenzar a darme al trabaxo d'estos calores.

–Si no ay más certinidad de vuestro camino –dixo Belflorán–, merced recibiera que, apeándoos una pieça a lo fresco d'estas hayas, me diéssedes nuevas de la corte del rey don Serafin,

que lo deseo mucho saber; que, si después en recompensa quisiéredes serviros de mí, no dexaré de poner mi persona a qualquiera cosa que por vos me fuesse mandada.

–Ame acontecido una no usada desgracia –dixo la donzella– en este camino, por la qual voy mal segura de los cavalleros, que de otra suerte no soy tan descortés que no cumpliesse qualquiera cosa que por vos me fuesse mandada: que un cavallero, diziendo que se usava en su tierra que el que por un día acompañase ha dama que fuesse sola quedase por suya, me quiso hazer fuerça; de la qual quiriéndome defender, el valiente Cavallero Salvage, rey de Yrlanda, queda a punto de muerte.

–¡Sancto Dios! –dixo Belflorán–. Agora, mi señora, por la fe que devéys a las cosas que más amáys, que si es posible me pongáys con esse cavallero, que quien tan descortés con las damas se muestra no deve ser cavallero de estima.

–Si vos me dezís quién soys –dixo Lindonisa–, ya podría ser que lo hiziese, que de otra suerte téngole miedo.

–Y[o] tengo jurado de no dezir mi nombre –dixo Belflorán.

–Por eso no quede –dixo la donzella–, que vuestro escudero me lo podrá dezir.

Riose Belflorán, y a la donzella dize que le supplica que sin poner más excusas le muestre el cavallero, que su nombre por entonces era imposible dezirse.

–Pues hazed otra cosa –dixo la donzella– o dexadme pasar mi camino.

–¿Qué, mi señora? –dixo Belflorán.

–Que os quitéys el yelmo –dixo la donzella.

–Que me plaze –respondió Belflorán, cuidando que por nadie sería conocido.

Entonces Balisán se le desenlazó, mostrando aquel extremo de hermosura; que, siendo conocido por Lindonisa, le dize:

–Vuestro parecer es tal, señor cavallero, que a mí me plaze de yrme con vos, si me aseguráys de alguna fuerça; porque yo llevo una carta de la excelente infanta Belianisa a un cavallero que en días passados se publica por suyo y agora está olvidado, y tengo de darme priessa.

–¿Quién es el cavallero? –dixo Belflorán.

–Muy amigo soys de saber nuevas –dixo la donzella–. Yo voy a un cavallero español, cuyo nom- /247-rº/ -bre viene en la carta. Y, si queréys verla, con todo secreto yo os la mostraré.

–De ninguna cosa recibiría agora más contento –dixo el celoso Belflorán, como aquel a quien avía tocado la Sospecha con su yerva.

Entonces se apearon a la sombra y Lindonisa sacó la carta; y dándosela a Belflorán en las manos, cuidando hallar en ella alguna herida de muerte, dándole licencia la donzella, aviéndose apartado Balisán con los cavallos, la abrió y vio que dezía assí, si bien vista le avía quedado para leerla:

Carta

Al estimado y descuydado príncipe de los dos imperios, Belflorán, la olvidada princesa de Ingalaterra, salud.

No creo que tuviera manos para escrevirte, valeroso príncipe, si no ayudara la mayor parte el enojo que de ti tengo, no tanto por lo que a mí toca quanto en ver que la primera vez que ayas faltado a tu palabra sea a mí, lo qual bien sé que tendrás en poco, por la mucha obligación que yo tengo de publicar antes tu firmeza que lo contrario. Lo qual, si del todo no quieres ver al revés, ya que cumplir lo prometido no es posible, cumple agora lo que yo mando: y es que, dexadas todas las cosas, des orden de tu venida en Ingalaterra con la brevedad posible, donde te espero con tanto enojo que no harás poco si quieres verme, prometiéndote de otra suerte quexarme a la reyna Cenobia. No más; el soberano Señor sea en tu guarda”.

Leyda por Belflorán la carta, no creo su alegría llevase ygual. Y, cuydando que la donzella no le conocía, le dixo:

–Querría conocer este cavallero tan venturoso a quien tal carta va dirigida.

–Agora le conoceréis –dixo Lindonisa.

Entonces se quitó los antifazes y abraçó a Belflorán diziendo:

–¿Qué es esto, soberano príncipe, y por tan mal encomendados teníades vuestros secretos que assí se descubrían a donde quiera?

El alegría de Belflorán viendo a Lindonisa fue grande, y abraçola, preguntándola por la princesa.

–Ella queda buena –dixo Lindonisa– y harto enojada, viendo vuestro descuydo.

–Pues ¿cómo haremos? –dixo Belflorán–, que por aora no querría ser conocido del rey.

–Vos, señor, me esperaréys –dixo Lindonisa– en el castillo de Baldano, que aquí cerca está, y yo llevaré a Londres el recado de vuestra venida.

–Muy bien dezís –dixo Belflorán–, mas querría yo en el entretanto buscar al cavallero que tan mal trató al Cavallero del Salvage.

–No quiera Dios que yo os vea en tal batalla –dixo Lindonisa–, que estoy espantada de verle dar los más crueles golpes del mundo, quanto más que yo no sé otra cosa d’él más de que se llama el Cavallero del Águila.

–Esse cavallero conozco yo –dixo Belflorán–, aunque nunca le he visto, y es moro, hijo del rey de Visiarta; harto valiente, según su fama, aunque la que tiene de sobervio es la mayor de todas. Y según esso, no es menester que me le mostréys, que yo le hallaré.

Entonces, llamando a Balisán, que de ver a Lindonisa no fue poco alegre, se metieron la buelta del castillo de Baldano, dexando a Londres desviada sobre la mano derecha, y yvan platicando muchas cosas de la corte. Mas no anduvieron quanto una legua que vieron venir a la mayor priessa

del mundo huyendo algunos ombres de cavallo, tan desatinadamente que no davan de ver en los que por el camino venían. Belflorán detuvo a uno a su pesar, diziendo:

–¿Qué es esto, cavallero?

–¡Ay, señor –respondió–, dexadnos llegar a Londres a dar la más mala nueva que se aya oýdo jamás! Que dos cavalleros, el uno que traía por harmas una águila, y el otro una serpiente, an salido al rey, que se andava a caça con la reyna y la infanta Belianisa, y an muerto los que se pusieron en resistencia y mal herido al rey, y llévanlos todos pressos; y antes que se acojan a alguna armada, si tienen por estas riberas, conviene dar la nueva.

–Otros avrá –dixo Belflorán, todo /247-vº/ turbado– que la den; bolvedme vos a mostrar el camino para hallarlos.

–¡Esso no haré yo por cosa del mundo!

Belflorán le amenazó de muerte si no lo hazía. Y con esto el cavallero dio la buelta y, corriendo quanto los cavallos podían llevar, encumbraron una cuesta, donde descubrieron el castillo de Baldano. Mas al rey ni los demás que yvan pressos solo los vio Belflorán, a quien los encantamientos del maldito Baldano no empecían* por la su buena espada, y Balisán, que el sabio Silveno le diera en Grecia una rica cinta que de otro tanto servía. Y diziendo a todos que allí [le]⁸⁶² atendiessen, él se derrocó por la cuesta abaxo.

–¿Qué quiere hazer tu señor? –dixo Lindonisa a Balisán.

Riose Balisán de lo que Lindonisa dezía, y díxole:

–Agora lo veréys quanto alcance aquellos cavalleros.

–¿Qué cavalleros? –dixo Lindonisa.

–¿Vos no los veys? –dixo Balisán.

El cavallero y la donzella dixerón que no.

–¡Sancto Dios! –dixo Balisán–. Agora os digo que ay mayor mal, que todos son encantados. Travaos d'esta mi cinta, que vale contra estos hechizeros.

Entonces travoron ambos d'ella y vieron a Belflorán, que corriendo con *Bolador* como una saeta yva en seguimiento de los cavalleros que al rey y los demás llevaban presos, que muy junto al castillo de Baldano yvan. Y fue la más alta ventura del mundo la venida de Belflorán, que todos los del mundo que vinieran hizieran tanto como nada, porque Baldano con sus encantamientos hazía [que] por nadie fuessen vistos. Pues como el príncipe viesse que yvan de priessa por meterse en aquel castillo, llevando mejor cavallo que ninguno d'ellos, corrió tan rezio que se metió entre ellos y el castillo, y blandiendo la lança dizo:

–¡Dexad, falsos cavalleros, los pressos, que no es tan alta empresa para gente de tan poco valor!

⁸⁶² *el.*

Riose d'esto el furioso Argibo y Serpentino, viéndole venir solo. Mas el máxico Baldano fue turbado, viéndose descubierto. Argibo, que nada d'esto sabía, con la lança sobre mano se dexó venir para Belflorán, que, aviendo visto su señora, no cuydara que los presentes ni passados bastaran a defendérsela. Y viendo que aquel cavallero se venía para él y que el otro de la Serpiente se yva al castillo, no haziendo caso d'él, al Serpentino arrojó la lança. Y bien mostró ser (d)el más gallardo cavallero que vistiese arnés, que a[u]nque Argibo le ponía recelo con su venida y Serpentino yva lexos, la lança alcançó al cavallo junto a los arçones postreros y passole tan rezio que, metiéndose la mitad por el suelo, él ni su señor se menearon otro paso. Serpentino, que tal cosa vio, saltó en tierra, y mirando por el cavallero que le tirara, viole que poniendo mano a su espada venía para Argibo; el qual con ardiente saña le tirara la lança, de la qual Belflorán se desviara, y juntándose con él, sobre las encantadas armas le hirió con tal braveza que, haziéndole rebentar la sangre dentro del yelmo, perdió las riendas de la mano y en el suelo vio más estrellas que tenía aquella parte del cielo, sacándole de su sentido.

–¡O, válasme Dios! –dixo el rey don Serafín–. ¡Tales braços de cavallero no los tiene el mundo! Agora creo que somos libres d'estos traydores.

Mas el bravo Serpentino, que nada d'esto se curava, venía a esta ora de pie sobre el príncipe griego. Y tomárale descuydado si el gentil cavallo *Bolador*, sintiendo passos, sin curar de la rienda no se rebolviera. D'este cavallo se cuentan cosas estrañas; en las batallas era tan acertado como un diestro cavallero. Y como tuviesse por costumbre atropellar a los que avía a pie, fue tan presto con el temido Serpentino que, no se pudiendo socorrer de su ligereza, le dio de los pechos; dando con él en el suelo le puso las manos encima, dexándole muy mal parado.

A esta ora salían del castillo más de treynta cavalleros, los quales, antes que Belflorán se advirtiesse, al rey don Serafín y la reyna Armeliana metieron en el castillo; mas a la linda Belianisa, a quien Belflorán no perdía de vista, no fue posi- /248-rº/ -ble porque, dexando a los dos furiosos paganos de la suerte que os dezimos, arremetió a la barrera del castillo. Mas los de dentro, que no poco miedo cobraran, alçaron la puente, dexando a sola Belianisa de fuera; a quien Belflorán dize:

–No temáys, soberana señora, que si vuestro favor no falta, todo será presto remediado.

No le conoció Belianisa, según estava turbada. Mas plúgole de ver tal cavallero de su parte, y temiendo que a la ventura por algún caso a ella no la metiessen en prission, saltó del palafrén en tierra, de que a Belflorán no pessó punto. Y, atendiendo por la venida de los furiosos Argibo y Serpentino, los quales no venían juntos, porque Argibo venía de cavallo, aquí es menester el valeroso esfuerço del príncipe griego; que, si las historias no nos engañan, los dos cavalleros eran la flor de las naciones bárbaras. Bien lo sabía esto Belflorán, que estrañas cosas d'ellos oyera contar. Mas quisiera él que fueran más esforçados, porque Belianisa gozara más de ver la vengança que de su enojo se tomava. Y con alguna demasiada cólera puso las espuelas a *Bolador*, que más rezio que si tuviera alas le juntó con su enemigo. De aquel golpe libró alguna dicha a Argibo, porque la furiosa

tempestad d'él n la sufrieran los ayunques de Bulcano. No valen las encantadas armas, porque, junándole el escudo con el yelmo y los dientes unos con otros, tan rezió le atronó que no fuera más si le tomaran las cumbres de los montes Rifeos. La sangre que le cayó dentro del yelmo a la ora dio muestra por la visera y otras partes; no cayó el furioso moro, que traía tan ceñidas las piernas al cavallo que fuera impossible. Mas al correr la espada, que no prendió en las armas, cortó las riendas del cavallo, que Argibo con el escudo levantara, y con una veloz corrida le alexó del campo. Y corrió con él más de tres leguas sin par[ar], porque el moro, desatinado, no le pudo tener. Y baxádoe por aquellos bosques, tan desatinado yva que se metió con él por el Tamixio, adonde, si de sus valerosos braços no se ayudara para nadando salir a la otra ribera, él le dexara allí sepultado. Y con el pesar que pensarse puede se quitó el yelmo, labándose de la sangre, tan espantado de lo que le aviniera que a ssí mismo no osava dar crédito.

Donde le dexaremos, que alguno le costó caro su enojo, por tornar a Belflorán; el qual, si la presencia de Belianisa no se lo impidiera, él alcançara a Argibo. Mas convínole guardarse de Serpentino, y viéndole solo no le quiso acometer de cavallo, que no le llevó el coraçón hazer demasía, aunque vía la trayzión que avían hecho. Mas es cierto que Belflorán ni su esfuerço no bastaran a valer a la princesa, porque el maldito Baldano con sus encantamientos la llevava a su castillo, si Balisán, que del recuesto baxara, dexando a Lindonisa con harto pesar de verse assí a oscuras de lo que ella tanto ver se holgava, no llegara de cavallo donde la princesa Belianisa estava; y, apeándose muy ligeramente, le dio la rica cinta, que ceñida traía, diziéndole que se la ciñesse si no quería que los malditos encantamientos la causasen algún mal. Belianisa, que a Balisán conoció, no ay alegría que a la suya llegase. Y tomando la cinta le abraçó, diziendo:

–¡Ay, Balisán, amigo! ¿Es por ventura este cavallero el príncipe, tu señor?

–Sí, mi señora –dixo Balisán–, que tan alta ventura para él solo estava guardada.

–Agora te digo –dixo la princesa– que estoy libre del miedo que d'esta desventura avía cobrado, que con tal ventura como la suya otras mayores cosas se an de acabar, si mi desgracia no lo estorva.

Y con esto quedó en extremo alegre, lo que no fue Baldano, no sabiendo qué fuesse la causa que sus encantamientos no hazían effeto contra ella ni contra aquel cavallero, cuya batalla con el temido Serpentino a esta ora era tal que todos aquellos valles resuenan con mayor estampido que los desenfrenados vientos coros por el mar de Tesalia. Y, aunque Belflorán pone aquí /248-vº/ todo su valor, menester le haze, que Serpentino es tal cavallero que a ninguno cuydara reconocer ventaja, y está en toda su saña encendido, con lo qual es la batalla temerosa. Bien salieran del castillo pieça de cavalleros a ayudarle, mas no osavan, que vían todos aquellos campos llenos de cavalleros y, aunque Baldano les dezía que no temiessen, que dentro de aquel compás ninguno podía entrar, como hera la verdad, no le osavan dar crédito, mayormente viendo la pujança de Belflorán, que, encendido como una brasa, no sabe de corage si está en el cielo ni en la tierra. Y viendo que no podía falsar las

harmas de aquel cavallero, se metió con él a los brazos, que no le recelava punto. Apretáronse el uno al otro con tanta fuerza que las armas se metían por las carnes. Valentísimas eran las fuerzas de Serpentino, mas no puede revolver a Belflorán más que el oso a la enzina de donde cae, que con enojo cuyda derribarla. No le acontece a él otro tanto, porque Belflorán le pone cada vez a punto de muerte, y tanto defenderse no pudo que Belflorán no diesse con él en el suelo. Mas Serpentino se tuvo a él tan rezio que no le dexa revolver; acordándosele a Belflorán de la daga de su enemigo, pues no se podía aprovechar de la suya, y llevándosele de la cinta, hiriole por baxo de la falda de la loriga de una cruel herida que le hizo dar espantosa boz y revolverse tan recio que se puso en pie, corriendo de la sangre, que la herida que tiene es peligrosa. Y hirió al príncipe griego tan rezio que le hizo hincar ambas rodillas en el suelo. Y cuydando que yva a caer, cargó sobre él porque no se levantase. Mas hizo mala ganancia, que Belflorán, metiendo el brazo por entre las piernas de su enemigo, o levantó del suelo y hízole dar de cabeça tan gran caída que quedó tal como muerto. Belflorán le quitó el yelmo y, llamando a Balisán, le dixo que llevase aquel cavallero presso a Londres, que Lindonisa le guiaría.

–No le vemos –dixo Balisán–, que sabed que este valle está lleno de malditos encantamientos.

–¿Qué es de tu cinta? –dixo Belflorán.

–A la princesa, mi señora, la di –dixo Balisán–, que la tiene más necesidad.

–Como quiera que sea –dixo Belflorán–, convien esto, que salidos del valle veréys lo que os conviene.

Y atándole las manos le puso atravesado sobre la silla. Y subiendo Balisán a las ancas, Lindonisa salió a mostrar el camino para Londres, a tal ora que la noche se vía muy cerca.

Pues como Belflorán se viesse desembaraçado de una batalla que él recelara más que quantas por él passaran, no sé si le quedó algún sentido para recibir a su señora, que para él se venía, temiendo harto más que la batalla de su vista que la pasada. Y quitándose el yelmo, hinca(n)do ant'ella(s) las rodillas, sin poderse hablar palabra el uno al otro estuvieron una pieça, bañando Belianisa su rostro de alegres lágrimas, como aquella que tenía tan sin pensar delante de sí todo lo que desear pudiera. Donde, ya que algún vado los repentinos sospiros y solloços, Belianisa le abraçó, diziendo:

–¿Qué es esto cavallero soberano? Creo que avéys estado aquí escondido, esperando hazerme tal socorro; y bien á sido menester, que, según me teníades enojada, no sé si es esta bastante satisfacción.

–Mi señora –dixo Belflorán–, satisfacción para enojo vuestro no puede aver ninguno, y assí no pido la pena que meresco.

Y con esto le besó sus hermosas manos. Y creo gozavan entr'ambos de tanta gloria que no sé

si avían olvidado al rey don Serafín y a la reyna [A]rmeliana⁸⁶³. Y, sentándose junto a un arroyo que delante del castillo pasava, porque en el entretanto no traspusiesen los presos, comenzaron a darse cuenta de lo que avían pasado después que no se vieran; donde la turbaión de Belflorán, viéndose con su señora en tal parte, no consentía que pudiesse hablar concertadamente lo que quisiera. Bien lo conocía Belianisa, que le dize:

–No sé, príncipe, qué es lo que sentís, que nunca puedo veros libre de unas cosas que yo no las /249-vº/ entiendo; pues, no aviendo quien no tomara por alta ventura lo que oy os á acontecido, vos lo estimáys en tan poco que os queda el corazón libre para lo poner en otra parte.

–Y mi señora –dixo Belflorán–, que es tan alto el bien mío que el temor de perderlo en la mayor prosperidad me pone en nuevos temores. Y suplícoos que, pues yo tengo de ser vuestro hasta la muerte, me aseguréys vos la vida, que no sabéys los traveses que de cada día suceden. Y siendo mis padres de tan lexos, y los vuestros no queriéndoos ver ausente de su presencia, procurarán nuevos desvíos a nuestros dess[e]los. Y quando la Fortuna esto viere, reýr se á de nosotros, que dejamos passar el bien que tan cumplido nos ofrecía.

–Mi señor –dixo Belianisa–, el mismo deseo tengo yo, mas bien sabéys que nunca cosa pediréys al rey, mi señor, mayormente esta, que él no la tenga por muy buena. No queráys antes mi consentimiento que el suyo, pues ni a mí ni a vos conviene.

–Mi señora –dixo Belflorán–, suplico a vuestra grandeza que en esto queráys lo que yo quiero. Y, si no, remitámonos entr’ambos a Lindonisa, que aquí viene.

–Tendréysla muy de vuestra parte –dixo Belianisa–. Mas llamémosla, y tomaremos su consejo, que como libre acertará mejor lo que nos conviene.

Entonces la llamaron. Belflorán le preguntó si vieran al Cavallero del Águila.

–Sí, señor –dixo Lindonisa–, que en subiendo aquella cuesta le vimos, y es un ca[v]allero⁸⁶⁴ de hermoso parecer. Y Balisán va bien acompañado de artos cavalleros y, aunque algunos quisieron venir conmigo, en entrando en estos valles nos perdimos de vista los unos a los otros.

–Nunca oý dezir –dixo Belianisa– que por aquí huviesse encantamentos. Y no es menos, sino que Belflorán también está encantado.

–¿Qué es la causa de sospechar esso? –dixo la donzella.

Entonces Belianisa le contó que Belflorán la importunava, y que assí lo avían remetido a su parecer.

–Poco ay en qué dar parescer –dixo Lindonisa–, que, pues los coraçones están conformes, no ay por qué no asegurarse de los reveses que en una ora pueden suceder. Y esto será secreto hasta tanto que se haga lo que más conviene.

–D’esa manera, mi señora –dixo Belflorán–, no podréys tornaros atrás de lo prometido.

⁸⁶³ *Hermeliana.*

⁸⁶⁴ *canallero.*

–No, por cierto –dixo Belianisa.

Entonces Lindonisa les tomó las ma[n]os⁸⁶⁵, donde se desposaron aquellos príncipes. Aunque sola Lindonisa parecía testigo, avía presentes la costancia, la fe y el amor de entr’ambos testigos, más bastantes que todos los del mundo. Estavan aquellos valles con más ninfas que traía por citera la diosa Venus, y más que en los tesálicos bosques acompañan a Palas; todas las quales, gozándose de que en tal parte tan alta promessa se hiziesse, perpetuamente acompañaron aquellas moradas, haziendo allí grandes y sabrosos edificios, donde, cada cinco años semejante día, con el acompañamiento universal de quantos en el mundo avía, semejante fiesta solenizavan, prometiendo que jamás por allí passaría cavallero a quien aventura faltase, ni tan desgraciado que ya no llevase algún consuelo. Y assí fue este el más nombrado valle y castillo de Baldano que entre antiguos historiadores huviesse; aunque para ninguno yqual que para el príncipe griego, el qual del más acabado vergel cogió las flores, digo aquellas que a los desposados se conceden, reservando lo demás para otra oportunidad, que no tardó mucho, sucediendo lo que en el siguiente capítulo será mostrado.

Capítulo 62: De lo que más subcedió a Belflorán en la libertad del rey don Serafín.

/249-vº/ ¡Quién dirá el gran contento que al presente gozavan estos dos amantes y el gran pesar que tenía el rey don Serafín y la reyna Armeliana de verse presos, y Serpentino y Argibo de verse en batalla sobrados, y el traydor de Baldano en no poder del todo conseguir su dañado propósito! No otro sino aquel que, usando a semejantes escalones de Fortuna, de todo tuviere experiencia, que yo de solos los casos tristes la sabré dar.

Y assí, dexados ha vuestra discreción los sabrosos razonamientos y otros entretenimientos que la Fortuna les concedía a estos dos más alegres príncipes que jamás fueron, mostrándoseles el cielo favorable con tantas estrellas y claras lu[m]breras⁸⁶⁶ de la noche que contemplar, en su hacedor forçaran a quien en lo ternal no tuviera los sentidos tan fijos.

El maldito Baldano, saliendo sobre una garita, mudando la centinela a otra parte, mirando a Orión cercado de aquellas Pláyades y a Bohotes gobernados del Carro, llamando uno de los más acostumbrados familiares, él pregunta quién sea aquel cavallero contra quien sus encantamientos ninguna cosa aprovechan. Mas no le respondiendole ninguna cosa, y porfiando el máxico por saberlo, usando de la fuerça de sus hechizerías diabólicas, conjurando uno y otro la furia infernal parecía allí juntada. Mas no pudiendo d’ellos saber otra cosa, le di[x]eron que aquel era el más valiente cavallero que tenía el universo, y que d’ellos no podía saber más, pero que tenía un remedio: que donde el cavallero estava acabava de llegar una donzella, la qual él podía traer al castillo y saberlo d’ella,

⁸⁶⁵ *mayos*.

⁸⁶⁶ Tipo volcado.

porque tampoco podrá cosa alguna contra la princesa Belianisa, a causa de una cinta que el escudero de aquel cavallero le avía dado; y que mirase bien por su castillo, que contra aquel cavallero ninguna fuerça le aprovecharía.

Espantaron estas cosas al subccesor de Çoroastes; mas, tomando un carro con quatro dragones de fuego, fue con él tan ligero donde Belflorán estava que no solo no fue parte para estorvarle su deseño, pero aun sin que del suelo levantarse pudiese arrebató a Lindonisa, llevándola a vista de Belflorán al castillo. Lo qual en él acrecentó tanta saña que, tomando a su señora por la mano, le dize:

–Creo, mi señora, que mi desgracia á de causar que os pierda; vamos a este castillo, que si no le pierdo de vista bien pienso ser vengado de quien tanto enojo os causa.

Y enlazando su yelmo, a la pri[mer]a⁸⁶⁷ ora de la noche llegó a la barrera del castillo. Y tomando a su señora en los braços saltó la cava de la otra parte, que más de diez passos tenía de ancho con una profunda agua. Yva tan enojado que no creo que Belianisa osasse preguntarle nada. Llegó a las puertas del castillo y, poniendo mano a la mejor espada que tenía el mundo, no curó de llamar a la aldava; antes tomándola con ambas manos hirió sobre las puertas, haziendo saltar las rajass d'ellas tan altas que por cima el adarve bolavan. No tardó mucho en hazerlas pedaços y, entrando por ellas, la gente del castillo, que vieron les convenía deffenderse, acudieron al zaguán. Mas qué aprovecha, que al encendido príncipe las harmas de azero son como delgados vidrios; y haziendo pedaços los harnesses, muchos quedaron muertos, que en aquello fueran poco culpados. Y como los demás huyessen, passaron el patio; aunque, como la noche hiziesse oscura y por el castillo no se mostrassen luzes, andavan medio atinando. A esta ora le acordó a Belianisa del rico joyel de Belflorán, y sacándole luego no fue menester otra artificial claridad, que aquella fue tal que les descubrió la mayor parte del castillo; donde vieron la escalera con unas gruesas barras de yerro cerrada.

–Paréceme, señor –dixo la princesa– que devéis ser conocido, según el miedo muestran. Y no sería mal parecer, pues d'este castillo no se pueden yr, que abajásedes la puente y diésemos a-/250-rº/ -viso a los cavalleros que por aquí andan para que no alborotasen el reyno, cercasen estos traydores.

–Bien dize vuestra alteza, mi señora –dixo el príncipe.

Y con esto se tornaron a salir, cortando las cadenas de la puente porque no se pudiesen tornar a alçar. Y no se alexando mucho, atalayaron por ver si alguno saliesse, o si algunos cavalleros viniessen, enrramándose en lo espeso de unas matas por engañar al máxico, como aquellos que sabían que contra ellos sus encantamientos aprovechavan poco. Y aunque la congoxa era mucha, tornaron a sus dulces razonamientos. Mas a esta sazón oyeron ruydo en el castillo, y no viendo cosa

⁸⁶⁷ *princesa.*

alguna acudir a la puerta principal, Belflorán dio una buelta en torno del castillo. Y por la puerta falsa vio salir seys o siete cavalleros, y entre sí llevaban dos donzellas. Y sospechando que sin falta eran el rey y la reyna Armeliana, a Belianisa llama, la qual dixo que sin falta eran ellos.

–Atended aquí, mi señora –dixo Belflorán–, que no perdáys el camino que toman en el entretanto que yo tomo mi cavallo.

Belianisa lo hizo, y él, atinando donde dexara a *Bolador*, como le hallase con silla y freno poco se detuvo, aunque no halló el palafrén de su señora. Y tomándola en las ancas de su cavallo siguieron a más andar por donde vieran yr los cavalleros, aunque harto receloso Belflorán de que acaso no fuesen burlados, y que no fuesen aquellos los reyes. Y siguiéronlos a vista hasta tanto que la luz del día se començó a mostrar, que los vieron endereçar la buelta de otro castillo. Belflorán estava el hombre más atado que se viera por no poder correr a alcançarlos; y Belianisa, que lo sintió, saltó del cavallo en el suelo diziendo:

–Alcançad, mi señor, los cavalleros, que importa más, que yo me yré de mi espacio la buelta del castillo.

No era Belflorán assí descuydado que sus cosas encomendase a la Fortuna; y tomando en los braços a su señora dio de las espuelas a *Bolador*, y llegando junto a los cavalleros la puso en tierra. Y los que le vieron venir, como las fugitivas palomas se pusieron en huýda, dexando al rey don Serafín y a la reyna Armeliana y Lindonisa solos, tan espantados que no sabían qué dezirse. Y como viessen a su hija, que para ellos se venía, la fueron abraçar, preguntándole si sabía quién aquel cavallero fuesse. Belianisa dixo que no, y con esto se sentaron todos, esperando a Belflorán, que en seguimiento de los cavalleros yva, no se hartando de encarecer su grande esfuerço.

Mas como él se detuviesse y este lugar no fuesse assí encantado como el castillo de Baldano, llegaron más de quinientos cavalleros que en su busca andavan, con muchos principales de la Tabla Redonda, con los quales el rey holgó infinito. Y todos ansí, de cavallo, atendieron por Belflorán.

Mas el esperarle era escusado, porque él se acodició tanto tras un cavallero que corrió tras él más de una legua, y quando quiso bolver erró el camino, y no sabía la tierra, y el inglés hablava mal: por preguntar por uno, preguntó por otro, y guiáronle al revés y fue a dar en Antona, harto desviado de su propósito, lo qual le causó tanto pessar que quisiera arrojarse en la mar. Y no queriendo entrar en la villa tomó una guía para Londres, que no sabía él cómo se nombrava el castillo de Baldano, y desde allí quería saber nuevas.

El rey Serafín y sus cavalleros anduvieron buscando a Belflorán a unas partes y a otras; y no le hallando, el rey mandó poner tiendas en aquel campo, jurando de no yrse de allí hasta que nuevas de aquel cavallero que tan altamente le favoreciera. Allí supo el rey cómo tenía presso al Cavallero del Águila, y por poco Balisán le viniera derecho para donde él estava, si no le avisara Lindonisa; con lo qual él se metió en busca de su señor, el qual con el enojo que vos dezimos bolví para Londres, diziendo:

–¡O, Fortuna cruel, que es posible que me muestras el contentamiento para darme mayor pesar!

Y si no le consolara ver que quedava el rey libre, él se dexara morir, cuydando perder a su señora. Pues así fue que, mudando las devisas por no ser conocido, durmió la noche en la floresta /250-vº/ de Casor, donde sintió ruydo a la una parte. Y, levantándose, por el camino de Során vio venir el carro de Primaflor, que, siendo por él conocido, no ay cosa que a la sazón le hiziera más entretenimiento, que en extremo le pesava de averse venido sin hablar aquellas princesas. Y viéndole parar en aquella parte, encomendando su cavallo a la guía que se le guardase, él se fue por donde solía entrar. Y hallándose dentro de la huerta no vio persona alguna, de lo qual le pesó mucho. Y sentándose debaxo de unos arrayhanes, esperó por si acaso alguna de las princesas saliessse, que a otro escusado era preguntar.

Mas ya que la mayor parte de la noche era passada y a ella venía algún sueño, a la huerta salió sola Primaflor; la cual no se avía acostado, que mal sosiego le dava el amor, el qual la traía algún tanto más desabrida de la conversación de su hermana y de Ysabela de lo que solía. Porque, aviendo hecho muchas batallas Bramidoro de Sericana y viendo la tardança de Belflorán, no tenía contento ninguno, y assí Bramidoro por su ruego diera la buelta en Ingalaterra, donde ella cuydava hallarle. Y començándose a passear harto descuydada, dava algunos penosos sospiros, más penados que si viera toda su vida y descanso perdido. Y sentándose, començó su acostumbrado officio, que era tañer, con lo qual, cuydando descansar, doblava su pena. Y no estuvo en mucho descubrir la causa, puesto que fue la dama de quantas nacieron que mejor encubrió su mal.

Salió a esta ora de su encubierta Belflorán, que con la alteración por poco la hiziera dar bozes. Y no fuera menos si él no hablara, con lo qual la princesa, conociéndole, atajó la boz, con otra mayor turbación. Y no pudiendo levantarse, dio causa a que Belflorán le besase las manos.

–¡Ay, Cavallero del Sol –dixo la princesa–, y cuánto avéys sido por mí desseado! Bien avéys hecho en buscarme, que cierto de hoy más no fiaré de cavallero del mundo, pues avía hallado poca verdad en el que yo tenía por el mejor. Dezidme qué tal venís, que según la áspera batalla, temor tuvimos de algún peligro vuestro.

–Bueno vengo, mi señora –dixo Belflorán–, aunque harto congojado por no aver podido alcançaros antes, que mis heridas me tuvieron muchos días mal parado y no pude bolver aquí a causa de los cavalleros que conmigo salieron de la batalla, que no me pude yr d’ellos.

–Buenas excusas son essas –dixo Primaflor–; mas no nos podréys recompensar lo mucho que avemos deseado veros ni la pena que nos avéys dado. Y esperad; que, aunque yo he passado la mayor parte, quiero que todas gozen del alegría de vuestra vista.

Y con esto se fue corriendo a llamar a su hermana y a Ysabela. Y no tardó mucho, que vinieron en camisa, con sendas ropas, tan alegres que cuydavan nunca llegar. Y abraçando a Belflorán, las lágrimas de Ysabela no fueron menos que al tiempo que al rey de Escocia fuera

entregada. Con las quales, no pudiendo hablar alguna pieza, estuvo dando lugar a que Dolainda recibiese a Belflorán. Sentáronse todas tres a la frescura de aquell[a]s⁸⁶⁸ arboledas, donde, si Belflorán no tuviera tan en la memoria a su señora y la desgracia de averla así dexado, no cuydara aver otro descanso en esta vida. Y aun si a los apasionados de graves males algún no usado caso causa contento, no creo le dexasse de tener aquí Belflorán, aunque lo mostró mal en los efectos, porque, llevándole la memoria quien tenía el corazón y la devida fe, no mostró aquella alegría que tan vista requería; que, sentido por las damas, que semejantes casos disimulan más, le dizen:

–¿Qué es esto, cavallero, que tanta libertad es la vuestra que os lleva la memoria fuera de tal parte?

No oyó Belflorán las palabras, y hízole responder desvariado. Y las damas se rieron, que a él le hizieron sospechar que más adelante huviessen pasado sus descuydos. Y, aunque se quiso disculpar, no le aprovechó, y todas le preguntaron si hera enamorado.

–Sí, mis señoras –dixo Belflorán–, y tanto, que este lugar me á hecho perder la memoria de /251-rº/ mí mismo.

–Más sabemos de lo que preguntávamos –dixo Primaflor–. Mas, si este lugar es el que tanto bien os haze, sacad d’él a estas señoras, que se les haze de mal esta cárcel, y quedaros eys vos con él.

–Sola essa licencia me faltava –dixo el príncipe–, y ponerlo he luego por la obra.

–No lo dezía yo por esso –dixo Primaflor–, que no queremos veros en tal batalla.

–De qualquier manera lo tengo de procurar –dixo el príncipe.

–Dexemos esso –dixo Ysabela–, y dezidnos qué se hizo don Baldín, y el cavallero que os ayudó en la batalla quién era.

–Don Baldín a poco que se apartó de mí –dixo Belflorán–, y el cavallero que me ayudó no le conozco.

Muy adelante passaran los dulces raçonamientos de(s) estos príncipes si el alva, enemiga de los enamorados coraçones, no començara a mostrarse con su púrpura corona. Las princesas bien holgaran que Belflorán estuviera allí algún día; mas él, que el coraçón tenía receloso, no quiso. Y diziéndoles que seguiría el carro la buelta de Londres, se salió, abraçándole todas con entrañable amor que le tenían.

Capítulo 63: De lo que a don Baldín y a otros cavalleros avino con el carro de Primaflor.

Tornada la ele[u]sina⁸⁶⁹ diosa de la madre Ydea a la frescura de los valles donde a la querida hija dexara al pie del encendido monte Etna, antigua morada de los fabricantes de rayos con que los antiguos gigantes por Júpiter fueron destruydos, no la hallando, rompiendo las entretextidas nuves

⁸⁶⁸ aquellos.

⁸⁶⁹ elensina.

con sus gritos y mesando sus cabellos, llorando lágrimas en abundancia, al fin arrancó dos pinos; los cuales, encendidos en el fuego de Bulcano y hechos de tal suerte que el fuego no los consumiese, anduvo en su busca todo el mundo en un carro con furiosos dragones que le llevaban.

No tiene Belflorán el carro ni tales adereços para buscar a Belianisa, que baxado huviera por hallarla a l[a]s⁸⁷⁰ infernales moradas; mas conviénele buscarla como puede y, saliendo de encantado castillo, cuidando que no muy lexos hallaría el hombre que con su cavallo dexara, sucediole al revés, porque él, usando de la lealtad de ysleño, viéndole tardar y paresciéndole que el cavallo le vandría dineros, se fuera con él. A esta ora vio partir el carro de Primaflor, y como se viesse a pie y ca[r]gado de armas, no creo le bastasse la paciencia para no ayrarse terriblemente. Y echando el escudo a las espaldas y tomando las grevas en las manos, más ligero corre por la floresta que el villano desnudo al palio deseado. Mas no alcançó el carro ni descubrió al que su cavallo le llevaba, y tiene larga jornada, donde él se cansara antes de la noche.

El rey don Serafín, que por todas partes mandara buscar al Cavallero del Sol, estuvo en las tiendas más de veynte días, que a Belflorán nuevos acontecimientos detuvieron, mayormente el encantamento de Pasmerringo, que aviéndole desecho su casa pasó adelante. Pues un día que al rey tenía la tardança muy enojado, delante de sus tiendas llegó el carro de Primaflor con su tan hermoso parecer. Bien conocida era la aventura por el rey de Inglaterra, y plúgole de tornarla a ver, que quedara muy corrido de lo que el valiente Bramidoro avía hecho. Al tiempo que salieron de las naos, en el carro se començaron a tocar menestres altos; que cesando, al ruydo de unos clarines que hasta Londres se oían, el cavallero Bramidoro salió del carro, armado de unas armas leonadas, un león /251-vº/ barrado en el escudo de plata, con tal gracia y gentil parecer que a todos dio de sí estraño contento. Y poniendo el cavallo por el campo, una donzella con el cartel de su demanda se presentó delante del rey, pidiéndole la licencia y seguro acostumbrado; que, siéndole concedido, alçaron las alas de las tiendas, abriendo ventanas a todas partes. Descubriose aquella resplandeciente hermosura de Belianisa con la de sus damas, que, puesto que triste y sospechosa de no parecer Belflorán estava, no se podía en[c]ubrir⁸⁷¹ su belleza, en la qual a todas las nacidas hazía ventaja. Mirávala Primaflor y su hermana desde el carro, espantadas de tal estrañeza, no creyendo que aquella hermosura fuesse sin particular causa criada.

Pues a esta ora por el campo se mostraron muchos cavalleros, de los cuales haziéndose dos alas, algunos provaron por la fuerça del valiente Bramidoro el duro suelo; que, causando enojo en aquellos dos animosos rey Ban y Alinejor, haziéndose armar de sus ricas armas salieron al campo. Mas aprovecha poco, que el rey Ban uvo un braço fuera de su lugar, y Alinejor fue savado del campo medio bivo. No les acaeció menos al temido rey Néstor con sus hermanos, al temido Serolís, infante de Bretaña. Lo qual al rey don Serafín dio tanto pesar que a altas bozes pidió sus armas, no porque

⁸⁷⁰ *los.*

⁸⁷¹ *enbrubrir.*

tuviese pensamiento que no huviese otros tan valientes cavalleros en su corte, mas porque él creya ser aquel cavallero encantado, y él tenía contra los encantamientos diversos remedios.

Mas a esta sazón por el campo entró un cavallero armado de unas armas negras; en el escudo traía sus acostumbradas armas, por las quales fue luego conocido ser aquel tan excelente cavallero don Baldín de Portugal, que las nuevas de aquel carro con toda priesa traían por alcançarle, y como él supiese que dentro estava Ysabella, su señora, y que hablarla era imposible si no fuesse vencido Bramidoro, no aguardó por otra cosa; antes, su lança sobre mano, se vino para él diziendo:

–Príncipe de Sericana, puesto que yo no desseasse hazer contigo batalla, la causa de tu demanda y el no dexar hablar a las damas que en el carro viene[n] me fuerça a ello; por esso, si te parece, sea nuestra batalla con una condición para que más presto se fenezca.

–Escoged las condiciones que quisiéredes –dixo Bramidoro–, que con ellas cumpliré lo que por tu parte me fuere pedido.

–Pues sea –dixo don Baldín– que el que de nosotros quedare a pie no pueda combatir más, y sea vencido.

–P[í]ázeme⁸⁷² –dixo Bramidoro–, aunque escoges mal, que tengo mejor cavallo.

–Poco embaraço es esse –dixo don Baldín, como aquel que tenía entendido que en el mundo avía otro mejor que el suyo.

–Pues toma juezes de tu parte –dixo Bramidoro.

Y dixo don Baldín:

–Tomo las damas de tu carro, que no creo será desgusto verse libres.

–No escoges mal partido –dixo Bramidoro–, y como quiera que sea, yo nombro a ellas mismas, por no mostrar desconfianza del valor que conmigo viene.

Y con esto cada uno tomó la parte del campo que le pareció ser necessaria, teniendo todo el campo con la atención posible, a causa que el bravo portugués era tenido por uno de los mejores cavalleros de la Tabla Redonda. Sola Ysabela se mostrava triste en ver en peligro a don Baldín, y a Primaflor dize:

–No sé, mi señora, si tengo sentido para poder ver esta batalla, que desseo la vitoria de Bramidoro por no perder tal compañía. Y este cavallero que con él se quiere combatir es don Baldín de Portugal, a quien, si yo pudiesse, tenía obligación de dessear todo bien.

–D’esa manera, mi señora –respondió Dolainda–, juezes sospechosos tiene Bramidoro. Mas vuestra alteza no se congoxe, que a quien la Fortuna comiença a f[a]vorecer⁸⁷³, no assí fácilmente le desampara, y veamos en qué para esta jornada tan temerosa.

No sin causa dezía esto Dolainda, porque a esta ora los que nada se recelavan venían /252-rº/ el uno para el otro con la velocidad que suelen llevar los vientos coros por el mar de Tesalia, o

⁸⁷² *Piázeme.*

⁸⁷³ *fovorecer.*

aquellos que a la pasada del Esponto ponen en confusión los diestros pilotos. ¡Quién fuera el que a esta sazón pestañeara los ojos o los mudara de los cavalleros! Pues no vio más graciosa cosa Atenas ni tuvo espetáculo tan atentos los miradores en el Coliseo romano. Juntáronse en medio del campo, harto juntos a la tienda del rey de Ingalaterra, los valientes guerreros; hizieron las lanças menudas pieças; juntáronse de los cuerpos de los cavallos, escudos, yelmos, con tanta fuerça que no solo a ellos mismos, mas a los presentes, hizieron cuydar averse hecho pedaços. Herido fue don Baldín por la escotadura del guardabraço, aunque poco; el yelmo hubo hendido por medio. Quedó desguarnecido de la gran pieça y medio muerto sobre el cavallo, que no se mudó con él un passo. No aconteció menos a su contrario, porque todos los correones del yelmo hubo hecho pedaços y saltóle de la cabeça. Quedó estordecido, y no pensaron menos peligro del que de su contrario; a Ysabela dentro del carro hizieron dar gritos y a Belianisa derramar abundancia de lágrimas. Corrieron muchos cavalleros por tomarlos en los braços, mas detuviéronse porque, reconociendo cada uno el peligro en que estuviera, teniendo a venturoso acaecimiento no aver perdido los cavallos, pusieron mano a las espadas. Y sobre sí rebuelven con la ligereza que traxeran, no guardando don Baldín con Bramidoro lo que en la Tabla Redonda se husava de no herir cavallero que no tuviesse hielmo. Creo lo causase que con la cólera o desatino no dio de ver en ello; y dióle por cima de la cabeça en descubierto del escudo con aquella tan nombrada espada *Belona*. Bien cuydaron todos le hendiera hasta los pechos; mas no consintían los hados que Bramidoro fuesse herido salvo por guardada parte. La espada resurtió arriba como si diera en los ayunques de Bulcano. No le plugo a don Baldín de la gentileza, porque él fue herido por cima del escudo, que hubo hecho dos partes, y el braçal cortado por arriba la mitad, y al passar, herido en el braço, temblóle el corazón en las carnes; que cuydando ser muerto, viendo que su espada no cortava en Bramidoro, todo el campo cuydó lo mismo. Don Baldín quisiera juntarse a los braços con él, mas no pudo; antes fue herido en un braço. Y, aunque él le hirió de una punta en el rostro, no le hizo más mal que antes, que redoblando en él doblada saña, tomó la espada a dos manos; y, no cuydando que encantamientos bastassen a detener la furia suya, le hirió sobre el encantado escudo. Hízosele juntar con la cabeça; sacole de sentido.

Pareciole a Bramidoro que las pirámides de Egipto le hiviessen caído a cuestras; su cavallo hainojó con él. El del furioso portugués, que usado aquella manera de batallas hera, sin esperar el gobierno de su dueño cerró con el de Bramidoro, dióle de los pechos y hízole yr dando traspíes. Y huviera sido causa de la victoria, porque Bramido[ro], tornando en sí, no se le acordando de la postura, quiso saltar d'él abaxo. Mas acordándosele que aquello hera su vencimiento y ladeando el cavallo a una parte, dexó pasar a don Baldín, que llegó hasta juntar con el carro. Y el agonía grande de la batalla no estorvó a que no se detuviesse en mirar por su señora, que, si él la viera, aunque fuera vencido él tuviera por muy dichosa la jornada. Y dio lugar ha que Bramidoro llegasse sobre él, y entre ellos se prosigue la temerosa y espantable batalla y más desigual, que de Bramidoro no sale gota de sangre ni aun tiene una raya en sus armas, y de don Baldín están teñidas las cercanas hiervas

del campo, con gran espanto de los que estaban presentes, y no parece aver en él desmayo alguno más que en su contrario.

A esta ora que los presentes estaban tan confusos, por el campo vieron entrar a un /252-vº/ cavallero a pie, armado de todas armas. En el escudo, en campo blanco, tenía tres coronas. Su hermoso continente a todos causa admiración; venía más ligero que si viniera desarmado, el escudo a las espaldas, la vista calada: y con tal presteza se metió entre los cavalleros, y a don Baldín dize:

–¡Afuera, mi señor, que a mí toca esta batalla, que gran trabaxo me cuesta seguirla!

Bien le conoció el valiente portugués ser el príncipe Belflorán; y en lengua griega le dize que se detenga, que dexar sin fenecer aquella batalla le sería gran vergüença delante el rey de Ingalaterra. Bien le plugo a Belflorán de ver al rey libre, mas de la batalla de don Baldín le pesava mucho. Y túvose afuera con harto pesar, llegándose a las tiendas del rey, donde vio a su señora Belianisa, que con el pesar de ver herido a don Baldín algo tenía perdidas las colores. Algunos cavalleros le recibieron porque, viéndole assí solo y a pie, aunque agradados de su apostura, no le tuvieron en mucho. Y con esto él se llegó a donde la infanta Belianisa estava, la qual a esta ora de pesar se sentó en una silla, bolviendo las espaldas al campo, que no podía sufrir ver herido un cavallero que ella tanto quería. Y tuvo lugar Belflorán de dezirle, con la ocupación de los demás:

–¡Venturoso cavallero el que con tan pequeñas heridas merece tanto bien como vuestra piedad! Creo que a de ser essa sola la causa de ser él vencido, porque se vea la misericordia donde está la crueldad encerrada.

Conoció Belianisa a Belflorán, y fue tan turbada que, sin poderle responder palabra, quedó arrimada a la silla. Y passándosele algún tanto dize:

–¿Qué es esto, señor, que siempre me tenéys por cruel, procurando yo vuestro contento, y no quiriendo sin vos tornar a Londres? No me digáys más essas cosas, que me hazéys pesar, y procurad de quitar essa batalla a don Baldín, que estoy d'ella en extremo triste; y daos a conocer al rey, mi señor, que ninguna alegría recibirá ygual.

–Esso solo no á lugar por aora –dixo Belflorán–, que primero me conviene ver dónde llegan las fuerças d'este Bramidoro.

A esta hora se dieron grandes bozes por todo el campo, y la causa fue ver herido a don Baldín de una temerosa herida, con la qual por cima del yelmo salía copia de sangre. No se vio emponçoñada áspide ni pisada serpiente a esta ora como el coraçón del lusitano, porque dexando caer lo que del escudo le quedara, tomando a dos manos la espada fue sobre Bramidoro, que deseando dar fin a la prolixa jornada hizo otro tanto. Hera harto más alentado el cavallo del portugués, y el cavallero más presto de quantos vieron las naciones Híberias su dueño; y llegó primero su golpe sobre su enemigo, y no le valió esto menos que la vida, porque le quitó dos partes de la fuerça que partiera las rocas del monte Gárgano. Fue Bramidoro assí cruelmente herido, que metiendo la cabeça entre los arçones del cavallo vio las relumbrantes estrellas en la Tierra. Cuydó ser

muerto; no se levantó quanto quiso, que por la visera del hielmo arrojó gran golpe de sangre. Mas don Baldín lo pasó peor, porque no solo perdió el aliento, mas aun la batalla. Porque, aviendo de otro golpe perdido el estribo derecho, y siendo llevado por la otra parte, tyró de sí rezio por recobrarse, y no hallando estribo sobre qué, dio consigo del cavallo abaxo gran caída a la parte derecha, con tanto pessar suyo que, no se le acordando de la postura de la batalla, quiso hir sobre Bramidoro; el qual perezosamente bolviera en sí, y dando un salto con su cavallo le dize:

–Vos, cavallero, ¿hasta cuándo queréys combatir? ¿No veys que vays contra las condiciones que vos pusistes y que se viene la noche?

–¡Sancto Dios! –dixo don Baldín–, yo he perdido, sin dubda, mi sentido. Agora, ved qué mandáys que haga, señor Bramidoro, que soy vuestro presso.

–Que confeséys –dixo el de Sericana– que en mi carro está la flor de la hermosura del mundo.

–Mucho á que sé yo esso –dixo don Bal- /253-rº/ -dín, que para ello no era menester batalla. Y, si vos me hiziéssedes tanto bien de dexarme ver lo que tan ciego me tiene, no avría ganado poco d'esta batalla.

–No puede ser –dixo Bramidoro– hasta que aya cavallero que por fuerça lo alcance.

–No tardará esso mucho –dixo do[n] Baldín–, según los cavalleros están en este campo. Y, pues de vos no hay otra cortesía, quédese por agora.

A esta sazón llegó el rey don Serafín con todos los cavalleros principales de su corte. El qual, abraçando a don Baldín con gran alegría, le hizo yr a desarmar a su tienda, donde fue curado y acostado en un rico lecho, que tenía crueles heridas, y la mayor de no aver podido salir con lo que tanto desseara. Y mirando por Belflorán, no le vio, porque, enojado gravemente del suceso de la batalla, despidiéndose de Belianisa, que con lágrimas le rogava la dexasse, se vino para Bramidoro; el qual se reparava en su carro de la sangre, harto espantado de las aventajadas fuerças de don Baldín, y a Primaflor dezía que nunca cavallero encontrara en quien tal ardimiento hallase, y no sin causa hera tenido por tal como se dezía. Y como viesse venir assí de pie aquel cavallero, bolviera al campo a tal hora que muy poco para la noche faltava. Y como él tuviesse poca voluntad de combatir, a Belflorán dize:

–Señor cavallero, ya la noche se viene, y parésceme que hay poco tiempo para la batalla. Si os pareciere, quédese para mañana, y también que yo estoy cansado de la batalla pasada.

–Yo –dixo Belflorán– en todo siguiré vuestro parecer, y esperaré lo que vos quisiéredes en este campo.

Y con esto Bramidoro se tornó a su castillo. Y Belflorán, no queriendo yr a las tiendas del rey, se metió la buelta de una montaña que allí cerca estava, donde quería estar sin ser conocido, con harta pena de la linda Belianisa por verle yr. El rey preguntó quién fuesse aquel cavallero, mas ninguno se lo supo dezir; porque don Baldín, viendo que se quería encubrir, no quiso dezir quién era.

Y con esto, todos atendieron por la mañana.

Capítulo 64: De lo que a Belflorán avino con el encantado Baldano y el suceso de sus penosos amores.

Al pie de unos robles se sentó Belflorán, con harto ruin adereço de cenar ni menos de dormir, de lo qual él tenía poco cuydado, que los acostumbrados al trabaxo sufren mejor los nuevos accidentes; gran exemplo para los regalos d'estos tiempos, donde si se toma el arnés para justar un día no bastan los regalos de Eleo[g]ávalo ni los remedios de Galieno para reparar el daño que se haze. No se advierten d'esto nuestros cavalleros; quiera Dios no tengamos necessidad de, sin averlo usado, salir a comer al sol y dexar de beber frío para resistir tanto tropel de enemigos como salen a impedir la monarchía (¿a qué espera nuestra España?); y, aunque no los moviesse otro exemplo que el de su rey, puesto cada día al trabaxo del sol y frío, con tantos desa[so]siegos como son notorios, avrían por bueno trocar la manera de la vida. Mirad, cavalleros, que la tela para justar en la plaça más honrra da a los cavalleros que los preciosos adereços en su casa, los quales son comparados con los dineros, y en ello los ricos mercaderes os harán ventaja. Y en lo otro está la estimación, la honrra, el ser estimado; ninguna alegría hay ygual que vencer en actos de guerra, ser estimados(s) en ella. Hazed el cuerpo al trabaxo, que no es más de como se trata, que el regalado toma mal el arnés, no le entabla la lança, aunque /253-vº/ decienda de los godos y sea de las noblezas antiguas de nuestra España; y el que está acostumbrado a justar y a tornear y a los otros militares exercicios tiene por muy buena una tienda, por fría el agua del arroyo y por muy buen regalo la comida de munición, y aún passa sin ella sin trabaxo, como agora Belflorán. Y creedme, que los cavalleros ociosos an de gastar sus haziendas en juegos, en vanquetes y en otras cosas que pierden almas y todo, y en el exer[ci]cio militar no se gasta sino lo necessario. Porque, quando la hazienda se á de gastar en mal, no tiene rienda ni se qüenta si hará necesid[a]d⁸⁷⁴ adelante, y quando es para buenas obras, aunque sea para socorrer los pobres, se tiene qüenta con las necesidades proprias con las de su casa y familia.

Bolved, pues, cavalleros, a vuestro a[n]tigu⁸⁷⁵ ser; poblad las plaças de telas, las casas de harmas, los coraçones de desseo de fama, y véase lo que solía: que, aunque demos tres bueltas a España, no hallaremos un exerci[ci]o de guerra; y tened qüenta con lo que la Fortuna le dio en las manos a este príncipe, tendido al pie d'estos mal sombríos árboles. Porque, viniéndole a la m[e]mor⁸⁷⁶ia su señora, estava combatido de diversos pensamientos, si se baxaría a las tiendas o no, por solo gozar de verla. Y heran estos pensamientos t[a]n⁸⁷⁷ rezios que buenamente se podría dezir que le llevavan gran parte del sentido, que este maldito mal ni con buenos sucesos afloxa ni con los

⁸⁷⁴ *necesidrd.*

⁸⁷⁵ *autiguo.*

⁸⁷⁶ *momoria.*

⁸⁷⁷ *ten.*

tristes se desvía(n) de su propósito. Otras vezes solía dezir que el que más altos amores ti[e]ne, con todas las calidades que su distinto le diere a desear, no por esso se tenga por más dichoso que el presso en la cárcel; tanto más difficultosa es su huyda quanto más duros grillos tuviere a los pies. Locura es pensar que ningún presso se contente con la más cruel cárcel, pida las más ásperas prisiones, si no es en este maldito género de locura, donde tanto se quenta uno por más dichoso quanto más añudado le tiene el Amor, y quanto más difficultosa tiene la huyda.

Tal estava agora Belflorán, quando más dentro sintió ruydo de cavallos que por un estrecho camino venían, y oyó a uno que dezía:

–Pues no es possible que yo aya a Balderín, mi hijo, de una manera o de otra tengo de ser vengado. Y vosotros no curéys más de pasar a cuchillo quantos ay en la tienda del rey, que yo encantaré los demás de suerte que no os puedan hazer perjuzio, pues no está aquí aquel endiablado cavallero contra quien no valen fuerças humanas ni diabólicos encantamientos.

Y con esto pasaron adelante. A Belflorán alborotaron estas palabras, y púsose en pie por reconocer qué tanta gente sería. Y parecióronle asta diez cavalleros, y con ellos yvan dos gigantes y un hombre desarmado en un cavallo, que entendió sería el encantador, como era la verdad. Bien quisiera él ponérseles delante, mas no pudo porque, como yvan guiados por tal mano, passaron más rezios que una saeta. Y, como el temor acreciente alivios aun donde no los ay, levantó a Belflorán en tal manera que, echando el escudo a las espaldas, corrió la buelta del campo más ligero que el sol quando quiere entrar en el océano. Saltava las matas muy mejor que el venado apretado con la ligereza de los perros.

Presto llegó él a las tiendas; mas ya el máxico hiziera su obra, y a la tienda real estaban apeados los gigantes. Sola la princesa Belianisa quedó libre del encantamiento por la estraña cinta de Balisán, porque aún no era desnuda y, como viesse entrar los gigantes, dio grandes gritos llamando sus cavalleros, que poco socorro por entonces le podían dar; y si Belflorán tardara, fuera hecho el más cruel estrago que jamás passara la Gran Bretaña. No entra así el herido toro entre los peones ni el sol en las ralas nieblas como Belflorán por los cavalleros. No se supo si del apechugar a la pierta o con su espada lo uviese hecho, /254-rº/ mas dexó tendidos tres cavalleros que hasta el día final no se levantaron; y el uno d'ellos fue el maldito Baldano, que no poco bien fue matarle. Passó hasta la parte que estava Belianisa; fue él herido de dos terribles golpes, y hizieronle dar de manos junto a su estrado. Mas todo fue acrecentar en su daño, porque él hirió a uno de los gigantes al través del yelmo con tanta fuerça que, cortada la mayor parte de la cabeça, dio con él muerto en el suelo. No le aconteció menos al otro, que con una punta por los pechos le pasó hasta las platas del espaldar. Quisieron con esto los otros cavalleros huyr, mas todos fueron muertos, ecepto dos, a los quales Belflorán ató con las cuerdas de la tienda, sacándolos fuera.

Mirando por su señora, no la vio, porque con el miedo se saliera de la tienda por otra puerta, y más turbado de aquello que de lo demás, salió fuera por la parte que ella saliera. Y viola, que a otra

tienda se yva acoger. Y alcançándola, ante ella se puso de hinojos, diziendo:

–¿Qué es esto, mi señora, que así huýs a tiempo que tan necesario es vuestro favor?

Turbada estava la princesa, mas no dexó de conocer a quien consigo traýa más natural que a ssí misma; y, abraçándole, dize:

–¡Ay, soberano príncipe, cómo no queréys que no haga sino huir quien siempre os pone en semejantes peligros! Mejor será acabarse la vida de una vez que con tantos desabrimientos passar cada día por la muerte. Aora nos bolvamos a la tienda del rey, mi señor; veamos si an hecho algún mal.

–No, mi señora –dixo Belflorán–, mas sabed que todos están encantados.

Entonces le contó quanto oyera.

–Bien aya Bramidoro –dixo la princesa–, que por no aver él hecho la batalla nos á venido tal bien; y, si fuesse posible, yo querría que se escusasse de averla con él.

Y con esto en la tienda entraron, y hallaron al rey don Serafín de la suerte que se levantara, en camisa, con su espada en la mano, caýdo delante de la cama; y, aunque procuraron de bolverle en sí, no fue posible. Y no sabiendo qué se hazer, tornaron a salir fuera. Y en la tienda de don Baldín hallaron otro tanto. Estava él un pie fuera de la ropa y la espada en la mano. D’esta manera hallaron otros muchos, que era graciosa verlos.

–Agora –dixo Belianisa–, mi señor, si os parece podremos ver el carro de Bramidoro con sus damas, pues están encantados y no costará tanto trabaxo.

Entonces fueron a la parte que él quedara la noche antes; mas, no le hallando, cuydaron que estava en la baxada del prado, junto a una hermosa fuente que allí estava, la más apazible de toda Ingalaterra. Y aun si los estraños y venturosos acontecimientos aumentan valor a los lugares donde acaecen, fue este el mejor del mundo, a lo menos para Belflorán; el qual, no hallando allí el carro de Primaflor, entrando por la frescura de las arboledas con la relumbrante estrella suya de la mano, llegó a la fuente, donde se sentaron entr’ambos con hartos diferentes pensamientos, aunque en el amor yguales, gozando de verse el uno al otro, a la sabrosa armonía que los parleros ruyseñores por allí hazía[n]. C(n)uenta Roselis que por gran pieça hablarse no pudieron, porque el Amor, no hallando manera de dar por bien amar tan alto premio, quisiera con quitarles la habla impedir a Belflorán el acrecentamiento de la mundana gloria; para mayor pena de su privación está él, que no ay temor para él, temblando como si en las manos de la muerte se viesse. Y aun Belianisa, conociendo en él nuevas alteraciones, no muy segura le dize:

–Bolvámonos, señor, a las tiendas, que el frío de la noche me haze mal.

Dio causa esto a Belflorán a que hablar pudiesse, porque más fácilmente se determina qualquier ánimo a no perder lo ganado que no adqui[ri]r otro de nuevo. Y assí, por no perder el estraño contento de ver a su señora en tal parte, le dize:

–¡O, mi señora!, si ya es posible que humanos merecimientos lleguen a poder conseguir en

vuestra presencia el último premio de sus trabajos, supplíco- /254-vº/ -os seáys servida de dar tan alta gloria a quien en el amor á sobrepujado a quantos á avido con aquella ventaja que hará el premio a todos los que por bien amar se ayan dado. Y no queráys que, arrebatado tal tiempo de las manos, la misma memoria cause la muerte.

No sé si la tu[r]bación tenía en sí a Belianisa, porque la batalla a más que sus fuerças sobrepujava; que, de la una parte, la grave estimación suya, el ser real de su persona, le pedían ser cruel a quien tanta obligación tenía, pareciéndole que ninguna obligación llegava a la que se devía a ssí misma; y, por otra, vía que aquel era a quien ya dos vezes le devía la vida, y a quien en la casa de Bretaña se devía tanto, y que era su esposo, y que estava en tal parte donde le sería contado a crueldad, que ella conocía de Belflorán que era verdadero quanto dezía; y no estuviera en mucho rendirse a este parecer si el miedo no desbaratara estos acuerdos. Con lo qual a Belflorán dize:

–No sé, mi señor, cómo crea vuestras palabras ser verdaderas, pues veo que en ninguna cosa os conformáys con mi voluntad. No sé qué premio pedís a quien se os dio a ssí misma por esposa. Y, pues ya lo más está tan seguro, no perdáys mi voluntad con pensar de hazerme algún agravio, y no se diga que me defendistes de lo menos para enojarme en lo que va más, porque no menos me daría la muerte por esto que si otro qualquiera me hiziese tal ofensa, y aún mejor, pues solo este remedio quedava para tanto daño.

Turbose Belflorán con estas palabras; y aquí se vey el maldito horror de los enamorados, porque ni la piedad de las palabras ni parecerle que se aventurava tanto en enojar a su dama fueron parte para estorvar que no causasen a Júpiter vergüeza de averse enamorado de Hío, y a Marte de los amores de Venus, y a Paris del robo desseado de Elena, viendo tanto premio y galardón para un cavallero. Y assí Belianisa perdió el nombre de donzella, quedando con tanto enojo que no estuvo en mucho matarse o tratar a Belflorán con palabras villanas; y, bañados sus ojos con lágrimas, le dize:

–¡Agora, Belflorán, quedaréys contento con tan alto vencimiento como el de una flaca muger! No falta sino que causéys otra guerra en Bretaña como vuestro padre en Alemania. Yo os prometo que, aunque avéys alcançado vuestros deseos, que avéys perdido en mi voluntad más que ganastes en lo demás.

Pesole en el alma a Belflorán de oír tan ásperas palabras; mas disimuló sentirlas, y con diversos entretenimientos procuró a su dama quitar el enojo. Y no fue muy difficultoso, que nunca faltan nuevos consuelos para los nuevos acontecimientos; porque, como el mal esté lejos, qualquiera daño tiene un cierto pensamiento de remedio; aunque este no era muy grande, pues Belflorán poseya lo que era suyo.

Y en esto estuvieron hasta muy cerca de la mañana, que, acordando lo que se avía de hazer, la infanta se bolvió a su cama, y Belflorán, poniendo mano a su espada, se fue para el rey don Serafín. Y tocándole con ella, el rey bolvió en su acuerdo, harto alborotado. Y quiso ar[r]meter a Belflorán, mas él le tuvo muy rezio, diciendo:

–Poderoso señor, agora no ay de qué temer, que vuestros enemigos son muertos; remediemos todos estos cavalleros, que con los malditos encantamentos an quedado como vos.

Espantado estava el rey de tal caso, y él y Belflorán anduvieron todos los cavalleros; con muchos de los quales les aconteció lo que a Belflorán con el rey, de que a ellos les tomava mucha risa. Otro tanto les avino con las damas; y no tardaron poco en esto, que ya era el día muy entrado, aunque el rey don Serafín, no le pareciendo cosa muy onesta que él ni el cavallero viessen las damas, pareciéndole que no estarían mejor adereçadas que muchos más cavalleros que ellos hallaron, y dieron la espada a una donzella. La qual con ella hizo el fin de aquella jornada, bolviéndose todas /255-rº/ las damas en sus acuerdos. El rey y todos los cavalleros quedaron atónitos, viendo el estrago que aquel cavallero avía hecho. Solo don Baldín no lo tenía en nada, como aquel que solo conocía a Belflorán. Algunos conocieron al maldito Baldano, con cuya muerte fue el rey en extremo alegre, pareciéndole que cesavan todas aquellas maldades suyas. No se hartava de abraçar a Belflorán, como quien por él tenía la vida, rogándole que se quitase el yelmo para que acabasse de darle aquel contento.

–Yo tengo prometido –dixo Belflorán–, de no me dar a conocer a vuestra alteza hasta tanto que aya batalla con Bramidoro de Sericana. Y, aunque yo quisiera no lo aver prometido, por agora soy forçado a cumplirlo.

–Pues yo –dixo el rey– no me tengo de partir de aquí hasta saber del Cavallero del Sol, que de otro semejante peligro me libró. Por esso, tened por bien de dezirme si soys vos, que con esto por agora seré contento.

–Señor –dixo Belflorán–, vuestra alteza aprieta mucho en este negocio; mas, si me dezís que al Cavallero del Sol no le conocéys por otro nombre, yo os diré lo que d’él supiere.

–Nunca yo le vi otra vez, sino aquella –dixo el rey–, que, si yo le conociera, a la ventura no me hiziera el agravio de partirse de tal manera.

–Pues yo era hasta agora –dixo Belflorán– el Cavallero del Sol, y sin aquel nombre seré siempre vassallo de vuestra alteza.

Abraçole el rey de muy buena voluntad, diziendo:

–Agora soy más contento pues, cuydando tener dos acreedores, no tengo más de uno.

Y como viesse que el cavallero estava determinado por ninguna vía darse a conocer, mandó luego adereçar su partida, diziendo que la batalla del carro de Bramidoro no quería se hiziesse hasta Londres, y que de su parte lo fuessen a dezir assí. Con el recado fue un cavallero de los de la Tabla Redonda, y el valiente Bramidoro, que ya al campo bolví, fue d’ello contento, porque estar el rey en tiendas no le causase algún daño. Y despachando quien se apoderasse del castillo de Baldano, todos partieron para la ciudad, con tanta alegría de los dos amantes que por ningún caso pensavan perderla. Yva Belflorán algo delante del rey, platicando con don Baldín, a quien más pluguiera que la batalla se hiziesse luego por ver a Ysabela, y a Belflorán dezía qué parecía que hiziesse de Ysabela como

fuesse libre del encantado carro.

–Mal consejo tengo para esso –dixo Belflorán–, porque, aviéndolo de guiar conforme al desseo de vuestro corazón, es un caso estraño en que aventura vuestra honrra y la de Ysabela. Y, si no, el consejo se está de suyo si vos, mi señor, por mi parecer os queréys guiar: sea el parecer Ysabela en el carro muy público, y ella quede en su casa del rey don Serafín, donde no faltarán entretenimientos y nuevos sucessos para que vos ayáys lo que tan bien tenéys merecido.

No le contentaron estos consejos a don Baldín, como aquel que pensava de qualquiera manera no quedar sin su señora. Mas acordó de disimular hasta saber su voluntad.

En estas cosas fueron platicando, llevando a vista el carro de Primaflor, hasta llegar a Londres.

Capítulo 65: De la batalla que Belflorán huvo con Bramidoro de Sericana y cómo las princesas fueron libres.

Serían las dos partes del día passados quando llegó el rey a la ciudad, donde no con menos desseo le atendían que al tiempo que bolvió de Grecia, porque las nuevas del desastre acontecido a todos tenían atribu- /235-vº/ -lados. Y no avía mucho que llegara el carro de Bramidoro y estava delante de la plaça, de que don Baldín fue asaz contento, como aquel que en solo ver el lugar donde estava Ysabela recibía contento. Bien quisiera él que Belflorán sin atender más acaba[r]⁸⁷⁸ aquella jornada; mas él aguardó a que el rey don Serafín subiesse a sus miradores, y entonces puso el cavallo por el campo, harto contento d'él, porque era el mismo de don Baldín de Portugal. Y embiando su mandado al de Sericana atendió por su venida, que no tardó mucho. Grandes esperiencias de la bondad de Belflorán tenía Belianisa; ma[s]⁸⁷⁹ dígovos que la tenía esta batalla estrañamente recelosa. No sé si era algún nuevo amor, que de esto sabré dar mala cuenta; entre sí estava temblando, mas presto perdió estos temores con el agonía d'esta batalla, porque Bramidoro saliera del carro. Traía nuevas armas blancas, y veros dorados por ellas. En el escudo, la Fortuna, y un cavallero que por su rueda subía, no le faltando más de un solo escalón para lo más alto. Bien estava él maravillado de aquella novedad suya, que aquellas armas y una carta del sabio Artabano recibiera aquella noche, por la qual le avisava que, si aquella batalla venciesse, no le queda en el mundo más que buscar, porque aquel hera el extremo del esfuerço humano; por esso, que mirasse lo que le cumplía. Venía él d'esto harto alborotado, y fuelo más mirando a Belflorán, viéndole tan bien puesto en el cavallo que no viera él otro tal. Mas era en sí en extremo esforçado, y el alto ser de su corazón venció todos aquellos contrarios. Y, llegándose a Belflorán, le dize:

–Buen señor, escoged un juez para que de vuestra parte mire por esta batalla.

⁸⁷⁸ *acabava.*

⁸⁷⁹ *mal.*

–No ay necesidad –respondió Belflorán–, que el uno de nosotros quedará por testimonio del vencimiento, y por esso avrá poco que juzgar. Por esso, demos principio a esta batalla, que avía mucho tiempo que avía de ser acabada.

Y con esto cada uno tomó de la plaça lo que convenía. Y teniendo a todos suspensos, parte el uno para el otro, y rompiendo las lanças más ligeramente que si fueran de eneldo o caña se (se) juntaron de los cuerpos de los cavallos, escudos, yelmos, con tanta braveza que del fuego que d'ellos salió se hallaron cubiertos. Valentíssimo era Bramidoro, mas no es este el día por él deseado, porque le aconteció lo que él no pensava: que se halló fuera de la silla y aun con harto dolor de un braço sobre que cayó. El cavallo de Belflorán no se pudo menear con su señor un paso, y convínole apearse, no tan de galán como él solía en otras batallas, antes muy sosegado, mirando de no se apear a la parte que su contrario estava, el qual ya venía con su espada en la mano. Belflorán le salió al encuentro, y como a su espada ningún(a) encantamento a resistir era bastante, tomando el escudo contra los pechos cortó d'él la mitad y parte del cosoleta*, y si tomara con algo más espada corría Bramidoro peligro de la vida. Quiso el furioso griego, metiendo otro pie, herirle de una punta, mas el de Sericana se la llevó con el braço y hiriole él de dos, una tras otra, tan rezias que le hizo desviar de sí un trecho y aun començó la sangre a mostrar por el arnés. Y como a entr'ambos la yra los llevasse, fueron más prestos juntos que los ojos de los que los miravan. No ganó nada Bramidoro, que uvo cortado la gran pieça y todas las armas, y en el lado de la garganta una herida más espantosa que peligrosa. Y, aunque él hirió a Belflorán, no fue el golpe tal que impidiese para que no llegassen a los braços, de que no le pesó a Bramidoro al principio. Mas, reconociendo las fuerças de su contrario, que las armas le metía por las carnes, usando de diestro sacó el braço y tiró por sí tan rezio que se desasio de su enemigo, y más ligero que se cuydara le hirió muy baxo en un pie. Y fue tal el golpe que Belflorán cuydó aver perdido la pierna, y aun la batalla, porque en ninguna manera le po- /256-rº/ -día poner en el suelo; que, aunque no fue herido, huvo el to[b]jillo⁸⁸⁰ casi sacado de su lugar, y túvose lo más firme que pudo en el otro, entreteniendole la batalla porque el atormencimiento del dolor se passasse.

Todo el campo dio de ver en su daño, y Bramidoro mejor que nadie; y quiso tornar sobre Belflorán, y él atendió con harto poco temor. Y por darle ocasión que más se le juntasse, dexó caer el escudo. Bramidoro le hirió en descubierto con toda su fuerça; hízole estremecer y aun dar más de un salto sobre un pie. Mas hiriole a él el furioso griego a dos manos sobre el escudo; fue hecho dos partes lo que le quedara, y llegando al yelmo, resonando como una bien templada campana, no le pudiendo cortar, fue su dueño tan atronado que, echando sangre por la visera del yelmo, que salía de los oýdos y narizes, fue a caer más de seys pasos de Belflorán; el qual, si pudiera llevar su pie como solía, venciera con aquel golpe, que no usava perder semejantes ocasiones. Mas como él se tardasse,

⁸⁸⁰ *todillo*.

fue Bramidoro en pie. Aquí se vio el generoso ánimo de Belflorán, porque el cavallo de don Baldín, que d'él no se apartava, se le puso al lado, y pudiera muy bien subir en él. Y tenía su hecho acabado, mas no quiso. Desviándole con la mano, que algunos tuvieron a locura, no teniendo el campo por lugar de cortesías, espantados tenía a los pr[e]sentes⁸⁸¹ esta batalla, y sobre todos a don Baldín, que no cuydara él que huviera en el mundo quien contra Belflorán sustentasse tanto la batalla. Y al rey don Serafín dize:

–¿Qué le parece a vuestra alteza qué cavalleros se an juntado en este campo?

–Los mejores –dixo el rey– que yo aya visto, mas este Cavallero de las Coronas el extremo es de los mortales. Venturoso fue Bramidoro en el golpe que hizo, que fuera ya vencido.

Bien oýa esto Belianisa, que atenta, mirando por su amante, estava.

El qual, libre algún tanto del encogimiento que el dolor le causava, era con Bramidoro un Marte en la batalla, y no era menos su enemigo, con lo qual gran pieça en ella duraron. Mas qué aprovecha, que Belflorán no siente trabaxo en pelear, y Bramidoro está desalentado y pierde abundancia de sangre, y por todos es conocido que será vencido en esta batalla; que, teniéndolo él no menos entendido, procurando morir o vencer, tomó la espada a dos manos y cargó sobre Belflorán que, no temienso nada, se metió dentro al golpe, hiriéndole de una punta, con la qual passó lo alto del arnés y metió él un tercio d'ella por el hombro hasta la otra parte, y si le tomara más dentro, sin duda le matara. Y con esto, aunque él hirió a Belflorán, no fue con tanta fuerça que fuesse grande el daño, aunque le hizo hincar ambas rodillas en el suelo. Desmayó con esta herida Bramidoro y fuesse retrayendo atrás por no caer. Belflorán se quitó afuera, diziendo:

–Cierto, señor Bram[i]doro, a mí me pesa vuestro daño y, si vos soys contento, sin pediros otra cosa más de la libertad de las damas del carro yo dexaré la batalla.

–Mejor será esso –dixo Bramidoro–, que dexar la vida y honrra juntamente. Yo recibo la merced de vuestra parte, que ya no estoy para pelear.

Con esto entraron en el campo todos los cavalleros principales, y Bramidoro fue sacado d'él para curarse, y yva tan herido que era maravilla ser bivo.

A esta ora en el carro de Primaflor se tocaron abundancia de menestres y luego se encendió un gran fuego, con el qual quedó todo cerrado. Y dende a poca pieça, con arto acompañamiento de damas, salieron aquellos tres espejos de hermosura. Mas, aunque Ysabela y Dolinda fuesen tan acabadas, venía Primaflor tal que al sol en su esfera tornara feo. Venía vestida de un brocado morado golpeado sobre una tela de oro, y los golpes tomados con gruesas perlas; por cima una labor relevada tal que llevaba los ojos de los que lo miravan. Venían cogidos sus cabellos, más hermosos que los que peynan las ninfas de Achaya, y tomados en una red de /256-vº/ las mismas perlas, prendida con

⁸⁸¹ *prrsentes*.

lazadas de los mismos cav[ell]os⁸⁸², que parecían ser de oro, y aun muchos lo tuvieron por cierto. Unas mangas traía apretadas a los brazos, pobladas de diamantes, tantos y tales que cada vez que los rebolvía hacía parecer nuevos soles. Un collar traía con una cinta que no consentían ser mirados, porque las piedras llevaban la lumbre a los ojos con su hermosura a los entendimientos. Su hermana venía de blanco, y Ysabela de un roxo mal teñido. Todas tres se traían de las manos.

Aquí fue Belflorán venturoso en el golpe de su pie, que de otra suerte hiziera pesar a Belianisa o bajeça con Primaflor en no la acompañar; mas las damas llegaron juntas a Belflorán, diziendo:

–Esforçado cavallero, pues de vuestra parte avemos recebido la libertad, tened por bien que sepamos quién soys para tener cuenta en lo que en nosotras fuere pagar tan buena obra.

–Todo quanto por vuestra parte fuere mandado cumpliré yo –dixo Belflorán–. Hablad agora al rey, que viene a recebiros, que para lo demás siempre ay lugar.

A esta sazón llegava el rey, y espantado de tan alta hermosura no buenamente pudo decir lo que quisiera; mas quando vio a su hermana Ysabela quedó fuera de su acuerdo. En alta boz dize:

–¿Qué es esto, mi señora, que os veo en tal parte? Agora os digo que á sido venturoso el rey de Escocia, que verdaderamente cuydava averos perdido. Venid, señor don Baldín, y veréys a quien os puso en tanto peligro.

No estava lexos el príncipe portugués, mas no tenía ánimo para mudarse, qu’el corazón para su socorro llevaba las otras potencias del ánimo; aunque, animado con las palabras del rey don Serafín, llega donde la reyna estava, diziendo:

–Soberana princesa, no fue tanto el pesar de mi peligro quanto es agora el alegría de aver hallado a vuestra alteza, no porque el rey de Escocia conosca quán contra razón me pedía, que no le desseo satisfacer en nada, mas por lo mucho que se perdía con ausencia de vuestro valor y hermosura.

–Por lo que a mí toca –dixo Ysabela–, yo, señor don Baldín, siempre terné pena por vuestro descontento. Mas no me parece que devíades tener en tan poco aver quedado en desgracia del rey, mi señor, que es un príncipe tan valeroso.

Y con esto passó por él, porque llegava la reyna Armelina, y Belianisa con ella, de cuya hermosura fue fuera de su acuerdo. Y acogiose entre Primaflor y Dolinda diziendo:

–Defiéndame vuestra excelente hermosura, que agora veo lo que no cuydara del extremo d’esta infanta.

Y con esto llegaron todas tres a la reyna, pidiéndole las manos. Y entre todas passaron estraños razonamientos; y maravilla[da]s las unas de la hermosura de las otras, Belianisa dize a Primaflor:

⁸⁸² *cavalleros*.

–Agora, mi señora, tengo a poco lo mucho que el valiente Bramidoro hizo, pues con sola la vista de tal desengaño los cavalleros de suyo quedavan vencidos. Sepamos de este cavallero quién es la dama de su vitoria.

Y con esto a Belflorán llegaron, que con el rey estava platicando, y todas juntas le dizen:

–Estremado cavallero, sabed que aún no avéys acabado de vencer, que soys con nosotras en batalla, o conviene que nos digáys quién soys y quién es aquella dama por quien avéys peleado.

–En esta batalla –dixo Belflorán–, escusado es pelear, pues aun siendo rendido no espero misericordia, y por esso conviéneme cumplir en todo vuestro mandado, puesto caso que por quien yo he peleado está presente, pues era mal miramiento tener tanta hermosura en estraño encerramiento, que no es el sol para dexar de ser visto. Quien yo soy no será menester dezirlo, que con quitarme el yelmo será conocido.

Entonces se le hizo quitar. Muy pocos cavalleros principales avía allí que no le conociessen, y con tanta alegría que no lleva encarecimiento, todos corrieron a besarle las manos, dándose grandes bozes por el campo que aquel cavallero hera el príncipe de Grecia y Babilonia. Donde, no estimando todos en nada la passada batalla, unos a otros recontavan sus triumphos y vitorias. El rey don Seraphín, no menos comedido que valeroso y alegre, le pide las manos diziendo:

–A mí solo, señor Belflorán, se me deve esta merced, pues ya no me queda otra por recibir.

No hizo menos el príncipe con el rey, y era tanta la alegría que de verle avía en todos los cavalleros que no dexavan oír los unos a los otros. La alteración de Primaflor fue grande, conociendo a Belflorán, biendo ser tan alto príncipe y en aquella corte tan querido, y a Belianisa dize:

–Libremos, mi señora, a este cavallero del peligro en que le avemos puesto.

Entonces se metieron entre todos, diziendo:

–Veníos con nosotras, señor Belflorán, que no queremos dexaros en tanto peligro,

Y llevándole entre sí se subieron a los palacios reales, donde, dando licencia a los que no se la tomaron, Belflorán fue lleva(n)do a un rico aposento. Y, dexando con él los que le avían de curar, se salió el rey a la sala con las damas, haziendo estraños recebimientos a las princesas y reyna de Escocia, cuya turbación era estraña, y viéndose en casa de su hermano estava alegre, sin temor que fuerça le fuesse hecha. Mas era tan avisada que, huyendo con los ojos de quien tenía en el corazón, nunca miró por don Baldín.

Y con esto Belianisa se retraxo a su aposento, y en su misma cama quiso que durmiesse Primaflor. Y en otro aposento quedaron la reyna y Dolainda, proveyéndolas de abundancia de damas que la[s] sirviessen. El rey don Seraphín no se viera jamás tan alegre, y embió mandado a todos los cavalleros de la Tabla Redonda, donde quiera que se supo d’ellos, para que dentro de quinze días fuesen en la corte con el mayor adereço que pudiesse[n], que en lo que a él fuese posible quería festejar a Belflorán.

Capítulo 66: De las peligrosas aventuras que a don Baldín subcedieron en buscar al rey de Escocia.

Al cabo yva ya de mi jornada, señora de la hermosura, si la reyna de Escocia no me detuviera con aquella gravedad suya, que le obligó a responder tan desabridamente al enternecido portugués; porque, no pudiendo persuadirse a ssí mismo que no lo huviesse hecho con affición del escocés, es cierto que estuvo aquella noche por matarse. Las lástimas que él hizo y dixo aquella noche a los cielos movieran la compassión. No lo entiendo yo, mas creo que es especial planeta aver hombres tan rendidos al pessar que procuran engañarse a ssí mismos para tomar enojos con cosas que, si procurassen para su bien lo que para su daño, no les darían pena. Mas no sé lo que digo, que aquí el mal obró su proprio effecto, que agora hirieron los celos del amor trocado, y estos no hieren menos con la mentira que con la verdad. A lo último se determinó de partirse en busca del rey de Escocia, pareciéndole que la muerte suya avía de acabar aquel daño. Y con su poco sentido una carta dexó escrita para su señora, y rogando mucho a Balisán que se la diesse, saltó de la cama. Y tomando sus armas y su caballo se partió la buelta de Escocia, donde anduvo todo lo que de la noche quedava. Y a la mañana, hallándose al pie de unas altas montañas que parten los reynos, un correo vio venir a priessa corriendo. Púsosele delante don Baldín, pareciéndole estraño, y en la lengua de la tier[r]a le preguntó adónde /257-vº/ hazía camino con tanta priessa. El mensagero se detuvo y en lengua latina le respondió que no le entendía. Don Baldín le preguntó lo mismo en aquella lengua, que él sabía mejor que otro, y él le respondió que yva a Londres a saber si a la ventura huviesse por allí acudido la reyna Cenobia, que avía d'ella gran necessidad, que en el reyno suyo de Cáucaso eran entradas gentes de los comarcanos, las quales por ciertas viejas enemistades le talavan la tierra, y que d'ella avía grandíssima necessidad.

–Essa reyna –dixo don Baldín– á muy poco que vi yo en Francia. Y vos hazéys camino cierto, y si acaso la viér[e]des, dezilde que un cavallero español le besa las manos, y que procurará allegarse, acabada una jornada, a essas partes donde la pueda servir. Mas vos, ¿qué camino traéys, que parece que avéys estado en Escocia?

–He perdido el camino –dixo el mensagero–, que puerto tomé en Tian. Mas he oýdo dezir que el rey de Escocia por la pérdida de su muger es salido de su reyno, donde á jurado de no bolver sin ella, y lleva consigo solos dos cavalleros que, según me contaron, son tenidos en extremo por muy valientes.

–¿Y a dónde es la fama que se fue? –dixo don Baldín.

–No lo saben –dixo el mensagero–, más de que un huésped mío me dixo que eran passados la buelta de Dinamarca, y que el rey avía possado allí, y que dixeran que yvan en busca de algún máxico que d'ella les dixese y, según esto, ellos van la buelta de Egipto.

–¿Cómo es eso? –dijo don Baldín–, que yo he oído decir que la montaña Calidonia en Escocia abunda de nigrománticos.

–Siempre es lo principal Egipto –dijo el mensajero–, mayormente pasando los montes de la Libia.

Dijo «A Dios vays encomendado» don Baldín y, dexándole pasar, se apeó. Dando lugar al pensamiento que hiziesse su officio, acordó de dexar el camino de Escocia y meterse la buelta de Egipto. Y, aunque el camino se le hizo embaraçoso, todavía acordó de bolver a África. Otros dicen que todavía entró en Escocia y pasó a Calidonia, y llegó a Santandrés, donde estava la corte; y que, hallando el mensajero aver dicho verdad, reboleviera.

Como quiera que sea, él bolvió su camino y, pasando a Levante, se embarcó para África. Y tomando puerto no lejos de Capisebio, hizo su derrota a Tolomita. Y caminando a la ribera del Nilo, que está a la entrada de Asia, yendo entre las selvas de Atlante, dexando al lado el monte de Careña y los campos arenosos de la Libia, una mañana, ya que el sol sacava su rubicunda corona de la casa de su hermana, vio un asaz hermoso y agraciado castillo, que de los nubianos deve ser frontera. Y, aunque hartado de llorar, yva alegre, que cuydava ver cedo a sus amigos don Polisteo de la Selva y don Dolistor de Nubia, los quales sabían que tenían guerra con ciertos reyes de Goale, con los quales, aunque con dificultad, se esperaba se juntarían los citas, descubriéndose el enojo que el gran Ariobarçano tenía por el derecho que a los estados por parte de Meridiana pretendía. Y, mirando el gracioso aliento del castillo, bien que una montaña la primera hora del sol le quitaría, entre sí yva en diversos pensamientos lastimado. Y quisiérase pasar a mano derecha la buelta del alvayada sin entrar en el castillo, que era un cavallero que difícilmente se assegurava de quien no conocía.

Mas vio salir del castillo hasta diez cavalleros con alguna gente de pie. Traían tres cavalleros con solos los braçales, sin yelmos, presos, y al salir de la fortaleza tocaron tres trompetas, que a don Baldín se le figuró que querían hazer justicia de aquellos hombres, como era la verdad. Y acaso halló par de sí un hombre a quien lo preguntó, y él le dixo que aquel castillo hera del rey de Goale una de sus principales fuerças, y que aquellos cavalleros avían sido presos por espías, y que se avía mandado hazer justi- /258-rº/ -cia d'ellos.

Don Baldín se fue a su encuentro, no con intención de librarlos, que en aquello, como él no fuesse juez, no se quería entremeter; mas llegando junto a ellos conoció al tan mortal enemigo suyo, el rey de Escocia. Y, aunque vio sus desseos al tiempo de cumplirse, no pudo menos que dexarse llevar de la virtud suya. Y no fue tan pequeño el repentino combate que no le sacasse algún tanto de su acuerdo y, dando d'espuelas a *Bolador*, presto fue con ellos. Y no curó de hablarles más palabra de tomando el passo para que no pudiesen bolver al castillo, y con la lança a sobremano puso algunos d'ellos por tierra. Ellos rebovieron sobre él, ayudados de sus peones; mas qué aprovecha, que es tal que, aunque fueran muchos más, aprovechara poco, y ellos están mal armados, como gentes que de nayde se recelavan. Y brevemente el rey y sus cavalleros fueron libres; y dándoles los

mejores cavallos y armas, como más pláticos en la tierra encumbraron en una montaña, donde, no teniendo miedo de ser hallados, se apearon.

El rey fue a abraçar a don Baldín, diziendo:

–Buen cavallero, el soberano Señor os pague la merced que de las vidas nos avéys hecho, que nosotros, como muy estraños de estas tierras, poca parte seremos para ello.

–Señor –dixo don Baldín–, a vuestra alteza se deve esto y mucho más por todos los cavalleros del mundo. Por esso, a mí no ay qué me agradecer, puesto caso que yo deviera antes enojaros que serviros.

Turbose el rey, viéndose conocido, y bien pensara él que fueran antes todos los cavalleros del mundo que no don Baldín, por cuya muerte diera su misma vida. Y, aunque le oyó dezir semejantes palabras, no quiso responder a ellas, que la buena obra recebida llevaba a todo. Antes le dixo:

–Señor cavallero, pues ya vos me avéys conocido, gran merced recibiría en saber quién soys; aunque, si esto no os viene en contento, tampoco lo quiero saber; y que de mi persona y estado os sirváys, que no lo poseeré yo con tan buena voluntad como dároslo.

–Yo lo tengo creýdo de vuestra alteza –dixo don Baldín–, que los ánimos generosos más alegría reciben en dar que no en tener. Mas por agora no me haze menester cosa alguna. Antes me conviene partirme luego, que ay de mí necesidad en otra parte.

–No será esso tan presto –dixo el rey–, que no sería menor el agravio que la buena obra.

–No puede ser otra cosa –dixo don Baldín.

–Pues que assí es –dixo el rey–, por amor mío que, para acordaros de mí, toméys esta joya que sola me quedó de la linda Ysabela, mi muger, sin que jamás d’ella recibiesse otra merced.

–¿Cómo? –dixo don Baldín–. ¿Vuestra alteza no vino con ella desde España hasta las selvas de Ardeña?

–Sí vine –dixo el rey–, mas prometile en España que hasta estar en Escocia solamente gozaría de su vista, que aun para darme la mano para besar no tuviera atrevimiento de pedírsela.

–Cosa estraña es essa –dixo don Baldín–, y, por serviros, yo tomaré la joya.

Entonces la sacó el rey, que debaxo de los vestidos la traía. Bien la conoció don Baldín, que él la diera a Ysabela. Y acordósele que un sabio le dixera en España que aquella joya sería causa de cobrar su alegría quando más perdida la t[u]viesse⁸⁸³. Bien era de estimar, que era una rosa grande como la mano. Hera hecha de unos diamantes tan yguales que parecían ser uno mismo, salvo que al medio tenía un carbunco que resplandecía como un sol, y por orla muchos rubíes, y todos ellos asentados en una finísima esmeralda. No se halla precio a tal pieça, y huviérala el rey don Manuel en las Indias que están de la otra parte del río Ganzes por gran maravilla, porque su navegación no

⁸⁸³ *inviesse*.

alcançava tan lexos. Tomola don Baldín, diciendo:

–Soberano príncipe, no pertenece parra un cavallero de tan poca cuenta como yo.

–Con mi estado era poco serviros –dixo el rey–, y recebid esto en señal /258-vº/ que también daré lo demás si fuéredes servido de verme.

Entonces se partió don Baldín con harto pessar del rey, el qual se metió por el camino menos husado que aquellas montañas tenían, por el qual algunas aventuras le acontecieron, que él llevaba consigo dos cavalleros tan animosos que de qualquiera cosa darían buena cuenta. Assí fue por espacio de veynte días, hasta tanto que llegó a una fresca ribera, tan graciosa de arboledas que contento dava mirarla. De la otra parte estava Atisdán, ciudad muy principal del rey de Goale, y el rey a la sazón andava por aquella ribera bolando unas zésoras, de que aquella tierra es bien proveýda, y acaso un halcón cayó con una d'ellas en el río, estando los caçadores lexos. Y, aunque el rey de Escocia la vio, no ossó entrar a socorrer, que el río era muy grande y ellos traýan los cavallos cansados y flacos, porque en más de veynte días no comieran sino yerva verde caminando. Y assí el halcón se ahogó a vista del rey de Goale, que dava hartas bozes al de Escocia y sus cavalleros que le socorriessen; de lo qual ellos se reýan, pareciéndoles muy avisado el que no quería entrar desarmado y con buen cavallo y mandava entrar a ellos armados y con malos cavallos. Y fueron derechos a una puente que cerca se vía para passar a una ciudad, dexando al rey tan corrido que estava loco de enojo. Y a esta ora llegaron muchos de sus cavalleros, con los quales, dexando la caça, se fue a esperarlos a la puente.

El rey de Escocia, que de nada se recelava, y sus compañeros, passaron de la otra parte. El rey de Goale, con mucha sobervia, les preguntó de dónde eran.

–¿Va más –dijo el rey de Escocia– que seamos de una parte que de otra?

–Sí –dixo el rey.

–Pues sabed –dixo el de Escocia– que somos naturales del reyno de Marruecos.

–¿Y a dónde camináys agora? –dixo el rey de Goale.

–A buscar, señor –dixo el rey de Escocia– (y) a quién servir en la guerra.

–Esso hallarán tarde cavalleros tan mal mirados –dixo el rey de Goale–. Y, porque sea escarmiento para otros tales hazer cortesía quando os lo rogaren, yréys agora presos.

–No por vos –dixo el rey de Escocia–, si no venís más bien adereçado. Y agora, os yd a armar, que aquí os atenderemos si nos decís quién soys.

Algunos cavalleros del rey les travaron por las riendas de los cavallos, y el primero fue un su sobrino, al qual el rey de Escocia passó los pechos con la lança. Y con este golpe la grita se levantó grande, y en la ciudad se dio mandado, con el qual salió la guarda real y otros muchos cavalleros. Mas en el entretanto los escoceses hizieron cruel daño, porque hirieron al rey de Goale de una herida y mataron muchos cavalleros suyos. Y, como viesen venir tanta gente, metiéronse en la puente. Mas váleles poco, que sobre ellos cargaron más de mil cavalleros, y fueran presto muertos o presos, que

era todo uno, si su fortuna por allí no traxera al príncipe de Portugal. El qual, viniendo por otra parte a entrar en Atisdán, a la gran grita que allí se dava llegó a la puente, y conociendo al rey de Escocia dize:

–¡O, Fortuna, enemiga mía, y cómo dotaste de tan alta ventura a este rey, pues a sus mismos enemigos guardas para su socorro! ¡O, Ysabela, razón tienes de aborrecerme, pues no soy de ventura de sufrir la muerte d'este hombre!

Y con ravia de sí mismo entró en la puente, y en lengua francesa dize al rey:

–¡Teneos afuera, mi señor, y acogeos por lo alto d'estas montañas, que tenéys malos cavallos, que yo deffenderé tres horas esta puente aunque vengan quantos quisieren!

–No es mal día este para morir, señor cavallero –dixo el rey–, pues no solo no es razón dexar el peligro quedando vos en él, pero aun se avía de buscar en toda la vida.

Pesole de tal determinación a don Baldín, y tirando por el /259-rº/ rey, dexando sus dos cavalleros en la delantera, le dize:

–Yo juro por el alto Señor que, si no os salís de la puente, que presto moriremos todos. Y, pues esto se puede escusar con yros, hazedlo, que quando yo sienta que estáys en salvo, yo traygo el mejor cavallo que tiene el mundo y seré con vos desde aquí a un [castillo] que por un camino a mano derecha d'esta montaña se toma. Y no queráys que, desseando yo serviros, me venga aquí la muerte, que esto no solamente os será mal contado, pero aun será tenido a esfuerço.

–Yo lo quiero hazer –dixo el rey–, pues vos estáys tan confiado, y atenderos he en esse castillo que dezís, que en él he yo estado esta noche passada.

Y con esta determinación don Baldín se metió delante de los cavalleros, diziéndoles que hiziessen como el rey les dixesse. Y ellos, aunque contra su voluntad, lo hizieron. Mas, fingiendo yrse por el llano de la ribera, se tornaron a una emboscada de la sierra, con determinación [de], si al cavallero le subcediess[e]⁸⁸⁴ algún peligro, salir a morir con él.

Mas aquí vieron ellos lo que no cuydaran; aquí se dan los gritos que llegan al cielo. De cinco golpes cuenta Fristón que mató nueve cavalleros; no se vio cosa semejante. Paresce una campal batalla; aquí valen sus armas y cavallo, que era lo mejor del mundo. Apechugavan muchos con él por ganarle el passo, mas poblávase el río con los que de la puente abaxo caían por la fuerça de su buen cavallo. Mil vezes se santiguava el rey de Escocia, y entre sí le vino al pensamiento, por las palabras que le oyera, si sería aquel cavallero el que libró a don Baldín quando combatió con Furibundo.

Mas a esta hora ya se venía la noche, y don Baldín, pareciéndole que estaría el rey en salvo, se salió de la puente; y tras él, con gran alarido, más de dos mil cavalleros. Y fuera imposible deffenderse, porque en las barcas avían passado otros muchos. Y, soltando la rienda a su buen cavallo, le dio un grito con el qual bolviera pereçosos a los del Sol quando se derriban al océano;

⁸⁸⁴ *subcediesso.*

perdiéronle tan presto de vista que les pareció cosa de sueño.

El rey de Escocia y sus dos cavalleros se metieron por el bosque, viendo al cavallero puesto en salvo. No le hubo tan valiente entre las gentes del rey de Goale que osasse yr en su seguimiento de don Baldín, y si algunos, por complazer al rey, fingieron que yvan, luego se tornaron, que el miedo que les dexó cobrado duró por muchos años. Corrió don Baldín en menos de una hora al castillo, y preguntando por las señas del rey y sus cavalleros, no le sabiendo dezir más de que el día antes allí estuvieran, tuvo pensamiento que por la montaña se huviessen perdido. Y, bolviendo a buscarlos, desatinó de tal suerte que anduvo más de tres meses perdido por la montaña, dando más gritos y bozes que los muy furiosos locos dar suelen. Y, como él huviesses muchas vezees provado a salir de la montaña y no atinase, pareciole que su destino quería que allí muriesse. Y avía passado de una montaña en otra hasta los montes líbicos, y no estava lexos de la baxada de Egipto; quitándose las harmas, escondiolas en una cueva, y dexando sus vestidos, hizo de las bestias fieras otros. Y andávase por aquellas montañas, dando poco sosiego a las bravas animalias. Y el sol, que no lexos del signo de Cáncer se hallava, le quemó su hermosa color. Y él andava haziendo lástimas, escribiendo sus males en los árboles y piedras, en la qual vida anduvo algunos días. Y él se determinara de morir assí si no oyera dezir que la guerra de los príncipes don Dolistor y Polisteo se encendía, y que los nubianos avían perdido una batalla en los donfines de la Dobada. Y esto fue causa para que se le alborotase el corazón, que era de suyo orgulloso. Y, armándose de sus armas, /259-vº/ se metió por el camino de Egipto, determinando de yrse luego al Cayro. Porque, aunque era travesía para su camino, de allí pensava tomar más derecha jornada, que estava ya enojado de las montañas.

El rey de Escocia llegó algo más tarde al castillo y, como le dieron nuevas que el cavallero le viniera allí a buscar, tomando el tino de su jornada desatinó mucho más, y dio consigo en los arenosos desiertos de Livia. Y perdiérase si un hombre no hallara que le puso en el camino de Egipto. Y assí fue tomando guías hasta que dio consigo en las pirámides, donde él oyera dezir que abitava un sabio, el mayor nigromántico que se sabía. Espantado fue el rey de la altura d'ellas y, aunque le pareció obra sobervia, tuvo a locura el gasto que en ellas se avía hecho. Y en un lugar se informó de la suerte que le convenía averse para tomar la respuesta del que, siendo regido por el demonio, pocas acertadas respuestas podía dar. Y llegándose debaxo de la pirámidi comenzó a entrar por unas escaleras tan oscuras y hondas que se quiso to[r]nar; mas oyó un ruydo grande y, sabiendo que aquella era la señal, atendió. Y vio salir un hombre todo desmelenado, los cabellos largos tendidos por las espaldas; el qual, dando quatro o cinco bueltas a las esquinas de una quadra, bolviéndose al rey, le dixo:

—¿Qué buscas, rey de Escocia, en esta tan áspera morada?

—Quería saber —dixo el rey— de mi muger, dónde está y quién fue el que la robó de mi poder.

—No la robó nadie —dixo el sabio—, que ella, con el miedo, se metió en el carro de Bramidoro.

Mas ya está libre y en poder del rey de Inglaterra, su hermano, por el esfuerzo del cavallero que venció a Furibundo.

–¿Quién hera –dixo el escocés– el que me á librado dos vezes de la muerte?

–El mayor enemigo que tú tienes –dixo el sabio.

Y con esto se tornó a baxar por la cueva. Y, aunque aguardó, el rey no sintió otra cosa. Y tornose a salir, harto turbado de las segundas palabras, aunque alegre de las primeras. Y contoles a sus cavalleros la respuesta, diziendo:

–No sé quién me quiere tan mal y me haze tan buenas obras. Cierto, si yo soy el culpado, bien lo querría saber, para procurar la enmienda. Agora nos podemos bolver, pues avemos sabido el fin de nuestra jornada, aunque más quisiera saber quién es este cavallero que quantas cosas el mundo tiene. Y no me creáys si no es el que deffendió a don Baldín.

Y con esto se metieron el camino del gran Cayro, do cumple dexarlos por bolver al bravo portugués, que ya causo enfado con largo capítulo.

Capítulo 67: De la batalla que don Baldín hubo con el gigante Goraxes y con su enemigo, el rey de Escocia.

En el primer lugar que llegó el príncipe de Portugal mudó las señas y devisas de sus armas, que, si las tuviera el sol tan demudadas como su rostro, no hubiera d'ello necesidad. Cáusame lástima escrevir sus cosas, que nunca fue assí cavallero maltratado; pues no yva lexos del Gran Cayro quando, una mañana que el sol salía más ñubloso que su corazón, cosa harto nueva para la tierra donde él caminava, embevido en sus pensamientos, su cavallo puso al pie de una torre, don-

/260-rº/ -de vio a la puerta una llorosa donzella.

–¿Qué es la causa de vuestra tristeza –le preguntó don Baldín–, hermosa señora?

–Hanme prendido un hermano mío y tomádome la ropa –dixo la donzella– unos criados del gigante Goraxes, porque dizen que sin cavallero no podían passar esta puente, que es assí la costumbre.

–¿Qué es la causa de la costumbre? –dixo Baldín.

–Su mala condición –dixo la donzella–, porque tiene voluntad de hazer mal donde quiera que se halle.

–Aora veamos –dixo don Baldín– si llevan algún remedio mis ruegos.

Entonces llamó a la aldaba de la puerta, y Goraxes se paró a la ventana diziendo:

–¿Qué buscáys, cavallero, en mi casa a tal hora, que apenas es de día?

–Querría –dixo don Baldín– suplicaros tornásedes un donzel que prendistes a esta donzella, y su hazienda, porque venía en mi compañía y llegó ella delante, que me detuve yo por cierta ventura.

–Agora hos digo –respondió el gigante– que avéys madrugado poco. Mas, si por la tardança os queréys combatir conmigo, si me vencéys, daros he la ropa.

–Mucho es esso –dixo don Baldín–, que yo soy un cavallero de poco valor, y vuestro esfuerço es muy conocido. Sería desigual batalla; mas mandadme abrir, que si no nos concertáremos en el rescate, tornarme he a yr como me vine.

–Bien dizes –dixo Goraxes.

Entonces le abrieron la puerta, y halló en el patio el gigante armado de muy ricas harmas. Su vista le dio contento, que hera muy gentil hombre cavallero, y quisiera acabar con él su negocio sin batalla. Y assí le dize:

–Mal torna, señor Goraxes, para un tal cavallero hazer fuerça a las flacas donzellas en vuestra tierra.

–No hago tal –dixo el gigante–, antes trato de reformar sus malas condiciones, que yo no les pido sino que no anden como ovejas derramadas, y que trayan consigo cavalleros que las acompañen, porque de andar solas han subcedido estraños desastres en este reyno.

–Sola esta vez, por amor mío, se sufriera quebrar la costumbre –dixo don Baldín.

–Esso es imposible –dixo el gigante– sin batalla. Por esso, no gastemos el tiempo en ruegos, y que por fuerça me han de hazer ser descomedido.

–Esso no quiero yo –dixo don Baldín.

Entonces se apeó de su cavallo, que bien sabía que le hallaría consigo aviéndole menester, y puso mano a *Cortavella*, su espada, dexando caher la lança, y bien atentamente se vino para Goraxes. Aquí era menester el teatro romano, con sus consulares faces, para mirar tan hermosa batalla; porque passó Goraxes dos pies, uno sobre otro, y passando sobre mano yzquierda pudo llevar el golpe de don Baldín con la punta de la hacha que traía. Y, desbaratándole algún tanto, con el hierro del cabo le hirió en los pechos. Y corrió para baxo, tan rezio que, rompiéndole un escarzelón, hubo en el muslo una herida harto ruyn. No uvo hecho este golpe quando, con el corte de la hacha, le dio sobre el escudo. Hízole hincar las rodillas ambas en el suelo mas, antes que se levantase, sintió que no hera don Baldín de los cavalleros que él cuydav[a]⁸⁸⁵, que le hirió en una pierna de tal golpe que no le defendieron las harmas para que no fuesse mal herido; y del uno y del otro començó a correr mucha sangre. Goraxes le quiso herir a dos manos sobre la cabeça, mas don Baldín, que se temía de la hacha, le tira a ella, y llevole la mitad. Y, aunque con el otro fue herido tan rezio que fue a dar de manos a un esquina del patio, saltó ligeramente a otra parte. Puso el gigante mano a su espada, y era de ver una hermosa batalla, que el gigante traía tan buena espada como él, y aún mexor, porque hera encantada, y contra ella ni duros temples ni saber de máxicos aprovecha. Y córtanse el un[o]⁸⁸⁶ al otro las harmas por muy muchas partes.

⁸⁸⁵ *cuydave*.

⁸⁸⁶ *una*.

Bien estuvieron en esta batalla más de dos grandes horas, y tenía don Baldín cinco heridas, y el gigante siete; y con todo esto no mostravan punto de covar- /260-vº/ -día ni recelo, puesto caso que Goraxes andava algo cansado; y pareció serle más, porque, con la biveza de don Baldín, traýale molido. Y apartándose fuera le rogó que descansasen una pieça.

–Plázeme –dixo don Baldín–, que en más que esto desseo agradaros.

Y con esto se apartaron el uno del otro, paseándose por no se refriar, donde a don Baldín le acaesció una estraña cosa. Avíase en el castillo abierto una gran sima para hazer de abaxo ciertos edeficios, como son más comúnmente los de Egipto. Y don Baldín, a quien ni aquella batalla ni la muerte le quitara la dulce memoria de sus males, estava passeándose tan trasportado que no sentía dónde estava, y fuesse hasta la honda cava; y quando se avirtió d’ella ya estava tan junto que era imposible detenerse y, como aquel que en ligereza a quantos avía en su nación tenía en su ventaxa, affirmose en el pie que a la boca pusiera y saltó a la otra parte, cosa que al gigante sacó de sentido, que tenía veynte y cinco pies de ancho. Don Baldín se santiguó, viéndose de la otra parte, y conociole Goraxes ser christiano; y díxole:

–Señor cavallero, desseo tengo toda mi vida de saber de un cavallerto christiano que es príncipe de Costantinopla y se dize don Beli[a]nís⁸⁸⁷, de quien me han contado estrañezas en su valeroso esfuerço y, conforme a lo que yo he visto, no puede ser que sea otro sino vos. Y, si lo soys, no dexéys de dezírmelo, que os soy no poco aficionado.

–Yo –dixo don Baldín– no soy esse cavallero que dezís; que, si lo fuera, poco avía que detenernos en esta batalla, que te juro por el poderoso Señor en quien creo que veynte cavalleros tales como yo no le tuvieran una hora en la batalla.

–Cosa espantosa es essa que me cuentas –dixo el gigante–. Y agora, demos fin a esta porfía nuestra.

–Mejor sería dexarlo así –dixo don Baldín–, que a un cavallero como vos vale poco en hazer estas cosas, y piérdese mucho de vuestra honrra. Ya podría ser que, saliendo mal d’esta batalla, fuéssedes obligado a hazerlo contra vuestra voluntad.

–Bien veo yo –dixo Goraxes– que ningún temor de batalla os haze dezir esto y, por tanto, si me dezís quién soys, dexaré la batalla, y aun tornarme he christiano, que lo he desseedo mucho tiempo ha.

–Plázeme –dixo don Baldín–, que no lo acostumbro negar a nadie. Y sabed que soy don Baldín, príncipe de Portugal, si me avéys oýdo dezir.

–Sí he –dixo Goraxes–, que sabed que soy primo del gigante Bradaleón y de Furibundo, los quales residen en Cartago, y él me contó la valentía de don Belianís, que me dizen ser particular amigo vuestro.

⁸⁸⁷ *Belionís.*

Entonces se abrazaron, y el gigante prometió a don Baldín de ser christiano, y a la donzella bolvió a su hermano y su hazienda, rogándole que se detuviese allí algunos días hasta ser curado.

–Es imposible –dixo don Baldín–, que me conviene llegar al Cayro. Mas yo seré con vos dentro en qui[n]ze días.

Y, no bastando sus ruegos, se hizo atar las heridas y, passando la puente, abrazó a Gora[x]es, que de grado le acompañara. Y, aunque a él su condición de no asegurarse de quien no conocía le hizo no quedar en la torre, yva harto mal herido. Y dolíanle tanto las llagas dende a una hora que, pasando por una floresta, le convino apearse. Y lo que tomó por remedio fue su daño, porque, viniendo la noche con sereno desabrido, hazíale mortal daño.

Y acaesciole la más alta aventura que avéys oýdo. Aora sabed que no avía dos oras que don Baldín era partido de la torre quando a ella llegó el rey de Escocia con sus cavalleros. Y, como oyesse hablar de don Baldín, procura saber qu[i]lé[n] era; y, entendiendo que el cavallero que por allí passara era su tan mortal enemigo, informándose por qué parte fuera, se metió en su seguimiento. Sospechoso quedó Goraxes de la partida de aquellos cavalleros, no buscassen para algún mal a don Baldín; y, aunque mal herido, se armó lo más presto que pudo y se puso al camino. A priessa caminó el rey de Escocia; mas conví- /261-rº/ -nole quedarse en la floresta por no perderse y, como los apasionados sosiegan mal, no pudo estar un rato sentado; antes se levan(tan)tó; desviándose de sus cavalleros, fue a dar en un valle por el qual oyó sospiros de alguno que le pareció estar muy lastimado. Y, pareciéndole sería muy cerca, no curó de llamar a nadie, y metiose más adentro del valle. Y anduvo assí una pieça, que las boces no eran tan cerca como le parecía. Mas, como se halló junto d'ellas, atendió por ver si entendería alguna cosa, que oyó quejarse en lengua española, que el rey sabía mejor que la propia, y luego sospechó que aquel sería don Baldín. Y no tardó mucho en salir de la sospecha, porque el portugués, que de ser oýdo no se rezelava, proseguía en su officio, que era quex[ar]se⁸⁸⁸ en las montañas donde se hallava. Y, aunque las heridas del cuerpo eran muchas y muy malas, la del alma, que tan pressa tenía, hazía perder la memoria d'ellas.

–¡O, furioso mal –dezía don Baldín–, que con tanta crueldad me persigue! ¡O, días enojosos y noches enfadosas, que no vendría mal una sola en que me gozasse de aver tenido algún descanso! Mas, ¿qué me quexo?, que, a quien no vino la muerte viendo a su esposa en ageno poder, ¿quándo avía de esperar algún contento? ¡O, rey de Escocia, que assí te precias con los derechos a mí devidos! ¡O, Belflorán de Grecia, y cómo te as avido en tus cosas, como señor que libraste a Ysabela del espantoso Bramidoro para acabar de destruyrme! No lo mirara yo assí en tus contentos, que la ley de la amistad alguna cosa avía de llevar de lo justo. Mas agora bien, que yo moriré en estas guerras d'estos bárvaros, y el Soberano castigará a los culpados.

Más adelante prosiguía don Baldín, mas no le pudo esperar más la cólera del escocés; antes

⁸⁸⁸ *quexense*.

pasó adelante, diciendo:

–¡Mal hallado seáys, cavallero de Lusitania, que tanto trabaxo me avéys costado buscaros!

–Vos seáys el peor venido –dixo don Baldín–, que cavallero tan descortés no le vi en mi [vi]da.

Entonces, cuydando que sería algún pariente de Goraxes, puso mano a la espada, aunque flacamente; que, aunque el rey de Escocia era esforçado, no le conviniera, aunque le ayudaran sus cavalleros, si don Baldín no estuviera herido, toparse con él. Tenía otro daño don Baldín, que se quitara el arnés, y tenía solamente una fuerte loriga, que Hermiliana le enseñara a traer debaxo. Y con esto procuró de tener diestramente su batalla, husando de alguna ligereza. Mas el rey de Escocia es con él a las manos y, aunque se ve herir mortalmente, el desseo de la vengança le entretiene. Hirió a don Baldín en descubierto de los pechos; cortó la loriga y hasta la carne el jubón y lo demás. Cuydó don Baldín ser herido de muerte, sintiendo caer alguna sangre dentro de los pechos, e hirió al rey a dos manos tan fuertemente sobre la cabeça que le hizo yr, dando de manos, gran pieça de sí. Y, no perdiendo su buena coyuntura, cerró con él, aunque no tan presto que el rey no se huviesse reparado, que sus embaraçosas heridas peleavan por el rey de Escocia. Y, juntándose a los braços, mucha sangre perdió el príncipe de Portugal del tesón, aunque el rey por poco perdiera los alientos. Y, espantado del ardimiento de don Baldín, cada uno se apartó afuera por descansar, passeándose don Baldín por no refriarse, harto receloso de la vida. Y al rey dize:

–¿Cómo, desleal cavallero, assí me acometéys, aviendo yo dexado la batalla de Goxares sin le pedir cosa alguna? ¡Esta es la fe que me prometió de ser christiano; para esto me rogava que me quedasse a curar de mis heridas! Pero yo os juro por el soberano Señor en quien creo que, fenecida esta batalla, yo le busque donde no se libre de mí como piensa.

–D’esta batalla –dixo el rey de Escocia– tened cuidado, que tenéys la muerte muy cerca. Y no penséys que avéys d’escapar de aquí que, aunque me venciéssedes, aquí tengo otros cavalleros que no pueden bolver sin tu cabeça. Y, para que veas /261-vº/ con cuánta razón te busco, sábete que soy tu mortal enemigo, el rey de Escocia.

Bien pensó el rey que causarían en don Baldín estas palabras desmayo; mas fue al revés, porque, dando una gran boz, dize:

–¡O, rey del cielo, que en lugar tan despoblado me guardavas tanto bien! Sea loada tu divina clemencia y, pues de los príncipes hasta el último día no ay otro juez que tu divina magestad, juzga, Señor, esta causa d’este que con tanta deslealtad me busca, que yo le llevaré conmigo en este punto,

Creo que se le olvidaron sus heridas; algún favor le vino particular de la superna mano y, juntándose al rey de Escocia, hirió por cima del escudo; arrebatole todo al través con parte del arnés, más de mil mallas de la loriga; hízole temblar como las hojas del otoño. Quísole dar otro; mas ladeose el rey a una parte, y de una punta hirió a don Baldín; hízole una herida por la abertura de otra harto peligrosa. Mas cierto la muerte de don Baldín no la puede comprar el rey sin la suya; siete

heridas tiene don Baldín peligrosas, mas el escocés tiene quinze y, aunqu'ellas eran pequeñas, tenía dos trabajosas, una baxo de la rodilla y otra encima de un hombro.

Y porfiaron tanto en esta segunda batalla que, ya casi heridos de muerte, se apartaron; donde yvan d'ellos ar[r]oyos de sangre en abundancia. Y començaron, aunque con gemido, a andar por no morir con el rocío de la mañana, porque el luzero se començava a mostrar. Mas aquí les aconteció una estrañeza que jamás se pensara: quando el rey hirió a don Baldín en los pechos cortole la cadenilla en que traía colgada la rica joya que él le diera, y avíase caydo en el campo sin que ninguno la viesse; y como relumbrase estrañamente, abaxose el rey por ella. Y dando una gran boz, dixo:

—¡O, rey del cielo, y cómo soy muerto! ¡Socorredme, señor don Baldín, que me acaba la vida la más alta nobleza que en cavallero se aya hallado!

Vínose don Baldín para el rey, espantándole tales palabras; mas es cierto que al rey le pesó tanto de lo que hiziera, viendo que don Baldín, conociéndole, le avía librado dos veces de la muerte, que le vino un desmayo al coraçón que, sin poder hablar palabra, se sentó en el suelo. A esta ora entrava el día claro, y por entre los árboles se descubrieron los dos cavalleros del rey. Los quales, viendo a su señor en tal tranze, arremetieron contra don Baldín por le atropellar. Mas él se acogió al pie de un árbol y, tomando su lança, la arrojó a uno d'ellos; hirió al cavallo de suerte que con su señor vino al suelo. Mas a este punto tornó el rey en su sentido y, dando bozes a sus cavalleros que se apartasen, él, tomando la espada por la punta, se vino para don Baldín y, hincando entr'ambas rodillas, se la dio, diziendo:

—¡O, soberano cavallero, en quien se encierra la mayor nobleza de los mortales! Acabad vos esta triste vida, que tanta sangre os ha costado defenderla. ¡O, joya, que tanta alegría as causado a quien jamás esperó tenerla, y a don Baldín tanta gloria que durará su memoria en el tanto que el mundo durare!

Entonces la mostró, que en la mano la traía, y a sus cavalleros dize cómo la uviera, y que pidiessen perdón a quien devían las vidas. Los cavalleros estaban fuera de sí, viendo tal aventura, y no menos don Baldín, el qual harto flacamente abraçó al rey.

A esta sazón llegó Goraxes con hasta diez hombres de a cavallo y otros tantos de a pie y, cuidando que aquellos cavalleros a don Baldín huviessen herido, se viene para ellos diziendo:

—¡Mueran, señor do[n]⁸⁸⁹ Baldín, estos malos cavalleros!

—La vida de los unos es la de los otros, señor Goraxes —dixo don Baldín—, que, sin conocernos, nos avemos así parado.

Y no estaban tan poco desfallecidos que, ablando el uno con el o[tr]o⁸⁹⁰, la muerte se quiso llevar a entr'ambos, y desfallecieron el uno en los braços del otro. Recado tenía Goraxes para todo;

⁸⁸⁹ *doh.*

⁸⁹⁰ *orto.*

embiando al castillo por andas, todos se apearon y, espantados de sus crueles heridas, los començaron a curar, harto desconfiados /262-rº/ de que vi[vi]essen. Y, tomándolos en los braços, caminaron con ellos hasta que llegaron las andas, en que los pusieron. Y llegando con ellos al castillo, gran recado se puso en su cura. Y, favorecidos de la divina mano, que para grandes amigos los guardava, a los quinze días fueron libres de peligro, y a los treynta se començaron a levantar.

Y en este tiempo grandes pensamientos le vinieron al rey de Escocia sobre sus cosas, y al cabo, tomando un día a don Baldín por una huerta, le dize:

–Soberano príncipe, an subccedido las cosas mías de tal suerte que el que no se aya hallado en ellas apenas le dará crédito. De una cosa sed seguro: que jamás, hasta el día que se perdió Ysabela, supe he ymaginé que fuesse negocio que tanto os tocase; ni tampoco hasta el día de nuestra batalla, a donde os oý quexar diziendo ser vuestra esposa. Y, aunque de vuestra parte no huviera yo rescebido la vida como la tengo, no menos era obligado a lo que [a]gora⁸⁹¹ quiero hazer; y es que, mi señor, tengo a la más alta ventura del mundo que pueda ser vuestra Ysabela sin cargo mío; y assí, mi señor, si es vuestra, pedidla, que yo seré más contento d'ello que de quantas cosas me pudieran subceder, porque vuestro descanso estimo más que la vida mía. Y, si no tenéys recado para pedirla, servíos d'esta enojosa vida mía para que sin desonor mío pueda ella ser vuestra. Y creedme que, si el primero remedio falta, que este segundo se haga de poner por la obra, aunque pusiéssedes m[á]s⁸⁹² estorvos a ello que hasta aquí.

La alegría de don Baldín con estas palabras fue muy grande, porque él estava determinado de no hablar más en cosa de Ysabela, antes morir en tierras de bárbaros y no causar más alboroto a nayde. Y con esto, responde al rey:

–Soberano príncipe, ya la gloria de vuestras virtudes está conocida sin querer ganar agora esta gloria conmigo. Yo estava determinado de no hablar más en negocios de Ysabela; mas, pues que vos lo queréys, yo consiento. En los recados yo tengo hartos, porque somos desposados delante de muchos que, por el temor, no lo an descubierto con mi ausencia, y la causa es muy clara y conocida. Y en recompensa, yo quiero daros a mi hermana Rosabela, que ya avréys oýdo contar su hermosura no ser menor que la de Ysabela.

–Yo beso, mi señor, vuestras manos –dixo el rey–, que para confirmación de lo que os devo bien es tan alta merced.

Y con esto se abraçaron, offresciéndose la amistad que hasta la muerte les duró.

Y luego procuraron su partida juntamente con Goraxes, que los quería acompañar. Mas llegoles nueva que para el mes siguiente se esperaba batalla entre los príncipes nubianos y reyes de Goale y Gran Tártaro Ariobarçano, y que para ella se aparejavan los babilónicos y persianos, y que se juntava casi toda la Asia y parte de África. Y, no se queriendo hallar fuera de cosas tan notables,

⁸⁹¹ *ogora.*

⁸⁹² *mis.*

uno de los cavalleros del rey despacharon con cartas para Ingalaterra y Escocia, dando quenta de lo passado y relación para que don Manuel de Portugal pidiesse lo que tocava a don Baldín en el negocio de Ysabela, con recados bastantes de ambas partes. Y ellos y Goraxes se metieron la buelta de la ciudad de Nubia, do cumple dexarlos, que estraños fueron sus acontecimientos, y se hallaron en las más espantosas batallas que se huviessen visto, donde el príncipe de Portugal mostró quién era, y el rey de Escocia, hecho nuevo hombre, fue tenydo entre los príncipes illustres; do cumple dexarlos, que e miedo, con tanta dilación, no se muera Bramidoro, que atrás dexamos tan mal herido.

/262-vº/

Capítulo 68: De la estraña y peligrosa batalla que el esforçado Belflorán huvo con Argibo.

Gran alegría tenía la corte de Ingalaterra con la venida de el esforçado Belflorán. No lleva buen encarescimiento; las fiestas que se aparejan son las mayores que heran en aquella tierra posible.

Estava Ysabela turbada, no sabiendo qué fin avría su desventura, y Primaflor, conociendo ser el esforçado cavallero Belflorán el que ella tanto quería, muy determinada a quererle hasta la muerte. La princesa Belianisa, aunque tan assegurada de su amante, recelosa, que las cosas muy queridas nunca se poseen sin crueles temores, que a las vezes no causa tanto desasosiego alcançar una cosa desseada quanto el guardarla después de tenida. Mas no fue venido el día quando huvo nuevas mudanças; que Balisán, desseando cumplir el mandado de don Baldín, se entró en el aposento de la linda Ysabela, y dando la carta le dize cómo don Baldín se partiera y la dexara aquella letra. Ysabela, harto recelosa, la tomó; y, despidiendo a Balisán, se entró en su recámara, y abriéndola, vio que assí dezía:

Carta

«Bien quisiera, excelente princesa, tener corazón para aguardar el fin de tan altas desventuras, y determinado estava de ver el subcesso d'estas desgracias mías, teniendo que del amor que me devíades alguna centella avía quedado. Mas, viéndola agora muerta con tan ásperas respuestas tuyas, no espero ver otra jamás. Y assí, cruel señora, yo me parto, sin acordarte cosa alguna más de que sepas que, pues sin mi muerte no podías gozar del contento de ser del rey de Escocia, yo me la daré, de suerte que tu voluntad quede libre para ponerla en effecto».

Con estas palabras se acabava la carta, sin començar ni acabar por las saludes y cortesías del antiguo ni nuevo escrevir. ¡O, Ysabela, quién diría lo [que tú]⁸⁹³ sentiste! Mas quiérollo callar, que

⁸⁹³ “ú que.

esto dirá más en los coraçones como el tuyo lastimados. Cayó mala en la cama, y estuvo más de seys meses a la muerte, hasta que otra nueva más alegre le restituyó la salud.

Luego se dixo la partida de don Baldín, y sintiola en el á[n]ima⁸⁹⁴ Belflorán, y aun el rey (y) don Serafín; y, si al príncipe no le fuera mal contado, partiera luego en su seguimiento. Y entre sí, no sabiendo la causa, gravemente de don Baldín se quexava, diziendo que tan cortamente con él se huviesse avido, sienta él uno de los mayores amigos que él tenía. Y parecíale que avía hecho d'él poca confiança. Y con esto, en levantándose, fue a ver a Bramidoro de Sericana, y algùn tanto le halló alegre, porque, sabiendo que el esforçado Belflorán le venciera, fue gran remedio para su daño y aliviase muy presto. Y con esto esperavan las grandes fiestas, para las quales todo el reyno estaba junto. Belflorán no se vio jamás alegre como entonces, /263-r/, que él gozava los más altos favores que jamás pensava, y de su señora era visitado quando por ello avía lugar.

Pues estando en este contento se llegó el día de las fiestas, que después de comer avían de ser, y en el palacio se juntaron todos los cavalleros de la Tabla Redonda, y en las sillas que estavan sin dueños fueron sentados otros cavalleros (digo en aquellas que sus dueños eran muertos, que a los alemanes no les fueron quitadas aquellas que suyas heran, y quedaron vazías), como también la del valeroso capitán suyo, emperador de Babilonia don Belianís. Sola quedava sin dueño la tan estraña Silla Peligrosa. Y, como para Belflorán no oviesse silla, fuele rogado que en la de su padre se sentasse.

–No es razón –dixo Belflorán– que la silla venga a menos de lo que fue; mas, pues aquí está esta otra, yo quiero ver si será mía.

Entonces se fue a sentar en ella. Muchos cavalleros se abraçaron con él, diziéndole que no ensayase tal cosa, que a muchos costara la vida. Entonces le refirieron estraños desastres que a muchos que lo provaran les avía[n] subccedido. No aprovechó con Belflorán cosa alguna, porque, encomendándose de todo coraçón a Dios, se llegó a la Silla Peligrosa; y, sentándose en ella, todo el palacio fue lleno de un olor estraño y excelente. Por la ventana alta entró un águila con una corona en la cabeça y, poniéndola a Belflorán en las manos, se desapareció.

–Estrañas cosas son estas –dixo Belflorán–; no sé qué quiere dezir esto.

Entonces dio la corona al rey don Serafín.

–Para vos conviene, mi señor –dixo el rey–, que lo que esta águila á hecho á demostrado ser en vos pasada la real corona de la cavallería y, donde vuestro padre era capitán, seréys vos rey y señor.

Entonces, con grandíssima alegría de todos, començaron a comer; y era mayor, que las damas comían en otra mesa junto, donde los enamorados tenían más contento y nuevo manjar para que no acabasse el fuego de consumir sus apasionados coraçones, aunque assí para ellos como para

⁸⁹⁴ *auima*.

ellas era un nuevo sacrificio de sus coraçones.

Ya querían alçar la tabla quando por la sala entró un cavallero armado [de] unas armas cárdenas; en el escudo, en campo de plata, una águila. Bien fue conocido por su devisa por muchos de los que en la sala avía ser el sobervio y arguloso Argibo, y el que mejor le conoció fue el rey de Yrlanda, valentíssimo Cavallero Salvage. A muchos, mucha de su sangre su conocimiento avía causado. No entró muy comedido, puesto caso que le pareció ser debido a tan alta compañía; antes viendo dos cavalleros con coronas, que era[n] el rey y Belflorán, y a Belflorán sentado en el más rico y estraño asiento que jamás viera, cuydando ser el rey, le dize alto:

–Rey de Ingalaterra, yo he sabido cómo en tu poder tienes presso al valiente Serpentino, [m]⁸⁹⁵ compañero, y a Balderín, su hijo de Baldano; y, porque ellos están pressos sin causa justa, rescibiría plazer fueses servido de ponerlos en libertad; donde no, yo te desafío a ti y a tus cavalleros a la batalla, a donde entiendo mostraros con cuánta sin justicia están detenidos.

–Cavallero –respondió Belflorán–, el rey, mi señor, podrá responder a vuestra demanda lo que le plazerá; mas, por mi consejo, él no soltaría ninguno d’esos, que son traydores y malos, y es menester su castigo para enmienda de otros.

Bien quisiera el rey don Serafín contentar a Argibo, que sabía bien su valentía, por no ver con él ninguno de sus cavalleros en batalla. Y, antes que Argibo pudiesse responder a Belflorán, le dize:

–Cavallero del Águila, vos vays mal informado de las leyes de mi tierra, que sabed que no se acostumbra casos tales determinar por batalla. Atended lo que en mi consejo se determinare, que no puede ser otra cosa.

–En vuestro consejo –dixo Argibo– se determinará lo que vos quisiéredes, y no es esso guardar justicia.

Entonces se descalzó un guante, queriéndole /263-vº/ herir. En la sala muchos se levantaron por tomarle, mayormente Bramidoro de Sericana, que en la mesa de las damas comía. Mas Belflorán dio bozes que no lo hiziesen, que le harían gran pesar. Entonces se apartaron todos, y Belflorán mandó a Balisán que se le dicesse a Argibo. Y él le dize:

–Señor cavallero, oy es día de gran fiesta para estos cavalleros, y no es justo se perturbe con vuestra batalla; vos podréys salir al campo con los otros; a donde, si vos me venciér[e]des, llevaréys a Serpentino y Balderín, y, si no, perderéys la cabeça en pago de las que queréys librar.

–¿Cómo? –dixo Argibo–. ¿Y solo queréys combatir conmigo, o ante de ayudar todos los cavalleros que allá salieren?

–Agora no digáys más sobervias –respondió el griego príncipe–, y tened mejores manos que en el castillo de Baldano, que vos serán menester.

⁸⁹⁵ Tipo volcado.

Y con esto, no le queriendo oír más, se salió del palacio. Y quedaron todos hablando cómo era tan sobrevido y valiente era aquel moro, y algunos dezían que era más esforçado que Furibundo, que siempre las cosas presentes son más estimadas. Y aunque no fuesse assí, hera un cavallero tal que antes de la noche causara a más de quatro miedo, que agora no le tienen. Y como todos se fuessen a tomar armas, Belflorán mandó que le traxessen allí las suyas. Y sentándose entre Primaflor y Belianisa, en dulces razonamientos le entretienen; y Primaflor le dize:

–No, señor Belflorán, ¿por qué estáis tan olvidado de quien librástes, que después acá nunca hos avéys dexado ver? Creo lo causa el miedo que tenéys a la fealdad de quien os puso en tanto peligro; pues sabed que no an de passar las cosas como cuidáis; que, pues nos quitastes nuestro aguardador, avéys de tener cuidado de aquí adelante, que no somos contentas d’esta cárcel donde nos metistes, que mi señora Belianisa nos trata tan mal que ya nos abemos querido huyr de su poder.

–Mi señora –dixo Belflorán–, si la vuestra merced no está contenta d’esa prisión, ponedme a mí en ella, que la sufriré con paciencia.

–Yo no quiero trocar los prisioneros por agora –dixo Belianisa–, aunque bien holgaría que el rey, mi señor, diera este Cavallero del Águila, que me tiene espantad[a]⁸⁹⁶ ver sus cosas.

Y barajando las pláticas, tres damas armaron a Belflorán que espantavan los mortales, que eran las princesas de Nápoles y Ingalaterra. Y, como el rey Serafín le esperava, no se osó detener. Y cada una de las damas le dio su joya, y a Dolainda dize:

–Dadme, señora, vuestra bendición para vuestra batalla.

–Más vale mi favor –dixo la princesa– y, pues este os olvidastes de pedir, no os daré el uno ni el otro.

Belflorán se salió riendo, lo qual no quedavan ellas, ni aun muchos de los que le conocían, a quien la furiosa braveza de Argino tenía espantados. Ya quando Belflorán salió, vio travada la escaramuça en el torneo, donde avía admirables cosas que ver. Mas como él entrase en el campo, començáronle a hazer la salva de todas partes, y a lo último se tocaron gran abundancia de menestriales. Belflorán entró en el campo con sus acostumbradas armas de las coronas, y mucho le pesava de la pérdida de su buen cavallo, y por cobrarle se pusiera él a qualquiera trabaxo. Todos los cavalleros se apartaron, los unos a una parte y los otros a otra, y él pasó por medio d’ellos. Quando vieron venir al bravo Argibo, cuyo esfuerço era tan famoso que, dexando todos los particulares y general batalla, atendieron por ver una cosa no vista; porque, como los dos cavalleros se viessen, no aguardando otra cerimonia, parten el uno para el otro con más tempestuosa ligereza que la que en las nuves pasa quando corren los temerosos truenos del verano. Hirió Argibo a Belflorán más baxo que él quisiera, y dio al cavallo por la frente; passó la lança hasta los pechos y metiose por el suelo una braça. Traía el moro la lança muy larga y, como con ella al cavallo quitase la fuer- /264-rº/ -ça, no

⁸⁹⁶ *espantado*.

hizo Belflorán golpe que fuesse de ver, y quedósele la lança sana en la mano, y él a pie, y el moro a cavallo; de que le tomó tanto pessar que, arrojando la lança por encima de los palacios reales más ligeramente que si fuera una plomada caña, atendió a Argibo, que sobre él rebolvía. Y aunque pudiera, no se quiso desviar del cavallo, antes le puso los hombros como aquel que larga esperiancia tenía de sus fuerças. Argibo pensó atropellarle, mas avínole al revés, que Belflorán le arrojó más lejos de sí que si le tiraran con una lombarda, y él y su cavallo fueron a caer d'espaldas a la mitad del campo. Y el cavallo le tomó una pierna debaxo, y así Belflorán, si quisiera, pudiérale matar antes que se rebolviesse. Mas atendiole, que, no dando de ver en la cortesía que con él se husara, para él se vino. Y entre ellos una áspera y encendida batalla se rebuelve.

Espantado quedó el campo de lo que a Belflorán vieran hazer, y aun él lo estava de la valentía de Argibo, porque tenía tan animoso coraçón y fuerças y armas quanto se pudiera dessear, y con esto hazía más áspera la batalla de lo que se cuydara. Mas ni estas armas ni otras aprovechan contra la espada de Belflorán, a quien no resiste encantamiento ni azero, y tiénelas el moro en más de tres partes rompidas; que, viendo por ellas su sangre, no está assí bravo en el invierno e[1]⁸⁹⁷ tempestuoso mar. Arrojó de sí el escudo y a Belflorán hiere a dos manos sobre la cabeça con aquella estraña fuerça que la máquina levantada con la fuerça de los hombres y las ruedas suele dar en los agudos maderos; válele el encantado yelmo, en que Belflorán se fió que fuera partido en dos partes. Belflorán abajó la cabeça dos vezes, y dio más de un traspíe por caer. La sangre saltó por la visera del yelmo; no se pudo guardar que no le diesse el moro otro; mas tornó en sí Belflorán, tan lleno de vergüença como de yra, porque vio a Belianisa turbada la vista, y aun quantos avía en el campo. Y por vengarse de aquella herida echó el escudo a las espaldas, que no acostumbra dexarle; aprieta la espada con ambas manos.

Avían llegado con esta batalla al padrón donde estava pintada la batalla que su padre hiziera con los centauros y gigante⁸⁹⁸, que allí estava puesto de bronce; y Argibo, que se temió de muerte, saltó por cima de uno d'ellos. La espada, furiosa, que no halló a él, hizo una diablura no creýda: partió el centauro por medio, cosa que por los que no la vieron jamás fue creýda, y quedó siempre de aquella suerte para memoria de tal cosa. Y, como estava encendido, tornó a juntar con él; hiriole de dos puntas, una tras otra; de la una le hizo una herida sobre la hijada, y de la otra baxó de la ingre* derecha, de que començó a correr mucha sangre. Mas él fue herido por entre la juntura del guardab[r]aço, y por poco tentara a la parte del coraçón. Mas quísole Dios librar maravillosamente, porque cruzó los pies y el golpe caminó a la parte de fuera. Tornole a herir sobre la cabeça y desatinolo más que antes; y créese que esta batalla fue más peligrosa para Belflorán, porque él estimara en poco a Argibo y no quisiera ayudarse de su ligereza, lo qual en Argibo fue al revés, que oyera dezir maravillosas cosas suyas, y combatía más sobre el aviso, y assí, confiando en sus fuerças,

⁸⁹⁷ *es.*

⁸⁹⁸ Se refiere a una batalla que tuvo lugar en los torneos de Londres, en el capítulo 16 de la *Tercera Parte*.

quiso entrar con él. Mas fáltale el pie, que estava mal herido, he hízole hincar el quererse ayudar más de lo posible una rodilla en tierra. Belflorán, que no le teme, fue con él, aunque verdaderamente no sentía la cabeça, y hiriole en un hombro. Mas el pagano se tuvo firme, y abraçole Belflorán, que no era con una terciá tan alto como él. Y el uno al otro se rebuelven y aprietan, añadiendo destreza a sus estremadas fuerças, en las quales, si el moro de las heridas no huviera perdido gran parte, no creo dexara de causar peligro; a Belflorán tenía asido por el cuello y por la cintura, poniendo lo /264-vº/ último de su valor; mas Belflorán le cargava siempre a la parte donde estava herido y, como ya su saña estuviesse encendida, levantolo del suelo, metiendo la una mano por entre las piernas de Argibo, y tornolo de cabeça donde antes estava de pies. Y arrodilló sobre él y, poniéndole el puñal a la vista, le comete partido de la vida y que se rinda.

En todo fue desgraciado Belflorán en esta batalla, porque esto le huviera causado la muerte, que (el) hiriole [el] pagano, bolteando por levantarse, en una pierna con la daga, que le hizo estremecer todo; y, acordándose de su hier[r]o, le dio dos heridas sobre la vista con el puñal, y cosió con la tierra la más sobervia cabeça que tenía el mundo, la qual fue presto en la barca de Carón, dexando a Belflorán libre, y tan cansado y herido que no se viera d'esta suerte salvo en la batalla de su padre.

Todos se alegran con su vencimiento; no queda cavallero a cavallo ni dama que no desseasse baxar a rescebir. El rey don Seraphín, a quien tuviera más turbado esta batalla que perder su vida y estado, le vino a abraçar; y, no dexando hablarlo a nadie ni queriendo que se ju[s]tasse⁸⁹⁹ ni torneasse más en aquel día, le hizo llevar a palacio, donde le puso en su proprio aposento, que de día y de noche le quiere ver par de sí, no se fiando de avisados ni espertos cirujanos. Las damas que le armaron le quisieron visitar, mas por entonces no las dexaron.

Capítulo 69: Cómo se partió Belflorán a una abe[n]tura⁹⁰⁰, y cómo vinieron mensageros del emperador don Belanio.

Nunca la corte de Ingalaterra se halló como estava al presente porque, de más de la muchedumbre de cavalleros de valor que en ella avía, cada día a la fama de Belflorán venían tantos que no cabían en Londres; y, como él de su mal se fuesse mejorando, todos se ocupan en diversos regozijos y passatiempos.

Él estava algo confuso, porque no sabía si escribiesse al emperador, su abuelo, que embiasse a pedir a Belianisa por muger para él, o si escribiesse a Babilonia; y bien se determinara él en lo uno o lo otro, mas hazíassele de mal, que le parecía que dirían que muy presto se quería recoger de la vida de cavallero andante, a la qual él era muy afficionado. Todas estas cosas platicava con su señora

⁸⁹⁹ *juntasse.*

⁹⁰⁰ *abertura.*

pidiendo consejo y, como ella conociese su voluntad, le dize que, si él tenía deseo primero de andar en busca de nuevas aventuras, que en todo siguiesse su contento, que ella en su ausencia procuraría el mejor entretenimiento para que no le causase la muerte. Mas algo se les mudaron estos consejos, porque la princesa se sintió preñada, y fue más grave el daño a causa del gran recado de la reyna Armeliana, y Belflorán estava determinado de hablar al rey don Seraphín. Belianisa estava tan medrosa de saberse su negocio que no sabía qué dezirse; pues assí fue que, un día que Belflorán estava ya del todo sano, porque passaron más de quatro meses que no se pudo harmar, y teniendo consigo a Serpentino (el qual el rey a su ruego soltara, y eran grandes amigos), y pass[e]ándose con él y con el valiente Bramidoro por la sala, platicando en cosas que se sonavan de (de) las rebueltas de Asia con sus hermanos, y diziendo que si él quería passar, le acompañarían, por la sala entró un cavallero harmado de unas harmas mo- /265-rº/ -radas; el qual, preguntando por el rey y por el príncipe de Costantinopla, les dio una carta que, siendo leýda, vieron que dezía assí:

Carta

«Al estimado y poderoso rey de Ingalaterra, el rey Bruselindo de Escocia y don Baldín de Portugal, salud.

An sido, soberano señor, nuestros acontecimientos tales que, aun con esta nuestra crehencia, tenemos serán dudosos, porque las cosas tan estrañas la admiración las hará dudosas. A este, nuestro mensagero, como persona tal, y que a todo se á hallado presente, se dará el crédito que a nuestras personas, el qual es el conde de Gremón. En todo se cumpla con los recados que nuestros lleva, que nosotros vamos la buelta de Alvayada, porque la batalla entre estos príncipes será cierta, y seremos en la corte, vuestra alteza, luego que estos rompimientos dieren a ello lugar. El soberano Señor guarde a vuestra alteza con los demás príncipes de vuestra corte.»

Muy alegres fueron todos con la carta, y más quando el conde contó lo que passava y mostró los recados que traýa. Primaflor llevó las nuevas a Ysabela, y fue mucho la repentina y no pensada alegría no averle hecho algún mal. Ella de rodillas dio las gracias al soberano Señor, que tanto bien le hiziera. Luego se dio horden a todo lo que aquellos príncipes escrivían.

Mas assí fue que, estando sobre mesa el rey don Serafín, por la sala vieron entrar una donzella cubierta de luto, la qual preguntava por el esforçado Belflorán. Y, siéndole mostrado, ante él se quiso hincar de rodillas; mas, deteniéndola, el príncipe esforçado le ruega le diga para lo que d'él tiene necessidad, porque lo hará con toda voluntad.

–Yo lo creo assí, señor –dixo la donzella–, que no seríades vos de otra suerte hijo del mejor cavallero del mundo. Lo que yo he menester es que os vengáys conmigo para una necessidad tan grande que ninguno otro sino vos lo podría remediar.

–Esso –dixo el esforçado príncipe Belflorán– haría yo de buena gana, mas tengo dada mi

palabra de no salir de Londres hasta acabar cierto negocio; y conviéneos atender aquí oy porque yo pueda aver licencia, que de otra guisa quebraría mi pa[la]bra. Y, en el entretanto que el día passa y me adereçan mis armas, podréys contar al rey a estos príncipes vuestra aventura.

–Ella es tal –dixo la donzella– que no conviene ser sabida, porque en el secreto está la mayor parte del buen sucesso; mas en tal parte no sería justo encubrirlo. Sabed, mi señor, que yo soy hija de un cavallero cuya es la Ínsula de la Ventura; y gozándose él en su señorío como persona que de ninguno se recelava, aquel tan temido Persides, cuyas nuevas por ser el más valiente jayán del universo ya avrán llegado a vuestra noticia, le embió a rogar que tuviesse por bien de me casar con un hijo suyo, a quien él dexava otras comarcanas ínsulas que tiene. Mas, como a mi padre el casamiento le paresciesse desigual, no quiso venir en ello, de donde se dio ocasión a la guerra. A la qual, juntándose casi todos los comarcanos, pusieron el extremo de su valor y fuerças, y al fin mi padre y sus valedores, en la última batalla, ellos fueron destroçados, y mi padre se acogió al Castillo de la Selva, llevándome consigo, donde por el gigante le an sido acometidos diversos partidos con que yo viniesse en el casamiento. Mas al fin, como no fuesse mi voluntad, yo tomé uno que, si dentro de un mes yo no le diesse algún cavallero que por harmas me /265-vº/ deffendiesse en una batalla, fuesse obligada a casarme con el valeroso Rindaro de Yvernia, su hijo. Como esto se concertase, el gigante á tenido tanta guardia que ninguno salga ni entre en el castillo, que casi se ha declarado que, si no es alguno de los que están dentro el que tomase la batalla, él no admitiría otro. Y assí yo, como quien más aventurava en el negocio, me salí por una mina secreta, donde, sabiendo que en esta corte avía tales cavalleros, venía a ella. Y esta noche fuy avisada cómo estávades aquí, por lo qual doy gracias al soberano Señor, pues tengo mi desventura por acabada.

–Mal lo haze el gigante –dixo el rey don Seraphín–, en querer casar su hij[o]⁹⁰¹ con vos sin vuestra voluntad. Y, si vos queréys dexarnos a Belflorán, yo embiaré ejército y cavalleros que castiguen al gigante y ponga en libertad a vuestro padre.

–Yo beso a vuestra alteza las manos –dixo la donzella– por tan alta merced; mas en esso se tardaría mucho, y sabría mi enemigo, y mi padre aventuraría a perder la cabeça. Y, pues el príncipe me haze la merced, vuestra alteza lo tenga por bueno.

Belianisa, que nada d'estas cosas se holgava, sabiendo ser la donzella de alta guisa, la hizo llamar para que en su aposento quedasse aquella noche. Y acogiola muy bien, procurando por divers[a]⁹⁰² vías ver si aquel camino se podría estorvar y, si ella le hallara, no diera licencia a Belflorán, que bien sabía si la avía de perder, que gran temor tenía de su ausencia. Y assí passaron todo aquel día; en el qual la hermosa Primaflor a Belflorán dize que ya sabe que, conforme a las condiciones de su demanda, él estava obligado a bolverlas a Nápoles, en casa de su padre; por esso, que viesse si mandava le atendiessen allí. Belflorán le dixo que aquel camino por entonces no le

⁹⁰¹ *hija.*

⁹⁰² *diversos.*

escusava, mas que lo más cedo que él pudiesse bolvería a cumplir su palabra. Pues, venida la noche, Belflorán por la parte que él solía fue a hablar a su señora, la qual halló con tanta congoxa y lágrimas que, passándose en aquello la mayor parte, apenas tuvo lugar de pedirle licencia para partirse. Y ninguna cosa sintiera la princesa si no quedara preñada, mas aquello a ella y a Belflorán causava aprieto. Y tanto Belianisa pudo con él que le prometió que otro día, antes que se partiesse, hablaría al rey don Seraphín para que tuviesse entendida su voluntad.

Y con esto la venida dela clara mañana despertó a los que tuvieran por corta la noche en que Hércules naciera. Y Belflorán se bolvió ha su aposento, donde Balisán lo atendía, teniendo sus armas y cavallo a punto. Y no tardó en ve(ne)nir el rey, como aquel que le pessava mucho de la partida de Belflorán. Con él vinieron aquellos calientes Bramidoro y Serpentino, los quales mucho le importunavan los llevasse consigo; mas él se escusó lo mejor que pudo, diziendo que le cumplía yr solo; mas que si él aquella jornada con brevedad despachasse, yría la buelta de Alvaya[da], donde la guerra con sus hermanos andava muy encendida. Con esto ellos se quedaron, y aun también porque Bramidoro estava determinado de bolver en Nápoles con Primaflor y su hermana, si ellas quisiessen.

El rey lo llevó a la capilla a oír misa, la qual oyó Belflorán armado. Y, siendo acabada, Belflorán apartó al rey don Seraphín y, más turbado que si hubiera de verse en una áspera batalla, le dixo:

–Soberano príncipe, yo tengo creýdo no assí por poco tiempo detenerme en vuestra corte; mas la Fortuna, que guía sus cosas por donde le plaze, á determinado otra cosa y, aunque yo piense que mi venida será muy presto, estas venturas podrían detenerme más de lo que yo desseo. Yo avía escripto al emperador, mi señor agüelo, para que embiasse a pedirros a la infanta Belianisa; porque, puesto que su me-/266-rº/-rescimiento no tenga ygual, si alguno la meresce es aquel a quien vos, mi señor, siempre mostraste querer tanto. Y ellos an tardado, y mi camino ser abreviado; supplícoos tengáys por bien, siendo venidos, aquello que de su parte os será pedido, porque yo lleve algún contento en este camino.

–Excelente príncipe –dixo el rey–, mi voluntad siempre fue para seguir la vuestra, mayormente en cosa que a mí tan bien me está. Y con esto, no hay que daros otra respuesta, que yo tengo entendido que el mal tratamiento que a la reyna y a su hija hezistes será parte para que venga con la voluntad que yo en ello. Y, auque yo quisiera tener muchos reynos que daros, bien sé que no os son necesarios, pues tantos tenéys vuestros que no son más los que restan en el mundo.

Belflorán con esto fue muy alegre, y él y el rey se abraçaron con toda voluntad. Y, despidiéndose de la reyna, a su señora no la pudo ver, porque no tuvo atrevimiento para esperar su partida sin lágrimas.

Y, acompañado de todos los cavalleros, fue hasta el río Tamixio, donde en una hermosa çabra se metió con su donzella y el escudero, sin otra compañía. El rey se bolvió a Londres, y aquella noche dio parte a la reyna de lo que con Belflorán passara, para que con su hija lo hablasse. La reyna,

que no fue menos alegre, lo dixo a Belianisa, la qual con toda cordura respondió que para ella sería mucho trabaxo yr tan lexos de su vista; mas que con todo esso le cumplía obedescer sus mandamientos. El rey fue de ello muy alegre, que la tenía por tan desabrida que no cuydara en ella ha[l]lar⁹⁰³ buena respuesta. Y con esto la corte quedó muy regozijada, y las hermosas Primaflor y Dolainda, con harto cuydado y pessadumbre de la partida de Belflorán, y muy mayor de Belianisa, porque no cuydava poder encubrir su negocio.

Mas socorriola Dios, nuestro Señor, con un remedio no pensado; porque el mensagero que Belflorán embiara al emperador Beliano caminó con tal priessa que hasta Costantinopla hizo poco detenimiento. Con la carta del esforçado Belflorán fue muy alegre el emperador, y embió luego a don Lucendos de Alta Roca y al gentir don Sirendos de Frisel, hijo del duque Armindos, y al rey de Cicilia y al príncipe de Brandalia no solamente con recados de paz y las cosas tocantes a semejantes casamientos, mas con una muy pujante armada de guerra, demás de quatrocientas velas; la qual se detuvo algo más en llegar a Ingalaterra, porque los príncipes con hasta dos mil cavalleros baxaron por Alemania y hicieron camino más breve. La emperatriz Claristea y el emperador se holgaron mucho con los embaxadores, a los quales acompañó el emperador hasta salir de las ciudades francas. Y Claristea embió grandes recados y ricas joyas para Belianisa, supplicándole, si la mar le hiziesse enojo, se bolviesse por allí. Mas era escusado, que el emperador, que de suyo hera receloso, quería que viniessen por la mar. Avían los embaxadores hurtado el passo por no venir por Praga, porque no los detuviese el [rey] Astrideo de Boemia; luego que él lo supo, enojándose mucho, con quatrocientos cavallos a grandes jornadas los alcançó, y con su primo don Lucendos mostró muy grande enojo. Y no aprovechó con él, sino que avía de yr juntamente con ellos a Ingalaterra. No muy lexos los alcançó el duque de Sajonia y don Leandro, y aquel valentíssimo y esforçado cavallero Prandriano, que hera duque de Baviera. Estos traían consigo sus mugeres, porque la nueva del casamiento bolara por toda la gran Alemania. Y, pensando que el esforçado Belflorán esta[b]a⁹⁰⁴ en Ingalaterra, toda Alemania bajó allá, con tantos y tan ricos adereços /266-vº/ quanto para tales fiestas pensavan ser necesarios. Y, aunque les vino la nueva cómo Belflorán era partido de la corte, no quisieron dexar de llegar las nuevas de su venida. Ya la tenía el rey don Serafín, y grandes llamamientos y apercibimientos hizo de todos aquellos que le podían servir. Y con esto estava Londres tal que, antes que los embaxadores llegassen, no cabía la cavallería que allá era venida.

El rey estava en Dobra con la mayor parte de su casa. Sabiendo quán grandes príncipes eran los que venían, no quiso aguardarlos en su casa. Pues la mañana del nacimiento del glorioso Baptista, los embaxadores amanecieron en Dobra, con cuya llegad[a]⁹⁰⁵ se hizieron tantas alegrías quantas a los ingleses fueron posibles. Allí, a la orilla, atendía el rey don Seraphín; que, aviendo passado diversas

⁹⁰³ *hablar.*

⁹⁰⁴ *estata.*

⁹⁰⁵ *llegado.*

cortesías con todos, tomando el rey Astrideo de Boemia, en medio al rey de Cicilia, se fueron a su palacio. Y otro día se partieron la buelta de Londres, (don)donde, llegados, no bastaría a contar los recibimientos y fiestas que se hizieron. Serpentino y Bramidoro defendieron unas justas, y huviéranse visto en peligro con aquel tan valeroso Astrideo.

Los embajadores despacharon con él aquello que era a su cargo, y dixeron que la voluntad del emperador era se partiessen luego con la princesa. El rey lo tuvo por bien, y como todo estuviesse de antes prevenido, acordaron que el día de Santiago se hiziesen a la mar. No hubo ningún príncipe de los que vinieran que se quisiessen quedar, antes todos acordaron de acompañar a la princesa hasta Costantinopla, donde no llegaron tan presto como cuydavan, que antes les sucedieron estraños acontecimientos; y no fue el menor d'ellos el sentimiento de la linda Primaflor, que viendo tan estraño caso no estuvo mucho en darse la muerte, si los consejos de su hermana no le valieran, la qual entretuvo con ellos algunos días. Y, pareciéndoles que bolverse en casa de su padre por entonces no convenía, y que yr con Belianisa sería redoblar sus angustias, Primaflor se fingió mal dispuesta a Bramidoro, que deseava passar en Costantinopla. Prometieron de esperar allí, y con esto se quedaron en Ingalaterra.

Los embajadores dieron priessa a su partida, y el día acordándose, partiéronse del rey y de la Reyna Armeliana con hartas lágrimas d'ella y de su hijo. Y, con la mejor armada y acompañamiento que en Bretaña se avía visto, dieron las velas al viento.

Do los dexaremos, que a su tiempo contaremos lo que subcedió, por contaros lo que hizieron Primaflor y Dol[a]inda; las quales, como el rey las llevasse los más días a caça y ellas se ocupassen grandemente en la memoria de Belflorán, assí fue que una tarde ellas se quedaron sentadas junto a una fuente, y el rey y sus cavalleros siguieron con los ventores* un venado. Y, como Primaflor se viesse sola, acordándosele que ya en aquella misma parte en graciosa conversación con Belflorán se viera, tanta abundancia de lágrimas vinieron a sus ojos que, no pudiendo hablar palabra, estava como los aflegidos de humor melancónico, que, casi sin saber de qué, lloran tanto que les parece en ello estar su descanso. Dolainda, que sentía más su mal que si fuera propio, como es natural de los tiernos coraçones, que no tanto sus daños como los agenos los afligen, començó a tenerle compañía, donde no se echaran menos las lágrimas de las hermosas ninphas de Achanya sobre el atrevido Faetón. Y es cosa particular qu[e]⁹⁰⁶, sin preguntar la causa, entr'ambas lloravan tan de propósito como si tuvieran a su padre ante sí muerto. Así estuvieron una pieça, hasta que, dando lugar los apretados solloços que el coraçón pudiesse libertarse en algo y las otras potencias hazer su officio, Dolainda a su hermana dize:

–¡Ay, mi señora, /267-rº/ y cómo, si estas lágrimas traxesen algún remedio para nuestro mal, no las hallaríamos assí tan prestas! Dexemos el llorar y pensemos algún corte para tantos daños.

⁹⁰⁶ *qui.*

–¿Qué consuelo pensáys que puede aver –dixo Primaflor–, pues, donde por razón así nos era devido, nos á faltado, con tan espantosa crueldad? ¡O, memoria de quien assí la perdió para del todo perderme! ¡O, Belflorán, qué me quexo de ti, si no de mí, que te di lo que tú no querías, que es mi libertad, y me rendí al mal que no tenía remedio! ¡O, Belianisa, que no es de estimar tu hermosura, sino tu alta ventura, que sobrepuja a las de los otros mortales!

–Mi señora –dixo Dolainda–, bien sabéys que el que no passa trabaxos no goza de la gloria de la paz; el enamorado a quien espera la Fortuna con el cumplimiento de sus desseos, ni sabe qué es querer, ni aun ser querido, pues lo uno se passa con lo otro. No ay amor donde contrarias lástimas no fatigan; y assí, si os parece, perdámonos por estos bosques; si nos hallaren, diremos que de miedo nos perdimos; y, si no, con disimulados ábitos bien podemos yr hasta la Ysla de la Ventura, donde es ydo Belflorán, y allí la Fo[r]tuna⁹⁰⁷ en alguna manera nos mostrará lo que más nos convenga.

Tienen los enamorados unos pensamientos tan arrebatados que no es llegado el consejo quando les parece un punto de tardança, una dilación importuna; y assí le pareció a la linda Primaflor, que, dando un suspiro, dize:

–¡Ay, hermana, y cómo avéys acertado tan alto consejo! Solo resta ponerlo por la obra, porque la dilación no destruya lo que tan bien está acordado.

Y con esto, no mirando tan crueles inconvenientes como de allí se esperavan, se metieron con sus palafrenes por lo más áspero del bosque. Y, como en los mayores desatinos se lleva la Fortuna por la frente, assí les aconteció que de ninguno fueron halladas; aunque, buelto el rey don(de) Serafín, hizo grandísimas diligencias en buscarlas, y tanto que él mismo en persona con sus armas y cavallo se partió en su seguimiento, y muchos cavalleros del reyno. Mas hallarlas (es) era imposible, porque en la primera villa que llegaron, entrando de noche en una posada, hizieron vestidos de escuderos, con los quales ,y con ponerse algunas cossas por el rostro, de nadie fueron conocidas. Y como sus joyas valían tanto, en breve hizieron dineros para su camino, y en un punto tomaron una çabra que a la Ysla de la Ventura las llevasse. Lo que en este camino les subcedió os diremos adelante, que agora mi ventura las llevará con ellas a su ysla.

Capítulo 70: De la estraña aventura que a Belflorán avino con el valentíssimo Rindaro de Hibernia.

Con la donzella que vos diximos se metió Belflorán a la altamar, haziendo el derecho camino de la Ysla de la Ventura, aunque un cierço que se levantó les hizo dar alguna travesía, costeando la buelta de Yrlanda por no perderse. Hazíale mucho mar a la donzella la mar, y por darle algún sosiego salieron en tierra en el cabo de Sant Víctor. Y, encaminando para la ciudad de Arispina, que cerca

⁹⁰⁷ *Fottuna.*

estaba, de lo alto de una gran cuesta (y) vieron una hermosa y bien reñida batalla que un cavallero avía con otros seys o siete. Y, aunque a los muchos quita el ser tantos la gloria del vencimiento, pero pelea- /267-vº/ -van tan bien y con tanto concierto que Belflorán fue maravillado, y más de ver al cavallero solo, que, armado de unas harmas negras, era estraña cosa de ver su esfuerço. Detúvose sin llegar a ellos Belflorán, que le parecía no aver visto otra yqual valentía, porque, calentándosele la furia y enojo, traía los cavalleros cubiertos de sangre, y no era en él assí, que una sola raya no traía en las harmas, como aquellas que eran encantadas.

Ymaginando estuvo Belflorán quién sería aquel valentíssimo cavallero, y cierto, si fuera tan gentil hombre a cavallo, él pensara que fuesse alguno de sus hermanos; mas era, aunque muy puesto en la silla, muy diferente de don Dolistor y Polisteo, que casi no hallavan yqual. Y, como él desseasse conocerle, fue a donde la batalla se hazía. Mas, por presto que llegó, cayera uno de los seys cavalleros, y otro fue herido de una espantosa herida.

–¡Afuera, señor –dixo Belflorán–, que la batalla desigual obliga a los cavalleros a saber la causa!

Eran todos cavalleros cortesanos, y apartáronse afuera, que les hazía bien menester, según estaban. Belflorán se lo agradeció, suplicándoles la causa de tan desigual combate.

–Señor –dixo el cavallero solo–, vos sabréys que yo soy estraño d’esta tierra, y avrá diez días que, llegando a ella, en un torneo fuy vencedor de los que allí se hallaron, Y puesto caso que, conforme a las reglas de los cavalleros, se me deviera otorgar el precio, por ser estrangero no me lo quisieron dar, diziendo que era cosa mal mirada que un cavallero estrangero quisiese premio en la tierra donde avía los mejores cavalleros del mundo, Y, como yo d’esto me enojase, hizieronme dezir una villanía, y fue que yo combatiría solo con los seys mejores cavalleros que ellos escogiesen, que los estrangeros eran mejores cavalleros que no ellos, con tanto que viniessen sin ningún otro acompañamiento, al passo de esta floresta, con seguridad que por otro ninguno sería enojado. Y assí, yo me vine y esperé dos días hasta oy, que, queriéndome partir, llegaron estos cavalleros, con los quales he començado esta batalla. Y péssame, porque sin la muerte d’ellos o mía no se puede acabar.

–Sí hará –dixo Belflorán–, que tales cavalleros obligación tienen de, sin perder sus honrras, concertarse todas las vezes que buenos medios se hallan, pues al extremo del combatir no se ha de venir, si no es con sobervia, sino quando no se halla medio para quedar todos yguales. Por tanto, dexad esta batalla en mi mano, que yo tomo sobre mí la honrra de todos, pues con lo que está hecho hasta agora se satisfaze enteramente.

–Buen señor –dixeron los cavalleros–, el negocio es de tal calidad que, si no supiésemos quién es el que nuestras honrras assegura, no lo ossaríamos hazer. Por esso, sed servido de dezirnos vuestro nombre, y, siendo cavallero de quien podamos quedar confiados, hazerlo emos, y si no, mejor es morir en el campo como buenos que bivar en la ciudad desonrrados.

–Determinado tenía –dixo Belflorán– de no dezir en estas partes mi nombre, mas vuestra

buena medida me obliga a ello. Sabed que yo soy Belflorán, príncipe de Constantinopla y Babilonia, que os quedo por buen amigo para siempre.

Los caballeros le quisieron besar las manos, y al caballero solo le dizen que, pues tan alto príncipe sobre sí tomava su negocio, que ellos assí mismo quedavan por suyos. El caballero se lo agradeció; y, aviendo levantado su compañero, los seys bolvieron, y él se quedó con Belflorán, que le dixo, si era contento, que allí cerca toparan una fuente, que en ella podrían reposar hasta ver el camino que cada uno quisiese tomar. Assí, fueron juntos con la hermosa Lisenda hasta ella, donde se apearon; y, sentándose a la sombra de unos árboles, esperando que los escuderos les adereçasen de comer, Lisenda se quitó los antifazes; y, como el caballero la viesse, fue tan alterado que, perdiendo el sentido, por poco cayera en la /268-rº/ fuente.

Lisenda y Belflorán se abraçaron con él, cuyda[n]do que alguna grave herida le causasse desmayo. Quitáronle el arnés, mirándole a todas partes; y, como las congojas durassen, gran pesar tenía, que el caballero era muy hermoso de rostro y dava mayor pena a los que le miravan su daño, tanto que la hermosa Lisenda fue gravemente encendida de sus amores, pareciéndole, como era verdad, que ella no uviesse visto, después de Belflorán, otro más gentil caballero.

Gran exemplo para esta maldita locura de los amores, porque sabed que este caballero era el valentísimo Rindaro de Hibernia, hijo del gigante Persides, con quien Lisenda no se quería casar, y por quien su padre en tanto aprieto estava; que, no le aviendo ella antes visto, sin saber si le estava bien o mal el casamiento, con tantas importunaciones le aborreciera, siendo para ella y otra qualquier princesa muy conveniente casamiento. Y, aunque Rindaro a ella no uviesse visto sino una vez con gran encubierta, su retrato tenía tan natural consigo que a la ora conoció el original donde saliera. El qual a esta sazón bolbió en sí, con un suspiro que el alma parecía arrancarle; y, hallándose en los braços de su señora Lisenda, esforçose algo, y, sospechando que los amores de Belflorán a ella tuviessen pressa, dissimuló lo (lo) más que pudo su mal, por ver el fin de aquello que nunca ver quisiera.

–¿Qué avéys avido, señor –dixo Belflorán–, que en peligro nos avéys puesto, cuydando que estuviéssedes herido?

–Sí estoy –dixo Rindaro–, mas no se puede ver, porque la cura sea más imposible.

–Agora –dixo Belflorán–, os quiero más, pues de tales heridas soys lastimado. Y, pues assí es, sufridlas en paciencia, que tan alto bien por fuerça á de venir rebuelto con daños semejantes que le hazen más perfeto quando de algún contento se goza.

–Esso males –dixo Lisenda– los caballeros siéntenos poco y públicanlos mucho(s); y assí, hazen aver duelo d'ellos a quien no le tiene de sí por complazerlos.

Con estas palabras passaron una parte del día. Después que huvieron comido, Belflorán dixo que, si les parecía, diessen la buelta para la ciudad, donde ellos yvan encaminados.

–No os contentará la tier[r]a, que la gente son mal inclinados –dixo Rindaro–, y pocos

cavalleros, y mejor me parecía que os bolviédes a la mar, o a una villa que más a la costa cae, donde podréis estar algún día.

–Hágase como os pareciere –dixo Belflorán.

Entonces se partieron para la villa. Y, como Belflorán yva pensando en su señora, casi fuera de sí, adelantose algo. Y Rindaro, que a Lisenda llevaba de rienda, le suplica le diga la causa porque con Belflorán caminava. Ella se la contó, que no le encubriera otro mayor secreto de su corazón.

–Pues, mi señora –dixo Rindaro–, ¿por qué aborrecéys vos a Rindaro, nunca aviéndole visto, y queriéndoos él tanto como vos dezís?

–¿Cómo queréys vos que quiera yo –dixo Lisenda– a quien nunca vi? No sería buena cordura tomar una servidumbre perpetua y no saber con quién. Y, si Rindaro me quería, como él publica, viniérase a la corte de mi padre y procurara ganar mi corazón y no pensar de casarse conmigo por fuerça. Y de aquí le he cobrado tanta enemistad que antes tomaría la muerte que casarme con él.

En el alma sintió Rindaro estas palabras, aunque el alegría de saber que no tuviesse prendado el corazón en otra parte llevaba todos estos pessares.

En estas cosas yvan platicando quando se hallaron a la entrada de una hermosa puente, debaxo de la qual corría un grande y fresco río, el qual otro ninguno passo tenía. Belflorán está llamando a la torre, y entre las almenas se paró un gigante, que les dixo que, si querían passar, les convenía pagar el pasage de la puente.

–¿Qué es? –dixo Rindaro–. Que tal puede ser que liberalmente lo hagamos.

–Yo soy con vosotros –dixo el gigante–, y allá baxo nos concertaremos.

Assí se detuvieron /268-vº/ un poco que, abriendo las puertas, vieron al gigante armado de unas armas cárdenas a quarteles doradas, en tan buena disposición que a qualquiera fuera temerosa su vista. Con él venían otros quatro cavalleros, casi tan altos como él; que, como Belflorán los viesse, a Rindaro dize:

–Caro pasage me parece este.

–Para ellos será esso –dixo Rindaro– y, pues vuestro valor no es justo se emplee en tan poca cosa, suplícoos me dexéys provar a desembaraçaros este passo.

–Mirad lo que os conviene –dixo Belflorán–, que el gigante me parece muy bien.

–¿Qué estáis hablando, cavalleros? –dixo Leonidar, el gigante–, que aún no sabéys las condiciones que os quiero pedir.

–Pide las que quisieres –dixo Rindaro–, que las que no pudiéremos cumplir supliremos con lo que valieren nuestras armas.

–Pues sabed –dixo Leonidar– que me avéys de jurar de favorecer al gigante Persides contra el rey de la Ínsula de la Ventura.

–No sabemos –dixo Rindaro– la justicia que Persides tiene de su parte; y, aunque él la tenga buena, los cavalleros no están obligados a favorecer a quien no conocemos. Mas vos, ¿qué amistad

tenéys con Persides, que así le queréys favorecer?

–D’eso ni de otra cosa no ay para qué daros quenta –dixo el gigante–. Y aora, jurad, o dexad los escudos y bolveos por do venistes.

De mal se le hazía al valiente Rindaro de tomar aquella batalla, conociendo que aquel era su tío, el valentíssimo Leonidar, y no quisiera por cosa alguna aver aportado a tal parte. Mas, como él estuviessse más rendido a los amores de Lisenda que a la amistad de sus parientes, le dize:

–Todavía me parece fuerça; mas yo haré con vos la batalla, con tal condición que el que perdiere sus armas, por fuerça o por hazérsele pedaços, sea obligado a favorecer al rey de la Ventura y hazer lo que su contrario le pidiere.

–A la mano de Dios –dixo el valiente Leonidar–; y, porque me as parecido buen cavallero, te aconsejo que dexes esta batalla, que te hago saber que soy Leonidar, hermano del gigante Persides, y donde quiera que te hallares no te será mal contado averla dexado.

Turbose Belflorán, oyéndo[le]⁹⁰⁸ dezir que aquel fuesse Leonidar, de cuyas aventajadas fuerças grandes cosas oyera dezir en Ingalaterra, y no quisiera ver a su amigo en tal batalla. Mas atendió por ver lo que subcedía, que no consintiera por cosa del mundo, si antes lo supiera, que otro que él hiziesse la batalla. Pues a esta hora Lisenda no estava más contenta, que siendo vencida de los amores de Rindaro y conociendo la braveça de Leonidar, no estava en su sentido. Y a Belflorán dize:

–¿Qué os parece, mi señor(a), de esta batalla? Temor tengo que el Cavallero del León –que assí llamava a Rindaro– se á de ver en algún peligro.

–No verá, señora –dixo Belflorán–; y, quando algo sea, aunque valgo poco, aquí estoy para lo que cumpliere a vuestro servicio.

Mas dexáronse d’estas razones, porque vieron que en la puente se començava la batalla; que, tomando cada uno la parte que le pareció, porque el sol, que en la puente dava, no le fuesse contrario, dando Rindaro su cavallo a Balisán para que se le tuviese, con atentados pasos se vienen el uno para el otro. Traýa el bravo Leonidar un venablo en la mano, y a la causa, aunque a pie fuesse la batalla, Rindar[o] no dexó su lança. Pues, como Leonidar se viesse a trecho que del venablo se podía ayudar, con ventajosas fuerças se le tiró; y bien feneciera con él la batalla si el Cavallero del León, saltando a una parte, no le hiziera perder el golpe, el qual pasó tan rezio que, acertando en una pared de la torre, se hizo mil pedaços. Y uno d’ellos huviera acertado a Lisenda; mas aquí se vieron los amores y las fue[r]ças de Rindaro, porque, no quiriendo hazer contra su tío algún golpe desastrado, arrojó la lança, tan alta y tan rezia que, rugiendo por los ayres, la hizo perder de vista. No es compar[a]ción la furiosa corrida de las saetas, porque la lança no pareció más, con harta admiración del gigante Leonidar y /269-rº/ contento de Belflorán, estimando en más a su valiente compañero; el qual, poniendo mano a su espada, con Leonidar se juntó.

⁹⁰⁸ *oyendo de.*

De pocos cavalleros se viera en el mundo tal batalla; mas Belflorán, que en cosa de armas no recibía engaño, conoció que Rindaro no hazía en ella todo lo que podía, y estimóselo a gran coraçón, porque vía a Leonidar, encendido en furiosa hira, tirar mortales golpes. Mas a su contrario, aunque alentadamente combatía, no le vía con aquel hervor que las batallas requieren, antes como maestro de guerra, rebatiendo y llevando los golpes a un cabo y otro. Algunas vezes, quando al gigante hería, no hera más de para apartarlo de sí; y no se engañava en esta manera de combatir, porque a su enemigo hazía faltar los alientos, el qual a esta sazón se apartó por descansar. Mas esto no quiso consentir el Cavallero del León, como aquel que en solo esto tenía puesta la esperança de su victoria. Aquí se acabó de encender en hardiente saña Leonidar, y tanto el Cavallero del León guardarse no pudo que él no le hiriese encima de la cabeça, de un golpe tan estraño que reson(d)ó por aquellas riberas. La sangre saltó dentro en el yelmo en gran abundancia; hincó la una rodilla en el suelo mas, antes que Leonidor se pudiese salir, fue herido en [el] muslo harto mal, de que començó a correr mucha sangre, y aun en la mano de la espada de una punta. No le plugo d'ello a Rindaro, y no quisiera por cosa del mundo aver hecho tal golpe; aunque él era herido de tan crueles golpes, no salía d'él una gota de sangre, porque sus harmas eran tales que con ninguna cosa podían ser falsadas. Mas como el golpe que en la cabeça recibiera le diesse mucha pena, desseando fenecer su batalla, junta con el gigante, y como él quisiesse darle otro golpe entró con él; y passando la espada en la mano yzquierda, apretole fuertemente. Leonidar, el gigante, cuydava no aver tales fuerças como las suyas; soltó la espada de la cadenilla por aprovecharse de ambos braços, mas Rindaro, que traía pensado lo que hazerle cumplía, entrándole, le quitó la daga de la cinta, arrojándola en el río. Y como le viesse dexar la espada, travó de la cadenilla con que estava asida al brazo del gigante, y tiró tan recio que, sacudiendo lejos de sí a Leonidar, la cadena fue quebrada y él se quedó con su espada en la mano. Y en alta boz dize:

–¡Vencido heres, Leonidar, conforme a las condiciones de nuestra batalla! Por esso, otorga lo que prometiste.

Era el gigante harto furioso; mas la razón que le pedían no llevaba respuesta, y otorgó quanto el Cavallero del León le pidió. Mas quedávale otra no menos espantosa batalla, porque los cavalleros del gigante se adereçavan de combatir. Y es cierto que él se holgó de la batalla, o porque, siendo sus parientes, no le estimassen en poco por aver sido vencido, o porque, según él dixo, se holgava de verle combatir, como lo hazía Belflorán, estimándole tanto que a ninguno en valeroso esfuerço ponía delante d'él; el qual, como aquel que ni las unas batallas ni las otras temía, començó la segunda batalla.

Aquí vio Belflorán muy al revés de lo que en la batalla del gigante passara, porque, echando el escudo a las espaldas, a dos manos prosigue el Cavallero del León la pelea. Los cavalleros eran esforçados, y traíanle algo cansado, mas él los tenía cubiertos de sangre, y no se espera que le durasen mucho, de lo qual ellos estavan tan corajosos y encendidos que, con furiosa hira, prosiguen

su batalla. Mas Belflorán arremetió de cavallo, diciendo:

–¡Teneos afuera, cavalleros, y, pues vuestro señor á prometido de favorecer al rey de la Isla de la Ventura, no queráys vosotros porfiar lo contrario, pues será yr contra él mismo!

A los cavalleros les pareció bien la razón de Belflorán, porque las heridas les avían mostrado que porfiar más en lo contrario serían muertos, o el Cava- /269-vº/ -llero del León saldría con su empresa; y quitáronse afuera, diciendo que, si el Cavallero del León quería dexar la batalla, ellos eran contentos, mas que no jurarían de ayudar al Rey de la Ventura, y que de otra suerte más querían fenecer la batalla. La hermosa Lisenda se puso entre ellos, diciendo que, pues los cavalleros los dexavan passar, que no les pidiessen otra cosa, que el rey tenía tantos enemigos de quien se guardar que no sería mucho poner aquellos entre ellos.

–No es bueno dexar enemigos en parte alguna –dixo el Cavallero del León.

Y con esto, él se adereçava para tornar a la batalla. Mas Leonidar, el gigante, no lo consintió; antes dixo que sus cavalleros jurarían de no ser contra el rey, aunque no fuessen en su favor. D’esta manera fueron concertados; y, como el Cavallero del León tuviesse miedo de ser conocido, no que quiso quedar allí a curar; antes, despidiéndose del gigante y sus cavalleros, passaron su camino adelante para la villa que dixeran, donde Rindaro fue curado de alguna hinchazón de los golpes, creciendo cada ora los amores en la bella Lisenda.

Capítulo 71: De lo que a Belflorán y Rindaro aconteció con el rey Persides y sus cavalleros.

Quisiera alargarme algo en esta historia, aunque fuera notado de prolixo, por contar las estrañas aventuras que a Belflorán subcedieron; mas los daños míos an crecido tanto que me han quitado la facultad de contar cosas ajenas, que si en algo me detuviera, avía topado con quien no fácilmente me dexara acabar, que encarece tanto los hechos del estremado Rindaro el arzobispo de Roselis que no deviera acordarse d’él tan al fin d’esta historia. Porque, aviéndose allí detenido hasta ocho días, en todos los quales Rindaro dissimuló estrañamente su pena, assí por saver si acaso Belflorán de Lisenda estuviesse enamorado como por ganar por su persona lo que perdieran quiiriéndolo alcançar por estado, pues acordaron los cavalleros de partirse, porque el término de Lisenda se abreviava.

Y assí se metieron a la mar, y con buen tiempo llegaron al tercero día a la ínsula, que una de las mejores del mundo era, con grandes ciudades, villas y castillos. Mas todas estaban por el rey Persides, que a Lisenda dava mucha pena. Y, no curando detenerse en parte alguna, se metieron a la buelta del Castillo de la Selva. Mas assí fue que aquella noche se quedaron a dormir en una floresta, donde, platicando en diversas cosas, Lisenda se quedó adormida, y Rindaro y Belflorán se fueron platicando por entre los árboles lo que más gusto les dava.

Mas no serían ellos mucho apartados quando sintieron al un lado tropel de cavallos, y,

queriendo saber qué gente sería, se llegaron más a un camino que en la floresta avía. Y con esto no sintieron lo que passava, porque la gente sería hasta mil cavalleros que el rey y Persides embiara a llamar para que, si dentro de quatro días no cumpliesen con él la postura, pensava poner por tierra al Castillo de la Selva, donde el rey estava. Pues assí fue que un primo del gigante Persides, con hasta veynte cavalleros que algo más detrás venían, llegaron a donde Lisenda dormía. Y, como la gente de guerra no se tienen por muy embaraçados con la compañía de las damas, algunos se apearon y, no mirando si fuesse hermosa o fea, la tomaron en braços y /270-rº/ en un carro que con quatro cavallos traían la pusieron.

Lisenda dormía tan a sabor que primero estuvo en el carro que nada sintiesse. Y, quando despertó, començó a dar gritos. Mas no fueran oýdos si, recordando el avisado Balisán y no viendo a su señor, no se pusiera una bocina a la boca, la qual tocó con toda fuerça, como aquel que sabía que de su señor era bien conocida; que, como Belflorán la oyesse, tomando de la mano a Rindaro, corrieron a aquella parte, y vieron que Balisán acaba[ba] de enfrenar los cavallos.

–¿Qué es esso, hermano? –dixo Belflorán.

–¡La mayor desdicha que vistes –dixo el escudero–, que nos an robado a Lisenda estando durmiendo, y en un carro la llevan por lo baxo de esta montaña!

–¡Ay de mí –dixo Rindaro–, y cuánto mal en tan poco tiempo!

Y con la gran turbación no acertava ha tomar las harmas, aunque Belflorán le dava priessa, con la qual se metieron por donde Balisán viera yr el carro.

Assí fueron hasta que vino la mañana, que no pudieron descubrir rastro alguno, he yvan con tanto pesar que no se hablaban palabra. Mas descubrieron un camino a la buelta de un prado, el qual se partía en dos. Por cada uno d'ellos parecían señales de gentes de a cavallo y carros que por allí huviessen passado. Y, como no supiesen la parte que les convenía tomar, cada uno tomó su camino, dándose más priessa que antes.

Belflorán caminó toda la mañana hasta un castillo al parecer fuerte, donde vio entrar un carro con muchos cavalleros que le acompañavan; y Balisán le dixo que le parecía era en el que llevaran a Lisenda.

–No seremos tan dichosos –dixo Belflorán– que con tan poco trabajo la huviésemos hallado.

Con esto se dio más priessa, y quando llegó al castillo vio en la puente mucha gente de armas que hazían guardia. La fortaleza hera muy hermosa, y a esta ora vieron salir tres o quatro escuderos con aves para bolar y alguna gente con ellos a pie. Belflorán se les hizo al encuentro, y al postrero preguntó quién estava en el castillo y si avían metido en él poco avía una donzella vestida de raso morado.

–Señor –dixo el escudero–, en el castillo queda el rey, mi señor, que anoche se vino aquí a solazar, porque el rey de la ysla no sabemos si dará cavallero que con él quiera combatir, que hasta

agora no sabemos que le tenga, y el plaço se cumple mañana. Y essa donzella, mejor sería no preguntar por ella, porque dizen que con tales colores como essas yva vestida la infanta Lisenda quando se salió del Castillo de la Selva, y grandes diligencias se hazen en buscarla; y dirán que vos sabéys d'ella, y veros híyades en peligro.

–Si algún cavallero por parte del rey d'esta tierra se quisiese combatir con el rey Persides –dixo Belflorán–, ¿hazerlo hiya el rey?

–Sí –dixo el donzel–, mas, ¿qué ganaría en esso el que tal batalla tomasse, aviéndola de aver con el más venturoso y fuerte gigante que aya en el mundo, de quien no se sabe su ygual, si no fuesse el estremado Rindaro, su hijo?, que este es el estremos de los cavalleros.

–¿Es esse con el que no se quiere casar Lisenda? –dixo Belflorán.

–Sí –dixo el donzel–, y haze lo que las damas acostumbran, que es aborrecer a quien las sirve. Y Rindaro es necio, que por su persona merecía casar con la hija del emperador de Grecia.

Holgávase Belflorán de oír al donzel, y más de hallarse a tiempo que pudiesse hazer la batalla por Lisenda. Y hízose más a la otra parte del castillo por una fresca floresta por yr al Castillo de la Selva, a pedir al rey le otorgasse la batalla. Mas sobrevínole sueño por no aver dormido en toda la noche; y, encomendando la guarda a Balisán, al pie de unas hayas se echó a dormir.

Pues agora sabed que el rey Persides, cüyos eran los caçadores, se salió aquella tarde del castillo por holgarse en la frescura de una laguna que en la montaña avía; y, como él tuviesse toda la tierra por tan pa[cí]fica, no llevó consigo sino cinco o seys cavalle- /270-vº/ -ros, de los más privados suyos. Y, passando por donde Belflorán dormía, quitado el yelmo y mandiletas, maravillose de ver cavallero tan hermoso. Y, más agradado de su vista que jamás lo fuera de otro alguno, se paró a mirarle; y no le hazía muy buena guarda Balisán porque, cuydando que su señor estava seguro, avíase subido a un otero alto por ver si descubriera rastro del carro que a Lisenda llevara.

–¿Avéys visto tan aventajada hermosura? –dixo el rey a sus cavalleros–. Yo creo que este es el extremo de los mortales; si tan ge[n]til⁹⁰⁹ fue Narciso, poca culpa de averse enamorado en las fuentes de sí mismo.

–Yo –dixo el uno d'ellos– traygo conmigo un retrato del más gentil cavallero que se dize que ay agora, y á me dado el ayre que parece a este.

–¿De quién es? –dixo el rey.

–Es –dixo el cavallero– del valentíssimo Belflorán, hijo de don Belianís de Grecia, a cuyo valor no se quienta aver llegado otro alguno.

Entonces le sacó, que consigo le traía.

–¡Válasme! –dixo el rey Persides–, este vuestro retrato el de este cavallero es, o le parece quanto es posible. Y con esto miravan las ricas armas, y lo que más les agradava era la espada, que la

⁹⁰⁹ *gentil*.

estrañeza de la labor del guarenimiento y las piedras que en ella avía no tenía comparación.

A esta hora llegó Balisán, que en lo baxo de la montaña avía descubierto una batalla y, temiéndose no fuesse el Cavallero del León, venía a llamar a su señor. Y, aunque vio al rey con los otros cavalleros, no se detuvo; antes tomando el cavallo *Bolador* le llegó a Belflorán, diciendo:

–¡Despertad, señor, que la noche viene muy cerca, y hazeros a mal alvergar en el campo!

Belflorán recordó y, viendo al rey y sus cavalleros, se puso en pie; haziéndoles su acatamiento, les dize:

–Señores, el calor del día y la mala noche passada me combidaron a dormir; si mandáys alguna cosa, vedlo, porque me conviene partir de aquí.

–Vuestra gentil disposición –dixo el rey– nos detuvo por veros y dar gracias a quien sobre todos en vos quiso mostrar la fuerça de su poder. Y, si alguna necesidad tenéys de nosotros, vedlo, que con toda voluntad será hecho.

–Yo lo tengo en la merced posible –dixo Belflorán–, y a Dios quedéys encomendados, que mi escudero me da priessa.

Entonces cavalgó en su cavallo sin poner pie en el estribo; y, poniéndose el yelmo, arrojó el escudo a las espaldas, tomó la lança en la mano con tanta gracia que al rey sacó de su acuerdo y, a toda priessa, se metió por el monte en seguimiento de Balisán.

–No me ayude Dios –dixo el rey Persides–, si tengo de dexar de ver el fin d'esta aventura, que sin duda este es el príncipe griego que dexistes, que tal ayre y meneos de cavallero a él solo es otorgado.

Entonces se metió en seguimiento de Belflorán, el qual tanta priessa se dio que, encumbrando lo alto del requiesto, en un llano al pie de un castil[1]o vio una brava y encendida batalla. Y la causa era que, dándose toda priessa Rindaro, a la decendida del valle viera el carro en que Lisenda yva y, siendo más alegre que en su vida, los alcançara. Y, aunque conoció a su primo y a otros muchos de sus cavalleros principales, no lo estimó en nada, antes blandiendo la lança les dize:

–¡Dexad, cavalleros, la donzella, que no con tan poco trabaxo á de ser ganada!

Los cavalleros, que de veynte passavan con el valiente Gasabal, se rieron, viéndole solo, y uno d'ellos se dexó venir para él. Mas servía de poco, que, poniendo a él y a otros quatro o cinco en el suelo, con todos se rebolviera en una encendida batalla, con tanto contento de Lisenda y pessar de los cavalleros en verse assí mal tratados, que no lleva encarecimiento.

Estava muy atenta a la batalla Lisenda, viendo cómo el cavallero del León traía a Gasabal muy herido, y avía derribado más de diez de sus cavalleros. Mas trocósele el plazer, porque a esta hora asomaron tres [o] quatro estandartes en que avría hasta dozientos cavalleros con las /271-rº/ armas del rey Persides. Mas no sé si nueva locura o el grande amor de Lisenda lo causavan; determinado estava el valiente Rindaro a no se dar a conocer y, derribando a Gasabal, se llega al

carro, diciendo:

–Creo, mi señora, sería bueno veniros conmigo, que trayo tal cavallo que pensaría ponerlos en libertad.

–Como vos, mi señor, quisiér[e]des –dixo Lisenda–. Y, si traéys tal cavallo, podríamos acoger al Castillo de la Selva, que no está una legua de aquí.

Aparejávase para ello Rindaro; mas no es posible, que los cavalleros que cerca venían le arrojaron una avenida de saetas, que Lisenda tuvo necesidad de dexarse caer en el suelo porque no la matasen. Aquí era de mirar al Cavallero del León, que, hecho un ardiente bívora, entre sus cavalleros se lança. Mas él hiziera mala ganancia, porque toda la otra cavallería que la noche antes vieran començó a entrar por el llano.

Bien la vio venir Belflorán y, dando una voz a *Bolador*, más ligero que si llevara alas, llegó a donde la batalla passava. Y, antes que en ella entrasse, vio a la hermosa Lisenda sentada en el suelo; de sus ojos derramava espessas lágrimas y, llegándose a ella, dize:

–No ayas miedo, excelente princesa, que con ay[u]da⁹¹⁰ de Dios por estos cavalleros no seremos muertos ni pressos; llegaos con Balisán a lo más alto de aquel reqüesto, que yo seré allí con vos muy ayña, que poco es lo que del día nos queda para pelear.

–Yo lo haré, mi señor –dixo Lisenda–, y Dios os guarde de peligro; mirad por el Cavallero del León, que es la gente mucha y esfo[r]çada.

–Yo lo procuraré –dixo Belflorán.

Entonces se metió en la batalla, que muy encendida andava, y fue bien menester, porque a Rindaro del apechugar de los cavallos derribaran con su cavallo en el suelo; y, aunque él con la fuerça de Héctor combatía, los unos de la una parte y los otros de la otra apretavan las espuelas a los cavallos y hazíanle desatinar. No avía Belflorán, después que encontró a Rindaro, puesto mano a la espada, que no le fuera necesario. Mas aquí vio él lo que no cuydara, porque Belflorán entró entre aquellos cavalleros como el segador en las mieses. Es cierto que no dexó cavallero en la silla por la parte que él entró; y, viendo un gigante que a Rindaro yva a herir con un martillo, le alcançó en ambos braços tan espantoso golpe que juntos con el martillo vinieron al suelo. Y, tomando el cavallo, dio bozes a Rindaro que a él se acogiesse. El valiente mancebo lo hizo.

–Mirad por mí –dixo Belflorán–, que no conviene pelear mucho, que la noche viene cerca; y no perdáys de seguirme, que perderemos nuestra donzella.

Entonces apretó bien la espada en la mano y soltó las riendas al cavallo, acostumbrada señal para que no se saliesse de la batalla. La destruyción que él començó a hazer de los cavalleros ninguno la podría creer. No le hallavan en una parte, porque *Bolador* saltava por los cavallos y cavalleros muertos como una ave; no peleava las más vezes Rindaro por mirarle, que no creyera que

⁹¹⁰ ayada.

fuerças humanas a tal cosa bastassen.

A este punto llegó el valentíssimo rey Persides con sus cavalleros; que, mirando las estrañezas de armas que Belflorán hazía, mil vezes se santiguava. Allí se certificó ser aquel el príncipe griego; y, desseando ver dónde sus fuerças llega[v]an⁹¹¹, se metió por sus cavalleros, que, conociéndole, le hizieron lugar. Persides llevaba un venablo en la mano y, aunque con él pudiera herir a Belflorán, no lo hizo, antes dexándose caer en el suelo, poniendo mano a su espada, dize:

–Cierto, cavallero, si la destrucción que en mi gente avéys hecho yo uviesse de vengar, justo fuera que os mandara matar; mas vuestro valor me obliga a husar de toda cortesía. Por esso, si la razón que avéys tenido de combatir es justa, dezídmela, porque os dexaré hir libremente, y, si no lo es, yo quiero que conmigo solo ayáys la batalla.

–¿Soys vos –dixo Belflorán– el rey Persides, o alguno /271-vº/ de sus capitanes?

–Yo soy el rey –respondió Persides.

–Pues a tan buen cavallero como vos –dixo Belflorán–, razón sería darle la quënta que pide. Agora sabed que algunos de estos cavalleros nos tomaron sin que lo sintiésemos una donzella nuestra, y contra su voluntad la traían; y nosotros por librarla, y ellos por favorecer a sus compañeros, á sucedido lo que avéys visto. Y estoy maravillado de un tal rey como vos consentir en sus cavalleros semejantes fuerças.

–Cavalleros –dixo el rey–, si vosotros me supiéssedes dezir quiénes fueron en tomaros la donzella, yo los mandaría muy bien castigar, que ninguna cosa más me desagrada que hazer fuerças, mayormente a donzellas.

–Mucho me plaze d'essas palabras –dixo Belflorán–, y aora sepamos qué es la causa que quieres hazer casar por fuerça a Lisenda con tu hijo, y sobre ello les has tomado sus tierras.

–No pienso –dixo el rey– que en esso le hago fuerça, pues conocido está que el casamiento le viene a ella muy bien, y no tiene otra falta más de aver yo rogado con aquello que ellos me devieran rogar a mí.

–Como quiera que sea contra su voluntad –dixo Belflorán–, es fuerça, y Lisenda me á otorgado que por ella haga la batalla. Por esso, mira si queréys que sea agora o mañana, o dexarte de la empresa començada, que te sería mejor contado.

–Si no huviesse visto tu alto valor –dixo Persides–, no fuera mucho dexarme de la demanda de Lisenda, que de su porfía estoy muy enojado. Mas agora séríame contado a covardía. Por esso, ver quiero lo que de la batalla subcede, y, si por esta noche te quieres venir conmigo, yo te aseguro sobre mi palabra que de ninguno serás enojado, porque esta batalla se á de hazer delante mis vassallos y del rey, padre de Lisenda, por los conciertos entre nosotros hechos.

–A venir solo –dixo Belflorán–, holgaría de servir a vuestra alteza, mas tengo de cumplir en

⁹¹¹ *lleganan.*

otra parte. Y dadme licencia, que mañana antes de la batalla yo saldré a hablaros desde el Castillo de la Selva.

–No podréys entrar en él –dixo el rey– sin mucho peligro vuestro, y será bien vaya uno d’estos cavalleros con mi mandado para que no os detengan.

–No será menester –dixo Belflorán–, y dadnos las manos y partirnos emos.

–Yo qu[i]siera ser tan gran señor –dixo el rey– que no me fuera tenido a descomedimiento dáros las.

Entonces los abraçó y, mandando a sus cavalleros se bolviessen al Castillo del Fosado, que assí se llamava donde él saliera, se despidió de los dos cavalleros, muy agrado del estremo valor y disposición de entr’ambos, y más de Belflorán, y mil cortes ymaginava para no hazer la batalla; aunque ninguno le satisfizía, pareciéndole covardía, siendo llegado el término de la batalla, hazer virtud que pareciesse forçosa. Belflorán y Rindaro, al punto que anocheçía, enc[u]mbraron el montecillo, donde hallaron a Lisenda y a Balisán, que los atendían. El alegría de Rindaro y Lisenda fue estraña; y, como Rindaro venía salpicado de mucha sangre, la sospechosa señora le fue a abraçar, preguntándole si venía herido.

–No, mi señora –dixo Rindaro–, que tal compañía no lo sufre.

Ella cayó en el descomedimiento que hiziera y, bolviéndose a Belflorán, le dize:

–Mi señor, en donde tanto yo devo, no pienso ay enmienda para tan pequeño yerro, qu’el temor de estar herido el Cavallero del León me á hecho detener en hablaros.

–La vuestra merced á hecho muy bien –dixo Belflorán–, y esso y otra qualquiera cosa merece el alto valor del Cavallero del León, y su alta aventura de averos librado de tan gran peligro.

Entonces se apearon y, aguardando a que fuese más tarde, como aquellos que tenían a ojo el Castillo de la Selva, se sentaron y cenaron alguna cosa que Balisán traía, que no era nada descuydado, que assí en el ábito de escudero como quando fue cavallero siempre fue sustinido por tan avisado que por ello alcançó /272-rº/ gran estado. Y començaron a reír de la aventura passada, y cómo Lisenda no recordara hasta que la pusieran en el carro. Bien sentía Belflorán que Lisenda estava pressa de los amores de Rindaro, y parecíale muy bien; y como él dessease, por venir en su compañía, hazerlo posible para su contento, a Rindaro, fingiendo otra cosa, apartó a una parte, diziéndole:

–Buen señor, yo no sé quién vos soys, aunque tengo entendido que el valor de vuestra persona es tal que haze ventaja a muchos de los que yo en grandíssima estimación tenía. Y assí, si errare en algo, perdonadme, que vos tendréys la culpa. Ya sabéys a lo que yo vengo, y cómo mañana tengo de aver batalla con Persides sobre el fecho de Lisenda; y, si yo soy vencedor, ella queda reyna pacífica d’estas tierras, cuyo señorío es muy grande. Si a vos parece de correr el peligro d’esta batalla, yo hablaré a Lisenda, y antes que en el castillo entremos, yo seré parte para que se despose con vos; y, si la perdiere, no faltará donde, de mis tierras, os dé yo estado en que biváys hasta que

por vuestra persona ganéys otros mayores.

Muy alegre fue Rindaro de lo que Belflorán le prometía, y quísole besar las manos, ofreciéndole su servicio para siempre, diziéndole que él era un cavallero de poca quienta, y que, pues la merced era tan grande, no quería perderla con dezir su pequeño estado; que mirase después, no le viniesse en desgrado a Lisenda, pues desdeñara de casarse con un tal príncipe como Rindaro.

–No curéys de esso –dixo Belflorán.

Entonces llamaron a Lisenda, y Belflorán le dixo:

–Mi señora, a vos os suceden tantos peligros que no me tengo por bastante a defenderos, pues sin este cavallero yo os hubiera perdido. Y assí tengo determinado de daros en premio a quien tan altamente mirara por vuestro servicio; y no lo tengáys en poco, que, si mi hermana estuviera en disposición de casarse, no pensara aver ganado poco en dársela. Ahora, ved lo que os parece, que determinado tengo, si me contradézís, de pasarme a la parte del rey Persides.

–Mi señor Belflorán –dixo Lisenda–, quando me encomendé en vuestro amparo, todos los temores del mundo perdí, y aun los cuydados de cosa que subcederme pudiesse. A mí, el Cavallero del León es me sobrado bien; mas, si él quisiera, holgara que el rey, mi padre, fuera d'ello sabidor, que me será mal contado hazer cosa semeiante sin su licencia.

–No me ayude Dios –dixo Belflorán– si yo quiero estar de aquí a la mañana con la pena de guardaros; yo me encargo de aver la licencia del rey, vuestro padre; y, en el entretanto, yo seré buen secretario.

Entonces les hizo dar las manos, y el uno al otro se abraçaron, con el contento que pensar[se]⁹¹², aunque el de Rindaro era mayor, por gozar del sabroso engaño. Y Belflorán los dexó en amorosas pláticas; donde, si Rindaro no fue necio, no crey remitaría a otro tiempo el cumplimiento de sus desseos. Lo que fue, no se sabe, porque los árboles no quisieron descubrirlo.

Y, con miedo que la luna sin lengua los descubriesse, pareciéndole a Lisenda tiempo de yr al castillo, a Belflorán llamaron; y, por la parte que ella sabía, entró a dar las nuevas de su venida, con las cuales sería cosa prolixa detenerme a contar las alegrías que se hizieron. El rey en persona salió por Belflorán y Rindaro; el qual, diziendo no venir bien dispuesto, se fue acostar. Y Belflorán se quedó platicando en diversas cosas con el rey sobre la batalla de otro día, y acordaron lo que en el siguiente capítulo os será mostrado.

Capítulo 72: Del fin que huvieron los amores de Rindaro y Lisenda, y cómo se partió Belflorán, y las estrañas aventuras que le subcedieron.

/272-vº/

No hera aún venida la luz de la mañana quando el valiente Rindaro, que de ser conocido se

⁹¹² *pensar el.*

recelava, se armó de sus encantadas armas; y a Belflorán despertó, diciendo:

–Buen señor, no quiero encomendar el derecho de justicia de mi esposa a cavallero que tanto duerme; por esso, si me days licencia, yo quiero combatir esta batall[a]⁹¹³ con el rey Persides.

–Vos tenéys razón –dixo Belflorán–, que no sabría contradziros, porque mejor es ateneros al mucho valor vuestro que al pequeño prestado.

–Dexémonos, mi señor, de cortesías –dixo Rindaro–, y vamos a concertar la batalla con Persides, pues ayer le prometistes de hablarle antes de la batalla, y avéysme de otorgar un don.

–Con que no sea hazerla vos por vuestra persona –dixo Belflorán–, yo os le otorgo.

–Pues avéysme otorgado –dixo Rinda[r]o⁹¹⁴– de dexarme a mí yr con vos y hablar al rey hasta aceptar las condiciones de la batalla, que estos ysleños tienen tan diversas las condiciones de las otras gentes que lo que vos tendríades a villanía, tienen por cosa muy acertada; y vaya con nosotros, sobre seguro, mi señora y el rey, su padre.

–Sea como mandár[e]des –dixo Belflorán.

Entonces los llamaron, y por todos fue acordado se hiziesse como el Cavallero del León lo quería, de quien Lisenda aquella noche contara tantas cosas al rey que a Marte no tuviera por su ygual. Entonces embiaron por seguro al rey, y siéndoles dado, sellado y firmado de su mano, dexándole en el castillo, el rey y su hija y quatro o cinco duques que en el castillo estaban salieron sin armas, y los dos príncipes, Belflorán y Rindaro, con sus yelmos puestos. El rey Persides los atendía con todos sus altos hombres en una rica tienda, y por honrra de los que venían salió fuera d'ella; y, combidando con su silla al rey de la Ysla de la Ventura, y no lo quiriendo él acetar, todos se sentaron por la orden que fue más conveniente. Donde, ya que todos fueron sosegados, el Cavallero del León se levantó, y con él Belflorán, y en alta boz dixo:

–Excelente rey de las Yslas del mar Océano, bien sabéys para lo que aquí avemos sido juntos, que es a suplicarte tengas por bueno de dexar esta guerra que con el rey, mi señor, tienes, pues no tienes justicia de tu parte. Y, si no quisieres, venimos a darte el cavallero que conbata la batalla por su parte aplaçada. Y, para que más libremente vengas en dexar el combate, yo te hago saber que la princesa Lisenda es desposada.

A esto se levantó el rey Persides, muy enojado, diciendo:

–¡Si esso es verdad, mal se á cumplido conmigo lo tratado! Y yo juro por el alto Señor que ningún concierto sea parte para que yo no procure tal vengança que sea siempre en memoria de los mortales.

–No lo haréys, mi señor –dixo Rindaro–, porque Lisenda es mi esposa, y yo soy tal cavallero que la defenderé de quien la quisiere hazer enojo.

Entonces, mostrando que el yelmo le embaraçase para hablar, se le desenlazó; y,

⁹¹³ *batallo.*

⁹¹⁴ *Rindado.*

quitándosele, ante el rey, su padre, se fue a hincar de rodillas dizien[do]:

–Ved, mi señor, con cuánto menos rigor que vos pensávades he yo hecho esta jornada. Suplícocos me perdonéys, que el amor consigo se tray la desculpa.

Turbose el rey Persides tanto viendo a su hijo que apenas pudo hablar palabra; mas sobre todos fue maravillado Belflorán, que, entendiendo en ardid de Rindaro, entre sí reya, pareciéndole una hazaña tan nueva quanto de otra semejante oyera dezir. Y bolviéndose a Lisenda, le dize:

–¿Qué os parece, mi señora, de cavallero que tan bien os ha sabido ganar?

Ella estava cortada, y no sé si le pesó porque en alguna manera no salían las cosas todas a su gusto. El rey de la Ventura y sus cavalleros fueron tan alegres, viendo tan repentinamente todas las cosas en paz, que no sabían qué se dezir; y, viendo que Rin- /273-rº/ -daro le venía a besar las manos, se levantó a él y, llorando, le besó en el rostro, diziendo:

–Hijo mío, no sé qué me diga de tan extraño echo como el vuestro, mas de alabarle y ser más alegre que jamás lo fuy de cosa en averse alcançado con voluntad de mi hija lo que contra ella yo no era parte para daros. Habladla, y no digáys que soys Rindaro, que podrá ser que por el nombre os aborrezca.

Rindaro le pidió las manos, y ella lo abraçó, con tanta vergüença que no sabía de sí parte; y, esforçándose para hablar, dize:

–Mis señores, yo de ninguno tengo quexa en este negocio, sino del príncipe Belflorán, que, trayéndole yo para que mi casamiento y el del príncipe Rindaro se estorvase, él me casó con él, y agora veo que todos an sido en este consejo; y el casamiento no vale, pues yo no me desposé sino con el Cavallero del León.

Pues como el rey Persides oyó nombrar a Belflorán, fue a hincar ante él de rodillas, pidiéndole las manos, mas él hizo otro tanto; y assí se levantaron. Por el real se sonaron luego las nuevas de lo que passava, de que todos fueron en extremo contentos. Luego se abrió el Castillo de la Selva y se fueron a la ciudad de Leuca, a donde se aparejaron las mayores fiestas que a aquellos príncipes les fue possible.

Quisiera Belflorán estar allí algunos días por holgarse con Rindaro, mas la necessidad le compelió a partirse, viendo cuántas cosas tenía que hazer; y, aunque sobre ello le importunaron, a los ocho días salió de la ysla solo, aunque Rindaro porfió de acompañarle; mas él le dixo que le convenía passar en Alvayada, porque sus hermanos estavan en espantosa guerra, la qual él quiere estorvar su fuese possible, y que, si le pareciesse, allá le podría hallar. Y, prometiéndolo él ansí, con hartas lágrimas de Lisenda, Belflorán entró en la mar, mandando que su derecho camino hiziesen a la parte por donde él pudiesse passar en África. Mas, como no le subcediessen todas las cosas a su voluntad, mucho tiempo anduvo aportando a diversas ínsulas y otras, donde acabó estrañas cosas en armas, llamándose el Cavallero del Sol. Su fama espantava los mortales, y él yva muy penado por no saber de su señora, y entonces le placía por lo que al rey don Serafín dexara dicho.

Pues, llegando en África y pasado el promontorio cateonio, llegando a tomar puerto en Panormo, yendo derecho a la ciudad de Zagris, a donde oyera dezir que muchas gentes de los de Egipto se juntavan, una noche se quedó a dormir en una montaña, la más fresca que en aquellas partes de la Libia suele aver; donde, acordándosele de su señora y de cuán lexos se avía apartado de donde verla pudiesse(n), toda la noche se le pasó sin dormir. Mas, ya que el alva se quería mostrar, sintió passos de cavalleros, que junto a donde él estava avían llegado; y, poniéndose más en cubierto por ver qué sería, vio que eran un cavallero y dos escuderos suyos, que, sentándose en la frescura del campo, el cavallero dezía a uno d'ellos:

–¿As visto tan gran desatino como el de Belisena y d'estos cavalleros que la defienden?

–No, cierto –dezía el escudero–, mas vos, ¿qué pensáys de hazer?

–Yo querría entrar en el castillo –dezía el cavallero–, que después no sería yo cavallero si no los hizesse arrepentir de su locura, que no estimo en nada todo lo que an hecho, sino aver ossado dezir delante la emperatriz Florisbela, mi señora, que Belisena excedía en hermosura a ella y a la princesa de Ingalaterra y a todas las damas, y averse venido sin aver quién los castigasse.

–¿Y a esto solo salió el emperador don Belianís de Babilonia? –dixo el escudero.

–Sí –dixo el cavallero.

–Paréceme que hizo sandez –dixo el escudero–; porque a la vuestra merced, como mancebo, sea lícito entender en esso, no lo es al emperador, que valdría más entender en su estado, y otra cosa creo yo que le hizo hazer esso, que no la porfía de Adamantes ni el desseo de vencerle; porque las nuevas que llegaron de sus hijos no eran muy buenas, y la emperatriz no le quería dar licencia; y él, haziendo d'él agraviado de la demanda de Adamantes, es salido de la corte, y llevó consigo a Furibundo y a Bradaleón, que no avía seys días que eran llegados a la corte. Y no quiso atender a su hermano, don Lucidaner, que venía apriesa para verse con él, porque dezían que don Dolistor era muerto en una batalla en la Albayada, y que fuera destruydo si no le socorriera don Baldín de Portugal, y hizo en ella maravillosas cosas; tanto, que dizen que entró por fuerça en Dobrain, una ciudad, la más fuerte del estado, y se defendió hasta salir d'ella por un braço del Nilo que por ella pasa. Y don Polisteo dezían que a la buelta de la laguna de Artis avían salido gentes de los citas y le avían desbaratado /273-vº/ juntos con las gentes del soldán de Egipto.

–Estrañas cosas son essas –dezía el cavallero–. ¿Y cómo supiste tú todo esso?

–Selo yo –dixo el escudero– por una carta que mi hermano me escribió desde la ciudad del Cayro con el mensagero que traxo las cartas al emperador, y aún dize que esperavan a Ariobarçano con gran pujança y, si llega a tiempo, piensan destruyr a la mayor parte de los Garamantes, aunque en su ejército ay maravillosos cavalleros, porque no quiere consentir que los hijos de Dolisena reynen, siendo él casado con Meridiana.

–¿Cómo puede él pedir esso, siendo biva Dolisena? –dixo el cavallero.

–Esso no lo sé yo –dezía el escudero.

–Aora mira –dixo el cavallero– si se descubre el castillo de Adamantes.

–De aquel d’esto alto se descubre –dixo el escudero–, y tomad vuestro cavallo, porque seáys el primero que lleguéys.

Con esto, Belflorán se tornó a donde a Balisán dexara, que, no siendo nada descuydado, tenía los cavallos a punto. Y, cavalgando, esperó por ver salir al cavallero, que no tardó mucho de verle yr la buelta del castillo que dixera. Y, como el día saliesse muy claro, conocióle, assí en el ayre y apostura como en la devisa de su escudo, que era el valiente Salisterno Sin Pavor, hijo del soldán Periano. Y plúgole de verle, porque d’él y de aquel escudero acabase de saber la verdad de aquellas nuevas, que, aunque él algo oyera, no era tan malo como lo que aquel escudero avía dicho de sus hermanos. Y no tenía él por tan poderosos los citas ni a los de Egipto que contra sus hermanos y su padre pudiesen ser vitoriosos. Holgávase de verle yr tan bien puesto a cavallo; mas, siendo él ansí mismo visto por Salisterno, le atendió. Y Belflorán mandó a Balisán que se encubriese porque no fuesse conocido por él, y llegando a donde Salisterno lo atendía, se saludaron el uno al otro.

–Buen cavallero –dixo Salisterno–, ¿sabríades me dezir algunas nuevas d’esta guerra que se dize que ay entre los egiptios con los garamantes?

–Á tan poco que llegué a estas partes –dixo Belflorán– que aún no he tenido a quién lo preguntar. Y vos, señor, ¿para dónde camináys? –dixo Belflorán–, que yo os haré compañía si vays al campo.

–En buen ora –dixo Salisterno–, mas, ¿a qué parte avéys de ayudar?

–A donde mejor me lo pagaren –dixo Belflorán–, que oy día no se hallan las armas y cavallos de balde.

Sonriose algo Salisterno, pareciéndole hombre de poca cuenta quien aquello dezía y, por echarle de sí, le dixo:

–Yo querría provar una aventura que está en este castillo, y seros á trabajosa, y aún quiçá me deterné mucho tiempo. Por esso, ved lo que os parece.

–No es mucho trabajo ver vuestras cavallerías –dixo Belflorán–, mas no tengo por buen aviso entrar assí endonadamente solo en un castillo, que podría aver dentro más cavalleros, y está el peligro en la mano.

–¿Vos no me ayudaréis –dixo Salisterno– si algo me sucede o es menester también sueldo para ayudar el compañero?

–Sí haría –dixo Belflorán–, si yo os conociese y los cavalleros no fuessen más que nosotros.

–¿Y si fuessen más? –dixo Salisterno.

–Aora, señor cavallero –dixo Belflorán–, no queráys apretar assí los cavalleros, que basta que haré todo lo que yo pudiere por vos.

Reýanse los escuderos de Salisterno, y más Belflorán de ver cómo Salisterno le tenía por tan covarde, quando a ellos llegaron dos escuderos muy bien adereçados, y en lengua francesa les

preguntaron por el camino de Nubia. A Belflorán le pareció que conocía aquella boz, y por la misma lengua le respondió que ellos yvan allá, y que aquel les parecía buen camino.

–No lo es muy bueno –dixo uno de los escuderos–, porque se á de pasar por una puente que está al pie de aquel castillo, y guárdala un cavallero que se dize Adamantes con otras guardas, y no dexan pasar a naide sin batalla; y tiene presos muchos valerosos cavalleros porque no quieren confesar que una dama suya sea más hermosa que otras dos, que la una es emperatriz de Babilonia y la otra, princesa de Ingalaterra y esposa del príncipe Belflorán de Grecia.

–¿Ya es desposado el príncipe griego? –dixo Belflorán.

–Sí –dixo el escudero–, que yo estuve en Ingalaterra quando la llevaron los embaxadores del emperador don Belanio, y vino por ella casi la mayor parte de Alemania, y la llevaron con muy pujante armada; aunque avemos oýdo no sé qué en el camino que dizen que no se sabe de la armada, y an miedo sea perdida.

D'estas últimas palabras se turbó tanto Belflorán que se le cayó la rienda de la mano. Bien lo sintieron los escuderos, que le conocían en la devisa del sol que por armas traía, como aquellos que, en estraño disfraz, eran las hermosas Primaflor y Dolainda, a quien la fortuna de la mar avían pasado estrañas cosas, allí avía /274-rº/ echado, y no será poco poder hablar, según su turbación. Más hablava Dolainda, que Primaflor no tuviera esfuerço para tanto, y, viendo turbado a Belflorán, le dize:

–A vos, señor cavallero, ¿importa os algo lo que os he dicho, que parece que os avéys turbado?

–No á sido essa la causa –dixo Belflorán–, sino la memoria de otros daños que me fatigan. Y aora, por la fe que a Dios devéys, que os quitéis los antifazes, porque en la habla me parece conoceros.

No tenían las damas miedo a esto, porque estuvieran en la cueva del sabio Artabano, a donde les dieran con que, no perdiendo punto de su hermosura, no pudiessen contra su voluntad ser conocidas; mas no quisieron descubrirse, escusándose lo mejor que supieron, de que a Belflorán acrecentó la sospecha. Y rogoles que se fuessen en su compañía, porque él yva así mismo la buelta de Nubia. Y, fingiendo hazerlo algo contra su voluntad, lo otorgaron.

A todo esto, Salisterno yva delante, que ninguna cosa de lo que hablaran oyera, y esperolos al entrar de un fresco valle que junto al castillo se hazía, que, aunque de Belflorán no estava muy agradado, cuydando ser algún pobre hombre de armas por lo que le oyera, no quería ser tenido por descortés. Pues, juntándose todos, llegando delante del castillo, un cavallero vieron, armado de unas armas leonadas partidas con oro. En el escudo avía tres coronas con una vanda que por medio las partía. Parecioles cavallero en quien avría toda bondad; traía un escud[er]o revo[ç]ado⁹¹⁵, y otros

⁹¹⁵ *revocado.*

tres sin disfraz alguno. A esta ora, a la ventana del castillo se assomó un hombre que les dixo:

–Cavallero, si buscáys a Adamantes, mi señor, esperad, que se está armando, y a la hora será con vos.

Y con esto, dende a una pieça abrieron el castillo, y vieron un cavallero tan bien adereçado que alegría dava mirarle. Con él salieron quatro gigantes armados de todas armas, con sus hachas de armas en las manos, los quales se pusieron a la entrada de la puerta, y descubriéndose, más adentro vieron en otra puerta que al patio entravan otros dos gigantes con sus venablos en las manos. Más adentro vieron un cavallero armado en un cavallo que se paseava con su lança en la mano a la una parte y a la otra del patio, sin tener cuydado de otra cosa.

–No me ayuden los dioses –dixo Salisterno– si este castillo no está bien guardado. ¿Qué os parece, señor cavallero, que hagamos?

–Lo mejor es bolvernos –dixo Belflorán–, que estas cosas son de locura. Bastavan estas guardas a defender la entrada no a un cavallero solo, mas a todo el mundo. Si tan cara á de costar la vista de Belisenia, yo la renuncio desde aquí.

Mucho se rió Salisterno de la respuesta, y aun Primaflor y Dolainda, aunque con diversos pensamientos, que ellas se reýan de lo que creýa Salisterno, y él de la covardía de Belflorán.

–Atendamos un poco –dixo Salisterno–, que en nuestra mano será yrnos quando quisiéremos, que este cavallero me parece muy bien.

El qual a esta ora, aviéndose desafiado con el del castillo, a la parte donde ellos estavan se retirara a tomar la carrera que le cumplía. Venía tan bien puesto que Belflorán mil vezes pensó que era su padre, y hízoselo creer más porque, tomando del campo cada uno lo que le cumplía, arremetieron el uno para el otro. Las batallas se hazían en la puente, que muy ancha y hermosa era, porque del otro cabo estava el castillo. Los encuentros que se dieron no llevan encarecimiento, porque, haziéndose las lanças mil rajadas, juntáronse de los cuerpos de los cavallos, escudos y yelmos. El Cavallero de las Coronas perdió los estribos; estuvo algo desalentado en el cavallo. El cavallero del castillo lo pasó peor, porque, aunque cayó, perdió mucha parte de su sentido y estuvo abraçado al cuello del cavallo gran pieça, tanto que el Cavallero de las Coronas le pudiera herir si quisiera antes que se aperciesse. Mas no lo hizo; antes le esperó, que, poniendo mano a una encantada espada que traýa, se dexó venir para él.

A la ventura no vieran los presentes otra mejor batalla, porque los golpes que se dieron resonaron por todas aquellas riberas, y poniendo cada uno su fuerça se tornaron a herir. Buenas armas traýan entr'ambos, que con tan aventajadas fuerças no se pueden contar; mas el Cavallero de las Coronas hirió a su enemigo con tanta pujança que, sacándole de su acuerdo, el cavallo ahinojó con él; por la visera del yelmo rebentó la sangre, de los ojos le saltaron bivas centellas. El Cavallero de las Coronas, que ya sabía lo que le cumplía hazer, se fue a entrar por la puerta del castillo. Los gigantes se cerraron con ella y, quando los quiso acometer, diéronle con las puertas, diciendo que

primero le convenía acabar aquella batalla de aquel cavallero, el qual ya venía /274-vº/ para su enemigo. Espantado del cruel golpe que recibiera, avía con la hira encendido las fuerças. Traýa la espada con ambas manos; la rienda arrojara sobre el arçón. Mas el Cavallero de las Coronas, que poco le temía, juntó con él, haziendo otro tanto. Aquí sucedió lo que los del castillo no cuydaran; porque su cavallero, puesto que con aventajadas fuerças executó su golpe, vino al suelo medio bivo, con gran espanto de Belflorán, diziendo:

–¡O, poderoso Dios, y qué valerosas fuerças!

Saltó el Cavallero de las Coronas en el suelo y, quitando el yelmo a su enemigo, le pidió se rindiese. Y, viendo que no hablava, a los gigantes dize que otorguen aquel cavallero por vencido; si no, que le cortará la cabeça.

–Hazed lo que quisiéredes –dixeron los gigantes–, que a nosotros no toca essa batalla.

Era el Cavallero de las Coronas usado a semejantes encubiertas, y pusiéranle ya en peligro de la vida, y púsóle la punta de la espada al rostro. Mas no pudo romper cosa alguna más que si fuera de azero, de que siendo maravillado, tornó a provarlo dos o tres vezes; y, viendo que no podía, pareciéndole que era encantado, dize:

–¡No me ayude Dios si te á de aprovechar!

Y, tomándole en los braços, hizo como que por la puente abajo le quería arrojar. Mas, llegando sobre los andenes, o las fuerças del encantado cavallero o la engañosa puente, que para esto devía estar echa, dieron causa a que, llevando tras sí tres o quatro piedras de la puente, ambos dieron consigo d’ella abajo, que, siendo muy alta, y el río hondo, yva la muerte muy cierta. El Cavallero de las Coronas soltó a su enemigo, encomendándose de todo coraçón a Dios. Aquí dieron sus escuderos grandes gritos, y el que venía reboçado, con el grandíssimo pesar, quitó los antifaces, diziendo:

–¡Ay, soberano rey del cielo, y cuánta desventura!

Conociéronle todos, que era Flerisalte, y corriendo a él, casi fuera de su sentido, Belflorán le travó del braço, diziendo:

–¿Qué es esto, amigo? ¿Es el emperador el que cayó en el río?

–¡Ay, sin ventura de mí –dixo Flerisalte–, que no es otro!

Belflorán, casi loco de oýr esto, así de cavallo quiso yrse a meter por el río; mas detuviéronle las dissimuladas Primaflor y su hermana, que con él se abraçaron. Mas esto fuera poca parte, que, al pesar de ver en tan gran peligro a don Belianís, su padre, era poca sus resistencia, si no sucediera lo que adelante vos contaremos, que conviene por agora dar la buelta a otra parte, por dar fin a esta historia, que de larga es ya enojosa.

Capítulo 73: De la estraña aventura que sucedió a la princesa Belianisa y sus aguardadores, y cómo nació el príncipe Fortimán de Grecia.

Quando las cosas tienen cierto y determinado camino, muchas vezes el quererlas atajar es causa de gran rodeo, como le aconteció a Belflorán, que, cuidando abreviar en sus congoxas y dolores con embiar por Belianisa el emperador, su agüelo, fue causa de muy mayor dilación para su vista y aumento grande de sus continuos tormentos.

Porque, haziéndose a la mar con Belianisa aquella tan excelente cavallería, y ella muy acompañada de damas, ansí de las inglesas como de otras muy principales que consigo llevaba, tomando estrecha amistad con las duquesas de Sajonia y B[a]viera⁹¹⁶, que con ella yvan, y descubriéndoles la necesidad que tenía de su amparo para que al tiempo no fuesse sentido por algún cavallero ni otras damas, y teniendo Lindonisa particularmente proveýdo lo necesario, caminaron muchos días sin constra^{*}te alguno.

Mas la Fortuna, que no puede estar en un ser, rebolvió la mar con terrible y áspera tormenta, tan con[go]xosa que los mejores pilotos se tuvieron por perdidos; porque, cuidando que al término más acostumbrado abonaría^{*} cierto, en tanta manera que casi no siendo parte para tener los governalles en las manos, se dexaron correr, alargándose por la mar a aquella parte que los vientos los echavan. Y, aunque Belianisa sentía el trabajo de la mar, no fue tanto como aquel sobresalto, que le dio luego dolores del parto. Y fue gran ventura, porque el quejarse y aun el gritar en tal tiempo le hera muy permitido, sin que de otra cosa tuviessen en esto todos cuidado. /275-rº/ En esta fortuna se hallaron muy turbadas las dos duquesas y Lindonisa, porque, no pudiendo proveer a sí mismas, les convino mirar por el grande aprieto de tan alta señora, la qual en tan gran trabajo parió un hijo de estraña dispusición. No creen los autores que en hermosura fuesse su yqual su madre, según por ellos es encarecida; y, mostrándosele a su madre, en el braço derecho vio que traía seys letras, que por entonces no fueron leýdas. Y bolviéndosele a la duquesa de Saxonia, grandes acuerdos avía ente ellas de lo que harían del príncipe. Mas la duquesa de Baviera dixo:

–¿Qué ay que acordar, sino guardar el príncipe y, si pudiéremos, por agora encubrir ser vuestro? Si no, tanto mejor, que no es prenda esta para ponerla en aventura. Y esperad, que quiero llamar un clérigo que le baptize, que yo le haré entender que es hijo de una d'estas, mis dueñas.

Y, no cabiendo en sí de plazer, le hizo llamar en su lengua Fortimán de Grecia. Y, como aquel que consigo traía los buenos sucesos, en naciendo la mar sosegó y los ayres se aplacaron. Fue visto Neptuno con su t[ri]dente⁹¹⁷ sobre las espantosas olas, y solas dos naos con la de la princesa se hallaron en un hermoso puerto por ninguno de los marineros conocido, del qual vían las más hermosas frescuras que en el mundo avía.

Todos acordaron que allí atendiesen hasta tanto que algunas naos de las perdidas de juntasen. Y, haziendo harrar ricas tiendas, con gran alegría de la princesa, de noche, por no ser vista, salió de la mar. Y tanta era la vergüença que tenía que, no queriendo por alguna manera que por nadie fuesse

⁹¹⁶ *Buviera.*

⁹¹⁷ *tudente.*

sentido, a Lindonisa hizo quedar en la mar con la condesa de Silesia, que al príncipe dava leche; de lo qual antes de mucho se arrepintió, porque al alva del día, tornando la tormenta, hizo pedaços los cables y ajustes, y la nao en gran peligro de ser anegada se tornó a la espantosa mar, con tantas lágrimas de Belianisa y de las damas que con ella estaban, que cuydaron morir de pessar, porque a sus ojos vieron hundir las otras dos naos y, si con ellas no quedaran aquel valentíssimo As[t]rideo con el duque Leandro y Serpentino, mucho más lo sintieran. Y tanto con Belianisa no pudieron que, en bivas fuentes de lágrimas tornados sus ojos, no hiziesse sentible llanto. Y como los cavalleros no supiesen la causa, hazíaseles más de mal de verla con tanta pena, y más no sabiendo en qué parte estaban para procurar el remedio que convenía.

Y pareciéndoles que allí avía por entonces poca esperança de buen suceso, haziendo adereçar unas andas para Belianisa y palafrenes para las otras señoras, se metieron la tierra adentro, descubriendo la más hermosa y apazible tierra que oyeran dezir. Y en un valle que el paraíso terrenal parecía descubrieron un castillo cuyos edificios sin duda eran encantados, porque relumbraban las cercas como si fueran de finos diamantes. Y, llegándose más cerca, vieron las primeras murallas, más rezias que las que Semíramis puso en Babilonia, echas de todos los géneros de árboles que se oyeran dezir, algunos con hermosa fruta; mas otros en su lugar llevaban lo que aora en el monte de la luna no se tuviera por seguro: gruessas perlas orientales, infinitos diamantes y rubís. Algunos de los árboles, desde su nacimiento con sus ramas y fruta, parecían todos de esmeraldas y llenos de todas las estimadas piedras que se oyeran dezir. Otros, con muchas frutas de oro y plata, estaban tan espessos y cerrados que la entrada era defendida no solo a los hombres, pero aún a las furiosas culebrinas d'estos tiempos. Los rayos con que Júpiter destruyó los antiguos gigantes no hallaran por dónde passar.

No hazía esto solo su hermosura; corría en torno del hermoso castillo, por laçada d'él, un río de una agua más olorosa que la de los lindos azahares. Esta devía ser el antiguo Netur de los fabulosos poetas, a donde vieron al copero Ganimedes con unos relumbrantes vasos en las manos. Ninguno osara llegar a beber, que las mismas aguas mostravan gran magestad, zambulléndose en ellas los faunos y ninfas de Tesalia. No bastava a impedir Neptuno estas corrientes, ni Colo con desapazibles passos osara passar por ellas.

Maravillados están los príncipes de ver tan estraña y admirable ysla, que gran parte de su admiración quitava, porque estava poblada de todas aquellas arboledas que el mundo para su recreación tiene. Allí los cedros, los évanos, con sus alturas defienden el sol, puestos por maravillosa orden; aquí los laureles y los otros olorosos árboles, que con solas sus sombras se contentan, gozando de verse en tal parte, meneando y alçando sus /275-vº/ hojas con el viento austro hazen un dulce estrépito; aquí los otros árboles de fruta, sin dexarla todo el año, sin conocer jamás la aspereza del invierno, combidavan a todos. Yvan de todas lindezas echas calles, pobladas de todas las yervas que causan olor, las quales, nacidas entre los baxos bálsamos, a los ánimos nuevas fuerças causavan.

Estaban por medio de las calles muy hermosas fuentes, con hermosas pilas de chrystal y jaspes con estrañas labores de oro y plata. Los pajaritos y avezillas, holgándose con la hermosura no vista, sonaban dulces y suaves cantos, halagando blandamente a la madre de las estrellas. En el medio d'esta ysla y hermosos valles estava el castillo.

Si con alegría tomaran estas cosas a Belianisa, bastantes eran para entretener qualquiera conaçón humano. Mas ella está tal en los pensamientos de su hijo que no hablava palabra.

–No me ayude Dios –dixo Astrideo– si no diesse quanto ay por poder entrar en este castillo, por ver cosas tan estrañas.

–Esta es la morada de los dioses –dixo Serpentino–, que a otros no es concedida tan gracioso aposento.

Mas a esta ora vieron abrir por medio del castillo unas hermosas puertas, y echaron sobre la cava una puente toda labrada de marfil con estrañas labores por ella. Los andenes eran de oro, y las cadenas con que se tirava, de plata. Y a la entrada d'ella estava un mármol con unas letras que así dezían: “La morada de las divinas yslas a ninguno será concedida sino aquel que en esfuerço baste a vencer las guardas del soberano Dorión, rey de los éroes; y el cavallero que tan bastante fuere, con eterna y gloriosa fama la poseerá. Mas desventurado será a quien el esfuerço le falleciere, porque será privado de la vista de los mortales”.

Pues, como leyesen las letras, cada uno se aparejó para entrar en la puente.

Mas, antes que las más estrañas aventuras que jamás hubo con admirables esfuerços yo os quiéero dezir la causa d'esta, que otr(r)a ygal no fue vista. Aora sabed que en estas yslas, que Divinas se llamavan, el sapientísimo Dorión, rey de los antiguos éroes, tenía su morada, que era este castillo, al qual concurrían, por el discurso de los hadados tiempos, cada diez años todos aquellos a quien las fuentes del Parnaso algo comunicaran; digo que aquella sciencia del mágico Zoroastes, donde se les dava orden, assí a sus encantamentos como a lo que a las leyes de Dorión convenía. Pues, como allí se uviessen juntado cortes, grandes queexas dieron los príncipes griegos, mayormente por los máxicos egipcios, quexándose los unos de don Belianís averles desecho sus moradas, y los otros de don Clarineo y don Lucidaner. Mas las mayores eran contra Belflorán, assí por la muerte de Baldano y Balderín como por muchos que allí se representaron muertos y destruídos sus aposentos y vergeles.

Mas Dorión, que desseava castigar aquellos atrevimientos, les dixo que él daría orden como fuesen muy bien satisfechos, y que convenía que allí se hiziessen cinco cavalleros dotados del extremo de valor y fuerças posibles, y que los dos d'ellos fuesen en Egipto, donde por entonces grandes guerras se esperavan; y que, llevando consigo una dama que él les daría, publicasen por el universo ser más hermosa que las princesas griegas, por lo qual todos se vendrían a combatir con ellos a un castillo que él haría asaz conveniente, y que allí serían pressos y traydos a estas yslas; y que los otros tres, con las demás guardas que le pareciessen, guardarían este castillo, a donde él

haría venir a Belianisa. Y dándose orden a todo esto, el castillo fue hecho en Egipto, y puestos en él los dos valerosos Adamantes y Margenio, después de aver publicado su aventura por las cortes de los más príncipes.

Esta es la aventura donde dexamos a Belflorán, que en ella le sucedió lo que adelante oyréys, juntamente con lo que en esta avino al apreciado Salisterno y sus compañeros, porque en el entretanto no se nos pierda en la mar aquel lindo Fortimán de Grecia; el qual, llevado con las espantolas olas, no sabían la condesa ni Leonisa qué recado poderse dar, y lloravan agramente su desventura. La qual, como muchos días prosiguiesse, en su acostumbrado oficio las metió por la mar hasta el otro cabo del sino Pérsico, donde una mañana la derrotada nao dio en poder de unos cosarios de los scitas, cuyas naos venían gobernadas por un cavallero, hermano de Tesaliano, que ya otra vez de la mar a don Belianís librara, como en la segunda historia vos contamos⁹¹⁸. El qual, viendo la más hermosa /276-rº/ nao que la mar tenía, con las harmas gruesas de quien ellos no se tenían por amigos, acordaron de tomarla. Y fueles harto fácil, porque en ella no avía cavallero que la deffendiesse. Pues como Dalintro entrasse y hallasse tantas riquezas, quales nunca él viera, no supo qué dezirse, teniéndose por bien dichoso. Mas como en una cámara de la nao hallasse aquellas mugeres y otras con el niño, en lengua griega les preguntó quiénes eran. Lindonisa, que bien la entendía, le dixo que eran criadas de una señora que, yendo a Grecia, la fortuna de la mar echara a una ribera donde, aviéndose salido a solazar con sus cavalleros y damas, ellas, por estar aquella dueña rezién parida, no salieran de la mar; y qu'el viento quebrara las áncoras y las traxera por allí, muchas vezes a tiempo de perderse. Dalintro las consoló; mas, aunque ellas los ricos adereços quitaran a Fortimán, porque no pensassen ser tan alto príncipe, admirado fue de ver la más estraña cosa que se huviesse oýdo dezir. El niño mirava mucho a Dalintro, de que él le tomó affición; y, dando algunas cosas de las de la nao a su gente, pareciéndole que estava rico para siempre, acordó bolverse en Tartaria, en casa de Tesaliano, su hermano, que uno de los principales cavalleros de los scitas era. Y, no queriendo dexar el niño, se le llevó consigo. Mas en el camino adolesció Leonisa, y convínole dexarla; y pidió a la condesa de Selesia su amor, que, si no era el tudesco, poco de otras lenguas sabía. Llegando en casa de Tesaliano y mostrándole los ricos despojos que huviera, viendo al niño tan estraño, como él no tuviesse hijos se afficiona a él, haziéndole criar con toda diligencia.

Donde la dexaremos, que estrañas cosas a este donzel sucedieron siendo criado en casa de un gran amigo de su padre y agüelo, y después en casa del poderoso Ariobarçano por la hermosa Meridiana, siendo desde niño perdido de los amores de la segunda Dolisena, que assí se llamó una hija que hubo Ariobarçano en Meridiana, sin ser por largos tiempos conocido, no lo osando descubrir Leonisa ni la condesa.

Y pid(i)ó liciencia para tornar en Egipto, porque veáys qué mal recado de sus

⁹¹⁸ En el capítulo 15 de la *Segunda Parte*.

encantamientos dio Dori6n.

Capítulo 74: De las peligrosas batallas que Belflorán hubo con Adamantes y las guardas del encantado castillo.

Con el agonía y pessar que vos deximos se yva a arrojar en el río Belflorán, viendo a don Belianís en tan grande aprieto, y no hiziera menos Salisterno, si a esta ora no le vieran salir, y que, sacudiendo la una y otra mano, nadando como un dalfín, se yva derecho a la ribera que a la parte del castillo caía. Mas como para todo aquello en el castillo huviesse buen recado, ya en quatro o cinco barcos eran entrados muchos cavalleros, los quales le acogieron a un barco, a donde, entrando, perdió el sentido, porque al caer en el río se le cayó la espada, que todas aquellas riberas y castillos eran encantados. Y a vista de Belflorán y Salisterno le vieron meter por otra puerta en el castillo. El cavallero que ellos cuydaran averse ahogado vieron a esta ora salir del castillo, y ponerse las guardas de la manera que antes estaban. Salisterno quiso partir para él, mas Belflorán se le puso delante, rogándole que le otorgasse la primera batalla.

–No conviene por agora –dixo Salisterno–, que os queda harto tiempo si yo fuere vencido.

Mas Belflorán estava con tanta pena que, sin aguardar otra respuesta suya, arremeti6 para el cavallero del castillo, de que Salisterno se ri6 alg6n tanto. Mas Primaflor, que a6n en aquello no tenía assí buena paciencia, le dixo:

–¿De qué os reýs, se6or cavallero? Creo que cuydáys que acabaríades vos mejor esta aventura que el Cavallero del Sol; pues no lo penséys, que no tiene el mundo otro mejor cavallero que él, y si falleciesse de esta aventura, escusado sería provarla otro ninguno.

–No sé cómo crea esso –dixo Salisterno.

–Aora lo veréys –dixo el escudero.

Entonces miraron por la batalla, y vieron la mayor estrañeza /276-vº/ de encuentros que oyeran dezir; porque, juntándose en medio de la puente, a Belflorán le convino abraçarse al cuello de su cavallo, y cayera, si el extremo de sus fuerças no le valiera. Mas el cavallero del castillo vino al suelo, harto mal parado. Puso Belflorán la mano en el arç6n y saltó en tierra, a tiempo que llegavan a la puente quatro cavalleros. Los dos fueron luego conocidos ser aquellos estremados Furibundo y Bradale6n, que en busca de don Belianís venían; los otros dos, a Salisterno le semejó conocerlos, y tuvo por cierto en las armas que era el emperador don Belanio (y no se engañava punto); con él venía aquel valientísimo Rindaro de Yvernia, que en el camino le topara. Todos se detuvieron por mirar la furiosa y encendida batalla, porque, juntándose los dos cavalleros, el fuego que de sus harmas sacan los haze perderse de vista. Allí ponen las manos a la batalla, y [e]⁹¹⁹ coraç6n y pensamientos aspiran

⁹¹⁹ *al.*

a la gloria d'ella. Mas Belflorán, a quien la prisión de su padre traía casi fuera de acuerdo, hacía la batalla con tanta pujança que a su enemigo hacía perder los alientos, tanto que, echando el escudo a las espaldas, tomando la espada con las dos manos fue sobre su enemigo, que, fingiendo esperarle, quando vio venir un golpe dio un salto a la otra parte. La furiosa espada, que no halló al cavallero, dio en una esquina de la puente y cortó d'ella gran parte, llevándolo todo hasta dar con ello en el río. Mas fue herido Belflorán por el encantado cavallero de tan cruel golpe que, resonando el yelmo como una campana, la sangre le saltó dentro en abundancia. Mas qué aprovecha, que todos los encantamientos de Dorión no bastarían a librarle de las furiosas manos del griego príncipe, que, enojándose de que un cavallero le durasse tanto, le atormenta con estraños golpes. Ya le ven todos tan desatinado que no da golpe que nada valga, y, conociéndoselo, Belflorán entró con él, diole de los hombros con tanta fuerza que le hizo yr estropeando por caer, y, enpujándole otra vez, dio con él sobre los artificiosos andenes de la puente, los quales hizieron su officio, que, dexándose llevar, dieron con el cavallero dentro del río.

Belflorán no se osó acostar a mirarle, pareciéndole que le avendría como a su padre; antes arremetió a las puertas del castillo; mas fuéronle cerradas, diziendo:

—¡Cavallero, primero que acá entréys, os conviene vencer o matar el que de acá salió!

—¡Sancto Dios —dixo Belflorán—, estraño caso es este!

Y, mirando si vería por dónde baxar al río, no hallava cosa alguna, ni el cavallero parecía sobre el agua. Y vínole al pensamiento que aquel cavallero no podía ser vencido fuera del río. Y no atendió más de, dando bozes a sus escuderos que le ayudasen, él se comenzó a desarmar. Mas las disfraçadas señoras fueron las primeras que llegaron, y Primaflor le dio una sortija, diziendo:

—Tomad esta, señor cavallero, que os valdrá contra los encatamientos d'estas riberas. Y sabed que yo he estado en este castillo y ay dentro grandes trayciones; no paséys puente alguna, que en poniéndo(l)os en ella seréys perdido.

Belflorán tomó el anillo y conocióle, que fuera suyo y a él se le diera su madre, y dando las gracias al donzel, se acabó de desarmar. Mas quando se quitó el yelmo y fue por todos aquellos cavalleros conocido ser Belflorán, diéronle bozes que los atendiese y no hiziesse tan gran locura. Mas Belflorán, que a esta ora viera al cavallero nadando sobre la agua, no [a]tendió a nadie, antes saltando de la puente abaxo con su espada ceñida, dexando a todos maravillados de su estraño esfuerço, miraron por él, que como un pez salió sobr'el agua, no se tardando en alcançar al cavallero. Mas aquí se vio el estraño peligro, porque el encantado cavallero fue socorrido de las barcas, en una de las quales él se quiso acoger; mas Belflorán, que más ligero estava, con el un pie desvió la barca y abraçose con el cavallero, el qual no menos podía hazer la batalla en el agua que en la tierra, y viendo desarmado a Belflorán puso mano a su daga. Mas él tuvo firmes ambos braços y, aunque el cavallero se quiso dexar hundir con él, no aprovechó punto, que de dos sacudidas dio con él junto a la orilla, donde el agua no llegava a los braços, y, con temor no se le fuese, tornó abraçar con él. Fue

herido Belflorán desde los barcos de dos flechas, mas puso el estremo de su valor y apretó al cavallero tan rezio que le sacó de su sentido. Dando con él d'espaldas a la ribera, arrodilló sobre él y, cortándole los laços del yelmo, le puso la espada a la garganta. Mas ni el cavallero hablava ni cortarle la cabeça era posible, porque la espada rehuía mejor de sus carnes que si fueran de azero.

—¡Válame Dios —dixo Belflorán—, que no se á de hallar remedio para esto! Pues no me tengo de morir sin dar fin a estos endiablados hechizos.

Entonces se quitó la cinta y, atando con ella los pies al cavallero, él se tornó a meter dentro en el río con propósito de tenerle assí hasta que se ahogase. Mas viendo que esto no sucedía como él quisiera, llevando en la una mano la cinta, él se tornó a pasar a la otra ribera, llevando consigo al cavallero encantado; y, no se deteniendo en hablar a nadie, muy apriessa pidió sus armas; y no quiso tomar otros vestidos, que estava encendido en furiosa saña. Y, aviéndose armado, al encantado cavallero tomó a cuestras, y con él fue hasta las puertas del castillo, que a esta ora se abrieron. Belflorán no curó de soltarle, antes se metió con él assí como yva, y, como ya se viesse dentro en el zaguán, arrojole de sí, diziendo:

—¡Vencido o muerto, veys aquí vuestro cavallero!

Los gigantes no le respondieron palabra, antes arremetieron a él con sus hachas; que, teniendo recelo de tan crueles golpes, fingió retirarse, dando causa a que los dos d'ellos sin orden se adelantasen por herirle. Belflorán los esperó y, aunque al uno d'ellos cortó la hacha, el otro le hirió sobre un hombro, que le hizo hincar las rodillas en el suelo. Y quísole dar otro, mas Belflorán, que no se descuydara, hiriole en una pierna y, como a su espada no resistiessen encantados arneses, cortó la mayor parte, dando con él en el suelo. Y a esta ora eran todos con él, y quiso Belflorán hazer hermosa batalla por los que le miravan; y, tomando la hacha del gigante, metió la espada en la bayna. Y, como en destreza no tiene ygual, cúbrese con ella, llevando los desvariados golpes de sus enemigos, hiriéndolos con tanta pujança que los trae cubiertos de su sangre. Parece batalla ygual de tantos cavalleros; los que los miravan, si no uvieran conocido a Belflorán, no fueran poco maravillados; mas saber quién era quitava una parte de la admiración de la batalla, que a esta sazón era sangrienta, y fuelo más, porque, cayendo otro de los gigantes herido mortalmente de la punta de la hacha, los dos jayanes que a la puerta estaban llegaron en su socorro y, sin que Belflorán d'ellos se aperciesse, le arrojaron los venablos. El uno entró por entre el braço y el escudo, y coló tan rezio que la mitad d'él se metió por el suelo. El otro llevó parte de las armas del braço yzquierdo, y en él le hizo una herida. Los de fuera, cuydando que le uviessen muerto, y diéronse grandes bozes. Mas Belflorán, que bien sintió el poco daño que le hizieran, arrebató el venablo, y, saltando entre sus enemigos, miró por el que se le tirara, y arrojole con tanta fuerça que, tomándole arrimado a una pared de la torre, no solamente pasó el peto espaldar, mas con la misma pared le dexó enclavado. Y como ya estuviesse en lo último de su saña, no ay coraçón umano que no se turbase, porque, hiriendo al otro, hizo la hacha pedaços con la cabeça de su enemigo. Y, aunque fue herido tan rezio que le

hizieron hincar las manos en el suelo, tornó a sacar su espada.

Los dos gigantes que quedaban se fueron retrayendo de sus golpes hasta el patio del castillo, pasando por una puente levadiza que allí avía. No estuvo en mucho, con la cólera, de meterse tras ellos Belflorán; mas acordósele que no le convenía pasar puente alguna y, llegándose a la cava, saltó del otro cabo, tan ligeramente como si algún pequeño arroyo fuera, donde cuenta Frístón que tenía veynete y seys pies de ancho. Todos los cavalleros entraron en su seguimiento por ver el fin de la jornada; adelantáronse más que otro alguno, que eran el sin pavor Bradeleón y el temido Rindaro, y metiéronse por la puente levadiza. Mas esta se hundió con ellos, y en una agua más negra que el barniz los vieron hundir. Los demás se detuvieron con grandísimo pesar, cuidando averlos perdido; mas no era ansí, que se hallaron en una escura prission donde avía otros muchos cavalleros.

Belflorán, que se vio en el patio del castillo, atendió por ver lo que el cavallero que le guardava hazer quisiese; el qual, creyendo que en el mundo no uviesse mejor cavallero, se vino para Belflorán, diziendo:

–Cavallero, si quieres gozar de la misericordia d'e- /277-vº/ -sta morada, confiessa que la hermosura de Belisenia es mayor que la de las princesas Florisbella y Belianisa; si no, conmigo eres en la batalla.

–¿Eres tú Adamante? –dixo Belflorán.

–Sí –dixo el cavallero.

–Pues muéstrame a Belisenia –dixo Belflorán– y podrá ser que, visto el desengaño, aya poca necesidad de batalla.

–¿Veysla en aquel corredor? –dixo Adamantes–. Por esso, mira si es justo combatir con tal hermosura.

Miró Belflorán al corredor y vio una dama de hasta quinze años, tan hermosa que en qualquiera corazón bastara a dar una herida. No tenía el corazón libre para poder juzgar cuál fuesse más hermosa, mas sin duda le pareció que a la gravedad de Belianisa no llegava, y pareciole algo en el rostro a Primaflor. Y a Adamantes dize:

–Cierto, cavallero, la hermosura de Belisenia a mí me parece muy bien, mas gran ventaja le haze la princesa de Ingalaterra; y aora te apercibe, porque, si f[u]eres⁹²⁰ vencido, te conviene presentarte de mi parte ante Dolisena, princesa de Nubia.

–Plázeme –dixo el cavallero.

Entonces se apeó de su cavallo y, poniendo mano a una espada, que Belflorán bien conoció ser la de su padre, con atentados y concertados passos se viene el uno para el otro, reconociendo y atentando cada uno d'ellos la fuerça de su enemigo porque adelante, quando más fuesse menester, no se hallasen engañados. Entr'ambos eran maestros de guerra, y quisieran aprovecharse el uno del otro;

⁹²⁰ *fneres.*

mas esto era imposible, que su estremado valor no lo consiente. Estremado cavallero era Adamantes; mas, si encantamentos jamás valieron, aquí obravan todo su effeto, porque todos aquellos que algo sabían sobre su persona pusieran toda la fuerça de su poder, con el qual hirió a Belflorán sobre el escudo; hízosele juntar con la cabeça y hincar la mano del espada en el suelo y, aunque él fuesse herido en el yelmo y cortado d'él, cercó alto gran parte. No hizo caso d'ello; quísole asegundar otro, mas Belflorán, que de tan valientes fuerças se receló, no uvo arrodillado quando le tiró a los braços un golpe con que bastó a detener la tempestad con que la furiosa espada cargava. Tirole otro a la pierna, mas fue con algún recelo; y a esta causa no fue muy peligroso, aunque cortó parte de las harmas, de que fue asaz maravillado Adamantes. El qual, viendo que su enemigo cargava sobre él, tomó la espada con ambas manos y quísole dar sobre la cabeça. Belflorán metió el escudo, mas este no es golpe acostumbrado, y la espada no tiene otra mejor el mundo; el escudo fue llevado al través de una parte a otra, y el arnés, doblado, cortado hasta las carnes con la fuerte loriga que debaxo traía.

Belflorán, más espantado que lo fuera, hirió [a] Adamantes. El golpe fue tan estraño que el escudo uvo hecho pedaços en las manos; la espada decendió al yelmo, hizo hincar las rodillas en el suelo a su contrario y entró presto con él; cuydando derribarle, diole de los pechos, mas semejóle que huviesse topada una peña. Adamantes, que se receló de caer, túvose de la falda de la loriga de Belflorán, y presto se puso en pie. Pensó herirle con la daga, mas Belflorán se abraçó con él. Aquí pusieron entr'ambos todo su valor por cobrar el uno al otro; mas, viendo que no se podían derribar, tornaron a la batalla, tan encendida y brava que a los presentes tienen fuera de sí. De las pieças de sus armas tienen el patio cubierto, y aun algunas vezes las regavan con su sangre.

Duraron en esta primera batalla más de quatro oras, y, como el aliento les faltase, se apartaron el uno del otro. Passeávase Belflorán por no resfriarse, con tanto corage y despecho de sí mismo que entre sí dezía:

—¡O, Belflorán, y como es ya abajado tu argullo, presto vas declinando! Otra cuenta uviera dado tu padre d'esta batalla, si no le acaeciera desgracia. Mucha priessa te diste por quitarla a Salisterno, que ya le huviera dado fin.

Por otra parte, Adamantes dezía:

—¡Valiente cavallero es este príncipe griego!, y, si mis hados no me engañan, para vencer a este he sido guardado. Para esto todas las virtuosas yervas y plantas an dado sin fruto. Pues yo no tengo de perder por mi flaqueza lo que por tantos sabios me á sido concedido.

Y, como entr'ambos deseassen acabar, tornan el uno para el otro con doblado ánimo. Los golpes que se dan parecen a los que los ingenios antiguos contra las murallas dar suelen. Hincó Adamantes ambas rodillas, y Belflorán la mano del espada. Valentíssimo cavallero es Adamantes, /278-rº/ mas Belflorán parece que se nació en el arnés; es el trabajo descanso para él, y lo que el otro haze ayudado de los máxicos encantamentos, haze la virtud propria de su coraçón, con la qual algo le trae desalentado. Algunos traspiés cruzava más vezes de lo que le era menester; bien vían esto los

que de fuera quedaran, y Furibundo a Salisterno dize:

–¿Qué os parece, señor, de tal extremo? Este nació para que las obras de los otros no fuesen en nada tenidas.

–Estoy corrido –dixo Salisterno–, que, fingiéndose covarde, me hizo estraña burla, que yo le tuve por tal.

Entonces le contó lo que con él le aviniera, que dio mucho que reír a Furibundo. Mas, tornando a mirar por la batalla, los sacava de su acuerdo; ve el cruzar, el rebatir, el desviarse de golpes, el entrar, tanto concertado y tan a tiempo que parecía cosa de encantamento. Y, como la honrra y la vida estuviese todo junto, Belflorán, que no tenía escudo, boló del firme dos golpes porque su contrario entrase con él, que no tenía otro pensamiento; y hízolo así, pensando hazer a su salvo lo que le convenía. Mas Belflorán le hurtó el cuerpo, y hallose con él muy junto; sobre la parte yzquierda hiriole de dos puntas; defendiéronle de no ser herido los encantamientos de Dorión, mas recibió en la hijada tan gran dolor que en ninguna manera se podía tener sobre la pierna. Mas Belflorán fue herido de un revés, hubo cortada la gran pieça el gorljal de la malla y en la garganta, sobre el lado derecho, uvo una pequeña herida; hízole retemblar como las hojas en el otoño.

Aquí ya no hay paciencia ni destreza; afirma Belflorán los pies y, como aquel a quien toca morir o vencer, da y recibe estraños golpes. Ya los braços de Adamantes se cansan, y, como la noche se viniessen, el valentísimo griego con doblada furia le combate. Y, pareciéndole que tendría con la noche mal seguro el aposento, entró a los braços con su enemigo. No aprietan así en los truxales* las provechosas olivas, ni con tan apretados abraços ciñe Acantes a su hermana como a estos cavalleros el uno al otro. Quisiéronse aprovechar de las dagas, mas no osaron, con miedo que en aquel pequeño término no le cobrase su enemigo ventaja. Puso Adamantes un pie a Belflorán; mas, como esto requiera también ventajosas fuerças, no le salió como pensava, porque, aunque Belflorán vino al suelo, sacudió de sí [a] Adamantes más de seys pasos, y fue a dar de ojos a la esquina del patio. No fue tan ligero que bastase a librarse de Belflorán, porque, viéndole levantar, se arrojó sobre él. Entr'ambos ponen el estremado v[a]lor⁹²¹ suyo; mas no era este su día de A[da]mantes, porque Belflorán cargó el un brazo sobre los pechos y con la daga le cortó los laços del yelmo, dexándole sin armas. Es cierto que Belflorán estuvo mil vezes movido por matarle; mas, acordándosele quán valiente cavallero fuesse, se retuvo de darle. Y fue la causa de su vencimiento, porque, si después de caído le hiriera, no assí ligeramente alcançara la victoria. Y, como esto bastase para ser vencido, en el castillo se sonó grandísimo ruydo, tal que Belflorán, con temor no le matassen, soltó a Adamantes, y viole subir por la escalera del patio. Y, cuydando alcançarle, vio a la mitad de la escalera a Belisenia, que le dixo:

–Señor cavallero, vuestra es la gloria del vencimiento de esta morada; mas conviéneos

⁹²¹ *volor*.

otorgarme un don.

–Yo os le otorgo –dixo Belflorán.

–Pues avéysme otorgado –dixo Belisenia– de buscarme por todas las partes del mundo seys años, hasta que me halléys.

Entonces, con un estallido, el castillo y quanto en él avía desapareció, y Belisenia, a la vista de todos, fue llevada en un carro que muy hermosos grifos llevaban, y con la ligereza posible fue llevada a las celestiales yslas, juntamente con Margiano. Y allí quedó solo Adamantes, sin escudo ni yelmo, y los estimados príncipes don Belianís y Perianeó y don Lucidaner, que antes avían sido presos, y con ellos Bradaleón y Rindaro de Hivernia, los cuales todos tenían prisiones. Belflorán fue a hincar las rodillas ante su padre, quitándose el yelmo, y él le abraçó con el amor que podéys pensar. Pidió las manos al soldán Perianeó y a su tío, don Lucidaner, mas ellos le abraçaron. A estos recibimientos llegaron Salisterno y Furibundo; mas quando el emperador don Belanio se quitó el yelmo, todos dieron una gran boz de alegría. Hincáronse ante él de rodillas; él dio /278-vº/ la mano a solos Perianeó y Salisterno, y luego les quitaron las prisiones que tenían.

Y sentándose en la puente, porque casa ni otra cosa no la avía, llamaron al valiente Adamantes, y, sentándole entre sí, él bolvió a don Belianís su espada, diziéndoles cómo el que allí le pusiera no pretendía más de aquella espada y la de Belflorán, y de aquello se le diera cargo. Ellos davan las gracias a Dios, que de tantos peligros los librara. Allí acordó Belflorán [a] Adamantes cómo estava obligado de presentarse en Nubia ante Dolisena, y él lo prometió de nuevo. Y, como la noche fuesse muy entrada, debaxo de unos árboles se quedaron a dormir, cenando lo que sus escuderos traían, que fue mejor que quanto les dieran en Grecia. Belflorán, que muy cuydoso estava por conocer los escuderos que con él venían, assí por la sortija que le dieran, que él se acordava averla dado a Primaflor, como por aver por su industria acabado aquella aventura, llamándolos, se apartó con ellos por entre los árboles, y les dize:

–Gentiles donzeles, no sé con qué agradeceros tan buenas obras como me avéys echo. Ruégoos, por la fe que a Dios devéys, me digáys quiénes soys, porque yo estoy loco, que en la habla parecéys tan estrañamente a quien yo devo más que la vida; si buenamente se pudiera sospechar, yo creyera que vos érades.

No aguardaron más Primaflor y Dolainda, que, descubriendo los rostros, le dizen:

–Señor, bien creemos que por vos no seremos conocidos, que no á sido nuestro estado tal que lo merezca, y lo que os avisamos fue porque nos lo contó una dueña que en este castillo estuvo algún tiempo.

–¿Y el anillo que me distes –dixo Belflorán–, quién os le dio, que me parece conocerle?

–Diéronnosle unas donzellas en Ingalaterra –dixo Dolainda–, que las servimos un poco de

tiempo, y aún nos dixo [Primaflor]⁹²², que assí se llamava, hija del rey de Nápoles, que nos le dava para perder la memoria de un cavallero, cuyo fuera.

Aquí dio un pequeño suspiro Belflorán, diziendo:

–Mayor es la fuerça que recibe quien más no puede. [A]ora⁹²³, mis hermanos –dixo Belflorán–, me contad lo que de la prin(c)cesa, mi esposa, començastes.

–Estos escuderos del emperador, vuestro agüelo –dixo Primaflor– os lo dirán, que él es salido en su busca, que el armada llegó a Costantinopla sin ella, y no se hallan Astrideo y Serpentino ni el buen duque Leandro y Pandriano y otros muchos cavalleros de quenta.

–Dezidme vuestros no(o)mbres –dixo Belflorán, muy turbado–, porque me llama el emperador.

–Yo –dixo Primaflor–, me llamo Florindo, y este, mi hermano, Perseo. Somos naturales de Ingalaterra, y serviros emos en este camino.

–No desseo cosa más –dixo Belflorán–, y agora, reposad, que voy a ver lo que me quiere el emperador.

Mas ellos estaban hablando en la pérdida de Belianisa, de que dando parte a Belflorán, él lo sintió tanto que fue ventura no morir de pesar. Mas disimulolo por los presentes, diziendo que en alguna parte avrían aportado donde no assí fácilmente podrían bolver, y que sería menester avisos por muchas partes.

–De esso perded cuydado –dixo el emperador–, que todo está proveýdo.

En esto y en cosas de Nubia passaron gran parte de la noche.

Capítulo 75: De la graciosa aventura que a aquellos príncipes aconteció antes de llegar al Cayro.

Bien creo, mi señora, que ve la vuestra merced tan bien como yo cómo he tomado el esquiife para dar un salto en tierra; bien sé que no tomaré el puerto que yo quisiera, mas ya tengo hecho el escudo de sufrimiento, y aquí quiero contaros lo que a la flor de la cavallería aconteció.

Estaban debaxo de la encubierta d'estos árboles los mayores señores y más valientes cavalleros que tenía el mundo, porque estaban el emperador don Belanio, el emperador don Belianís, el soldán Periano, el rey don Lucidaner, Belflorán de Grecia, Salisterno Sin Pavor, Furibundo, el africano Bradaleón, aquel valentísimo Rindaro de Hivernia y el fortísimo Adamantes. Tales diez cavalleros, ¡quién pensara hallarlos en otra parte! Y, como los votos fuessen diferentes, unos de yr a una parte y otros a otra, remitiéronse todos al emperador; el qual, como más sabio, acordó de provechar a lo que más cumplía, y dize que todos jun- /279-rº/ -tos como estaban caminasen la buelta

⁹²² *Meridiana.*

⁹²³ *Oora.*

de Nuvia, colando por los confines de los reynos de Goale, y de una suerte o de otra dexassen pacíficos a don Dolistor y Polisteo, que en el entretanto se verán nuevas de las otras cosas, que por entonces era buscarlas a tino. Ninguno osara contradizeir al emperador, viendo quán justa era aquella jornada.

Y con esta determinación cavalgaron todos, desseando ya verse entre los enemigos; y el que más lo desseava era el emperador, que más enojo que otro mostrava contra Ariobarçano. Y metiéronse por la espesura de un bosque, por el qual anduvieron hasta que era muy cerca de medio día, que se hallaron en unas frescas praderías, al cabo de las quales vieron una casa de plazer tan hermosa que alegría dava mirarla. Yvan los más platicando con los disfraçados Florindo y Perseo, espantados de ver la mayor belleza que jamás oyeran dezir. Parecíales en su gravedad y rostros ser de alta guisa, y de allí adelante los estimavan en mucho, y con razón, porque a su causa les sucedieron las más altas y estrañas aventuras que jamás se oyeron, y a su causa fue llegado a la muerte el valentíssimo Rindaro por las manos de Bramidoro de Sericana, y Belflorán se vio en gravíssimos peligros, como en la otra parte será contado. Por Primaflor, llamándose Florindo, se ganó la gran ciudad del Cayro, siendo d'ella enamorada, pensando ser hombre, una hija del gran soldán de Egipto.

Pues d'esta guisa, caminando, llegando a la hermosa casa cuyos vergeles y huertas combidaran a ser mi[r]adas⁹²⁴ de los heridos de la melancolía, a la puerta vieron un harto agraciado cavallero. Era viejo, que passava de setenta años; su gravedad mostrava ser hombre de manera. El qual, holgándose mucho de ver cavalleros tan bien dispuestos y con tan ricas armas, les dize:

–Señores, la ora y el estar el poblado lexis combida a tales cavalleros a hazer mi ruego. Por tanto, sed servidos de descansar aquí una pieça, que para mí será estraño contento.

–Plázenos –respondió el emperador don Belanio–, que ofrecimiento de tal cavallero como vos parecéis no es de dexar.

Y con esto se apearon, y muchos servidores del huésped les tomaron los cavallos y pusieron a recado los yelmos, escudos y lanias, que los arneses no acostumbavan dexarlos. Pues, quando el huésped vio en su casa gente tan principal, y que a esta ora les dieron sus escuderos mantos que se cubriessen, los más ricos que jamás vieran, cubiertos de perlas y piedras de valor, y viendo el respeto con que el emperador de todos era tratado, siendo cavalleros de tan gran parecer, pesole, pareciéndole(s) que no tendría aquella dispusición para v[an]quetearlos⁹²⁵ como él quisiera. Y después que con algunas conservas se refrescaron, saliéronse a la puerta, esperando que la comida se adereçase. Y vieron, por un camino que allí se hazía, venir alguna copia de cavalleros y gente de servicio, acompañando quatro carros, que cada uno d'ellos tiravan seys cavallos. Eran ricos, además, y atendieronlos, que derechos para la misma casa se venían. El huésped, quando los vio, fue en extremo alegre, diziendo:

⁹²⁴ *minadas.*

⁹²⁵ *vuaquetearlos.*

—Cierto, señores, yo estava con pena por no saber cómo poderos festejar según vuestro merecimiento; mas, si no me engaño, en estos carros viene con quién avréis todo plazer.

Los carros se dieron priessa y, saludando los que venían a los que estavan, d'ellos salieron diez donzellas, las cinco vestidas de raso carmesí, pobladas de unas flores nidias, dadas muchas cuchilladas por los cuerpos y mangas sobre una tela de oro blanca, y en cada golpe, una laçada hecha de oro que parecía una rosa, con los esmaltes blancos y encarnados. Venían todas a la egiptiana, con unas ruedas con cercos por los tocados de valor inestimable. Traían encima, para de camino, un ábito que a la buelta del Cayro se usa más comúnmente a la manera de una capa francesa, mas era abierta por los lados, con unas ricas mangas para el tiempo necesario, una capilla alta que se tomava al cuello con ricos botones y otras quatro o cinco que caían por sus espaldas. Vestíasse muy cerrada por delante, aunque por los pechos tenía quatro golpes a la larga que descubrían el vestido; eran de terciopelo, bordados con muchos recamas y perlas.

Las otras cinco venían de amarillo cortado sobre una tela de oro y negro; las cuchilladas, tomadas con muchos rubís, que estavan puestos en forma de unos claveles. Sus cabellos, hechos laçadas, y hazían d'ellos mismos u- /279-vº/ -na manera de un tocado, que, siendo todo natural, davan más hermosos lustres. Encima traían unos sombreros de paja, conforme al uso de la tierra; eran tan ricos, y por las copas y delanteras traían tantas piedras, que no se dexavan mirar, con ricas plumas amarillas y negras y medallas de valor. Traían unos mantos de un raso flor de lino, los quales se cubrieron por cima del hombro yzquierdo y, derribándose por la espalda, venían por baxo del brazo derecho. Estavan guarnecidas con muchas randas de oro y perlas.

Tales venían las damas, que, aunque los cavalleros uviessen visto tanta riqueza y hermosura como esta historia os á contado, fueron estrañamente maravillados, y no sin causa, que eran de acabada hermosura y muy niñas, que la mayor no llegava a veynte años. Todas fueron a besar las manos al cavallero viejo; mas él las abraçó, y, llevándolas delante del emperador, le dize:

—Dad, mi señor, las manos a estas donzellas, mis nietas, que bien lo merecen, que son hijas de tales cavalleros con quien recibíades plazer, que aora son ydos a la guerra en servicio del soldán, mi sobrino.

El emperador las abraçó; y todos los cavalleros, como es cosa natural, con la vista de las damas se holgaron mucho, y en dulces razonamientos las entretienen, que no estavan menos maravilladas de ver tales cavalleros; y las más d'ellas se aficionaron a Belflorán, así porque hablava mejor su lengua como porque su hermosura llevaba los entendimientos. Y así quatro o cinco platicavan con él, mas ningunos celos causavan a Florindo, o Primaflor, porque por ambos nombres le llamaremos de aquí adelante, que bien sabían que, aunque en él hallassen entrada para padescer, no hallarían salida para sanar, aunque os digo que la hermosura de las egiptias estavan muy contentas.

A esta ora los llamaron a comer, y el buen cavallero los sentó por la orden que le pareció,

porque, poniendo al emperador y a don Belianís y Periano delante, los sentó por su orden, y por el otro lado las diez damas; a lo último de la mesa quedó sentado Furibundo, y junto a él Rindaro de Yvernia y el valentísimo Adamantes. El servicio de la mesa fue más favorable que cuydaran, porque a cada cavallero con la dama que le caía enfrente no ponían sino un plato, de suerte que avían de comer juntos, que para otros cavalleros a quien libres tomara fuera estraño contento, y aun assí lo era para ellos, que no ay locura de amor que impida a qu'el corazón no se alegre con aquello que naturalmente da gusto. Más de tres cavalleros dize la historia que quedaron prendados del amor de las damas que por suerte les cupieron; el uno era Adamantes y el otro Salisterno, y el otro Furibundo. Pues, como cesasse la música, el huésped preguntó a sus nietas la causa de su venida a tal tiempo.

–Señor –dixeron ellas–, sabed que en el Cayro se hazen grandes fiestas y el soldán es venido, y para de oy en dos días se hazen unos torneos, a los quales se junta toda la flor de Egipto. Y nosotras veníamos a rogaros que os fuéssedes con nosotras a verlas disimuladamente, sin que el soldán ni otra persona alguna nos conociesse. Y aora me parece se nos á ofrecido mejor que cuydávamos, pues tales cavalleros no dexarán de yr a ver las fiestas y llevarnos en su compañía.

–No, por cierto, hermosas señoras –dixo el emperador–. Y, aunque mi edad no requería detenerme en esto, ni aun los negocios a que ývamos lo sufrían, yo quiero que todos vamos en vuestro servicio, y aún más: que cada uno d'estos cavalleros a la dama que tanta merced le á hecho le prometa una joya del torneo, para que os quede en memoria de lo mucho que a vuestro servicio nos dexáys obligados. Y porque de mejor voluntad lo cumplan, yo quiero ser el primero, y a vos, mi señora –dixo contra la donzella que con él cenara–, yo vos prometo las armas y cavallos de los mantenedores que el primero día uviere; las quales, si no vos dieren de su voluntad, yo las ganaré por fuerça de armas.

Grande fue el alegría que todos recibieron en ver lo que el emperador hiziera, y la donzella le dixo:

–Mi señor, por la merced de la promesa beso vuestras manos; mas no quiero veros en tanto peligro, que los mantenedores tienen fama de los mejores cavalleros que se [a]yan⁹²⁶ visto.

–Es poco –dixo el emperador–, pues vuestra ermosura á causado que yo tome armas más de para aquello que las pudiera escusar. Y agora veremos cómo pasan adelante estos cavalleros.

–Yo –dixo el soldán Periano– quisiera, a quien tanta merced /280-rº/ me á hecho, servirla en cosa con que su honrra fuera muy adelantada. Mas, pues en este torneo á de ser, yo le prometo que todos los cavalleros que traxeren espadas doradas yrán a pedir la mano al cadahalso donde estuviere.

A mucho se tuvo esta promesa, y don Belianís, riendo, dize:

–¡Quién osará, señores, ofrecer cosa donde le empiden tales cavalleros! Y con esto digo que defenderé por servicio d'esta dama que ningún cavallero sin su licencia pueda traer pluma en el

⁹²⁶ ryan.

torneo; y el que sin ella la traxere, yo se la quitaré.

–Pues yo –dixo don Lucidaner– no quiero quedar olvidado, y digo que en el torneo, por servir a quien tan alto favor me á hecho, no consentiré que ninguno traya en el escudo el campo de oro; y, si alguno le osare entrar, se le haré entregar a mi dama, pues no es justo que las colores suyas ninguno sin su mando las entre en el torneo.

Tocava a Belflorán por la orden de su promesa, mas él estava algo sentido de las promesas passadas, porque él traía el campo del escudo de oro, y muy ricas plumas, y espada con guarniciones de oro, y parecíale que, o él no avía de entrar en el torneo, o que le convenía mirar por sí, por ver si otro alguno prometía cosa que le tocasse. A Rindaro dize:

–Mi señor, ofresca la vuestra merced por entr’ambos, que yo no sé lo que prometa que no quede corto, según el valor de tan hermosa dama.

–Señor –dixo Rindaro–, mucho prometería yo si vos os obligásedes a cumplir por mí, que de otra suerte seré como el mosquito entre los elefantes.

–Vuestro valor –dixo Belflorán– es tal que de ninguno tiene necesidad. Y aora, hazed lo que os toca, que yo quiero ser el postrero.

–Pues yo –dixo Rindaro– prometo de cada mañana, en el entretanto que los torneos duraren, defender por fuerça de armas que mi dama excede en hermosura a todas las damas de Egipto. Y, siuviere cavallero que me derribare, que aya en premio el reyno de Nisenia que aora yo eredé.

–Agora os digo –dixo el emperador– que sola mi dama quedará quexosa, pues soy el que menos he ofrescido a su servicio. Agora veamos qué quiere hazer Salisterno.

–Yo, señor –dixo el príncipe– quisiera no verme en este trance; mas el Cavallero de las Águilas, mi señor, tiene la culpa, que á querido regular los esfuerços de todos por el suyo. Y assí, yo quiero ofrescer a quien me tiene por suyo que, los tres días de los torneos, cada día estaré junto a los miradores del soldán, y después por la virtud de mi dama aver derribado cien cavalleros, no consintiré que ninguno hable al soldán sin que primero lleve su licencia, confesando ser más justo pedirla a ella que al soldán.

–Pues yo –dixo Adamantes– he perdido la empresa que defendía y soy prisionero de la princesa Dolisena. No puedo por mi voluntad entrar en el torneo ni hazer servicio a dama alguna; mas yo le ofresco de acompañarla en este torneo, y que le daré qualquiera joya que me pidiere de qualquier dama que traxere cavallero que la defienda, sin sacar alguna.

D’esta promesa se sintieron muchos, como aquellos que todos llevaban damas al torneo.

–Pero yo –dixo Bradaleón–, como el que menos puede en este torneo, digo que estaré junto al cadahalso de mi dama a pie, y por fuerça quitaré a los que por su parte me fueren señalados cien cavallos, los quales queden para el servicio de sus carros, lo qual haré sin tomar cavallo ni lança.

–Agora, señor Furibundo –dixo don Belianís–, avemos de ver lo que todo el mundo tiene tan conocido.

–Mi señor –dixo Furibundo–, una locura quiero hazer y, si no pudiere cumplirla, tomaré a la vuestra merced por padrino.

–Sea en buena ora –dixo don Belianís.

–Pues yo –dixo el atrevido pagano– prometo a esta señora todos los precios de los torneos, los quales yo ganaré por fuerça, para que haga d’ellos a su voluntad.

D’esto que Furibundo prometió se açoraron muchos. Mas Belflorán, a quien por la orden tocava ser el postrero, dixo:

–Excelentes cavalleros, mi dama es de tanto valor y vosotros avéys prometido tantas aventuras del torneo, que para mí no dexastes alguna; mas las grandes cosas an de ser caramente avidas. Yo prometo que mi dama trayrá del torneo una joya de cada una de las damas que están a la mesa con la manopla yzquierda del cavallero que la acompañare. Y más, si luego bivo a la batalla de los egiptios y topies, le embiaré el estandarte de aquellos contra quien yo fuere en la batalla.

Aquí se dio gran risa en la mesa, y el emperador /280-vº/ don Belanio le dixo:

–Mucho avéys prometido. Yo, por mí, digo que joya de mi dama ni mi manopla yo no la daré de buena voluntad.

Otro tanto dixeron otros. Solos quedaron Rindaro y Furibundo, que no respondieron palabra. Y estando las damas muy contentas de los estraños ofrecimientos que les hizieran, no porque pensasen que bastarían a cumplirlos, la cena se acabó, y todos se salieron a passear por el campo. Mas el emperador, llamando aparte al cavallero viejo, le dixo:

–Buen señor, estos cavalleros son tales que muy enteramente cumplirán esto que tienen ofrecido. Mas conviene que todo se ponga por memoria y se lleve al soldán, pidiéndole seguro para ello, porque de otra suerte no se le buelva en pesar aquello de que devría recibir tanto contento.

–Muy bien me parece –dixo el huésped–, y por vuestro servicio yo me adelantaré a pedir el seguro.

Entonces el emperador de su letra hizo la memoria de lo que los cavalleros avían de cumplir, llamando a cada uno por la devisa de su escudo, encubriendo los nombres propios.

Y así estuvieron aquel día, tan festejados quanto lo fueran jamás. Y aquella noche llegó un hijo del huésped, que les contó nuevas de la guerra y les dixo cómo de allí a treynta días estava aplazada campal batalla, la qual se esperaba sería en favor de los egiptios y tártaros, porque, propuesto que don Baldín avía ganado la ciudad de Phila y Siena y Elephantina al Nilo, avían perdido la villa de Vela, que es más hazia la Persia, y mucha cavallería, y que avían llegado en su socorro gentes de las amazonas con la reyna Cenobia y un cavallero valentísimo que se dezía Armesildo; mas que no era nada, según baxava la pujança Ariobarçano y el rey Tholomeo de Egipto, su señor.

D’estas nuevas fueron alegres los cavalleros, pareciéndoles que tenían harto término para yr a Phila, donde estava el campo; y otro día partieron la buelta del Cayro, y el huésped se adelantó por

el seguro.

Lo que en esta estraña aventura subcedió, con las espantosas guerras de los nubianos príncipes y libertad de la linda Belianisa, con lo que aconteció al niño Fortimán de Grecia, que en Tartaria se criava, y lo que avino a estas dissimuladas princesas Primaflor y Dolainda, con el fin de los amores de don Dolistor y Polisteo y otras grandes hazañas, quisiera contar (porque la aventura d'este torneo cada uno cumplió su promesa sin desonor de sus compañeros); mas el sabio Fristón, passando de Grecia en Nubia, juró avía perdido la hystoria, y assí la tornó a buscar. Yo le he esperado y no viene, y suplir[1]e yo con fingimientos a historia tan estimada sería agravio. Y assí, lo dexaré en esta parte, dando licencia a qualquiera a cuyo poder viniere la otra parte, la ponga junto con esta, porque yo quedo con harta pena y desseo de verla.

Y vuestra alteza me dé licencia, si no basta la que mi enfermedad se tenía, y me mande cosas de otra profisión, pues para escrevir amores no me da licencia la edad, y para las armas se me á resfriado la sangre; protestando, serviré, como siempre.

Laus Deo.

Aquí se acaba la Tercera y Quarta parte de don Belianís de Grecia, compuesta por el licenciado Gerónimo Fernández, assí mismo autor de la Primera y Segunda. Impressa en la muy noble y muy más leal ciudad de Burgos, cabeça de Castilla, cámara de Su Magestad, por Pedro de Santillana, impressor. Año de mil y quinientos setenta y nueve.

V. GLOSARIO

Glosario elaborado fundamentalmente a partir del *DRAE* y completado en algunos casos con aclaraciones extraídas del *Diccionario Histórico de la Real Academia (DH)*, del *Diccionario de Autoridades (Aut.)* y del *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias (*Cov*).

a jorro. loc. adv. *Mar.* A remolque.

abéñula. (Del lat. *pinnŭla*, plumita). f. desus. Pestaña.

abonar. (Del lat. *bonus*, bueno). intr. abonanzar. Dicho del tiempo o de una tormenta: serenarse, aclararse.

adado. Véase *hadado*.

adherente. (Del ant. part. act. de *adherir*; lat. *adhaerens*, *-entis*). m. Requisito o instrumento necesario para algo. U. m. en pl. “Algunas veces se usa por lo mismo que ingredientes” (*Aut.*).

adolecer. (Del ant. *dolecer*). intr. Caer enfermo o padecer alguna enfermedad habitual.

aduro. (Del lat. *ad durum*). adv. neg. desus. Apenas.

aferrar. (De *a-* y *ferro*). tr. *Mar.* Atrapar, agarrar con el bichero u otro instrumento de garfio. U. t. c. intr.

aire colado. m. Viento frío que corre encallejado o por alguna estrechura.

ál. (Del lat. ant. *alid*, por *aliud*). pron. indet. ant. Otra cosa.

al vado, o a la puente. expr. coloq. para aconsejar o instar a que se opte por una u otra resolución en caso de perplejidad. “*Ni al vado, ni a la puente*: modo de hablar con que se da a entender que algún negocio u dependencia está parado y sin hacerse diligencias para finalizarle, ni dexándole de todo punto” (*Aut.*)

alárabe. (Del ár. hisp. *al‘aráb*, y este del ár. clás. ‘*arab*, árabes, beduinos). adj. árabe.

alfana. f. Caballo corpulento, fuerte y brioso.

almete. (Del fr. ant. *healmet*, este del a. al. ant. *helm*, y este del germ. **helma*). **1.** m. Pieza de la armadura antigua, que cubría la cabeza.

almófar. (Del ár. hisp. *almáǧfar*, y este del ár. clás. *miǧfar*). **1.** m. Parte de la armadura antigua, especie de cofia de malla, sobre la cual se ponía el capacete.

almuédano. (Del ár. hisp. *almuwáǧdan*, y este del ár. clás. *mu‘aǧḍin*). **1.** m. Musulmán que desde el alminar convoca en voz alta al pueblo para que acuda a la oración.

alquibla. (Del ár. hisp. *alqíbla*, y este del ár. clás. *qiblah*). f. Punto del horizonte o lugar de la mezquita hacia donde los musulmanes dirigen la vista cuando rezan.

amancillar. (De *mancilla*). tr. ant. Causar lástima o compasión.

arandela. (Del fr. *rondelle*). f. Pieza fuerte de metal, de forma cónica, que se ponía encima de la empuñadura de la lanza para defensa de la mano.

ardid. adj. desus. Mañoso, astuto, sagaz.

arpeo. (Del fr. ant. *harpeau*, dim. de *harpe*, garra). m. *Mar.* Instrumento de hierro con unos garfios, que sirve para rastrear, o para aferrarse dos embarcaciones.

asperto. adj. ant. “Lo mismo que experto” (*DRAE* 1780), “Despierto” (*DH*).

astería. f. ant. “Depósito o repuesto de lanzas”. (*DH*).

atentado, da. (Del part. de *atentar*). adj. desus. Cuerdo, prudente, moderado.

azagaya. (Del ár. hisp. *azzaġáya*). f. Lanza o dardo pequeño arrojadizo.

azogarse. Contraer la enfermedad producida por la absorción de los vapores de azogue, cuyo síntoma más visible es un temblor continuado. “**Temblar como un azogado**: Phrase vulgar con que por comparación se da à entender que por algún motico sentimiento interior está alguno sobresaltado y temblando” (*Aut.*).

bajón. (Del aum. de *bajo*). m. Instrumento musical de viento, construido de una pieza de madera como de 80 cm de longitud, con ocho agujeros para los dedos y otro u otros dos que se tapan con llaves. En su parte lateral superior se encaja un tudel de cobre, de forma curva, y en este una pipa de cañas con la cual se hace sonar el instrumento, que tiene la extensión de bajo.

baldonar. (De *baldón*). tr. Injuriar a alguien de palabra en su cara.

bandear. (De *bando*). tr. ant. Guiar, conducir.

barloventear. (De *barlovento*). intr. *Mar.* Ganar distancia contra el viento, navegando de bolina.

barreno. véase *dar barreno a una embarcación*.

basca. (Quizá del celta **waskā*, opresión; cf. galés *gwâsg* y bretón *gwask*). 2. f. Agitación nerviosa que siente el animal rabioso.

bereço. Véase *brezo*.

blandear. (De *blando*). intr. Aflojar, ceder. U. t. c. prnl.

bolina. Véase *ir a la bolina*.

bozal. (De *bozo*). adj. coloq. Bisoño. Inexperto en algún arte u oficio. U. t. c. s.

brahón. (Del fr. ant. *braon*, y este del franco *brado*, parte carnosa del cuerpo; cf. al. *Braten*, carne asada). 1. m. En algunos vestidos antiguos, rosca o doblez que ceñía la parte superior del brazo.

brezo. (Del lat. hisp. **broccius*, y este del celta **vroicos*; cf. galés *grug*, irl. ant. *froech* y gaélico *fraoch*). m. Arbusto de la familia de las Ericáceas, de uno a dos metros de altura, muy ramoso, con hojas verticales, lineales y lampiñas, flores pequeñas en grupos axilares, de color blanco verdoso o rojizas, madera dura y raíces gruesas, que sirven para hacer carbón de fragua y pipas de fumador.

búfano. m. desus. Búfalo.

cántaro. véase *echar la soga tras el cántaro*.

capilla. (Del lat. **cappella*, dim. de *cappa*, capa). f. Capucha sujeta al cuello de las capas, gabanes o hábitos.

carlear. (De or. inc., quizá de **calorear*, der. de *calor*). intr. rur. desus. Jadear. Era u. más referido a perros.

carraca. (Quizá del ár. hisp. *ḥarrák*). f. Antigua nave de transporte de hasta 2000 t, inventada por los italianos.

carro falcado. m. carro que antiguamente tenía fijas en los ejes unas cuchillas fuertes y afiladas, para herir al enemigo y servía para guarnecer los costados del ejército.

casamata. (Quizá de *casa* y *mata*, en it. *casamatta*). f. *Mil.* Bóveda muy resistente para instalar una o más piezas de artillería.

caudal. véase *hacer caudal de* alguien.

cava. (Del lat. *cava*, zanja, cueva). f. *Mil.* Foso. Excavación en torno a una fortaleza.

cedal. (Del prov. *sendal*, y este del lat. *sinclon*, *-ōnis*, con cambio de sufijo). 1. m. Tela de seda o lino muy delgada y transparente.

cerrar. (Del lat. **serrare*, de *serāre*). intr. Trabar batalla, embestir, acometer. *Cerrar con el enemigo.*

cofia. (De or. inc.; cf. lat. tardío *cofia*). 1.f. Birrete almohadillado y con armadura de hierro, que se llevaba debajo del yelmo. 2. f. Pieza de la armadura antigua que se atornillaba a la calva del casco para reforzarla, y de la que pendían tres ramales articulados para la defensa del cuello.

colado. Véase *aire colado*.

comedio. (De *co-* y *medio*). m. Intermedio o espacio de tiempo que media entre dos épocas o tiempos señalados.

comedirse. (Del lat. *commetīri*). Moderarse, contenerse.

cómitre. (Del lat. *comes*, *-ītis*, ministro subalterno). m. Persona que en las galeras vigilaba y dirigía la boga y otras maniobras y a cuyo cargo estaba el castigo de remeros y forzados.

conserva. f. *Mar.* Compañía que se hacen varias embarcaciones navegando juntas para auxiliarse o defenderse, y más comúnmente cuando alguna o algunas de guerra van escoltando a las mercantes.

continente. (Del ant. part. act. de *contener*; lat. *contīnens*, *-entis*). m. Aire del semblante y actitud y compostura del cuerpo.

contraste. m. *Mar.* Cambio repentino de un viento en otro contrario.

contratación. f. Comercio y trato de géneros vendibles.

contratela. f. *Cineg.* Cerca de lienzos u otra manera de valla con que se estrechaba el espacio cerrado por la tela, ya para la caza o para fiestas y lides.

coracina. f. Coraza pequeña y ligera formada por launas superpuestas a modo de escamas y sujetas a una tela fuerte.

coro. (Del lat. *caurus*). “Viento que corre donde se pone el sol en el solsticio de junio, que antiguamente colocaban así los que dividían los vientos en doce. Ya no tiene uso” (*Aut*).

cortar bien. loc. verb. Pronunciar un idioma con exactitud, limpieza y claridad.

coselete. (Del fr. *corselet*). m. Coraza ligera, generalmente de cuero, que usaban ciertos soldados de infantería.

cualque. (Del lat. *qualis quid*). pron. indet. p. us. Alguno, cualquier, cualquiera.

cuartago. (Etim. disc.; cf. fr. *courtaud*). m. Caballo de mediano cuerpo.

cuera. (De *cuero*). f. Especie de chaqueta de piel, que se usaba antiguamente sobre el jubón.

cuera de armar. f. Cuera que se ponía debajo del arnés.

cuja. (Del lat. *coxa*, cadera). **1.** f. Bolsa de cuero asida a la silla del caballo, para meter el cuento de la lanza o bandera. **2.** f. Anillo de hierro sujeto al estribo derecho, en el que los soldados lanceros colocan el cuento de su arma. **3.** f. ant. Muslo.

chapeo. (Del fr. *chapeau*). m. p. us. Sombrero.

chusma. (Del genovés ant. *ciüsma*, y este del gr. κέλευσμα, canto acompasado del remero jefe para dirigir el movimiento de los remos). f. Conjunto de los galeotes que servían en las galeras reales.

dar al través. loc. verb. *Mar.* Dicho de una nave: Tropezar por los costados en una roca, o costa de tierra, en que se deshace o vara.

dar barreno a una embarcación. loc. verb. *Mar.* Agujerearla para que se vaya a fondo.

dejarretar. (De *de-* y *jarrete*). tr. desus. Desjarretar: cortar las piernas por el jarrete.

del pie a la mano. expr. De un instante para otro.

derrota. (De *derromper*). f. *Mar.* Rumbo o dirección que llevan en su navegación las embarcaciones.

desapoderado, da. (Del part. de *desapoderar*). **1.** adj. Furioso, violento, desenfrenado. **2.** adj. p. us. Precipitado, que no puede contenerse.

desblanquiñado, da. adj. Blanquecino.

desemejado, da. adj. ant. Desemejante. Diferente, no semejante.

deseño. m. desus. Designio. Pensamiento, o propósito del entendimiento, aceptado por la voluntad.

deslate. (De *deslatar*). m. ant. Disparo, estallido.

despalmar. (De *des-* y *palma*). tr. Limpiar y dar sebo a los fondos de las embarcaciones que no están forradas de cobre.

despartir. (Del lat. *dispartīre*). tr. desus. **1.** Separar, apartar, dividir. **2.** tr. desus. Poner paz entre quienes riñen. U. en algunos lugares de América.

devisar. (Del lat. *divīsus*, repartido). tr. ant. Señalar, declarar la suerte o género de armas para el combate en los duelos o desafíos.

disfraz. (De *disfrazar*) m. “En lo moral vale cualquiera doblez del ánimo, falta de sinceridad: disimulación con que se da a entender otra cosa de lo que se siente.” (*Aut.*).

divisar. (Del lat. *divīsus*, part. pas. de *dividēre*, dividir, distinguir). tr. *Heráld.* Diferenciar, distinguir las armas de familia, añadiéndoles blasones o timbres.

dudado (Del part. de *dudar*; lat. *dubitāre*). adj. ant. Temido.

echar de ver. 1. loc. verb. Notar, reparar, advertir.

echar la soga tras el cántaro o **echar la soga tras el caldero.** loc. verb. coloq. Dejar perder lo accesorio, perdido lo principal.

embeleñar. (De *en-* y *beleño*). tr. Adormecer con beleño.

empavesar. tr. *Mar.* Engalanar una embarcación cubriendo las bordas con empavesadas, y adornando los palos y vergas con banderas y gallardetes, en señal de regocijo.

empecer. (Del lat. **impediscēre*, de *impedire*, impedir). tr. desus. Dañar, ofender, causar perjuicio.

enarmonarse. Dicho de un caballo: empinarse.

encujar. Véase *cuja*.

ensandecer. intr. Volverse sandio, enloquecer.

entorchado. (Del part. de *entorchar*). 1. m. Cuerda o hilo de seda, cubierto con otro hilo de seda, o de metal, retorcido alrededor para darle consistencia, usado para los instrumentos musicales y los bordados. 2. m. Bordado en oro o plata, que como distintivo llevaban en las vueltas de las mangas del uniforme los militares, los ministros y otros altos funcionarios.

escarcela. (Del it. *scarsella*, bolsa). f. Parte de la armadura que caía desde la cintura y cubría el muslo.

espadañada. 1. f. Golpe de sangre, agua u otra cosa, que a manera de vómito sale repentinamente por la boca. 2. f. Abundancia, bocanada.

esquifar. (De *esquife*). tr. *Mar.* Proveer de pertrechos y marineros una embarcación.

esquilfe. m. desus. Esquife, barca que se lleva en el navío.

estacado. (Del part. de *estacar*). m. Palenque, valla para cerrar un terreno.

estado. (Del lat. *status*). m. Medida longitudinal tomada de la estatura regular del hombre, que se usaba para apreciar alturas o profundidades, y solía calcularse en siete pies.

estordec, atontar: **tordo, da.** (Del lat. *torpidus*). adj. Torpe, tonto.

fajina. (De un der. del lat. *fascis*, infl. por el it. *fascina*). f. *Mil.* Haz de ramas delgadas muy apretadas que usaban los ingenieros militares especialmente para revestimientos. También las había para coronar, incendiar, etc.

falsar. (De *falso*). tr. Romper o penetrar la armadura.

favorido, da. (Del part. del ant. *favorir*, favorecer). **1.** adj. desus. Favorecido.

fragura. f. Aspereza del terreno.

fornecer. (De *fornir*). tr. desusa. Proveer de todo lo necesario para algún fin.

fuego greguisco. m. ant. fuego griego. Mixto incendiario que se inventó en Grecia para abrasar las naves.

gaje. (Del fr. *gage*, prenda). m. ant. Prenda o señal de aceptar un desafío.

gastador, ra. m. *Mil.* Soldado que se aplicaba a los trabajos de abrir trincheras y otros semejantes, o bien a franquear el paso en las marchas, para lo cual llevan palas, hachas y picos.

gorjal. (De *gorja*). m. Pieza de la armadura antigua, que se ajustaba al cuello para su defensa.

greba. (Del fr. ant. *grève*). f. Pieza de la armadura antigua, que cubría la pierna desde la rodilla hasta la garganta del pie.

grupada. (Del cat. *gropada*). f. Golpe de aire o de agua impetuoso y violento.

guión. (De *guía*). m. Estandarte del rey o de cualquier otro jefe de hueste.

hacanea. (Del fr. *haquenée*, y este del ingl. *hakeney*, de *Hackney*, localidad cercana a Londres, famosa por sus caballos). **1.** f. Jaca mayor de lo habitual, pero menor que el caballo y más apreciada que la normal.

hacer caudal de alguien. loc. verb. p. us. Tenerlo en aprecio y estimación, haciendo mucho caso de ello.

hacer rostro. loc. verb. Resistir al enemigo.

hacha. (Del lat. **fascūla*, cruce de *facūla*, pequeña antorcha, y *fascis*, haz). **1.** f. Vela de cera, grande y gruesa, de forma por lo común de prisma cuadrangular y con cuatro pabilos.

hadado, da. (Del part. de *hadar*). adj. Prodigioso, mágico, encantado.

halcón sacre. m. El de dorso pardo y cabeza clara, propio del este de Europa y Asia Menor.

harpeo. Véase *arpeo*.

haz. (Del lat. *acīes*, fila, con la *h* de *haz*¹). m. Tropa ordenada o formada en trozos o divisiones. **2.** m. Tropa formada en filas.

husma. Véase *chusma*.

inconsultamente. adv. m. p. us. Inconsideradamente. Sin consideración ni reflexión.

indio, dia.(De *índigo*). adj. De color azul.

ingre. (Del lat. *inguen*, *-īnis*, ingle). f. desus. Ingle. U. en Burgos.

ir a la bolina. “Frase náutica que significa ir la embarcación de costado” (*Aut*).

jalde. (Del fr. ant. *jalne*, y este del lat. *galbīnus*, de color verde claro). adj. Amarillo subido.

jaral. m. Sitio poblado de jaras.

jerga. (De or. inc.). f. Tela gruesa y tosca.

jineta. (De *jinete*). f. Arte de montar a caballo que, según la escuela de este nombre, consiste en llevar los estribos cortos y las piernas dobladas, pero en posición vertical desde la rodilla. *Montar a la jineta.*

jorro. Véase *a jorro*.

lebeche. (Del ár. hisp. *labáč*, y este del lat. *Libyċe*, a la manera de Libia, por soplar de dicha dirección). m. En el litoral del Mediterráneo, viento sudoeste.

liga. (De or. inc.). f. Masa hecha con zumo del muérdago para cazar pájaros.

loba. (Del gr. *λώπη*, especie de manto de piel). f. sotana. “Se llama también cierto género de vestidura talar, que oy usan los eclesiásticos y estudiantes, la qual empieza por un alzacuello que ciñe el pescuezo, y ensanchándose después hasta lo último de los hombros, cae perpendicularmente hasta los pies. Tiene una abertura por delante y dos à los lados para sacar los brazos.” (*Aut*)

lúa. (Del gót. *lôfa*, palma de la mano). f. ant. Guante de piel, tela o punto.

manta. (De *manto*). f. *Mil.* Tablón chapeado que servía de resguardo contra los tiros del enemigo.

marlota. (Del ár. hisp. *mallúta*, este del ár. *mallūtah*, y este del gr. [*χλαμύς*] *μαλλωτή*, [clámide] de lana). f. Vestidura morisca, a modo de sayo baquero, con que se ciñe y ajusta el cuerpo.

montuoso, sa. (Del lat. *montuōsus*). **1.** adj. Perteneiente o relativo a los montes. **2.** adj. Abundante en ellos. *Región montuosa.*

morisma. (De *moro* e *-isma*, suf. sugerido por *marisma*). **1.** f. Secta de los moros. **2.** f. Multitud de moros.

obra muerta. f. *Mar.* Parte del casco de un barco que está por encima de la línea de flotación.

overo, ra. (Del b. lat. **fulvus varius*, amarillento de varios colores; cf. port. *fouveiro*). **1.** adj. Dicho de un animal, especialmente de un caballo: De color parecido al del melocotón. U. t. c. s.

palude. (Del lat. *palus*, *-ūdis*). f. p. us. Laguna, charca, paúl.

partir el sol. loc. verb. En los desafíos antiguos y públicos, colocar a los combatientes, o señalarles el campo, de modo que la luz del Sol les sirviese igualmente, sin que pudiese ninguno tener ventaja en ella.

perlesía. (De *parálisis*). f. Privación o disminución del movimiento de partes del cuerpo. **2.** f. Debilidad muscular producida por la mucha edad o por otras causas, y acompañada de temblor.

perro ventor. m. El de caza, que sigue a esta por el olfato y viento.

pesada. (Del part. de *pesar*). **1.** f. ant. Opresión del corazón y dificultad de respirar durante el sueño. **2.** f. ant. Ensueño angustioso y tenaz. “*Pesada*, f. Lo mismo que *pesadilla* (...) hace mención a una dolencia, que suele venir à los hombres, la qual en común lengua llamamos *pesada*”. (*Aut.*)

petril. m. Pretil. “El antepecho o vallado de piedra que se pone en algunos edificios. Puede traer su origen del nombre *piedra*, por cuya razón algunos dicen *petril*” (*Aut*).

protestar. (Del lat. *protestāri*). intr. Aseverar con ahínco y con firmeza. *Protestar de su honor*.

punte. Véase *al vado o a la puente*.

quijote. (Del cat. *cuixot*, y este del lat. *coxa*, cadera). m. Pieza del arnés destinada a cubrir el muslo.

quina. (Del lat. *quina*, n. de *quini*, cada cinco). f. pl. Armas de Portugal, que son cinco escudos azules puestos en cruz, y en cada escudo cinco dineros en aspa.

raja. (De *rajar*). f. Una de las partes de un leño que resultan de abrirlo al hilo con un hacha, una cuña u otro instrumento.

red. (Del lat. *rete*). f. desus. Verja o reja.

reguarda. f. ant. Mirada cuidadosa.

reparar. (Del lat. *reparāre*). tr. Oponer una defensa contra el golpe, para librarse de él.

reparo. m. Cosa que se pone por defensa o resguardo.

resurtir. (Como el fr. *ressortir*, del lat. **sūrtus*, por *surrectus*, de *surgĕre*). intr. Dicho de un cuerpo: Retroceder de resultas del choque con otro.

rodearse. Revolverse, removerse, rebullirse, volverse.

roquete. (Del fr. ant. *rochet*). m. Hierro de la lanza de torneo, que terminaba con tres o cuatro puntas separadas, para que hiciesen presa en la armadura del contrario y poder así desarzonarlo.

ruar. **1.** intr. Andar por las calles y otros sitios públicos a pie, a caballo o en coche. U. t. c. tr. *Ruar calles*. **2.** intr. Pasear la calle con el objeto de cortejar y hacer obsequio a las damas.

sacabuche. (Del fr. ant. *saqueboute*, de *saquer*, tironear, y *bouter*, arrojar). m. Instrumento musical metálico, a modo de trompeta, que se alarga y acorta recogiendo en sí mismo, para que haga la diferencia de voces que pide la música.

sable. (Del lat. *sabŭlum*). **1.** m. *Ast.* y *Cantb.* Arenal formado por las aguas del mar o de un río en sus orillas. **2.** m. ant. Arena.

sacre. Véase *halcón sacre*.

seno. (Del lat. *sinus*). m. *Geogr.* Golfo. Porción de mar que se interna en la tierra.

sentible. adj. desus. sensible.

serao. “La junta de damas y galanes en fiesta principal y acordada, particularmente en los palacios de los reyes y grandes señores, adonde, en una sala muy adornada y grande, se ponen los asientos necesarios para la tal fiesta (...), se danza al son de muchos instrumentos músicos y también suele aver música de cantores.” (*Cov.*)

serena. f. desus. Sirena. Ninfa marina.

sino. Véase *seno*.

sobrevienta. (De *sobreviento*). f. p. us. Furia, ímpetu.

soldar. (Del lat. *solidāre*, consolidar, afirmar). tr. Componer, enmendar y disculpar un desacierto con acciones o palabras.

superno, na. (Del lat. *supernus*). adj. Supremo o más alto.

tarjeta. (fr. ant. *targette*: escudo pequeño). “Tarja pequeña en sentido de escudo. Tómate regularmente por la que se saca en las fiestas por rodela, en que va pintada la divisa o empresa del caballero” (*Aut.*)

ternilla. (Del dim. de *tierna*). f. cartílago.

terrero, ra. (Del lat. *terrarius*). m. Objeto o blanco que se pone para tirar a él.

tinelo. (Del it. *tinello*). m. Comedor de la servidumbre en las casas de los grandes.

tiracol. m. desus. Correa del escudo con la que se colgaba del cuello.

tomarse. (De or. inc.). Reñir o tener contienda o cuestión con alguien. *Se tomaba CON todos.*

tomar legua, o lenguas. locs. verbs. Informarse, tomar o adquirir noticias.

tornasol. (De or. inc.). m. Cambiante, reflejo o viso que hace la luz en algunas telas o en otras cosas muy tersas.

torzal. **1.** m. Cordoncillo delgado de seda, hecho de varias hebras torcidas, empleado para coser y bordar. **2.** m. Unión de varias cosas que hacen como hebra, torcidas y dobladas unas con otras.

trascordarse. (De *tras-* y el lat. *cor*, *cordis*, corazón). Perder la noticia puntual de algo, por olvido o por confusión con otra cosa.

través. Véase *dar al través*.

trinquete. (Del ant. *triquete*, y este quizá del fr. ant. *triquet*, dim. de *trique*, bastón, por ser el menor de los tres mástiles principales). **1.** m. *Mar.* Verga mayor que se cruza sobre el palo de proa. **2.** m. *Mar.* Vela que se larga en ella. **3.** m. *Mar.* Palo de proa, en las embarcaciones que tienen más de uno.

trujal. (Del lat. *torculāre*). m. Prensa donde se estrujan las uvas o se exprime la aceituna.

uñir. (Del lat. *iungēre*). tr. *León, Sal., Vall., Zam., Arg. y Ur.* Uncir. Atar o sujetar al yugo bueyes, mulas u otras bestias.

vacuo, cua. (Del lat. *vacūus*). m. vacío. Hueco o concavidad de algunas cosas.

vado. (Del lat. *vadus*). m. Curso o remedio en las cosas que ocurren. *Dar vado a un negocio. No hallar vado.*

vaivén. (De *ir y venir*). m. ant. ariete. Máquina militar.

vedegambre. (Del lat. *medicāmen*, droga, veneno). m. *Bot.* Planta de la familia de las Liliáceas, con tallo erguido, de seis a ocho decímetros de altura, hojas alternas, blanquecinas por el envés, grandes

y elípticas las inferiores y lanceoladas las superiores, flores blancas en espiga, y fruto capsular con multitud de semillas comprimidas y aladas. El polvo del rizoma se emplea en medicina como estornutatorio.

ventor. Véase *perro ventor*.

vero. m. pl. *Heráld.* Esmaltes que cubren el escudo, en forma de campanillas alternadas, unas de plata y otras de azur, y con las bocas opuestas.

violar. (Del lat. *violāre*). tr. Ajar o deslucir algo.

volar. (Del lat. *volāre*). tr. *Cineg.* Soltar el halcón para que persiga al ave de presa.

xalda. Véase *jalde*.

xaral. Véase *jaral*.

xerga. Véase *jerga*.

zabordar. (De *za*, por *sub*, bajo, y *abordar*). intr. *Mar.* Dicho de un barco: varar o encallar en tierra.

zabra. (Del ár. hisp. *záwraq*, y este del ár. clás. *zawraq*). f. Buque de dos palos, de cruz, que se usaba en los mares de Vizcaya en la Edad Media y principios de la Moderna.

zarzo. (Del ant. *sarzo*, y este der. de *sarzir*, zurcir). m. Tejido de varas, cañas, mimbres o juncos, que forma una superficie plana.

